PRESENTED TO THE

N.150.36
V.2

Public Library of the City of Boston

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS.

BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630.

CIVITATIS REGIMINE DOTATA A.D. 1822.

By George Ticknor, Esq.

Received _____ No. _____

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XL.

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

3611

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, Cerca del Odeon.

OBRAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

CON SU BIOGRAFÍA

POR ILDEFONSO DE OVEJAS.

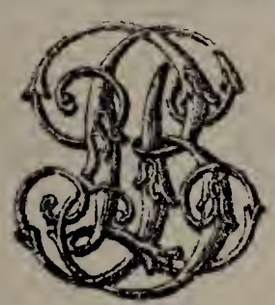
—

TOMO SEGUNDO.

OBRAS DRAMATICAS.

---

*D. 150.36
T. 2.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847

C

D.150
.36
vol.2

Hugo Fisher
April 26, 1971
115687

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

NATURAL DE VALLADOLID.

PARIS.
BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,
3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847

C

115657
B.S.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

VIVIR LOCO Y MORIR MAS,

CAPRICHO DRAMÁTICO EN DOS ACTOS (1).

ACTO PRIMERO.

EL PONCHE.

—

PERSONAS.

PABLO ROMAN.
ALBERTO.
JULIAN.
PEREIRA, portugués.
ANA.

—

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de Pablo Roman, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos, y en un caballete un retrato sin concluir. — Unos floretes colgados en la pared.

ALBERTO SENTADO Y ROMAN EN PIÉ POR LA ESCENA.

Rom., señalando en la mesa una moneda de oro. Es el último doblon.
Alb. Suerte por cierto cruel.
Rom. Brindemos juntos con él
A nuestra separacion.
Mañana, lo mismo que hoy,
Traerá sus horas el dia;
Nos queda nuestra alegría
En el alma, Alberto.
Alb. Estoy
De ello penado en estremo.
¿No hay mas remedio, Roman?
Rom. Los dias vienen y van,
Y que no ha de llegar temo
El mio.
Alb. La suerte acaso
Te guarda mejor fortuna.
Rom. Es tardía, es importuna,
Y en impaciencia me abraso.
¡Tantas horas de esperar,
Tantos dias de dolor,
Aguardando otro mejor
Que jamás ha de llegar!
¡Y soñando gloria y nombre
Sentado al dintel de un cielo,
Arrastrarse por el suelo
Bajo la planta del hombre!
No mas, Alberto, por Dios,
Hoy es nuestra despedida:
Tal vez otra en esta vida
Nos hallaremos los dos.
Alb. Roman, ¿y así se abandona
Tanto afan, tanta esperanza?

(1) El siguiente capricho, al que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una persona determinada y en determinadas circunstancias. El autor espera que atendidas estas el público le acoja benignamente.

¿Sin amargura se alcanza
Esa soñada corona?
Trabaja, sufre y espera,
Que en el sufrir y esperar
Está acaso el encontrar
Esa fama venidera.
Rom. Decidido, Alberto, estoy;
De nosotros olvidados,
O famosos ó ignorados,
Bebamos alegres hoy.
Nuestro es el dia presente,
De los necios el mañana,
La vida es corta y liviana
Para todos igualmente.
Soñé desde que nací
Esos fantasmas de gloria,
Y hoy no encuentro en mi memoria
Un recuerdo para mí.
Todo en la tierra es vacío;
La amargura y el placer,
Y mañana, y hoy, y ayer
Presa son del tiempo impío.
Riamos pues y cantemos
El alma de llanto ajena,
Que tal vez la será en pena
El tiempo que no gocemos.
(*Un momento de pausa.*)
Mira, mil veces pensé
Que solo al cuerpo convida
Con ocio y placer la vida,
Pero al alma ¿para qué?
Este cuerpo es un encierro
Del otro mundo antesala,
Vida el cielo le señala,
Muere y acaba el destierro.
Si el cuerpo no ha de vivir,
Acertado á fé es dejar
Al ánima descansar,
Y al cuerpo inútil morir.
Alb. ¿Y tu entusiasmo, Roman?
¿Tu ambicioso pensamiento?
Rom. Borrándose con el viento,
Las cosas del mundo van.
Ambicion tuve de ser
Grande, y dejar en la historia
Famosa y alta memoria,
Pero esto, Alberto, era ayer.
Hoy hallé mi corazon
Menos osado, mas frio.
Juzgué ese afan desvarío,
Y lugar dí á la razon.
Alb. A tu razon estraviada,
Y á tu ambicion no cumplida.
Rom. Y, francamente, esta vida
No creo merezca nada.
El mundo es jaula de locos,
Los mas locos gozan mas;
Mas son pocos.
Alb. Y ¿no harás
Por ser, Roman, de los pocos?
El mundo será ilusion,
Locura será cual dices,
Mas si hay tristes y hay felices,
Algunos mejores son.
Si el poder y la riqueza,
El orgullo y la hermosura
Son por cierto una locura,
En la locura hay grandeza.
Ese sublime entusiasmo
Que ayer existia en tí,
Hoy ¿no te merece, di,
Nada?
Rom. A lo mas un sarcasmo:
Porque hoy veo mas que ayer,
Y esos fantasmas de oro,
Esos sueños que hoy adoro,
Mañana he de aborrecer.
En fin, yo quiero reir,
Cantar, beber y esperar
El dia en que ha de acabar
Nuestra mision de sufrir.
Ese es mi último doblon,
Y hoy es nuestra despedida,
Si ha de ser en esta vida
De eterna separacion...
Alb. ¡Ah! ¿Estás loco?
Rom. Loco estoy.
Alb. ¿Eterna ha de ser? ¿Porqué?
Rom. No hablemos mas: no lo sé;
Pero un dia grande es hoy.
(*Sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

ALBERTO.

¡Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder!
Sí, ¡maldita esa locura,
Bastarda pasion impura
De querer ganar la altura
Sin pisar un escalon.
Apagóse su osadía,
Y hoy es un último dia...
¡Ay! ¡Para volar tenia
Alas en el corazon!
Y por cierto, él es poeta,
Grande el alma como el mundo;
Mas por no ser el segundo
A la nada se sujeta.

ESCENA III.

ALBERTO, ROMAN.

Rom. Pues, señor, ponche tenemos.
Con él la memoria ahoguemos,
Cuando borrachos estemos
En nada hemos de pensar.
¿A qué es ese abatimiento?
Yo quiero verte contento;
Si, al fin, placer y tormento
Con el tiempo han de acabar.
(*Llaman á la puerta.*)
¡Hola! ¡Otro interlocutor!
Sin duda ha errado el camino.
A la puerta del vecino (*Alto.*)
Si sois un acrëedor.
Jul., dentro. Abre, soy yo.
Rom., abriendo. ¡Tarambana,
Aguardáras á mañana!
Con esa voz de campana
¿Porqué no gritas: ¡abrid!?
Van á traer la ponchera.
Jul. Mas á tiempo no viniera
A descomunal quimera
Contra los moros el Cid.

ESCENA IV.

ROMAN, ALBERTO, JULIAN.

Jul. Y ¿á qué santo es la funcion?
Rom. A mi mudanza de vida.
Jul. Con esa resolucion
La difunta inquisicion
Se diera por bien servida.
Una conversion tamaña
Eco hallará en toda España.
(*Riéndose.*)
¡Pues debajo del sayal
No será mala cucaña
Este *in folio* de moral!
Rom. Pero, hombre, ven, oyemé...
Jul. ¿Qué mas tienes que añadir?
Rom. Mira, de hoy mas no seré...
Jul. ¿Pues no lo acabo de oir?
No diga mas. ¿Para qué?
Rom. ¡Loco! Ya no hay poesía
Ni bellas artes en mí.
Alb. ¡Locura es la tal porfía!
Rom. Este es el último dia
Que estamos juntos así.
Jul. ¿Esa es pulla?
Rom. No por cierto.
Jul. ¿Con que me hablas en verdad?
Rom. Sí.
Jul., con énfasis. Ya, si la sociedad
Hoy ya no es mas que un desierto,
El mundo es la soledad.
¿Con que versos y pinceles
Y esperanzas ¡piff! volaron?
Rom. Cabal.
Jul. ¡Ah! Son oropeles.
¡Sin renombre y sin laureles
Cuántos hombres se olvidaron!
Decir que lo pienses bien
Es inútil advertencia,
Tú lo quieres, tú lo ten.
¿Hay ponche? Pues en conciencia
No hay mas que decir amen.
Rom. Pues al ponche. Ya está aquí.
(*Un mozo entra la ponchera.*)
Jul. ¡O qué campo de batalla
Veo delante de mí!
El ponche es el cielo, sí,
Vida en el ponche se halla.
A esa trasparente llama
Que por las orlas del vaso
Color y calor derrama,
¿Qué corazon no se inflama?
Yo en inspiracion me abraso.
Ese azul vago, flotante,
Remedo del firmamento,
Hace que el poeta cante,
Hace atrevido al amante
Y ahoga el remordimiento.
Él hace del tiempo impío
Horas de calma y placer,
Al corazon presta brio,
Y va un hombre á un desafío
Bien seguro de volver.
¡Amigos! al agua penas,
Paraiso es la embriaguez;
Gocemos horas serenas,
Que estas tenemos apenas
Por la postrimera vez.
Rom. Inagotable, fecunda
Soltaste la taravilla:
¡Fraseologia tremebunda!
Jul. Bebamos y ancha Castilla,
Que el universo se hunda.
(*Un momento de pausa.*)
Aquí noto tu talento,
El mundo vas á dejar
Con nobleza y ardimiento.
Rom. ¿A qué tristeza mostrar
Cuando le dejo contento?
Jul. ¡Famoso! Es cosa hechicera
Dejar la literatura,
Las artes... Ser un cualquiera,
Y entrar en la vida oscura
Por puertas de borrachera.
Rom. Bebamos. Al ponche, Alberto,
No tengas duelo por mí.
Para todos está abierto

Ese porvenir incierto,
Que no vemos desde aquí.
Vendrá tardía ó temprana
Nuestra buena ó mala hora,
Y en esta vida liviana
Si feliz me encuentro ahora
¿Porqué pensar en mañana?
Alb., levantándose de repente, y disponiéndose á beber. Tienes razon; tú lo quieres,
Y tú quién lo ha de arrostrar
Solamente, Roman, eres,
Y es inútil derramar
Lágrimas en tus placeres.
Bebamos.
Rom. Hablaste al fin
Algo, menos mentecato.
Jul. Hoy es nuestro San Martin.
No queda vaso ni plato
Util en nuestro confin.
(*Se sientan, fuman y beben.*)
¿Con que desde hoy nueva vida?
¡Determinacion estrema!
Cuanto mas desconocida
Mas la novedad convida.
Alb. Cada loco con su tema.
Jul. Del disgusto y del placer
Gozamos si es repentino,
Mejor lo nuevo ha de ser;
Por eso si es del vecino
Me enamora la muger.
Pues, señor, yo te aconsejo
Que no te vuelvas atras,
Siempre fastidia lo viejo.
Rom. Te pagaré tu consejo
Dándote ponche de mas.
(*Desde aquí debe conocerse el efecto de la embriaguez.*)
Segun estás de callado
(*A Alberto.*)
Te sientes, una de dos,
O enfermo ó enamorado.
Jul. Ayer estuvo en el Prado
Con su muger, vive Dios.
¡Qué miserable es, Alberto,
El mundo que vemos!!
Rom. ¡Oh!
¿Con que lo hemos descubierto?
Alb. Que era una muger es cierto,
Pero muger mia, no.
Jul. Nunca lo creyera en tí,
Tú no eres hoy el de ayer.
(*Mirándole á la cara.*)
Alb. Pues te engañaste.
Jul. O mentí.
Pero hoy como un manequí
Te trae cualquiera muger.
Rom., levantándose con énfasis. ¡Con que te vas á casar!
Tú vas á prevaricar.
Lo dije, tus disparates
Contigo vendrán á dar
En una casa de orates.
¡Tú te casas!
Alb. Yo me caso.
Rom. y Jul. á carcajadas. ¡Se casa!
Jul., con el vaso en la mano. ¡Salve, oh sesudo
Marido! Levanta el vaso,
Con un brindis nada escaso
Yo, marido, te saludo.
¡Salud! Piadosos los cielos
Larga sucesion te den;
Contínuas fiestas de zelos,
Matrimoniales consuelos
Que se asomen á tu sien.
Rom. Y escribas matrimonial
Misantrópica y difusa
Sobre el amor conyugal
Una obra espiritual
A los niños de la inclusa.
(*Alberto bebe sin interrupcion.*)
Jul. Sí, lo mejor que has de hacer
Es emborracharte.
Rom. ¡Bravo!
¡Lo entiendes! Con no atender
Lo que quieras ha de ser.
Jul. El estoicismo alabo,
Pero en conciencia, casarte
Es tremenda necedad.
Alb. ¿Porqué?
Jul. Tú has de enamorarte.
Alb. ¿Y si lo estoy?
Jul. Es verdad,
Yo no voy á confesarte.
Rom. ¡Lo que es el mundo, Julian!
Es un abismo profundo.
Jul. Hoy es gran dia, Roman,
Unos entran en el mundo
Y otros del mundo se van.
Alb. se levanta dando señales de embriaguez. ¡Fanáticos! el amor
No es el fantasma de un sueño,
Del viento azotada flor...
(*Risa general.*)
Rom. Poeta predicador,
¿Adónde vas con tu empeño?
Jul. Déjale, siga el sermon:
Sigue, inspirado profeta,
Tu noble predicacion;
La fuente de inspiracion
Es el ponche del poeta.
Alb. A vosotros prohibido
Ese sublime placer
Por el Señor os ha sido,

Vosotros no habeis bebido
El amor de una muger.
En unos ojos de fuego,
En unos labios rosados,
Cuando os miran estasiados,
Cuando al amoroso ruego
Os besan avergonzados.
Vosotros, hombres de tierra,
Poetas sin corazon,
Cantais del amor la guerra,
Sin saber el bien que encierra
En su inquietud la pasion.
Jul. ¡Bravo! ¡bien! mas no dijera
Un sacerdote de amor;
Sublime es la borrachera.
Rom. Otro ataque á la ponchera,
Amante predicador.
Alb. Yo quiero amando vivir
Esclavo en dos ojos bellos,
Sin leer mas porvenir,
Hasta que llegue el morir
Y espire de amor en ellos.
Jul., con una estrepitosa carcajada.
¡Borracho completamente!
Mas borracho que los dos.
Rom. ¡O ponche! tú solamente
Haces que un hombre se ostente
Digno remedo de un Dios.
Jul. Yo la he visto, Alberto, es
Una niña angelical.
¡Oh! Cuando con ella estés,
Vístela blanco cendal
De la cabeza á los piés.
Alb. Sí por cierto, y lo merece;
Es un ángel indeciso,
Que en la tierra de improviso
Por vez primera aparece,
Bajando del paraiso.
Delicada como aroma
De retoñado jardin,
Rosada aurora que asoma.....
Jul. Una hurí para Mahoma,
Para Cristo un querubin.
Alb. ¡Silencio! no hay mas placer,
Mas realidad que el amor,
No hay en la tierra otro ser
Con el nombre de señor
Mas digno que la muger.
Rom. Sí, una chicuela coqueta,
Insípida y elegante,
A tal locura sujeta
Que la echará de poeta,
Y no habrá Dios que la aguante:
O una habladora sin tino
De paseos y de modas,
Que á la mitad del camino
Te mienta un amor divino,
Y te engañe como todas.
Jul. ¡Cuidado que le ha cogido
De medio á medio la mona!
Rom. ¡Y estaba tan comedido!
Jul. La cabeza del marido
Pronostica su corona.
¡O siglo matrimonial,
Siglo de paz y de amores,
Centuria patriarcal,
En que los hombres mejores
Lo suelen hacer mas mal!
Siglo que pasas cantando,
Cantas gimiendo y llorando,
Lloras haciendo piruetas,
En tus horas arrastrando
Un enjambre de poetas:
Hoy se despide de tí
Con solemne borrachera
Un poeta que te diera
Mas versos, que gozo á mí
El alma de una ponchera;
Y no pienses que te deja
Para un hábito endosar,
Que es pereza que le aqueja,
Es porque quiere dejar
Morirse al alma de vieja.
Rom. Por cierto todo es locura
En este mundo vacío,
Sin trabajo y sin ventura,
Pasaré una vida oscura...
(Julian se rie.)
¿Te ries? Pues yo me rio.
(A Alberto.)
Enamorado sublime,
Tú te duermes, ¡vive Dios!
Jul. Otra ponchera le anime.
Rom. ¿No es cierto que tú estás, dime,
Mas borracho que los dos?
Jul. Los fantasmas en tu mente
Bullen de tus amoríos:
Alza ¡oh poeta demente!
La matrimónica frente,
Pese á estos tiempos impíos.
Alb. Basta ya, no me aturdais;
Por mas que ambos me digais
Yo me he de casar al fin.
Jul. ¡Felices los que encontreis
Una muger serafin!
Rom. Para mí todas iguales
Fuentes de placeres son,
Que nos prestan liberales
Un paraiso de males,
Y un infierno de pasion;
Que sea bonita ó fea,
Que sea noble ó villana,
Las amo de buena gana.
¿Qué importa lo que ella sea
Si la he de dejar mañana?

Jul. Yo tengo por las mas bellas
Las de amores de querellas,
Atrevidas españolas...
Rom. ¿Cachetinas de manolas?
¡Pues si me alampo por ellas!
(*Volviéndose á Alberto, que está pensativo.*)
No, señor, no hay que dormir
A pretesto del licor;
Al oido hemos de ir
A predicarte el amor
Hasta que le hayas de oir.
Ese amor como un torrente
Que roe el alma y la mente,
Nunca, Alberto, le encontré:
Ese amor, convéncete,
Es el amor de un demente.
Alb. ¡Pluguiera Dios que algun dia
Sintiérais esa pasion
Con su insufrible agonía,
Bullendo en el alma impía,
Desgarrando el corazon!
Jul. Lo que bulle, Alberto, en tí
Es el ponche.
Rom. ¡Vive Dios!
¡Amores!
(*Una ruidosa carcajada.*)
Entran en mí,
Por lo menos dos á dos,
Nunca en un amor creí.
Las bellas son inconstantes,
Ingratas y veleidosas,
Las sabidas y elegantes
Son vanas y estravagantes,
Y las feas envidiosas.
Cuando el ron brilla en los ojos
Y hace dos de una ponchera,
La mas fea es hechicera;
Ninguna nos causa enojos
Y es la pasion verdadera.
Bebamos pues, no hay amor.
Jul. Es un fantasma soñado,
Quimérico, engañador.
Rom. La muger entre el vapor
Quiero del ponche abrasado.
Jul. Bien dicho, no hay mas amores
Que el fuego de los licores,
Entusiasta visionario. (*A Alberto.*)
Alberto, vacilándole las rodillas, dice con el mas marcado desprecio. ¡Nunca brotaron las flores
En asqueroso Calvario!
(*Se arroja sobre una silla completamente borracho. Julian y Roman rien á carcajadas.*)
Jul. ¡Pesado el ponche le fué!
Borracho está por mi vida.
Rom. Es que en la mente dormida,
La imágen de su querida
No le deja estar en pié.
(*Llaman misteriosamente á la puerta. Roman mira por la cerradura.*)
¡Chis! ¡Silencio! una muger...
Ocultaos, me interesa...
Una niña portuguesa
A quien dejé antes de ayer.
Jul. y Alb. Abrela.
Rom., empujándolos. Ocultaos.
Jul. Pues;
Y contigo abandonada...
Rom. No repliqueis: es casada,
Su marido es portugués.
(*Se ocultan en la alcoba de la derecha.*)

ESCENA V.

ANA, ROMAN.

Ana, entrando. Bien me hicistes aguardar.
¿Qué significa esta ausencia?
Faltóme ya la paciencia
Y al fin te vengo á buscar.
Una enfermedad creí
Que te agobiara, mas veo
Que lo pasas á deseo
Sin acordarte de mí.
Y ¿ese ponche...? ¿estaban pues
Otros amigos? Veamos...
Proseguid.
Rom. No, lo dejamos
Para concluir despues.
Ana. ¿Cuando?
Rom. Cuando vos salgais.
Ana. Pues ¿tanto acaso os impido?
Rom. Sí, porque yo me despido,
Y mi marcha retardais.
Ana. ¿Te despides?
Rom. Sí por cierto.
Ana. Y ¿adónde vas?
Rom. No lo sé.
Ana. Y ¿hasta ahora...?
Rom. ¿Para qué?
Aun era mi viaje incierto.
Yo no os lo pude advertir...
Ello es obra del destino.
Ana. No te comprendo.
Rom. ¿Hablo en chino?
Mañana voy á partir.
Ana. ¿Pues cómo? ¿Dónde? ¿Porqué?
Rom. Porque me cansa Madrid;
Voy á Valencia del Cid,
Y el cómo, aun yo no lo sé.
Ana. ¡Ingrato! y con tanto amor...
Rom. Nunca, señora, os he amado.
Ana. ¡Infame! ¿no lo has jurado?
Rom. Soy de oficio jurador.

Ana. ¡Ingrato! ¿Tanta pasion
No ha podido hacerte añar?
¿Ni un recuerdo ha de guardar
De mi amor tu corazon?
Yo te amé porque me amabas,
Me lo juraste y mentias,
Si entonces no me querias,
¿Porqué, traidor, me engañabas?
¿Tal juramento olvidaste
Para abandonarme así?
No, mi honra no te dí,
Tú, Roman, me la quitaste.
Vuélvemela, que no es tuya,
O dame otra vez tu amor.
Rom. Y ¿quedaremos mejor
Cada uno con la suya?
Ana, con rabia. Oye, un hombre, que detesto,
Para casarme buscaron,
A él á la fuerza me ataron,
Pero no bastó con esto.
Ya estaba casada yo,
Cuando en Córdoba te vi,
Todo lo dejé por tí,
Que por tu fortuna, no.
Tú mentiste tu pasion
Con palabras tan de fuego,
Que en ellas se abrasó luego
El amante corazon.
Y cuando el perjuro *Sí*
Me recordó mi marido,
Le dije, mio no ha sido,
Que otros le dieron por mí.
Entonces era el amor
La pasion que me cegaba,
Pero ahora es...
Rom., sonriendo. Bien, acaba.
Ana. La venganza de mi honor.
De aquí no me he de mover
Sin honor, ó sin venganza;
Veremos adónde alcanza
La venganza en la muger.
Rom. Y si débil tu virtud...
Ana. Virtud no necesité...
Que á un hombre á quien nunca amé
Vendieron mi juventud.
¿No tenia yo derecho
Acaso á sentir jamás
Lo que sienten los demás
Cuando brotó aquí en mi pecho?
Dios puso en el corazon
De amor la violenta llama;
Díjole al crearle «ama,»
Y encerró en él la pasion.
Yo nunca tuve mas de una,
Y á tí te la dió mi estrella;
No quiero tener mas que ella,
Y despues de ella ninguna.
Y pues mia mi honra es,
Consérvala por tu vida,
Porque tal vez te la pida
Con mas ventaja despues.
Rom. Con harta paciencia oí
Tantos insultos, señora,
Y por mi vida que ahora
No sé qué quereis de mí.
Yo ya no soy el Roman
Que fuí, señora, hasta ayer,
Me canso de querer ser
Lo que otros por mí serán.
Que ó porque malo soy yo
Para el mundo, ó porque él
Sea conmigo cruel,
No quiero mas mundo, no.
Hoy le dejo, y con él todo,
Hasta que al fin carcomida
Caiga en su nada la vida...
(*Mostrando los vasos.*)
Y emprendo el viaje beodo.
En fin, ya no soy poeta,
Ni músico, ni pintor,
Y por el mayor amor
No diera ya una pirueta.
Ni soy el mismo de ayer,
Ni como ayer siento ya,
Con que vuelvo, claro está,
Al marido la muger.
Ana, señalando á los vasos. Si ese remedio sabias
Para apagar el amor,
¿Porqué en el alma el dolor
Tanto tiempo mantenias?
¡Imbécil! tú me jurabas
Que iba á matarte tu pena,
Y de la ficcion ajena
Te creí porque llorabas.
Es una disculpa vana
Ahogar el amor; ¡quimera!
Y agotas una ponchera
Dejando el mundo mañana.
Loco, ¿esa es la suerte impía
Con que te agobia el destino?
¿Es ese el fuego divino
De la noble poesía?
¿Es esa, di, la espresion
De tu mortal amargura,
De esa eterna desventura
Que roe tu corazon?
¡Y mientras lloraba yo
Tú estabas en una orgía!
Rom. Del mundo salir debia.
Ana. Y el mundo te rechazó.
Vosotros sois el veneno
De una vieja sociedad,
Parodias de adversidad,
Carcoma del bien ajeno,

Cieno de una alma viciada,
Que vais mendigando un nombre
Con que á los ojos del hombre
Vestir de oro vuestra nada.
Rom. ¡Tremenda cosa es nacer
En un mundo indiferente
Que ha de tachar de demente
Lo que no ha de comprender!
Ana. El mundo os comprende, sí,
Esa soñada amargura,
Y deja vuestra locura
Por haber tantas así.
Pero, Roman, yo deliro:
¿Me escuchastes? ¡oh! perdon.
(*De rodillas.*)
Tú estás en mi corazon,
Y en el aire que respiro.
Yo sin tí no he de vivir,
A la ley he de apelar;
Porque las leyes amar
No pueden, no, prohibir.
Tú serás libre conmigo,
Y si no quieres mi amor
Déjame al menos mi honor,
Que yo le tendré contigo.
¡Desdichada!
Rom. ¡Ambos á fe
Somos á cual mas aquí!
(*Llaman á la puerta.*)
Ana. Roman, Roman, héle ahí.
Por Dios vivo, ayúdamé.
(*Llaman otra vez.*)
Rom. A la otra puerta, que es tarde.
Pereira, dentro. ¡Abrid!
Rom. Perdone por Dios,
Hermano.
Per. ¡Abrid!
Rom. Y van dos.
Idos en paz, Dios os guarde.
Ana. ¡Mi marido! ¡oh, compasion!
Me mata de una estocada.
(*Roman la toma de la mano y la esconde en una alacena que habrá á la izquierda.*)
Rom. Aquí. ¡Si es de alma porfiada,
Bajará por el balcon!
(*La oculta.*)
¡Maldita sea mi estrella!
Hoy lo pierdo todo yo,
Y hoy tal vez porque me amó
Vida y honor pierde ella.
(*A Alberto y Julian.*)
Salid, ya está el portugués
A la puerta.
Jul. ¡Bravo apuro!
¿Está el pájaro seguro?
Rom. Ya lo veremos despues.
(*Vuelven á sentarse y beben.*)
Per., dando golpes á la puerta. ¡Abrid, ó por Dio bendito
Que voy á arrancar la puerta!
(*Roman descorre con mucho tiento el cerrojo.*)
Rom. ¡Estúpido! Si está abierta,
¿Porqué nos dais tanto grito?

ESCENA VI.

ANA OCULTA; ROMAN, JULIAN Y ALBERTO SENTADOS AL VELADOR; PEREIRA EMBOZADO.

Per. ¿Paréceles bien, señores,
Hacer á un hombre aguardar
Del honor mio?
¿Ignorais que andan dolores
Que pudiera bien tomar
Con este frio?
Rom. ¡Delicado viene un hombre!
Podeis decir vuestro nombre,
Y si os place,
Os suplico que os senteis.
Jul. Y que noticias nos deis
Del tiempo que hace.
Per. ¿Teneis en saberlo prisa?
Tal vez pese, ¡voto á Dios!
Mucho mi nombre.
Rom. Casi el oiros da risa,
Por mucho que os pese á vos,
Pareceis hombre
Que arrastrarlo bien podeis.
Per. Que lo arrastro ya lo veis.
Jul. ¡Viven los cielos!
¡Vos padeceis algun mal!
Per. Cierto, y terrible y mortal.
Alb. Con estos yelos
No tiene nada de estraño.
Jul. Pues en ese caso, amigo,
Cuidaos mucho.
Mirad que os puede hacer daño...
Per. ¿El tiempo que estais conmigo
Y el que os escucho?
Jul. Sí por cierto, mas bebed.
Per. Mil gracias, no tengo sed,
Os lo agradezco.
Rom. Decid al fin qué quereis,
Si este favor que me hareis
De vos merezco.
Per., acercándose á Roman. ¡Tengo zelos!
(*Risa general.*)
Rom. Por mi vida
Que habeis errado la casa.
Jul. El otro cuarto
Será el de vuestra querida.
Per. Tengo la paciencia escasa.
Jul. ¡Me teneis harto!

Rom. Parece su señoría
Natural de Andalucía,
En lo atrevido.
Jul. O márchese en el momento,
O diga en este aposento
Qué se ha perdido.
Per. ¿No lo habeis adivinado?
Una muger busco aquí
Que entró hace poco.
Jul., riéndose. Ya, desde que habeis llegado,
De veras me convencí
Que estábais loco.
Per., con resolucion. Aquí ha entrado una muger.
Rom., con frialdad. Todo el cuarto podeis ver.
Jul. Vuelvo á decir
Que estais loco de remate.
Alb. Dejad ese disparate,
Ya os podeis ir
A la calle.
Jul. ¿Una querida
Venís á buscar aquí?
Chicos, vamos,
Esto es ya cosa perdida.
El rostro en ponche por mi
Le bañamos.
Alb. ¡Famosa idea por Dios!
Le sacamos entre dos
Muy formalmente,
Y le curamos su mal
Llevándole al hospital
Por demente.
Rom. Ea, ¡fuera!
Jul. ¡ Majadero!
¿Venís de cobrar baratos
A hacer papel?
Rom. Idos de aquí, caballero.
Jul. A la cabeza los platos,
Fuera con él.
(*Julian hace ademan de tirar los platos; Pereira coge la mano de Roman y le aparta de los demás, diciéndole con rabia:*)
¿Conócesme?
Rom. No por cierto.
Per. Pues oye; si esa muger
Está aquí, y llego á saber
La verdad, date por muerto.
Roman, levantándose. Ya nos podemos batir,
Que aunque oculta la tuviera,
Solo cadáver saliera:
Sin ella á fe te has de ir.
Per. ¿Eres valiente?
Rom. No sé.
Per. ¿Y te batieras conmigo?
Rom. Nunca evito un enemigo.
Per. ¿Hubieras temor?
Rom. ¿De qué?
Per. Eres niño.
Rom. ¡Vive Dios!
Que aquí mismo lo veamos.
¡Atrás!
(*Tomando los floretes.*)
Per. Piénsalo.
Rom. Riñamos;
Que muera uno de los dos.
(*Se ponen en guardia. Alberto se pone entre los dos. Ana quiere salir del escondite y Julian la detiene, apoyándose de espalda contra la alacena.*)
Jul. Prudencia, señora.
Ana. ¡Cielo!
Jul. Mirad, que es vuestro marido.
Alb. Caballeros, prohibido
Por las leyes está el duelo;
Batíos en campo raso.
Rom. Aparta, ó de una estocada...
Alb. ¡Silencio!
Per., tirando el florete. No tiras nada.
Rom. De aquí no has de dar un paso
Sin que me mates ó mueras.
Per. Tienes la sangre caliente,
Eres jóven y valiente,
Como sois los calaveras:
Me marcho, y vuelvo á decir
Que si está aquí mi muger
Dios mismo no ha de valer
Para dejarte vivir.
Jul., al tiempo de marcharse Pereira.
Y si él solo harto no es
Para tan bravo enemigo,
Nos batiremos contigo
Uno tras otro los tres.

ESCENA VII.

ROMAN, JULIAN, ALBERTO, Y ANA ESCONDIDA.

Jul. Humos traía.
Alb. Y los lleva.
Jul. Con ese aire de maton,
Tiene, apuesto, un corazon
Tan blando como una breva.
Rom. ¡Famosa es mi despedida
De este mundo fatigoso,
Nunca me pareció hermoso
Sino al esponer la vida!
Bien, volveremos á ver
Ciertamente á ese maton;
¿Qué arriesgo yo en la funcion?
Nada tengo que perder.
Jul. ¿Otra vez te has de batir?
Rom. Do quier que nos encontremos.

Jul. Ambos por tí lidiaremos.
Alb. Y acabamos de sufrir.
Rom. ¡Silencio!
(*Abriendo la alacena donde está Ana.*)
Salid, señora;
Vida y honra os defendí,
Y á lo mas, dentro de un hora
Parto muy lejos de aquí.
A veros no volveré;
Suplícoos pues que digais
Donde ocultaros querais,
Que yo os acompañaré.
Ana, llorando. ¡Ay de mí! Roman.
Rom. Dejemos
Suspiros y llantos, Ana,
El sol que saldrá mañana
Juntos los dos no veremos.
Esta casa abandono hoy,
Y el mundo dejo con ella,
Mi dichosa ó mala estrella
Indolente á esperar voy.
Sin amigos... sin amores,
Sin ningun vínculo aquí,
Habrán de pasar por mí
Horas acaso mejores.
(*Pausa de un momento.*)
¿Qué decís? ¿Puedo hacer mas?
El camino equivoqué,
Inútil me confesé,
Y humillado vuelvo atrás.
Alb. Roman, ¿no hay remedio alguno?
Rom. Ninguno encuentro.
Ana, de rodillas. ¡Ah! ¡por Dios!
Rom. Alzad, que me es importuno.
Jul. Si ello, Roman, ha de ser
Y tan á pechos lo quieres,
Tú te sabrás lo que eres,
Y lo que puedes poder.
Rom. Salgamos.
Ana. ¿Y mi marido?
Rom. No temais entre los tres.
Jul. Oscura la noche es
Y lluviosa...
Rom. Se habrá ido.
Ana. De aquí no salimos, no.
Rom. Pues ved lo que habeis de hacer...
Ana. Que no tengo aquí de ser
La que pierda sola yo.
Rom. Ana, si erré mi camino,
¿No es el dolor para mí,
Que mi corazon creí
Lleno de un fuego divino?
Ni esperanza, ni fortuna
Quedó ya en el pensamiento.
Ana. ¡Ni el alma en el pecho siento!
Rom. Vamos, ha dado la una.
(*Apaga las luces, y vanse todos, cerrando la puerta por fuera.*)

ACTO II.

UNA MUERTE POR HONOR.

—

PERSONAS.

PABLO ROMAN.
ALBERTO.
LUISA.
PEREIRA, portugués.

—

ESCENA PRIMERA.

Un jardin de una posesion de Alberto en Valencia: en el fondo un cenador; á la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza: una hora antes de anochecer.

ROMAN.

Tremenda cosa es nacer
Sin poder adivinar
En este revuelto mar
Qué playas hemos de ver:
Tremenda cosa es querer
Lo que en el alma bullir
Sentimos, al percibir
Que es nuestra ánima inmortal,
Puestos en un arenal
Sin saber dónde acudir.
Apenas á luz salimos
Engaños y error probamos,
Donde quiera que miramos
Notamos que nos perdimos.
Una fantasma seguimos
Que solo soñando vemos,
Vacío si la tenemos,
Si la perdemos fortuna:
¡No acertamos cosa alguna,
Por Dios, desde que nacemos!
Fama y gloria codicié
Porque inmortal me sentí;
Y cuando cerca la vi,
Que era polvo imaginé.
Del mismo amor blasfemé;
Juzguéle sueño distante,
Niño, pobre y vergonzante,
Y hoy que en el alma lo siento,
Conozco por mi tormento
Que es rey, tirano y gigante.
¡Ay! ¿Y soy el mismo yo
Que de esa pasion de ayer
Blasfemé, sin conocer
Que hoy la sentiria? No.
Ya mi alma se abrasó,
Castigo del cielo fué,
Que cuando el alma salvé
De mi ambiciosa inquietud,

Una vida sin virtud
Alucinado abracé.
¡Ay! ¿Porqué nacen tan bellas
Bajo formas de muger
Estrellas que han de hacer ver
El rigor de las estrellas?
Si nuestra vida está en ellas
Y allí nuestra eternidad,
Injusticia es en verdad
Que viéndolas ¡ay! nosotros,
Nos dejen para ser de otros
Miseria y oscuridad.
Alberto amigo, perdon,
Que cuando tu honor ofendo,
Que es en mi delirio entiendo
Mi amor una maldicion.
Errado habrá el corazon,
Pero estaba escrito aquí;
Y hoy, ¡perdon! la adoro, sí;
Que en mi loco desvarío
Eres tú sola, amor mio,
Gloria y cielo para mí.
¡Angel de paz y armonía!
Cuando vinistes al suelo
¿Porqué no dejaste al cielo
El cielo que en tí vivia?
Pero ya en la tierra impía
Tus ojos despues de ver,
¿Cómo amar otra muger?
Que si hay ángeles de amor
Junto al trono del Señor,
Angel, Luisa, debes ser.

ESCENA II.

ROMAN, ALBERTO, SALIENDO DEL CENADOR.

Rom. ¿Me oiste, Alberto?
Alb. A fe mia,
Que amabas te comprendí.
Rom. Así dije: no creí
Que nadie me escucharia.
Alb. ¿Con que amas?
Rom. Sí por cierto.
Alb. ¿Sin esperanza, parece?
Rom. Sí, que mi amor no merece
Amor como el suyo, Alberto.
Alb. ¿No merece? ¿porqué asi?
Rom. Porque un amor como el mio...
Alb. Sigue...
Rom. Es un amor impío
Hecho solo para mí.
Alb. Menos te comprendo ahora.
¿No es acaso una muger?
Rom. Que no se puede querer,
Y que el corazon adora.
Alb. Pues con ser muger, yo creo
Que hay poder, si ella lo quiere;
Pues que fuere como fuere
Nunca la mancha el deseo.
Rom. Sí la mancilla: es casada.
Alb. Pues entonces tu razon...
Rom. Vive Dios, el corazon
A la razon tiene atada.
Cuando se ama, ¿cómo ver
Como ello es lo que se adora?
Cuando un hombre se enamora,
No sabe de qué muger:
Porque acaso destinado
Un ser para otro ser nace,
Y su mala estrella hace
Que tarde se hayan hallado.
Yo la amo con frenesí,
Porque nací para ella;
Pero no quiso mi estrella
Que naciera para mí.
Alb. ¿Luego es de otro?
Rom. Claro está.
Mas quiso la suerte impía
Que el amor la hiciera mia.
Alb. ¿Y te ama?
Rom. Lo dije ya.
Alb. ¿Y eso lloras?
Rom. Eso lloro;
Porque el amar y el morir
No se puede en dos partir,
Y yo parto lo que adoro.
Alb. ¿Y habré de saber si es
Muger de tal condicion...?
Rom. Que se arrastra el corazon
Desesperado á sus piés;
Que es noble, rica y ajena.
Anciano en mi juventud,
Nací pobre, y sin virtud
Que oponer á tanta pena.
Sufrí borrasca espantosa
De pasiones encontradas,
Que estuvieron encerradas
En una alma irreligiosa;
Porque mi existencia inquieta
Con impaciencia sufrí,
Y hoy héme gusano aquí,
Con corazon de poeta;
Que el mundo surcando voy
En pos de un ángel muger,
Que es mia, y no la he de ver
Por no ser yo lo que soy.
Alb. ¡Desgraciado! Al fin comprendes
El rigor de tu fortuna,
Y á esa fantasma importuna
Tu misma mano le tiendes.
Mucho, sí, quisiste ser,
Mucho hubiste de dejar,
Que para á mucho llegar,
Mucho es preciso querer.

Y hoy te ves triste, indeciso
En un vacilar eterno,
Con el alma en un infierno,
La vista en un paraiso.
Rom. ¡Un paraiso! y jamás
Habré yo de entrar en él.
¡Un paraiso de hiel!
Alb. Que al fin de apurar habrás.
Rom. ¡Apurarlo! ya lo sé.
Tal tormento se me alcanza
Sin gloria, sin esperanza...
Alb. Sin esperanza ¿porqué?
Rom. Porque vinimos al suelo
Con un corazon que encierra
La miseria de la tierra,
La ambicion de todo un cielo.
¿Porqué no nos dió una estrella
Dios, que en esta oscuridad
Mirando su claridad
Nos guiáramos por ella?
Pero nacer á sufrir,
Sufrir y el término errar,
Llegar el dia de amar
Y al tiempo de amar, morir...
Injusto es, Alberto, á fe.
Alb. (¡Desgraciado! loco está:
No piensa en lo que será,
Y ha olvidado lo que fué.)
¿Y hoy el mismo Roman eres
Que no creías ayer
Que el amor á una muger
Mas es pasion que placeres?
Tarde al fin has conocido
Que amor nuestro pecho encierra.
Rom. Tanto esa idea me aterra,
Que quiero no haber nacido.
Alb. Tal vez es tarde, Roman,
Mas á curar ese amor
Tiempo y lágrimas serán
La medicina mejor.
Rom. Lágrimas, Alberto, no;
Las derramé en la niñez:
Vertílas ¡ay! de una vez,
Y ya no las tengo yo.
Cuando el corazon espera,
Lágrimas tal vez derrama;
Cuando ajeno es lo que ama,
No llora, que desespera.
Alb. ¿Tal es en tu corazon
Esa hoguera en que se abrasa?
Rom. De lo imaginable pasa
El fuego de mi pasion.
Alb. ¿Tan violenta?
Rom. Es un volcan.
Alb. ¿Ninguna razon la aquieta?
Rom. ¿Y quién á la mar sujeta?
Alb. ¡Ah! tú eres grande, Roman:
Mas que el amor es la gloria;
Busca gloria y no el amor,
Esa página de error
Bórrala de la memoria.
Rom. ¡La gloria! efímero nombre
Cuyo seductor aliño
Deslumbra el alma del niño,
Pero no el alma del hombre.
¿Qué me importa ese laurel,
Si, en llegándole á alcanzar,
Tampoco tengo de hallar
Sino amarguras en él?
El nombre: cualquiera es bueno,
Si todos de muerte igual
Son la sentencia fatal,
Y abrigan dentro veneno.
Alb. Roman, es fuerza vivir,
Y vivir sin esperar;
Que no podemos amar
Lo que es de otro.
Rom. Pues morir.
Alb. Morir, Roman, es no ser,
Y en el no ser, no hay amor:
Otro remedio mejor
A la mano hay que tener.
Rom. ¡Vivir sin amar! mentira.
Dile al ave que no cante,
Dila que el vuelo levante
Sin el aire que respira.
Dile que pare al torrente
Al borde de la cascada;
Dila que quede estancada,
Sobre la peña la fuente.
Alb., con decision. Roman, no amar es preciso.
Rom. Sin amar ¿cómo vivir?
Es un infierno sufrir
Con aura de paraiso.
Alb. ¿De vivir no hay mas camino?
Rom. No hay otro.
Alb. Piénsalo bien.
Rom. Ley tan tiránica ¿quién
Dar puede?
Alb. Yo y tu destino.
Rom. ¿Quién eres tú? ¡Vive Dios!
Alb. Imbécil, Alberto soy,
Que entre tí y tu amor estoy,
Y el destino entre los dos.
Rom. ¡Cielos! ¿y yo mismo fuí
Quien se lo dije? estoy loco;
Toda mi existencia es poco
Para pagarle ¡ay de mí!
(*Roman desde este momento parece perder el juicio. Al penúltimo verso de esta escena cree ver un fantasma; y fijando los ojos en Alberto, dice aterrado:*)
La muerte avara y cruel
Me hubiera al fin consumido,

Si los dias que he vivido
No se los debiera á él.
A él, fantasma furioso
Que entre los dos te levantas
Para abrirnos á tus plantas
Un precipicio espantoso:
Sombra airada que tu huesa
Dejaste por mi tormento,
Si ves en mi pensamiento
El pensamiento que pesa,
Y tu perdon no merezco,
Amigo á quien yo vendí...
¡Alberto! huyamos de aquí...
Alb. ¡Infeliz! te compadezco.

ESCENA III.

ALBERTO.

Alb. ¡Maldita ambicion de ser
Mas de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambicion de un nombre
Con que no hemos de poder!
Contento, ignorado ayer,
Esperabas otro dia,
Y hoy en tu frente sombría
Sentado el abatimiento,
Te saca tu pensamiento
A la odiosa luz del dia.
¡Es tarde, esperanza vana!
Tu quimérica pasion
Se apagó en el corazon
En hora ¡por Dios! temprana.
Vino el estéril *mañana*,
Ya de ilusiones vacío,
Dudó el corazon impío,
Y la esperanza se hundió:
Arroyo que se perdió
Entre las ondas de un rio.
(*Abre el cenador y sale Luisa.*)

ESCENA IV.

LUISA, ALBERTO.

Alb. ¿Le oistes? En su amargura
Él á confesarlo vino:
Amarte fué su destino,
Amarle tú fué locura.
Luisa. Alberto, saben los cielos...
Alb. Mucho los cielos sabrán
Cuando á los que aman dan
El tormento de los zelos.
Luisa. ¡Perdon! ¡Alberto! está loco,
Al borde del precipicio.
Alb. Un pequeño sacrificio,
Que los costaba tan poco.
Luisa. Por Dios, tranquilo repara.
Alb. ¡Silencio, digo, perjura!
Tú el amor y él la locura
Me habeis de pagar bien cara.
Luisa. ¡Perjura! ¿mi corazon
A quién diera sino á tí?
¿Tanto en llorar te ofendí
Su terrible situacion?
¿No era tu amigo mejor?
¿No te debe su existencia?
Y tenerle en tu presencia
¿No era tu gozo mayor?
Si en compadecerle erré,
Y él puso su amor en mí,
El que amaba pecó, sí,
Mas yo que escuchaba ¿en qué?
Alb. Si le oiste ¿porqué luego
De tí no le rechazaste?
¿En sus ojos no miraste
De amor el osado fuego?
Luisa. Le ví, pero contemplé
Un hondo abismo detras,
Y un poco que huyera mas,
Faltára á la tierra el pié.
Oí su amoroso ruego,
Mucho de él compadecida,
Que en ello le iba la vida
Y se la arrancára luego.
¿Tengo yo culpa, por Dios,
De que su alma violenta
No pueda vivir contenta
Sino dividida en dos?
Recatada habré de ser
Con él, pero ingrata no,
Que si casada soy yo,
Nací primero muger.
Y nunca he de rechazar
Un corazon desdichado
Que á buscar viene á mi lado
Un sitio donde llorar.
Mucho ofendiste mi honor
Cuando imaginar pudiste
Que el amor que tú me diste
Vendiera por otro amor.
Que si por cariño no,
Ni por otro miramiento,
Por cumplir mi juramento
Tu honor te guardara yo.
Alb. ¡Y él frenético te ama!
Luisa. ¿Qué daño me hará una hoguera
De que no siento siquiera
El resplandor de la llama?
Alb. ¿Con que no le amas?
Luisa. Por cierto
¿Tú lo pudiste pensar?
¿A quién Luisa habrá de amar
Despues de amar á su Alberto?
(*Llora.*)

Alb. Mi vida, perdonamé,
Que en pensarlo te ofendí;
Los zelos dentro de mí
A sofocar no alcancé.
Tú no sabes, vida mia,
Lo que es amar, para ver
El amor de una muger
Pasar como el sol de un dia.
Imaginar que tranquila
Escucha otro nuevo amor
Y en el nuevo adorador
Vierte luz de su pupila.
Porque tus ojos ¡oh Luisa!
La luz del sol arrancaron,
Dióte el alba su sonrisa
Y tus ojos alumbraron.
Tus ojos ¡ay! me hechizaron,
¡Hija del cielo español!
Si así alumbró tu arrebol,
¿Cómo sufrir que importuno
Gozar pudiera hombre alguno
Toda la luz de tu sol?
Luisa. ¡Mi esposo!
Alb. ¿Tuyo me llamas?
¡Oh! tuyo, alma mia, sí,
Que vida no siento en mí
Sino porque tú me amas.
Luisa. Dulce bálsamo derramas
En mi corazon, Alberto,
Con tus palabras, que cierto
Tú me llamaste perjura,
Y de esa voz la amargura
Acaso me hubiera muerto.
Alb. ¡Hermosa! Porque te adoro,
Porque no vivo sin tí
Todo el veneno sentí
De los zelos.
Luisa. Y ese lloro,
Amor destilado en oro,
Que en tus párpados se mece,
¿Todo mi amor no merece?
¡Oh! tu labio me lo dice...
Alb. Y el corazon te bendice
Cuando mi labio enmudece.
Cuando lloro es porque callo,
Que callo y lágrimas vierto;
Porque á hablarte con acierto
Hartas palabras no hallo.
Inútil es intentallo,
Que si inconstante te miro
Apenas hablas te admiro,
Y pueden tal tus razones
Que no hallo reconvenciones,
Te admiro, callo y suspiro.
(*Durante la décima anterior Roman ha cruzado el fondo del teatro, y dice al tiempo de desaparecer:*)
¡Gózala en paz! tuya es.
Para tí tiene ella amor,
Que para mí aterrador
Abre un abismo á sus piés.
Si hay otro mundo despues
Allí he de seguirla en pos,
Que acaso disponga Dios
Que cuando un ser ama aquí
Despues de la muerte allí
Hayan de amarse los dos.
(*Al alejarse Roman vuelve Luisa la cabeza y queda con los ojos fijos en él.*)
Luisa. Héle allí, sobre su frente
Lleva su destino impío,
Su pensamiento sombrío
Bullendo eterno en la mente.
Loco está, pero inocente.
Alb. Y ¿qué mas pude yo hacer?
Le dí mi casa, mi haber,
Le dí oro, independencia,
Y él en su ciega demencia
Codicia hasta mi muger.
Luisa. De nobles es perdonar;
Pues que todo lo perdió,
Alberto, si te ofendió,
Enséñale tú á olvidar.
Alb. ¿Y lo que él ha de penar?
Luisa. Ese será su castigo.
Alb. Aunque ingrato fué conmigo
Respetaré su dolor,
Que vale tanto el honor
Como la paz de un amigo.
Ya está, Luisa, perdonado:
Tú, amor mio, abrazamé
Y perdona.
Luisa. ¿A tí, de qué?
¿Es delirio haberme amado?

ESCENA V.

LUISA.

Ya era tiempo, desdichado,
De conocerte á tí mismo;
De tu indolente egoismo,
De tu avara ceguedad
No es madre la sociedad,
Es la puerta de un abismo.

ESCENA VI.

LUISA, ROMAN.

(*Roman vuelve á cruzar la escena y se queda inmoble, los brazos cruzados, mirando á Luisa.*)

Luisa. ¿Qué haceis?
Rom. ¡Qué he de hacer! Llorar.
Luisa. ¿Llorar? No alcanzo razon.

Rom. ¡Ah! vuestra conversacion
Os acabo de escuchar,
Y me partió el corazon.
Luisa. Puesto que la habeis oido
Nada os tengo que decir,
Veis que amiga vuestra he sido.
Rom. Los que en tal signo han nacido,
Mas les valiera morir.
Amistad le dais ahora
A un alma que tanto os ama.
Mal con un vaso, señora,
Se apaga devoradora
Del vasto incendio la llama.
Nunca los que amor sintieron
En amistad le cambiaron.
Luisa. Pero olvidarle supieron
Cuando inútil le juzgaron.
Rom. Si eso os han dicho, mintieron.
No sabe lo que es amar
Quien reconoce el olvido,
Que amor se puede ocultar,
Mas no se puede olvidar
Cual si nunca hubiera sido.
Luisa. Pues ocultadle en el pecho,
Y nunca mas lo digais.
Rom. Si á amor no tengo derecho,
Mal, señora, me pagais
El daño que me habeis hecho.
Por última vez lo digo,
Te amo, el infierno me fuera
Un paraiso contigo,
Y el infierno mas quisiera
Que el epiteto de amigo.
Luisa. ¿Y qué mas podeis pedir,
Ni qué daros puedo yo,
Si casada he de vivir?
Rom. A quien todo se negó,
¿Qué ha de poder exigir?
Mi tormentosa fortuna
Nada me dejó querer;
Soñé una gloria importuna,
Quimeras alcancé á ver,
Pero realidad ninguna.
Para esto en mi edad temprana
Sueños de flores soñé,
Por ver que esa imágen vana
Un sueño por cierto fué
Al despertarme mañana.
Luisa. ¡Ciego! y ese loco amor
¿No es mas sueño que otro alguno?
Buscad camino mejor.
Rom. A otro cariño mayor
Ya, señora, no hay ninguno.
Luisa. Amad la fama, la gloria.
Rom. ¿Qué le importa á un corazon
Desesperado, en la historia
Dejar por nombre un borron
En vez de fama y memoria?
Ya sé que el camino erré,
Y que el tiempo que pasó
No ha de volver, ya lo sé;
Pero ya es tarde, y á fe
Que atrás no me vuelva yo.
Luisa. Luego ¿qué pensais?
Rom. Amaros.
Luisa. ¿Y qué habeis de conseguir?
Rom. El placer de idolatraros.
Luisa. ¿Y de eso qué ha de quedaros?
Rom. La esperanza de morir.
Si en el amor no creí
Por necedad ó altivez,
Ya que una vez lo sentí,
La vez primera ¡ay de mí!
Será la postrera vez.
Luisa. (¡Compasion siento por él!
¡No me resuelvo por Dios!)
Hay un medio.
Rom. ¡Suerte cruel!
Luisa. El espacio entre los dos.
Rom., con desesperacion. ¡Para el sediento es la hiel!
Luisa. Inútil es vuestro amor
Cuando estoy, Roman, casada.
Rom. ¿Y ese es el medio mejor?
Luisa. Yo no encuentro medio á nada
Cuando en ello va el honor.
Pensad desde este momento
Esa quimera borrar
Del alma y del pensamiento,
Que yo dí mi juramento
A mi esposo en el altar.
Rom. (Cerróme toda esperanza
De vivir la avara suerte.)
Luisa. Todo del tiempo se alcanza.
Rom. Si no cede la balanza
Por el lado de la muerte.
Luisa. ¡La muerte!
Rom. ¿Y qué resta ya
A quien todo lo perdió?
Luisa. No, nunca desesperó
El justo.
Rom. Y quién os dirá
Que de esos justos soy yo?
Luisa. (¿Tengo yo, cielos, de ser
Quien de su felicidad
La esperanza he de romper?
Maldita la sociedad
En donde nací muger.)
Rom., echándose á sus piés. ¿Lloras, hermosa?
Luisa, con energía. ¡Insensato!
No lloro, que considero
De un marido caballero
Y un galan con él ingrato,
Que el marido es lo primero.

ESCENA VII.

ROMAN.

¡Ya mis sueños se apagaron!
Los fantasmas de la vida
Uno á uno se borraron
Y ya nunca volverán.
¡Seis meses! Madrid, Valencia,
En sueños ó realidades
Como tremenda sentencia
El alma royendo están.
¡Seis meses! en mi memoria
Han encendido una hoguera,
Todo un porvenir de gloria
Está quemándose allí;
Es muy tarde, sin amores,
Sin porvenir ni esperanza,
Esa corona de flores
Es de espinas para mí.
Perdí la luz de mis dias
En ilusiones pueriles,
De mis horas juveniles
Tengo solo... una pasion;
Y esa pasion imposible,
Ese pensamiento eterno
Me pesa como un infierno
A plomo en el corazon.
Partiré lejos, muy lejos,
Que el sol de mi amarga vida
Con los últimos reflejos
Alumbra el cuerpo mortal.
¡A Dios, Luisa encantadora!
¡A Dios, ofendido amigo!
Oí la tremenda hora...
Tocaban á un funeral.

ESCENA VIII.

ROMAN SENTADO EN ACTITUD DE LA MAS PROFUNDA MEDITACION. — PEREIRA ENTRANDO POR LA PUERTA FALSA EN TRAJE DE CAMINO. — ES COMPLETAMENTE DE NOCHE.

Per. Salud, amigo.
Rom. ¿Quién va?
Per. Una antigua relacion
Que ya desde otra ocasion
Reconocida os está.
Rom. ¿Qué quereis?
Per. Pensadlo vos.
Rom. ¿Yo? Por todo un firmamento
No cambio de pensamiento
Ni para pensar en Dios.
Per. En mal hora creo á fe
Que he llegado.
Rom. Sí por cierto.
Per. Ese postigo hallé abierto,
Oí vuestra voz y entré.
Rom. Pues bien, os podeis marchar,
Porque yo no os quiero oir.
Per. Pues yo os lo quiero decir,
Y me lo habreis de escuchar.
Rom. Marchaos, digo.
Per. A eso vengo;
Y en cumpliendo mi mensaje
Otra vez el mismo viaje,
Aunque largo, emprender tengo.
Rom. Pues bien, decid ¿qué quereis?
Per. Vengarme.
Rom., marchándose bruscamente. ¿Qué tengo yo
Con tu venganza?
Per., deteniéndole. ¡Eso no!
Quedaos, me ayudareis.
Rom., amenazándole. Ved que no tengo en la vida
Vínculo que baste alguno...
Per. Pronto no tendrás ninguno
Que malgastarla te impida.
Mira, traidor.
(*Descubriéndose.*)
Rom. ¡Vive Dios!
¡Pereira!
Per. Tú mi honor tienes,
Yo quiero tu alma en rehenes
Por fianza de los dos:
Por eso á buscarte vine
Desde Madrid á Valencia,
Por él grita mi conciencia
Que te mate ó te asesine.
Rom. ¡Bueno! en mejor ocasion
Venir por él no has podido;
En las manos me has caido
Y sed tiene el corazon.
Vamos.
Per. Espera, porque antes
Una nueva te he de dar,
Que siempre han de interesar
Las nuevas á los amantes.
Era, seis meses hará,
Una noche oscura, fria,
La lluvia á mares caía...
Rom. Importuno el hombre está.
Per. Tres hombres, ébrios los tres,
Que una dama acompañaban,
Las calles atravesaban...
Otro venia despues.
A la incierta luz escasa
De un farol agonizante
Se detuvieron delante
De una miserable casa.
Salió una vieja al encuentro,
Y á la falsa voz de «amigo»
Abrió un estrecho postigo
Y se cerraron por dentro.

Entonces el embozado,
Apoyado en el porton,
De los que habian entrado
Oyó la conversacion.
¿Sabes lo que se trató?
De engañar una mujer;
Yo la acerté á socorrer,
Y á vengarla vengo yo.
Ella te adoraba, sí;
Y pues su honor era mio,
A acabar el desafío
He venido solo aquí.
Rom. ¿Me hablas á mí?
Per. La maté.
Rom. ¿Qué me importa?
Per. ¿Por ventura
No la amabas?
Rom. ¡Qué locura!
Nunca tal imaginé.
Per. ¿Luego tú la sedujiste
Tan solo por liviandad?
¿Y ella te amaba?
Rom. Verdad.
Per. ¿Es verdad?
Rom. Ya lo dijiste.
Per. No en balde para encontrarte
Tanto tiempo me afané;
Que me faltára pensé
El tiempo para matarte.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Rom. Si me matas, y ha de ser
Por mano de caballero,
Que lleves despues espero
Un á Dios á una mujer.
Per. Sí por cierto.
Rom. Júralo.
Per. Sobre aquesta cruz de oro.
¿La amas?
Rom. No, que la adoro.
Per. Y ¿te corresponde?
Rom. No.
Per. ¡Estúpido! loco estás.
¿Cuando vengo por tu vida,
De tu amante despedida
A hacerme correo vas?
¡Imbécil! la he de decir
Que vives libre, contento,
Y que en veinte años, en ciento,
No habrás de poder morir.
Rom. ¿Porqué, traidor?
Per. Porque así
Hago mas fatal tu estrella,
Tu vida la enfada á ella
Y yo me vengo de tí.
(*Pereira alarga dos espadas á Roman, que toma una. Se baten, Pereira con serenidad, Roman con impetuosa cólera.*)
Per., con solemnidad. ¡Seis meses pienso que hará
Que nos quisimos batir!
(*Viendo que la rabia de Roman crece.*)
¿Quieres matarme?
Rom. O morir.
Per. ¿O morir?
Rom. Tanto me da.
Per. ¿Te herí?
Rom. No sé.
Per. Pues seguir...
Rom. Combate á muerte.
Per., dándole una estocada. ¡Ahi está!

ESCENA ÚLTIMA.

ROMAN EN TIERRA, LUISA, ALBERTO, PEREIRA.

Luisa. ¡Dios mio!
Alb. ¡Un combate aquí!
Per. Señores, un desafío;
Esto era negocio mio,
Pero ya le concluí.
Alb., mirando el cadáver de Roman, con rabia. ¡Oh, le habeis muerto!
¿Y por qué?
Per. Por una deuda anterior.
Luisa. ¿Una deuda?
Alb. ¿Era de honor?
Per. Por el honor le maté.

MAS VALE LLEGAR Á TIEMPO

QUE RONDAR UN AÑO.

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

JORNADA PRIMERA.

— De aqui no habeis de salir
O quien sois he de saber.
— Pues mirad cómo ha de ser,
Que yo no lo he de decir.
CALDERON.

—

PERSONAS.

DON CARLOS.
DON CESAR.
DOÑA LEONOR.
BRIGIDA.
GINES.
DOS DESCONOCIDOS.
ALGUACILES, SOLDADOS, ETC.

—

ESCENA PRIMERA.

El Campo del Moro.

DON CARLOS, GINES.

Carl. En muy necio desvarío
Tu pensamiento cayó.
¿ Cuándo te sacara yo,
Gines, para un desafío?
Gin. Mucho, señor, me consuela
Haberme engañado así;
Mas recelé cuando os vi
Descender hácia la Tela.
Carl. Depon, Gines, tal recelo;
Y ten presente de hoy mas
Que no saco yo jamás
Mis criados para un duelo.
Gin. ¡Señor!...
Carl. Distinto quehacer
A este campo me trae hoy,
Y sabe por fin que estoy
Prendado de una mujer.
Que en ello me has de ayudar
Cuando te traigo lo ves;
Pero has de elegir, Gines,
Entre morir ó callar.
Gin. Señor, dejadme partir,
Porque me habeis injuriado.
Carl. ¡ Gines... !
Gin. He sido soldado,
Y soy fiel hasta morir.
Y os digo que no es discreto
Secretos depositar
En quien no habeis de fiar
Que sepa guardar secreto.
Carl. Te sobra, Gines, razon.
De lo que dije te olvida.
Gin. Perdonad, pero en mi vida
Cupo en mi pecho traicion.
Carl. Pues escucha.
Gin. Decid, pues.
Carl. Y por si el tiempo no es largo,
Con mucha atencion te encargo
Que me lo escuches, Gines.
Mi padre en tenaz manía,
No alcanzo con qué razon,
Con Doña Leonor Giron
En que me case porfia.
Y á quererla yo en verdad,
O á no querer á ninguna,
En abrazar tal fortuna
No hallara dificultad.
Porque es ademas de hermosa
Noble, rica y muy discreta:
Mas no mira ni respeta
El amor ninguna cosa.
Otra pasion tengo aquí
Que el alma entera me abrasa,
Y mi linaje y mi casa
Desprecio al nacer en mí.

Dos meses ha que cobarde
Citado aquí ocultamente
Galanteo inútilmente
A quien has de ver mas tarde.
Gin. Mas si al fin lo he de saber,
¿A qué á entonces esperar?
Carl. Porque temo no has de hallar
Mas, Gines, que una mujer.
Gin. ¿Pues qué mas quereis que vea?
Carl. La mujer por quien suspiro,
Sin mirar, cual yo no miro,
A quien sea, ó quien no sea.
Gin. ¿Pues en tan indigno objeto
Habeis puesto vuestro amor
Que de su nombre, señor,
Tengais que hacer un secreto?
Carl. Quizá. Pero aunque mi estrella
Así en mí mal lo arregló,
Tengo en mi conciencia yo
Que habré de valer mas que ella.
Amo á una mujer oscura.
Su padre, aunque era un buen hombre,
Dejóla solo su nombre,
Su pobreza y la hermosura.
Gin. Y tres mayorazgos son
Con los que puede alcanzar...
Carl. Lo que yo la pienso dar:
Mi mano y mi corazon.
Gin. Si tal que decís supiera
Vuestro padre Don Enrique...
Carl. Calle el necio y no replique,
Que él callara aunque lo oyera.
Lo que á tí toca, Gines,
En vez de vanos consejos,
Es acechar desde lejos
Por dónde se parte Ines.
Sus pasos has de seguir
Donde vive hasta saber,
Porque yo la he de ir á ver,
Y ella no lo ha de decir.
Y ahora precaucion será
El separarnos.
Gin. Sí á fe.
Carl. Porque si juntos nos ve
Sin llegar se tornará...
Gin. Y aunque ya tal precaucion
Por sí sola no bastara...
Carl. ¿Qué, Gines?
Gin. La cosa es clara;
Volved allí.
Carl. Damas son:
¡Tan temprano!
Gin. Aun hay estrellas.
Venid, que pasen dejemos.
Carl. Sí, que despues volveremos
En cuanto se vayan ellas.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, BRIGIDA, CON MANTOS.

Leon. ¿Dijísteis bien al cochero
El punto en que ha de aguardar?
Brig. Entre el Soto y la Monclova;
No temais, que no errará.
Leon. Parece, si no me engaño,
Que este es el sitio.
Brig. En verdad
Que no quisiera una línea
Las señas equivocar.
Mas ved, allí está la Tela,
La casa de Campo allá;
A esta parte la Monclova,
Aquí la fuente...
Leon. Mirad;
Pues aun no vino Don Cesar,
No nos estuviera en mas
En la orilla de esta fuente
Un instante descanzar.
Brig. Sí por cierto, mi Leonor.
¿Mas tal vez os sentís mal?
Leon. ¿Qué bien quereis que me sienta
Estando en este lugar
Con lo que dentro del pecho
Tormento al alma me da?
¡Pluguiera á Dios que naciera,
Brigida, en plebeyo hogar,
Si por ser quien soy me privan
De cuanto me da solaz!
Brig. ¿Y porqué de una vez todo,
Mi Leonor, no confesais?
Que no ha de ser tan tirano
Vuestro padre y cederá.
Leon. ¡Ceder! Brigida, ni un punto
Consiente en volver atras,
Que una vez que fuí á decirlo
Irritóse, y mas tenaz
Juróme que ó me casaba
O me haria profesar.
Y ¡ay, Brigida! si á lo menos
Don Carlos me amara...
Brig. ¡Bah!
Leon. Casárame por mi vida
Siquiera por acabar
De quejas; mas en Don Carlos,
En vez de darme un galan,
Como yo sé que le obligan,
Me dan un tormento mas.
Brig. Busquemos pues algun medio
Con que poderlo estorbar.
Leon. Nuestros padres lo trataron
Hace muchos años ya
De enlazar ambas familias

Por el efímero afan.
Ambos están empeñados,
Y entrambos me han de matar.
Porque yo adoro á mi primo
Don Cesar cada vez mas,
Y estoy á todo resuelta
Antes que sacrificar
Todo el amor de mi vida
A quien no lo ha de estimar.
Brig. Los ímpetus, Leonor,
De la pasion moderad,
Y dejad al tiempo tiempo,
Que tras uno otro vendrá.
La pasion es un escollo,
Mi Leonor, en vuestra edad...
Leon. Pues yo seguiré mi ruta,
O tengo en él de encallar.
Brig. Mirad no rompais el buque
Y á pique venir lo hagais,
Que llevais, Leonor, en él
El honor.
Leon. Dueña, callad,
Que mujeres como yo
Bien su honor saben guardar,
Y no hay mejor centinela
Que la propia voluntad;
Mas si lo decís ahora
Por el lugar en que estais,
Tened, Brigida, hasta el fin
La paciencia de esperar,
Pues para amores livianos
No os buscara yo en verdad:
Que siendo Leonor Giron
Como quien soy he de obrar,
Y en quien soy, dueña, no cabe
Pequeñez, ni liviandad.
Brig. Señora, si mis palabras
Pudieron en esto errar,
Perdonadlas, porque fueron
Hijas del labio y no mas.
Vuestro padre á mi cuidado
Os tuvo á bien encargar,
Y aunque puedo complaciente
Conceder á vuestra edad
Lo que se debe en justicia,
Los límites sin pasar
De la razon y el honor,
Os juro que volverá
Vuestro honor á vuestro padre
Tan puro como el cristal;
Porque siendo yo quien soy
Como quien soy he de obrar,
Y en quien soy, Leonor, no cabe
Pequeñez ni liviandad.
Mas allí viene Don Cesar,
Y porque, Leonor, veais,
Que os quiero como á quien sois
Y rencor no sé guardar,
Donde vuestra voz no alcance
Me retiraré.
Leon. Esperad,
Que donde esté Leonor
Habrá su dueña lugar.
Sentaos aquí, y ahora
Ved, dueña, oid, y callad.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR, DON CESAR, BRIGIDA.

Ces. ¡Tanta fortuna, Leonor!
Recibí vuestro billete,
Y aun me tengo por juguete
De sueño fascinador.
Hoy vengo, mi dulce amor,
Dudando si en este incierto
Desvarío estoy despierto
Para tal felicidad,
Y aun dudo de la verdad.
Leon. Sí, Don Cesar, es muy cierto.
Mas no por ello penseis
Que en igual desliz los dos
A mí me falto por vos
Ni á vos por mí faltareis,
Que es por honra, y lo vereis,
Don Cesar, por lo que os llamo;
De vuestro amor al reclamo
No os diera la cita, no.
Que años ha que os dije yo,
Primo Don Cesar, que os amo.
Ces. Confuso ademas estoy
Vuestras voces escuchando,
Y de que aun estoy soñando
Mas convenciéndome voy.
Leon. Don Cesar, despertar hoy
A la voz de la razon
Es precisa obligacion
Si como decís me amais.
Ces. Probarélo si me dais
De probároslo ocasion.
Leon. Pues oid y os la daré.
Sabeis (que no es de ignorar)
Que me quieren desposar,
Con pequeña causa, á fe;
Que á otro que á vos no querré
Sabeis, Don Cesar, tambien,
Y es justo que penseis bien,
Puesto que á otro no he de amar,
Si me podeis desposar
Antes que esposo me den.
Si elegir entre los dos
Dejaran mi voluntad,
Yo no eligiera en verdad,
Don Cesar, á otro que á vos:
Quiérelo distinto Dios.

Mi padre airado y violento
Me propone en el momento
O casarme ó profesar;
Si con vos no he de casar
Elijo lo del convento.
Ces. ¡No será, pése á los cielos
Y á la negra estrella mia!
No he de perder en un dia
Una vida de desvelos;
Leonor, mi amor y mis zelos
Esos amaños tiranos
Romperán, y de sus manos
Ambos libres quedaremos.
Leon. Tened, Don Cesar, no demos
En obrar como villanos.
Que aunque consiento en quereros,
Y si no á vos á ninguno,
Es pensamiento importuno
Que galan mio he de haceros.
Ces. Leonor, como caballeros
Que somos ambos á dos
Cuerpo á cuerpo...
Leon. No por Dios,
Que aun es mayor disparate
Que consienta yo en que os mate
O á Don Carlos mateis vos.
Ces. A comprenderos, señora,
No atino por vida mia:
Sacadme de esta agonía,
Que por cierto que ya es hora,
A mí os acogeis ahora
Porque casaros pretenden;
De las manos que os ofenden
Yo libraros quiero y mas.
¿Cómo si os volveis atras
Vuestros deseos se entienden?
Que yo os amo, claro está;
Que os respeto, bien se ve;
Que me amais, pues, yo lo sé,
Dudarlo ofensa será.
Cuando á daros mi amor va
La defensa que pedís,
Que no le mate decís,
Que él me mate no quereis:
Decid pues qué resolveis,
Qué otorgais y resistís.
Leon. Que os ciega vuestra pasion
Bien claro, Don Cesar, veo,
Y en ello tiene el deseo
Sobrada satisfaccion.
Mas cobrad vuestra razon,
Que ha falta de claridad,
Y lo que os digo eschuchad
Sin que andeis por conjeturas
Con las razones á oscuras
Y á tientas con la verdad.
Pues Don Carlos no me estima,
Don Cesar, como á quien soy
Pedireis á mi padre hoy
La mano de vuestra prima.
Ces. Y es patente que se exima.
Leon. Entonces idos al juez,
Confesadle sin doblez
De mi padre la injusticia.
Ces. ¿Y si el juez no hace justicia?
Leon. Acabamos de una vez.
Porque es vano imaginar,
Y miente quien lo dijere,
Que yo con quien no me quiere
Tengo nunca de casar.
Si vos lo habeis de escusar
Por escusar la pendencia,
Miradlo en vuestra conciencia,
Que si con vos, Cesar, no,
Desde ahora apelo yo
Del convento á la sentencia.
Ces. Antes que suceda tal
Pierda la vida, Leonor,
Que con vida y sin tu amor
Acertaré á estar muy mal.
Leon. Ved, dueña, si criminal
O liviano hay algo aquí.
Brig. Si guardais rencor así
Vuestra casa dejaré.
Leon. Me importa que el mundo esté
Bien satisfecho de mí.
Ces. Mas del campo á los estremos
Un hombre hacia aquí se viene.
Leon. Partámonos, que conviene
Que algun encuentro evitemos.
Brig. Ved que llega.
Leon. Pues quedemos
Como estamos sin recelo.
Ces. Bajad sobre el rostro el velo
Y dejémosle pasar.
Leon. ¡Por mi vida que es azar!
¡Carlos!
Ces. Confúndale el cielo.

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, DON CESAR, DON CARLOS, BRIGIDA.

Carl. (¡Todavía gente aqui!
¿No es Don Cesar el que veo?) *Ap.*
Brig. Que nos examina creo.
Ap. á Leonor.
Leon. Harto me pesa ¡ay de mí!
Ces. Ne hará porfía, que es
Hidalgo, y fuera importuno.
Carl. (Sin duda que sobra alguno,
Pues si hay dueña somos tres.) *Ap.*
Ces. (Ello es fuerza que se vaya
Para podernos librar.) *Ap.*

Carl. (De poderme yo quedar
Es fuerza que razon haya.) *Ap.*
Ces. (Pues hemos bien de salir.) *Ap.*
Carl., levantándose. (Yo tengo de quedar bien.) *Ap.*
Leon., sobresaltada. Don Cesar.
Ces. Quietas esten,
Que yo lo haré.
Leon. Sin reñir.
(*Don Cesar y Don Carlos se van el uno para el otro.*)
Carl. Don Cesar, muy bien hallado.
Ces. Don Carlos, mejor venido.
Carl. Si me fuera permitido...
Ces. Cuanto os viniere en agrado.
Carl. Si tal no os pesa escuchar,
Pues gozais tanto favor,
Suplicara á vuestro amor
Se dignara despejar.
Ces. Segun como lo decís
Justo preguntaros fuera
Si resuelto en tal manera
A que despeje venís.
Carl. Si tal empeño tomara,
Don Cesar, á cuenta mia
Menos espacio tendria
Y en vez de rogar mandara.
Ces. ¡Don Carlos. .!
Carl. Dejad que acabe,
Porque hidalgo con razon
Nunca escusa la ocasion,
Pero dar su razon sabe.
De entender vuestros asuntos,
Don Cesar, no tengo afan.
Porque sabed que en mí van
Discrecion y valor juntos.
Si solo me hallara aquí
Sin ocupacion alguna,
Hubiera á honor y fortuna
Que echárais mano de mí.
Mas pues llegando primero
Vuestro amor logrado habeis,
Confio no impedireis
El mio por ser postrero.
Ved ahora si en tal estado
Os puede mucho importar
Ceder un poco el lugar
A otro menos fortunado.
Ces. En cortesía y valor
Dos veces me habeis vencido.
Carl. Si en algo molesto he sido
Perdonad, que hareis favor.
Ces. (Fortuna fué singular
Que él me ayudara en tal guisa.)
(*A Don Carlos.*) (*A Doña Leonor.*)
A Dios quedad. — (Daos prisa.)
Carl. Él os quiera acompañar.

ESCENA V.

DON CESAR, DOÑA LEONOR, BRIGIDA, QUE SE ALEJAN SIN QUE LLEGUEN A DESAPARECER ENTERAMENTE. GINES, LLEGANDO POR DETRAS A DON CARLOS.

Gin. Ved que es Leonor.
Carl. Mentecato,
¿Qué dices?
Gin. Que los cogí
Descuidados y los ví
A mi sabor muy buen rato,
Y os juro que Leonor es.
Carl. ¿Mientes?
Gin. A fe de soldado.
Carl., volviéndose á Don Cesar. Don Cesar, muy bien hallado.
Señoras, bésoos los piés.
Leon., á Don Cesar. ¿Qué es esto, primo?
Ces., á Doña Leonor. No sé.
¿Don Carlos, qué se os ofrece?
Carl. Que nuestro encuentro merece
Mas detenimiento á fe.
Brig., á Doña Leonor. (Nos ha conocido.)
Leon. ¡Cielos!
Ces. Mas claro os esplicareis.
Carl. Vos sí que favor me hareis
En sacarme de recelos.
¿Esas damas quiénes son?
Ces. Eso ya es descortesía.
Carl. Pues como antes os decia,
Yo soy hombre de razon.
Y así, Don Cesar, declaro
Que quien son he de saber.
Mirad vos cómo ha de ser,
Que de vos no me separo.
Ces. Pues riñamos, vive Dios,
Que á mí callarlo me importa.
Carl La contestacion es corta,
Mas tal vez os pese á vos.
(*Ponen mano á los estoques.*)
Leon. ¡Cielos, valedme!
Carl. Teneos,
Que ya mi oido veloz
Recogiéndome esa voz
Ha colmado mis deseos.
(*A Doña Leonor.*)
Hermosa Doña Leonor,
¿Porqué os recelais de mí
Cuando el hallaros aquí
Hoy es á entrambos mejor?
Que es libre y tirano amor
Bien sabeis á lo que veo,
Que en oculto galanteo
Os hallo, Leonor, aquí,

Y tal vez podrá por mí
Cumplirse vuestro deseo.
Leon. Pues ya el disimulo es vano
A vuestra penetracion,
Yo soy Leonor de Giron,
(*Alzándose el velo.*)
Que este es Don Cesar es llano.
Mas no es en vos cortesano,
Don Carlos, tanto insistir
El semblante en descubrir
De quien nada deseais,
Que puesto que no me amais
Bien os lo puedo decir.
Nuestras almas no acertaron
A amarse un solo momento,
Lo de nuestro casamiento
Nuestros padres lo trataron;
Mas lo que ellos concertaron
Amor lo desconcertó,
Y pues su razon la erró,
Contra nuestros corazones,
Ellos las satisfacciones
Podrán daros y no yo.
Pero porque no os vayais
Sin satisfaccion alguna,
Yo os diré que por fortuna
A muy buen tiempo llegais:
Es preciso que sepais
Que ayer que á mi padre vi
Dióme á escoger ¡ay de mí!
Vuestra mano ó el convento.
Yo, mejor que el casamiento,
Lo del convento elegí.
Ahora, Don Carlos, mirad
Si en hora tan desdichada
Ceder me importará nada
Un poco de vanidad,
Y á Dios que os guarde.
Carl. Esperad,
Que esas razones sobraron,
Si nuestras almas no hallaron
Medio de amarse un momento,
Y lo de este casamiento
Nuestros padres lo trataron;
Si llevárais en paciencia
Dejarme antes concluir,
No tuviérais que añadir,
Señora, ni una sentencia.
Mientras creyó mi prudencia
Vuestra alma libre de amar,
No me atreví á contrariar
La voluntad de mi padre,
Mas ya que á quien mal le cuadre
Hay tal vez, dejadme hablar.
En que no me amárais vos,
Y en que yo á vos no os amara,
Acaso aunque nos pesara
Consintiéramos los dos.
Escondiéramos por Dios
Uno al otro nuestro afan;
Y pues nobleza nos dan
Nuestros padres al nacer,
Ni yo amara á otra mujer,
Ni vos buscárais galan.
Hubiéramos, Leonor,
Largo tiempo así vivido;
La mujer con el marido,
Pero entrambos sin amor.
Esto no cabe en mi honor
Permitirlo ni pensarlo;
En vos estaba el callarlo,
En mí estaba el inquirirlo;
En vos estaba el sufrirlo,
Pero en mí está el estorbarlo.
Amo á mi padre, le adoro,
Por cumplir su voluntad
Diera hasta mi eternidad,
Mas no el ajeno decoro;
Tendrálo en mí por desdoro,
Pero decidido estoy
A que todo lo sepa hoy,
Que es justo que desde ahora
Os libre de mí, señora,
Por quien sois, y por quien soy.
Al vuestro tambien diré,
Y afirmadlo vos así,
Que quedais libre de mí,
Y no pregunte el porqué.
Habrá de pesarle á fe,
La ira le asaltará,
Mi padre me ultrajará,
Y ambos tendránlo por mengua,
Pero os juro que mi lengua
Nunca mas os nombrará.
Ved, Don Cesar, si importaba
A estas damas conocer,
Y si el duelo es menester,
Cuando gustáreis se acaba.
Ces. Confieso que no aguardaba
Satisfaccion tan cumplida:
Don Carlos, me dais la vida,
Perdonar debeis mi error.
Carl. Debe á mi lengua, Leonor,
Si en algo anduvo atrevida.
Leon. Tan confusa de atenderos
Me tienen vuestras razones,
Que me faltan espresiones,
Don Carlos, que responderos.
Obligárame á quereros,
Como habeis bien advertido,
Si mi suerte hubiera sido
Por esposo mio tomaros,
Que supiera respetaros,
Don Carlos, como marido.
Pero á Don Cesar queriendo,
Estimo mas lo que haceis...

Carl. Os suplico que escuseis,
Que las horas van corriendo.
Leon. Es cierto, y agradeciendo
Que mancebo tan cortés...
Carl. Bésoos, señora, los piés.
(*Ines, llegando turbada y rápidamente, se ampara detras de los que están en la escena, y al punto reconoce á Don Carlos. Poco despues entran dos desconocidos, que se supone venir tras ella.*)
Ines. ¡Hidalgos, en caridad!
Leon. ¿Qué es esto?
Brig. ¡Cielos!
Ces. ¡Mirad¡
Ines. Socorro... ¡Carlos!
Carl. ¡Ines!

ESCENA VI.

DON CESAR Y DOÑA LEONOR A LA DERECHA, Y A SU LADO BRIGIDA. GINES A LA IZQUIERDA, Y A SU LADO LOS DOS DESCONOCIDOS. EN EL CENTRO INES AMPARADA POR DON CARLOS.

Gin. (¡Ay Gines! buena la hicimos:
Ya escampa y llovian peñas.)
Brig. Si no nos mienten las señas,
Papel de tercero hicimos.
Leon., á Don Cesar. ¿Ines dijo?
Ces., á Doña Leonor. ¿Que sé yo?
Todos son secretos hoy.
Carl. (Corrido en verdad estoy.)
Ines. (¡Quién en hombres se fió!)
Carl., á Ines. Y en fin, ¿direis qué es aquesto?
Ines. Esos hombres me seguian.
Carl., á ellos. Esos hombres ¿qué querian?
Pocas razones, y presto.
Hombre 1°. Esa mozuela bellaca,
Que en mi casa está sirviendo,
Robó unos trastos, y entiendo
Que se huía hácia Aravaca,
Que es su pueblo, y voto á tal...
Carl. Ines, ¿tú criada...?
Ines. No;
Ese villano mintió
Y lo ha fingido muy mal.
Hombres 1° *y* 2°. ¡Cómo, infame...!
Carl. Callad vos,
Que si no me fuera en mengua
Os arrancara la lengua
De las fáuces á los dos,
Hombre 1°. Dareisme cuenta y sobrada.
Carl. Traigo para los villanos
Satisfaccion en las manos.
Tomad esta bofetada.
(*Dale.*)
Hombre 1°. ¡Tal injuria á mí!
(*Meten mano.*)
Carl., á Ines. Huye, Ines,
Que yo la espalda te cubro.
Ines. No me voy si no descubro
Esa dama de quién es.
Leon. ¿Oís, Don Cesar? Le pidió
Satisfaccion.
Ces. Ya lo oí.
Leon. (Que no me amara creí,
Pero que por otra no.)

ESCENA VII.

DON CESAR. DON CARLOS Y LOS DESCONOCIDOS RIÑENDO. ALGUACILES, SOLDADOS, ETC.

Alg. 1°. ¡Dénse al rey!
Otro. Ténganse, digo.
Alg. 1°. Afuera. Ténganse á raya.
Un Escribano. El que reñido no haya
Quédese para testigo.
Carl., á uno de los desconocidos, á quien tiene cogido por la garganta. ¿Conmigo osábais reñir?
Llevadle, justicia, preso.
Alg. 1°. Ahora trataremos de eso,
Que todos han de venir.
¿Y qué es ello?
Hombre 1°. Esa mujer,
Que es, señor, criada mia...
Carl. Esta mujer no servia,
Y ya le pueden prender.
Alg. 1°. Todos irán, que sino
No acaba vuestra malicia.
Carl. Téngase aquí la justicia,
O la haré tenerse yo.
Prended á ese hombre, y vais bien,
Sin ver lo mas que aquí pasa.
Esta dama es de mi casa,
Y yo soy...
(*Acercándose al oido del principal de la justicia.*)
Alg. 1°. ¡Quietos esten!
Vos con nosotros venid. (*Al hombre* 1°.)
Y vuestra merced perdone. (*A Carlos.*)
Carl. Los derechos que os abone
Al mayordomo decid.

ESCENA VIII.

DON CARLOS, DON CESAR, DOÑA LEONOR, INES, BRIGIDA, GINES.

Ines, á Don Carlos. Pues hoy os debo el honor,
Ved en qué os puedo servir.

Carl. ¿Tan sola os habeis de ir?
Ines. Sola he venido, señor.
Leon., á Don Carlos con intencion. Que
la guardeis es mejor,
Don Carlos: idos con ella.
Ines, lo mismo. ¡Oh! por mí no hagais
querella:
Con esas damas quedad,
Que ir con vos por la ciudad
No está bien á una doncella.
Porque vos, segun parece,
En lo galan, caballero,
Sois mucho para escudero
De quien tan poco merece.
De tal honra desmerece
Mi edad y mi condicion.
Leon. (¡Y que siendo yo Giron
Por otra no me quisiera!)
Don Carlos, dirá cualquiera
Que aquestos despiques son.
Si conoceis á esa dama
Id con ella sin recelos,
Que no ha de servir de zelos
A quien sabeis que no os ama.
Y, si esto no es en disfama
De alguien de los que aquí estamos,
Permitidme que os digamos
Que si estorbaros pudimos...
Suponed lo que decimos,
Don Carlos, cuando callamos.
Carl. Leonor, asuntos de honor
No á las damas son ajenos,
Ni el de esta ha de serlo menos
Por no ser Doña Leonor.
(*A Ines.*)
Señora, hareisme favor.
Ines. Con vos, señor, no he de ir.
Leon. Tiene razon, que ha de oir
La frase que he de acabaros,
Y que por apresuraros
No me dejásteis decir.
(*Con ironía.*)
Nuestras almas no acertaron
A amarse un solo momento:
Lo de nuestro casamiento
Nuestros padres lo trataron.
Mientras mis ojos erraron
Y os creí libre de amar,
No me atreví á contrariar
La voluntad de mi padre.
Mas ya que á quien mal le cuadre
Hay tal vez, dejadme hablar.
En que no me amárais vos,
Y en que yo á vos no os amara,
Acaso aunque nos pesara
Consintiéramos los dos.
Escondiéramos ¡por Dios!
Uno al otro nuestro afan;
Y pues nobleza nos dan
Nuestros padres al nacer,
Ni amárais á otra muger,
Ni yo buscara galan.
Así hubiéramos, señor,
Por largo tiempo vivido;
Con la muger el marido,
Pero entrambos sin amor.
Esto no cabe en mi honor
Permitirlo ni pensarlo;
En vos estaba el callarlo,
En mí estaba el inquirirlo;
En vos estaba el sufrirlo,
Pero en mí está el estorbarlo.
(*Vase riendo y dando el brazo á Don Cesar: Brigida los sigue.*)
Ines, con resentimiento á Don Carlos.
Dos meses ha que me amais,
Y el recuerdo no os asombre.
Cuando os pido vuestro nombre,
«Un hidalgo» contestais:
Ha dos meses me engañais:
Dos meses que me mentís.
«Un hidalgo» me decís:
Y es bien claro que sois mas.
¡Oh! ¡no lo digais jamás
Si decírmelo sentís!
Mas ha dos meses se estrella
En mi honor vuestra pasion;
Preguntais mi condicion,
Y yo os digo «una doncella.»
Pues ambos por igual huella
Nos buscamos hasta aquí,
Vos recelando de mí,
Yo recatando de vos,
Desengañados los dos,
Me perdísteis y os perdí.
(*Vase Ines y queda Don Carlos como avergonzado, y repara al punto en Gines, que le contempla.*)
Carl. Fuerza que me pierda hoy es.
¡Cielos! No sé lo que me pasa.
(*A Gines.*)
Sigue á esa dama, Gines,
Y no vuelvas á mi casa
Sin que con la suya des.

JORNADA SEGUNDA.

Paréceme que aun la escucho.
Soy, dijo, à mi furor loco,
Para esposa vuestra poco,
Para dama vuestra mucho.
LOPE DE VEGA.

—

PERSONAS.

EL DUQUE.
DON CARLOS.
DOÑA VIOLANTE.
INES.
GINES.
UN LACAYO, LA RONDA.

—

ESCENA PRIMERA.

Habitacion elegante en casa del duque.

EL DUQUE.

Tambien es tenacidad
De Don Diego y de Leonor.
Negocian puntos de amor
Con una velocidad
Que ya toca en lo importuno.
No creen sino que esta boda,
Porque á ellos les acomoda,
No es incómoda á ninguno.
Carlos jamás tuvo en ella
Inconveniente á mi ver...
Pero le puede tener
Si ve que se le atropella.
Y aunque si ya no le hallo
Que le encuentre dificulto,
Tampoco obligarle á bulto
A casarse quiero yo.
Porque ¿qué le contestara,
Si de haberme obedecido
El mal que le haya venido
Con razon me echare en cara?
Mucho me holgara en verdad
En que con Leonor casase;
Yo insistiré en que se case,
Mas no contra voluntad.
¡Hola! A Don Carlos llamadme;
Y entre tanto, pensamientos,
De vuestros locos tormentos
Un instante relevadme.
(*Pausa.*)
Y por fin si de su honor
Con una exigencia cruel
Despues de casarle á él
Le contara yo mi amor,
¿No dijera, y con justicia,
A proceder tan injusto
Que por hacer yo mi gusto
Puse en el suyo malicia?
Que yo amo es cierto á fe,
Que él no la ama es evidencia...
Qué he de hacer con mi prudencia
Vive Dios que no lo sé.

ESCENA II.

EL DUQUE, DON CARLOS.

El Duq. Ya, hijo mio, te esperaba.
Carl. Yo, padre, os buscaba á vos.
Mas hoy no nos hemos visto:
Dadme las manos, señor.
El Duq. Tómalas, hijo, y con ellas
Mi amor y mi bendicion.
Tengo un punto de que hablarte
Que nos importa á los dos.
Carl. Decid, padre, que os escucho.
El Duq. Siéntate, y óyeme.
Carl. Estoy.
El Duq. Sabes, hijo, que por dicha
(Que así el cielo lo arregló)
Somos nobles de la casa
De los Ponces de Leon,
Y que en bienes de fortuna,
En honra, lustre y valor,
A ninguna otra en Castilla
Nuestra familia cedió.
Carl. Y si hay, padre, quien lo dude,
Nombrádmele sin temor,
Que ademas de la nobleza
Traigo espada y hombre soy.
El Duq. Nadie lo duda, y por esto
El mundo nos ordenó
Ciertas leyes que cumplirlas
Nos es en obligacion.
Por ejemplo, que casemos
Con damas de tanto honor
Que con su lustre den lustre
A nuestro limpio blason.
Ha mucho tiempo, hijo mio,
Que tu boda se trató
Por negocios de familia,
No te importa cuáles son,
Y te buscamos esposa
En la virtuosa Leonor,
Que es la prenda de mas precio
De la casa de Giron.
Que á tu padre tal pluguiera
Callártelo fuera error,
Siendo tu padre el primero
Que en esta boda pensó.
El tiempo y las circunstancias
La hicieron punto de honor,
Pues al mio importa sea,
Mas si daña al tuyo, no.

Carl. Antes de que yo os responda
A mí respondedme vos.
¿Me amais, señor?
El Duq. Mas que el ciego
Amara si viera al sol.
Carl. Si pesarlo fuera dado,
¿Cuál pesara mas, señor,
Vuestra honra, ó vuestro hijo?
El Duq. Hijo y honra... ¿que sé yo?
Carl. ¿Luego igual pesan emtrambos?
El Duq. Por cierto que es confusion.
(*Reflexionando.*)
La honra, de nuestros bienes
Es sin duda el bien mayor;
Y los hijos... si son buenos,
Nos bendice en ellos Dios.
La honra... tal vez se cobra
Con intriga ó con favor...
Los hijos...
Carl. ¿Qué decis, padre?
El Duq. El que una vez se perdió...
Carl. ¿Respondeis, señor, quién pesa
Mas?
El Duq. ¡El hijo, vive Dios!
Y á preguntarlo no vuelvas,
Que dos veces tal vez, no.
Carl. Permitid pues que rehuse
La boda con Leonor;
Mas no lo tengais á mengua,
Libertinaje ó baldon,
Que porque tal no pensárais
Desposara al diablo yo:
Mientras que amarme pudiera
Doña Leonor de Giron,
Consentí en sacrificaros
Mi vida sola, señor;
Pero hoy que sé que no alcanza
A amarme su corazon,
Hoy en libertad la dejo;
La mia os atañe á vos.
El Duq. La tuya, hijo, como tuya
Toda entera te la doy,
Usala como quien eres,
Como Ponce de Leon.
Carl. Mi libertad tengo en mucho,
Y en mas á quien me la dió,
Porque aun antes de alcanzarla
Era hijo vuestro, señor.
Pero... ¡padre! ¿qué teneis?
Desfallecida la voz,
Los ojos volveis inquietos,
¡Fáltale al rostro el color...!
El Duq. Del atormentado pecho
Secretos afanes son,
Y el rubor de alimentarlo
Sale en el rostro y la voz.
Carl. ¡Vos afanes, padre mio!
¡Vos secretos! ¡afan vos!
¡Oh! ¿creísteis mis palabras?
Padre, mi padre, perdon.
Si os ha de causar enojos,
Mirad bien que fué un error,
Y antes, padre, que enojaros
Muriera mil veces yo.
¿Llorais, señor? ¡vive el cielo!
Me partís el corazon.
¿Tanto ha podido ofenderos
El no querer á Leonor?
¡Ah! ¿porqué no me mandásteis
Que no os respondiera, *no?*
Que es para mí sobre todo
Mi padre, despues de Dios.
El Duq. Calla, Carlos, que de el pecho
Secretos afanes son,
Y parte en ellos no tienes
Ni tú ni nadie.
Carl. Señor...
El Duq. Mira, Carlos, son hoy tales
Estas dudas en que estoy,
Que me pesa el sí, y me pesa
Que me respondas que no.
Resistirlo mas no puedo,
Que un pensamiento traidor
Me ha asaltado sordamente
Tras el eco de tu voz.
He pensado que si amaras
A otra mujer, ó mejor,
O mas bella, ó aun acaso
De mas baja condicion...
Carl. ¡Padre...!
El Duq. No es que te lo digo,
Es que lo pienso, mas no.
Carlos, hijo mio, dime:
¿Me amas mucho?
Carl. Como Dios
Amar á su Madre puede,
Y como aquella al Señor.
El Duq. ¿Defendieras una causa
En que hubiera parte yo
Con justicia?
Carl. ¿Eso dudais?
Contra ley, y sin razon.
El Duq. ¿Y si vieras en tu padre
Una falta, la menor,
Mas que el mundo reprocharla
Pudiera como un baldon?...
Carl. Harto contrario no fuera
Todo el mundo á mi furor,
Que un crímen en vuestro rostro
Como virtud viera yo.
Y al que lo mismo no viera
Delante á mí, ¡vive Dios!
Que á estoçadas en el pecho
Le buscara el corazon.
Y no le valiera el sitio,
Ni la fuerza, ni el valor;

Le matara, y si no fuera
Cuerpo á cuerpo, por traicion;
Porque es para mí en el mundo
Mi padre despues de Dios.
El Duq. Carlos, me vuelves la vida:
Dame los brazos.
Carl. Señor,
Vuestro hijo soy; mas decidme
De vuestro mal la ocasion.
El Duq. Que pues, Carlos, tanto me amas...
Mis duelos vienen de amor.
Carl. ¿No es mas, padre? pues ¿en eso
Vuestro corazon erró?
¿No sois hombre, y no están todos
Sujetos á una pasion?
El Duq. Pero tal vez es indigno
De mi pecho tal amor,
Que amo, Carlos, á una perla
Pura, hermosa como el sol,
Pero en el fango del mundo
El cielo me la encerró:
Mas harto, Carlos, te he dicho,
Y de vergüenza me voy,
Que cosas á veces matan
Si se escuchan, hijo, dos.
Carl. (¡Cielo santo! ¿Estoy despierto?
¿Tantas desventuras hoy?
¡Si tras la muerte me voy,
Aun creo el hallarla incierto!
¿En lo mismo que he pecado
A pecar mi padre va?
¡Oh, por Dios que no será
Fuera de ambos mal contado!)
Padre, señor, un momento:
Un remedio me ha ocurrido
Con que vos sereis servido
En lo de aquel casamiento.
El Duq. ¡Un remedio! y ¿qué ocasion...?
Carl. Aguardad y os la diré,
Permitidlo, y partiré
Mañana mismo á Aragon.
El Duq. ¿A Aragon quieres partir?
Carl. ¿Allí haciendas no tenemos?
El Duq. Mas lo mismo quedaremos.
Carl. Así se ha de concluir.
Vos á Don Diego direis
Que á mi vuelta he de casarme.
El Duq. ¿Y una razon no has de darme...?
Carl. Padre, no la pregunteis.
Harto, señor, os pesara
Si yo la razon os diera.
El Duq. Por vergonzosa que fuera
Yo sé que la perdonara.
Carl. No es sino noble é hidalga;
Mas que la calle otorgad.
El Duq. No sé, Carlos, en verdad
Que tanto tu razon valga.
Carl. ¿Hoy en vos mas no pesó
Que la honra el hijo quizás?
Pues ved que en mí pesa mas
El honor vuestro que yo.
El Duq. Tú verás lo que ha de ser,
Que mas no he de importunar.
Y no me atrevo á negar
Lo que puedes menester. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON CARLOS, DESPUES GINES.

Carl. ¡Y en un solo momento,
Con sola una palabra, de mi vida
Robóme la esperanza y el contento!
¿Pero cómo no amarla...
A esa tierna beldad desconocida
Tanto mas adorada
Cuanto mas me parece desdichada?
¡Oh! ¿Porqué nos llamamos
Ponces, Tellos, Abarcas y Girones,
Si á amarrar no alcanzamos
A nuestro alto blason nuestras pasiones?
Mas que mi padre viva,
Que ame, y que goce como grande y rico,
En tanto que en silencio
Yo mi amor á su amor le sacrifico.
Y al fin ¿qué vale todo?
Mujer será, ligera y veleidosa,
Que cuando yo la alzara,
Tal vez de que era mia se olvidara
Acordándose ¡ay Dios! de que era hermosa.
¡Oh! ¡Tal pensando me estremezco y lloro!
Mujer al fin... mujer, pero la adoro.
¡Hola! A Gines buscadme.
Gin. Héme aquí ya, señor.
Carl. ¿Qué sabes de ella?
Gin. Seguí traidor su huella,
Mas tal vez conociendo la seguia
De calle en calle y de plazuela en plaza
Atenta y pertinaz iba y venia.
Carl. ¿La hallastes? Sí, ó no.
Gin. ¡Por vida mia!
¿Pusiérame ante vos si no la hallara?
Hasta la calle fuí de *Mira el Rio*,
Número cuatro, casa solitaria,
La puerta estrecha y de agujeros llena,
Tras el cubo, señor de la Almudena.
Carl., dale un bolsillo. Gracias, Gines, y toma.
Gin. Señor, soldado soy y buen criado,
El oro es de traidores ó cobardes.
Carl. Pues para mí conviene que lo guardes..
Gin. Mal, señor, lo concilias.
¿No estará en vuestras manos mas seguro?

Carl. Yo puedo malgastarlo;
Tócale al mayordomo conservarlo,
Que soy, Gines, un hijo de familias. (*Vase.*)
Gin. ¿Díjome mayordomo?
Gages son del oficio; pues lo tomo.

ESCENA IV.

CASA POBRE, Y SALEN DOÑA VIOLANTE É INES. ES DE NOCHE. — LUZ.

Viol. Estás cabizbaja.
¿Qué tienes, Ines?
Ines. Do quier que los ojos
Volvais, lo vereis.
¿Qué mas, madre mia,
Pudiera tener?
Viol. Voluntad suprema
De los cielos es.
Ines. Mas propicios, madre,
Nos pudieran ser.
Viol. Respeta á los cielos;
Son justos, Ines.
Tu padre hubo siempre
Entera su fe;
Fué siempre á su patria
Y á su Dios muy fiel.
Murió defendiendo
Su patria y su rey,
Y aunque nuestras dichas
Murieron con él,
Los cielos son justos,
Callemos, Ines.
Pero hoy mas que nunca
Parece á mi ver
Que estás fatigada,
Inquieta tal vez.
Ines. (¡Dios mio! ayudadme
Silencio á tener.)
Estais tan enferma,
Y están ya tambien
Nuestras esperanzas
Tan muertas...
Viol. Sí á fe.
Mas hemos llegado
Hasta hoy; ya lo ves,
Y así pasaremos
Un dia, dos, tres,
Un mes y dos meses.
Ines. ¡Ay madre! No sé.
¿Y cuando se pasen
El dia y el mes?
Viol. Entonces...
Ines. Calladlo:
No en ello penseis,
Que acaso tan solo
Por vos vive Ines.
Viol. ¡Hija! ¡mi consuelo!
Mi amparo y mi fe...
¿Me amas?
Ines. Me ofende
Que tal pregunteis.
Por vos diera todo
Cuanto puedo ser,
Mi vida, mi alma,
Mi amor ¡ah! tambien.
Viol. ¡Tu amor! — ¿A quién amas?
Ines. Yo... á nadie... tal vez...
Si algun dia amara...
Como á vos, ¿á quién
Quisiera...? y siento
Aun que lo dudeis.
Viol. Si algun dia amaras,
Si fuerza ha de ser
Que ames...
Ines. Madre mia,
Por vos amaré.
Sin vos, ni los cielos
Le bastan á Ines.
(*Ruido como de alguno que llega. Un embozado se acerca á la puerta.*)
Mas ¡qué ruido...! ¡Un hombre!
¡Qué audaz! ¿Qué quereis?
El Duque, desembozándose y saludando respetuosamente. Salvaros, señora,
Si alcanzo á poder.

ESCENA V.

DOÑA VIOLANTE, INES, EL DUQUE, DISFRAZADO.

Viol. Pues decid, señor, ¿qué pasa?
¿Qué repentina ocasion...?
El Duq. Trájome mi corazon
A las puertas de esta casa.
Con vos, señora, un instante
Quisiera, si os place, hablar.
Viol. Señor, no puedo alcanzar...
El Duq. De un asunto interesante.
Viol. Decid, pues, que os escuchamos.
El Duq. (Indeciso estoy á fe,
Y que decirlas no sé.)
Ines. Señor, atentas estamos.
El Duq. Nace á veces un deseo
En un corazon en calma,
Que abrasa, señora, el alma,
Y que no se apaga creo;
Todo entonces es dudar,
No sosegar ni dormir,
No se sabe adónde ir,
Ni se sabe en dónde estar.
No hay regalo en el placer,
Ni las dichas nos agradan,
Pues hoy tanto nos enfadan,
Cuanto halagaron ayer.
Huimos nuestros amigos,

Que al prestarnos sus consuelos
No son mas en nuestros duelos
Que impertinentes testigos,
Y silenciosos y uraños,
Meditabundos y esquivos,
En el mundo de los vivos
Parecemos como estraños.
Con el pensamiento á solas
Gozámos una ilusion
Cual faro que en un peñon
Alumbra las negras olas;
Mas como él incierta, vaga,
Ya esperanza, ya tormento
Dentro allá del pensamiento,
Ya se muestra, ya se apaga.
Tal vez su ser no ignoramos,
Mas porque no nos asombre
Jamás su ser ni su nombre
A solas nos preguntamos.
Hasta que llega una vez
En que á tanto meditarlo
No querer adivinarlo
Fuera estrema estupidez.
Entonces nuestros enojos
Truécanse en falaz ventura,
Y refleja una hermosura
De nuestra alma á nuestros ojos.
Y de entonces sin temor
Nos perdemos en pos de ella,
Cuanto mas huye es mas bella,
Que es poderoso el amor.

Viol. Tanto tiempo ha que no escucho
Acento tan cortesano,
Que pienso que fuera en vano
Querer escucharle mucho.
Me habeis hecho recordar
Tantas pasadas venturas,
Que apenas por conjeturas
Os alcanzo á adivinar.
Una hija tengo, señor;
Mas ved en vuestro desliz
Que es demasiado infeliz
Para inspiraros amor.
No finjais debilidad
Al través del abandono,
Que no cambia por un trono
Su amor y su soledad.

El Duq. ¿Qué habeis en mí conocido
Para una respuesta tal?
O me he esplicado muy mal,
O me habeis mal comprendido.
Sé la indigencia en que estais,
La virtud en que vivís;
Si os enoja lo que oís,
A desecharlo bastais.
Oro tengo, hidalgo soy:
Si oro noble os bastará,
Nadie en Castilla podrá
Daros tanto como os doy.
Esto es cieno, ya lo sé,
Mas por oro, pompa, honor,
Si un poco me dais de amor
Bien pagado quedaré.

Viol. ¿Quién sois, que me haceis llorar,
No de duelo, de placer?

El Duq. No me debeis conocer
Si no lo habeis de aceptar,
Que en la esperanza en que estoy,
Si mi nombre os revelara,
Que me amárais me pensara
Nada mas de por quien soy.

Viol. Hablais, señor, de tal modo
Que no sé qué responderos.

El Duq. Pues todo vengo á ofreceros,
Mirad si os conviene todo.

Ines. (¡Pobre anciana!) Perdonad,
Que aunque sé que el vulgo es necio,
Y sus hablillas desprecio,
Mi honor me importa, escuchad.
Yo tengo, bien lo sabeis,
Una madre por ventura;
Ella, señor, mucho cura
De las prendas que en mí veis.
Amarla en mí no es virtud,
Sí obligacion principal,
Que fuera pagarla mal
Su desvelo y su inquietud.
A su ciega voluntad
Ciega me sacrificara,
Su vida á Dios le comprara
Con toda mi eternidad.
Mas tuve un padre, señor,
Buen vasallo y buen soldado,
Que aunque en mi alma ha dejado
Para ella todo su amor,
Dejó á mi virtud constancia
Con que en tan rico tesoro
Del noble me falta el oro,
Mas me sobra la arrogancia.
Si la suerte, la riqueza
Con mi padre me quitó,
Yo sé bien que me dejó
En la sangre la nobleza.
Pues noble supe nacer,
Y he vivido sin mancilla,
Del mismo rey en Castilla
Barragana no he de ser.

El Duq. Con harto respeto oí
Vuestras razones, señora,
Y no sé en verdad ahora
A qué traerlas aquí.
No os he venido á insultar
Como un avaro á un mendigo;
He venido como amigo
Para recibir á dar.
He venido porque os amo,

Bella Ines, desde que os vi,
Pero antes de entrar aquí
Olvidé cómo me llamo,
Que amor á todos estiende
Su ley, y á nadie respeta.
Ines. Pero el pueblo la interpreta,
Señor, como la comprende.
Sé que hay un amor sublime
Que arrebata el corazon,
Que no es inmunda pasion,
Y de sus leyes se exime.
Que es una vaga centella
Del fuego que anima el cielo,
Y se refleja en el suelo
Como la luz de una estrella.
Sé que esa virtud sin nombre
Solo en el alma nacida,
Por el autor de la vida
Es un regalo hecho á el hombre.
Pero, señor, tambien sé
Que esa flor sencilla y blanca,
El hombre ingrato la arranca
Y la huella con el pié.
El Duq. Pero ved que si la flor
Se coloca en un altar,
El que la supo apreciar
Adoró á su Criador.
Ines. Vos, señor, sois tan galan
Como yo soy desvalida.
(¡Siempre juntos en la vida
Placer y tormento van!)
El Duq. Pensadlo, señoras, bien
Si lo podeis admitir,
Que yo del vulgo al decir
Pondré silencio tambien.
Que antes que él sea testigo
De las dichas de los dos,
Yo basto á haceros á vos
Igual en todo conmigo.
Viol. ¿Y dejaréisme ignorar
A quién debo agradecer...?
El Duq. No me debeis conocer
Si no lo habeis de aceptar,
Porque os repito que hoy
Si mi nombre os revelara,
Que me amárais me pensara
Nada mas que por quien soy.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA VIOLANTE, INES.

Viol. Suspensa me tiene
Tal felicidad.
Ines. Madre, madre mia,
¡Qué lucha, qué afan!
El alma en mil dudas
Tormento me da.
Viol. ¡Si al cielo piadoso
Movió nuestro mal,
Y el sol nos volviera
Tranquilo á brillar!
Ines, ¿qué dice ese
Silencio tenaz?
¿Qué piensas? ¿A ese hombre
Respuesta darás?
Ines. Madre, madre mia,
¡Qué lucha, qué afan!
Viol. Te salva la honra,
Te adora y te da
Cuanto es, cuanto tiene
Noble y liberal.
Un punto en el vulgo
Nos murmurarán,
En mil conjeturas
A perderse irán.
¿Qué importa, si al cabo
Vendrán á parar
En que es la fortuna,
Fortuna y no mas?
Y ser venturoso
No es ser criminal.
Ines. Madre, madre mia,
¡Qué lucha, qué afan!
Mas no. ¡Qué ventura!
¡Qué felicidad!
Daros una vida
De calma y de paz...
Haceros dichosa,
Madre, y que jamás
Nuestra ágria desdicha
Tengais que llorar.
Mas yo en ese gozo
Sin tregua y solaz,
Tendré mis afanes
Por fuerza que ahogar.
Fingiré contento...
¡Contento falaz!
Madre, madre mia,
¡Qué lucha, qué afan!
Viol. Mas si sientes, hija,
Secreto pesar,
Y tanta fortuna
Recelos te da,
Tu madre, hija mia,
Aun puede esperar,
Que así como vive,
Por tí vivirá.
Ines. Madre, en lo resuelto
No quiero pensar:
Si hoy en vuestra hija
Vuestra vida está,
¿Que habreis vida, madre,
Pudiérais dudar
Cuando al mismo cielo
No idolatro mas?

Viol. Ines, hija mia...
Ines. O madre, cesad.
Id á vuestro lecho
Reposo á buscar,
Que el sol de mañana
Mas claro saldrá.
Viol. Hija, y ¿qué respuesta...?
Ines. De eso descuidad.
(¡Dios mio, Dios mio!
¡Qué lucha, qué afan!)
(*Vanse, y un momento despues vuelve Ines sola.*)
¿Hay hoy mas tormentos,
Señor, que apurar?
Ines..., está dicho.
Felices serán,
Te dieron la vida...
La vida les da.
De vida con ambos
La deuda es igual,
A entrambos su deuda
Les he de pagar.
No importa á qué precio
Su calma obtendrán...
No importa por ambos
Que espire de afan.
(*Queda suspensa, como acosada de honda afliccion interior. Sale Don Carlos al paño con precaucion.*)

ESCENA VII.

INES, DON CARLOS.

Carl., aparte. (En casa de Ines estoy
Por vez última y primera,
Y en tan duro trance que hoy
A echar la suerte postrera
A vida ó á muerte voy...
¡Qué afligida está!)
Ines, aparte. (¡Ay de mí!
¡Tras de tan incierto amar
Venir á perderle así...!)
Carl., saliendo. Si basta el llanto á enjugar...
Ines, sorprendida. Caballero, idos de aquí.
Carl. ¿Qué es esto, Ines?
Ines. No lo se.
Carl. Despedirme.
Ines. Vedlo vos.
Carl. Oyeme, Ines, porque á fe
Que en mi amor...
Ines. No os oiré.
Carl. Mancha no hay.
Ines. Idos con Dios.
Carl. ¿Así te enojas, mi bien?
Zelos á mi ver me pides
Con rigoroso desden.
¿Tú, Ines, así me despides
Cuando á eso vengo tambien?
Ines. ¡Cielos! ¿Tú, Carlos, me dejas...?
Carl. ¿Pues tú misma...?
Ines. Sí; es verdad:
Idos pues.
Carl. Ya que me alejas...
Ines. Que no os oiga vuestras quejas,
Caballero, en caridad.
(Loca estoy, no sé qué digo.)
Carl. Pero antes que parta, Ines,
De una querella contigo
Satisfaccion á un amigo
Fuerza que recibas es.
Ines. Querellas sin tiempo son,
Y las podeis escusar.
Carl. Pero, Ines, ¿tanta ocasion
Pude esta mañana dar...?
Ines, aparte. (Me desgarra el corazon.)
Carl. ¿Tanto, Ines, te habrá ofendido
Lo que hice solo por tí,
Que tu amor habré perdido?
Ines. ¡Amor! Nunca os lo he tenido.
Cuando os lo dije, mentí.
Carl. Pues si tu amor fué mentira,
¿Cómo la verdad se llama?
Ines. ¿Y vuestro amor qué os inspira,
Si vuestro pecho suspira
Por el amor de otra dama?
Carl. ¿Sin dejarme responder
Empiezas á preguntar?
¿Dime, Ines, lo que he de hacer?
Ines. Mirad vos cómo ha de ser,
Porque no os quiero escuchar.
Carl. Pues yo lo quiero decir;
Y de grado ó valimiento,
Hoy, Ines, me lo has de oir,
O en este sitial me siento,
Y de aquí no he de salir.
Ines. ¡Caballero, por piedad!
No añadais, no añadais nada.
Carl. Oye.
Ines. ¡Tal tenacidad!
Carl. ¡Horrible, desesperada!
Ines. Hablad bajo en caridad.
Carl. ¿Porqué en voz baja ha de ser?
Lo que aquí decirte puedo
Todos lo pueden saber,
Y no alcanzo á qué tener
A repetírtelo miedo.
Quísome mí padre dar
Otra mujer por esposa;
Plúgome en ella encontrar
Otra pasion amorosa
Y no la quise tomar.
Su libertad la volví,
Ines mia, por tu amor.

Ines. ¿Porqué lo has dicho? ¡ay de mí!
Que aun hallaba en mí rigor
Mientras infiel te creí.
Carl. ¿Luego injusto y falso fué
Rigor tanto?
Ines. ¡Qué sé yo!
Carl. ¿Luego aun me amas...?
Ines. No lo sé.
Carl. ¿Luego dulce llevaré
Una esperanza...?
Ines. ¡Eso no!
Carl. ¡Con que iré desesperado
Sin que aguarde fin mi pena,
Desoido y desamado
Inocente, condenado
Por dicha y por culpa ajena!
¡Ah!¡ en no verte consentia
Mientras tu imágen sagrada
Dentro del pecho vivia,
Y en hora mas fortunada
Por tu amor, Ines, volvia!
Ines. Don Carlos, ¡oh! no me hableis,
Que en cada palabra vuestra
Un tormento me traeis.
En saber no os empeñeis
Toda la desdicha nuestra.
Que tuve zelos, es cierto;
Que os amo aun, es verdad;
Que os vea mas, es incierto,
Que á un tiempo para mí han muerto
Amor y felicidad.
Carl. ¡El juicio voy á perder!
¡Cuanto mas cerca me pinto
La oscura puerta tener,
Es forzoso deshacer
Las vueltas del laberinto.
Si me amas, ¿porqué me das
Tales tormentos, Ines?
Ines. No preguntes.
Carl. ¿Amarás
A otro tal vez?
Ines, aparte. (¡Fuerza es
Todo apurarlo!)
Carl. No mas.
Si tal antes me dijeras,
Mis querellas escusaras;
Alcancé que errar pudieras,
Pero no que me vendieras,
Ines, ni que me engañaras.
(*Pausa.*)
¡Con tu silencio, traidora,
Confirmándomelo estás...!
(*Marchándose.*)
El cielo os guarde, señora.
Ines, aparte. (¡Santo Dios! Valedme ahora.
Porque yo no puedo mas.)
(*Cae llorando.*)
Carl. ¡Interna contienda brava!
¿Quién causó tal confusion?
¿Qué es esto, Ines mia? acaba...
Ines. Darte lo que te quitaba,
El alma y el corazon.
(*Va á abrazarle, y se detiene.*)
No, no. ¿Qué dije? mentí,
Mentí, Carlos, en verdad.
Carl. con abatimiento. ¡Ah! ¿no me amas?
Ines. Eso sí.
Pero entre ambos puso aquí,
No sé quién, la eternidad.
Idos, Carlos.
Carl. ¡Loco estoy!
¡De amor y de rabia lloro!
Ines. Idos.
Carl. Dime ¡por quien soy!
¿Me amas?
Ines. Sí: porque te adoro
Es fuerza me pierdas hoy.
Carl. ¿Y si algun dia...?
Ines. No sé.
Carl. ¿Si libres al fin los dos...?
Ines. ¡Imposible!
Carl. ¿Y no podré...?
Ines. Harto dije.
Carl. ¿Y si tu fe...?
Ines. Te amo, vete.
Carl. A Dios.
Ines. A Dios.
(*Ines sola.*)
¡Madre mia, al fin vencí!
Bien puedes dormir en paz,
Que he vendido mi solaz
Para comprártele á tí.
(*Vase.*)

ESCENA VIII.

ESTERIOR DE LA CASA DE DOÑA VIOLANTE EN LA CALLE DE *Mira el Rio*: UNA PUERTA EN EL FONDO POR DONDE SALDRA DON CARLOS EN EL MISMO MOMENTO DE MUDAR LA ESCENA. POR EL OTRO LADO Y POCO DESPUES EL DUQUE. — NOCHE MUY OSCURA.

Carl. ¿Hay confusion mas estraña?
Dice que me tiene amor,
Me despide con rigor,
Y jura que no me engaña.
Cuanto mas ama mas daña,
Y ama como nunca amó;
Todo su amor tengo yo,
Sin embargo huye de mí.
¿Podré amar? dice que sí.
¿Esperar? dice que no.
Si mi padre al fin vencido,

Porque todo podrá ser,
O se cansa de querer,
O deja de ser querido,
Y á mi vuelta ya en olvido
Su amor ó su estirpe echó,
¿No podré, volviendo yo,
Adquirir lo que perdí?
Porque amar, dice que sí...
Y esperar... ¡dice que no!
¿Y si el padre á lo que infiero
Yerra en ello...? ¡Vive Dios!
Que ha de ser entre los dos
Mi padre siempre el primero;
Mas si mi infortunio fiero
A compasion le movió,
¿Lo que á mi padre dí yo
No podrá darme él á mí...?
Porque amar, dice que sí...
Y esperar... ¡dice que no!

El Duq. La respuesta he de esperar.
Por el oro y la grandeza
Su virtud y su nobleza
A fe que no ha de cambiar.
Mas ¿para qué he de guardar
El oro y nobleza yo?
Ella es claro que otorgó,
Pues virtudes la ofrecí...
Mi mujer dirá que sí;
Mi dama dirá que no.
Mas si Carlos (lo sospecho
Por su pronta turbacion)
Una igual inclinacion
Abrigara dentro el pecho,
Cederá en mí su derecho,
No hay dudar, que siempre vió
Virtud en cuanto hice yo.
Mas si no por él, por mí,
Mi mujer dirá que sí;
Mi dama dirá que no.
Mas ¿qué miro? ¡Santos cielos!
La casa es esta de Ines...
Y aquel hombre allí... ¿quién es?
Pése á mí que tengo zelos.

Carl. ¿Quién será aquel importuno?
¡Oh! ¡si el que me estorba fuera...!
Pié en el dintel no pusiera
Desde el mismo rey ninguno.
Mas se acerca: ¿quien va allá?

El Duq. Un hidalgo. Calle haced.

Carl. Véngase vuestra merced,
Que en mi estoque la hallará.

El Duq. ¿Quién sois?

Carl. Un hombre.

El Duq. ¿Qué haceis?

Carl. Esperar que paseis vos.

El Duq. A esa puerta estais por Dios...

Carl. De guardia porque no entreis.

El Duq. ¡Esto mas! Por vuestro pecho
El camino he de buscar.
(*Riñen.*)

Carl. Reñid bien, ó vais á dar
En camino bien estrecho.
(*Cae el duque; huye Don Carlos; y por su camino sale Gines, con quien tropieza.*)

Gin. ¡Téngase!

Carl. ¿Gines?

Gin. ¿Quién es?

Carl. Yo soy.

Gin. ¿Y eso era lidiar?

Carl. Dos caballos á ensillar
Vamos al punto, Gines.
(*Llévale por delante.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE. LA RONDA POR OTRO LADO.

Uno. Por aquí sonaba el ruido.

Otro. ¿Era riña?

El Primero. Y bien reñida.

El Segundo. Alguno perdió la vida.

Un Tercero. Pero allí veo un caido.

El Duq. A levantarme ayudad.

El Primero. ¿Os hirieron?
(*Ayúdanle.*)

El Duq. Nada fué;
Un rasguño, y resbalé.
En esa casa llamad.

JORNADA TERCERA.

Perdona pues que el caballo
Tome otra vez y me vuelva.
MORETO.

—

PERSONAS.

DON CARLOS.
EL DUQUE.
DON DIEGO.
DON CESAR.
DOÑA LEONOR.
DOÑA VIOLANTE.
INES.
GINES.
CONVIDADOS.

—

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del duque.

DON CESAR, DOÑA LEONOR.

Ces. ¿Eso á su padre dijo?
Enredo semejante
Solo un padre creyera por un hijo.

Leon. Y corre por la villa
En romances y fábulas contado,
Entre visos de sátira embozado.
Ces. De ese modo en Madrid, Leonor querida,
Héroes ya de pages y porteros
Se han hecho por nocturnos pendencieros.
Leon. No hay cosa mas sabida.
En cada casa de distintos modos
Lo cuentan y celebran,
Pero es lo cierto que lo cuentan todos.
Quién le supone oscuros galanteos
De escondite y escalas de balcones
En que ayuda á tan bajos devaneos
Buscó de espadachines y matones.
Quién cuenta no sé qué de unos billetes
Que dió á leer una moza á su vecina,
Y esta á la madre los leyó por zelos.
Ces. Por Dios que la aventura es peregrina.
Leon. Y estas consejas, primo,
Concluyen en achaque de novelas
Con la muerte de un hombre
De quien todos ignoran hasta el nombre.
Ces. Mas yo alcanzo, Leonor, en este cuento
Un viso de verdad y fundamento.
¿Os acordais tal vez de aquella dama
Que hallamos en la Tela?
Leon. Sí por cierto.
Ces. ¿Y que luego conocimos
De Carlos á pesar de la cautela?
Leon. Me acuerdo, sí.
Ces. ¿Quién sabe
Si esos los cuentos son, y de concierto
Se están ahora en Aragon holgando
Con la supuesta fábula del muerto?
Leon. Ello es cierto que Carlos,
Sea que fundamento en esto hubiera,
Temeroso ó prudente,
Acaso por burlar á la justicia
Abandonó su casa de repente;
Y sea por azar de un amorío,
O de otro encuentro alguno,
Todos convienen sin contrario alguno
En que á un hombre mató en un desafío.
Suponiendo mi padre
Que de escusar la boda son aquestos
Efímeros pretestos,
Arrostrando por todo
De casarnos, Don Cesar, busca modo.
Ces. Por Dios que no lo entiendo.
¿Cómo romper le ocurre
Con el duque el antiguo compromiso?
Leon. Eso es sin duda lo que mas le aburre.
Ces. Pero ¿y cómo cambió tan repentino?
Leon. Lo que no la razon hizo la ira,
Que así nos acontece de contino.
Cuando le dije nuestro amor, furioso
Tornóme á amenazar con el convento,
Y al duque iba á pedir que el mismo dia
Concluyera por fin el casamiento.
Mas cuando de Don Carlos
Entendió la insolencia,
Con el vano rumor de la pendencia
Que sostuvo ante mí por otra dama,
De su ira comprimida
El ahogado volcan reventó en llama.
«De tu palabra, Leonor, te eximo
(Dijo ademas airado) y nada pierdes,
Pues tu esposo desde hoy será tu primo;
De Don Carlos desde hoy mas no te acuerdes.»
Ces. ¿Y vos lo cumplireis?
Leon. ¡Por vida mia!
Que raya la pregunta en osadía,
Primo Don Cesar, y pregunta es esta
Que no merece recibir respuesta.
Ces. Si es que indiscreto anduve
Perdonad, porque á fe, Leonor querida,
Que hay pensamientos que en el alma duran
Cuanto dura nuestra alma y nuestra vida.
Propios son de quien ama los recelos,
Y aunque no hayais á Carlos nunca amado,
Al recordar su nombre decontado
Siento en el alma en rebelion mis zelos,
Pues recuerdos de amor por mas que pase
Veloz el tiempo...
Leon. ¿Concluís, Don Cesar?
Cerrad el labio á tan menguada frase,
Que si tal vez por yerro involuntario
Alcanzara á quererle en algun dia,
Carlos hoy fuera mi mayor contrario,
Porque es preciso que entendais, Don Cesar,
Que en tales ocasiones
Dentro cobija el ofendido pecho
De una mujer iguales dos pasiones.
Y que si pude al seductor reclamo
De un pasado y atento galanteo
Humillar el deseo,
Ya me acordé de que Giron me llamo.
Y aunque broten sin tasa
Rudas pasiones en el pecho amante,
En mí, conmigo misma vacilante
Puede mas el orgullo de mi casa,
Y de Don Carlos, primo, no me acuerdo.
Ces. Me lo atestigua mal ese recuerdo,
Pues quien recuerda, Leonor, se acuerda.
Leon. Mas no se acuerda amante ó veleidosa
Quien una ofensa de su amor recuerda.
Ces. Mas no podrá decir que echó en olvido
El antiguo querer, aunque de un dia...
Leon. Yo recuerdo no mas que me ha ofendido;
Y basta de ello ya por vida mia.

ESCENA II.

DON DIEGO, viejo, DON CESAR, DOÑA LEONOR.

Ces. ¿Cómo, señor, tan temprano?
Diego. Por vos, sobrino, esto y mas.
(*A Leonor.*)
Muy pronto, Leonor, darás
A mi sobrino la mano.
Ces. Permitid que agradecido...
Diego. ¡Oh! Don Cesar, levantad,
Que á pesar mio en verdad
En la boda he consentido,
Pues no ignorais que tenia
Prometida á mi Leonor.
Ces. Mas yo sé tambien, señor,
Que Leonor lo resistia.
Diego. Sí, mas ahora mismo voy
A Don Enrique á pedir
Disculpa de concluir
Todos nuestros pactos hoy.
Ces. Mas ved bien...
Diego. Ya va mirada.
Si él es Ponce de Leon,
Yo soy Don Diego Giron,
Y no nos debemos nada.
En este mes sin escusa
Os tenemos que casar,
Que no es decente esperar
Por quien tal honra rehusa.
Ces. Don Diego, aunque ciego adoro
A Leonor, no me pluguiera
Que mi amor manchar pudiera
Por quien sois vuestro decoro.
Diego. Eso á mi cargo dejad,
Que ellos un cuento han hallado
Con que á Carlos han sacado
Ha tiempo de la ciudad;
Y enseñarles es preciso
Que de nosotros señores
No hemos menester tutores
Que nos otorguen permiso.
Ces. Justo es tal resentimiento,
Y no es decente en verdad
Murmuren en la ciudad
Tanto de este casamiento.
Diego. Teneis, sobrino, razon,
Que me han en mucho ofendido,
Y mal conmigo han cumplido
Esos Ponces de Leon.
Si la boda no querian
Por razon ó veleidad,
¿Porqué de su voluntad
La mudanza no advertian?
Y no dar en recurrir
A inútiles fabulillas
Que al fin no son mas que hablillas
Que al vulgo dan que decir.
Por temor de la justicia
Contar que Carlos huyó
Despues que á un hombre mató
Es conocida malicia.
Pues si el hecho fuese cierto
Alguien por Dios pareciera
Que cuenta diera ó pidiera
Del matador ó del muerto.
Un portero. El duque Enrique, señor,
Quiere veros.
Diego. Que me place:
Con esta visita me hace
A un tiempo doble favor.

ESCENA III.

Dichos, EL DUQUE.

Diego. Me habeis cortado el camino,
Que á vuestra casa iba yo.
El Duq. Viniera yo mas contino;
Mas, Don Diego, mi destino
De otro modo lo arregló.
(*A Leonor.*)
Bésoos, señora, los piés.
(*A Don Diego.*)
Tal vez os vengo á enojar,
Mas preciso á entrambos es,
Que á poderlo yo escusar
Portárame mas cortés.
Diego, á los criados. Dad sillas, y despejad.
Ces., levantándose. Y si importa que salgamos...
El Duq. No: si os place, así quedad.
Diego. Señor Don Enrique, hablad,
Que atentos os escuchamos.
El Duq. Como no ignorais acaso
Que estuve enfermo en el lecho
Así en silencio lo paso.
Diego. ¿Cómo en el lecho?
El Duq. Fué el caso
Una estocada en el pecho.
Diego. Y á no haberlo aquí ignorado
Holgáramos en cuidalle.
Dispensad...
El Duq. Por dispensado.
Diego. ¿Y fué...?
El Duq. De poco cuidado.
Diego. ¿En desafío?
El Duq. En la calle.
Diego. ¿Del todo restablecido
Os sentís ya?
El Duq. De tal modo,
Que á no haberme interrumpido
Hubiérais por mí sabido
Mi intencion...
Diego. Decidlo todo.

El Duq. No atino si he de enojaros.
Dos cosas vengo á deciros;
Si he con ellas de agraviaros
Disculpa vengo á pediros,
O satisfaccion á daros.
Mi hijo, á quien siempre estimé,
En duelo á hombre mató,
Cómo y dónde, no lo sé;
Cuando mi mal me dejó
Ya en mi casa no le hallé.
Hoy escribe de Aragon.
Ved su carta. (*Saca un papel y lee.*)
« Padre mio.
Maté á un hombre en ocasion,
Mas fué en legal desafío,
Cuerpo á cuerpo, no á traicion.
Y porque en deshonra mia
Nada llegueis á temer,
Lo hice porque me ofendia,
Y otra vez le mataría
Si otra volviera á nacer.
Matéle por una dama,
Aunque pobre, noble y bella,
Y aunque el corazon la ama,
Por mas curar vuestra fama
Me alejo de vos y de ella. »
(*A Don Diego.*)
Si esto basta me direis,
O si aun es preciso mas.
Diego. Mas claro os esplicareis.
El Duq. Don Diego, una hija teneis,
Y vos sabeis lo demas.
Si por objeto menor
Mi hijo Don Carlos olvida
La hermosura de Leonor,
Ved que puedo darle vida,
Mas no alcanzo á darle amor.
Y como este casamiento
Tampoco á Leonor agrada,
Con mútuo consentimiento
Libre dejaros intento
De la palabra empeñada.
Ved si en algo os ofendí,
Aunque no quise ofenderos,
Que por lo que toca á mí
Ya os dijo que vine aquí
Resuelto á satisfaceros.
Diego. Escusada y sin razon,
Don Enrique, en demasía
Fuera tal satisfaccion
Cuando igual declaracion
Haceros me proponia,
Pues la tardanza mirando
Con que andábais en obrar,
Vuestra intencion recelando,
Estaba á Leonor buscando
Marido con quien casar.
En Don Cesar desde ahora
A su esposo podeis ver.
El Duq. á Leonor. En hora buena, señora.
Diego. Y haránlo tan sin demora,
Que esta semana ha de ser.
El Duq. Pues vinísteis en serviros
De arreglar esto tan bien,
Despues de gracias rendiros,
Tengo el honor de deciros
Que hoy me caso yo tambien.
Mi hijo Don Carlos estoy
En que de Aragon se viene,
Y ámplia licencia le doy
Para que busque desde hoy
La mujer que le conviene.
Que no está bien en verdad
Que cuando mi boda ajusto
Con entera libertad,
Oponga á su voluntad
Las cadenas de mi gusto.
Tendré en la doble funcion
Amigos, aunque muy pocos,
Y espero en vuestra atencion...
Leon., apa·te á Don Cesar. (Estos Ponces de Leon
Creo que se vuelven locos.)
Diego ¿En ocasion poderosa
Os propuso acaso el rey,
Don Enrique, vuestra esposa?
El Duq. La elegí yo por virtuosa,
De amor sujeto á la ley.
Una dama que aunque oscura
Es tan noble como yo;
Y un prodigio de hermosura:
Yo la he dado mi ventura
Por el amor que me dió.
Diego. Participo cordialmente
De vuestra satisfaccion.
Tendré el convite presente,
(*Con intencion.*)
Que con vos eternamente
Soy Don Diego de Giron.
El Duq., con indiferencia. Perdonad,
y el cielo os guarde.
Diego. Con el cielo vayais vos,
Y vuestra dicha no tarde.
El Duq. Ni á vos la vuestra os aguarde.
A Dios, quedad.
Diego. Id con Dios.
(*Vase el duque.*)
¡Vive Dios, que eso acertaran
Esos mezquinos á hacer!
Si pudieran por mujer
Alguna esclava tomaran:
¿Y qué á mi blason osaran
Sus blasones enlazar?
(*A Don Cesar y Doña Leonor.*)

¿No es vergüenza contemplar
Una gente tan menguada?
¡Estupenda campanada
Con sus bodas van á dar!
(*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR, DON CESAR.

Ces. ¿Oistes, Leonor, al duque?
Pasmado á mi fe me deja.
Leon. Corrida estoy yo de oirle
Desde que empezó, Don Cesar.
Ces. ¡Que se casa!
Leon. Así lo dijo.
Ces. Por mi vida que es quimera.
Leon. Con una dama aunque humilde
Que no le cede en nobleza.
Ces. Y un prodigio en hermosura.
Leon. Tal para cual será ella.
¡Mezquinos! Así su estirpe
Torpes manchan y desprecian,
Y con sangre de villanos
La sangre de reyes mezclan.
Para eso en bizarras lides
Acrisoló su grandeza
Su generosa progenie,
De estos insultos ajena.
Para eso conquistó pueblos,
Y deslindando las tierras
Los moros que las guardaban
Huyeron de las fronteras.
Para que viendo su sangre
Tinta con sangre plebeya,
Desvelados en sus tumbas
Por quejarse no durmieran.
¡Oh! ¡Sobre ellos caiga un dia
Su vilipendio y su mengua!
Ces. Y entrambos en ultrajarse
A un tiempo mismo se empeñan.
¿La carta oísteis de Carlos?
Leon. ¡Ojalá que no la oyera!
Ces. ¿Os pesa, señora mia?
Leon. Tened el labio, Don Cesar.
Ces. Dijeran que esos son zelos.
Leon. Quien lo dijere, mintiera.
La vergüenza de escucharlo
Es lo que en verdad me pesa.
¿No oísteis con qué altivez
Lo afirma la carta mesma
De Don Carlos? « Maté á un hombre,
Le dice, por una ofensa,
Y mil veces le matara
Si las mil veces naciera. »
Ces. « Matéle por una dama,
Aunque pobre, noble y bella. »
Leon. Bien haya sus almas nobles,
Que acuden á la pobreza.
Ces. ¡Y á las bodas nos convida!
Leon. Si me matara no fuera.
Ces. ¿No ireis, Leonor?
Leon. No por cierto.
Ces. ¿Y porqué no?
Leon. Por vergüenza.
Ces. Pues yo iria, aunque no fuere
Mas que por burla siquiera.
Leon. Decís bien, que así á lo menos
Reiremos á su cuenta.
Ces. Y á su misma faz mofándose
Reirá la corte entera.
Será placer.
Leon. Y colmado.
Ces. Será venganza.
Leon. Y completa.
Ces. Y á las fábulas del vulgo
Inagotable materia.
Leon. Sí, sí; de solo pensarlo
Gozoso el corazon tiembla.
Será por cierto una burla
El casamiento.
Ces. Gran fiesta,
Asunto al mundo de mofa,
De sátira á los poetas.
Leon. ¡Oh! por Dios que será un dia...
Vayamos pronto, Don Cesar.
Ces. A ver los que matan hombres
Por las pobres que son bellas.
Leon. Y el prodigio en hermosura
Que no le cede en nobleza.

ESCENA V.

GABINETE EN CASA DEL DUQUE. LAS DONCELLAS ACABAN DE VESTIR A INES. DOÑA VIOLANTE SENTADA. UN VELADOR CON UN ADEREZO.

Doncella 1ª. Bizarra, señora, estais.
Doncella 2ª. ¡Qué bien os va esa diadema!
Doncella 1ª. En belleza sois estrema.
Bajad un poco.
Ines. ¿Acabais?
Doncella 1ª. Concluí. Si os enojais
Con este velo...
Ines. Idos pues.
Doncella 2ª. Severa y rígida es.
Doncella 1ª, *marchándose todas.* (Duquesa de primer dia.)
Ines. ¡Cuántas galas á porfía,
Cuántos tormentos!
Violante. ¿Ines?
Hermosa en estremo estás.
Ines. Pláceme que os plazca á vos.

Violante. ¡Muy bella!
Ines. ¿Sí?
Viol. Sí, por Dios.
Cual no estuviste jamás.
Ines. Agrádame, madre, mas
Que todo ello vuestro gusto.
Viol. Tu madre soy, y es muy justo;
Pero turba mi contento
El siniestro pensamiento
De que lo hagas á disgusto.
Ines. ¿Qué es disgusto? Errais á fe.
¿De vos, madre, no nací?
Viol. ¿Que así lo hicieras por mí?
Me pesa porque lo sé,
Mas si enojos....
Ines. ¿Y porqué
Vuestro bien me ha de enojar?
Que hoy por mí vais á encontrar
Vanidad, riqueza, honor.
(*Ap.*) Aunque á costa de mi amor
Vuestra paz he de comprar.
(*Alto.*) Porque os amo, madre mia,
Mas que á mí misma, y es poco,
Fuera pensamiento loco
Que yo me arrepentiria,
Pues por vos renunciaria
Cuanto tengo y cuanto soy,
Y cada vez, madre, estoy
Mas satisfecha de mí.
Viol. Cuanto mas lo creo así
Menos sintiéndolo voy.
Tanto placer me acibara,
Una duda, un no sé qué....
Ines, no acierto porqué,
Mas si pudiera, llorara.
Si yo, Ines mia, alcanzara
Que por mí sola pudieras....
Ines. Dejad, madre, esas quimeras
Que hijas de la mente son.
Viol. Me acosan el corazon
Como si fueran de veras.
¿Te acuerdas de aquella oscura
Noche en que á tu esposo hirieron?
Ines. Algunos traidores fueron
Que hicieron nuestra ventura.
Viol. Paréceme desventura
Con principio tan fatal.
Ines. ¿Hay, madre, capricho tal?
¿Cuanto vuestros ojos ven,
Por mas que sucede bien,
A vos os parece mal?
En mí, madre, cada vez
Es el contento mayor,
Pues mas lejos el dolor
Veo de vuestra vejez.
Parece que otra niñez
Los cielos, madre, nos dan
Segun cambiándonos van
En lujo, pompa y grandeza
De nuestra antigua pobreza
La miseria y el afan.
Pero, madre, á vuestros ojos,
Hechos á la oscuridad,
Ofende la claridad,
Y el sol con sus rayos rojos,
Que así, madre, diera enojos
A uno que en una prision
Hubiera con su afliccion
Pasado una larga vida,
Y tuviera ya guarida
La sombra en su corazon.
Pero cuando luego se hagan
Vuestros ojos á la luz,
Vereis cuán sin inquietud
Sus tornasoles halagan.
Vereis, madre, cómo vagan
Vuestros ojos sin cesar,
Sin cansarse de mirar
La luz que os estorba ahora,
Que esos pesares, señora,
Son restos de aquel pesar.
Viol. Me consuelas, hija mia,
Tan dulcemente....
Ines. Ya veis
Que atormentaros quereis
Con tan triste fantasía.
Viol. Si es cierta tanta alegría....
Ines. ¿Pues, madre, no lo ha de ser?
¿No lo sabeis comprender
En estas riquezas sumas?
¿Estas joyas y estas plumas
Qué ostentan sino placer?
(*Vase Doña Violante.*)
(*Ap.*) Mas si de galas tan bellas
Pudiera verse á través,
¡Cuál el corazon de Ines
Se encontrara detras de ellas!
Mas vanas son las querellas,
Pues vida y placer me dan.
De mí reclamando están
Vida, contento y placer;
Está resuelto; — ha de ser.
Muera conmigo mi afan.
Atras, corazon, atras:
Ahoga en silencio tu amor:
Ya voy, mundo engañador,
Que esperando á Ines estás;
Madre mia, vivirás
Sin que alcances de hoy á ver
Entre el fingido placer
De la dama en su opulencia,
La miserable dolencia
Del alma de la mujer.
Venid, perlas ostentosas,
A orlar mi marchita frente,
Que hoy he de ser insolente

Envidia de las hermosas.
Tiendan lirios, broten rosas
Donde he de fijar los piés,
Que justicia ademas es
Que derramen los amores
Oro, pompa, gala y flores....
En el entierro de Ines.

ESCENA VI.

INES, EL DUQUE, LUJOSAMENTE VESTIDO.

El Duq. Mi querida Ines, mi amor,
Albricias vengo á pediros.
Ines. Yo sí que debo deciros
Me deis albricias, señor.
El Duq. ¿Eso vos? ¡Qué bella estais!
Las albricias de miraros
Sí que debiera yo daros.
¿Verdad, Ines, que me amais?
Ines. ¿Pudierais, duque, dudarlo
Cuando así bastais á verlo?
El Duq. La duda de merecerlo
Me hace dudar de lograrlo.
Mas como no os pese á vos,
Juraros puedo, Ines mia,
Que jamás me ha dado un dia
Tan feliz como este Dios.
Todo completo es en él,
Pues mi hijo, Ines, va á llegar,
Y ahora os venia á anunciar
Que esto dice este papel.
(*Muestra un papel.*)
Casi á una legua de aquí
Por su caballo quedó,
El page delante envió
Para anunciármelo á mí.
¡Oh! vos no le conoceis,
Y debeis tener afan;
Es el mozo mas galan.
De cuantos mirado habeis.
Y sin que en ello os dé enojos....
Ines. ¿Enojos á mí, señor?
El Duq. A la par con vuestro amor
Le quiero mas que á mis ojos.
Ines. Y orgullo debeis tener
Por un hijo tan honrado.
El Duq. Con la vida que le he dado
Le diera todo mi ser.
En lo noble á todos pasa.
Prudente con los prudentes,
Valiente con los valientes,
Es el sosten de mi casa.
Vamos pues, que él va á venir
Y os le quiero presentar.
Ines. Y yo me tengo de holgar
En salirle á recibir.

ESCENA VII.

SALON ELEGANTE PREPARADO PARA FIESTA. DON DIEGO, DON CESAR, DOÑA LEONOR. CONVIDADOS, ETC., REPARTIDOS POR LA ESCENA EN GRUPOS.

Uno. ¡Qué boda tan repentina!
Otro. Ni vista ni adivinada.
Y dicen que ella es divina.
Otro. Pues novia tan peregrina
Le ha valido una estocada.
El Primero. ¿Hablais, Don Tello, en verdad?
El Tercero. Esa fué la enfermedad
Por la que un mes guardó cama.
El Segundo. Ya se dijo en la ciudad
Que rondaba á alguna dama.
(*En otro grupo.*)
Ces. Impaciente estoy á fe
Por verlos, Leonor, salir.
Leon. Y yo, Don Cesar, porque
Con esta ocasion yo sé
Que han de dar bien que reir.
Ces. Y lo hacen como quien son.
Ved con cuánta ostentacion,
Gala y nobleza trageron.
Diego. Siempre por locos tuvieron
A los Ponces de Leon.
Leon. Mas, vedlos.
(*El Duque saliendo por la puerta del fondo, dando la mano á Ines, y seguido de pages, dueñas, etc.*)
El Duq. Vuestro esperar,
Señores, harto me pesa.
Mil gracias os he de dar.
Véngoos pues á presentar
A mi esposa la duquesa.
Leon., á Don Cesar aparte. (¡Qué es esto, Cesar! ¿No veis?)
Ces., igualmente. (Leonor, asombrado estoy.)
Leon. ¿Es burla? (*A Don Cesar.*)
El Duq. Merced me hareis
Si un instante concedeis
A mi hijo, que llega hoy.
Ines, aparte. (¡Cuánto pesar, madre mia,
Teneis que costar á Ines!
¡Ah! sin vos nunca tendria
Fuerzas en tanta agonía.)
(*Ruido de espuelas, murmullo, y Carlos dentro.*)
Carl. ¿Dónde está?
El Duq. ¡Hijo mio! Él es.
(*Corre hácia la puerta por donde entrará Don Carlos.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DON CARLOS Y GINES EN TRAGE DE CAMINO.

Carl. ¡Padre mio! ¿Es tarde?
El Duq. No.
Nunca es tarde para tí.
Dame los brazos. Así
(*Abrázanse.*)
Te quiero, hijo mio, yo.
Carl. ¿Dó está, señor, vuestra esposa?
Que quiero sus piés besar.
El Duq. Me la hacias olvidar.
Aquí está.—¡Ve cuán hermosa!
Carl., retrocediendo. ¡Cielos, valedme!
Ines. ¡Ay de mí!
El Duq. ¡Ines! ¡Carlos! ¿Qué teneis?
Leon., aparte á Don Cesar. ¿No os lo dije? Ya vereis.
El Duq. ¿Qué es esto, hijo mio, dí?
Carl. Padre, dejadme volver.
El Duq. ¡Volver, Carlos! ¡Vive Dios!
Carl. Que en vuestra casa los dos
A un tiempo no puede ser.
El Duq. ¿Qué te atreves á decir?
¿Pues en qué te falté yo?
Carl. Dejadme.
El Duq., cogiéndole de la mano. ¡Por Dios que no!
Carl. Dejadme, padre, partir.
El Duq. ¿Qué es esto, Ines, vida mia,
En tal punto no dirás?
Que tú tambien lo sabrás,
Pues él contento venia.
Ines. Señor, que el cielo cayera
Veinte veces sobre mí,
Holgara mejor aquí
Que tal hoy aconteciera.
El Duq. ¿Y entrambos no he de saber,
Ines, Carlos, qué es aquesto?
¿Qué decís?
Carl. ¡Oh! me detesto.
Dejadme, padre, volver.
El Duq., con energía. ¡Eso no! me lo direis.
Os mando que lo digais.
Carl. Señor, cuando lo sepais
Tal vez me maldecireis.
El Duq. Habré de volverme loco.
¡Cielos santos! ¿Qué es aquesto?
Pero he de saberlo, y presto,
O tengo de valer poco.
Carl. Dejadme, padre, partir.
El Duq., á los de afuera. ¡Hola! Las puertas cerrad.
(*A los que están en la escena.*)
De grado ó de voluntad
Don Carlos lo ha de decir.
(*Los que están en la escena hacen ademan de marcharse, y el Duque los detiene.*)
¡No! Todos quedad así.
Aunque sea el crímen mayor,
Os juro que por mi honor
Todos lo sabrán aquí.
Carl. Teneos, pues, padre.
El Duq. Acaba.
Ines, de rodillas. ¡Don Carlos, por compasion!
Carl. Vuestras esposa es...
Ines, angustiada. ¡Oh! ¡perdon!
El Duq. Acabad.
Carl. La que yo amaba.
El Duq. ¡Cielos santos! ¡Sueños son!
Carl., con decision. Ahora dejadme partir,
Y de hoy mas no me espereis.
El Duq., con calma. Es preciso que os quedeis,
Que aun os falta que decir.
(*Reflexionando.*)
Todo por fin lo alcancé.
En una amante querella
Mató á un hombre... fué por ella...
Pero y el hombre... ¿quién fué?
Nunca lo sepa, no, no.
Que lo ignore: está inocente.
Es fuerza que eternamente
Crea que el hombre murió.
(*A los circunstantes.*)
Dispensadnos si tal hoy
Ante vuestros ojos pasa,
Porque dentro de mi casa
Padre de familias soy.
(*A Don Carlos con dignidad.*)
Pues ibas por mí á olvidar
Hoy tu amor con tal grandeza,
Vive Dios que mi nobleza
Por menos no ha de quedar.
Da, Carlos, la mano á Ines
Y al templo vamos.
Carlos, á los piés del Duque. ¡Señor!
Voy á espirar de dolor
Y vergüenza á vuestros piés.
El Duq. Señores, esta sorpresa
Mi amor á Carlos buscó.
Quien se casa no soy yo.
Carlos, esta es la duquesa.
(*A Don Carlos.*)
Si cuna ilustre te dí
Por ser Ponce de Leon,
Lo grande del corazon
Tambien lo aprendes de mí.

GANAR PERDIENDO,

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

JORNADA PRIMERA.

—

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DOÑA ANA.
DOÑA CLARA.
OÑATE
LUISA.
LA JUSTICIA.

La escena es en Toledo (1695).

—

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

DOÑA ANA, LUISA.

Ana. Luisa, aquí te he de esperar;
Entra tú mientras en casa,
Y el aderezo de perlas
Dentro de su estuche, saca.
Luisa. ¿Qué, no quiso?
Ana. Todo entero
Lo quiere: ¡suerte tirana!
Luisa. ¡Judío!
Ana. Haz lo que te digo.
Luisa. Mas ved, señora...
Ana. Vé, y calla.
(*Entra Luisa.*)
¿Hasta cuándo, suerte injusta,
Habrás de tener esclava
Del deshonor de un hermano
Toda la honra de su hermana?
Ya ni haciendas, ni riquezas,
Ni joyas quedan en casa;
Todo en avarientas manos
Se pierde sin esperanza. (*Llora.*)
Luisa, saliendo. Aquí está.
Ana. Pues vamos presto.
Luisa. Mas al fuego de esas lágrimas,
Las mias sobre los ojos
Me los anublan y abrasan.
¿Esto mas, señora mia?
Ana. ¡Ay Luisa! déjame y calla,
Que ya que no me consuelan,
Mi mal aduermen mis lágrimas.
¿Dónde encontraste mujer
Tan como yo desdichada?
Un hermano libertino
Tengo por mi mal en casa,
Que juega nuestras haciendas
En vez de beneficiarlas,
Y entre usureros tahures
Deja salud, oro y fama,
Y yo por honor de entrambos
Lloro y abono sus faltas.
Déjame, Luisa, que llore.
Luisa. ¿Mas no hemos ya meditada
Ocasion en que Don Pedro
De un error tan ciego salga?
Ana. ¡Ay Luisa, qué mal entiendes
Lo que son nuestras desgracias!
Con cuanto acertar debemos,
Mas los errores se agravan,
Y á cada paso que huimos
Mas nuestra desdicha avanza.
Luisa. ¿Y qué, señora...?
Ana. ¿Conoces,
Luisa, tal vez á esa dama
Que frente á nuestro aposento
Tiene del suyo ventanas?
Luisa. ¿Doña Clara de Mendoza?
Ana. La misma; esa Doña Clara,
Que cada vez que la miro
Toda se estremece el alma.
Déjame, Luisa, que llore.
Luisa. No os entiendo: Doña Clara
Dentro su casa, ¿qué tiene
Con lo que en la nuestra pasa?

Ana. Sábelo ya de una vez,
Que así á lo menos, entrambas
Llorando la misma pena
La haremos menos amarga.
Tiene un gentil caballero
Por hermano Doña Clara,
Cuanto hidalgo generoso,
Que si no miente, me ama.
Esta tarde llegó oculto
A Toledo, y una carta
Que dél recibí esta tarde,
Con sus razones me mata.
Luisa. Decidlo todo, señora,
Que en un hilo tengo el alma.
Ana. Dice que á casarse viene.
Luisa. ¿Y dice con quién se casa?
Ana. ¿Pues si no fuera conmigo
Así decírmelo osara?
Luisa. ¿Y eso es, señora, por Dios,
De vuestro llanto la causa?
Ana. Pues siendo noble, ¿cuál otra
Mas lágrimas me arrancara?
Luisa. Linda respuesta por cierto.
Rico, valiente, que os ama,
Que os libra de vuestro hermano,
Y que al fin con vos se casa.
¡Pues digo, no sino sueño
Que el forastero no es nada!
Ana. Sígueme, Luisa, y la lengua
Para mis ofensas ata;
Que siendo quien soy, no puedo
Escucharte tus palabras;
Que si él es tan firme amante
Que de desposarme trata,
Por su mismo amor no quiero
Que al fin me juzgue tan falsa
Que pensé con esta boda
En desempeñar mi casa.
Luisa. Perdonad... mas gente llega.
Ana. Baja el manto, que tapadas...
Mas ¡cielos! él es.
Luisa. ¿Quién?
Ana. Vamos,
Que en hablarle no me holgara.
Antes de que nos conozca
Entremos.
Luisa. Mientras que pasa.
Ana. Sí; que si mi hermano vuelve...
Luisa. Pedirá para las ánimas.

ESCENA II.

DON JUAN, DESPUES LUISA, DESPUES DOÑA ANA.

Juan. Doña Ana tiene un hermano;
Y puesto que yo no sé
Si Doña Ana guarda fe,
O si ha llegado á su mano
La carta que la escribí,
Mi prudencia me aconseja
Que consulte con su reja
Si se ha olvidado de mí.
Si es que ingrata me olvidó,
Disimular es aviso,
Porque á la fin es preciso
Que en ello quede bien yo.
Si me es constante Doña Ana,
Mañana me he de casar;
Mas si me pudo olvidar,
A Milan vuelvo mañana.
(*Llama á la reja.*)
Luisa. ¿Quién es?
Juan. Un hombre.
Luisa. En mal hora
Habeis llegado; id con Dios.
Juan. Escusad palabras vos;
Llamad á vuestra señora.
Luisa. Desenfado trae el hombre;
No está en casa.
Juan. Vedlo bien.
Luisa. Lo vi: mas decidme quién
Sois.
Juan. Yo no tengo nombre.
Luisa. Buenas noches.
(*Hace que cierra.*)
Juan. Abreviad,
Y dad aviso á Doña Ana
Que la aguardo en la ventana.
Luisa. ¿mas quién diré?
Juan. Despachad.
Ana, en la ventana. ¿Quién es?
Juan. ¡Doña Ana!
Ana. Don Juan.
Juan. Sí, amor mio, Don Juan es,
Que vuelve al cabo á tus piés
Mas rendido y mas galan.
¿Y tú eres aun...?
Ana. Tu Doña Ana,
Que te idolatra y espera,
Con tu amor mas altanera,
Con tu vuelta mas ufana.
Juan. ¿Diéronte mi carta?
Ana. Sí.
Juan. Tal vez te dí en ella enojos.
Ana. Con lágrimas en los ojos
Veinte veces la leí.
Juan. Mi bien, ¿lágrimas por eso?
Mas las últimas serán.
Ana. De mi fortuna, Don Juan,
Afirmarlo fuera esceso.
Juan. ¡La fortuna!
Ana. Bien lo sé
Que nunca se ha de cansar
Contra mí.
Juan. ¿Y porqué dudar?

Ana. No me pregunteis porqué.
Juan. Mas ved que es inadvertencia
Que en vos me arguye malicia
Hacer tamaña injusticia
A mi amor en mi presencia.
Dudar de vuestra fortuna
Cuando os vengo á desposar,
Es de mí propio dudar
En ocasion importuna,
Que si vos me amais á mí
Como yo os adoro á vos,
Uno del otro los dos
Somos la fortuna aquí.
Ana. Nunca, Don Juan, pensé yo
En ello de otra manera.
Dudé de mi suerte fiera,
De vuestra firmeza no.
Porque, Don Juan, yo os amé
Desde el momento en que os vi,
Y de entonces para mí
Todo el mundo sueño fué.
Imaginar que os faltara
Error y vergüenza fuera,
Porque aunque yo lo quisiera,
A olvidaros no acertara.
Pero es cierto que...
Juan. Acabad.
Ana. Que nací en infausta estrella,
Pues tan mal se apareja ella
Con nuestra felicidad.
Juan. Volvéisme el juicio, Doña Ana,
Y... esplicaos, porque aquí
Yo tan solo sé de mí
Que os quiero esposa mañana.
¿Llorais, vive Dios?
Ana. Sí, lloro.
Juan. ¿Pues no os tomo por mujer?
Ana. Callad, que no puede ser,
Por lo mismo que os adoro.
Juan. ¿Que no puede ser decís?
¡Voto á Dios y á san Millan!
¿Pues no vengo de Milan
Porque vos me lo pedís?
¿No dejo por vos allá
Honor y engrandecimiento,
Mostrando que el pensamiento
En nada sin vos está?
¿No soy soldado y me alejo
Solo por vos de la guerra?
¿Cuanta fama y gloria encierra
La guerra por vos no dejo?
¿Qué mas por vos pude hacer,
Ni vos de mí qué esperar,
Ni qué mas tengo que dar,
O habeis vos que apetecer?
Llego á Toledo esta tarde
Y aunque por quien soy pudiera
Entrar en faz altanera
De mí mismo haciendo alarde,
Prudente os busco, Doña Ana,
Azares por evitaros,
Y vengo de noche á hablaros
A través de una ventana.
Y al recibirme contenta.
Decís que no puede ser,
Lo que es mandarme volver,
Doña Ana, segun mi cuenta.
Ana. No, Don Juan, que os engañais;
¿Pues no os mandé yo venir?
Juan. Mas volvéisme á despedir
Si al recibirme llorais.
Ana. ¿Yo despediros, Don Juan,
Cuando en mal tan esquisito
Mas que nunca os necesito
Por remedio de mi afan?
¿Yo, Don Juan, que instante á instante
Las tardas horas conté,
Y vuestra vuelta esperé
Enamorada y constante,
Dejadme al menos llorar,
Ya que dudásteis de mí.
Juan. Pues si ya me veis aquí,
¿Hay razon para tardar?
Ya que me dais amorosa
Con vuestra fe el corazon,
Mañana mismo es razon
Que paseis á ser mi esposa.
Ana. Tan pronto no podrá ser.
Juan. ¿No basto yo...?
Ana. No, Don Juan.
Juan. Todas, Doña Ana, serán
Inconstancias de mujer.
Decid que no me amais ya,
Y acabamos de una vez.
Ana. Al fuego de mi altivez
No toqueis, porque arderá.
Don Juan, os amo, os adoro
Mas que nunca.
Juan. ¡Pése á mí!
Pues entonces, ¿quién aquí
Va por medio?
Ana. Mi decoro.
Juan. ¡Vuestro decoro! ¿En mí acaso,
En cuanto soy, tengo y valgo,
Qué veis que no sea hidalgo
De prez ó valor escaso?
O en vos sino ¿qué sentís
Que os desdore ó sea en mengua?
Ana. Don Juan, reportad la lengua,
Que hasta en pensarlo mentís.
En mi honor no hay mengua tal,
Ni en mi amor flaqueza alguna;
Pero fuéme la fortuna
Desque nací bien fatal.
Juan. Siempre os conocí tan bella,
Noble, rica, en conclusion.

Ana. Y os dije que no es razon
La injusticia de mi estrella.
Mas, Don Juan, tengo un hermano...
Juan. ¿Porqué callais?
Ana. No lo sé.
De ello me avergüenzo á fe.
Juan. ¿Os prometió?
Ana. Fuera en vano.
Juan. Acaso resiste audaz
Nuestro amor.
Ana. Inútil fuera.
Juan. ¿Qué es pues?
Ana. En vano quisiera
Decirlo el labio tenaz.
Juan. ¿Doña Ana, os burlais de mí?
Sois bella, libre, me amais,
Y todo al fin lo estorbais,
Y á todo decís que si.
Ana. Declararlo mas no puedo,
Que en mí sola no depende.
Juan. Si hay alguno que me ofende...
Ana. No le hallárais en Toledo.
Todo mi amor teneis vos.
Juan. ¿En qué pues tardanza cabe?
Vuestro hermano...
Ana. Nada sabe.
Juan. No os entiendo, vive Dios.
Nada sabe vuestro hermano,
Yo os amo y me amais á mí,
Decisme á todo que sí,
Y que os oponeis es llano.
Acabad.
Ana. Es mi secreto.
Juan. ¿Lo guardais?
Ana. Como quien soy.
Juan. Pronto á ayudaros estoy.
Ana. No fuera en verdad discreto.
Juan. ¿En quién mas podreis fiar?
Ana. En nadie, Don Juan, á fe.
Juan. Fiádmelo pues.
Ana. No haré,
Que á otro en mí fuera faltar.
Juan. ¿A otro en vos? ¿Y sin mí á quién?
Ana. Otro lo sabe, y los cielos.
Juan. (Por Cristo que tengo zelos
Y no los devoro bien.)
¿Luego en otro fiais mas?
Ana. ¡No por Dios!
Juan. Mal se concilia.
Ana. Negocios son de familia.
Juan. ¿Mentís, Doña Ana, quizás?
Ana. ¡Don Juan!
Juan. Dejadme que acabe,
Pues que no teneis es llano
Mas familia que un hermano,
Y este hermano nada sabe.
Negocios en conclusion
De familia no teneis,
Con que es claro que quereis
Sostener la dilacion.
Ana. Pensadlo, Don Juan, mejor,
Que mi hermano puede ser
Quien alcance á entorpecer,
Pése á entrambos, nuestro amor.
Juan. ¿Loco estoy? Falsa sirena,
Ya sé que con tal pretesto
Quereis poner tiempo en esto;
¡Mas si es así, norabuena!
Toledo no me ha de ver,
Que de el me parto mañana.
Ana. Don Juan, ved, mirad...
Juan. Doña Ana,
Ved vos de esto qué ha de ser.
A haceros mi esposa vengo,
Y en el punto en que os lo digo
Secretos teneis conmigo;
Y ó yo de saberlos tengo,
O para siempre me voy,
Porque mi propia mujer
Conmigo no ha de tener
Secretos, por quien yo soy.
Ana. Ved que no lo soy aun.
Juan. Pero lo fuérais mañana
Si fuera, ingrata Doña Ana,
Nuestra constancia comun.
¡Oh! bien haceis en llorar,
Que eso bien sabeis hacer.
Armas son de la mujer
Que huyendo se han de humillar.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
Ana. Pues bien, sabedlo, y tened
De mí duelo á tal oir,
Porque si os lo he de decir,
Me hablais por última vez.
Que os hago tal confesion
Solo por satisfaceros,
Mas en ello agradeceros
No quiere mi corazon,
Mi hermano, Don Juan...
Luisa, dentro. Señora.
Abreviad.
Ana. ¿Qué?
Luisa. Vuestro hermano
Vuelve la calle.
Ana. Es en vano
Tener, Don Juan, mas demora.
Juan. Aguardad.
Ana. No, por mi vida.
Luisa. Ved que llega.
Ana. A Dios, Don Juan.
Juan. ¿Sacaréisme de este afan?
Ana. En ocasion mas cumplida.
(*Cierran y vanse.*)

ESCENA III.

DON JUAN.

Hay por Dios tal confusion
Ni tan estraña mujer!
Hablando la he de perder,
Pues me da satisfaccion.
Y si por su confesion
Bien su inocencia declara...
¡Valiera mas que callara
Si habla por la vez postrera!
Con que en la misma manera
Que la pierda es cosa clara.
No se opone á nuestro amor
Su hermano, pues nada sabe;
En ella ni en mí no cabe
Mengua en lustre ni en honor.
Otro rival mi valor
En su amor no ha de admitir;
Mas cuando vengo á pedir
De su amor la última prueba,
Alza, mantiene y renueva
Cuanto lo puede impedir.
Que me ama, verdad será
Cuando tan tenaz lo jura;
Que cuan rica en hermosura
Es tan libre, claro está;
Pruebas de amor no me da
Cuando me huye, bien se ve;
Dóila mi mano y mi fe,
Dice que muere por mí...
Pero me aparta de sí
Ocultándome el porqué.
Y por Dios que ó yo deliro,
O todo es una invencion,
Que en tan oscura razon
Escusas tan solo miro.
Y cuando á sondarla aspiro
Me confundo en ella mas;
Satisfarame quizás,
Mas obvia el inconveniente,
Y en nuestro amor no consiente
Su intencion volviendo atras.

ESCENA IV.

DON JUAN, OÑATE.

Oñ. ¿Qué os haceis ya tan de noche
Así en la calle, señor?
Juan. ¿Qué te importa, necio?
Oñ. ¿Acaso
Fiel ademas no soy yo?
Aun no hace sino unas horas
Que me confiásteis vos
De esta venida á Toledo
Vuestra secreta razon.
Venís contento á casaros,
Vuestra dama á eso os llamó,
Y á vuelta de solo un dia
En ese guardacanton
Os encuentro cabizbajo
Centinela de un farol.
Permitidme que os repita
Que eso me estraña por Dios.
Mas ya que os soy importuno,
En vuestra meditacion
Seguid, que pues sois mi amo
Yo os obedezco y me voy.
Juan. No, Oñate, que mas que tu amo
He sido tu amigo yo,
Y juntos hemos lidiado
Siendo soldados los dos.
Y pues no ignoras el hecho,
Debes saber la razon,
Aunque no tienen razones
Las sinrazones de amor.
Oñ. Decid pues: ¿Tal vez Doña Ana
Con la ausencia se mudó?
Juan. Dice que ciega me adora.
Oñate. ¿Mas escusa la ocasion?
Juan. Si por cierto; y á fe, Oñate,
Que aquí sin mi acuerdo estoy
Dudando de sus palabras,
Y temiendo su razon.
Oñate. Mas su hermano...
Juan. Nada sabe
Don Pedro.
Oñ. Si otro amador
Os contrasta...
Juan. Su alma entera
Jura que la tengo yo.
Oñ. Mas si una vez el descuido,
La sorpresa, la ocasion...
Juan. Oñate, deten la lengua
Si no has de dar á la voz
Palabras menos villanas.
Oñ. Es suponerlo, señor.
Juan. Tal suponer es osado,
Y calumniar no es razon.
Oñ. Y por fin si dais permiso
Que os lo diga...
Juan. ¡Voto al sol!
¿Y estabas con esa calma
Gozando en mi confusion?
Oñ. Como os via...
Juan. ¡Acaba!
Oñ. Acabo.
Juan. Di presto.
Oñ. Pues á eso voy.
Luisa es una moza fresca,
Cariredonda, encarnada,
Que puede bien ser tomada
Por de familia tudesca.
Dió en el vicio de servir

Bajo auspicios de doncella,
Y si no lo dijera ella,
¿Quién lo habia de decir?
Juan. Oñate, y en ese cuento
¿Qué tengo que entender yo?
Oñ. Que ella es quien me lo contó
De su boca: estadme atento.
Luisa, que sirve á Doña Ana,
Toda su confianza goza,
Y así es que sabe la moza
La historia de la sultana.
Don Pedro, su lindo hermano,
Jugador de profesion,
Que tiene noble el blason
Pero el corazon villano,
Juega siempre hasta perder,
Bebe siempre hasta ganar,
Y el daño para olvidar
Juega y bebe hasta caer.
Con mañas tan disolutas
Y tan torpes compañías,
Las noches pasa y los dias
En apuestas y en disputas;
Y queriendo tal vez mal
A sus deudos y herederos,
Regala á los usureros
Los frutos de su caudal.
Lo suyo no le bastó,
Pues que pierde cuanto gana;
Pidió prestado á su hermana,
Y lo de entrambos perdió.
Despues que ya no halló qué,
En vez de sumiso hermano,
Para su hermana un tirano
Don Pedro en su casa fué
Algo pudo escatimar
Doña Ana á la suerte cruel;
Mas ella llora, y juega él;
Y á pedir él, ella á dar.
En este estado, señor,
Claro es que Doña Ana atienda
A que, pues no tiene hacienda,
Os sea inútil su amor.
Juan. ¡Inútil! por Dios que no;
Que si has dicho la verdad,
Con mas brio y ceguedad
La quiero por ello yo.
Oñ. Ved si es cierto cuanto digo,
Y si hay mas segura seña,
Que quien sus prendas empeña
Es mi paisano y mi amigo.
Juan, aparte. (Efímera es la razon,
Mas concibo cómo humilla
A quien tiene sin mancilla
Nobleza en el corazon.
Mujer noble y singular,
Mal por Dios te conocí;
Mas tal he de ser por tí
Que me baste á disculpar.)
¿Oñate?
Oñ. Señor.
Juan. Dos cosas
Secretamente has de hacer.
Oñ. Señalad las que han de ser
Por osadas ó penosas.
Juan. A Doña Ana llegarás
Con cualquier pretesto ó modo,
Y en faz de usurero, todo
Cuanto pida la darás.
Oñ. ¿Mas si á conocerme llega,
No veis que en vos mal arguya?
Juan. El secreto es cosa tuya;
Nada á la industria se niega.
Al mayordomo he de ver
Ahora mismo, y que te apronte
La cantidad á que monte
Cuanto pueda recoger.
Tú como un desconocido,
Y en tu comercio mejor,
Da la cantidad mayor
De la que te haya pedido.
Y á ese tu amigo, discreto
Las usuras pagarás,
Las haciendas librarás,
Y que nos guarde secreto.
¿Comprendiste?
Oñ. Comprendí.
Juan. Para tamañas finezas
Echa mano á mis riquezas,
Aunque me arruines á mí.

ESCENA V.

OÑATE.

Héme aquí ya en un punto
De camarero y mayordomo junto.
¡A cuántos desatinos nos obliga
La locura de amor! Viven los cielos
Que en favores Don Juan bien estremados
Hoy cambia sus recelos.
Y á partirse dispuesto
El amor de Doña Ana por pretesto
Satisface el orgullo de su casa
Y el fuego del amor en que se abrasa.
Mas pues soy su criado,
Fuerza es obedecerle de contado.
A Doña Ana he de hablar; valga el ingenio;
Mas ella sale... haré el encontradizo,
Y vístase el amor trage postizo.

ESCENA VI.

DOÑA ANA Y LUISA SALIENDO DE SU CASA COMO EN LA ESCENA PRIMERA. OÑATE.

Ana. Mira bien si se fué ya,
Y del empeño salgamos.

Luisa. Seguras, señora, vamos,
Que por la esquina se va.
Ana. ¿Mujer mas infortunada
Viste, Luisa?
Luisa. A fe que no.
Ana. La suerte conmigo dió
Mas que con otra enconada;
¡Tras un año de esperar
La posesion de su amor,
Por vergüenza del honor
Tenerla que desechar!
Luisa. Dejad para otra ocasion,
Señora, por Dios el llanto.
Ana. Cúbrete bien con el manto,
Y echa la llave al porton.
Oñ. Ellas son; llego. Señoras,
Perdonad, y guárdeos Dios.
Ana. Así con él vayais vos,
Que nos importan las horas.
Oñ. A abreviároslas venia,
Que me acaban de informar
Que quisierais empeñar
Prendas de alguna valía.
Luisa. Vaya con Dios el menguado,
Que quien tal dijo mintió.
Oñ. Amigo vuestro soy yo,
Y vengo bien informado.
Y por causas que yo sé,
Para acudiros, señora,
Por eso (*señalando al aderezo que traerá Luisa oculto*) dentro de un hora
Triple cantidad daré.
Y contad siempre conmigo,
Que es vuestro cuanto poseo,
Y os juro que ser deseo
Mas que traficante amigo.
Silencio, Luisa. (*Aparte á Luisa.*)
Luisa, aparte á Doña Ana. Dejadle
Hacer, señora.
Ana, á Oñate. Confio
Que no hareis en daño mio.
Oñ. ¿Temor de mí? desechadle....
Ana. En mi casa pues entrad,
Y el contrato cerraremos.
Oñ. No es menester, que tenemos
Buena fama en la ciudad.
Si os agrada aquí inmediato
El dinero os contaré.
Luisa, aparte á Oñate. Mas....
Oñ., aparte á Luisa. Despues te lo diré.
Ana. Mas firmareis el contrato.
Oñ. Haré cuanto vos mandeis,
Que á vuestro servicio estoy.
Luisa, aparte á doña Ana. Señora, fiada voy
En que cuanto quiera hareis.

ESCENA VII.

DON PEDRO, CASI A PUNTO DE EMBRIAGUEZ.

Como hay Dios que he de arrojar
La casa por un balcon.
Los mismos demonios son
Los que allí van á jugar:
Para alcanzar yo á ganar
Tres cornados en conciencia
Tengo que echar la paciencia,
El ánimo á entretener
Con el calor del beber
O el ruido de una pendencia.
¡Ilusiones me parecen!
Luz de los dados será.
Naipes, dados... ¡voto va
Que los dados me entorpecen.
Como las sombras me crecen!
Todo el cuerpo me flaquea;
Y no atino lo que sea,
Que es mi cabeza un castillo.
(*Riéndose.*)
¡Ah! aire tengo en el bolsillo,
Y el aire me bambolea.
(*Vase hácia la ventana de Doña Clara.*)
Demos al amor un poco...
Tiempo, que no hay mas que dar;
Naipes y dados al par
Contínuo me hacen el coco.
Jugador, amante y loco
Son hilos de igual madeja.
Si no miento, esta es la reja
Del aposento de Clara. (*Llama.*)
Saca á la noche esa cara,
Y alúmbrame esta calleja.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DOÑA CLARA, EN LA VENTANA.

Clara. A Dios gracias, bien venido.
Ped. Hermosísimo lucero....
Clara. A Dios gracias, caballero,
¿Habeis estado perdido?
Ped. Adorando estuve, Clara,
Tus hechizos.
Clara. Mal se ve,
Cuando vende su mercé
Esa adoracion tan cara.
Ped. Cuatro dias sin hablarte
Te estuve deseando hablar.
Clara. ¿De burla estais?
Ped. Por gozar
Doble gusto al encontrarte.
Clara. Caballero, es demasía,
Que importar puede á mi fama

Que volvais á vuestra dama
Con tanta descortesía.
Ped. Amor mio, yo te adoro;
Deja que un amante beso
En tus labios...
Clara. ¡Tal esceso!
Mirad mas por mi decoro.
O mirad que desde luego...
Ped. Clara hermosa, vive Cristo
Que no sé cómo resisto
De tanto amor tanto fuego.
Clara. Parece por vida mia,
Segun lo audaz que venís,
Que el fuego que presumís
Se os apaga con el dia.
¿O le soleis ocupar
En dar fuego á vuestro fuego
Turbando el casto sosiego
De las bellas del lugar?
Ped. Convengo, sí, en que hay jugadas
Que son sin disputa bellas,
Mas como pierdo con ellas
Por feas van apuntadas.
Clara. Ved, Don Pedro, qué decís,
Que he de cerrar la ventana.
Ped. Importuna estais, hermana,
Y por demas resistís.
Clara. Vuestra hermana no soy yo;
Ved, Don Pedro, lo que hablais.
Ped. Como tan oscura estais,
Que lo érais me pareció,
Pero á fe, Clara hechicera,
Que primero que olvidarte
Con el mismísimo Marte
A estocadas emprendiera.
Yo, amor mio, estoy sin mí,
Que en mi amorosa agonía
En tí pienso todo el dia,
Y en la noche pienso en tí.
En las tinieblas del alma,
En su torva tempestad,
En tu amor y en tu beldad,
Busco luz y busco calma.
Y en tan negra lobreguez,
Siguiendo á tientas tus huellas,
Voy marchando entre botellas
De respetable Jerez.
Y allí en tiernísimos sueños
Deliro acciones navales,
Espantosos temporales
Y enamorados empeños.
Allí tú...
Clara. Quedad con Dios,
Que burla tan insensata
No consiento.
Ped. Oyeme, ingrata.
Clara. El ingrato fuísteis vos.
(*Cierra, y vase.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO, Y POR OTRO LADO DOÑA ANA Y LUISA.

Ana. Noblemente se portó.
Luisa. Amigo de mi padre es.
Ana. ¡Que á tal punto por mi hermano
Me reduzca!
Luisa. Fiaos de él.
Ya vísteis le conocia,
Y del modo que le hablé.
(Rabiando estoy de este préstamo
El secreto por saber.)
Ana. Cortés prometió que cuanto
Precisara busque en él.
Luisa. Y yo que vos admitiera
La propuesta.
Ana. Así lo haré.
¡Mas válganos Dios!
Luisa. ¡Señora!
Ana. ¿No es, Luisa, mi hermano aquel?
Luisa. Sí por Dios.
Ana. De Doña Clara
Las ventanas ronda á fe.
Luisa. ¡Si hubiera llamado en casa!
Ana. Volvamos.
Luisa. Volvamos pues.
(*Al volver atras se hallan con Don Juan, que llega por el mismo lado.*)

ESCENA X.

DON PEDRO EN LA REJA. DOÑA ANA Y LUISA EN EL CENTRO. DON JUAN AL OTRO LADO.

Juan. Ello es hecho; pronto todo
Remedio á tiempo tendrá.
Ped. Clara, ¿te enojaste ya?
Vuelve á abrir, ó de otro modo ..
Ana. Don Juan es este.
Luisa. Si á vernos
Alcanza por buen remedio
Pienso que no hallamos medio
Por donde huir ó valernos.
Juan. ¿Mas qué es esto? ¡Un hombre allí
A mis rejas! Vive Dios
Que le mate; ¡y estas dos
Damas paradas aquí!
Antes que á mí, por quien soy,
Es fuerza que á ellas acuda.
(*Llega.*) Señoras, si os falta ayuda
Y la admitís, hombre soy.
Ana, volviéndose atras. Tanto favor agradezco.
A Dios quedad.
Juan. Con Dios id.
Pero no es cuerdo advertid...

Ana. De tal honra desmerezco.
Luisa. Por azar libramos bien.
Ana. Acorrednos, santos cielos.

ESCENA XI.

DON JUAN, DON PEDRO.

Juan. A mi honor da un hombre zelos,
Y es preciso saber quién.
Fuera, hidalgo, de esa calle
Y el rostro á la luz sacad.
Ped. La calle pues me ganad,
Y el rostro importa tapalle.
Juan. Fuera, digo.
Ped. Fuera vos,
Que aquí calle y dama guardo.
Juan. Calle y dama, ¡pues qué tardo!
He de veros, vive Dios. (*Riñen.*)

ESCENA XII.

VUELVEN A SALIR DOÑA ANA Y LUISA RECATANDOSE.

Ana. ¡Mi hermano y Don Juan riñendo!
¡Y en frente á la puerta están!
Luisa. Y por esta calle van
Gente y justicia acudiendo:
Santo Dios.

ESCENA XIII.

DICHOS, LA JUSTICIA.

Uno. Ténganse al rey.
Fuera, digo: ¡eh, caballeros!
Juan. Hasta mataros ó veros (*Riñendo.*)
Atropello por la ley.
Uno. Estas tapadas miraban
La pendencia.
Otro de Justicia. Dénse pues
A prision, que ellas despues
Nombrarán los que lidiaban.
(*Sepáranlos, y Oñate, que llega á Don Juan, le dice al oido:*)
Oñ. Señor, Doña Ana está aquí.
Juan. ¡Cielos!
El Gefe de la ronda. Digan quiénes son.
Ped., cubriendo el rostro. Quien somos es la ocasion
Tan solo porque reñí;
Con que si digo quién soy,
Lo mas pierdo en la batalla.
Otro. Prendedlos.
Ped. ¡Hola! canalla.
(*Emprende con ellos.*)
Juan. Ved que á vuestro lado estoy;
Mas despues nuestra pendencia
Seguiremos.
Ped. Dad en ellos.
Dad, que van como camellos.
(*Métenlos á cuchilladas.*)
Los que huyen. ¡Favor al rey! ¡resistencia!

ESCENA XIV.

DOÑA ANA, LUISA, OÑATE.

Oñ. Señora, alejaos vos
Mientras vuelven.
Ana. ¡Ay de mí!
Oñ. ¿Esta es vuestra casa?
Ana. Sí.
Oñ. Entrad presto, y guárdeos Dios.
(*Entran, se vuelve Oñate, y cae el telon.*)

JORNADA SEGUNDA.

—

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DOÑA ANA.
DOÑA CLARA.
INES.
OÑATE.
EL GOBERNADOR, viejo.
LA JUSTICIA.

—

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Don Juan.

DOÑA CLARA, INES.

Clara. ¡Viste confusion tamaña;
Ines, ni tal desvergüenza!
Por Dios que mas no he de verle
Si de rodillas viniera.
Ines. Señora, tales los mozos
Son hoy en aquesta tierra,
Que son capaces de dar
A la mas firme vergüenza.
Clara. No parece que favores
Buscaba, sino pendencias,
Como si yo algun soldado
Venido de Flandes fuera.
¡Tal desacato! A fe mia
Que si tarda mi paciencia

En acabarse, los muros
Y las rejas atropella.
Ines. Mas, señora, eso tal vez
Confianzas de amor eran.
Clara. ¡Las confianzas me placen!
Cuando sin freno la lengua,
Sin trabas en el deseo,
Sin medida en la licencia,
Quisieron hacer las manos
Lo que los ojos hicieran.
A fe que airada y corrida
De conocerle me deja.
Ines. Acaso disculpa tiene.
Clara. ¿Disculpa? ¿de dónde haberla?
Ines. ¿Qué sé yo? Mas quien bien quiere
Te hará llorar, dice...
Clara. Cesa,
Y si has de justificarle
Quítate de mi presencia.
Ines. Por vida mia, señora,
Que enojarte no quisiera;
Mas ve...
Clara. ¿Qué?
Ines. En esto de amores...
Clara. Acaba.
Ines. En fin, si supiérais
Lo que yo sé...
Clara. Dilo.
Ines. Siento
Enojarte, y no quisiera
Que apagar sin tiempo el fuego
Fuera en la llama echar leña.
Clara. Despacha pues, ó á mentarlo
Nunca en mi presencia vuelvas.
Ines. Ya te empiezas á enojar.
Clara. Me harás perder la paciencia.
Dilo, ó vete.
Ines. De secreto,
Que es confianza secreta.
Si me empeñas tu palabra
De callarlo...
Clara. Bachillera,
Di, que puesto que me importa
La noticia...
Ines. Estadme atenta.
Don Pedro es bizarro mozo,
Galan, valiente y discreto,
Mas como mozo sujeto
A gozar de cuanto es gozo.
Amigo de sus amigos,
Franco, noble y liberal,
Que hará un milagro, con tal
De que en él tenga testigos.
Ya veis, mozo, libre, rico,
Noble, osado y militar,
¿En qué habia de parar?
¿Comprendéisme, ó no me esplico?
Clara. A fe, Ines, que no te entiendo
Tan oscura esplicacion.
Ines. Pues prestad vuestra atencion,
Que todo os lo iré diciendo:
Tan galan como altanero,
Tan feliz como galan,
Puso y con razon su afan
En su estirpe y en su acero.
Cególe su vanidad,
Y embriagóle su grandeza,
Fió mucho en su riqueza,
Y creció su ceguedad.
Clara. Acaba, Ines, que tu cuento
Cansándome mucho va.
Ines. Dirélo en fin claro ya
Mas que vuestro entendimiento.
De galan pasó á amador,
De amador á calavera,
Y es fuerza que al fin cayera
El galan en reñidor.
De un empeño en otro empeño,
Y de un lance en otro lance,
Acabó por dar alcance
De cuanto era único dueño.
Perdió su razon mejor,
Que era el oro, y por volver
Al oro ya podeis ver
Que acabó por jugador.
Clara. ¿Y con eso, Ines, pretendes
Su osadía disculpar?
Mas con ello has de agravar
Mis enojos.
Ines. Mal lo entiendes.
Clara. ¿Lo entiendo mal?
Ines. Muy mal, sí;
Pues bien claro se demuestra
Que cuanto es y cuanto muestra
Lo es y lo muestra por tí.
Clara. ¿Por mí? mengua es en verdad
Que siéndome, Ines, infiel,
Ande yo envuelta con él
En lenguas por la ciudad.
Ines. Esa es pues otra razon
Que prueba lo bien que quiere.
Clara. ¿De qué la razon se infiere?
Ines. Infiérese su pasion.
Clara. Me ama y me olvida.
Ines. No á fe;
De apariencias no te asombres,
Que las culpas de los hombres
Siempre tienen un porqué.
Yo sé que desesperado
Vive tan solo por tí.
Clara. ¿Desesperado por mí?
¿Cómo, Ines?
Ines. Mas reservado
Lo has, señora, de tener.

Clara. Sí por cierto.
Ines. Pues mirad,
Sin dineros no en verdad
Se enamora á una muger.
Clara. Ten, Ines, la torpe lengua,
Que por Dios que Doña Clara
La lengua audaz arrancara
Al que pensare tal mengua.
Ines. Que yerras tambien entiendo,
Que si está desesperado
No es sino porque ha jugado
Cinco semanas perdiendo.
¿Y cómo pues te ha de ver
Sin vergüenza ó sin enojos
Cuando la luz de sus ojos
Puesta en tí debe tener?
¿Cómo pues ha de venir
Alegre y fino á su dama
Quien oro perdiendo y fama
Debe callar y sufrir?
(Válgame Dios qué torpeza
O qué necia ceguedad!)
Clara. (Cerca va á la lealtad
Quien por ser cobarde empieza.)
Y esa vil disolucion
De Don Pedro, ¿aun es por mí?
Ines. ¿Y quién duda que es así
Con tal desesperacion?
Puesto que te quiere bien
Y es tan noble caballero,
Fuerza es que si lo primero
Quiere, lo demas tambien.
Su mujer te ha de llamar
Segun pienso, mas se aviene
Mal con quien caudal no tiene
El bien del matrimoniar.
Y hé aquí porqué despechado
Las noches pasa y los dias
En sus torpes compañías
Y en su vicio encenagado.
Y el tumulto y confusion
De tan larga barahunda
Aviva, encona y redunda
En su desesperacion.
Contínuo tras recobrar
Para tí cuanto ha tenido,
Juega de tí con olvido
Y tu amor por conquistar.
Por impericia ó por suerte
Juega con tan mala estrella,
Que tal vez va á dar por ella...
Clara. ¿Adónde? acaba.
Ines. A su muerte.
Clara. ¡Su muerte, Ines!
Ines. Ved si os ama
Quien sin duda en su pasion
Juega su reputacion
Por quedar bien con su dama.
Clara. ¡Si cierto fuera...!
Ines. A mi fe
Que él mismo me lo contó.
Clara. ¿Cuándo?
Ines. Hoy.
Clara. ¿Hoy?
Ines. Sí.
Clara. ¿Cómo fué?
Ines. Esperando á hablarle yo.
Que incierta de la imprudencia
Del lance de la ventana,
Fuí á saber esta mañana
La razon de la pendencia.
Clara. Bien está.
Ines. ¿Le perdonais?
Clara. No lo sé.
Ines. Sed menos cruel.
Clara. Busca á Oñate.
Ines. No sé de él. (*Sale.*)
Vedle aquí.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, OÑATE.

Oñ. ¿Qué me mandais?
Clara. Tú eres de Don Juan, mi hermano,
Un antiguo servidor.
Oñ. Hame unido á mi señor
Larga vida.
Clara. Y de tu mano
Lo fia todo.
Oñ. Es así.
La vida le debo y mas.
Clara. ¿Y como á él dispuesto estás,
Oñate, á servirme á mí?
Oñ. Me lo ha dicho muchas veces,
Señora, y así lo haré.
Clara. Y yo te lo pagaré
Por cierto como mereces.
Lo que te voy á encargar
Quiero que en secreto quede.
Oñ. Vuesa merced decir puede.
Clara. Silencio en primer lugar.
Oñ. Hombre soy de tal teson
En serviros, Doña Clara,
Que antes del pecho sacara
Que el secreto, el corazon.
Clara. Pues que todo el favor tienes
De mi hermano, conocer
Debes á los que han de ser
Mayordomos de mis bienes.
Oñ. Sí por cierto.
Clara. Tambien sabes
Que yo tengo mi porcion
Con cabal separacion
De Don Juan.
Oñ. Sí.
Clara. Y que por graves

Razones los administra
Con los suyos á la par.
Oñ. Y con afan singular
Los beneficia y registra.
Clara. Pues bien, tamaño favor
Me has de hacer en acudirme...
Oñ. Ya os dije que es repetirme
La órden de mi señor.
Clara. Pues escúchame. ¿Conoces
A Don Pedro de Aguilar?
Oñ. Tal vez de oirle nombrar,
Por señas solo y por voces.
Clara. La razon yo me la sé,
Mas tú de tal modo harás
Que en secreto le darás
Cuanto pida.
Oñ. Así lo haré.
Clara. Pero que nunca sospeche
Ni mi hermano ni él de mí.
Oñ. Mas fácil será que así
Del secreto se aproveche.
Clara. Hazlo tú del mejor modo
Sin demora ni disculpa,
Que si alguien de ello te culpa,
Yo te respondo de todo:
Pues completa libertad
Te otorgo en ello.
Oñ. Está bien.
Haré que todos esten
Cual yo á vuestra voluntad.
Clara. (Así mi amor favorezco
Bajo pretestos de honor.)
Oñ. (Esto tambien es amor,
Y mas con ambas merezco.)
Clara. Mas mi hermano. Sal de aquí,
Y silencio sobre todo.
Oñ. (A fe que es estraño el modo
Con que ambos fian en mí.) *Vase.*

ESCENA III.

DOÑA CLARA, DON JUAN.

Juan. El cielo, hermana, te guarde.
Clara. Con él vengas. (¡Qué severo
Trae el rostro!)
Juan. (Probar quiero
Si lo oculta de cobarde.)
Téngote, Clara, que hablar
En asunto que interesa
Que aclaremos. (La sorpresa
Se hizo en su rostro lugar.)
Clara. (¡Cielo santo!) Empezar puedes,
Que atenta, hermano, te escucho.
Juan. Responde, y ve importa mucho
Que bien respondiendo quedes.
¿Sabes lo que es el honor,
Mi Clara, en una mujer?
Clara. De cuantas puede tener
Esa es la prenda mejor.
Juan. ¿Si la pierde?
Clara. Se deshonra.
Juan. Y es mas leve viso en ella
Confunde, apaga, atropella
La clara luz de la honra.
¿Lo sabes, hermana, bien?
Clara. Así resuelta lo creo.
Juan. Y así resuelto deseo
Que no lo olvides tambien.
Clara. Mas á qué vienen no sé
Preambulos tan estraños.
Juan. Para el mayor de los daños
La mayor cautela á fe.
Que á los piés de una ventana
Suene en la noche serena
Amorosa cantilena,
Es fineza cortesana.
Que en la dulce soledad
Del lecho oiga una mujer
La música, puede ser
Tan solo curiosidad.
Que á la música gentil
Asome acaso al cristal,
Si no es amor criminal
Es vanidad mujeril.
Que un osado mozalvete
Pida á un billete razon,
No dando contestacion
No trae deshonra el billete.
Mas que al son del instrumento
Abra audaz una ventana,
No es fineza cortesana,
Que es liviano atrevimiento.
Ahora bien, contesta, hermana.
Un hombre á tus rejas vi;
¿Fué acaso ó intento en tí,
Fuiste curiosa ó liviana?
Clara. Que á un rumor vago y pueril
Se abra acaso una ventana
Y asome á escuchar tu hermana,
Vanidad es mujeril.
Que á un osado mozalvete
Niegue una contestacion,
Es hacer su obligacion
Devolviéndole el billete.
Que á un hidalgo llamamiento
Asomase á una ventana,
Mas que osadía liviana
Es cortés procedimiento.
Que si esposo ha de tener
Que la dé amor, paz y honor,
Fuerza es que le cobre amor
Antes de ser su mujer.
Si á favor la oscuridad
En su casa le admitiera,
Deshonra y mancilla fuera,

Fuera mengua y liviandad.
Mas si al escuchar la queja
De su amor pone advertida
Cuanto espone de atrevida,
Prudente tras una reja,
Dime pues, aquí tu hermana
En qué pecara en verdad?
¿Fuera en ella liviandad,
O atencion mas cortesana?

Juan. Donde peligra el honor
Sobra la cortesanía.

Clara. No el honor peligraria
Donde hay honra con amor.

Juan. ¿Luego es cierto que ha salido
A la ventana mi hermana?

Clara. Nada he dicho de ventana,
Ni tú me lo has requerido.
Me pusiste una cuestion
Y te respondiste á todo;
Hela yo vuelto á mi modo
Variando la solucion.

Juan. Al fin, contéstame, Clara;
¿Saliste á la reja ó no?

Clara. Si eso te entendiera yo,
A eso, Don Juan, contestara.
Mas todo va en preguntar,
Don Juan, por una ventana,
Y á fe que de buena gana
Te quisiera contestar..
Propónesme una cuestion,
Te respondo otra despues,
Vuelvótela del reves
Y vuelves tú á tu opinion;
Pero como no me esplicas
A lo que he de responder,
Yo al contestar, tú al saber,
Sufres y me mortificas.

Juan. ¿Mas claro lo he de decir?
Anoche en la calle entré
Y á lo lejos escuché
Tus ventanas entreabrir.

Clara. Brava presuncion por cierto.
¿No pudo haber mas ventana
Que se abriera si tu hermana
No hubiera la suya abierto?

Juan. ¿Y qué pretendes que arguya
Cuando á mi casa al llegar
Con un hombre vine á dar
Que me guardaba la tuya?

Clara. Tal vez tu aprension sería.

Juan. ¿Y era tambien mi aprension
Cuando aparte la razon
Contra mí mismo reñía?

Clara. Mas un hombre pudo ser
Que puesto en la calle á acaso
A alguno guardaba el paso,
O tal vez á una mujer.

Juan. Por esa pregunto yo.
¿Sabes la mujer quién era?

Clara. Muy mal yo de ella supiera
Cuando él dél no respondió.

Juan. Mas sin que él cuenta de sí
Diera, ¡voto á Belcebú!
¿No sabrás, hermana, tú,
Si á quien guardaba era á tí?

Clara. Yo nada sé.

Juan. Yo sí sé,
Y tú tambien lo sabrás,
Porque ó tú me lo dirás,
O yo decírtelo haré.
Que él solo por tí venia
Lo sé yo bien, vive Dios,
Y así solo entre los dos
No ha de quedar tal porfía.
Honor tengo y hombre soy,
Y contra fuerza y valor
Quien mancha osado mi honor
Tú me lo has de decir hoy.

Clara. Mas aunque por mí viniera,
¿En qué tu honor te manchara?

Juan. Vive Dios que le matara
Si hoy mismo lo conociera.

Clara. Don Juan, demasiado estás:
Considera que has nacido
Mi hermano, no mi marido,
Y que eso te está de mas.

Juan. ¡De mas dijiste! ya sé,
Villana, tu torpe mengua,
Que me convence tu lengua
Que el que vino por tí fué.

Clara. Muy mal arguyes, Don Juan.

Juan. Arguya pues mal ó bien,
Hoy mismo me dirás quién
Me causa por tí este afan.

Clara. Piénsalo, hermano, mejor.

Juan. Lo pensé, y me he convencido,
Que hermano, sino marido,
Tengo hermana, y tengo honor.

ESCENA IV.

DON JUAN, OÑATE.

Oñ. El señor gobernador
Quiere veros.

Juan. En mal hora
Llega por Dios. Dile que entre.

ESCENA V.

DON JUAN, EL GOBERNADOR.

El Gob. Señor Don Juan de Mendoza,
Dadme mil veces los brazos.

Juan. Y con ellos me dais honra.
¡Vos en mi casa!
El Gob. Sabiendo
Que llegásteis, y en mi propia
Casa rehusais compañía,
Vengo á veros en estotra.
Juan. Es la casa en que habitó
Mi hermana mientras que sola
Túvola mi obligacion
Y las armas españolas.
El Gob. De esa manera os escuso.
Dadme otra vez y otra y otra
Esa mano.
Juan. Con la vuestra
Mas fuerza y mas brio cobra.
El Gob. Decidme, ¿con que Don Mendo,
Vuestro padre, de Dios goza?
Juan. Murió, Don Luis, como noble,
Ganando tumba gloriosa.
El Gob. Y á saber que vuestra hermana
Doña Clara aquí tan próxima
Vivia estando en Toledo,
Por obligacion forzosa
Sirviérala yo de hermano;
Mas tan oculta guardóla
Su recato, que hoy á un tiempo
Supe de entrambas personas.
Ved en qué puedo serviros,
Y tened en la memoria
Que es mi casa vuestra casa.
Juan. Cuánto ese aviso me importa
Os mostraré.
El Gob. No por cierto.
Descansad, Don Juan, ahora
De vuestra marcha unos dias,
Que ha sido larga y penosa.
Yo volveré á visitaros,
Y en tanto contad con toda
Mi autoridad en Toledo,
Que será vuestra, aunque corta.
Juan. Acaso la necesite.
El Gob Y obtendréisla sin demora.
¿Llevais acaso algun pleito
Que desenredar?
Juan. Muy otra
Es mi intencion, mas ya de ella
Os daré parte.
El Gob. Y yo ahora
Molestaros no pretendo.
Juan. Mas que molestia me es honra.
Yo he daros unas cartas.
El Gob. Descansad, que es lo que importa,
Que las cartas yo enviaré
Por ellas á mejor hora.
Y pues he de hablar con vos,
Porque aun tengo algunas cosas
Que atañen á vuestro padre
Que deciros de mas monta,
No tardaré en dar la vuelta. (*Vase.*)
Juan. Tal vez este hombre me importa.

ESCENA VI.

DON JUAN, OÑATE.

Juan. ¿Oñate?
Oñ. ¿Qué mandais?
Juan. Dime, ¿qué hicísteis
Anoche de la dama?
Oñ. Aseguréla
En su casa.
Juan. ¿Y la dísteis...?
Oñ. Todo cuanto pidió: mas la criada
Sagaz me conoció, y aunque es callada,
Y yo de ella respondo, ademas de eso
La he llenado de fábulas el seso,
Y la he desorientado en tal manera
Que nada creo sospechar pudiera.
Juan. Está bien; mas tú acaso
¿Conociste al galan con quien reñia?
Oñ. Imposible sería,
Que á distancia de un paso
Nada se via en noche tan oscura.
Juan. Perdile en el tumulto,
Y con tal desventura,
Que un hora por la calle anduve á bulto
Por ver si me era dado
Concluir de una vez lo comenzado.
Oñ. Tal vez yo, señor, sepa
Averiguarlo todo.
Juan. De qué modo me di.
Oñ. Yo me sé el modo,
Si me dejais hacer; porque ó soy ciego
O á mucho alcanzo y con la vista llego.
Juan. Esplícate mas claro.
Oñ. Ya os acordais, señor, del refrancillo:
« Por el hilo se da tras el ovillo. »
Y tengo para mí que en paz sigamos
La pista por el hilo,
Porque temo mas mal del que pensamos.
Juan. ¿Mas quién aquí se llega sin aviso?
Oñ. Mujer es.
Juan. Y en el velo misteriosa
La faz esconde.
Oñ. O es menesterosa,
O equivocada viene de preciso.

ESCENA VII.

DON JUAN, DOÑA ANA, CON MANTO.

Juan. Guárdeos Dios. ¿Qué se os ofrece,
La silenciosa embozada?

Ana. Si una mujer desolada
Vuestra atencion os merece,
Que una palabra me oigais.
Juan. Hablad.
Ana. Aun no puede ser,
Que no me han de conocer
Donde vos solo no estais.
(*Sale Oñate y quedan solos.*)
Juan. Servida, señora, os veis:
Decid qué quereis de mí.
Ana. Sepamos antes aquí,
Don Juan, si me conoceis. (*Se descubre.*)
Juan. ¡Doña Ana! Cielos, ¿qué es esto?
Ana. Es mi desdicha, Don Juan.
Juan. Hablad pues, que en vuestro afan
Temo algun lance funesto.
Ana. La luz el llanto me arrasa,
Y atino á la voz muy mal.
En este punto fatal
La justicia está en mi casa.
Juan. ¡La justicia! ¿Y cómo así?
Ana. Ya es fuerza que os lo declare,
Porque tenga quien me ampare
En mis cuitas. ¡Ay de mí!
Tengo, Don Juan, un hermano
Para quien nunca bastó
Cuanta riqueza heredó
Ni cuanta adquirió tirano:
Malgastólo en pocos dias,
Sin bastar amago ó ruego
A retraerle del juego
Y de torpes compañías.
Jugó lo suyo y lo ajeno,
Pues yo á mi pesar le dí
Cuanto dejáronme á mí,
De insana avaricia lleno.
Y tras tantos sinsabores
Como por su mal pasé,
Mi casa hoy, Don Juan, hallé
Presa de sus acreedores.
De vos me vengo á amparar,
De angustia y lágrimas llena,
Porque á otro que á vos mi pena
No acertara á confiar.
Juan. Doña Ana, con vuestro amor
Hoy me honrais y me ofendeis,
Que acudiendo á mí me haceis
Un favor y un disfavor;
Mas vuestro intento decid,
Que en todo os he de ayudar.
¿Quereis, señora, tornar
Sin vuestro hermano á Madrid?
Ana. Pues quisísteis vuestra mano
Ofrecerme en mi riqueza,
Valedme hoy en mi pobreza
De mi suerte y de mi hermano.
Pues que por sus culpas hoy
Tan sola y triste me veo,
Acabar es mi deseo
De las penas en que estoy.
Y en último pensamiento,
La vida por concluir,
Yo de aquí no he de salir
Sino para ir á un convento.
Juan. ¿A un convento? Loca estais.
Ana. Pues que vos lo presumís...
Juan. Mirad bien lo que decís,
Que hablando conmigo estais.
Ana. Por ser quien sois os lo digo,
Porque quiero en este afan
Teneros sino, Don Juan,
Por amante, por amigo.
Juan. Mal se aviene esa amistad,
Doña Ana, en mí con mi amor.
Ana. Pasion es tal vez menor,
Pero de mayor verdad.
Juan. Por cierto que á comprenderos
Aun bien no alcanzo, Doña Ana,
Mas es diligencia vana,
Que en ello he de complaceros.
Vuestra suerte y vuestra fe
Penetra mi corazon,
Y vuestra honra y condicion
Hoy, Doña Ana, bien se ve.
De aquí no habeis de salir,
Pues aquí os habeis venido
Sin hermano ó sin marido,
De ambos podeis elegir.
Vuestro hermano, pues perdió
Vuestra hacienda, no quereis:
Vuestro marido ya veis
Que me ofrezco á serlo yo.
Ana. Abreviemos de razones,
Don Juan: pues noble nací
No ha de decirse de mí
Que sucumbo á mis pasiones.
En lo que tengo de hacer
Tomé ya resolucion:
Ayudadme mi opinion
Hoy, Don Juan, á defender.
La justicia está en mi casa,
Y yo á la vuestra al subir
Defensa os vine á pedir,
(Y no de vergüenza escasa).
Ved en tamaña ocasion
Si lo podeis remediar.
Juan. No, si no habeis de aceptar
Mi mano y mi corazon.
Ana. Harto os dije.
Juan. Nunca á fe
Sin vos he de consentir...
Ana. Dejadme, Don Juan, salir,
Que yo lo remediaré.
Juan. Tened, que al gobernador
Voy en este punto á hablar.
Su respuesta en esperar,

Doña Ana, me hareis favor.
Que si he de daros enojos
No merezco yo en verdad
Sino en vuestra voluntad
Respetar vuestros antojos.
En este mismo aposento
Sola y segura estareis,
Y usar de ese otro podeis,
Si conviene á vuestro intento.
Dios os guarde.
Ana. Os vele á vos.
Juan, aparte. ¡Oh! Su paz rescataré.
(*Vase.*)
Ana, aparte. A olvidar cuánto le amé
Ayudadme, santo Dios.

ESCENA VIII.

DOÑA ANA.

No, imposible, no será;
No viva ya en él mi amor,
Que aquí en el alma mi honor
Antes que mi amor está.
¿Y cómo no amarle ya
Cuando mas amante así
Todo lo espondrá por mí?
¡Oh! ¡tan noble he de ser yo!
Que él mi amor espere, no;
Yo muera amándole, sí.
Mas gente llega... ¿Qué escucho?
¡De mi hermano es esa voz!
Ines, dentro. ¿Adonde vais tan veloz?
Pedro, dentro. El asunto importa mucho.
Ana. Con la ira y el temor lucho;
Sin duda viéndome entrar
Viéneme airado á buscar.

ESCENA IX.

ESCONDESE DOÑA ANA, Y SALEN DON PEDRO É INES.

Pedro. A Doña Clara advertid
Que la espero.
Ines. Mas decid...
Pedro. ¡Idos! Qué estupendo hablar.

ESCENA X.

DON PEDRO, SENTANDOSE EN UN SILLON.

¡Por fin gracias que llegué,
Y por Dios no sin trabajo!
La calle de arriba á abajo
Cuarenta veces crucé.
¿Quién va? — ¡Oiga su mercé! —
Dénse al rey. — Abran aquí...
Guardia en el zaquizamí...
Tanta prisa y confusion
Por tener jurisdiccion
En la hacienda que perdí.
(*Riéndose.*)
¿Qué diablos van á encontrar
En mi casa, ¡voto á Dios!
Si somos á cobrar dos
Y veinte y cinco á gastar?
(*Levantándose.*)
Aquí, amor, me has de ayudar.
Clara llega. Mentiré;
Mi amor la ponderaré;
Cuanto mas resistirá
Mas el tiempo pasará,
Y mejor me salvaré.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, OCULTA. DON PEDRO, DOÑA CLARA.

Ped. Mi Clara, mi bien, mi amor,
Bien sé que es temeridad,
Mas no es posible en verdad
Resistir á tanto ardor.
Yo te adoro.
Clara. Bien se ve
Que alevemente mentís:
Si hoy á mi casa venís,
Decid, Don Pedro, porqué.
Ped. (¡Aquí de Dios!) Angel mio,
Porque, qué vida habrá en mí
Cuando están presos en tí
Mi razon y mi albedrío.
Querrás decirme tal vez
Que porque perdido estoy...
¡Oh! nada á negarte voy,
Fuera necia estupidez.
Mas yo te amo: un mundo entero
Concebí para tí poco,
Quise conquistarte loco
En él el lugar primero;
Mas me avergüenzo al decillo.
¿Quién era yo? un hidalguillo
A quien sus padres dejaron
Unas viñas y un castillo
Que los tiempos asolaron.
Yo era noble, era valiente,
Mas dentro del corazon
Hervian eternamente,
Dándome guerra insolente,
Tu amor, Clara, y mi ambicion.
Mi ambicion, Clara, que en mí
Era tu amor y no mas,
Que vivo y espero en tí,
Y por tí solo sentí
No ser príncipe quizás.

Fuéme adversa la fortuna,
Perdí tiempo, honra y caudal,
Y hoy sin esperanza alguna,
Mas mi ambicion me importuna
Contra mi suerte fatal.
Mas, Clara, yo triunfaré:
¡Vive Dios! me haré soldado,
Iré al campo y lidiaré,
Y orgulloso tornaré
Mas que nunca enamorado.
Porque pese á la razon,
No es amor una quimera,
Y yo aquí en el corazon
De una infinita pasion
Siento la insaciable hoguera.
A darte mi despedida
Vengo, y espero perder
En la demanda la vida,
O con mi ambicion cumplida
Tengo, Clara, de volver.

Clara. ¡Oh! ¡partes!
Pedro. Lejos de aquí.
Clara. ¿Cómo? ¿Dónde?
Pedro. A conquistar
Tu amor ó mi muerte.
Clara. ¿Así
Piensas, Don Pedro, llegar....
Ped. Hasta tus piés. (*De rodillas.*)
Clara. ¡Ay de mí!
Ped. Venia otorgadme, señora,
Para partir con valor;
No haya en ello mas demora,
Que el corazon me devora
La hoguera de vuestro amor.
Clara. No, ya es inútil partir,
Don Pedro; quedaos pues,
Que no os he de permitir....
Ped. Ni yo osar mas que morir
De ventura á vuestros piés.
¡Oh! ¿me amais?
Clara. Pensadlo vos.
Ped. ¿Siempre igual?
Clara. Siempre igual fuí.
Ped. Mas dejadme por los dos
Partir.
Clara. Eso no.
Ped., aparte. Vencí
Por asalto, vive Dios. (*Levantándose.*)
(*Pausa.*)
Clara. Lo habeis fingido muy bien.
¿Os sentís contento ya?
Ped. (Mi gozo en el pozo está:
¿A que juega esta tambien?)
No os alcanzo á comprender.
Clara. Bien está: olvidemos esto:
Que yo os amo es manifiesto.
Ped. ¡Válgate Dios por mujer!
Clara. Pese á vuestra sinrazon,
Yo os amo, Don Pedro, así,
Porque no puedo ¡ay de mí!
Sujetar mi corazon.
Que un iman incomprensible
Hay, Don Pedro, en el amor
A la razon y al valor
Contrapuesto é invencible,
Y en verdad que sin valer
A menos, os amo ciega,
Que á tanto, Don Pedro, llega
Lo débil en la mujer.
¡Mas cielos!
Ped. ¿Qué pasa?
Clara. Él es.
Ped ¿Quién?
Clara. Mi hermano. Mas ganad
Esa puerta.
Ped. No en verdad,
Que en la calle....
Clara. ¿Qué hareis pues?
Ped. La justicia está en mi casa,
Y con ella he de topar.
Clara. Aquí os pedeis retirar.
(*Al gabinete donde está Doña Ana.*)
Ped. Cerrado está.
Clara. El tiempo pasa,
Y Don Juan por la escalera
Sube ya.
Ped. Alejaos vos,
Que yo con él...
Clara. No por Dios.
Ped. Id.
Clara. ¡Don Pedro!
Ped. Salid fuera.

ESCENA XII.

DON JUAN, DON PEDRO, DOÑA ANA, OCULTA.

Juan, cerrando la puerta. Ya libre la casa está,
Que el viejo gobernador
Para salir fiador
Consentimiento me da.
Sin duda ocultóse ahí.
Mas ¿qué miro?
Ped Guárdeos Dios,
Señor Don Juan.
Juan. ¿Quién sois vos?
¿Qué haceis? ¿Quién os trajo aquí?
Ped. Un hidalgo soy, y espero
De una dama á quién llamais
Hermana....
Juan. No prosigais,
Y seguidme, caballero.

Ped. ¿Adónde?
Juan. Al campo.
Ped. ¿Y á qué?
Juan. A batirnos.
Ped. ¿La razon?
Juan. ¿No os lo dice el corazon?
Ped. Callado lo siento á fe.
Juan. Ya es demas. Salid conmigo.
Ped. Ya os dije, Don Juan, que no.
Juan. Ved que he de sacaros yo.
Ped. Que de aquí no salgo, digo.
Sé que teneis la justicia
En la calle, y al bajar
Con la justicia he de dar,
Don Juan, por vuestra malicia.
Juan. Mentís, y viven los cielos
Que quien sois he de saber.
Ped. Yo me daré á conocer
Sin que os cause mas desvelos.
Don Pedro de Aguilar soy.
Juan, mirándole. ¡Vos! y anoche con mi hermana....
Ped. ¿Qué os asombra? En la ventana....
Juan. Ciego de cólera estoy.
(*Cierra la puerta y deja la llave en tierra.*)
De aquí no hemos de salir
Ambos á dos, Aguilar,
Y aquí no habeis de encontrar
La justicia.
Ped. Por reñir
Nada se pierde. Riñamos. (*Riñen.*)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DON PEDRO, DON JUAN.

Ana. ¡Teneos!
Juan. ¡Cielos!
Ped. ¡Mi hermana!
(*A Don Juan.*)
Preciso es que esta mañana
Uno de los dos muramos.
Ana. ¡Favor! ¡Favor!
Juan. Decís bien:
Hasta morir ó matar.
Dentro. ¡Favor al rey!
Juan. ¿Es temblar?
Ped. Eso os pregunto tambien.
(*Cae Don Juan, y Don Pedro, abriendo un balcon, se descuelga.*)
Ped. Tal vez por este balcon...
A la puerta he de caer.

ESCENA XIV.

DON JUAN, EN TIERRA. DOÑA ANA, DOÑA CLARA, LA JUSTICIA.

La Just. Dénse al rey.
Clara. ¡Una mujer!
Ana. (Dadme ¡oh Dios! resolucion.)
Clara. ¿Cómo habeis entrado aquí?
Ana. Por mi desgracia impelida.
La Just. Ese hombre yace sin vida:
Que la prendan.
Ana. ¡Ay de mí!

JORNADA TERCERA.

—

PERSONAS.

DON JUAN.
DON PEDRO.
DOÑA ANA.
DOÑA CLARA.
LUISA.
INES.
EL GOBERNADOR.
OÑATE.
LA JUSTICIA.
MAESE JUAN. } Jugadores.
HIDALGOS. } Jugadores.
SOLDADOS. } Jugadores.
PAISANOS. } Jugadores.

—

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

OÑATE.

Magnífico enredo:
¡Y en qué ha de parar,
Ni el diablo en Toledo
Tal vez lo sabrá!
Mi amo acuchillado,
Doña Ana en prision,
Su hermano empeñado,
Mayordomo yo.
Mi amo discurriendo
Remedios aquí,
Y todos perdiendo
Quedamos al fin.
Y tanto barajan,
Que todos á igual,
Ni suben ni bajan
Ni se hallan jamás.
Don Juan ha salido
Por primera vez,

Dicen que han venido
A Don Juan á ver.
Y si su impericia
En la conclusion
Mete la justicia
¡La logra por Dios!

ESCENA II.

OÑATE, LUISA.

Luisa. ¿Y ahora, Oñate, qué hay que hacer?
Oñ. ¿Pues soy yo doctor acaso?
Luisa. No anduviste tan de paso
Para echarnos á perder.
Oñ. ¡Yo á perder! mejor dijeras
Que fuí quien te echó á ganar.
¿O tú piensas que aquel dar,
Luisa mia, no fué en veras?
Luisa. Que entonces diste ya sé,
Mas pese á mí condenada
Que ahora no tenemos nada,
Ni encontramos quien nos dé.
Oñ. ¿Y á mí á quejarte venias?
¿Pues he podido hacer mas?
Luisa. No por cierto; ¿mas podrás
Decirme por quién lo hacias?
Oñ. Por las joyas que Doña Ana
Dábame en prendas.
Luisa. Oñate,
No acierto cómo se trate
Con maña tan cortesana.
Oñ. Bien está: mas dime tú
Qué piensas hacer de ti.
Luisa. Sentar plazar por ahí
De vireina del Perú.
Vaya una pregunta chusca.
Oñ. Vaya una respuesta necia.
Luisa. En la tormenta mas recia
El peor puerto se busca.
Oñ. En tormentas judiciales
¿Qué puerto hay donde acudir
Si todos han de salir
Por puertas de criminales?
Luisa. La justicia en casa entró,
Mas por yo no sé qué encanto
Llegó otra órden entre tanto,
Y otra vez la abandonó.
Doña Ana... no sé mas de ella.
Don Pedro con mas furor,
Mas que nunca jugador,
Toda la casa atropella.
Oñ. ¿Don Pedro en su casa está?
Luisa. Sí, y encontrándola llena,
La vácia como si ajena
Fuese, y á saco la da.
Oñ. ¿Mas tú...?
Luisa. De su casa me echa,
Pues de su hermana enemigo,
Dice que soy su testigo
Que su conducta le acecha.
Que soy una enredadora,
De su hermana mensagera,
En sus amores tercera,
Vigía y encubridora.
Pero mas que otra razon
A despedirme le obliga
La de no ser yo su amiga
Y tercera en su pasion.
Oñ. ¿Está acaso enamorado?
Luisa. Tal vez, pero eso era poco;
Está con sus trampas loco,
Perdido y desesperado.
Oñ. Ten, Luisa, esa lengua de hacha,
Que has comido de su pan.
Luisa. Y él engordó con mi afan,
Y hoy á secas me despacha.
Oñ. ¿Mas Doña Ana...?
Luisa. Tan crüel
Lloro su enemiga estrella,
Y lloro en verdad por ella,
Aunque me alegro por él.
Al partirme esta mañana
Eché mis últimas redes;
Ni clavos en las paredes
Deja su pasion villana.
Oñ. Allí viene.
Luisa. Ya le ves,
Los pasos vino contando
Como si fuera arrastrando
Toda su hacienda en los piés.
No quiero que á verme llegue.
A Dios, Oñate.
Oñ. A Dios, Luisa.
Luisa. Y dile quo con mas prisa
El alma de una vez juegue.

ESCENA III.

DON PEDRO, OÑATE, OCULTO.

Ped. Otra vez vuelvo á tentar
El rigor de mi fortuna,
Porque quien mucho importuna
Si no logra ha de cansar.
La aurora no me ha de hallar
Aquí ya de ningun modo,
Pues de quedar en el lodo
De la miseria sumido,
Vale mas haber corrido
La suerte y la audacia en todo.
Suerte, madre revoltosa
De los naipes y los dados,
Idolo de los soldados
Y la gente valerosa,
Emperatriz poderosa

Que en opuestos hemisferios
Minando estados é imperios
El bajo mundo nivelas
Y á ningun mortal revelas
Tus desiguales misterios;
A tí, luz de los audaces,
Compañía en la grandeza,
Esperanza en la pobreza
Que contínuo esperar haces
A nuestros dias fugaces
La fortuna que no llega,
Reina alada, muda y ciega,
Que á ciegas en todas partes
Males y bienes repartes,
Vieja que con todo juega;
Duélete, madre, de mí,
Que como á norte y escudo
En mis congojas acudo
Por última vez á tí.
Héme ya á tus piés aquí
Como orillas de la mar,
Dispuesto en ella á arrojar
Cuanto tengo y cuanto soy;
Porque pienso salvar hoy
Cuanto valgo, ó naufragar.

ESCENA IV.

DON PEDRO, OÑATE.

Oñ. ¿Señor Don Pedro?
Ped. ¿Quién es?
Oñ. Un amigo.
Ped. Guárdeos Dios;
Mas nada que hacer con vos
Tengo, con que hasta despues.
Oñ. No tan apriesa os vayais,
Que algo tendremos que hablar.
Ped. ¿Traes espada?
Oñ. ¿Es á lidiar,
Don Pedro, adonde ahora vais?
Ped. Voy donde á vos no os importa.
Oñ. Mas donde os importa á vos
Vayamos juntos los dos.
Ped. No, que es jornada bien corta,
Y es demas la compañía.
Oñ. Pero podeis tropezar,
É hiciérais bien en llevar
Quien acudiros podria.
Ped. Es demasiado ofrecer
Para pensar en cumplir;
Ved si me habeis de acudir,
Porque me voy á caer.
Oñ. Vamos, pues que vuestro amigo
Soy ha mucho tiempo ya.
Ped. Pues si sois mucho tiempo ha,
Venid, si os place, conmigo.
Oñ., quitando el embozo. Vamos.
Ped. ¿Ginés?
Oñ. Ved, señor,
Si seré buen compañero.
Ped. Soy, Ginés, un majadero...
Vienes al tiempo mejor;
¿Traes dineros?
Oñ. Escusada
Pregunta. Sí; ¿qué quereis?
Ped. Ved en lo que estimareis...
Oñ. Yo, señor, no estimo nada.
Dádmela estimada vos
Cualquier prenda, y despachemos.
Ped. Tienes razon; hablaremos
Despues del valor los dos.
Oñ. Ha de ser grande la puesta.
Ped. Como que voy á amarrar
La fortuna, ó á quedar
Por puertas.
Oñ. ¡Audacia es esta!
Ped. Es mi postrera esperanza,
Y en ella la arriesgo toda.
Oñ. ¡Bien! con la fortuna, boda,
Que ó nada ó todo se alcanza.
Ped. Esta noche la hago mia,
O la dejo de servir.
Oñ. Por ella hemos de reñir
Hasta que despunte el dia.
Ped. ¿Tal ánimo traes, Ginés?
Oñ. Por vuestra amistad no mas.
Ped. No te vuelvas pues atras.
Oñ. A no ver que chanza es
De otro modo respondiera.
Ped. Mas ve que si pierdo todo....
Oñ. ¡Qué diablos! Hablais de modo
Como si ya se perdiera.
Delante, señor, marchad,
Y en mí fiad.
Ped. Si es así
Delante voy.
Oñ. Y por mí
Cual si fuérais yo jugad.

ESCENA V.

DON JUAN TRAYENDO A DOÑA ANA CON MANTO, Y OÑATE.

Juan. ¿Con quién hablabas?
Oñ. Con él.
Juan. ¿Pedia oro?
Oñ. Sí, señor,
Y cada dia mejor
Sabemos nuestro papel.
Mañana al salir la aurora
Ya en Toledo no estará.
Juan. ¿Y esta noche?
Oñ. Queda allá,

Que me espera desde ahora.
Juan. Toma, y aguardadme á mí.
Oñ. ¿A vos, señor?
Juan. Sí por cierto.
Todos tenemos abierto
El mismo camino allí.
Oñ. Mas....
Juan. Ahí llevas unos dados:
A que yo entre esperarás
Y con ellos jugarás.
Oñ. ¿Son amigos?
Juan. Y probados.
(*Toda esta escena pasa entre Don Juan y Oñate: el resto entre Don Juan y Doña Ana.*)
Ana. ¿Quién es ese?
Juan. Un comerciante
Que me empeña alguna vez. (*Vanse.*)
Oñ. ¡Don Juan ha de ir....! Par diez
Que no lo entiendo. Adelante. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Sala corta en casa de Don Juan.

DOÑA CLARA, INÉS.

Clara. ¿Viste, Ines, á Don Pedro?
Ines. Sí, señora,
Y á Madrid parte al despuntar la aurora.
Clara. ¿A Madrid?
Ines. Eso dijo,
Y halléle en el afan tosco y prolijo
De deshacer la casa.
Clara. ¡Cielos! ¡que esto me pasa!
Que se parta á Madrid y no le vea.
Mas dime, Ines, y al fin consuelo sea
Del alma dolorida,
¿Qué decia de mí á su despedida?
Ines. Fuera la priesa, ó el capricho fuera,
Anduvo descortés en gran manera:
Decid, dijo, á esa dama
Que esta noche me parto de Toledo,
Que en mí mas nunca piense,
Y la descortesía me dispense,
Que primero soy yo.
Clara. Traidor, ingrato.
¿Esto te dijo, Inés? no lo esperaba;
Mas á fe que en tan necio desacato
No sabia tal vez de quién hablaba.
Mas yo he de hablarle, Ines, antes que huya,
Y he de minar al fin la astucia suya.
Ines. Ved lo que haceis, señora.
Clara. Ya nada es tiempo de mirar ahora:
Le amo, le adoro, le idolatro ciega,
Y á tal estremo llega
Ya mi pasion, que fuera de camino
A amarle y nada mas me determino.
¿Porqué galan al pié de mis ventanas
En amoroso son me requeria?
¿Porqué en suaves cantigas cortesanas
Con fábulas de amor me enardecía?
¿Pensaba acaso que á su amante queja
Sordo mi corazon, sordo mi oido,
No cruzaba su voz la doble reja
Buscando al corazon adormecido?
¿Pensaba que sus vanos juramentos
El fondo de mi pecho no minaban,
Ni tenian sus tibios pensamientos
Eco con que en los mios resonaban?
¡Por Dios que se engañó! Si sabe ardiente
Fingir su vano amor ¡el insensato!
¡Oh! no sabrá apagar la que imprudente
Inflamó hoguera con osado trato.
¿Ines?
Ines. Señora.
Clara. El manto dame al punto,
Y sígueme.
Ines. ¡Mirad....
Clara. Ya va mirada:
Por honra y miramiento todo junto
Arrostra una mujer enamorada.
¿Mas llamaron?
Ines. No sé.
Clara. Mira esa puerta.
Ines. Vuestro hermano, señora.
Clara. ¡Por mi vida que acierta
A acudirme Don Juan en mala hora!
Mas abre, Ines, aprisa,
Y si tarda en salir llévame el manto,
Y de su sueño ó inquietud me avisa. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON JUAN, DOÑA ANA.

Juan. Doña Ana, en mi casa estais,
Y al cuidado de mi hermana
Hasta despues de mañana
Es fuerza permanezcais.
Libre del todo quedais,
Y ó yo poco he de saber,
O presto habrán de volver
Otra vez á vuestra mano
Los bienes que vuestro hermano
Tan solo supo perder.
Ana. Mas decidme antes, Don Juan:
¿Sano estais ya de la herida?
Juan. Doña Ana, no por mi vida
Os paseis tan hondo afan.
Ana. Largo tormento me dan
Los recuerdos de aquel dia.
Juan. Segura, señora mia,
En ello podeis vivir;
Fué un amago de morir
Por el bien que yo queria.

Ana. Mas tuve la culpa yo;
Dejad que al menos la llore.
Juan. Pues dejadme vos que adore
A quien mi herida causó.
Mas ya que esto se arregló,
Doña Ana, atencion prestad,
Que es ya mucha ceguedad,
Osadía y altiveza,
Acosar vuestra nobleza
Contra vuestra voluntad.
Ana. Dispuesta, Don Juan, estoy
Vuestra razon á escucharos,
Porque mas que toleraros
Debo respetaros hoy.
Juan. A hablaros de entrambos voy,
Porque en tamaña ocasion
Desigual resolucion
Es preciso que tomemos,
Y entrambos consideremos
Nuestra noble condicion.
Por un impensado azar
En mi casa os sorprendieron;
Culpada, pues os prendieron,
Os hubieron de juzgar.
Al fin os logré salvar
Con empeño y con favor,
Pero otro riesgo mayor
Sin duda vais á correr;
Pues sois hermosa y mujer
No os cumple tal guardador.
Si en esta casa os quedais
Peligra vuestra opinion;
Pero hay en esta ocasion
Mas peligro en que salgais;
Donde quiera que vayais,
Que habeis de ir sola es bien llano.
Si os guardais de vuestro hermano,
Pues que tanto os ofendió,
Que otro os ampare que yo
Es pensamiento villano.
Que yo os amo claro está,
Si me amais vos lo sabreis;
Y mirad qué respondeis,
Que sin duda es tiempo ya:
Puesto que la noche os da
Tiempo, pensadlo mejor,
Que á una parte vuestro honor,
A otra la seguridad,
Es quedar en la ciudad
Lo mejor y lo peor.
Si no me habeis de admitir,
Pues que tanto no merezco,
El amor que yo os ofrezco
Fuerza es, Doña Ana, partir;
Mas no he de dejaros ir
Si no vais con vuestro hermano;
Que esto no quereis, es llano;
Y si esto no ha de llegar,
Fuerza es, Doña Ana, quedar,
Y murmure el vulgo vano.
Ana. Atenta ya os escuché,
Y otorgaros la razon
Es forzosa obligacion,
Pues ambos peligros sé.
Tal decision tomaré
Que nos convenga á los dos,
Y no os estrañeis por Dios,
Que noble, Don Juan, nací,
Y no he de faltarme á mí
Cuando á vos no os faltais vos.
Diónos por desgracia el cielo
Una pasion hechicera,
Que un cielo la tierra hiciera
Si infierno no fuera el suelo.
Por ella en tierno desvelo
Los seres amantes van
Siguiéndose con afan,
Como las sombras al sol,
Como al sol el girasol,
Como al acero el iman;
Mas tal es la incompletez
De este mundo que habitamos,
Que siempre el bien que gozamos
Es miseria y hediondez.
Amor sentimos tal vez
Que el corazon nos devora,
Y su llama abrasadora
Nos es fuerza sofocar,
Porque no acertó á brotar,
Don Juan, en la mejor hora.
Si vivieramos aún,
Don Juan, en un paraiso,
Para amar no era preciso
Mas que el cariño comun;
Mas para amarse segun
Las leyes en que vivimos
Es fuerza nuestro cariño
Donde pusimos mirar
No lo que fuimos á amar,
Sino lo que amar pudimos.
El amar á una mujer
Solo, Don Juan, por su amor
Corriendo el tiempo es peor
Que venirla á aborrecer;
La inconstancia en el querer
Es propia del corazon,
Y si por otra ocasion
Al fin la razon se acaba,
Se ve tarde que sobraba
Cuanto antes no fué pasion.
Puesto que á este amor social,
Para que cobre interes,
Forzoso añadirle es
Otro interes material,
Do no hay mas que espiritual
Pasion con que se mantenga,

Claro es que no se sostenga
Amor é interes por Dios,
Y que alguno de los dos
A ceder á entrambos venga.
Don Juan, yo he de ser quien soy,
Pues quien soy siendo nací:
Por vos, por él, y por mí,
Busco á mi hermano desde hoy.
Juan. Mas mirad...
Ana. Resuelta estoy.
Juan. Mas tanta tenacidad
Con que habeis sin caridad
Pintado á vuestro capricho
Un amor...
Ana. Si bien no he dicho,
Yo sé que he dicho verdad,
Y esto baste.
Juan. Baste pues.
Y porque no haya demora,
A vuestro hermano, señora,
Que hoy busque preciso es.
Ana. Mas tal prisa...
Juan. ¡Oh, que despues
No será tiempo!
Ana. Id con Dios.
Ya lo que hacer sabreis vos,
Y no he de pediros cuenta.
Juan. Y á mi vuelta mas contenta
Será la vida en los dos.

ESCENA VIII.

DOÑA ANA.

¡Yo sabré amar! y de la negra vida,
Sentada en la ribera,
Yo lloraré de mi pasion perdida
La calma pasagera.
Yo sabré amar, y de mi amante historia
La lastimosa huella
Quedará como rastro en mi memoria
De moribunda estrella.
Lejos de mí la fiesta de ese mundo,
Que osado y maldiciente
La marca del dolor largo y profundo
Buscaria en mi frente.
Yo lloraré en silencio solitaria,
Y en mi postrema hora
No podrá descifrar en mi plegaria
La razon del que llora.

ESCENA IX.

DOÑA ANA, DOÑA CLARA.

Clara. Ya ha salido mi hermano,
Y á favor de la noche tenebrosa
Saldré tambien. ¡Mas Dios, qué es lo que miro!
Ana. (Doña Clara esta es; ¡yo no respiro!)
Clara. (¿Mas no es ella?) Decidme:
¿Vos de Don Pedro hermana
No sois?
Ana. Yo soy Doña Ana
De Mendoza, señora,
Que á mi hermano tal vez buscando ahora
Al favor me acogí de vuestro hermano.
Clara. ¿Vos buscais á Don Pedro?
Tanto mejor; es llano
Que cuando ambas á par le buscaremos
Con mas facilidad le encontraremos.
Ines, el manto, presto.
Ana. Mas mirad que si vuelve
Don Juan ¿con qué pretesto
Disculpa le dareis de tanta prisa?
Clara. Yo tambien á Don Pedro
Busco, y es diligencia tan precisa
Que saliendo las dos en busca suya
Tornaremos á casa
Antes que á ella Don Juan se restituya.
(Y así cuando Don Juan haga querella,
Pues á su hermana busca,
Yo le diré que importunaba ella.)
Ana. Mas mirad...
Clara. Vamos pronto,
Que antes de media hora...
Ana. Mas reparad, señora...
Clara. Ya va bien reparado.
A Don Pedro busquemos,
Que antes que Don Juan vuelva, volveremos.
(*La ase del brazo y vanse.*)

ESCENA X.

UN FIGON; UNA MESA A CADA LADO; Y OTRA EN EL FONDO. EN LAS LATERALES BARAJAS, EN LA DEL CENTRO DADOS, Y AL REDEDOR SOLDADOS Y GENTE DEL PUEBLO. EN LA DEL CENTRO DON PEDRO, OÑATE Y ALGUNOS HIDALGOS: A LA DERECHA UNA PUERTA, SOBRE LA QUE SE LEE: *Paso á la hostería:* BOTELLAS Y VASOS. BEBEN Y JUEGAN.

(*Mesa primera.*)

Uno. Jugad bien.
Otro. Vais á perder.
El Primero. Maese Juan, no haceis ninguna.
Maese Juan. Es rigor de mi fortuna.
Uno de los que juegan. ¿Triunfos son?
Maese Juan. Lo podeis ver.
Bastos son triunfos.
Otro. Jugad.
Maese Juan. Pues perdemos ¡voto á Dios!
El Anterior. ¿Quién ha soltado ese dos?

Maese Juan. Yo lo he soltado; cargad.
(*Mesa segunda.*)
Uno. Tú tienes las cartas dobles.
Otro. Mientes como un escribano.
El Primero. Muestra el juego, abre la mano.
El Segundo. Aqui está.
Un Soldado. Los juegos nobles;
No haya trampas, que sino
Tiene esto fin de contado.
Uno de los que no juegan. Téngase, señor soldado.
El Soldado. ¿Quién dice téngase?
El Anterior. Yo.
El Soldado. Mire y calle.
El Anterior. Eso le digo.
El Soldado. Vuesa mercé se sosiegue,
Calle, beba, escuche y juegue,
O apártese acá conmigo.
El Primero. Triunfos son oros.
El Segundo. Ahí van.
El Tercero. Por no tenerlos mayores
Ahí va ese cuatro.
El Cuarto, recogiendo la baza. Señores,
Donde las toman las dan.
El Segundo. Es que no hacen una baza.
El Primero. Toda la noche perdemos.
El Tercero. No tengo prenda.
El Segundo. Juguemos;
Eso no nos embaraza;
Bajo palabra jugad,
Que mañana pagareis.
(*Mesa primera.*)
Uno. Maese Juan, ¿cuánto perdeis?
Maese Juan. Cuarenta escudos.
Otro. Cargad.
(*Mesa tercera.*)
Uno, que echa los dados. Vos, Don Pedro
Ped., apuntando. A la mayor.
El Primero. Juego, diez: (*Tira.*) no vais tan mal.
Juego, seis. (*Tira.*)
El Segundo. Lance fatal:
Pierdo la suerte mejor.
El Primero. Pedid.
Ped. La mayor.
El Primero. Ahí va.
Juego, nueve. (*Al segundo.*) Va por vos;
Juego, siete.
El Segundo. ¡Vive Dios!
Sorda mi fortuna está.
Un Hidalgo. Don Pedro, ¿cuánto perdeis?
Ped. Gano treinta y seis escudos.
El Hidalgo. ¡Gracias á Dios!
Ped. Son desnudos
Los treinta, que debo seis.
Servidme vino.
El Cuarto. Eso sí;
Teneis razon; vino y juego.
El Tercero. Mientras atizan el fuego,
Tirad una vez por mí.
(*Mesa segunda.*)
Uno. Dobles esas cartas son.
Otro. Eso ya es tenacidad.
El Primero. Dobles son.
El Cuarto. Es la verdad.
El Segundo. Mentís vos.
El Cuarto. Tiene razon.
El Primero. Infame, me habeis robado:
Volvedme todo el dinero,
O vive Dios...
El Quinto. ¡Caballero!
El Segundo. Si tocais solo un cornado,
Os envaso este puñal.
El Primero. Soltad, traidor.
El Cuarto. ¡Vive Cristo
Que fué trampa!
Un Soldado. No lo he visto.
Otro. Dice bien.
Otro. Pues dice mal.
El Primero. Esos escudos me den,
O vive Dios que á estocadas
Los recobre.
El Soldado. Camaradas,
Silencio, quietos estén.
El Segundo. Salid conmigo á la calle.
El Primero. Eso bien.
El Segundo. Vamos.
El Primero. Venid,
Y á ser cortés, voto al Cid,
Que una vez he de enseñalle.
Maese Juan, de una mesa á otra. ¿Qué es eso?
Uno, en la otra mesa. Un poca paciencia,
Algo descontentadizo.
Maese Juan. ¿Picóse?
El Otro. Sí.
Maese Juan. Pues mal hizo.
Otro. Lleva con él su sentencia.
(*Mesa tercera.*)
El Segundo. Tened ahí, que gano yo.
Ped. Tiró por mí.
El Segundo. Fué por mí.
Ped. Pues yo el último perdí.
El Segundo. No perdísteis.
Ped. ¿Cómo no?
El Primero. Don Pedro, tiene razon;
Tiré por él.
Ped. Si eso es,
Callo, y pierdo veinte y tres.
¡Vino, muchacho!
El Primero. Diez son.

ESCENA XI.

DICHOS, DON JUAN, CON ANTIFAZ.

(*Mesa primera.*)

Uno. ¡Gentil talle!
Maese Juan. Audaz á fe.
El Primero. ¿Conocéisle?
Maese Juan. No por cierto;
El semblante trae cubierto.
El Segundo. ¿Quién es ese?
El Tercero. No lo sé.
Juan. (Allí está Don Pedro: llego:
Y Oñate vino con él.
Bien estudió su papel.)

(*Mesa tercera.*)

Uno. Por vos va, Don Pedro. Juego.
Ped. La mayor.
El Primero. Once.
Ped. Ya es mia.
Juan, llegando. Yo apuntaré contra vos:
La mayor.
El Primero. Doce.
Ped. ¿Su merced nos desafia?
Juan. No, juego como cualquiera:
Fortuna fué si gané.
Ped. Fortuna sin duda fué,
Porque á ser de otra manera...
Juan. ¿Qué fuera?
Ped. ¿Sabeis quién soy?
Juan. Un... Don Pedro de Aguilar;
Mas ved si quereis jugar,
Que esperando juego estoy.
Ped. ¿Sois muy valiente?
Juan. Tal vez;
Mas me ayuda la fortuna,
Y jamás cedió á ninguna
Mi fortuna y mi altivez.
En fin, ¿jugais?
Ped. Descubríos.
Juan. ¿Qué os importa mi disfraz?
Tras este lienzo falaz
Encubro secretos mios.
Ped. Pero quien el rostro encubre,
Traiciones guarda ó temor.
Juan. La traicion del jugador
Con el juego se descubre.
Oñ., á Don Pedro. (Yo á vos, Don Pedro, os abono;
Jugad.)
Ped. Bien; juguemos pues.
Juan. Que os mantengais fuerza es
Con tan poderoso abono.
Oñ. ¡Bien! Señores, juego nuevo
Yo os sacaré.
Juan. Sea.
Ped. Tirad.

(*Mesa segunda.*)

Uno. Esas bazas os tomad.
Otro. Y con esta siete llevo.
El Primero. ¿Ganásteis?
El Segundo. Qué, ¿no jugais?
El Primero. No tengo qué.
El Segundo. Norabuena;
Tomad la mitá.
El Primero. Es ajena,
Que otra mitad me ganais. (*Levántanse.*)

(*Mesa primera*).

Uno. No juego mas.
Maese Juan. ¿Porqué no?
El Primero. Porque pierdo todo un año.
Maese Juan. ¿Eso mirais? ¿Sois tacaño?
El Primero. ¿Pues nací príncipe yo?
Otro. Jugad.
El Primero. No juego.
Maese Juan. Sea así.
(*Levántanse todos, y se acercan á la mesa 3ª, donde están Don Juan, Don Pedro y Oñate.*)
El Primero. ¿Es apuesta?
El Segundo. Así parece.
El Tercero. Atendamos.
El Segundo. Lo merece.
El Primero. ¿Va contra Don Pedro?
El Segundo. Sí.
Oñ., tirando con sus dados. Don Pedro, á vos. Juego, seis.
A vos, el del antifaz.
Juego, diez.
Juan. Gano.
Ped. En verdad,
Brava fortuna teneis.
Oñ., á Don Juan. Juego á vos, once. Sacais
Bien alto. Don Pedro, á vos.
Juego, siete.
Ped. Voto á Dios
Que sin alma me dejais.
Muchacho, vino. (*Bebe.*)
El Primero. Eso es;
Valor, Don Pedro.
Ped. Sigamos.
Oñ. Caballero, á vos.
El Segundo. Veamos.
Oñ. Juego, cinco.
Ped. Es mia.
Oñ., tirando. Tres.
Ped. Por mi vida que es azar.
Juan. ¡Qué suerte mas importuna!
Ped. Ahí va toda mi fortuna
De una vez, por acabar.
Oñ. A vos, caballero: diez.
Ped. ¡Por san Millan!
Oñ. Juego á vos.
Tres.

Ped. ¡Qué suerte, vive Dios!
No se me ha dado una vez. (*Retirándose.*)
Juan. ¿Qué es eso, no jugais mas?
Ped. Como las barbas no juegue
No sé ya qué á jugar llegue.
Juan. Vuestra palabra...
Ped. Quizás,
Si aun mi palabra tuviera,
¿Pensais que no la jugara?
Juan. Con ella me contentara,
Que sé bien que se cumpliera.
Ped. Haced cuenta que la dí
Y la perdí.
Juan. ¿Mas no habeis
Prendas?
Ped. Ved las que quereis.
Juan. ¿Las haciendas?
Ped. Las perdí.
Juan. ¿Soldado sois?
Ped. Capitan.
Juan. ¿Las armas?
Ped. Perdílas ya.
Juan. ¿Caballo?
Ped. Jugado va.
Juan. ¿Sueldo del rey?
Ped. No le dan.
El Primero. Probad, Don Pedro, fortuna.
Veinte escudos presto yo.
El Segundo. Yo diez.
El Tercero. Yo quince.
Ped. Eso no:
Todo en uno se reuna,
Y apuntadlo.
El Segundo. Eso es, valor.
Oñ. Juego, diez.
Ped. Ahora sí
Que vuelve la suerte á mí.
Oñ. Juego, once.
Juan. ¡Es encantador!
El Primero. Don Pedro, imposible á fe
Me parece.
El Segundo. ¡Qué jugar!
Oñ. Vaya, ¿volveis á apuntar?
El Tercero. Jugad.
Ped. Ya no tengo qué.
Juan. Esa espada.
Ped. Bien, tirad.
Oñ. Vos, hidalgo. Once.
El Segundo. ¡Qué suerte!
Oñ. A vos, Don Pedro. Seis.
Ped. Muerte
Me dais; á Dios os quedad.
El Primero. Yo juego con vos: juguemos.
Seguro en mi suerte estoy.
El Segundo. Yo con vos á apuntar voy.
Ped. Pero no sé qué juguemos.
Juan. Contra todo lo perdido
¿No teneis ya qué poner?
¿No teneis casa, mujer,
No sois dueño ni marido?
Ped. Muchacho, vino. No tengo
Casa, ni mujer, ni hogar.
Una hermana... y...
Un Soldado. ¡A jugar!
Juan. Con vuestra hermana me avengo.
Ped. Reportaos. Voto á Dios
Que lo que decís mireis.
Juan. Hago porque recobreis
Lo que habeis perdido vos,
Y esa puesta os doy de mas.
Ped., *marchándose.* (¡Una suerte tan seguida!
¡Imposible es por mi vida
Que se sostenga...! ¡Quizás...)
El Primero. Vamos, dejad de pensar
Y decidíos valiente.
Ped. No ha de ser.
El Segundo. ¿Cobardemente
Os habeis de retirar?
Ped. (¿Mas quién sabe? contra todo
Arriesgo una prenda yo.)
El Tercero. ¿Habeis de huir?
Ped. (Eso no.
Y el pagar... Es de otro modo.)
Todos. ¡Bien, Don Pedro!
El Primero. Y yo con vos
Esta espada jugaré.
El Segundo. Yo estos diamantes.
El Tercero. A fe
Yo cien escudos.
El Cuarto. Yo dos.
El Quinto. Y yo aquesta cruz de plata.
Ped. ¡Venga vino!
Oñ. Vaya en paz
A vos, el del antifaz.
Juego, nueve.
Muchos. Bajo data.
Oñ. Vuesas mercedes atiendan.
Va por ellos. Juego, tres.
Ped. Trampa por los cielos es.
Uno. Los demonios que lo entiendan.
Juan. ¡Cómo trampa, vive Dios!
(*Pone mano á la espada.*)
Ped. Ténganse aquí.
(*Echando tambien mano al estoque.*)
Juan. Vuestra hermana
Perdísteis.
Ped. Es prenda vana.
Juan. Y á estocadas....
Ped. Eso á vos.
Algunos. Paz.
Otros. ¡Fuera!

ESCENA XII.

CUCHILLADAS. OÑATE SE PONE AL LADO DE DON JUAN. ALGUNOS TOMAN PARTIDO POR DON PEDRO. DERRIBAN LAS LUCES Y QUEDA TODO EN CONFUSION. DOÑA ANA Y DOÑA CLARA ASOMAN A LA PUERTA COMO HUYENDO DE ALGUIEN QUE LAS PERSIGUE.

Ana. ¡Cielo! ¿Es aqui?
Clara. La voz de Don Pedro es esa.
Juan, encontrándose en la oscuridad con Doña Clara. ¿Quién aquí se me atraviesa?
Ana. ¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí! Don Pedro.
Ped., hallándose con Doña Ana. ¿Qué es esto? ¿No
Es mujer esta que toco?
Ana. ¡Cielo santo!
Ped. ¿Estoy yo loco?
Juan. ¡Ténganse!
Ped. ¡Luz!
Uno. ¿Quién cayó?
Ped. ¡Voto á Dios! Luces aquí.

ESCENA ÚLTIMA.

EL GOBERNADOR. RONDA Y DICHOS.

El Gob. Dénse al rey.
Ped. Atras el rey,
Que primero que su ley
Me importa mi honor á mí.
(*A Doña Clara, á quien tiene asida.*)
¿Quién sois vos?
El Gob. Que nadie osado
Mueva el pié. Vos, caballero,
Decid quién sois.
Uno. Un soldado.
El Gob. Cada uno el nombre que goza
Diga, que esperando estoy.
Ped. Don Pedro de Aguilar soy.
Juan, descubriendo el rostro. Y yo Don Juan de Mendoza.
Ped. ¡Vos! ¡cómo...! y yo, vive Dios...
Juan. Reportaos, pese á mí,
Que no sé quién está aquí
Ofendido de los dos.
Vuestra hacienda habeis perdido,
Y pues toda en mi poder
Está, yo os la he de volver,
Para esto la he obtenido.
Mas con una condicion.
Ped. Decid.
Juan. Yo tengo una hermana;
Su esposo sereis mañana,
Que peligra su opinion.
(*Don Pedro rie á carcajadas.*)
¿Os reis?
Ped., lo mismo. Ved si me rio.
El Gob. ¿La razon?
Ped. Os la diré.
¿Vísteis horóscopo á fe
Mas fortunado que el mio?
Jugué y perdí hasta la espada;
Gocé jugando y perdiendo;
Gran vida hice á lo que entiendo,
Y al cabo no pierdo nada.
Mirad si que ria es bien.
(*A Don Juan.*)
Pero yo tengo otra hermana:
Hacedme el favor mañana
De desposarla tambien.
Ana. Así será, y pues estoy
Tan á tiempo, esta es mi mano.
Clara. Ya que consiente mi hermano,
Yo, Don Pedro, vuestra soy.
Juan. ¿Mas cómo....
Ped. La esplicacion
Para luego... pése á mí
Que es bizarro. (*Riéndose.*)
El Gob. Y ya de aquí
Que salgamos es razon.
Oñ. Y con esto, á lo que entiendo,
El autor tambien saldrá
Del empeño en que hoy está
Con este Ganar perdiendo.

CADA CUAL CON SU RAZON,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL REY DON FELIPE IV.
EL MARQUES DE VELEZ.
DON PEDRO.
DOÑA ELVIRA.
INES.
EL CONDE DON GUILLEN.
UN ALCALDE DE CORTE.
RONDA Y SOLDADOS.

La escena en Madrid. El acto 1° en el jardin de Doña Elvira : el 2° y 3° en la antesala de su habitacion.
La accion empieza el 21 de setiembre de 1... á las once de la noche, y concluye al dia siguiente á la misma hora.

ACTO PRIMERO.

Noche y jardin de Doña Elvira.—A un lado un asiento de piedra.—En el fondo la casa de Doña Elvira con rejas y balcones, y mas á la derecha una puertecilla que da del jardin á la calle.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. Decidme al menos su nombre.
Elv. No le debeis conocer.
Ped. ¿Y eso no es darme á entender
Que amais, Elvira, á ese hombre?
Elv. Ya dije que es un secreto.
Ped. Mas si el secreto no sé,
¿Cómo de él me fiaré?
Elv. Por mi palabra sujeto.
Yo os amo, Don Pedro, á vos,
Mas creedme, y no os asombre,
Os juro á Dios que de ese hombre
Necesitamos los dos.
Ped. No lo comprendo, señora;
Quién soy yo, dónde he nacido,
Quiénes mis padres han sido
Estoy ignorando ahora.
Vivo desde que nací
Acaso á merced ajena,
Sin que pudiera mi pena
Llegar á costumbre en mí.
Siempre (¡inocente quizás!)
Tan negro destino lloro,
Mas cuando sé que os adoro
No necesito yo mas.
Elv. Don Pedro, sin freno vais
Buscando mi perdicion.
Ped. ¡Me hareis perder la razon!
Elv. Nada de ese hombre temais.
Ped. ¿Que nada tema decís
De un hombre que os enamora,
Cuando estoy viendo, señora,
Que favores le admitís?
Elv. ¡Hay, Don Pedro, tal afan!
¿Pues yo misma no os lo digo?
Puede ese hombre ser mi amigo,
Pero nunca mi galan.
Ped. ¿Y cómo creeros puedo
Si sé que os habla de amor?
No dudo de vuestro honor,
Mas tengo á su audacia miedo.
Cuando os contemplo con él,
Elvira, en conversacion,
Me rebosa el corazon
En lugar de sangre hiel.
Vos me lo habeis suplicado
Ante mí puesta de hinojos,
Y aunque es para darme enojos
Con causa os habreis hallado.
Pues tan liviana no os creo
Que para mentir mejor
Hiciérais mi propio amor
Segundo en tal devaneo.
Obedezco, lloro, y callo

Sentencias de vuestra boca,
Porque al fin solo le toca
Obedecer al vasallo.
Mas en causa tan sagrada,
Aun siendo mi propio hermano
Echara menos la mano
El gavilan de mi espada.
Elv. Por medio, Don Pedro, estoy
En tan espinoso asunto,
Y os ruego que en él ni un punto
Os olvideis de quien soy.
Ped. Eso solo me contiene,
Y si es fuerza que os lo diga,
Eso tan solo me obliga
A respetar al que viene.
Que os juro que de otro modo,
Si en mi razon me fiara,
En la calle le esperara
Atropellando por todo.
Elv. Bien, pues os vuelvo á advertir
Que en paz á ese hombre dejeis,
Y no mas me pregunteis,
Que no os puedo mas decir.
Ped. No mas os preguntaré
Pues tal es vuestra sentencia,
Mas si podré mi paciencia
Tener á raya, no sé.
Elv. Como la teneis mirad,
Que porque me importa mucho
Al prevenírosloo lucho
Con mi propia voluntad.
Mandároslo no quisiera,
Mas á faltarme él ó vos,
Don Pedro, de entre los dos
Yo no sé á cuál eligiera.
Ped. ¡Loco me habeis de volver!
¡No es, decís, vuestro galan,
Y evitais con tanto afan
Cuanto le puede ofender!
Que me adorais me decís,
Y á vuestro amor siendo fiel,
Comparándome con él,
Que dudais me prevenís.
Decidme si podeis, pues,
¿Es vuestro padre, señora?
Elv. No por cierto.
Ped. ¿Es en mal hora
Hermano?
Elv. No.
Ped. ¿Pues quién es?
¿Debéisle tantos favores,
Vida, hacienda, honor quizás...?
Elv. No le debo á ese hombre mas
Que penas y sinsabores.
Ped. ¿Y le amais?
Elv. No, le respeto.
Ped. ¿Y el respeto solamente
Puede en vos...?
Elv. Andad prudente,
Que tocais en mi secreto.
Ped. ¡Oh! por cuanto sois y amais
Fiad el secreto en mí,
Que al depositarlo aquí
En un pozo lo enterrais.
Elv. Díjeos, Don Pedro, que no.
Ped. ¡Morir de celos me hareis!
Elv. De celos no os acordeis
Mientras os los guarde yo.
Ped. Mas ved que es duro castigo
Para un amante, señora,
Ser por secretos que ignora
De ajenas dichas testigo.
Pensad lo cruel del tormento
De esperar puesto en un potro
Sabiendo que tiene otro
Entrada en vuestro aposento.
Elv. ¿En mi aposento? Eso no;
Reparad que jardin es.
Ped. Para estar á vuestros piés
Por igual lo tengo yo.
Y aun es peor, en verdad,
Que un techo de roble ó piedra,
Un banco de verde yedra
Y un techo de oscuridad.
Elv. Callad ya, que me ofendeis:
Pues con sospecha tan ruin
¿A solas en mi jardin
Que estais conmigo no veis?
Y si soy quien soy con vos
Con quien á casarme voy,
¿Dejaré de ser quien soy
Con quien odiamos los dos?
Don Pedro, pensadlo bien,
Y no así de celos loco
Tengais á una dama en poco
Sin razon y sin por quién.
Ped. ¿Sin por quién? ¿Pues y ese hombre
A quien vais á recibir?
Elv. Necio andais en insistir,
Que nunca os diré su nombre.
Y escuchadme en conclusion,
Don Pedro, porque á fe mia
Que es ya larga esta porfía,
Tenga ó no tenga razon.
Yo os amo. ¿Qué mas quereis?
No hubo jamás hombre alguno
Que no me fuera importuno
Desque vos me conoceis.
Si cansado de mi amor
Me dejárais inconstante,
No fuera un claustro bastante
Para enterrar mi dolor.
Por ello en el alma herida,
Olvidando al mismo cielo,
Osara en mi desconsuelo
Atentar contra mi vida.

Mas es, Don Pedro, preciso
Que á ese hombre reciba aquí,
Y ha de ser, Don Pedro, así
Aunque importe el paraiso.
Mirad si causa tendré
Cuando así ante vos me humillo.
Ped. Asombrado estoy de oillo,
Y aun no lo comprendo á fe.
Que muriérais me decís
Si yo os dejara de amar:
¿Eso debeis esperar,
Y sin embargo insistís?
Elv. Eso esperar no debia;
Mas ya que desde hoy lo espero,
Espero en Dios, caballero,
Que os arrepintais un dia.
Ped. ¡Mas llorais...! decidme al fin
El secreto y concluyamos.
Elv. Mirad, Don Pedro, que estamos
A solas en el jardin.
Ped. ¡Oh, tanto dudar me ofende!
¿No puedo ayudaros yo
En ese secreto?
Elv. No,
Que si se aclara se vende.
Ped. ¡Señora!
Elv. Que desconfio
De vos nunca imagineis;
Quien le venda no sereis,
Seré yo, porque no es mio.
Ped. Una palabra no mas,
Y perdonádmela, Elvira;
¿Desconfianza os inspira
Mi nacimiento quizás?
Elv. Don Pedro, yo en vos no amé
La cuna en que habeis nacido;
Hidalgo os he conocido,
Siempre hidalgo os amaré.
Cuando en mi antigua afliccion
Me hallásteis de amor ajena,
Vos consolabais mi pena
Sin preguntar la razon.
Nada vos sabeis de mí,
Ni de vos nada sé yo;
Puesto que no nos pesó,
Sigamos, Don Pedro, así
Y retiraos.
Ped. A Dios,
Señora, y ved lo que haceis.
Elv. Lo que he resuelto sabeis.
Ped. Dios os guarde.
Elv. Va con vos.
Ines, á Don Pedro guia
Y cierra luego el portal.
(Secreto triste y fatal
Que me pone en la agonía.)
(*Siéntase en el banco ocultando el rostro en sus manos con profunda agitacion, mientras en el lado opuesto pasa aparte la segunda escena.*)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO, DESPUES INES.

Ped. ¡Tan rara contradiccion
No es posible comprender!
Razon deberá tener,
Y muy grande en mi opinion.
Mas yo sabré la razon
Antes de salir de aquí,
Y ambos cumplimos así,
Pues tengo que en tal aprieto
No vende Elvira un secreto
Que solo yo sorprendí.
Ines, con luz. Cuando gusteis.
Ped. Bien está.
(El osado siempre acierta.)
(*A Ines, aparte, tomándola por la mano.*)
Oye, en llegando á la puerta
Con brio un portazo da.
Despídeme en voz tan alta
Que se oiga aquí.
Ines. ¿Para qué?
Ped. De esta casa no saldré.
Ines. ¿Eso mas?
Ped. Aun hago falta.
Ines. Es imposible, por Dios.
Ped., mostrando la daga, llevándola aparte. Dos recompensas, Ines,
De oro y hierro; elige pues
La que quieras de las dos.
Ines. Mas...
Ped. ¡Silencio!
Ines. Luego...
Ped. Elige.
Si salgo, volveré á entrar.
Ines. Pues mirad que á mi pesar
La necesidad lo exige.
Ped. No temas; desde esa reja
Quiero escuchar solamente.
Ines. ¿No mas?
Ped. No.
Ines. ¿Sereis prudente?
Ped. Mi razon me lo aconseja.
Ines. Pues vamos.
Ped. Salgamos pues,
Que es á mi impaciencia tarde. (*Vanse.*)
Ines, dentro y alto. Buenas noches. Dios os guarde.
Ped., dentro y alto. Buenas las tengas, Ines. (*Oyese un portazo.*)

ESCENA III.

VUELVE INES AL JARDIN, Y AL MISMO TIEMPO ASOMA DON PEDRO POR LA VENTANA DEL FONDO.

Ines. (*Ap.* Grande empeño acometí;
Con bien me saquen los cielos.)
Ped., en la reja. (De mi honor y de mis celos
Pongo la atalaya aquí.)
Elv. ¿Le seguiste?
Ines. Sí, señora.
Elv. ¿Le conociste?
Ines. No sé.
Mas lo que he visto diré,
Que mas no puedo.
Elv. En buen hora.
Ines. Ya de Santiago á la puerta
Os aguardaba, á mi ver,
Con el otro.
Elv. Puede ser.
Ines. Siempre la cara encubierta.
Paréme como esperando,
Vióme, miréle, miró,
Y al punto me conoció,
Mas siguió disimulando.
Vínose á poco hácia mí,
Gané la vuelta á una esquina,
Y él porfiado y yo ladina
Rogó, negué, dió y cedí.
Díjele que en vuestra casa
Ya no estoy, pero que en ella
Tengo amiga la doncella,
Quien me cuenta lo que pasa.
Que atropellando por todo
Si aquí esta noche venia,
Que os hablara dispondria
Tomando á mi cuenta el modo.
Elv. ¿Y le esperas?
Ines. Sí en verdad.
Ped., en la reja. (¿A qué ya aguardar el resto?
¡Voto á Dios que mas es esto
Que inconstancia liviandad!)
Elv. ¿Y estás segura que es él?
Ines. Gran respeto le mostraba
Su compañero, y llevaba
Lacayo, page y doncel.
¡Oh! rico y gallardo mozo
Es á fe, que se le via
Una cruz de pedreria
Por debajo del embozo.
Elv. (*Ap.* El page... el doncel.... ¡la cruz...!
Leales son mis recelos;
Prestadme esta noche, cielos,
Tiento al labio, al alma luz.)
¿Dístele la llave, Ines?
Ines. Sí, señora.
Elv. ¿Y no vendrá
Solo?
Ines. A fe que tal no hará
Si es hidalgo.
Elv. Vete pues.
Ines, aparte y marchándose. Al miedo en esta ocasion
Debe el tener un testigo.
Ped. (*Ap.* Lo que no oí como amigo
Oiré como ladron.)

ESCENA IV.

DON PEDRO, EN LA REJA; DOÑA ELVIRA, EN EL JARDIN.

Elv. Mi Don Pedro, perdon si misteriosa
Dando á un santo deber rostro liviano
Amiga infiel y amante mentirosa
Tu limpio amor al parecer profano.
Si ora verme pudieras y escucharme,
¡Oh! con harta razon me detestaras;
Mas cuanta mas hallaras para odiarme,
Mayor razon para quererme hallaras.
Tú me creyeras á tu amor perjura,
Y nunca en tu cariño mas constante
En las tinieblas de la noche oscura
Cuanto muestro liviana, guardo amante.
No lo alcanzas, lo sé, mas siempre ignora
Este secreto que mi honor no infama,
Siempre mi firme corazon te adora
Segura amante ó sospechosa dama.
Ped., en la reja. ¿A qué para venderme, misteriosa
Dar á esotra pasion rostro liviano?
¿Porqué, si no me amas mentirosa,
Tu amor me velas á mi amor profano?
¡Oh, si pudieras verme y escucharme,
Cómo mi atrevimiento detestaras!
¡Mas, si razon tenias para odiarme,
Medio mejor de despedirme hallaras!
No así liviana y á tu amor perjura,
Acudiendo á misterios de constante,
En el silencio de la noche oscura
Vendieras al galan con el amante.
¡Ese el secreto fué que ya no ignora
Mi alma ofendida y que tu honor infama!
Perdióte al fin mi amor... pero aun te adora
Segura amante ó sospechosa dama.
Elv. Siento pasos.
Ped. Sin duda de esa puerta
Dióle las llaves.
Elv. ¡Ayudadme, cielos,
Que mi inocencia veis!
Ped. ¡Celos, alerta,
Que pues sueños no son, ya no sois celos!

ESCENA V.

DON PEDRO, EN LA REJA; DOÑA ELVIRA, EN EL JARDIN; EL REY Y EL CONDE DON GUILLEN POR LA PUERTECILLA DEL FONDO. EL REY SE ADELANTA, Y EL CONDE QUEDA GUARDANDOLE LA ESPALDA CASI EN EL CENTRO DEL TEATRO.

El Rey, á Don Guillen. ¿Es aquí?
Guillen, al Rey. Sin duda alguna.
El Rey, á Don Guillen. Llamaremos.
Elv. (*Ap.* Ellos son.)
El Rey., á Don Guillen. Tantas venturas aduna
Que aun no creo en mi fortuna.
Ped. (*Ap.* Dios me alumbre la razon.)
Elv., al Rey. ¿Quién va allá?
El Rey, á Doña Elvira. ¿Sois vos, señora?
Elv. ¿Y el de Santiago sois vos?
El Rey. ¿Llego tal vez en mal hora?
Elv. No por cierto, esta es la hora.
El Rey. ¡Oscura noche por Dios!
Elv. ¿Qué le hace la oscuridad?
(*Se sienta en el banco.*)
El Rey. Para sentiros y hablaros
Nada, mas hace en verdad
Para veros y adoraros.
Elv. Esquiva tengo la faz.
El Rey. Hermosa como un lucero
Os la he visto.
Elv. ¿Dónde?
El Rey. En misa.
Y con mas espacio infiero
Que he de verla. (*Acercándose con audacia.*)
Elv. ¡Caballero!
El Rey. ¿Qué?
Elv. Que amais con mucha prisa.
El Rey. ¿Cómo?
Elv. Aun no sabeis quién soy,
Ni yo vos, y ya quereis
Exigir...
El Rey, reportándose. No, solo voy
A pediros que os nombreis
Por conoceros desde hoy.
Elv., con indiferencia. Llámome Rita Aguilera.
Ped., aparte en la reja. (¿Habrá desvergüenza tal?)
El Rey. ¡Pues, Rita, sois hechicera!
Elv. Yo vuestro nombre os pidiera
Si no lo hubiérais á mal.
El Rey, con indiferencia. Llámanme Juan Benavente,
Hijo de opulento hidalgo
De Segovia.
Elv. (*Ap.* ¡Bien lo miente!)
El Rey. Hay quien me llama el valiente,
Mas poco en el mundo valgo.
Elv. Oh, no he pensado yo así
Al veros.
El Rey. ¿Y dónde?
Elv. En misa
Noble y valiente os creí,
Que por eso os elegí...
El Rey, interrumpiéndola. Tambien vos amais de prisa.
Elv. Hablé con el corazon
Algo indiscreta tal vez;
Perdonad...
El Rey. No hallo razon;
Palabras sencillas son,
Y es virtud la sencillez.
Por una mujer sencilla
Anduve loco poco há.
Lo sabe toda Castilla...
Elv., interrumpiéndole. ¿Qué habeis hecho en vuestra villa
Que tanto os conocen ya?
El Rey. (*Ap.* ¡Tiene la memoria fiel!)
(*Alto.*) ¡Qué quereis! era mi novia!
Elv. (*Ap.* ¡No estudió mal su papel!)
(*Alto.*) ¿Con que fuísteis en Segovia
Los amantes de Teruel?
¿Y es muy antigua esa historia?
El Rey. No tengo exacta memoria.
Elv. ¡Hermosa sería ella!
El Rey. No os igualaba en lo bella.
Elv. Dios os la tenga en la gloria.
El Rey. ¿Mas qué nos importa ya?
Eso á mas os probará
Que sé amar.
Elv. Y eso igualmente.
Prenda para mí será,
Señor Don Juan Benavente.
(*Doña Elvira deja caer un guante. El rey se baja á recogerle, y la da un beso en la mano.*)
El Rey. ¿Qué fué?
Elv. Dejadlo, es el guante.
El Rey. Permitid que le levante,
Y en vuestra mano primero
Dulce señal... (*La besa.*)
Elv. ¡Caballero!
El Rey, con autoridad. Tended la mano adelante.
Elv. No será.
El Rey. Os le he de poner,
O con él me he de quedar.
Elv. Vos vereis lo que ha de ser,
Mas mucho os vais á obligar
Si eso os atreveis á hacer.
El Rey. No hay obligacion penosa
Que yo no emprenda por vos.

Elv. Vedlo bien.
El Rey Sois muy hermosa,
Y negaros cualquier cosa
Me fuera en mengua, por Dios.
Elv. ¿Lo prometeis?
El Rey. Lo prometo.
Elv. Ved que es muy noble el sugeto.
El Rey. ¿Pues qué habrá que hacer con él?
Elv. Nada, firmar un papel
Y guardar ambos secreto.
El Rey. ¿Mas á qué mi firma aquí?
Si es que os estorba un galan,
¿No basta, Rita, que así
Me lo encomendeis á mí?
Elv. No me basta.
El Rey. ¡Hay tal afan!
Si es que os importa que muera,
Nombradle, que morirá.
Elv. Morir ¡oh! Dios no lo quiera.
¡Por la suya el alma diera!
El Rey. ¿Solo un destierro será?
Elv. Mientras sepa que está aquí
Ni respiro ni sosiego.
El Rey. ¿Le temeis?
Elv. No.
El Rey. ¿Le amais?
Elv. Sí.
El Rey. Y quereis que á vuestro ruego...
Elv. Su amor no os estorba en mí.
El Rey. ¿A dos amais? Es traicion.
Elv. No os dé pena esa pasion,
Que al nacer ya la tenia.
Ped., aparte en la reja. (¡Que tan negra alevosía
Cupiera en su corazon!)
El Rey. ¿Mas mi firma de qué os vale?
Elv. Si la poneis toda entera,
Sé que á mi deseo iguale,
Con ella de Madrid sale,
Y esa nuestra dicha fuera.
Ped. (*Ap.* ¡Oh! sí, de Madrid saldré,
Mas de tu amor satisfecho
Vengado á la par iré.
¡Tanta cólera no sé
Cómo me cabe en el pecho!)
El Rey. Mas tal porfía en firmar
Es inútil.
Elv. Pues el guante
Volvedme, ó voy á llamar,
Y podeis, Don Juan, temblar
Que mi gente se levante.
Prenda por prenda en buen hora;
Por ese guante un papel.
El Rey. (*Ap.* Sin duda que la traidora
Me conoce...) Mas, señora,
¿Qué quereis hacer con él?
Elv. ¿Y qué quereis hacer vos
Del guante?
El Rey. Llevar conmigo
Una prenda por testigo
De nuestro amor.
Elv. ¿De los dos?
Ved que yo á nada me obligo.
El Rey. ¿Mas pagareis igualmente
Con el vuestro mi favor?
Elv. Vivireis eternamente
De mi memoria señor.
El Rey. Sois como bella indulgente.
Conmigo le llevaré
Recuerdo de mi fortuna,
Estará donde yo esté.
Elv. Yo el papel reclamaré
En hora mas oportuna.
El Rey. Do quier que le reclameis
Os juro que le obtendreis,
Mas ved que á cambio de amor.
Elv. ¿No habeis cumplido, señor,
Y ya que cumpla quereis?
Sois injusto.
El Rey. Amante soy,
Y los favores que os pido
En devolveros estoy,
Que lo que os exijo mido
Tan solo por lo que os doy.
Noble nací, y os adoro,
Cuanto soy, Rita, os ofrezco,
Cuanto tengo, espada y oro;
Que aunque tanto no merezco,
Desde mi nada os imploro.
Elv. ¡Galan estais por demas!
El Rey. No es á fe galantería,
Sino amor, Rita.
Elv. ¿Eso mas?
El Rey. ¿Esto os ofende quizás?
Por Dios que lo sentiria.
Mas ya que tanto me honrais,
Un favor ademas, Rita,
Es fuerza me concedais.
Elv. Decid lo que deseais.
El Rey. Repetiros la visita.
Elv. Para firmar el papel
Cuando gustáreis venid;
Mas no cual galan infiel
Que teme que den tras él
Las hablillas de Madrid.
Venid con la luz del sol
Sin reserva, en claro dia,
Y no á la luz de un farol,
Que eso no arguye hidalguía
En un galan español.
El Rey. Así lo haré, descuidad.
Guill. (*Ap.* Tan poca dificultad...
Pronto rindió su albedrío.)
Ped., aparte en la reja. (Nunca creyera, Dios mio,
Tan torpe infidelidad.)

El Rey. Del guante...
Elv. Dejadlo así,
Que prenda al cabo será
Del papel... mas ¡ay de mí!
(*Ruido en la puerta del jardin.*)
El Rey. ¿Qué teneis?
Elv. Si mal no oí...
El Rey. Pesárame asaz...
(*El Marques entra embozado por la puerta falsa. El Conde al sentirle dice:*)
Guill. ¿Quién va?

ESCENA VI.

DICHOS Y EL MARQUES, QUE AL ENTRAR DA CON DON GUILLEN, Y SE DETIENE A SU VOZ.

El Marq. (*Ap.* ¡Dios me valga! Traicion es.
¿Habránme visto salir?)
Ped., aparte, quitándose de la ventana.
(Por Cristo que ya son tres,
Y tanto no he de sufrir.)
Guill., al Marques. ¿Quién va?
El Marq., volviéndose. Volvereme pues.
(*Don Pedro al salir á la escena gana la puerta del jardin, interponiéndose al Marques.*)
Elv., al Rey. Sin duda os han descubierto.
El Rey, á Elvira. Retiraos vos.
(*Vase Elvira.*)
Ped., al Marques. ¿Quién va?
El Marq. (*Ap.* Por Dios que el jardin abierto
A nuestra deshonra está.)
Ped., al Marques. Responda quién va, ó es muerto.
El Marq., á Don Pedro. Tened, que solo sois vos
Quien aquí ha de responder.
Ped. Os tengo de conocer
Mas que os pese, voto á Dios.
El Rey, llegando. Ved de qué manera pues,
Que sino yo estoy demas.
Ped., poniendo mano á la espada.
Echaos todos atrás,
U os acuchillo á los tres.
El Rey, adelantándose. Pues que estoy de sobra dije
A mi vez, ¡atrás, amigo!
Ped., con ironía. Que sois peor enemigo
Que galan bien se colige.
No hay otro medio, señores,
(*Sacando la espada.*)
En las manos los aceros,
Reñid como caballeros
O moris como traidores.
(*Viénese Don Pedro á ellos, y el Rey se pone en guardia.*)
El Rey. ¡Adelante!
Ped. Hais de decir
Quién sois y á qué habeis entrado,
O por Dios crucificado
Que no volveis á salir.
El Rey. Caballeros como yo
No ceden á ningun hombre.
Ped. Quien no dió á mi voz su nombre,
El alma á mi estoque dió. (*Riñen.*)
El Marq. (*Ap.* Terrible apuro por cierto:
Si les descubro quién soy,
Mi vida al verdugo doy;
Si callo, acaso soy muerto...
Riñamos, que es lo mejor.)
(*Se mete á estocadas.*)

ESCENA VII.

EL REY, EL MARQUES, DON PEDRO Y DON GUILLEN RIÑENDO. DOÑA ELVIRA Y CRIADOS CON LUCES. — TODOS RECATAN EL ROSTRO.

Ped., furioso. ¡Aquí luces!
El Rey, á Don Pedro. ¡Mentecato!
¿Vais con tan necio arrebato
A atropellar por su honor?
Elv., llegando. ¿Tanto tumulto en mi casa?
Ped. Aquí...
El Rey, á Don Pedro. ¡Callaos ahora!
Vos perdonadnos, señora, (*A Doña Elvira.*)
Si esto sin disculpa pasa.
Por caso afuera reñimos
Mal pensando unos de otros,
La ronda dió con nosotros
Y en el jardin nos metimos.
La puerta estaba entornada,
Y aquí cada cual resuelto
A recatarse, hemos vuelto
A la pendencia empezada.
Guill. (*Ap.* Bien las urde el Benavente.)
Elv. (*Ap.* ¡Esa mentira me salva!)
Ped. (*Ap.* Razon tiene; ya es el alba
Y aun en la calle no hay gente.)
El Rey, á Don Pedro. Luego podremos reñir.
Elv. Si no era mas, id con Dios.
El Rey, á Elvira. Perdonad la ofensa vos,
Y que la faz descubrir
Ninguno hayamos osado,
Puesto que el rostro enseñar
Satisfaccion era dar
A quien le hemos recatado.

Elv. Vais con perdon y salid.
El Marq., que se ha mantenido siempre tras de todos. (¡Bien con la sombra libré!)
El Rey, á Elvira. Quién la puerta abrió y á qué
No sabrá nadie en Madrid.

ESCENA VIII.

Decoracion de calle figurando el esterior de la puerta del jardin de Doña Elvira; y amanece.

EL REY, EL MARQUES, DON PEDRO Y DON GUILLEN SALIENDO.

Ped. En la calle estamos ya,
Y ó quiénes sois me decís
O aquí conmigo reñís.
El Rey. Mirad vos cómo será.
Ped. Espada y daga conmigo, (*Desembaina ambas.*)
Campo con los tres haré.
El Marq., poniéndose al lado de Don Pedro. Dos á dos, con vos seré,
Y despues vuestro enemigo.
El Rey, desembainando. Sea, y partida la calle,
La espada una vez desnuda,
Brazo audaz y lengua muda
Por sí cada cual batalle.
(*Sacan las espadas y riñen, el Rey y Don Guillen de un lado, el Marques y Don Pedro de otro.*)

ESCENA IX.

DICHOS; UN ALCALDE DE CORTE CON RONDA Y SOLDADOS.

El Alc. Ténganse al rey, caballeros.
Ped. En mal hora habeis llegado.
El Alc. Dénse al rey.
El Rey, á Don Pedro. Dése el menguado,
Que al rey no llegan aceros.
Esa es mi espada, tomad. (*Al Alcalde.*)
Ped., al Rey. Entregáisla de cobarde.
El Rey, á Don Pedro. Volveremos, que no es tarde.
Ped. ¡Sí por Dios!
El Rey. No en la ciudad.
Ped. Hoy mismo.
El Alc., mirando la espada del Rey. Mas este sello...
¿Quién sois?
El Rey, desembozándose. Un hidalgo aquí.
El Alc. ¡El rey!
Todos de rodillas, menos el Marques y Don Pedro. ¡El rey!
(*El Marques, que se ha mantenido embozado, al oir nombrar al Rey vuelve la espalda; algunos alguaciles le siguen.*)
El Marq. ¡Ay de mí! (*Vase.*)
El Alc. ¡Perdonad, señor!
El Rey. En ello
Cumplis vuestra obligacion.
Ped. ¡Vive Dios!
El Rey, á Don Pedro. ¿Qué murmurais?
Ped. Me pesa que el rey seais,
Que reñia con razon.
Alguacil, trayendo al Marques siempre embozado. Este hombre riñó con vos,
Y al conoceros dió á huir.
El Rey, con nobleza. Dejadle, señores, ir,
Que pues no pudo ¡por Dios!
Desembozarle mi espada,
Que muestre la faz no es ley
Quien riñó contra su rey
Por conservarla tapada. (*Vase el Marques.*)
Decid que acerquen mi coche; (*A unos.*)
Y yo os aconsejaria (*A todos.*)
Que no contárais de dia
Lo que habeis visto de noche.
(*Vase el Rey, y todos le siguen con el sombrero en la mano.*)

ESCENA X.

DON GUILLEN, DON PEDRO.

(*Don Guillen lleva á Don Pedro á un lado, y le dice con aire triunfante:*)
Guill. Nadie á su rey puede osar
A quien su altura no asombre.
(*Vase Don Guillen, y antes que salga de la escena le toma del brazo Don Pedro, y llevándole aparte le dice con desprecio:*)
Ped. Como él bajara á ser hombre
Yo le saliera á esperar.

ACTO SEGUNDO.

Antesala del cuarto de Doña Elvira, que estará á la izquierda.— A la derecha una puerta que da al esterior, y otra enfrente que da al interior de la casa.— En el fondo un balcon, á cuyo lado derecho se ve otra puerta de celosías que da á un pasadizo cubierto, y al izquierdo una puertecilla secreta por donde está entrando el marques en el momento de alzarse el telon.

—

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES.

La puerta vuelvo á cerrar.
¡Santo Dios, que entre hoy así

Como un ladron, quien aquí
Como dueño puede entrar!
En mis seis años de ausencia
Con ella estuve soñando...
¡Y estoy, vive Dios, temblando
De ponerme en su presencia!
Si ciega tras el placer
Corriendo, de mí olvidada,
Me tuviera avergonzada,
Que salir á responder!
¡Si á los halagos de ese hombre
Al fin su virtud rendida
La encontrara envilecida
Indigna ya de su nombre...!
¡Oh, que vileza tamaña
Quepa en un alma real!
¡Que obre villano tan mal
Todo un monarca de España!
¿No debiera estar contento
Quien me ha robado mi amor,
Que aun llega á mi propio honor
Con tan torpe atrevimiento?
Mas es fuerza que me oculte
Si al cabo he de obrar con tino,
No sea que errando el camino
Mas luego le dificulte.
(*Párase delante del gabinete de Doña Elvira.*)
No, que el rey puede tardar
Y acudir antes Elvira.
(*Delante de las celosías.*)
A salvo de aquí se mira,
Pero no sé cómo entrar.
Este pasadizo... cierto
Corresponde al corredor...
Mas el peligro es mayor
Si el corredor ne está abierto.
(*Delante de la puerta que da al esterior.*)
Da esta escalera al jardin...
Mas desde un balcon pudiera
Verme en el jardin cualquiera,
Y es vano el secreto al fin...
¡Pobre Elvira! ¡Elvira mia!
Cómo podrás suponer
Que te venga á sorprender
Quien á abrazarte venia!
Pobre niña encantadora,
Mitad de mi corazon,
Secretos del cielo son
Que el hombre imbécil ignora.
¡O cuántos años sin verte,
Hermosa luz de mis ojos,
Llamé al son de los cerrojos
Desesperado á la muerte!
Colmó mi temor por tí
Mis penas y mis desvelos,
Pero al fin, viven los cielos,
Que de vuelta estoy aquí.
Y ¡ay del que pudo á tu honor
Osar, niña abandonada!
No me tendrá ya la espada
El respeto ni el temor;
Ni me ha de arredrar la ley,
Que de ira y de celos loco,
Tendré por mi honor en poco
A la justicia y al rey.
¡Mas qué digo! ¡loco estoy!
¿Yo á mi rey...? ¡mas si es preciso...!
No, que injuriarme no quiso,
Pues aun ignora quién soy.
(*Mirando.*)
Alguno viene... es Ines.
¡Dueña constante y leal
Que tan amiga en el mal
Como en la fortuna es!
De ella asegurarme quiero,
Que pues fiel aun la hallo aquí,
Que ha de hacer tanto por mí
Como por Elvira infiero.
(*Se retira á un lado.*)

ESCENA II.

EL MARQUES, INES.

Ines. ¡Jesus! aun no me ha salido
Del cuerpo el susto de ayer!
Razon tenia en temer
De Don Pedro lo atrevido.
Necia de mí, á quien el miedo
La voluntad maniató...
¿Peró qué pude hacer yo,
Vírgen santa, en tal enredo?
Él solo queria oir;
¿Quién se habia de figurar
Que pudiera otro llegar
Con intencion de reñir?
(*Pausa.*)
Yo que á Don Pedro encerré
Motivando la querella,
¿Cómo ahora delante de ella
Sín vergüenza me pondré...?
«¿Con que así Ines en mi casa
»La lealtad de tantos años
»Hoy con tan torpes amaños
»Desacredita y traspasa?»
Eso dirá, sí por cierto,
Y con razon, Doña Elvira...
Antes de aquella mentira
Valiera mas haber muerto.
El Marq., llegando á ella. Quien se arrepiente pecando
No está lejos del perdon.
Ines, dando un grito. ¡Ay!
El Marq. ¡Tente!
Ines. ¡Aparta, vision!

El Marq. ¿Ines, estás delirando?
Ines, de rodillas. ¿Dejaste, sombra fatal,
El sepulcro que te encierra,
O estás purgando en la tierra
Tus delitos de mortal?
El Marq. Alza, Ines.
Ines. Perdon os pido,
Alma de Don Juan Cisneros.
El Marq. ¡Ines!
Ines. Malos caballeros
Ya sé que vos han vendido;
Que vivísteis encerrado,
Que os ahorcaron...
El Marq. ¡Calla, Ines!
Ines. Y confieso á vuestros piés
Que contra vos he pecado.
El Marq. Ines, vivo estoy á fe;
Alza, que jamás he muerto,
Que es un cuento.
Ines. Será cierto,
¡Mas no me levantaré!
El Marq. Alza, Ines, ó ¡vive Dios
(*La coge por el brazo.*)
Que si apuras mi paciencia
Te muestre con evidencia
Que estoy vivo!
Ines. ¡Vivo vos!
El Marq. Vivo, sí; veme, yo soy:
Ese azoramiento calma:
Yo soy en cuerpo y en alma
Juan Cisneros.
Ines. ¡Sin mí estoy!
¡Vos el marques, y vivís!
Por muerto os hemos llorado.
El Marq. En vida estuve enterrado.
Ines, retrocediendo. ¿Resucitado venís?
El Marq. No temas.—En una torre
Me encerró mi mala suerte,
Y por eso de mi muerte
Falsa la noticia corre.
Celos de un hombre que pudo
Pusiéronme, Ines, allí:
Anoche libre me ví,
Y aunque lo veo, lo dudo.
Ines. ¿Con que vivís, mi señor?
El Marq. ¿Y tu ama?
Ines. Por vos suspira
Dia y noche... Doña Elvira.
(*Llamando.*)
El Marq. No la llames, es mejor.
Ines. ¿Cómo, señor, no querríais
Ver vuestro amor, vuestra perla,
Vuestra vida?
El Marq. Es sorprenderla
Asustarla.
Ines. ¿Dudaríais?
Creyera que vuestro gesto
Retrata una desazon
Que os destroza el corazon.
¿Podreis no amarla? ¿Qué es esto,
Señor?
El Marq. Anoche soñé
Celoso con una afrenta.
¿Ese afan que me atormenta
Puedes calmarme?
Ines. No sé.
El Marq. Ines, apenas cayeron
Ayer las luces del dia
Y en la neblina sombría
Los objetos se envolvieron,
Por la puerta del jardin
Ansioso á veros entraba,
Cuando un hidalgo que estaba
Apostado en un confin
Me recibió con su acero;
Quíseme de él recatar,
Y al huirle vine a dar
Con el de otro caballero.
Uno por la puerta entró
De la calle; sé quién es;
A los otros dos, Ines,
Alguno al jardin llamó.
¿Por tí entraron?
Ines. No señor.
El Marq. Luego entraron por Elvira.
Ines. Yo... señor...
El Marq. Una mentira
No ha de salvarte mejor.
Con que, Ines, lo cierto, di:
¿Elvira citó á aquel hombre?
Ines. Sí, señor.
El Marq. ¿Sabe su nombre?
¡Responde!
Ines. Pienso que sí.
El Marq., con autoridad. Pues no hay dentro de esta casa
Con Elvira otra mujer,
Que sepas es menester,
Ines, cuanto en ella pasa.
Con que lo que sabes di,
Y lo que piensas escusa,
Por que si luego te acusa
Una mentira, ¡ay de tí!
¿Sabe quién es?
Ines. Sí, lo sabe.
El Marq. ¿Y ella al jardin le citó?
Ines. Sí, señor.
El Marq. ¿Ella le abrió?
Ines. No, que le dí yo la llave.
El Marq. ¿Por órden suya?
Ines. Así fué.
El Marq. Claro está, ¡viven los cielos!
¡Don Pedro entonces con celos
Se ocultó!.. todo lo sé.
(*Pausa.*)

¿Para esto en una prision
Lloraba yo tantos años?
Tan amargos desengaños
No esperó mi corazon.
¡Necio, miserable viejo,
Que allí por su honor callaba
Mientras su honor le infamaba
Una mujer sin consejo!
Y ahora ¡Dios mio! ¿qué hacer?
¿Cómo vivir sin honor,
Sin...

Ines. ¡Eso decís, señor,
Y de Elvira!

El Marq. ¿No es mujer?
¿Corazon no tiene, di?
¿No puede á ciegas amar?
Quien duerme junto al hogar
Al cabo se abrasa allí.
¿Tú sabes lo que las quejas
Alcanzan de un galanteo
Cuando avivan el deseo
Imposibles de unas rejas?
¿No sabes tú cómo abrasan
Los requiebros de un galan,
Que al corazon siempre van
Si por los oidos pasan?
¿No sabes á una mujer
Cuánto tientan en verdad
La noche, la soledad,
Las palabras de placer
Que un labio audaz la prodiga,
Cuando al jurar que la adora
La está llamando señora
Y á ser su dama la obliga?
¿No sabes, Ines, por fin
En quien con amor delira
El fuego infernal que inspira
La frescura de un jardin?
Tú lo ignoras, mas yo no,
Que mi juventud recuerdo,
Porque el tiempo me hizo cuerdo
Por loco que anduve yo.

Ines. Si no lo hubiérais á mal,
A acordaros me atreviera
Que nunca Elvira quisiera
Sino á un hombre principal.

El Marq., con ira. ¿Principal? ¡Por vida mia
Demasiado principal!
Un galan de sangre real;
¿Mas principal le queria?

Ines. ¡Cómo! ¡el rey!

El Marq. Eso le abona.

Ines. ¡Perdon! no supe...

El Marq. ¿Ignorabas
Que era á quien la llave dabas
El mismo rey en persona?

Ines. Sí, lo juro...

El Marq. Bien está.
Yo sé, Ines, que esta mañana
Por esa mujer liviana
Segunda vez volverá.
Quiero saber lo que á Elvira
Dice... ¿Me entiendes, Ines?

Ines. ¡Oh!

El Marq. Lo mando.

Ines. ¿Y cómo pues
Ha de ser?

El Marq. El modo mira.
La visita será aquí;
Todo lo quiero escuchar,
Sin que puedan sospechar
Que están delante de mí.

Ines. Pero, si no os ha de ver,
No podeis aquí quedaros,
Pues por fuerza ha de encontraros
Elvira, que ha de volver.

El Marq. Yo entré por aquella puerta;
Mas si la tengo cerrada,
No alcanzo, Ines, á oir nada,
Y quedar no puede abierta.

Ines. Ocultaros no sé cómo.

El Marq. De dos elige un castigo,
O guardas mi honor conmigo,
(*Mete mano á la daga.*)
O...

Ines., aterrada. ¡Cielo santo!

El Marq. Hasta el pomo.

Ines. ¡Perdon, señor! (*De rodillas.*)

El Marq. Obedece.

Ines. No supe ese hombre al llamar
Cuánto os podia injuriar.

El Marq. Tanta indulgencia agradece,
Ines, que á quien torpe abrió
A la deshonra mi puerta,
No advertida, sino muerta
Debiera dejarla yo.

Ines. Mas...

El Marq. ¡Despacha!

Ines. Perdonad.
Solo tengo un aposento
En que ocultaros, y siento...

El Marq. ¿Cuál es?

Ines. El mio.

El Marq. Guiad.

Ines. Hasta que al salon volver
Podais estareis allí,
Y...

El Marq. Adelante, Ines, que aquí
Consejos no he menester.

ESCENA III.

DOÑA ELVIRA. Despues INES.

Elv. ¡Qué noche tan triste! cual lúgubre sueño
Que rueda en tinieblas medrosa pasó.
En vano á la reja por verles me empeño,
La sombra callada mis ojos cegó.
Ni un paso, ni un bulto, ni un ¡ay! ni un gemido
Llegué en las tinieblas á ver ni á escuchar.
Si al duelo volvieron alguno ha caido...
Cualquiera que caiga tendré que llorar.
¿Porqué ese Don Pedro se afana imprudente
Mi triste secreto tenaz en saber?
Sin duda hará un crímen de un hecho inocente
Que herir en la honra podrá á una mujer.
Mas ¡ay! Se lo dije, tal es mi secreto.
¿Porqué, si es que me ama, de mí no fiar?
¿No puede haber nunca sagrado un objeto
Que obligue á una dama á mentir ó á callar?
¿No ve cuánto sufro? ¿no ve cuánto duelo
Me cuestan de ese hombre las citas de amor?
¿No ve que si á medios indignos apelo
Serán mis razones de mucho valor?
Mas ¡ah! ¡que si al cabo descubre su nombre
Por mas que inconstante tal vez me tendrá!
¡Conséjele el cielo, que á mí solo ese hombre
La paz y la vida volverme podrá!
¿Mas cómo tan tarde ninguno parece?
(*Llamando.*)
¡Ines! tal vez teme mi enojo escitar;
Mas yo la perdono, que no lo merece;
Mandando Don Pedro no hay mas que callar.
(*Llamando.*)
Ines... ¡dueña!
Ines. ¿Qué mandais?
Elv. ¿Cómo despiertas tan tarde?
¿No ves que es ya dia claro?
Ines. Dispensad...
Elv. Las rejas abre,
Que entre el aire.
(*Ines abre el balcon, y va hácia la puerta con intento de volver á salir.*)
¿Dónde vas?
¿Tan presto quieres marcharte?
Acábame de vestir,
Aquestos corchetes dame,
Prende bien estos cabellos...
Torpe estás; no sé qué cause
Tánto desamaño en tí;
Cerca de dos horas hace
Que andando estoy por la casa;
¿No me sentistes enantes?
Ines. Señora...
Elv. El jardin anduve
Registrando.
Ines. (*Ap.*) ¡Cristo, valme!
Elv. ¿Qué hablas?
Ines. Nada.
Elv. Me parece
Que una esclamacion soltaste.
Ines. Yo, señora...
Elv. Ines, despacha,
Y tanto afan no te pases
Por culpa que en tí no estuvo.
Ines. ¡Cómo, señora! del lance
De ayer noche...
Elv. No hay que hablar.
Supongo, Ines, á qué artes
Acudiria Don Pedro.
Ines. ¡Es tan violento!
Elv. Adelante.
Ya sé bien que cuando manda
No es el resistirle fácil.
Ines. Con que al fin perdonareis...
Elv. Ya dije que mas no se hable
De ello; aunque tu indiscrecion
Me puso en estremo trance,
Sé que eres fiel servidora
Y que de necia pecaste.
A otra cosa. Esta mañana
Vendrá.
Ines. ¿Quién?
Elv. ¿Pues no lo sabes?
El rey.
Ines. ¿Con que vos sabíais
Quién era?
Elv. Sí.
Ines. ¿Y liviandades
De tal peso no os espantan?
Quien al rey sus puertas abre
Cuando se muestra embozado
Por una calle adelante,
No por el rey, por el hombre...
Elv., interrumpiéndola. Esa torpe lengua calle,
Y acuérdese que á mi casa
Para obedecer la traje.
Ines. Señora...
Elv. ¿Con él de amores
Piensa la necia que trate?
Ines. ¿Pues de qué sino de amor
Pueden tratar los galanes?
¿No le llamais al jardin?
¿Requiebros no le escuchásteis?
¿No os dijo que erais hermosa?
¿No se llevó vuestro guante?
Elv. ¡Cómo!
Ines. Perdonad, mas ya
No pretendo disculparme;
Desde ese balcon velaba
Vuestra honra.
Elv., con indiferencia. Muy bien hace
Servidor que tanto cura

De sus amos... á esta parte
Siento ruido, ve quién entra.
Ines. Es Don Pedro.
Elv. Bien, que pase.
Ines. ¿Pues y el rey?
Elv. ¿Qué se la importa?
Obedezca á quien la mande.
Ines. (*Ap.* ¡De tanta cita y visita
Con bien el Señor nos saque!
Buena se arma si otra vez
Vuelven todos á encontrarse.)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. Perdonad si aun una vez
Os soy molesto, señora;
Con mi amor no vengo ahora,
Que vengo con mi altivez.
No hay ya medio entre los dos;
Con las razones que tengo
No me toca ni á mas vengo
Que á despedirme de vos.
Permitidme concluir,
Que no he de ser muy prolijo;
Me dais á elegir, y elijo
Entre huiros y sufrir.
Fuera inconstancia en verdad
Posponerme á cualquier hombre,
Pero al rey... dadla otro nombre
Que no sea liviandad.
Vos me habeis puesto esa ley;
Yo, consultando á mi honor,
No quiero partir mi amor
Ni con hombre, ni con rey.
Elv., con dignidad. ¡Con vuestro amor no venís
Y sí con vuestra altivez!
Bien: os recibo á mi vez
Con la altivez que exigís.
Yo no sé si contestar
A vuestro amor bien pudiera;
Mas mengua, Don Pedro, fuera
Cuenta á vuestro orgullo dar.
Inconstante me llamais
Si amara tan solo á otro hombre,
Es el rey, y con el nombre
De liviana me injuriais.
Que le amo osado decís,
Que no hay medio entre los dos,
Que os engaño decís vos,
Y yo os digo que mentís.
Vos resistís á mi ley,
Y yo no parto mi amor
Con quien duda de mi honor
Ni por hombre, ni por rey.
Ped. Efugios son de mujer,
Pues razon tiene en dudar
Quien pudo ver y escuchar
En vuestro jardin ayer.
Elv. Don Pedro, es empeño vano
Que disculpas demandeis;
Si obré liviana creeis,
Creo que obrásteis villano.
Tiempo bastante os pedí
A poder satisfaceros,
No debísteis esconderos
Para indagar mas de mí.
Y en fin, si culpada estoy,
Disculpas diera tal vez
Al amor, no á la altivez,
Que altiva por demas soy.
Ped. Pues dadme, señora, alguna,
Cualesquiera que tengais;
Que si al fin os disculpais
Será disculpa oportuna.
Elv. ¿Y quién me la pide ahora,
El orgullo ó el amor?
Ped. El despecho y el dolor,
Si habeis disculpa, señora.
Elv. Pues bien, Don Pedro, os adoro;
Todo fué farsa, mentira.
Ped. ¿Esa es la disculpa, Elvira?
Elv. ¿No veis, Don Pedro, que lloro?
¿Y por quién sino por vos?
Ped., con indiferencia. Toda mi existencia diera
Por una gota siquiera
De ese llanto, vive Dios;
Mas si no me acuerdo mal,
Tambien anoche llorábais,
Y en falso, Elvira, jurábais
Por una disculpa igual.
Elv. ¡Y os juro que no mentí!
Ped. ¿Eso mas?
Elv. Es mi secreto.
Ped. ¿De burla me haceis objeto?
Elv. ¡Don Pedro, os mofais de mí!
Ped. ¡Yo mofaros!
Elv. ¿No me amais?
Ped. Hoy no sé qué responder.
Elv. ¿Pero me amábais ayer?
Ped. ¡Oh! sí.
Elv. ¿Y de mí no os fiais?
¿Un secreto haber no puede
Que, siendo, Don Pedro, ajeno,
Baste á hacer que un hombre bueno
Como sospechoso quede?
Enojaros fuera ley
Si amara á un hombre cualquiera;
¿Mas tan tenaz con vos fuera
Por ser querida del rey?
Ped. ¿Mas no fingísteis el nombre
Hablando anoche con él?

¿No pedísteis un papel
Con el destierro de un hombre?
Elv. ¿Y eso no es prueba evidente
De que á vergüenza tenia
Tal galan?
Ped. Es que él fingia
Que era Don Juan Benavente.
Elv. Y es que no ignoraba yo
Que era el rey, antes de entrar.
Ped. ¿Y él no se pudo informar
De vuestra persona?
Elv. No;
Darle noticias no pudo
Ni pariente ni vecino,
Que es, Don Pedro, mi destino
Un misterio ciego y mudo.
En esta casa escondida
Há seis años me veis vos,
Y un solo hombre, Ines y Dios
Saben á medias mi vida.
Ped. No lo alcanzo á comprender.
Elv. Esperad un dia mas,
Y no os pesará quizás
Lo que os dice una mujer.
Ped. Mas el rey...
Elv. Nada temais;
Hoy tan solo ha de venir.
Ped. ¿Y le pensais recibir?
Elv. ¿Eso, Don Pedro, dudais?
Ped. ¡Esto es por demas, señora!
Elv. En que otra vez le reciba
Todo nuestro amor estriba;
Creed á quien os adora.
Ped. (*Ap.* O estoy loco, vive Dios,
O loca se ha vuelto ella...
A no ser que esta querella
Locos nos vuelva á los dos.)
Elv. Don Pedro, en ello me va
Mas que existencia y honor,
Y os juro que no es amor,
Que aquí mi secreto está.
Ped. A lo mismo hemos tornado
Que ayer decíais, señora,
Y sin embargo hasta ahora
Aun no os habeis disculpado.
Elv. ¿Mas satisfaccion quereis?
Pues bien, al rey esperad,
Y que os ponga tolerad
Donde veais y escucheis.
Ped. Anoche le escuché y ví;
¿Y eso qué hace á nuestro amor?
Elv. Hace, Don Pedro, á mi honor,
Y mi honor me importa á mí.
Anoche por vez primera
Al rey osé recibir;
Hoy que le vuelvo á admitir
Será por la vez postrera.
Testigo fuísteis en una,
Sedlo, Don Pedro, en las dos
Y... haced paciencia por Dios,
Que es un golpe de fortuna.
Dejad que firme el papel,
Que despues que le obtengamos
Todos sin trabas quedamos,
Vos conmigo y yo con él.
Ped., con enfado. ¿Y el papel qué importa aquí?
Elv. Mas que á mí os importa á vos,
A otro hombre mas que á los dos,
Y mas que la vida á mí.
Con que si habeis de esconderos
Seguidme, y si no ha de ser,
No puedo, Don Pedro, hacer
Ya mas por satisfaceros.
Ped. ¡No os entiendo, por vida mia!
Mas ya que así os empeñais,
Fuerza es que darme podais
Satisfaccion bien cumplida.
Vamos.
Elv. Tened un momento,
Y ved que os vuelvo á advertir
Que cuanto aquí vais á oir
Es mentira y fingimiento.
Palabras serán de amor,
Escesivas si quereis,
Pero nunca os olvideis
Que os amo, y que tengo honor.

ESCENA V.

INES.

¿Válgame el Cristo de Burgos!
¡Yo puesta en tan duro trance!
Escondido mi señor
En mi propio cuarto, pase;
Pero escondido Don Pedro
Por mi señora... Dios hace
Milagros, y tal vez uno
De este peligro nos salve.
Voy por Don Juan, y Dios quiera
Ayudarnos y ayudarle.

ESCENA VI.

DON PEDRO Y DOÑA ELVIRA, ABRIENDO POR DENTRO LAS CELOSÍAS, ASOMAN A LA ESCENA.

Elv. Este escondite, Don Pedro,
Solo por dentro se abre.
Desde aquí ved y escuchad,
Y mirad si os satisface
Quien os llama por testigo
En la causa que acusásteis.
Ped. Basta que vos lo digais,
Que puesto que yo no baste

Tal misterio á comprender,
Vuestra palabra es bastante.
Elv. Con Dios quedad, que el rey viene.
Ped. Permitid que os acompañe
Por la escalera.
Elv. Bajad
Hasta el corredor si os place.
Ped. Cierro aquí, y dadme la mano.
Elv. Tomadla, y bajad delante.
(*Cierran las celosías.*)

ESCENA VII.

AL MOMENTO QUE DON PEDRO CIERRA LAS CELOSÍAS, SALEN EL MARQUES É INES POR EL MISMO LADO POR DONDE ENTRARON AL RETIRARSE EN LA ESCENA IIª, Y QUE SE SUPONE DAR AL INTERIOR DE LA CASA.

Ines. Pronto, entrad, que Doña Elvira
Puede volver al instante,
Y desde un balcon he visto
Cruzar al rey por la calle.
El Marq. Bien está, Ines; tu silencio.
Ines. ¡Por Dios, señor!
El Marq. Calla y salte,
Y como adviertas á Elvira
Que estoy aquí, encomendarte
Puedes al cielo.
Ines. ¡Que vuelve!
(*El Marques entra en el gabinete de Doña Elvira. Ines se queda de espaldas á la puerta en el momento en que vuelve Doña Elvira.*)
Cerrad bien. (¡San Pedro, valme!)

ESCENA VIII.

DOÑA ELVIRA É INES EN LA ESCENA, DON PEDRO EN LAS CELOSÍAS, EL MARQUES EN EL GABINETE.

Elv. Ines.
Ines. Señora.
Elv. Que llaman.
Ines, mirando por el balcon. El mismo.
Elv. ¿El rey?
Ines. Sí.
Elv. Pues abre.
Ines. Señora, ved lo que haceis.
Elv. Obedezca, dueña, y calle.
(*Vase Ines.*)
¡Dios mio! veis mi inocencia.
Santa es mi causa, ayudadme.
(*Ruido en las celosías. Doña Elvira se acerca.*)
¿Don Pedro?
Ped., dentro de las celosías. Aquí estoy, señora.
Ines, anunciando. Don Juan Benavente.
Elv. Pase.

ESCENA IX.

EL MARQUES Y DON PEDRO, OCULTOS. EL REY Y DOÑA ELVIRA, EN LA ESCENA.

El Rey. Guárdeos Dios, la de Aguilera.
Elv. Señor Don Juan, bien venido.
El Rey. ¿Me esperábais?
Elv. Siempre espera
Quien bien quiere.
El Rey. Antes viniera,
Mas...
Elv. Tarde, Don Juan, no ha sido.
Sentaos.
El Rey. Cansado estoy.
Elv. Reposad.
El Rey, sentándose. ¡Oh nunca así
Tan bien hallado me ví!
Elv. ¿Cuántas damas habeis hoy
Visitado antes que á mí?
El Rey. ¿No teneis espejo, Rita?
Elv. ¿Porqué me lo preguntais?
El Rey. Porque así me lo acredita
El que con otra creais
Que parto vuestra visita.
Dentro del pecho al amaros
Mueren afectos añejos,
Y dáisme indicios bien claros
De que ó no sabeis miraros,
O no usais vuestros espejos.
Elv. ¡Galantería estremada,
Don Juan!
El Rey. No, por Dios que no.
Elv. ¿Qué sois en la corte?
El Rey. Nada.
Elv. Por lisonja tan sobrada
Cortesano os juzgué yo.
El Rey. Y al ver tanta indiscrecion
Yo os juzgara una condesa.
¿Os reís?
Elv., riendo. ¡Linda invencion!
¿Una humilde montañesa
De los montes de Leon?
Mucho, Don Juan, me quereis,
O ignorais mucho de España,
Pues tan discreta me haceis
Cuando Aguileras sabeis
Que es familia de montaña.
El Rey. No os estrañe eso, señora,
Pues que ignore estraño no es
Vuestro ser y estado agora
Quien ve en vos, y en vos adora,
Un prodigio montañés.
Elv. ¿Por tan bella me juzgais?

El Rey. Mas, no alcanzara el pincel
De Murillo.
Elv. ¡Ponderais!
Mas si amáisme...
El Rey. ¿Eso dudais?
Elv. Pues firmadme este papel.
El Rey. (*Ap.* ¡Linda flema por mi vida
Tras de tanto desbarrar!)
Pronto quereis ser servida.
Elv. Fué condicion prometida
No volver sino á firmar.
El Rey. (*Ap.* ¡Oh, pues me apura por Dios:
Qué responderla no sé!)
Mas sin ver qué quereis vos
Que firme, no firmaré.
Elv. Es un pacto entre los dos.
El Rey. ¿Mas qué nos obliga en él?
Elv. A vos perdonar á un hombre,
Y á mí seros siempre fiel
Por respeto á vuestro nombre
Escrito en este papel.
El Rey. (*Ap.* ¡Situacion mas apurada..
Mas... ocurrencia escelente!)
Elv. ¿Firmais?
El Rey. Estais empeñada...
(Firmaré Juan Benavente,
Con lo cual no firmo nada.)
Dadme una pluma.
Elv., con coquetería. ¡Ay de mí!
El Rey. ¿Qué?
Elv. Que no hay plumas aquí.
El Rey. Que las busquen.
Elv. Es el caso...
Mas ya está.
El Rey. ¿Dísteis acaso
Con ellas?
Elv. Mucho que sí.
Con ese anillo es igual.
(*El que el Rey lleva en el dedo.*)
El Rey. (*Ap.* ¡Qué diabólica invencion!)
Reparad...
Elv. ¿Vuestro blason
No es ese?
El Rey. (*Ap.* ¡Lance fatal!)
Elv. Tanto vale en conclusion.
Tomad, no le negareis,
Sobre esta oblea...
(*Toma el papel, le pone una oblea, y se le da al Rey, de manera que no le quede otro remedio.*)
El Rey. Advertid...
Elv. Vamos, ¿en qué os deteneis?
El Rey. Mas..
Elv. Fuerza es que eso selleis,
O de mi casa salid.
Pues habeis, Don Juan, venido
Con condicion de firmar,
Cumplidme lo prometido,
Que el precio habeis admitido
De amor por papel trocar.
El Rey. Pues prometí, cumpliré,
Que al fin caballero soy.
¿Mas me jurais...?
Elv. ¡Sí, á mi fe!
Nada ignoble os propondré.
El Rey. Pues, tomad. (*Sella, y dale el papel.*)
Elv. Gracias os doy.
El Rey, con satisfaccion. Y ahora pues que yo cumplí,
Rita, que cumplas es ley.
¿Me amas?
Elv. Sin duda que sí.
El Rey. ¿Mucho?
Elv. Mucho.
El Rey. Cuánto di.
Elv. Cuanto amar pudiera al rey.
El Rey. ¿Os burlais?
Elv. Porqué no acierto...
El Rey. Mas esperaba de vos.
Elv. ¿Díjeos algun desacierto?
El rey, Don Juan, es de cierto
Primero despues de Dios.
Y si os amo como al rey
No alcanzo de qué os quejais.
El Rey. (*Ap.* ¡Ya respiro!) ¿Eso estrañais?
No admite igualdad en ley
Con nadie el que vos amais.
Elv. ¡Venís, Don Juan, lisonjero!
El Rey, con osadía. Eres bella como el sol,
Tu mirar es hechicero;
Te amo, Rita.
Elv. Caballero,
Sois audaz.
El Rey. Soy español.
Dame que esa linda mano
Acaricie, hermosa Rita.
Elv. No será. ¡(Dios soberano!)
Ped., aparte, entreabriendo las celosías. (¡Qué sea un rey tan villano!
Por los cielos que me irrita.)
El Rey, á Elvira. ¿Qué, tu palabra me niegas?
¿Ser mia no prometiste?
Elv. Noble soy. (*Con orgullo.*)
El Rey. Mal voto alegas. (*Con audacia.*)
Ped., sacando el medio cuerpo por las celosías. (¡Oh, leon regio, te perdiste
Si así con el tigre juegas!)
El Marq., asomando por el gabinete de Doña Elvira. (¡Oh, por Cristo que me infama!)

Ped., viendo al Marques. ¿Mas qué veo?
El Marq., viendo á Don Pedro. ¡Voto á Dios!
¡Tantos hoy contra mi fama!
Ped., saliendo. ¿Con que tres para una dama?
Salid, viejo. (*Al Marques.*)
El Marq., con ira. Soy con vos.

ESCENA X.

EL REY, DOÑA ELVIRA, DON PEDRO, EL MARQUES.

(*El Rey recobra la magestad de su persona, apartando su afectada galantería. Doña Elvira muestra temor, Don Pedro celos, y el Marques sigue recatando el rostro como en el acto primero.*)

El Rey, con arrogancia. ¿Quién sois vosotros que do quier tenaces
Seguís á vuestro rey? ¿Dais al olvido
Que ahuyenta las salvages alimañas
Del soberbio leon ronco el rugido?
¿Me entendeis? Despejad.
Ped., adelantándose con orgullo. Mucho te engañas
Si piensas aterrarme con tus voces.
Si imbéciles reptiles de repente
A la voz del leon huyen veloces,
Atrevida le aguarda la serpiente.
Bajo tu ley nací, nací vasallo,
Mas tambien á su dueño se somete
El orgulloso y lidiador caballo,
Y tira sin embargo á su ginete.
Oyeme ¡oh rey! y mi cuestion decide.
(*El Rey se cala su sombrero, que habrá dejado sobre el velador en la anterior escena, y sentándose en el sillon, dice con la altivez y magestad que requiere la situacion.*)
El Rey. Valiente me pareces; ya te escucho;
Habla, y con tiento tus palabras mide,
Que hablando con tu rey te importa mucho.
Ped. No sé quién soy, el nombre con qué firmo
No sé, Felipe cuarto, á quién le debo,
Mas ó villano ó real me le confirmo,
Y con audacia y altivez le llevo.
Ignoro todavía por qué mano
De oro y consejos mi porcion recibo;
Mas buenos son, de noble y castellano,
Y humilde yo los obedezco y vivo.
No conocí ni padres ni parientes,
Que me esquivó el placer desde la cuna;
Solo, he vagado entre diversas gentes;
Esto es mi porvenir y mi fortuna.
(*Mostrando la espada.*)
Llegué un dia de Flandes á esta casa
Que en anónima carta me mostraron
Como un asilo en mi orfandad, y pasa
De años seis que sus puertas me franquearon.
Aquí á Elvira encontré, y aquí amé á Elvira.
La adoro ¡oh rey! y voto al firmamento
Que, si no ha sido su pasion mentira,
Su amor con nadie en dividir consiento.
Yo no tengo mas padres, mas hermanos,
Mas ilusion que Elvira, y mas fortuna:
Robármela, es ahogar con necias manos
Al tigre sus cachorros en la cuna.
Ahora bien, pues no tengo otra esperanza,
Ni otra ventura en mi existencia quiero,
Tigre seré que por la selva avanza
Vengador de sus hijos carnicero.
No transijo con rey ni con villano,
Y meditadlo bien, que yo altanero,
Si noble no nací ni caballero,
Me siento con aliento soberano.
El Marq. Basta, mancebo, basta; tu nobleza
Bien la audacia atestigua de tu boca;
Tu causa acaba do la mia empieza;
Cédeme tu lugar, que á mí me toca.
(*Pónese delante del Rey, recatando el rostro como hasta aquí.*)
(*Al Rey.*) Yo amaba á una mujer mas que á mi vida,
Era el único bien que me quedaba,
Luz de mis ojos, para mí perdida,
Presa de la vejez ¿qué me restaba?
Un mancebo, señor, fué sin consejo
El bien á hurtarme que perdido lloro,
La sedujo, le amó, y el pobre viejo
Quedó en su soledad sin su tesoro.
El Rey. ¿Sin espada os dejó? ¿qué hicísteis de ella?
El Marq. No me atreví con él.
El Rey. Cobarde fuísteis.
El Marq. No era esquivar por eso la querella.
El Rey. ¿Entonces porqué pues lo consentísteis?
El Marq. Porque noble nací.
El Rey. ¿Y eso es nobleza?
El Marq. Yo ni ultrajado con mi rey me atrevo.
El Rey. ¿Mentís, anciano?
El Marq., desembozándose. Por mejor certeza,
Doña Ana era mi amor, vos el mancebo.
(*El Rey se levanta y le mira. Don Pedro pone mano á la daga y Doña Elvira esclama:*)
¡Padre mio!

Ped. ¡Su padre!
El Marq., á Elvira. Aparta. (*A Don Pedro.*) ¡Tente!
(*Al Rey.*) Perdonar pude al príncipe, debia;
Mas al futuro rey mengua sería
Igualar con Don Juan de Benavente.
El Rey. ¿Me amenazais?
El Marq. No sé, mas escuchadme.
El rey gozó mi amor, y por cubrillo...
¿Que lo diga temeis? mas perdonadme,
Me encerrásteis, señor, en un castillo.
El Rey. Basta, marques; si en el castillo os tuve
Fué por traidor no mas, que vuestra gente
Alzásteis contra mí; mas presto anduve
Y sofoqué la hoguera de repente.
¿Callais? vos el rebelde fuísteis, solo
Lo sabemos los dos bien á conciencia;
Pagarnos fué no mas dolo por dolo,
Por eso fué prision vuestra sentencia.
El Marq. Mal lo entendeis; no os pido de Doña Ana
Cuentas aquí, que de mi honor las pido.
El Rey, con desprecio. Si hija hubiérais á fe menos liviana
Jamás hubiera por su amor venido.
El Marq., avergonzado. ¡Oh, que teneis razon!
Ped. Yo no soy padre.
Yo tambien de su amor os pido cuenta;
Mirad si me la dais.
El Rey. ¡Tal vez te cuadre
Que olvide que soy rey! ¿No te contenta?
Ped. Pláceme, ¡vive Dios! y defendeos.
El Rey, sin hacer caso de don Pedro. Marques, por el balcon llamad mi gente
Y que os prenda otra vez.
Elv., dando el papel á su padre. Señor, teneos,
Que perdonado estais, sino inocente.
El Rey. ¿Qué es eso?
Elv. Su perdon; lo habeis sellado.
El Marq. ¡Hija mia!
Elv. Mirad si obré liviana;
Tanto á vos por mi padre me he humillado.
El Rey, despues de un momento de silencio. Dos partes tiene esa promesa insana;
Os perdono, marques, cumplo la mia.
(*Don Pedro se adelanta hácia el Rey. El Rey sin hacerle caso se dirige primero á Doña Elvira.*)
Ped. Que falta ved la de quien no perdona.
El Rey, á Doña Elvira. Para cumplir la vuestra os doy un dia;
(*A Don Pedro con desprecio.*)
Y á vos... ved quién os presta una corona.
(*El Rey sale apartando á Don Pedro, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO.

Ped. ¿Yo, Elvira, quedarme aquí?
No, imposible, iré con vos.
Elv. ¿Y eso podemos los dos?
Ped. ¿Con que al cabo huís de mí?
Nada os importa mi amor,
O al rey temeis segun veo.
Elv. ¿Y qué hacer cuando el deseo
Es contrario del honor?
De ese amor no hago querella,
Que sin vos no sé vivir;
¿Maz cómo podeis seguir
Sin disfama á una doncella?
No soy vuestra esposa yo,
Y va mi padre conmigo...
¿Por galan ó por amigo
Creeis que os consienta? No
Igual ha de ser la ley
De mi honor para los dos,
Y nunca ha de huir con vos
Quien huyendo va del rey.
Ped. Bien, Elvira; ya os comprendo
Que con el rey compararme
Es con decoro anunciarme
Que vais de Don Pedro huyendo.
Y si es así, hablad, Elvira,
Decídmelo de una vez,
Que hiere mas mi altivez
Que un desaire, una mentira.
Elv. Demente estais, y os perdono
Vuestro insulto.
Ped. ¿Lo es quizás?
Elv. ¿No os dije que tengo en mas
Vuestro cariño que un trono?
Mas ya oísteis que tachó
Mi conducta de liviana,
Y fuera mengua mañana
Que lo acreditara yo.
Ped. ¿Y porque él no crea tal
Yo sin vos me quedaré?
Nunca, Elvira; os seguiré,
Que la ley es desigual.
Él dudó de vuestra fama,
Robaros quiso el honor,
Y tratais con mas rigor

Que al que os ofende, al que os ama.
Si no me quiere admitir
Vuestro padre como amigo,
Como importuno testigo
Do quiera os he de seguir.
Y nada por vos me abate;
Iré como vuestro esclavo,
Y si á vuestro padre al cabo
Le ofendo así, que me mate.
Elv. Don Pedro, ¿estais delirando?
¿Qué desafueros son estos?
¿Para tan torpes denuestos
Os he dado causa? ¿Cuándo?
¿No os amé como á mi vida?
¿No os dije que al esponerla
De perderos ó perderla
La daba por bien perdida?
¿Mi padre en qué os injurió?
Del rey temiendo el ultraje,
Prèpara esta noche el viaje;
¿Puedo impedírselo yo?
¿Contra el rey ha de ponerse?
A quien tan de alto pelea
No es ceder accion tan fea,
Que el huir es defenderse.
Si vuestra suerte importuna
De por medio se metió,
No tengo la culpa yo,
Sino la mala fortuna.
Pedro. Pues bien, de hinojos tenaz
Por esposa os pediré.
Elv. Y os lo negarán.
Pedro. ¿Porqué?
Elv. La conversacion mudad.
Pedro. ¿Escucharla no quereis?
Elv. Dejadla, yo os lo aconsejo.
Pedro. Pues que os ofende, la dejo;
Mas la razon me direis.
Dadme al fin un desengaño;
¿No me amais ya? hablad, Elvira.
Sois mujer... ¡Si al aire gira
La veleta, no es estraño!
¡Pero llorais! vive Dios,
De misterios concluid,
Y quién estorba decid
La ventura de los dos.
Elv. ¡No lo pregunteis, Don Pedro,
Que habrá de pesaros mucho!
Ped. No temais, sereno escucho;
De mi suerte no me arredro;
Decidlo.
Elv. Fuera un baldon.
Ped. Acabad.
Elv. Vais á ofenderos.
Ped. ¡Pronto!
Elv., con dignidad, pero sin altaneria.
Elvira de Cisneros
Me llamo.
Ped. Teneis razon.
Por mucho amaros quizás
Que os llamábais olvidé
Cisneros y Santa Fé,
Y yo Don Pedro no mas.
¡Teneis razon! ¿cómo osara
Alzarse hasta vos, señora,
Un vagabundo que ignora
El padre que le engendrara?
Nacida en hidalga cuna,
¿Cómo pudiérais tomar
Marido que os ha de dar
Amor en vez de fortuna?
¡Oh, no faltaria alguno
De vuestra raza altanera
Que os casábais que os dijera
Con el hijo de ninguno!
¡Por Dios que teneis razon!
¿Qué importa, al tomar marido,
Si os le dan con apellido,
Que os le den sin corazon?
Elv. ¿Y pensais que yo le tome?
¿Pensásteis que hablé por mí?
No; vuestro amor está aquí,
Y las entrañas me come.
¿Me juzgais tan altanera
Que os negara mi pasion
Por un inútil blason
Que le dan hoy á cualquiera?
¡Mal lo entendísteis, por Dios!
Si corre ya el mundo así,
¿Porqué me culpais á mí?
¿Podeis remediarlo vos?
Ped. Perdon, señora, perdon;
Lo que os he dicho no sé,
Pero es muy amargo á fe
Que tengais tanta razon.
Perdonad, tanto tiempo há
Que no pienso en otra cosa
Que una idea tan odiosa
No cabe en mi mente ya.
Cuando de Flandes volví (*Con ternura*),
Mal curado de mi herida,
Solo por vos esta vida
En conservar consentí.
Cuando acudir á mi Dios
Los médicos me mandaban,
Mis potencias se elevaban
No á los cielos, sino á vos.
Al porvenir me decian
Mirase, y en aquel punto
A vuestro bello trasunto
Mis sentidos atendian.
Si clavados en el cielo
Mis ojos, por un instante
Se inundaba mi semblante
De esperanza y de consuelo,
No era que blanca vision

En su azul me sonreía,
Erais vos, que yo os veía,
Señora, en mi corazon.
¿Os acordais?
Elv. ¡Si me acuerdo....!
Fuera olvidarlo morir;
Mas pienso en el porvenir
Y en su inmensidad me pierdo.
Con tan hermosas visiones
Doré mi vida, y en tanto
Que fué para vos mi llanto,
Para vos mis oraciones.
Mi vida ofrecia á Dios
En inspiracion cristiana,
Mas nunca llegó profana
Hasta los cielos, por vos:
Que hasta el cariño filial
Con el vuestro dividia,
Pues de otro modo creía
Que era emplearle muy mal.
¿Mas quién creyera que ese hombre
Que nos debia salvar,
Nos viniera á condenar
Ante la ley de su nombre?
Ped. ¡Teneis razon, vive Dios,
Mas pues no soy criminal,
Yo solo en su tribunal
Responderé por los dos.
Elv. ¿Qué estais diciendo?
Ped. Hombre soy
Sin derecho y sin fortuna,
Puede que el rey tenga alguna,
Y á que me la preste voy.
Elv. ¿Eso pensais?
Ped. Eso pienso.
Elv. ¡Por Dios, Don Pedro...!
Ped. Quitad.
Elv. Si es que me amais...
Ped. Sí, en verdad,
Con amor insano, inmenso.
No sé ya sin él vivir,
Mi alma el vuestro necesita;
Por eso á quien me le quita
Se le he pensado pedir.
Elv. Vais á perderos; la ley
Por quien la hace ha de fallar.
Ped. Pues para reñir y amar
Soy tan hombre como el rey.
A su alcázar llegaré.
(*El Marques asoma á escuchar.*)
Elv. Y subir no os dejarán.
Ped. Haré frente.
Elv. Y os la harán.
Ped. ¿A mí?
Elv. A vos.
Ped. Le esperaré,
Y una vez ha de salir,
Y sea de dia ó de noche,
Salga á pié, á caballo, en coche,
Voto á Dios que me ha de oir.
Elv. Os apartarán.
Ped. ¿Porqué?
Elv. Porque al rey cedais el paso.
Ped. ¡Dios de Dios! en ese caso
Como vil le mataré.

ESCENA II.

EL MARQUES SALE DE REPENTE DIRIGIÉNDOSE A DON PEDRO. ESTE CONTESTA COMO HOMBRE RESUELTO A NO CEDER UN PUNTO DE SU OPINION.

El Marq. ¡Regicida!
Ped. Bien está:
Mi único bien es Elvira;
Quien contra mi bien conspira,
Vasallo ó rey, morirá.
El Marq. ¡Que estás diciendo, insensato!
El labio insolente cierra;
Quien al rey osa en la tierra
Hace á Dios un desacato.
Y ni es noble ni español
Quien la vida le consiente.
Ped. con ira. Ved que hablais...
El Marq., interrumpiéndole. Con un demente
Que escupe sin juicio al sol.
Don Pedro, si á tal ultraje
Fuéreis capaz de atreveros,
Mientras viva Juan Cisneros
Hallareis quien os ataje.
Tal vez me tiembla la mano
Para defender mi honor,
Mas darála harto vigor
El honor del soberano.
Lo dije: si os atreveis
Crímen tamaño á intentar,
Por aquí habeis de pasar
Primero que al rey llegueis.
Ped. Mi espada no tiene punta
Contra vuestro corazon,
Mas guardad vuestra opinion
Cuando nadie os la pregunta.
Y permitidme advertir
Que no sé con qué derecho
Tutor mio os habeis hecho
Y me osais reconvenir.
El Marq. Derecho tengo.
Ped. No le hallo.
El Marq. ¿No hallais derecho en la ley
Que defender á su rey
Manda á todo buen vasallo?
Ped. ¿Cómo, si sois tan leal,
El rey os llamó traidor?

El Marq. A informarse el rey mejor
No me lo llamara tal.
Ped. ¡Mas callásteis!
El Marq. Es quien es,
Y era fuerza consentillo.
Ped. Os acordais del castillo
Y al leon besais los piés.
El Marq. Bien, Don Pedro; en conclusion
Al rey os mando olvidar,
Ved que os lo puedo mandar
Con razon y sin razon.
Ped. Ya os toleré demasiado,
Que tengo sangre española;
Con una condicion sola
Me daré por obligado.
El Marq. Decid.
Ped. Amo á vuestra hija,
Y pues hay quien la deshonra,
Que fie en alguien su honra
Y entre el rey y yo que elija
El Marq. ¡Tanta osadía me estraña!
¿Entre él y vos escoger?
¿Desde cuándo quereis ser
Igual con el rey de España?
Ped. Como ladron de su honor
De noche el rey ha venido;
Y mas vale un mal marido
Que el mejor galanteador.
El Marq. Don Pedro, mientras yo viva
Del rey no ha de ser la dama;
Mas ya que su honra y su fama
En la de su esposo estriba,
Aconséjoos que mireis,
Pues la pretendeis tan vano,
Al ofrecerla la mano
El nombre que la ofreceis.
Ped. ¿Me insultais?
El Marq. Una verdad
No es un insulto, por Dios.
Ped. ¿Y quién sois que tanto vos
Jugais con mi vanidad?
Cuando, á la corte al venir,
Aquí mi pié dirigieron,
Sin duda que bien supieron
A quien íbais á admitir.
Si eso fué por amistad,
Mi nombre no es un borron;
Y si fué por compasion,
Nada os debo en realidad.
Si soy noble ó soy villano
No lo sé; mas, caballero,
Tanto acosais al cordero
Que os ha de morder la mano.
Yo no me igualo á mi rey;
Mas Dios al crear los hombres
No hizo distincion de nombres
En la igualdad de su ley.
El Marq. Pues entendedlo mejor;
Si el rey tan tirano fuera
Que á sus pueblos se atreviera
En conciencia y en honor;
Si para su osada huella
En el rincon mas oscuro
No hubiera un honor seguro
En casada ni en doncella;
Si por odio á sus vasallos
Tanto en ellos se ensañase
Que á su coche les atase
A la par con sus caballos,
Pudieran, sí, todos ellos
Toda su sangre agotar...
Y vos no podeis tocar
Al menor de sus cabellos.
Ped. ¿Luego vos sabeis quién soy?
Decídmelo, pues, al punto.
El Marq. No.
Ped., conteniéndose. De modo os lo pregunto
Que pruebas de humilde os doy.
El Marq. Don Pedro, no os lo diré.
Ped. Mirad que si así el camino
Me cerrais de mi destino,
Cuantos pueda tentaré.
El Marq. Todos los podeis tentar.
Ped. Pues á Dios.
El Marq. Quedad aquí.
Ped. ¡Es mandar!
El Marq. Lo mando, sí.
Ped. ¿Y quién sois para mandar?
El Marq. Escúchame, pues lo quieres,
Y despues de mis razones
Desprecia mis opiniones,
Insensato, si pudieres.
¿Unas cartas no recibes
En que consejos te dan?
Ped. Sí.
El Marq. ¿Y con ellos, di, no van
Los dineros con que vives?
Ped. Sí.
El Marq. ¿Y en ocasion alguna
Oro ó carta te faltó?
Ped. Nunca.
El Marq. ¿Y á quien tal te dió
Pesarále tu fortuna?
Ped. No, por Dios.
El Marq. ¿Tendrá derecho
A exigir, por la existencia
Que te guarda, tu obediencia?
Ped. ¿Y quién por mí tanto ha hecho?
¿Quién de mí tanto curó?
El Marq. ¿Merece respeto?
Ped. Sí;
¿Mas quién es? ¿dónde está?
El Marq. Aquí.
Don Pedro, ese hombre soy yo.

Ped. ¡Vos...! quién soy, decidme pues.
El Marq. Imposible.
Ped. Pues mirad
Que secreto por mitad
Callado, secreto es.
El Marq. Imposible.

ESCENA III.

DICHOS, INES, ENTRA APRESURADA. EL MARQUES LA DICE CON ASPEREZA.

El Marq. ¿Qué quereis?
Ines. Señor, un hombre embozado
Esta carta me ha entregado. (*Dale la carta.*)
El Marq. ¿Para mí?
Ines. Vos lo vereis.
El Marq., mirando el sobre. (A Doña Elvira Cisneros...) (*Aparte.*)
El sello y firma reäl... (*La abre.*)
(*Lee y dice volviendo á doblar la carta.*)
¿Que un hombre tan principal
Cometa estos desafueros?
Elv. ¿Qué dice aquese papel
Que os ha faltado el color?
Decid lo que trae, señor.
El Marq. La muerte viene con él.
Ped., con inteligencia. ¿Dice el rey?
El Marq., con sequedad. Que volverá.
Ped. ¿Esta noche?
El Marq. Sí, por cierto.
Ped. Antes que entre será muerto.
El Marq. ¡No, por Dios!
Ped. ¡Cómo!
El Marq., con brio. Entrará.
Ped. ¿Entrará?
El Marq. Sí; ¿porqué no?
¿No es el rey?
Ped., con aire sombrío, saludando y volviendo la espalda. El cielo os guarde.
El Marq. ¿Dónde...?
Ped. Lo sabreis mas tarde.
El Marq. Tened, que os lo mando yo.
(*El Marques va á detenerle. Don Pedro se adelanta á la puerta.*)
Ped. Haceos, buen viejo, atrás:
¿Qué tengo que agradeceros?
Vos sois Don Juan de Cisneros,
Y yo Don Pedro no mas. (*Vase, y cierra.*)
Elv. (*Ap.* ¡Dadle prudencia, Señor!)
Ines. Ved que va desesperado.
El Marq. Dejadle, va enamorado
Y harále volver su amor.
Vos, dueña, despejad.

ESCENA IV.

EL MARQUES, DOÑA ELVIRA.

El Marq. Y tú, hija mia,
A salir de esta casa te apercibe;
Yo lidiaré con mi desdicha impía
Elv. Padre, jamás.
El Marq. Mi bendicion recibe:
Si oyes que presa de fatal fortuna
Por tí perdí la vida...
Elv. Padre mio,
Vos me arrullásteis en hidalga cuna;
No temo el porvenir, le desafio.
Si al rey le pesa que el perdon astuta
Yo le arrancara, y por vengarse infame
Me iguala con la torpe prostituta,
Que llame sus verdugos, que los llame.
Por vos espuse mi virtud al vicio,
Por vos tal vez me llamarán liviana,
Iré, padre, con vos al sacrificio,
Y por entrambos doblarán mañana.
Abrid, señor, las puertas y balcones,
A afrontar su insolencia basto sola,
Que manche no temais vuestros blasones,
Hija vuestra nací, nací española.
El Marq. Sí, ¡vive Dios! nacistes hija mia,
Bien lo muestran tu intento y tus palabras,
Pero jóven aún, tu fantasía
Mengua el peligro, y tu peligro labras.
¡Ah! tú eres una mísera ovejuela
Sin mas armas que intentos inocentes,
¿Qué ha de valerte tu infantil cautela
Contra leon que trae garras y dientes?
Elv. Pues huyamos los dos.
El Marq. Es imposible.
Tigre sin presa cuanto ve devora.
Se creyera el audaz irresistible...
¡Oh! y contara con lengua mofadora
Que en sus lazos caistes, que una noche
Ciega de amor te recibió en sus brazos,
Que el suyo ansiando, te prestó su coche
Donde tu limpio honor llevó en pedazos,
Que eres suya, y le aguardas amorosa
En escondida quinta... ¡no, hija mia!
Que encuentre presa, y que su sed impía
Sacie si quiere en sangre generosa.
Elv. Pues bien, padre, los dos nos quedaremos;
Duda no ha de dejar mi torpe fuga,
Porque el cendal en que el honor tenemos
No admite mancha, ni vapor, ni arruga.
El Marq. A entrambos alcanzara su venganza.
Elv. Entonces, padre, en tan estrema hora
Matadme, sí, y acabe su esperanza,
Que sangre que liberta no desdora.

El Marq. ¡Tú, hija, morir! ¡oh! no, partamos.
Elv. Al punto.
El Marq. Sí, dispon nuestra partida.
Elv. Pronto, padre, estará.
El Marq. Ve que arriesgamos
En cada instante nuestra pobre vida.

ESCENA V.

EL MARQUES.

Sí, partiremos en la noche oscura,
Y escondiendo al huir nuestras facciones
Iremos como va por la espesura
Cuadrilla de rebeldes ó ladrones.
Acaso al verse en su ilusion burlado,
Empañando la fe de los que huyeron,
¡Seguidles por do quier dirá irritado,
Que á su patria y su rey traidores fueron!
(*Pausa.*)
¡Tal mancha sobre mí! ¡oh! y los que queden
Oyéndole, ignorantes cortesanos,
Crédito dar á su despecho pueden,
Y dirán sin razon: fueron villanos.
No partiremos, ¡vive Dios...! ¡Elvira...!
(*Llamando.*)
Tente, viejo, infeliz, ¿cómo dejarla
Por el necio temor de una mentira
En poder del que así podrá ultrajarla?
¡Oh! partiremos. — ¿Para tanta mengua
En injusta prision por tantos años
Su honor velando encadené mi lengua?
¡Me escusara á matarle tantos daños!
¿No pude hacerlo con razon bastante?
¿No le encontré en los brazos de Doña Ana?
¿Y no era á fe la ofensa del amante
Igual con la vileza soberana?
(*Reportándose.*)
¡Miento, jamás! Si en honra habia nacido,
Necia razon en mis blasones hallo.
Robó mi amor, dejóme envilecido,
Mas obré cual debí, que era el vasallo.
Partiremos, sí, por Dios.

ESCENA VI.

EL MARQUES, INES.

Ines. ¡Señor! ¡Señor!
El Marq. ¿Qué traeis,
Que ni hablar, dueña, podeis?
Ines. Ahí están.
El Marq. ¿Quiénes?
Ines. Los dos.
El Marq. ¿Quién son los dos?
Ines. Por la puerta
Del jardin entrando están:
Ved que son ellos, Don Juan.
El Marq. Mas ¿quién son?
Ines. Estoy muy cierta
Que es el rey.
El Marq. ¡El rey!
Ines, señalando al balcon. Miradle.
El Marq., azorado. Guardad las puertas, Ines;
Detenedle.
Ines. Inútil es,
Que entra ya.
El Marq., poniendo mano á la daga, y mirando al cielo. ¡Señor, salvadle!
Bien, á Elvira me llamad. (*Vase Ines.*)
Pronto, dueña. Santo Dios,
Libres saldremos los dos
O muertos de la ciudad.
(*Con profunda agitacion.*)
Mataré al rey; es su estrella...
¡No, por Cristo! Noble soy;
Matarla prefiero á ella.
¿Mas cómo, siendo tan bella,
Tan sin culpa? — Loco estoy.
Venceré tal enemigo
Muriendo yo... Seré cruel
Tan solamente conmigo.
Mas dejándola con él
¿En mi muerte qué consigo?
¿A ella...? nunca, que es mi amor.
¿A él...? no puedo, que es mi rey.
¿A mí...? en peligro mayor
La dejo... ¡Maldita ley
Del orgullo y del honor!
¿Con que valerme no puedo
Contra un hombre que me ultraja?
¿Con que habré de estarme quedo
Cual si me infundiera miedo
Quien mis puertas descerraja?
¿Mas no viene contra mí?
¿Y no es defenderme ley
De quien va á ofenderme? — Sí.
¿Mas cómo puedo ¡ay de mí!
Defenderme contra el rey?
Pasos allá abajo siento;
Miraré por el balcon.
Mas... ¡cielos, qué pensamiento!
Dios me da en este momento
Tan osada inspiracion.
(*Se sienta en el velador, escribe una carta, la cierra, la pone junto á la lámpara, pone el velador junto al sofá y llama.*)
¡Oh, sí...! escribo... bien está:
Dejo á la luz el papel...
Cerca de ella... á hablarla irá,
Verá el papel, le leerá,
Y en sí volverá con él.
¡Elvira! ¡Ines! (*Llamando.*)

Ines y Elv., saliendo. ¿Qué mandais?
El Marq. Una copa.
Ines. ¿En vos estais?
El Marq., á Ines, que sale. ¡Calle...!
(*A Elvira, señalando el sofá.*)
Reclínate aquí,
Y had que duermes.
Elv. ¿Mas mirais
Que á solas...?
El Marq. Yo estaré allí. (*Al interior.*)
(*La dueña trae las copas: el Marques las deja sobre el velador, quita la luz de los ojos de Doña Elvira, que se habrá reclinado en el sofá, mira por el balcon*, etc., etc., *todo con el cuidado mas prolijo, como quien pone á riesgo en ello cuanto puede tener de mas interes el corazon de un buen padre.*)
(*A Doña Elvira.*)
Por mas que intente apurar
No despiertes, por tu vida.
Por el balcon ha de entrar,
Le abro.
(*Abre el balcon, va á salir, y vuelve para decir á Doña Elvira.*)
Ve que eres perdida
Si no sabes despertar.

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA EN EL SOFA FINGIENDO PROFUNDO Y LETARGICO SUEÑO, EL REY ENTRANDO POR EL BALCON.

El Rey, hácia fuera. ¡Alerta estad, Don Guillen!
El papel me sorprendió,
Mas á mi vez vengo yo
A sorprenderles tambien.
(*Viendo á Doña Elvira.*)
¡Qué veo! ¿me engaño..? ¡Oh, no!
Duerme: ¡cuán hermosa está!
(*Vuelve la luz de modo que la dé en los ojos.*)
No manchan tintas estrañas
Su tez, y el fulgor que da
La luz, prolongando va
La sombra de sus pestañas.
¡Nunca vi rostro como él!
Sublime á par que sencillo,
Dióle con dócil pincel
Sus contornos Rafael
Y su misterio Murillo.
Al contemplarla tan bella
En su imprudente descuido,
Mi audacia en su faz se estrella
Y estoy, vive Dios, corrido
Al verme delante de ella.
¡Cuál se agita mansamente
Con la igual respiracion!
¡Qué sueño tan inocente!
El blando compas se siente
Con que late el corazon.
A interrumpírsele voy
Y á sus piés me arrojaré.
(*Dudando.*)
No, que duerma... Necio estoy.
¿Su fe no ha empeñado hoy?
Sí; pues que su amor me dé.
(*Llamándola.*)
¿Elvira?... no me responde.
¿Elvira?... ¡Sueño tenaz!
¡Si lo fingiera falaz!...
No, que su pecho no esconde
Tan villana liviandad.
¿Elvira... mi bien... mi dueño...
¡Calla! qué piense no sé.
Bastara si fuera empeño,
Mas en mujer no vi, á fe,
Jamás tan profundo sueño.
Túrbase mas mi deseo
Cuanto dudo en su virtud.
(*Ve la carta.*)
Mas cielos, ¿qué es lo que veo?
Aquí hay una carta creo
Puesta de intento á la luz.
(*Mirándola.*)
¿Mi necia ilusion me engaña?
Es el sobre para mí.
Sí... claro está: ¡cosa estraña!
Felipe cuarto de España...
Entero está el nombre, sí.
Abrola y leo: (*Lee.*) « *Señor,*
Morir asi fué su estrella;
Yo mirando por mi honor
Matéla tan solo á ella,
Que á vos no tuve valor.
El sueño en que la encontrais
Sueño es de mortal veneno:
Vos muerte, señor, la dais;
Que despierte no temais,
Que no hay ya vida en su seno. »
¡El alma á creer no acierta
Tan estrema bizarría!
¡Elvira!... no, no despierta.
¿Con que es verdad que está muerta...
Y pensaba que dormia?
¿Con que por mí te mataron,
Casta y celestial belleza?
¿Por mí al mundo te robaron?
¿Por mí tu cristal quebraron,
Vaso de limpia pureza?
Aun que respira parece,
Aun ténue calor conserva,
Cual seca y estéril crece
En muralla que envejece

Recia é inútil la yerba.
(*Ruido de espadas dentro.*)
¡Mas qué rumor!... ¡por quien soy
Que es de acero contra acero!
¿Hay mas desventuras hoy?
De mí mismo huyendo voy.
(*Va á salir por el balcon, y al mismo tiempo salta por él Don Pedro en la escena, diciendo:*)
Ped. Buenas noches, caballero.

ESCENA VIII.

EL REY, DON PEDRO, DOÑA ELVIRA EN EL SOFA.

El Rey. ¡Esto mas!
Ped., resuelto. En el jardin
Dejo á un hombre...
El Rey., con asombro. ¡Cómo!
Ped. Muerto;
Y estando el balcon abierto
Nos encontramos por fin.
Elv. (*Ap.* ¡Dios mio!)
Ped. Cojo la escala, (*Lo hace.*)
La doblo, y el balcon cierro.
El que salga hará el entierro
Del que muera en esta sala.
El Rey. Alguno hace falta ya;
Mirad. (*Mostrando á Doña Elvira.*)
Ped. ¿La matásteis vos?
El Rey. Matóla ultrajando á Dios...
Ped. ¿Quién?
El Rey. Su padre.
Ped. Bien está.
Si ella á su fatal fortuna
Dió su vida, ¿qué me importa?
La nuestra será bien corta,
Que es por demas importuna.
No vine esta noche aquí
Menguado á llorar por ella,
Que vine... porque mi estrella
Lo quiso esta noche así.
El Rey, con calma. ¿Su vida os importa poco,
Y la amábais, segun creo?
Mancebo, por lo que veo
Os estais volviendo loco.
Ped. Loco debiera de estar
Segun de amarga es mi vida,
Mas todo en ella se olvida
Si hay injurias que vengar.
Por ese balcon trepé
Tras de vos por encontraros.
El Rey. ¿Y vinísteis?...
Ped. A mataros.
El Rey. ¿La razon?
Ped. Yo me la sé.
El Rey, con altivez. ¡Vasallo! ¿á quién la razon
Contra su rey no le falta?
Ped. Mentís, no es rey quien asalta
Las casas por el balcon.
El Rey. ¿Y quién pudo haceros juez
En causa tan soberana?
Ped. Vuestra injuria esta mañana,
Y esta noche mi altivez.
(*Con brio.*)
Para darme una razon
Corona me habeis pedido,
La vuestra se os ha caido
Al subir por el balcon.
El Rey. ¡Mirad, mozo, que os perdeis!
Ped. Iguales estamos ya,
Que yo la traiga, eso da
Como que vos la dejeis.
El Rey. Que me conoceis mirad.
Ped. Haré que no os conoci,
Que es de noche.
El Rey. Hay luz aquí.
Ped. La apagaré, descuidad.
(*La tira una cuchillada, y la mata.*)
Ea, reñid.
El Rey. Miradlo, á fe.
Ped. Lo miro; por los balcones
No entran mas que los ladrones,
Que os tuve por tal diré.
Elv., levantándose. No puedo mas ¡ay de mí!
Ped., al Rey. Teneos, ¡viven los cielos!
Que han despartado mis celos
Unos lamentos que oí.
Elv. ¡Sí, teneos, que es razon!
El Rey. ¿No es esa la voz de Elvira?
Ped. ¿Muerta no sois?
Elv. Fué mentira.
El Rey. ¡Tal engaño!
Ped. ¡Tal traicion!
¿Con que vos, quien érais siendo,
Mentís con tal villania
Que os hace el rey compañía
Y estais para mí durmiendo?
Reñid. (*Al Rey.*)
El Rey. ¡Reñid, que por Dios
Que solo cuando venís
Está despierta!
Ped. ¡Mentís!
El Rey. ¿Al Rey un mentís?
Ped. A vos.
(*Se buscan en la oscuridad, cruzan las espadas, y Doña Elvira da con Don Pedro.*)
El Rey. Acercaos.
Ped. Defendeos.
Elv., á Don Pedro. ¿Qué vais á hacer, insensato?

Ped. ¡Quitad, señora, ó vos mato...
Sin mas respetos!

ESCENA IX.

DICHOS. EL MARQUES, CON UNA LUZ.

El Marq. ¡Teneos!
Ped., al Marques. ¡Echaos fuera!
El Rey. Apartad.
El Marq., á Don Pedro. ¡Es tu padre!
Ped. ¿Acabas hoy,
Suerte cruel?
El Rey. ¡Soñando estoy!
¿Qué habeis dicho?
El Marq. La verdad.
Ped., cayendo de rodillas á los piés del Rey. ¡Padre...! Perdon si villano
Tanto con vos me atreví,
Que hervía, señor, en mí
Vuestro valor soberano.
El Marq., inclinándose con el mayor respeto. Vos me quitásteis mi amor,
Y yo con afan prolijo
Me he vengado en vuestro hijo
Como quien era, señor.
El Rey, con nobleza. Todos sois nobles aquí;
Dadme los brazos, Don Juan;
Vuestras virtudes están
Avergonzándome á mí.
(*A Don Pedro.*)
Alzaos, duque de Olmedo,
(*Le echa el toison de oro.*)
Llegad, vuestra esposa es esa;
Ese es mi hijo, duquesa,
Mirad qué mas daros puedo.
En palacio vivireis,
Será real vuestro apellido...
El Marq. Señor, que mireis os pido
El que ser quien sois teneis.
Atad al vulgo la lengua;
Pues que hijo mio á ser va,
Dejadlo estar como está,
Que os es pregonarlo mengua.
(*A Don Pedro.*)
Mi hijo sois, llevad mi nombre,
Que no os ha de avergonzar,
Pues bien le puede llevar,
Incluso el rey, cualquier hombre.
Ped. Sí, le admito.
El Rey. En conclusion,
Marques, la razon os sobra.
El Marq. En palacio, señor, obra
Cada cual con su razon.

LEALTAD DE UNA MUJER

Y

AVENTURAS DE UNA NOCHE,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

DON JUAN.
DON CARLOS.
DON PEDRO PEREZ DE PERALTA.
DON ANTONIO NOGUERAS.
GARCERÁN.
DOÑA MARGARITA.
BEATRIZ.
BRÍGIDA.
RANGEL.
UN JEFE DE LOS REBELDES DE BARCELONA.
JUSTICIA.
SOLDADOS.
REBELDES.
MONTAÑESES.
PUEBLO.

La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona, la noche del día 12 de marzo de 1461.

ACTO PRIMERO.

Calle y noche.— Casa en el fondo con puertas y balcones practicables; una imágen de Cristo en un nicho con un farolillo que alumbra la escena.

—

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, GARCERÁN.

Ped. ¿Y entrastes en la ciudad?
Garc. Fuéme imposible, señor.
Ped. Tal vez te faltó el valor.
Garc. No fué por miedo en verdad.
Mas es tanto el alboroto,
La alarma y el son de guerra,
Que no hay un palmo de tierra
Seguro en peña ni soto.
Mas de cinco mil jayanes
Armados con picas y hoces
Mostrando están lo feroces
Que son hoy los catalanes.
No temen ni Dios ni ley,
Y sin otros requisitos
Les dejo pidiendo á gritos
La cabeza de su rey.
Ped. ¿Tanto la asonada apremia?
Garc. Señor, es en tal tumulto
Cada razon un insulto,
Cada grito una blasfemia.
Por el príncipe de Viana
Rebeldes clamando están,
Y si al fin no se le dan
Contra el rey salen mañana.
Ped. ¿A tanto se han de atrever?
Garc. ¿Qué si se atreven? Señor,
Ya iban al gobernador
Cuando me vine, á prender.
Diputados la ciudad
Al rey atrevida ha enviado,
A pedirle de contado
Su fuero y su libertad.
No quieren otro señor
Que el príncipe, y si les pican
Han de osar, segun se esplican,
A desacato mayor.
Ya han puesto en las armas reales
Unidos ambos blasones,

Y están hirviendo en pregones
Las casas consistoriales.
Ped. Mas el príncipe en Pamplona
Por el rey preso aun está.
Garc. Pues ó libertad le da
O el rey pierde á Barcelona.
Ped. ¿Y está el camino tambien
De Lérida interceptado?
Garc. No estará, si aun no ha llegado
Tierra adentro el somaten.
Mas si ya del atambor
Rebelde oyeron la seña,
No hay villa, lugar ni peña
Por el rey Don Juan, señor.
Ped. ¿Y no sabes escusada,
Garcerán, una vereda
Que hasta el rey llevarte pueda?
Garc. Es la noche tan cerrada
Que por milagro será.
Ped. Mas si el rey por un descuido
Ignora aun...
Garc. Es perdido,
Sobre él Cataluña va.
Ped. Pues advertirle es preciso.
Garc. Hem... (*Remiso.*)
Ped. ¿Garcerán, no te atreves?
Ve que es fuerza que le lleves
Tú de palabra el aviso.
¿Dudas?
Garc. Dudo si llegar
Hasta Lérida podré.
Ped. Mis caballos te daré
Y los puedes reventar.
Garc. No por caballos lo dejo,
Que harto tengo con el mio,
Que va cobrando mas brio
Como va siendo mas viejo.
El mas astuto lebrel
No me atrapa en paz ni en guerra
Si cuatro palmos de tierra
Pongo entre mi jaco y él.
No temo á ningun tunante
Que por la pista me siga,
Mas sí, emboscada enemiga
Que me tenga por delante.
Ped. Bien, pues tiempo no perdamos;
Antes que mas se alborote
La tierra...
Garc. ¿Yo tomo el trote
Para el rey?
Ped. Y le salvamos.
Garc. ¿Y le diré?
Ped. Que al momento
Se ponga en fuga.
Garc. Mas vos...
Ped. Aquí me quedo, por Dios,
Leal á mi juramento.
Garc. ¿Y si el bando montañés
Descubre al fin vuestro nombre?
Ped. Moriré aquí como un hombre
Navarro y agramontés.
Eso dile al rey Don Juan
Que aquí de atalaya estoy,
Y que de aquí no me voy
Si órden suya no me dan.
Garc. Mas ved...
Ped. Que soy caballero,
Que fe al rey he prometido,
Y de cambiar su partido
Pedazos me harán primero.
Eso dile, y que si falta
Todo el reino á su corona
Suya es la hacienda y persona
De Don Pedro de Peralta.
Garcerán, monta á caballo,
Toma (*Dale un bolsillo.*), y parte.
Garc. A Dios, señor.
Ped. Y acuérdate que es mejor
Ser muerto que mal vasallo.

ESCENA II.

DON PEDRO; DESPUES MARGARITA Y BEATRIZ.

Ped. Prontas estarán mis gentes;
Y si llega Garcerán
Su intento no lograrán,
Vive Dios, los insurgentes.
Marg. Él es.
Ped. Margarita mia.
Marg. Caro esposo.
Ped. A tiempo vienes.
Marg. Pedro, ¿qué azar me previenes
En esa faz tan sombría?
Ped. Al fin, decirlo es forzoso;
Margarita, te oculté
Viniendo al campo el porqué
Con afan bien misterioso.
Por evitar tu inquietud
Con engaño manifiesto,
Te dí siempre por pretesto
La estacion ó la salud.
Marg. ¿Pues qué otra causa pudiera...
Ped. Muy sencilla y muy leal;
Yo sigo el bando real
Y soy fiel á mi bandera.
Marg. Bien, Peralta.
Ped. A Barcelona
Mandóme el rey espiar,
Y traje á aqueste lugar
Encargos de la corona.
Ardua prision en secreto
Al venir me encomendó,
Y estoy á cumplirla yo

Por obligacion sujeto.
Tu amor, bella Margarita,
Sin mí no se hallaba bien,
Y á fe, hermosa, que tambien
Te agradecí la visita.
Mas ya la tormenta crece,
Y en motines rebelado
Se declara el principado
Contra el rey, segun parece.
En tal punto es ya preciso
Que te vuelvas á Pamplona.
Marg. ¿Y tú?
Ped. Acecho á Barcelona
Hasta posterior aviso.
Marg. ¿Con que yo me he de salvar
Mientras en peligro quedas?
No, mientras partir no puedas
Contigo me he de quedar.
Ped. Margarita, es escesivo
Cariño; mi obligacion
Es quedarme.
Marg. En afliccion
Continua, Peralta, vivo.
Cuando mi amor no me quita
El servicio de la ley,
Mi amor me enajena el rey
Y ahí se queda Margarita.
En continuo sobresalto
Dudo si mueres ó vives...
Siempre desde el campo escribes
Que hay encuentro, ó que hay asalto.
Si hoy aguardo un mensajero,
Mañana por impericia
Me dan falsa una noticia
Que ni me importa, ni espero.
Hoy nos partimos de aquí;
Mañana vamos allá,
Y la vida se me va,
Peralta, en temer por tí.
Tu amor busco y no le hallo;
Que al darte amorosas quejas
Suena un clarin y me dejas
Por la lanza y el caballo.
Ped. ¡Oh! ponderas, Margarita,
La exigencia de la ley,
Que me necesita el rey
Si el amor me necesita.
Y entiéndelo al fin mejor,
Que en estas rebeldes guerras
Yo le defiendo sus tierras
Y él me defiende mi amor.
Entronizado el de Viana
Por indolencia, ya ves
Del partido agramontés
Lo que sería mañana.
Marg. Quién sabe! ese rey Don Juan
Que con empeño prolijo
Persigue tanto á su hijo,
¿Premiará al cabo tu afan?
Ped. ¿Y qué importa si me olvida?
¿Obedecerle no es ley?
Pues yo lidio por mi rey
Mientras me dure la vida.
Marg. Padre que tanto se encona
Con un hijo que se humilla,
¿Olvidar no habrá en mancilla
A quién debe la corona?
Diz que el príncipe insolente
Contra su vida atentó,
Mas quien tal le levantó
Traidor y villano miente.
Ped. ¿Qué te se alcanza, amor mio,
De esas quimeras, á tí?
Segura no estás aquí,
Y en que partas me confio.
Marg. ¿Cuándo?
Ped. Esta noche.
Marg. Quizá
Obedecerte me pesa.
Ped. Margarita, esto interesa.
Marg. Pues tú lo quieres será.
Ped. Apronta pues tu equipage
Para dentro de una hora.
Tú, Beatriz, vé al hórreo ahora
Y dile á Juan que se baje
Al puente con los caballos,
Que nos marchamos no noten
Y en el lugar se alboroten
Algunos malos vasallos.
Beat. Voy pues.
Ped. Id y despachad,
Que mucho la noche avanza
Y está toda mi esperanza
En su densa oscuridad.
(*Beatriz se va por la derecha. Don Pedro y Margarita entran en su casa por la puerta del fondo, y sale por la izquierda Don Carlos embozado.*)

ESCENA III.

DON CARLOS.

¡Hay mas desventuras hoy,
Pése á mi negra fortuna!
Ciérranseme una por una
Las sendas que á seguir voy.
Ni fin ni esperanzas hallo
En suerte tan enemiga,
Cayó muerto de fatiga
En el campo mi caballo.
¡Y ahora cuando por suerte
Si dos leguas avanzara
Acaso á evitar llegara
Mi desventura... ó mi muerte!

¡Oh...! mas si Dios fué servido
Disponerlo de otro modo,
Dios es el Señor de todo
Y razon le habrá movido.
(*Viendo el crucifijo.*)
Señor, sabeis que mis quejas
En el afan de mis duelos
Dirigí siempre á los cielos
De mi prision por las rejas.
Las estrellas solitarias
De cien noches son testigos
Que oré por mis enemigos
En mis humildes plegarias.
Erré y enmendé mi error;
Agravié, mas satisfice;
Cuanto pude, Señor, hice
Hasta en mengua de mi honor.
Otorgué cuanto pidieron;
Cedí, me entregué en sus manos,
Y ellos entonces villanos
Con mas audacia me hirieron.
Cuanto esperaba perdí...
(*De rodillas.*)
Señor, vuestra hechura soy;
Si hay mas desventuras hoy
Caigan, si os contenta, en mí.

ESCENA IV.

DON CARLOS, BEATRIZ.

Beat. (Nuestro viaje está dispuesto;
Dentro de un hora partimos;
Si viajamos ó si huimos
Dios lo sabe... ¿Mas qué es esto?
¿Allí de hinojos un hombre
Casi á la puerta de casa?)
Carl., viendo á Beatriz. (Por favor diré
á quien pasa
De este lugar me dé el nombre.)
Buena mujer, perdonad;
¿Mas diréisme dónde estoy?
Beat. ¡Brava cuestion por quien soy!
¿Forastero es?
Carl. Contestad.
¿Qué pueblo es este?
Beat. Me gusta
El modo de preguntar.
Carl. Ved si habeis de contestar,
O id adelante.
Beat. (Qué adusta
Condicion.) Es Vallirana.
Carl. ¿Dista Barcelona mucho?
Beat. ¿Vais allá?
Carl. Puede.
Beat. ¿Qué escucho?
No hagais tal; por el de Viana
Se han alzado en rebelion,
Y si sois de los del rey...
Carl. ¡Sí por cierto!
Beat. Pues no hay ley
Que os liberte.
Carl. En conclusion,
¿Cuánto dista Barcelona?
Beat. Tres horas.
Carl. Podeis decir
¿Quién dé un caballo en que ir
Hasta allá, si se le abona?
Beat. Yo conozco poca gente
De este pueblo.
Carl. Si quereis,
Hoy enriquecer podeis
Amigo, deudo ó pariente.
Beat. ¿Cómo?
Carl. Al que quiera un caballo
Venderme en este lugar,
Tanto oro le podré dar
Que no sienta el ser vasallo.
Beat. ¡Oh! á mi señor no hace falta
El oro.
Carl. ¿Luego servís?
Beat. Y á un buen amo.
Carl., con prontitud. ¿A quién, decís?
Beat. A Don Pedro de Peralta.
Carl. ¡Peralta! (*Con interes.*)
Beat. (Pero qué digo.)
Carl. ¿Agramontés?
Beat. Sí por Dios.
Carl. ¿Conde?
Beat. ¿Conocéisle vos?
Carl. Mucho que sí; soy su amigo.
Mas callad.
Beat. ¡Ay! y á no ser
Porque con su amigo dí
Ya me iba á perder aquí
Por mi lengua de mujer.
Carl. Mas bajo.
Beat. Teneis razon.
Que ahora bien se necesita
Prudencia.
Carl. ¿Está Margarita
Con él en esta ocasion?
Beat. Sí, mas antes de la aurora
A Pamplona nos volvemos.
Carl. ¿Cómo?
Beat. Caballos tenemos
Para dentro de una hora.
Carl. ¡Gracias, fortuna!
(*La coge por distraccion la mano.*)
Beat. ¿Qué haceis?
Carl. Escuchad; si á Margarita
Dais aviso...
Beat. ¿Yo una cita?
Carl. Llamadla así si quereis,
Mas decidla...

Beat. No diré
Ni el Credo.
Carl. Ved que me va
La vida aquí.
Beat. No será.
Carl. Pues un papel os daré.
Enseñádsele por Dios
Y amparais á un desdichado.
Beat. ¡Y quién sabe...!
Carl. Si cuidado
Os da, leedle.
Beat. Mas vos...
Carl. Nada teneis que temer;
El nombre que aquí va escrito
No tiene mas que un delito.
Beat. ¡Un delito!
Carl. Sí, el nacer.
Beat. ¿Pues quién sois?
Carl. Nada os importa;
Mirad si el papel llevais,
Que en él la vida me dais.
Beat. Vuestra esperanza es bien corta,
Mas dadme acá ese papel
Si es cierto lo que decís.
Carl. Tomad.
Beat. Pero si mentís
Dios os maldiga por él.
(*Beatriz toma el papel y entra en casa de Peralta.*)

ESCENA V.

DON CARLOS.

¡Oh! ¡gracias, Dios de bondad!
Que en vuestra mente infinita
Me habeis dado en Margarita
Acaso la eternidad.—
No, no ha de ser tan villana
Ni tan infame conmigo
Quien fué consuelo y testigo
De las cuitas de mi hermana.
(*Pausa.*)
Porque, ¿qué vale en verdad
Mi humildad y mi silencio
Si yo propio me sentencio
Con mi llanto y mi humildad?
Huiré lejos, muy lejos;
Déme quien pueda un caballo,
Y acaben, rey ó vasallo,
Pesares ya tan añejos.

ESCENA VI.

DON PEDRO ASOMA AL BALCON QUE DEJA VER LA LUZ CON QUE SE SUPONE ALUMBRADA LA HABITACION. DON CARLOS ESTA DE ESPALDAS A ÉL Y CASI DEBAJO DEL CRISTO QUE HABRA EN UNA ESQUINA A LA IZQUIERDA.

Ped., mirando hácia la derecha. Nada.
—Rumor no se siente
A través del aire manso:
Ni sosiego ni descanso
Por el rey con esa gente.
Dejan al amanecer
Los rebeldes la ciudad,
Pero les lleva en verdad
Gran ventaja mi mujer.
Los caballos son briosos,
Estraviados los caminos,
Y fieles los campesinos
De esos pueblos montañosos.
¡Oh! sin azar llegarán;
Y si al rey salvo igualmente,
Por Dios que tranquilamente
Los rebeldes me hallarán.
Mas veo en aquella esquina
Un embozado en acecho...
Y reza segun sospecho
Ante la imágen divina.
La luz quitaré de aquí
Porque la sombra me encubra,
No sea que me descubra
Por espiarle, él á mí.
(*Queda el balcon á oscuras.*)

ESCENA VII.

ABRESE LA PUERTA Y SALE MARGARITA CON VELO, QUEDANDO ESTA Y BEATRIZ UN MOMENTO EN EL UMBRAL. DON PEDRO VUELVE A PONERSE EN EL BALCON EN CUANTO QUITA LA LUZ, Y DON CARLOS VUELVE LA CABEZA AL RUIDO DE LA PUERTA Y VOZ DE MARGARITA.

Marg., á Beatriz. ¿Dices que me espera
ahora?
Beat., á Margarita. Al pié de aquel
Cristo.
Marg. Al punto
Vuelvo.
Beat. Allí está.
Marg. Y de este asunto
A tu amo...
Beat. Estoy, señora.
Le diré que el equipage
Estais en vuestro aposento
Arreglando, y un momento
Retardaremos el viaje.
Ped., en el balcon. Por Dios que abrieron
la puerta
Y vi con la luz escasa
Salir alguien de mi casa.

Beat. La puerta queda entreabierta;
Cuando volvais empujad,
Y entrareis sin hacer ruido.
(*Beatriz cierra; Margarita se adelanta hácia Don Carlos, y Don Pedro hace un movimiento de atencion muy marcado.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO EN EL BALCON. DON CARLOS Y MARGARITA EN LA CALLE.

Ped. (Por Cristo que estoy corrido:
¿No es mi mujer? Sí en verdad.)
Marg. ¡Mi señor...!
Carl. No me nombreis.
Marg. Las lágrimas á los ojos
Siento al veros. ¡Siempre abrojos
Bajo las plantas teneis!
¿Qué es de vos?
Carl. Tan desdichado
Como siempre.
Marg. ¿Y vuestra hermana?
Carl. Prision con ira inhumana
En un convento la han dado.
Marg. ¿Y en cuál?
Carl. Es la voz comun
Que en Tolosa gime ahora.
Marg. ¡Infeliz!
Carl. ¿Y vos, señora,
Qué os haceis? ¿me amais aun?
Marg. Mas que nunca cada dia.
Carl. Sabreis pues mis desventuras.
Marg. Por noticias muy seguras,
Y las lamento á fe mia.
Carl. Acaso vos solamente
Mi corazon conoceis.
Marg. Y acaso de mí podeis
Fiaros ya únicamente.
Carl. ¡Cuál me han tratado!
Marg. Lo sé.
¿Mas posareis mucho aquí?
Ped. (Los oigo hablar, pése á mí,
Mas no les entiendo qué.)
Carl. Espero tan solo en vos
Que esta noche me salveis.
Marg. ¿Oro, caballos quereis?
¡Nadie os seguirá por Dios!
Mas Don Carlos, vuestra tez
Estraño en lo macilenta.
Carl. Mi juventud me atormenta
Cual pudiera la vejez.
Con el alma destrozada,
Con el cuerpo dolorido,
Me pesa el haber nacido
A vida tan desgraciada.
¿Veis á la luz moribunda
De esa santa lamparilla
La palidez amarilla
Que la mustia faz me inunda?
Pues lo que hacer no pudieron
Las garras de las pasiones,
Los hierros de las prisiones
Y los pesares lo hicieron.
Llorais; ¡pobre Margarita!
Me amais y os doleis de mí;
Pero Dios lo quiso así
En su justicia infinita.
Marg. Huid, señor.
Carl. Déjame hablar
Un corto instante contigo,
Que jamás tuve un amigo
Con quien partir mi pesar.
Marg. ¡Ah! bien conmigo podeis
Dividirle si eso os place,
Que mas de veinte años hace
Que aquí posesion teneis.
Carl. ¡Oh! y por escuchar tu acento,
Por mirar un solo instante
La espresion de tu semblante
No hay difícil sufrimiento.
¡Al verte, al oirte hablar
Que aun soy feliz me parece,
Mi ser se rejuvenece,
Vuelvo la existencia á amar!
Que es tan dulce á un desdichado
Recordar lo que pasó,
Que vivo un instante yo
Soñando con lo pasado.
Marg., con entusiasmo. ¡Ah! pues vivid y soñad
Si os inspiro un blando sueño,
Y ojalá pueda mi empeño
Velaros la realidad.
Carl. ¡Cuán al vivo me recuerdas
Las venturas que me huyeron,
Margarita! ¿Qué se hicieron
Aquellas noches... te acuerdas?
Marg. ¡Si me acuerdo! cuán hermosa
Estaba la infeliz Blanca.
Carl. Llanto de dolor me arranca
Esa memoria preciosa.
La noche entera pasábamos
En dulcísimos cariños.
Marg. Como que éramos tres niños
Y con afan nos amábamos.
Carl. Niños, sí, ¡cuán inocentes
Entonces, cuán descuidados!
Y despues ¡cuán desdichados!
Marg. Pero nunca diferentes
De aquellos tiempos dichosos
En que en brazos de la infancia
No salian de una estancia
Nuestros planes ambiciosos.
Siempre nos hemos querido
Como amorosos hermanos,

Por mas que amaños tiranos
Separarnos han podido.
¿Os acordais, no lo dudo,
De aquella sangrienta tarde
En que de un hombre cobarde
Vos me servísteis de escudo?
Carl. Eso es de mas, Margarita.
Marg. ¿Y habeis acaso olvidado
Que os anunció un embozado
En Lérida mi visita?
Carl. ¡Oh!
Marg. A vos no haberme acudido
Y puesto á los piés del rey,
Bajo el peso de la ley
Sucumbiera mi marido.
Carl. No hay mas de aquello que hablar.
Ped. (De amores es la querella,
Y por Dios Santo que de ella
Jamás lo llegué á pensar.)
Marg. La vida ambos os debemos,
Perez de Peralta y yo.
Carl. ¿Habéiselo dicho?
Marg. No,
Mas al fin se lo diremos
Si á vuestra fortuna importa.
Carl. No, fuera menguado vicio
Valerse de un sacrificio
Que costó pena tan corta.
Y es tan tenazmente adicto
Al partido agramontés
Que echarse en sus manos es
Muy peligroso á un proscripto.
Marg. Si es agramontés, es noble.
Carl. Por eso será leal,
Y en salvar la causa real
Será su conato doble.
Marg. Por mas que sea, señor,
Apegado á su partido,
Perez con honra ha nacido
Y nunca será traidor.
La vida le habeis salvado;
Y aunque es para él un secreto,
Él os valdrá en este aprieto
Si no leal, obligado.
Carl. Cuán buena sois, Margarita,
De gracia y virtud cuán llena.
Marg. No sé, por Dios, si soy buena,
Mas la injusticia me irrita.
Os veo desde la cuna
Acechado y perseguido
Mas que por mal merecido
Por vuestra mala fortuna.
Yo la amiga fiel y sola
Fuí de Blanca vuestra hermana,
Y de olvidarla villana
No hubiera sangre española.
Carl. ¡Oh! y para quien la ha proscrito
No tiene ella sobre sí
Mas que el parecerse á mí,
Que ese es su único delito.
Marg. Vos fuísteis el protector
De mi honor en la horfandad;
Conmigo en la soledad
Ella partió su dolor,
Y yo seré agradecida,
Señor, á tantos favores,
Si no cual sois acreedores,
Con honra, haciendas y vida.
Enemigo es mi marido
De vuestra gente, mas voy
A arriesgar para vos hoy
Cuanto valgo. — Os he pedido
Me digais qué es lo que os falta.
Carl. Mas mirad bien...
Marg. ¿Qué quereis?
Pedidme, que os salvareis
Aun contra el mismo Peralta.
Carl. ¡Angel de mi triste vida!...
Marg. Dejad plegarias agora,
Y hablad de vos, que ya es hora.
Carl. Pues oid. Si á toda brida,
Corriendo la noche entera
Y arriesgando mi persona,
Con el alba en Barcelona
Acogerme al fin pudiera,
Salvárame de una vez
De enemigos y traidores.
Marg. De los caballos mejores
De mi marido, escoged.—
Carl. Mas Peralta...
Marg. Antes sois vos,
Y si vos de esta tormenta
Os salvais, quedo contenta
Aun pagando por los dos.
Carl. ¡Margarita!
Marg. Venid pues;
Oro os daré y un caballo
Con un guia que vasallo
De mis baronías es.
Carl. Del bien que ahora me haceis
Será mi memoria inmensa.
Marg. Una sola recompensa
Quiero por él que me deis.
Carl. Por mucho que sea, estoy
En que es mayor mi deseo.
Marg. Por si á Blanca mas no veo
Decidla lo que hice hoy.
(*Vanse Don Carlos y Margarita por la derecha; Don Pedro al verlos marchar dice:*)
Ped. Zeloso estoy, vive Dios,
Y avergonzado ademas.
(*Cierra el balcon y sale por la puerta diciendo:*)

La muerte llevan detras;
Si no es sueño ¡ ay de los dos!
(*Vase detras de ellos.*)

ESCENA IX.

SALEN POR EL LADO OPUESTO DON JUAN Y NOGUERAS ARMADOS. DON JUAN CON ARMADURA COMPLETA Y CALADA LA VISERA. OCHO Ó DIEZ SOLDADOS DETRAS.

Nog., á Don Juan. Dióle el caballo la vida,
Que iba veloz como el viento;
Yo le perdí en un momento
Aunque corrí á toda brida.
Juan, impaciente. Acabemos, vive Dios
Y sin hablar del caballo,
Nogueras, tan mal vasallo
Ha sido él hoy, como vos.
Nog. Es injusticia; ¿ esas nieblas
No veis? ¿qué mas pude hacer?
Juan. Correr, Nogueras, correr
Hasta hallarle en las tinieblas.
Nog. Mas en noche tan oscura,
Sin práctica en los caminos,
Darle caza de los pinos
Entre la áspera espesura,
Era imposible.
Juan. ¿Eso mas?
Nog. A dar un punto la cara
Por Cristo que le matara.
Juan. Hiciéraislo por detras.
Nog. ¡ A traicion!
Juan. ¿No era lo mismo?
Nog. Soy cristiano, y tengo honor.
Juan. No reza con un traidor,
Nogueras, el catecismo.
Si es la voluntad del rey
Que muera ó se dé á prision,
Cara á cara ó á traicion
Cumpliais vos con la ley.
Nog., con intencion. Perdonad si digo mal,
¿Mas tanta ira el rey tiene
Que á cualquier medio se aviene
Si vence?
Juan, despues de un instante de duda. Todo es igual.
Con tal que muera en secreto
Con visos de puro azar
(Y quede el que pueda hablar
A eterna noche sujeto).
Nog. Bien, pues dad que en mi arrebato
Le alcanzo y le doy la muerte:
¿Qué hiciera el rey si por suerte
En su lugar á otro mato?
Juan. Fuera rebelde tambien
Y con justicia muriera.
Nog. ¿Y si rebelde no era?
Juan. Bien, Nogueras, está bien.
No hay mas en ello que hablar;
Pues que al fin de cualquier modo
Se escapó, se acabó todo,
Salgamos de este lugar.
Nog. ¿Así volveros quereis?
Juan. Si no le habeis conocido
Con la niebla, y él ha huido,
No sé qué remedio halleis.

ESCENA X.

RANGEL, SALIENDO APRESURADO, SE PONE DELANTE DE DON JUAN Y NOGUERAS, COMO ESPERANDO QUE LE PREGUNTEN.

Nog. ¿Qué es?
Rang. ¿Si para hablar licencia
Me dais?
Juan. Adelante.
Rang. Ya
Cogido el rebelde está.
Nog. ¿Con verdad?
Rang. Con evidencia
El caballo que tomó
De vuestra caballeriza
¿No era...
Juan. Color de ceniza.
Rang. Cabos negros.
Juan. Sí.
Rang. Pues yo,
Por la cerca del lugar
Receloso gineteando,
Me le he topado espirando.
Nog. ¿Estais cierto?
Rang. A no dudar:
Le hemos quitado la silla,
Y de la falda escarlata
Bordado está sobre plata
Vuestro escudo en una orilla.
Nog., á Don Juan. (Él es pues.)
Juan, á Nogueras. (Sin duda alguna.)
Mas segun la noche avanza
No le queda otra esperanza
Que la noche y su fortuna.
Nog. Habrá dentro del lugar
Hallado algun escondite.
Juan. Pues es fuerza que se evite
Que se nos vuelva á escapar.
Mas oye: ¿sabe quién es
Esta gente el perseguido?
Nog. Ninguno.
Juan. ¿Y me ha conocido
Alguien?
Nog. No.

Juan. Adelante pues.
El pueblo en redor cerquemos,
Y que no quede por ver
Casa ó choza.
Nog. Es menester
Que la caza no espantemos.
Yo en silencio nuestra gente
Por do quiera apostaré,
Y ó Nogueras no seré
U os entrego al delincuente.
Juan. Vamos pues.
Nog. Oye, Rangel,
Haz las calles espiar
Por peones, y si á dar
Llegan por suerte con él,
Ya que fugarse pretenda,
Ya que se esconda ó resista,
El que le ponga la vista
Que le siga ó que le prenda.
(*Vanse Don Juan y los soldados primero; Nogueras y Rangel quedan solos en la escena á los últimos versos.*)

ESCENA XI.

Interior de una casa pobre; á la izquierda una alacena ó almario. A la derecha un balconcillo bastante bajo de antepecho. Luz artificial.

BRÍGIDA.

¡Con qué cuidado me tiene
Mi Blas! — Tengo el corazon
En un hilo. — Las diez son,
Válgame Dios, y no viene.
(*Asómase á la ventana.*)
Y esta noche cuántos ruidos
Que suenan por el lugar...
Y nada puedo alcanzar
Por mas que soy toda oidos.
Este diablo de ventana
Da nada mas que á un jardin,
Luego este barrio es en fin
Lo peor de Vallirana. —
De manera que aunque se halle
Medio de oir ó atender,
No puede una nunca ver
Lo que sucede en la calle.
Pero en la escalera siento
Pasos... ¡ay! ¿sí será Blas?
(*Llaman á la puerta.*)
Llamaron... (*Otra vez.*) de prisa estás.
Allá voy... (*Otra vez.*) voy al momento.
(*Abre, y entra Margarita azorada como salió en la escena octava.*)
¡Dios mio!

ESCENA XII.

MARGARITA, BRÍGIDA.

Marg. Nada temais;
Permitid que en vuestra casa
Me oculte.
Brig. ¿Pero qué pasa?
Marg. Y tomad.
Brig. ¡Oh! ¿qué me dais?
Marg. Nada, guardadlo.
Brig. ¡Dinero!
Marg. Para vos.
Brig. Imposible es.
Marg. Lo dejo.
Brig. Dejadlo pues.
Marg. Mas salvarme es lo primero.
Brig. Mas ¿quién sois? ¿qué quereis vos?
Marg. Cerrad corriendo esa puerta.
Brig. Acabad, me teneis muerta.
Marg. Prestadme atencion por Dios.
Dentro de un instante un hombre
Vendrá en mi busca quizá;
Grueso, alto, cano, ¿estais?
Brig. Ya.
Marg. Aunque él mismo rey se nombre
No le abrais.
Brig. No le abriré.
Marg. Mirad que me va la vida.
Brig. (Ella está tan aturdida
Que da compasion á fe.)
Marg. Mas tened cuenta y por Dios
Que no los equivoqueis.
Brig. ¡Cómo!
Marg. Que entrar le dejeis.
Brig. ¿Al viejo?
Marg. No.
Brig. ¿Pues son dos?
Marg. ¿No dije...?
Brig. De uno no mas.
Marg. Pues escuchad con cuidado,
Tal vez vendrá otro embozado.
Brig. ¿Delante de ese ó detras?
Marg. ¿Delante ó detras, no sé,
Mas al mancebo es preciso
Que deis al punto un aviso.
Brig. ¿Y qué aviso?
Marg. Os le diré.
Que aquel de quien he huido,
Aquel con quien él reñia,
Que huya de él.
Brig. ¡Qué algaravía!
Marg. Que huya, sí, que es mi marido.
Brig. (Pues estamos bien, y yo
Que...)
Marg. ¿Llaman? no abrais sin ver
Dónde me puedo esconder.
(*Llaman con fuerza muchas veces.*)

Brig. Tirará la puerta.
Marg. Aun no.
Aguardaos un instante.
(*Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen los versos.*)
Cerradme en esta alacena.
Traed la mesa. (*La pone delante.*)
Estad serena.
Brig. (¡Habrá enredo semejante!)
Y si viniera mi Blas
Entre tanta confusion...
(*Va á la puerta, y en el momento que la abre se entra Don Carlos embozado.*)
¿Quién...? pues se entra de rondon.
(*Mirándole.*)
¿Será el de alante ó de atras?

ESCENA XIII.

MARGARITA, OCULTA; BRÍGIDA, DON CARLOS.

Carl. Decidme, buena mujer,
¿No habeis abierto la puerta
A una dama?
Brig. (*Mirándole todavía.*) (¿Y quién acierta
Cuál de los dos puede ser?)
Carl. Acabad por vuestra vida.
¿Dónde está?
Brig. ¿Quién?
Carl. Esa dama.
Brig. ¿Qué dama? ¿cómo se llama?
Carl. No hagais la desentendida,
Porque yo la he visto entrar.
Brig. Serian vuestros recelos.
Carl. Apartad, viven los cielos,
Que yo la entraré á buscar.
(*Don Carlos entra por la izquierda, cáesele el embozo, y Brígida, que no ha cesado de mirarle, dice:*)
Brig. ¡Ah! es el mozo.

ESCENA XIV.

CUANDO TODAVÍA LE ESTA MIRANDO, Y APENAS SE HA OCULTADO DON CARLOS DE LA VISTA DEL PUBLICO, ENTRA POR LA PUERTA, QUE AUN TENDRA ABIERTA BRIGIDA, DON PEDRO, QUE LA DICE DE REPENTE:

Ped. Vive Dios
Que aquí una mujer ha entrado,
Y despues un embozado:
Decid dónde están los dos.
Brig. (¡Dios mio!) Señor...
Ped. Por Cristo
Que si niega...
Brig. Si en mi casa...
Ped. Yo sé lo que en ella pasa.
Brig. Nadie entró.
Ped. Yo les he visto.
Brig. Señor...
Ped. Despache.
Brig. Si aquí...
Ped. Yo por Dios los buscaré,
Y si los hallo, yo haré
Que no os olvideis de mí.
(*Vase á entrar Don Pedro por otro bastidor de la izquierda, y vuelve á entrar Don Carlos, con quien se encuentra cara á cara.*)
Carl. (Maldita mi estrella impía,
Mi suerte está en manos de ella,
Y pierdo necio su huella
Cuando mas falta me hacia.)
Ped. (Él es.)
Carl. (¡Mas qué veo, cielos!)
Ped. ¡Caballero!
Carl. ¿Qué quereis?
Ped. De esta casa no saldreis.
Carl. ¿Quién lo estorbará?
Ped. Mis zelos.
¿Qué hicísteis de mi mujer?
Carl. ¿Y es á mí á quien la pedís?
Ped. Con vos vino.
Carl. No.
Ped. Mentís;
Y me la habeis de volver,
O por Dios que os acuchillo.
Carl. (¡Habrá desdicha mayor!)
Ped. Decid, ó á vuestro valor
Apelad.
Carl. Es mas sencillo. (*Riñen.*)
(Si no hay medio mas seguro
De huir que matar á este hombre,
Nada al fin hay que me asombre,
Mi mala fortuna apuro.)
Brig. ¿Y qué va á ser hoy de mí?
¡Cielos, socorro, socorro!
Todo á alborotarlo corro.
Carl. (Mi suerte se cumple aquí.)

ESCENA XV.

DICHOS, RANGEL.

Rang. (No me engañé; él es; el mismo:
Aquí mi astucia me valga.)
(*Se pone de parte de Don Carlos.*)
¿Qué es aquesto, gente hidalga?
Carl. Quitad.
Rang. Eso es heroismo.

Soy con vos. (*A Don Pedro, poniéndose de su parte.*)
Ped. Quitad tambien.
Rang. Pues que reñís uno á uno
Yo he de reñir por alguno,
Y he de dar adonde den.
Brig., dentro. Entren aquí.
Rang., cayendo. Muerto soy.
Carl. ¿La justicia y ya hay un muerto...?
¿Ese balcon no da á un huerto?
Sí.
(*Don Carlos gana el balconcillo, salta por él con la mayor rapidez posible, y Don Pedro colérico dice:*)
Ped. ¡Cobarde...! Tras él voy.
(*Vase tras él.*)

ESCENA XVI.

MARGARITA EN LA ALACENA, RANGEL TENDIDO, BRIGIDA, EL ALCALDE, JUSTICIA Y GENTE.

Brig. Esta es, señores, mi casa,
Y no sé por qué pecado
Tanta gente en ella ha entrado,
Duende ó diablo...
Alc. ¿Mas qué pasa?
Brig., viendo á Rangel. ¡Ay! ¡Dios de mi corazon!
¡Mirad!
Uno. Un hombre caido.
Otro. Muerto está.
Uno. No mas que herido.
Alc. A ver, daos á prision. (*A Brigida.*)
Brig. Pero, señor...
Alc. O decid
Quien aquí mató á ese hombre.
Brig. Si jamás supe su nombre.
Alc. Pues á la cárcel venid.
Brig. Esperad, que yo os diré
Lo que sepa. Ha poco rato
Que entró con mucho recato
Aquí una mujer.
Alc. Dad fe.
Brig. Al verla de miedo llena,
Que apenas hablar podia
Porque un hombre la seguia,
La metí en esa alacena.
Alc. Veámosla pues.
(*Bájanse todos hácia la parte del teatro en que está la alacena, dejando espedito el paso de la puerta.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, MARGARITA.

Marg. ¡Teneos!
Alc. ¡Y con la cara tapada!
Descúbrase la taimada.
Marg. De mi desdicha doleos.
Alc. Fuera el velo.
Marg. Por piedad,
Que os compadezca mi llanto.
Alc. Mostrad, ú os arranco el manto
Sin...
Marg. Villano, no, en verdad.
Si llega á poner en mí
La mano algun atrevido,
Cuéntese de muerte herido.
Alc. ¿Amagais?
Marg. De muerte, sí.
Alc. Yo sé qué manda la ley...
Marg. Tenga quien la ley auxilia
Cuenta con una familia
Que es tan noble como el rey.
Alc. ¿Qué hacemos?
(*El alcalde se vuelve á los demas, que se encogen de hombros, y miran estúpidos á Margarita. Entre tanto llega Don Pedro hasta donde están.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON PEDRO.

Ped. (Pues que él halló
Camino en la oscuridad,
Ella pagará en verdad
Lo que el galan no pagó.)
(*Se muestra al Alcalde.*)
¿Me conoce? ¡Calle pues!
¿Mirando á su buena fama
Y al secreto, de esta dama
Mi casa la cárcel es.
Yo daré al juez mis razones,
Y porque bien todos queden,
Llegarse á mi casa pueden
A tomar declaraciones.
(*Ofrece el brazo á Margarita con severidad, y ella le toma.*)
Marg. Valedme, santos del cielo.
Ped. Hidalgos, que os guarde Dios.
(*Vanse Don Pedro y Margarita.*)

ESCENA XIX.

EL ALCALDE, EL ESCRIBANO Y LOS DEMAS AL REDEDOR DE RANGEL; LE LEVANTAN, LE DESABROCHAN, ETC.

Alc. Uno queda de los dos,
Acudamos al del suelo.

Uno. Está sin herida alguna.
Otro. Mirarle bien la cabeza.
Otro. Callad, que á volver empieza.
El 1°. ¡Tambien ha sido fortuna!

ESCENA XX.

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS, Y GENTE DE ARMAS.

Juan, á Nogueras. ¿Con que le hallaron.
Nog. Rangel
Le ha seguido hasta esta casa.
Juan. Veamos pues lo que pasa,
Y si no ha dado con él
Le empalo.
Nog. Mas héle ahí.
Juan, se acerca á Rangel, y asiéndole de un brazo le dice como de superior á inferior: ¿Qué es ello?
Rang., levantándose y dejando de disimular. ¡Señor, sois vos!
Juan. ¿Diste con él?
Rang. Con él dí.
¿Cercásteis el pueblo?
Juan. Sí.
Rang. Pues ya es nuestro, vive Dios.
(*Van á salir, y el Alcalde se pone por delante.*)
Alc. En nombre, hidalgos, del rey
Se tengan.
Nog. Atras.
Juan. Salgamos.
Rang., encasqueta al Alcalde el sombrero hasta los ojos de una palmada, diciéndole con mofa:
Donde nosotros estamos
Nosotros somos la ley.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Don Pedro de Peralta. Puerta en el fondo que da al interior y esterior de la casa. A la izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha la habitacion de Don Pedro: una ventana con reja; mesa, sillones, etc., etc. Luz artificial.

—

ESCENA PRIMERA.

EN EL MOMENTO DE ALZARSE EL TELON ESTA BEATRIZ CERRANDO LA PUERTA DEL FONDO POR DONDE SE SUPONE QUE ACABA DE ENTRAR, Y SE DIRIGE HACIA EL GABINETE DE MARGARITA.

Beat. Mucho mi señora tarda;
Dios me la saque con bien,
Que si en el pueblo la ven
Y soplan, buena la aguarda.
Voy por ahorrar detencion
A completar su equipage;
Porque á fe que nuestro viaje
Quiere priesa y precaucion.
(*Entra en el gabinete quedando sola la escena por un corto instante, despues del cual aparecen Don Pedro y Margarita del brazo; ella con velo y él embozado como salieron de la escena en el acto primero.*)

ESCENA II.

DON PEDRO, MARGARITA.

Ped. Bien, señora, muy bien por vida mia:
¿Son estos los cuidados de una dama
Por un hidalgo á quien la luz del dia
Es menos cara que su limpia fama?
¿Esto es honra, es amor, es hidalguía?
Decidme, si acertais, ¿cómo se llama
La que vende su fe y amor primero
Por el amor de un torpe aventurero?
¿Dó vais en medio de la noche oscura
Despues de oculta y amorosa cita,
Mientra el esposo de la amante inspira
Vuestra fortuna y salvacion medita?
¡Los rebeldes temiendo por ventura
Me iban á hacer la guardia, Margarita,
En avanzado puesto centinela
Que vende á su señor mientras le vela?
¡Ira de Dios! Si noble no mirara
Que sois una mujer, un ruin gusano,
Un reptil á quien necio acariciara
Mientras cobarde me mordió la mano,
Si de quien soy un punto me olvidara
Y ser pudiera cuanto vos villano,
¿Vuestra traidora liviandad no alcanza
La violenta esplosion de mi venganza?
Mas concluyamos de una vez, señora;
Esta noche saldreis de Vallirana
Bien guardada por gente que aun ignora
Cuanto teneis de ingrata y de liviana.
Vuestro equipage disponed ahora,
Que en un convento dormireis mañana;
De mí no os acordeis en adelante,
Y estad pronta á partir... vuelvo al instante.
(*Vase por la puerta del fondo, cerrando por fuera.*)

ESCENA III.

MARGARITA.

¡Habrá apuro mayor...! y si entre tanto,
Sin mas amparo que mi pobre empeño,

Le apresan por rebelde... Cielo santo,
Lo estoy palpando y me parece sueño.
¿Cómo tan presto nuestra cita supo
Peralta...? ¿Desde cuándo así me espía?
Tanta desdicha en él tan solo cupo
Si es que no lo hizo la torpeza mia.
(*Mirando por todas partes.*)
¡Si encontrara una puerta, una ventana!
¡Si hubiese quien le diera algun aviso!
Si no parte, que al fin caiga mañana
En manos de unos ú otros, es preciso.
¡Imposible! ¡esta reja, este aposento
Cerrados...! ¡oh! y creerá que le abandono;
Y si el secreto revelar intento
A mi marido, ¡cuál será su encono!
¡Enemigo y rebelde...! No, Dios mio.
A salvarle, Señor, prestadme ayuda,
Mas siento pasos... en la suerte fio
Y espero mi ocasion atenta y muda.
(*Se sienta recatando el rostro, y al ver asomar á Beatriz por la puerta de su gabinete, da un grito de alegría yendo para ella.*)

ESCENA IV.

MARGARITA, BEATRIZ.

Marg. ¡Gracias, Dios mio!
Beat. Señora,
¿Qué teneis? ¿qué ha sucedido?
Marg. Nada, Beatriz; te ha traido
Sin duda un ángel ahora.
Beat. ¿Pero qué pasa? ¿qué es esto?
Marg. Perez...
Beat., interrumpiéndola, y ambas con mucho afan en lo restante. Con el otro dió.
Marg. Y en la sombra nos siguió.
Beat. ¿Y os encontró?
Marg. Por supuesto.
Yo al lejos le conocí;
Trabóse en la calle un duelo,
Llegó gente, me eché el velo,
Salí del tropel, y huí.
Siguióme astuto el doncel;
Una mujer me escondió,
Mas mi marido llegó
A poco tiempo tras él.
Beat. ¿Y riñeron?
Marg. Sí por Dios;
Mas el ruido dió noticia
Del caso: fué la justicia...
Beat. ¿Y se salvaron?
Marg. Los dos.
Con el temor, con el ruido
Yo no vi por dónde huyeron,
Pero á mí me descubrieron
Y al fin dí con mi marido.
Beat. ¡Santa Polonia nos valga!
Marg. Ahora, Beatriz, es preciso
Que yo dé á ese hombre un aviso,
Y de este aposento salga.
Beat. Pero, señora...
Marg. ¿Qué hay pues?
Beat. ¿Y otra vez quereis salir?
Marg. A salvarle ó á morir.
Beat. ¡A morir! ¿tanto interes
Os tomais en su afliccion?
Marg. Porque él su vida salvara
Que me robasen dejara
Cuanto hay en mi corazon.
Beat. Señora, estoy aturdida.—
Seis años há que en la casa
Estoy, y lo que hoy nos pasa
No se me ocurrió en mi vida.
¡Una pasion tan violenta
Guardábais tan en secreto
Que yo jamás vi el objeto!
Marg. Tenga con lo que habla cuenta;
¿Quién la dice que un galan
Sea y no un desventurado?
Beat. ¿Cuándo un infeliz ha dado
A una mujer tanto afan?
Marg. Pues que se salve es forzoso,
Sea quien quiera.
Beatriz. Vedlo vos.
Marg., viendo las llaves que tiene Beatriz á la cintura. ¿Tienes llaves?
Beat. Tengo dos.
Marg. ¿Son?
Beat. De ahí una. (*De la puerta del fondo.*)
Marg. ¡Dios piadoso!
Pronto, Beatriz, este manto
Ponte.
(*Margarita la pone de grado ó por fuerza el guardapiés negro y la ata por la cintura su manto, cuya operacion dura hasta el fin de la escena, que irá con toda la posible celeridad.*)
Beat. ¡Yo!
Marg. Y esta basquiña.
Beatriz. ¿Y el amo?
Marg. Antes de la riña
Volveré yo.
Beatriz. ¡Cielo santo!
Va al punto...
Marg. Déjale, y calla
Por mucho que te amenace.
Beat. ¿Con que yo soy quien fuego hace
Y vos ganais la batalla?
Marg. Por mas que venga furioso...
Beat. ¡Santo Cristo de la Vega...!

Marg. Tú calla siempre, y si llega
El caso á mas, con brioso
Acento, y nada te asombre,
Dile que te vengarás,
Acusándole ademas
De la muerte de aquel hombre.
Beat. Mas...
Marg. Silencio; trae la llave.
Beat. ¿Con que yo sin culpa alguna...
Marg. Es un golpe de fortuna.
Beat. ¿Mas hay razon...
Marg. ¡Dios lo sabe!

(*En estos cuatro últimos versos, Beatriz suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan á la puerta, ábrela Margarita, y dejando dentro á Beatriz sale por fuera. — Beatriz vuelve despues al centro del teatro, y se sienta resignada en el sillon, quedando sobre poco mas ó menos como quedaba Margarita cuando salió Don Pedro de la segunda escena.*)

ESCENA V.

BEATRIZ.

¡Se dará suerte mas perra!
¡Con que por salvarse mi ama
Sin atender á mi fama
A mí en su lugar me encierra!
¿Y qué se dirá de mí
Cuando sepan que me salgo
De noche con un hidalgo?
¡Y al cabo si fuera así!
Pase... ¡pero que al estar
Arreglando el aposento
Sin maldito del intento
De ver ni de gulusmear,
Culpada he de parecer
Tan solo por la torpeza
De ir á asomar la cabeza
Cuando no era menester!
¡Y ella! ¡mi ama...! ¡habrá valor!
Tras tanta gazmoñería
A su marido vendia.
¡Dios le ayude al buen señor!
¡Mas suben...! él es quizás...
¡Me cubro! ¡enemiga estrella!
Es mujer, y haré por ella
Lo que pueda... nada mas.

ESCENA VI.

BEATRIZ, DON PEDRO.

Ped. Ya los caballos están
Preparándose en la oscura
Noche, y con planta segura
Al convento os llevarán.
¿Qué decís? ¿no hallais, señora,
Una disculpa que darme?
¿O aun mas quereis ultrajarme
Con vuestro silencio ahora?
¡Está bien! ¡muy bien por Dios!
Si os empeñais en callar,
Al fin tendré yo que hablar
La última vez por los dos.
Yo os amaba, Margarita,
Mas que á la luz de mis ojos;
Dí siempre á vuestros antojos
Una importancia infinita.
No hubo fiesta ni torneo
En que por veros contenta
Galan no tuviera en cuenta
Vuestro mujeril deseo.
No hubo una lengua atrevida
Qué á vuestra conducta osara,
Que al punto no me pagara
La insolencia con la vida.
No hubo juglar ni cantor
Con cuyos cuentos holgárais,
Cuyos cuentos no gozárais
Del invierno en el rigor.
Constante en vuestro cariño,
A vuestro amor bien lëal,
Siempre os traté por mi mal
Como á un caprichoso niño.
Vuestro antojo era mi ley,
Vuestra inclinacion mi guia;
En mayor cuenta os tenia
Que á mi patria y á mi rey.
Por vos tenaz cortesano
Aglomeré en mis blasones
Honores y distinciones
Que hoy estima el mundo vano.
Por vos á la lid bajé;
Y vencido ó respetado,
Por daros marido honrado
De continuo me afané.
Con vuestra escasa nobleza
Enamoróme, señora,
Vuestra beldad seductora
Casi hundida en la pobreza.
Que bien sabeis que en su corte
Una princesa os tenia,
Mas que por vuestra hidalguía
Por vuestra virtud y porte.
¡Y al cabo, esposa liviana,
Mintiendo virtud y amor
Habeis hecho de mi honor
Mercadería villana!
¿Qué hicísteis del corazon
De que yo presente os hice?
Beat. (Pues si es verdad lo que dice,
A fe que tiene razon.)

Ped. ¿En callar os ostinais?
¿Es decir que vuestra culpa
No puede tener disculpa,
O arrepentida no estais?
¿Es decir que pues carezco
De buena ó mala respuesta,
O no la teneis dispuesta,
O de vos no la merezco?
¿Es decir que á mí orgullosa
Con vuestro crímen estais,
Y que á vuestro encierro vais,
Mujer vil, é ingrata esposa?
Muerte aquí mismo no os doy
En un arrebato insano,
Porque me tiene la mano
Ver quién sois, y ver quién soy.
(*Beatriz hace un movimiento de temor.*)
¡Temeis! ¡recatais la cara
De ese velo en la doblez!
Teneis razon; si otra vez
Le mostrárais, ¡os matara!
Vedla, sí, que tan bella
Como es por mi desventura,
No viera mas que impostura,
Infamia y vergüenza en ella.
Venid, señora, conmigo:
(*Beatriz permanece inmóvil.*)
¿Qué haceis? ¿me insultais de intento?
Beat. (Ahora me lleva al convento.
Yo canto.)
Ped. ¿Oís lo que os digo?
Beat. Señor...
Ped. Seguidme y callad,
Que en el dolor con que lucho...
(*Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los dos á la puerta se oye por dentro la voz de Margarita. Don Pedro suelta á Beatriz al oirla y abre.*)
Marg., dentro. Peralta.
Ped. ¡Cielos, qué escucho!
Marg., dentro. ¡Peralta!
Ped., abriendo. ¡Es ella en verdad!

ESCENA VII.

DON PEDRO, MARGARITA, BEATRIZ.

Beat. (Gracias á Dios que respiro.)
Marg., á Don Pedro. Bajárasme á despedir,
Que ya es hora de partir
A Pamplona... ¡Mas qué miro!
¡Una mujer! por mi vida,
Perez, que á haberme pensado
Que estábais tan ocupado
Me ahorrara la despedida.
¡Para partirme á Pamplona
Es aquesta la razon!
¡Es esta la rebelion
Que ha estallado en Barcelona!
Ped., confuso. Si estoy soñando no acierto.
Respondedme, Margarita,
¿No habeis salido á una cita?
¿No...
Marg. ¿Me insultais?
Ped. No por cierto.
Es un misterio espantoso,
Una fatal realidad.
(*Con afan.*)
¿No habeis hablado en verdad
Con un galan misterioso?
¿No entrásteis en una casa
Donde ocurrió una pendencia,
Donde entró...
Marg. Tanta insolencia
De raya, Peralta, pasa.
¿Eso á mí me preguntais
Con tan torpe atrevimiento,
Y solo en este aposento
Con esa mujer estais?
¿Mal hidalgo y mal marido,
Me ibais, villano, á engañar,
Y aun me quereis achacar
Lo que habeis vos cometido?
¿A mí cuentas me pedís
De vuestros locos amores?
¿Y han sido vuestros mayores
De noble raza?—Mentís.
Aborto de ajenas faltas,
Por un error ó un descuido
Habeis, Don Pedro, nacido
En casa de los Peraltas.
Ped. ¡Margarita! Vive Dios
Que si otro tal me dijera
Aquí pedazos le hiciera,
Y... agradecédmelo vos.
Marg. ¡Cómo!
Ped., á Beatriz. De dudas salgamos.
¿Quién sois? descubríos... presto;
Pues vos sois la causa de esto,
Qué es aquesto os preguntamos.
Esta mujer es mi esposa,
Dadla de esto una razon,
Sacadnos en conclusion
De esta duda escandalosa.
Marg., á Beatriz que, aunque dudosa, va á alzarse el velo. Teneos, no os descubrais;
Ya entiendo vuestras marañas;
Unas facciones estrañas
Sin duda á mostrarme vais;
No las podré conocer,
Y vos vais á concluir,
Buen Peralta, con decir

« No conozco á esta mujer. »
No, bien está como está,
De ambos satisfecha quedo.
Beat. (¡ Valgáme Dios y qué enredo
De golpe ensartando va !)
Ped., á Beat. Señora...
Beat. (Este es otro apuro.)
Ped. El rostro una vez mostrad,
Y por Cristo atestiguad
Que no os conozco. (*A Margarita*)
¡ Os lo juro!
Marg. Eso mas, viven los cielos,
Hombre imbécil, que por Dios
Que siento ahora hácia vos
Desprecio y mengua, no zelos.
Beat. (Salgamos pronto de aquí
Antes que el diablo la enrede.)
(*Fingiendo un poco la voz , pero sin que toque en el ridículo , á Don Pedro.*)
Vuesa merced con Dios quede.
Ped. ¿Así os vais, señora?
Beat. Sí.
Sin culpa en aquella muerte,
Pues sois vos quien le mató,
Libre de pena estoy yo
Si bien su merced lo advierte.
Pues parte no tengo alguna
En vuestro fatal error,
Dejadme salir, señor,
Y válgame mi fortuna.
Ped. Mas sola...
Beat. Soy española,
Casa tengo, y pues salir
Sola me han visto, he de ir
A mi casa otra vez sola.
Ped. Pero...
Beat. Dejadme.
Ped. ¿Y no habeis
De decir...
Beat. Es mi secreto.
Marg. (No salió mal del aprieto.)
Mejor es que la dejeis,
Que pues ya de cualquier modo
Compostura haber no puede,
Que se vaya ó que se quede
Es igual para mí todo.
(*Coge Margarita á Beatriz , y llevándola á la puerta la dice en voz alta:*)
Id, y si en mi casa os hallo
Preparaos ó morir.
(*Al oido.*) (Vé á Juan corriendo á decir
Que me ensille otro caballo.)
(*Cierra la puerta con ímpetu , y vuelve á la escena.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA, DON PEDRO.

Ped. (Por Dios que me desatinan
Aventuras tan estrañas.)
Marg. (Si no le salvan mis mañas
Esta noche le asesinan.)
Pedro Perez de Peralta,
Escuchadme atentamente,
Y lo que voy á deciros
Tened en memoria siempre.
Ped. Concluyamos, Margarita.
Marg. Tenga la lengua si puede,
Y escuche atento una vez.
Ped. Pues no hay remedio, sed breve;
(*Se deja caer en un sillon.*)
Mas no olvideis que os escucho,
Aunque sentado, impaciente.
Marg. Sabeis que en hidalga cuna
Nací, y por ello me deben
Sino amor, quien no lo tenga,
Respeto: ¿quién se me atreve?
Ped. ¡Señora...!
Marg. Por vos lo digo,
Que torpe esta noche, Perez,
Manchado habeis vuestros timbres
De leal y de valiente.
Ped. Mirad...
Marg. ¿No sabes, Peralta,
Que el honor de las mujeres
Es un castillo cerrado
Que sus maridos defienden?
Ped. Pero...
Marg. ¿Y no sabes, Peralta,
Que el necio que desguarnece
De este alcázar las troneras
Sus puertas abre y le vende?
Ped. Pero...
Marg. ¿Y no sabes, Peralta,
Que al casarnos, mútuamente
A tí te dijeron: — ¡Guárdala!
Y á mí: — Quien te guarde tienes?
Ped. Pero...
Marg. ¿Y no sabes, Peralta,
Que el que á su mujer ofende
No es leon que la custodia,
Sino monstruo que la muerde?
Ped. Pero...
Marg. ¿Y no sabes, Peralta,
Que nunca amorosas pueden
Dividir un mismo lecho
La paloma y la serpiente?
Ped. Pero...
Marg. ¿Y no sabes, Peralta,
Que está Margarita Tellez
Muy mal entre su honra limpia
Y los amores de Perez?

Ped. Pero...
Marg. Y no sabes, Peralta...
Ped. Pero...
Marg. ¡Calla!
Ped. ¡Escucha!
Marg. ¡Tente!
Que pues no eres, vive Dios,
Ni el que su alcázar guarnece,
Ni el noble leon que vela,
Sino quien su alcázar vende
Y el necio que su honra escupe
Y la serpiente que muerde,
Yo me voy á mi convento
Despues de invocar las leyes. —
¡Beatriz!
Ped., entre confuso y colérico. (Dios de justicia,
¿Qué infernal misterio es este
Que cuanto mas le sondeo
Menos mi afan le comprende?)

ESCENA IX.

DON PEDRO, SENTADO EN SINIESTRA MEDITACION. — BEATRIZ, MARGARITA.

Beat. ¿Qué mandais?
Marg. Dobles caballos
Apronten y doble gente,
Que todos juntos partimos.
Beat. ¿Todos?
Marg. A la corte.
Beat. Puede.
Marg. Calle y váyase la necia.
(¡Ay de tí si me obedeces!)

ESCENA X.

DON PEDRO, MARGARITA.

Marg. Peralta, vuestro equipage
Disponed cuando quisiéreis;
Esta noche partiremos
A ver al rey juntamente,
Y... ahoguemos uno del otro
Las memorias para siempre.
(*Entra en su gabinete con señales marcadas de indignacion, y dice abriendo la puerta:*)
Esto es dar al tiempo, tiempo,
Y el que tiene tiempo, tiene.

ESCENA XI.

DON PEDRO.

¡No lo entiendo, por Dios! ¿con que no era ella?
¿Mas yo no los seguí? ¡Oh! estoy seguro
Que no perdí ni equivoqué la huella
Por ruin crucero ó callejon oscuro.
Dos veces se ocultó; dos á encontralle
Volví, y tras dél veloz gané la casa
Y el mismo hallé con quien reñí en la calle
De las estrellas á la luz escasa.
Allí estaba tambien ella escondida;
No alcanzo en qué lugar del aposento,
Mas oíla al subir, y por mi vida
Que era su voz y conocí su acento.
La así del brazo, la arrastré conmigo,
Vine, subimos, la dejé cerrada,
No hice mas que bajar hasta el postigo,
Y al volver, no era ella la tapada.
Viéndolo estoy y dudo si lo veo;
¡No atino ¡vive Dios! ni estoy soñando...!
¡Ah! no que dudo, que deliro creo,
Pues no comprendo lo que estoy palpando.
Mas yo daré con el misterio infame;
Y si á encontrar con quien me burla llego,
Aunque al infierno en su socorro llame
Ni la amenaza le valdrá ni el ruego.
(*Llamando.*)
¡Beatriz!

ESCENA XII.

DON PEDRO, BEATRIZ.

Beat. ¿Qué mandais, señor?
Ped. Ven acá y cierra esa puerta.
Beat. (Todo lo sabe, estoy muerta.)
Ped. Respóndeme; y por mi honor
Que si ocultas la verdad
En lo que á exigirte voy,
Beatriz, á empezar vas hoy
Tu viaje á la eternidad.
¿Esta noche Margarita
No salió?
Beat. Yo no la vi.
Ped. ¿Pues por quién sino por tí
Pudieron darla la cita?
Beat. ¿Pero qué cita, señor,
Que de lo que hablais no sé?
Ped. ¿Te burlas, Beatriz?
Beat. No á fe...
(Trémula estoy de pavor.)
Ped. No hay mas que los tres en casa,
De ella salió una mujer;
O tú ó ella habeis de ser,
Y de entre las dos no pasa.
Si tú no abriste la puerta,
Has de saber quién la abrió;
Quién fué confiesa, ó de no
Cuéntate, Beatriz, por muerta.
Beat. Pero ved, señor...
Ped. Lo dije;
Aquí una mujer habia;

¿Quién fué, pues no era la mia?
Hablas ó mueres, elije.
Beat. Os diré pues lo que sepa,
Y tenedme compasion.
(Espiaré su intencion
Con cuanta fortuna quepa.)
Al hórreo, señor, bajé
A llevar órden á Juan
De vuestra parte...
Ped. ¡Qué afan!
No pregunto eso.
Beat. ¿Pues qué?
Ped. ¿Cuando del hórreo volviste,
Responde, al ir ó al venir
En casa entrar ó salir
Alguna mujer no viste?
Beat. Señor, perdonad si anduve
Algo en volver perezosa,
Que de la noche medrosa
Compaña esperando estuve.
Ped. Voto á...
Beat. Azorada volví;
Mas cuando á avisaros iba,
En estos cuartos de arriba
Gran son de querella oí.
Miré por el agujero
De la llave, os vi á los dos,
Y no me atreví por Dios
A meterme de tercero.
Ped. ¿Pero no viste salir
De este cuarto una tapada?
Beat. Yo, señor, no he visto nada,
Porque verdad á decir,
Como amantes quimerillas
Nadie importa que examine,
Me volví por donde vine
Despacito y de puntillas.
(*Un momento de silencio, en que Beatriz observa á Don Pedro, y este medita desesperado.*)
Ped. Está bien. Tarde ó temprano
La verdad he de saber;
Y si eres tú ó mi mujer,
No teneis remedio humano.
No he de cesar en mi afan;
Y aunque me cueste la vida,
Si no doy con la escondida
He de dar con el galan. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

BEATRIZ.

De tan peligroso apuro
Por un milagro salí;
Si da con ello ¡ay de mí!
Me hace añicos de seguro.
Temblando estoy todavía.—
Conforme me preguntaba,
Cuanto mas disimulaba
Mas su intencion me temia.
Lo que á mí me asombra mas
Es ver cómo en este asunto
Tal papel hago que un punto
No puedo volverme atras.
Si descubro el galanteo
Él descubre la escondida;
Y en ambos casos mi vida
De un pelo colgada veo.
Quién tiene razon no sé,
Mas del hidalgo y la dama...
Allá voy... serviré al ama,
Y si da mal, cambiaré.
(*Va á la puerta del gabinete de Margarita y llama.*)
¿Señora?

ESCENA XIV.

BEATRIZ, MARGARITA.

Marg. ¿Eres tú?
Beat. Yo soy.
Marg. ¿Están los caballos ya?
Beat. Con ellos al puente va
Juan.
Marg. Beatriz, sin alma estoy.
¿Y de ese infeliz qué es?
Beat. No lleva la mejor parte,
Segun calculo.
Marg. A informarte
De su suerte corre pues.
Beat. ¿No es rebelde al rey Don Juan?
Marg. ¿Qué te importa?
Beat. Es que hay soldados
En el lugar, que apostados
Por los de Navarra están.
Marg. (¿Esto mas, cielos?) No importa,
Una carta á precaucion
Tengo, y aunque en conclusion
Es esperanza bien corta,
Cómo has de dársela ve.
Beat. Es vano empeño, señora,
Que está hecho un Argos ahora
Vuestro esposo.
Marg. Ya lo sé;
Mas asomada al balcon
Puedes la calle espiar,
Y si es que acierta á pasar....
Beat. Entiendo mi obligacion.
Marg. Mas mira si á pesar de esto
Antes que él llegue á venir
Puedes tú acaso salir
Tras él con cualquier pretesto.
Beat. Así lo haré, descuidad.

Marg. Que entre en casa no permitas,
Y cuenta que de él me admitas
Oro ó papel.
Beat. No en verdad.
Marg. La última razon espero
En mi cuarto. (*Entra en él.*)
Beat. Lo haré así.
Que tengo yo para mí
Que si esto se alarga muero.
(*Asómase Don Pedro á la puerta, y viendo á Beatriz con el papel en la mano, escucha estos cuatro versos y sale.*)
Basta de misterios ya,
Y harto hay con un escondite,
Que si toma su desquite
Don Pedro....

ESCENA XV.

BEATRIZ, DON PEDRO.

Ped. Le tomará.
Beat. ¡Cielos!
Ped. Venga ese papel.
Beat. Señor...
Ped. El papel.
Beat. Tomad.
Ped. Aquí sabré en realidad
Quién es ella, ó quién es él.
(*Lee.*) «Un caballo prevenido
»Teneis en el puente.—A Dios,—
»Y ved que os persiguen dos,
»Los del rey y mi marido.»
Quien escribe es Margarita.
(*A Beatriz.*)
Salid.
Beat. (Por todo atropella.) (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DESPUES DE UN MOMENTO DE REFLEXION.

Acudo primero á ella
Y aseguro al de la cita.
(*Se sienta y guarda el papel.*)
¡Dadme paciencia, Dios mio!
¡Margarita! (*Llamando.*)

ESCENA XVII.

DON PEDRO, MARGARITA.

Marg. ¿Qué me quieres?
Ped. (No sé cómo me contengo,
Vive Cristo.) Que te sientes.
Marg. (¿Si habrá cogido la carta?
Disimulemos.)
Ped. (La imbécil
Quiere fingir todavía;
Mas sorprendido el billete
A mí me toca esta vez.)
(*Alto.*) ¿Tienes, querida, presente
Cuánto tiempo há nos casamos?
Marg. Seis años y algunos meses.
Ped. Pues eso ha que nuestra honra
Nos prestamos mútuamente.
Marg. (El alma tengo en un hilo.)
Ped. Dime, ¿y esto cuántas veces
Si se pierde se recobra?
Marg. ¿Pero, á qué viene esto, Perez?
Ped. ¿Sabes, Margarita mia,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve?
Marg. Pero...
Ped. ¿Y sabes, Margarita,
Que no sois mas las mujeres
Que un alcázar en que la honra
Guardada los hombres tienen?
Marg. Por Dios, Perez, que no alcanzo
Lo que con eso pretendes.
Ped. ¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes?
Marg. Pero...
Ped. ¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre?
Marg. Pero...
Ped. ¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue
Ni de hidalgo ni de hombre
El vano nombre merece?
Marg. Mas yo...
Ped. ¿Y sabes, Margarita,
Que, si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blason los cuarteles?
Marg. Pero...
Ped. ¿Y sabes, Margarita,
Que ha nacido hidalgo Perez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese?
Marg. ¡Cielo!
Ped. ¿Y sabes, Margarita,
Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave?
Marg. Pero escucha.
Ped. ¿Y que es la muerte?
Marg. Pero...
Ped. ¡Silencio...!

Marg. Oye...
Ped. ¡Calla!
Mas hablando no me afrentes,
Y lee si te queda aliento,
Margarita, estos papeles.
Marg. ¡Santo Dios! (Ganemos tiempo,
Y en su misma red se prende.)
(*De rodillas.*)
¡Perdon, Perez! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente!
Ped. ¿Y el polvo en que tú te arrastres
Podrá mi honra volverme?
Marg. ¿Lloraré al pié de tu lecho
Velando mientras tú duermes?
Ped. ¿Y qué sueño ha de acudir
A quien sin honra se acueste?
Marg. ¡Seré menos que tu esclava,
Besaré el polvo que huelles!
Ped. ¿Y qué harás con esas manos
Que tóman esos billetes?
Marg. ¡Perdon!
Ped. La vida que llevas
Que te perdone agradece,
Y prepárate á enterrarla
En un claustro para siempre.

ESCENA XVIII.

MARGARITA.

¡Terrible apuro por Dios!
Si me confio y me vende,
Ambos á dos nos perdemos,
Porque Peralta no cede.
No se lo digo, imposible;
Es un proscripto, un rebelde,
Y Perez con un contrario
Ni transige ni conviene.
No, sola le he de salvar,
Y si al cabo me sorprende,
A todo estoy ya resuelta,
Le diré cuanto le debe:
Y si aun se niega ostinado,
Entonces, ¡cielos, valedle!
Que vuestros altos designios
Mas que mis intentos pueden.
¡Beatriz! (*Llamando.*)

ESCENA XIX.

MARGARITA, BEATRIZ.

Beat. Señora...
Marg. ¿Y Peralta?
Beat. En la calle.
Marg. Atentamente
Acecha por dónde va.
Beat. Segun dijo pronto vuelve.
Marg. Pues ponte al balcon al punto,
Porque de mí no sospeche.
Beat. Mas, señora...
Marg. Y si entre tanto
Que está fuera, el otro viene,
Avísame en el momento.
Beat. Pero...
Marg. Y dile que se espere.
(*Entrase Margarita, dejando á Beatriz de repente. Esta la mira hasta que la pierde de vista, y despues de silencio dice y se va.*)
Beat. Pues, señor, si entiendo jota
Que los demonios me lleven. (*Vase.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

—

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, QUE ENTRA POR LA PUERTA DEL FONDO.

¡Eh! ya estamos en campaña.
A la puerta está el mancebo,
Aquí la enredan de nuevo,
Y Santiago cierra España.
No, pues de esta ya es en vano
Que yo tercie pretender;
Si me llega á sorprender
Don Pedro, canto de plano.
(*Llama á la puerta del gabinete de Margarita.*)
¿Señora?

ESCENA II.

BEATRIZ, MARGARITA.

Beat. A la puerta está.
Marg. ¿Peralta?
Beat. El otro.
Marg. ¿Y le has dicho...
Beat. Todo, mas tiene capricho
Por veros y...
Marg. No será.
¿Está Juan con el caballo
Prevenido?
Beat. Junto al puente.
Marg. Pues si no corre prudente
Remedio á su mal no hallo.
Dile que se salve, que huya,
Que le juro por mi vida...
Beat. Señora, segun la olvida,
Poco espera de la suya.
Marg. ¡Cómo!
Beat. El son de los caballos
Se oye en el pueblo.

Marg. ¿Y aun tarda?
Beat. Del rey de Navarra aguarda,
Si no le hablais, los vasallos.
Marg. ¡Oh qué afan! por el balcon
A despedirle saldré.
Beat. Es ya muy tarde.
Marg. ¿Porqué?
Beat. Se vienen de peloton
Los ginetes por la calle.
Marg. ¿Darán con él?
Beat. ¿Quién lo duda?
Marg. Pues abre; y que Dios le acuda.
Beat. Le hallará Perez.
Marg. Que le halle.

ESCENA III.

MARGARITA.

¡Santo Dios! Si han decretado
Su muerte vuestros enojos,
Que no le vean mis ojos
Morir tan desventurado.
Matadle lejos de mí
Si es tan culpable, Señor,
O va á hacer vuestro furor
Hoy dos víctimas aquí.

ESCENA IV.

DON CARLOS, MARGARITA.

Marg. ¡Huid los del rey, por Dios!
Carl. Tan de cerca me seguian,
Que en las manos me tenian
Si no me amparárais vos.
Marg. ¿Porqué no habeis del lugar
Salido?
Carl. Imposible fué;
Por cuantas calles eché
Fuí con soldados á dar.
Marg. ¿Con que estais cercado aquí?
Carl. Sí, de noche, abandonado,
Como tienen acosado
En un monte á un jabalí.
Marg. ¿Y no hay medio?
Carl. No, ninguno.
Marg. ¿Ni es posible concluir...
Carl. Nada, y á poder morir
Hallara remedio alguno.
Margarita, si quisieran
Mi suerte y mi vida sola,
Alma me alienta española,
Dos veces no la pidieran.
Mas todos esos valientes
Que rebeldes son al rey,
Fueran de la misma ley
Las víctimas inocentes.
No, imposible transigir;
He jurado á esa ciudad
Volverla su libertad,
Y lo tengo de cumplir.
Marg. ¿Y teneis pensado...
Carl. Nada:
¿Ni cómo pude pensar
¡Ay de mí! sino en salvar
Esta vida desdichada?

ESCENA V.

VUELVE BEATRIZ CON EL MANTO Y BASQUIÑA QUE EN EL ACTO SEGUNDO LA PUSO MARGARITA, Y CON EL QUE SALIÓ DE LA ESCENA.

Beat. Esto vuelvo al gabinete,
Que todo lo anda Peralta;
Y si nota que aquí falta
Y á mi aposento arremete,
Lo encuentra y cae en la trama,
¡Dios nos asista!
Marg. ¿Qué es?
Beat. Vuestro manto...
Marg. Pronto pues
Tíralo sobre la cama,
Y corre, vuelve al balcon
Y avisa al venir Peralta.
Beat. (O mucha precaucion falta,
O sobra mucha razon.)

ESCENA VI.

MARGARITA, DON CARLOS.

Marg. Don Carlos, para salvaros
De tan inminente apuro
No hay mas que un medio.
Carl. ¿Seguro?
Marg. Unico.
Carl. ¿Cuál?
Marg. Ocultaros.
Partimos dentro de un hora
Peralta y yo; en esta casa
Podeis quedar mientras pasa
La turba perseguidora.
Los del rey se partirán
Con el alba, y en tal caso
Pensad, Don Carlos, que á un paso
Los de Barcelona están.
Carl. Margarita, cosa alguna
No es ya posible emprender
Que no venga á entorpecer
Mi desdichada fortuna.
Marg. Pues fiar en mi marido
Tampoco es posible ya,
Segun por ambos está
Irritado y ofendido.

Mas decid, en conclusion
Con el bando agramontés,
Si dais, ¿tan difícil es
Obtener vuestro perdon?
Carl. Mirad, Margarita, bien
(*Con melancolía.*)
Mi rostro por un instante,
Que muestras en mi semblante
Habrá que respuesta os den.
Marg. No os entiendo.
Carl. ¿Os olvidais
Que en una torre encerrado,
A alimentarme forzado
Comí su pan?
Marg. Me aterrais.
Carl. ¿Aun no me entendeis?
Marg. ¡No atino...
Carl. ¿No habeis oido decir
Que el pan que ayuda á morir
Corta á la vida el camino?
Marg. ¡Cómo!
Carl. ¿Nunca oísteis vos
Que fué de muchos la vida
Sentenciada en la comida?
Marg. Un veneno... ¡Santo Dios!
Carl. Siento en mi sangre su huella,
Y aunque el fin no consiguieron,
Los traidores me le dieron
En la prision de Morella.
Marg. Mas...
Carl. No acuso á nadie, no;
Al brindarme la bebida
La mano quedó escondida,
No he de descubrirla yo.
Y pues aun vivo, y su intento
El que fué no satisfizo,
Sé que quien el mal me hizo,
Si le dejan me hará ciento.
Marg. Don Carlos, hora menguada
Al nacer os ha acudido
Cuando allí no le ha cosido
Contra el muro vuestra espada.
Carl. Hay, Margarita, ocasion
En que con razon bastante
Hay que tener por delante
No acero, sino razon.
Marg. No sé cómo lo entendeis,
Porque en tan estremo caso
Morís si traeis el vaso,
No bebo si no bebeis.
Carl. Yo le apuré todo entero,
(*Con amargura.*)
Y si otra vez me le enviaran,
Vacío se le llevaran,
Mas otro beber no quiero.
Poner el mar he pensado
Por eso entre ambos á dos,
Que me pesara por Dios
Volver á lo comenzado.
Marg. Dirán que no habeis podido
Con la prez de vuestro nombre.
Carl. Diga lo que quiera el hombre
Como Dios fuere servido.
Marg. ¿Y la gloria...?
Carl., *con resolucion.* ¡Eh! ¡ilusion vana!
Conozco mi obligacion,
Y sé que tengo razon.
Marg. ¿Para callar?
Carl. Soberana.
Harto, Margarita, os dije;
Entre infeliz y malvado
Que me llamen desdichado
Es lo que menos me aflige.
Basta ya de rebeldía,
Y aunque me den la razon,
No harán que en necia ocasion
Confiese que la tenia.
Y dejémoslo, señora,
Que penseis lo que querais,
Me basta que lo sepais
Vos sola en el mundo ahora.
Marg. Maldita fué vuestra estrella,
(*Con tristeza.*)
Don Carlos, desde el nacer.
Carl. De sangre hice ya correr
Hartos arroyos por ella.
¿Mas llorais?
Marg. ¿No he de llorar,
Señor, tanta desventura?
Carl. No se puede mi amargura
Con lágrimas aliviar.
No pudo nunca un amigo
Consolarla ó dividirla.
Marg. Pues si no podeis partirla,
(*Con entusiasmo.*)
Podeis llevarla conmigo.
Yo, Don Carlos, os amé
Con amor tan soberano,
Que si naciérais mi hermano,
Si os quisiera mas no sé.
Y á la faz del mundo entero
Puedo este amor confesar,
Sin que le hayan de tachar
De liviano ni altanero.
Por mucho que os suponian
Mal hijo, inquieto y traidor,
Siempre atrevido mi amor
Les contestó que mentian.
Por mas que vuestra mision
De desventura haya sido,
Siempre por vos he tenido
Cariño en el corazon.
Sí, y pues arrostré quizás
En mi honor una sospecha,

La vereda es muy estrecha
Para que me vuelva atras.
Mi esperanza es bien escasa,
Pero debe ya ser una
Para entrambos la fortuna;
Quedad, señor, en mi casa.
Aquí os habeis de salvar,
O aquí habemos de morir,
Que mejor es sucumbir
Que humillarse á suplicar.
Carl. ¡Margarita!
Marg. Sí, yo soy,
Sino de reinos señora,
Una mujer que os adora
Y os salva, ó perece hoy.

ESCENA VII.

DICHOS, BEATRIZ.

Beat. ¡Don Pedro!
Marg. Ocultaos pues.
Carl. Mas...
Marg. Callad, y entrar ahora.
Si partimos con la aurora,
No habeis peligro despues;
Sino, desde aquí escuchad,
Y segun la situacion
A vuestro ingenio y razon
En todo caso apelad.
Cierro aquí, y quito la llave.
(*Cierra, y al volverse ve á Peralta, que la ha visto quitar la llave de la puerta.*)
(Peralta.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, DON PEDRO.

Ped. (Ya le encontré.)
Secreto será muy grave, (*Con ironía.*)
Pues lo guardas.
Marg. Bien se ve.
Ped. ¡Si yo lo acierto...!
Marg. ¿Quién sabe?
Ped. Acabemos, Margarita,
Quiero ver quién está aquí.
Marg. Sí por Dios: ¿quién os lo quita?
Mas ved que es una visita
Que vino solo por mí.
Ped. Abrid pues.
Marg. ¡Oh, no! esperad,
Que á quien aquí tengo oculto
Le echásteis sin caridad
De vuestra casa.
Ped. Acabad.
Marg. Le vais á hacer otro insulto.
Ped. Despachemos, vive Dios,
Aquí os mato ambos á dos,
O á ese hombre la puerta abrís.
Marg. ¡Un hombre!
Ped. El galan.
Marg. Mentís.
Ped. ¿Aun negais?
Marg. ¿Aun porfiais vos?
¡Necio estais! venid acá.
(*Le toma de la mano, le aparta, y dice con aire de triunfo.*)
¡No acertais quién puede ser!
Ped. Sea quien quiera, lo dirá.
Marg. ¿Olvidaste la mujer
Que hallé con vos? ¡aquí está!
(*Señalando al gabinete.*)
Ped. Es una farsa, señora,
Es una infame impostura
Que vos inventais ahora.
Marg. Os disculpais en mal hora,
Aquí está, y está segura.
Ped. De cólera pierdo el tino:
¡Abrid aquí, ó voto á tal...!
Marg. Vuestra vergüenza imagino,
Mas con techo de cristal
No tireis al del vecino;
Todo por cierto lo doy;
Tengo por mi buena estrella
Un galan, en eso estoy,
Mas, Perez, con él me voy
Mientras os quedais con ella.
Ped. Abrid esa puerta pues;
Mi dama ó vuestro galan,
Veamos pronto quién es.
Marg. Es inútil vuestro afan,
Que lo he pensado al reves.
Y contened el furor
Con que osado me amagais,
Que es mi parte la mejor.
La dama está aquí, señor,
Ved si el galan me encontrais.
Ped. No sé cómo me contengo;
Pues confesais que es así,
Obedecedme.
Marg. Convengo;
Mas la misma queja tengo
Yo de vos, que vos de mí.
Y si por tino ó azar
Vuestra dama supe hallar
Y no hallais mi galan vos,
No hago mas que atestiguar
Que he sabido mas que vos.
Ped. Mirad si quereis abrir,
O á la fuerza he de apelar.
Marg. Inútil es insistir.
Ped. Aprestaos á morir
Como le llegue á encontrar.
(*Va á forzar la cerradura con la daga.*)

ESCENA IX.

DICHOS, BEATRIZ.

Beat. Señor, señor.
Ped., con ira. ¿Qué quereis?
Beat. Que á tirar las puertas van.
Ped. ¿Loca estais?
Beat. Ved lo que haceis.
Marg. ¿Mas quiénes son?
Beat. ¿No los veis?
Ped. ¡Los rebeldes!
Beat. Aquí están.

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS, SOLDADOS.

Juan. Aquí hay un rebelde; ó dadle, ó la casa
Registro, y ¡ay de ellos si ese hombre está aquí!
Marg. (Nos trae desventuras la suerte sin tasa.)
Ped. (¡El mundo está todo por Dios contra mí!)
(*A Don Juan.*)
Quien quiera que fuéreis, si no contemplara
Que do habeis entrado sin duda ignorais,
Por Cristo bendito que yo os contestara
Con lengua de acero. (*Mano á la daga.*)
Juan. ¿Qué es eso, amagais?
Ped. No, pues que parece pecais de ignorante
Y á fuer de obediente vasallo venís,
Mas ved si la casa dejais al instante,
Que el rey está en ella.
Juan. (¿El rey?)
Ped. ¿No me vió?
Juan. Hidalgo, ¿estais loco? ¿pensais que el rey sea
El hombre á quien necio ó traidor escondeis?
(*A la gente.*)
No quede rincon que no se ande y se vea.
Marg. (¡Dios mio, ayudadnos!)
Ped. ¡Teneos!
Juan. ¿Qué haceis?
Ped. Yo soy, caballero, Don Pedro Peralta.
(*Con brio.*)
He traido á este pueblo del rey comision,
Y busco á ese mismo rebelde que os falta,
Del rey en el nombre Don Juan de Aragon.
Juan. Que aquí entró un rebelde, lo he visto, os lo juro.
(*Con desprecio.*)
Que vos sois Peralta lo veo tambien;
Mas si hallo á ese hombre que os ahorco es seguro.
Ped. ¿Vos?
Juan. Yo.
Ped. ¡Voto á Cristo!
Juan. Callad y vais bien.
Ped. ¿Que soy olvidásteis del rey secretario,
De Lérida alcalde, su amigo mas fiel?
Juan. Yo nada os he dicho, Peralta, en contrario;
Mas obro en su nombre... pensad que soy él.
Ped. Pues yo no os conozco, ni sé vuestro cargo,
Y á mí sus despachos él mismo me dió.
Juan. Repito, Peralta, y silencio os encargo,
Que el rey de Navarra en su ausencia soy yo;
Mandad que á esa gente las llaves entreguen.
(*A ellos.*)
No quede escondrijo ni cuarto por ver.
(*A Peralta.*)
Y no hayais recelo que á un átomo llegue,
Que ya tienen todos lo que han menester.
Ped. Estoy que no veo. Pedazos le hiciera
Si en falso su fuero llegara á encontrar.
Aquí están las llaves.
(*Peralta las toma de Beatriz, Don Juan de Don Pedro, y Don Juan las alarga á Nogueras, que va por el interior de la casa á registrarla con toda la gente que entró con ambos.*)
Juan. Mirad lo de afuera;
(*A Peralta y Margarita.*)
A mí estos salones me pueden mostrar.

ESCENA XI.

DON JUAN, DON PEDRO, MARGARITA.

Ped. Del rey me habeis dicho venís en el nombre;
No haré resistencia, conmigo venid.
Juan, mirando á Margarita. (¿Será la muchacha mujer de este hombre?)
Marg. (¡Dios mio, acudidme!)
Juan. (¡Muy bella!) (*A Peral.*) Decid.
¿Esta es vuestra esposa?
Ped., amostazado. Mi esposa.
Juan. ¡Es muy bella!
Ped. ¿Tambien conoceísla por suerte?
Juan. No á fe;
Mas há muchas veces he oido hablar de ella,
Y que era escesiva su fama pensé.
Mas ya que la he visto, Peralta, os confieso
Que es mas que su fama su rara beldad.
Ped. Lo dicen. (Me abraso.)
Marg. Dejaos ya de eso,
Señor caballero.

Juan. (¡Muy linda en verdad!)
¿Ha visto la corte?
Ped. Vivió algunos años
En ella.
Juan. Jurara que nunca la ví.
Ped. ¿Sois pues de la corte?
Juan. De intrigas y amaños
Escuela, me cansa aunque noble nací.
Conózcola empero, pues siendo soldado.
Estoy muchas veces muy cerca del rey;
Ya veis, centinela en palacio apostado,
Las damas mirando entretengo la ley.
Ped. Pasemos, si os place. — Ese es mi aposento,
Y en él hasta el lecho podeis registrar.
(*Don Pedro le dirige hácia su cuarto. Don Juan observa á Margarita.*)
Juan. (Pues es la Peralta de gracia un portento.)
Marg. (¡Me juzga tan bella...! no lo he de olvidar,
Haré á mi hermosura tercero... probemos.)
¿Podré, caballero...
Juan. ¿Yo os puedo servir?
Marg. Sí; pues que por noble os dais y os tenemos,
Con vos un secreto quisiera partir.
Ped. (¡No sé cómo á raya tendré la paciencia!)
Juan. Hablad, que os escucho.
Marg. ¡Empacho me da!
(*Le lleva hácia la puerta donde está Don Cárlos, de modo que se conozca la intencion de que oiga.*)
Juan. ¿Son cosas...
Marg. De casa, atended.
Juan. ¡Qué inocencia!
Marg. Nosotros, casados há tiempo y por...
Juan. ¡Ya!
Entiendo, adelante.
Marg. Trabamos ahora...
Juan. ¿Alguna reyerta de amor conyugal?
Marg. Preciso; en mi cuarto cerré á la traidora
Porque él no la viese.
Juan. ¿Y lo sabe?
Marg. ¡Cabal!
Mujer ofendida, y teniendo la prueba
Que da á mis recelos derecho y razon,
Si sois caballero dejadme que os deba
Tan solo una gracia.
Juan. Será obligacion.
Marg., con intencion. Ya veis que un rebelde no es una manceba,
Cuidemos su fama, que tiene opinion;
Quisiera tan solo saber quién me lleva
De Pedro el cariño.
Juan. Y es buena ocasion.
Mas vine, señora, tras un enemigo;
En ese aposento jurais que no está.
Marg. No es mas que una dama; de cierto os lo digo.
Juan. ¿A cuartos de adentro por este se va?
Marg. No hay mas aposento que sala y alcoba;
No hay mas escondrijo que aquella mujer;
Cortina, ni puerta, luz, ni vista roba,
Y entre ellas ni un niño se puede esconder.
Juan. Ireis á la corte.
Marg. Si veo á esa dama
Primero que Perez.
Juan. Prometo que sí.
Marg. (Dios quiera que me oiga y apoye la trama.)
Ped. (¡Oh! pues pese á entrambos, no sale de aquí.)
Juan. Abrid y veamos.
Ped., con curiosidad. (Cualquiera que fuere,
Mujer la descubro, galan doy con él.)
Marg. (Si ha oido se salva, sino por mí muere.
Señor, amparadnos en trance tan cruel.)
(*Abre Margarita. Don Juan se da por satisfecho. Don Pedro queda como asombrado.*)
¿La veis?
Juan. Es la dama.
Marg. Sentóse corrida
La faz encubriendo.
Ped. (Y ella por Dios.)
Marg. (Pendian de un hilo su vida y mi vida.)
Juan. Estoy satisfecho.
Marg., á Don Pedro. ¿Lo estais tambien vos?
Ped. Del todo.
Juan. (¡Pobre hombre!)
Ped. (Si sueño, no acierto;
Mas queda en mis manos, y voto á la luz
Que en ellas espira, ó sabemos de cierto
Si el velo que lleva es mantilla ó capuz.)

ESCENA XII.

DICHOS. LOS DEL REY, QUE VUELVEN CON NOGUERAS.

Juan. ¿Le habeis encontrado?
Nog. Milagro parece
Que en torno cercado pudiera escapar.
(*A Don Juan, bajo.*)
Mas ved que el peligro y el tiempo huye y crece.
Juan., á Nogueras. ¿Y ahora...?
Nog. Yo quedo por vos á velar.

Juan. Partamos. Peralta, tal vez y muy presto
Vendrán los rebeldes á veros.
Ped. Lo sé.
Juan. ¿Y vais?
Ped. A quedarme guardando mi puesto
Al rey obediente.
Juan. Mirad...
Ped. Lo miré.
Juan. El rey sabrá luego que honor nunca os falta.
Ped. Si no lo ha olvidado lo sabe bien ya.
Decirle, si os place, que aquí está Peralta
Leal todavía, y leal morirá.
Juan. Holgará en saberlo y oidme. (Entre tanto
Que baja conmigo podrá su mujer
Ganarle el secreto; el hombre es un santo
En esto de amores.) (*Vanse todos.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA, DESPUES DON CARLOS.

Marg. No sé lo que hacer.
¿Don Carlos?
Carl. Dejadme que salga, señora;
Pues esa es mi estrella, dejadme morir.
Marg. Sois salvo.
Carl. ¿Y Peralta?
Marg. En salvaros ahora
De grado ó por fuerza le haré consentir.
Carl. Mas ved...
Marg. No hay porfía: ¿oís desde adentro?
Carl. Pues me he disfrazado, ya veis que os oí;
Mas de ese soldado quisiera el encuentro
Poder escusarme.
Marg. Fiaos de mí,
Que le he conocido: sé cuánto os importa
Y cuánto os detesta, mas no os hallará.
Carl. En esa esperanza...
Marg. Tal vez es muy corta.
(*Sintiendo á Don Pedro, cierra.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, CERRANDO LAS PUERTAS, VASE HACIA MARGARITA, QUE SE QUEDA DE ESPALDAS A LA PUERTA DE SU GABINETE.

Ped. (Galan, dama ó duende de aquí no saldrá.)
Los lances de esta noche, Margarita,
No comprendo, mas de uno ú otro modo
De mi incógnito amor y vuestra cita
Ver quiero el fin y comprenderlo todo.
Cerrada en vuestro cuarto está mi dama
Decís, y el galan vuestro no parece;
Va en descubrir á entrambos nuestra fama,
Y el tiempo corre y el peligro crece.
Elegid: ó prudente y advertida
De ese aposento me franqueais la puerta,
Y doy sin dilacion con la escondida,
O por lo del galan os dejo muerta.
Marg. Ved, Peralta...
Ped. Razones abreviemos;
Yo soy el ofensor, vos la ofendida,
Quiero satisfaceros; olvidemos
Vuestro galan y venga mi escondida.
Marg. Pues primero entended.
Ped. No entiendo nada;
Venga vuestro galan ó mi tapada.
Marg. Si antes no oís lo que deciros tengo,
Peralta, no entrareis.
Ped. Nada os escucho;
La dama ó el galan, porque os prevengo
Que el mio y vuestro honor me importan mucho.
(*Va á la puerta.*)
Marg. Teneos.
Ped. Apartad.
Marg. Oid primero.
Ped. ¡Fuera, ó por Dios!...

ESCENA XV.

DON PEDRO, DON CARLOS, SALIENDO, MARGARITA.

Carl. ¡Teneos, caballero!
Ped. Al fin salísteis, rondador de calles,
Mas falta vuestra cómplice.
Carl. Soy solo
Con mi desdicha yo.
Ped. ¿Solo habeis dicho?
Carl. Nadie conmigo está.
Ped. ¿Con que era un dolo?
¡Con que sois á la par, viven los cielos,
Enemigo del rey y del estado
Y objeto aborrecible de mis zelos!
Carl. No soy mas que un desdichado.
Ped. ¡Desdichado!... Un traidor.
Carl. ¡Tened la lengua!
Ped. ¡Oh! mirando la cuna en que he nacido,
Entregaros al rey tengo por mengua
Cuando en mi propia casa os he cogido.
Carl. En hacerlo tardais.
Ped. ¿Eso os contenta?
¿Temeis mas mi furor que justicia,
Vil acusador de mi baldon y afrenta?
Mas calculásteis mal; que yo me obligo
Al galan y al rebelde dar castigo.
Carl. De una vez concluyamos, caballero;
Ni soy lo que pensais, ni mancha alguna

Temais en vuestro honor, porque prefiero
A las manos morir de mi fortuna.
Huí una noche por desdicha mia
De una torre en que estaba allá en Pamplona;
La ambicion y la envidia me tenia,
Y pensé refugiarme en Barcelona.
Por los del rey de cerca perseguido,
Me acogí á este lugar á la aventura;
No delincuente, desdichado he sido,
Y el cáliz apuro de la amargura.
Entregadme... yo soy el que buscaban,
Mas perdonadme si mi nombre os velo;
Que esos que ha poco de salir acaban,
Mi cómplice os harán si os lo revelo.
Ped. ¿Quién sois pues?
Carl. Un proscripto, aunque inocente.
Mas tal vez mi cabeza está tasada.
Y si os digo mi nombre, va esa gente
A suponer que la teneis comprada.
Ped. Entiendo vuestra sórdida impostura,
Mas yo no os pido por rebelde cuenta
Ni indago vuestra dicha ó desventura;
Quiero vengar en vos mi torpe afrenta.
Escondido en mi casa os he encontrado;
Os ví de ella salir con Margarita,
Y pues no entiendo bien lo que ha pasado,
Esplicacion ó sangre necesita.
Marg. Yo os la daré, Peralta.
Ped. Pues sed breve.
¿Sabeis quién es ese hombre?
Marg. Sí por cierto;
Ese es un hombre á quien Peralta debe
A manos del verdugo no haber muerto.
Ped. ¡Mentís!
Marg. ¡No, vive Dios! á él solamente
Debes esposa, libertad y vida...
Ahora si quieres llamaré á esa gente
Y serás ante Dios un parricida.
Ped. No alcanzo...
Marg. Lo adivino. ¿Has olvidado
Cuando en bandas la corte desgarrada
En prenda estaba del combate osado
En la plaza la horca levantada:
¿Cuando víctimas daban á porfía
La sed de honores, la ambicion de mando?
¿Y un triunfo pregonaban cada dia
La cabeza del uno y otro bando?
En un oscuro calabozo distes,
Peralta, y á morir te condenaron;
De salvacion y fuga desististes,
Y por muerto los tuyos te lloraron.
Te salvaste por fin; ¿pero no sabes
Quién burló entonces de la ley el fallo?
Pues él rompió de tu prision las llaves,
(*Señala á Don Carlos.*)
Y él fué quien para huir te dió el caballo.
Ped. Su nombre.
Marg. De rodillas has de oirle
Si á conocer tu bienhechor te avienes,
Y apróntate, Peralta, á bendecirle,
Que le debes la vida y cuanto tienes.
Él acogió mi juventud perdida,
Él fué mi hermano, mi tutor, mi amigo,
Y por él en la corte protegida
Me dió fortuna y me casó contigo.
Ese fué quien de humilde é indigente
Me igualó generoso con su hermana.
Ped. ¡Su nombre, por piedad!
Marg. La ingrata frente
Pon á los piés del príncipe de Viana.
(*Don Carlos se desemboza; Don Pedro queda en sombrío y siniestro silencio. Margarita con aire triunfador.*)
Carl. Yo soy, Peralta, ese hombre desdichado,
Ludibrio del furor de la fortuna.
Vedlo, Don Pedro, bien: noble y soldado,
Mi esperanza está en vos si aun tengo alguna.
Marg. ¿Qué haces, Peralta?
Ped. Lloro, Margarita.
Carl. ¿Tanto me habeis, Peralta, aborrecido?
Ped. En esta noche, para mí maldita,
Me alegrara, señor, no haber nacido.
Marg. ¿Dudas?
Ped. El mismo rey aquí me puso
Para prenderos y entregaros luego:
Si os salvo, amigo, de traidor me acuso,
Y apuro mi deshonra si os entrego.
Entre infamia y traicion... ¿qué mas hablaros?
Nacidos los Peraltas caballeros,
Caballero y leal debo salvaros,
Vasallo de mi rey debo venderos.
Marg. Dí, y ese rey cuando señor te halles
Del secreto de que él mató al de Viana,
Mal padre y peor rey, para que calles
¿No te ahorcará por precaucion mañana?
Ped. ¿Eso en un rey á suponer te atreves?
Marg. Sí; cuando tú, cumpliendo como bueno,
Dado á prision al príncipe le lleves,
Él doblará la dósis del veneno.
Ped. ¡Margarita!
Marg. Le lleva en sus entrañas.
Sálvale ó dale. ¿De temor objeto
Piensas que vivas? Pagareis, te engañas,
Él la cuna real y tú el secreto.
Ped. ¡Margarita! (*Con ira.*)
Marg. Con risa cortesana
Te jurará traidor que le perdona,
Pero al morir aprenderás mañana
Que valió mas que el hijo la corona.
¡Pero llorais! ¡perdon! (*Al príncipe.*)
Carl. ¡Era mi padre!
Yo todo por la paz le he prometido,

Ir desterrado donde mas le cuadre,
Cederle liberal cuanto he tenido.
Proscripto de mi patria, desterrado, (*Llora.*)
No exigia yo mas de su corona
Que el honor y la paz del principado,
El fuero y libertad de Barcelona.
Marg., con entusiasmo. No, ser no puede criminal quien ama
Sus pueblos y su honor mas que su vida:
Mira, Peralta, *llanto no derrama*
Al nombrar á su padre un parricida.
Carl. ¡Parricida! por cierto que mintieron:
Cataluña y Navarra ¿no le enviaron
Embajadores que por mí le hicieron
Reconocer cuán torpes le engañaron?
¿No me dieron sus tronos algun dia
Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña,
Y por el mar la tentacion no huía
De respeto filial en firme seña?
¡Ah! todo lo tenté, vine á postrarme
Con toda la humildad de los vencidos,
Y abrió en vez de los brazos á estrecharme
A la ambicion de Francia los oidos.
Ciego ya por mezquinos intereses
Mi humillacion y lágrimas pospone
A los condes de Fox, al fin franceses...
Bien, suyo soy, ¡que mate ó que perdone!
(*A Don Pedro.*)
Libre de vuestro empeño estais conmigo;
No es tarde aun, abrid esa ventana
Y entregad sin temor al enemigo;
Al desdichado príncipe de Viana.
Marg. ¡Perez!
Ped. Señor, que me arranqueis prefiero
La vida, á ser traidor.
Carl. ¡Dadles la mia!
Ped. ¡La mia, vive Dios, daré primero!
Marg., escuchando. Silencio... una esperanza hay todavía.
(*Hace al príncipe que entre otra vez en su gabinete.*)
Que no os vean... entrad.
Carl., entrando. ¡Aun mas, señora!
Marg. No respireis siquiera. (*A Peralta.*) ¡Abrid la puerta!
Ped. Margarita, ¿qué hacer...?
Marg., abriendo. Callar ahora.
(Estoy de miedo y de esperanza muerta.)

ESCENA XVI.

DICHOS. GARCERÁN, COMO SALIÓ DE LA ESCENA EN EL ACTO PRIMERO, CON BOTAS Y ESPUELAS, CUBIERTO DE LODO Y SUDOR, Y EN EL MAS COMPLETO DESÓRDEN.

Garc. Señor, salvaos; los rebeldes llegan.
Ped. ¡Esto mas!
Garc. Por la sombra protegido
La puerta del jardin les he ganado,
Y á morir ó salvaros he venido
Marg. ¡Dios santo!
Ped. Garcerán, tarde has llegado.
Garc. Yo os salvaré, venid.

ESCENA XVII.

CUANDO GARCERÁN VA A SALIR, LLEGAN DON JUAN CON RANGEL Y DOS Ó TRES DE LOS SUYOS.

Juan, á Rangel. (¡Y ay si has mentido!)
Aquí está el rebelde, ó dádmele al punto,
O cierro la casa y la mando quemar;
Si alguno resiste dejadle difunto;
Morir ó entregarle, poco hay que dudar.
Ped. ¿Y quién amenaza con muerte y con fuego
Mi casa?
Juan. Quien puede.
Ped. ¿Quien puede sois vos?
Juan. Peralta, no vale la fuerza ó el ruego,
O dais el rebelde ú os quemo á los dos.
Ped. ¿Y habiendo ese encargo yo aquí del rey mismo,
Pensais que al monarca sirviera tan mal?
Juan. El rey, satisfecho de tal patriotismo,
Os ha relevado del cargo rëal.
Y en fin, en mis manos por suerte ha caido,
Pues dió en Villafranca conmigo al huir.
El rey en secreto prenderle ha querido,
Y al rey en secreto conmigo ha de ir.
Ped. ¡No irá, voto á Cristo!
Juan. ¿No irá? y con mi gente
Vos mismo á Pamplona conmigo vendreis.
El rey os lo manda.
Ped. Y al rey frente á frente
Cuando él me pregunte...
Juan. Le respondereis;
Y estoy ya cansado, Peralta; acabemos,
¿Me dais ese hombre?
Marg. Buscadle, señor;
Franquearos la casa lo mas es que haremos;
De no contentaros mirad lo mejor.
Juan. Sois bella, señora, cual sois de taimada,
Me habeis engañado con harto doblez.
Marg. Tan solo esta sola no fué registrada.
Juan. No quedará nada por ver esta vez.
(*Don Juan entra en el aposento con Nogueras. Rangel y los soldados del rey se quedan en la escena. Margarita cerca de la puerta por donde entró Don Juan. Peralta indeciso entre colérico y*

avergonzado : en esta situacion se oyen por fuera gritos y clarines, ruido de armas y caballos, y algunos arcabuzazos allá á lo lejos.)

Rang. ¿Qué es esto?

Un Soldado, asomándose á la ventana. Tomemos piés.
Los rebeldes.

(*Margarita corre el cerrojo á la puerta del cuarto donde entró Don Juan.*)

Marg. (Por si acaso.)

(*Pasa al lado opuesto donde está Don Carlos.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. SOLDADOS DE LOS INSURGENTES DE BARCELONA, REBELDES DE TODOS PUNTOS DE CATALUÑA ETC.; MARGARITA DELANTE DE LA PUERTA DONDE ESTA DON CARLOS; DON PEDRO, CON LA ESPADA EN LA MANO.

El Jefe. Al primero que dé un paso
Le divido de un revés.
¡Hola, aquí hay agramonteses!
Atadlos bien por los codos,
Y que los guarden con todos
Nuestros bravos montañeses.
Señores, darse á prision,
O venirse con nosotros.
(*A Don Pedro.*)
Sois hombre de condicion.
Abajo hay algunos potros;
Montad el que os diere gana,
Y Barcelona os abona.

Marg., abriendo el cuarto donde está el príncipe. De rodillas Barcelona
Ante el príncipe de Viana.

ESCENA XIX.

DICHOS; EL PRÍNCIPE.

Carl. Insensatos, ¿qué intentais?

Rebelde. Libraros.

Carl. ¿De quién?

Rebelde. Del rey.

Carl. ¿Y así las leyes?

Rebelde. No hay ley,
Señor, donde vos no estais.
Barcelona, esa ciudad
De su príncipe dolida,
Al rey pide vuestra vida,
Y con vos su libertad.
¡Viva el príncipe de Viana!

Todos, fuera y dentro. ¡Viva!

Rebelde. ¡Viva Barcelona!

Todos, idem. ¡Viva!

Carl. Vuestro intento abona
Esa rebelion insana.

Rebelde. Señor, Cataluña entera
No quiere mas que con vos
La ley suprema de Dios
Y la libertad primera.

Carl. Vamos pues á esa ciudad,
Y si mi padre se aviene,
Mañana os juro que tiene
Barcelona libertad.
Peralta, venid conmigo.

Ped. Perdonad; me quedo aquí.

Carl. ¿Y el rey?

Ped. Hidalgo nací,
Y á morir leal me obligo.—
Idos, príncipe, con Dios;
Si estais salvo, ya lo veis,
Nada al cabo me debeis,
Y aun quedo en deuda con vos.—
Y aunque mi honra está empañada
A cual mas por cada uno,
Para no ir contra ninguno
Dejaré patria y espada.

Marg. Idos, y el cielo os proteja;
Que cuando lejos muramos,
Que sois tan feliz sepamos
Como España necesita.

Carl. Pues si en mejor ocasion
Un dia á mi padre veis,
Que no pedí le direis
Mas que la paz y el perdon.
Que ya dolorido y harto
De guerra y mal tan prolijo,
Siendo su heredero y su hijo
A tierra estrangera parto.

Marg. Id.

(*El príncipe los abraza y dice saliendo :*)

Carl. Y pues sois tan honrados,
En vuestros males estremos
Venid á mí y partiremos
El pan de los desdichados. (*Vase*)

ESCENA XX.

MARGARITA, DON PEDRO.

Marg. Dios os ayude, señor.—
(*A Perez.*)
Y Dios solo te ha salvado,
Peralta, de haber quedado
Por infame ó por traidor.
Y porque ahora la prudencia
Mas que nunca es menester,
Antes de lo que has de ver
Quiero hacerte una advertencia.
Él, de dos reinos señor,
Tras del príncipe ha corrido

Como si hubiera nacido
Berberisco ó salteador.
Porque de asunto tan grave
No caiga sobre él la mengua,
No hay mas que arrancar la lengua
A quien el secreto sabe.
Ahora bien; pues lo sabemos,
El argumento es bien llano.
Peralta, tarde ó temprano
Por saberle moriremos.
(*Abre la puerta donde está Don Juan y Nogueras.*)

ESCENA XXI Y ÚLTIMA.

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN, NOGUERAS.

Marg. Podeis salir, rey Don Juan.
Ped. ¡El rey...! ¿con que no mentian?
Marg., á Don Juan. Por el príncipe venian;
Le encontraron y se van.
De vos á él le protegimos
Y de los suyos á vos;
No podeis, señor, por Dios
Decir que traidores fuimos.
Juan. Peralta, yo bien sabia
Que hice en vos un buen amigo.
Ped. No hableis, rey Don Juan, conmigo,
Porque yo no os conocia.
El que oculto estuvo allí
Era el príncipe de Viana;
Si vos lo contais mañana,
A él lo debeis, y no á mí.
Y no temais que en la historia
Por nuestra audaz villanía
Quede, señor, algun dia
De esta noche una memoria.
Que vos mismo habeis venido
Tras del hijo que enjendrásteis,
Es un secreto que echásteis
Con nosotros al olvido.
Juan. Ingrato no me hallareis.
Ped. Dejadlo estar como está
Y partid cuando gusteis,
Que nada temer podeis
De los catalanes ya.
Mas me habeis hecho el ultraje
De creerme desleal,
Y ya me sentara mal
El rendiros homenage.
Rey Don Juan, esa es mi espada.
(*Se la desciñe y la pone en el suelo á sus piés.*)
Para no haceros traicion,
No la llevo á precaucion
Ni desnuda ni envainada.

EL ZAPATERO Y EL REY,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

Por odio y contrario afan
Calumniado torpemente,
Fué soldado mas valiente
Que prudente capitan.
Osado y antojadizo
Mató, atropelló crüel;
Mas por Dios que no fué *él*,
Fué su tiempo quien lo hizo.

A MI BUEN AMIGO DON JOSÉ GARCIA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey Don Pedro, y escribí este drama para tí. Reconocido quedo á todos los actores que han tomado parte en su representacion; pero seria necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden.

El rey Don Pedro te daria las gracias; y el público que te ha colmado de aplausos, te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que *has aconsejado bien y has ejecutado mejor.*

Tu buen amigo

JOSÉ DE ZORRILLA.

Madrid, 14 de marzo de 1840.

ACTO PRIMERO.

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN.
DIEGO PEREZ, zapatero.
BLAS, } sus hijos.
TERESA, }
UN HOMBRE DEL PUEBLO.

La escena es en Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

Interior de la casa de Diego Perez: ajuar del oficio. Es de noche.

BLAS, TERESA.

Ter. Sí, sí, cierra la ventana,
Que hace una noche...
Blas. Muy buena
Para empezar una ronda.
Ter. ¡Vaya, y diluvia!
Blas. Por fuerza
Bebe los vientos por tí
Si hoy es constante.
Ter. ¡Qué pelma!
Blas. Vive Dios que es un mancebo
Que vale un mundo, Teresa;
Ni valientes le intimidan,
Ni temporales le arredran;
Con su espadon en el cinto
Y su malla sempiterna,
No hay quien le tosa en Sevilla
Si como ronda pelea.
Ter. Siempre te me estás burlando.
Blas. ¿Yo burlarme? no lo creas,
Si la verdad no te digo
En la vida hablé de veras.
¿Crees tú que entrar le dejara
En casa, si no creyera
Que es un soldado y valiente?
Ter., sobresaltada. ¡Dios mio!
Blas. ¿Qué fué, Teresa?
Ter. Seria aprension.
Blas. Seria.
Ter. Creí que abrian la puerta.

Blas. Lo que tú tienes es miedo.
Ter. Ojalá no le tuviera;
Aunque en tal caso, mi Blas,
Gran ventaja no me llevas.
Blas. ¿Cómo?
Ter. Anteanoche temblabas.
Blas. ¿Cuándo?
Ter. ¿Cuándo?... ¿no te acuerdas?
Blas. No á fe.
Ter. Cuando aquella mano
Que asiéndola por las rejas
Cerró á golpe la ventana.
Blas. Algun hidalgo tronera
Que á su casa volveria
Con tres ó cuatro botellas.
Ter. ¿Y aquellas voces que oimos?
Dí, ¿y el son de las cadenas?
Blas. ¡No lo mientes!
Ter. ¡Vírgen santa,
Qué noche tan cruel fué aquella!
Rodaba todo el infierno
Por el atrio de la iglesia.
Blas. ¿Lo viste tú?
Ter. ¿Yo? En la cama
Me dí mil veces por muerta,
Y no me atreví de miedo
Ni á rebullirme siquiera.
Pero Juanito me dijo
Que él asomó la cabeza
Por la rejilla, mucho antes
Que á cerrárnosla vinieran,
Y vió...
Blas. ¿Qué vió?
Teresa. Seis fantasmas,
Cuatro blancas y dos negras.
Blas. Hablemos si te parece
Con formalidad, Teresa.
Ter. Pero no dejes la obra
Por hablar.
Blas. Enhorabuena.
Sigo con ella, y escucha.
Aunque yo en verdad no tenga
Miedo á los muertos, sea dicho
Con la debida cautela,
Por no tenerlos vecinos
He echado á solas mis cuentas.
Ter. Y á fe que la vecindad
No es muy grata.
Blas. Estáme atenta.
Puesto que van ya tres noches
Que esos muertos se rebelan,
Y con sus danzas nocturnas
Dormir en paz no nos dejan,
Pienso ir, si padre consiente,
A otro barrio con la tienda.
¿No te parece? Y mañana...
Ter. ¿Mañana? ¡Soberbia idea!
Blas. Cuanto mas pronto mejor.
Ter. Sí, sí, porque el miedo arrecia.
Yo, la verdad, ni una noche
Duermo un minuto serena.
Blas. Pues yo sueño con los diablos
Y los duendes todas ellas.
Ter. ¡Hola! ¿con que al cabo, Blas,
Que tienes miedo confiesas?
Blas. Negar que los muertos me hacen
Mucha pavura, Teresa,
Fuera, á hablar como hombre honrado,
En mí la aprension mas necia.
Sabes que en toda mi vida
Temí paliza, pendencia,
Ni motin, que en todo lance
Presto anduve á la defensa
De mi padre ó mis hermanos,
De un vecino... de cualquiera.
Sabes que estuve empeñado
No ha mucho en ir á la guerra,
Y que á dejarme mi padre,
Ya estaria en la frontera.
Mas los muertos me intimidan,
¿A qué andarse por las yerbas?
Si veo venir de frente
Una pica, una ballesta,
Derecho me voy al bulto
Por ir aunque mas no sea;
Pero en hablando de muertos
Estoy con la pataleta.
Me columpio que parece
Que es de plomo la cabeza,
Los piés y manos de corcho,
Y el corazon de manteca.
Ter. Pues manos á la mudanza.
Blas. No, como á padre convenga,
A otra parte con la música.
Ter. Blas, que llaman á la puerta.
Blas. Abre tú.
Ter. Miren qué gracia.
Abre tú que estás mas cerca.
Blas. ¡Vaya! ¡Pues aun tendrá miedo!
¿Quién?
Diego, dentro. Yo.
Blas y Ter. Buenas noches.
Diego. Buenas
Os las dé Dios, hijos mios.
(*A Blas, que se asoma á la puerta con curiosidad.*)
Vaya, Blas, que llueve, cierra.

ESCENA II.

DIEGO, BLAS, TERESA.

Ter. ¿Quereis lumbre?
Diego. Sí por cierto;
Que hace una noche tremenda.

Blas. Sentaos.
Diego. Toma el sombrero.
Llévate la capa y tiéndela.
Blas. Chorreando está.
(*Vase Blas y vuelve.*)
Ter. ¿Qué teneis,
Padre? Traeis descompuesta,
Desencajada la cara.
Diego. Es el frío.
Ter. No, por fuerza
Os ha sucedido...
Blas. ¿Cómo?
¿Qué es eso?
Diego. Vaya, que apenas
Llego, siempre os empeñais
En que azares me sucedan.
No tengo nada.
Blas. Es que importa
Que jamás os acontezca
Mal, mientras que tengais hijos
Que os venguen.
Diego. ¿Eh?
Blas. Que os defiendan.
Diego. La venganza es, hijo mio,
De maldicion una piedra,
Que tarde ó temprano vuelve
Contra el mismo que la suelta.
Blas. Ya lo sé, padre, que he oido
Mil veces eso en la iglesia.
Diego. Pues es preciso que siempre
En la memoria lo tengas.
Pero vamos á otra cosa:
¿Vino?
Blas. Nadie.
Diego. En hora buena;
¿Con que habeis estado solos?
Blas. Sí, señor.
Ter. Si no se cuenta
El miedo de cada cual.
Diego. ¿Y de qué ese miedo era
Ambos callais?
Ter. Dilo, Blas.
Blas. Padre, hablando con franqueza,
Los muertos...
Diego. Buèno, dejadlo.
Blas. Es que estamos siempre...
Diego. Vuelta.
Blas. Y hemos tratado los dos
De que mudemos la tienda.
Diego. No hay que pensar mas en ello;
Los muertos son gente buena,
Y no se meten con nadie.
Ter. Pero...
Diego. Silencio, Teresa;
No son los muertos á fe
Los que ahora á mí me amedrentan;
Y de una vez para siempre
Que comprendais me interesa,
Que los muertos no hacen daño,
Y que hablar de ellos molesta.
Blas. Pero, padre, ¿y esas voces
Que de noche nos atruenan?
Diego. Cerrad las ventanas bien,
Y dormir á pierna suelta;
Las voces solo son ruido,
Y el ruido no rompe piernas.
Blas. ¿Y no era mas fácil?...
Diego. No.
Blas. Vuestro mal humor os ciega:
Padre, ¿qué tiene de estraño
Que por ser la calle estrecha,
Porque se pierde ó se gana,
O sea por lo que sea,
Mude un vecino algun dia
O otro barrio casa ó tienda?
Diego. Blas, yo tengo mis razones,
Y permanecer es fuerza
En esta casa, aunque mucho
De ello en el alma me pesa.
Blas. (¡Qué diablos! ¡quiere y no quiere!
¿A que tambien da en la tema
De callar que tiene miedo?)
Pero...
Diego. Basta de querella:
No hay que alzar ya mas pelillos
A conversacion tan necia;
Y el que de noche curioso
Me abra á deshora una reja,
Que se eche á él solo la culpa
Del mal que á todos nos venga.
Ter. ¿Llamaron?
Blas. ¿Abro?
Diego. ¿Pues no?
Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN DE COLMENARES.

Juan. Dios sea loado.
Diego. ¡Don Juan!
¿Con una noche tan cruda
Vos en mi casa?
Juan. Sin duda,
Siempre os quise con afan.
Diego. Cuatro años hace, señor,
Que en ella no os hemos visto.
Juan. De venir es, ¡vive Cristo!
Esa la razon mejor.
Cuanto mas corren los años
Mas los amigos se prueban,
Y amistades se renuevan
En males y desengaños.
Diego. Hablais, Don Juan, de amistades
Con tono tan singular,

Que nos hareis recelar
En la vuestra novedades.
Juan. ¡Oh, no, Diego! Por mi vida
Nunca os la tuve mas fiel,
Y de ello...
Blas. (Reniego de él.)
Juan. Os dá pruebas mi venida.
(*Con aire de importancia.*)
¡Hola! ¡qué altos los muchachos
Están!... ¡mozo mas cabal!...
No le sentarian mal
La coraza y los mostachos.
¿No es este el que quiso ser...
Blas. Yo soy, y si aun me dejaran,
Por san Juan que se quedaran
Los zapatos por coser.
Juan. ¿Con tanta aficion te sientes?
Blas. Los ojos tengo rasados
Solo con ver los soldados
Con el hierro hasta los dientes.
Juan. Y entonces, ¿porqué esa senda?...
Blas. Dice mi padre, señor.
Que siempre he de estar mejor
Que en el cuartel, en la tienda.
Juan. Nada hay á eso que añadir;
Mas, Diego, si no hay objeto
Que lo obste, tengo en secreto
Dos palabras que decir.
Diego. ¿A mí, Don Juan?
Juan. A tí, Diego.
Diego. Podeis empezar si os place.
Juan. No estás solo.
Diego. ¿Eso qué le hace?
Juan. Iréme pues.
Diego. Idos luego.
(*Con orgullo.*)
Bajo este techo, Don Juan,
No quien no pueda discreto
Guardar el mejor secreto.
Juan. Grandes para tí serán
Los motivos de esa fe
En tus hijos, pues lo son,
Pero fuera indiscrecion
Fiarme yo, y no lo haré.
Diego. Pues tanto empeño mostrais,
Idos vosotros.
Blas. (Maldita
Sea con él su visita.)
(*Vanse Blas y Teresa.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, DIEGO.

Diego. Solos estamos; ¿hablais?
Juan. Diego, tú audaz y orgulloso,
De tu virtud satisfecho,
Caminas siempre derecho
Por el camino espinoso
De la vida; mas preciso
Será que te haga mirar
Que hay mucho en que tropezar.
Diego. Os agradezco el aviso;
Mas tengo ya setenta años,
Y si es que torcido anduve,
Los vicios que siempre tuve
Tarde os parecen estraños.
Juan. Diego, tu altivez modera
Y á la razon deja luz,
Que es muy recta tu virtud,
Pero es atrevida y fiera.
Consulta contigo mismo
Lo que vas á responder,
Que va tu respuesta á ser
Tu salvacion ó tu abismo.
¿Quieres escribir tu nombre
Donde los nuestros están?
Diego. Ya os dije que no, Don Juan.
Juan. (¡Qué tenacidad de hombre!)
Diego, ¿lo has pensado bien?
Diego. Sí, Don Juan.
Juan. ¿Y no has pensado
Que va á alcanzar tu pecado
A mi cabeza tambien?
Diego. ¡Tambien á vos! no lo entiendo.
Juan. ¿Quieres que en olvido eche
Que ambos con la misma leche
Nos nutrimos?
Diego. Os comprendo;
Tal vez creeis que me amais
Porque pensais mucho en mí,
Mas cuando pensais así,
Don Juan, os alucinais.
Mucho mi arrogancia os pesa,
Pues culpo vuestras acciones,
Y esas son las mil razones
Porque Diego os interesa.
Juan. Mas hay otros que inflexibles
Por no malograr su afan,
A tu vida tenderán
Todos los lazos posibles.
Te seguirán por do quiera,
Y es infalible decreto,
Que quien roba su secreto
Ayuda les preste ó muera.
Diego. Concluyamos de una vez:
Yo sé que hay un Juez supremo,
Y nada en el mundo temo
Mientras me ampara ese Juez.
Os habeis puesto, insensatos
Con los nuestros á jugar,
Y habeis logrado engañar
Así á muchos mentecatos.
Juan. Cuanto importa mantener
De ese aislado monasterio
La oscuridad y el misterio,

En mi empeño puedes ver.
Es fuerza, Diego, que el vulgo
De comprenderlo no acabe;
Si ha de morir quien lo sabe,
Peligro, pues lo divulgo.
Diego. Desprecio la oculta ley
Que proscribe mi virtud,
Y siendo en mi juventud
Soldado, defiendo al rey.
Juan. Al rey que deja morir
De hambre á sus servidores,
Que andan hoy como traidores
Mendigando á quien servir.
El rey que deja inhumano
Que á merced de oficio infame...
Diego. Quien tal al trabajo llame,
Es, Don Juan, solo un villano:
Jamás en lo que es me meto
Mi rey, que soy su vasallo.
Bueno ó malo, sufro y callo,
Y aunque le odio, le respeto.
Lo dije: ¡y mirad por Dios
Que pierdo ya los estribos!
No temo muertos ni vivos;
Con que meditadlo vos.
Y no lo tomeis á espacio,
Que no soy yo vuestro amigo;
Y en amistad os lo digo,
Mañana voy á palacio.
(*Un punto de silencio.*)
Juan. Lloré, supliqué por tí,
Mas la vida nos va en ello;
Y cada cual por su cuello
Mira con razon aquí.
Con que si ello tanto importa,
Piensa á tu vez y despacio,
Que no llegará á palacio
Ni tu palabra mas corta;
Pues no puedes en conciencia
En ser nuestro consentir,
Custodiado has de partir,
Y no temas la indigencia.
(*Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.*)
Diego. Dadlo á los de vuestra grey,
Don Juan, que yo mi pobreza
Llevo con tanta fiereza
Como su corona el rey.
Y aunque los den tan baratos
Que cieguen por trabajar,
Nunca pan me ha de faltar;
Mis hijos harán zapatos.
Juan. Sabes, y Dios me es testigo,
De que hice por tí, á mi fe,
Cuando pude.
Diego. Ya lo sé;
Mi padre os crió conmigo.
Juan. Y no sé cómo igualmente
La misma leche nos hizo
Necio y descontentadizo
A tí, y á mí tan prudente.
Diego. Teneis razon, ¡vive Dios!
Que hemos salido en pareja
Un lobo con una oveja.
Juan. Tú el lobo.
Diego. Y la oveja vos:
Eso dije.
Juan. Hombres ingratos
Que desprecian tan traidores...
Diego, interrumpiéndole. No quiero vuestros favores,
Don Juan; coseré zapatos.
¿Me teneis mas que decir?
Juan. Que te encomiendes al cielo.
Diego. A ese tribunal apelo.
Juan. A Dios.
Diego. Con vos quiera ir.

ESCENA V.

DIEGO, BLAS, TERESA.

Blas. Padre, no oí lo que os dijo,
Mas créolo un desacato;
Y muerte afrentosa elijo,
Si siendo yo vuestro hijo
Os ofende y no le mato.
Diego. Blas, el cariño te ciega.
Blas. No sé qué juego se juega,
Porque no oí mas que el fin;
Pero el negocio es muy ruin,
Cuando mi padre se niega.
Diego. ¿Nada comprendiste?
Blas. No.
Diego. Dios tal vez te ensordeció.
Blas. Ví que os ofreció dinero,
Y que dijísteis: No quiero;
Bien hecho, tampoco yo.
Diego. Blas, la honra es un tesoro,
Y aunque te ofrezcan mas oro
Que cabe en la catedral,
Si le vendes harás mal.
Blas. Primero me mate un moro.
No le está bien á un mancebo
Los secretos rastrear
De un viejo, sé que no debo;
Mas ¿me quereis confiar
Este? A guardarle me atrevo.
Diego. Es inútil; está bien
Donde está, y no estará, no,
Mucho tiempo.
Blas. Yo tambien
Tomaré lo que me den
Los que saben mas que yo.
(*Pausa.*)
Ter. Padre, ese hombre os ha dejado
Tan inquieto... ¿qué teneis?

Diego. ¿Vuelves ya á lo comenzado?
Con tan prolijo cuidado
Acosado me teneis.
Mas ahora que hago memoria,
Si ese soldado viniera
De otras noches, me pluguiera.
Ter. ¿Os fuera útil?
Diego. Sí que fuera.
Blas. ¡Es hombre de grande historia!
Me gusta por lo valiente,
Y de honrado tiene facha:
(*A Teresa.*) ¿No es así?
Ter. Padre consiente
En que venga...
Blas. Y es corriente,
Que quiera padre no es tacha.
Diego. No le agradezco infinito
Sus visitas en verdad;
Mas hoy que le necesito...
Blas. ¡Voto á san Diego bendito...
Diego. Blas, no jures.
Blas. Perdonad;
Pero mal lobo me coma
Si no vuelvo como un galgo
Con él.
Ter. ¿Llaman?
Blas. Luego asoma
En nombrando al rey de Roma.
Diego. Si fuera él...
Blas. Apostara algo.

ESCENA VI.

DICHOS, DON PEDRO EN TRAGE DE SOLDADO.

Blas. Seor soldado, guárdeos Dios.
Ped. Él le socorra, mancebo.
Alegre está, ¿qué hay de nuevo?
Blas. Nada, pues llegásteis vos.
Ped. ¿Me esperaban?
Blas. Impacientes.
Ped. ¿Qué es ello, pues, linda niña?
¿Se la ocurre alguna riña?
¿Qué me mandais?
Diego. Que te sientes.
Ped. Buen viejo, disimulad;
No os saludé en derechura,
Porque al ver tanta hermosura
Me siento ciego.
Diego. En verdad
Que sois un hombre bizarro,
Y siempre con buen humor.
(*Don Pedro mete sin ceremonia ambos piés por medio de todos.*)
Ped. Dejadme echar al calor
Esta humedad y este barro.
Blas. (Si no viera en una pieza
Su amor y su edad marcial,
Teresa, tomaba á mal
Su desenfado y franqueza.)
Ped. ¿Qué murmura el perillan?
Blas. Que traeis hoy una espada
Con mucho primor dorada.
Ped. En el cuartel me la dan:
Y como me sirva bien,
Jamás las señas la tomo;
Que al pulsarla por el pomo
Se cura siempre á cercen.
Pero al caso, señor Diego:
Dispuesto estoy á escucharos;
Hablemos de prisa y claros,
Que he de partirme muy luego.
Diego. ¿Entrais en palacio vos?
Ped. ¿Porqué me lo preguntais?
Diego. Porque si hasta el rey llegais
Quiero hablarle.
Ped. Sí por Dios;
Y si quereis que le diga...
Diego. A solas le quiero hablar.
Ped. Para tan alto picar
Muy grave causa os obliga.
Diego. No á mí.
Ped. ¿Pues á quién?
Diego. A él.
(*Don Pedro frunciendo el ceño se arrellana en la silla diciendo con altivez.*)
Ped. Diga, pues, lo que se ofrece.
Diego. Al rey su merced parece.
Ped. ¿La cara tengo tan cruel
Que con el rey me compara?
Diego. Hable de él con mas respeto,
Que yo jamás me entrometo
A mirar al rey la cara.
¿Y en fin, lo podeis hacer?
Ped. Cuando querais.
Diego. Pues mañana.
Ped. ¿A qué hora?
Diego. La mas temprana.
Ped. Pues bueno, al amanecer.
Diego. ¿Os burlais?
Ped. No por mi vida,
Porque mañana temprano
Ha dispuesto el soberano
Dar al monte una batida;
Con que si verle quereis
Que madrugueis es preciso.
Diego. No echaré al agua el aviso.
Ped. Mucho de él os prometeis.
Diego. Eso es ya negocio mio,
Seor soldado.
Ped. Bien está;
A mí tanto se me dá;
Con que en ello no porfio.
Diego. Pues á otra cosa; y decid,

¿Qué se habla por la ciudad?
Ped. Estoy de eso á la verdad
Tan al cabo como el Cid.
Diego. ¿No os importan las noticias
De vuestra patria y del rey?
Ped. ¿A mí?... que haya buena ley
Y se hagan muchas justicias.
Lo demas nada me importa;
Y cuando columbro guerra,
(*Señalando la espada.*)
Doy un repaso á esta sierra,
Y estoy listo en cuanto corta.
(*Llaman en la puerta con brio.*)
Ter. ¡Ay!
Ped. Llaman.
Diego. Abre. (*Lo hace Blas.*)

ESCENA VII.

DICHOS, UN HOMBRE DEL PUEBLO.

Blas. ¿Qué quiere?
Hombre. ¿Diego Perez?
Blas. Aquí es.
Hombre. Que vaya corriendo, pues,
Que su pariente se muere.
Diego. ¿Mi pariente? ¿y qué pariente?
Hombre. Gil Perez el estatuario,
Que está con un mercenario
Muriendo devotamente.
Diego. ¡Gil Perez!... ¡Oh! perdonad,
Señor soldado, que entiendo
Que ese que se está muriendo
Conmigo en su mocedad
Siguió las armas reales.
Ped. Id, que soy muy vuestro amigo
Y estais cumplido conmigo;
Id á remediar sus males.
Y si urgen por mala estrella
Medicinas ó dinero,
Tengo una bolsa de cuero;
Mandad por lo que hay en ella.
Diego. Gracias, y á Dios.
Blas y Ter. ¿Volvereis?
Diego. En cuanto el mal lo permita.
(*Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa se asoman á la puerta.*)
Blas. Corre que se precipita.
Ped. Mozos, buen padre teneis.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, TERESA, BLAS COSIENDO ZAPATOS.

Ped. Decidme, esquiva hermosura,
¿Me quereis como yo á vos?
Ter. Brava pregunta por Dios.
Ped. Brava os quiero, altiva y dura;
¿Pero la frase la estraña?
Daréla satisfaccion:
Es que está mi corazon
Por sus ojos en campaña.
Y soldado mas valiente
Que prudente capitan,
Planto el sitio y allá van
Mis ballestas de repente.
Si el enemigo responde,
A él voy, y sin hacer alto
Entro al lugar por asalto
Sin mirar nunca por dónde.
¿Se me entiende?
Ter. Como está
Tan oculta la emboscada,
No es fácil...
Ped. Vuestra avanzada
Dió con ella.
Blas. ¡Voto va!
Paréceme que á barato
Lo echais, y se me barrunta...
Ped. ¿Quién al rapaz le pregunta?
Calle y cosa su zapato.
Blas. (Siempre adelante me lleva;
Por mas que me tengo serio,
Arranca con tal imperio
Que el diablo que se le atreva.)
Ter. Bien, hablemos de otra cosa:
Dicen que el rey de Castilla...
Ped. ¿Está ahora con la Padilla
En conferencia amorosa?
Ter. ¿Qué me importa? es de la guerra
De Aragon por que pregunto.
Ped. Contadme allá por difunto.
Ter. ¿Os partís para esa tierra?
Ped. El rey sus tercios envia
Para allá, y segun infiero
Yo salgo con él primero;
Con que al caso, prenda mia:
Si no me dais antes de ir
De vuestro amor una prueba,
Dad por llegada la nueva
De que estoy para morir.
Ter. Mucho en el alma lo siento,
Que al cabo os queria bien.
Ped. (Bello está en ella el desden,
Pero mas el sentimiento.)
¿Con que me quereis, Teresa?
Ter. Ya lo dije; mas si os vais,
Pésame que lo sepais.
Ped. ¿Que os pesa decís?
Ter. Me pesa,
Porque es vuestra condicion
Olvidar lo que ha pasado
En lugar que habeis dejado;
Con que ved si en Aragon
Olvidareis á Castilla.

Ped., con brio. ¿Olvidar y haberla visto?
Y vale mas ¡voto á Cristo!
Que la Aldonza y la Padilla.
Ter. ¿Qué decís? que... ¿á quién nombrais?
Ped. Padilla y la Coronel,
Damas del rey.
Ter. ¿Y con él
Y aquellas nos comparais?
Ped. Sí, pues siendo ante la ley
Él el primero y mejor,
La mas hermosa el amor
Debe cautivar del rey.
Blas. Ved que estais aquí conmigo,
Y ved que su hermano soy.
Ped. Qué lenguaraz estás hoy.
Blas. Es que soy...
Ped. Calle, le digo.
Blas. (Los ojos me hace bajar
Y se me traba la lengua.)
Ter. No le riñais, que es gran mengua
Hacerle esto tolerar;
Y partid, que es ya muy tarde
Y no está mi padre aquí.
Ped. ¿Con vos no me dejó á mí?
¿Qué importa que yo le aguarde?
(*Tocan á las ánimas, y al son de las campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de temor.*)
Ped. ¿Qué es eso?
Ter. ¿No oís tocar?
Blas. Las nueve deben de ser.
Ped. ¿Y qué tiene eso que ver
Para ponerse á temblar?
Blas. ¿Qué, no sabeis lo que pasa?
Mas no me mireis así,
Que poneis un ceño...
Ped. Dí
Qué es lo que hay.
Blas. En esta casa
Es imposible vivir:
La mejor noche nos comen.
Ped. ¿Quién?
Blas. Temiendo estoy que asomen,
Que á esta hora suelen venir.
Ped. ¡Qué tropel de desaciertos!
Locos á esta hora os volveis.
Blas. ¿Los oís?
(*Don Pedro da un paso hácia la ventana; Blas le detiene.*)
No os asomeis.
Ped. ¿Pero quién son?
Blas. Unos muertos.
Ped. ¡Muertos!... ¡Bah! ¡bah! pues ya estoy;
¿Con que todo eso era miedo?
¿Y se ven?
(*Segundo paso de Don Pedro y detencion de Blas.*)
Blas. Estaos quedo
Si morir no quereis hoy.
Ped. Y en efecto, se oye ruido
Y se ve luz por la calle.
Ter. Siento que padre no se halle
Ya esta noche recogido.
Blas. ¡Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los dias parecen
Hombres que á fuerza perecen
De esa iglesia en el cancel.
Ped. ¿Y la justicia lo sabe?
Blas. Sin duda saberlo debe.
Ped. ¿Y entonces?
Blas y Ter. Nadie se atreve.
Ped. (Gran misterio en ello cabe;
Prosigamos, y si encuentro
El hilo á este laberinto,
Fuego pondré á su recinto
Hasta dar con lo que hay dentro.)
Decid, ¿y habeis visto alguno
De esos cuerpos que perecen
Por la noche, y aparecen
Por la mañana?
Blas. Ayer uno.
Ped. ¿Tenia herida?
Blas. En el pecho.
Ped. ¿Y mostraba la señal
Ser de espada ó de puñal?
Blas. Que con ambas lo habian hecho
Dijeron los cirujanos.
Ped. Luego eran contra uno dos?
¡Animas eran por Dios
De vivientes bien villanos!
(*Ruido dentro.*)
Blas. ¿Oís?
Ped. Mándrias, no tembleis,
Que quien lo remedie habrá.
Blas. ¿Quién con los muertos podrá?
Ped. Los vivos.
Ter. ¡Cómo!
Ped. ¿No veis
Que en un nicho los encierran?
Blas y Ter. Claro está.
Ped. Pues de contado
Pueden mas que el enterrado
Los vivos que allí le entierran.
Blas y Ter. Tiene razon.
Diego, dentro. Muerto soy.
Blas. ¡Santo Dios! ¿habeis oido?
(*Un momento de atencion.*)
Diego, dentro. ¡Blas! ¡Teresa!
Ter. ¡Padre ha sido!
(*Blas corre á la puerta, y al tiempo de abrir se ve á Diego tendido en tierra.*)
Diego. ¡Ay de mí!
Ped. ¿Soñando estoy?

ESCENA IX.

DON PEDRO, DIEGO, BLAS Y TERESA.

Blas. ¡Sangre! ¿quién fué, padre mio?
Diego. Tente, Blas, no salgas, no,
Que murieras como yo,
Y en tí mi esperanza fio.
Blas. Voy á buscar...
Diego. Escusado;
¡Fué mi destino fatal!
Arrimadme ese sitial,
Y acercaos, buen soldado.
Ped. Decid si sabeis quién fué,
Que ha de acordarse de vos.
Diego. Dejadme acabar por Dios:
Id á ver al rey...
Ped. ¿Y qué?
Diego. Y decidle que esos muertos...
Ped. Acabad.
Diego. No puedo mas.
(*Inclina la cabeza y muere.—Pausa*)
Ped. ¡Voto á Dios y á Barrabás!
Entre sus labios abiertos
Él mismo el secreto ahogó.
Blas. Padre.
Ter. Señor.
Ped. Esto es hecho;
Vamos á echarle en su lecho,
Que ayudaros puedo yo.
(*Llévanle y vuelve Don Pedro.*)

ESCENA X.

DON PEDRO.

¿En ver al rey tanto afan
Y á puñaladas morir?
De lo que me iba á decir
Claros barruntos me dan.
Con él los muertos mantienen
Misteriosa relacion...
Con el rey por precision
Tambien relaciones tienen.
¡Incomprensible cadena,
Yo seguiré uno por uno
Tus eslabones, y alguno
Se deshará como arena.
(*Se pasea á pasos precipitados, y esclama mirando á la ventanilla.*)
Muertos que del nicho salen
Y los vivos asesinan,
Son, si á espacio se examinan,
Fantasmas que verse valen.

ESCENA XI.

DON PEDRO, BLAS SALE A LA PUERTA Y SE TIENE EN EL DINTEL, LA CABEZA INCLINADA SOBRE EL PECHO CON MUESTRAS DEL MAS PROFUNDO DOLOR.

Blas. ¡Amigo!
Ped. (¡Desventurado!)
¿Diego?
Blas. No le nombres ya:
¡Silencio! mi hermana está
Rezando aun á su lado.
Ped. Que llore es mucha razon.
Blas. Sí, que rece una mujer,
Pero algo mas ha de hacer
Un hombre en esta ocasion.
Ped. ¿Luego dijo....
Blas. Nada dijo,
Pero yo lo sé muy bien,
Que hay cosas que no las ven
Sino los ojos de un hijo.
(*Muy marcado.*)
Un hombre esta noche estuvo
Con mi padre hablando aquí,
Y yo con mi padre vi
Que muy descortés anduvo.
Ya de la puerta al dintel
Dijo: Encomiéndate al cielo....
A su tribunal apelo
Si quien le mata no es él.
(*Quedan ambos en silencio por un instante.*)
Ped. Esta noche irás conmigo
Y el rey te remediará.
Blas. ¿El rey? no voy; me ahorcará,
Que es del otro muy amigo.
Ped. ¿Y no hay justicia en Sevilla?
Blas. Dicen que con este rey
No hay mas razon mi mas ley
Que su capricho en Castilla.
Ped. Rapaz, la audacia perdono
Porque lastimado estás;
Pero no hables así mas
De quien se sienta en un trono;
Y escúchame un buen consejo,
Que lléveme Belcebú
Si no sé yo mas que tú
En la muerte de ese viejo.
¿Quieres con el hombre dar
Que á tu padre asesinó?
Blas. El alma daria yo
A quien me le haga encontrar.
Ped. Pues los secretos que encierran
Las tumbas, los saben bien
A estas horas....
Blas. Pronto, ¿quién?
Ped. Esos muertos que te aterran,

Blas. ¡Santo Dios!
Ped. Que no te atreves
A esperarlos, bien se ve;
Mas yo en tu lugar lo haré,
Y piensa cuanto me debes.
Yo hallaré el rastro á tu presa,
Te daré á ese hombre, y si él es,
Me has de ayudar tú despues
A poner cabo á la empresa.
¿Dices que de esa ventana
Se alcanza la iglesia á ver?
Blas. ¿Cielos, que intentais hacer?
Ped. Una caridad cristiana:
Vete, mancebo, á rezar
Por el que duerme allí echado,
Vete; yo soy un soldado
Y voy tambien á velar.
Blas. Mirad bien, que aunque parecen
Ilusiones del temor
Esos fantasmas, señor,
Mayor crédito merecen.
Mi padre me amenazó
Que quien osara mirar
Ni entender....
Ped. Vete á rezar,
Blas, que te lo mando yo.
Blas. Valiente sois, buen soldado;
Quédoos muy agradecido,
Mas de hinojos os lo pido,
Quede el postigo cerrado.
¡Oh, aunque me digais tenaz
Que son visiones del miedo,
Lo he visto y juraros puedo
Que hay un muerto pertinaz
Que en cerrárnosle se empeña!
Ped. Vete, que ha de estar abierto,
Y como asome ese muerto
Yo le daré santo y seña.
(*Don Pedro obliga á Blas á entrar en el cuarto donde entró su padre.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO.

Que lloren sus desventuras
Los hijos de un zapatero
Mientras busca un caballero
Con valor sus aventuras.
(*Entorna la ventana.*)
Dejo entornado el postigo
Y mato la luz; así
Veo y no me ven á mí
De las sombras al abrigo.
(*Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana.*)
Quien son los muertos veré,
Y si á toparlos acierto,
No me ha de quedar un muerto
Que sepa tenerse en pié.

ACTO SEGUNDO.

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada: en el fondo el átrio cercado de verjas de hierro; á la derecha el esterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió Don Pedro en el acto anterior.

—

PERSONAS.

DON PEDRO.
BLAS PEREZ.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
DON JUAN ROBLEDO.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
UN CONJURADO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN COLMENARES, SAMUEL LEVI.

Juan. Preciso matarle fué.
Sam. ¿Con que al cabo?
Juan. Sí, murió,
Que un dia mas de su vida
Fuera nuestra perdicion.
Duéleme mucho su muerte;
Pero á jugar, vive Dios,
Las nuestras contra la suya,
Lo hecho tengo por mejor.
Sam. Sí, por el santo Abraham;
¿Pero estais seguro vos
De que nadie mas que el viejo
Cayó en la cuenta?
Juan. Eso no;
Hermanos fuimos de leche,
Y era ese Diego un varon
Justo, inflexible y severo,
Que siempre pensó y obró
Segun su recta conciencia;
Y aunque tuviera ocasion
Fuera del rey, á ninguno
Parte de su intento dió.
Sam. Mas hijos tiene.
Juan. Samuel,
Desechad todo temor,
Los hijos como del vulgo
Canalla cobarde son;
Ni abrirán una ventana
Hasta muy entrado el sol,
Ni cerrarán una puerta

Sino antes de la oracion;
Y á gente tal en contándola
Cualquier patraña ó error,
La teneis siete semanas
Soñando con la vision.
Sam. En verdad, buen Colmenares,
Que os acude harto valor
Para arriesgaros á tanto.
Juan. Nunca, Samuel, me faltó
Ni la audacia ni el consejo
Cuando puestos en union
Me tentaron el antojo
Las grandezas y el amor.
Sam. Así corre vuestra fama
Por Sevilla, y así sois
El escándalo en el templo
Y en las calles el terror.
Juan. Vaya que estais esta noche
Filósofo; un hombre soy,
Y como tal mis pecados
Flaquezas humanas son.
Solo hallo una diferencia
Con los demas, y es que yo
Aborrezco á los hipócritas
Y obro con satisfaccion
Sin embozar mis flaquezas
Con disimulo traidor.
Sam. Bien meditado, Don Juan,
Tal vez no os falta razon,
Pero es el vulgo envidioso,
Injusto y murmurador.
Juan. ¿Qué diablos vais á decirme
Con tan prolijo sermon?
Que me place la hermosura,
Que á los regalos me doy,
Que mis inmensos caudales
Derramo con profusion,
Que tengo amigos, que tengo
Mucho en la corte favor.
¿Y eso qué tiene de estraño?
¿No haceis otro tanto vos?
Sam. ¿Y os olvidais ya, Don Juan,
Del bonete y del ropon?
Juan. Y os olvidais que me dieron
La prebenda como á vos
Del rey la tesorería?
Sam. ¿Cómo?
Juan. Vedlo en conclusion:
Yo era soldado, la guerra
Siendo rico me cansó,
El rey me queria entonces,
El cabildo enredador
De Sevilla, harto indiscreto,
No sé en qué le desairó.
Don Pedro, para humillar
Tan osada presuncion,
Sin mirar á mas razones
En el coro me sentó;
Con que soy un ave ambigua
Que estoy en disposicion
De volar y de correr
Como me venga mejor.
No recibí órden alguna;
Y á mi antojo, ved que voy
Llevando con igual brio
Las espuelas y el ropon.
Mas vamos á lo que importa:
¿El mensagero llegó?
Sam. Mañana llega.
Juan. ¿En secreto?
Sam. No, con mucha ostentacion,
Que trae comitiva y viene
Con nombre de embajador.
Juan. ¿Y es hombre de quien se fie?
Sam. A toda prueba.
Juan. ¡Por Dios
Que el atrevimiento es mucho!
Sam. No es, Don Juan, mucho mayor
Que señalar una iglesia
Por punto de reunion.
Juan. De audaces es la fortuna.
Ya veis lo bien que salió
Para apartar los curiosos
De los muertos la ficcion.
Sam. Aunque á bulto en poco estuvo
Si con nosotros no dió
El Justicia Benavides
Allá en el otro rincon.
Juan. ¡Oh, aquí seguros estamos,
Gracias á lo que costó!
Dos veces hemos venido,
Y mirad en derredor,
No hay una casa habitada,
Y el zapatero murió.
Pero el enviado, decidme,
¿Sabrá hacer...
Sam. ¡Santa Sion!
Médico, adivino, astrólogo,
Y mi huesped, ved, señor,
Si tendrá bien su lugar;
De sus consejos en pos
Enfermos, pobres y tontos
Le irán á implorar favor.
Entrarán cuantos quisiéremos,
Y tomarán de su voz
Nuestras órdenes, á guisa
De remedio ó prediccion.
Juan. ¡Soberbia idea, Samuel!
¿Y Aldonza?
Sam. En venir quedó,
Y aguardará del alcázar
Para salir la ocasion.
Pero, Don Juan, vamos claros,
¿La amais de veras?
Juan. ¡Pues no!
Es noble, astuta y hermosa.

Sam. Don Juan, que os asista Dios.
Juan. Y ademas Don Juan Lacerda,
Su cuñado, el reino entró
Por Córdoba.
Sam. Y su marido
Viene á ayudarnos.
Juan. Estoy
En que esta noche le esperan.
Sam. Celoso del rey, traidor
Se ha vuelto Albar de Guzman?
Juan. Nuestro es el rey.
Sam. Vámonos
Que alguien llega: desde el atrio
Veremos, Don Juan, quien son.
Juan. Si nos acechan ¡ay de ellos!
Arrojáos sin temor,
Y adelante.
Sam. En ese caso
Podeis arrojaros vos.
Juan. ¿Qué temeis?
Sam. Nada en resúmen;
Mas soy viejo, odio el rencor,
Y para matar cristianos,
Don Juan, no conspiro yo.
Juan. Pues ahora os digo lo de antes,
Samuel, que os asista Dios.

ESCENA II.

DON JUAN Y SAMUEL TRAS DE LAS VERJAS DEL ATRIO, ROBLEDO Y DOÑA ALDONZA CORONEL.

Ald. ¿Robledo, llegamos ya?
Rob. Este es el sitio, señora.
Ald. Tan solo y tan á deshora
Miedo este sitio me da.
Rob. Nada teneis que temer,
Que entre amigos os hallais.
Ald. ¿Que soy, Robledo, olvidais
Nada mas que una mujer?
Y aunque sagaz y ofendida
Es natural mi temor.
Rob. Cubriros fuera mejor
Con el lienzo.
Ald. Me intimida
Disfrazarme de este modo,
Y horror de mí misma tengo.
Rob. En que repugna convengo;
Mas esto lo salva todo.
(*Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hácia el fondo quedan de espaldas al espectador á manera de muertos con sus sudarios.*)
Rob. Oh, es muy feliz la invencion
De estos lienzos funerarios.
Ald. Pues de andarnos con sudarios
No es la mejor ocasion.
Rob. ¿Teneis tan poca esperanza?
Ald. Demasiada tengo acaso;
Mas Robledo, un solo paso
Puede arrastrar la balanza.
Rob. Tal vez alguno nos mira.
Ald. ¿No veis alguien á la puerta?
Rob. Nadie á venir aquí acierte
Si como vos no conspira.
Seguidme.
Ald. Vamos allá,
Que en vos confio, Robledo.
Rob. Venid, señora, sin miedo,
Que yo llamaré.
Juan. ¿Quién va?
Rob. Las ánimas.
Sam. Ellos son.
Juan. (Sepamos antes de entrar
Lo que se puede esperar
De las gentes de Aragon.)
Ald. ¿Sois vos Don Juan?
Juan. Sí, yo soy.
Ald. Gran miedo por vos pasé.
Juan. Miedo decís, ¿y porqué?
Ald. ¿No veis el trage en que estoy?
Sam. Guárdeos el cielo, señora.
Ald. ¿Tambien Samuel con nosotros?
Sam. Tambien Samuel.
Juan. Y aun hay otros
Que el conocerlos ahora
Trabajo os ha de costar.
Ald. ¿Y os esponeis tan temprano?...
Juan. Es el vulgo muy villano,
Y no se atreve á acercar.
Sinó por esta invencion
De los muertos, ya apostara
Que estábamos cara á cara
Há mucho con el leon;
Mas hicimos tan estrañas
Anécdotas referir,
Que nadie ha osado venir
Contra visiones tamañas.
Sam. Pues determinar es fuerza
De concluir lo mas presto,
Que es fácil que den tras esto
Y la fortuna se tuerza.
Juan, á Doña Aldonza. ¿Qué es de Don Albar Guzman?
Ald. Esta noche entra en Sevilla.
Juan. ¿Y el otro?
Ald. Contra Castilla
Dispuestos ambos están.
Sam. ¿Vuestro cuñado Lacerda
Sigue venciendo?
Ald. Sí á fe,
Y en él precavida até
Un cabo de nuestra cuerda;
Al otro está mi marido,
Que con los suyos atento

Aguarda solo el momento
Del ataque convenido.
Juan. ¿Trae gente?
Ald. Pocos, mas buenos,
Que por diferentes puertas
Entrarán.
Juan. Que estén abiertas
Se dispondrá.
Ald. Eso es lo menos:
Nuestros los alcaides son.
Juan. ¿Robledo, y la gente vuestra?
Rob. Mucha tengo, osada y diestra,
Dispuesta á la rebelion;
Pero sin armas están.
Juan. Cuando hagan al caso ireis.
Donde las encontrareis.
Rob. ¿Instrucciones?
Juan. Se os darán.
¿Y vos, Samuel?
Sam. Todo está
Preparado á la ocasion:
Granada con Aragon
Auxilio y favor nos dá.
Mahomad el rey Bermejo
A pretesto de embajada
Envia desde Granada
Un moro de su consejo;
Y pues no han de sospechar
De un embajador amigo,
Él hará que al enemigo
Puedan avisos llegar.
Juan. El legado del pontífice
Parte con nosotros toma.
Sam. De rebeliones en Roma
Hay muy práctico artífice.
Ald. Mas el rey...
Juan. Dejadme hacer:
Disoluto mozalvete,
Le daremos un juguete
Que le sepa entretener.
Ald. Estemos muy sobre aviso,
Que tiene mas de leon,
Cuya sangrienta aficion
Saciar antes es preciso.
Sam. Pues si al leon por ventura
Saciar antes interesa,
Yo le arrojaré una presa
Que satisfaga su hartura;
Y pues aunque entrado en años
De ser mozo no dejó,
Al leon dormiré yo
Y al mozo vuestros amaños.
Ald. Tanto amor le he de fingir,
Que milagros ha de hacer
Si es capaz de prever
Que en mi amor ha de morir.
¿Don Enrique?
Juan. Será rey.
Ald. ¿Contestó?
Sam. Contestó ya,
Y en sus poderes nos da
Por buenos ante la ley.
Juan. Nos deberá él la corona,
Rey el pueblo castellano,
Y el infierno otro tirano
Que le espera aunque le abona.
Ald. Vaya allá ¡viven los cielos!
De huesped de Lucifer.
Juan., á Doña Aldonza. Y con él puede correr
Albar Perez.
Ald., á Don Juan. ¿Teneis celos?
Juan. ¿No sois vos todo mi afan?
Ald. Mas viniendo mi marido...
Juan. Todo está ya prevenido.
Ald. ¿Qué decís?
Juan. Juntos irán.
Ald. ¡Vuestro amigo!
Juan. ¿Y qué tenemos?
¿No necesita una presa
El leon? darémosle esa.
Ald. ¡Don Juan!
Juan., señalando al judío. ¿Otra le daremos?
Ald. Me entendísteis.
Juan. Bien está:
Despachemos esa gente,
Que hace tiempo que impaciente
Tambien nos espera ya.
(*Entranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espaldas asoma y sale despues Don Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Perez.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

¡Por la Vírgen de Belen,
Leon de sangre sediento
Se dará el rey por contento
Con la presa que le den!
Y el cetro de un mozalvete
Mientras venden á Aragon,
Echarán carne al leon
Y al mancebo algun juguete.
(*Pasea á largos pasos y dice de repente.*)
¡Por Dios que si estando quedo
Necios á acosarle van,
Cuando ruja se echarán
Entre la yerba de miedo!
Voto á Dios, bando insensato,
Que hallarás al leon, sí;
Pero caerá sobre tí
Silencioso como el gato.
(*Vuelve á pasearse meditabundo.*)

¿Quién necio al primer embate,
Mal jugador de ajedrez,
Jugando la primer vez
Tira al rey un jaque mate?
¿Con trampas y alteraciones
Piensan el juego embrollar?
Empecemos á jugar
Moviendo algunos peones.
¡Blas!

ESCENA IV.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. ¿Qué quiere?
Ped. Ven acá:
¡Paréceme que decias
Que á tu padre vengarias!
Blas. ¡Sí por Dios!
Ped. Empieza ya.
Blas. No juegue con mi dolor,
Que por Cristo que le juro
Que aunque plebeyo y oscuro
Razon me sobra y valor.
Ped. La paciencia sin embargo
Te hace falta, tenla pues:
Yo sé el matador quién es.
Blas. ¿Quién?
Ped. La prudencia te encargo.
Blas. ¡Prudencia! ¿y vísteis morir
A quien me mandais vengar?
Ped. Ve la justicia á buscar
Y hazla contigo venir.
Blas. ¿De mí burlaros quereis?
Ped. ¿De Colmenares te olvidas?
Blas. ¿Ese fué?
Ped. El mismo.
Blas. Cien vidas
Que tuviera... lo vereis.
Ped. Pues yo le pondré en tus manos
Si traes la justicia tú.
Blas. ¡Justicia! por Belcebu
Que es auxilio de villanos.
¿Dónde está ese tigre cruel?
Dadme esa daga por Dios,
Y cierro delante á vos
A puñaladas con él.
Ped. Y si tal haces, menguado,
¿Llegarás á tu enemigo
Sin que tropiece contigo
La justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...
Blas. No temais, no le erraré.
Ped. Mejor es que se le dé
La justicia, que es mas fuerte.
Blas. ¿Ese consejo me dais
Y sois soldado del rey?
¿Os remitís á la ley
Y espada al cinto llevais?
Guardaos enhorabuena
Vuestros consejos, y ahora
Dejadme aguardar mi hora
Mal devorando mi pena;
Porque os juro que un zapato
No he de volver á coser,
Si es que yo le alcanzo á ver
Y allí mismo no le mato.
Ped. Bien está, le matarás.
Blas. ¿Cara á cara?
Ped. La manera
Ponla tú con tal que muera.
Blas. Vamos allá.
Ped. Tente, Blas:
Que tú lo harás, lo repito,
Mas con una condicion.
Blas. ¿Cuál es?
Ped. En esta ocasion
La justicia necesito.
Blas. ¿Para él?
Ped. Sí; cuando le prueben
Que el delito cometió,
Haré que á tus manos yo
Sentenciado te lo lleven.
¿Lo oyes?
Blas. No lo entiendo bien;
Mas no os puedo resistir:
Voy... y si vais á mentir
El cielo os maldiga.
Ped. Amen.

ESCENA V.

DON PEDRO.

Que le mates, eso quiero;
Que quien con su rey se atreve
Juste es que la muerte lleve
Por mano de un zapatero.
Que le mates es la ley,
Y así aprenderá de cierto
Que no hay un vivo ni un muerto
De quien tenga miedo el rey.
Alguien llega; si es amigo
De esa gente, antes de entrar
Se tendrá que confesar
A solas aquí conmigo.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.

Alb. (Esta la iglesia será
Si cuando señas me dieron
A traicion no me mintieron:
Pecho al agua.)
Ped. ¿Quién va allá?

Alb. ¡Las ánimas!
Ped. Adelante.
Alb. ¿Estais vos?
Ped. Por Don Enrique.
¿Y vos?
Alb. No hay porque me esplique
Sin que el misterio levante.
Ped. ¿No os dieron aquí una cita?
Alb. ¿Y aquí os citaron á vos?
Ped. Sí.
Alb. Y á mí.
Ped. Con que á los dos
Aquí se nos necesita.
¿Sois Lacerda, Mahomad
O Roma...? esperamos hoy
Sus avisos.
Alb. Guzman soy.
Ped. ¿Albar Perez? perdonad
Que á conoceros al punto
No os hubiera detenido.
¿Venís, Guzman, decidido?
Alb. A vencer ó ser difunto.
Ped. Eso sí: bien elegimos;
Ni un cobarde hay con nosotros,
Aunque en mucho mas que á otros
Por ofendido os tuvimos.
Alb. ¡Mucho sabeis!
Ped. Soy el ojo
Derecho de Don Samuel,
Y no me recata él
Ni su mas mínimo antojo.
¿Y os llegó su carta?
Alb. Sí
Ped. Ya vísteis lo que decia.
Alb. Y vos, pues todo os lo fia.
Ped. Como que yo la escribí.
(Fortuna fué que escribiera,
Que á ciegas le pregunté.)
Pues si mal no me enteré
Ya solo por vos se espera.
Alb. Voy pues á entrar.
Ped. Aguardad,
Que pues la suerte es propicia
Daros quiero una noticia.
Alb. Dadmela pues, y abreviad.
Ped., con intencion. Vuestra mujer os es fiel.
Alb. ¡Vive Dios...!
Ped. Sé que irritado
Con ella os habeis mostrado.
Alb., amostazado. ¿Y qué sé le importa á él?
Si contra el rey conspirais...
Ped. Del rey hablaros pensé.
Alb. Pues id derecho, que á fe
Que os juro que lo acertais.
Ped. Preso en sus lazos le tiene
Doña Aldonza.
Alb. ¡Ya volveis!
Ped. Si de él vengaros quereis
Hablar de ella vos conviene.
Alb. Seguid.
Ped. Por si torpe lengua
Su limpieza calumnió,
Sabed que hay quien defendió
Vuestra causa... aunque sin mengua.
Ella tiene al rey cogido;
Mas solo es para ayudar
Con su amor á conspirar
A su amigo y su marido.
Alb. ¿Su amigo?
Ped. Y vuestro mayor;
Pues á vuestra órden atento,
No se separa un momento
De ella, por cumplir mejor.
Alb. ¿Por quien me tomais á mí?
Ped. Por Don Albar de Guzman,
Y á fe que sin mucho afan,
Que vos lo habeis dicho así.
Alb. Pues estais mal informado,
Que yo no encargué á ninguno
Mi mujer.
Ped. Pues hay alguno
Que á su cargo la ha tomado.
Alb. ¿Quién?
Ped. Don Juan de Colmenares.
Alb. Os digo que os engañais.
Ped. Nada, Don Albar, temais
De quien sirve en los altares.
Pero entrad que os entretengo.
Alb. (¡Aviso mas singular!)
Decidme...
Ped. ¿Quereis entrar,
Que os esperan?
Alb. A eso vengo;
Mas quiero una esplicacion
De eso que ahora me habeis dicho.
Ped. ¿Traeis en finjir capricho?
Mas en fin teneis razon,
Que delicados asuntos
Son los asuntos de honor.
Alb. Quien no habla de ellos mejor
Cerca está de los difuntos.
Ped. ¿Me provocais? no hay por qué,
Mas si os ofendeis por esto,
Don Albar, estoy dispuesto
Y el caso os esplicaré.
Alb. ¿Cuándo?
Ped. Mañana, que fuera
Dar antes que sospechar.
Alb. ¿A qué hora y en qué lugar?
Ped. En mi casa y á cualquiera.
Alb. ¿Dónde morais?
Ped. De mi casa
Haré que os avisen, y ..
Pero entrad que pese á mí

Que el tiempo hablando se pasa.
(*Sube Don Albar las gradas del atrio deciendo :*)
Alb. (Por Cristo que me ha metido
Ese hidalgo en confusion.)
Ped., viéndole entrar. Para una conspiracion
No hay cosa como un marido.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

El dardo en él pecho lleva
Y á fe que le ha de estorbar;
Mas si le quiere tocar
La herida el mismo renueva.
(*Se echa á reir.*)
Poco hay en el otro mundo
Segun se ve de provecho,
Cuando un soldado ha deshecho
Su plan mas sabio y profundo.
(*Despues de un momento de meditacion, con ira, marcando el carácter inconstante del rey Don Pedro, dice :*)
Torres de orgullo y grandezas
Necios levantando están,
Mas otros levantarán
Su torre con sus cabezas.

ESCENA VIII.

DON PEDRO Y BLAS.

Ped. ¿Cumplísteis?
Blas. Sí.
Ped. No los veo.
Blas. Pronto los tendreis aquí,
Que mas me interesa á mí
Mi venganza y la deseo.
Ped. Escucha, Blas.
Blas. Ya os escucho.
Ped. ¿Serás capaz de esperar
A los muertos?
Blas, con temor. ¿Yo?
Ped. A juzgar
Por el *yo* los temes mucho.
Blas. Mas la pregunta ¿á qué asunto?
Ped. Es que te encargo en conciencia
Que tengas mucha prudencia
Si aparece algun difunto.
Blas. (Cómo no puedo entender
Hablar de muertos le gusta;
Nada á este hombre le asusta;
Mas nada le veo hacer.)
(*Uno de los conjurados aparece en el atrio, envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.*)
Blas. ¡Cielos!
Ped. ¿Qué es eso?
Blas, señalando al conjurado. ¡Mirad!
(*Blas cae de rodillas con la espresion del pavor mas concentrado. Don Pedro vuelve el rostro con serenidad.*)

ESCENA IX.

BLAS, DON PEDRO, UN CONJURADO.

Conjur. (Rumor oí segun creo,
No vendrá mal un paseo
Contra una curiosidad.)
Ped. Quieto, Blas, ó eres perdido.
Blas (Tamaño valor me pasma.)
Ped. (Dejemos que la fantasma
Nos diga á lo que ha venido.)
Conjur. Desventurado mortal,
Que pecador descarriado
A este lugar has llegado,
¿Quién eres?
Ped. Si no voy mal
Poco para muerto sabes,
Pues no conoces en mí
Un vivo que viene aquí
Por negocios harto graves.
Conjur. Eres pues...
Ped. Del otro mundo
Donde ya aguardando están
A Samuel y al de Guzman.
Conjur. (Es nuestro, si bien me fundo.)
(*Vase acercando á Don Pedro y mirándole de arriba abajo, estraña la capa echando menos el disfraz.*)
Que vengas de allá me alegro,
Aunque es tu disfraz muy franco.
Ped. Es que tu eres muerto blanco
Y yo soy un muerto negro.
Conjur. Negro ó blanco ¿á qué no entrar
Con nosotros?
Ped. Es que yo
Soy muerto que nunca entro
Donde le pueden cerrar.
Conjur. (¡Traidores hay pesia mí!)
Responda quien vá ó es muerto.
(*Al acercarse á Don Pedro, asiendo este su daga con disimulo, le da de puñaladas y va á caer fuera de la escena.*)
Ped. Quién los infiernos ha abierto
Esta noche para tí.
Conjur. ¡Cielos!
Blas. Por san Blas ¿qué es esto?
Con los muertos arrogante
Se los lleva por delante...
¿Qué hombre es este á Dios opuestó?
(*Vuelve Don Pedro limpiando la daga.*)
Ped. Bien muerto está el temerario.

Por Cristo que lo acertó
Cuando al conspirar tomó
Para envolverse un sudario.

ESCENA X.

BLAS, DON PEDRO.

Ped. Blas!
Blas. (Miedo este hombre me dá.)
Ped. ¿Qué tiemblas? ¿esto te asombra?
Ven, que un muerto es una sombra
Y al ver esta cruz se vá.
(*Muestra la daga.*)
Blas. (Temblando estoy de pavor.)
Ped. Vamos, ¿qué temes, muchacho?
¿No ves como los despacho?
Cálmate y cobra valor;
Que aunque entre el vulgo mantienen
Gran crédito los difuntos,
En viendo dos vivos juntos
Nunca á amedrentarlos vienen.
Blas. Así será, pues que veo
Que con ellos os cerrais
Y á estocadas los echais.
Ped. Que vengan muchos deseo:
Y aprende á hacerlo de mí,
Que muertos como el que has visto
No merecen, voto á Cristo,
Sino lo que á ese le dí;
Mas vienen.
Blas. Es la justicia.
Ped. Blas, silencio y confianza,
No malogres tu venganza
Por ceguedad ó impericia.
Aquí tu venganza empieza,
Y si sagaz me ayudares,
Lograrás de Colmenares
Por lo menos la cabeza.
Blas. Mas...
Ped. Silencio, ya lo ves;
Tú de mi poder testigo
Eres, con que sé, mi amigo,
Que te alegrarás despues.
Blas. (Todo es misterios este hombre;
Mas pues me halaga y me ayuda,
Tendré la lengua tan muda
Como su brazo y su nombre.)

ESCENA XI.

DON PEDRO, BLAS, LA JUSTICIA.

Ped. Mas vale nunca que tarde:
(*Con autoridad.*)
Que la justicia y la uncion
Matan con la detencion.
Justicia. ¿Quién se atreve?
Ped. Dios le guarde.
Justicia. ¿Para esto llamais la ronda?
Ped. Callad.
Justicia. ¿Quién manda callar?
Ped., le dice al oido. Quien puede hacer-
os ahorcar
Aunque la faz vos esconda.
(*Bajo á los de la ronda, le oyen todos menos Blas.*)
Esta noche han muerto aquí
A Perez el zapatero:
Aquí al agresor espero,
Y el cadáver está allí.
En su casa os esconded,
Y cuando mi voz oigais,
Al que en la calle veais
Sin mas respetos prended,
Y... para todos lo digo,
Ni el reo ni el tribunal
Han de saber, voto á tal,
Que habeis topado conmigo.
Imparcial que sea quiero
Del agresor la sentencia,
Que tan hombre es en conciencia
Como el rey el zapatero;
Con que adentro.
(*Al entrar los detiene.*)
¡Eh! y escuchad:
Con el muerto está su hija,
Nadie importuno la aflija
Por gracia ó curiosidad;
Y cuenta que por torpeza
O por malicia, espiar
Ose alguno este lugar,
Porque pierde la cabeza.
(*Entran y Don Pedro les cierra puerta y postigo.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO Y BLAS, QUE NO DEBE HABER COMPRENDIDO LA ESCENA ANTERIOR QUE PASA ENTRE DON PEDRO Y LA RONDA.

Blas. ¿Que van á hacer en mi casa?
¿No veis que mi padre está...?
Ped. Todo lo he previsto ya;
Tú atiende á lo que aquí pasa.
Tal vez volverán los muertos,
Entre ellos viene sin duda
Colmenares.
Blas. ¡Dios me acuda!
Ped. Y tenga tus desaciertos:
Aunque le veas venir
Estate quieto á mi lado.
Blas. Eso no, no, señor soldado,
Si le veo, ha de morir.

Ped. Pues dejo que pasen todos,
Que con tantos atreverte
Fuera correr á la muerte.
Blas. Lo haré así.
Ped. De todos modos
Llegó tu venganza, Blas:
Mas que en ninguna ocasion
Divulgue tu irreflexion
Lo que esta noche á ver vas.

ESCENA XIII.

DON PEDRO Y BLAS SE APARTAN A UN LADO; SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR, ROBLEDO, CONJURADOS, ETC.

Juan. Con que no olvidar, señores,
Que nuestros dias son tres,
El santo y la seña es
Animas y embajadores;
Entretanto con el moro
Que se aviste cada cual,
Y no le irá á nadie mal
Ni por armas, ni por oro. (*Vanse muchos.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, BLAS, SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA, ROBLEDO, ETC.

Juan. Ahora bien, hecho lo hecho,
Este lugar se abandona;
Enrique tendrá corona
Y nosotros gran provecho.
Ald. Adios, Don Juan.
Sam. Dios os guarde.
Alb., á Samuel. Él os ayude, Samuel.
Rob. ¿Os quedais?
Sam. Tengo con él
Que hablar.
Juan. Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV.

SAMUEL, DON JUAN.—BLAS Y DON PEDRO OCULTOS.

Sam. ¿Don Juan, la quereis aun?
Juan. ¿Pues en qué mudanza ha habido?
Sam. ¿No es Don Albar su marido?
Juan. ¿Y el peligro no es comun?
Sam. Pero...
Juan. ¿No hay en este lance
Averías de fortuna?
Pues no ha de faltar alguna
Que si me estorba le alcance.
Mas lo que hablarme teníais...
Sam. A eso voy: pues sois tan rico
Como yo...
Juan. ¿Qué?
Sam. ¿No me esplico?
En repartir bien haríais
Los gastos entre los dos.
Juan. Vuestra avaricia redobla,
Samuel, y por cada dobla
Llorais un cántaro vos.
Sam. Ya veis... tantos adelantos
Y tan exhausta la caja.
Juan. Ya se os hará una rebaja,
Que por ahora no son tantos;
Mas cuenta con que el dinero
Muchos os duela; tirad de él
Que en este caso, Samuel
La cabeza es lo primero.
Sam. Fio en vos.
Juan. Y sabeis bien,
Que por tal parcialidad
Os ofrece Mahomad
Medio reino de Jaen.
Sam. En el moro al fin tendré
Quien me ayude en un azar
(Y un escondido lugar
Donde el tesoro pondré.)
Buenas noches.
Juan. Id con Dios.

ESCENA XVI.

DON PEDRO, BLAS, DON JUAN; DESPUES LA JUSTICIA.

Juan. Ambiciosos miserables,
Cuyas manos insaciables
Van siempre del oro en pos.
Vete en paz hoy y atesora,
Que yo te haré levantar
Con tres palos un altar
Donde te llegue tu hora.
(*Mira á la casa del zapatero y dice marchándose.*)
Su infortunio me hace duelo;
Mas él se empeñó en morir,
Y entre los dos á elegir
Quiso lo mejor el cielo.
Ped., á Blas. Ahora tú.
(*Blas se arroja sobre Don Juan, y mientras este se defiende y la justicia los separa, sin que Don Juan vea de donde salen, dice Don Pedro.*)
Ped. ¡Favor al rey!
Juan. ¡Viven los cielos, villano!
Blas. ¿Y mi padre?
Justicia. Echadle mano.
Juan. ¿Qué es esto?
Justicia. Ayuda á la ley.

Blas. Ese á mi padre mató.
Juan. ¿Cómo? ¡infame!
Justicia. Basta ya,
Que ese hombre acusado está.
Juan. ¡Viles, asesino yo!
Blas. Y aun niega... dejadme á mí:
Ese hombre muerte merece;
Dádmele, me pertenece,
Yo soy el verdugo aquí.
(*Blas separado de Don Juan forcejea por llegar á él. Llevan á Don Juan por el lado opuesto á la casa de Diego Perez, y Don Pedro coge á Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.*)
Justicia, á Blas. Ea, atrás tú... y venid vos. *A Don Juan.*
Juan. Inocente...
Just. Sí sereis;
Pero allá se lo direis
A los jueces.
Juan. Sí por Dios.
Ped., á Blas. Ven aquí, y en mí te fia.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. Ved que me habeis prometido...
Ped. Que del crímen convencido
En tus manos le pondria.
Pues bien, pasado mañana
Te avisarán de un lugar
Donde has de ir á consultar
Sobre la justicia humana.
Blas. ¿Qué me importa...?
Ped., dale un bolsillo. Calla y ten.
Con esto el entierro harás
De tu padre y de *ese*, Blas;
(*Señalando al sitio donde cayó el conjurado á quien mató Don Pedro.*)
Y callando te irá bien.
Blas. (De sus ojos tengo miedo;
Por mas que al orgullo acudo
Me apura, me opongo, dudo;
Mas resistirle no puedo.)
(*Entra en su casa empujado ligeramente por Don Pedro.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO.

Bien; nada Don Juan sabrá,
Nada los jueces tampoco,
Y ese pensamiento loco
Adelante seguirá.
(*Se echa á reir, y dice yéndose y frotándose las manos con muestras de satisfaccion.*)
Y es justo que en horca acaben
Y al vulgo den que reir
Muertos que aun han de morir
Y que la hora no saben.

ACTO TERCERO.

Gabinete oriental en casa de Samuel Levi, destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas á los lados; mesa con tapete de grana, cogines, etc. Luz artificial.

—

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PEREZ.
DON JUAN ROBLEDO.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PEREZ.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
DON DIEGO GARCIA DE PADILLA.
JUAN.
DOS BALLESTEROS DE LA GUARDIA DEL REY.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ALDONZA CORONEL, DON JUAN DE COLMENARES.

Ald. Imposible, Don Juan; dirán si quieren
Que por capricho mujeril os quise,
Mas no penseis que mi decoro hollando
Así el blason de los Guzmanes pise.
Mucho os amé y os amo todavía,
Que negároslo aun fuera locura;
Mas seguiros liviana, Colmenares,
Tinta es su sangre...
Juan. Basta; estad segura
Que os comprendo muy bien: enhorabuena,
Trocar por un mal rey un buen marido,
Que merecia os pareció la pena;
Mas quien señora en un palacio ha sido,
Vivir no debe en opulenta casa,
Que de hidalgo solar al fin no pasa.
Ald. Me tentais demasiado la paciencia,
Señor Don Juan, tened esos dicterios,
Porque pican pardiez en insolencia;
Quien al rey escuchó fué mi venganza;
Mató á mi padre y vive en mi memoria.
Juan. ¡Qué diablos! ¿por tan poco una pendencia
Quereis armar? no somos hoy tan niños

Que no alcancemos ya la tecnológia
Y el sistema de amores y cariños.
Ald. Teneis, Don Juan, un alma depravada,
Incapaz de sentir, é indiferente
Dispuesto estais con sátira insolente
A reir de la cosa mas sagrada.
Juan. ¿Pues qué quereis? ¿que á fuer de caballero
Que errante corre á caza de aventuras,
Abra un palenque á voz de pregonero
Y haga hastillas por vos un par de lanzas
Ganoso de cosecha de esperanzas?
No es mi propuesta tan difícil cosa;
En cualquier asonada repentina,
Muere á manos de turba codiciosa
El patriota mejor tras de una esquina.
Ald. Basta ya, por mi vida, Colmenares.
Si la lengua arrostré del populacho,
Del rey Don Pedro por vengarme ansiosa
Vengo á mi padre y moriré gozosa:
Todo el mundo verá, por mas que os pese,
Que el corazon del rey no pretendia
Quien aguardando la ocasion, sedienta
Bebió la sangre que en su pecho habia.
Juan, con sarcasmo. Y embozando su amor con su venganza
Supo astuta volver á su marido
Celebrando su triunfo esclarecido;
Y este de su conducta satisfecho,
Cuando vos le digais *vengué á mi padre,*
Responderá tranquilo *bien has hecho.*
Ald. Mucho os mofais, Don Juan, de su desgracia,
Y á su enojo mostrais muy poco miedo
Cuando sabeis que recordaros puedo
Que no hablásteis con él con tanta audacia.
Juan. ¿Y por tan bueno me teneis, señora,
Que me lanzára á provocarle necio,
Cuando al fin de la fiesta no seria
Sino del vulgo fábula y desprecio?
Convengamos al fin en que por suerte
Bien entrambos á dos nos conocemos,
Y pues ambos á dos nos descubrimos,
Nada por fin entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar: quede aquí todo,
Y pues ambos un fin nos proponemos,
Justo es que cada cual llegue á su modo.

ESCENA II.

DICHOS, SAMUEL Y EL EMBAJADOR POR EL FONDO.

Sam. ¡Gracias á Dios!
Juan. Él nos ayude, amigos.
Emb. Grave susto nos disteis, Colmenares.
Juan, frívolamente. Los cielos ¡vive Dios! me son testigos
De que mas de una vez me dí por muerto,
Y de todos el fin tuve por cierto.
El oro derramé con manos llenas
Por penetrar el laberinto oscuro
De las dudas que entonces me acosaban,
Todos los cargos ví que se me hacian,
Y todos de asesino me culpaban,
Mas nada á fe de conspirar decian.
Sam. Mas los jueces...
Juan. Asaz interesados
Fallaron mi sentencia
Conforme á su interés, no á su conciencia.
Sam., con satisfaccion. La noticia indecisos esperamos,
Mas cuando esta mañana la supimos
Nos reimos, Don Juan, y respiramos.
Juan. El caso es muy donoso ciertamente,
No se ha visto sentencia mas graciosa;
Mas pasemos, señores, á otra cosa;
Na hay mas que hablar, con nuestro plan seguimos.
Sam. ¿Y el rey?
Juan. ¡Oh! mas que nunca confiado.
Hoy mismo con su mesa me ha brindado;
Mas yo sé bien, ó me alucino mucho,
Que espléndido banquete le preparo
Que ha de costarle por quien soy bien caro.
Emb. Abreviemos, si os place, de razones.
Sam. Sí, obremos de una vez, que no tenemos
A cientos ya á escoger las ocasiones.
Juan. Teneis razon, amigos, empecemos.
¿Los de Aragon?... (*A Doña Aldonza.*)
Ald. En la ciudad entraron;
Guzman con ellos la señal espera,
Y aquí vendrá, si la occasion le ayuda,
Favorecido por la sombra muda.
Emb. Mañana nos dará pública audiencia
El rey en el alcázar.
Juan, al Embajador. Ese tiempo le da nuestra sentencia:
Ea pues, ya sabeis cuanto hace al caso:
Emprended del oráculo la farsa,
Que entre la turba de cristianos locos
Que por mentiras os darán dineros,
Entrarán de los nuestros unos pocos;
No me los confundais con la comparsa.
(*A Doña Aldonza con galantería.*)
Dadme el brazo, señora,
Si aun alcanzo á serviros de escudero.
Ald. Pues no podeis ya ser mi caballero,
La última vez tomadle por ahora.

ESCENA III.

SAMUEL, EL EMBAJADOR.

Sam. Dejemos á esos necios embriagados
En sus ciegas y torpes vanidades.
Emb. Hablad de Don Enrique.
Sam. Ya consiente
En dar á Mahomad esas ciudades
Que le pide, tal vez muy exigente;
Pero es justo sin duda
Que pague cara su eficaz ayuda.
Emb. ¿Dará, pues, los poderes necesarios?
Sam. No, pero pues tan varios
Sucesos prestarán mil ocasiones
De ellas, se quitarán las guarniciones,
Y con faz de sorpresa
Tomareis lo que os toque de la presa.
Emb. Quedará, pues, Castilla
Reducida á un pedazo de terreno...
Sam. Sí, donde ondule el pabellon ajeno.
Emb. Permitid que os replique,
Samuel, puesto que tanto os interesa,
Segun se vé, su causa,
¿Porqué aquí no os quedais con Don Enrique?
Sam. No mas reyes que pobres y altaneros
Nos adulan menguando su grandeza
Y nos pagan despues crueles y fieros
Dando á su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro
Desde hoy ofrezco si los quiere al moro.
Emb. Ya veis lo que os escribe
Mi rey, y claro está que os los recibe.
Sam. Llevad á cabo, pues, lo comenzado.
Emb. ¿Habeis ya á nuestras gentes avisado?
Sam. Hoy avisados fueron;
Mis amigos y fieles servidores
Por el vulgo las nuevas esparcieron
De que el muy sábio embajador que cura
Del ánimo y del cuerpo los dolores,
A admitir se dispone sus visitas,
Y ya el crédulo vulgo se apresura
A consultar al mago
En el silencio de la noche oscura.
Emb. Está bien: á los jefes instruidlos
Del ridículo oráculo;
Lo que importe decidlos,
Yo al vulgo engañaré.
Sam. Y poned cuidado,
Vendrá larga caterva de importunos
Y de necias muchachas engañadas,
Tras de esperanzas mentirosas unos,
Tras de ventura y predicciones otros,
Pero vendrán entre ellos
Las ánimas, que esperan de nosotros,
No plegarias mentidas ni oraciones,
Sino armas afiladas,
El oro y las secretas instrucciones
Que le serán por vuestro labio dadas.
Emb. Presto, pues, el oráculo empecemos:
A los nuestros daremos lo que importa,
Y al vulgo sin razon le mentiremos.

ESCENA IV.

SAMUEL Y EL EMBAJADOR SALEN POR LA DERECHA: APARECEN EN SEGUIDA POR UNA PUERTA FALSA DE LA IZQUIERDA DON PEDRO CON DON DIEGO GARCIA DE PADILLA Y DOS BALLESTEROS DE SU GUARDIA.

Ped. ¡Aquí, lebreles, y alerta!
A la primera señal
Le echais al cuello un dogal
Y le ahorcais en esa puerta.
Pad. Ved que es ese hombre, señor,
Embajador de Granada.
Ped. ¿No acuso, pues, la embajada
Si cuelgo al embajador?
(*Padilla y los ballesteros se retiran; Don Pedro va á ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared.*)
Ped. Yo cazo por aficion
Ya un insecto, ya una fiera;
Pues hallo esta ratonera,
Cazemos este raton.

ESCENA V.

VUELVE EL MORO, Y AL CERRAR LA PUERTA SE HALLA CARA A CARA CON DON PEDRO, QUE ECHA MANO A LA LLAVE Y QUEDAN UN MOMENTO EN SILENCIO MIRANDOSE UNO A OTRO.)

Ped. Buenas noches nos dé Dios.
Emb. (¿Por dónde ha entrado este hombre?)
Ped. Nada hay aquí que os asombre.
Emb. ¿Sois?
Ped. Un hombre como vos.
Emb. ¿De la casa?
Ped. Justamente.
Emb. ¿Amigo de Don Samuel?
Ped. Mucho.
Emb. ¿Y por mandato de él
Venís á mí?
Ped. Cabalmente.
Emb. Pero en mi mente no cabe...
Sin tropezaros en mí,
¿Cómo habeis entrado aquí?
Ped. Por el ojo de la llave.
Emb. ¿Qué es esto, venís de mofa?
Ped. ¿Unos muertos no esperais?

Que se aparezcan dudais,
Pues, las gentes de esa estofa...
Emb. ¡Cómo!
Ped. ¿No oísteis decir
Que un muerto espíritu es
Y no necesita piés
Ni por dónde, para ir
Ni venir?
Emb. Mas no comprendo
Por Alá.
Ped. Tened paciencia;
Yo os esplicaré mi ciencia,
Y ya lo ireis comprendiendo.
(*Tiéndese Don Pedro en un almohadon, y sigue diciendo en tono burlon.*)
Hay sábios tan probrecitos
Que tras cualquier embustero,
Se van hácia el matadero
Dóciles como cabritos.
Hay muertos tan infelices
Que á pocas apariciones,
A tumbos y á tropezones
Dan en tierra de narices;
Y hay astrólogos tan rudos,
Tan menguados adivinos,
Que en lo que hace á sus destinos
Sus horóscopos son mudos.
(*Hace el moro un movimiento de resistencia.*)
No resistais, voto á tal,
Que vengo muy bien armado,
Y cogiéndoos descuidado
El combate no es igual.
Que sois he oido decir
Un mago mas que mediano:
Tomad; aquí está mi mano,
(*Tiende la mano armada con guantelete.*)
Decidme mi porvenir.
Emb. (Disimulemos par diez
Quién es hasta descifrar.)
Aunque era justo negar
Respuesta á tanta altivez,
Porque no cede la ciencia
A la fuerza ó la amenaza,
Os disimulo la traza
De tan rápida exigencia.
Ped. Ved que tambien adivino
Soy, y á mi vez os diré
Poco ó mucho lo que sé,
Que os guarda vuestro destino.
Emb. Entonces esta molestia
Nos podemos escusar.
Ped. (Aun voy con él á cerrar
Como quien caza una bestia.)
¿Con que no sabeis decir
Ni mirando á lo pasado,
Lo que ha sido de un soldado,
Ni cuál es su porvenir?
Emb. (Dudando estoy.)
Ped. Bien está;
Pues reservado os guardais,
Fuerza es que de vos oigais
Lo que fué y le que será.
Vos fuísteis Marcos Martin,
Que en sus traidores afanes
Servísteis á los Guzmanes,
Y les vendísteis por fin.
La razon os la diré:
Cuando un bastardo ser quiso
Rey de Castilla, preciso
Buscar un veneno fué.
Emb. ¡Cielos!
Ped. Le aprontásteis vos.
Descubierto, con el oro
Que hurtásteis, fuísteis al moro
Y renegásteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
En Granada á conspirar,
Cuando rey se hizo llamar
Os hizo de su consejo.
(*Un momento de pausa.*)
Te he dicho, Marcos Martin,
Lo que ha sido tu pasado;
Atiende ahora con cuidado,
Que voy á hablar de tu fin.
O con la mia se acuerda
Tu voluntad desde hoy,
O te juro por quien soy
Que bailas en una cuerda.
Emb. (Rendirse sin pelear
Fuera locura estremada.)
Ped., con altivez. ¿Qué dices?
Emb. No digo nada.
Ped. ¿Eso es negar ú otorgar?
Emb., arrancando con indignacion.
¿Por quién me tomais á mí,
Mortal miserable y necio,
Que viene á poner á precio
Mis pareceres aquí?
¡Necio de mí, si mi ciencia
Quien sois no me revelara!
Ped. ¿Y es perspicacia tan rara
De tu ciencia ó tu conciencia?
Emb. Vos, criado entre traidores,
Traiciones do quier soñais,
De las estrellas dudais,
De sabios y de doctores.
(*Con tono de inspiracion. Don Pedro trémulo de ira.*)
Yo vine de mi señor,
Con mi ciencia poderosa,
De vuestra nacion leprosa,
Médico y embajador.
¿Y de una historia indecente
Me haceis el protagonista?

Ped., levantándose, dando una patada en el suelo. ¡Nuestra Señora me asista,
Y aun hablará el insolente!
Escucha, sabio doctor
Y embajador compasivo,
Voy á desollarte vivo
Y á mandarte á tu señor.
¿Piensas que tengo tan flaca
La memoria, ó tan menguado
El enojo, que irritado
Mi cólera el tiempo aplaca?
Siervo apóstata, asesino
Mal comparado, vil ladron,
¿Piensas que es tu salvacion
Ese disfraz de adivino?
Despoja de esos trebejos.
(*Arráncale de un tiron la capellina que le cubre todo.*)
¡Padilla!

ESCENA VI.

PADILLA Y DOS BALLESTEROS APARECEN A LA VOZ DE DON PEDRO; MIENTRAS MARCOS NO ACIERTA A VOLVER DE SU ASOMBRO, LE ASEN, LE DESPOJAN DEL TURBANTE Y DEMAS UTILES QUE HAN DE SERVIR PARA EL DISFRAZ DE DON PEDRO, Y LE LLEVAN.

Ped. A ese embajador
Servirás de confesor;
Guárdale bien y no lejos.

ESCENA VII.

DON PEDRO.

¡Darán al mozo un juguete
Y alguna presa al leon!
Por Dios que de diversion
Servirán al mozalvete.
(*Hace lo que va diciendo.*)
Cálome esta mantellina,
Coloco la luz de modo
Que en sombra quede yo todo,
Mientra el resto se ilumina.
Abro, me cubro, me siento,
Y á adivinar me preparo;
A fe mia que muy caro
Pagan mi entretenimiento.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, BLAS.

Blas. Este es sin duda el doctor.
Ped. ¿Quién va?
Blas. Blas Perez.
Ped. (¡Por Cristo
Que está al reclamo bien listo!)
Diga pues.
Blas. (Dame pavor
Tan meláncolica estancia.)
Es el caso... yo... (No sé
Como empezar.)
Ped. (Siempre fué
Tan cobarde la ignorancia.)
¿En fin, qué quiere de mi,
Blas Perez?
Blas. Venganza quiero.
Ped. ¿Y de quién?
Blas. De vos la espero,
Pues me encaminan aquí.
Ped. ¿Y qué es ello?
Blas. Ello es, señor,
Que hace tres noches, en una
Lluviosa y negra, oportuna
Para el cobarde y traidor,
Mi padre...
Ped., interrumpiéndole. Bien, le mataron.
Blas. Sí, murió á manos de un hombre...
Ped. Colmenares, sé su nombre...
Blas. ¿El hecho pues os contaron?
Ped. ¿Qué es mi saber en esencia
Si lo pasado no acierto?
Blas. (Si le habrán dicho que ha muerto
Los hombres y no su ciencia!)
Ped. Sea como quiera, adelante:
Un soldado te ayudó,
Y por él la ronda dió
Tras de ese hombre en el instante.
A él te arrojaste audaz,
Mas te detuvo el soldado,
Que aun no era el tiempo llegado
Para tal temeridad.
Blas. Todo lo sabeis sin duda,
Y puesto que á vos me envian,
Está claro que sabian
Que me podeis dar ayuda.
Ped. ¿No te la dió el tribunal?
Blas, con desprecio. Si Dios otra vez naciera,
Y entre sus uñas cayera,
Pasáralo á fe muy mal.
Ped. ¿No hay pues justicia en Sevilla?
Blas. Fué mi padre zapatero.
Ped. ¿Quién en la ley es primero?
Blas. Los mas ricos en Castilla.
Ped. Mire el mozuelo insolente
Lo que dice antes de hablar.
Blas. Ved si me habeis de vengar
O me vuelvo.
Ped. Blas, detente;
¿Tan mal te trató la ley
Que asi decidido estás?
Blas. Y no me volviera atrás

Aunque atropellase al rey.
¡Oh mataré á Colmenares
Donde quiera que halle espacio,
En la calle, ó en palacio
Aun al pié de los altares.
Ped. ¡Impío!
Blas. Seré imparcial,
Obraré con mi enemigo
Como el tribunal conmigo.
Ped. ¿Pues cómo obró el tribunal?
Blas. Qué, no lo sabeis, señor?
El tribunal por su oro
Le priva un año del coro,
Que en vez de pena es favor.
Ped. ¿Eso mas?
Blas. Con que es decir,
Que al cabo por buena cuenta,
Cobra como antes su renta,
Al coro sin asistir.
Ved pues, si tengo razon;
Y si vuestra ciencia alcanza
A mi padre á dar venganza,
Buscad presto la ocasion.
Ped. (Fuego de Dios en el mozo
Y que derecho se va
A su asunto.) Bien está,
Concédote sin rebozo
La razon, pues es tan clara;
Y pues por venganza vienes,
¿A que te ponga te avienes
Al matador cara á cara?
Blas. ¿Que si me avengo? ¡sí á fé!
Ped. Mañana á palacio irás,
Con eso paso te harás (*Dale una seña.*)
Hasta donde alguien esté
Que te ponga en la ocasion.
Blas. ¡Yo á palacio! fuera yerro,
Me echáran de él como á un perro
Al saber mi condicion.
Ped. Si á tu padre has de vengar,
Tal órden has de cumplir.
Blas. Con esto á palacio he de ir...
¿Y qué falta me hace entrar?
Ped. Obedece á tu destino,
Que así dispone que muera,
Porque si le matas fuera
Te ahorcarán por asesino.
Blas. Vos quereisme hacer el bú,
Y puede ser... ¡vive el cielo!
Ped. Obedece, rapazuelo,
A quien sabe mas que tú.
(*Don Pedro se levanta y le pregunta con imperio.*)
¿Diste á Diego sepultura?
Blas. Se la dí.
Ped. ¿Y al otro?
Blas., *asombrado.* ¡Cómo!
Sabeis tambien!...
Ped. Piés de plomo
Necesita esta aventura:
Tenlos y no olvides, Blas,
Que quien con muertos pelea,
Es muy posible que lea
Tus pensamientos, y mas.
¿Con la bolsa del soldado
Enterraste á los dos?
Blas. La misma noche. (Por Dios,
Que esto no se lo han contado.)
Ped. ¿Hablarán los que lo hicieron?
Blas. Su oficio es solo enterrar.
Ped. La lengua pues se han de atar
O sepultura se abrieron:
Mañana á palacio.
Blas. Iré.
Ped. ¿Me tienes mas que decir?
Blas. Nada mas.
Ped. Te puedes ir
Y hasta mañana.
Blas. ¿Os veré?
Ped. ¿No te prometió el soldado
Darte á Colmenares?
Blas. Sí.
Ped. Pues lo que él promete, á mi
Cumplir me está encomendado.
(*Al despedirle.*)
Y crée, Blas, al adivino:
Quien los misterios no calla
De este cuarto, por él halla
Del otro mundo el camino.
Blas. (Seguiré á fe su consejo,
Que todo este hombre lo sabe,
Y el negocio es harto grave,
Pues que se arriesga el pellejo.)
Ped. ¿Qué aguarda?
Blas. Yo mas quisiera
Preguntar... mas tengo miedo.
Ped. Vete, que en vengarte quedo.
Blas. Mas decid...
Ped. Váyase fuera.

ESCENA IX.

DON PEDRO.

Mató á Perez Colmenares
Y el crímen pagando en oro,
Prívanle un año del coro...
¡Y matan á otros pelgares
Por robar un alfiler!
Bien... ¿La justicia atropella
Mi justicia? haré con ella
Lo que ella acostumbra á hacer.
Alguien llega. ¿Quien va allá?
(*Vuelve á colocarse como al principio á la sombra de la lámpara.*)

ESCENA X.

DON PEDRO, ROBLEDO.

Rob. Animas y embajadores.
Ped. (Aquí empiezan los traidores.)
¿Está todo?
Rob. Todo ya,
Solo falta repartir
El oro que ha de pagar,
Los brazos que han de lidiar
Y armas con que han de reñir.
Ped. Tomad, en ese bolson
Lo necesario teneis.
Las armas encontrareis
En San Benito.
Rob. ¿No son
Los monges del rey amigos?
Ped. Que eso crean es muy bueno,
Que así estará el rey ajeno
De haberlos por enemigos.
Rob. Eso, sí, podeis fijar
Seña y hora.
Ped. Con prudencia
Meted gentes en la audiencia
Que mañana me han de dar.
Rob. Luego mañana....
Ped. Así es:
Al oir el esquilon
Sable en mano y al salon.
Rob. Allí muere á nuestros piés.
Ped. ¿Quién parecer le ha pedido?
Rob. ¿A un mismo fin coligados,
No estamos todos?
Ped. ¿Pagados
No habeis vosotros venido?
Rob. La canalla sí, yo no.
Ped. ¿Qué prendas derecho os dan
A ser mas? ¿en dónde están
Las gentes que pagais?
Rob. ¿Yo?
Soldado valiente soy,
Que arriesgo en esta partida,
Sino mis doblas, mi vida.
Ped. Por canalla pues os doy,
Que eso arriesga la canalla
Cuando á los palacios osa,
Y es que no tiene otra cosa
Que perder en la batalla.
Rob. ¡Vive Dios!
Ped. Calle y va bien,
Que pues en esta querella
Arriesga él tanto como ella,
Canalla será tambien.
Rob. Hombre soy....
Ped. ¡Por Satanás,
He aquí lo que son soldados!
Beben y riñen osados
Y no sirven para mas.
Robledo, llévate ese oro;
Las armas en San Benito,
Y mañana al primer grito
En el salon junto al moro.
Robl. ¿Pensais pues, herege vil,
Que muchachos de una escuela
Nos llevais tan sin cautela
Como ovejas al redil?
Iguales hemos de ser,
Pues lidiamos por igual;
O vais á pasarlo mal,
Por vida de Lucifer,
Que no faltará quien, roto
Algun cabo de la rueda,
Romper el círculo pueda....
Ped. (Si habla mucho le acogoto.)
Dígoos que ireis á palacio
Con vuestra gente pagada,
Y á la primer campanada,
Fuego; y no os andeis reacio,
Porque paga vuestro cuello.
Rob. Pues bien.
(*Don Pedro impaciente se levanta y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hácia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas armadas de acicates y mallas, á usanza de los caballeros cristianos.*)
Ped. Eh, largo de aquí.
Robl., mirándole á los piés. ¡Santo Dios!
¿calzan así
Los moros?
Ped. (Topó con ello.)
(*Llévale Don Pedro á la fuerza hasta la puerta y dícele con voz siniestra.*)
Ped. Dicen que es por las pezuñas
Fácil con el diablo dar. (*Muéstrale un pié.*)
¡Ay si llegais á contar
Que le habeis visto las uñas!
(*Le enseña una mano armada de guantalete y cierra la puerta dejándole fuera.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO.

Si le digo al fin quien soy
A darle muerte me obligo;
Mas si quien soy no le digo,
Todo lo descubre hoy.
¡Oh, harále prudente el miedo.
¡Padilla!

ESCENA XII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Si á San Benito
No va, por Cristo bendito
Que me prendais á Robledo.
Pad. Han de recelar, señor,
Los demas de esa medida.
Ped. Pues prométele la vida.
Pad. Dineros fueran mejor,
Que tal vez desesperado,
Si alcanza que ha de morir,
Se negará á consentir,
A su partido obligado.
Ped. Entonces poco me importa;
Si se niega le ahorcarás,
Y tras él á los demas.
Así es la funcion mas corta.
Pad. Si permitís que os pregunte
Sin desacato, señor,
¿No era eso mucho mejor?
Ped. Mil gracias por el apunte.
Pad. Si os ofendí, perdonad.
Ped. ¿No sabeis que ellos decian
Que al leon entretendrian?
¿No se entretiene en verdad?
Dúrale la diversion
Mientra el hambre no le apura;
Esto es, el juguete dura
Mientras harto está el leon.
Pad. Pero advertidos de cierto
Tarde ó temprano...
Ped. Ya basta,
Padilla; mientras se gasta
Mi juguete me divierto.
Pad. Mas no perdais la ocasion
Por un infantil capricho.
Ped. Me divierto, y está dicho.
Darles quiero una leccion.
Ya vistes el vulgo necio
Que se agolpaba al umbral.
¿No merece, voto á tal,
Mi burla con mi desprecio?
En pos viene del oráculo
De un decantado adivino,
Y le usurpa ese asesino
De la ciencia el tabernáculo.
Contra su rey conjurados
Porque igual premia y castiga
En larga y secreta liga,
Su alcázar minan osados.
Al vulgo insensato admiran,
Y á pretesto de arte mágico,
A un fin mas sangriento y trágico
Con sus misterios conspiran.
Ahora bien, pues cazadores
Sin tiento cuadrilla loca
De su cueva hasta la boca
Siguen al leon vencedores,
De sus peñas al abrigo
Saldrá el leon de repente.
Pad. Mucho ese dicho insolente
Os picó.
Ped. Padilla, amigo,
Confiésolo, pues me obligas;
Los tigres, los elefantes
Provocan al leon pujantes,
Mas le insultan las hormigas.
¡Oh! pues astuto y mañero
Todas por fin las junté;
Mañana las pisaré
Al cegar el hormiguero!
(*Padilla se retira á una seña de Don Pedro.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO VUELVE A COLOCARSE TRAS DE LA MESA, COMO ANTES, Y SALE TERESA CON MANTO QUE LE CUBRA EL ROSTRO.

Ter. ¿Sois vos el sabio doctor
Que duelos del alma cura?
Ped. No es mi ciencia tan segura
Que alcance á todo dolor.
¿Quién sois?
Ter. Soy una mujer
Pobre, triste y desvalida,
A este lugar impelida
Por sus cuitas.
Ped. Puede ser
Que contenta no salgais,
Pues siendo tan desdichada
La verdad no será nada
Propicia. ¿Cómo os llamais?
Ter. Mi nombre, ¿qué importa aquí?
Sé que obedece la ciencia
Con lisonja á la opulencia,
Mas yo del vulgo nací.
(*Deja en la mesa una moneda.*)
Sin embargo, esto es, señor,
Cuanto un pobre os puede dar;
Ved si eso puede comprar
Vuestra ciencia.
Ped. No es valor
Que se paga con dinero:
Guardaos eso; decid
Lo que quereis, y advertid
Que en todo ayudaros quiero.
Ter. Dos cosas que consultar
Tengo.
Ped. Decid la primera.
Ter. Saber en dónde, quisiera,
A un soldado podré hallar.

Ped. La segunda.
Ter. El nombre oir
Del traidor que hace tres dias
Mató á mi padre.
Ped. ¿Teníais
Antes del padre morir
Sospecha de azar tan duro?
Ter. Si lo hubiera sospechado,
Señor, le hubiera salvado.
Ped. (¿Es ella? aun no estoy seguro.)
¿Murió tu padre en la calle?
Ter. Sí, señor.
Ped. ¿A puñaladas?
Ter. Sí, señor.
Ped. ¿Eran pasadas
Las ánimas al matalle?
Ter. Sí, señor.
Ped. ¿De ello testigo
Fué ese soldado á quien vas
Buscando?
Ter. Así fué.
Ped. ¿Quizás
Le amaste?
Ter. Mostróse amigo
De mi padre, y...
Ped. Di á tu hermano
Que aquel que mañana vea
Que en la audiencia real pasea
Departiendo mano á mano
Con el rey, ese es el hombre...
Y en cuanto á ese otro soldado
A quien buscas, ha mudado
Trage, condicion y nombre.
Ter. ¿Pero verle no podré?
Ped. Y si el que buscas no es ya,
¿De qué hallarle te valdrá?
Ter. Mis cuitas le contaré:
Las fiaré á su cuidado,
Y amante ó compadecido,
Valiente sé que ha nacido,
Y obrará como soldado.
Ped. Mucha fe tienes en él.
Ter. Le amo, y vengaráme al cabo,
Que le llaman Pedro el Bravo.
Ped. Y tambien Pedro el Cruel.
Ter. No será entre las mujeres
Donde use nombre tan fiero.
Ped. ¿Tanto le quieres?
Ter. Le quiero.
Ped. Pues, Teresa, no le esperes;
Pedro es un valiente, sí,
Te vengará porque es justo;
Mas aunque oirlo sea susto
No es ya Pedro para tí.
Ter. Razon no alcanzo, señor.
Ped. Hay entrambos largo trecho
Y es un mal que ya está hecho.
Ter. Todo lo iguala el amor.
Ped. ¡Imposible!
Ter. Yo no digo
Que si es rico, noble, avaro,
Mi amor me pague tan caro
Si con mi amor no le obligo.
Si (aunque pensarlo me pesa)
Con otra casado está,
El daño mortal será,
No para él, para Teresa.
No le humillará mi amor,
Si venga á mi padre y lava
Mi afrenta, seré su esclava,
Porque él será mi señor.
Si á alguien con amarle ofendo,
Nadie me podrá estorbar
Que pueda en silencio amar
Objeto que no pretendo.
Ped. (¡Pobre muchacha!) ¿Y si fuese
Pedro un falso y un traidor?
Ter. No conseguirá un error
Que por él no me interese;
Aun si miente le amaré.
Ped. ¿Y si es un vil, cuyo oficio
Te infama?
Ter. Haré un sacrificio,
Y su infamia partiré.
Ped. Y si su conducta loca
Con depravada intencion,
A tu orgullo con razon
Y á tu honor, Teresa, toca,
¿Le amarás?
Ter. ¡Siempre, aunque triste!
Lloraré mi desventura,
Y no habrá fin mi amargura
Si es verdad.
Ped. Tú lo dijiste;
Él sabia que hasta tí
No se podia bajar,
Y te enamoró á pesar.
¿Quieres aun buscarle?
Ter. Sí.
La última vez verle quiero,
Y en nombre de aquel amor
Voy á encomendar, señor,
Mi venganza á un caballero.
Ped. ¡Sí por Dios! y no te engaña
Tu amor, que si te ha mentido,
Te vengará arrepentido,
Que es quien es. (¡Mujer estraña!
Veamos.) ¿Antes tuviste
Que él otro amor?
Ter. Le olvidé.
Ped. ¿Quiérete aun?
Ter. No lo sé.
Ped. ¿Dice?
Ter. Que sí.
Ped. Mal hiciste.
Toma ese anillo; al mostrarle

Paso en palacio te harán,
Y hasta el rey te llevarán.
Ter. ¡Al rey!
Ped. A él debes llevarle;
Pedro Bravo estará allí:
Háblale... y lleva contigo
Al alcázar á ese amigo,
Que anda perdido por tí.
Ter. ¿Y qué relacion?...
Ped. No dudes,
Teresa: ¿de qué en conciencia
Me serviria la ciencia,
A que confiada acudes,
Si remedio no te hallara?
Ve á palacio y de contado
Verás á Diego vengado,
Y á Pedro Bravo la cara.
¿Quieres mas?
Ter. Si no temiera
Que mi empeño...
Ped. Di y concluye.
Ter. ¿De mí Pedro Bravo huye
Por desamor?
Ped. ¡Necio fuera!
Te quiere cada vez mas;
Pero sigue mis consejos;
Ama á Pedro desde lejos,
No se lo digas jamás.
Ter. ¡Me aterrais!
Ped. Tú eres muy bella,
Él es mozo, y aunque bueno,
Su amor es bruto sin freno
Que cuanto alcanza atropella.
Harto dije; vete pues.

ESCENA XIV.

DON PEDRO.

¿Con su deshonra qué gano?
No quiero ser tan villano
Con quien tan sincera es.
Casta y sencilla paloma
Presa en las redes de amor,
Que vayas libre es mejor
Que cruel gavilan te coma.
Yo te vengaré de mí,
Y al ver quien era y quien soy,
En que has de estimar estoy
Por lo que soy lo que fuí.
¿Quién va?

ESCENA XV.

DON PEDRO, JUAN, CON MANDIL Y CUCHILLAS AL CINTO.

Juan. Juan Cortacabezas
Con todos sus menesteres.
Ped. ¡Voto á san Gil! ¿y qué quieres?
Juan. Sabedor de mis proezas
Aquí me envió Don Samuel,
Para que hablara con vos;
Con que bien sabreis los dos
Para qué me envia él.
Ped. (¿Quien es este záfio?) Oriéntame
De tus hazañas, y á ver
Si me sirves.
Juan. Que saber
No hay mucho.
Ped. Despacha, cuéntame.
Juan. Llámome Juan, soy de oficio
Carnicero (ó cortador,
Si así os place), y tanto amor
Le profeso á mi ejercicio,
Que vendo al sol, y peleo
Por la noche, y de este modo,
Aunque igual no valgo todo
Siempre es igual el empleo.
Ped. Entiendo: ¿con que es decir
Que eres de esos que en Sevilla
Ponen precio á una cuchilla
Sin ir al rey á servir?
Juan. Ya ve usarcé, nunca falta
Quien refunfuñe de todo.
Ped. Pues ya se ve.
Juan. De ese modo
Siempre á un buen hombre le asalta...
Pues... dan en decir algunos
Que siempre mi calle á oscuras
Está, y otras mil locuras
Que á la fin...
Ped. Toma. (*Dale un bolsillo.*)
Juan. ¿Hay aquí
Precio...?
Ped. De un hombre no mas.
Juan. Bien vale por Barrabás.
Ped. ¿Te dijo el nombre Leví?
Juan. No.
Ped. Pues mañana temprano
Ve al alcázar, y que hacer
Te darán.
Juan. Ya empiezo á ver:
¡Válgame Dios soberano!
Yo oí decir que hay quien piensa
Que el rey... ¡oh, si fuera cierto!
(*Don Pedro le echa una mirada de desprecio, diciéndole con tono de ambigua interpretacion.*)
Ped. Juan, si tienes buen acierto
Doblarán la recompensa.
Vete.
Juan. ¡Si supiera tal!

ESCENA XVI.

DON PEDRO.

¡Cortacabezas! ¡Buen nombre!
Mañana veré si á ese hombre
Se le han dado bien ó mal.
¡Padilla!

ESCENA XVII.

DON PEDRO, PADILLA, DESPUES MARCOS MARTIN ENTRE DOS GUARDIAS.

Ped. Tráeme á ese mago.
(*A Marcos.*) Martin, pues tan mal empleas
Tu ciencia, es fuerza que veas
Los horóscopos que yo hago.
Ven acá: ese pergamino
Has de escribir á Samuel,
Y vas á fijar con él
Bueno ó malo tu destino.
Dile que oportuna ausencia
Es del caso, que está todo
Previsto, y que haga de modo
Que estén todos en la audiencia.
(*Marcos escribe. Don Pedro le mira con escrupulosa atencion.*)
Y ve que si un garabato
Te veo hacer que no entienda,
Tu vida tengo por prenda...
Escribe limpio, ó te mato.
(*Toma Don Pedro el pergamino y lo examina detenidamente.*)
Está bien, á una prision
Llevadle, y á la hora dada
Mañana irá su embajada
A dar al rey al salon.
(*Asen los ballesteros á Marcos que ha quedado en pié junto á la mesa donde escribió, y al pasarle por delante de Don Pedro le dice este:*)
Si obedeces vivirás:
De otro modo tu torpeza
Te costará la cabeza.
Padilla.
(*Mientras vuelve Padilla, Don Pedro cierra la puerta por donde han entrado los que se suponen venir de la calle, y descorre el cerrojo de la del fondo, que se supone dar á las habitaciones interiores de Samuel. Hecho esto y puesto el pergamino en parte visible de la mesa, vase hácia Don Diego Garcia de Padilla.*)
(*Salen y Padilla vuelve á la voz de Don Pedro.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Con él irás;
Que no hable ni al confesor,
Y en cumpliendo su embajada,
En una caja cerrada
La cabeza á su señor.
Pad. ¿No le dijísteis?...
Ped. Lo siento;
Mas tener cuenta es preciso
Del refran con el aviso:
Quien hace un cesto hará ciento.

ACTO CUARTO.

—

PERSONAS.

DON PEDRO.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PEREZ.
DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
EL CARDENAL, LEGADO DEL PONTIFICE.
ROBLEDO.
JUAN.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PEREZ.
CORTESANOS, PRELADOS, DIGNATARIOS ECLESIASTICOS Y CIVILES DE TODAS CATEGORÍAS, ACOMPAÑAMIENTO DEL LEGADO Y DEL EMBAJADOR, BALLESTEROS DEL REY, CONJURADOS Y PUEBLO.

La escena pasa en el alcázar de Sevilla.

—

PARTE PRIMERA.

Galería corta con puerta en el fondo, en el alcázar de Sevilla.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DOÑA ALDONZA.

Ped. ¡Eso dicen! vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden.
Si aun nos queremos los dos,
Bien lo veis, hermosa, vos.
Ald. Meter cizaña pretenden.
Ped. Eso sí, y por mejor prueba
Os voy á decir la nueva
Con que me han venido á mí:
Que Albar Perez está aquí.

Ald. ¡Cuento!
Ped. El aire se lo lleva.
¡Oh! pero ved la perfidia
Con que lo cuentan; añaden
Que Lacerda ya no lidia
Por el rey.
Ald. Dichos de envidia.
Ped. Al menos me lo persuaden;
Mas no es eso todo aun,
Os hacen de mancomun
Con vuestro pobre marido,
Que anda de celos perdido
Fraguando el daño comun.
Ald. ¡Pero vos no lo creereis!
Ped. ¿Yo? ¡ni por pienso! Escuchad:
Aun hay quien dice que habeis
Vos bajado á la ciudad
A verle.
Ald. Y vos...
Ped. Ya lo veis:
Siempre en vuestros ojos preso,
Perdido siempre de amor,
Desprecio al vulgo sin seso,
Y aun casi me agrado de eso
Por confundirlos mejor.
Ald. Mas dejadme preguntaros:
¿Qué se hace vuestra Padilla?
Ped. Indicios me dais bien claros
De que ha podido enojaros;
Mas ved que no está en Sevilla.
Ald. ¿No la volvereis á ver?
Ped. Tuviérala por muy fea
Tras de veros.
Ald. Váisme á hacer
La mas dichosa mujer.
Ped. Eso mi amor os desea.
Ald. ¡Oh! será mientras aliente
Mi anhelo amaros, mi gusto
Serviros, eternamente
Ser vuestra.... y murmure injusto
El populacho insolente.
Sois el sol con cuya lumbre,
Con cuyos vivos reflejos
Se goza la muchedumbre,
Y envidia que el sol me alumbre
De cerca y á ella de lejos.
Ped. Decís, Aldonza, muy bien:
Os envidian porque os ven
Junto al sol radiante estrella,
Mas será fuerza que á ella
Den culto á la par tambien.
¡Oh! soy quien soy en Castilla,
Y acatarán mis antojos;
Que de no, fuera mancilla
Para mí, luz de mis ojos,
Amor mio.
Ald. ¿Y la Padilla?
Ped. Celos teneis?
Ald. ¡Qué sé yo!
Mas al cabo...
Ped. Eso acabó.
Ald. ¡La Padilla es tan hermosa!
Ped. Sed con ella generosa,
Yo la enamoré y me amó.
Perdonad, no os habia visto
Todavía, un error fué,
Mas lo corregí bien listo;
La amaba, os ví y la dejé.
(Bien lo hacemos, ¡voto á Cristo!)
Ald. Mas entre el vulgo, señor,
Correis por algo inconstante.
Ped. ¿Y no decíais, mi amor,
Há poco, que es ignorante
El vulgo y murmurador?
Ald. Quien bien quiere, bien sospecha.
Ped. ¡Eh! ¿quién hace caso alguno
De cuentos de su cosecha?
Sin ir mas lejos ved uno
Con que os quedareis satisfecha.
¿Sabeis lo que ha sucedido
Con Colmenares?
Ald. Sí á fé.
Ped. Dió la muerte á un atrevido
Que le amagó.
Ald. ¡Descreido!
Ped. ¿Y sabeis qué dicen?
Ald. ¿Qué?
Ped. Que le mató porque osado
El bribon se habia negado
A no sé que devaneos
Con su hija... dichos tan feos
Inventa el vulgo menguado.
Ald. (¡Cielos, qué luz!)
Ped. ¿Qué decís?
Ald. Me horrorizo del supuesto.
Ped. Lo mismo que yo sentis.
Ald. Él tan noble, tan modesto...
Ped. (Un buen par os reunís.)
Mas ahora que hablamos de él,
¿Sabeis que me hizo reir
La sentencia? ¡está al nivel
De la ley de un rey tan cruel!
Ald. (¿Qué querrá este hombre decir?)
Ped. El vulgo canalla es;
Sobre él pesa la justicia;
El rico, el noble á sus piés
Le tiene.
Ald. El vulgo codicia
No mas que sus doblas.
Ped. ¡Pues!
Mas ya le harán, vive Dios,
Ir de la nobleza en pos.
(Con la cuchilla en la mano
Degollando dos á dos
Tanto insolente villano.)

Ald. Sois justo, señor, en eso,
Que os acata la nobleza
Y os defiende.
Ped. ¡Oh! lo confieso;
Por ella asaz me intereso:
(Como ella por mi cabeza.)
Mas veo allí á Colmenares;
Voy á celebrarle un rato
Sus aventuras y azares.
Y á fe que son singulares.
(*Como para sí.*) ¿Amagarle?... ¡mentecato!
Bien muerto está el que mató.
(*Se echa á reir, observando la impresion que sus palabras hacen en Doña Aldonza.*)
Y luego... ¡brava quimera!
¿Quién amores le colgó
Con aquella zapatera?
(*Rie.*) ¡Oh! voy á darle ahora yo
Gran zumba con su Teresa.
Ald. ¿Se llama así?
Ped. Dícenlo.
Mas á vos ¿qué os interesa?
Ald. ¿A mí? nada.
Ped. Creí.
Ald. No,
Tan solo lo pregunté
Por la zumba.
Ped. Bien está.
A Dios, mi amor.
Ald. Él os dé
Compañía.
Ped. (Me holgaré
Si á ambos el diablo os la dá.)
(*Vase Don Pedro, y al llegar al fin del teatro se vuelve á mirar á Doña Aldonza.*)
Ald. (¡Necio! ¡así vive tranquilo
Y hoy agoniza tal vez!)
Ped. (Se traga el anzuelo el pez
Sin ver que va atado el hilo.)

ESCENA II.

ALDONZA.

Ald. Vete, que á la muerte vas.
¡Necios! de torpes placeres
Con una ilusion no mas
Llevan á un hombre detras,
Como á un perro, las mujeres.
¡Qué vale, sol de Castilla,
Tu atrevimiento y valor,
Si á pesar de tu Padilla
Aquí á mis plantas te humilla
Una sonrisa de amor!
Mas caí en curiosidad;
¿Si acaso será verdad
Y por otro amor me deja?
¡Oh, abriera la eternidad
A tan maldita pareja!
¡Y por quién! ¡Santa María!
¡Por una villana tal!
Grave el insulto seria,
Y por Dios que merecia
Castigo al delito igual.
¡Ay!... miseria, nada son
Las cosas de nuestro ser:
¡Qué inconstante el corazon
Donde hierve una pasion,
Donde alienta una mujer!
Me dejó y le aborrecí;
Que le olvidaba creí;
Y hoy que de otro amor recelos
Tengo por él, ¡pesiamí!
Que de Don Juan tengo celos.
(*Guzman asoma por un lado recatándose.*)
¿Mas qué es esto? un encubierto
Me acecha mal escondido
Tras del postigo entreabierto:
Se acerca... quién es no acierto.
Guzm. Ella es. (*Saliendo.*)
Ald. ¡Cielos, mi marido!

ESCENA III.

DOÑA ALDONZA, DON ALBAR PEREZ.

Alb. Os hallo al fin, señora: ¿porqué huraña
Os recatais de mí? ¿tenéisme miedo?
Ald. ¿Miedo, porqué?
Alb. Que pregunteis me estraña
Lo que yo mismo preguntaros puedo.
Dime, Aldonza, ¿do estás hace tres dias
Que ni dia ni noche doy contigo?
Ald. ¿Qué era, Guzman, lo que de mí querias
Que así te afanas para dar conmigo?
Alb. ¿Qué quiero? ¿qué el esposo con la esposa
Mas larga ausencia y pesadumbres quiere
¿Y qué quiere la alegre mariposa
En torno de la luz en donde muere?
Aquella noche misteriosa y triste
Que te hallé con los nuestros en la cita,
¿Dónde al salir con las tinieblas fuiste?
Si me niegas tu amor, ¿quién me le quita?
¿Qué haces en este alcázar?
Ald. ¿No lo sabes?
Soy la dama del rey.
Alb. Voto á los cielos.
¿Y lo dices así?
Ald. ¿No era...?
Alb. No acabes,
O por Dios...

Ald. Voto vá, teníais celos.
Alb. ¡Sí, celos, vive Dios! negros, horribles,
Que me roen, Aldonza, las entrañas;
¡Celos que están pidiendo irresistibles
Sangre!
Ald. La habrá, Albar Perez, no te engañas.
Habrá sangre ¡pardiez! y no muy lejos;
Ten al fijar los piés mucho cuidado,
Guzman, porque del sol á los reflejos
Has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
Esta tarde en palacio.
Alb. No hablo de eso:
Hablaba de mi honor.
Ald. De sus cenizas
Hoy ha de alzarse por su propio peso.
Alb. ¡Hoy se alzará y le vendes!
Ald. Te engañaron,
Guzman; tiempo há que á réditos le puse.
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,
Justo será que los emplee y use.
Alb. Acabemos, Aldonza; me interesa
Mi honor mas que mi vida y que mi patria:
Reine quien quiera, sobre tu honra pesa
Mancha indeleble é incurable herida.
Ald. No lo entiendes.
Alb. El vulgo lo murmura.
Ald. Y el vulgo es necio.
Alb. Mas su lengua infama.
Ald. Lo que hoy tacha, mañana por ventura
Lo aplaudirá, Guzman.
Alb. Deja la llama
Donde deprendió su indeleznable huella,
Y no vuelve la fama por la honra
Que una vez marchitó.
Ald. No se atropella
Tan fácil la virtud por la deshonra.
Alb. ¡Mientes, Aldonza, mientes! aquí mismo
¿No te he visto con él en amorosa
Conversacion?
Ald. Te ciega tu egoismo,
Guzman, y aun no conoces á tu esposa.
Alb. ¿Y en palacio no vives torpemente
Con la infame Padilla comparada?
Ald. Y en palacio viviera eternamente
Hasta salir cadáver ó vengada.
Alb. Aun me querrás, por Dios, dorar tu afrenta.
Ald. Mala memoria tienes; ¿no has oido
Una historia contar triste y sangrienta
De un Coronel que pereció vendido
Por mandato del rey, y en una torre
A una mujer le dieron su cabeza?
Su sangre, Perez, por mis venas corre;
Llámome Coronel, ve mi torpeza.
Alb. ¡Cómo! fraguaste tú...
Ald. ¡Sí, por mi vida!
No hubo estorbos que el paso me tuvieran,
Familia y honra atropellé ofendida,
Y nada me importó lo que digeran.
Le esperé, le acosé con mi hermosura;
Le sitié con mis ojos, é insensato
Cayó á mis piés, poniendo á su locura
Precio que ha de pagar, y no barato.
Jáctase de mi amor, público lo hizo
Por orgullo no mas... ¡oh! dura poco,
Porque antes que le mude antojadizo,
Pierde la vida por su orgullo loco.
Alb. Y yo, Aldonza, contigo conspiraba
Por instinto tambien!
Ald. Basta; dejemos
Que el tiempo llegue, que de andar no acaba:
Fuerza es, Guzman, que sospechar no demos.

ESCENA IV.

GUZMAN.

Juzgué mal, vive Dios: bien ha pensado;
Ella á su padre vengará altanera,
Y del amor del rey iré vengado
Cuando á las manos de su dama muera.

ESCENA V.

DON ALBAR, DON PEDRO Y COLMENARES, CRUZANDO POR EL FONDO.

Ped. ¿Qué hombre es aquel, Colmenares?
Colm. No le distingo á fe mia.
Ped. Voto á san Gil, juraria...
Colm. (¡Guzman! Todos son azares!)
Ped. El rostro recata, ve
Quien es; que sea quien sea,
No quiero que aquí me vea.
Colm. (Con eso le advertiré.)
Ped. (Así les podré acechar
Sin que ellos de ver lo echen.)
Colm. Porque astutos no sospechen,
Le procuraré apartar.

ESCENA VI.

DON JUAN, DON ALBAR.

Alb. ¡Oh, vive Dios! ¡qué recuerdo!
Colmenares ¿no es aquel?
De cierto á saberlo... ¡ay de él!
Juan. (Halagarle será cuerdo.)
Guzman, ¿en palacio así
Tan descuidado os estais?

Alb. ¿Donde vos, Don Juan, entrais
No me es dado entrar á mí?
Juan. De la corte estais proscrito.
Alb. ¿Y encausado no estais vos?
Juan. Es muy distinto, por Dios,
El vuestro de mi delito.
Si maté á quien me ofendia,
Fué mi causa la mejor.
Alb. Si á mí me llaman traidor,
Mañana será otro dia.
Juan. ¡Tanto fiais de la suerte!
Alb. De mí á lo menos espero
Que moriré caballero,
Sea cuando quiera mi muerte.
Juan. Eso he oido decir
De continuo á vuestra esposa.
Alb. Mujer es muy generosa.
Juan. ¡Oh! con vos hasta morir.
Alb. ¡Bien conoceis su intencion!
Juan. A su virtud me remito.
Alb. ¿Sabeis si por tal la admito?
Juan. (Diablos de conversacion,
Que giro tomando va.)
¿Pudiérais vos dudar de ella?
Noble, generosa, bella,
Y bien casada.
Alb. Quizá.
Juan. (¿Habla este hombre, ó adivina?)
Si no es mas que una sospecha.
Alb. (¡El mentecato! Imagina
Que el disimulo aprovecha.)
Mas decidme, pues sabeis
Tanto vos de su hermosura,
De su vida y virtud pura
Mas enterarme podreis.
Juan. ¿Yo?
Alb. Vos, sí.
Juan. ¡Qué estravagancia!
¿Su guarda, Don Albar, soy?
Alb. Que la guardo á probar voy,
Don Juan, á vuestra arrogancia.
Juan. Sospechais tal vez...
Alb. De vos.
Juan. ¿Por?
Alb. Un no sé qué me han dicho.
Juan. Pase, si hablais de capricho.
Alb. ¡De veras hablo, por Dios!
Pero estamos en palacio,
Y tal vez no muy seguros;
Venid abajo á los muros,
Y hablaremos mas despacio.
Juan. No comprendo vuestro afan;
Mas os veo algo irritado
Contra mí, y tened cuidado
Que nací noble, Guzman.
Alb. Vos lo decis, mas no basta.
Juan. ¿De mi sangre dudareis?
Alb. Sé, Don Juan, que descendeis
De ilustre y antigua casta;
Pero palabras cortemos,
Téngoos á solas que hablar.
Juan. Creo poder contestar.
Alb. Venid pues y lo veremos.
Juan. Mas fácil...
Alb. Os engañais;
Uno ú otro ha de caer,
Y en soledad ha de ser:
O morís ó me matais.
Juan. Será así, pero no ahora.
Alb. ¿Porqué no?
Juan. Fuera locura
No dar cima á otra ventura,
Y va llegando la hora.
Alb. Pues...
Juan. Esta noche.
Alb. Corriente.
Juan. Yo os buscaré.
Alb. Yo os espero.
Juan. Adios.
Alb. Adios.
Juan. (Majadero,
¡De lo dicho se consiente!
Por una mujer ajena,
Y de quien cansado estoy!) (*Vase riendo.*)
Alb. Curaré su ambicion hoy
Con una estocada buena.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON ALBAR, y TERESA.

(*Al salir Don Juan da con Teresa que va á entrar.*)

Ter. ¡Cielos!
Juan. ¡Teresa!
Ter. ¡Ay de mí!
Alb. ¿Qué es eso?
Ter., á Don Albar. Si sois hidalgo
Y el honor teneis en algo,
Sacadme, señor, de aquí.
Juan. (¡Qué diablos, cuanta aventura!)
Ter. Una hora há que ando perdida
Por esta casa, traida
A ella por mi desventura.
Juan, á Don Albar. Está loca.
Ter., á Don Juan. ¡Loca dijo:
Sí, loca por tí, cruel!
(*A Don Albar.*) Guiadme vos lejos de él,
Señor.
Alb. (Celos son de fijo.)
¿Quién es? (*A Don Juan.*)
Juan. No sé.
Ter. ¡No lo sabe!
Mónstruo, ¿y mi padre?
Alb. (¿Qué es esto?)

Ter. Hidalgo, sacadme presto,
Antes que el furor me acabe.
Alb. ¿Pero qué buscas, quién eres?
Ter. Yo soy...
Juan, interrumpiéndole. Lleváosla pues.
(*Aparece Doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.*)
Ter. ¡Oh, señora, á vuestros piés
Favor.
Juan. (¡Ea, dos mujeres;
Se acabó!)

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA Y TERESA.

Ter. Por compasion
Llevadme lejos de ese hombre.
Tiene de cordero el nombre,
Con entrañas de leon.
Ald. ¿Quién, muchacha?
Ter. Ese asesino.
Ald. ¿Es mas?... Don Juan, muy bien.
Juan. (Nos pierde.)
Ald. Conmigo ven,
Niña. (¡Rostro peregrino!)
Juan, á Aldonza. Ved que su lengua imprudente
Os lleva al cadalso hoy.
Ald. Contenta al cadalso voy,
Que llevaré mucha gente:
¿Era por esto el afan
De huir amante conmigo?
El mundo será testigo
De mi venganza, Don Juan.
Juan. Ved...
Ald. Quitad, vil impostor.
Alb., que les ha estado observando toda esta escena. (Oh, sí, de cierto eso es.)
Señor Don Juan, salid pues.
Juan. Yo sé una interpretacion;
Vamos.
Alb., á Doña Aldonza. Y vos... tened cuenta
Que he de lavar de mi afrenta
Hasta el último borron.
¿Me entendeis?
Juan, á Don Albar. Y os diré!...
Alb. Nada.
Colmenares, lo sé todo.
Juan. Don Albar, pues de ese modo...
Alb. No hay mas lengua que la espada.
(*Salen.*)

ESCENA IX.

DOÑA ALDONZA Y TERESA.

Ald. Id con Dios; viven los cielos,
¿Qué me importa de esa afrenta
Cuando no tengo mas cuenta
Que con mi rabia y mis celos.
¿Te llamas Teresa?
Ter. Sí.
Ald. ¿Quieres á ese hombre?
Ter. Ya no.
Ald. ¿Le quisiste?
Ter. Lo mandó
Mi padre y obedecí.
Ald. ¡Tu padre!
Ter. Fueron hermanos
De leche y era un deber,
Mas nunca le pude ver.
Ald. (¡Es ella y cayó en mis manos!)
(*Robledo pasa pensativo por el fondo y se para viéndolas.*)
¿Quién te ha dirigido aquí?
Ter. Señora...
Ald. Contesta, ¿quién?
Ter. Un adivino.
Ald. Está bien;
Adivinó para mí.
Robledo, venid acá;
A esta mujer detenedme
Mientras...
Ter. Dios mio, acorredme.
Rob. ¡Y en palacio...!
(*Vase á volver Aldonza y se halla con Don Pedro.*)
Ped. ¿Quién va allá?
Ald. Cielos!

ESCENA X.

DICHOS, DON PEDRO.

Ter. Él es, Pedro Bravo.
(*Se echa á su cuello.*)
Ped. ¡Teresa!
Ter. ¡Oh tenme contigo.
Ped. ¿Qué dices?
Ter. Sálvame, digo.
Ald. (De comprenderlo no acabo.)
Ped. Aldonza, ¿la conoceis?
Ald. No me habias dicho vos
Que de Don Juan...
Ped. No por Dios,
Alucinado os habeis.
Dejadnos.
Ald. ¡Cómo! ¿Con ella?

Ped. ¿No lo veis?
Ald. ¡Pérfido! Ahora...
Ped. Idos á rezar, señora,
Y dejad á esta doncella.
Ald. No, Don Pedro, aquí no os dejo
Sin que me espliqueis al cabo
Que es eso de Pedro Bravo.
Ped. Que os vayais os aconsejo.
Ald. Pues satisfecha no estoy,
No me he de mover de aquí,
Que he de saber ¡pesiamí!
Si al fin ofendida voy.
Ped. Idos, y callad el pico,
Que yo á vuestro gabinete,
Os enviaré un ramillete
De flores, y un abanico.
Ald. ¿Os mofais?
Ped. Si no os contenta,
Os enviaré mi rosario
Y en él pondrá el emisario
Vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI.

DON PEDRO, TERESA.

Ter. ¡Pedro!... (*Tiernamente.*)
Ped. No olvides de hoy mas
De aquel sábio los consejos:
Ama á Pedro desde lejos,
No se lo digas jamás.
Ter. ¡Aun me privareis!...
Ped. Silencio,
Teresa; viniste aquí
Venganza á pedir de mí,
Ven á ver como sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo,
Don Pedro te satisface;
Por lo que á lo de antes hace
Aquí empiezo y aquí acabo.
Ter. Señor, quien quier que seais,
Que aun comprenderos no puedo,
Para quien en nada quedo,
Pues do empezais acabais.
Vuestra palabra os levanto,
Pues que vais de mala gana,
Que me creo asaz villana
Para obligaros á tanto.
Ped. Ve recta por tu camino,
Muchacha, y confia en Dios;
Vas de la venganza en pos
Y es vengarte tu destino.

ESCENA XII.

DON PEDRO TOMA DE LA MANO A TERESA, QUE LE SIGUE EN SILENCIO: AL SALIR POR EL FONDO SE HALLAN CARA A CARA CON D. ALBAR, QUE VA A ENTRAR; ÉL Y DON PEDRO SE RECATAN UNO DE OTRO.

Alb. Razon tiene, esperaré
A la noche; mas ¿quién va?
Ped. ¿Quién es este?
Alb. (¿Quién será?
No ha de verme.)
Ped. (Le veré.)
¿Qué significa en palacio
Un encubierto?
Alb. O voy mal,
O á un embozado es igual.
Ped. ¡Terco sois!
Alb. Y vos reacio.
Ped. ¿Vais á entrar?
Alb. ¿Vais á salir?
Ped. Por sobre vos segun veo.
Alb. Que entraré lo mismo creo.
Ped. (Conocíle, vive Dios.)
Alb. Pues á uno y otro interesa
Salir y entrar sin ser visto,
Ved lo que hacen ¡vive Cristo!
Dos cuervos con una presa.
Ped. Con retóricas andais:
Chistoso estais, por mi vida.
Entrad pues; mas la salida
Mirad por donde la hallais.
Y pues sabeis comparar
Con las fieras á la gente,
Andareis, Guzman, prudente
Un consejo en escuchar.
(*Le lleva aparte. Robledo está al fin de la galería mirando la escena.*)
Ped., á Don Albar. El cuervo cuanto mas negro
Fortuna mas negra augura.
(*Se desemboza y se muestra vestido de amalla.*)
Que hay cuervo es cosa segura.
Alb. ¡Cielos! (*Conociéndole.*)
Ped. ¿Le vísteis? Me alegro.
(*Vuelve á embozarse con la mayor indiferencia, y vase con Teresa. Robledo baja á la escena poco á poco.*)

ESCENA XIII.

DON ALBAR, ROBLEDO.

Alb. ¡La voz del de la otra noche,
San Dionís! y en los secretos

De nuestras gentes hablaba
Como en sus negocios mesmos.
Él es, no me queda duda;
Todo lo adivino á un tiempo:
De la muchacha el galan,
De Doña Aldonza el cortejo,
De Guzman el enemigo
Y de todos el infierno.
¡Oh! todo me sobra ahora;
Valor, honra, vida y celos.
Rob. Don Albar, dadme la mano.
Alb. ¿Despedida es?...
Rob. Para lejos.
Alb. ¿Dónde os vais?
Rob. Do iremos todos:
En la plaza nos veremos.
Alb. ¿Despechado estais?
Rob. Lo estamos.
Alb. ¿Tanto como yo, Robledo?
Rob. He visto al diablo las uñas.
Alb. ¡Y yo las alas al cuervo!

PARTE SEGUNDA.

Salon de embajadores en el alcázar de Sevilla: trono, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta en el fondo cerrada y secretas á los lados.

ESCENA XIV.

PADILLA, QUE ESTA EN LA ESCENA, DON PEDRO Y TERESA QUE ENTRAN.

Ped. ¿Está?
Pad. Todo.
Ped. ¿Y el muchacho?
Pad. Ya espera.
Ped. ¿Sabe el papel?
Pad. Ojalá todos como él.
Ped. ¿Cumplirá pues?
Pad. Sin empacho,
Que trae brio.
Ped. Bien está;
Guardá á esa muchacha bien,
Y que en el salon estén
Cuando vuelva todos ya.
Teresa, sigue á ese hidalgo;
Y pues invocas la ley,
Él te llevará hasta el rey,
Que te hará justicia en algo.
(*Aparte á Padilla.*)
Prendedme aquella mujer;
Guzman que por piés no tome,
Y el que en palacio hoy asome
A salir no ha de volver. (*Vase.*)

ESCENA XV.

PADILLA INTRODUCE A TERESA, POR UNA PUERTECILLA, POR LA QUE ÉL SE VA DESPUES DE ABRIR LAS PUERTAS DEL FONDO A SU TIEMPO.

Pad. Venid y esperad aquí.
Ter. ¿Dónde me llevais, señor?
Pad. Vos os lo sabreis mejor:
Callar me mandan á mí.

ESCENA XVI.

PADILLA ABRE LAS PUERTAS DEL FONDO QUE DAN A UNA MAGNIFICA ANTESALA LLENA DE CORTESANOS QUE SE REPARTEN POR LA ESCENA. ENTRE ELLOS VIENEN SAMUEL LEVI, ROBLEDO, COLMENARES Y LOS DEMAS CONJURADOS: PRELADOS, MILITARES Y DIGNIDADES DE TODAS CATEGORÍAS. EN UN GRUPO SAMUEL Y OTROS CONJURADOS.

Uno. ¿Llegó la ocasion?
Sam. Llegó.
Otro. ¿Y el moro?
Sam. Respondo de él.
Primero. ¿Mas no decís...?
Sam. Será fiel.
Seg. ¿Razon hay?
Sam. Me la sé yo.
No ha un hora que recibí
Un segundo pergamino:
Todo irá por su camino.
Otro. ¿Colmenares?
Sam. Vedle allí. (*Vuelven á mirarle.*)
Primero. ¿Y entraron los de Guzman?
Sam. Es nuestra toda Sevilla:
No hay temor, tendrá Castilla
Rey mejor.
Seg. Por tal le dan.
(*En otro grupo Colmenares y otros.*)
Juan. ¿Habeis esparcido bien
Por el vulgo mi noticia?
Uno. Todos dicen que es justicia.
Juan. ¿Y habrá tumulto?
Otro. Tambien.
Juan. ¡Oh! es obra de religion
La del Papa.
Primero. Sí en verdad;
Pero el pueblo en realidad
No merece escomunion.
(*Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral embozado como siempre.*)
Maceros. El rey.

ESCENA XVII.

DICHOS, DON PEDRO, *á cuya salida doblan todos la rodilla.*

Ped. Alzaos, vasallos.
Un Conj. (¡Qué orgullo!)
Ped. Vengan á mí
Colmenares y Leví.
Un Conj. (Así pide los caballos.)
Ped. Samuel, en los labios veo
Que las palabras te bullen;
Y palabras que se engullen,
Se indijestan segun creo.
Juan. Señor, vuestros nobles son
Los que presentes están.
Ped. Hola, os entiendo, Don Juan.
Es mi capa la ocasion
De la advertencia. ¿Es decir
Que esa ilustrísima grey
Necesita ver si el rey
Es curioso en el vestir?
Quitadme esa capa, pues.
(*Lo hace Don Juan, y aparece armado, á cuya vista se alza en la escena murmullo de descontento.*)
Algunos. (¡A la audiencia viene armado!)
Ped. Este es trage de soldado,
Y el rey un soldado es.
(*Oyese un ruido fuera y gente que arma tumulto por el fondo.*)
Ped. ¿Qué es eso?
Juan. Es que la canalla
Se agolpa á veros aquí.
Ped. ¿La canalla á verme á mí?
Que entre, pues.
Juan. Mirad la valla,
Señor, que de la nobleza
Justamente la divide.
Ped. ¿Para quien justicia pide
Es estorbo la pobreza?
¿Creeis, Don Juan, que me asombra,
Esa muchedumbre acaso,
O tema á su tosco paso
Que me estropee una alfombra?
Que entre mi pueblo en mi casa.
(*Llénase la escena de gente de todas condiciones.*)
Rey soy de toda Castilla,
Y no ha de haber en Sevilla
Para hablar con el rey tasa.
Que vea mi pueblo entero
Hoy qué embajadas recibo;
Quien es su rey. — Por Dios vivo
Que los vean, eso quiero.
Un Noble. (Con la turba nos confunde
El insolente.)
Otro. (¡Habrá mengua!)
Otro, á los dos. (Hable el hierro por la lengua
Y esa alta torre se hunde.)
Ped. Que entren los embajadores
Que espero.
(*Abrese una puerta lateral, y aparecen el legado del Pontífice y el embajador del rey de Granada, disputándose la entrada, cercados de sus respectivos acompañamientos.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL LEGADO Y EL MORO.

El Moro. Antes he de ser.
El Leg. ¡La Iglesia á un infiel ceder!
Ped. Voto á... ¿qué es esto, señores?
Entrad los dos á la par;
Que aunque á un tiempo hableis los dos,
Palabras tengo, por Dios,
Con que á los dos contestar.
Uno. (¡Descreido!)
Otro. (Asi se hará
Enemiga á toda Europa.)
Sam., á Don Juan. (Esto marcha.)
Juan, á Samuel. (Viento en popa.)
Ped. Vamos á ver: ¿hablais ya?
El Moro, á un tiempo. Gran señor...
El Leg., idem. Rey de Castilla.
Ped., al Moro. Que hablaras tú, fuera justo;
Mas demos al Papa gusto,
Que al cabo tiene su honrilla.
Un Conj., á Samuel. (Ved, todo sale adelante.)
Sam. (Mirad por todo el salon
Nuestras gentes en monton.)
El Conj. (Y el moro que fué constante.)
El Leg. Rey de Castilla, yo en nombre
Del Pontífice Romano,
Y él en el del soberano
Dios, que espiró por el hombre,
Te decimos: que teniendo
Tus pecados y delitos
En número de infinitos
Y tu pertinacia viendo;
Viendo las continuas guerras,
Escándalo y mortandad
Con que tiene tu impiedad
Tiranizadas tus tierras;
Te requerimos de hoy mas,
Que retiradas tus gentes
De Aragon, allí no intentes
Derecho alguno jamás.
Y si por tenaz capricho

No desistes de tu afan,
Tus reinos por ello van
A sufrir un entredicho.
Rey Don Pedro, tales son
Mis encargos; si Castilla
Hoy al Papa no se humilla,
Caerá en tí su escomunion.

Cortes. (¡Qué escándalo! ¡escomulgada
La nacion solo por él!)

Otro. (¡Contra ese mónstruo cruel
Toda la tierra indignada!)

Ped., al Legado. Acabásteis?

El Leg. Acabé.

Ped. Pues ahora me toca á mí:
Lo que hoy os respondo aquí
Direis á Roma.

Leg. Eso haré.

Ped. Puesto que el rey de Aragon
Conmigo lidió esta guerra,
Y solamente á mi tierra
Alcanza su escomunion,
O por ello su eminencia
Nos escomulga á los dos,
O le cuelgo ¡voto á Dios!
A la puerta de la audiencia.
Si Roma no sabe leyes,
Yo meteré en esa villa
Diez mil lanzas de Castilla,
Y verá quién son sus reyes.

El Leg. ¿Eso mas?

Ped. No me replique:
O parte para Aragon
A doblar la escomunion,
O á mi enojo roto el dique,
Envio en un saco á Roma
Su cabeza, y echo al rio,
Cardenal, el tronco frio
A que el agua se lo coma.
Salid.

Leg. En Roma diré...

Ped. Decid cuanto os dé la gana;
Mas si aquí os hallo mañana,
Mala embajada os daré.

Algunos. (¿Qué es esto?)

ESCENA XIX.

DICHOS, EXCEPTO EL LEGADO.

Ped., á la multitud. Y murmullos fuera.
Si hay á quien escandalice
Lo que con ese hombre hice,
Vaya con él donde quiera.
(*Al Moro.*) Habla.

El Moro. Gran señor, un rey
Que allá en el Genil habita,
Vuestra amistad solicita
Aunque en enemiga ley.
De joyas corto presente
(*Muestra los regalos, telas*, etc.)
Os hace; admitid, señor,
Esta ofrenda hecha al valor
Por un enemigo ausente.

Ped., sin hacer caso de Marcos Martin. Colmenares, ven acá;
Departamos, que es mejor
Que oir á ese embaucador,
Que á fe que pesado está.

El Moro. ¿Me oís, señor?

Ped. Sí, decid;
Os entiendo bien, amigo.
¿Sabeis, don Juan, lo que digo?

Colm. ¿Qué, señor?

Ped. Que es muy feliz
El fallo del tribunal
En tu causa.

Colm. Sí, pardiez;
Me insultó con altivez,
Y allí le maté. ¿Hice mal?

Ped. Y si fué, te lo perdono;
Pero no falta quien quiera,
Don Juan, que el que mata, muera.

Colm. Mi honor tengo yo en mi abono,
Señor...

El Moro, al Rey. Que os hablo en nombre
Del rey mi señor.

Ped. Ya escucho;
Seguid, seguid.

Cortes. (Esto es mucho.)

Ped., á Don Juan. Cuenta, Don Juan, que es muy hombre
Quien lo intenta, aunque rapaz,
Y que hay justicia... A esa puerta
Llamaron; mirad quién es,
Colmenares.

Sam. (¡Tiento pues!)

Conjur., á otros. (Amigos, estad alerta.)

ESCENA XX.

UN MOMENTO DE SILENCIO.—CUANDO COLMENARES LLEGA A LA PUERTA QUE DON PEDRO LE SEÑALA, SUENA EL ESQUILON DE PALACIO, Y ABRIÉNDOSE LA PUERTA DE REPENTE, DON JUAN SE HALLA FRENTE A BLAS, QUE LE DA DE PUÑALADAS. TERESA, QUE SALE TRAS ÉL, QUEDA HORRORIZADA EN MEDIO DE LA ESCENA. — LOS CONJURADOS DAN EN LA CONFUSION EL GRITO CONVENIDO, Y SE VAN HACIA EL REY, A CUYOS LADOS ESTARAN YA PADILLA Y LOS BALLESTEROS REALES CON LAS LANZAS Y ARCOS TENDIDOS. PADILLA ECHA EN LOS HOMBROS DE DON PEDRO EL

MANTO REAL, Y TOMANDO ÉSTE DE UN DONCEL SU CAPACETE CEÑIDO CON LA CORONA DE ORO, SE PLANTA EN MEDIO DE LA ESCENA, APOYADO EN AQUELLA PARTESANA CON PUÑO DE BASTON, QUE DICEN QUE USÓ EN ALGUN TIEMPO.

Conjur. ¡Castilla por Don Enrique!
Ped. Castilla por Pedro el Cruel: (*Retroceden.*)
Eso de hoy mas verá en él,
Pues rompió Castilla el dique.—
Pues resiste el blando yugo
De mi igual y justa ley,
Dudará al ver á su rey
Si es su rey ó su verdugo.
(*A Juan Cortacabezas, que ha estado entre la turba.*)
Acá; toma esa invencion
Con mi sello y mi cuchilla;
Y á preguntar ve á Sevilla
Si es mi hacha ó mi baston.
Verdugo real te nombro,
Toda la ciudad pasea,
Y que mi pueblo te vea
Por do quier con eso al hombro.
Pad. Señor, ¿qué será mañana
De ese furor la memoria?
Ped. Padilla, dirá la historia
Lo que la diere la gana;
Mas si piensan sin rebozo
Esos avaros monarcas
Partir mi reino y mis arcas
Porque me ven rey tan mozo,
Yo haré que mi reino quede
Con honra como español,
Y haré ver que solo el sol
Tenerle debajo puede.
Pad. Señor, que veais justo es
Que las naciones enteras
Tremolarán sus banderas
Contra vos.
Ped., con fiereza. Que vengan pues.
Yo haré tragar á Aragon,
A Roma, á Navarra y Francia,
A los unos su arrogancia,
Y á la otra su escomunion.
Vasallos, el soberano
Que oye, ve, juzga y sentencia,
Abierta tiene su audiencia
Para el noble y el villano.
Que si cruel tengo de ser,
Preciso será primero
Que me aprecieis justiciero
Para saberme temer.
(*Se sienta en el trono.*)
Samuel, ¿conoces á ese hombre?
(*Al verdugo.*)
Sam, temblando. Yo, señor...
Ped. ¿No le escogiste
Para un muerto que aun existe
Y de quien callaste el nombre?
Sam. Señor...
Ped., al verdugo. Tu racion es esa;
Llévatela y no hay perdon.
Samuel, hallaste al leon,
Y es fuerza echarle una presa.
(*Se lo llevan.*)
Ballesteros, el camino
Sabeis, y os los he marcado;
Llevad los que os he contado
Cada cual á su destino.

ESCENA XXI.

A UNA SEÑA DE DON PEDRO SE APODERAN SUS SOLDADOS DE TODOS LOS CONJURADOS, Y DEL EMBAJADOR MARCOS MARTIN, ETC.

Ped. Rapaz, acércate aquí. (*A Blas.*)
¿Mataste á ese hombre?
Blas. Piedad,
Señor, sabeis la verdad.
Ped. Dísela á todos, no á mí.
Blas. Mató á mi padre, señor,
Y el tribunal por su oro
Privóle un año del coro,
Que en vez de pena es favor.
Ped. ¿Lo oís? así el tribunal
A un asesino juzgó.
Sentencia, pues, daré yo
Para el vengador igual.
¿Qué es tu oficio?
Blas. Zapatero.
Ped. No han de decir, vive Dios,
Que á ninguno de los dos
En mi justicia prefiero.
Pesando ambos desacatos,
Si en un año cumplia él
Con no rezar, cumples fiel
No haciendo en otro zapatos.
(*A Teresa.*) Teresa, está ya demas
Repetirte mis consejos:
Ama á Pedro desde lejos,
No se lo digas jamás.
Puedes marido elegir,
Que al cabo es mucho mejor
Morir pobre y con honor,
Que dama del rey vivir.
Teresa. A vuestras plantas postrada,
Señor, de mi orgullo loco
Pídoos perdon.
Ped., á Teresa. Mal es poco:
Vete, que vas perdonada.
(*A los que quedan en la escena.*)

Vosotros, canalla vil,
Turba cobarde é ingrata,
Que conspirais de reata
En muchedumbre servil,
Id; por necios os perdono:
Id de mi reino, insensatos,
Que no quiero mentecatos
En derredor de mi trono.
¡Fuera!

ESCENA XXII.

DON PEDRO, PADILLA.

Ped. Traedme, Padilla,
De paso esos dos menguados,
Que han de caminar atados
Como perros en trahilla.

ESCENA XXIII.

DON PEDRO, PADILLA, DON ALBAR Y ALDONZA.

Ped. Ahí teneis vuestra mujer:
Si no os da mengua tenella,
Podeis aun vivir con ella;
Sino un convento escoger;
Mas tened cuenta, Guzman;
Si en mis reinos os encuentro,
Dos horcas frontera adentro
Desde hoy os aguardarán;
Que mientras pueda mi ley
Sonar por ambas Castillas,
La han de escuchar de rodillas
Desde el zapatero al rey.

EL ZAPATERO Y EL REY,

SEGUNDA PARTE,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

Quinta de un solo piso de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento y á la derecha una alcoba cerrada con cortinas: en el fondo una puerta que da al esterior, y á la izquierda una ventana que da al campo. Este figura un valle frondoso á la falda de un montecillo: terreno montañoso. Es de noche.

—

PERSONAS.

EL REY DON PEDRO.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
INES.
JUANA.
ENMASCARADOS, CAZADORES Y MONTEROS.

—

ESCENA PRIMERA.

JUAN PASCUAL, INES.

Ines. ¿Vais á salir, padre?
Pasc. Sí.
Ines. ¿Y amenazando tormenta?
Pasc. Tomada la tengo en cuenta,
Mas no voy lejos de aquí.
Tardará mucho á mi ver
Todavía en estallar,
Y aun ha de darme lugar
Para salir y volver.
Ines. Si teneis tal precision
No me opongo á que salgais,
Mas con mi gusto no vais.
Pasc. No alcanzo por qué razon.
Un hombre al campo avezado
Y en sus fatigas curtido
No ha de verse detenido
Por un pequeño nublado.
Ines. No es mi recelo mayor
Ese nublado.
Pasc. ¿Qué es pues?
Ines. Hace dos noches ó tres
Que corre cierto rumor...
Pasc. ¡Por mi vida! ¿Y tú tambien
Das crédito á esas consejas
De muchachos y de viejas?
Ines. Yo, padre...
Pasc. Basta; manten,
Ines, la puerta cerrada:
Llama al punto á tu doncella,
Y en tu aposento con ella
Dormid, y no temais nada.
¿Lo oyes?
Ines. Sí, señor.
Pasc. Pues ve,
Y advierte que esto resuelvo,
Ines, porque pronto vuelvo
Y no quiero hallarte en pié.
Ines. Sereis, padre, obedecido.
Pasc. Así es fuerza que lo hagais;
Y aunque en el bosque sintais
O dentro de casa ruido,
Ni os levanteis á escuchar,
Ni á mirar os asomeis,
Porque es fácil que llegueis
A ensordecer y á cegar. (*Vase.*)

ESCENA II.

INES. LUEGO JUANA.

Ines. ¿Conmigo tanto desvio
Mi padre, y tanto misterio?

¿Tan franco antes y hoy tan serio?
No sé qué piense, Dios mio.
Mas obedézcole y callo.
Juana.
Juana. Señora.
Ines. Al momento
Vámonos á mi aposento.
Juana. ¿Tan pronto?
Ines. En verdad que no hallo
De esto en padre la razon.
Mas él, Juana, así lo quiso,
Y obedecer es preciso.
Juana. ¡Si aun las ánimas no son!
Y á mas de eso, ¿olvidais que hoy
Es lunes y el capitan
Enamorado y galan
Vendrá?...
Ines. Temiéndolo estoy,
Que está mi padre en el bosque
Y si con él se tropieza...
Juana. ¡Vaya! con tanta tibieza
Le vais á hacer que se amosque.
Él viene desde Sevilla
A escape, por solo hablaros,
Y vos haceis mil reparos
Para abrir una trampilla,
Por la cual como una monja
Juráisle amor y constancia...
Que él convertirá en sustancia:
Mas á hablaros sin lisonja,
No es empresa muy galana
Correr posta entre dos luces
Para pegarse de buces
Hora y media á una ventana.
Ines. No sé qué mas pueda hacer
Si de mi padre á disgusto...
Juana. Y ¿qué tiene ese hombre adusto
Con nuestras cosas que ver?
Cualquiera doncella honrada
Es hija del padre Adan,
Y no es cosa un capitan
Para ser desperdiciada.
Cualquier noble castellano
Que á una mujer se dirija
Puede darle una sortija,
Puede besarla una mano.
De dia encontrarla puede,
Si con tiento se le avisa,
En baile, en paseo, en misa,
Sin que por liviana quede.
Y á un hombre de quien se admiten
Palabras de amor sinceras,
Libertades tan ligeras
Sin desdoro se permiten.
Vos nada le concedeis
A ese pobre capitan
Que viene muerto de afan
Tan solo porque le deis
A traves de esa ventana
Una esperanza perdida,
Que alarga á su amor la vida
Hasta que vuelve mañana.
Ines. ¡Ay Juana! Bien sabe Dios
Que amo á ese hombre cuanto puedo,
Mas tengo á mi padre miedo.
Juana. ¿Se ha de casar él por vos?
Y en fin, qué puede decir?
Es un bravo militar
Que por vos puede mirar
Y defendiéndoos morir.
Vuestro padre...
Ines. Calla, calla...
Con mi padre ha puesto el cielo
Entre mí y el mundo un velo,
Y ante ese hombre una muralla.
Muchas veces ¡ay de mí!
Me ha dicho:—«Ines, si la suerte
Se inclina á favorecerte
Gran precio tienes en tí;
Mas si, como ahora sospecho,
Mantiene igual la balanza,
Ines, tu sola esperanza
Viene á ser un claustro estrecho.»
Juana. ¿Un claustro? ¡Vaya! chocheces
De gente fria de seso.
Mi padre me ha dicho á mí eso
Lo menos sesenta veces.
Mas oid.
(*Tocan las campanas á las ánimas.*)
Ines. ¿Tocan?
Juana. Sin duda.
Las ánimas dando están.
Ines. ¡Dios quiera que el capitan
Hoy á la cita no acuda!
(*Baja el Capitan por las peñas y se acerca á la ventana.*)
Juana. Estar segura podeis
De que no tardará mucho. (*Llama.*)
Ines. Pero, Dios mio, ¿qué escucho?
Su seña es esa.
Juana. ¿Lo veis?
Ines. ¡No abras, por Dios!
Juana. ¿Y ha de estar
De la ventana por fuera?
Ines. ¿Y si mi padre viniera?
Juana. Mas pronto le ha de encontrar
Si le dais ese planton.
Ines. ¡Ah! Dile, pues, que se ausente.
Juana. El consejo es escelente.
Preguntará la razon,
Y el tiempo que ha de pasar
En respuestas y preguntas
Sabiéndole atar las puntas
Puede mucho aprovechar.
Salid á escucharle vos,

Y yo desde otra ventana
Acecharé.
Ines. ¡Tente, Juana!
Juana. Reacia estais, vive Dios.
¿Capitan?
(*Se asoma y habla al Capitan.*)
Cap. ¿Juana?
Juana. Yo soy.
Andad en pláticas breve,
Que volver el padre debe
Que salió.—A velaros voy.
(*A Ines.*) Ahora vos; y por mi vida
No os andeis en miramientos,
Y aprovechad los momentos,
Que yo estaré prevenida.

ESCENA III.

INES, DENTRO DE LA VENTANA. EL CAPITAN, FUERA.

Ines. ¿Capitan?
Cap. ¿Ines?
Ines. ¿Sois vos?
Cap. Sí, yo soy, luz de mis ojos.
Ines. Veros aquí me da enojos.
Cap. ¿Tanto me odiais?
Ines. No por Dios.
Capitan, yo os quiero bien;
Mas de lo que debo acaso;
Mas me temo algun fracaso
Si por desventura os ven.
Cap. Espada traigo conmigo,
Y en mi amor pongo tal fe,
Que si que estais cerca sé
En cualquier trance me obligo...
Ines. Callad, por Dios, capitan;
Si mi padre llega á veros...
Cap. Fiad que no he de ofenderos
En las canas de Don Juan.
Si llega á verme, mi nombre
Sin empacho le diré,
Que os amo con mucha fe.
Ines. Quien quier que seais sois hombre,
Y ha de ofenderse al miraros.
Cap. Pues ¿qué puede hallar en mí
Para que se ofenda así?
Ines. ¡Plegue á Dios no llegue á hallaros!
Y no mas me pregunteis,
Que aunque os quiero con ternura,
Quereros es mi locura.
Cap. Señora, me estremeceis.
¿Tal vez prometida á otro
Estais por él?
Ines. No, en verdad;
Mas no tengo voluntad
Que ofreceros.
Cap. En un potro
Vuestras palabras me ponen.
¿Casada estais?
Ines. No.
Cap. ¿De haciendas,
O de familia contiendas
A vuestro enlace se oponen?
Hablad, que en la corte tengo
Con el rey tanto favor,
Que lo que os plazca mejor
Puedo hacer si le prevengo.
Ines. No, capitan, que es tan rara
La fortuna que me espera,
Que en ella nunca quisiera
Que nadie se interesara.
Secretos ¡ay! que jamás
Se aclaran un solo instante
Me vedan mirar alante,
Me ciegan si miro atras.
Mi padre no siempre ha sido
Lo que ser hoy aparenta,
Y yo con él por mi cuenta
Graves riesgos he corrido.
Ya moza de una posada,
Y ya aldeana grosera,
Viví de poblados fuera
Siempre oculta y olvidada.
Una vez de este misterio
Le he demandado razon,
Y aun tiembla mi corazon
Al recordar el imperio
Con que—« en la vida, me dijo,
Por tu porvenir demandes,
Que tus destinos son grandes,
Mas varios, segun colijo.
Espera, y ruégale á Dios
Que lleven igual camino
Tu destino y mi destino,
A quien otro lleva en pos.»
Sí, capitan; otro dia
Que puesta en una ventana
Via la gente aldeana
Que en bailar se divertia,
Con voz siniestra, y con ojo
Torvo y escudriñador,
Díjome:—« Huye del amor,
Que es de zarzas un manojo.
Y el que mas bello imaginas
En tu amante sencillez,
Solo ha de serte tal vez
Una coyunda de espinas.»
Un hombre en una ocasion
Que con mi padre trataba,
Notó este que me miraba
Con demasiada atencion;
Y aunque empeñado en su suerte
Corria en su misma causa,
Le dijo, haciendo una pausa:—
« Amarla es ir á la muerte. »

De entonces todo su anhelo
Fué á todo el mundo ocultarme,
Y á nadie puedo mostrarme
Sino debajo de un velo.
Esto baste, capitan,
Y sírvaos esto de aviso,
Para que no andeis remiso
En cosas que á mí me van.
Cap. Absorto estoy de escucharos;
Mas yo satisfecho quedo
Si vos me decís que puedo
Correspondido adoraros.
Ines. Harta os he dado ocasion
Para que bien lo sepais:
Mas ¡por Dios que lo tengais
Guardado en el corazon!
No os pareis en mis desdenes
Que son hijos del temor;
Yo os amo, mas de mi amor
No os deis grandes parabienes.
Cap. Nada me toca saber
De lo que guardais secreto:
Amaros solo es mi objeto
Y eso no mas puedo hacer.
Ni los riesgos me amedrentan,
Ni las desdichas me apuran,
No; mi amor os aseguran,
Y mi constancia acrecientan.
Ines. Lo mismo hallareis en mí;...
Mas cada instante que pasa
Temo que se vuelva á casa
Mi padre, y os halle aquí.
Cap. Pártome, pues.
Ines. Sí; idos presto.
Cap. Ahí os queda mi albedrio.
Ines. Tambien ¡ay de mí! va el mio
Del vuestro ocupando el puesto.
Cap. A Dios, mi vida.
Ines. Id con Dios,
Capitan, y él os dé suerte.
Cap. Para amarte hasta la muerte.
Ines. Mas allá os querré yo á vos.
(*Al irse el Capitan ve que se acercan por las montañas, bajando, por el camino que trajo, varios enmascarados con luces.*)
Cap. Mas ¿qué veo, Dios divino?
¿Qué luces son las que avanzan
Que por las peñas se alcanzan,
Bajando por el camino?
Ines. ¡Huid, huid! ¡ay de mí!
No el pueblo murmura en vano.
La Vírgen, si sois cristiano,
Os saque con bien de aquí.
Cap. ¿Qué hablais, señora?
Ines. ¡Esos ruidos
Que oia yo en las montañas
No eran del vulgo patrañas!
Cap. ¡Cielos! ¡Son aparecidos!
Juana. Señora, pronto cerrad. (*Saliendo.*)
Transida vengo de miedo...
¡Cerrad, por Cristo!
Ines. No puedo,
Que el capitan...
Juana, al Capitan asomándose por la ventana. Por piedad
Salvaos, buen caballero.
Trepad, trepad á las peñas,
Y buscaos por las breñas
A viva fuerza sendero.
Ines. No, no huyais; esas visiones
Tienen de lince los ojos.
Aplaquemos sus enojos,
Capitan, con oraciones.
(*Se hinca.*)
Cap. No puedo huir, ni salvarme:
Todo mi valor flaquea.
Ines. Pues bien, sea lo que sea,
Entrad tambien.
(*Le da la mano y el Capitan salta por la ventana.*)
Juana. Ni un adarme
De serenidad me acude.
Ines. Cerrad pronto esa ventana.
Mata esa bujía, Juana.
Ahora que Dios nos ayude.

ESCENA IV.

DOÑA INES, EL CAPITAN Y JUANA EN EL CUARTO. JUAN PASCUAL, EL INFANTE DON ENRIQUE, ENMASCARADOS, Y SEIS CABALLEROS LO MISMO BAJAN POR LAS PEÑAS A LA ESCENA ALUMBRADOS DE LINTERNAS QUE LLEVARAN CUATRO DE LOS EMBOZADOS.

Pasc. Llegar podemos sin miedo:
Del pueblo la gente tosca
Supone el bosque poblado
De apariciones medrosas.
Mi gente eché de mi casa,
Y fuera ocupada toda,
Solo hay en ella mujeres
Que por dormidas no estorban.
Esconded, pues, las linternas
Por si una vieja curiosa
A saludar á las brujas
Por las rendijas se asoma,
Y ve que en mi casa entramos.
Enr. Y á mas guarecerse importa
De techado, porque empiezan
A ser espesas las gotas.
Uno. Terrible nublado avanza.
Enr. Segun lo airado que sopla
El vendaval que le impele,
Su duracion será corta.

Pasc. Entrad, si os place, señores,
Y os cobijará esta choza.
Cap., dentro. Sudando estoy de pavor.
Estoy escuchando sordas
Debajo de esa ventana
Voces de varias personas.
Juana. Meten la llave en la puerta.
Ines. Mi padre es.
Juana. ¡A buena hora
Le ocurre llegar!
Ines. Se acercan.
Cap. Estad serena, señora.
Si es que son hombres, mi espada
Os protege.
Juana. ¡Y si son sombras!
Ines. No, huyamos.
Cap. Pero guiadme
Si no quereis.
Ines. Una alcoba
Tiene este aposento. En ella...
(*Buscando la alcoba.*)
(De miedo no la hallo ahora.)
Aquí está. Dadme la mano... (*Al Capitan.*)
Entrad... Por aquí nosotras. (*A Juana.*)

ESCENA V.

EL CAPITAN, EN LA ALCOBA. DOÑA INES Y JUANA EN SU APOSENTO. POR LA PUERTA DEL FONDO JUAN PASCUAL Y LOS ENMASCARADOS.

Pasc. Este es mi cuarto, señores.
Yo me sirvo de esa alcoba.
Si gustais.
Enr. Basta que vos...
Pasc. Cierro esta puerta; — y esotra
(*La de Doña Ines.*)
Da á un pasadizo muy largo
Que en otra ala desemboca
Del edificio, y en donde
Una hija mia reposa,
Que aunque vele es imposible
Que nada comprenda ni oiga.
Enr. Está bien.
Pasc. Pues empecemos.
Enr. Guardar la máscara importa,
Y no hay para qué nombrarse
Conociendo las personas.
Este anillo que el infante (*Le muestra.*)
Me dió por su mano propia
Atestigua mis poderes,
Y no hay quien no le conozca.
Lo que se selle con él,
Él mismo lo corrobora.
Pasc. Ea pues; los pergaminos
Y las plumas están prontas:
Despachémoslo cuanto antes.
Yo creo que nadie ignora
De los que me están oyendo
Que tuve una hermana hermosa,
De quien el rey de Castilla
Tomó á cuenta la deshonra.
Enr. Sabemos que en una noche
Dispuso unas falsas bodas;
Reunió un falso concilio
De prelados, á quien Roma
Castigó debidamente.
La dió nombre de su esposa,
Y despues de profanarla
Torpemente, abandonóla.
Pasc. Así es la verdad: mi hermano
Aunque al principio en su cólera
Se apartó de su amistad
Y amenazó su corona,
Hoy lidia por su bandera,
Y reales privanzas goza.
Yo no: jamás he olvidado
Aquella hazaña afrentosa
De Don Pedro, y la venganza
He retardado hasta ahora
Solo por falta de un dia
De ocasion segura y próspera.
Ahora bien: tengo en secreto
Minada á Sevilla toda,
Donde una conjuracion
Fermenta á estallar muy próxima.
Si Don Enrique me jura
Dueño hacerme sin demora
De las tierras y castillos
Que por este escrito constan,
Yo le daré, muerta ó viva,
De Don Pedro la persona.
(*Don Enrique mira el pergamino que está sobre la mesa.*)
Enr. Aunque pedís mucho, el príncipe
Lo que pedís os otorga;
Mas dadle una garantía.
Pasc. Con mi misma ofensa sobra;
Y en cuanto á mi buena fe,
Harto por demas la abona
El hallaros tan seguros
A una distancia tan corta
De Sevilla y de Don Pedro,
Cuando una voz de mi boca
Daros podia una muerte
Tan cierta como alevosa.
Enr. Decís bien: vuestro interés
Tiene raices tan hondas
Como el nuestro en este asunto.
Réstanos saber ahora
Qué garantía exigís
De Don Enrique.
Pasc. Esa es cosa
Que me procuré hace tiempo,
Y que solo puedo á solas

Con el mismo Don Enrique
Tratarla yo.
Enr. Lo que oiga,
Vea, prometa ó alcance
Quien su real anillo logra,
Haced cuenta que él la escucha,
La presencia y la sanciona.
Pasc. Pues apartaos un poco.
Enr. Hablad.
Pasc., con misterio. Yo sé de la historia
Del infante Don Enrique
Las escenas mas recónditas.
Enr. ¡Vive Dios!
Pasc. Oid con calma,
Que á quien vengarse ambiciona,
Ni precauciones le bastan,
Ni se contenta con pocas.
Enr. Adelante.
Pasc. Hace diez años
Que en una noche horrorosa
Se dió un asalto á un castillo
Frontero de la Rioja.
Vencieron los de Don Pedro,
Y su furia asoladora
Pegó fuego al edificio.
Enr. ¡Recuerdo horrible!
Pasc. Espantosa
Fué aquella noche. Las llamas
Entraban hasta una alcoba,
Donde postrada en su lecho,
Con las postreras congojas,
Estaba una noble dama
Cuanto desdichada hermosa.
Entre sus brazos gemia
Una niña encantadora (*Le mira.*)
Parecida á Don Enrique
Como una gota á otra gota.
Enr. ¡Miserable!
Pasc. Oid, que acabo.
La dama era...
Enr., interrumpiéndole. El nombre sobra.
Pasc. La niña por hija de ambos
Hoy Don Enrique la llora.
Enr. ¡Murió!
Pasc. No tal: hubo un hombre
Que del incendio salvóla.
Enr. ¿Y vive?
Pasc. Sí.
Enr. ¿Dónde, dónde?... (*Con ansia.*)
Pasc. Eso en mi secreto toca,
Y esa entre mí y Don Enrique
Es mi garantía sola.
Enr. Y Don Enrique por ella
Diera cetro, vida y honra.
Pasc. Lo sé, que tuvo á su madre,
Profunda, devoradora
Una pasion, cuyas huellas
De su corazon no borran
De desengaños y lágrimas
Los quince años que le agobian.
Por eso lo hice: Don Pedro
Fué causa de mi deshonra,
Y no quiero que su hermano
Cuando ciña su corona
Reniegue de su palabra,
Cual renegó él de sus bodas
Con mi hermana. Es precaucion
Que me atañe.
Enr. Ponzoñosa
Serpiente, de cuya lengua
Los vapores me sofocan,
¿Quién en mitad del camino
De Don Enrique te arroja?
Pasc. La esperiencia y la venganza:
Si nuestro plan se malogra
Y yo en la demanda muero,
No receleis que traidora
Pase el dintel de mi tumba
Mi venganza. En una bolsa
De malla, asida á mi cuello,
De pergamino habrá una hoja
Con la instruccion necesaria
Para encontrar esa joya
Que así Don Enrique estima.
Si llega acaso mi hora
Sin mi venganza, ¿el guardarla
Qué utilidad me reporta?
No faltará quien la encuentre,
Y en sus manos se la ponga.
Mas si doy cabo á mi empresa,
Y á Don Enrique victoria
Consigo sobre Don Pedro,
Por si la fortua loca
Contra mí quiere volverse,
La conservaré; y no es otra
Mi resolucion postrera,
Que nada tuerce ni dobla.
La cabeza de Don Pedro
Por esa hija, á quien adora;
Prenda por prenda, es muy justo,
Que amores, señor, son obras.
Enr. Pues no hay remedio, está bien;
Mas no olvideis que blasona
Don Enrique de severo,
Y si fe en vos halla poca,
Con vuestro secreto y todo,
Sin mas reparo os ahorca.
Pasc. En eso estoy.
Enr. Pues entonces
No lo echeis de la memoria.
Pasc. Vos decid á esos señores
Que satisfechas ahora
Quedan en vos cuantas dudas
Nuestros pactos ocasionan.
Enr. Así es la verdad, señores.

Pasc. Sellad y dadme : las cosas
(*Sellan el pergamino.*)
Dispondré yo de manera
Segura, acertada y pronta,
Y aviso os daré de todo
En tres dias y á estas horas.
Enr. Salgamos pues, que ya es tarde.
Que os guarde Dios.
Pasc. Él os oiga.
(*Salen todos, y Juan Pascual que se queda á la puerta viéndolos partir. El Capitan asoma entre tanto por el aposento.*)

ESCENA VI.

EL CAPITAN, ESCONDIDO; JUAN PASCUAL, QUE VUELVE A ENTRAR.

Capit. ¡Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.
¡Bien haya quien á esta quinta
Me ha encaminado esta noche!
Un cabo tengo del hilo;
Si por azar no se rompe,
Yo llegaré al otro cabo,
Y ¡ay de la madeja entonces!
Cordeles haré con ella
Con que ellos mismos se ahoguen.
Pasc., entrando. Todo está ya concluido.
Mañana voy á la corte;
De este sayal me despojo;
Empuño broquel y estoque;
Dejo mi nombre del campo
Por mi verdadero nombre,
Y con firmeza y audacia
Preparo el último golpe.
Mantente firme, cadena,
Sobre cuyos eslabones
De ambas Castillas la suerte
Consigo al fin que se apoye.
Mantente firme, cadena,
Y si ninguno se rompe,
Yo les desharé uno á uno,
Y ¡guay de Don Pedro entonces!
Mas durmamos, que ya es hora,
Y adunando precauciones,
Veamos si la mujeres...
(*Entra con la luz por el pasadizo que da al cuarto de Doña Ines, y á este tiempo baja Don Pedro embozado por los peñascos. Llueve.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO, JUAN PASCUAL.

Ped. ¡Gracias á Dios que del monte
Veo el fin, y hallo un techado
En que vivos se recogen.
Veo allá abajo una casa;
Entraré en ella esta noche,
Aunque sean sus paredes
Madriguera de ladrones,
Y aunque tenga que asaltarlas
A estocadas y mandobles
Con una legion de diablos.
Pasc., volviendo á la escena. Nada; duermen como postes :
Cerradas están las puertas
Con llaves y picaportes.
Durmamos, pues.
(*Al ir á entrar en la alcoba llama Don Pedro á la puerta con recios golpes.*)
Ped. ¡Ha de casa!
Pasc. ¿Quién va á estas horas?
Ped. Un hombre.
Pasc. ¿Qué quiere?
Ped. Pues llamo, es claro
Que quiero entrar.
Pasc. Pues perdone
Vuesa merced, y esa esquina
A su mano izquierda doble,
Y en esa tercera calle
Verá un meson do le alojen.
Ped. ¿Parécele, vive Dios,
Que he andado yo todo el bosque,
Con el barro á la cintura,
Sin luz y echando los bofes,
Para correr callejuelas
Y acostarme en los mesones?
Abra esa puerta, ó por Cristo
Que aunque forrada esté en bronce,
Tales porrazos dé en ella
Que os la arranque de los gonces.
Pasc. Brio traeis.
Ped. Y coraje;
Y abra pronto.
Pasc. No se enoje,
Que al cabo merecen algo
Sus corteses espresiones.
Ped. Corteses ó no corteses,
Para lo dicho soy hombre.
(*Sale Juan Pascual con la luz á abrir, y mientras entran él y Don Pedro, dice el Capitan.*)
Cap. O sueño por vida mia,
O esa es su voz. ¡Cielo! ¿á donde
Sus desventuras le traen?
Pasc. Entrad aquí.
Ped. Buenas noches.
Pasc. Perdone el buen caballero
Si con él anduve torpe.
Ped. Perdone él mi mal humor,
Que el lance no es para flores.
Heme estraviado cazando;
Rompieron los nubarrones

En agua, y no topé senda
Por donde salir del monte.
Pasc. ¿Hidalgo sois?
Ped. Caballero.
Pasc. ¿De qué lugar?
Ped. De la corte.
Pasc. ¿De la corte? ¡Que me place!
¡Sabremos qué nuevas corren!
Ped. Pues no traigo yo el gaznate
Para muchas relaciones.
Pasc. ¿Tendreis hambre?
Ped. Como un lobo.
Pasc. Aunque en la casa de un pobre
Os encontrais, no faltaron
Nunca en ella provisiones.
Ped. Sacadlas, pues.
Pasc. Voy al punto.
Ped. Dios se lo pague, buen hombre.
Pasc., llamando. ¡Juana! ¡Ines!
Ines y Juana. ¡Señor!
Pasc. Traed luces.
Levantaos.
Ped. No incomode
Tanta gente para mí.
Pasc. Mis criados labradores
Son, y no duermen en casa;
Mas dejadme dar mis órdenes,
Que aun hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII.

DOÑA INES, JUANA, DICHOS.

Pasc. Juana, aquel par de pichones
Que hay en el armario saca:
Tú, Ines, en los interiores
Aposentos otra cama
Para esta noche disponme,
Que aquí dormirá en la mia
Este hidalgo.
Juana. (¡San Onofre!
¿Y el capitan?)
Ines. (¡Cielos santos!
¡Cuánto azar en una noche!)
(*Vanse Doña Ines y Juana. Esta vuelve con unos platos; botella, mantel, etc., que Juan Pascual toma; la despide, y sirve á Don Pedro.*)

ESCENA IX.

JUAN PASCUAL, DON PEDRO.

Pasc. (De la corte dice que es.
Veamos si puedo astuto
Sacar del hidalgo fruto.)
Trae, y vete con Ines. (*A Juana.*)
¡Ea! comed, caballero:
(*A Don edro escanciándole.*)
Bebed y aliento tomad.
Ped. Falta me hace á la verdad.
A vuestra salud. (*Bebe.*)
Pasc. Espero
Que á la vuestra contribuya.
Ped. Bueno es á fe este licor.
Pasc. Cosecha mia, señor.
Ped. ¡Buena cosecha es la suya!
¡Tiene muchas viñas?
Pasc. Tengo
Lo que llaman mucho aquí,
Que me alcanza para mí
Y la gente que mantengo;
Y no lo pasamos mal.
Ped. ¿Qué pueblo es este?
Pasc. Una aldea
Mezquina, escondida y fea.
Ped. ¿Tiene nombre?
Pasc. Juan Pascual.
Cuatro casucas de tierra
Que yo mismo labré aquí,
Y á las que mi nombre dí
Cuando volví de la guerra.
Ped. ¿Servido habeis?
Pasc. Con honor,
Aunque no con gran provecho.
Ped. ¡Cáspita! ¡Y os habeis hecho
De todo un pueblo señor?
Pasc. Dineros de que un buen tio
Me hizo heredero á su muerte
Labraron mi buena suerte,
Y así he logrado algo mio.
Ped. ¿Mas de lo servido al rey
No obtuvísteis recompensa?
Pasc. El rey cree que en su defensa
Verter la sangre es de ley.
Ped. Mas ¿fuísteis á verle?
Pasc. No;
Nunca le ví cara á cara.
Temí que me desairara,
Y soy muy altivo yo.
Ped. Mal le juzgais á mi ver;
Pues favor en él no cupo
Si vuestro valor no supo.
Pasc. Pues lo debiera saber.
Ped. ¿Saber la historia debiera
Él de todos sus vasallos?
Pasc. Como él para gobernallos
Buenos jueces eligiera,
Alcanzára bien á todos;
Mas gobierna con tal mengua...
Ped. Tenga el villano la lengua,
Y hable de él con buenos modos.
Pasc. Aunque con ruda franqueza
La verdad hablé no mas;
Y no cejo un paso atrás
Si me cortan la cabeza.

Todo el reino está revuelto
Desde que Don Pedro manda,
Y el diablo parece que anda
Con él por Castilla suelto.
Que esta es la verdad, señor,
Negármelo no podeis,
Y cada vez, ya lo veis,
Vamos de mal en peor.
Ped. Eso dicen sus contrarios,
Y le han llamado Cruel;
Porque le achacan á él
La culpa que tienen varios.
Murmuran que á sangre y fuego
Tala sus propios lugares:
Mas ¿quién es en sus hogares
El que le turba el sosiego?
¿No han invadido sus tierras
Llamándose sus señores,
Esos hermanos traidores
Que le han movido las guerras?
¿No empezaron sus desmanes
Despreciando los resguardos
Que les daba, esos bastardos,
Los hijos de los Guzmanes,
Y si ellos mismos atizan
El fuego de la venganza.
¿A qué invocar su templanza?
¿De qué, pues, se escandalizan?
Pasc. Argüis en mi favor.
Pues hombre es el rey tambien,
Oir le estuviera bien
Consejos en su furor.
Y ved lo que llevo dicho:
Por oir consejos malos
Emprende Don Pedro á palos
Con quien le viene á capricho.
Él pone su confianza
En ministros que le venden,
Y á su conveniencia encienden,
O contienen su venganza.
Que por muy distintos fueros
Y muy diversos registros,
Hay justicieros ministros,
Y ministros justicieros.
Y el justiciar bien ó mal
Cosa es que pide gran seso.
Ped. Mucho se os alcanza de eso
A lo que veo, Pascual.
Pasc. No, señor, sino muy poco;
Mas creo que lo que digo
Se alcanza á cualquier mendigo,
Y á todo el que no esté loco.
Porque el mandar ¿quién ignora
Que es como un potro llevar;
A quien hay que refrenar
Y dar rienda á buena hora?
Porque si se le exaspera
Conduciéndole sin tiento,
Concluirá violento
Por hacer él cuanto quiera.
Si el rey tuviera á su lado
Un hombre como yo, creo
Que quedaria á deseo
En poco tiempo su estado.
Ped. Pues bien, la palabra os cojo.
A Sevilla os llevaré,
Y que os deje el rey haré
Gobernar á vuestro antojo.
Pasc. ¿Yo ante el rey?
Ped. Nada temais.
Llévame siempre consigo,
Y soy su mejor amigo.
Pasc. Ruégoos, señor, que advirtais
Que campesino insensato
Hablé sin saber con quién.
Ped., con autoridad. Elige, y escucha bien
Las condiciones del trato.
Él su poder y grandeza
Te ha de prestar en Castilla,
Mas si en un flaco te pilla,
Pascual, pierdes la cabeza.
Pasc. Eso, señor, no es justicia.
La palabra me cogeis,
Y para ello no atendeis
Mi rudeza y mi impericia.
Ped. Que atrás no te volverias
Dijiste.
Pasc. Teneis razon;
Y hablé con el corazon,
Aunque dije tonterías.
Ped. Esto ha de ser; retiraos,
Y si no vais, ¡vive Dios
Que el rey enviará por vos!
Con que á venir preparaos.
Pasc. Está bien. (¿Qué es esto, cielos?
Mejor fortuna logré
De la que nunca esperé.
Venganza, tiende tus vuelos;
La ocasion es oportuna;
Mucha audacia necesito;
Mas, por el cielo bendito,
De audaces es la fortuna.)

ESCENA X.

DON PEDRO, SOLO.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Dudándolo estoy, pardiez!
¿Quién creerá que mi altivez
Llegó á sujetar así
Un labrador, un villano,
Culpando mi condicion
Con tan osado teson?
Túvome Dios de su mano.

Mas tan cerca de Sevilla
Y en tan oculto lugar,
Mucho me da que pensar,
Y á fe que me maravilla.
En tal materia tan ducho,
Tiene ese hombre, ó me equivoco,
De campesino muy poco,
Y de sedicioso mucho.
¡Oh, aciago signo es el mio,
Y en hora fatal nací!
¿Todo el mundo contra mí,
Qué me vale tanto brio?
Aragon, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma
Empresa contra mí toma,
Pero me sobra arrogancia.
Audaz y nunca indeciso
A la refriega me lanzo;
Mas por do quiera que avanzo
No sé la tierra que piso.
Siempre con planes inciertos,
Siempre en medio de traidores,
Mis intentos los mejores
No son mas que desaciertos.
¡Por Dios que me desespera
Ver que cuando el bien aguardo
Uno tras otro bastardo
Retoña por donde quiera!
Y el pueblo, ¡mísero de él!
Ve que en mi nombre se abusa
De la justicia, y me acusa
De avariento y de cruel.
¡Ira de Dios! Si algun dia
Me llego frente él á ver,
Su sangre me he de beber,
O él ha de beber la mia.
No puede mi brio, no,
Con imputacion tan fea.
Palenque Castilla sea,
Do caigamos él ó yo.
Mas lejos, lejos de mí
Esas memorias fatales:
De atajar tamaños males
No es propio lugar aqui
(*Abre la ventana.*)
Ya la tormenta se amansa,
Y de nublados el viento
Desemboza el firmamento:
Todo al parecer descansa
De esta casa en los estremos;...
Mas ¿quién sabe lo que en ella
Me guarda mi mala estrella?
Velemos, Pedro, velemos.
Mas siento pasos... allí...
(*La puerta del pasadizo.*)
¿Tan quedo, quién puede ser?
¡Mas qué veo! Una mujer
(*Mirando por el ojo de la llave.*)
Viene con tiento hácia aquí.
A favor de la bujía
Que trae la veo. ¡Oh qué bella!
¿Qué intenta? Su luz deja ella;
Apagaré yo la mia. (*Lo hace.*)

ESCENA XI.

DON PEDRO, DOÑA INES, EL CAPITAN, OCULTO.

Ines, aparte. (Todo está ya sosegado;
Tranquilo mi padre duerme,
Y hasta saber que se ha ido
No hay medio que me sosiegue.
No veo nada, nada oigo.
Si con él ha dado el huesped...
Mas venia el buen hidalgo
Muy cansado felizmente.
¡No oso nombrarle, ay de mi!)
Ped., aparte. (Aquí acercándose viene.
¿Qué buscará á tales horas?
Pero sea lo que fuere
Esta aventura aprovecho,
Pues la ocasion me la ofrece.
Me adelanto.)
Ines. (Ya él sin duda
Me aguardaba, pues, ó miente
La vista, ó hácia mí misma
Que llega un bulto parece,
Segun la confusa luz
De dentro permite verle.)
¿Capitan? (*Buscándole.*)
Ped. ¿Quién va?
Ines. ¿Sois vos?
Ped. Yo soy.
Ines. Pues sin miedo llegue.
¡No sabeis con cuanto afan
He estado este rato breve
Hasta volver á buscaros.
Ped. (Qué enredo del diablo es este?
¡A mí dice que me busca!)
Ines. Y ya que así os favorece,
Pues duerme quieto mi padre,
Para escaparos la suerte,
Dadme la mano y seguidme.
Ped. No será sin que la bese,
Que si es del color del rostro,
Es el ampo de la nieve.
Ines. ¿Qué haceis, capitan?
Ped. Tomarla
Del modo que ella merece.
Ines. Ea, abreviad de palabras,
No nos aperciba el huésped,
Y se despierte mi padre.
Vamos, que es fuerza que os lleve
Hasta la puerta yo misma
Para que seguro os deje.

Ped. Que venga, hermosa, tu padre,
Y aunque á su lado la muerte
Venga á la par, ¿qué me importa
Como en tus brazos me encuentre,
Y yo te tienda los mios?
Ines. ¡Dios mio, qué acento es este!
¿Quién sois?
Ped. ¿Qué estrañas quien soy
Cuando tú á buscarme vienes,
Y yo te salgo á encontrar
Por instinto solamente,
Pues son profetas del alma
Los corazones á veces?
Ines. (¡Muerta estoy! ¡Me he equivocado!
Sin duda dí con el huésped;
Mas retiraréme de él.)
Ped. En esquivarme no pienses
Sin escucharme, que ya
Que amor me ha dado esta suerte,
No he de ser de los amantes
Que de cobardes la pierden.
Ines. Caballero, ese lenguaje
Tanto á mi decoro ofende,
Que solo el silencio es frase
Con que puedo responderle.
Cap., aparte. (O me engañan mis oidos,
O que oigo á Ines me parece.)
Ines. Ya os he dicho que no osado
Quebranteis con tan aleve
Intencion descomedida
Del hospedage las leyes.
Ped. Amor es Dios, y ninguna
Puede haber que le sujete.
Ines. La ley contra la razon
Caber en un Dios no puede.
Cap. (¡Cielos, cierta es mi sospecha!
¿Qué hacer en trance tan fuerte?
Por otra puerta no puedo
Salir, y aun cuando pudiese,
Perder á Ines era fuerza,
O con Don Pedro perderme.)
Ped. Suspende, hermosa enojada,
El ceño esquivo; suspende
El justo enojo, sabiendo
Que quien te habla de esta suerte
Es un caballero noble
Cual pocos hay que le lleguen,
Que en tus amores perdido
Se arriesgó á tanto por verte,
Y que riquezas y honores
Con su corazon te ofrece.
Ines. El favor os agradezco;
Pero reparad prudente
Que la hija de Juan Pascual
Nunca á lo que á sí se debe
Puede faltar, ni del mundo
Por todos los intereses.
Ped. Deja el melindre y repara
Que á tus piés humildemente...
Ines. Callad, y no hagais que á voces
Llame á mi padre y mis gentes.
Ped. Y cuando vengan, ¿qué harán
Si de mi antojo el mas leve
Soplo ante mí de rodillas
Hacer que se postren puede?
Cap. (Esto es ya mucho: yo llego,
Y salga lo que saliere.)
Don Pedro, ved lo que haceis.
Ped. ¿Quién, vive Cristo, se atreve?...
Cap. Quien huye de vuestros rayos
Porque su luz no le ciegue:
Mas quien os deja advertido
Que os es siniestro este albergue.
Ped. ¿Qué escucho?
Ines. (Soltó; me libro
Por esta puerta.)
Ped., al Capitan. Detente
Quien seas, que por mí velas
En la oscuridad, ¿quién eres?
Cap. (Al cabo con la ventana
Tropezé dichosamente.
Callo, y me salgo por ella.)
(*Salta por la ventana.*)
Ped. Habla, no temas; acércate.
Cap. (Mas por la montaña vienen
Con luces.) ¡Gracias, fortuna!
¡Aquí, aquí!
Ped. ¿Qué ruido es este?
Cap. ¡A mí, monteros, á mí;
Aquí, al capitan Blas Perez!
Ped. Mis cazadores son estos
Que en mi seguimiento vuelven.

ESCENA XII.

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, EL CAPITAN.

Pasc. Caballero, ¿qué alboroto?...
Ped. Nada, buen hombre, recele:
Monteros son de mi casa.
Pasc. ¡Válgame Dios, cuánta gente!
Ped. Soy rico, y mantengo á muchos,
Abrid, y dejadles que entren.
Pasc. Allá voy.
Cap., á Don Pedro. Señor...
Ped., al Capitan. Silencio,
Que importa no conocerme.
Cap. Viendo que no parecíais,
Todo el monte diligentes
Recorrimos, y un villano
Nos dió el sendero que tiene
Fin en frente de esta casa.
Ped. Justo es que se recompense
A ese villano, dadle eso. (*Un bolsillo.*)

Pasc., viendo que Doña Ines y Juana han salido. ¡Eh! á su cuarto las mujeres.

Ines. Padre, al oir tal estruendo...

Pasc. Curiosidad solamente.

Ped. ¡Hola, hola! Juan Pascual,
Hija tan bella teneis,
Y callado me lo habeis?

Pasc. Vinísteis en hora tal,
Que estaba ya recogida;
Que aunque en mi casa es señora,
Se levanta con la aurora,
Y de la hacienda me cuida.

Ped. Es muy hermosa.

Pasc. Favor
Y lisonja cortesana.

Ped. Llevadla con vos mañana.

Pasc. ¿Aun dais en eso, señor?

Ped. Hoy Don Pedro ha de saber
Que en Castilla hay tan grande hombre
Como vos; yo vuestro nombre
Le diré, y os querrá ver.
Con que así, considerad,
Y yo os lo quiero advertir,
Que por fuerza habeis de ir
Si no vais de voluntad.

Pasc., con altivez. Pues tanto empeño poneis,
Decidle al rey que aunque rudo
Labrador, como me veis,
Soy tenaz y testarudo.
Y si me pone consigo
En el poder á la par,
Tiene mucho que arriesgar
Para habérselas conmigo.

Ped. Pues eso os digo yo á vos;
Que el rey Don Pedro es tan hombre,
Que no hay cosa que le asombre,
Siendo él la sombra de Dios.
¿Lo oís?

Pasc. No lo he de olvidar.

Ped. A Dios, y por vuestra vida,
Que esa hija tan recogida
No os descuideis de llevar.
Que fuera en el rey mal visto
Daros pompa soberana,
Y quedarse ella villana.

Pasc. Conmigo irá; no resisto.

Ped. Ahora, señores, marchemos.

(*Vanse por las montañas alumbrando con los hachones á Don Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el Capitan se encara con Juan Pascual, y le dice tendiéndole la mano al último verso.*)

Cap. ¿A Sevilla ireis, Pascual?

Pasc. Iré, capitan; sí tal.

Cap. Pues mañana nos veremos.

ESCENA XIII.

JUAN PASCUAL, FUERA DE LA CASA. INES Y JUANA, A LA ENTRADA.

Pasc. (¿Qué querrá ese hombre decir
Con ese tono de pique?
Mas será de Don Enrique
Y me querrá seducir
Como me juzga labriego.)
(*A Doña Ines y Juana.*)
Vosotras á vuestro cuarto,
Que para vigilia hay harto
Con tanto desasociego.

(*Cierran las ventanas y se retiran, dejando á Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido, Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de Don Enrique.*)

ESCENA XIV.

JUAN PASCUAL, DON ENRIQUE, ENMASCARADOS.

Pasc. La suerte nos favorece
Mas que nunca imaginé:
Mañana voy á Sevilla
Segundo del rey á ser.

Enr. ¿De Don Pedro?

Pasc. De Don Pedro.
Con que mañana estareis...

Enr. Nuestro puesto ya sabemos,
Señor Juan Pascual, donde es.

Pasc. ¿Adónde?

Enr. Con Don Enrique.
Ese pergamino ved.

Pasc. (*Lee.*) «El rey de Francia envia á Don Enrique doce mil hombres de guerra á las órdenes del famoso capitan el caballero Bertrand Duguesclin, y le presta para su empresa ochocientos mil florines de oro. A la hora en que estas letras os lleguen, estarán rayando las fronteras de Castilla.»

Enr. ¿Estais, Juan Pascual?

Pasc. Estoy.

Enr. ¿Como leal cumplireis?

Pasc. Como cumpla Don Enrique.

Enr. Él lo hará como quien es.

Pasc. Pues muerto ó vivo en sus manos
Juro á Don Pedro poner.

Enr. Pues adelante.

Pasc. Adelante.

Enr. ¿Hasta cuándo?

Pasc. No lo sé.

Enr. ¿De aquel papel...?

Pas. Viva ó muera,
Sobre mí le encontrareis.
Enr. Pues Dios os dé su favor.
Pas. Quiera protejeros él.
(*Vanse Don Enrique y los suyos.*)
Ahora veremos, Don Pedro,
Quién es el que ultraja á quién.
¡Oh! tú me esperas mañana;
Por Dios que no faltaré.
(*Entra en su casa y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Cámara real de Don Pedro: una puerta en el fondo: un balcon á la derecha, y una puerta á la izquierda con otra secreta que se abrirá á su tiempo.

—

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
DOÑA INES.
JUANA.
UN ERMITAÑO.
SOLDADOS, CONJURADOS, PAGES, DAMAS, MUSICOS Y PUEBLO.

—

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, EL CAPITAN BLAS PEREZ.

Ped. Esto es hecho, capitan:
No queda un rincon de tierra
Que no nos levante guerra,
O nos cause algun desman.
Da ese maldito frances
Dineros y hombres á Enrique,
¿Y quieren que ponga dique
Yo á mi paciencia? ¡Eso es!
Yo, legítimo heredero
Del reino que ansioso guardo,
Debo decirle al bastardo:
«Ven, toma; tú eres primero.
» Toma ese cetro rëal;
» Envíame á un calabozo,
» Que yo espiraré de gozo
» Esperando tu puñal.»
No, todo empeño es en vano.
Él me apellida el Cruel,
Y no ha de escudarle á él
El título de mi hermano.
Con amigo ni enemigo
No hay medio de que me esplique,
Sin que me nombren á Enrique
A la par siempre conmigo.
Por donde quiera que vaya
No oigo hablar mas que de ese hombre.
Ya me fatiga su nombre,
Y no sé tenerme á raya.
En fin, capitan, veamos
Lo que dicen esas cartas.
Cap. Noticias de ese hombre hay hartas.
Ped. La vida necesitamos
Para él ¡voto á Belcebú!
Cap. Pues aunque sienta enojaros,
Otra tengo yo que daros
De ese mismo.
Ped. ¡Tambien tú!
Cap. La vida en ello nos va,
Y á ser tan solo la mia,
La callara, y moriria
Sin enojaros.
Ped. Está
Bien. Dila, que no me enojo.
Cap. Ese labrador taimado
Que en su casa os ha hospedado...
Ped. ¿Vas á culparme el antojo
De hacerle gobernador
Para ver cómo se esplica?
Cap. Es que á mas altura pica
Ese labriego, señor.
Ped. Es un pillo, ya lo sé.
¿Piensas que yo lo ignoraba?
Cap. Es que de ofrecer acaba
Vuestra cabeza, y...
Ped., con calma. ¿Y qué?
Cap. ¿Y qué? No sé cómo arguya,
Señor, si os va en un mal paso...
Ped. ¿La cabeza? Y dime: ¿acaso
Vendrá ese hombre sin la suya?
Cap. No, mas repare su alteza...
Ped. Vaya, Blas; no es grande azar;
Ya sé que se va á jugar
Cabeza contra cabeza.
Cap. Pues, señor; ya que es preciso,
Sabed que yo ví, y oí
Anoche...
(*Entrase un ermitaño en el salon, y Don Pedro al verle se levanta dirigiéndose á él con saña.*)
Ped. ¿Quién se entra aquí,
¡Vive Dios! sin mi permiso?
¿A qué te llegas, traidor,
Hasta el cuarto de tu rey?
Erm. Vengo á intimarle una ley
De su natural señor.
Ped. ¿Yo siervo? ¡El rey de Castilla!
Erm. Sí; siervo del absoluto
Señor, que hizo en un minuto
Del orbe la maravilla.
Ped., moderándose y descubriéndose.
¿Ministro sois del altar?

Perdonad; no os conocí.
Hablad; ¿qué quereis de mí?
Erm. A solas hemos de estar.
Ped., al Capitan. Sal, y espera.

ESCENA II.

DON PEDRO, EL ERMITAÑO.

Ped., al Ermitaño. Decid, pues.
Erm. Yo soy un monge ermitaño
Que á todo comercio estraño
Con el mundo en que te ves,
Paso mi pobre existencia
A orillas de un precipicio,
Ceñido con un cilicio,
En áspera penitencia.
A santo Domingo ayer,
A quien tengo por patron,
Con sincera devocion
Oracion me puse á hacer,
Y en ella con grande espanto,
Cercado de resplandores
Vivos y deslumbradores,
Aparecióseme el santo.
Ped. (De fe por demás sencilla
Que son patrañas colijo.)
Erm. Escucha, el santo me dijo:
«Ve, y dile al rey de Castilla
Que el alma se purifique
Del mal que en la tierra ha hecho,
Porque va á romperle el pecho
El puñal de Don Enrique.»
Ped., furioso. ¡Traidor! ¿Con esas me vienes?
¡Enrique me ha de matar!
No han de poderte librar
Ni las órdenes que tienes.—
¡Hola, capitan! Aquí.
Veremos si se abre el cielo
Para salvarte.
Erm. A él apelo,
Pues sus órdenes cumplí.
Ped. ¡Ea! Sin mas dilaciones
Quitádmele de delante,
Y degolladle al instante
Debajo de mis balcones.
Cap. Señor, con muerte tan fea...
Ped. Es un perro de mi hermano.
Sí, que muera ese villano
Donde mi pueblo lo vea.
Cap. Señor...
Ped. Nadie me replique.
No, no hay perdón para ese hombre.
(*Lo llevan.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

¿Con que es eco de mi nombre
El nombre de Don Enrique?
¡En todas partes su sombra
Conmigo á mi lado va:
En todas partes está,
Y en todas partes me asombra!
¿Con que ese hombre es mi destino?
¿Y en la corte, y en la plaza,
Y en el templo, y en la casa
Le he de hallar en mi camino?
¡Oh, que venga de una vez,
Que venga, y entre mis brazos
Verá como hago pedazos!...
¡Pero es cobarde, pardiez!
No vendrá, no. De emboscadas
Me cercará y de traicion,
Que no tiene él corazon
Para vencerme á estocadas.

ESCENA IV.

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA INES, EL CAPITAN.

Ped. ¿Qué es?
Cap. Ahi está el labrador
Montañés.
Ped. Llega en buen hora.
Que entre, y veremos ahora
Si es un hombre de valor.
Cap. Entrad, que el rey os espera.
Pasc. Dadnos, gran señor, los piés...
Mas ¡cielos!... ¿este el rey es?
Ped. El rey vuestro huésped era.
Pasc. (¡Y tuve ¡necio! en mi casa
Anoche á Don Pedro yo!)
Ped. (Mucho al verme se turbó.)
Pasc. (¡Yo no sé lo que me pasa!)
Ped. Acérquese, Juan Pascual,
Y de respetos se exima,
Que el rey tiene en mucha estima
A un hombre de ciencia tal.
Pasc. Señor...
Ped. Desde este momento
En Castilla mandareis;
Silla á mi mesa tendreis,
Y en mi palacio aposento.
Que hacia falta habeis dicho
Un hombre cual vos al rey.
La vara os doy de la ley:
Mandad á vuestro capricho.
Nadie os ha de ir á la mano:
Tendreis el anillo real;

Mas sed justo, Juan Pascual,
Con el noble y el villano.
(*A sus guardias.*)
Pregónese este mandato,
Y que se cumpla al momento.
¿Estais, Juan Pascual, contento?
No os quejareis de mi trato.
Andad, y el cielo os alumbre:
Id á que Sevilla os vea,
Y en vuestra justicia crea
La asustada muchedumbre.
Pero que os sirva de base
Para el cargo que emprendeis,
Que vos me respondereis
De cuanto en mi reino pase.
Desde la corte, os lo aviso,
Hasta la aldea mas tosca,
No ha de moverse una mosca
Sin que la otorgueis permiso.—
Capitan, su secretario
Sereis vos, que en su ejercicio
Puede parecer novicio,
Y le sereis necesario.
(¿Estás? Su sombra has de ser,
Y por si tuerce de intento,
Apodérate al momento...)
Cap. (¿De quién?)
Ped. (De aquella mujer.)
(*Doña Ines.*)

ESCENA V.

JUAN PASCUAL, DOÑA INES, EL CAPITAN.

Pasc. ¡Ah, no saber que el rey era.
Mentecato?
Ines. ¡Ay padre mio!
Con un rey de tanto brio
Mala fortuna os espera.
Pasc. ¿Y qué remedio me queda?
Ya cara á cara los dos
Con el auxilio de Dios
Haremos lo que se pueda.
Ines. ¡Ay de mí! Mucho me temo
Que nos recibe muy mal.
Cap. No os aturda, Juan Pascual,
Ver en el rey ese estremo.
Tras esa faz torva y fiera,
Y esa voz que al pecho arranca,
Esconde un ánima franca
Con un corazon de cera.
Arrogante, pero llano,
Asusta cuando reprende;
Mas si percibe que ofende
Da al ofendido la mano.
Yo puedo ser vuestro guia,
Y vereis...
Pasc. No veré nada,
Capitan, que esta jornada
No es vuestra ¿oís? sino mia.
Cap. Mas soy vuestro secretario...
Pasc. Pues yo no sé ni una letra,
Y en mí la razon penetra
Sin fórmulas de notario.
Haré lo que se me antoje
Sin ver si os va ó no en talante...
Con que de aquí en adelante
Ni me tire ni me afloje.
(*Toma el brazo á doña Ines, y va á salir con ella. El capitan la detiene por el otro.*)
Cap. Perdonad; esta señora
Tiene damas y aposento
Preparadas al intento.
Pasc. ¿No es mi hija?
Cap. Por ahora
Está del rey al amparo.
Pasc. Amparada está conmigo.
Cap. El rey manda lo que os digo.
Pasc., *soltándola.* Si él lo manda...
Cap., *tomándola.* Pues es claro.—
¡Hola! Esas damas llamad,
Que á su señora acompañen,
Y esos cautivos que tañen
Instrumentos avisad.
(*Salen las damas y los cautivos, que vuelven á entrar con Doña Ines.*)
El rey mandó rodearos (*A Dona Ines.*)
De ostentacion y placeres,
Que es galan con las mujeres.
(Mirad que tengo que hablaros.)
Ines. (Velad, capitan, por mí,
Que solo en vos me confio.)
Cap. (Segura estais, amor mio,
Mientras yo respire aquí.)
(*Vanse doña Ines, damas y cautivos.*)

ESCENA VI.

JUAN PASCUAL, EL CAPITAN.

(*Este queda acechando á Juan Pascual, quien se manifiesta indeciso y pensativo.*)

Pasc. ¡No sé qué imagine de esto!
Mas no cedo, vive Dios.
Veremos quién de los dos
Es al otro mas funesto.
¡Hola! (*A un criado.*)
Criado. ¿Llamais?
Pasc. Unos hombres
Que en la antesala quedaron,
Que entren aquí.
(*Entran y les dice:*)
¿Contestaron?

Uno. Todos pusieron sus nombres
En vuestra carta, y esperan.
Pasc. Pues de destreza es asunto,
Que todo el mundo esté á punto,
Y al medio dia que hieran.
Otro. Ya al son de vuestra venida
Reunida está en la plaza
Multitud que la embaraza
Para todo apercibida.
Pasc. Pues pronto; corred, volad,
Porque todo lo perdemos
Si en rebelion no ponemos
Al momento la ciudad.
Otro homb. Ahí hay un hombre que en tanto
Junto á un cadalso se halla.
Pasc. Corred entre la canalla
La voz de que ese es un santo.
¡Oh! Dios con ese buen hombre
Sin pensarlo nos ayuda.
Dejad que la gente acuda
Y servíos de su nombre.
Así estallará mas presto.
(*Les manda salir, y quedan él y el capitan.*)
Cap. ¿Qué gente es esa?
Pasc. Alguaciles.
Algunas órdenes díles
Para que ocupen su puesto.
Yo voy á ocupar el mio,
Capitan. ¡A Dios quedad!
Cap. Mirad bien por la ciudad.
Pasc. Podeis fiar en mi brio.

ESCENA VII.

EL CAPITAN, LUEGO JUANA.

Cap. Viéndolo estoy y lo dudo.
Al cabo de tanto azar,
Para colmo de destichas
Ines en palacio está.
Y aunque por fortuna suya
Nombróme el rey su guardian,
Es claro que él querrá verla
Y de ella se prendará.
Sabe que fué quien anoche
Entró en su cuarto á buscar
Un hombre á quien no conoce:
Mas que amenazóle audaz
Y le advirtió de un peligro;
Y querrá saber de cual.
¡Ah! tiemblo por vida mia.
Juana. ¡Calla! ¿Sois vos, capitan?
Cap. ¡Juana! ¿qué es esto? ¿Tambien...?
Juana. Tambien estoy por acá.
(*Asoma Don Pedro por el fondo.*)
Los guardias de esa antesala
No me dejaron pasar
Con mis amos, hasta que ahora
A una órden de Juan Pascual...
Cap. Dios te ha conducido aquí
Mi angustia para calmar.
Di á Ines que tiene en su cuarto
Una ventana que da
A un jardin, y que por ella
La tengo al punto que hablar
De cosas que mucho importan
A nuestra seguridad.
Vé, no tardes.
Juana. Voy al punto.
Cap. Vuela.
Juana. Bien; voy á volar.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, EL CAPITAN.

Cap. Corro al jardin al instante...
Mas ¡Dios mio!
Ped. ¿Dónde vas?
Cap. Iba, señor...
Ped. Sin mentir.
Cap. Señor, os iba á buscar.
Ped. ¿Has olvidado, Blas Perez,
Que yo no duermo jamás,
Que todo lo oigo y lo veo,
Y que espío con afan
A los mismos á quien mando
A los otros espiar?
¿No sabes que la traicion
Tan diestro me tiene ya
Que hasta en la sombra que pinto
Encuentro que sospechar?
Dime, pues: ¿á esa mujer
De qué la conoces, Blas?
Cap. ¿Esa doncella?
Ped. Por su ama
Pregunto.
Cap. Señor, piedad. —
Alcanzaron mis ojos su hermosura
Del monte entre los árboles un dia,
Y llevóme á sus plantas mi locura.
Ped. ¿Tú la amas?
Cap. Sí; con ciega idolatría.
La amo, señor: mi pensamiento loco
Indeleble su imagen me retrata,
Y la vida sin ella tengo en poco.
Ped. ¿Con que ella á tu pasion no ha sido ingrata?
Cap. Siento orgullo al decirlo todavía.
Era un secreto que en mi pecho estaba;
Mas hoy del corazon salir debia,
Y para revelároslo os buscaba.

Yo anoche, mientras vos en la aspereza
Del monte andábais, de mi fé impelido,
A su padre escuché vuestra cabeza
Prometer, en su cámara escondido.
Ped. Luego ¿eres tú, gusano miserable,
Por quien ella venia á mi aposento,
Y quien con un aviso inesplicable
Quiso esconderme su amoroso intento?
¡Tú fuiste, ya lo sé, quien fementido
Tal artificio imaginando diestro,
De mi voz replicaste requerido
Que era aquel sitio para mí siniestro!
¡Creiste que tu amor, su honor acaso
De tu rey el aliento profanara,
Y audaz pensaste que tan necio paso
Con tu señor un punto te igualara!
La erraste, capitan. Por un esceso
Vives de mi bondad: tu vida entera
No es mas que un vaso, que aunque dura ileso
Polvo al impulso de mi aliento fuera.
Yo te dejé que con osada mano
Vengaras á tu padre impunemente,
Pero no por tus méritos, villano,
Porque á mí me vengabas igualmente.
¡Tú la amabas! ¿Y qué? Si al fin oiste
Que yo la hablé de amor, oiste el fallo
Con que el tuyo rompí. ¿No lo entendiste?
¿Quién era allí el señor? ¿quién el vasallo?
Cap. Mas ¿qué debí de hacer? ¿Cuál fué mi yerro?
Ped. Ver, oir y callar: partir sin ruido
Lejos del rey, pues no eres mas que un perro
Para echarte á mis plantas mantenido.
Donde los ojos del señor se posan,
En el oido en que su voz resuena,
Si ojos y oidos de vasallos osan,
De cegar y no oir tienen la pena.
Cap. Cegádmelos, señor, si os ofendieron:
Paguen, si os place asi, tanta osadía;
Mas ved que sin querer vieron y oyeron...
Lo que ha olvidado la memoria mia.
Ped. Pues que lo olvide bien, y en tiempo alguno
Pase por ella la escondida idea.
Cap. No temais, no, que vuelva inoportuno
Ese recuerdo, aunque mi muerte sea.
A mi padre vengar me prometísteis;
Miraros me dejásteis cara á cara;
Nombre y hacienda y opinion me dísteis,
Y en una eternidad no lo olvidara.
Sí; nacido en el polvo, destinado
A obedecer tan solo, soy un perro
Que al lecho siempre de su dueño atado
Lame servil de su cadena el hierro.
Un perro, sí; mas con leal empeño
Muchos y largos años he vivido
Velando en las campañas vuestro sueño,
Pronto siempre á morir agradecido.
Mas hablad. ¿Qué quereis? De vuestro antojo
Soy el eco no mas; ni hay mas pasiones
En mi pecho que vos: vos sois mi arrojo,
Mi existencia, mi fe, mis opiniones.
No hay nada para mí que vos primero,
Ni ley, ni amor: para serviros vivo.
«¡Dá, hiere!» — me decís, y doy y hiero,
Y el pan aprecio que de vos recibo.
Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;
Pero dócil, señor, á vuestro yugo,
Decidme:—«Caiga en ella mi venganza,»—
Y yo mismo me torno su verdugo.
(*Pausa.*)
Ped. Su protector serás; yo te la entrego.
Cap. Señor, á vuestros piés...
Ped. Alza, vasallo.
Si á mi capricho con tu vida juego,
No oso á la fe que en tus creencias hallo.
Yo te la entrego, pues: sé tú su egida,
Y si en esta inquietud con que batallo
Pierde su padre por traidor la vida,
Echa tú sobre mí tan duro fallo.
Sé inocente á sus ojos, y que nunca
Un enemigo en tí vea ominoso
De nuestra suerte si la flor se trunca,
Que no has de aventajarme en generoso.
Cap. ¿Con que...?
Ped. Ya basta; como quieras obra:
De su padre es el freno, y tú la tienes;
Si Enrique vence al fin, todo me sobra;
Sírvate con su padre de rehenes.

ESCENA IX.

EL CAPITAN, LUEGO JUAN PASCUAL.

Cap. Id descuidado, señor,
Que si es verdad que la quiero,
Siempre en mí será primero
La gratitud que el amor.
Sal, pues, sal del pecho mio,
Necio amor sin esperanza;
Sal, y tórnate en venganza
Al brotar del corazon.
La vida vas á costarme:
Mas ¿qué vale mi existencia?
Sal; el deber te sentencia,
Te asesina la razon.
Sí; si la traicion esconde
Juan Pascual en su rudeza,
Yo le diré: — Su cabeza
De tu traicion me responde.»
¡Hola! ¿Sois vos?
Pasc. Yo soy, sí.
¿Qué temeis de mí?
Cap. ¿Yo? Nada.
Pasc. Ya os dije que esta jornada
Era solo para mí.

Cap. Paréceme que el poder
Mucho os hincha, Juan Pascual.
Pasc. No debe de irme tan mal,
Pues que me hago obedecer.
Y no recaerá en mancilla
Del rey que el poder me dá,
Pues aplaudiéndolo está
Todo el pueblo de Sevilla.
Cap., asomándose. Con efecto, hay en la plaza
Mucha gente.
Pasc., con intencion. Y mucha mas
Que vendrá.
Cap. Por Barrabás
Que algun tumulto amenaza.
Asistente de Sevilla,
Lo que el rey os encargó...
Pasc. No fué que enmendara yo
Lo que hizo el rey de Castilla.
Mirad bien.
Cap. Llevan á un hombre
Como traidor al cadalso.
Pasc. Y el pueblo dice que es falso;
Que es un santo.
Cap. ¿Y ese nombre
Que alucinado le aplica
Que ha de libertarle entiende?
Pasc. Yo no sé si lo pretende;
Mas sé que le santifica.
Cap. Y en fin...
Pasc. En fin, eso el rey
Ordenó que se cumpliera
Antes que el poder me diera;
Con que ahí no alcanza mi ley.
Cap. ¡Pero si él cuentas os pide...!
Pasc. Que las pida; no me arredro:
Entonces verá Don Pedro
Con quién es con quien se mide.
Él depositó en mi mano
Todo el poder de la suya,
Y no habrá ya quien destruya
Este poder soberano.
¿Lo ois?
Cap. ¡Cómo! ¿Osais poneros
De vuestro rey al igual?
Tened cuenta, Juan Pascual...
Pasc. Vosotros sois quien teneros
Debeis delante de mí.
Cap. ¿Creeis que esa investidura...?
Pasc. Me dará la dictadura...
Cap. ¡Traidor!
Pasc. ¡Basta!
Cap. Basta, sí.
Porque él se vengue primero
Mi furia es fuerza que tenga.
Don Pedro vendrá, y...
Pasc. Que venga,
Capitan, aquí le espero.

ESCENA X.

JUAN PASCUAL, LUEGO DON PEDRO.

(*Oyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos, hasta parar en gritos descompasados, mueras, etc. Se asoma al balcon.*)

Pasc. Venga, sí; tan improviso
El golpe habrá de sentir,
Que no ha de poderle huir...
Mas todo ello fué preciso.
(*Mirando por el balcon.*)
¡Hola! La guardia resiste:
El clérigo les exhorta:
Pero la guardia es muy corta
Y la multitud embiste.
Voces. ¡Perdon! perdon!
Otras. ¡Muera, muera!
Ped. ¿A qué viene este tumulto?
Pasc. Será por cualquier insulto,
Un alboroto cualquiera.
Ped. No, no; mis guardias se lanzan
Contra la audaz muchedumbre.
Pasc. Eso será la costumbre;
Pero mis gentes avanzan,
Y ellas lo arreglarán: descuidad eso.
(*Toca la campana á rebato.*)
Ped. ¿Mas qué campana es esa? ¿Es á rebato?
¡Me vendias, traidor! (*Va á salir.*)
Pasc. Tente, insensato.
Estás en mi poder; te tengo preso.
Ped. ¡Preso yo, vive Dios! ¿Con qué cadenas
Mis manos atarás, si á un soplo mio
Tú mismo resistir podrás apenas?
Pasc. Tened, Don Pedro, vuestro inútil brio:
Tened, y no salgais, porque es en vano.
Yo gané vuestras guardias con dinero,
Y al populacho amotiné villano:
No hay en vuestro favor un solo acero.
Yo mas que vos maquinador y astuto,
Por la mano os gané; mas atrevido
Logré primero de mi audacia el fruto...
Soberano leon, ya estás rendido.
Ped., con fiereza. ¡Rendido! El orbe todo se arruinara
Sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza
Le viera yo caer, y le esperara
Sin inclinar siquiera la cabeza.
Pasc. Y yo que sobre vos lo he amontonado
Para echároslo encima de repente,
Lo veré desplomarse arrebatado
Y estrellarse al caer en vuestra frente.

¿No alcanzais la razon de lo que os digo?
Lo sé; mas escuchad. No soy tan solo
Cual otros mil comun un enemigo,
Que en pró de otro partido hoy os inmolo.
No. Soy un hombre, cuyo honor hollásteis
Tejiendo la mentira mas villana,
Cuyos limpios blasones empañásteis
Atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
De venganza con sed devoradora,
Y á lograrla con calma me previne,
Con estudiado afan: y esta es mi hora.
Sí: contempladme bien. No como un dia
Reptil oculto á vuestros piés me arrastro,
Que hoy os vengo á decir con osadía:
Yo soy, Don Pedro, Don Guillen de Castro.
Ped. ¡Tú un Castro!
Pasc. Vengador de Doña Juana,
Que llora en un oculto monasterio
Su desesperacion. Ella es mi hermana;
Y este es de Juan Pascual todo el misterio.
¿Qué mas quereis, Don Pedro, que os esplique
Porque con tal estrépito me vengo?
Pues sabed que he jurado á Don Enrique
Vuestra cabeza dar, y os lo prevengo.
Ped. Pues bien: ven á arrancarla de mis hombros,
Y aprenderás mas fáciles promesas
A hacer si has de cumplirlas: nunca asombros
Me dieron mas difíciles empresas.
Pasc. ¡Oh! Ya con vos vuestro poder no lidia,
Y es ceder ó morir vuestro destino.
Ped., con ironía. Del tuyo siento, buen Guillen, envidia,
Y quiero que hácia allá me abras camino.
Pasc. Don Pedro, os engañais: me habeis herido
De vuestra ley y fuero con la espada,
Y á vuestra misma ley he acudido.
Escuchad á la plebe amotinada. (*Gritos.*)
¿Lo oís? Clama por vos: viene á buscaros.
Ya os he dicho, señor, que estábais preso,
Y que al bastardo prometí entregaros.
Ped. Mucho te ha de costar, vive Dios, eso.
(*Con sarcasmo.*)
Tú has prometido á Enrique mi cabeza,
Y le llamas, tal vez, á que la tome:
Pues bien, la tuya encontrará su alteza;
Yo se la arrojaré cuando se asome.
(*Cierra las puertas y ase de una espada.*)
Ahora á tu vez defiéndete, villano;
Usa de tu valor y de tu acero,
Porque vas á aprender de un rey tirano
Lo que hay de un asesino á un caballero.
Ven; ya no lidia mi poder conmigo:
Aquí mi magestad ya no me escuda:
Solo Dios es aquí nuestro testigo.
Ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI.

DICHOS, CONJURADOS, QUE SUBEN POR EL BALCON.

Voces. ¡Muera Don Pedro!
Voces. ¡Muera!
Un Conj., que sube por el balcon. ¡Aquí, Valientes!
Aquí está el rey, subid.
Otros., que suben tras él, y van contra Don Pedro. ¡Muera el tirano!
Ped. Venid á mí, rebeldes insolentes,
Y probareis el peso de mi mano.
Pasc. ¡Ea! Acabad con el.

ESCENA XII.

DON PEDRO SE DEFIENDE DE TODOS LOS QUE LE ACOMETEN, CEJANDO CONTRA LA PARED; Y EN EL PUNTO EN QUE VA A SUCUMBIR AL NUMERO, SE ABRE A SUS ESPALDAS UNA PUERTA, EN LA CUAL APARECE EL CAPITAN, QUE MUESTRA A DOÑA INES DESMAYADA EN SUS BRAZOS, Y CUYO PECHO AMENAZA CON LA DAGA DESNUDA. TODOS RETROCEDEN.

Cap. ¡Atras, canalla!
Da un solo paso mas, y la asesino.
(*A Pascual.*)
Pasc. Teneos, capitan. — Atrás vosotros.
(*A los suyos.*)
Cap., á Don Pedro. Una barca, señor, puesta se halla
En la torre del Oro; este camino
Seguro allá desde el palacio os lleva.
Huid.
Ped. Traidores, volveré algun dia,
Y ¡ay del que entonce á parecer se atreva!
Cap., á Don Pedro. Huid. — Ahora, Juan Pascual, escucha.
Cabeza por cabeza, esta es la mia;
(*Señalando á Doña Ines.*)
La contienda es ya igual, franca la lucha.
Pasc. Por piedad, capitan, por cuanto caro
En el mundo teneis, el impío acero
De su pecho apartad: yo os doy amparo,
Riquezas, libertad.
Cap., con firmeza. No: solo quiero
Que entiendas bien mi condicion postrera:
Escúchamela bien, hiena taimada.
La suerte de Don Pedro á tu hija espera,
Y á su suerte desde hoy encadenada,

Ella responderá de su destino,
Siendo, como él, dichosa ó desdichada.
Ahora sigue si puedes mi camino,
Y mira de quién es esta jornada.
(*Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja á ella desesperado, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo por encima de las almenas se alcanzarán á lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de Don Enrique. A la derecha y en el fondo una puertecilla queconduce al torreon, y otra á la izquierda, al lado de la cual por una ventana con reja se verá un interior del torreon donde estará el astrólogo Ben-Hagatin; un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendon del rey Don Pedro. Es de noche.

—

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
JUAN PASCUAL.
DOÑA INES.
EL ASTROLOGO BEN-HAGATIN.
MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.
EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE MONTIEL.
GUARDIAS Y SOLDADOS DE DON PEDRO.

—

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON PEDRO, SOBRE UN TORREON, MIRANDO AL CAMPO DE DON ENRIQUE. DOÑA INES LO MISMO POR LAS ALMENAS. EL CAPITAN DANDO SUS ÓRDENES AL ALCAIDE, QUE ESTARA HABLANDO CON ÉL. EL ASTROLOGO EN SU TORRE CONSULTANDO A LA LUZ DE UNA LAMPARA SUS INSTRUMENTOS CABALÍSTICOS, DE LOS QUE SE SIRVE PARA HACER EL HORÓSCOPO DE DON PEDRO.

Cap. Que esté ese paso secreto
Guardado por buena gente,
Y que entre él solo.
Alc. Corriente.
Cap. Ya conoceis el sugeto.
Alc. Ya le conozco.
Cap. En los nichos
Que hay en aquel subterráneo
Puede ser triunfo instantáneo
Con los hombres de armas dichos.
En estando ese hombre dentro
Que se lance vuestra gente
Allá abajo de repente
De los suyos al encuentro.
Todos prisioneros: y
En tanto por esa puerta
Que estén tres ó cuatro alerta
Cuando esté él conmigo aquí.
¿Lo oís? Que él entre no mas.
Alc. Está bien. (*Vase.*)
Cap., á Doña Ines. Y vos, señora,
Retiraos, que ya es hora.
Ines, con tristeza. No imaginé yo jamás,
Capitan, eso de vos.
Cap. ¡Ah! llorais... Por caridad
El llanto de mí ocultad;
No me hagais dudar de Dios.
Ines. No le invoqueis, ¡fementido!
Que á enojo le provocais
Cuando á sus plantas alzais
Corazon tan corrompido.
¡Hombre vil! ¿Esto es amor?
¡Engañar á una mujer
Rehenes para tener
Con su padre vencedor!
¿Esto es, capitan, nobleza?
¡Decirle á un padre que elija,
Mostrándole de su hija
Con el puñal la cabeza!
Cap. Callad, señora, callad,
Que ignorais lo que me cuesta
Con vuestro padre esa apuesta
De inaudita atrocidad.
Ines. Decid mejor lo que os vale,
Porque teneis la esperanza
Que mi peso la balanza
De vuestra fortuna iguale.
Porque ¿cómo ha de dejar
Un padre á su hija morir
Tan solo por conseguir
A un enemigo vulgar?
Le direis: —Vida por vida,
Salvadme á mi y os la entrego,
Que al fin es cosa de juego
Una mujer seducida.
Cap. Retiraos, Doña Ines,
O de mi fe no respondo.
Ines. A tu pesar en el fondo
Mi razon de tu alma ves.
Cap. Os engañais, os lo juro:
Vos veis el remordimiento
Donde hay otro sentimiento
Mas noble, si mas oscuro.
Vos no podeis comprender
Que un hombre que á su rey ama,
Le sacrifique su fama,
Su amor, su razon, su ser.
Ni vos lo comprenderíais,
Ni yo os lo osara esplicar,
Pues á poderlo alcanzar
Yo sé que os asombraríais.
Sí; yo estoy viendo una estrella

De quien salvacion espero,
Y para apagarla infiero
Que voy corriendo tras ella.
Ines, con emocion. ¡Ah! rendios, capitan.
Cuando veo el sentimiento
Con que espresa vuestro acento
Ese incomprehensible afan,
Aun que me amais imagino,
Y que me decís lo cierto,
Aunque la influencia advierto
De algun insondable signo.
Cap. Signo fatal que me impele
A abreviar mi propia vida,
Desgarrándome una herida
Al punto en que mas me duele.
Ines. ¡Ah, me amais! Dejaos vencer.
Cap. Sí; os adoro, ¿á qué mentir?
Ines. Pues bien, dejadme salir.
Cap. Señora, no puede ser.
Ines. ¿Es decir, mal caballero,
Que debo estar desde aquí
En que sereis para mí
Mi opresor, mi carcelero?
Cap. ¡Oh, por Dios! (*Desesperado.*)
Ines. Atado al yugo
Que vuestro dueño os impone,
Vendreis, si el rey lo dispone,
A parar en mi verdugo.
Bien: seré mártir; mas vos
Que así me sacrificais
Mi airada sombra arrojais
Entre vuestro paso y Dios.
Sí, capitan: yo os perdono
Mi bárbaro sacrificio,
Pero os aguardo en su juicio,
Y os emplazo ante su trono.

ESCENA II.

DON PEDRO, EL CAPITAN.

Cap. Emplaza, emplázame, sí;
Breve ha de ser este plazo,
Pues tu muerte de rechazo
Me dará la muerte á mí.
¡Oh! si asomarte pudieras
A mirar mi corazon,
Moviérate á compasion
Al ver cual me lo laceras.
Mas ¡ay! ¡con cuánta verdad
Me culpas mi villanía!
(*Pausa.*)
Y atras no me volviera
Por toda una eternidad.
Ped., que se ha vuelto á oir la última parte de la escena anterior, y baja al torreon. Blas.
Cap. Señor.
Ped. Esa mujer
Te cuesta mucho, lo veo:
Libertártela deseo:
Siento verte padecer.
Cap. Señor, con esa quimera
No andeis desasosegado.
Ya me la habeis entregado,
Y haré de ella lo que quiera.
Ped. En vano ¡infeliz! reclamas
Tus derechos contra ella,
Porque es demasiado bella
Y veo cuánto la amas.
Cap. La adoro, señor, la adoro
Con ceguedad. Sin embargo,
De atormentarla me encargo,
(*Con resignacion.*)
Aunque á escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
Daria la vida entera;
Mas pide una razon fiera
Que la vuestra sustituya.
Ped. Perez, mi mente se pierde
Concibiendo tal maldad,
Y á decirte la verdad
La conciencia me remuerde.
Cap. Tambien á mí; mas la acallo
Con razon mas poderosa.
Ped. ¿Y con cuál?
Cap. Con la imperiosa
Lealtad de buen vasallo.
Ped. ¡No, por Dios! ¿Qué lograrás
Con tan triste sacrificio?
Cap. Pagaros un beneficio
Que no olvidaré jamás.
Vos, generoso en esceso,
Recordarle no quereis;
Y mas, Don Pedro, me haceis
Agradecido por eso.
Mirad en torno, señor.
¿De vuestro reino, qué os queda?
Gracias que esta torre pueda
Daros tumba con honor.
Ped., con orgullo. Yo siempre moriré honrado;
Que atestiguar harto puedo
Que hasta encontrarla, sin miedo
Con mi fortuna he lidiado.
Huí, es verdad, de Sevilla;
Mas he revuelto la Europa
Para encontrar oro y tropa
Con que volver á Castilla.
Entré valeroso en ella
Con quien seguirme ha querido,
Y si vencer no he podido
Es porque tal fué mi estrella.
Maté, atropellé, deshice
A cuantos hallé enemigos,

Y exageran mis castigos
Los á quien yo satisfice.
Mil veces les perdoné,
Y otras mil se amotinaron,
Y repartir me intimaron
Lo que yo solo heredé.
¿Para esto habia razon?
¿Qué derecho se le abona?
¿Porqué pedir mi corona
Si les daba el corazon?
No. Encerrado como estoy,
Venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga
El Rey de Castilla soy.
Capitan. Uno siempre os quedará,
Don Pedro, mientras yo aliente.
Ped., dándole la mano. Y en lo futuro quien cuente
Tu lealtad no faltará.
Capitan. Mi padre fué zapatero,
Vasallo, y de él nací yo,
Y su alteza me nombró
Capitan y caballero.
Quiero pagaros leal
Vuestro favor con usura,
Cavando mi sepultura
Con la vuestra por igual.
Ped. No, por mi vida; eso no.
Si Dios no me restituye
Mi reino, sálvate y huye;
Mis tesoros te doy yo.
Cap. ¿Sin vos, para qué los quiero?
Si es que la fortuna ingrata
Con el dolor no me mata,
Volveré á ser zapatero.
Ped. Mas oye; en esa escalera
Siento pasos.
Cap. Es sin duda
Men Rodriguez: quiera ayuda
Darnos Dios.
Ped. ¡Ojalá quiera!

ESCENA III.

DON PEDRO, EL CAPITAN, MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.

Cap. Men Rodriguez, ¿qué noticias?...
Ped. ¿Habeis visto á ese frances?
Rod. Sí, señor.
Ped. ¿Admite, pues?
Rod. No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
A proteger vuestra fuga,
Pues dice que le subyuga
Vuestra situacion.
Ped. ¡Por Cristo!
El oro que yo le ofrezco
Es quien le mueve hácia mí;
Mas si me saca de aquí
Al cabo se lo agradezco.
Rod. Oyóme con gran templanza:
Prometí, insté, supliqué:
Quién érais le recordé,
Y al fin me dió una esperanza.
Díjome que allí venia
A sueldo de vuestro hermano,
Y que tenderos la mano
Sin venderle no podia.
Yo entonces por grande hazaña
El salvaros le pinté,
Y en vuestra palabra y fe
Le prometí media España.
Ped. Bien hiciste en prometer
Que darse la mitad puede,
Pues como mal me la enrede
Entera la he de perder.
Mas al fin, ¿qué dijo?
Rod. Al fin,
Tras de andar algo reacio,
Pidióme un pequeño espacio.
Ped. ¡Ese Beltran de Claquin
Me parece un gran traidor!
Porque si leal obrara
Que sí ó que no contestara.
Rod. Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
Hará en señal que se encienda
Un farol sobre su tienda,
Que se vé desde esta torre.
Vedla, señor.
Ped. ¿Es aquella
Que está junto á la corriente?
Rod. Sí, señor; la que está enfrente
De la torre de la Estrella.
Ped. Bueno.
Rod. Si le veis brillar,
Podeis sin riesgo salir
Y á su misma tienda ir,
Que él mismo os saldrá á esperar.
Ped. Men Rodriguez, por si acaso
La luz á brillar acierta,
Sobre el torreon alerta
Estad, no erremos el paso.
(*Sube Men Rodriguez al torreon.*)
Retírate, Blas, tambien,
Que quiero oir el consejo
De ese celebrado viejo;
Mas cerca queda.
Cap. Está bien. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO, EL ASTROLOGO, MEN RODRIGUEZ EN EL TORREON, DONDE NI VE NI OYE LO QUE PASA EN LA ESCENA.

Ped. ¿Habeis concluido ya?
Astról. Vuestro horóscopo he formado,
Y mi ciencia he consultado.
Ped. ¿Y qué respuesta nos dá?
Astról. Confusa es la esplicacion;
Pero vos la entendereis,
Que los secretos sabeis
Que hay en vuestro corazon.
Ved: en ese pergamino
De los astros está escrita
La razon. Se necesita
Que el mismo que su destino
Busca, su enigma resuelva.
Ped., lee. Por alrededor de Castro
Que he de morir, dice un astro,
Y otro dice que en la selva.
¿No podeis darme mas clara
Esplicacion?
Astról. Sí, podria;
Pero mucho sentiria
Que si lo hiciese os pesara.
Ped. ¡Pesarme! Pues que consulto
Mi destino á las estrellas,
Es para saberlo de ellas
Distintamente, no á bulto.
Astról. Su respuesta es esa; y de ella
El sentido á escudriñar,
Veo que en este lugar
Os es fatal vuestra estrella.
Ped. Eso ya yo me lo sé (*Con amargura.*)
Desde el punto en que nací;
Y que mejorara aquí
Nunca me esperaba á fe.
(*Señalando al pergamino que tiene en la mano.*)
Esto no vale de nada,
Buen astrólogo.
Astról. Hay aun
Consulta menos comun
Que hacer, pero es arriesgada.
Ped. ¿Con quién creereis que tratais
Para dudar del valor?
Astról. Yo os lo propongo, señor:
Vos hareis lo que querais.
Ped. ¿Sabré?...
Astról. Toda la futura
Suerte á que el destino os lleva.
Ped. ¿Cierta?
Astról. Cierta. Es una prueba
Terrible, pero segura.
Ped. Hacedla, pues.
Astról. Necesito
Prepararos de antemano.
Ped. ¿Hay en ella algo profano?
Astról. Solo hay riesgo.
Ped. Pues lo admito.
Astról. Una lámpara os daré,
Cuya luz será encendida
Con sangre fresca, estraida
De vos mismo.
Ped. ¿Y lograré?
Astról. Que á vuestros ojos palpable
Aparezca el porvenir.
Si osais, me podeis seguir;
Mas es cosa formidable.
Ped. Vamos allá: quiero ver
Mi destino ¡vive Dios!
Que el mas tenaz de los dos
No quiero dejarle ser.
Harto tiempo me ha acosado
Con infernal fatalismo:
Quiero acosarle lo mismo,
Y al menos le habré arrostrado.
Vamos, pues.

ESCENA V.

DOÑA INES, SALIENDO DEL TORREON DE LA DERECHA ABAJO.

¡Válgame Dios!
¡Qué noche tan fatigosa!
¡Cuán fiero el pesar me acosa
De mis memorias en pos!
El aura que inquieta pasa
Por entre estos torreones,
A mis negras reflexiones
Parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo
Con su estrechez me sofoca.
(*Se pasea cavilosa.*)
Mas ¡Dios mio! ¡Yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me jura,
Lo jura con tal pasion
Que obliga á mi corazon
A creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
Yo de mí misma detras
Llorando... ¡oh! llora quizás
De mi infortunio dolido.
Mas si me ama... si le pesa
De mi mal, ¿porqué me guarda?
¿Porqué así en librarme tarda
Cuando á él mismo le interesa?
Mi padre, si así lo hiciera,
Con usuras le pagara,
Y acaso le cueste cara
Su traicion si le exaspera.
¡Oh Dios, que del firmamento

Tras el azul pabellon
Velas, calma mi afliccion,
Consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI.

DOÑA INES, EL ALCAIDE, CONDUCIENDO A JUAN PASCUAL, Y ENTRANDO POR EL TORREON DE LA DERECHA ARRIBA.

Alc. Podeis entrar sin temor,
Y esperarle aquí.
Pasc. Yo fio
Mi empresa en mi propio brio,
Y en lo que á él le está mejor.
Alc. Él os esperaba.
Pasc. Ya
Conté yo, alcaide, con eso,
Que sabe que está bien preso,
Y que en mis manos está.
Tomad por vuestro servicio.
Alc. Guardad, señor caballero,
Para otros vuestro dinero,
Que el rey me paga mi oficio.
Pasc. ¡Habrá semejante tonto!
Sea, en fin, como gusteis;
Mas suplícoos que llameis
A ese capitan, y pronto,
Que no hay tiempo que perder...
Mas ¿qué veo?
Ines. ¡Padre mio!
Pasc. ¡Ines!
Ines. ¿Es un desvarío
Que os vuelvo por fin á ver?
Cuánto tiempo os he esperado.
Pasc. Y ya ves como he venido
En cuanto posible ha sido.
Ines. ¡Ay padre, cuánto he llorado!
Pasc. Esos tigres te habrán hecho
Mil injurias á porfía.
Ines. Ni una sola todavia.
Sin el cuarto tan estrecho
Que me dan, nadie creyera
Segun su porte cortés,
Que esta torre cárcel es,
Y yo en ella prisionera.
Ese capitan, señor,
De mi custodia encargado...
Pasc. Ya sé, Ines, que ese menguado
Se atreve á tenerte amor.
Ines. Eso dice, y muchas veces
Yo mismo á creerlo llego...
Pasc. Pero ¿y tú, Ines?
Ines. No lo niego.
Pasc. ¡Necia, la muerte mereces
Por un amor tan villano!
Ines. Me aterrais. Aunque eso fuera,
Señor, ¿morir mereciera?
Pasc. Morir por mi propia mano.
Ines. ¡Ay de mí, padre y señor!
¿Para esto venís aquí?
¿Para amedrentarme así
En vez de darme favor?
Pasc. ¡Ah! perdona, pobre Ines.
Secretos que desconoces...
Ines. Mas que me dicen á voces
Cuánta mi desdicha es.
Pasc. Escucha, y tu llanto enjuga.
¿Conoces alguna puerta
Que á fuerza ó engaño abierta
Pueda amparar nuestra fuga?
Ines. No, señor.
Pasc. Traigo conmigo
Gente leal y resuelta,
Y si ganamos la vuelta
De esa escalera, al postigo
Llegaremos por secreto
Callejon, aunque no es este
El objeto que preteste...
Ines, con afan. Vuestro principal objeto,
Padre, el libertarme sea.
Pasc. Ines, en eso medito.
Ese capitan maldito...
Ines. Fuerza será que nos vea.
Pasc. Mas siento pasos.
Ines. ¡Él es!
Pasc. Yo mismo he enviado á llamarle.

ESCENA VII.

DICHOS, EL CAPITAN.

Cap. Buenas noches.
Pasc. Quiero hablarle
A solas. Aparta, Ines.
Cap. ¿Qué me quereis, Juan Pascual?
Pasc. Vengo un pacto á proponeros
Que muy útil podrá seros
Por grave razon.
Cap. ¿Por cuál?
Pasc. Por la de que abre el camino
Solo que os puede salvar.
Cap. Cosa es que hemos de tratar
Mejor solos imagino.
Pasc. Sí; decís bien.
Cap., á Doña Ines. Perdonad
Que os retireis os suplique,
Para que á solas me esplique
Vuestro padre...
Ines. Por piedad,
Capitan, oid con calma
Lo que tiene que deciros.
Cap. El negarme yo á serviros,
Ines, me destroza el alma.
Lo sabeis: mas mi destino
Es para mí tan terrible,

Que me parece imposible
Que abra Juan Pascual camino.
Ines. ¡ Ay de mí !
(*Entra, y el capitan corre tras ella los cerrojos de la torre.*)
Pasc., con afan. ¿Vais á cerrar?
Cap. Sí por cierto.
Pasc. ¡Y á mis ojos!
Cap. ¿Qué quereis? Me dan antojos
Imposibles de evitar.

ESCENA VIII.

EL CAPITAN, JUAN PASCUAL.

Cap. Ea pues: ya estamos solos;
Hablad, que el tiempo se acorta
Y yo tengo que pagaros
Vuestra propuesta con otra.
Pasc. Con que admitais vos la mia
Bastará á mi ver.
Cap. No importa.
No estará la mia acaso
Tras de la vuestra de sobra.
Pasc. Pues bien, capitan: yo vengo
Como quien amparo implora,
Como quien suplica humilde,
Arriesgando mi persona,
Y esponiéndome á perder,
Si me descubren, la honra
Con la vida, á demandaros
Lo que vuestra mano sola
Puede volverme, la hija
Que mi corazon adora.
Ya veis como las desdichas
Sobre Don Pedro se agolpan:
Ya veis como de los suyos
Ciento á ciento le abandonan.
No teneis agua ni víveres;
Y esta situacion penosa
Cuanto mas os desalienta,
Capitan, y os acongoja,
Mas á Don Enrique augura
Cercana y fácil victoria.
Pues bien: si me dais mi hija,
Os juro que en pocas horas
Saldreis del castillo libre,
Sin condicion deshonrosa,
Y os daré á mas el rescate
Que vuestro capricho imponga.
Cap. ¿Habeis acabado?
Pasc. Sí.
Cap. Pues oid, que á mí me toca.
Si el rey Don Pedro conmigo
Igual libertad no logra,
Y su perdon Don Enrique
Ante sus plantas no postra
Como rebelde, vuestra hija
Quedará donde está ahora.
Pasc. Os comprendo, miserable.
Ese amor que os emponzoña
El corazon, es quien dicta
Propuesta tan injuriosa.
Cap. Sí, Juan Pascual, yo la adoro,
Y esta pasion me devora,
Me martiriza y me acaba,
Mas mi voluntad no dobla.
Pasc. Capitan, esa pasion,
Que fácilmente se ahoga,
Hoy que aun es tiempo, os advierto
Que os lleva á una muerte próxima.
Cap. Señor Juan Pascual, lo siento;
Mas tiene raices hondas,
Y es imposible arrancarla.
Si el medio no os acomoda,
Es el único que resta;
Y en cuanto á mi última hora,
Que juzgais cerca, mirad
Que la vuestra es muy dudosa.
Pasc. Acabemos, capitan,
Y en ideas ilusorias
No os goceis adormecido:
Yo tengo ocasion muy pronta
Para entrar en esta torre
Mucha gente valerosa,
Que llevará á sangre y fuego
Cuanto á su marcha se oponga.
Por solo librar á Ines
He retardado hasta ahora
La ejecucion de mi plan;
Mas os juro que es muy corta
La tregua que puedo daros.
Cap. Vos sois quien en ilusorias
Ideas adormecido
Descuida lo que le importa.
Ya sé que en el subterráneo
Para esa traza traidora
Metido habeis vuestra gente;
Mas es esperanza loca
La que sobre ella fundeis,
Pues mi atencion previsora
Apostó gente mas diestra,
Que en las revueltas tortuosas
Del subterráneo, á mi voz
La hará prisionera toda.
Pasc. ¿Intentais amedrentarme
Con bravatas?
Cap. ¡Oh! No es cosa
Para pasarse en la cuenta;
Y escuchad bien, que la aurora
No está lejos, y es preciso
Que abreviemos. Una bolsa
De malla, que asida al cuello
Llevais, donde hay una hoja
De pergamino, que esplica

Lo que fácil proporciona
Del príncipe Don Enrique
Una venganza muy cómoda...
Pasc. ¡Cielos! ¿Quién pudo deciros?
Cap. Yo lo oí de vuestra boca
Una noche en vuestra casa
Escondido en vuestra alcoba.
Con que ya veis que me guio
Por vuestras lecciones propias,
Y que no se me ha olvidado
Que á quien vengarse ambiciona,
Ni precauciones le bastan,
Ni se contenta con pocas.
Pasc. ¡Vive Dios, villano astuto!
¿Quién á mi paso te arroja,
Que en todas partes te encuentro
Y me detienes en todas?
Cap. Concluyamos, Juan Pascual:
O le escribís sin demora
A Don Enrique una carta
Ofreciendo la persona
De vuestra hija y la vuestra...
Pasc. No, no: primero se rompa
En mil pedazos el alma...
Cap. Pues que tú lo quieres... ¡Hola!
¡A mí, soldados!
(*Salen tres soldados que se apoderan á la fuerza de Juan Pascual que se defiende.*)
Pasc. ¡Villanos!
Cap. Ponedle en la torre próxima,
Con una amarra en los brazos,
Y una mordaza en la boca.
(*Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreon; los otros dos salen con el capitan, el cual al cerrar la puerta dice á Juan Pascual á modo de despedida.*)
Lo que mejor os conviene
Pensad, Juan Pascual, á solas,
Porque no teneis mas término
Que hasta el rayar de la aurora.
(*Al soldado que queda dentro.*)
No me le pierdas de vista.
(*A los otros.*)
Vamos á su gente ahora
(*Vase el capitan. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece á poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está elevada su bandera.*)

ESCENA IX.

DON PEDRO.

Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarle, y de la edad futura
Embriagarme en el nectar delicioso,
O el caliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
Esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
Y yo en mi sangre sin arder me quemo.
¡Si atendiera al pavor, la verteria
Por no verla inflamarse! ¡Oh! tiemblo y lucho (*La toca.*)
Con mi supersticion!... Aun está fria...
¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
¡Oh cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
Me acerco impuro, sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
Jamás pude leer de mi fortuna
Ni una letra feliz; ni amiga y buena
Brilló para Don Pedro estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fué siniestra;
Siempre se abrió su libro tenebroso
Por párrafo fatal, dándome muestra
De un porvenir aciago y borrascoso.
Perdona, sí, perdona si te irrito
Otro poder diabólico invocando,
Porque un calmante pronto necesito,
Y por do quier que voy lo voy buscando.
Si es mi signo fatal, iré sereno
A sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,
Para luchar con él con heroismo.
(*Pausa.*)
Ya hierve este licor emponzoñado:
Ya de la mecha en derredor se apila:
Ya trepa por sus hilos inflamado...
¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
(*Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.*)
¡Acúdeme, valor!... Brotó la llama...
Ven mis pupilas á su luz apenas
Los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién derrama
El fuego de un volcan dentro mis venas?
Próximas á saltárseme las siento...
Me acosa el corazon abrasadora
De venganza la sed;... y el pensamiento
Me desgarra una idea asoladora.
(*Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes. La sombra de Don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreon, bajando poco á poco hasta quedarse enfrente de él.*)
¡Enrique! Siempre Enrique... siempre ese hombre.
Dí: ¿qué quieres de mí, bastardo infame?
¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?

¿Porqué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano
¿Lo guardas para mí?... ¡Cuán torvo brilla!
¡Guárdale, por piedad, guárdale, hermano!...
Mas no; mentí, bastardo de Castilla.
No le escondas: levántale; te aguardo.
Ven, si te atreves, á amagar mi seno,
Y esprimiré en mis brazos ¡vil bastardo!
De tu ruin corazon todo el veneno.
¡Ven, ven! Yo soy Don Pedro de Castilla,
Y aunque infame y traidor venzas al cabo,
No creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
¿No lo oyes?... De rodillas, miserable.
¿Te niegas?... Tu sardónica sonrisa (*Sonrie.*)
Me mueve á compasion,... y me precisa
A volverte esa risa abominable.
Mírame sonreir... mírame y huye,
Porque á la luz de mis ardientes ojos
Tu ser se pulveriza y se destruye...
Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas ¡ahí estás aun!... ¿Qué esperas, sombra,
Sonriéndome siempre?... ¿Qué me quieres?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra.
(*Sonrisa convulsiva.*)
Yo me rio tambien de... que me esperes.
Espera, sí, vasallo, espera, espera;
Mas no, no: huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera;
Tu mirada voraz me desvanece.
Huye: me das horror... huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.
Te estoy viendo reir, y hago lo mismo;
Pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.
(*Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva hasta que apagándose la lámpara desaparece la sombra, y cae sin sentido.*)

ESCENA X.

DON PEDRO, EL CAPITAN, MEN RODRIGUEZ EN EL TORREON.

Cap. Ya todos están rendidos.
Mas ¿qué veo? ¿Si un traidor
(*Le toca.*)
Llegó hasta el rey?... No, respira.
Ped. ¿Quién eres? (*Volviendo en sí.*)
Cap. Señor, yo soy.
Ped. ¿Se fué ya?
Cap. ¿Quién?
Ped. Ese espectro;
Ese ensueño aterrador.
Cap. ¿Quién, señor, que no os entiendo?
Ped. ¡Ay de mí! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita
Me ha fascinado el fulgor,
Y si no se apaga pronto
Me asesina esa vision.
(*Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose á su pavor.*)
Mas ese frances, ¿qué dice?
Cap. Nada responde.
Rod. ¡El farol!
Ped. Ea, Blas, ya luce al cabo
La estrella de salvacion.
Salgamos de aquí cuanto antes.
Cap. Señor Don Pedro, idos vos.
Ped. ¡Qué! ¿Tú tambien me abandonas?
Cap. ¡Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.
Ped. Capitan, tienes razon.
Si me venden...
Cap. Id tranquilo,
Que de eso me encargo yo.
Ped. Voy, pues, á apurar mi estrella
Sin fe, pero sin temor;
Que lo que en suerte me falta
Me sobra de corazon. (*Vase.*)
Cap. Ahora, ó trono para él,
O tumba para los dos.

ACTO CUARTO.

Campamento de Don Enrique. En medio de la escena la tienda de Beltran Duguesclin, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados este y Olivier de Manni y otros caballeros franceses, Al rededor y en lontonanza las otras tiendas del campamento. — Amanece.

—

PERSONAS.

DON PEDRO.
EL CAPITAN BLAS PEREZ.
EL INFANTE DON ENRIQUE.
BELTRAN DE CLAQUIN.
MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA.
OLIVIER DE MANNI.
EL VIZCONDE DE ROCABERTI.

CABALLEROS FRANCESES. GUARDIAS DE DON ENRIQUE. SOLDADOS DE DON PEDRO, Y DOÑA INES QUE NO HABLA EN ESTE ACTO.

—

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE, BELTRAN DE CLAQUIN, OLIVIER DE MANNI.

Vizc. Miradlo, mosen Beltran,
Con detenimiento y calma,
Que es feo acudir á engaños
Con las manos en las armas.

Belt. Señor vizconde, está hecho;
La noticia está ya dada
A Don Enrique, y ofrece
Doble de lo que él nos daba,
Y son cuatrocientas mil
Doblas de oro castellanas.
Oliv. Eso bien vale, señores,
Una traicion diplomática;
Que al cabo, si bien se mira
Está siendo necesaria.
Belt. Sí, por cierto, ese Don Pedro
¿Qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
Sin víveres y sin agua,
Sus gentes á nuestro campo
Pasándosele á bandadas,
Olvidado de Inglaterra,
Aborrecido de Francia
Y odiado en su reino mismo,
No le queda otra esperanza
Que entregarse: á esto vendria
A parar hoy ó mañana.
Su hermano mientras él viva
El objeto de sus ansias
No ha de lograr, con que es claro
Que un dia ú otro le mata.
Y en tal caso...
Oliv. Ciertamente
Lo mismo es hoy que mañana.
Vizc. Sí; pero el rey de Castilla
Es solo Don Pedro.
Oliv. ¡Vaya!
Belt. ¿Mas qué le vale ¡ya se vé!
Ser legítimo en su raza,
Ser heredero de nombre,
Si el de la sangre bastarda
Mas poderoso y mas terco
Se le lleva la jornada?
Y en fin, no es malo un bastardo
Para lo que hoy en España,
Que en tierra en que reinan moros
Con un mal cristiano basta. (*Se rien.*)
Vizc. Paréceme, caballeros,
Que es esa risa insensata,
Al menos intempestiva:
Y por la cruz de mi espada
Os juro que mas que á risa
Me mueve Don Pedro á lástima.
Oliv. Paréceme, buen vizconde,
Que han sido vuestras palabras
Sin tiempo en pró de Don Pedro
Muchísimo interesadas.
Vizc. Mis palabras son leales,
Y aunque de opinion contraria
Que las vuestras, no por eso
Son menos libres ni francas.
Belt. Abreviemos de razones:
La cosa está adelantada
De tal modo, que ya fuera
Imposible remediarla.
¿Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
Venimos por el partido
Que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servímosle,
Y á traicion ó cara á cara
Siempre quien vence es el bueno;
Y con razon buena ó mala,
Si lo acabamos nosotros,
Despues de darnos las gracias,
Con el dinero de entrambos
Nos volveremos á Francia.
Oliv. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
Y ese buen hombre no llega.
Belt. Ya empieza á rayar el alba.
Oliv. ¡Hola! Allá abajo distingo
Dos sombras encapotadas.
Belt. Él es.
Oliv. Sin duda; ¿á qué otro
Dejaron paso las guardias?
Vizc. Pues yo me lavo las manos:
Que os guarde Dios. (*Vase.*)
Belt. Con vos vaya.
Oliv. ¿Habeis visto?
Belt. Ya lo he visto:
Pero eso á mí no me estraña;
Pues aunque en Francia criado,
No hay un frances en su casta.
Oliv. Me lo figuré al oirle
Que por Castilla abogaba.

ESCENA II.

EL REY DON PEDRO, EMBOZADO. MEN RODRIGUEZ DE SANABRIA, BELTRAN DE CLAQUIN, OLIVIER DE MANNI.

Rodr. ¿Es Don Beltran?
Belt. Sí, yo soy.
¿Es Don Pedro?
Ped. Caballero
Frances, en vos solo espero,
Y pronto á partir estoy.
Belt. Señor Don Pedro, me pesa
Por primera vez hablaros,
Y haber de descontentaros.
Ped. Qué, ¿negais vuestra promesa?
Belt. No, señor; mas yo querria
A estas horas disponer
De mas suerte y mas poder
De lo que tengo en el dia
Para serviros mejor.
Ped. Hablemos, señor frances,
Claros: ¿vuestro intento es

Ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
Que obtendreis cuanto pidais
Como á salvo me pongais.
Belt. No es ese, señor, mi objeto,
Que me estuviera muy mal
Exigir un precio doble,
Cuando anduvísteis tan noble,
Tan franco y tan liberal.
Ped. Entonces no hay para qué
Pararse mas en decir
Si no vamos á partir,
Que estoy impaciente á fe.
Belt. Señor, ¿es desconfianza
Que teneis de mí?
Ped. Convengo,
Caballero, en que no tengo
Sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendais,
Porque es tan fatal mi estrella
Que todo lo temo de ella.
Belt. Suplícoos que contengais
Vuestra impaciencia un momento.
Ped. Vive Dios, señor frances,
Que mi situacion no es
Para mucho sufrimiento.
Yo vine fiado en vos:
Con que ó dadme un guia fiel,
O yo me vuelvo á Montiel
A la voluntad de Dios.
Belt. Vuestra razon imagino;
Mas aguardad un instante,
Y el guia os pondré delante
Que os enseñará el camino.
Ped. Pues id, y que sea presto;
Porque si mucho tardais,
A encontrar os arriesgais
Desocupado mi puesto.

ESCENA III.

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ, GUARDIAS.

Rodr. Señor, vuestros intereses
Mirad, y ved que en conciencia...
Ped. Rodriguez, fué una imprudencia
Fiar en estos franceses.
Rodr. Su mala opinion, señor,
No alcanza á Beltran Claquin,
Que en todas partes al fin
Ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
Y goza grande importancia.
Ped. Todos son buenos en Francia,
Mas no los quiero en Castilla.
A tener otro remedio
No me fiara en ninguno;
Mas place al hado importuno
Mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
El cielo me castigó.
¡Destino el cielo me dió,
Men Rodriguez, bien tirano!
Sufrí todos sus reveses,
Pero no puedo sufrir
Que me obligue hoy á venir
A ampararme de franceses.
¡Oh! nunca me imaginara
Llegar otra vez á vellos,
Sino lidiando con ellos
Sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
Tan estremada creia
Que á sus tiendas me traeria
Solo y en la noche oscura.
¡Ay! Cuando cuentas le pido
Al tiempo que me ha tocado,
En tiempo tan desdichado
Quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece:
Mucho se detiene ese hombre;
Y á pesar de su buen nombre
Que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...
Rodr. No os dé cuidado por eso,
Que de la selva en lo espeso
Metidos...
Ped. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?
Rodr. Llaman selva vulgarmente
A esa espesura que enfrente
Viendo estais.
Ped. ¡Ay, infelices
De nosotros!
Rodr. ¿Pues qué objeto
Hallais, señor, que os asombre
En esa selva?
Ped. Su nombre
A mi horóscopo sujeto.
No esperemos á que vuelva,
Rodriguez: *cerca de Castro*
Que he de morir, dice un astro,
Y otro dice que *en la selva.*
Rodr. Mas señor, ved que arriesgamos...
Ped. Todo ahora lo entiendo bien:
El Castro era Don Guillen,
Y esta la selva... ¡Ah! ¡partamos!
(*Van á salir y los guardias se lo impiden.*)
Soldado. Atrás.
Ped. ¿Qué es esto, traidor?
Soldado. De aquí no podeis salir.
Rodr. ¡Ah! como buenos morir
En Montiel era mejor.
Ped. ¡Destino, no estás contento,
Que aun el ultraje me espera

De morir como una fiera
Acorralada entre ciento!
Rodr. ¡Morir decís!
Ped. Sí, morir.
Pues ¿qué piensas ¡vive Dios!
Que he de ser yo de los dos
El que se haya de rendir?
No cabe en mí tal bajeza;
Que aunque así Dios me abandona,
No perderé la corona
Sino al perder la cabeza.
¡Ira de Dios! ¿esto á mí?
En una tienda encerrarme
Para venir á matarme
Como asesinos aquí!
Infames, tan ruin traicion
Con un rey tan caballero?
Mas que vengan, les espero
Sin miedo en el corazon.
Que vengan esos villanos,
Y vengan cuantos quisieren,
A presenciar cómo mueren
Los leones castellanos.
Rodr., á los soldados. Señores, os lo rogamos
Por cuanto hay santo en la tierra;
Dejadnos que en buena guerra
Como quien somos muramos.
Dejadnos ir á Montiel,
Y aunque sin fortuna, al menos
Peleando como buenos
Acabaremos en él.
Ped., con fiereza. Sanabria, aunque los reveses
De la suerte así me abaten,
Dejadme vos que me maten
Sin rogar á los franceses.
No quiero que piensen, no,
Que nunca los he temido;
Mis enemigos han sido,
Y aun soy su enemigo yo.

ESCENA IV.

DON PEDRO, MEN RODRIGUEZ, BELTRAN, DON ENRIQUE, ETC.

Enr. ¿Adónde está ese judío
Que llaman rey?
Ped. Aquí estoy.
(*Dándose con la mano en el pecho.*)
Yo soy Don Pedro, yo soy
Ese rey con tanto brio.
¿Ni aun siquiera me conoces
Cuando me haces tal ultraje?
Yo á tí sí; porque el corage
Me lo está diciendo á voces.
Enr. Jamás el rostro te he visto
Porque me dabas horror.
Ped. Porque te daba pavor
El mirarme ¡voto á Cristo!
Enr. Con mucha osadía vienes
Donde á humillarte te obligan.
Ped. Jamás lo haré á los que abrigan
La sangre vil que tú tienes.
Enr. Ya diste al fin en mis manos,
Escomulgado perverso,
Azote del universo,
Verdugo de tus hermanos.
Ped. Bastardo, ten esa lengua,
Que ni en palacio has nacido,
Ni ser mi hermano ha podido
Quien obra con tanta mengua.
Enr. La mengua es tuya y no mia,
Pues por tus hechos atroces
Tu pueblo maldice á voces
Tu execrable tiranía.
Ped. ¡Mi pueblo!... ¡Cuanta arrogancia
Tu infame traicion te inspira!
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!
Sí, sí; vosotros, señores,
Que al compararos conmigo
Me temeis por enemigo
Porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro:
¿Porqué no osasteis ninguno
Salir al campo uno á uno
A matar al rey Don Pedro?
Porque lo sois, ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias
Son como esta, vuestras glorias
Son hazañas de bandidos.
Enr. Tú eres el bandido, tú.
Ped. Veamos quien de los dos...
(*Yéndose para Don Enrique.*)
Enr. Tú, tú, maldito de Dios,
Entregado á Belcebú.
(*Se abrazan y luchan: los otros se apoderan de Rodriguez, y le sacan de la tienda. — Al caer ciérrase la tienda y salen los caballeros.*)
Ol. ¿Cayeron entrambos?
Belt. Sí.
Ol. ¿Mas por quién de ellos quedó?
Belt. Debajo Enrique cayó,
Pero encima le volví.
Rod. ¿Y es esa, infame traidor,
De caballeros la ley?
Belt. Ni quito ni pongo rey;
Pero ayudo á mi señor.

ESCENA V.

SALE DON ENRIQUE DESCOMPUESTO Y AGITADO CON LA DAGA EN LA MANO.

Enr. Al fin concluyó la guerra
Concluyendo yo con él;
Libré á Castilla en Montiel,
Y eché un mónstruo á la tierra.
Belt. Fatigado estais.
Enr. Sí á fe,
Porque ademas de la lucha,
Beltran, mi ansiedad fué mucha
Cuando debajo me hallé.
Belt. Lo ví...
Enr. Que os lo pague Dios. (*Le da la mano.*)
Que á tener daga en la mano
Me da la muerte mi hermano.
Belt. En eso cumplí con vos.
Enr. No lo olvidaré jamás;
Y para mejor probároslo,
Pródigo voy á pagároslo
De lo pactado además,
Haciéndoos conde de Deza,
Para que desde este instante
Podais cubriros delante
De mi trono y mi grandeza.
Belt. Hice solo, en ayudar
A mi señor, mi deber.
Enr. Mas lo pudisteis poner
En las manos del azar.
Y en fin, hoy es el gran dia
De mi existencia, el primero
Feliz, y el mejor que espero
En cuanto dure la mia.
Los que en favor de ese indigno
Aun en Montiel estuvieren,
Que salgan cuando quisieren;
Seré con ellos benigno.
Ya no hay, Beltran, para mí
Rival que me oponga dique.
Mi pendon, clavadlo aquí.
(*Traen el pendon, y lo clavan á la entrada de la tienda.*)
¡Castilla por Don Enrique!
(*Se oyen los tambores y clarines por todo el campamento, perdiéndose á lo lejos entre las voces repetidas de:* «¡Castilla por Don Enrique!»)

ESCENA VI.

DICHOS, EL CAPITAN BLAS PEREZ, CON UNA CORNETA DE CAZA COLGADA A LA CINTURA.

Cap. ¿Quién es Don Enrique?
Enr. Yo.
¿Qué demanda? ¿Quién es él?
Cap. El capitan que en Montiel
El rey Don Pedro dejó.
Enr. Si viene á implorar perdon
O á rendirse á mi bandera,
Libre es para ir donde quiera
Con toda su guarnicion.
Cap. El triunfo os ciega, señor.
No vengo á implorar perdones,
Sino á imponer condiciones
Al soberbio vencedor.
Enr. ¡Vive Dios!...
Cap. ¡Por vuestra vida!
No tan pronto os enojeis,
Que es preciso que lloreis
El crímen de fratricida.
Enr. ¡Hola! Prenderle, llevarle.
Cap. Os tengo, rey, bien sujeto
En las redes de un secreto,
Y os importa adivinarle.
Enr. Vendrás á ofrecerme el oro
Que habrá escondido mi hermano;
Mas todo el reino le gano,
Y es de su reino el tesoro.
¡Intentas comprarme ¡necio!
Tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel,
Que ambas á dos las desprecio.
Cap. ¡Oh! no con tanta mancilla,
Señor rey; guardad memoria
De que amargar vuestra gloria
Hay quien pudiera en Castilla.
Enr. La lengua torpe deten
Y agradece mi paciencia,
Porque es dia de indulgencia.
Ea, vete.
Cap., acercándose á él. ¿Y Don Guillen?
Enr. Guillen de Castro?
Cap. Ese, sí.
Enr. ¿Dónde está, dónde...?
Cap. Murió.
Enr. ¡Murió!
Cap. Sí; le maté yo.
Enr. ¿Y una bolsa...? (*Con ansiedad.*)
Cap. Esa está aquí.
Tomadla; ese pergamino
Calmará vuestra impaciencia.
Enr., lee. «Don Enrique: vuestra hija, á quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja donde fué hallada, es la que con el nombre de Doña Ines ha vivido siempre conmigo.»
¡Oh, traedla á mi presencia!
Cap. Vuestra ansiedad adivino.
Pero ya os dije, señor,
Que en vez de implorar perdones,
Vine á imponer condiciones
Al soberbio vencedor.

Enr. Pide, pues, lo que quisieres:
Mi reino es tuyo; pedazos
Hazle, mas tráela á mis brazos,
Tráela, y no me desesperes.
Dichoso dia, por Dios,
Es este que me da el cielo;
Yo le pedia un consuelo,
Y el cielo me otorga dos.
Dos, señores: esa Ines
A quien busco es hija mia,
Hija por quien yo daria
Cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
Ciego, idólatra, escesivo,
Con cuyo recuerdo vivo,
Por quien diera todo un mundo.
¡Oh! figuraos, señores,
Que entero le he recorrido
Tras ese tallo escogido
Del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
Proscripto, humillado, errante,
Su idea ni un solo instante
Se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
Que agitó el mar de mi vida,
No osó con mano atrevida
A este fanal solitario.
Y en medio de mis azares
Solo su luz casta y pura
Alumbró mi desventura,
Y adormeció mis pesares.
Cap. Tambien á mí me alumbró
Con su antorcha ese fanal,
Mas ¡cuán siniestro y fatal
Ante mis ojos brilló!
Desatalentado y ciego
Con necio ardor le seguia,
Seguro que á ser vendria
Mariposa de su fuego.
Enr. ¡Oh, tú tambien la has amado!
Cap. Sí, con ciega idolatría,
Y ella me correspondia
Con amor bien desdichado.
A vos al menos, señor,
Os sirvió siempre de estrella;
Mas yo he corrido tras ella
Con inaudito furor.
Enr. ¿Qué dices, vil?
Cap. ¡Abre, infierno,
A mis piés un precipicio,
O admite mi sacrificio
En tu piedad, Dios eterno!
(*Volviéndose á Don Enrique de repente.*)
¿Qué me darás por tu hija?
Enr. De todo cuanto poseo
Lo que cumpla á tu deseo,
Lo que tu capricho elija.
Cap. Dame á don Pedro.
Enr., alzando las cortinas de la tienda.
Ahí está.
Tómale.
Cap. ¡Muerto!
Enr. A mis piés.
Cap. Como á Don Pedro me des
Mi furor te la dará.
Enr. ¿Qué estás ahí, miserable,
Diciendo, que me estremeces?
Cap. Te pago como mereces:
El fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
Él puso en mí su esperanza,
Y yo le juré venganza
Cuando salió de Montiel.
Enr. ¿Quién eres, hombre infernal,
Que en mi ventura mayor
Te opones con tal furor
A mi carrera triunfal?
Cap. Una serpiente escondida
En mitad de tu camino;
Soy la voz de tu destino
Que te arrastró á fratricida.
Soy, Don Enrique, un villano,
Un infeliz jornalero,
Que fuí noble y caballero
Con su favor soberano;
Y que vasallo leal
Pago á mi rey con usura,
Cavando mi sepultura
De la suya por igual.
Enr. ¿Quién puso en tu corazon
Ese pensamiento impío,
Que aterra mi poderío
Y amedrenta mi razon?
Esto es un sueño tenaz,
Una horrible pesadilla.
Cap. No es sueño, rey de Castilla,
Es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
A mi intencion vengadora,
Represalia tan traidora
Como su muerte lo ha sido.
Yo á Castro ese pergamino
Arranqué con el objeto
De tener con tu secreto
En mis manos tu destino.
Don Enrique, ella por él;
No teneis otra esperanza;
Que así cumplo la venganza
Que le he jurado en Montiel.
Enr. Quitadle de aquí al momento;
Llevad á ese hombre, y que elija:
O que os entregue á mi hija,
O que espire en un tormento.
Cap., con ironía á los caballeros franceses que cercan á Don Enrique.

Sí, si, llevadme, señores,
Que al cabo es adelantar
Por verdugos acabar
Empezando por traidores.
¡Oh! No acaricies la espada,
Don Claquin, porque os lo llame,
Que no os lavareis, infame,
El borron de esta jornada.
Con vos hablo, Don Beltran,
Que alcanzais en vuestra tierra
Gran renombre en paz y en guerra
De invencible capitan.
Vos, sí, que vuestros trofeos
No habeis jamás empañado,
Y en tal traicion habeis dado
Al pasar los Pirineos.
¡Oh! Tenderíais la vista
Desde allí por la llanura,
Diciendo al ver su hermosura
Esta es tierra de conquista.
Diríais, *de todos modos*
Nada aquí será mancilla,
Que al fin es patria Castilla
De Vándalos y de Godos.
Aquí no lo han de tachar,
Porque ese pueblo insensato
Tomará sobre barato
Lo que le queramos dar.
No hacen falta aquí decoros,
Ni lealtad, ni nobleza;
Cualquier traicion es proeza
En esta tierra de moros.
Mas olvidásteis, señores,
Que en el pueblo castellano
Nunca faltará un villano
Para llamaros traidores.
Ahora llevadme al tormento:
Allí el secreto que abrigo
Morirá á un tiempo conmigo.
Enr. ¡Hombre fatal, un momento
Aguarda! ¿Nada en la tierra
Hay que por precioso ó grande
Ni te compre, ni te ablande
El corazon que le encierra?
El oro, la libertad...
Cap. Solo al rey Don Pedro quiero.
Enr. Diérate el alma primero.
Cap. Pues bien, entonces, mirad.
¿Veis de aquel cerro en la loma
Diez soldados?
Enr. Sí.
Cap. Pues son
Diez hombres de mi faccion.
¿Veis una muger que asoma
Entre ellos mal escondida
Y en sus brazos desmayada?
Enr. Sí.
Cap. Pues esa desdichada
Es esa Ines tan querida.
Enr. Id, caballeros, volad:
Allí está... mi hija, señores,
Libradla de esos traidores,
¡Librádmela por piedad!
Cap. Sí, sí, volad, caballeros;
De allí no se moverán.
(*A Don Enrique.*)
Mas ¿que creeis que hallarán
Al llegar los mas ligeros?
Enr. Tu calma feroz me aterra.
¿Qué hallarán, hombre cruel?
Cap. Un crímen mas en Montiel,
Y otro cadáver en tierra.
(*Se aplica á los labios la corneta de caza y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él Don Enrique espantado: los soldados que tienen á Doña Ines la matan.*)
Enr. ¿Qué haces?
Cap. ¿Os ha estremecido
Este sonido fatal?
Tremblad, sí, que á esta señal
Su cabeza habrá caido.
(*Un momento de pausa. Don Enrique se cubre el rostro con las manos. El capitan con desesperacion.*)
Reinad, Don Enrique, sí;
Pero sabed con horror
Que yo asesiné á mi amor
Cuando con mi rey cumplí.
Cuando á su sepulcro helado
Baje á pedirle un asilo,
Dormid, le diré, *tranquilo:*
Don Pedro, ya estais vengado.
Vos por tan fiera traicion
Su corona os ceñireis;
Mas de espinas llevareis
Coronado el corazon.

EL ECO DEL TORRENTE,

DRAMA EN TRES ACTOS.

A DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI,

EN PRENDA

DE FRANCA Y LEAL AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 22 de enero de 1842.

PERSONAS.

GARCI-FERNANDEZ, conde de Castilla.
LA CONDESA ARGENTINA.
ZELINA, esclava mora.
LOTARIO, señor de Roquefort.
GENARO, escudero de Lotario.
GINES.
HASSAN, esclavo moro.
EGIDIO, caballero castellano.
UN PAGE.
DAMAS, ESCLAVAS Y CABALLEROS.

Siglo 10. Año .....

ACTO PRIMERO.

Aposento de la condesa Argentina. Decoracion cerrada con balcon en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina sentada en un almohadon despierta al ruido de la puerta de la derecha por donde llama Argentina.

—

ESCENA PRIMERA.

ZELINA, ARGENTINA.

Zel. Maldito quien á deshora
Viene mi sueño á turbar!
Ni aun el placer de soñar
Logrará la pobre mora.
Arg., entrando. ¡Esclava!
Zel., ap. ¡Cuánta altivez!
Arg. Tarda has andado en abrir
¿No me sentiste venir?
¿Tal vez dormias?
Zel. Tal vez.
Tres noches pasé velando
Del conde á la cabecera,
¿Qué estraño es que me rindiera
El sueño?
Arg. Siempre aguardando
A tu señora te rinde.
Zel. Descansa el ánima inerme
De la esclava cuando duerme,
Que no hay placer que la brinde
Tranquilamente á velar,
Sabiendo que mientras viva
Solo gozará cautiva
El bien que logre soñar.
Arg. Importunas, mora, son
Tus quejas á lo que creo.
Zel. Que no las siente ya veo
Vuestro feliz corazon.
Arg. ¿Feliz le llamas?
Zel. Pues no!
¿Qué deseo le acosara
Que al punto no le lograra?
Arg. Mas feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad
Que vives cautiva aquí,
¿Seria en tu patria, di,
Mas franca tu libertad?
Encerrada tu hermosura
En el haren de un señor,
El alcázar de tu amor
Fuera á par tu sepultura.

Zel. De mandar á obedecer
Va grande trecho, señora.
Arg. Esclava es siempre una mora
Desde que acierta á nacer.
Infiel y altivo su esposo
Su amor con varias divide,
Y amor en su esposa pide
Como absoluto, celoso.
Zel. Mas con placer se obedece
De quien se ama el capricho.
Arg. Está, mora, muy bien dicho
Pero es cuando él lo merece;
Porque es muy duro tormento
Mentir fortuna y amor
Dentro del alma el dolor
Y en el semblante el contento.
Es muy terrible guardar
Un pensamiento escondido
En el corazon nacido,
Sin poderle de él echar.
Vivir de noche y de dia
Velando la oculta idea
Para que nadie la vea
Ni la entienda quien la espia.
¡Ah! tú no comprendes eso.
Zel. ¡Pluguiera á Alá fuera así!
Pero yo arrastro ¡ay de mí!
Tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afan mayor
Ocultarle me interesa,
Mas el secreto me pesa,
Es mas íntimo el dolor.
Vos en el vuestro á lo menos
Teneis quien os le consuele;
El mio á nadie le duele,
Que á todos les son agenos
De un esclavo los pesares.
Arg. ¿Qué vale mi libertad
Si es ella sola en verdad
La causa de mis azares?
Vosotros que en vuestro dueño
Podeis mirar un verdugo,
De sacudir vuestro yugo
Hora buscais con empeño.
Yo soy tu ama, te digo,
Y tú al caer á mis piés
Con ira secreta ves
En tu señor tu enemigo.
A mí, condesa me llaman,
Y danme el mas alto puesto;
¿Mas quién sabe si detesto
A los mismos que me aclaman
Su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran desliz
Tenerme á mí por feliz
A par de una esclava mora.
Zel. Mas podeis tener amigos
O buscarlos, pero yo....
Arg. ¿Amigos has dicho?.... No,
Fueran de mi mal testigos.
Zel. Teneis un esposo noble,
Galan, amante y discreto,
Con quien partir un secreto
Que os agobia.
Arg. Y fuera doble
Mi pesar, fuera el postrero
Sin duda, Zelina, y fuera
Hacer de una ruin quimera
Un verdugo verdadero.
No, no, jamás: si algun dia
De mi corazon le echara
A él solo se le ocultara.
Zel. ¿Acaso le ofenderia?
Arg. Necia de tí, ¿no conoces
La razon de mis enojos
Cuando pregonan mis ojos
Lo que no dicen mis voces?
¿No ves que al llorar la calma
De mi corazon perdida
Guardo en secreto escondida
Mi desventura en el alma?
Zel. ¡Callad! sus secretos son
Mientra en suspiros los lanza
Faros de dulce esperanza
Que alumbran al corazon.
Mas si en la lengua atrevida
A palabras se reducen,
Son áspides que introducen
Su ponzoña en nuestra vida.
Arg. Sí, por Dios.
Zel. Señora, quedo,
El secreto que guardais
Callad, no me le digais,
Pues pagárosle no puedo.
Arg. ¡Pagarle!
Zel. Pagarle, si,
Con el mio, mas es tal
Que el vuestro es menos fatal
Que el que me acongoja á mi.
Arg. Esclava, ¿qué desvarío
Te asalta? ¿con cuál objeto
Uno por otro secreto
Mides? ¿Te dije yo el mio?
Zel. ¿Y mis sentidos cegados
Por ventura están? Mis ojos
¿No ven de vuestros enojos
Los arcanos tan guardados?
Quien al pié de vuestro lecho
Os vela vuestro dormir,
¿No se podrá introducir
Con astucia en vuestro pecho?
Arg. ¡Traidora!
Zel. No es la traicion
Obra mia; es vuestro el dolo,
Vuestro labio fué el que solo
Vendió á vuestro corazon.

Él fué quien en vuestro sueño
Pronunció el oculto nombre,
Y no era el que lleva el hombre
De cuyo honor sois el dueño.
No: en la alcoba solitaria
Con amorosa porfía,
Le invocábais, y yo oia
La recóndita plegaria.
Llorábais ¡ah! y yo tambien
Sí, con llanto abrasador
Vos, vuestro perdido amor
Y yo mi imposible bien.
Arg. ¡Oh! te dolias de mí;
De mis pesares testigo
Los lamentabas conmigo.
Zel. Recordé los mios, sí,
Que es uno mismo el objeto
De nuestros males, señora,
Y el corazon de la mora
Guarda tambien un secreto.
Arg. ¿Tú amas?
Zel. ¡Con cuánto ardor!
Mas si el aire sorprendiera
Mi secreto, aun de él temiera
Que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre tambien,
Mas el nombre del que adoro
Escondo como un tesoro.
Mi corazon es mi haren.
Aquí sin cesar le llevo
Indeleble, solitario,
Fanal de oculto santuario
A cuya luz no me atrevo.
Arg. Dichosa tú que conoces
A quien amas, y le ves.
Zel. Vuestro amor!...
Arg. Solamente es
El son de mis tristes voces.
Le amé y me adoró algun dia,
Mas ya á mi ver me olvidó,
Niebla que se disipó
Con la luz del nuevo dia.
Mas me olvido de quien soy,
Y de quien eres me olvido;
Esclava, lo que has oido
Olvídalo tú desde hoy.
¿Qué me importan tus secretos
Ni tus necios desvaríos?
¿Te he confiado los mios?
Si los sabes...
Zel. Bien sujetos
Los tengo en mi corazon,
Y no se me escaparán.
Arg. Silencio, pues, de tu afan
No pregunto la razon.
Tus cantares me agradaron,
Y entre ciento te elegí
Para entretenerme á mí,
Aunque mil te descaron.
Tu oficio es solo cantar
De inclinaciones desnuda;
¿Lo oyes? sorda, ciega y muda
Has de ser si has de medrar.
Y en tu memoria altanera
Con cifra indeleble, graba
Que te tengo por esclava,
Pero no por consejera.
Zel. Dadme paciencia, señor,
Para sufrir su altivez.
Arg. Silencio, pues, otra vez,
O tiembla de mi furor.
(*Vase Zelina á una seña de Argentina.*)

ESCENA II.

ARGENTINA, SOLA.

Sorprendió mi amor antiguo
Mas lo callará prudente!
Además que, aunque lo cuente,
En dédalo tan ambiguo
Meterá á quien se lo escuche,
Que sin hilo conductor
Jamás saldrá del error
Con que alucinado luche.
Mas ¡ay de mí! ¿qué recelo,
Si yo misma al cabo ignoro
La existencia del que adoro
Y el signo que le dió el cielo?
Al conde podrá decir
Lo que ella me oyó soñar,
¿Mas á otro no pude amar
Antes de á Burgos venir?
¿Qué hay que reprocharme en esto?
Há un año que estoy casada
Y de él no he sabido nada
Ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto, pero y qué?
Si olvidarle no he podido
¿La culpa de quién ha sido?
¿Por voluntad me casé?
Y si jamás le ofendí,
¿De qué se podrá quejar?
¿De que no le puedo amar?
Quéjese de él, no de mí.
(*Abre la ventana y dice asomándose.*)
La noche lóbrega cierra,
No brilla estrella ninguna,
Y encapotada la luna
Alumbra á trozos la tierra.
¡Quién ¡ay! de mi dulce Francia
Sobre sus rayos pudiera
Al soplo de una hechicera
Cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina
Torpe ilusion, ó el espacio

Del jardin de este palacio
Cruza un hombre y se avecina.
¿Quién pudo á tal hora entrar
En los jardines? Se para...
Conmigo acaso se encara...
¿Qué busca en este lugar?
Me hace seña... mas no entiendo
Lo que pretende... se aparta
(*Se oye caer en la escena un objeto entrando por el balcon.*)
¿Pero qué es esto? Una carta.
¡Cielo santo! ¿qué estoy viendo?
(*Lee.*) « Aunque parezca arrogancia
» Pedir de vos una audiencia,
» La aguarda con impaciencia
» Un peregrino de Francia. »
¡Sueño, Dios mio! es su letra,
Es él, es él; me lo augura
Mi corazon, que en la oscura
Sombra hasta el suyo penetra.
¿Mas cómo traerle aquí
Sin que nadie le aperciba?
Fiaré de esa cautiva...
No, son armas contra mí.
Yo misma le iré á buscar.
Mas fuera mucha osadía.
¡Ah! ¿pero esta galería
No va al jardin á parar?
Es verdad que nadie la usa,
Mas es causa en mi favor.
Sírveme de escusa amor,
Si es que la razon me acusa.
(*Busca una llave con la que abre una puertecilla secreta que habrá en el fondo, toma la lámpara y sale por ella volviendo á cerrar. La escena queda á oscuras.*)

ESCENA III.

ZELINA.

Zel. ¡Señora! ¿pero qué es esto?
¿Por dónde salió? Señora.
¿Si dormirá?... alerta mora,
Procura ganar tu puesto.
Alimenta tu esperanza,
Que si á ella el amor la culpa,
A tí el amor te disculpa,
Que opuesto á su amor avanza.
(*Vase dejando la puerta abierta y al mismo tiempo meten la llave en la galería. Al tiempo que por esta aparece Argentina con Genaro, aparece por la otra la mora con luz. Al verla Argentina cierra la puerta con precipitacion, dejando á Genaro fuera. Quédanse mirando una á otra. Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.*)

ESCENA IV.

ARGENTINA, ZELINA.

Arg. ¿Quién va?
Zel. ¡Ah!
Arg. ¿Quién te mandó
Llegar sin que yo llamara?
Zel. La luz temí que os faltara
Y entraba á doblarla yo.
Arg. Toma menguada y aprende,
(*La da un bofeton y se le cae la luz.*)
Que yo soy quien manda aquí.
Ea, despeja.
Zel. ¡Ay de mí!
Arg. ¡Fuera!
Zel. Y ¡ay de quien me ofende!
(*Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.*)

ESCENA V.

ARGENTINA, GENARO.

Arg. Nada por fortuna vió,
Y á no venir con tal tiento
Sorprende todo el intento,
Pero diestra anduve yo.
Pisad quedo, y evitad
Que oigan por algun resquicio.
Gen. Habéisla dado sin juicio,
Señora, y sin caridad.
Arg. Cien veces se lo advertí,
Y como entró de rondon
En tan precisa ocasion
Arrebatada la dí.
Gen. Mirad...
Arg. ¿Defendéisla ahora?
¿Qué importa esa bofetada?
¿No está á sierva destinada?
Pues que aguante á su señora.
Mas vos quien sois concluyamos,
Genaro tú, ¿con qué traza?
Gen. ¿Nada aquí nos amenaza?
Arg. Nada, seguros estamos.
Gen. Lotario en Burgos está.
Arg. ¡Dios mio! ¿en Burgos?
Gen. Llegó hoy.
Arg. ¿Y tú?
Gen. Su escudero soy
Como siempre.
Arg. ¿Y dónde va?
Gen. ¿A dónde ha de ir, señora,
Sino adonde vos esteis?
A no que vos le mandeis
Que se vuelva con la aurora.
Arg. No, no.
Gen. ¿Le amais todavía?

Arg. ¡Mas bajo por compasion!
Sí, le amo en mi corazon,
¿Mas él?
Gen. Con idolatría.
Con intriga cautelosa
De vuestro padre ha logrado
Venir á Castilla enviado
De embajador de Tolosa:
Y él, que ignora vuestro amor,
En nuestro lazo ha caido
Sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
En Burgos hemos entrado
Sin que el pueblo se aperciba
De nuestra oculta misiva,
Y de veros me ha encargado.
Arg. Pero ¿y Lotario?
Gen. No osó
Venir, que era necio paso,
Sin saber si el tiempo acaso
Vuestros intentos mudó.
Arg. ¿Mudarlos, por vida mia,
Sin maldecir la distancia
Que me apartaba de Francia,
No me dormí ningun dia.
Esta tierra me es odiosa,
Y poco es Burgos, la España
Diera por una cabaña
En Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven
Y allí mis dichas están,
Allí mis suspiros van,
Y allí alimento reciben.
Gen. ¿Mas el conde como os trata?
Arg. Pobre! mis desvios llora,
Delira por mí, me adora
Y esto es lo que mas me mata.
Tal vez por mis sinsabores
Grave enfermedad le aqueja
Que sosegar no le deja,
Presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
Con él, al verle llorar
Lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
Pero quererle no puedo.
Yo no he soltado jamás
Un gemido en su presencia,
Mas él lee mi indiferencia
En mi semblante quizás.
Él conoce, puede ser,
Y así su dolor agrava
Que fuera alegre su esclava,
Pero nunca su mujer.
Lo entiende, le pesa y llora;
Yo le martirizo y lloro.
¡Ay! yo porque no le adoro,
Y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer,
Tú en cuyos brazos mecida
Pasé mi niñez florida,
¿Qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,
Hablarle, llorar con él...
¿Será mi estrella tan cruel
Que me culpe este consuelo?
Gen. ¿Y quién os podrá culpar
Tan justo y sincero empeño
Si nadie se puede dueño
De su corazon llamar?
Cumplida nuestra embajada
Volveremos á Tolosa.
¿Un hora, pues, venturosa,
Porqué os ha de ser negada?
Él muere por veros.
Arg. ¿Si?
Gen. Su fanatismo, su gloria
No es mas que vuestra memoria.
Arg. ¿Con que se acuerda de mí?
Gen. No se pasa un solo instante
Sin que os escuche y os vea
Allá en su escondida idea
En su desvarío amante.
Y á tanto por vos se empeña
Que es rayando en la locura
Por vuestro nombre, si jura
Con vuestro nombre si sueña.
Tal vez guardó vuestra toca
De vuestro amor por despojos,
Y aun la humedecen sus ojos
Mientras la besa su boca.
Arg. ¡Calla! que con tal pintura
Mi corazon defallece
Y mi razon enloquece
Con tan celestial ventura.
Él me amó, ¿y amedrentarle
Imposibles no pudieron?
¿Y á mí vacilar me hicieron
Hasta dudar de esperarle?
Sal ya, secreto escondido,
Del corazon que atosigas,
Sal del alma en que te abrigas
Temeroso y desvalido.
Ya no eres vago deseo
Sin ventura ni esperanza,
Eres voz cuyo eco alcanza
Mas allá del Pirineo.
Ven, ven, Lotario, á mis brazos,
Y aunque se ofenda Castilla
Y alce el conde su cuchilla
Para hacerme allí pedazos.
Gen. Pues bien pronto le verás.
Arg. ¿Cuándo?
Gen. ¡Mañana!
Arg. ¡Mañana!
Es tarde.
Gen. De buena gana

Fuera ahora, pero quizás...
Arg. ¿Qué temes? ¿Tú no has llegado
Tranquilamente hasta mí
Por esos jardines?
Gen. Sí:
Mas yo soy solo un criado,
Un siervo de vuestra casa
Que os vió, Argentina, nacer
Y que no supo poner
Al leal deseo tasa
De abrazaros y de veros:
Todo esto puede probarse,
Y es cosa que perdonarse
Puede á viejos escuderos,
Mas á caballeros no:
Que otras sospechas nacieran
Y si verdades salieran,
No salvára él como yo.
Arg. Pues bien, Genaro, es preciso
Que yo le vea; no hay fuerza
Que esta voluntad me tuerza;
Iré yo, llévale aviso.
Gen. ¿Vos con noche tan oscura
De este palacio salir?
Arg. O viene él ó yo he de ir.
Gen. Que venga es menos locura.
Arg. Que venga pues.
Gen. Pero sea
Cuando todo esté sumido
En el sueño, y advertido
Ningun curioso lo vea.
Arg. Sea.
Gen. Yo os esperaré
Con él en la empalizada
En hora mas avanzada.
Arg. Yo de aquí os avisaré;
Y hasta que todo repose
Y retire del balcon
La luz mucha precaucion,
Y nadie mostrarse ose.
Gen. ¿Y si hay algo que lo impida?
Arg. Te haré la hora avisar. (*Llaman.*)
¡Cielos, he oido llamar!
Huye de aquí por tu vida.
Gen. Si me habrán visto venir.
(*Vase por la puerta secreta.*)
Arg. Imposible, mas sal presto.
¿Cuál será el nuevo pretesto
De venirme á interrumpir?

ESCENA VI.

ARGENTINA, UN PAGE.

Page. El conde os pide permiso
Para saludaros antes
De recogerse.
Arg. Si es esa
Su voluntad, di que pase,
Que será bien recibido.
Page. Pues vendrá al punto, esperadle.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

ARGENTINA, ZELINA Y DAMAS.

Arg. Elvira, Diana, Constanza,
Arreglad mi vestidura,
Que pende de mi hermosura
Esta noche mi esperanza.
(*Zelina, Elvira y Constanza arreglan los cabellos y el trage de Argentina, la prenden flores, la traen anillos que se pone, etc., etc. Zelina mirando por todas partes hasta que ve la llave puesta en la puerta secreta.*)
Zel. Aquí no está y no ha salido;
Mas no erré... llave hay allí.
Arg. ¿Qué murmuras tras de mí?
(*Al volverse ve á Zelina que lleva la mano al carrillo.*)
¡Hola! con que lo has sentido?
Pues tanto la faz te duele
Ve si te place ese anillo,
Y el escozor del carrillo
Ese rubí te consuele.
Y advierte que mil criadas
A pies juntillas quisieran
Que sus señoras las dieran
Anillos y bofetadas. (*Le da uno y lo rehusa.*)
¿Qué es eso?
Zel. Os pido perdon.
(*Aparte.*) Qué valdrá el rubí en mi dedo
Si borrar con él no puedo
Mi afrenta del corazon?
Arg. Por Dios, criatura necia,
Que estoy con razon tentada
De dar otra bofetada
A quien el rubí desprecia.
Zel. Pues no tengo libertad,
Lo podeis á salvo hacer;
Mas que no pude escoger
Mi suerte considerad.
Arg. Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caíste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y di á tu corazon
Que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.
Zel. Cantaré:

Mas quiera el cielo, señora,
Que la cancion de la mora
Mas sentimiento no os dé.
Arg. Arrepentida te quiero:
¿Mas quién llega?
Page. El conde.
Arg. Abrid.
Zel. (¡Qué abatido está!)
Arg. Salid.
Zel. (Pero sanará: lo espero.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, ARGENTINA.

Conde. Guárdete Dios, Argentina.
Arg. Conde, vengais en buen hora.
¿Cómo os sentís?
Conde. Bueno ahora,
Pues estoy cerca de tí.
Arg. Sentaos, tomad aliento;
Os cansa mucho el caballo.
Conde. Dicen los doctores que hallo
Alivio á mi mal así,
Y obedezco sus consejos;
Aunque en verdad no imagino
Que avanzo mucho camino
Con ellos en mi salud.
Y tú, cómo estás? ya ha mucho
Que en mi cuarto no te veo.
Arg. Mis visitas escaseo,
Y hago con exactitud
Lo que mandan los doctores.
Mi presencia os empeora.
Conde. ¡Argentina encantadora,
¡Ah! no los creas por Dios!
Tu presencia me es un bálsamo
Que mis cuitas adormece;
Tu presencia me parece
Que mi salud trae en pos.
¡Oh bellísima Argentina,
Luz de mis ojos radiante!
Desde el fortunado instante
En que por dicha te ví,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la segura esperanza
De tenerte junto á mí.
De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me aparece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Que hasta en tu sombra, Argentina,
Te adora mi carazon.
De dia ansioso te busco,
Y si en el jardin paseo,
Dichoso además me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni ves.
Mas tú entretanto me esquivas
Y sola, y triste, encerrada
Una tras otra jornada
En tu aposento te estás.
Algunas veces me han dicho
Que baña el llanto tus ojos...
¿Porqué, dí, son tus enojos?
¿Lloras tu patria quizás?
Arg. Tal vez, señor: de Castilla
Nacida en verdad muy lejos,
La razon ni los consejos
Bastar no podrán tal vez
(Y os lo confieso con lágrimas)
A borrar de mi memoria
La melancólica historia
De mi dichosa niñez.
Conde. Pues bien, no quiero que nunca
Ni aun caprichos te se nieguen.
Dentro do un mes, cuando lleguen
Las puras auras de abril,
Partiremos á Tolosa,
Verás otra vez al conde
Tu padre; sí, iremos donde
Quiera tu anhelo infantil.
Yo uniré á tí mi destino,
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa,
Y donde te plazca vé.
Yo iré contigo, y al lado
De quien tan fino te adora
Tú serás reina y señora,
Y yo tu esclavo seré.
Arg. ¡Generoso castellano! (*De rodillas.*)
¿Cómo pagar tus finezas?
Conde. De nuevo á llorar empiezas!
Arg. De gratitud, conde, sí.
Conde. ¿No te amo? ¡paloma mia!
En contemplarte, en quererte
Que hago de mas si la muerte
Me fuera dulce por tí?
Pero basta, alza, Argentina;
Veo que un pesar secreto
Te acosa; calla su objeto,
No quiero saberle, no.
Si tengo en su causa parte,
Quiero ¡Argentina! purgarla.
Necio fuera en preguntarla,
Debo corregirla yo.
Mas oigo en esa antesala
Rumor...

ESCENA IX.

DICHOS, UN PAGE.

Page. Vuestros caballeros,
Señor, y vuestros monteros
Vienen orden á pedir
Para mañana.
Conde. Argentina,
Recíbeles tú; me siento
Cansado, y no tengo aliento
Sus cumplidos para oir.
¡Ay!
Arg. ¿Suspirais?
Conde. De fatiga.
Era tan terco el caballo
En que corrí...
Arg. Si os obliga
El sueño...
Conde. No, dulce amiga;
Mas perezoso me hallo.
Arg. ¿Quereis reposar,
Conde. No á fe.
Que mandáras me pluguiera
A los pages que ahí dejé
Que apronten una litera
Que volver no quiero á pié.
Húmeda la noche está,
Y es tarde, Argentina, ya
Para cruzar el espacio
De los jardines, que va
A mi aposento en palacio.
Si en tanto no te desplace,
Oyera de buena gana
Esa que prodigios hace
Esclava mahometana.
Arg. Yo os la enviaré.
Conde. Que me place.

ESCENA X.

EL CONDE.

¡Ay de mí! tan cariñoso
Con ella y tan complaciente,
Tan rendido y cuidadoso,
Y ella siempre con su esposo
Tan fria é indiferente!
¡Siempre en su Francia pensando!
¡Siempre encerrada y llorando!
¡Maravilla es en verdad!
Mas si otro amor lamentando...
¡Callad, sospechas, callad!
Dejadme, celos, gozar
En esta ilusoria calma;
Sí, dejádmelo ignorar,
No hagais mas agria brotar
Vuestra ponzoña en el alma.
Los celos son ¡ay de mí!
Mis dolores: celos son
De mi mal la causa, sí,
El mal que sufro está aquí
En mi pobre corazon.
Si es que rendirse no puede
A mi amor su ánima esquiva,
Con sus ilusiones viva,
Con sus memorias se quede;
Mas si otro amor la cautiva,
Si no bastándola el mio
En otro amorosa piensa
Con criminal desvarío,
¡Oh! el hilo de su desvío
Me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. ¡Hola! bien venida, mora.
Zel. Hame dicho mi señora
Que era vuestra voluntad...
Conde. Oirte, sí, sea en buen hora:
Veamos tu habilidad.
Zel. La música es un consuelo
Que calma nuestra inquietud.
Conde. Siempre como don del cielo
La miré.
Zel. Aleja el desvelo
Y avecina la salud.
Yo en mis pesares, señor,
Con ella me le procuro
Y adormece mi dolor;
Canto mis cuitas, mi amor,
Y dichosa me figuro.
Conde. Con que amas?
Zel. Sí, con fatal
Eleccion.
Conde. ¿Luego el objeto
De tu amor te paga mal?
Zel. Sí, mas con razon.
Conde. ¿Con cuál?
Zel. Este es, señor, mi secreto.
Conde. Quiero respetarle, pues;
Mas yo no soy un tirano,
Y si con mi empeño ves
Que mas fácil ..
Zel. Así es;
Pero intentarlo es en vano.
Conde. En curiosidad me ponen
Tus palabras, pobre mora.
Zel. Tales ruegos se interponen
Que hará mi lengua traidora
Si á mi silencio se oponen.
Conde. No insisto mas si te enojo.
Zel. Os agradezco el favor.

Conde. Dicen siempre que el amor
Es de zarzas un manojo.
Zel. ¿Y la música, señor?
(*Preludia la mora en el harpa.*)
Conde. Tienes razon; ya te escucho
Con mi cansancio, aunque lucho.
Zel. (Zelina, esta es la ocasion.)
Conde. Ya de preludios es mucho.
Vamos, mora, á la cancion.
Zel., canta. «¡Ay del que fia insensato
» En el amor de una bella,
» Si guarda en silencio ella
» Ponzoña en el corazon!
» ¡Ay del que infiel
» Adora á una hermosa que no le ama á él!»
Conde. Deja cantigas de amor
Y mas si son lastimeras.
Zel. ¿Qué cantaré?
Conde. Lo que quieras:
No endechas, que es la mejor
Un tejido de quimeras.
Zel., canta. «¡Ay del que fia insensato
» En aposento que tiene
» Dos puertas, por donde viene
» Y se esconde la traicion!
» ¡Ay del que fiel
» Conserva la jaula y el ave no es dél!»
(*El conde presta cada vez mas atencion al cantar de la mora: cuando esta concluye, el conde ha recorrido con la vista el aposento y visto las dos puertas.—La mora sigue preludiando hasta que el conde al mirarla la sorprende con la vista clavada en él.*)
Conde, ap. ¡Qué escucho! ¿es esto un aviso?
Zel., ap. Lo ha comprendido. Vencí.
Conde, ap. Traicion escondida aquí
Sin duda advertirme quiso.
Siendo de enemiga casta
El esclavo y el señor...
(*La mira*, etc.)
¡Hola! al buen entendedor
Media palabra le basta.—
¿Zelina?
Zel. ¿Qué me mandais?
Conde. ¿Quién te enseñó la cancion
Que he escuchado?
Zel. Un bofeton.
Conde. ¿Tales maestros usais
Los moros para cantar?
Zel. Nos los prestan los cristianos,
Que tienen largas las manos
Y nos hacen estudiar.
Conde. Vosotros en recompensa
Les mostrareis...
Zel. Que un secreto
Vale mucho bien sujeto
Con los nudos de una ofensa.
Conde. Y el secreto al denunciar
Tendreis ya medios seguros.
Zel. Las ventanas y los muros
Que nunca podrán hablar.
Conde. La revelacion empieza,
Y ve que vale en verdad
Lo cierto la libertad
Y lo falso la cabeza.
Zel. Señor...
Conde. No tiene otro fin.
Zel. Pues bien, quien usarla sabe
Puede abrir con esta llave
A quien entre en el jardin.
Y vos no habreis olvidado
Que ese escondido retrete
(*Le muestra, y el conde se entera de cuanto le va diciendo.*)
Conduce á este gabinete
Por corredor escusado.
Conde. La totalidad revela.
Zel. Un astuto observador
De este camarin, señor,
Es del cuarto centinela.
Conde. ¿De tu camarin?
Zel. Del mio:
Con un pequeño rodeo
Se llega á él; si el deseo
Os aqueja, yo os le fio.
Conde. ¿Luego aquí...
Zel. Esperando están
A un hombre que otro anunció.
Conde. ¿Les vistes tú?
Zel. Verles no;
Mas con cauteloso afan
De cerca les escuché.
Conde. ¿Y son dos?
Zel. Dos.
Conde. ¿Hombres?
Zel. Hombres.
Conde. ¿Oiste acaso sus nombres?
Zel. No pude oirles á fe.
Y hablaron con tiento tal
Que aun fué mucho comprender.
(*Despues de un momento de pausa el conde la dice con inteligencia.*)
Conde. ¿Ella dijo...?
Zel. Idle á traer.
Conde. ¿Y él?
Zel. Haced vos la señal.
Conde. Que me cansó tu cancion
Dirás, y que me marché.
(*Dándola un anillo.*)
Y si eso te cura, ve
La señal del bofeton.
Zel. Prenda de tan soberano
Valor pierde en poder

De una esclava: otra ha de ser
Mi prenda.
Conde. ¿Cuál?
Zel. Vuestra mano.
(*Se la da y besa.*)
Conde. Tu labio abrasa.
Zel. Y tambien
Vuestra mano.
Conde. Celos son.
Zel. Los hay en mi corazon,
¿Qué estraño que fuego den?
Conde. (¡Con intencion ha besado!)
Zel. (¡Con placer lo ha recibido!)
Conde. (¡Del corazon la ha salido!)
(*Vase.*)
Zel. (¡Al corazon le ha llegado!)

ESCENA XII.

ZELINA.

¡Oh! echado habias, señora,
Muy torpemente la cuenta,
Que es un guarismo una afrenta
Y muy exacta una mora.
Sin esa injuria cruel
Yo con mi dolor callara,
Mas ya estamos cara á cara
Yo contigo y tú con él.
Un año de esclavitud
Bajo poder tan tirano
Adiestra mucho la mano
Y adelgaza la virtud.
Cuando querais escondidos
Vuestros secretos tener,
Procurad, necios, haber
Siervos sin ojos ni oidos,
Y esclava buscad menguada
Cuyo descuido indiscreto
No sepa con un secreto
Vengar una bofetada.

ESCENA XIII.

ZELINA, ARGENTINA.

Arg. ¿Y el conde?
Zel. Fuése indignado.
Arg. Indignado, ¿mas porqué?
Zel. Mi cancion sin duda fué
Lo que tanto le ha enojado.
Arg. ¡Ira de Dios!
Zel. Hice yo
Lo que pude en mi cantar;
Mas no le debió agradar,
Que á la mitad lo dejó.
Arg. Sin pages...
Zel. Tal fué su enojo,
Que ni á esperar su litera
Logré que se detuviera.
De enfermo fué algun antojo.
Arg. (Pues tal antojo me agrada.)
Zel. ¿Os entraré á desnudar?
Arg. No. Vete.
Zel. ¿Vais?
Arg. A rezar.
Zel. Entonces no digo nada.
Buenas noches.
Arg. Dios te guarde.

ESCENA XIV.

ARGENTINA.

¿Porqué con tanta opresion
Me palpita el corazon
Acongojado y cobarde?
Yo misma á llamarle envié,
Mas ojalá no viniera;
Mi alma le ansía, le espera,
Mas se avergüenza mi fe.
Ese noble castellano
Me antepone á todo, sí,
Y he de pagarle ¡ay de mí,
Con proceder tan villano!
A Francia, me dijo, irás,
Donde quieras, porque al cabo
Yo siempre seré el esclavo,
Y tú la reina serás.
Conoce mi desamor
Y respeta mi secreto;
Yo tambien tendré respeto
A lo menos á su honor.
Vendrá Lotario, vendrá,
Pero verá mi esquivez,
Y será la última vez
Que mi acento escuchará.
Yo le negaré mi amor
A mi corazon traidora,
Y que parta con la aurora
El osado seductor.
Cierro y aguardo serena
La hora del sacrificio...
¡No sé si mi pobre juicio
Podrá con tan honda pena!
Mas oigo abrir el cancel:
Sí, suben al caracol...
(*Escuchando.*)
Y aun no hizo seña el farol:
¡Oh! sí, le conozco; es él.

ESCENA XV.

ARGENTINA, LOTARIO.

Arg. ¡Lotario!
Lot. ¡Argentina mia!

Arg. Silencio. ¿Cómo has osado
Sin que yo te haya avisado?...
Lot. Esperar mas no podia.
Del conde ví la litera
El jardin atravesar,
Y no pude refrenar
Mi impaciencia. Tal vez era
Mucho arriesgada mi accion;
Mas perdona, hermosa mia,
Desde el jardin te veia
Por ese abierto balcon.
Sabiendo que me esperabas,
Dije: «Prevenida está,
Pues que me llama.»
Arg. ¡Y quizá
Con una ilusion gozabas!
Lot. ¿Con una ilusion?
Arg. Sí, sí:
Todo es mentira, Lotario;
Con el alba es necesario
Que partas lejos de mí.
Vuelve, vuelve á Roquefort,
Huye de Burgos, y mira
Que ha sido mi fe mentira,
Mentira todo mi amor.
Lot. ¡Mentira dices que fué!
Las lágrimas de tus ojos
Desmienten esos enojos
Que finges... no sé porqué.
Arg. ¿No lo sabes ¡insensato!
Y en Burgos soy la condesa?
Lot. ¿Y tanta anterior promesa
De tu amor?
Arg. ¿Y mi recato?
Lot. Por fuerza tu padre vino
Tu mano al conde á ofrecer.
Arg. La fuerza no puede hacer
Menos cierto mi destino.
Lot. ¿No le amas?
Arg. Guardo su honor.
Lot. Tu corazon es primero.
Arg. Yo á mi pasion le prefiero.
Lot. Argentina, eso es amor.
Yo dia y noche he corrido
Por verte, ¡oh necia locura!
Y á tu palacio ¡perjura!
Me has llamado y me has vendido.
Sí, yo en la corte, dichosa
Te hubiera visto mañana,
Y al ver tu esquivez tirana
Me hubiera vuelto á Tolosa.
Yo maldijera quizá
Tu inconstancia ó tu capricho,
Mas siempre me hubiera dicho,
Al fin bien casada está.
Mas comprendo tu traicion;
Para creer en tu fineza
De Lotario la cabeza
Te pondrá por condicion.
Y tú tan pérfida ya
Como ese vil castellano,
Vas á ponerla en su mano
Con complacencia quizá.
No, si tu intencion es esa
No eres tú la que yo amé,
Ni por quien aquí llegué,
Ni Argentina, ni francesa.
Arg. ¡Qué delirio te trastorna!
¿Venderte yo que te adoro,
Que atropello mi decoro?
Lot. Gracias al cielo que torna
A tu mente la razon;
Pues mi falso desvarío
Te hizo confesar por mio
Tu rebelde corazon.
Ya me lo has dicho; me adoras;
Ya te arranqué á tu pesar
El secreto que ocultar
Me querias... mira... lloras,
Y las lágrimas no salen
Sino de un alma apenada,
Y yo, Argentina adorada
Sé lo que las tuyas valen.
Te has dejado seducir
Por mi fingido furor;
Confiesa por fin tu amor
Porque no sabes fingir.
Arg. ¡Oh! sí, te adoro, es verdad;
Tu imágen de mi memoria
No se apartó, fué mi gloria,
Mas cállalo por piedad.
Siento que tu amor me venza
Que mi obligacion mancilla,
Y esta confesion me humilla,
La ingratitud me avergüenza.
Lot. La ingratitud, ¿y con quién?
¿Tú has dicho á ese castellano:
Tuya soy? Lleve mi mano,
Dijiste, á quien se la den.
Tu padre por su interés,
Por miedo acaso á una guerra,
Compró un puñado de tierra
Ofreciéndote á sus piés.
Te echó de tu dulce Francia
Y te arrancó de mis brazos,
Sin ver que hacia pedazos
Los sueños de nuestra infancia.
Pues bien, tú cumpliste ya,
Te casaste con su gusto,
Que el tuyo se cumpla es justo;
Si quieres se cumplirá.
Tú eres la heredera sola
De Tolosa, su condado
Para tí está reservado,
Y no has nacido española.
Huyamos de España, pues;

Tu herencia y persona en vano
Reclamará el castellano
Cuando en Roquefort estés.
Que el moro con cruda guerra
Su venganza atajará,
Y el pobre conde harto hará
Con defenderse en su tierra.
Todo ello será un secreto.
¿Y tu padre qué ha de hacer?
Nada le da que temer
Del conde el inútil reto.
Arg. Mentia si te dijera
Que tan bella perspectiva,
Lotario, no me cautiva,
Que es á fe muy lisongera;
Mas...
Lot. ¡Qué dudas! Argentina,
Traigo gente, intrepidez
Nunca me faltó.
Arg. Tal vez
Tu confianza te alucina.
Lot. No me amas.
Arg. No digas tal,
Lotario, cuando aun te escucho;
Pero me rinde, aunque lucho,
Presentimiento fatal.
Lot. Necios agüeros, ¿quién cree?
Con valor, ¿qué hay que arriesgar?
Arg. Déjame roflexionar,
Y yo me resolveré.
Lot. La tregua será muy corta.
Arg. Solo un dia.
Lot. Uno no mas.
Mañana...
Arg. Al jardin vendrás
Como hoy.
Lot. Mucho es, mas no importa.
Arg. Irrevocable ha de ser
Mi decision.
Lot. Sí á fe mia.
Arg. Ea pues, sal, que está el dia
Muy próximo á amanecer.
Lot. Adios, amor mio.
Arg. Adios,
Mi Lotario, y por tu vida
Que te guardes bien.
Lot. Descuida.
Que... voy de la dicha en pos.
(*Mientras Argentina despide á Lotario, que se va por la puerta secreta, el conde asoma por el camarin de la mora, y al volverse Argentina, despues de haber vuelto á cerrar la puerta, se encuentra cara á cara con él, que se llega á ella y la toma por el brazo con frialdad.*)
Arg., aterrada. ¡Cielos!
Conde. Le dejo salir,
Con mi corage aunque lucho,
Porque á tí te quiero mucho
Y él mañana ha de venir.
Mas si de ese seductor
Te arrastraran los conjuros,
Cenizas haré los muros
De Tolosa y Roquefort.
(*Argentina cae de rodillas y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

—

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SENTADO EN ACTITUD DE ATENCION AGRADABLE. ZELINA CERCA DE ÉL, PERO ALGO HACIA SU ESPALDA, SENTADA EN UNOS COJINES, CANTANDO AL HARPA.

(*Preludio largo.*)

Zel., canta. «Auras de abril, si algun dia
Cruzais murmurando el mar,
Decid á la patria mia
Que por él no he de pasar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció su libertad.
Decid del tostado moro
En el campesino adoar,
Que el bien que en secreto adoro
No me la deja llorar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció la libertad.»
Conde. Dichosa tú si en tu labio
No miente tu corazon,
Que olvidas tu condicion,
Tu esclavitud y tu agravio
Al compas de una cancion.
Zel. La música es un consuelo
Que sosiega la inquietud,
Y amor, que es hijo del cielo,
Puede hacer flores del hielo,
Placer de la esclavitud.
Conde. ¡El amor! solo ha brotado
Rudas zarzas para mí
Que el corazon me han llagado.
Zel. El objeto habreis errado
De vuestro amor.
Conde. Lo erré, sí.

Zel. Amor es Dios, y jamás
En sus fallos se equivoca,
Y las almas á quien toca
Con su harpon lleva detrás
En rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivez
Estrechan dos corazones
A aborrecerse, y tal vez
Por esta misma estrechez
Empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razon, fe y tierra
Acerquen mucho á otros dos,
Si en ellos amor no encierra
Su aficion, siempre ¡ por Dios!
Se harán invencible guerra.
Conde. Eso á mí me sucedió,
Zelina; amoroso, ufano,
Mi corazon se rindió;
Mas el suyo no tocó
Amor, y mi afan fué vano.
Zel. Tambien me sucede así,
Señor; alcancé un objeto
Digno de mi amor, le dí
Mi corazon, y ¡ ay de mí!
Mi amor no es mas que un secreto.
Yo no le puedo ocultar
Ni manifestar mi fe,
Continuamente pasar
Le veo acaso, me ve,
Y pasa y... rompo á llorar.
Conde. ¡ Pobre esclava! tus servicios
Merecen mi gratitud;
Yo sé que á tus sacrificios,
A tus desvelos y oficios
Debo tal vez mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho
Tendido al pié de mi lecho,
Noches de vela afanosa
Has pasado cuidadosa
Desvelada en mi provecho.
Ya sé que en tapiz estrecho
Con tierno afan me ofrecia
El bálsamo soberano
Que la salud me volvia,
Mas no lo habrás hecho en vano.
Habla, si con esquivez
Te mira el hombre á quien amas
Por tu condicion tal vez,
Habla, Zelina; á las damas
Te igualaré de mas prez.
Te daré la libertad
Y mis tesoros con ella,
Te haré tan noble en verdad
Que envidie tu vanidad
La cortesana mas bella.
Si entonces á pesar mio
Aun no le rindes, Zelina,
Y tuerces tanto desvío,
Serás con ese hombre frio
Lo que yo con Argentina,
Un ser inútil menguado,
A quien sobra un corazon
Ardiente y enamorado
Que su amor ha equivocado
Y que pide compasion.
Zel. Nosotras las africanas
Somos, señor, muy altivas,
Y en esas almas tiranas
Queremos, aunque cautivas,
Entrar como soberanas.
Esos afeites postizos
Son reclamos echadizos
Que desdeña mi ambicion:
Para vencer con hechizos
Me basta mi corazon.
Si el fuego que en él se encierra
No me conquista mi amor
En franca amorosa guerra,
Nunca ha de faltarme tierra
Sobre que llorar, señor.
Pero yo os canso sin duda
Con mis necias relaciones:
¿Qué sabe una esclava ruda
De lo que rompe ni anuda
Tan sublimes aficiones?
(*Hace que se va.*)
Conde. No, por mi vida, Zelina,
No te apartes de mi lado;
Tu voz es tan peregrina
Que da á mi fe mortecina
Un impulso inesperado.
Ven tu, el único testigo
Del triste error de mi esposa,
A ser mi guia, mi amigo,
Que esta ofensa vergonzosa
Quiero consultar contigo.
Crece oyéndote mi fe,
Crece oyéndote mi amor
A la ingrata que adoré,
Y al fin la perdonaré
Si me hablas en su favor.
Y tú que como ella hermosa
Y como yo enamorada
Ves mi situacion penosa,
Sé entre el esposo y la esposa
Medianera y abogada.
Zel. Yo no sé nunca rogar
Ni por otros ni por mí:
Yo cual sé en silencio amar,
Cuando una ofensa sentí
Me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
Señor, que os hable en su abono;
Mi corazon es tan fiero,
Que cuando odio y cuando quiero
Ni me olvido, ni perdono.

Conde. Eso te dice, Zelina,
Tu corazon africano,
Que á la venganza se inclina.
Zel. Y eso el honor determina
Que haga un noble castellano.
Ese atrevido frances
Que entró una noche en su cuarto
Contándolo irá despues,
Y con una afrenta es harto
Para quien honrado es.
Conde. Pues la muerte le haré dar
Y callaré su arrogancia.
Zel. ¿A él solo habeis de matar?
¿Creeis que, nacida en Francia,
Ella os lo ha de perdonar?
Conde. ¡Esclava!
Zel. El vulgo insensato
Será fuerza que se asombre;
No faltará un mentecato
Que pregunte sin recato:
¿Porqué asesinan á ese hombre?
Y esta pregunta mordaz
Estendida en breve espacio
Por toda vuestra ciudad,
Vendrá á retumbar tenaz
Dentro de vuestro palacio.
¿Qué la podreis responder?
Nada, y con eco infinito
Lo que era murmullo ayer
Crecerá hasta ser un grito
Que diga... *por su mujer.*
Conde. Tienes razon, ¡ay de mí!
¡Mas la amo tanto!
Zel. Eso sí;
Todo el amor lo perdona,
Todo lo olvida y lo abona...
No en Africa... eso es aquí.
Conde. ¡Esclava! tú la aborreces,
Y por eso me aconsejas
Lo que tú sola mereces;
No insistas, pues, muchas veces.
Zel., con ironía. ¡Oh! si yo así vuestras quejas
Oyera tan sin piedad
Como me acabais de oir
Mi parecer, en verdad
Que vos vuestra enfermedad
Concluyérais con morir.
Consultad, pues, vuestro amor
Y no vuestros intereses,
Y de ese modo, señor,
El castellano valor
Despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla
Esclava de los placeres
Ante sus damas se humilla,
Y contra vos con mancilla
Harán levas de mujeres.
Conde. Ten la lengua, ¡vive Dios!
Que recordó tal injuria.
Zelina, mueran los dos.
Zel. Mas tened cuenta que á vos
No os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
Una venganza buscad,
Pronta, sí, pero segura,
Donde el vulgo que murmura
Adivine la verdad.
Conde. Pues bien, busca tú el camino;
En ese crímen mezquino
Yo tener parte no quiero;
Sentenciaré justiciero,
Mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
Da el encargo á algun villano
Y hazle tú misma cumplir,
Si es que le quiere admitir
Algun pobre castellano.
(*Ruido dentro.*)
¿Qué ruido es este?

ESCENA II.

EL CONDE, ZELINA, UN CABALLERO.

Cab. Señor,
Por esos montes vecinos
Se ve cada vez mayor
De hogueras el resplandor
Que encienden los campesinos.
Conde. ¡Vive Dios! esas hogueras
Nos avisan que los moros
Pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
Y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
Para salir á afrontallos:
¡Liza fatal les barrunto!
Que venga Egidio: y al punto
Que se ensillen mis caballos!
(*Vase el caballero.*)

ESCENA III.

EL CONDE, ZELINA.

Zel. ¿Vais al combate, señor?
Conde Sí, que es cumplir con mi oficio.
Zel. Ved que aun os falta vigor.
Conde. Me aprovecha el ejercicio,
Y la guerra es el mejor.

ESCENA IV.

EL CONDE, ZELINA, EGIDIO.

Conde. ¡Hola! os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo mas fiel;
Mientras que yo esté lidiando
De Burgos tendreis el mando:
Si muero, alzaos con él.
Egid. Don García, ¿y la condesa?
Conde. Egidio, es mi voluntad;
No quiero que en mi ciudad
Mande nunca una francesa.
Obedeced y callad.

ESCENA V.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. Tú es fuerza que mi honra cuides,
Zelina; escúchame bien
Y mis palabras no olvides;
Esa venganza deten.
Si ese hombre viene á palacio
Esta noche, had que le prendan,
Mas cuenta que no le ofendan
De mi ausencia en el espacio.
Toma ese anillo con sello
De mi casa; en ella ahora
Mandarás como señora:
Pero peligra tu cuello,
Si me vendes... oye pues.
Si muero en esta jornada,
Enviarás á esa menguada
A Francia con su francés.
Guárdalos presos sino;
Que es tanto lo que la quiero
Que la perdono, si muero;
Sí: logre otro lo que yo
De ella jamás alcancé.
Y que me lo deba á mí:
¿Entendistes?
Zel. Sí, á mi fe.
Conde. Todo cederá ante tí
Con ese anillo ducal:
Ese tu cabeza escuda,
Y á tenerla de hoy te ayuda
En los hombres bien ó mal.

ESCENA VI.

ZELINA.

Está bien; si acaso muero
Váyanse á Francia los dos...!
Y quien pierda ¡vive Dios!
Seré yo sola... no quiero.
Si vence y vuelve, la gloria
Su venganza acallará,
Y de su amor volverá
A encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
Mientras no pueda él tornar,
Yo mi amor sabré vengar
Pretestando su mancilla.
No; entonces ¿qué adelantaba?
Tarde ó pronto esa mujer
Volviera orgullosa á ser
La señora y yo la esclava.
Volviera sobre mi faz
Con ira á poner su mano,
Y con sarcasmo inhumano
Volviera á decirme audaz:
Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva
Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y di á tu corazon
Que encarcele sus pesares.
Y sujeta á sus antojos
Volveria yo á cantar
Y en mi rabia á devorar
Las lágrimas de mis ojos!
No: lidiemos desde ahora
Cara á cara y por igual
Y alcance el triunfo cabal
O la francesa ó la mora.
Hassan!

ESCENA VII.

ZELINA, HASSAN.

Zel. Conoces el sello
Que el conde acostumbra á usar?
Hass. Sí, como el perro el collar
Con que le amarran el cuello.
Zel. ¿Harás pues cuanto disponga
Quien con él ciña su dedo?
Hass. Y qué otra cosa hacer puedo?
Haré cuanto me proponga.
Zel. Mira.
Hass. ¡El anillo! Sultana,
A vuestro esclavo mandad. (*De rodillas.*)
Zel. Sírveme bien y mañana
Cobrarás la libertad.
Hass. Bella Houri que el paraiso
En mis yerros me haces ver,
¿Quién te dió tanto poder?
Zel. Hassan, quien pudo y quien quiso.
Y aprende ó cuéntate muerto,
Si has de vivir junto á mí,
Que tan siervo eres aquí.
Hassan, como en el desierto.

Hass. ¡Perdon, sultana, perdon!
Zel. Levanta y escucha bien.
Este desde hoy es mi haren,
Guardarle tu obligacion.
La que hasta aquí fué señora
Desde este punto es la esclava,
Y el puesto que ella ocupaba
Le ocupa desde hoy la mora.
Ningun cristiano querria
Tomar tal cargo sin mengua,
Y á mas ninguno sabria
Poner un freno á su lengua.
¿Entiendes?
Hass. Sí.
Zel. La francesa
De su misma habitacion
En el último salon
Bajo esta llave está presa.
Tómala; y hadla salir.
(*Hassan entra en la habitacion de la condesa.*)

ESCENA VIII.

ZELINA, DESPUES ARGENTINA, HASSAN.

Zel. Ahora saber es preciso
Si al cabo sin otro aviso
El francés ha de venir.
Arg. ¿Aquí Zelina? (*Saliendo.*)
Zel. Aquí estoy.
Arg. ¿Creia...
Zel. Que el conde fuera
Quien os llamase.
Arg. Eso era.
Zel. Pues no, condesa, yo soy.
Sentaos. Esclavo, sal.
Arg. ¿Qué hace en mi cuarto ese moro?
Zel. Llaves pone á su tesoro
A su gusto cada cual.
Arg. Nunca al conde poner ví
Su confianza en tal gente.
Zel. Condesa, no es al presente
El conde quien manda aquí.
Arg. No entiendo...
Zel. ¿No habeis oido
Los atambores tocar?
Pues tras ellos á lidiar
El conde al campo ha salido,
Y me deja en su lugar.
Arg. ¿A tí? (*Con desprecio.*)
Zel. A mí; mirad su anillo
Ante el cual todo se humilla;
Ya veis que soy en Castilla
Cautiva de horca y cuchillo.
Arg. ¿A tí el conde ese favor?
Zel. A mí, y en vuestra presencia.
¿No es verdad que la insolencia
No puede ya ser mayor?
¿No es cierto que necesita
Mucha destreza, señora,
Para subir una mora
Desde esclava á favorita?
¿No lo entendeis? La jugada
Es cosa á fe de sorpresa.
Pero muy pronto, condesa,
Olvidais mi bofetada.
Arg. Esclava, ¿olvidas quién soy?
¿Olvidas que ese descaro
Puede costarte muy caro?
Zel. Ayer pudiera, no hoy.
Arg. De mi boca una palabra
Puede costarte la vida.
Zel. Decidla, si sois servida;
Mas no haya miedo que se abra
Esa puerta á vuestra voz,
No; yo os tengo en mi poder,
Y del bofeton de ayer
El desquite será atroz.
Arg. ¡Cómo! ¿Osas tú, sierva vil,
Amenazarme?
Zel. ¿Quién sabe?
¿Conoceis bien esta llave?
Arg. ¡Cielos!
Zel. Si un mozo gentil (*con ironía*),
Oculto en ese vergel,
Una noche os esperára,
Decid, ¿no os acomodára
Para abrirle ese cancel?
Arg. ¡Ah! ¡tú tambien me haces cargos!
¿Quién te contó, desdichada,
Mi afrenta?
Zel. Una bofetada
Puede hacer de un topo un Argos.
Arg. ¿Con que tú misma...
Zel. Yo, sí:
Cuando con la luz entré
Ver al que entró no logré,
Mas sus palabras oí.
Además, no se os esconde
Que siendo yo su cautiva,
Debo por mí, mientras viva,
Velar el honor del conde.
Arg. ¡Mucho miras por su honor!
Zel. Aun mas de lo que os parece.
Arg. Y mucho tu audacia crece.
Zel. Va á la par con mi favor,
Y á tan encumbrada altura
Intento con él llegar,
Que nadie me ha de alcanzar,
Si lo que pienso me dura.
Arg. Pues asegura tu puesto;
Porque te quiero advertir
Que tras de tanto subir
Será caer muy funesto.
Zel. Estoy ya bien prevenida,

Y no quedará en el orbe
Ni un escalon que me estorbe
La bajada ó la subida.
Mas no temais, recobraos;
Quiero yo ser, sí, por Dios,
Mas generosa que vos.
Arg. No te comprendo.
Zel. Acercaos.
Díjome el conde al partir:
«Si en esta jornada muero,
Con ella, Zelina, quiero
Que á Francia le dejes ir.
Guárdales presos sinó.»
Ahora bien: muerto ó triunfante,
De esta noche en adelante
Que no os vea quiero yo.
Os ama con ceguedad,
Y si os escucha, os perdona,
Que todo el amor lo abona...
En quien ama con verdad.
En cuanto á él es otra cosa:
Si vuelve, le hará morir;
Y á fe que le hará sufrir
Muerte dura y afrentosa.
Escoged pues; si os quedais,
Todo lo recobrareis,
Mas no le satisfareis
Si á ese galan no matais.
Arg. ¡Oh! no. Nunca.
Zel. Querrá el conde
Que á ello deis consentimiento;
Solo esa prueba responde
De vuestro arrepentimiento.
Arg. ¿Yo consentir en matarle?
No, Zelina.
Zel. En ese caso
Solamente resta un paso
Por donde poder salvarle.
Arg. ¿Que huya?
Zel. No, el conde volviera,
Y si á el francés no encontrára,
A ambas á dos nos matára,
Y á fe que justicia fuera.
Arg. ¡Justicia!
Zel. ¿Pues no mirais
Que en salvarle solo á él,
De vuestra conducta infiel
Satisfaccion no le dais?
Mientras viva ese galan,
Siempre ha de estar sospechando
Que vos le estais esperando
Con bien escondido afan.
Arg. ¡Entonces...!
Zel. ¿No lo entendeis?
¡Andais torpe, vive Dios!
¿Qué dificultad teneis?
Idos á Francia los dos.
Yo os haré franco camino.
Arg. Mas no comprendo, Zelina...
Zel. Si se queda, le asesina.
Condesa, ese es su destino.
Arg. No, á sus piés me arrojaré.
Conde, ¿no es harta distancia
La que hay de Burgos á Francia?
Con lágrimas le diré.
Es cierto: le amé y me amó;
Vino creyéndome infiel;
Seamos felices sin él.
Zel. Condesa, ¿y lo seré yo?
Arg. ¡Tú! pues bien, solo testigo
Del crímen y del perdon,
Tendrás, sin contradiccion,
Favor con él y conmigo.
Zel. No me basta.
Arg. Libertad...
Zel. No me basta.
Arg. ¿Qué mas quieres?
Zel. Quiero que de dos mujeres
Quedemos en la mitad.
Arg. ¡Insensata!
Zel. O vos ó yo.
Habeis puesto en mí la mano
Porque el favor soberano
Al ponerla os escudó:
Por veros en tal altura
Pudísteisme á salvo dar;
Quiero pues vuestro lugar
Para enseñaros cordura.
¿Me habeis comprendido ya?
Pues bien, partid con ese hombre,
Mudad patria, trage y nombre,
Y os perdonaré quizá.
Y ved si en ello medita
Lo que la cuesta, señora,
El ascender á una mora
Desde esclava á favorita.
Arg. ¡Oh! ¡me atosiga el corage!
Zel. ¡Tal vez osais resistir!
Mas no me hagais otro ultrage,
Porque os llevará á morir.
¿Cuándo vendrá ese galan?
(*Argentina mira con inquietud por todas partes, fijando un momento la vista en el balcon, y dice Zelina comprendiéndolo.*)
¡Hola! esta noche... pues bien,
Caballos haré que os den
Y huid, que no os seguirán;
Y huid hoy, porque mañana
Si esta clemencia me pesa,
Vuestra injuria de francesa
Vengaré como africana.
Arg. ¡Huir!
Zel. No hay otro camino;
Me ultrajásteis con encono,
Y pues la vida os perdono,

Bendecid vuestro destino.
Y no os queda otra esperanza,
U os inmolan con furor
Vuestro marido á su honor
Y la mora á su venganza.
¡Pero silencio! oigo ruido
Debajo de ese balcon.
¡Os habeis estremecido!
Me lo daba el corazon.
Entrad en vuestro aposento.
(*Entra Argentina y la cierra.*)

ESCENA IX.

ZELINA.

Y pues tengo unos instantes,
Asegurarme quiero antes
Del éxito del intento:
No sea que por torpeza
Equivocando el camino,
Venga á caer su destino
Despues sobre mi cabeza.
Hassan.

ESCENA X.

ZELINA, HASSAN.

Zel. Dos caballos pon
A la puerta del jardin,
Mas atiende con qué fin:
Por ellos con precaucion
Dos personas bajarán.
Si en el balcon ves lucir
Esta luz, déjalos ir;
Sino, mátalos, Hassan.
¿Entiendes?
Has. Creo que sí:
Si hay luz, irles dejaré,
Si no hay luz, les mataré.
¿Y despues?
Zel. Vuélvete aquí.

ESCENA XI.

ZELINA, DESPUES LOTARIO.

Zel. Se irritará el conde acaso;
Mas le diré: huir quisieron,
Y por su empeño murieron
Al impedirles el paso.
(*Llaman á la puerta secreta, y abriendo Zelina, entra Lotario embozado.*)
Hablad con tiento y caminad despacio,
Señor frances.
Lot. ¿Qué es esto, y Argentina?
Zel. ¿No puede, dueña siendo de palacio,
Aguardaros en cámara vecina?
Lot. ¡Ah, está aquí!
(*Va á entrar, Zelina le detiene.*)
Zel. Ahí está, mas deteneos.
Lot. ¿Qué significa, esclava, esa arrogancia?
Zel. Que es preciso acordar con mis deseos
Vuestros deseos de volver á Francia.
Lot. ¿Contigo? No te entiendo: habla mas claro.
Zel. Oid pues: de esta casa soy señora
En ausencia del conde; sin mi amparo
Nada podeis los dos... ¿me esplico ahora?
Lot. Loca sin duda estás, pero te advierto
Que el puñal de mi cinto, si me vendes,
Dará en tu corazon golpe mas cierto
Que el lazo de traicion que tú me tiendes.
Zel. Muy mal me conoceis; si os le tendiera,
Seria tan sutil y tan seguro,
Que ni el brazo mas firme le rompiera,
Ni yo temblára del puñal mas duro.
Lot. Tiembla del mio sin embargo, esclava;
Porque si tu conducta no te abona,
A la menor sospecha en tí se clava:
Delante ve que es mia tu persona.
De tu voz, de tu accion pende tu suerte,
Guia pues de Argentina al aposento
Sin mas efugios, ó te doy la muerte.
Zel. ¿Y lograreis con ella vuestro intento?
Lot. Pues bien, escucha; decision me sobra:
Ya estoy aquí y atrás no he de volverme
Sin concluir mi comenzada obra,
Que nunca Roquefort del brazo inerme
Temió de una mujer.
Zel. ¡Por vida mia!
¿Roquefort habeis dicho?
Lot. ¿Mas qué veo?
¡Mi cautiva eres tú!
Zel. Y á lo que creo
Lotario vos.
Lot. Sin duda.
Zel. ¡Oh, Dios me guia!
Vos sois quien en las playas solitarias
Donde logró arrojarnos la tormenta,
Sin escuchar ofertas ni plegarias,
Asísteis á la fuerza de nosotros
Cual cosa hallada y de señor esenta
Lanzada por la mar para vosotros!
Y apresásteis mi barco, y los tesoros
Robásteis á mi padre, y en cadenas
Poner hicísteis á mis siervos moros
Al tocar de la playa en las arenas.
Sí, á Roquefort esclavos nos llevásteis,
Nos hicísteis dormir con vuestros perros,
Y cantar nuestro duelo nos mandásteis

Al áspero compás de nuestros yerros.
Vos, torpe, mi cariño codiciando,
La libertad con vos me propusísteis;
Yo desprecié vuestro cariño infando,
Y vos para vengaros me vendísteis.
Pero ved la justicia vengadora
Del cielo que se cansa de sufriros:
Señor de Roquefort, llegó mi hora:
Podeis de vuestra Francia despediros
Porque á los piés de vuestra esclava mora
(*Cierra el balcon.*)
Vais á exhalar los últimos suspiros.
Lot. Tú eres, sí; te conozco en la fiereza
De tu indomable espíritu africano:
Tú eres aquella indómita belleza
Que el tormentoso mar puso en mi mano.
Te amé, te desprecié, te vendí luego,
Mas te desprecio, esclava, todavía,
Y con tu vida y tu fortuna juego
Porque burlo tu astucia con la mia.
Zel. ¿Aun me desafiais?
Lot. Sí, el medio elige
De tu venganza que mejor te cuadre;
Mas piensa bien que tu furor dirige
Una sentencia igual contra tu padre.
Zel. ¡Vive mi padre!
Lot. Sí.
Zel. ¿Cómo?
Lot. Cautivo
Como tú en Roquefort, y allí le espera
De mi fin de las nuevas al recibo
La misma suerte con que su amo muera.
¿Tiemblas? ¡por Dios! ¿Creiste que olvidaba
Que vivias aun y que tus iras
Me acosarian siempre? ¡Necia esclava,
A medirte conmigo en vano aspiras!
¿Lo oyes, esclava vil? Esta es mi hora!
Tú eres quien postrada has de pedirme.
Y ve aquí la justicia vengadora
Del cielo que se cansa de sufrirme.
Zel. Pero estais en mi mano en este punto,
Y si á mi fe mi cólera atropella,
A una voz de mi boca sois difunto:
Zanjemos pues en paz nuestra querella.
Va mi destino con el vuestro junto:
Dadme á mi padre y partireis con ella;
Y ved, señor francés, que de otra suerte
Asida á vuestro cuello está la muerte.
Y en el cambio no andeis con tal pereza;
Escusadme ese gesto de ironía,
Que jugamos cabeza por cabeza
Y asegurada aquí tengo la mia.
Lot. Bien; consiento.
Zel. Firmadme un pergamino
Que haga libre á mi padre; á vuestro antojo
Término señalad á su destino;
Y huid á Roquefort con vuestro arrojo.
Pero mirad que al concluir el plazo
Que á su vuelta fijeis, si no parece,
A Roquefort alcanzará mi brazo
Y el muro colosal que le guarnece
Dejaré ¡vive Dios! hecho un cedazo;
Y el gigante peñon donde envejece
Será, tras la esplosion de mis furores,
Cementerio no mas de sus señores.
Lot. No tiemblo de tus iras mujeriles,
Mas pláceme por Dios que así acabemos.
Zel. Trastornaron venganzas femeniles
El mundo alguna vez y... nos veremos.
Lot. Basta, cautiva: volverá en seis meses
Tu padre junto á tí. ¿Plácete?
Zel. Admito.
Mas crecidos poneis los intereses.
Lot. Si tengo de cumplir, los necito.
Zel. Sea y partid. Pero si el tiempo avanza
Y concluyen los seis y no ha venido,
No os adurmais en necia confianza
Allá en vuestros peñascos guarecido:
Que si el leon desprecia la pujanza
Del águila tal vez, entra al descuido
En su cueva la víbora traidora
Y abate su arrogancia triunfadora.
Y mirad que si olvidan sus promesas,
Su amor ó su venganza las francesas
Por su cobarde condicion liviana,
Yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XII.

LOS MISMOS Y ARGENTINA.

(*Abre Zelina á la condesa que sale.*)

Salid, condesa, y escapad sin miedo.
En el jardin esperan dos caballos,
Y yo detrás para ampararos quedo.
Arg. ¿Tú? ¡Traicion infernal!...
Zel. No, no hay ninguna,
No me esteis de vivir agradecida,
Que, aunque sin honra, si salvais la vida,
Quien os salva no soy, es la fortuna.
Silencio, vive Dios, y huid.
Lot. Partamos:
Ven sin temor, que su interés la inspira,
¡Y ay de tu padre, si vendidos vamos!
Zel. ¡Ay de tí, Roquefort, si el plazo espira!
(*Vanse Lotario y Argentina por la puerta secreta. Zelina abre el balcon y poniendo en él la luz para que sirva de señal á Hassan, aguarda.*)

ESCENA XIII.

ZELINA, DESPUES HASSAN.

Zel. Cuidemos de que Hassan no se equivoque,

Y errando su leccion, en un momento
De mi esperanza el pedestal derroque.
(*Escuchando.*)
(*Mirando.*) Salen... se ocultan ya... ya
no los siento.
(*Pausa.*)
¡Qué incertidumbre, Dios mio!
Mas ya del cancel resuena
El cerrojo y la cadena
Por el corredor sombrío.
(*Abre.*)
Ya suben. ¿Quién va?
Hass. Yo.
Zel. Hassan,
¿Qué has hecho?
Hass. Libres los dos
A escape, señora, van.
¿Hice bien?
Zel. ¡Sí, vive Dios!

ACTO TERCERO.

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con vista del campo. En este interior hay dos puertas: una en el fondo y otra á la izquierda, y una ventana alta á la derecha. — Una lámpara colgada de la bóveda alumbra la escena. El esterior representa parte de la muralla que cerca el castillo, en la cual habrá una puerta con su puente levadizo practicable. El foso sobre que cae este puente toma el agua de un torrente ó cascada que se despeña en lontananza por las montañas.

—

ESCENA PRIMERA.

ARGENTINA Y GENARO, DENTRO DE LA TORRE.

Arg. No, el infeliz no se calma,
Esa vision espantosa
No se aparta de sus ojos,
Y oyendo está á todas horas
Esa carcajada horrible.
Gen. ¡Ah! reportaos, señora:
Solo el tiempo es el que puede
Calmar su afan.
Arg. Te equivocas,
Genaro; cuenta los dias
Con constancia escrupulosa,
Y ese vano emplazamiento
No sale de su memoria.
¡Ay de mí!
Gen. Ese hombre á la puerta
Está aguardando, señora.
Arg. Mas, ¿quién le envia? ¿qué quiere?
Gen. De vuestro padre se nombra
Mensagero.
Arg. ¡De mi padre! (*Con dolor.*)
No quiero verle, me ahoga
El empacho y la vergüenza,
Y hallar no sabré en mi boca
Palabras con que ocultarle
El pesar que me devora.
¡Mi padre! vendrá á culparme
Mi condicion... y le sobran
Las razones: ¡ay! á ellas
¿Qué he de replicarle ahora?
No, no: que nunca penetre
Esta amargura recóndita
Con que la tenaz conciencia
El corazon me destroza.
Dile que parta, que nunca
Vuelva á Roquefort.
Gen. ¡Señora!
Arg. No quiero verle, Genaro.
Gen. ¿Mas pensarán en Tolosa...
Arg. Cuanto quieran imaginen,
Que en dulce y encantadora
Soledad paso la vida
Enamorada y dichosa.
Que ciega y desatentada
Con esta pasion diabólica
Que el corazon me esclaviza,
Ni ver ni oir otra cosa
Que mi amor quiero... Sí, júzguenme
Como les plazca, en buen hora.
Mas que no entiendan, Genaro,
Que con este amor á solas
De Roquefort encerrada
En la vivienda mas lóbrega
Maldigo la desventura
De existencia tan odiosa.
Que parta pues, y que parta
Sin verme.
Gen. Ved que os importan
Las nuevas que á daros viene,
Pues que tan de cerca os tocan.
Arg. No quiero oirlas, que parta.
Gen. Es que, si veros no logra,
Amenaza dia y noche
Con esperaros.
Arg. En cólera
Cambiará ese hombre mi duelo
Y hará que por todo rompa.
Gen. Al menos de vuestro padre
Por la sagrada memoria
Recibidle, porque nunca
Imagine que injuriosa
Afrenta hacerle quisísteis
De ese enviado en la persona.
Arg. Condúcele, pues, aquí,
Y esa idea vergonzosa
No pase nunca por él,
Que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II.

ARGENTINA.

Permite, indignado cielo,
Que sufra el dolor yo sola;
Pues mia es solo la culpa
Como es mia la deshonra.
Permite que á sus oidos
Llegue mi voz mentirosa,
Y crea el triste mi falsa
Felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
Ese buen padre que llora
La afrenta que hago á su estirpe,
Cuanto culpable dichosa,
Y goce con ese engaño...

ESCENA III.

ARGENTINA, GINES, GENARO.

Gin. Dejadnos á ambos á solas.
Gen. Es imposible, buen hombre.
Arg. ¿Quién va?
Gin. Perdonad, señora:
¿Sois Argentina?
Arg. ¿Sois vos
Quien á mi padre me nombra
Para pedirme una audiencia?
Gen. Sí. Y no os estrañe la hora,
Ni os asombren para veros
Palabras tan perentorias.
Arg. Pues os recibo, ya veis
Que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo
A una seña mia prontas,
No os dieran tiempo á lograr
Cualquier intencion traidora.
Gin. Es que lo que he de deciros
Es fuerza que solo lo oigan
Vuestros oidos.
Arg. Buen hombre,
Recelos me dais ahora
De que vuestras intenciones
No son de lo que blasonan.
Gin. Serenaos, Argentina;
Ya sé que con recelosa
Prevision de este castillo
Se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
Bajo sus antiguas bóvedas
Sin un exámen prolijo,
Y sin que satisfactorias
Razones de sus intentos
Con ingenuidad esponga.
Ya sé que en este castillo
El miedo y el pesar moran.
Arg. ¡Miserable!
Gin. Reportaos,
Que hablais con una persona
Que os ha mecido en la cuna
En la corte de Tolosa,
De vuestra agitada vida
En la malhadada aurora.
Arg. ¿Quién sois pues? Vuestras palabras
En el corazon me tocan,
Y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?
Gin. Miradme, señora.
Arg. ¡Gines!
Gin. Gines, que ha dos meses
Que vuestro castillo ronda
Para lograr este instante.
Con que los espías sobran.
(*A una seña de Argentina sale Genaro.*)

ESCENA IV.

ARGENTINA, GINES.

Gin. Inútil será que os diga
Lo que mi viage ocasiona...
¡Ah! no me torneis el rostro;
Ya sé que tristes memorias
En vos mi presencia escita,
Mas perdonadme. En Tolosa
Queda un anciano que há un año
Que vuestra pérdida llora.
¡Pobre conde, vuestro padre!
¡El aliento le abandona,
Las pesadumbres le acaban!
Arg. ¡Ah, callad!
Gin. De Burgos loca
Huísteis... mas no toquemos
Tan lastimeras memorias:
Huísteis enamorada
Ansiando mas venturosa
Vida... y ciega por el hombre
Que pérfido os abandona.
Arg. ¡Qué es lo que dices, Gines!
Gin. Fingís en vano, señora;
Yo os achecho hace dos meses
Bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
Ya de campesino en forma,
Os seguí por todas partes
Con vista escudriñadora,
Y os encontré en la alameda,
Y en la caza... sí, y en todas
Partes pálida, sombría,
Solitaria y melancólica
Os ví, cual juguete inútil
Que fastidia y se abandona.
Arg. ¿Qué estás diciendo, menguado?

Gin. Yo, que pasé tormentosa
Una existencia tambien,
Fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
Perspicacia portentosa,
Y á mi corazon prudencia
Y esperiencia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
Pero tal vez no á vos sola,
Y os asesinan los celos...
¡Ay! de una manera ó de otra
Concluirá por odiaros.
Arg. ¡Serpiente fascinadora,
Deten esa torpe lengua!
¡Por cierto que es prodigiosa
Tu perspicacia, y los años
Te han dado esperiencia loca!
Gin. En vano disimulais
Vuestra situacion, señora,
Y escuchad.—Yo soy un viejo,
Pero decision me sobra,
Y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansion donde mora
Vuestra deshonra y su crímen
Dejad, y resuelta y pronta
Venid donde vuestro padre
Vuestras desventuras llora.
Sí, huyamos de esta caverna,
Partámonos á Tolosa,
Donde á lo menos con lágrimas
Lavareis vuestra deshonra.
Arg. ¡No, buen viejo! que hay injurias
Que con llanto no se borran.
Gin. Y esas injurias, ¿porqué
Te avergüenzan ó te enojan,
Cuando aquí con tu presencia
Tú te injurias á tí propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
Vuelve, estraviada paloma,
Cruza golondrina errante,
La mar, y á tu patria torna.
Arg. Nunca, Gines; ¡yo á los brazos
Del buen conde de Tolosa,
Que en honra me habia criado,
Podria volver sin honra!
Jamás, el viento impetuoso
De mi suerte borrascosa
Seguiré, y sea, buen viejo,
La que quiera mi derrota.
Gin. ¡Ah! cede, pobre Argentina,
Por compasion á tí propia.
Serás de ese libertino
Víctima al fin.
Arg. Te trastorna,
Gines, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
Pero me castiga el cielo
Con esa pasion diabólica.
Por mí atropelló peligros,
Cometió acaso espantosas
Culpas que al cielo indignaron,
Faltó á su palabra propia,
Y provocó una venganza
Que amaga tal vez muy próxima.
Sí, Gines, por mí tan solo,
Por mí vive entre estas rocas
Con mi presencia encantado,
É idolatrando mi sombra;
Mas este amor es un crímen,
Y el cielo que siempre abona
Al justo, con este amor
La vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
Pánico terror le acosa,
Y mi mismo amor maldice,
Que es el bien solo que logra.
Gin. Huye de él, pobre Argentina,
Húyele.
Arg. ¡Huirle, y ahora
Que espera solo en mi amparo
Una salvacion dudosa!
Gin. Acuérdate de tu padre
Que desconsolado llora.
Arg. Puede mi amor mas en mí.
Gin. Pues bien, oye lo que ignoras:
Te reclama el castellano
Con voz amenazadora;
Ha enviado á tu pobre padre
Una embajada afrentosa
Fijando un plazo á seis meses,
Y con saña vengadora
Si en ellos á tí no alcanza,
Guerra fatal le provoca.
Arg. ¡Seis meses!
Gin. Seis, y al fin de ellos
Nadará en sangre Tolosa.
Vuelve á tu padre y...
Arg. No, nunca.
Gin. Vas á la muerte.
Arg. No importa.
Gin. Bien, pues tu negra fortuna
Y tu porvenir arrostra.
Castilla y Tolosa á un tiempo
Su ira sobre tí desploman.
(*Va á salir.*)
Arg. Aguarda, Gines; aguarda,
Mísero anciano, y perdona
A mi pobre corazon,
Presa de horribles congojas.
Gin. No, no hay perdon, Argentina:
O este castillo abandonas
Para siempre .. ó tu destino
Fatal se cumple.
Arg. En buen hora.
Yo le amo, Gines; no puedo
Con esta pasion furiosa

Que mis sentidos cautiva
Y ante Roquefort me postra.
Gin. Maldiga Dios, hija infame,
Esa pasion que te torna
Para quien busca tu dicha
En víbora venenosa.
Maldígala Dios mil veces.
Y traiga pronto la hora
En que su plazo se cumpla,
Y en que la guerra se rompa. (*Vase.*)

ESCENA V.

ARGENTINA.

Cúmplase de una vez, cúmplase el plazo
Que amaga por do quier nuestra cabeza,
De este agüero fatal rómpase el lazo,
Yo arrostraré mi suerte con fiereza.
Volveria tal vez si solo amante
Mi pobre corazon se lastimara,
Si fugitiva, satisfecha, errante,
Mi patrio suelo sin razon dejara.
No quedando al volver tras de mi huella
Ese infeliz Lotario, ¡oh! volveria;
Mas tal resolucion le mataria:
No, jamás volveré, pese á mi estrella.
(*Asoma Lotario y escucha.*)
¡Seis meses! reconozco de tu mano
La negra marca, miserable mora:
Tú das al corazon del castellano
El temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI.

ARGENTINA, LOTARIO.

Lot. ¿Quién habla de venganza? ¿quién augura
De ese plazo fatal el cumplimiento?
¡A quién esas palabras de amargura
Torpe revela tu traidor acento?
¡Reconozco, dijiste, de tu mano
La negra marca, miserable mora!
¿A quién contabas, corazon villano,
Ese secreto aterrador ahora?
¿De quién era esa voz que yo escuchaba
Contigo aquí? Respóndeme, Argentina:
¿Quién en este salon contigo estaba?
¡Callas! Ay, tu silencio me asesina.
¿Con que es verdad al fin? Pobre alma mia,
¿Con que tambien á tí te se aparece
Esa horrible vision? ¿no es fantasía
Que en mi abrasada mente se guarece?
Arg. Calma, Lotario, calma la tormenta
De tu agitado corazon: ni ahora,
Ni nunca esa vision que te amedrenta
Se mostró ante mis ojos vengadora.
Lot. Mas hablabas de un plazo... ¿Quién te oia?
(*La toca.*) ¡Fria tu mano está, tu rostro pálido!
¡Ay! bien mi corazon me lo decia,
Contigo estaba mi fantasma escuálido.
¿Qué queria de tí? Dímelo.
Arg. Nada.
Serénate, mi bien.
Lot. Luz de mis ojos,
Perdona á mi cabeza trastornada
Mis ayes, mis quimeras, mis antojos.
¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.
No quiero, no, que nunca te atormente
Ni cuidado ni afan; y sobre todo
Te prohibo, Argentina, es mi deseo
Que no mires jamás á ese torrente.
Arg. Bien, nunca miraré si lo deseas.
Lot. No te asomes jamás á esa ventana;
Y esto no es un capricho, no lo creas.
Arg. Lo haré así, Roquefort, de buena gana.
Lot. ¡Oh! tú eres, alma mia,
El ángel puro que mis pasos guia,
La blanca luz que alumbra mi camino
Por el largo herial de mi destino.
Solo á tu lado cesa
Ese vago temor que me persigue,
Esa sentencia que en mi frente pesa,
Esa vision que por do quier me sigue.
Arg. Ya te asalta otra vez tu desvarío:
Aleja de tu mente esas visiones;
Háblame de tu amor, habla del mio.
Lot. ¡Desvarío, Argentina, le supones!
¡Ah! tú no sabes la sangrienta historia
De esa vision que sale por do quiera
Mis ojos á espantar y mi memoria
Con torva faz y carcajada fiera.
¡Oh! sí; si tus oidos la alcanzaran,
Si la vieran tus ojos cual los mios,
Tu corazon tambien amedrentaran
Esos que llamas tú mis desvaríos.
Si la vieras en torno eternamente,
Ya atravesar la atmósfera vacía,
Ya estenderse ante el sol de ocaso á oriente,
Ya plegarse en la bóveda sombría:
Si al abrir una puerta, una ventana,
Al cruzar un salon, un pasadizo,
Vieras cual yo de la vision liviana
El medroso contorno movedizo;
Si al ¡ay! que te se escapa convulsivo
Con el pavor, por la techumbre hueca
Oyeras del espectro fugitivo
La carcajada mofadora y seca...
¡Ay! Argentina, como yo temblaras,
Noche tras noche como yo velando,
Muda y transida de terror pasaras
La aparicion fatídica espiando.

Arg. Siempre, Lotario, siempre esa quimera
En tus ojos está, vive en tu mente.
Lot. Siempre, sí, me persigue, eternamente
Va delante de mí por donde quiera.
Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;
La mano al corazon, y allí la toco;
De ella giro en redor, ese es mi centro,
De mi eterno pesar ese es el foco.
¡Es una historia cruel!
Arg. Calla, Lotario.
Lot. Horrible, ¿no es verdad?
Arg. Mas fabulosa.
Lot. ¡Fabulosa! ¡óyela!
Arg. No es necesario:
Cállala por piedad, calla y reposa.
Lot. ¡Reposar! ¡y á mis ojos incesante
Ese maldito esclavo se presenta,
Y con calma infernal me está delante
Y del plazo fatal las horas cuenta!
¡Mírale! ¿no le ves? con una mano
La cerviz de sus hombros dividida
Se sujeta tenaz... y al castellano
Con la otra ofrece mi aplazada vida.
Sí, la tengo aplazada ¿no lo sabes?
En seis meses no mas.
Arg. ¡Calla, amor mio!
Lot. Y se van á cumplir.
Arg. Calla, no acabes.
Lot. ¡Oh! no creas que es esto un desvarío
De mi imaginacion, no; escucha: ese hombre
Tenia una hija; mas como él infame,
Sierva como él... Zelina era su nombre.
Arg. ¡Por piedad, santo Dios, amparo dame!
Lot. ¡A Dios invocas! Bueno; mas escucha.
Yo que siempre te amé, llegué á Castilla
Tras larga, interna y congojosa lucha
Conmigo mismo; atravesé la orilla
Del Arlanza una noche: á tu palacio
Llegué: subí por caracol oscuro
Y crucé un corredor que en el espacio
Abierto estaba del macizo muro.
¿A quién buscaba yo? A tí, Argentina;
Mas tú no fuistes quien á hablarme vino,
No, fué esa esclava vil, esa Zelina,
Esa fatal mujer que es mi destino. (*Pausa.*)
— Dame á mi padre y partirás con ella,
Me dijo.—Sea pues.—Señaló un plazo:
Seis meses. — Huye. — Huí... ¡contraria estrella
A Francia nos guió! Tendí mi brazo,
Quebranté las cadenas de ese moro,
« ¡A Burgos! le grité, libre te dejo. »
Le dí caballo, lanza, guia y oro;
Mas ¿qué hizo de ello?... ¡miserable viejo!
En vez de bendecirme y de besarme
La mano liberal, mi mismo acero
Levantó contra mí para matarme.
¡Ira de Dios! lancéme yo primero
Sobre él, le arranqué el hierro, á mis soldados
« ¡Matadle, dije, sin piedad! que muera. »
Pero al asirle á ello preparados,
Con salvaje valor, con calma fiera,
Clavando en mí fatídica mirada,
¡*Cuenta*, dijo, *seis meses*, *y es tu vida!*
Y me tiró su ronca carcajada
Con desprecio á la faz descolorida.
¿No la ves? aquí está: su marca impresa
Quedó en mi corazon, quedó en mi frente,
Y su cabeza vil no entró en la huesa,
No, que á mis ojos la sorbió el torrente.
Allí está, ¿pero sabes lo que aguarda?
Que espire el plazo, sí, por eso mora
Del agua turbia entre la niebla parda,
Contándome la vida hora tras hora.
Por eso de esa reja acolgajada
En nocturna vision se desenvuelve,
Y al oir mi rabiosa carcajada,
Con eco funeral me la devuelve.
Mas es un sueño, sí... mentira todo;
De su impotente prediccion me rio...
(*Rie, y el eco devuelve la carcajada.*)
Mas me la vuelve, sí, del mismo modo
Me la vuelve, ¿lo ves? ¡no es desvarío!
(*Cae en la silla.*)
Arg. Yace un momento, desdichado, en calma;
Descansa en tu desmayo uno siquiera,
Mientras yo lloro desgarrada el ama
El negro porvenir que nos espera.
¡Genaro, pronto aquí!

ESCENA VII.

LOTARIO, ARGENTINA, GENARO.

Gen. ¿Qué es, Argentina?
Arg. ¡Mira!
Gen. ¿Otra vez?
Arg. Y mil y eternamente.
Gen. Ese tenaz delirio le asesina.
Arg. Le mata ese recuerto lentamente.
Sí, como siempre á ese peñasco hueco
Que está debajo en su terror se asoma,
Siempre la risa le devuelve el eco,
Y él por la voz de su vision la toma!
¡Triste de mí! ¡la celestial venganza
Sigue mi culpa por do quier! lo veo.
¡Cuán desdichada soy! ¡no hay esperanza!
Morir con él, Genaro, es mi deseo.
Mas no, yo lidiaré con mi destino,
Genaro: sí, de Roquefort salgamos;
Será menos siniestro nuestro signo
En cualquiera region donde vayamos.
La Italia, la Borgoña, la Inglaterra

Asilo nos darán; nuestra mancilla
Allí ocultemos, y pongamos tierra,
Genaro, entre nosotros y Castilla.
Partamos antes que se cumpla el plazo,
Y espire ese infeliz con su locura;
Y antes que á Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.
Gen. Teneis razon, partamos.
Arg. Ese anciano
Que se vuelva á Tolosa antes del dia,
Y nuestra fuga ignore; al castellano
Y al conde nuestro rastro marcaria.
Gen. Al punto partirá. ¡Pobre Lotario!
Arg. Déjale reposar: le es el reposo
El único calmante necesario:
Calma el sueño su espíritu afanoso.
¡Duerme, bien mio! duerme, y si piadoso
El cielo me concede solo un hora,
Un hora escasa de merced y amparo,
Lejos de aquí os hallará la aurora.
Gen. ¡Argentina!
Arg. ¡Ay de mí! vamos, Genaro.

ESCENA VIII.

LOTARIO DESMAYADO, ARRIBA. EL CONDE ARMADO Y CON VISERA, ZELINA CON VELO, Y HASSAN, ABAJO.

Conde. ¿Llegamos ya?
Zel. Sí, señor.
Conde. ¿Esta torre les esconde?
Zel. Este es su castillo, conde;
Ya estamos en Roquefort.
¿Traeis decision?
Conde. Me sobra.
Zel. Será fuerza recordaros...
Conde. Basta, mora, de reparos.
Zel. Pues bien, manos á la obra.
Conde. Espera.
Zel. ¿Dudais?
Conde. Escucha:
Para entrar en esa torre
Poca gente nos acorre.
Zel. No necesitamos mucha.
Con la razon y el furor
Que traigo, y con mi arrogancia,
No temo á toda la Francia,
Cuanto mas á Roquefort.
Para que esta fortaleza
Se desplome á nuestros piés,
Mas que el poder útil es,
Señor conde, la destreza.
No, por Dios, no por medio año
La ira en mi pecho escondí
Para trocar hoy aquí
Los frenos en nuestro daño.
Lenta y cautelosamente
He acechado yo my mi presa
Como entre la yerba espesa
Escondida la serpiente.
Busqué mi ocasion feliz,
Y la busqué con tal tino
Como aquella su camino
Entre raiz y raiz.
¡Oh! sí, la venganza es esta:
Y habrá de ser, Dios mediante,
A nuestra injuria bastante,
Y á Roquefort bien funesta.
Pero si no os sentís vos
Con razon harta ó coraje,
Podeis deshacer el viaje,
Yo cumpliré por los dos.
Conde. Me ahoga el furor, Zelina,
Solo esas torres con ver.
Zel., con intencion muy marcada. Y en esa hay luz; puede ser
Que esté alumbrando á Argentina.
Conde. No me la nombres.
Zel. ¿Porqué?
Conde. Ese recuerdo me mata.
Zel. (¡Aun á esa francesa ingrata
Su corazon guarda fe!)
A lo que estoy, castellano,
Comprendiendo en tu semblante,
No tiene brio bastante
Tu corazon ni tu mano.
Mas para tu bien te advierto
Que al amor y á la venganza
Va sin freno y sin templanza
Mi corazon del desierto.
Conde, con calma. ¿Y crees tú que sin furor
Dí cima á tan largo viaje?
Zel. Pues no olvideis el ultraje
Que os arrastra á Roquefort.
Aquella noche espantosa
En que vencedor del moro
Cambiásteis por gloria y oro
El amor de vuestra esposa.
Conde. Silencio, esclava... por Cristo
Terrible noche fué aquella,
Y solo yo lloré en ella
La gloria que á España dí.
Lot. Pasó esa fantasma fiera...
Respiro al fin... ¡ay de mí!
Zel. (Siempre ese fatal recuerdo
Le exaspera y le atosiga.)
Conde. Esa memoria se abriga,
Vive eterna aquí.
Sí, yo entré entonces en Burgos
Al doblar de los tambores,
Con mas aplausos y honores
De los que soñé jamás;
Pero llegué á mi palacio,
Y al pasar por sus dinteles

¡Ay! mis honrosos laureles
Maldije, y mi ser quizás.
Las puertas ví de mi alcázar
Para recibirme abiertas,
Mas nadie salió á mis puertas
Para darme el parabien;
Y los siervos y las damas
Que dejé en él en mi ausencia,
Esquivaron mi presencia
Cual de mi gloria en desden.
En vano me entré iracundo
Por mis puertas adelante,
Llamando con voz pujante
A mi gente desleal;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecia,
A mis voces respondia
Con lamento funeral.
Rabioso pregunté: ¿dónde
Mi servidumbre se encuentra?
Y el eco me dijo: *entra;*
Y entró en mi alma el pavor.
Con voz esclamé doliente:
¿Qué es de mi esposa querida?
Y el eco me dijo: *¡ida!*
Con acento de dolor.
Con voz iracunda dije:
¿No hay quien me dé una respuesta?
Y el eco me dijo: *esta.*
Y ahogándome de furar,
¿Quién, dije, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia?
Y el eco retumbó: *¡Francia!*
Por el largo corredor.
Lancéme por él al punto
Por un instinto guiado,
Crucé el corredor aislado
Y al oratorio llegué;
Abrí la puerta con ímpetu,
Y al tender dentro los ojos,
En torno al altar de hinojos
A mis gentes encontré.
¿Qué es esto? dije asombrado
De lo que en ella veia:
¿Pensábais, pues, que vendria
Mi alcázar propio á asaltar?
¿Porqué os acogeis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada?
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.
Hasta que entrándome airado
Por la mansion religiosa
Y el semblante de mi esposa
No alcanzando ver allí,
Así con ira del cuello
Al que topé mas cercano,
Y con la daga en la mano,
Le dije iracundo así:
¿Adónde está la condesa?
Dí, ó mueres tras mi demanda;
Y el eco murmuró: *anda;*
Porque aquel hombre calló.
Hablad, por Dios, dije atónito,
¿Vuestro dolor qué me arguye?
¿Do está mi Argentina? *¡Huye!*
El eco sordo gimió.

Lot. Déjame, historia tremenda;
Tu recuerdo me estremece,
Hasta en sueños me parece
Que te escucho por do quier.

(*Vuelve á reclinarse.*)

Conde. ¡Y huia en verdad de Burgos:
Huia de mí, Zelina!

(*Desde aquí debe verse en esta escena escesivamente marcado el secreto amor del conde y la incertidumbre de la mora.*)

Zel. (¡Siempre la misma Argentina,
Siempre esa fatal mujer!)

Conde. (Siempre ese triste recuerdo
La da á la infeliz enojos,
Y se agolpan á sus ojos
Las lágrimas sin querer.)
¡Tú lloras, mora!

(*Vuélvese de repente.*)

Zel. Señor...

Conde. Zelina, á traves del velo
Te ví llorar ¡vive el cielo!
Al dar vista á Roquefort.
Seis meses ha, tu tristeza
Te está el corazon royendo
Y por tu llanto comprendo
Que se mengua su entereza.
Seis meses ha, y no me has dicho
La razon de tu pesar...
Si yo la he de averiguar,
Nada debo á tu capricho.

Zel. Seis meses ha que yo sola
Mi tristeza estoy sabiendo,
Pero mi llanto comprendo
Que mi firmeza acrisola.
Y si en seis, de mi tristeza
No habeis dado en la razon,
No tiene mi corazon
Culpa de vuestra torpeza.

Conde. Si un corazon africano
Puede al par con dos pasiones,
Para dos, dos corazones
Necesita un castellano.
Porque él se entrega á una sola
Todo entero, y mas no avanza
Hasta que entera la alcanza
Con entereza española.
Con que ese llanto deten,
Que si á la venganza vas,
Mientras vengada no estás

Llorar tu amor no está bien.
¿Has entendido?
Zel. ¡Quizá!
Conde. Pues echa á un lado tu amor
Y vamos á Roquefort,
Que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
A largo paso, al rastrillo
Llega, Hassan, de ese castillo,
Y al castellano demanda
Para esta noche hospedage,
Que fuera muy triste paso
Hacernos dormir al raso
Despues de tan largo viage.
Hass. Harélo así.
(*Hassan va á subir y se detiene al oir á la mora que le dice.*)
Zel. Hassan, detente,
Que siento el puente crugir
Y va tal vez á salir
Sin apercibirnos gente.

ESCENA IX.

LOTARIO, EN LA TORRE. EL CONDE, ZELINA Y HASSAN, OCULTOS.

(*Bájase el puente y salen por él Genaro y Ginés.*)

Gin. ¿Con que me echa del castillo
De la noche á la mitad?
Gen. Por ese sendero echad
Y hallareis un bosquecillo
Donde podeis recogeros.
Gin. A fe que esta fortaleza
Mas que casa de nobleza
Es mansion de bandoleros.
Pero no tardará mucho
Ese torrente en seguir,
Que el plazo se va á cumplir.
Lot. ¡Santos del cielo, qué escucho!
Gin. Y dígale á su señor
Que rayan dias mejores
Y traerán nuevos señores
Al solar de Roquefort.
Gen. ¡Bueno!
Lot. ¡Otros dueños aquí!
¿Quién dice tal impostura?
(*Va á acercarse á la ventana para mirar y retrocede con temor.*)
No, no; que me da pavura
Esa ventana ¡ay de mí!
No, como siempre mi huella
Saldrá ese espectro á tener...
Mis ojos no pueden ver
Mas que su sombra tras ella.
(*Durante estos versos Gines desaparece. Genaro se adelanta hasta la peña en que se apoya el puente. Hassan trepa por ella hasta colocarse entre Genaro y el puente. El conde y Zelina aparecen un momento despues, y al huir de ellos Genaro, da con Hassan, le sorprenden y mientras le atan, etc., etc.— Dice arriba Lotario.*)
Gen. ¡Ay!
Lot. ¡Qué lamento! Ahí está!
Bien decia yo; ¡ella es!...
Esa cabeza... ven pues,
Espectro, á mis manos ya.
Ven, aparicion liviana,
De quien siempre me dividen
Y á quien destrozar me impiden
Los hierros de esa ventana.
Ven, trae un cuerpo real,
Cruza ese oscuro dintel
Y ven á lidiar con él
Cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven, no te temo así, no:
Y en lucha desesperada
Con tu postrer carcajada
Cantaré mi triunfo yo.
Zel., abajo. Ahora por ese postigo
Meted, conde, vuestra gente.

ESCENA X.

LOTARIO, ZELINA.

(*El conde queda guardando á Genaro: Hassan parte hácia el basque: Zelina pasa el puente y entra en el castillo.*)

Lot., arriba. ¡Oh, callas traidoramente!
No, no te atreves conmigo.
¡Cobarde! yo te provoco
Y tú con pavor te escondes!
¡Te llamo y no me respondes!
¡Por Dios que vales bien poco!
¡Me temes, espectro, sí,
Ahora que me ves con brio!
Pues bien yo te desafio.
Zel., entrando en la torre por la puerta del fondo. Pues bien, Lotario, héme aquí.

ESCENA XI.

LOTARIO Y ZELINA, EN LA TORRE. EL CONDE, EN EL PUENTE.

Lot. Tú, tú, ¿quién eres tú?
Zel. ¿No me conoces?
¡Yo su espíritu soy, yo soy su hija!
(*Aparta el velo.*)

Lot. ¡Mi esclava!
(*En esta escena muestra Lotario la vaguedad de la demencia.*)
Zel. Y héme aquí pronta á tus voces.
Lot. Luego bajo tu forma se cobija
Su ser, y en su lugar te me apareces!
Pronta á mi voz...
Zel. Sí, sí; ya espiró el plazo
Y en vano de tus torres te guareces,
Polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?
Lot., con pavor. ¡Esclava, calla!
Duerme allí su cabeza, en el torrente,
Y esa reja no mas sirve de valla
Entre el espectro y yo.
(*Zelina va á asomarse y Lotario la detiene.*)
¡Necia, detente!
Detente, sí; ¿no ves que al asomarte
La vas á despertar, y ella irritada
Se asomará tambien de la otra parte
Lanzándote á la faz su carcajada?
Zel. ¡Miserable de tí! ya te comprendo:
Tu conciencia me venga de tí mismo.
Lot. ¿Me comprendes? Pues bien, lo estás oyendo:
No te asomes jamás, hay un abismo.

ESCENA XII.

DICHOS. ARGENTINA, CON VELO, QUE AL SALIR POR LA IZQUIERDA DA UN GRITO.

Arg. ¡Cielos, aquí la esclava!
Zel. Aquí, señora:
Del plazo que otorgué pasó la hora
Y héme aquí ya.
Arg. ¿Y qué quieres, desdichada?
(*Señalando á Lotario.*)
La mano del Señor hirió su mente,
Y estás del cielo por demás vengada.
Zel. Condesa, ya lo sé; no quiero nada
De ese hombre, le perdono.
Lot. ¡Dios clemente,
Tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿me perdonas?
Sí, viven en tu ser ambas personas:
Tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,
El espíritu que habla en el torrente;
Tú eres el ser de esa vision odiosa
Que detrás de tu forma se cobija.
Tú estás en su lugar, y generosa
Tú puedes perdonarme, eres su hija.
¡Ay! dime por piedad que desde ahora
No tornarás á ser sombra tirana,
Ni guardarás su forma aterradora,
Ni vivirás al pié de esa ventana.
¡Dímelo por piedad! ¿podré asomarme
A contemplar en paz esa cascada,
Sin que salga tu espíritu á asombrarme,
Sin que vuelva á escuchar tu carcajada?
(*Hassan, seguido de muchos soldados de Castilla disfrazados de peregrinos, entran tras el conde en el castillo durante esta escena.*)
Arg. ¿Lo ves? no le atormentes, vete, mora.
(*Zelina se cruza de brazos con dignidad.*)
Zel. Espero.
Arg. ¿A quien?
Zel. A un hombre.
Arg. ¿Al conde?
Zel. Al conde.
Arg. ¡Te sigue! ¡oh! siempre sospeché traidora
La pasion infernal que tu alma esconde.
Le amabas, y tal vez correspondia
Tu amor.
Zel. ¡Silencio!
Arg. Y la razon es esa
Que á Roquefort te trae... me lo temia;
Eso es, mora, tu plazo y tu promesa.
(*Asoma el conde y se detiene á escuchar al dintel de la puerta.*)
Zel. Pues bien, yo le amo: mas grandeza aprende
De un corazon de esclava. Si él ahora
Vuelve hácia tí sus ojos y te tiende
Satisfecho su mano protectora,
A mi razon mi corazon se humilla.
Sí, ahogaré mi pasion dentro del pecho
Y á ser tu esclava volveré en Castilla.
Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho
Y tendida á los piés de vuestra silla,
Noches y dias viviré en acecho;
Y humilde sí, mas suspicaz leona,
Yo guardaré su honor y su corona.
No lo olvideis, condesa; si imprudente
Cedeis á otra pasion, si otra os aqueja,
Vos el ángel sereis que su alma tiente,
Yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE.

Conde., saliendo. ¡Gracias!
Zel. y Arg. ¡Cielos! (*De rodillas.*)
Conde. Hassan, cumple tu oficio.
Arg. ¡Perdon!
Conde. No.
(*Hassan la lleva por la puerta de la izquierda.*)
Lot. ¡Vive Dios! ¿qué maleficio

Contigo va? ¿Quién eres, estrangero,
Ante quien todo con pavor se humilla?

Conde. ¿Quién he de ser? el conde de Castilla.

Lot. ¡El conde! Tú y en Roquefort, ¿qué quieres?
¿Qué buscas, vive Dios, conde altanero?
Si á apartarla de mí tu saña viene,
El corazon me arrancarás primero.

Conde. No ayuda Dios á quien razon no tiene.
Hassan, ¿cumplistes? (*Sale Hassan.*)

Has. Sí.

Conde. Pues desde ahora
Guarda tú á Roquefort: hasta que muera
Que yazca en esta torre, y vencedora
Que tremole sobre ella mi bandera.

Lot. No mientras viva yo, no; será á precio
De mi sangre.
(*Va á salir tras el conde y este le aparta.*)

Conde. No llega á tí mi encono;
Apártate, francés, yo te desprecio.
(*Aun insta por salir y Zelina le aparta tambien.*)

Zel. Aparta, Roquefort, yo te perdono.
(*Cierran y vanse.*)

ESCENA XIV.

LOTARIO.

¿Qué es esto? ¡Me desprecia... me perdona!
¡Perdon, desprecio! ¿á mí? ¡por vida mia!
Mas él en Roquefort, ¿qué pretendia?
¿Vengarse?... ! y sin venganza le abandona!
Y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?
Sueños son de mi loca fantasía.
¡Triste, triste de mí! sueño, deliro...
Es ilusion cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV.

SALEN POR EL PUENTE ALGUNOS SOLDADOS DEL CONDE Y PARTEN POR EL BOSQUE. DESPUES ESTE, Y DETRAS ZELINA. HASSAN SE ASOMA A LA MURALLA. EL CONDE AL SALIR SE VUELVE, Y PERMANECIENDO EN EL PUENTE CON ZELINA, LE DICE A HASSAN.

Conde. Con ese tercio en Burgos escogido
Guarda el castillo, y que la Francia entera
Vea sobre sus torres mi bandera.

Has. Idos, conde y señor, con confianza.
(*Vase Hassan. Zelina y el conde permanecen sobre el puente contemplándose un momento, despues del cual el conde la dice con voz solemne.*)
Oye, mora, mis ojos han dormido,
Mas no mi corazon: de su venganza
La pasion justiciera se ha cumplido;
Ya cabe en él de amor una esperanza.

Zel., humilde. ¡Señor!

Conde, con solemnidad y senalando al cielo. No hay mas que un Dios omnipotente.

Zel., resuelta. Al que vos adoreis mi fe se humilla.

Conde. Y ese turbante...
(*Zelina se desciñe el turbante y le tira al agua.*)

Zel. Tráguele el torrente.

Conde. Corona en su lugar pondrá Castilla.
Vamos.
(*La toma de la mano y la mora besa la suya.*)

ESCENA ÚLTIMA.

LOTARIO.

Oigo crugir... alzarse el puente...
(*Se alza el puente.*)
Se van. ¡Oh! era su voz, estoy seguro...
La percibí entre el ruido del torrente
Hasta aquí resbalar lamiendo el muro:
¡Miserable de mí! si á esa ventana
Me atreviera á llegar... mas ¿qué vacilo?
¿No era su propio ser esa africana?
Sí, pobre corazon; late tranquilo:
Ella es su ser, su espíritu evocado
Al brio de mi voz... ¿qué hay que me aflija?
¿Qué tengo que temer del padre airado,
Si en su nombre el perdon me da la hija?
Nada. Voy á asomarme con fiereza
(*Se asoma.*)
Y á ahuyentar la vision ensangrentada.
(*Con alegría pueril.*)
¡Oh! ¡no asoma, no asoma esa cabeza;
No suena, no, su horrible carcajada!
Cede mi estrella al fin; gozo... respiro...
Veo el monte y el parque... y no aparece
Y alejarse de mí por él los miro
Al resplandor del alba que amanece.
¡Son ellos! esa mora... ese hombre... ¡necio!
Idos, idos en paz, gente menguada;
Idos, y de mi orgullo y mi desprecio
Lleve el aire hasta vos mi carcajada.
(*Suelta la carcajada, el eco se la devuelve. Hassan clava en la muralla la bandera*

de Castilla. Lotario retrocede espantado.)

¡Todavía está ahí! ¡voz del infierno!
¡Todavía me escuchas! ¡todavía
Me devuelves con eco sempiterno
Esta angustiosa carcajada mia!
¿Con qué vives conmigo eternamente?
¿Con qué no tiene fin este suplicio,
Ni tiene mas destino ese torrente
Que el de abrirme en su fondo un precipicio?
No, no: huyamos de aquí... pronto, Argentina.
Genaro, ¡pronto á mí!...
(Va á salir por la izquierda y retrocede.)
¡Cielos! ¿qué es esto?
Sangre... Argentina... ¡vil, él te asesina!
¡Ya entiendo ahora su perdon funesto!
Lo comprendo. ¡Ay de mí! no se me esconde
El porvenir horrible que me espera:
Esa voz, esa sangre me responde...
(A la ventana.)
¡Ay! vuelve, vuelve, detestable conde;
Mátame, sí, mas no de esta manera.
(Cae sin sentido y concluye el drama.)

LOS DOS VIREYES,

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE DE VERGARA.
DON GARCIA DE ORELLANA.
DON RODRIGO DE LUZ, conde de Monforte.
DIEGO.
ANGELINA.
UN JUEZ.
UN SOLDADO.
UN PESCADOR.
JUECES, SOLDADOS ESPAÑOLES, PESCADORES NAPOLITANOS, MIEMBROS DEL CONSEJO COLATERAL, ETC, ETC.

La escena es en Nápoles, el dia 10 de noviembre de 1653.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio del virey suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcon a la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados. — Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribania, etc., etc.

—

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY.

¡Por Cristo!... esa vil canalla
No se contenta jamás.
¡Oh, no he volverme atrás,
Ni rehusar la batalla!
¿Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
Fertilizaré tu tierra.
(*Mirando por el balcon.*)
Sí, rotoñarán tus mieses
Granos con tu sangre rojos,
Y trocarán mis enojos
Tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
Y ¡vive Dios! que de hoy mas
En sangre te bañarás;
Sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II.

EL VIREY. VARIOS INDIVIDUOS DEL CONSEJO COLATERAL CON TOGAS, ETC. LOS SÍNDICOS, ETC.

Vir. ¡Hola! adelante, señores:
Entrad y dadme noticias
De esa rebelion.
Un Consej. Albricias
Os damos ya. Los traidores
Se han dispersado; está sola
La plaza, y Nápoles todo
Se calma del mismo modo
Ante la enseña española.
Vir. ¿Con que vuestra fiel ciudad
De Nápoles va ¡par diez!
Por la vigésima vez
Contra su rey? En verdad
Que debiera con mas juicio
Andar en tales proezas,
Y no ofrecer mas cabezas
Al altar del sacrificio.
Consej. Señor conde...
Vir. Idos de aqui,
Señores, y no os dé empacho
En decir al populacho
Lo que vais á oir de mí.
Decid que mandé plantar

Una horca en esa plaza,
Y en vez de azote y mordaza
Sus cuerdas mandé emplear.
Decidle que si pensó
Escudarse con la ley,
Ya no hay mas ley, ni mas rey,
Ni mas tribunal que yo.
Y al que murmure ó se asombre,
Haré porque el resto calle,
Matarle donde se le halle,
Sea mujer, sea hombre.
¿Lo habeis entendido bien?
Pues id al pueblo á decirlo,
Y tomadlo al repetirlo
Para vosotros tambien.
Si Nápoles no se humilla
De Castilla al blando yugo,
Se humillará del verdugo
Bajo la corva cuchilla.
Salid, y no os olvideis
Que si no cesa el tumulto,
Hago degollar á bulto
A cuatro por cada seis.

ESCENA III.

EL VIREY.

Yo pondré á esa chusma vil
De pescadores soeces
Como ellos ponen sus peces
Prensados en el barril.
Y si aun me osan levantar
Una voz esos infieles,
Sobre sus propios bajeles
Se los sorberá la mar.

ESCENA IV.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. ¡Hola, servidor leal,
Te esperaba con ardor!
¿Qué hay por allí?
Diego. Nada, señor.
Ya está remediado el mal.
Vir. ¿Cuál ha sido la ocasion
De esa bulla?
Diego. El santo celo
De pedir de Masanielo...
Vir. ¿Qué?
Diego. La canonizacion.
Vir. ¡Diego!
Diego. No es mas que lo dicho:
Esos pescadores ruines
Que han dado en armar motines
Con el mas terco capricho,
Su cadáver exhumaron,
Y en procesion funeral
De su amigo el cardenal
Hasta el palacio llegaron.
Hubo blasfemias atroces;
Mendigos, viejos, muchachas
Con faroles y con hachas,
Pedian á grandes voces
Que declarase por santo
Al rebelde Masanielo,
Mártir de Dios.
Vir. Y el capelo
¿Qué es lo que hacia entretanto?
Diego. Estarse como un huron
Encerradito en su alcoba,
Que no es su Eminencia boba,
Ni peca de imprevision.
Ya el populacho impaciente
Al ver señas tan inciertas
En el cardenal, sus puertas
Desvencijaba insolente.
Mas todo ello concluyó
Muriendo sus esperanzas,
Cuando con setenta lanzas
Metíme en la plaza yo.
El que en sus piernas no puso
Su salvacion, la cabeza
Perdió allí por su torpeza.
Ya sabeis que este es el uso.
Y á los minutos siguientes,
Las mas bravas, en dos filas,
Los tazones y las pilas
Festonaban de las fuentes.
Con lo cual, los que escaparon
De esta justicia agarena,
Sin duda en cabeza agena
Escarmentando callaron.
Vir. Tu lealtad no se acrisola
Hasta sacar con sigilo
El ovillo por el hilo:
Esa hoguera no arde sola.
Diego. Teneis razon; mas espero
Que con el cabo en que toco,
Tirando poquito á poco
Sacaré el ovillo entero.
Vir. Veo, Diego, tu destreza.
Diego. Y os asombrará algun dia:
O soy ó no soy espía.
Vir. Con que todo...! pues empieza.
Diego. De estas revueltas el gérmen
No está en el pueblo que grita;
El cardenal, que os evita,
Y el viejo duque no duermen.
Vir. ¿El de Guisa?
Diego. O yo estoy ciego
O ese ovillo y esa hoguera
Atan y soplan de fuera
Los dos; escuchadme, os ruego.

Hará como unos tres meses
Que á una mujer misteriosa
Trajo á esta ciudad dichosa
Un barco de portugueses.
Tomó esta desconocida
Tal precaucion en taparse,
Que fué inútil afanarse
En averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
Ni alzó su velo tupido
A un saludo comedido,
Ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete
Libertad, nobleza y oro,
No desmintió su decoro
Ni un regalo, ni un billete.
Nadie su casa visita;
Los nobles mas perspicaces,
Los mancebos mas audaces
Desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
Ni pagecillo, ni dueña
A quien el dinero empeña
En dar ó tomar papeles.
Solo un sombrío escudero,
Con trage ó disfraz de España,
En silencio la acompaña
Frio como ella y severo.
Y envuelto en su capa oscura,
Con su espadon abrazado,
Con militar desenfado
Por donde va la asegura.
Mas, señor, hablando en plata,
Jamás se la vió pasar
Sino para ir á rezar.
Vir. ¿Adónde?
Diego. A la *Incoronata*.
Vir. ¡A la Incoronata!
Diego. Sí,
Es la iglesia mas vecina
De la calle Catalina.
Vir. ¿Vive esa mujer allí?
Diego. Allí vive.
Vir. ¿En una casa
De seis balcones?
Diego. ¡Por Dios!
¿La conocíais vos?
Vir. Tengo una noticia escasa
De esa mujer.
Diego. No sé cómo,
(*Con intencion.*)
Porque un hombre hay solamente
Que logró hablarla audazmente,
Y aunque jamás tuvo asomo
De favor con la hermosura,
Rondó de noche á sus rejas,
Y aun que entonó amantes quejas
Bajo de ellas se asegura...
Mas sin duda el escudero
Salió una noche al cantor,
Porque hubo en una rumor
Tras del cántico, de acero,
Y el músico no volvió.
¿Mas qué teneis?
Vir. Impaciencia
De oir tanta incoherencia
Como tu labio ensartó.
¿Qué diablos tiene que ver
Con esta conspiracion
Ese page, esa cancion,
Ni ese hombre, ni esa mujer?
Diego. Idos, señor, poco á poco,
Que si os dignais escuchar,
En ella habreis de encontrar
De esta rebelion el foco.
Vir. Mujer, tan jóven, tan sola...
Eso es imposible, Diego.
Diego. Mudareis de opinion luego
Que sepais que es española.
Vir. ¡Española!
Diego. Sí, escuchad.
Vísteis de ayer la horrorosa
Tormenta.
Vir. Sí, sí; espantosa
La mar estuvo en verdad.
Diego. Pues bien, á la hora postrera
De esta noche tan fatal,
Víctima del temporal,
Zozobró aquí una galera.
Toda su tripulacion
Se hundió en el mar irritado:
Solo un hombre pudo á nado
Encontrar su salvacion.
Con serena bizarría,
Con invencible constancia,
Ni le arredró la distancia,
Ni temió la mar bravía.
Luchó por mas de una hora
Contra las ondas, y al cabo
Agotó su aliento bravo
Al despuntar de la aurora.
Con sus primeros albores
Desde su barca le vieron,
Y en ella le recogieron
Unos buenos pescadores.
Este hombre, pues, cuya edad
Pasa ya de años cincuenta,
Mas que tiene de los treinta
El brio y la agilidad,
Traia colgado al cuello
De metal un cajoncillo
Y en un dedo un grueso anillo
Con blasones y con sello;
Rezó un momento, el tesoro
Guardó que en la caja encierra,
Y pagó el saltar á tierra

Con una cadena de oro.
Desapareció en seguida
Por oscura encrucijada
Sin que dejase marcada
Su huella desconocida.
Y de mi gente mas lista
Los ojos mas perspicaces
No han sido hasta ahora capaces
De rastrearle la pista.
Vir. ¿Mas qué tiene, pesiamí,
Todo ese cuento que ver
Con aquella otra mujer?
Diego. Oid, que vamos ahí.
Por lenguas que una vecina
Nos dió, sospecha certera
Tuvimos de esa estrangera
De la calle Catalina.
En su casa sospechamos
Que estaba el náufrago oculto,
Y hace media hora que á bulto
En ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
Su alcoba, tras visto todo.
Vir. ¿Y estaba?
Diego. De ningun modo:
Reposando muy tranquilo
En su propio lecho hallamos,
No al náufrago misterioso,
Sino al mozo mas hermoso
Que haber visto recordamos.
Vir. Voto va.
Diego. Los veinte abriles
Contará apenas tal vez:
Pero es un mozo ¡pardiez!
Gentil entre los gentiles.
Vir. Concluye en fin...
Diego. Con voz fiera
Nos dijo insultos atroces,
Mas yo desprecié sus voces,
Y hallé al fin esta cartera
Bajo de su almohada.
Vir. A ver. (*La mira.*)
¡Cartas del duque de Guisa!
Diego. Por eso con tanta prisa
Os las vine yo á traer.
Y este retrato ademas
(*Dale un medallon.*)
Que tomé del cuello de ella,
Por si aclaraba la huella
De algun rebelde quizás.
Vir. Dame: es de un hombre y anciano.
Diego. ¡Qué noble fisonomía!
¿Le conoceis?
Vir. No á fe mia,
Pero es de maestra mano.
Mas ese mozo...
Diego. Le traigo
Preso.
Vir. ¿Y la jóven?
Diego. Ahora
Clamando por veros llora
En la antesala.
Vir. Ya caigo.
Quiere por ese traidor
Su hermosura interponer.
Diego. Dice que espera mover
Vuestro corazon, señor.
Vir. Diego, tráemele al momento.
Diego. ¿Ver su escelencia no quiere
A esa muchacha?
Vir. Que espere
En el próximo aposento.

ESCENA V.

EL VIREY.

¡Ira de Dios, ella es!
Ella... mas juro á los cielos
Que él aplacará mis celos
Agonizando á mis piés.
¡Ah, todo lo veo claro;
En huirme tanto afan
Era por ese galan!
Pero ha de costarle caro.

ESCENA VI.

EL VIREY; DON RODRIGO, ENTRE SOLDADOS; DIEGO.

Vir. (¡Gallardo mozo en verdad!)
¿Con que eres tú ese villano
Que osa con traidora mano
Del rey á la magestad?
Rod. Señor conde de Vergara,
Mudad si os place de tono,
Que es fácil que tanto encono
Os salga luego á la cara.
Vir. ¡Infame!
Rod. Señor virey...
Yo tengo un nombre mejor,
Que puede con mucho honor
Servir aun al mismo rey.
Yo me llamo Don Rodrigo
De Luz, conde de Monforte,
Y no hay uno en vuestra corte
Que se compare conmigo.
Y á los nobles, vive Dios,
No podeis en juicio osar,
Porque sus culpas juzgar
Toca al consejo, no á vos.
Vir. Si lástima no tuviera
A vuestra edad tan temprana,
Monforte, el sol de mañana
Ya para vos no saliera.

Que aunque decis, con razon,
Que no puedo á un noble osar,
Puedo sin embargo ahorcar
Un reo de alta traicion.
Rod. ¡Yo traidor!
Vir. Pruebas son hartas
Que os pueden matar y aprisa,
Del noble duque de Guisa,
Conde Rodrigo, esas cartas.
Rod. ¡Esas cartas que son obra
De algun esbirro impostor!
Vir. Para llamaros traidor
Con cualquiera de ellas sobra.
Pero dejemos á un lado
Cuestion que nos sienta mal,
Y que justo el tribunal
Fallará por de contado;
Vos sois noble y me habeis hecho
Tan á tiempo esta objecion,
Que renuncio con razon
De juzgaros el derecho.
De próceres teneis, sí,
Un tribunal competente,
Y no hay miedo que yo atente
A vuestros fueros allí.
Nada de eso; mas con todo,
En calidad de virey,
Con los traidores al rey
Me cumple obrar de otro modo.
Por lo cual, antes de ir
Al tribunal que apelais,
Quiero yo que me digais,
Y os ruego que sin mentir,
¿Qué relaciones os ligan
A una jóven estrangera?...
Rod. Es impostura grosera,
Señor, cuanto de ella os digan.
Vir. De estar como vos la acusan
Puesta en comunicacion
De vuestra conspiracion
Con las cabezas.
Rod. ¡Oh, abusan
De vuestra bondad, señor,
Es inocente!
Vir. Mancebo,
No sé lo que de ella debo
Pensar por vuestro temor.
Rod. Es inocente, os lo juro,
Señor virey; lo demás
Un secreto es que jamás
Saldrá de mí.
Vir. Os aseguro,
Señor Monforte, que tengo
Resuelto saberlo todo
Y lo direis.
Rod. De ese modo,
Señor virey, os prevengo
Que tan jóven como soy
Tengo un alma tan entera,
Que sin deciros muriera
Lo que en callaros estoy.
Vir. Bravatas de vuestra edad;
Si yo os pongo en la tortura,
A pesar de esa bravura,
Confesareis la verdad.
Rod. Señor conde de Vergara,
Antes que sufrir tal mengua,
Os escupiré la lengua
Desde el tormento á la cara.
¡Tortura á mí! ¡vive Dios!
Antes que hablara yo en ella,
Se apagaria la estrella
De uno de nosotros dos.
Aquí vendria mañana
Injuria tan afrentosa
A vengar la generosa
Nobleza napolitana.
Y el pueblo que os aborrece
Con ella unido á la vez,
Vuestra tirana altivez
Pagara como merece.
Vir. Siempre las revueltas olas
De esa servil muchedumbre
Cederán segun costumbre
A mis lanzas españolas.
Rod. No os fieis tanto, señor,
Que aunque pobres pescadores,
Contra duros opresores
Su fe les dará valor.
Vir. Basta: vuestra audacia iguala
Vuestra perfidia: y oid
Un buen consejo. Salid. (*A los guardias.*)
Diego, espera en la antesala.
(*Salen los guardias y Diego.*)

ESCENA VII.

VIREY, RODRIGO.

Vir. Oidme, jóven conde de Monforte. He hecho salir á todos esos testigos cuyos oidos torpes, oyendo mal lo que nada les importa, podrian interpretar peor palabras que no estarian en estado de comprender. Ahora pues que estamos á solas, voy á daros un consejo que espero no despreciareis por lo mucho que os interesa.

Rod. A la verdad que no alcanzo, señor virey, el verdadero sentido que quereis dar á tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero á mi vez que no tendreis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán mas mella en mi corazon.

Vir. De todas maneras, oid lo que os quiero aconsejar.

Rod. Decid, que os escucho.

Vir. Vos sois aun muy jóven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy jóven, y me desagradaria veros ir al cadalso con la frente serena y con heróica resolucion por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

Rod. Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiracion presente, y que esas cartas del duque de Guisa son una impostura infame.

Vir. No es de eso de lo que se trata ahora. No son las cartas del duque, ni la conspiracion, la causa indigna de vos; no: puesto que teneis un tribunal competente que os juzgará, si estais inocente como decís, si no habeis conspirado como asegurais, nada teneis que temer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa estrangera.

Rod. ¡Señor virey!

Vir. ¡Oh! veo que la amais con toda la sencillez de vuestro corazon y de vuestros veinte y dos años.

Rod. Pues bien. Sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza: pero el orígen de esta pasion con cuyo encanto vivo, la razon oculta de mis relaciones misteriosas con esa jóven son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesion os protesto que no arrancarán á mis labios ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

Vir. Estais trastornado; buen jóven, vuestra imaginacion fascinada os hace ver esa pasion por un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero creedme, no comprometais vuestros dias, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre por una mujer, que abusando de vuestra ciega confianza os paga muy mal la buena fé con que la entregais vuestra alma inesperta.

Rod. Vive Dios, señor virey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura han mentido como villanos.

Vir. Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policía, cuyos individuos tienen obligacion de penetrar hasta los secretos mas íntimos de las mas oscuras familias. Acordaos de que esa mujer que ha escitado mis sospechas hace algun tiempo, ha sido seguida, espiada por todas partes, de noche y de dia; y que no ha dado un paso, no ha pronunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oidos del virey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

Rod. Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor virey. Quereis vengaros de la firmeza que os he manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas fiado en mi razon y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y quereis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda, acerca de lo único en que creo y espero despues de Dios; en el amor de esa mujer. Pero os habeis equivocado; la conozco mas de lo que pensais, leo en su corazon mejor que vos en el mio, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palàbras.

Vir. ¡Pobre jóven! me dais compasion. ¿Qué diríais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus piés pidiendo misericordia?

Rod. Eso es imposible, virey.

Vir. ¿Y si no lo fuera?

Rod. Repito que es imposible, y si hubiese algun comprado impostor que se atreviese delante de mí á sostener tamaño absurdo, por Dios que serian las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaria donde quiera que le encontrara.

Vir. Pues bien, vos mismo sereis juez en este asunto; voy á mandar que introduzcan á esa mujer en este salon, y vereis, noble conde, como no es vuestra presencia lo que mas va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII.

DICHOS, DIEGO.

Diego. ¿Qué mandais, señor?

Vir. Had entrar á esa mujer, acusada como cómplice del noble Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte. (*Al conde.*) Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos á vos mismo á quién de los dos reconoce mas pronto.

ESCENA IX.

EL VIREY, DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Señor, si hay en vuestra alma... ¡Cielos, amparadme! (*Cae de rodillas á los piés del virey.*)

Rod. ¡Ira de Dios! ¡Angelina!

Vir. Silencio, mancebo: ya veis que hay un hombre en Nápoles que no solo ha visto el brillo de sus ojos, y oido el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

Ang. ¡Señor virey!

Vir. Silencio digo. ¿Y sabeis, jóven, porqué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro además de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la prohibia oir las palabras de ningun hombre; y esto ya podeis conocer, buen Don Rodrigo de Luz, conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del virey de Nápoles.

Ang. No, señor virey, mil veces no.

Vir. Hareis muy mal en dar crédito á sus voces: será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

Rod. Dime, Angelina, dime por piedad que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamás.

Vir. ¡Oh! eso sí que no podrá negarlo.

Ang. Yo no sé mentir: le he visto.

Vir. Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

Rod. Un momento, señor virey; un momento, por cuanto caro tengais en el universo.

Vir. ¿Qué quereis?

Rod. Un instante de esplicacion acerca de lo que acabo de oir: ¡oh! una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaria: os lo aseguro.

ESCENA X.

DIEGO, GUARDIAS.

Vir. Guardad en el aposento inmediato á este noble jóven.

Rod. Conde de Vergara, teneis un corazon de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

Ang. ¡Perdon, señor, perdon!

Vir., á Angelina. Apartad. La esplicacion que me pedís, voy á tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende solo vuestra salvacion y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virey.

ESCENA XI.

EL VIREY, ANGELINA.

Ang. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros, pero habia jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veia que me seguíais por todas partes: oia por las noches las canciones de vuestros músicos al pié de mis ventanas: os encontraba siempre inmoble y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora l'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los mios por cima de vuestro embozo, y á través de mi espeso velo. Pero yo no podia corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podia con vos, que habíais venido dos veces con sacrílega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oidos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los dias y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. ¡Ah! todo lo sacrifiqué, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

Vir. ¡Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasagero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazon, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego mas devorador, el de los celos. Miserable, me hablabas de un voto que te prohibia escuchar las palabras de los hombres, ¿y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galan preferido y un enemigo del estado?

Ang. Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera: yo no imploro vuestra misericordia mas que para él. Os juro mil veces por la Vírgen María que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador. — Pero es una infame falsedad, porque yo se las ví sacar de su jubon antes de ponerlas en nuestro lecho. Oh! yo no soy mas que una infeliz mujer; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetirlas en alta voz delante de todo el mundo.

Vir. Y nadie te creerá, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque, aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harian mas que agravar la mala causa de tu amante.

Ang. ¿Y qué habeis visto en mí, señor virey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habeis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces mas espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? ¿O será porque mis oidos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mia! meditad mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputacion de las mujeres, porque dareis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgais á equivocar como ahora con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldon que acabais de hacerla.

Vir. ¡Vos condesa de Monforte!

Ang. Sí, señor virey, esposa de Don Rodrigo.

Vir. ¡Su esposa! ¡Oh! circunstancia es esta que no le librará del cadalso.

Ang. ¡Perdon, perdon! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiracion alguna. ¿Qué tiene de comun un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepais para que nos hagais justicia.—¡Hemos sido tan desdichados!...

Vir. ¿Vas á darme algunas noticias de los demas gefes de esa conspiracion?

Ang. ¡Ah! nada sé de eso, señor.—¡No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! es una historia completa Si os dignais oirme un momento, os convencereis de nuestra inocencia. Yo perdí mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

Vir. ¡Española!

Ang. Sí; recibia mi educacion lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosías y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo mancebo que venia todos los dias á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigian á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasion hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afan, los medios que tuvimos que adoptar.... Perdonadme, Dios mio, tan vergonzosa confesion.

Vir. Continuad, continuad.

Ang. Anduvimos errantes noche y dia como delincuentes perseguidos por la maldicion divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me ví á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea: y advertida de que llegaba el término de mis dias, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moria, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hízolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrara mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesion y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me cree muerta, porque juró vengarse cruelmente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y hé aquí porque nos ocultábamos en las sombras del misterio... Y sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo por fin á haceros una súplica postrera.

Vir. ¿Cuál es?

Ang. Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron vuestra casa. Si así lo haceis, rogaré por vos como lo hago por él todas las tardes en el templo de la Incoronata, donde me vísteis por la primera vez.—Ya sabeis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país, que somos inocentes: servios, pues, mandar dar libertad á Rodrigo; que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

Vir. Pues bien, ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.

Ang. ¡Oh! ¡cómo pagaros, señor, vuestra generosidad!

Vir. Poniéndote bajo mi proteccion.

Ang. ¡No, jamás!

Vir. Con esa condicion podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí; de otro modo mandaré al punto reunir el tribunal secreto, y falsas ó verdaderas las cartas del duque de Guisa, le llevarán á morir en el cadalso.

Ang. Hombre vil, ¿para esto me escuchaste con sangre fria la historia de nuestras desventuras?

Vir. Elige, pues.

Ang. No, no, mil veces no: primero consentiré en que rueden nuestras cabezas escarnecidas por la hez del populacho.

Vir. Sea.—¡Diego!

ESCENA XII.

ANGELINA, EL VIREY, DIEGO.

Vir. Conduce á esta mujer á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

Ang. ¡Monstruo! caiga sobre tí la ira del cielo.

Vir. Basta. — Diego, had que dentro de una hora se reuna el consejo secreto en este mismo salon. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, condesa de Monforte. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ANGELINA, DIEGO, GUARDIAS.

(*Los guardias la conducen en medio de ellos hácia la puerta secreta de la izquierda: al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.*)

Diego. Conducidla con todo el miramiento de que seais capaces, á la prision mas cómoda del palacio. Y cuenta con que os atrevais ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV.

DIEGO, DON RODRIGO, QUE SE PRESENTA A UNA SEÑAL DE DIEGO.

Diego. Venid, jóven.

Rod. ¿A dónde vamos?

Diego. A los calabozos de palacio. Pero desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

Rod. ¿Qué quieres de mí, miserable?

Diego. Quiero sacaros de un error para consuelo de vuestra alma: quiero daros una pauta segura para que conozcais á vuestros amigos, y los distingais de los que no lo son.

Rod. Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del virey de Nápoles.

Diego. Poco á poco, caballerito, poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidais que no os he faltado á la consideracion que mereceis, y que he permitido que me lleneis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habeis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa jóven á quien amais, mas bien como una imágen que se lleva en procesion, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubon el individuo de quien os hablo.

Rod. ¿Y quién es, ¡vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

Diego. Yo, señor mancebo, yo mismo.

Rod. ¡Tú!

Diego. Escuchadme, señor Monforte, y despues sereis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El virey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la Incoronata. A beneficio de su disfraz la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiéseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedia escuchar la voz de los hombres. Todo lo demás que el virey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

Rod. ¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazon.

Diego. Oid. El virey creia ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponia á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas escursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles mas solitarias, he trepado como una astuta

zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un huron entre los confesonarios de la Incoronata, y todo lo he visto, todo lo he oido... y le he probado bien á su costa, que ha tenido mucha razon en elegirme para su espía favorito.

Rod. Concluid, que me teneis impaciente, y no comprendo...

Diego. Ahora bien, respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando hace dos años el virey insultó á las mujeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virey ha insultado á las mujeres de los nobles, ¿qué harán los nobles á su vez?

Rod. ¿A dónde vais á parar?

Diego. Yo detesto al virey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: « Conde de Monforte, el virey trata de robaros vuestra esposa, » me hubiérais contestado que mentia como un bellaco. Si os hubiera dicho: « Conspirad con nosotros para derrocar al virey, » me hubiérais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio mas seguro; el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reune aquí mismo dentro de una hora, y el virey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra mujer. Ahora, conde de Monforte, ¿quereis uniros á la plebe para derrocar al virey?

Rod. ¿Y quién me responde de tí?

Diego. Os daré la libertad.

Rod. ¿Y á Angelina?

Diego. ¡Oh! esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

Rod. No quiero: ó los dos, ó nadie.

Diego. Pues bien, escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuracion mal ahogada por mí en la noche anterior fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virey en venganza de la vuestra. ¿Dudais? Veo que no teneis fe en mi resolucion, porque ignorais las razones que tengo para odiar al virey. Pues bien, yo soy español como él, y tenia una mujer como vos la teneis ahora: él la vió, como ha visto á la vuestra...

Rod. Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

Diego. Ahora mismo, en vuestro calabozo.

Rod. ¿Cuándo estará en poder de mi madre?

Diego. Dentro de diez minutos.

Rod. Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

Diego. Os daré todavía otra seguridad.

Rod. ¿Cuál?

Diego. Pondré á vuestra mujer en vuestro mismo calabozo, hasta que os traigá la respuesta del cardenal.

Rod. Acepto, y toma. (*Le tiende la mano.*)

Diego. Apretad, y vamos. (Y mañana, señor virey, amanecerá Dios y medraremos.) (*Diego conduce á don Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

—

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY. Los cinco jueces del consejo secreto sentados al rededor de la mesa. ANGELINA, sentada en un taburete sin respaldo.

Juez. En fin, señora, si os obstinais en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios mas severos, ó creerá por vuestro silencio que, conociéndoos culpable, no teneis razones con que defenderos.

Ang. El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazon, no me abandonará á su injusticia.

Juez. Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta á imitacion suya la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servíos pues contestar ingénuamente.

Ang. Servíos, señores, de no molestaros en preguntar mas á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambígua á la perdicion de una persona á quien está ligada con los vínculos mas sagrados. Sí, señores, repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredaríais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me haríais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazon tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé

que delante de vosotros se afirman cosas que jamás nos han pasado por la imaginacion.

Vir. Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada y seria imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones además servirian de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traicion cuyos datos posteriores están igualmente patentes en contra de ambos.

Juez. Os concedemos pues una hora mas para que mediteis las cuestiones sobre que habeis sido interrogada, y si en ella no las satisfaceis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

Ang. Mi fe me promete que llegará un dia en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal, que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese dia infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

Juez. Llevadla. (*Tocan la campanilla.*)

Ang. Vamos.

ESCENA II.

EL VIREY, LOS JUECES.

Vir. Esa jóven, señores, es española. Conozco la firmeza de carácter que aquel país inspira á sus hijos y creo que los medios rigorosos no harán mas que acrisolar el fiero valor de esa mujer. Me atrevo á proponeros, pues, que mandeis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fe sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religion que profesan.

Juez. Así se hará. Pasemos si gustais, señor virey, al juicio del otro acusado.

(*Con una señal afirmativa toca el virey la campanilla y se presenta Diego.*)

Juez. Introducid al conde de Monforte. (*Vase Diego y vuelve con Don Rodrigo.*)

ESCENA III.

EL VIREY, DON RODRIGO, LOS JUECES.

Juez. ¿Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

Rod. Jamás he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaria menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos recuerdos para vosotros, y me complazco en repetíroslo para sonrojaros.

Juez. Acercaos á jurar sobre estos evangelios que vais á decir la verdad en cuanto el tribunal tenga á bien demandaros.

Rod. El conde de Monforte no ha manchado jamás su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el mas solemne juramento.

Juez. Mirad, jóven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

Rod. Está dicho, señores.

Juez. Mirad que se os acusa de rebelion, y que todos sabemos que á pesar de vuestra corta edad habeis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber hace pocos años coadyuvado á la sublevacion del pueblo con el infame pescador Tomas Aniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caida del duque de Arcos no habeis podido volver á vuestro país, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes ámplios hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legítimo gobierno. Mirad...

Rod. Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por mas que sus individuos desciendan de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que, aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la mas rica que haya salido de las armerías de Milan, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

Juez. Reparad que estais corroborando las acusaciones que pesan sobre vos, y que esto solo bastará para probar al tribunal...

Rod. ¡Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde quereis juzgarme como rebelde para que no asistan á él los próceres que solo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Sí, señores, protesto contra un tribunal donde no veo mas que á enemigos personales mios, que harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. ¿Y porqué no se halla entre vosotros Ludovico Pignatelli? ¿Donde están los dos Carafas? ¿Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reunan os tendré por tribunal competente. No á vosotros

solos que todos habeis recibido beneficios de mi familia, que no querreis confesar, porque se los habeis pagado indignamente. ¡Vive Dios! á quién de vosotros demandaré justicia! ¿Será á tí, viejo príncipe de Celamaro, que debes la vida á mi padre? ¿A vosotros, Cárlos Caracciolo y Hector Calpeclatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? ¿A tí, duque de Maddaloni, á quien yo escondí bajo mi lecho, cuando el pueblo napolitano ofrecia cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien quereis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignorais el motivo que la ha conducido á vuestros piés, y voy á decíroslo, para que no incurrais en un error. Porque tuvo la osadía de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aquí.

Juez. Jóven, moderad vuestra lengua, ó nos pondreis en la precision de sujetárosla con una mordaza.

Virey. Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crímen. Dejadle.

Rod. Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros, y es que sois un cobarde, y que si algun dia, despojado de vuestras insignias de virey, os encontrais cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

Virey. Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

Rod. Pues bien, si entonces como ahora no me contestais, porque entonces como ahora me temeis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podais lavar sino matando ó muriendo.

Juez. ¡Hola! (*Toca la campanilla y aparece Diego.*) Volvedle á su calabozo.

Rod. Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que, seacualquiera la suerte que me prepareis, la arrostraré con fiereza, y os despreciaré como mereceis. Vamos.

Diego. Vamos.

ESCENA IV.

EL VIREY, LOS JUECES.

Juez. Admirable ha sido, señor virey, vuestra paciencia con ese jóven.

Vir. La ira, señor juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es desapasionada y recta. Si el puñal de los conjurados no hubiera amenazado mas que á mi pecho, si solo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes á su magestad, tengo, á pesar mio, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Solo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acardeis de las amenazas y dicterios que ese acolorado jóven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro país exigen; pero sed mas benignos que severos. En cuanto á mí, declaro solemnemente que si, como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el consejo, tendria presente, al sentenciar la juventud, la inesperiencia y la desgracia de los criminales. No lo olvideis pues, y pasad, si os place, á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votacion.

Juez. Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, señor virey, y tendremos presente al administrar la justicia las virtudes de vuestra persona ultrajada.

Vir. Id pues, nobles señores, pero que no sea esa la razon que mas pese en vuestra balanza.

ESCENA V.

EL VIREY.

Id, mentecatos, id: y no os olvideis de dorar el temor que me teneis con las virtudes que me encomiais. Id á pensar una sentencia, con la cual me querais tener agradecido, cuando no sois mas que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinacion que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme obligaria á otros á hundiros en el polvo de que os he sacado. — ¡Diego!

ESCENA VI.

EL VIREY, DIEGO.

Diego. Señor.

Vir. ¿Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesion de esa jóven?

Diego. Sí, señor escelentísimo: hemos dado la comision á un reverendo monge,

cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

Vir. Me has comprendido perfectamente.

Diego. Este monge tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaracion pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

Vir. Es decir que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa en el momento que sea necesario.

Diego. Siempre que la caridad de los que le confian semejante comision se esplique con él generosamente por su servicio.

Vir. Dale eso. (*Le da un bolsillo.*)

Diego. ¿En nombre del virey de Nápoles?

Vir. No : en nombre de los jueces del consejo secreto.

Diego. Está bien, fiad en mí.

Vir. Dentro de dos horas á lo mas recibirá orden para salvarla ó para condenarla.

Diego. Es decir...

Vir. Que esa mujer ha de pertenecer dentro de dos horas al virey ó al verdugo.

Diego. ¿Y en cuanto al jóven?

Vir. En cuanto al jóven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

Diego. Teneis razon. Porque dice un refran de nuestro país, que el hombre propone y Dios dispone.

Vir. Es verdad. Pero los jueces salen : retírate.

ESCENA VII.

EL VIREY, LOS JUECES.

Vir. ¿Habeis concluido ya la votacion?

Juez. Sí, señor virey. He aquí el fallo del tribunal, cuya ejecucion os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

Vir. Y yo la cumpliré exactamente, sea cual quiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

Juez. Tomadla, y mirad si teneis algo mas que pedir al tribunal.

Vir. Quisiera, señores, que tuviérais presente que la jóven condesa de Monforte nada ha declarado : y que el estado de su juicio, segun los facultativos, exige mas indulgencia...

Juez. Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaracion, y sea la que quiera, vos, en nombre de S. M. católica, podeis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzgueis acreedores.

Vir. Está bien.

Juez. El cielo os guarde, señor virey.

Vir. Dios guie vuestros pasos, nobles señores.

ESCENA VIII.

EL VIREY.

Bien; ya están llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolucion. (*Lee en secreto.*) A la última pena... quedando su ejecucion al arbitrio del virey.—¡Oh! esto es mas de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público; de noche ó de dia; puede elegirse el género de muerte mas conveniente. ¡Diego!

ESCENA IX.

EL VIREY, DIEGO.

Vir. Ya estan en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

Diego. El tribunal...

Vir. Mira. (*Diego mira la sentencia.*)

Diego. En esa sentencia, señor virey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese jóven sedicioso en una pica á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. ¿Y cuándo se ha de ejecutar?

Vir. Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galería subterránea, y tráeme la llave de caracol que desde mi dormitorio conduce á ella : quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita : porque ya te he dicho que ha de pertenecer al virey ó al verdugo. ¿Y á propósito qué dicen esos villanos de mis justicias?

Diego. Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del estado, á quien acabais de salvar, dándoos una magnífica serenata.

Vir. Mi triunfo no puede ser mas completo, Diego. Pero ahora recuerdo... ¿tus esbirros duermen?

Diego. Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpacion me avergüenza. Teneis razon para estrañar que no haya caido en nuestras manos el desconocido á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la mas esquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

Vir. No sé porqué; pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

Diego. No hay otro medio, señor; ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

Vir. Pues bien, Diego; te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones mas retiradas; penetra en mis oficinas mas escondidas; baja á mis calabozos mas oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme por garantía.

Diego. Y qué término me señalais para cumplir vuestra voluntad?

Vir. Acaba de anochecer: te doy dos horas.

Diego. Os prometo, señor virey, que antes que hayan espirado tendreis en vuestra presencia, muerto ó vivo, á ese misterioso incógnito. (*Saluda y se va.*)

ESCENA X.

EL VIREY.

Ahora, corazon, respira
El ámbar de la esperanza.
Ahora, ó amor ó venganza
Cumplida has de conseguir.
Ya soberano absoluto
De este pais de placeres,
Sus hijos y sus mujeres
De hinojos me han de servir.
(*Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.*)
Así, servil muchedumbre,
Así, festéjame, canta;
Tu voz hasta mí levanta
Con tus aplausos .. así.
Arrástrate humildemente
A las plantas de tu dueño;
Su orgullo arrulla y su sueño
Con dulces cánticos, sí.
Bien haces: gózate y canta;
Que tan lejos de Castilla,
Las nuevas de tu mancilla
A España no llegarán.
La fama de tu hermosura,
La riqueza de tus playas
Do quier que á quejarte vayas
A desmentirte saldrán.
Nápoles, ciudad dichosa
De deleite y de pereza,
No hay corona en mi cabeza,
Mas soy tu rey en verdad.
Ya no alzan tus pescadores
De Amalfi, ni de Sorrento
Sobre tu golfo sangriento
Sus himnos de libertad.
Castilla ganó tus tierras;
Y en nombre yo de Castilla
Te tiranizo, y se humilla
Ante mis plantas tu grey.
Tu golfo oprimen mis naves,
Y en tus torres altanera
Clavada está mi bandera
En el nombre de mi rey.
¡Pueblo insensato! á quien hizo
Para servir el destino,
Canta y rie, ese es tu sino.
Tu fortuna es tu ilusion.
Canta, que á fe que me halagan
Al son de tus blandas olas
Las alegres barcarolas
Con que cantas tu opresion.

(*Cantan dentro.*)

Era Nápoles un dia
Un inculto paraiso,
Y venderle fué preciso
Al cuidado de un señor.
Ora canta sin afanes
De su golfo entre las olas
Solo amantes barcarolas
Su olvidado pescador.
Pero acaso
Estudia y fragua
En el agua
Otro cántico mejor.

Vir. ¡Qué alegres son esas danzas,
Qué dulces esos cantares!
¡Los aplausos populares
Cuánto agradan al señor!
¡Cuánto exalta mis antojos
Y mis ansias enardece,
Y mi ser enorgullece
El cantar del pescador!

(*Cantan dentro.*)

Está Nápoles dormida
Por las ondas arrullada,
Pero Nápoles no olvida
Lo que debe á su señor.
Y del chuzo con que rompe
Las escamas á los peces
Puede hacer como otras veces
Una lanza el pescador.
Porque acaso
Estudia y fragua

En el agua
De vivir modo mejor.

Vir. ¡Vive el cielo! de esa estrofa
Con el doblado sentido
Ese imbécil ha querido
Insultar á su señor.
¡Hola!
(*Aparece un esbirro.*)
Al punto, que me saquen
De esa torpe concurrencia
Y que venga á mi presencia
Ese infame pescador.
(*Vase el esbirro.*)
Con un cordel á la gola
Y un crucifijo en la mano,
Cantar haré á ese villano
Su postrera barcarola.
Si él puede como otras veces
Hacer del chuzo una lanza,
Yo haré que tomen venganza
De sus lanzadas los peces.
(*El Virey se asoma al balcon, y mientras vuelve la espalda aparece por una puerta secreta y embozado Don García, que le escucha.*)
Virey, mirando por el balcon. Mas á su barca se acoge,
¡Vive Dios, y el remo abarca
Y huye! yo haré que otra barca
A darle caza se arroje.
Y aunque el mismo Bercebú
Se la ayude á remolcar,
Por Dios que le he de atrapar.
(*Al volverse ve á Don García, y dice espantado.*)
Mas, ¡Cristo! ¿quién eres tú?

ESCENA XI.

EL VIREY, DON GARCIA.

Garc. Callad.
Vir. ¡Socorro!
(*Va á tocar la campanilla, y Don García le sujeta la mano.*)
Garc. Es en vano,
Señor conde de Vergara;
Escuchadme cara á cara,
U os hago polvo la mano.
Vir. ¡Soltad!
Garc. Escuchadme pues,
Que en secreto hemos de hablar,
Y lo que oigais, enterrar
En el alma fuerza es.
Virey habeis sido vos
De Nápoles por seis años,
Y horror son ya vuestros daños
De los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres,
Jueces habeis corrompido,
Empleos habeis vendido,
Y deshonrado mujeres.
Con rastrera hipocresía
Abusando del poder,
Os dispensais de tener
Religion, fe, ni hidalguía.
Tras el denso cortinaje
De una justicia severa,
Escondeis de un alma fiera
El hondo libertinaje.
Y así á vuestra escelsitud
Creísteis que no llegaban
Mas que ojos que se cegaban
Con vuestra falsa virtud.
Pero un perpétuo testigo
Que por do quier os seguia,
Y que sumiso os servia,
De la sospecha al abrigo,
Avariento os espiaba
Vuestra eterna sombra hecho,
Y á los piés de vuestro lecho
Por la noche se sentaba.
Él, con vengativo empeño,
Con incansable teson
Ganó vuestro carazon,
De todo vos se hizo dueño.
Y no hay escondida idea,
No hay intencion solapada
Que por él comunicada
Sabida del rey no sea.
Tu nombre pues se ha borrado,
Vergara, del libro de oro;
Tus haciendas, tu tesoro,
Todo está ya confiscado.
Y encontrándote tu rey
A sus favores ingrato,
Te aparta del vireinato
Y te acusa ante la ley.
Vir. Espectro amedrentador,
Mensagero funeral
De esa nueva tan fatal,
Aparicion de pavor,
¡Delante de quién estoy,
Quién eres, vision tirana!
Garc. Don Garcia de Orellana,
Virey de Nápoles, soy.
(*Don García se desemboza y queda en traje negro con el toison al cuello. El Virey cae á sus piés de rodillas. Al inclinarse cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Lo recoge, lo mira un momento comparándolo con Don García, y despues que este le dice con desprecio los cuatro primeros versos, se levanta*

el Conde con aire de triunfo y tomando con Don García un tono irónico.)
Garc. No os humilleis ante mí,
Y hablemos, Vergara, claros.
Yo no he venido á ultrajaros,
Y me avergonzais así.
Vir. (Mas ¡qué veo! Dios me apresta
Represalia bien segura.)
Estímoos tanta mesura
En ocasion tan funesta:
Obedecer sé que debo
Las órdenes de mi rey,
Y acato su augusta ley,
Y á murmurar no me atrevo.
Mas veo que generoso
Ser conmigo pretendeis.
Garc. Ruégoos que me perdoneis,
Si al veros tan orgulloso
En palabras propaséme.
Vir. Perdonado estais, señor.
Yo encendí vuestro furor,
Pues al veros exaltéme.
Garc. Apenas pisé la tierra
Que teníais en gobierno,
Creí que todo el infierno
Se hacia en ella la guerra.
Corria la sangre á arroyos,
Y al resplandor del incendio
Ví quedar con vilipendio
Los cadáveres sin hoyos.
Y ví lágrimas correr,
Y oí imprecaciones tales,
Que mis sentidos cabales
Llegué á dudar de tener.
Por todas partes oí
Maldeciros y acusaros.
Entonces, ¿á qué engañaros?
Vergara, os aborrecí.
Por quedar mas convencido,
Yo mismo veros ansié,
Y con ira os escuché
Cerca de vos escondido.
Señor conde, perdonad:
Os juro de buena fe
Que al oir me horroricé
Por vos mismo la verdad.
(El Virey se sonrie y oye sereno.)
Ahora, pues, órdenes reales
Sujeto á cumplir estoy,
A dar al consejo voy
Mi fe con mis credenciales.
Vos á partir disponeros
Para Castilla podeis.
Vir. Un momento.
Garc. ¿Qué quereis?
Vir. Quiero un pacto proponeros.
No os sorprendais. A pesar
De hallarnos á tal distancia,
Aun puedo con arrogancia
Con mi sucesor pactar.
Garc. Decid.
Vir. Yo he mandado aquí
Seis años, y bien quizás:
Dejadme dos horas mas
El gobierno que perdí.
Garc. ¿Sabeis cuando el mar bravío
Mi barco anoche sorbió
Con qué fuerzas nadé yo?
¿Sabeis qué afan era el mio?
No era la sed de mandar,
No era, conde, la ambicion;
Que está ya mi corazon
Harto de humo popular.
Mi fuerza fué la esperanza
De alzar el yugo execrable
Que á este pueblo miserable
Habeis puesto: y la tardanza
De cada breve momento
Que pasaba bajo de él,
Era un manantial de hiel
Abierto en mi pensamiento.
Juzgad si iré á conceder
Las dos horas que pedís.
Vir. ¿Es decir que no admitís?
Garc. Vergara, no puede ser.
Vir. Por última vez, señor,
Dos horas y nada mas.
Garc. Vergara, haceos atrás,
La bajeza me da horror.
Vir. Dos horas.
Garc. Ni dos instantes.
Juré ante el rey y el altar
A Nápoles libertar
De vos, y será cuanto antes.
Vir. Lo jurásteis... ¡vive Dios!
¿Qué os importa haber jurado,
A olvidar acostumbrado
Vuestros juramentos vos?
Garc. ¡Infame!
Vir. A espacio, señor,
Que habeis llegado á jurar
A vuestra hija vengar,
Y aun vive su seductor.
Garc. ¡Vive! ¡oh! ¿adónde está, adónde?
Vir. Dadme el tiempo que os propongo,
Y en vuestras manos lo pongo.
Garc. Sois un miserable, conde.
Mas os vais al precipicio;
Porque ó hablais al momento,
U os mando atar al tormento.
Vir. Don Garcia, estais sin juicio.
¿En olvido habeis echado
Que aquí mi juez os han hecho,
Y el juez no tiene derecho
Para osar al acusado?

Garc. ¿Desventurado de mí!
¿No hay, pues, medio de que hableis?
Vir. Las dos horas que calleis
Y siga el gobierno en mí:
No hay mas medio.
Garc. ¡Voto al sol!
Quien da en tan infame traza,
¿Cómo dirá que su raza
Es de solar español?
¡Mentira!... lo dice á voces
El pueblo... sois un bandido,
Las hienas os han tenido
En sus entrañas feroces.
Vir. Seguid, me teneis sujeto
Bajo el yugo de la ley;
Mas pensadlo bien, virey,
Dos horas vale el secreto.
Garc. Pues bien; ya que tanto os cuesta
De Nápoles el gobierno,
Llévese el mando el infierno
Y escuchadme otra propuesta.
Yo con ciega idolatría
Amé á la hija de mi amor:
Ella era el bien mayor,
El único que tenia.
Por ir al campo á lidiar
Por mi rey y por mi España,
El tiempo de la campaña
La hice en un claustro guardar.
Robómela un seductor,
Y fué mi única esperanza
Vivir para la venganza
De aquel engaño traidor.
Mirad su carta postrera:
Siempre la llevo conmigo
De mi llanto por testigo
Y para atizar la hoguera
De mi cólera: pues bien;
A España, conde, partid,
Sinceraos en Madrid,
Y haced con oro que os den
El vireinato: interino
Quedaré yo, y aunque enormes
Vuestras culpas, daré informes
Que salven vuestro destino.
Vir. No, que habrá en mi contra allí
(*Oyese á lo lejos la serenata.*)
Acusaciones tamañas,
Que las mayores hazañas
Se volverán contra mí.
No: ya que habeis dado un paso
A la reconciliacion,
Aceptad en conclusion
Y no andeis en gracia escaso.
Garc. No, Vergara; tanto empeño
El gobierno en conservar,
Me hace de vos sospechar
Mal designio y no pequeño.
Oid: no hay mas que un solo hombre
Que ahora en esa serenata
Pueda á esa turba insensata
Dar ó descubrir mi nombre.
Concibo todo el pesar
Que debe ser para vos
Saber á cual de los dos
Vienen ahí á festejar.
Conozco que os es gran pena
Ver que esos himnos comprados
Para vos aparejados
Celebran la dicha ajena.
Conozco que la esperanza
De vengar mi propia afrenta
Es cebo que mi fe tienta
A otorgaros la tardanza
De dos horas que pedís;
Pero no puede mi honor
Ser ni dos horas traidor
A mi rey y á mi pais.
Vir. Pues bien, si estais decidido
A que con vos no transija,
Ahí teneis de vuestra hija
Ese recuerdo perdido.
(*Le da el retrato.*)
Garc. ¿Y quién esta prenda os dió?
Vir. El sacerdote que oyera
Su confesion postrimera,
Y enviárosle me encargó.
Dijo que enviarlo era ley
A Don García derecho,
Y esta ocasion aprovecho
Para dárselo al virey.
Garc. ¡Sin duda el cielo maldijo
Hasta su último recuerdo!
Vir. La pobre murió en su acuerdo.
(*Con malignidad.*)
Y con afan muy prolijo
Os encargó la venganza
De aquel que os la arrebató,
Y que al fin la abandonó
Sin consuelo ni esperanza.
Dijo que murió en sus brazos
Maldiciéndo al seductor
Que la abandonó traidor.
Garc. Basta: quiero en mil pedazos
Su corazon dividido;
Necesito su existencia.
Vir. ¿Luego acepta su escelencia...?
Garc. Sí, acepto vuestro partido.
¿Ese hombre...?
Vir. A mí está sujeto;
Yo sé quién es solamente,
Y á ese precio únicamente
Os vendo vuestro secreto.
Garc. Sea. ¡Dios lo quiere así!
No puede mi corazon
Con tan grave tentacion;

Sucumba mi honor aquí.
Escribid, que os dejo dueño
(*El Virey escribe.*)
Del mando dos horas mas,
Y de no volverme atras
Palabra y firma os empeño.
Vir. Firmad pues.
Garc. Tomad.
Vir., con ironía. Señor,
Hoy me habeis hecho feliz.
Garc. Y á mí vos con vuestro ardid
Me habeis hecho ser traidor.
Vir. Pasemos á ese aposento,
Pues primero de entregárosle
Necesito asegurárosle.
Garc. Pero sed breve.
Vir. Un momento.
(*Entran por la puerta que dá á la cámara del Virey, y en este momento se oye la serenata al pié del balcon, y suenan voces de* ¡viva el conde de Vergara, viva el libertador de Nápoles!)

ESCENA XIV.

DIEGO, CON LINTERNA Y LLAVES.

Ya se fueron: bien me lo imaginé cuando dejé de oirlos á través de la cerradura. Y á fe que hubiera dado cualquier prenda buena por oir su conversacion. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado mas que murmullo. — ¡Cómo ha de ser! — Vamos á separar al conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que su escelencia me los coja en el garlito. (*Vivas fuera, y se asoma Diego al balcon.*) Sí, sí, tocad. Asi como así mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, vive Dios! que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del virey á quien celebrais. — Mas no perdamos tiempo, que dá dos veces quien dá primero, y hombre prevenido vale dos, como dice el refran de nuestra tierra. (*Entra por la puerta secreta de la izquierda que conduce á las prisiones, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Prision en el interior del palacio del Virey. Puerta en el fondo con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galería guardada por centinelas. En la prision y á la izquierda una puerta secreta y un balconcillo á la derecha.

—

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO, ANGELINA.

Ang. Si es cierto, Rodrigo, inclina
La frente; que yo te vea:
El placer completo sea
De tu adorada Angelina,
Y en dicha tamaña crea.
No hay mas que tú para mí:
Escuche yo de tu acento
Palabras de amor aquí,
Y es tuyo mi pensamiento,
Mi existencia es para tí.
¡Suspiras!
Rod. Miro en tu frente
Tan galano resplandor,
Aureola tan refulgente,
Que suspira tristemente
El pecho ansioso de amor.
¡Por Dios! en donaire sola,
En gala y cortesanía
Bien puede á la luz del dia
Mi enamorada española
Disputar la primacía.
Es tanto el placer que siento
Viéndote, hermosa, á mi lado,
Y es tal mi enagenamiento,
Que olvida mi pensamiento
Nuestro destino menguado.
Ang. Mayor, Rodrigo, es el gozo
Que mi alma siente, mayor;
Y á merced de este alborozo
Es para mí el calabozo
Santuario de nuestro amor.
Rod. Ilusoria es por demás
Esa amorosa quimera;
Soñando, Angelina, estás:
Que aquí la muerte me espera,
Y acaso tú...
Ang. No, jamás:
Vivir sin tí, ¿qué me vale?
Rod. Si es cierto, Angelina hermosa...
Ang. Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
Entre los hombres que iguale
La dicha de ser tu esposa.
Loca de amores dejé
Por tí mi patria y mi hogar,
Y embelesada, la fe
Del alma te consagré

De hinojos ante el altar.
Por tí crucé de los mares
Las alborotadas olas,
Y hoy en tus nativos lares
Olvido por tus cantares
Mis canciones españolas.
No hay mas deidad para mí
Que la imágen que retrata
El cristal en que te ví:
Jamás mi oracion sin tí
Se elevó en la Incoronata.
Rod. Angelina, ¡quién tuviera
Tu amante incredulidad!
Ang. Solo en el mundo me espera
Amor y felicidad.
A tu lado viva ó muera.
Rod. Mas no hallo fe en el espía.
Ang. Libertarnos me juró.
Rod. Sin duda que juraria
Por ver si revelaria
Secreto importante yo.
Porque, Angelina, á juzgar
Por su faz torva y sañuda,
Por su siniestro mirar,
Mi fe en sus promesas duda;
Nada me atrevo á esperar.
Ang. Rodrigo, no sé porqué,
Mas tengo en ese hombre fe;
Y no me inspira recelo
Quien la cárcel hizo un cielo
Uniéndonos.
Rod. Dicha fué,
Y un cielo es para los dos
Mientras juntos nos hallamos,
Mientras nos vemos y hablamos;
Y es del cielo, sí, ¡por Dios!
El aire que respiramos.
Mas ¡ay de mí! ¡qué dolor
Será y qué amarga la suerte
Si nos conduce traidor
De los brazos del amor
A los brazos de la muerte!
Ang. Y á un tiempo nos matarán,
Porque á tu cuello mis brazos,
Rodrigo, se anudarán,
Y á no hacérmelos pedazos
De tí no me apartarán.
Rod. Mas no viene... ¡Oh, tarda mucho!
Ang. Vendrá para nuestro bien.
Rod. A cada ruido que escucho
Con dudas horribles lucho.
(*Ruido de pasos.*)
Ang. ¡Rodrigo!
Rod. Angelina, quién...
Ang. Me ha parecido escuchar
Pisadas.
Rod. Sí, oigo á fe mia
Por el caracol bajar.
Ang. ¡Cielos! tiemblo á mi pesar. (*Abren.*)
Rod. ¡Él es!
Ang. ¡Diego!
Diego. ¡Ave Maria!

ESCENA II.

DON RODRIGO, ANGELINA, DIEGO.

Diego. Bendito sea Dios, amables jóvenes: no me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí. Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escurro como una anguila entre las espadañas, y paso sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas como un espíritu.

Rod. Acabad, por compasion, buen hombre. Habeis entregado mi carta?

Diego. En la propia mano de vuestra madre, la condesa viuda de Monforte.

Ang. y Rod. Y qué?

Diego. La pobre señora exhaló su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prision; maldijo otras tantas la perfidia del virey; porque lo que es yo no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á esta señora á la puerta de vuestra casa de la calle Catalina, los disfraces que usaba para seguirla à Nuestra Señora l'Incoronata...

Rod. Adelante, adelante; vamos á los efectos de vuestra relacion.

Diego. Los efectos, señor conde, son los siguientes: vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los piés de los nobles de la Sede Capuana, donde está inscripta vuestra familia, y les ha repetido palabra por palabra cuanto yo la he dicho de vos, de esta señora y del virey. Podeis suponeros que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al virey; se ha aprontado dinero, se han desenterrado hachas, lanzas, estoques, arcabuces, y en una palabra, la conspiracion que yo sofoqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenian en ella, cunde sordamente por los barrios mas pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de éxito infalible, todavia fio yo mas en un personage misterioso que está en este momento con el

virey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

Rod. Ah, qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del virey de Nápoles?

Diego. No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas armadas y ejércitos aguerridos.

Rod. Luego ese desconocido...

Diego. Viene de la corte de España.

Rod. Con alguna mision secreta, sin duda.

Diego. Yo no atino á punto fijo con su mision; pero ello es que traia para mí uno de esos pedazos de papel, de que os acabo de hablar, y al mostrármele anoche en una callejuela oscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hácia la tierra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora ved si quien me hizo á mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al virey delante de otro. Parece que os asombrais de mis noticias?

Rod. Sí, en verdad.

Diego. Pues son mas seguras que los cerrojos de vuestra prision.—Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El virey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aquí.

Ang. Y á dónde quereis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese mónstruo de perfidia y de libertinaje.

Diego. Con harto sentimiento mio voy á conduciros á un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

Ang. ¡Oh! no, no me apartaré de aquí un solo paso. Que venga si quiere á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

Rod. Eso sí, ¡vive Dios!

Diego. No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrá siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El virey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus piés se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada teneis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedais.

Rod. Separémonos, Angelina mia. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

Diego. Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habreis mudado de opinion. Vamos, que siento pasos en el caracol.

Ang. Adios, Monforte.

Rod. Protéjanos su misericordia.

Diego, á Angelina. ¡Ah! esperad un instante. (*A Don Rodrigo.*) El virey os hará probablemente una visita; con que será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo á mis sospechas.

Rod. ¡Cobarde!

Diego. ¡Oh! sí; os teme sin duda alguna: y acaso en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invencion á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

Rod. Sea en buen hora, y Dios os perdone esta afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. (*Diego le ata mientras habla.*) Adios, Angelina mia; ruégale por nuestro porvenir.

Diego. Dios os guarde, jóven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del virey de Nápoles.

Rod. ¡Quiera nuestra buena estrella que sea como decís!

ESCENA III.

DON RODRIGO.

¿Será verdad? ¿Hipócrita y cobarde
De mi desgracia mofará el espía
Para arrancarme con placer mas tarde
La rica flor de la esperanza mia?
¿Será que así un ejemplo tenebroso
De sublime tormento se le alcanza,
O cumple un mandamiento poderoso
Protegiendo tal vez nuestra venganza?
¡Loca ilusion! No hay mas que lo presente,
Y el puñal que en secreto ya se aguza:
Necia ilusion que huye de la mente
Como polvo que el viento desmenuza.

¿Quién puede hallar en los chispazos rojos
Que en sus pupilas á la voz se encienden
De sangre y de venganza, que sus ojos
Las esperanzas de mi amor comprenden?
¿Quién no ve en su furtivo movimiento
Que acecha la ocasion para lanzarse
Como el tigre feroz que está sediento,
Y con sangre no mas quiere embriagarse?
No hay mas allá: del misterioso espía
La fúnebre y siniestra catadura
Horas solo de horror y de agonía
Al receloso corazon augura.
No hay mas allá: mi sangre generosa,
Mi sangre manchará los escalones
Del cadalso, y allí de gente ociosa
Servirán de ludibrio mis blasones.
¡Pobre Angelina! Al saludar un dia
Tus pocos años y tu frente pura
En la fértil, gentil Andalucía,
Patria, templo y eden de tu hermosura,
En premio de tu amor no imaginaba
Que en las playas de Nápoles hubiese
Un caballero vil que te esperaba,
Y no tu amante, tu verdugo fuese.
Perdóname, Angelina, si te pago
Tan tristemente tu pasion primera;
Funesto ha sido para tí y aciago,
Lo que mi gloria y mi entusiasmo era.
Este amor infeliz que me devora,
Este amor infeliz que nos tenemos,
¡Ay! Angelina, dentro de una hora
Sepultura con él nos abriremos.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, EL VIREY.

Vir. Salud al conde de Monforte...
Rod. ¡Cielos!
¿El conde de Vergara?
Vir. Que al impulso
De la piedad se rinde y generoso
Abandona el salon de los vireyes,
Por acorrer en su postrera hora
Al mancebo gentil napolitano
Que se dignó estrechar de la española,
Embriagado en amor, la linda mano.
Rod. Bien haceis en reir amargamente
Y en el alma gozar: nuestro destino
Es diferente aquí; si no lo fuese
Responderia mi valiente acero
A la mofa sangrienta y al insulto
Del que es, aunque virey, mal caballero.
Vir. ¡Que siempre lenguaraz el noble conde
Olvide mi razon y mi justicia!
Rod. ¿Razon, justicia, el conde de Vergara?
Hipocresía, mucha.
Vir. ¿Y la paciencia?
¿No os parece tambien de gran cuantía?
Oidme y pesareis en lo que vale.
Hay un virey en Nápoles... el conde
De Vergara, Monforte, que celoso
De cumplir su deber, en el mancebo
De la Sede Capuana, al peligroso
Conspirador halló.
Rod. Mentís...
Vir. Si miento,
Ya sancionó, Monforte, la mentira
El consejo y la ley... Preso Rodrigo
Reclamó á tiempo de su noble estirpe
Los rancios privilegios, y celoso
De cumplir su deber el de Vergara,
Cedió á su pretension; y el pueblo todo
De Nápoles entiende que se guardan
Con él los miramientos de costumbre.
Mirad esa espaciosa galería,
Mirad la reja del encierro abierta;
El pueblo hablaros puede; sois un noble;
Mas ¡ay del pueblo, si llegó á esa puerta!
Desde lejos os vé y os compadece.
Yo os miro muy de cerca y me consuelo.
Rod. Y Dios, de tanto crímen ya cansado,
La maldicion preparará en el cielo.
Vir. Mientras que llega seguiré la historia;
Y si en algo apreciais vuestra existencia,
No tan pronto la echeis de la memoria.
Esos soldados que con faz adusta,
Ni reparan en vos, ni en la riqueza
De esos vestidos, ni el bizarro porte,
Ni imbéciles recuerdan la nobleza
De que hicísteis alarde en el consejo
Que de Castilla os distinguió en la corte,
Estátuas son; pero, entendedlo, estátuas
Que al amagar no mas la muchedumbre,
Con sangre y fuego cegarán la entrada
Al populacho alborotado y ciego
Que pretenda asaltar esta morada.
Hay sin embargo una mujer...
Rod. Vergara...
Ten esa lengua; y si á manchar su nombre
Te atreves, pronunciándole tu boca,
Desde mi encierro escupiré en tu cara.
Vir. Angelina...
Rod. ¡Villano!
Vir. No llegará hasta mí vuestra arrogancia:
Hay entre un preso, aunque de noble estirpe,
Y de Italia el virey mucha distancia.
Angelina tal vez pudo en un dia
Menos enamorada de Monforte,
De amor cediendo á la demanda mia,
La vida libertar y gentileza
De su noble mancebo, y los blasones
Del que atrevido acaso y con mancilla
De la casa infanzona de Orellana

A un monasterio la robó en Sevilla...
Mas hoy es tarde ya: ria en buen hora
Su galana y espléndida hermosura,
Recuerde en su escondido calabozo
El aura matinal que amante y pura
Meció en vergeles de pintadas flores
Vuestras sabrosas pláticas de amores.
Dentro de poco tan amante yugo,
Merced á la justicia de Vergara,
Romperá la cuchilla del verdugo.
Rod. Piedad, señor, piedad... En mí tan solo
Cébese tu rencor: yo he conspirado,
Yo he querido arrastrar las españolas
Banderas por el fango: sí; yo he dicho
Que era un villano el conde de Vergara,
Un infame traidor, un asesino...
Reid, conde, reid... ese es el nombre
Que mereceis...
Vir. A fe que me enternece
Tu súplica cortés, pero es ya tarde....
Un sacerdote confesó á Angelina...
Y el sacerdote declaró al consejo:
Ya ha firmado, Monforte, su sentencia;
Y ejecutada hoy, que no mañana,
Dentro de un hora su fatal destino
Te anunciará el clamor de la campana.
Rod. Dejadme, por favor...
Vir. Primero ella...
Yo te perdono á ti; yo te desprecio...
Hay un anciano en Nápoles, que quiere
Una afrenta vengar que tú le hiciste...
Me ha comprado tu vida, y generoso
Sin paga se la dí: y breve espacio
A tu lado estará; poca distancia
Hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V.

DON RODRIGO, SOLO.

¡Pobre Angelina! horribles desengaños
Halló en mi patria tu cariño ardiente;
¡Tan pura y bella y de tan pocos años
En Nápoles morir tan tristemente!
¿Quién me dijera ¡ay Dios! cuando rezaba
En una catedral de Andalucía,
Que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba
Prision, cadenas, y cadalso un dia?
¡Perdóname, mi bien! antiguas salas
De dorado arteson, montones de oro,
De seda ricas y escogidas galas
Y de mi eterno amor el gran tesoro....
Hé aquí, Angelina, el porvenir que ufano
En el calor de su amorosa llama
El de Monforte presentó en su mano
A la que mártir hoy padece y ama.
(*Se arrodilla.*)
Cuando en el cielo, serafin hermoso,
Al lado de los ángeles sentada
Desde tu asiento de eternal reposo
Dirijas á este mundo una mirada,
Búscame por do quier, ¡oh mi Angelina!
Que yo te juro me hallarás de hinojos,
Y desde el trono de tu luz divina
En tí clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON GARCIA.

Rod. ¡Ya viene el verdugo á mí!
Recibe, pues, madre mia,
El adios de mi agonía
Que exhalo lejos de tí.
(*Se arrodilla como en oracion.*)
Garc. ¡Cuán cobarde es la traicion!
Allí está ese hombre de hinojos
Destilando por los ojos
El miedo del corazon.—
Mancebo.
Rod. ¿Qué quieres?
Garc. ¿Sabes
Cuántos años has vivido?
Rod. A cortarlos has venido:
Suplícote, pues, que acabes.
Y dí á quien aquí te envia
Despues de mi ejecucion,
Que solo en su corazon
Cupiera tal villanía.
Garc. Mancebo, engañado estás:
Ni yo su verdugo soy,
Ni á sus órdenes estoy,
Ni me obligaron jamás.
A entrar en tu calabozo
Una razon me sujeta
Tan justa como secreta.
Respóndeme, pobre mozo:
¿Tienes padres?
Rod. ¡Ay de mí!
Quédame solo mi madre,
Porque á vivir mi buen padre
Ya hubiera llegado aquí
Por cima de los escombros
De este palacio fatal,
É ido yo en marcha triunfal
De sus vasallos en hombros.
Garc. Si era cual dices tan noble,
Siento que no esté á tu lado
Para que fuera ¡malvado!
Tu afrenta y la suya doble.
Rod. ¡Ah! te comprendo: del yugo
Teme el virey que su presa
Se le escape, y tiene priesa.
Ea, pues, hiere, verdugo;
Haz de tu crueldad alarde.

Garc. Mozo, traeme á tu prision
Tan solo mi corazon.
Rod. Entonces sois un cobarde.
Garc. ¡Ira de Dios!
Rod. Sí, en verdad,
Lo sois, si como decís
A asesinarme venís
De espontánea voluntad.
Os habrá dicho el virey:
Allí le teneis atado;
Sustituid de contado
La injusticia de mi ley.
Garc. No mas al virey me nombres,
Y escúchame en conclusion;
Que es fuerza que á mi razon
Te amedrentes y te asombres.
Habia un noble en Sevilla
Leal cual nadie en la tierra,
El cual se partió á la guerra
Con las huestes de Castilla.
Tenia este hombre consigo
Una hija, tierna y hermosa,
Que crecia virtuosa
De su amor bajo el abrigo.
Mas á la guerra al marchar,
Por mas que le fuera en pena
A la vigilancia ajena
La tuvo que encomendar.
Fió, pues, en el misterio
De un cláustro, y aunque no sola,
Sujeta á un aya dejóla
Cerrada en un monasterio.
Pero ¡oh fortuna cruel!
Sin conciencia y sin pudor
Un infame seductor
Se introdujo astuto en él.
La embriagó con sus promesas,
Y la infeliz criatura,
Aborreció la clausura,
Saltó sus verjas espesas,
Y arrojándose en los brazos
De aquel corruptor maldito,
Cometió el primer delito
Haciendo mi honor pedazos.
Rod. ¡Vos sois su padre! ¡Señor,
Perdon!
Garc. Me vas comprendiendo,
Segun parece.
Rod. ¡Oh! comprendo
De un padre el justo furor.
Garc. Escúchame, pues, villano,
Y entiende que solo vengo
A decirte que yo tengo
Tu vida entera en mi mano.
Rod. Oid primero, señor.
Garc. Nada tengo que escuchar;
Ni yo te vine á matar
A oscuras como un traidor.
Sé, conozco tu inocencia;
Con una palabra mia
Sé que salvarte podia
El honor con la existencia;
Mas tú fuiste el asesino
De mi hija, y aunque es injusta
Tu sentencia, es cosa justa
Que se cumpla tu destino.
Rod. ¡Yo asesino de Angelina!
Aquí hay un error fatal.
Garc. No solo con el puñal
O el veneno se asesina.
Miserable seductor,
Tú el sepulcro la has cavado,
Tú me la has asesinado,
Mas vilmente, con tu amor.
A las fatigas y viajes
A que esponerla has querido
Para matarla, has unido
Tus desprecios, tus ultrajes.
Con tu amor la enloqueciste;
Mas del suyo te cansaste,
Y al cabo la abandonaste,
Y al fin pereció la triste.
Rod. ¡Viven los cielos, señor!
Vos sois víctima fatal
De alguna trama infernal.
Garc. Mira, infame, el confesor
(*Mostrando el retrato.*)
Que la escuchó en su agonía
Con sus palabras postreras
En que encargó que murieras
Este retrato me envia.
Rod. ¡Es el vuestro!
Garc. El mio, sí.
Yo al cuello se le colgué
Cuando á lidiar me marché.
Rod. Todo lo entiendo, ¡ay de mí!
Los esbirros del virey
Del cuello se le arrancaron
Cuando mi casa asaltaron
En el nombre de la ley.
¿Sin duda él mismo os le dió?
Garc. Sí por cierto.
Rod. ¡Y él, de fijo,
Que murió Angelina os dijo!
Garc. El mismo.
Rod. Señor, mintió.
Mintió; pura y virtuosa,
Lamentando nuestro error,
Vive Angelina, señor.
Garc. ¡Vive!
Rod. Vive, y es mi esposa.
Garc. ¡Tu esposa!
Rod. En la soledad
De una aldehuela española
En nuestra fuga asaltóla
Peligrosa enfermedad.

Salvóla el favor de Dios,
Y nuestro delito es
No haber ido á vuestros piés
En lugar de huir de vos.
Garc. ¡Vive! ¡ay de mí! ¿Dónde está?
Alza, sígueme, corramos.
Rod. Dios quiera que no vayamos
Muy tarde en su auxilio ya.
Garc. ¡Qué dices!
Rod. El alborozo
Refrenad, padre y señor,
Que por resistir su amor
Suspira en un calabozo.
Garc. ¡Amor! ¿de quién?
Rod. De Vergara.
Garc. ¡Él! ¡el infierno le auxilia!
¿Él insultar mi familia?
Saldrále su audacia cara.
¡Oh! haré un terrible escarmiento:
Yo le arrancaré el toison,
Enlodaré su ropon,
Y le haré sin miramiento
Cumplir con la ley completa,
Y al suplicio por traidor
Irá como un malhechor
Sentado en una carreta.
¿No me comprendes, mancebo?
Mas respira á tu placer,
Que es inmenso mi poder
Y á todo con él me atrevo.
Del poder de que abusó
Apartó á Vergara el rey.
Rod. ¿No es ya Vergara el virey?
Garc. No; ahora el virey soy yo.
Rod. ¡Ah! desatadme, y salgamos...
Garc. Sí, que todo cabe en él.
(*Va don Rodrigo á la puerta por donde entró Don García, y la halla cerrada.*)
Rod. Mas resiste este cancel...
Gar. ¡Cielos! perdidos estamos.
Cerróle detrás de mí
Cuando aquí me acompañó,
Y el lazo que me tendió,
Ciego de rabia, no ví.
¡Vive Dios!
Rod. Desdicha fué
De nuestra suerte tirana.
(*Suena la campana.*)
Mas ¡Dios santo! la campana.
¡Todo se perdió!
Garc. ¿Porqué?
Rod. Esa campana, señor,
Anuncia que mi Angelina
Hácia el cadalso camina
Sin consentir en su amor.
Garc. ¡Ah! todo lo entiendo ahora.
Por eso el traidor Vergara
Pedia que le dejara
Mandar aun una hora!
Creí á la hija de mi amor
Vengar entretanto en tí.
Rod. ¿Y habeis consentido?
Garc. Sí.
Rod. ¡Ah! ¡qué habeis hecho, señor!
(*Durante esta escena y la siguiente óyese doblar pausadamente la campana de modo que no estorbe á la representacion. Oyese murmullo como de cánticos sagrados á lo lejos, y la luz de las hachas que se supone que acompañan á Angelina penetra por la reja de la puerta, por la que no debe verse mas que el resplandor.*)
Garc. Mas oye ¿qué significan
Esas voces religiosas?
Rod. No sé, pero me estremecen.
Garc. Se ve resplandor de antorchas
Por esa reja.
Rod. ¡Dios mio!
¿Qué procesion tenebrosa
De enlutados es aquella
Que se aleja por las cóncavas
Galerías?
(*Se asoman á la reja tapándola con sus personas, impidiendo al público ver lo que pasa por el fondo.*)
Garc. Es sin duda
Algun entierro.
Rod. Oid: dobla
Un atambor destemplado.
Garc. Oye, oye lo que pregonan.
Rod. ¡Es una justicia!
Garc. Escucha.
(*Suena el pregon á lo lejos.*)
Voz. Esta es la justicia que manda hacer en nombre del rey nuestro señor, su escelencia el conde de Vergara, virey de Nápoles, en la persona de Angelina de Orellana, por delito de lesa magestad.
Garc. ¡Tened, canalla traidora!
Yo soy el virey de Nápoles.
Abrid pronto esta mazmorra,
O ¡voto á Dios, que en cenizas
Tornaré la ciudad toda!
Rod. ¡Ay, padre! que están muy lejos,
Y vuestras voces ahoga
La multitud que murmura
Y en vano intentais que os oigan.
Garc. ¡Oh! ya se pierden cruzando
Las galerías tortuosas.
Rod. Todo es en vano, señor.
Garc. El corage me sofoca.
Guardias, soldados, á mí:
Al que mis cerrojos rompa,
Le haré tan rico, que pueda
Despreciar una corona.

Un Soldado, por fuera de la reja. ¿Qué es lo que estais ahí gritando?
Garc. Llega, buen soldado, toma.
(*Alargando por entre la reja sus credenciales.*)
Yo soy el virey de Nápoles,
Mis credenciales en forma
Son esas; corre al consejo
A presentarlas, y pródiga
Mi mano te abrirá de oro
Cuanto mi raza atesora.
Soldado, riendo. ¿Vos el virey?
Garc. Mira, mira.
Soldado. Vaya, esta gente está loca.
Garc. Lee por piedad, y la firma
Verás del rey.
Soldado. ¡Esa es otra!
Ni yo sé leer, ni nada
De lo que decís me importa.
Garc. ¡Por cristo crucificado!
Si llamas quien nos socorra,
Te haré alcaide del castillo.
Soldado. ¿Y si por ello me ahorcan
Antes de llegar á serlo?
Garc. ¡Triste de mí! ¡No hay quien ponga
Fin á tan duro suplicio!
¡Con que ningun medio logra
Tener ese asesinato!
Soldado. ¡Pobre viejo: cómo llora!
Rod. ¡Y aun esa fatal campana
Temerosamente dobla!
Garc. ¡Y va á la muerte mi hija...!
Soldado. ¡Calla! ¿sois de esa señora...?
Garc. Su padre, ¡voto á los cielos!
¿No lo has entendido hasta ahora?
Rod. ¡Oh! te enternece, soldado,
Nuestra situacion penosa!
Garc. ¡Por la Vírgen sacratísima!
Esas credenciales toma,
Corre al consejo, y la salvas.
Es inocente.
Soldado. En buen hora:
Dadme esos papeles, dádmelos;
Que si hago esa buena obra,
Todo lo demas es nada.
Rodrigo. Toma, y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VI.

DICHOS, EL VIREY, QUE DURANTE LA ESCENA ANTERIOR SE HABRA ASOMADO AL BALCONCILLO.

Vir. Llegará tarde, señores.
Garc. ¡Oh víbora ponzoñosa!
El cielo ponga en tu alma
El pesar que me destroza.
Virey. Yo os juro, buen Don García,
Que comprareis á gran costa
El vireinato de Nápoles.
Garc. Téngale tu alma ambiciosa,
Si tanto el mando te agrada.
Yo te le vuelvo.
Virey. Me sobra
Con las dos horas que tengo.
Garc. Tiembla, traidor: esas horas
Te abreviará tu consejo.
Virey. Es esperanza ilusoria:
Yo presentaré contra ellas
Tu firma y palabra propia.
Garc. ¡Oh, por piedad, tu venganza
Descarga en mí... mas perdónala!
(*La campana deja de tocar.*)
Rod., espantado. ¡Infelices de nosotros!
Ya la campana no toca.
Garc. ¡Dios mio!
Virey. Y ya está cumplida
Su sentencia. Sed ahora
Virey de Nápoles, sedlo:
Y vuestra primera obra
Sea abrir su sepultura
Y hacer celebrar sus honras.
Garc. ¡Oh, calla, y Dios te maldiga!
(*Vuelve á sonar la campana con mas prisa.*)
Rod. Escuchad: otra vez dobla
La campana.
Virey. ¡Cielos!
Rod. Padre,
A rebato es lo que tocan.
(*Suenan arcabuzazos, tambores y clarines á lo lejos.*)
Rod. ¡Tiembla, miserable, tiembla
Si la fortuna se torna!
Virey. ¡Tiembla, si yo te presento
La cabeza de tu esposa!
(*El tumulto y las voces se acercan. Oyense gritos de* ¡muera el conde de Vergara! *y se ve por la reja de la puerta el resplandor de los hachones. Don García y Don Rodrigo se abalanzan á la puerta, gritando á los de afuera.*)
Rod. ¡Aquí, soldados, aquí;
Favor á Nápoles!
Un Soldado. ¡Hola!
Aquí están. ¡Eh! camaradas,
Abajo la puerta!
Otro. ¡Otra
Palanca por ese lado!
Virey. ¡Cielos! la turba traidora
Los calabozos asalta.
Huyamos.
(*Va á salir y halla cerradas las puertas del balconcillo.*)
¡Mas qué alevosa

Traicion: por dentro han cerrado
Este balcon!
(*Golpea y empuja las puertas que no ceden.*)
¡Oh, ellos doblan
Sus esfuerzos! ¡Me han vendido!
Mas mi suerte no me importa
Si se logra mi venganza.
Pueblo. ¡Adentro!

ESCENA VII.

CAE LA PUERTA Y ENTRAN EN TROPEL SOLDADOS, PESCADORES, VILLANOS, ETC., ETC., CON ANTORCHAS, CHUZOS, PICAS, SABLES, ETC. DON GARCIA Y DON RODRIGO, AL VER QUE NO VIENE ENTRE ELLOS ANGELINA, DAN UN GRITO Y VAN A SALIR DICIENDO A UN TIEMPO.

Garc. ¡Vírgen piadosa!
¿Y mi hija?
Rod. y Garc. ¿Angelina?
Virey, á Don García. No la esperes:
Con ella el mando me compras.
Diego, dentro. Abridnos paso.
Rod. ¡Ese acento...!
(*Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en los brazos de Don García y de Don Rodrigo.*)
Rod. ¡Dios mio, es ella!
Garc. ¡Hija mia!
Ang. ¡Padre, esposo!
Virey. ¡Ah, él me vendia!
Un Pescador, viendo al conde de Vergara. ¡El virey!
Pueblo. ¡Muera!
Diego. ¡Eh! con tiento.
(*Al Virey.*)
Las vueltas os he cogido,
Señor Vergara, que al cabo
El astuto vence al bravo
Y en mi trampa habeis caido.
(*El balcon se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al Virey.*)
Mi cabeza me exigísteis
O el incógnito del mar,
Y os le vengo á presentar:
Aquí está el que me pedísteis.
(*Señalando á Don García.*)
Virey. ¡Oh rabia!
Pueblo. ¡Muera!
Otros. ¡Matarle,
Matarle!
Garc. ¡Todos atrás!
Solo el rey tiene no mas
Derecho de castigarle.
Vergara, á su real consejo
Os remito, y sin encono
Como quien soy os perdono,
Y como vencido os dejo.
Y esta piedad que acrisola
Mi justicia y my nobleza,
Os prueba cuánta grandeza
Cabe en un alma española.
(*Los guardias retiran del balcon al conde de Vergara. Don García toma de la mano á su hija y á Don Rodrigo: la multitud les abre paso y salen. Al irse todos tras ellos dice.*)
Diego. ¡Viva Don García de Orellana, Virey de Nápoles!
Todos. ¡Viva!

APOTEÓSIS

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS.

LA FAMA.
EL REPOSO.
LA CRÍTICA.
HOMERO.
VIRGILIO.
SHAKSPEARE.
CERVANTES.
COROS Y ACOMPAÑAMIENTOS CORRESPONDIENTES.

ESCENA PRIMERA.

ALEGORIA DEL ALCAZAR DE LA MEMORIA, FIGURANDO UN ANTRO OSCURO CON CINCO PUERTAS Ó NICHOS QUE SE ABREN A SU TIEMPO. AL LEVANTARSE EL TELON SE OYE MUSICA Y CANTAN DENTRO.

Pasad, ruidos livianos,
Inútiles quimeras,
Espíritus mundanos
Que de la tierra prófugos
Por las tinieblas vais.
Pasad, sin que al tumulto
De vuestros piés profanos
De mi palacio oculto
La soledad pacífica
Pasando interrumpais.
¡Pasad, pasad!

Aquí no está el imperio
De vuestra magia impura,
Aquí de hondo misterio
Entre los velos mágicos
En blando sueño están
Los Genios que vertieron
La luz sobre la tierra,
Los que de Dios bebieron
La ciencia y el espíritu
Con anheloso afan.
¡Pasad, pasad!

La Fama, saliendo. ¡Há del reposo que
en las tumbas mora!
¡Há del misterio que velando está!
El Reposo, dentro. ¿Quién de las tumbas
atencion implora?
¿Quién por mi reino descarriado va?
La Fama. La Fama soy, que de la tierra
vengo.

ESCENA II.

ABRESE LA PUERTA DEL CENTRO, Y APARECE EN UN LECHO EL REPOSO CORONADO DE ADORMIDERAS.

El Reposo. ¿Qué pasa pues en la fatal
mansion?
¿Llegó el instante en que sin tino tengo
Los sellos que romper de mi panteon?
¿Tocó en su colmo la locura humana?
¿La cólera de Dios se desbordó
Y el orbe á polvo tornará mañana?
¿Vuelve la nada á su principio?
La Fama. No.
El tiempo sigue su veloz carrera,
El mundo largo tiempo vivirá,
Y largo sueño en tu mansion espera
A los que su antro cobijando está.
Mas óyeme un instante, y tus oidos
La nueva que divulgo escucharán,

Y tus genios de gozo estremecidos
En su lecho de mármol se alzarán.
Hay un rincon de la atrevida Europa
Do una raza de inmenso corazon
Vive, y guarece su triunfante tropa
La sombra de un Castillo y un Leon.
España, sí, que vencedora un dia
Dos mundos ocupó con estrechez;
España, que negaba y concedia
Tierra donde vivir, con altivez;
Existe libre de estrangero yugo,
Por mas que Europa la contemple audaz
Y ser quisiera su fatal verdugo,
Siempre envidiando su valor tenaz.
La inquieta Europa que intentó humillarla
No la conoce todavía bien,
Y atenta solamente á encadenarla,
La mira desde lejos con desden.
Pobre, ignorante y sin poder la entiende,
De sí misma la juzga sin amor,
Y ella á su vez su libertad defiende
Con su fe solamente y su valor.
Tinta en la sangre de sus propios hijos,
Cercenada de intrusos por do quier,
No ha sabido á desastres tan prolijos
La gloria de sus hijos posponer.
Templos les abre, y les eleva estátuas,
Y « esos son (dice á los estraños), sí,
Los que pregonan vuestras lenguas fátuas
Sin recompensa ni memoria en mí.—
¿No hay aquí gloria? — Sin que mucho tarde,
Calderon y Cervantes lo dirán.—
¿No hay libertad? — Daoiz y Velarde
A daros un ¡mentís! despertarán. »
Eso dice la España postergada,
Eso la fama anunciará veloz;
Díselo tú, Reposo de la nada,
A esos que duermen sin oir mi voz.
Si al viento de las recias tempestades
Con que su patria desolar se ve
Ardiendo se desploman sus ciudades,
Sus mausoleos quedarán en pié.—
Diles que duerman sin odiar los hombres
A esos que grandes y españoles son,
Y que no ignoren que escribió sus nombres
A par de los mas grandes su nacion.
El Reposo. Sí les diré. Sus almas bienhadadas
Con tus nuevas ¡oh Fama! gozarán,
Y con blanda sonrisa en sus almohadas
A posar la cabeza tornarán.
Que aquí halla amparo, proteccion y asilo
Cuanto atañe al descanso y al placer,
Aquí reposa el corazon tranquilo
De la ansiedad con que acertó á nacer.
La Fama. ¡Oh! tengan ese mísero consuelo
Que el envidioso mundo les negó,
Ahora que ven que sin premiar el cielo
Jamás el genio y la virtud dejó.
El Reposo. Las alas otra vez tiende segura,
Tórnate en calma donde alumbra el sol;
Ellos sabrán en mi mansion oscura
La gloria de ese Fénix Español.
La Fama. ¿Quién trajo aquí sin mi poder la nueva?
El Reposo. Há siglo y medio ¡oh Fama! que la sé,
Que há siglo y medio que en el mundo prueba
Con sus palabras Calderon quién fué.
La Fama. La lumbre de su gloria reverbera
Por cuanto alumbra el rutilante sol,
Y España olvida su contienda fiera
Escuchando su Fénix Español.
El Reposo. Por quién es, está aquí; yo que le guardo
El primero á mi vez le conocí.
La Fama. Su triunfo dile.
El Reposo. A que se torne aguardo.
La Fama. ¿No está en tus reinos?
El Reposo. Volveráse á mí.
A recibir la merecida palma
A su alcázar la gloria le llamó,
Y hoy volverá regocijada el alma
Al lecho que un instante abandonó.
La Fama. A Dios te queda pues.
El Reposo. Vé tu camino,
Y allá en los sitios por do errante vas
Venga á la España y su cantor divino,
Que bien merecen los de España mas.
La Fama. ¡Guai de quien mira necio ó atrevido
Con ojos insolentes su pendon!
¡Guai del que asome cuando dé un rugido
Y despierte iracundo su leon. (*Vuela.*)

ESCENA III.

EL REPOSO.

Y vosotros que en sueño perfumado
En vuestro lecho de laurel dormís,
Alzaos y gozad con lo pasado,
Levantaos á ver cómo vivís.
¡Há de los mansos soñolientos sones
Que arrullan y adormecen mi mansion,
Cantad, y al entonar nuevas canciones
El descanso romped de mi panteon!
No traigais el murmullo de las hojas,
Ni de las fuentes el rumor tenaz,
Ni el son del aura en las espigas rojas,
Ni el suspiro del zéfiro fugaz.
Venid sobre el perfume de las flores
Con el vario cantar del ruiseñor

Cuando cuenta á la aurora sus amores
El rocío libando en una flor.
Traed las armonías que en la gloria
Se exhalan del laüd del serafín,
Y á las puertas llamad de la memoria
De los que duermen sin temer su fin.
¡Cantad! y que despierten un momento
Su gloria inmarcesible á contemplar,
Como á los besos de amoroso viento
Las flores, que se vuelven á cerrar.
(*Ciérranse las puertas que muestran el lecho del Reposo, y se oye dentro música.*)

ESCENA IV.

MUSICA.

Alzaos del sepulcro
Los que dormís en paz.

Aun se oyen vuestros cánticos
Gloriosos resonar,
Sobre las alas rápidas
De las centurias van;
De vuestros nombres ínclitos
La lumbre celestial
El mundo por sus ámbitos
Iluminando está.
Alzaos del, etc.

Ni ingrata á vuestro espíritu
La patria desleal
En vuestros secos mármoles
Os dejará posar.
Con vuestra fama espléndida
Feliz se ufanará
Si acuerda á vuestras ánimas
Orígen inmortal.
Alzaos del sepulcro
Los que dormís en paz.

(*Abrense las puertecillas del escenario, cada cual á su turno, dejando ver una débil aureola de luz, símbolo de la gloria, y se presenta á su voz* HOMERO, VIRGILIO *y* SHAKSPEARE *coronados de laurel, apareciendo sus nombres sobre sus respectivas puertas en letras de luz y conforme van presentándose.*)

Hom. ¿Quién á luz torna mis desiertos ojos?
¿Quién música tan dulce en mis oidos
Vierte, y á vida vuelve mis despojos
En el abismo de la sombra hundidos?
Oigo una voz mas suave y halagüeña
Que las aguas del Xanto y del Eurotas,
Que de mi patria la ilusion risueña;
¡Memorias dulces por la muerte rotas!
Alcanzo en el espacio vagarosos
Ricos de gloria y varios en colores
Ir en monton espíritus famosos
Cantando al par su religion y amores.
¿Quiénes son esos héroes que embozados
Van en tropel, y nacen de una lira
Cuyos cantares con vigor lanzados
De mi Grecia el espíritu no inspira?
No conozco sus faces escondidas
Tras de los cascos que los rayos doran,
Ni comprendo sus trovas confundidas
Con plegarias al Dios á quien adoran.
No van á los Elíseos por descanso,
Ni á Júpiter invocan, mas su acento
Baja solemne y armonioso y manso
Por la region del azulado viento.
¡Cantad, héroes, cantad! que mis oidos
Os oyen con placer, y el alma mia
En vuestros sones va desconocidos
A torrentes bebiendo la armonía.
Yo os escucho, cantad; mi largo sueño
Meceis con vuestra voz: ¡cisnes estraños!
Verted deliciosísimo beleño
En el insomnio de mis luengos años.
Virg. Yo oí entre las hojas de mi laurel sonoro
Brotar de un harpa nueva el inspirado son,
Y desperté sintiendo de sus bordones de oro
Los misteriosos ecos herirme el corazon.
No fué, sin par Homero, la voz de tus valientes
Ni el himno de tu Grecia la música que oí;
Sus notas son mas graves, y escitan reverentes
Memorias religiosas con que jamás viví.
No adornan sus misterios los mirtos de Cartago,
La voz de las Sibilas, ni el carro del amor,
De Venus las palomas, ni de Caron el lago;
Ni el porvenir de Roma, á quien fingí mejor.
Mas yo mientras escuche las notas de esa lira
No quiero de mi lecho volver al cabezal;
Quien quiera que tú seas, quien con tu voz suspira,
Tu canto no interrumpas ¡oh bardo celestial!
Te escucho, y tu armonía dulcísima me suena
Como la voz lejana del espumoso mar,
Como el susurro manso de la floresta amena
Y el ala de la garza que empieza á remontar.
La sombra de los olmos en la abrasada siesta,
De un límpido arroyuelo el desigual rumor,
No son para el viajero que á reposar se apresta
Cual para mí son dulces tus cántigas de amor.
Sí, canta, y de mi gloria con reverente oido
En mi mortal insomnio tu voz escucharé,

Y aromará mis sueños el plácido sonido
De tus palabras bellas que comprender no sé.
Shaksp. Yo oí su voz primera descendiendo
A esta mansion de sombra y de reposo,
Y allá en el alma el porvenir midiendo
Miré á lo lejos y alcancé un coloso.
Yo te conozco bien, hijo del canto,
Yo comprendo la voz de esas quimeras
Que en un delirio misterioso y santo
Lanzas al mundo de quien nada esperas.
¿Quién resiste tu voz? Lanzada al cielo
Te franquea sus puertas eternales;
Lánzala al viento y detendrá su vuelo
Al vivo lampo de sus mil fanales.
El Averno, la mar, y el orbe todo
De tu arpa cede al colosal imperio;
Sí, cuanto existe de insondable modo
De su existencia te mostró el misterio.
¿Quién como tú? los mundos á tu órden
Ante tus ojos obedientes giran,
Atomos son que hierven en desórden,
Y á tu voz nacen y á tu voz espiran.
Soplas sobre ellos, y á tu soplo viven;
Si necesitan voz, les das tu acento;
Si forma, de tus manos la reciben;
Si atributos, les das tu pensamiento.
Eres un manantial rico y fecundo,
Tu lengua es un torrente de ambrosía,
Tu mente radia como el sol, y el mundo
Al son de tu palabra se estasía.
De águila son tus ojos; son tus alas
De ardiente querubin; á las tormentas
En el impulso de tu vuelo igualas,
Y á reposar en el zenit te sientas.
Allí sueltas tu voz, y allí á tu canto
El curso de los astros se suspende;
Dios te envuelve en las orlas de su manto,
Y en su divino espíritu te enciende.
Sacerdote de Dios, cantas su gloria;
Bardo de religion, tú la penetras;
Tu patria diviniza tu memoria,
Y los sabios aprenden de tus letras.
Canta, y en tanto que tu genio aborte
De místicos fantasmas luenga tropa,
A la sombra inmortal de su cohorte
Yo dormiré, y aplaudirá la Europa.

ESCENA V.

HOMERO, VIRGILIO, SHAKSPEARE, LA CRÍTICA.

La Crítica. (Ni del reposo y la muerte
En los brazos dormirán;
Yo amargaré cuanta gloria
El universo les da.)
¡Ha de los que alzan la frente
Del mundo á la vanidad,
Yerbas que brotais al soplo
De vuestro orgullo no mas;
Tan solo vuestra demencia
Vosotros divinizais!
¿De qué sirve á quien le escucha
Vuestro sublime cantar?
Esas creaciones grandes
Que encareceis con afan
Solo son necios delirios
Incomprensibles asaz.
¿De ese cantor os arrulla
El cántico celestial?
Porque escuchais solamente
Su monótono compas.
Así es el ruido del viento,
Del agua así el son fugaz,
A su murmullo se duerme,
Mas no se entiende jamás.

ESCENA VI.

HOMERO, SHAKSPEARE, VIRGILIO, LA CRÍTICA, CERVANTES.

Cerv. ¿Quién con tan negras palabras
Llega á esta mansion audaz,
Que de mi sueño de mármol
Me viene así á despertar?
La Crítica. La Crítica soy juiciosa,
En cuya balanza igual
Se equilibran los tesoros
Que debe la ciencia dar.
Yo por el bien de los hombres
Estoy en vela tenaz,
Y les marco los caminos
Por do salir sin errar.
Yo les aparto los brezos,
Yo les enseño además
Dónde están los precipicios
Y los escollos do están.
Yo voy con mi clara antorcha
Guiando su ceguedad,
Y caen los que no me siguen
A cada paso que dan.
Sin mí no hay nada perfecto,
Sin mí no podeis hallar
Ni lo justo, ni lo hermoso,
Ni la luz, ni la verdad.
Calderon, á quien ufanos
Fénix del arpa llamais,
No supo sin mis auxilios
Sino caer y tropezar.
Y pues quereis como al Genio
Divinizarle, mirad
Que es perfeccion lo divino,
Y que quien yerra es mortal.

Y esto os dice quien lo sabe,
Que no aumento al afirmar
Que aun Dios al hacer sus obras
Me las consulta quizás.
Cerv. Yo te conozco, quién eres
Sé bien, y de mí ocultar
No puedes lo que tu envidia
Dicta á tu lengua infernal.
Crítica, tú eres un monstruo
Solo de envidia capaz,
Tu lengua mana veneno
Y en hieles bañada está.
Pero no puede los bordes
De los sepulcros pasar,
Y aquí no tienes oidos
Para tu canto mordaz.
Aparta, pobre sirena,
Que has olvidado el cantar;
Huye, hermosura caduca,
Que has perdido tu beldad.
Tú tienes torpes las manos,
Y las alas con que vas
Volando, tan solo pueden
Tu cuerpo vil remolcar.
Aparta, lince sin ojos,
Que lo que no puedes ya
Ciega entender por tí misma,
Lo tienes que preguntar.
Aparta, cuervo engrëido,
Que pavoneándote vas
Con las plumas que recoges
En pós de la garza real.
La Crítica. ¡Oh, sí! vosotros quisiérais
Al corazon engañar,
Mas yo quiero recordaros
Algo de la realidad.
Homero, tú que cantando
Hiciste á Grecia inmortal,
Para alimentarte en Grecia
Tuviste que mendigar.
Virgilio, tus ricos cantos,
Que á Homero te hacen igual,
Son el incienso que el Cesar
Te hizo á sus plantas quemar.
Cervantes, la misma tierra
Que ahora estátuas te da,
Miserable y calumniado
Te vió morir sin piedad.
Ni Shakspeare vigoroso
Ni Calderon...
Cerv. Basta ya;
Mi patria es grande y no puede
Ni confundir ni olvidar.
(*Música lejos.*)
Virg. ¡Silencio! ya resuenan los himnos inmortales
A cuyo justo y santo y poderoso son
Sus quicios de oro rompen las puertas celestiales,
Y al Genio dan camino por su imperial mansion.
Hom. Desciende, de tu gloria la frente coronada,
Baja á la arena olimpia, ¡oh atleta triunfador!
Ven á dejar tu lira sobre el laurel colgada,
Cuya tranquila sombra te enjugará el sudor.
Shaksp. Cantor de los misterios que ciega no comprende
De Grecia ni de Roma la inspiracion gentil,
Los ojos á tu orígen divinizado tiende,
Tú tienes en tu patria un trono de márfil.
De Dios siendo en la tierra la soberana hechura,
Derechos inmortales tenemos hácia él;
Ven á gozar tu gloria sobre la lumbre pura
Que radia su semblante y entolda su dosel.
Cerv., á la Crítica. Y tú que nunca descansas
Y que á todos aconsejas,
Ven á presenciar su gloria,
Si con su gloria no ciegas.
Hoy que le conoce España,
Y que grande le confiesa,
En la divina familia
De los inmortales entra.
Y aquí del mezquino mundo
Las tempestades no llegan,
Ni de la envidia los dardos
Emponzoñados penetran.
Que las estrellas no alumbran
Por donde el sol reverbera,
Ni suben las golondrinas
Donde las águilas vuelan.
Vé á contar esto á la España,
Y si su amor les conserva
A los hijos que la ilustran
Con sus armas ó sus letras,
Ni necesita estrangeros
Que la enseñen, ni defiendan,
Ni ha de faltarla lidiando
La libertad, ni la tierra.
La Crítica. Sí que la diré...

ESCENA ÚLTIMA.

APARECE EL REPOSO, Y DESAPARECEN HOMERO, VIRGILO, SHAKSPEARE Y CERVANTES POR SUS CORRESPONDIENTES APARIENCIAS.

El Reposo. ¡Silencio,
¡Crítica! tus labios sella,
Venda tus ojos, y escucha
De rodillas muda y ciega.

Que del Genio á quien su patria
Agradecida venera,
Donde le labran su tumba
Su Apoteósis empieza.

(*Transformacion magnífica de Apoteósis al son de un himno triunfal á órgano y orquesta.*

La Crítica de rodillas; en un pedestal decorado con insignias de triunfo la Sombra de Don Pedro Calderon de la Barca, de cuerpo entero, coronada de laurel, y mostrando la cruz de Santiago, de quien fué caballero. A la derecha un símbolo de los Autos Sacramentales en una alegoría que remata con la cruz, y sembrada de palmas, en cuyas hojas se leerán los títulos de los mejores Autos.)

La nave del mercader.
La divina Filotea.
La cena de Baltasar.
Las espigas de Ruth.
El laberinto del mundo.
El divino Orfeo.
La cura y la enfermedad, etc., etc., etc.

(*A la izquierda otra alegoría coronada por el amor y orlada de atributos profanos, donde se lean títulos de las mejores comedias de Calderon.*)

La dama duende.
La vida es sueño.
La niña de Gomez Arias.
El escondido y la tapada.
El jardin de Falerina.
La devocion de la cruz.
El alcalde de Zalamea.
Las tres justicias en una.
El mágico prodigioso.
A secreto agravio secreta venganza.
Casa con dos puertas mala de guardar.
El pintor de su deshonra, etc., etc., etc.

(*Al pié de las alegorías los genios y coros correspondientes que han de cantar el himno de Apoteósis, y los bailarines, cuya primera figura será quedar formando con guirnaldas ó cosa equivalente, y cada cual con su letra, el nombre de* CALDERON.)

HIMNO.

CORO.

Las aguas del olvido
Por tí no pasarán;
Los que á su gloria suben
Jamás descenderán.

Sin miedo de los siglos al insolente encono
Ostenta ya tu frente ceñida de laurel:
Tu nombre es infinito, tu féretro es un trono,
Y tú solo desciendes para reinar en él.
Las aguas, etc.

Tú puedes ver el alba nacer junto á tu frente,
Tú puedes con las nubes por los espacios ir:
Tu gloria es mas brillante que el sol en el oriente,
Mas grande que los tiempos tu inmenso porvenir.
Las aguas, etc.

El mundo rueda henchido de ardientes creaciones
Que de tu mente rica la inmensidad lanzó;
Y el aura vaga llena de los brillantes sones
Que de tu sacra lira la inspiracion brotó.
Las aguas, etc.

Los astros y los montes, las aguas y los vientos,
Las fieras de la selva, los peces de la mar,
Vinieron convocados al son de tus acentos
De Jehová infinito las glorias á cantar.
Las aguas, etc.

Y montes, aguas, astros, y peces, aire y fieras,
Recuerdos de tu gloria sin término serán;
Y en las remotas playas y edades venideras
Por do se encuentre vida tus cantos vivirán.
Las aguas, etc.

Ven á ocupar tu trono, rey harto de victoria,
Ven á tomar tu lira, ¡oh ardiente Serafin!
Y beberás eterno las aguas de la gloria
Delante del santuario del que será sin fin.
Las aguas, etc.

EL MOLINO DE GUADALAJARA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

AL SEÑOR

DON ANTONIO DE ORFILA

EN PRENDA DE AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Guadalajara, setiembre 30 de 1843.

PERSONAS.

DOÑA JUANA DE VILLENA, condesa de Trastamara.
PEDRO CARRILLO, escudero de su real casa.
JUAN PEREZ.
LUCAS RUIZ.
LUCIA.
GIL DE MARCHENA.
TERESA. GARCIA.
TRES BALLESTEROS QUE HABLAN.
SOLDADOS DEL REY DON PEDRO.
SOLDADOS DEL INFANTE DON ENRIQUE.

La escena pasa en el acto segundo y tercero en el castillo de Alcalá la Vieja, y en el primero y cuarto en el molino de Guadalajara, en el mes de diciembre de 1357 de nuestro Señor Jesucristo.

ACTO PRIMERO.

Interior de la habitacion de Lucas en su molino de Guadalajara, con puerta en el fondo y otra á la izquierda, ventana á la derecha, mesa, taburetes, costales y demas utensilios propios del lugar de la escena.

—

ESCENA PRIMERA.

LUCAS, LUCIA.

Lucas. Pero por fin, vamos claros,
No me zumbes las orejas;
Lucia ¿de qué te quejas?
¿De qué nacen tus reparos?
Lucia. De que ya en el pueblo entero
Tanto de vos se murmura...
Lucas. ¡Bah! Lucia, envidia pura
De mi suerte y mi dinero.
Lucia. Dicen que lo ganais mal
Y que oro de infamias fruto...
Lucas. Quien lo desprecia es un bruto
Digno solo de un ramal.
Lucia. Mas yo que estoy escuchando
Tales cosas todo el dia...
Lucas. Si no anduvieras, Lucia,
Por el pueblo pindongueando
Poniéndoles buena cara
A todos esos galopos
Que te echan cuatro piropos,
A fe que no te me alzara
De cascos murmuracion
Tan necia.
Lucia. Sí; mas ya veis,
Tales cosas diz que haceis...
Lucas. Vamos, y ¿qué cosas son?
Lucia. Pues, señor, echando fieros
Contra vos, dicen que pasa
De raya, y que es vuestra casa
Caverna de bandoleros.
Lucas. Que vengan, pues, si se atreven
A asaltármela, que vengan

Que yo haré que encima tengan
Mucho tiempo lo que lleven.
Lucia. Dicen que vos, siendo de antes
Buen amigo y compañero,
Sois ahora ruin, pendenciero,
Y uno en fin de esos tunantes
Que han dejado desidiosos
La hoz, el bieldo y la azada
Por la ballesta y la espada
Como unos facinerosos.
Lucas. Lo que duele á esos bergantes
Es el que yo en mi molino
No les dé por largo el vino
Y las comilonas.
Lucia. Antes
Se quejan de que eso hagais
Con esos otros bribones
Bandoleros y matones
Con quien dice que os juntais.
Lucas. ¡Qué mal su envidia se tapa,
Lucia!... Mas con talento
Obra quien consulta al viento
Para ponerse la capa.
Me envidian que un gran señor
Elejido me haya á mí
Para establecerme aquí
Teniéndome por mejor.
¿Y yo por esos pelgares
Lo tengo de despreciar?
¡Qué locura! mas, Lucia,
Entiéndelo tú, hija mia;
Este es tiempo militar
De batallas y de azares,
Y en él son los militares
Los que tienen que medrar.
¿De qué le sirve al paisano
El cuidar de su cosecha,
Si para soldados echa
En sus paneras el grano?
¿Y si ellos lo han de comer
En cuanto el hocico asomen,
No es mejor de los que comen
Que de los comidos ser?
Yo hambreaba con la azada
En casa ajena, Lucia,
Y hoy sobra el pan en la mia
Con la ballesta y la espada.
A la espada, pues, me atengo,
Pues bien con ella me va;
Y déjalo como está,
Que á que murmuren me avengo.
Lucia. En verdad que, bien mirado,
Señor, no os falta razon,
Y no me dá á mi aprension
De que seais medio soldado,
Sino que tengais por eso
Que tratar con unas gentes...
Lucas. ¡Bah; miedos impertinentes!
No te devanes el seso
Por mis amigos, Lucia,
Que el rey con ellos me puso,
Y cuando el rey lo dispuso
Bien supo lo que se hacia.
Yo te quiero, y ya lo ves,
Cumpliendo mi oficio voy
Y holgura con él te doy,
Con que bien haya cual es
Bueno ó malo: y además,
Pensándolo con acierto,
¿Si cuando tu padre ha muerto
Dejándote á tí detrás
De él, dime, yo hubiera sido
Como antes un rapador
De quijadas, mi favor
De qué te hubiera servido?
Él se murió en la pobreza,
Y al encomendarte á mí
¿Qué hubiera yo hecho por tí?
Rapar con mas ligereza
Por la prisa de ganar,
Y tenerte gorda y maja
Para oirte á tí achacar
El fruto de la navaja.
¡Oh á Lucas le va muy bien!
Dirian... y huelga y goza...
¡Como que una buena moza
Le ayuda á rapar tambien!
Y ya ves quo esto era cosa
De dar en mil ocasiones
Para andar á mojicones
Con toda la gente ociosa.
Y por fin, dime, mujer;
¿No es mejor, no vale mas,
Estar como ahora te estás
Sin tener nada que hacer
Con criada que te lave,
Guise, sirva y adereze
Y como vivir merece
Mujer que gozarlo sabe
Tan bien como una condesa
Que no al sol, al agua, al frio,
Ir á la fuente y al rio,
Poner la lumbre y la mesa?
¿No vale mas bien vestida
Ir y mirarse envidiada,
Que no andar desaliñada
Y verse desatendida?
¿No es mejor tener pan tierno,
Caza y vino puro y sano,
Buena cama en el verano,
Buena lumbre en el invierno,
Y ver colgados al humo
En la anchurosa cocina
El chorizo y la cecina
Para tu propio consumo,
Que no morder de una hogaza

Mas dura que el zancarron,
Y dormir en un jergon,
Y alumbrarte con linaza,
Y estar harta de trabajos,
Y andar pidiendo mohina,
Medio pan á una vecina
Y á otra vecina dos ajos?
Con que así sé racional,
Y sin ver de dónde viene,
Por la cuenta que te tiene
Goza en paz tu buen caudal,
Que es lo que á ambos nos conviene.
Mas calla que siento ruido
En el puente de madera
Que dá al camino.
Lucia. Sin duda,
Señor, que es gente que llega.
Lucas. ¿Quién diablos será á estas horas?
(*Llaman recio dentro con aldabonadas y voces.*)
Lucia. Y es que traen una manera
De llamar...
Lucas. Y si les dejo
Me van á rajar la puerta.
(*A la ventanilla.*)
¿Quién es?
Voz, dentro. Abre.
Lucas. Es mala hora.
¿Qué se os ofrece?
Voz, dentro. Abre apriesa,
Rapista de los demonios,
Que está nevando.
Lucas. ¡Ah troneras!
No os habia conocido!
Allá voy. Llama á Teresa,
Lucia, y vete allá dentro
Que no quiero que te vean
Esos amigos.
Lucia. Eso es:
Siempre como monja en celda
Me haceis estar, sin dejarme
Que con nadie me entretenga.
Lucas. Son mala gente, Lucia;
Unos demonios con lengua
Que en beber y blasfemar
Se pasan la vida entera:
Vete, vete, haz lo que digo.
Lucia. Maldita sea su tutela. (*Vase.*)
(*Entra Lucas á abrir á los que llaman y vuelve con ellos.*)

ESCENA II.

LUCAS Y TRES BALLESTEROS.

1° *Ball.* Vamos, Lucas, saca un jarro
Para remojar la lengua
Y entrar en calor.
2° *Ball.* Sí, sí,
Que hace un frio que penetra.
Lucas. Voy, voy, pero ¿qué mil rayos
Traeis aquí?
1° *Ball.* Grandes nuevas.
2° *Ball.* Pero despues de beber
Te las dirémos.
Lucas. Pues ea
Aquí hay con que calentaros;
Arrimaos á esa mesa.
1° *Ball.* Sentarse pues, camaradas,
Y escanciad.
2° *Bull.* ¿Y Lucigüela?
Lucas. Ya está en la cama ha una hora.
2° *Ball.* ¡Qué diablos! pronto se acuesta.
Lucas. Como hace frio...
2° *Ball.* Voz corre
De que te casas con ella.
Lucas. Bachillerías del vulgo.
2° *Ball.* Pues lo dan por cosa cierta,
Y en verdad que harás muy bien,
Porque moza mas apuesta
No la hay en Guadalajara.
1° *Ball.* Va á ser una molinera
Famosa; á su salud, Lucas.
Lucas. Bebed y dejadla quieta.
1° *Ball.* ¡Celoso de Barrabás!
Lucas. Pues iba á hacer una buena
Boda.... La dejó su padre
Con sus sayas por herencia
Como Eva en el paraiso,
Y si no la recogiera
Yo, se habria muerto de hambre
Como su padre, á quien tenga
En su gloria Dios.
Los tres. Amen.
2° *Ball.* ¿Con que es decir que prosperas
Con tu molino, pues andas,
Lucas, recogiendo huérfanas?
Lucas. Sí, sí: hizo una hombrada en dármele
Nuestro capitan Marchena.
1° *Ball.* Pero, hombre, desde barbero
A molinero va inmensa
Distancia, y es imposible
Que arregles bien la molienda.
Lucas. En verdad que no, Martin,
Pero corre la moneda
Del capitan, y se vive
Tal cual.
3° *Ball.* Me han dicho que piensas
Traer aquí á tu sobrino
De Alcalá.
Lucas. Creo que en esta
Semana esté aquí.
3° *Ball.* Gran mozo.
Lucas. Yo no le he visto siquiera
Una vez; pero me han dicho

Que el muchacho es una hacienda.
3° *Ball.* Como quiera trabajar,
No se hallará en once leguas
A la redonda quien lo haga
Mejor.
1° *Ball.* Pero es una pieza
Que yá.
Lucas. ¿Cuantos años tiene?
3° *Ball.* En los quince raya apenas;
Un chico cachigordete
Y como una primavera
De guapo, pero mas malo
Tampoco le hay.
Lucas. Yo en carrera
Le haré entrar, y con el tiempo
Le sentará la cabeza.
Le espero de un dia á otro,
Mas á lo que importa; nuevas
Traeis, ¿cuáles son?
1° *Ball.* Para oirlas
Abre todas tus orejas,
Lucas.
Lucas. Menos zarandajas
Y al grano.
1° *Ball.* Vuelve la guerra
Con Aragon á empezarse.
Lucas. ¡Demonios! ¿pues y las treguas
De un año?
3° *Ball.* ¡Bah, ya están rotas!
Lucas. ¿Y quién las rompió?
1° *Ball.* ¡Qué flema!
Ellos ó nosotros, Lucas;
Todo es una cosa mesma.
Lo cierto es que ahora en Castilla
Se está temblando la tierra
Con un pregon de Don Pedro.
Lucas. ¿Y qué dice?
1° *Ball.* ¡Friolera!
Ahí lo tienes, lee y verás.
Lucas. Pues ¿qué te has creido, bestia,
Que he perdido yo mi tiempo
En sacristías ni escuelas?
1° *Ball.* ¿Pues qué no lees?
Lucas. Ni palote.
1° *Ball.* Pues siento á fe que no puedas
Apreciar los ringondangos
De una escritura como esta.
Lucas. Vamos, lee, lee:
1° *Ball.* Pues atiende,
Que dice de esta manera:
(*Lee.*) *Nos el rey Don Pedro, primero de Castilla, habiendo sabido que nuestro hermano Don Enrique, conde de Trastamara, se ha desnaturalizado de nuestros reinos, y hecho pleito homenaje de ser perpétuamente vasallo del rey de Aragon nuestro enemigo, juntándose con sus huestes para hacernos la guerra, hemos venido en declararle rebelde y traidor á su rey y señor natural: y le desposeemos de cuantas tierras y honores hubo en Castilla, así como á todos sus servidores: quedando todos con él condenados á la última pena donde quiera que sean habidos. Lo cual hacemos saber y pregonar en nuestros reinos para que ningun vasallo nuestro les ampare, ni encubra, ni ayude, con pretesto ni ocasion alguna, pena de perder haciendas y vidas por amparadores de rebeldes y traidores*, etc.
1° *Ball.* ¿Qué tal?
Lucas. Soberbio pregon.
3° *Ball.* Ahora sí que nos llega
Nuestro San Martin. ¡Qué lances
Vamos á echar!
2° *Ball.* ¡Qué quimeras
Con los Enriqueños!
3° *Ball.* Chicos,
Sobre el que dinero tenga
Firme; Enriqueño ha de ser
Quien lo tiene y no lo suelta.
Todos. Por supuesto.
1° *Ball.* Pero, Lucas,
Aun hay cosa que de cerca
Te toca.
Lucas. ¿Y es?
1° *Ball.* Que esta noche
Viene el capitan Marchena
A hospedarse en tu molino,
Y con una dama.
Lucas. ¿Esta
Noche?
1° *Ball.* Esta noche.
Lucas. Y te estabas
Con esa calma.
2° *Ball.* No hay priesa;
No hará mas que reposar
Un momento.
Lucas. ¿Y quién es ella?
1° *Ball.* Nadie lo sabe mas que él;
Hay quien la hace la condesa
De Trastamara.
Lucas. ¿La esposa
De Don Enrique?
3° *Ball.* Pamema,
Lucas; es cosa del rey.
Lucas. ¿Y adónde diablos la lleva?
1° *Ball.* Al castillo de que es dueño
Ahí en Alcalá la Vieja.
Lucas. ¿Viene á Alcalá el capitan?
3° *Ball.* Y á mandar toda esta tierra.
2° *Ball.* No le arriendo la ganancia
Si va al castillo.
3° *Ball.* Consejas

Son nada mas las que corren
Sobre eso.
2° *Ball.* Si parte hubiérais
Como yo visto.
1° *Ball.* Ya el vino
Se le sube á la cabeza.
2° *Ball.* ¡Voto va Dios! Todavía
Tengo ojo y mano certera
Para meterte á cien pasos
En la garganta una flecha.
1° *Ball.* ¿Qué has de tener?
2° *Ball.* ¿Lo probamos?
Lucas. Vaya; eh! Dejad las pendencias
Y que cuente lo que sabe.
2° *Ball.* Eso ya es hablar en regla.
Los tres. Pues di, di, que te escuchamos.
2° *Ball.* Pues ya sabeis que Marchena
Era del rey muy amigo,
Y compinche en sus secretas
Calaveradas nocturnas.
3° *Ball.* Hasta los niños de teta
Lo saben eso, adelante.
2° *Ball.* Pues, señor, en una de ellas
En que ambos un poco chispos
Casa de unas malagueñas...
3° *Ball.* Tambien se sabe la historia
De las niñas.
2° *Ball.* ¿Quién lo cuenta,
Pues: yo ó vosotros?
Lucas. Dejadle
Que lo cuente á su manera.
2° *Ball.* Pues, señor, vive en Granada
Un viejo de mucha ciencia,
Que Dios confunda, y que lee
De corrido en las estrellas,
Al cual propuso Don Pedro
Que consultara acerca
Del porvenir. Y allí mismo
Lo hicieron de sobre mesa,
Casa de aquellas de Málaga
Con grande algazara y gresca.
Enviaron su carta al viejo,
Y dejaron que anduviera
El tiempo. Y á poco de él
Recibieron su respuesta,
Pronosticándoles á ambos
Unas desdichas horrendas.
El rey diz que no hizo caso,
Pero el capitan Marchena
Empezó á andar muy mohino,
Y desde la misma época
Empezó á perder fortuna.
Todos. ¡Ja, ja, ja!
2° *Ball.* ¿Qué risa es esa?
Vamos.
3° *Ball.* ¡A perder fortuna!
Y desde la época mesma
A que refieres la historia
La empezó á tener deshecha.
1° *Ball.* Don Pedro le hizo rico-home
De Castilla, le dió tierras
Y honores, y entre estas y esos
Cuanto en Alcalá la Vieja
Poseyeron los Carrillos,
Que sus enemigos eran.
2° *Ball.* Vé ahi lo que es no saber
Las historias mas que á medias:
Por esos mismos Carrillos
Toda su fortuna adversa
Cree le ha de venir, segun
Lo que el pronóstico reza
Del astrólogo: y por eso
Muertos por su mano lleva
Tres de esos Carrillos, padre
Y dos hijos: y espera
Huir del que á Don Enrique
Sirve y que dejó esta tierra
Huyendo de él; y por eso
Se viene á Alcalá Marchena,
Porque le dice su horóscopo
Que solo entre sus almenas
Puede burlar su destino;
Y por esto aunque supiera
Mas de ello no os lo contára,
Porque sois unos babiecas
Que ni sabeis, ni creeis
Que haya nadie que mas sepa;
Y por eso hasta aquí digo,
Y créalo quien lo crea,
Y venga el último trago,
Que voy á mi centinela,
No apresure el capitan
El galope y nos sorprenda.
1° *Ball.* Tiene razon, que ya es tarde
Y nos mandó que en espera
En el camino estuviéramos;
Mas de que esa historia es cierta
¿Quién nos responde?
2° *Ball.* Yo mismo,
Que en la galería nueva
Del castillo de un mazazo
Hice polvo la cabeza
Del mancebo Juan Carrillo
Por mandado de Marchena.
3° *Ball.* ¡Sopla, eso ya es otra cosa!
2° *Ball.* Y por eso no me peta
Mucho el volver á Alcalá:
Y mas que de esta tragedia
Hace el año ahora. Víspera
De los inocentes era.
3° *Ball.* Tú obedeciste y bien hecho.
2° *Ball.* Sí, mas dicen que andan sueltas
Las almas de los Carrillos
Por sus bóvedas sangrientas.
1°, 3° *Ball. y Lucas.* ¡Ja, ja, ja!

3° *Ball.* Pues fuera lance
Que á recibirte saliera
Juan Carrillo.
2° *Ball.* No os mofeis,
Brutos, de cosas como esas.
1° *Ball.* Vamos, vamos al camino,
Y no riñais.
Lucas. Sí, idos fuera,
Que allá voy yo á acompañaros
En cuanto deje aquí prestas
Las cosas á recibir
A un hombre como Marchena.
1° *y* 2° *Ball.* Vamos pues.
Lucas. Yo pronto os sigo,
Salid; alumbra, Teresa.
(*Sale Teresa y los alumbra; ellos se van y Teresa vuelve con la luz.*)

ESCENA III.

LUCAS, LUCIA.

Lucas. ¡Aquí de un hombre! Pardiez
No quedará en mi despensa
Ni una migaja estraviada
Ni una pinta en la bodega.
Lucia.
Lucia. ¿Qué hay? ¿Qué tenemos?
Lucas. Huéspedes. Todo lo apresta
Para recibirlos bien:
Lumbre, camas, luces, mesa,
Que es gente que lo merece.
Lucia. ¿Quién? ¿quién?
Lucas. Quien aquí me emplea;
Quien me regala el molino
Y me atiza la moneda;
El capitan que me manda
Y que de la corte llega
Con una dama.
Lucia. ¡Ay qué gusto!
Lucas. Calla, calla, ¿qué te alegra?
Lucia. ¡Toma! ¡Hablar con una dama
Y un señor así tan cerca
Os parece poco!
Lucas. ¡Hablar!
¿Qué es hablar, Lucia?
Lucia. ¡Toma!
¿Pues son mudos los que llegan?
Lucas. ¿Y qué te crees que con ellos
Vas á hablar tú? ¡Kiá! Teresa
Saldrá á servirles, que basta
Para hacer cuanto se ofrezca.
Lucia. Ya; entonces decid que soy
No pupila sino presa.
Lucas. No, mujer, sino que, mira,
No quiero que nadie crea
Que haces papel de criada,
Ni te hago entrar en haciendas
De servir ni aun á quien puede
Exigir de mí obediencia;
A mas que vienen con ellos
Sus pajes y soldadesca,
Y son gentes atrevidas,
Lucia, á mas de groseras.
Con que anda; haz lo que te digo,
Que fio en tu diligencia;
Probablemente no harán
Mas que entrar y echarse fuera;
Pero aunque no tomen nada,
Vean que se les obsequia:
Anda, anda; mas ¡cielos! llaman.
¡Si serán ellos! Teresa,
Alumbra. ¿Quién? (*Asomándose á la ventana.*)
Juan. Abre, Lucas.
Lucas. ¿Quién diablos es?
Juan, dentro. Una añeja
Amistad.
Lucas. ¡Mas quién!
Juan. Juan Perez.
Lucas. ¡Juan Perez! Jesus me tenga.
Lucia. ¿Juan Perez?
Lucas. ¿Pues no te han muerto?
Juan. Vaya una pregunta necia.
¿Pues no te digo que soy
Yo mismo? Si no viviera...
Abre, abre, y oirás cosas
De gusto.
Lucas. Voy. Noche es esta
De estraordinarias visitas
Y de estrañas ocurrencias.
¡Perez vive!
(*Vase con la luz y vuelve con Perez y Carrillo.*)
Lucia. ¡Vive Perez!
Dios piadoso, dadme fuerzas
Para gozar el contento
De tan dichosa sorpresa.
Vive Perez... aquí vienen.
¡Todo el corazon me tiembla!

ESCENA IV.

LUCIA, LUCAS, JUAN PEREZ, QUE AYUDA A ENTRAR A PEDRO, QUE CAMINA CON MULETAS, LAS PIERNAS ABRIGADAS EN PIELES, Y TRAE LA CABEZA METIDA EN UNA ANCHA GORRA QUE LE CUBRE HASTA LAS CEJAS; BARBA NEGRA Y CRECIDA LE ENCUBRE LA PARTE INFERIOR DEL ROSTRO, QUE NO MOSTRARA MAS ESPRESION QUE LA DE UNA PROFUNDA ESTUPIDEZ.

Juan. Alumbra bien.
Lucas. ¡Jesucristo!

¡Qué aventuras! ¿Que tú eres,
Juan?
Juan. Sí, yo en cuerpo y alma.
Lucas. Loado sea Dios: tu muerte
Hemos llorado aquí todos
Juan. Cerca la ví muchas veces,
Lucas, mas es larga historia,
Porque esos Aragoneses
Me han tratado como á un perro:
No obran peor los infieles
Con los cristianos en Africa.
Lucas. Pero tú...
Juan. Yo, firme siempre,
Vive Dios! Viva Don Pedro,
Y salga lo que saliere.
Lucas. Bravo, Juan.
Juan. Valíame esto
Sendos palos, mas torcerme
No pudieron, y una noche
Me dió la ocasion de hacerles
Un besamanos este hombre
Que ves aquí.
Lucas. ¿Y quién es ese!
Juan. Un noble á quien sus infamias
Le han puesto, Lucas, de suerte
Que atravesado en un jaco
Le traigo á que sea tu huésped
Conmigo esta noche.
Lucas. Ay, Juan,
En muy mala ocasion vienes,
Porque al capitan aguardo
Con una dama, y la gente
Ya sabes que le hace sombra.
Juan. No tendrá por que se inquiete
Ni habrá nada en que le estorbe
Mi desventurado huésped,
Pues lo que sufrir le han hecho
Esos pícaros rebeldes
Le han traido á tal estado
Que ni ve, ni oye, ni entiende
El infeliz!
Lucas. ¿Está enfermo?
Juan. Está como un tronco, imbécil,
Mentecato, y los dolores
No le permiten moverse
Sin auxilio ajeno.
Lucas. Ya.
En cualquier tiempo que hubieses
Venido, todo era fácil;
Mas en la ocasion presente
Ya ves... Marchena me paga
Y...
Juan. No hay porque dél receles,
Porque á su gente he topado
Ahí á la entrada del puente,
Y pienso aquí suplicarle
Que en su castillo me deje
Meterle para curarle,
Pues en la guerra sus bienes
Por mí ha perdido, y es justo
Que yo se lo recompense.
Lucas. En ese caso...
Juan. Ea, acerca
Esa silla en que le siente.
Tú, muchacha, ¿qué haces ahí?
Mas Lucia!
Lucas. ¡Calla! Perez,
¿Tú la conoces?
Juan. ¡Pues no!
Pasamos nuestras niñeces
Juntos.
Lucia. Es cierto, señor.
Juan. ¡Cuanto me alegro de verte!
¿Cómo te va?
Lucia. Como quiero
Con maese Lucas.
Juan. Tenle
De ese lado no se caiga.
Lucia. ¡Jesus! ¿qué tan mal se tiene?
Juan. Voy á meter el caballo
Dentro la cuadra. Entretenle
Mientras, Lucas, y ten cuenta
Con que caer no le dejes,
Que luego le haré yo cama
En que á su gusto se acueste. (*Vase.*)
Lucia. Bien, bien, tendremos cuidado.

ESCENA V.

LUCAS, LUCIA, PEDRO.

Lucas. Lucia, di francamente;
¿De qué conoces tú á Juan?
Lucia. ¡Vírgen santa! en todo tiene
Su merced que sospechar.
Lucas. Es que...
Lucia. Vaya, de sandeces
Dejaos, señor; me conoce
De chica... no me moleste.
Lucas. Bah! no te enfades, Lucia.
Lucia. Cuidemos de si algo quiere
Este hombre.
Lucas. Tienes razon.
(*A Pedro.*) ¿Qué tal un hombre se siente?
Ped. Po-por los aires ma-malos
De los mo-montes.
Lucas. ¡San Lesmes!
Y tambien tartamudea.
¡Pues voto va el sol, que tiene
Mas faltas que una pelota!
Lucia. Y qué cara tan alegre
Trae.
Lucas. Ya! el pobre mentecato
Su situacion no comprende.
(*A Pedro.*) ¿Quereis que os alivie en algo?

Ped. Mu-mucho frio, y llu-llueve.
Lucia. A otra parte con la música.
Lucas. Pues como hay Dios, que Juan Perez
Está con él divertido.
Ped. ¿Y Ju-ju-uan?
Lucas. Ya vuelve.
Ped. Ah, en el mo-monte.
Lucas. Ni el diablo
En la mollera le mete
Las palabras; es mas sordo
Que una tapia. Ea, ponerle
Por ahí donde no estorbe:
Yo es fuerza que fuera espere
A mi capitan: Lucia,
Cuidado.
Lucia. Nada recele,
Seor tutor.
Lucas. Disponlo todo
Como te he dicho. Aquí vuelve
Juan; cuidadito te digo.
Lucia. Déjeme en paz.
Lucas. No te alteres,
Mujer.

ESCENA VI.

DICHOS, JUAN.

Juan. Ya estoy yo de vuelta.
Lucas. Pues mira si te comprende
A tí, vé qué necesita,
Y cuida de recogerle,
Pues son muchos y no es malo
Que adentro con las mujeres
Le pongamos en seguro.
Juan. Bien pensado, que es prudente
Que cada cual por su viña
Mire.
Lucas. Sea como fuere,
Así lo he determinado.
Yo me entiendo y Dios me entiende:
Con que me voy al camino.
Juan. Vé pues.
Lucia. El diablo te lleve.
(*Se va Lucas volviendo de cuando en cuando la cabeza como receloso.*)

ESCENA VII.

LUCIA, JUAN, PEDRO, *sentado.*

Juan. ¡Lucia!
Lucia. ¡Juan!
Juan. ¡Que nos vemos
Otra vez!
Lucia. Muerto en tu ausencia
Te lloré.
Juan. Pues mi presencia
Te consuele ya.
Lucia. A qué estremos
Me llevó tal pena, Juan.
Juan. Gracias mil veces, Lucia.
Lucia. Mas tú tal vez...
Juan. ¡Alma mia!
Calma tu infundado afan.
Yo siempre he pensado en tí;
Conmigo fué por do quiera
De tu imágen hechicera
La luz.
Lucia. ¿Con que aun me amas?
Juan. Sí.
Y este amoroso deseo
Tal vez ve de cerca el dia
De cumplirse.
Lucia. ¡Ah!
Juan. Mas, Lucia,
Dime ¿cómo aquí te veo?
Lucia. Murió mi padre.
Juan. ¿Murió
El buen viejo?
Lucia. Sí, indigente;
Y en manos de este pariente
Lejano me encomendó.
Y él...
Juan. Lo he comprendido al punto,
Lucia: amor te ha cobrado.
Lucia. Mas yo márgen no le he dado.
Juan. Lo creo así, y es asunto
Que arreglaré yo muy presto
Si puedo contar, Lucia,
Con que tú de parte mia
Estés.
Lucia. ¿Cuándo no me he puesto
De tu parte?
Juan. En ese caso,
Segun lo que aquí suceda
Esta noche, así obraré,
Y en ocasion te diré
Lo que á ambos que hacer nos queda
Para lograr yo un intento
Que nuestro amor asegure
Por siempre. Que me procure
Es fuerza conocimiento
Por ahora de esta casa,
Y de lo que en esta tierra,
Mientras en prision de guerra
A mí me tuvieron, pasa.
Lucia. Eso, Juan, es muy sencillo.
Yo te diré...
Juan. Me precisa
No enterarme tan deprisa.
Oye: para ir al castillo
Licencia voy á pedir
Al capitan.

Lucia. ¿A volver
Vas á servir?
Juan. ¡Puede ser!
Tengo á ese hombre que servir
Y que cuidar mientras dure
Su mal.
Lucia. ¿Y qué mal le acosa?
Juan. Mil juntos, mas no son cosa
De que imposible es que cure.
En tanto no es grande afan
Si ayuda mi buen oficio
Engancharme en el servicio
De mi antiguo capitan.
Mas como aquí cada uno
Por su solo bien se afana,
No cierres esa ventana,
Pues tengo por oportuno
Si me manda que le siga
Que dé la vuelta un momento,
Y lo que importa á mi intento
Y lo que has de hacer te diga.
Lucia. Pues bien; si veo que partes,
Cuando todo en sueño esté
Sumido, te esperaré.
Juan. Bien; y ni un pelo te apartes
De mis instrucciones.
Lucia. Fia,
Juan, ¿mas con ese qué hacemos?
Juan. Conviene que le dejemos
Hasta que lleguen, Lucia,
Pues tal vez si á compasion
Marchena se mueve al verle,
Mas conseguiré tenerle
Propicio en esta ocasion.
Lucia. Como tú quieras.
Juan. Ya siento
Pasos.
Lucia. Sí, cruzan el puente.
Luz, luz... Juan, esta es su gente.
Juan. Dios ponga en mi lengua tiento.

ESCENA VIII.

PEDRO SENTADO Y ESTUPIDO COMO SIEMPRE. JUAN, LUCIA, LUCAS ALUMBRANDO AL CAPITAN GIL DE MARCHENA.

Lucas, á Marchena. Descansad aquí entre tanto.
March. Di que alumbren allá fuera,
Y que acerquen la litera.
Lucas. Está bien... ¡mas por Dios santo!
¿Así estais, Juan?
(*Pedro cierra los ojos y dobla la cabeza como accidentado.*)
Juan. Aquí estoy
Que un accidente...
March. Este Juan...
¡Perez!
Juan. ¡Señor capitan!
March. ¿Eres tú?
Juan. Yo mismo soy.
March. Por san Gines, ya por muerto
Llorado te hemos aquí.
Juan. Muy cerca de ello me ví,
Señor.
March. Me alegro por cierto
De verte. ¿Y dónde has estado
Que á mi pendon no has corrido?
Juan. Prisionero me han tenido
Hasta que ocasion he hallado
De fugarme.
March. ¿Y cómo?
Juan. Estaba
Con uno que me guardaba
Para morir maniatado,
Cuando ese hombre, que conmigo
Partia mis desventuras,
Me cortó las ligaduras
Con que me ató el enemigo.
Yo en cuanto libre me ví
Al centinela maté,
Y á ese buen hombre pagué,
Sacándole tras de mí.
March. ¿Quién es? (*Sombrío.*)
Juan. Víctima inocente
De esos fieros Enriqueños,
Que instalándose por dueños
De su hacienda y de su gente
A su mujer y á sus hijos
A su vista degollaron.
Y en fin tal le maltrataron
Que tormentos tan prolijos,
Señor, le han hecho caer
En tan lastimoso estado,
Que si no es de otro ayudado
Ya ni aun se puede mover.
Lucia. Ya vuelve en sí.
Juan. Son vahidos
Que le dan continuamente.
Lucia. Creí que era otro accidente.
Juan. No está el pobre en sus sentidos.
March. Percances son del furor
De la guerra. (*A Pedro.*) ¡Eh! ¿cómo vá?
(*Pedro le mira, se sonrie estúpidamente y no responde.*)
Juan. Sordo y estúpido está.
March. ¡Sordo!
Juan. Y demente, señor.
March. ¿Y dó piensas ir con él?
Juan. A vos, si me dais licencia
De cuidarle en su dolencia
En vuestro castillo.
March. Fiel
Del rey Don Pedro al pendon

Te has mantenido, Juan: bien
Mereces el parabien.
Aprieta. (*Le da la mano.*)
Juan. De corazon.
March. Siempre leal me has servido
Y tu pérdida sentí:
Mas hoy que vuelves á mí,
Perez, no hay nada perdido.
Está hecho nuestro negocio:
Cíñete otra vez las mallas,
Y á abrigo de mis murallas
De Alcalá, dias de ocio
Tendrás conmigo, que ahora
No tendrémos mas que hacer
Que guardar á una mujer.
Juan. ¿Por presa va?
March. Y por señora:
Aquí está. — Silencio.

ESCENA IX.

MARCHENA, JUAN, PEDRO (COMO SIEMPRE), LUCIA A UN LADO; DOÑA JUANA CON MANTO Y VELO, ALUMBRADA POR UN HACHON QUE TRAE LUCAS, Y GUARDADA POR SOLDADOS QUE QUEDAN DE LA PARTE DE AFUERA DE LA PUERTA.

March. Entrad,
Señora: en este aposento
Descansareis un momento
En calma y seguridad.
A los caballos la silla
No quiteis, que pues despeja
La noche y la luna deja
Ver la senda de la villa,
En elevándose mas
Seguirémos el camino
De Alcalá.
Juana. ¿Es este molino
Vuestro?
March. Y vuestro, si quizás
Su posesion os agrada.
Juana. ¿A qué tan cortés conmigo,
Cuando venís mi enemigo
Trayéndome custodiada?
March. Es la voluntad del rey
Que nada os niegue, y por Dios,
Que aquí quien manda sois vos:
Vuestro capricho es mi ley.
Juana. Mas si os dijera: A mi esposo
Enviadme...
March. Eso no lo hiciera
Por no perder yo siquiera
Depósito tan precioso.
Juana. ¿Y dó vamos?
March. A Alcalá.
Juana. ¿A vuestro castillo?
March. Sí.
Juana. ¿Me vais á encerrar allí?
March. A aposentaros.
Juana. Quizá
No me reciban muy bien
Los huéspedes invisibles
Que le habitan.
March. ¿Tan risibles
Consejas creeis tambien?
Juana. ¡Qué quereis, Gil!
March. Bien está:
Lucas, ve que el tiempo apura;
Haz servirnos algo y pronto:
Ve tú á cuidar de la gente,
Martin. (*A uno.*)
(*A Juan.*) Y tú de ahí en frente
Aparta á ese pobre tonto.
(*Vanse Lucia y Lucas por la izquierda: los soldados por el fondo.*)

ESCENA X.

DOÑA JUANA, MARCHENA, JUAN, CARRILLO.

Juana. ¿Quién es ese hombre, Marchena?
Juan. Es un infeliz lisiado
Que la vida me ha salvado.
March. Y su caridad le ordena
Pagarle ese buen servicio
Cuidándole.
Juan. Es la verdad.
Juana. Tu generosa bondad
Muestra bien tal beneficio,
Mancebo, y si mi favor
Te puede en algo servir,
Desde hoy puedes acudir
A mí sin ningun temor:
En tanto si oro te falta...
Juan. Dispensad, todo me sobra,
Que harto rico es quien bien obra.
Juana. Y mas la virtud resalta
En quien como tú así obrando
Con sus obras se contenta.
Juan. Dios lo tendrá en buena cuenta.
Juana. ¿Y te llamas?
Juan. Juan Ferrando
Perez.
March. Basta; llévale,
No canses á esta señora
Con desvaríos ahora.
Juana. Dejadle, Gil, que se esté.
March. Ya ese soldado es molesto,
Y por demás compensado
Va quien obra como honrado.
Juana. Me agrada por lo modesto,
Marchena; aunque prisionera
Del rey ó de vos estoy,

Aun puedo como quien soy
Favorecer á quien quiera.
¿Hidalgo? (*A Pedro.*)
Juan. Es sordo, señora.
Juana. ¿Y á mas del todo lisiado?
Juan. Los brazos solo ha salvado.
(*Llega junto á Pedro. Este la mira y se rie.*)
Ped. Mu-muy bo-bonita.
March., *amoztazado.* Es hora (*A la Condeza.*)
De que tomeis alimento.
Llévale ya. (*A Perez.*)
(*Pedro, que ha seguido riéndose y mirando á Doña Juana, acrece su risa estúpida, y levantando un brazo, la señala con el dedo al rostro haciéndola así reparar en un grueso anillo que llevará Pedro en el dedo índice.*)
Juana. (¡Cielo santo!
¡Su anillo!)
Ped. E-es u-un encanto. (*Riendo.*)
Juana. (¡Es él! ¡qué presentimiento!)
March. Vamos que rápido pasa
El tiempo y necesitamos
La noche entera.
Juana. Sí, vamos.

ESCENA XI.

DICHOS, LUCAS CON PLATOS, ETC. (SE SIENTA DOÑA JUANA.)

Lucas. Aunque harto pobre y escasa
Para quien vos sois mi cena,
Con cumplida voluntad
Os la presento.
Juana. Acercad,
Juan, á ese hombre.
March. Ved...
Juana. Marchena,
Dios con ser Dios se sentó
Con los pobres á la mesa.
(*Juan sienta á Pedro á la mesa.*)
March. Vuestra nobleza, Condesa...
Juana. Mas noble era Dios que yo.
March. (Maldita tanta llaneza.)
¿Lucas?
Lucas. Señor.
March. Ven aquí:
(*Se apartan á un lado.*)
Te llevo al castillo.
Lucas. ¿A mí?
March. A tí. ¿A qué es esa estrañeza?
Lucas. Yo, capitan, nada estraño.
March. Mejoraré tu destino,
Que ya ha que en este molino
Te enjaulé por mas de un año:
Encarga de él á quien quieras,
Y mañana en Alcalá
Te aguardo.
Lucas. Muy bien está.
March. Y oye, de todas maneras...
(*Hablan en secreto.*)
Ped., á Doña Juana. (¿Reconoceis este anillo?)
Juana. ¿Sí; quién sois?
Ped. (Ahora no sé,
Pero pronto os lo diré.)
Juana. (Cómo? ¿dónde?)
Ped. (En el castillo
De Alcalá.)
Juana. (Dios, ¡qué imprudencia!)
Ped. (Tened mejor esperanza,
Que todo acaso se alcanza
Con audacia y diligencia.)
Juana. (Pero...)
Ped. (Silencio.) Ju-uan,
Vi-ino.
Juan, á Pedro sirviéndole. Que os va á hacer daño.
Ped. Sí, lu-uego el ba-baño...
Juana, á Marchena. Vamos, señor capitan,
Llegad tambien.
March. Yo soldado
Soy y sóbrio.
Juana. Ved, Marchena,
Que sospecharé de cena
En que no probeis bocado.
March. Uno solo tomaré.
Juana. Eso hacemos los demas.
March. Que ¿sospechareis quizás?...
Juana. De vos todo.
March. Es mala fe.
Juana. ¿No sois vos mi carcelero?
¿No es Don Pedro mi enemigo?
Venganza pues ó castigo
Es lo que de ambos espero.
March. ¿Qué hacer? es vuestro destino
Quien ponga á la saña dique
Ser del conde Don Enrique.
Juana. ¡Vino á España otra vez!
Ped., dando en la mesa con el vaso. Vino.
(*Marchena y Doña Juana se vuelven á él que sigue impávido. Juan le escancia.*)
March y Juana. ¿Eh?
March. Creí ¡voto á su casta!
Juana, á Marchena. Decid.
March. Se ha entrado imprudente
Por Aragon; mas su gente
No basta contra el rey.
Ped., á Juan con el vaso. Basta.
March. ¿Eh?

Juana. ¡El infeliz cuál se ceba!
Juan. Es que tiempo há que no toca
Cosa caliente su boca
Y que tal licor no prueba.
Juana. ¡Desdichado!
March. Es tiempo ya
De partir.
Juana. Vamos.
March. A
Mañana te aguardo.
Lucas. Allí
Iré.
March. Juan, baja á Alcalá,
Y pues tan caritativo
Te has vuelto, allí llévale,
Que asistirle mandaré.
Juan. Y tal órden os recibo
Como un favor eminente.
Un Ballestero que entra. Capitan, ya todo espera.
March. Pues que acerquen la litera
Y que cabalgue la gente.
Juana. Villanos, que Dios os guarde.
(*Vase.*)
March. ¿Con que vosotros á qué hora
Pensais partir?
Lucas. Con la aurora.
March. Pues que mas no se retarde,
Que no os pesará á los dos
Si atais la lengua de corto.
Lucas. Mi dueño, señor, sois vos.
Juan. Lo que es yo, mediante Dios,
Ya vereis como me porto.
(*Vase Marchena, y Lucas le alumbra quedando de la parte afuera de la puerta. Juan vuelve á bajar á la escena, y hablan Pedro y él en secreto los cuatro primeros versos de la escena siguiente, reponiéndose y disimulando á la salida de Lucas.*)

ESCENA XII.

JUAN, PEDRO, LUEGO LUCAS.

Ped. Juan, bien lo has hecho.
Juan. Señor,
El alma tuve en un hilo.
Ped. Pues ya ves que va tranquilo.
Juan. Pedro, tiento.
Ped. Juan, valor.
(*Entra Lucas.*)
Juan. Lucas, que sea en hora buena.
Lucas. Me sopla á fe la fortuna.
Juan. De hoy marcharémos á una.
Lucas. Sí, mas veamos la cena.
Lucia.
Lucia, dentro. Voy.
Lucas. A cenar,
Que hay que madrugar mañana.
Juan. Y por Dios que tengo gana
Tus colchones de pillar.

ESCENA XIII.

DICHOS, LUCIA.

Lucia, saliendo. Aquí está.
(*Pone en la mesa un plato.*)
Ped., bebiendo. Bu-uen vi-inillo,
Ju-uan.
Lucas. ¡Vaya el lisiado
Y qué bien que se ha achispado!
Ped. Al vu-uelo las pi-pillo.
Lucas. Pardiez, ya lo veo, y buenas.
Juan. Así sus penas ahoga.
Lucas. ¿Porqué no coge una soga?
Vaya un modo de ahogar penas!
Ped. Mu-muy bo-onita!
(*Mirando á Lucia.*)
Lucas. Eso mas!
Ped. Y mi-entras han e-estado
(*Imita con la lengua y la mano el ruido y la accion de volver una llave.*)
Cris, cras... la ha gu-ardado. (*Riendo.*)
Juan. ¿Lo oyes? (*Riendo.*)
Lucas. ¡Ya! Mas, por san Diego,
¿Quién ha abierto esa ventana?
(*Va á cerrarla y mientras hablan Juan y Lucia.*)
Lucia, á Juan. (¿Vas al castillo?)
Juan, á Lucia. (Mañana.)
Lucia, á Juan. (Pues hasta luego.)
Juan, á Lucia. (Hasta luego.)
Lucas. ¡Já, já, já! Va á dar de panza
Diez veces de aqui á la villa.
Juan, con sorna. ¡Kiá! Si en viéndose en la silla
Va mas tieso que una lanza.
Ped. Vi-ino, Ju-uan.
Lucas. Ya está chispo.
Juan, á Pedro. ¿Y las piernas, qué dirán?
Ped. Me tendré como un obispo
Mañana. Vi-ino, Ju-uan.
(*Bebe, y los otros sueltan grandes carcajadas, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Galeria de un patio-jardin interior en el castillo de Alcalá la Vieja que separa la habitacion destinada á la condesa del resto del edificio. Puerta á la izquierda que da á esta habitacion, otra á la derecha que da al esterior. Una bajada por medio del rompimiento de la baranda que va al jardin, cuyos árboles se ven por encima del antepecho.

—

ESCENA PRIMERA.

GIL DE MARCHENA Y LUCAS, ASOMADOS A LA BARANDA DE LA GALERIA.

Lucas. ¡Qué magnífico edificio!
Capitan.
March. ¿Qué te parecen
Las obras que hice?
Lucas. Merecen
Verse.
March. ¿No es gran sacrificio
Vivir aquí ¿eh?
Lucas. Yo lo creo;
Tamaña suntuosidad
Compensa la soledad
En que se vive.
March. El deseo
No tiene menos que echar
Grandezas de su recinto.
Lucas. Le habeis hecho un laberinto
De recreo.
March. Un palomar
Era cuando el rey Don Pedro
Me hizo de él donacion.
Lucas. Bien os probó la aficion
Que os tiene.
March. En la corte medro,
Del rey; no puedo negarlo:
Mas si la suerte me ayuda
Medraré harto mas sin duda:
Sin tener que sujetarlo
A la ajena voluntad
Prez alcanzaré y riqueza,
Y haré acatar mi grandeza
En mas de un pueblo.
Lucas. En verdad,
Capitan, que en esperanzas
Os adormís bien risueñas.
March. Constancia quebranta peñas,
Lucas; y mis bienandanzas
En popa de dia en dia
Van vogando de tal modo
Que aunque el mar es ancho, todo
Lo abarca mi fantasía.
Y al estenderse altanera
Por su inquieta inmensidad,
Yo no sé qué claridad
Divisa en la otra ribera.
Secretos del alma son,
Lucas, de su ser arcanos;
Mas vosotros los villanos
No comprendeis la ambicion.
Lucas. Tambien hierve en nuestro pecho
Esa pasion, capitan.
March. Si, mas con tan poco afan,
Y en círculo tan estrecho
Que hasta en su misma grandeza
Y en su mismo afan, se vé,
Lucas, que engendrada fué
En mezquindad y pobreza.
Lucas. Mejorar su suerte mala
Siempre cada cual intenta
Y medios para ello inventa
Cada cual segun su escala.
March. En eso está la ruindad,
En sujetarse á una esfera
Que debe querer cualquiera
Romper por su voluntad.
Lucas. Mas, ¡qué diablos! capitan,
El que villano ha nacido
Y con el pueblo ha vivido
No puede echarse mas plan
Que aquel á que aspirar pueda
A ver cumplido algun dia
Y holgarse en su villanía,
Pues cuando nace la hereda.
March. Bien, Lucas, no hablemos mas;
Tú para tu corazon
Y tu sér, tienes razon;
Por eso tan vano estás
Celebrando tu destino
Al ver como ahora cuajas
El jabon de tus navajas
En la agua de mi molino.
Lucas. Y mas no sé ambicionar,
Capitan, que es diferente
Vivir rapando á la gente
A tener con qué pagar
Al que la barba nos hace;
Y pasar de rapador
A propietario, señor,
A cualquiera satisface.
March. ¿Y no valdrá mas que en vez
De ese molino harinero
Pueda yo un castillo entero
Darte algun dia?
Lucas. ¡Pardiez!
Entonces ¿quién me tosía?
¿Yo posesor de un castillo?
¿Yo señor de horca y cuchillo?
March. Quizá te aconteceria;
Pero dejemos sandeces,
Lucas.
Lucas. Sí, teneis razon,
Sandeces nada mas son
En mí tales altivices.

March. Sírveme fiel, y confía
En que medrarás.
Lucas. Yo creo,
Señor, que os sirvo á deseo.
March. Sí, sí; mas por vida mia
Que ya tarda ese truan.
Lucas. ¿Quién?
March. Juan Perez.
Lucas. El muy pillo
Estará en el ventorrillo
Con la mujer de Julian.
March. No, no: los caballos siento
En el patio. ¿Juan?
(*Asomándose á la galería.*)
Juan, dentro. ¿Quién llama?
March. Yo, sube.
Juan. Voy al momento.
March. Lucas, vuélvele la fama.
Lucas. Deuda es que negar no intento.

ESCENA II.

MARCHENA, LUCAS, JUAN.

March. ¿Has estado en Alcalá?
Juan. Sí, señor.
March. Y las vituallas?
Juan. Dentro de vuestras murallas
El sol de hoy las dejará.
March. ¿Te entraste por los mesones
Y por las tiendas?
Juan. Entré.
March. ¿Qué dice el vulgo?
Juan. Está á fe
Dividido en opiniones.
March. Habla.
Juan. El labrador sencillo
Contra el bando de Aragon
Fia en nuestra proteccion
Mientra esteis en el castillo.
March. Es decir que el labrador...
Juan. Bendice vuestra presencia
Que protege su existencia
Contra el partido traidor.
March. ¿Y el soldado?
Juan. Cuenta el oro
Que le dais, y mientras dure
No hay lid que no os asegure
Contra Aragonés ó moro.
March. Yo haré que siempre le sobre
Y que leal á mí muera,
Viendo que ante mi bandera
No muere viejo ni pobre.
¿Y que hablan los mercaderes?
Juan. Los mercaderes, señor,
Con quien les pinta mejor
Se casan; sus pareceres
Con sus ganancias están:
Con quien les dá mas franquías
Para sus mercaderías
Con aquel, señor, se ván.
March. ¿Habrasles dado á entender
Que soy hombre que me pongo
En razon, y me propongo
Sus franquías acrecer?
Juan. Les manifesté que el rey
A este castillo os envía
A ser guardian y vigía
De la paz y de la ley.
Que pensais por tiempo alguno
De tributos dispensarlos,
Si en mitades quieren darlos
Llegado el tiempo oportuno;
Y que aunque el rey nadie ignora
Que á judíos usureros
Debió hasta hoy sus dineros,
No así vos, que desde ahora
Teneis permiso real
Para tomarlos á ellos
Con mas ganancia que á aquellos
Préstamos de su caudal.
Su afan es que los judíos
No ganen con el estado
A quien han sacrificado
Como usureros impíos.
March. ¿De modo que hechos rentistas
Del rey le dan sus empeños?
Juan. Flaquezas son de asentistas
Ayer eran Enriqueños,
Hoy se acostarán realistas.
March. Bien está; den sus dineros
Por ahora y por el rey,
Que luego dirá la ley
Si fueron ó no usureros.
Juan. ¿He cumplido bien?
March. Sí, Juan;
¿Mas porqué eso me preguntas?
Paréceme que barruntas...
Juan. Tiéneme con algo afan
El pensar... si habreis pensado
Que yo en Aragon cautivo
Un año...
March. Pues te recibo
Otra vez, vés que cuidado
No me dá tu cautiverio.
Juan. Por eso, señor, me holgára
Que mi servicio os llenara.
March. ¿Y es ese todo el misterio
De la pregunta?
Juan. Ese fué,
Que sé que han hablado mal
En mi ausencia.
March. ¿Quién es tal
Que eso no sufra? En paz ve.
Juan. ¿Tenéisme mas que mandar?
March. Nada.

Juan. Pues á cuidar voy
De mi enfermo.
March. ¿Como está hoy?
Juan. Se le ha visto mejorar
Desde que entró en el castillo;
Mas claro habla, y creo que
Se tiene mejor en pié
Desde ayer el pobrecillo.
March. Mucho to debió servir
Pues tan eficaz le cuidas.
Juan. Diera por él veinte vidas,
Que me salvó de morir
Con una muerte bien cruel;
Y á no salvarnos los dos
Pongo por testigo á Dios
Que me quedara con él.
March. Tal proceder te hace honor,
Mas en gente hecha á campañas
Son virtudes algo estrañas
Esas.
Juan. Flaquezas, señor. (*Vase.*)

ESCENA III.

MARCHENA, LUCAS.

March. ¿Oiste, Lucas?
Lucas. Oí.
March. ¿Y qué piensas de ese mozo?
Lucas. Tiene, hablando sin rebozo,
Muy mal ángel para mí.
March. Ya, segun me han dicho, piensa
Que es hermosa tu Lucia.
Lucas. Cualquiera lo pensaria.
March. ¿Y te pones en defensa?
Lucas. Yo bien me entiendo, aunque acaso
No me esplicaré muy bien.
March. Y yo te entiendo tambien.
Lucas. Si de suspicaz me paso,
No sé; jamás hizo nada
En mi contra á ciencia mia;
Pero esa fisonomía
Juro á Dios que no me agrada.
March. Antipatía de celos
Pudiera bien ser en tí;
Mas oye, tambien á mí
Me va infundiendo recelos.
Siempre me sirvió leal,
Jamás tuve hombre mas fiel,
Sentia estarme sin él
Porque es diestro y servicial.
Muy de menos en su ausencia
Le eché; y anoche al hallarle
Tuve impulsos de abrazarle;
¡Plúgome tal su presencia!
Mas es mozo y arrojado,
Y aunque criado en pobreza,
Humos tiene de nobleza
Y se las echa de honrado;
Y ese esmero minucioso
Con que siempre me ha servido,
El respeto desmedido
Que me muestra, sospechoso
Me es en hombre tan altivo;
Y en fin, servidor mas fiel
Necesito en lugar de él:
Lucas, en él te recibo.
Si eres hombre de valor,
Y obras con discernimiento
Verás tu acrecentamiento,
Siempre ir de bien á mejor.
Lucas. Señor capitan, yo no era
Nadie, hasta que fuísteis vos
A hacerme hombre, y ¡vive Dios!
Que deseo la primera
Ocasion en que mostraros
Lo aficionado que os soy.
March. Pues bien, tu ocasion es hoy.
Lucas. Pues bien, no andeis con reparos,
Decidme lo que he de hacer.
March. Hacerte de él muy amigo,
Que coma y duerma contigo,
Y que no pueda mover
Un pié, ni pestañear
Sin que veas con qué objeto,
Y si guarda algun secreto
Sorpréndelo á su pesar.
Lucas. Disponed vos que esta union
Desde hoy mismo se efectue.
March. Ve tú de que continue
Vuestra supuesta aficion,
Que la union dispuesta está.
Tu guardarás del castillo
Las llaves: junto al rastrillo
Él contigo habitará
La torrecilla sombría
Que con la puerta pegada
Ha sido siempre nombrada
Torre de la portería.
No esquives allí ocasion
De sondearle: espía, vela,
Y haya broma y francachela
Si conviene á tu intencion.
Que ese hombre secretos sabe
Del rey y mios que acaso
Le franqueen un mal paso,
Que todo en villanos cabe.
Mas viene aquí, chiton pues.
Yo me voy y haré de modo
Que fácil te sea todo.
Lucas. Fiad de mí. Esto sí que es
Navegar con viento en popa;
Ahora, señor galan,
Donde las toman las dan,
Con que tentaos la ropa.

ESCENA IV.

LUCAS, JUAN, QUE TRAE DEL BRAZO A PEDRO CARRILLO, COMO EN EL ACTO PRIMERO, Y LE SIENTA EN UN SITIAL.

Juan. ¡Hola! ¿Aun aquí tú?
Lucas. Aquí aun.
Juan. Ansiaba á solas hallarte.
Lucas. Y yo á tí solo encontrarte.
Juan. Pues es el placer comun.
Con que empieza.
Lucas. Mas...
Juan. ¿Qué dudas?
Si está lo mismo que un leño
El infeliz.
Lucas. ¿Aun no es dueño
De sí?
Juan. ¡Kiá! Mas ve si ayudas
En algo, hombre: ese sitial
Arrima, y le sentaré.
Lucas. ¿Pues no iba mejor?
Juan. Sí á fe,
De fuerzas no va tan mal.
Los nervios han adquirido
Mas tension y mas soltura,
Y el habla es ya menos dura,
¡Pero ay! en cuanto al oido
Mas sordo está que las peñas.
Y siempre en su insensatez
Entiende al reves tal vez
Las mas espresivas señas.
Lucas. Mas él ¿qué habla?
Juan. Casi nada;
Mas si rompe á hablar muy fresco
Le dá por lo picaresco
Y suelta una bufonada.
Ahí lo tienes, este rato
Que el sol de la tarde goza
Parece que le remoza
Y se rie el insensato
Como un niño, cuando siente
Que le dá el sol.
Lucas. ¡Miserable!
Juan. Y este aire le es saludable,
Come y bebe horriblemente.
Lucas. En fin, buen trabajo tienes
Con él.
Juan. ¡Y cómo ha de ser!
Mas ha perdido á mi ver
Quien perdió salud y bienes.
Pero el tiempo no perdamos
Tambien nosotros así.
Te traigo una carta aquí
Que me ha dado Andrea Ramos
Para tí.
Lucas. ¡Diablo! Una carta.
Juan. Dijo que á tí con destino
La trajeron del molino:
Lee, lee.
Lucas. Mal rayo me parta
Si leo yo ni dos letras
De esas.
Juan. ¿Pero, hombre, porqué?
Lucas. Vive Dios, porque no sé
Leer.
Juan. Ya.
Lucas. Ya ¿te penetras
Ahora de mi razon?
Juan. Miren por donde se apea.
Pues busca quien te la lea.
Lucas. Hombre, sí, en esta ocasion
Me pudieras tú servir.
Juan. ¿Yo?
Lucas. ¡Qué! ¿tú tampoco alcanzas?..
Juan. Si fueran hierros de lanzas
No habria mas que pedir.
Cosa es de ricos ó nobles
Que viven desocupados.
Lucas. Tienes razon, los soldados
Tenemos haciendas dobles
Por ambos á que atender,
Pero puede que ese loco
Sepa de letras un poco.
Juan. Calla, es verdad.
Lucas. Pues á ver.
Juan. A ver, trae.
(*Abre la carta, y se la dá á Pedro, haciéndole seña de que la lea. Pedro la toma, la lee para sí, y suelta su carcajada estúpida devolviéndosela.*)
Lucas. Esta es mas negra.
Él se entera de lo ajeno
Y calla. Y dice algo bueno
Conforme lo que le alegra.
En fin. ¿Qué hay? ¿qué dice ahí? (*A Pedro.*)
(*Le hacen seña de que esplique la carta. —Pedro la hace para que atiendan.*)
Ped. Que-que hoy viene mi so-obrino
Que-que va á mi-mo mo-olino
A hacerme u-un mo-lino á mi. (*Se rie.*)
Lucas. ¿A hacerle un molino á él?
Ah, ya caigo! es que Lucia
Hoy al castillo me envia
A mi sobrino Gabriel.
Me alegro.
Ped. ¿A mi mo-molino?
¿So-sobrino á mí gra-an tuno?
Yo no-o te-tengo ninguno.
Lucas. ¡Pues no dá en mal desatino!
Toma la carta por suya
El hombre.
Juan. ¿Y qué le has de hacer?
Como se la diste á leer,
Creyó que es de él y no tuya.

Ped. Pe-pero oid-me, tra-ac...
Lucas y Juan. ¿Qué?
Ped. Tra-trae en la u-uña
Un anguilon de Ta-ajuña
Que-que en cuanto lle-egue cae.
Lucas. ¡Y que él lo dispone luego!
Ped. Y le hago na-adar en vi-ino
Y ma-mato á mi-i so-obrino
Y po-ongo al mo-lino fuego. (*Se rie.*)
Lucas. ¡No quiere hacer mal pastel!
Comerme la anguila, y luego
Pegarme al molino fuego,
Y asesinarme á Gabriel.
Y se rie el muy caribe.
Juan. En fin, Lucas, acabemos.
Lucas. Sí, sí, Juan: bromas dejemos
Y vamos á lo que escribe
Lucia; á buen tiempo llega
Gabriel, porque desde hoy
Del castillo alcaide soy.
Juan. Y es empleo que te pega
Y te doy el parabien.
Lucas. Saben que amigos sinceros
Fuímos siempre, y compañeros
Nos hacen.
Juan. ¿A mí tambien
Me han hecho alcaide contigo?
Lucas. Yo me ofrecí diligente
A velar por nuestra gente
Solo con un buen amigo,
Y como á tal te elegí.
Juan. Gracias.
Lucas. La gente de guerra
Que nuestro castillo encierra
Es poca, y fuerza es que aquí
Descanse, pues sosegado
Todo está; con que desde hoy
Dejo, Perez, el molino
A cargo de mi sobrino,
Y tu camarada soy.
Solos la torre tenemos
Que en el patio grande se halla,
Y de vista en la muralla
Un centinela tendrémos.
Juan. Es muy justa esa cautela.
Lucas. Lo cual da, si bien se hila,
Que nos cenemos la anguila,
Y que haya una francachela.
Juan. La acepto.
Lucas. Pues la tendrémos.
Juan. Adios, Lucas.
Lucas. Adios, Juan.
(Nos verémos, seor galan.)
Juan. (Seor alcaide, nos verémos.)

ESCENA V.

JUAN, PEDRO.

Juan. ¿Oísteis?
Ped. Y he comprendido
Su traidora precaucion.
Juan. En la boca del leon,
Señor, nos hemos metido.
Ped. Él velará sobre tí
Y un centinela por él.
Juan. ¿Y la carta de Gabriel?
Ped. Saldrá bien, confia en mí.
Todo está en la diligencia,
Y todo estriba en la astucia.
Juan. Mucho el tiempo nos acucia.
Ped. Y nos va, Juan, la existencia;
Mas silencio... ¡oh! Dios nos tiene
De su mano en esta empresa;
¿Oyes? el caracol viene
Bajando.
Juan. ¿Quién?
Ped. La Condesa.
Tal vez pueden oportunas
Conjurar nuestras desdichas
Cuatro palabras bien dichas.
Juan. El cielo os inspire algunas.
Ped. Como hable yo á Doña Juana
Fio en Dios... échate fuera
Y guárdame esa escalera,
Y avisa si alguien la gana.
Juan. Por sobre mí pasarán
Antes.
Ped. No, de ningun modo;
Fíalo á la astucia todo
Y nada á la fuerza, Juan.
Juan. Entiendo, entiendo.
Ped. Sal pues.
Yo duermo como un liron
Hundido en este sillon.
Juan. Ampárenos Dios.

ESCENA VI.

LA CONDESA DOÑA JUANA, PEDRO.

(*Doña Juana sale con mucha precaucion. Pedro la habla como durmiendo y sin cambiar de postura.*)

Cond. (Él es.
Los ví desde la vidriera
Del cruzero.—Solo está:
¡Tiemblo!—¿Si acaso será
Un falsario?)
Ped. Ver pudiera
Algun traidor.
Cond. ¡Ah!

Ped. Señora,
Oid; mas que estoy enfermo
No olvideis, y que aquí duermo.
Cond. ¡Pedro!
Ped. Yo soy; mas ahora
Oidme por Dios con calma
Y finjíos distraida,
Porque á ambos nos va la vida.
Cond. ¡Ay! Tengo en un hilo el alma.
Ped. Tres meses hace que os sigo
De Don Pedro por salvaros,
Y de aquí vengo á sacaros
O á morir con vos me obligo.
Cond. ¡Pedro!
Ped. Dejadme acabar,
Que no hay tiempo que perder
¿Estais dispuesta á arrostrar...
Cond. Todo, sí; que aunque mujer
Tengo un alma tan entera
Que no hay princesa en España
Tan capaz de alguna hazaña,
Ni de voluntad mas fiera.
Ped. Vais el furor de Don Pedro
A hacer que se centuplique
Huyéndoos á Don Enrique.
Cond. Dispuesta estoy, no me arredro.
Ped. Tal vez hay que prescindir
De vuestra real dignidad.
Cond. No importa.
Ped. Algun vil disfraz
Endosaros para huir.
Cond. Nada de eso me da pena;
Inconvenientes son vanos
Si me sacan de las manos
De este traidor de Marchena.
Ped. Mas el rey...
Cond. No hables del rey;
Ninguno aquí se respeta:
Marchena no se sujeta
Desde hoy á ninguna ley.
Y por último, Carrillo,
Consiento en cualquier vileza
Por escapar con presteza
De este maldito castillo.
Ped. Señora, me haceis temblar;
¿Qué puede pasar aquí
Que os impela á hablar así?
Cond. Carrillo, tan gran pesar,
Tan ignominiosa mengua
Que doy por huir al instante
La hermosura del semblante
Y el caro don de la lengua.
Ped. Yo os comprendo. ¿Y tal baldon
Osó proponer siquiera?...
Cond. Pedro, mas de ¡qué manera,
Con cuán taimada intencion!
No es, Carrillo, mi belleza
Lo que en mi favor le anima.
Ped. ¿Pues qué es lo que en vos estima?
Cond. Mi estirpe real, mi nobleza;
Porque con mano traidora
Prepara un veneno á Enrique
Y quiere que justifique
Su atentado mi hermosura.
Ped. ¡Oh infamia!
Cond. Sueña en poder,
En coronas y en grandeza,
Y le hace falta nobleza
Que le dará una mujer.
Y en supersticiosa fe,
Espera imperial dominio
Por no sé qué vaticinio
En que desde niño cree.
Ped. Sí, sí, os sobra la razon
Y huir al punto es forzoso
Traidor tan supersticioso:
La manera y la ocasion
Y todo cuanto medito
Para salvaros vereis
En ese sucinto escrito
Que leido quemareis.
(*La alarga un pergamino que la Condesa recoje con disimulo.*)
Si aceptais...
Cond. Sí, desde ahora.
Ped. Lo único acaso posible
Es...
Cond. Todo me es admisible.
Ped. Pues esta noche, señora.
Y no echeis del corazon
La conviccion de que es fuerza
Que se burle y que se tuerza
La traicion con la traicion.
Cond. Lo sé.
Ped. Pues disimulad,
Fingid, mentid.
Cond. Fe en mí ten,
Que no ha de fingir tan bien
El mas astuto juglar.
Ped. Será en vuestro beneficio.
Y ahora, señora, yo duermo;
No soy yo, soy un enfermo
Sin movimiento y sin juicio.
(*Cierra los ojos y se mantiene sin movimiento, que es en lo que estriba todo el carácter y dificultad de esta escena en el papel de Pedro Carrillo. La Condesa se aparta un poco de él y queda apoyada en la baranda de piedra de la galería como ajena de lo que por ella pasa.*)
Cond. ¡Lo que puede su lealtad!
Tan fiero y tan impaciente,
Por ella solo consiente
En tal ficcion y ruindad!
¡Yo tambien le imitaré.

(*Alza los ojos.*)
Dios, señor de las alturas,
Dame en tantas amarguras
Destreza, valor y fe.
Mas el jardin cruza, y sube
La escalinata hácia aquí:
Fingiré que no le ví
Y que en algo me entretuve.
(*Quedan ambos en silencio un momento. Pedro durmiendo, la Condesa mirando á lo alto. Marchena sube por la escalera del rompimiento.*)

ESCENA VII.

LA CONDESA, PEDRO, MARCHENA.

March. ¡En sus tristes pensamientos
Cuan embebecida está! (*La contempla.*)
Ni aun me ha sentido quizá.
Juana. ¡Ah!... Marchena.
March. Unos momentos
Ha que os estoy contemplando
Tan á lo que os cerca ajena...
Juana, interrumpiéndole. Sí, teneis razon, Marchena,
Desde aquí estaba mirando
Esas nubes pasageras
Que al blando impulso del viento
Van cruzando el firmamento
Caprichosas y ligeras.
March. Con poco os entreteneis.
¿Y eso os distrae?
Juana. Sí por Dios,
Pues qué; ¿no os distrae á vos
Lo hermoso cuando lo veis?
March. Perdonad, noble Condesa,
Que aunque lo bello admiré
Siempre, jamás me paré
En una cosa como esa.
Juana. Lo olvidé, teneis razon:
Vos nunca al cielo mirais;
Y es inútil que lo hagais
Si no os habla al corazon.
A aliviar mi soledad
A este corredor salí
Y de la tristeza fuí
A dar con la enfermedad.
March. ¡Dios! (*Repara en Pedro.*)
Juana. A ese infeliz hallé
Ahí en su estupor sumido
Como veis.
March. Sí, está dormido.
Juana. Despertarle no logré
Aunque le hablé cerca y alto:
¡Ay de mí, sin acordarme
Que aquí para consolarme
Todo es de sentidos falto!
March. Como á quien sois se os trata
Segun creo en mi castillo,
Pues yo mismo á vos me humillo
Y mi gente en mí os acata
Por su señora.
Juana. ¡Ay, Marchena!
Toda la pompa oriental
No hará que no suene mal
Al cautivo su cadena.
March. De flores quisiera yo
Tejérosla nada mas.
Juana. Y flores son que jamás
Mi decoro recojió.
March. No sé qué os noto por Dios
Que os veo menos altiva!
Juana. ¿He de llorar mientras viva
El estar cerca de vos?
March. Siento daros pesadumbre;
Mas así el rey lo dispuso.
Juana. A la mano en que me puso
Me irá haciendo la costumbre.
March. Palabras tan indulgentes
Me hacen creer que vuestro encono
Pasa.
Juana. Es mi santo patrono
Mañana, los Inocentes.
March., con pavor. ¿A qué lo habeis recordado
Cuando olvidarlo queria?
Juana. No supe el mal que os hacia
Sin duda; ¡os habeis turbado!
March., hablando consigo mismo. Hoy, sí, es hoy... pero qué miro!
En ese pasillo Juan...
¿Espía?
Juana. ¿Qué nuevo afan
Teneis!... (A penas respiro.)
Parece que os inmutais.
¿Qué teneis?
March. Todo el infierno
Me habeis alzado en lo interno
Del corazon.
Juana. ¿Delirais?
March. No. ¡Juan!
Juan, saliendo. Señor.

ESCENA VIII.

DICHOS, JUAN.

Juana. (¡Qué va á hacer!)
March. Responde y di la verdad.
O el viaje á la eternidad
Puedes prepararte á hacer.
Juan. Señor.
March. ¡Qué hacias ahí!
Juan. A ese hombre, señor, velaba
Cuando sentí que bajaba

Esa noble dama aquí;
Y como el respeto sé
Con que la quereis tratar,
Su gusto por no estorbar
A este lado me aparté.
March. ¡Vive Dios si otra intencion
Comprendiera que hay en tí!
Juan. Presumo que os ofendí,
Capitan. Teneis razon,
Debí apartarle tambien;
Mas como el pobre dormia,
Creí que no estorbaria.
Disimuladme.
March. Está bien.
Juana. (Respiro.) Ahora comprendo
Lo que os turbó... á fe, Marchena, (*Se rie.*)
Que vuestra aprension es buena.
March. ¿Y os reis?
Juana. ¿No lo estais viendo?
March. ¡Oh!
Juana. Lo entiendo; como haceis
Conmigo el enamorado,
Lo celoso habeis pensado
Que fingir tambien debeis.
¿Y quién os causó recelo? (*Se rie.*)
¿Quién? Un jayan, un tullido,
Uno vil, y otro dormido?
¡Bah! tropezais en un pelo.
March. Condesa, no me entendeis.
Mas ya que os veo dispuesta
A sondar esta funesta
Tradicion, lo lograreis.
Juan, lleva á ese hombre contigo.
Juana. ¿Y á qué le ha incomodar?
No puede sordo escuchar
Ni dormido ser testigo.
March. Decís bien.
Juana. Cuenta os haced
Que es un relieve postizo
En ese pilar macizo.
March. Bien. (*A Juan.*) En la opuesta pared
De ese jardin un postigo
Hay; al pié de su escalera
Hasta que te llame espera;
Allí irá Lucas contigo. (*Vase Juan.*)

ESCENA IX.

LA CONDESA Y MARCHENA.

(*Marchena cierra las dos puertas laterales.*)

Cond. (¿Qué vá á decir? yo tiemblo.)
March., al pasar junto á Pedro. Este menguado...
Mas ora en su estupor yace tranquilo.
Cond. (¡Oh! Si entiende que escucha desvelado!...
El corazon por él siento en un hilo.)
March. He comprendido que poneis empeño
Un secreto en sondar que me devora,
Y voy á revelárosle, señora,
Aunque esta relacion os turbe el sueño.
Harto me duele el renovar la llaga
Que abrió en mi corazon, mas no me aterra
Ya el siniestro destino que me amaga
Y arrostrarle sabré: fuerza es que lo haga
Mientras me sufra sobre sí la tierra.
Juana. ¡Me estremeceis!
March. Ahora, atenta estadme
Y el dardo al ver con que me habeis herido
Recordando este dia maldecido
Como soy y he de ser al par miradme.
Tiene un rincon el corazon humano
Donde luz ni razon nunca penetra,
Y en donde Satanás pone un arcano
Escrito contra el hombre letra á letra.
Y realidad ó sueño nos abruma
Siempre, y de sobre sí nadie le arroja,
Y á la virtud ó al mal nos lleva en suma
Sin permitir al corazon que escoja.
Por él el bien ó la afliccion se espera,
El peligro por él con fe se arrostra,
Por él avanza con audacia fiera
El hombre, y sin valor por él se postra.
Y el criminal gastado, el Juez severo,
La vírgen inocente casta y pura,
La cortesana torpe, el caballero
Noble lo mismo que el servil pechero
La fuerza sienten de su ley oscura.
A este poder por diferentes modos
Tarde ó temprano sucumbimos todos
Y este arcano de impulso omnipotente
Es la supersticion... raudal rujiente
Que de esta vida por el mar turbado
Arrastra y sorbe en su fatal corriente
Al triste corazon desesperado.
Juana. Sacrílega impiedad!
March. Lo sé, Condesa.
Tal vez mi perdicion ha de ser esa;
Pero tras ella voy. Yo me burlaba
De sabios y pronósticos: creía
Que soldado y feliz como me hallaba
Burlarme de ellos sin temor podia;
Mas me engañé. Escuchad: yo siempre amigo
Del rey Don Pedro fuí; nunca secreto
De ambicion ni de amor tuvo conmigo,
Y siempre quiso á sí verme sujeto.
Una noche de vino y de placeres
Hartos ambos á dos, él me propuso
Pedir de nuestro sino pareceres
A un sabio que estas ciencias tiene en uso.
Consentí. Nuestro horóscopo le enviamos

Para que el porvenir nos predijera,
Y de él y de sus ciencias nos mofamos
De antemano los dos... ¡Nunca lo hiciera!
Porque al leer el propio pergamino
Por el viejo devuelto, escrito estaba
En él el porvenir que me esperaba,
Y dice así la voz de mi destino.
« Raza enemiga á tí tu muerte trama :
» La evitas nada mas por un castillo :
» Vasallos y pendon te dá una dama :
» Y entre agua y tierra en lid de poca fama
» Te matarán al fin por un Carrillo. »

Juana. Linda aprension de muerte. (*Riéndose.*)

March. ¿Os mofais de ella?
Yo tambien me reí; mas poco á poco
Tornóse en fallo de mi negra estrella
Lo que sueño juzgué de un viejo loco.

Juana. ¡Morir por un carrillo! (*Riéndose.*)

March. De la raza
De los Carrillos habla.

Juana, aterrada. ¡Santo cielo!

March. Por do quiera se cumple esta amenaza,
Do quiera juntos nos rechaza el suelo.
De Don Pedro el pendon seguí constante
Y el de Enrique siguieron los Carrillos.
El rey me dió al instante
Sus honores, sus tierras, sus castillos.
Púsonos el azar frente por frente :
Donde quiera que voy doy con alguno,
Donde quiera que van dan de repente
Conmigo, y es destino de esa gente
Que yo les estermine uno por uno.
Ya no hay ley para mí, ya no hay partido
Ni bando, ni opinion : siempre medroso
De mí mismo no mas, atento cuido,
Y á mi suerte no mas miro afanoso.
Luché, velé, sufrí tres largos años
Y aun no creyendo en mi fatal estrella
Que me diera creí mil desengaños,
Pero la ví cumplirse y fio en ella.
Este castillo es prenda de mi vida :
La dama vos de quien marcó la huella
Para ver mi fortuna engrandecida :
Suerte en vuestro favor feliz me ayuda,
Podeis un reino dar á vuestro esposo,
Y espero al fin que al encontraros viuda,
Me deis, cumpliendo el fallo misterioso,
Tierra y vasallos y pendon famoso.

Juana. Monstruo impío, jamás... antes espero
Que á las manos del último Carrillo
Por mí se cumpla tu destino entero.

March. No, que ya nos ampara mi castillo
Y aquí no puede contra mí ninguno.

Juana. ¡Ay si la sombra aquí se alza de alguno!

March. Yá sé que de esa raza á mí enemiga
Os ha seguido por salvaros uno,
Y que llegó en Sevilla y en Toledo
Con maña astuta é infernal enredo
Hasta escribiros sin temor y hablaros :
Mas no espereis que hasta Alcalá nos siga,
Ni aunque lo hiciera así podrá salvaros.
Es su sino fatal, es sino mio;
Aquí espiró á mis piés el padre anciano,
Buscóme su hijo y su cadáver frio
Yace allí bajo; me buscó su hermano
Y sucumbió tambien : de sangre un rio
Aquí en su corazon le abrió mi mano.
¡Oh! y su fatalidad les prevenia
Una muerte á los tres el mismo dia :
Y ese dia fatídico, señora,
En el que estamos es, y esta es la hora.

Juana. ¡Jesus! (*Aterrada.*)

March. ¡Os da pavura!
Tambien á mí : mas fio desde ahora
En mi cumplida prediccion segura.

Juana. ¡Ay si se alza del último la sombra,
Y os sale al paso en tan funesto dia!

March. Callad, callad.

Juana. ¿Parece que os asombra
Su memoria fatal?

March. ¡Qué niñería!
¡Vana ilusion! Si su sepulcro dejan,
Y á demandarme sus fantasmas vienen,
Atrás se volverán... me las alejan
De aquí estas piedras que su sangre tienen.
¿Veis esas dos escarpias que emparejan
En aqueste pilar! Ahí se mantienen,
Porque recuerdos son de que algun dia
De ellas pendieron en ausencia mia.
Sus cuerpos á su espíritu espantaron.
No, jamás volverán.

Juana. ¡Horrible historia!

March. Dos años de estas torres me alejaron
Los sueños de esta lúgubre memoria,
Mas por la vez postrera vuelvo á ellas
Con segura esperanza en las estrellas.
Este, Condesa, es mi secreto : este
Es vuestro porvenir : téngoos conmigo,
Y meditadlo bien, porque os lo digo :
Vos no sois ya del rey la prisionera
Sino mia : no el iris de esperanza
Con Aragon en la contienda fiera,
No : sois la luz á que mi mano alcanza
Solamente desde hoy : luz de mi vida,
Luz de la estrella que me alumbra el paso
Mantenida por mí, por mí estinguida.

Juana. ¡Monstruo! ¿A tanto osarás?

March. Temblando acaso.

Mas ya no hay para mí ley ni partido,
Ni bando, ni opinion; supersticioso
De mí mismo no mas atento cuido,
Y á mi suerte no mas miro afanoso,
Y... de aquí retirémonos ahora,
Que el toque de oraciones no quisiera
Que nos cogiera aquí, que es triste hora,
Y he de pasar aun la vez postrera.
Juana. Acompañadme, pues.
March. Temblais, señora.
Juana. Sí, sí.
March. Yo os guiaré por la escalera.
Vamos...
(*La toma apresurado por la mano y vanse por la izquierda, volviendo Marchena la cabeza con supersticioso temor.*)

ESCENA X.

PEDRO, MIRANDO LAS ESCARPIAS.

¡Aquí estuvieron sus despojos!
Fuego, de llanto en vez, brotan mis ojos.
¡Víctimas inocentes! ¡Sombras caras!
Aun hay quien inmolando en este suelo
Todo su ser de la venganza en aras
Cuenta dará de vuestra sangre al cielo.
¿Aun volverá?... Le esperaré, y cuando entre
En este panteon de los Carrillos
Con el Carrillo vengador encuentre.
Mas calla, corazon: deber sagrado
Diques te pone aun... aguarda un poco,
Que en manos de tu rey tienes jurado
Volver con ella ó sucumbir por loco.
Sofoca tu razon; como un cobarde
A industria baja y vergonzosa acude,
Y mientras llega la ocasion mas tarde
Su misma ruin supersticion te ayude.
Sí, sí. Crezca su miedo... y que cuando entre,
Pábulo nuevo á su pavor encuentre.
(*Saca del seno una daga ó puñal, y arrojando la vaina entre el ramaje de los árboles del jardin, la clava en el dintel de la puerta por donde ha de volver Marchena, la cual siendo estrecha, como paso al caracol de la torre, favorece el pensamiento de Pedro. Este se vuelve á sentar en la misma postura que ha conservado en las anteriores escenas.*)

ESCENA XI.

PEDRO, MARCHENA.

(*Este, al salir por donde entró con Doña Juana, cierra la puerta, y al cerrarla tropieza en la daga y la coje.*)

March. Huyamos de este sitio: me amedrenta
En estas horas su ámbito funesto,
Y siento que el pavor se me acrecienta
Con los recuerdos de hoy... ¿pero que es esto?
¡Santo Dios!... ¡Una daga... no es la mia...
Clavada estaba, sí: oh!... Qué pensamiento
Tan infernal... hoy fué... de aquí al momento
Salgamos.
(*Suena á lo lejos el toque de oracion en las campanas de Alcalá.*)
La oracion... Me lo temia!
¡Juan! ¡Lucas! pronto á mí, luces corriendo.
No me atrevo á mover... pronto á mi lado
Venid...

ESCENA XII.

PEDRO (COMO SIEMPRE). MARCHENA, JUAN, LUCAS Y VARIOS BALLESTEROS CON ANTORCHAS.

Juan y Lucas. Henos aquí.
March. ¡A mis piés clavado
Un puñal!... Alumbrad. (*Mira el puñal.*)
Lo estaba viendo
Que este iba á ser un dia desdichado.
Acaso de esa luz el falso brillo...
Fascinacion acaso de mis ojos.
¿Qué dicen esos caractéres rojos
De ese hierro? Leed.
(*Lo alarga á los otros.*)
Ball., que leyó en el acto primero el pregon de Don Pedro. Pedro Carrillo.
March. No es mi imaginacion enloquecida,
No. ¡Ira de Dios! Con vuestra propia vida
Todos me pagareis traicion tamaña.
Juan, Lucas y los demas. ¡Señor!
March. ¡Mas aquí ese hombre ¡Si finjida
Fuera ¡Dios Santo! su demencia estraña!
(*Va á él.*) ¡Desdichado de tí si de ellos eres!
(*Le sacude y arrastra hácia el público. Lucas le pone su antorcha cerca del rostro para que se vea y comprenda la fisonomía del actor; y Juan al otro lado, con la mano en el puño de su espada, se muestra preparado á arrojarse sobre Marchena.*)
Despiértate, traidor, acaba ó mueres.
(*Le muestra la daga.*)
¿Le conoces? ¿es tuyo? ¿aquí no has visto
Quien le vino á traer? Habla ó te mato.
(*Pedro le toma la daga, la mira dándola*

vueltas, y le dice soltando su estúpida carcajada.)

Ped. ¿Pa-para tri-inchar?

March. ¡Oh! El insensato
No me comprende, no.

Ped. Yo ya esto-oy listo.
¿Va-vamos ya á cenar?

(Marchena le rechaza de sí empujándole, y Pedro sigue riendo.)

March. ¡Deliro! Sueño!
¿O este dia fatal me abre el abismo?

(Marchena muestra en sus desatinados movimientos el vértigo á que le conduce su temor y supersticion. Pedro le mira y siempre aumentando su risa, dice:)

Ped. ¿Qué-qué le da á ese ho-ombre?
¿Está lo-oco?

(Marchena, volviendo en sí de repente, y reconociendo el sitio en que se halla, responde á Pedro con acento sombrío, saliendo precipitadamente y tirando el puñal.)

March. Sí, sí: estamos los dos tal vez lo mismo. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

PEDRO, JUAN, LUCAS.

(Lucas queda mostrando indecision, y como quien no sabe lo que le pasa. Juan le empuja y le saca de su estupor. Este y Pedro al quedarse solos varian completamente de actitud y fisonomía, pasando de la estupidez á la inteligencia.)

Lucas, á Juan. ¿Qué es esto?

Juan, á Lucas. Yo no sé.

Lucas, con miedo. ¡Ay! yo tampoco.

Juan. Pero alúmbrale, Lucas, no se mate
Segun vá.

Lucas. ¡Dios me valga! ¡Yo estoy tonto!

(Vase corriendo; los demas que hayan salido le siguen.)

(Juan á Pedro fingiendo todavía, y ofreciéndole el brazo como siempre.)

(Pedro recogiendo su puñal y enderezándole con brio.)

Juan. Vamos.

Ped. ¿Qué has hecho, Juan?

Juan. Todo está pronto.

ACTO TERCERO.

Patio del castillo viejo de Alcalá, junto á la puerta esterior. A la izquierda esta misma puerta, cuya muralla se prolonga hasta el fondo, y sobre la cual se pueda andar. A la derecha la pequeña torre de la portería, cuyo centro de dos pisos está manifiesto el espectador.

—

ESCENA PRIMERA.

JUAN, DENTRO DE LA TORRE. LUCAS, LLEGANDO. LUEGO PEDRO.

Juan. ¿Quién vá?

Lucas. Yo.

Juan. ¿Lucas?

Lucas. Yo soy;
Abre, Juan.

(Entra Lucas y cierra. Pedro se acerca á la puerta de la torre con precaucion y escucha.)

Juan. Dios sea loado.
Lucas, ¿en dónde has estado?

Lucas. Casi no sé donde estoy.
¡Vaya una noche!

Juan. ¿Qué pasa
De nuevo ahora?

Lucas. ¡No es cosa!

Juan. Habla.

Lucas. Una fiebre horrorosa
Que la cabeza le abrasa
Le tiene casi sin juicio.

Juan. ¿Pero á quién?

Lucas. Al capitan.

Juan. Pues no estés con tanto afan,
Porque ya sabes que es vicio
De su carácter: es hombre
A quien á veces asombra
El mirar su misma sombra
O el oir su propio nombre;
Pero se le pasa pronto.

Lucas. ¡Ay, da miedo! De repente,
Juan, grita como un demente
O se queda como un tonto;
Y en verdad, Perez, que espanta.

Juan. ¿Y en dónde está?

Lucas. En su aposento
Reposa ahora un momento.
Pero ¿de qué, Vírgen Santa,
Se espantó de tal manera?

Juan. De aquel puñal.

Lucas. ¿Mas quién fué
Quien se le dió?

Juan. Yo no sé.

Lucas. Dijo que el suyo no era,
Porque atado á la cintura
Le llevaba.

Juan. Él le tendria

De antes, y alguna manía
Le hizo de él tener pavura.
Lucas. Aquí para entre los dos,
Perez, esta fortaleza
Tal á parecerme empieza
Que me disgusta por Dios.
Juan. Qué, ¿tienes miedo?
Lucas. ¡Tal vez!
Porque tengo en la memoria
Haber oido una historia
Que tiene visos pardiez
De estar en gran relacion
Con lo que pasó esta noche.
Juan. Miente el vulgo á troche y moche,
Lucas.
Lucas. Fondo de razon
Llevan siempre sus mentiras;
Y en fin, cuando el rio suena,
Agua trae.
Juan. En hora buena
Tema el capitan las iras
De esos seres invisibles,
Que diz que el castillo habitan;
Teman los que los irritan
Con sus delitos horribles.
Nosotros que vida honrada
Llevamos, fieles al rey,
Temamos de Dios la ley,
Pero de fantasmas nada.
Lucas. Tú hablas bien; pero Marchena
Ha un poco que me decia:
« Lucas, nunca de este dia
Hay que esperar cosa buena.
No sé á quién atribuillo;
Pero en este dia aciago
Siempre algun fatal estrago
Sucede en este castillo. »
Juan. Cosas suyas; ya años hace
Que le sirvo, y te aseguro
Que este dia es un conjuro
Que sus desdichas deshace.
Por lances que en este dia
Lugar y ocasion tuvieron
Sus fortunas le vinieron;
Con que ya ves, es manía.
Él sufre todos los años
Por estos dias accesos
Que le trastornan los sesos
Con desvaríos estraños:
Mas ¿qué quieres? así son
Las miserias de la tierra,
Y hay hombres á quienes guerra
Da su propio corazon.
Lucas. Es verdad; pero te digo,
Y créelo sin que lo jure,
Que mientras la noche dure,
Juan, no las tengo conmigo.
Juan. ¡Bah! no sé de qué te pasmas,
Ni hay causa de que te asombres.
Lucas. No me amedrentan los hombres,
Juan, pero sí los fantasmas.
Juan. ¡Válganos Dios! ¿Tambien tú eres
De los patanes sencillos
Que creen que andan los Carrillos
Por estas torres?
Lucas. ¿Qué quieres?
Yo sé que aquí han muerto de ellos
Tres lo menos, y al pensar
En lo que uno oye contar
Se le erizan los cabellos.
Juan. ¡Bah! deja tal desatino
Que tanto afan no merece,
Y dime ¿qué te parece
El diablo de tu sobrino?
Lucas. ¡Mi sobrino? ¿Cuál?
Juan. Gabriel.
Lucas. ¿Pues dónde está?
Juan. ¿No le has visto?
Lucas. No.
Juan. Pues, hombre, andas bien listo
Para portarte con él.
Lucas. Pero, hombre, ¿qué estás diciendo?
Juan. Pero, hombre, ¿qué estás dudando?
Lucas. ¿Gabriel aquí? ¿desde cuándo?
Juan. Lucas, lo estaba temiendo
De tu ruindad.
Lucas. ¿Pero qué?
Juan. ¡Por una anguila no mas!
Lucas. Acaba por Barrabás,
Que no te comprendo á fe.
Juan. Tú has metido á tu sobrino
Por ahí en algun rincon
Por guardar el anguilon.
Lucas. Pero si aun aquí no vino.
Juan. ¿Cómo que no? ¿Y aun batallas
Por negarlo?
Lucas. ¿Cuándo? Cómo?
Juan. Vaya, Lucas, que estás plomo:
Con los carros de vituallas.
Lucas. Pues no le he visto á fe mia.
Juan. ¡Toma! pues él muy formal
Se coló con su morral
De una en otra galería.
Lucas. ¡Jesus!
Juan. Preguntó por tí;
Mas no logrando tu encuentro,
Corriendo por allá dentro
Se fué á buscarte.
Lucas. ¡Ay de mí!
Todo lo va á alborotar,
Que segun lo que me han dicho
El tal sobrino es un bicho
A quien hay corto que atar.
Juan. Pues hace mas de una hora
Que por ahí anda.

Lucas. Pues voy
Por él, que á fe de quien soy
No me gustara que ahora
Me turbara ese truhan
El reposo de Marchena.
Juan. Pues por Dios que la hace buena
Segun está el capitan.
Lucas. Voy, voy.
Juan. Sí, y acuerdaté
Que me tienes prometida
Una cena á su venida.
Lucas. Y sí que te la daré.
Juan. Pues búscale y date prisa.
Lucas. Voy; tú espérame ahí quedo.
(*Vase.*)
Juan. (A no tener tanto miedo
Por Dios me ahogaba de risa.)

ESCENA II.

JUAN, PEDRO (QUE SALE POR DETRAS DE LA TORRE).

Juan. Pedro.
Ped. Todo lo he escuchado.
Juan. El capitan...
Ped. Su pavor
Nos ayuda.
Juan. Fué, señor,
Vuestro empeño algo arriesgado.
Ped. De audaces es la fortuna.
Juan. Sí, mas tanto se la tienta
Que alguna vez se la ahuyenta.
Ped. Como aun nos sonría una
Nos basta. ¿Hiciste mi encargo?
Juan. Todo está hecho: aproveché
La confusion y crucé
El corredor. Sin embargo
No fio en que tan oculto
Fuese que algun centinela
U otro que anduviera en vela
No viese...
Ped. Lo dificulto,
Que el cuento habrá ya cundido
De lo hecho en la galería,
Y no habrá quien hasta el dia
Ose pisarla atrevido.
¿Y lo dejaste en lugar
Seguro?
Ped. En la misma puerta:
No, no temais que ande incierta
Para dar con ello.
Ped. Errar
Sentiria, Juan, el paso
Por un descuido imprudente.
¿Y todo lo conveniente
La pusiste para el caso?
Juan. Todo. La misma Lucia
Lo arregló; y en disponer
Tres caballos quedó ayer
Para esta noche García.
Ped. ¿Y en qué sitio?
Juan. A la bajada
Del castillo, en la espesura
Del encinar.
Ped. Pues procura,
Juan, que no nos falte nada
Y antes que vuelva á esta torre
Lucas y todo lo ataje,
Haz seña para que baje,
Que es tarde y el tiempo corre;
Mas cuenta que en el castillo
Sospechen...
Juan. La seña es tal
Que ni aun puede hacerse mal;
Es el canto del cuclillo.
Ped. Pues despacha.
Juan. Apartad pues.
(*Hace la seña, imitando el canto del cuclillo, y se la repiten por arriba.*)
¿Oísteis?
Ped. Sí, ha contestado
Desde arriba.
Juan. Ya ha cruzado
El corredor. (*Mirando al foro.*)
Ped. Ella es.

ESCENA III.

PEDRO, JUAN, DOÑA JUANA (DE MOLINERO, CON ALFORJAS, TIZNADA LA CARA DE HARINA).

Ped. Señora.
Juana. Ya estoy aquí
Dispuesta á arriesgarlo todo
Sin reparar en el modo;
¿Mas dudais vosotros?
Ped. Sí:
Dudo cuanto mas cercano
Veo el momento fatal.
Juana. Pues qué ¿lo haremos tan mal
Que nos sorprenda un villano?
Ped. Ay, Condesa, yo no sé:
Mas á vuestros piés de hinojos
Con lágrimas en los ojos
Os pido perdon.
Juana. ¿De qué?
Ped. ¡Poneros yo en tal bajeza
Y en tan grosero disfraz!
Juana. Va en ello la libertad,
El honor y la cabeza.
Bien contra mí se han valido
De mas pérfidos amaños,
Y estos pasos, aunque estraños,

Me llevan á mi marido.
Doble política aquí
Al tenerme prisionera
Tiene una nacion entera
Tiranizada por mí.
Y en pro de la causa buena
Cuanto yo voy á intentar
No podrá nunca empañar
Mi apellido de Villena.
Y en fin, Pedro, ya no es hora
De pensar sino de hacer,
No os sonroje una mujer
En tal ocasion.
Ped. Señora,
No hay cosa ni en paz ni en guerra
Que yo no emprenda por vos,
Que nací, despues de Dios,
Vasallo vuestro en la tierra.
De mi padre y mis hermanos
La sangre aquí derramada
Reclama desesperada
Su venganza de mis manos,
Y yo á ella os antepongo,
Y por servir á mi rey
De mi propio honor la ley
Bajo vuestras plantas pongo.
Ved si estaré decidido;
Mas ofrecer me da pena
A una sangre de Villena
Tan vergonzoso partido.
Poner en tanta bajeza
Vuestro decoro, y tener
En un saco que envolver
Vuestra hermosura y nobleza,
Teniendo un buen corazon
Y una espada á que acudir
De apuros para salir
Y mantener su razon,
Es cosa contra la mia:
Mas no hay remedio, es preciso
Y...
Juana. Yo estaré sobre aviso,
Pedro, y con tal artería
Sabré jugar mi papel,
Que el espion mas sagaz
De ver no será capaz
A Doña Juana en Gabriel.
Ped. Pláceme por vida mia
Tan brava resolucion,
Y vuestro real corazon
Conozco en tal bizarría;
Mas ved que es fácil acaso
Que la destreza atajada
Haya que cambiar el paso
Y echar mano de la espada.
Juana. Ya aquí por nada me arredro,
Que ya estoy acostumbrada
A ver sangre derramada
Por los tigres de Don Pedro.
Creo además que está bien
Mi estraña trasformacion.
Ped. Estais como la ocasion
Lo requiere.
Juana. Así nos den
Fortuna nuestros destinos
Para salir con ventura
Como nos sobra bravura.
Ped. Oid pues: hay dos caminos
Para lograrlo: el primero
Hacer que el vino le acabe
La razon, tomar la llave
De su cinturon de cuero,
Y calladito y sin bulla
Plantarse de cuatro saltos
Entre esos pinares altos
Antes que nadie rebulla.
Juana. ¿Y el segundo?
Ped. Es mas violento,
Pero mas pronto.
Juana. ¿Cual és?
Ped. Tenderle aquí á nuestros piés
Y echarnos fuera al momento.
Juana. Si no hay mas medio es igual;
Pero aunque tiempo perdamos,
Pedro, al primero acudamos,
Que tiempo hay, si sale mal,
De acudir al mas seguro.
Ped. Pues ya os podeis aprestar,
Porque le siento acercar
Por entre el ramage oscuro.
Juan. Ya está aquí.
Juana. Empecemos, pues,
Y Dios nos valga.
Ped. En el fio.
Juan, dame el brazo.
(*Pedro se apoya en el brazo de Juan y vuelve á su estupidez. La Condesa cambia repentinamente de carácter y sale al encuentro de Lucas, que viene por el fondo.*)

ESCENA IV.

La Condesa DOÑA JUANA, PEDRO, LUCAS, con linterna, y JUAN.

Juana. ¿Es mi tio?
Lucas. ¡Calla! ¿es este?
Juan. ¿No lo vés?
Lucas. Y yo por allá buscándole!
Juana. Y yo tras de vos perdiéndome
Y á todo el mundo atreviéndome
Por mi tio preguntándole.
Lucas. ¡Y qué guapo es el muchacho!
Juana. ¡Oh y ya vereis qué espedito!
De nada se me da un pito
Y todo me lo despacho

En un tris. ¡Oh! tengo un tino
Para todas mis haciendas
Que doy fin á mis moliendas
Apenas suelto el molino.
¡Si el verme allí es un contento!
¡Qué ir y venir! ¡qué bajar
Y subir! ¡qué traginar!
Allí estoy en mi elemento.
Yo cuido la casa entera,
Lo de fuera y lo de adentro,
Y todo hecho me lo encuentro
Lo de adentro y lo de afuera.
Yo ato los sacos de harina,
Yo el trigo que traen encierro,
Cargo un rucio, casco á un perro,
Perniquiebro una gallina.
Y cual si hubiera cien manos,
En cien cosas á la vez
Me ocupo y con rapidez
Salgo de todas ¡pardiez!
Yo crio doce marranos,
Cien pavos gordos y sanos,
Pollos, palomas, gallinas,
Y hago comercio de harinas
En las comarcas vecinas,
Viajo, muelo, cazo, pesco,
Y apaleo á los villanos
Y sirvo á mis parroquianos
Y ajusto mis propios granos,
Doy, pago, cobro y tan fresco.
Lucas. ¡Jesus!
Juana. Y nunca me pierdo.
Mas ¡ay qué chola la mia!
Ahora, tio, que me acuerdo
Os traigo carta de un cerdo
Y un buen jamon de Lucia.
Lucas. ¡Hombre, hombre!
Juana. Lo mismo da;
Así á la lengua me vino,
Y yo soy como el molino,
Me suelto y pum, allá vá.
Tambien os traigo una anguila
Que en mi cañar he pescado,
Y un vino bien embotado
Que consuela y refocila.
Y como he topado á Juan
Antiguo vecino mio,
Os le he convidado, tio,
Con ese otro del gaban.
Con que, pues todos están
Juntos aquí y de bureo,
Empecemos el jaleo,
Que la anguila está dispuesta,
Y con esa indina cuesta
Tengo un boquis que no veo.
Lucas. ¡Jesus, Jesus y qué salva!
Juana. ¡Ay, tio! no me hagais ascos
Porque me rompo los cascos
Con el lucero del alba.
Juan y Lucas. Ja! ja! ja!
Juana. No hay que reir;
Pero ¡ay de mí! soy un bestia.
¿Yo daros tan ruin molestia?
¿Yo con mi sangre reñir?
¡Bah! Soy un calaverilla,
Tio, pero no un bribon,
Porque tengo un corazon
Mejor que el pan de Castilla.
Dadme la mano y pelillos
Al mar, y con todo á Roma.
Lucas. La mano y los brazos toma,
Que me has puesto los carrillos
Encogidos de reir,
Y no hay ¡voto á Bercebú!
Un muchacho como tú
Entre un millon á elegir.
Juana. ¿Con que os gusto?
Lucas. Sí por Dios,
Y con gran placer, sobrino,
Partiré de mi molino
La ganancia entre los dos.
Juana. Ya vereis qué bien lo hago;
Mas por los disciplinantes,
Tio, cenemos cuanto antes
Que tengo la tripa en vago.
Lucas. Sí, vamos: tienes razon.
Juana. ¿Y quién es este tio lila
(*Por Pedro.*)
A quien nada despabila
Y calla como un liron?
Juan. Un tonto.
Juana. Buen compañero
De broma.
Juan. Oh, pues como empiece
Verás, cuando se enderece
Un par de tragos...
Juana. Yo espero
Que lo haga aquí á su sabor.
Juan. ¡Ya verás!
Juana. Pues á la mesa,
Que yo quiero gente tiesa
Que haga á mis fiestas honor.
(*Entran en la torre.*)
Lucas. Entrad, entrad, algo estrecho
Es mi cuarto para cuatro;
Mas no para anfiteatro,
Como podeis ver, fué hecho,
Sino para habitacion
Del alcaide.
Juana. A buena cena
Cualquiera cámara es buena.
Lucas. Saca pues tu provision.
Juana. Aquí está: en esta cazuela
Viene enroscada la anguila;
(*Pedro se rie como corresponde á la parte que juega en esta escena.*)

¡Anda, anda, mira el tio lila
Que rie que se las pela!
Pedro. Ca-aspita qué-qué o-olor!
Juan. Vamos, sentaos aquí.
Ped. La bo-bota pa-ara mí,
Que hu-huelo bu-uen licor.
Juana. Lo huele ¿eh? buen perdiguero.
Ahí vá.
Pedro. Ca-canario ¿dos?
(*Viendo que Doña Juana saca otra bota.*)
Juana. Esta otra no es para vos
Que está mi tio primero:
Tomad, tio, esta botilla
Aunque os parezca pequeña
Es de la uva de la hazeña;
No lo hay mejor en Castilla.
Lucas. Ya lo sé, que no hay cosecha
Como la suya.
Juana. Y su dueño
Me lo dió por grande empeño,
Que solo para él lo echa
En sus cubas.
Lucas. Te lo estimo,
Y á él tambien que es hombre llano
Con el noble y el villano
Y puro como el racimo
De sus cepas.
Juana. Ea pues
Vaciadle á nuestra salud
Y juzgad de su virtud
Por lo que sintais despues.
Lucas. Sobrino, yo soy muy ducho
En vinos, un veterano
A quien no tiembla la mano
Ni con poco ni con mucho.
Juana. En ese caso empinad.
Lucas, bebe. ¡Jesus!
Juana y Juan. Buen provecho.
Juana, á Pedro. Vos
A la anguila. (*Se sirven.*)
Lucas. Vive Dios
Que es soberbio en realidad.
(*Quitándose de los labios la bota.*)
Juana. Siéntate, Juan.
Juan. Yo de pié
Cumpliré mi obligacion,
Pues que alguien sirva es razon,
Y de voluntad lo haré.
Ped. ¡Ri-ica! Vi-ino, Ju-uan.
Juan. ¿No te lo dije? ya empieza.
(*A Lucas.*)
Que se sube á la cabeza.
Ped. Co-como un ma-mazapan.
Todos. Ja! ja! ja!
Juana. ¡Toma y es sordo!
Juan. Como un tronco.
Juana. Así lo que echa
En su cuerpo le aprovecha,
No oye penas y anda gordo.
Juan. Pone todos sus sentidos
En comer, y no trabaja.
Ped. Po-ponedme otra ra-aja,
Que-que me gusta.
Lucas. Escogidos
Son los peces del Tajuña.
Ped. Bri-brindis.
Juan. Dice muy bien.
Ped. Bri-inda, mu-muchacho.
Juana. ¿A quién?
Ped. No-ó dejes ni una u-uña.
Lucas. Como soy Lucas, sobrino,
Que el tal vinillo me alegra:
¿Es de uva blanca ó negra?
Juana. Yo no sé, pero es buen vino;
Y si va á decir verdad,
Tio, á mí en este momento
Me produce tal contento
Que, vamos, sin vanidad
Andaria sin empacho
A palos ó mojicones
Con un par de mazollones
Como vos.
Lucas. ¡Ja ja! muchacho,
Tú te has puesto un poco chispo.
Juana. Pues, tio, ó yo veo mal,
O vos estais ya tal cual
Rezumado.
Ped. Me-me crispo
De pla-acer con el mo-osto,
Ju-Juan.
Lucas. ¡Cual se forra el pancho!
Ped. O el va-aso es mu-muy ancho,
O el pe-escu-ezo a-angosto. (*Bebe.*)
Todos. ¡Ja, ja, ja!
Lucas. ¡Cómo está el hombre!
Ped. No hay co-cosa co-omo el vi-ino;
Po-pone al hombre fi-fino
Y no-no hay de que se a-asombre:
Vi-ino, Ju-uan.
Lucas. Magnífico.
Ped. Con mis pi-iernas de tra-apo
Y este co-orpanchon de sa-apo.
Me atrevo á dar un so-opapo
Todos. ¿A quién?
Ped. A-al mar pa-acífico.
Todos. Ja! ja! ja!
Ped. Vi-ino, Ju-an.
Lucas y Juana. Sí, sí, vino.
Ped. De esta ve-ez
Me ro-ompen la nuez
O me ha-acen ca-apitan.
Juana. Bebamos, pues.
Lucas. Sí, sí, arriba.
Juana. Qué chispon que está mi tio.
Lucas. ¿Pues y tú, sobrino mio? (*Se recuesta.*)

Ped. Ya el su-sueño le derriba
Atrás co-omo un pa-anarra:
Ja! ja!
Juana. Mas calla, ¿qué veo?
¿Es que yo ya me mareo
O es aquello una guitarra?
Juan. Cabalito.
Juana. Dame acá;
¡Me alegro por santa Prisca!
Una guitarra morisca:
Trae, trae. (*La da la guitarra.*)
Lucas. Chico, quita allá
No rompas ese instrumento.
Juana. ¿Qué es romper? panza de coco,
Vereis como en un momento
Os le templo y os le toco.
Lucas. ¿Punteas tambien, sobrino?
Juana. Ya lo vereis.
Ped. ¿Ta-ambien
Mu-música? Va-va bien.
¡Lo que es beber! Juan, vi-vino.
(*Doña Juana toma la guitarra y se dispone á cantar.*

ESCENA V.

DICHOS. MARCHENA, CON RONDA DE BALLESTEROS Y GENTE DE ARMAS, ASOMA POR EL FONDO Y AL OIR PUNTEAR LA GUITARRA SE PARA.

March. Ni un punto descansaré
En esta noche fatal:
Como espectro sepulcral
En sus sombras rondaré.
¡Sí, vagan por mi castillo
Sus espíritus! Lo sé;
Pero en vela aguardaré
Al del último Carrillo.
Acaso esta noche cruel
Le trae de su niebla en pos;
Mas si él me busca, por Dios,
Yo tambien le busco á él.
Ped. Siento ruido. (*Aparte á Doña Juana.*)
Juana, aparte á Pedro. Tambien yo.
Ped., aparte á Juan. Mira á esa rejilla, Juan.
Juan, aparte á Doña Juana y Pedro. ¡Dios piadoso! el capitan.
Ped. ¿Ya temblais?
Juana. Por Cristo, no.
Ped. Pues seguid. (*A Doña Juana.*)
Lucas. Por Dios, sobrino,
Canta, ó la lámpara sopla
Y á dormir.
Juana. Ahí va una copla
De la cancion del molino. (*Sigue punteando.*)
March. ¿Qué es esto?
Un Ballestero. Lucas y Juan
Que en alguna francachela
Están dando á la vihuela.
March. Oigamos, que á entonar van.
Juana, canta. Cuando yo á mi molino
Suelto la rueda,
No hay brazo que sus aspas
Pararle pueda.
Que es mi molino
Símbolo de la rueda
De mi destino:
Que va rodando,
Que va moliendo,
Y harina dando
Que va cayendo,
Monton formando,
Que va creciendo,
Mientras yo en saco blando
Cual soy me tiendo,
Y segun va rodando
Me voy durmiendo.
Que es mi destino
Dejar que ande mi vida
Con mi molino.
Ped. y Juan. Bien!
Lucas. Magnifico, sobrino!
Pero ¡ay! ¿sabes que me encuentro
Como si me hirviera dentro
Toda el agua del molino?
Juan, Ped., y Juana. Ja! ja! ja!
Juana, cantándole. Ese es el vino,
Que os va poniendo
Torpe y mohino;
Porque en bebiendo
Con poco tino,
Como estais viendo,
Al bebedor mas fino
Le va venciendo,
Y segun va bebiendo
Se va durmiendo.
Porque hace el vino
Que ruede la cabeza
Como un molino.
Ped. Yo-o no oigo pe-pelota;
Mas debe ser ca-ancion
So-oberbia.
Lucas. Y con ese son
La cabeza se me embota,
Sobrino... por compasion,
Tu música me acogota.
March. Polvo que el viento alborota,
Confunde, arrastra y azota,
Las cosas del mundo son:
Ahí algazara y chacota,
Y otro á un paso de ahí agota
El caliz de la afliccion!
En fin, velemos por ellos

Pues pueden gozar así
Algunos instantes bellos
Que no pasará por mí.
Lucas. (*Llamando.*)
Juan. (Él es.)
March. Lucas!
Lucas. ¿Quién
Llama?
March. Yo soy.
Lucas. Mira, Juan,
Quien llama ahí.
Juan. El capitan.
Lucas. ¿El capitan? Está bien;
Mira, asómate, muchacho,
Si es que te tienes, y dile
Que fie en mí y se las guile,
Que estoy un poco borracho.
March. Abrid aquí, ó ¡vive Dios!
Lucas. El que se tenga mas tieso
Que abra ahí.
Juana. Yo voy á eso,
Tio; yo abriré por vos.
(*Abre y entra Marchena. Todos le ofrecen sus vasos, y queriendo saludarle, vuelven á caer aplomados en sus sitiales. Pedro se manifiesta entre borracho y loco.*)
March. ¡Qué es esto!
Lucas. Mi capitan,
Ya llegais tarde, y lo siento,
Pero no importa; tú, Juan,
Lárgale un vaso, jumento.
Todos. Aquí está el mio.
Ped. To-omad
U-un tra-ago, señor,
Que-que es mu-uy bu-en li-icor.
March. Debe de serlo en verdad,
Segun os ha puesto á todos.
(Mas juntos en tal lugar.)
Lucas. No teneis que cavilar
Ni mirar con malos modos,
Capitan; ese muchacho
Es Gabriel, es mi sobrino,
Que os va á cuidar el molino
Perfectamente borracho.
March. ¡Ah! entiendo.
Ped. ¿No-o be-beis?
Pro-probadlo: es li-icor
Que-que quita el dolor
De muelas... ¿cuántas teneis?
Juana. Señor capitan, yo tengo
La lengua un poco trabada
En los dientes... mas no es nada,
Porque yo ni voy ni vengo
Para vos... lo que me empacha
Es que hayais hallado así
A mi tio... pues por mi
Yo... odio la gente borracha.
¿Quereis que os cante un poquito?
Juan. Capitan, no le hagais caso,
Porque no está para el paso;
Ese chico es un mosquito.
Lucas. No os dé pena, capitan,
Todo lo cura un chapuz
En el pilon... hombre, Juan,
Espabílate esa luz,
Que no vemos.
Juan. ¿Que no ves
Con la luz? y vive Dios
Que á mí me parecen dos.
Juana. Y á mi ciento veinte y tres.
March. Lucas.
Lucas. Señor.
March. Esas llaves
Dame, que llevas al cinto.
Lucas. No estoy mas que un poco pinto.
March. Sí, mas es fuerza que acabes
De rematar tu pintura,
Y que duermas es mejor
Mientras tu propio señor
De su quietud se asegura. (*Le toma las llaves.*)
Lucas. ¿Vais á estar vos ojo alerta
Por mí?
March. Sí.
Lucas. ¿Con que es decir
Que puedo echarme á dormir
Sin curarme de la puerta?
March. Sí, y acaba, Lucas.
Lucas. Bueno,
Pues tomad y gracias: ahora
Con tumbarme hasta la aurora
Me quedaré tan sereno.
Ped. ¿Qué-qué, os va-ais ya? ¿No quereis
U-un tra-traguito?
March., con severidad. No:
Dormid y silencio.
Lucas. Yo
Nada digo, ya lo veis.
(*Sale Marchena de la torre.*)
Ped. ¡Qué-qué sério va el ho-ombre!
Bu-uenas noches, ve-ecino!
Lucas. Canta otro poco, sobrino,
Que me arrulla tu cantar.
Juana. Pues ahí va.
Lucas. Lo del molino.
Ped. ¿Va-va á cantar el so-obrino?
¡Bah! á mí no me-me ha de entrar
En la oreja... con que vi-ino!
March., á un Ballestero. Tú en el muro, centinela
Queda, y cuida que esa gente
No se desborde imprudente.
Ballestero. Descuidad, que estaré en vela.

March. Si por este patio asoma
Lucas, échamele atrás;
No dejes á nadie mas
Llegar al muro: y si toma
La conducta de esos tres
Algun viso de traicion,
Tiéndeles sin compasion
Cadáveres á tus piés.
(*El Ballestero se colloca de centinela sobre la muralla.—Marchena sigue hablando consigo mismo.*)
Mis ojos están abiertos,
Y en esta noche de afan
Sorprenderme no podrán
Ni los vivos ni los muertos.
De todo el mundo pavura
Siento y terror, y á cualquiera
De quien dude, sea quien quiera,
Le abriré la sepultura.
Sí, cual sombra del abismo
Evocada, iré fugaz
Girando en la oscuridad
Centinela de mí mismo. (*Vase con su gente.*)

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, PEDRO, JUAN, LUCAS, EL BALLESTERO.

Ped., á la Condesa. (Seguid por Dios, no sospeche
Que escuchamos.) (*A Juan.*) (Tiento, Juan,
No te vea.)
Juan, que mira por la ventana. (Ya se van.)
Lucas. Fuerza es que un hombre peleche
Con estos tragos, sobrino;
Mas ó estoy ensordeciendo
O tú te me estás durmiendo
Con tu cantar del molino.
(*Un momento de pausa, durante el cual Doña Juana sigue cantando á media voz.*)
Ped. Toda está en calma otra vez.
Juan, mirando por la ventana. ¡Mas Jesucristo! ¡qué veo!
Que allí nos han puesto, creo,
Un centinela.
Ped. Pardiez,
Es cierto.
Juan. Estamos perdidos
Sin las llaves y espiados!
Ped. Sí, pero somos soldados,
Juan, y estamos decididos.
(*A Doña Juana.*) Seguid entonando vos.
Juan, ¿tienes ahí tu ballesta?
Juan. Aquí está.
Ped. Una flecha apresta
Para ese hombre, y ruega á Dios
Que dé á tu brazo buen tino,
Porque como te se tuerza
Aquí sucumbir es fuerza
A nuestro fatal destino.
Juan. Allá voy. Desde allá arriba
Le puedo apuntar mejor.
Ped. Y en tu certeza ó tu error,
Juan, nuestra existencia estriba.
(*Toma Juan su ballesta y sube al piso superior de la torre. Viéndole subir Lucas así se alarma. Doña Juana sigue cantando bajo.*)
Lucas. Qué bajo cantas, Gabriel,
Mas ¿qué es lo que hace ese Juan?
Bien decia el capitan
Que no me fiara de él.
¡Jesus! y lleva en la mano
La ballesta! Hola, bribon,
Pues nos verémos... traicion!
(*Pedro se arroja sobre él, le aferra la garganta con una mano y le amenaza con la otra con un puñal. Juan se coloca en la ventana del piso superior de la torre, arma su ballesta y dispara á su tiempo.*)
Ped. ¡Silencio, ó mueres, villano!
Lucas. ¡Qué fuerza tiene el tullido!
Ped. ¡Silencio! vos, Doña Juana,
Mirad por esa ventana
Lo que pasa. (*Lo hace Doña Juana.*)
Juana. Algo ha sentido,
Sin duda, porque hácia aquí
Mirando el soldado está.
(*Tira Juan su flecha que hiere al Ballestero que cae de espaldas.*)
Ball. ¡Jesus!
Ped. ¿Qué sucede?
Juana. Ya
Tiró.
Juan, asomando á la escalera. ¿Pedro?
Ped. ¿Cayó?
Juan. Sí.
Ped. Pues con aquesta mordaza
Y una ligadura fuerte
No hay miedo que se despierte.
(*Pone á Lucas un pañuelo en la boca, atándoselo al cogote, y le ata manos y piés.*)
Ahora fuera.
Juana. ¿Y de qué traza
Nos valemos para abrir?
Ped. Imaginando este paso,
Hice yo á Juan para el caso
Esta cuerda prevenir. (*La saca de la alforja.*)
Cuélgala pues de una almena
Y huyamos de este castillo.

Juana. Sí, sí, partamos, Carrillo,
No nos sorprenda Marchena.
Ped. Salid.
(*Juan y la Condesa salen de la torre y suben al muro, donde Juan ata la cuerda á una almena. Entre tanto, Pedro clava su puñal en la mesa en que han cenado, mata la lámpara y cierra la torre, tirando la llave, y subiendo luego al muro, ayudará á Juan y á la Condesa.*)
Obré á mi rey fiel;
Ahora mi espíritu aquí
Queda, y Marchena ¡ay de tí
Cuando yo vuelva por él!
(*Juan, que ha concluido de atar la cuerda, se descuelga: Pedro la tiene para que baje la Condesa, descolgándose él en seguida.*)
Baja, y la cuerda asegura (*A Juan.*)
De abajo; yo os la tendré (*A Doña Juana.*)
De aquí arriba, y Dios nos dé
Como el valor la ventura.
(*Vanse descolgándose por la muralla.*)

ESCENA VII.

LUCAS, DENTRO DE LA TORRE. EL BALLESTERO TENDIDO EN LA MURALLA. MARCHENA BAJANDO LENTAMENTE DESDE EL FONDO.

March. ¡Qué horrible noche, ay de mí!
Y con cuánta lentitud
Va pasando! Ni una estrella
(*Mirando al cielo.*)
Por el firmamento azul
Se vé brillar. Todo yace
En tenebrosa quietud,
Envuelto en los negros paños
De su lóbrego capuz;
Y el mundo entero parece
Entre la sombra comun
De toda la raza humana
Universal ataud.
Yo solo por las tinieblas
Bajo solitario aún
Con el corazon prensado
Por pavorosa inquietud.
Yo solo en insomnio horrible,
Esclavo de Belcebú,
La paz maldigo en que goza
La dormida multitud.
(*Va hácia la puerta de la torre donde está Lucas.*)
Ya duermen tambien aquí:
(*Mira por la cerradura.*)
Sí, ya apagaron la luz
Y cayeron oprimidos
Por la embriaguez. Mas segun
(*Mirando á la muralla.*)
Tendido está el ballestero
Duerme tambien. (*Va á él.*) ¡Eh! gandul!
¿Así cumples tu deber?
Pero ¡válgame Jesus!
Cruzado está por un dardo.
Nuño, Melendo, Fortun!
¡A mí, pronto á mí, villanos!
¡Sus! mis ballesteros! ¡Sus!
(*Vuelve á la puerta de la torrecilla.*)
¡Lucas! ¡Oh se han encerrado!
¡Lucas! Despierta, menguado!

ESCENA VIII.

MARCHENA, LUCAS, BALLESTEROS CON ANTORCHAS, ETC.

Ballesteros. Aquí estamos, capitan;
¿Qué pasa?
March. Nos han burlado!
Ballesteros. ¿Quién?
March. Pronto, por san Millan
Corred á la torre grande
Y ved si está allí la presa: (*Vanse algunos.*)
Rompedme esa puerta apriesa, (*Otros lo hacen.*)
Y ¡ay de aquel á quien demande
La razon de tal sorpresa!
(*Entra en la torrecilla alumbrado por los suyos.*)
¡Lucas! — Dios Santo ¿qué es esto?
(*Le desata el pañuelo rápidamente, otros las ligaduras.*)
¿Quién de este modo te ha puesto?
Lucas. Ellos... el tullido, Juan,
Mi sobrino.
March. ¿Y dónde están?
Lucas. Huyen.
March. ¡Oh dia funesto
Para mí! dia temido
Con razon! ¡mas qué estoy viendo!
(*Vé el puñal clavado en la mesa y le toma.*)
¡Su puñal!... estoy perdido.
Uno de los Ballesteros que llega. Señor, la presa se ha huido.
March. Sí, sí: todo lo comprendo.
¡Torció de mi suerte el fallo
Robándola del castillo!
Y ¡ay de mí, si no los hallo!
Pronto, amigos, á caballo
Tras del último Carrillo!
(*Marchena va hácia la puerta del castillo, asiendo las llaves que lleva á la cintura como con intencion de abrirla.*

Los Ballesteros se dispersan en diferentes direcciones. Unos rodean á Marchena; otros siguen á Lucas, que se esfuerza en librarse de su modorra. Otros suben á la muralla y cruzan las galerías, formando el cuadro de tumulto y afan que exije la escena.—Cae el telon.)

ACTO CUARTO.

Esterior del antiguo molino de Guadalajara, con parte del puente. A la derecha el molino, á cuya puerta se llega por un puentecillo de madera tan largo como toda la fachada y suficientemente ancho para que puedan representar sobre él cinco ó seis personas. Detrás de él arranca estendiéndose de un lado á otro del escenario el puente de Guadalajara, y por bajo el único ojo que se presentará en escena se verá la ribera opuesta. El piso del teatro es agua.

—

ESCENA PRIMERA.

LUCIA, TERESA.

Lucia. ¡Jesus, Teresa, que afan!
Ya el horizonte esclarece
Con el alba, y no parece
Nadie. ¡Vírgen santa! Y Juan
Cuando esta mañana vino,
Dijo que si antes del dia
Arribar hasta el molino
Conseguirse no podia,
Tal vez no volvieran mas
De esta osada espedicion,
Y me anuncia el corazon
Que se ha perdido quizás,
Y entonces ¡pobre de mí!
Ter. ¿Tanto de ese hombre esperais
Que así su ausencia llorais?
Lucia. ¡Ay Teresa! lloro, sí;
Que huérfana abandonada
No me resta sombra alguna,
Si por mi mala fortuna
Me veo de él separada.
Ter. Parece hombre de valor,
Y os quiere sin duda bien.
Lucia. Nació en Aragon tambien,
Y en la niñez, nuestro amor.
Su padre era un escudero
De la casa de Villena,
Y mi padre de esta buena
Familia, palafrenero.
Mas esta casa la guerra
Como otras mil trastornó,
Y mi padre sucumbió
De miseria en esta tierra.
Él, aunque pobre y villano,
Sirvió á Carrillo de modo,
Que parece mas en todo
Que su escudero su hermano.
Y la aficion que me tiene
Le pago con mi cariño,
Pues que le amé desde niño
A mas de que me conviene.
Ter. ¿Y es cosa de tanto riesgo
Esa en que se ve metido?
Lucia. Sin duda, y en mi sentido
Va ya tomando tal sesgo,
Teresa, que si pudiera
Consistir no mas que en mí,
Por verlos salvos aquí
Un año de vida diera.
Tampoco vienen los otros
Aun... con que aunque aquí lleguen
Será fuerza que se entreguen.
¡Ay qué va á ser de nosotros!
Mas, ó el crespúsculo escaso
Me engaña... O estoy segura
Que veo por la espesura
Un ginete.
Ter. Y á buen paso.
¡Oh! sí, sí, por aquel llano
Que se forma en la ribera
Le veo ahora...
Lucia. Si fuera
Él. Pero ¡Dios soberano!
¡Cayó el caballo! (*Ladran dentro perros.*
Ter. Y le ayuda
Inútilmente á moverse.
Lucia. Ya se alza. ¡Oh! vuelve á tenderse;
Cedió al cansancio sin duda.
Ya le deja, y hácia aquí
Se dirige.
Ter. ¡Tarfe, chito!
Se acerca. Calla, maldito.
Lucia. ¡Él es, él es! Ya está aqui.

ESCENA II.

JUAN, LUCIA, TERESA.

Juan. Ata esos perros, Teresa,
O van ¡voto á Belcebú!
A vendernos.
Lucia. ¿Eres tú,
Juan?
Juan. Yo, mas con tanta priesa
Que me creí que volaba.
Lucia. Qué cansado estás.
Juan. Rendido:
Y aun gracias que así he podido
Llegar aquí.
Lucia. ¡Ay Juan! Acaba
Por Dios; ¿qué pasa? ¿dó quedan
Esos amigos?

Juan. Me siguen
De cerca, mas nos persiguen,
Y acaso al cansancio cedan
Antes de que pueda darles
Socorro: mas ¿dónde están
Esas gentes?
Lucia. ¿Cuáles, Juan?
Juan. Me he adelantado á buscarles
En su auxilio.
Lucia. Aun no ha venido
Nadie.
Juan. ¡Cómo! Si García
La hora del rayar el dia
Les dió.
Lucia. Pues no han parecido.
Juan. Y ya el alba está rayando,
¡Dios del cielo!
(*Va á salir: Lucia le detiene.*)
Lucia. ¿A dónde vas?
Juan. A unirme á ellos.
Lucia. ¿Y qué harás
Con eso?
Juan. Morir matando
Con ellos, ó todos juntos
Salvarnos como es razon.
Lucia. ¿Tanta es vuestra esposicion?
Juan. Si los cogen son difuntos.
Lucia. Tente, que por la espesura
Les veo ya.
Juan. No los hallo. (*Mirando.*)
Lucia. Allí, allí, tres á caballo.
Juan. Sí, sí, ellos son. ¡Oh ventura!
Me habrán por suerte seguido
Del monte por el atajo,
Y aunque con mucho trabajo
Hacerles han conseguido
Perder el rastro.
Lucia. No sé
Como entre esos matorrales
Pudieron los animales
Sacaros salvos.
Juan. A fe
Que no quedan para mas
Los pobres; que cuatro leguas
Que han galopado sin treguas
Y sin dejarlos jamás
Tomar aliento, es forzoso
Que acaben por reventarles.
Aquí están. Voy á ayudarles
A apearse.
Lucia. ¡Dios piadoso!
¡Cuáles están! y cual viene
Esa dama. Cuántas penas
Sufrido habrán, cuando apenas
Sobre el caballo se tiene.
Dios nos ampare en tal cuita.
Juana. ¡Jesus!
Lucia. ¡Ay pobre señora!

ESCENA III.

LUCIA, TERESA, JUAN, PEDRO CON DOÑA JUANA EN LOS BRAZOS.

Ped. Que repose un poco ahora
Es lo que se necesita.
Lucia. Aquí sobre este mullido
De los costales.
Ped. Esto era
Consiguiente, una carrera
Como la que hemos traido,
Era capaz, de seguro,
De hacer aliento perder
Al cabalgador mas duro,
Cuanto mas á una mujer.
Juan. Aflojarla ese jubon,
Que respire con holgura.
Ped. Trae un poco de agua pura;
No es de consideracion
El accidente.
Lucia. Aquí está. (*Con agua.*)
Ped. Dame, dame.
Lucia. Se ha quedado
Como muerta.
Ped. No hay cuidado
Por esto.
Juana. ¡Ay!
Ped. Vuelve ya.
Juana. ¿Dónde estoy?
Ped. Entre leales
Amigos.
Juana. ¡Ay! por perdida
Me conté. ¡Jésus, qué huida!
¡Qué saltos! ¡qué matorrales!
Como en sueño delirante
En confuso remolino
Los árboles del camino
Me pasaban por delante.
¡Qué yegua!
Ped. A ella, señora,
Por su vigor y pujanza
Debeis la poca esperanza
Que nos resta por ahora.
Juana. ¿Y Marchena?
Ped. Aun está lejos,
Pues viendo el rastro perdido
La carretera ha seguido,
Porque á los turbios reflejos
Del crepúsculo no pudo
Ver que el atajo tomamos,
Pues fueron los gruesos ramos
A sus ojos nuestro escudo.
Juan. De los consejos, los que antes
Ocurren: si no tomamos
Por el monte, no ganamos
Ni un pié sobre esos tunantes.
Ped. ¿Mas dónde está nuestra gente?

Juan. Nadie llegó todavía
Ped. ¿Esto mas?
Juan. ¡Vírgen María!
Y ellos infaliblemente
Vendrán por este camino.
Ped. Sin duda alguna vendrán,
Y á fe que no pasarán
Sin registrar el molino.
Fuerza es partir al momento.
Juana. Es imposible.
Ped. ¿Porqué?
Juana. No puedo mover un pié,
Y apenas me queda aliento
Para hablar.
Ped. Teneis razon,
Mas no se dirá de mí
Que un solo instante cedí
Por falta de corazon.
García.

ESCENA IV.

DICHOS, GARCIA.

A caballo ponte.
Aun puede hacer esa yegua
Sin enfriarla otra legua.
Corre, pues, cruza ese monte,
Y subiendo hácia Torija,
Con mis ginetes darás
Y hasta aquí los guiarás
Por la vereda mas fija:
Mira, y de paso, del diestro
Llévate los tres caballos
En la espesura á ocultallos
No marquen el rastro nuestro.
Corre, vuela.
García. Al punto voy. (*Vase.*)

ESCENA V.

JUAN, PEDRO, DOÑA JUANA, LUCIA Y TERESA.

Ped. Mientras, nos defenderémos
Aquí, ó aquí morirémos
Como aragoneses hoy.
Juana. Pedro, ya basta: no mas
Por mí espongas tu persona,
Que si el cielo me abandona...
Ped. Yo no he de hacerlo jamás.
He jurado á Don Enrique
Que á su amor os volveria
O en la empresa moriria;
Y es fuerza que testifique
Con mi sangre y con mi aliento,
Que si me faltó la suerte,
Supe sellar con mi muerte
La fe de mi juramento.
Pero lejos todavía
Los de Marchena estarán
Y antes tal vez llegarán
Mis ginetes con García.
Juana. Quiéralo Dios, buen Carrillo,
Que á salir de otra manera
Nuestra sepultura fuera
Ese maldito castillo.
Ped. Sí, bien lo podeis decir;
Mas porque esto no suceda
Harémos cuanto se pueda
De dos hombres exijir.
Por el pronto un aposento
Tomad, en el cual, señora,
Podeis á solas ahora
Reponeros un momento.
Lucia. Uno sé tan escondido
Que á no echar la casa abajo
Les ha de costar trabajo
Dar con él.
Ped. Pues prevenido
Tenle, y servidla entre tanto
Para mudar ese traje
Indigno de su linaje.
Lucia. Yo os daré un sayo y un manto,
Que aunque algo burdo y grosero
Limpio y cómodo ha de estar.
Juana. ¿Has sido tú la que ayer
A Juan has proporcionado
Estas ropas que han salvado
El honor á una mujer?
Lucia. Sí.
Juana. ¿Con qué os podré pagar
Interés tan verdadero?
Ped. Con dejaros llanamente
Aconsejar y servir
De quien pronto está á morir
Por vos; pero que prudente
Antes de este último trance
Intentará cuanto quepa
En hombre que serlo sepa,
Cuanto en lo posible alcance.
Con que estaos por ahora
Aquí dentro retirada,
Que por nosotros guardada
Estareis: y antes, señora,
(*La aparta á un lado.*)
Cuatro palabras me oid,
Porque es fuerza que pensemos
Que tal vez no nos verémos
Mas, si se traba una lid.
Juana. ¡Pedro!
Ped. No es por ponderaros...
Mas nacido en Aragon,
Hablo con el corazon
Siempre, y no puedo engañaros.
Juana. Lo sé, y en tanto que viva

No he de olvidar que tú fuiste
El solo que me seguiste
Cuando presa y fujitiva.
Ped. Don Enrique vuestro esposo
Me dió al partir este anillo,
Porque por él de Carrillo
En cualquier lance dudoso
Os fiárais : yo ofrecí
Devolvérsele con vos,
Mas de estar entre los dos
Mejor está en vos que en mí.
Tomadle, y si es que volver (*Se le dá.*)
Lograis á sus reales brazos
Y á mí me hacen hoy pedazos;
Decidle : Hizo su deber.
Juana. Sí, le diré, y plegue á Dios,
Que nos ayude piadoso
A llegar ante mi esposo
A un mismo tiempo á los dos.
Y entonces verás, Carrillo,
Como sé darte sin pena
Todo el feudo de Villena
En memoria de este anillo.
Ped. Id pues y rogad por mí
Al Soberano Hacedor
Para que me dé el valor
Que nos hace falta aquí.
(*La besa la mano y se va la Condesa con Teresa y Lucia.*)

ESCENA VI.

PEDRO, JUAN.

Ped. Juan.
Juan. Pedro.
Ped. Viéndolo estás,
Nos vuelve el rostro la suerte
Y la hora de la muerte
Está sonando quizás.
Juan. Lo veo; esas esperanzas
Con que animarla has querido,
Solo quimeras han sido
Porque tú no las alcanzas.
Ped. No, Juan La gente que traigo,
Aunque á Don Enrique fiel,
No hará lo que yo por él,
Y si entre las manos caigo
De esos traidores contigo,
Ellos cumplen con decir
Que quién nos mandaba ir
A casa del enemigo.
Juan. Pues bien, si ellos son capaces
De abandonarnos así,
Muramos con honra aquí.
Ped. Juan, muy malas cuentas te haces.
Juan. No te entiendo, Pedro.
Ped. Escucha :
Dos hombres, por mas valientes
Que sean, con tantas gentes
No pueden entrar en lucha
Sin sucumbir.
Juan. ¡En buen hora
Sucumbamos, vive Dios!
Ped. Juan, ¿y para qué los dos?
El paso está franco ahora
De ese puente todavía,
En esa dehesa hay ganado,
Toma un potro y de contado
Sálvate tú.
Juan. Yo creia,
Pedro, que nuestra amistad
Estaba mas firme en tí.
¿Yo huir dejándote aquí?
¿Lo harias tú?
Ped. No en verdad.
Juan. Pues yo tampoco. Mi madre
Nos dió á ambos á dos el pecho,
Y este es un lazo harto estrecho
Para que á mí no me cuadre
Conservarle bien atado :
Y aunque como tú no soy
De noble raza, hasta hoy
He ido con honra á tu lado.
La amistad que me dispensas
Sin medir nuestros linajes
Hace mios tus ultrages
Como tuyas mis ofensas.
Y por vengar la traicion
Que hirió á tu padre y hermanos,
Vestí de acero las manos
Y de luto el corazon.
Vine á servir á Marchena
Cual sabes para abrir llana
Senda por donde mañana
Robárasle á la Villena;
Y te serví y te ayudé
Con la constante esperanza
De dividir tu venganza.
¿Y crees que te dejaré
En peligros tan estremos?
No, Pedro, por vida mia;
Hemos nacido en un dia
Y en un dia morirémos.
Ped. ¿Y quién me vengará á mí
Cuando muramos los dos?
Juan. Pedro, en el cielo hay un Dios,
Y Dios es justo.
Ped. Sí, sí;
Juan, tienes razon, perdona;
No culpes á mi amistad
De lo que una voluntad
Firme y duradera abona.
Por uno te considero
Que de los Carrillos resta,
Y de su suerte funesta

Que participes no quiero.
Harto por ellos hiciste,
Juan, y yo debo pagarte
Tus buenos servicios : parte
Pues á Aragon ; tú cumpliste.
Yo no tengo que dejar
En la tierra otra esperanza
Que mi honor y mi venganza,
Y tú tienes que esperar
De un amor un porvenir.
Juan. No, Pedro, que en mí el amor
No es primero que el honor,
Y con él sabré cumplir.
Ped. Créeme.
Juan. Porfias en vano.
Me tienes por el postrero
De los Carrillos y quiero
No ser un vil con mi hermano :
No hablemos mas.
Ped. Sea pues
Como quieras : pero, Juan,
Las horas corriendo van
Y mirar fuerza no es
Como salir de este paso.
A esa dama compañía
Haz, y envíame á Lucia,
Que aun salvaros puedo acaso.
Juan. Lo haré.
Ped. Allá dentro te queda
Para ampararla; yo aquí
Velo, no salgas de allí
Suceda lo que suceda.
Juan. Mas si veo...
Ped. ¿Qué has de ver?
Juan. Que te acecha la traicion...
Ped. Juan, tú harás tu obligacion
Salvándome á esa mujer.
Si tu destreza ó tu brio
Te inspira un medio de hacerlo,
No dudes en emprenderlo
Como si fuera en pro mio.
Juan. ¡Tal vez Dios me inspirará!
Ped. De todos modos aquí
Mi vida está para tí.
Juan. La mia, Pedro, allí está.

ESCENA VII.

PEDRO, DESPUES LUCIA.

Ped. ¡Bizarro mozo, por Dios!
Mas de poco en este dia
Servirá su bizarría,
Si abandonados los dos
Contra tantos nos ponemos,
Porque poco puede hacer
La audacia contra el poder
Y á la fin sucumbirémos.
Mas no ha de decirse ¡oh, Juan!
Que has sucumbido hoy aquí
Por no mirar yo por tí,
Si en este trance de afan
Me ampara el Dios soberano
Que el sol por alfombra tiene,
Y al universo mantiene
A la sombra de su mano.
Sí, el mundo nos abandona,
Pero en peligro tan grave
Yo haré cuanto en hombre cabe
Para salvar tu persona.
¡Oh! hasta los nuestros nos huyen,
Que no comprenden ¡Menguados!
Cómo dos hombres restados
Tan noble hazaña concluyen.
Mas ya la aurora del dia
Empieza á dorar las cumbres
De las desiguales lomas
Que el horizonte circuyen,
Y á nadie por el camino
Todavía se descubre.
¡Oh! si quisieran los cielos!...
Mas ya aquí Lucia acude :
Aprovechemos el tiempo.

ESCENA VIII.

PEDRO, LUCIA.

Lucia. ¿Qué me quereis?
Ped. Que me escuches:
Tú amas á Juan.
Lucia. Yo, señor...
Ped. En vano es que disimules,
Ni con mujeril vergüenza
Tu amor inocente escuses.
Él te ama tambien : mas fuerza
Es que vuestro amor se frustre
Como á salvarle tú misma
Con destreza no me ayudes.
Lucia. Hablad, hablad, estoy pronta.
Ped. Enemiga muchedumbre
Nos persigue.
Lucia. Ya lo sé.
Ped. Por poco que se apresure,
Aquí de un instante á otro
Llegar debe, y que se burlen
Sus iras es menester.
¿Dices que hay donde se oculten
Juan y esa dama?
Lucia. Sí, un cuarto
Que al rio cae, que está inutil
Y solo Lucas conoce,
Y fácilmente se obstruye
Su puerta.
Ped. A esa dama y Juan

A ese aposento condúceme,
Y allí en silencio manténles
Donde su vida aseguren,
Mientras yo á Gil desoriento
Para que allí no les busque.
Lucia. ¿Vos?
Ped. Yo, sí.
Lucia. ¡Ah! ¡qué vais á hacer!
Ped. Lo que á un buen amigo cumple.
Lucia. Pero señor...
Ped. Si á Juan amas
Como al parecer presumes,
De esta manera tan solo
La vida le restituyes.
Lucia. Hablad.
Ped. El cielo, Lucia,
Una chispa de su lumbre
Encendió en mi entendimiento,
Y á prueba mi ingenio puse
Muchas veces con fortuna,
Y acaso querrá que triunfe
Tambien hoy aquí, y los ojos
De los impíos ofusque:
Que quien en los cielos fia
Jamás al malo sucumbe.
Yo soy pues un alcarreño
Que los granos te conduce
De un punto á otro, y hoy traje
Molienda con que te ocupes.
Lucia. Pero...
Ped. Lo dicho, un labriego;
Y si logro que me juzguen
Por tal, yo mismo á guiarlos
Me ofreceré tras los que huyen.
Lucia. Mas si otra vez vuestra estrella
Con esa gente os reune
Y os reconoce uno de ellos?
Ped. No hay nada de que me asuste;
Lucia, nadie conoce
Mi semblante, porque anduve
Siempre entre ellos disfrazado;
Y el solo ante quien me espuse
Tal cual soy, es Lucas Ruiz,
Que aun dormirá en sueño dulce
El opio que con el vino
Le he dado á beber.
Lucia. Me aturde
Tanta osadía. ¡Esperarles
Cara á cara!
Ped. No te ocupes
De mí; sálvalos á ellos
Si puede ser, y no dudes
Que no hay mas medio, Lucia,
Con que su muerte se escuse:
Que yo de aquí les aleje
Y en tanto huyais.
Lucia. Mas me ocurre...
Ped. ¿Qué?
Lucia. Que vale mas que á mí
Sola en la casa me juzguen
Esos que os siguen, y yo
Con oportunos embustes
O fingida candidez
Les distraiga y desalumbre.
Ped. En vano fueran con ellos
Tus buenas solicitudes,
Débil mujer: del temor
Podrá en tí mas la costumbre
Que la razon, y así harás
Que doble el mal se acumule
Sobre nosotros, no: haz tú
Lo que para tí dispuse,
Y si un impensado azar
Mis esperanzas destruye,
Tiempo hay para ser vencidos
Sin que la hora se apresure,
Tiempo hay para que estas aguas
En sus ondas nos sepulten,
Tiempo hay de rendir el alma,
Mas no sin que se dispute.
Lucia. Sea como vos querais,
Pues por mas que me repugne
Ver que solo os esponeis
Por todos, valor me infunde
Al ver la seria esperanza
Que mostrais.
Ped. Que disimules
El peligro es necesario,
Que calles y no te turbes
Cuando el capitan Marchena
Por nosotros te pregunte.
Y en cuanto á los de allá dentro
Mucho silencio; asegúrales
Que todo va bien. Ahora
Vé si hay por ahí algo útil
A mi disfraz de labriego.
Lucia, la muestra. Si esta ropilla de agundez
El recadero de Lucas...
Ped., la toma. Trae: de estas calzas azules
Y este trage campesino
Que adopté, haré que resulte
Tal vez completa mudanza
En mi esterior, si me cubre
Bien el jubon, y si logro
(*Se mete el jubon y la ropilla.*)
Que esta ropilla me ajuste.
¡Perfectamente! y ya es
Tiempo de que no figuren
Esta peluca, estas barbas
(*Se quita lo que dice y lo tira al rio, con el jubon y la ropilla.*)
Y estas pieles que me entumen,
Y que hasta aquí me han salvado.
Vayan pues fuera, y si se hunden

Mis esperanzas como ellos
En esa agua que les sume,
Diré : Fué juicio de Dios,
Pues hice cuanto hacer pude!
Lucia. Mirad, camino adelante
Se alza de polvo una nube.
Ped. Sí, sí; y con el sol que nace
Lanzas entre ella relucen.
Lucia. Señor... (*Yendo á suplicarle.*)
Ped., resuelto. Escusa los ruegos,
Y pide á Dios que me alumbre
La razon, para dar cabo
Al empeño en que me puse.
Lucia. ¿Son ellos?
Ped. Ellos son, sí :
Alerta pues y ten calma.
Lucia. En un hilo tengo el alma.
Ped. Silencio; ya están aquí.
(*Lucia hace que está ocupada en sus labores. Pedro se sienta como distraido. Un momento despues se oye la voz de Marchena apareciendo á poco sobre el puentecillo y guardándole sus Ballesteros.*)

ESCENA IX.

PEDRO, MARCHENA, LUCIA, BALLESTEROS.

March., dentro. Echad pié á tierra un momento :
No pueden haber pasado
De aquí, á no haber cabalgado
En alas del mismo viento.
¡Hola! ha del molino. (*Fuera.*)
Lucia. ¿Quién?
March. Yo.
Lucia. Vos, señor capitan!
March. Dime, conoces á Juan
Perez?
Lucia, cortada. Yo...
March. Repara bien
Lo que hablas; di llanamente,
¿Le conoces?
Lucia. Sí, señor.
March. ¿Y ha estado aquí ese traidor
Esta mañana?
Ped., volviendo de repente. Mas gente
No ha venido aquí hoy que yo.
March. ¡Vive Dios! ¿Y tú quién eres
Que ofreces tus pareceres
A quien no te los pidió?
Ped. ¡Toma! yo soy un paisano.
March. De qué pueblo?
Ped. De Lupiana.
March. ¿Qué haces aquí?
Ped. Esta mañana
He venido.
March. ¿A qué?
Ped. A traer grano.
March. ¿A qué hora?
Ped. Al rayar del dia.
March. ¿Por qué camino has llegado?
Ped. Por el monte.
March. Y te has hallado
Con Perez?
Ped. Su señoría
Perdone, mas yo no sé
Quien es Perez : á quien ví
Pasar juntitos de mí,
Y si no les dejo á fe
Libre de pronto el sendero
Me matan...
March. Acaba; ¿á quien?
Ped. Señor, ó yo no ví bien
O el uno era un molinero.
March. ¿Jóven?
Ped. Un chico.
March. ¿Y los dos
Que le seguian?
Ped. Soldados
Me parecieron.
March. ¿Armados?
Ped. Sí.
March. Son ellos, vive Dios!
Ped. Por señas que iba clamando
El chico : « No puedo mas. »
Y los otros dos, zás, zás,
Le iban la yegua arreando.
March. Ellos son.
Ped. Pues no estarán
Muy lejos, no; que el ganado
Llevaban ya rebentado.
March. Cien doblas te se darán
Si tras ellos nos conduces
Al punto.
Ped. ¿Por eso á mi
Cien doblas?
March. Helas aquí.
Ped., se santigua. Me dejais haciendo cruces.
Yo tal riqueza!
March. Echa pues
Sobre un caballo y partamos.
Ped. ¡Yo cien doblas!
March. Vamos.
Ped. Vamos
¡Alí es nada! San Gines!
¿Cien doblas? ¡qué fortunon!
No les perderé la pista.
(En perdiéndonos de vista (*Aparte á Lucia.*)
Vosotros hácia Aragon.)
(*Van á salir y Marchena se detiene oyendo la voz de Lucas.*)
Lucas, dentro. ¡Eh! capitan, capitan,
Teneos.

March. ¿Qué es eso?
Ballest. 1°. Es uno
De los nuestros.
March. ¡Ese tuno
Es Lucas!
Ped. (¡Por san Millan!
Lucas es, ¡perdido soy!)
Lucas. Yo soy que con el camino
Me he despejado del vino
A Dios gracias y aquí estoy.

ESCENA X.

DICHOS, LUCHAS.

Ped. á Marchena. Vamos, señor, no perdamos
El tiempo, y tanto se alejen
Que sin su rastro nos dejen.
March. Tienes razon; vamos, vamos.
Síguenos. (*A Lucas.*)
Lucas. ¿Dónde?
March. Tras ellos.
Lucas. Primero escuchadme á mí
Dos palabras.
March. Pronto, di.
Lucas. De Alcalá, con los cabellos
Salí erizados de espanto
Y un atajo que yo sé
Tomando, hallaros logré
A pesar del adelanto.
March. Eh! necio! (*Con impaciencia.*)
Lucas. No, no, esperad,
Que al tomar esa ladera
Me topé esta friolera.
March. ¡Su collar!
Lucas. Así es verdad,
Y unos pasos adelante
Seña hay de haberse tumbado
Un jaco, que han arrastrado
A el rio; con que entre el guante
Y el rastro declaran bien
Que no han podido pasar
De aquí y por aquí han de estar,
Y es preciso que aquí esten.
March. No, pasaron ya de aquí.
Lucas. Es imposible, á pié.
March. No,
Montados.
Lucas. Quién los vió?
Ped. Yo.
Lucas. ¡Calla! ¿Y tú qué haces aquí?
¿Quién eres tú?
Ped. So un paisano.
Lucas. ¿De que lugar?
Ped. De Lupiana.
Lucas. Como que estoy yo con gana
De desmentirte.
Ped., sin poderse contener. ¡Villano!
Lucas, retrocediendo. Cielo! esa voz... ese gesto...
Esos ojos... los he visto
No hace mucho... ¡Jesucristo!
Él es, él es... presto, presto,
Capitan, echadle mano;
Aquí están los del castillo.
March. ¿Conoces tú á ese villano?
Lucas. Sí.
March. Quién es?
Lucas. Pedro Carrillo.
March. ¡Cielos!
Lucas. Este me embriagó,
Este es el loco, el tullido,
El tartamudo.
Ped. Yo he sido,
Pedro Carrillo soy yo.
Yo soy, Marchena, tu sombra,
Tu pesadilla, tu sino.
March. Y hoy me tiende mi destino
Tu cadáver por alfombra.
Vé cuando das en mis manos;
Los Inocentes son hoy.
Ped. Por eso en pedirte estoy
A mi padre y mis hermanos.
March. ¿Qué podreis contra mi estrella?
Ped. Pienso apagártela yo.
March. ¿Y la Condesa?
Ped. Partió.
March. ¡Mientes! partieras con ella.
Ped. Cayó mi caballo allí,
Y á esperarte me quedé.
March. ¡Mientes! mientes! está aquí.
(*Marchena hace un movimiento para entrar. En esto por el lado del rio saltan al agua Juan y la Condesa, y un momento despues asoman los de Don Enrique por la opuesta orilla.*)
Ped. Estuvo, pero se fué:
Mírala, y la prediccion
De tú horóscopo destruye
Si de las manos te se huye.
March., asomándose. ¡Es ella...! Condenacion!
A mí! á mí! (*A los suyos.*)
Ped. Atrás, villanos!
¿No veis que á mi alrededor
(*Los Ballesteros no osan pasar el puente.*)
Lidiarán en mi favor
Las almas de mis hermanos?
Marchena, si en tu castillo (*A Marchena.*)

Tu sino feliz se encierra,
Dice al par, QUE ENTRE AGUA Y TIERRA
MORIRAS POR UN CARRILLO.
(*Le da con un hacha y cae al rio.*)
Muere así pues.
March. ¡Ay de mí!
Ped., á la Condesa que ha llegado á la otra orilla. Ya estais en salvo, señora;
Mi juramento cumplí.
(*A los de Marchena.*) ¡Ea! ¡traidores! ahora
Vuestra salvacion estriba
En daros á Don Enrique.
Lucas. Pues si no es mas, no se pique.
¡Viva Don Enrique!
Todos. ¡Viva!
(*Pedro queda de pié sobre el puentecillo. Lucas descubierta la cabeza para victorear á Don Enrique. Los Ballesteros sueltan sus armas. En la otra orilla la Condesa desmayada en brazos de Juan y rodeada de Garcia y los suyos forman otro segundo cuadro.*)

SANCHO GARCÍA,

COMPOSICION TRÁGICA EN TRES ACTOS.

AL LICENCIADO EN DERECHO

DON JUAN BAUTISTA DE BERATARRECHÉA,

EN MUESTRA

DE FRANCA AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, noviembre 12 de 1842.

PERSONAS.

SANCHO GARCÍA, conde de Castilla.
LA CONDESA VIUDA, su madre.
HISSEM-ALAMAR.
ESTRELLA.
SANCHO MONTERO.
SIMUEL BENJAMIN.
ELÍAS.
UN CABALLERO.
CABALLEROS, PAGES, VILLANOS.

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio ó castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha una puerta que da á las habitaciones del Conde. En la del fondo otra que da á las de la Condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador ó kioski, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo se estiende un muro con un postigo que da al campo. Arboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA Y ESTRELLA.

Est. Señora, retirémonos; la noche
Es cada vez mas lóbrega y oscura
Y os daña la humedad.
Condesa. Estrella mia,
Tanto este sitio mi dolor endulza,
Que siempre me apesara y me contrista
Abandonar su soledad inculta;
Porque siempre que dichas imagino
Tan solo aquí mi corazon las busca.
¿Ves los millares de hojas que en los árboles
Al paso de los zéfiros susurran?
Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
Germina en mi memoria cada una.
Si de aura mansa al perfumado soplo
En apagado son lentas murmuran,
Adormecen mis penas, y me tornan
En gozo melancólico mi angustia.
Si ráfaga veloz, con roncas alas
Cruza sus ramas y en sus ramas zumba,
Responden á su son dentro mi pecho
Secretos mil, que mi conciencia anublan.
¡Oh! y tengo tantos cual menudas hojas
Esta enramada soledad fecunda,
Tan espuestos al viento como ellas
Y como ellas tambien tranquilos nunca.
Est. Si humilde lealtad puede esas penas
Calmar, en mí depositad algunas,
Señora, y si al consuelo se resisten,
Al menos de hoy las llorarémos juntas.

Condesa. ¡Llorar! ¡consuelo de serviles almas
A quien su suerte miserable abruma,
Mas ponzoña de nobles corazones
Que fieramente con su suerte luchan.
Est. ¿Tanto os acosa vuestro mal, señora?
¿No va Don Sancho la morisca chusma
Do quier venciendo, y la vertida sangre
Lava de vuestro esposo con la suya?
Condesa. Que no suene ese nombre en mis oidos.
Est. Perdonad, ya lo sé; sé que á una viuda
Que llora un noble esposo, por quien casta
A la mundana vanidad renuncia,
Por quien la hermosa faz y esbelto talle
En toscos paños codiciosa enluta,
No deben con inútiles recuerdos
Del esposo, aumentar su pena justa.
Mas cuando queda un hijo, que apilando
Cabezas de enemigos en su tumba
Las glorias de su padre...
Condesa. Calla, Estrella,
Que tu ignorante lealtad te ofusca.
¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero
Al derribar las berberiscas lunas
El cetro de Castilla de las manos
De su madre arrebata, se le usurpa?
Est. ¡Señora!
Condesa. ¿Y que aunque venza mil batallas,
Al cabo vendrá á ser vencido en una?
¿No ves que solo en pelear pensando,
De sus pueblos el bien descuida en suma,
La paz, que es solo su fortuna cierta?
Y si sus campos él de sangre inunda
¿Qué pan, Estrella, comerán mañana
Los que sus campos á talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora
Él la desecha con fiereza estúpida?
Est. ¿La aceptaríais vos?
Condesa. Y de eso trato.
Est., con prontitud. ¿Y son tal vez por eso esas nocturnas
Visitas que admitís de ese africano?
Condesa. Ese secreto para siempre oculta
Dentro del corazon, Estrella, ó teme
Que te abra ante los piés la sepultura.
Est. Perdonadme, señora, mas hoy que oigo
De vuestros labios la verdad desnuda,
De mi fiel corazon hoy permitidme
Que los ruines temores os descubra.
Condesa. (¡Qué es lo que va á decir!) Di.
Est. Creí un tiempo
Que un amor encerraba esta aventura.
Condesa. ¡Necia!
Est. Mi inesperiencia me disculpe;
Mas hoy que cesa tan villana duda
Y hallo la causa del secreto trato,
Gozo leal el corazon me inunda.
Condesa. ¡Ea, ya basta! ¿De García Hernandez,
La viuda altiva, por la llama inmunda
Se abrasara de un moro? Tal vileza
Cabe no mas en la simpleza tuya.
Mas oye; todo en el silencio quede,
Y eterna sombra mi secreto cubra:
Y aquí quiero advertirte, Estrella incauta,
Que los hondos proyectos que se anudan
Dentro de los palacios en secreto
Son ¡vive Dios! mortífera cicuta
Para aquellos que necios ó traidores
Dentro del corazon no los sepultan.
Con que si has de vivir de hoy mas, Estrella,
Este guarda en el tuyo, y no descubras,
Ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama
A quien el moro por la noche busca.
Qué ruido es ese? (*Ruido á lo lejos.*)
Est. Que se acerca el Conde
Y el pueblo al retirarse le saluda.
Todo Burgos le adora.
Condesa. Si, ahora vence;
Mas ¡ay del Conde si los moros triunfan!
Voz dentro. ¡Viva el conde Don Sancho!
Pueblo idem. ¡Viva!
Voz idem. ¡Viva
El vencedor del moro!
Pueblo idem. ¡Viva!
Voz idem. ¡Viva
Nuestro ángel tutelar!
Pueblo idem. ¡Viva!

ESCENA II.

ENTRA EL CONDE POR LA PUERTA DEL PARQUE QUE FIGURA DAR AL CAMPO, PRECEDIDO DE DOS PAGES CON HACHONES, Y SEGUIDO DE SANCHO MONTERO, Y VARIOS CABALLEROS Y VILLANOS QUE LE APLAUDEN.

Conde, á los villanos. Apartaos,
Basta de aplausos ya, bravos pecheros:
Gracias y retiraos.
Y vosotros, mis fieles caballeros,
Idos tambien con ellos, y aprestaos
A descansar, que acaso en breves horas
Os llamarán las trompas y atabales
Para salir contra las huestes moras.
Un Cab. Todos, señor, saldrémos
Y con vos vencerémos.
O morirémos junto á vos leales.
Conde. Gracias, así lo espero; idos ahora,
Que en vos segura mi esperanza estriba.
Uno. ¡Viva el conde Don Sancho!

Otros. ¡Viva!
Todos, saliendo de la escena. ¡Viva!

ESCENA III.

EL CONDE AL VOLVERSE, CUANDO LOS SUYOS SE ALEJAN, VE A LA CONDESA.

Conde. Dios vele sobre vos, madre y señora.
Condesa. Contigo venga, victorioso conde.
Conde. ¿Tan tarde y en el parque todavía?
Condesa. Aun no lo es tanto.
Conde, aparte. (¿Qué misterio esconde
Su inquietud, y su gran melancolía?)
(*A Sancho.*)
Sancho, lejos mis órdenes espera.
(*A Estrella.*)
Y aparta tú tambien, que á solas quiero
Con mi madre quedar.
Condesa, con desden. La vez primera
En muchos dias es.
(*Vanse Montero y Estrella: él por la puerta de la derecha, que se supone dar á las habitaciones del Conde. Ella por la del fondo, queda á las de la Condesa.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA, EL CONDE.

Conde. ¿Puede un guerrero
Disponer de los suyos á su antojo?
¿Puédolos yo emplear en la ternura
Cuando del moro el temerario arrojo
Provoca mi arrogancia y mi bravura?
Madre, ya lo sabeis; la tierra tinta
Aun con la sangre de mi padre humea.
Condesa. Tal verdad en tu rostro el duelo pinta;
¿Mas quién causó la desigual peléa?
Conde. No, madre, no me hagais tamaña injuria;
Si errores juveniles me arrastraron
De mi buen padre á provocar la furia,
Con mi llanto y mi sangre se lavaron.
Fuí rebelde un momento; ¡ah! lo confieso
Con dolor; mas tambien desde aquel punto
Fué mi vida ejemplar; y fué por eso
Al honor de mi padre mi honor junto.
Mi pueblo olvidó ya las inquietudes
Que un tiempo le causé; yo le dí gloria,
Y hoy aplaude su prez y sus virtudes
Porque vive en su hijo su memoria.
Todo es hoy para mí dicha, esperanza,
Y todos hoy mis triunfos victorean.
¡Solo á mi madre mi placer no alcanza,
Y mi gloria sus lágrimas afean!
Decidme, ¿que anhelais? ¿Qué hay en la vida
Que el enarcado ceño os desarrugue?
¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre querida,
Que vuestro llanto interminable enjugue?
Condesa. La paz.
Conde. ¿La paz? Pues bien, por ella lidio:
Por esa paz consoladora y bella,
Que para vos, para mi pueblo envidio.
Condesa. Pues bien, el moro te brindó con ella.
Conde. ¡Con una paz vendida á peso de oro!
¡Con vergonzosa paz, ruin y traidora!
¡Con esa paz que me propone el moro
Porque él, no yo, la necesita ahora!
No, madre, no: yo venzo; cada dia
Ensancho mas y mas nuestras fronteras;
Su tierra tiembla en la presencia mia:
Y huye espantada su canalla impía
A la sombra no mas de mis banderas.
Por eso paz y treguas me proponen;
Temen que mi valor los accorrale,
Y en la paz se aperciben y disponen
A que otra vez la suerte nos iguale.
No, madre; no haya paz, no haya cuarteles
Aquí ni allí; cuando vencidos sean,
Cuando haga yo con sus tostadas pieles,
Con sus lenguas que injurian y bravean
Los frenos adobar á mis corceles,
Esa paz les darémos, que desean.
En tanto, madre, seamos los mejores:
O todo ó nada; ó siervos, ó señores.
Condesa. Siervos, nada tal vez: ¿ellos acaso
No tienen armas, gente, capitanes?
¿Si el terrible Almanzor te gana un paso,
Qué valdrán tu valor y tus afanes?
Todo ó nada, á su vez te dirán ellos;
Todo ó nada, y metiendo sus caballos
Por medio de tus míseros vasallos,
Sus cimitarras segarán sus cuellos.
Conde. Mi padre fué por vos á tierra estraña,
Y es natural que ajena aquí en Castilla
(*Con frialdad.*)
Sintais temor por nuestra noble España;
Mas no la conoceis: no es maravilla.
Condesa. Pero conozco el mundo y la fortuna,
Que lo trastorna todo, y será un dia
En que triunfe tal vez la media luna.
Conde. ¡Tened por Dios la lengua, madre mia,
Si ha de ser de enemigos abogada!
¿Qué esperais de esa paz? ¿Qué de los moros?
¿Os seducen tal vez de su embajada
Los soberbios presentes y tesoros?

Esperad unos dias, y tras ellos
Vereis cuál para vos mi gente alcanza
Presentes de mas prez, mucho mas bellos,
Ganados á los botes de su lanza.
Esas serán de vos dignas preseas;
No las de que ellos alabarse pueden
De que á fuer de limosnas nos las ceden
Por ser de su tesoro las mas feas.
En la viuda de un conde de Castilla
Tan mezquina ambicion siempre es mancilla.
Condesa. Deber es de una noble castellana
Del sumiso enemigo oir el ruego.
Perdonar, es virtud muy soberana;
Mas grande el vencedor se ostenta luego.
Conde. Madre, no sé qué arcano misterioso
Esa tenaz intercesion encierra;
No comprendo ese empeño vergonzoso
De interrumpir las glorias de esta guerra.
No lo comprendo, madre mia; y juro
Que la paz del espíritu me quita
El ver que cada triunfo que aseguro
Os entristece mas, mas os irrita.
Mas os juro tambien que es ruego vano;
Sí, mientras reine yo, para esos perros
Labrará solo el pueblo castellano
Lanzas agudas y pesados hierros.
Condesa. ¿Mientras que reines tú? ¡mancebo loco!
¿Y á qué llamas reinar? ¡á andar talando
Tus propias tierras; á tener en poco
Los ruegos de tu madre, que llorando
Los dias y las noches tus deslices
Pasa, viendo sus pueblos infelices!
Conde. Madre, bien veo que el frecuente trato
Que os permito con moros y estrangeros
El corazon os mina; sin recato
Andan por Burgos ya con hartos fueros
De mal hijo tachándome y de ingrato,
Deslumbrando á mis fieles caballeros;
Y ¡por Dios! que de tanta villanía
La culpa tiene la indulgencia mia.
Condesa. Eso es, ensalza tu indulgencia,
Tu generosidad, cuando me tienes
En triste y vergonzosa dependencia,
Cual cautiva tomada por rehenes.
Conde. ¡Señora!
Condesa. Sí, cerrada en tu palacio.
Conde. ¿No recibís en él, y en mengua mia,
Con toda libertad, con todo espacio,
Cuantos quereis de su caterva impía?
Condesa. A cualquier desterrado se permiten
Amigos de afliccion.
Conde. ¿Quién son los vuestros,
Madre? ¿Quién son los que ante vos se admiten?
Condesa. De ciencias y artes, hábiles maestros.
Conde. Y acaso en ellas demasiado diestros.
Condesa. Los que mi pobre espíritu iluminan,
Los que endulzan un poco mis pesares.
Conde. Sí, y los que vuestro espíritu alucinan,
Y os llevan del error á los altares,
Los que os dan ambicion, los que os dominan.
Condesa. Sí; porque saben mas que el vulgo necio,
Porque ahonda los misterios mas sombríos
Su alta ciencia.
Conde, con desden. ¡Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.
Condesa. Y yo no, los atiendo, los escucho,
Y aprendo de ellos.
Conde. ¡Y con frutos grandes!
Mas de Burgos saldrán antes de mucho.
Condesa. No bastará tal vez que tú lo mandes.
Conde. ¡Madre!
Condesa. Basta; será lo que te digo.
Ya me harto de sufrir tu dependencia;
Tu madre soy, y reinaré contigo.
Conde. Reinad si lo quereis, reinad si os place:
De todo disponeis; en nada coto
Os he puesto jamás; todo se hace
Cual quereis en mi casa; vuestro voto
Para todos es ley, madre y señora.
Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra;
Cual lo habeis hecho siempre, hacedlo ahora,
Mas hombre soy, dejadme á mí la guerra.
Yo tierra os ganaré, prez y tesoros;
Vos derrochadlos, mas en tiempo alguno
Me rogueis por judíos ni por moros,
Porque jamás amar podré á ninguno.
Condesa. ¿Con que ese embajador...?
Conde. Se irá mañana.
Condesa. ¿Y se irá sin respuesta?
Conde. Sin ninguna.
Condesa. Pues yo, Conde, tambien soy soberana,
Y voy á darle por mi parte alguna.
Quiero ser á lo menos cortesana
Con quien á mí somete la fortuna.
Conde. ¿Los vais á recibir?
Condesa. Sí, ya lo he dicho.
Conde. Madre, Dios os perdone tal capricho.

ESCENA V.

EL CONDE.

¡Oh, me traspasa el corazon desvio
Tan injusto y tenaz! ¿cuándo con ella

Fuí rebelde ni ingrato? el reino mio,
Mi decoro, mis leyes atropella.
¿Y se queja de mí? ¡Destino impío,
De tu mano implacable la honda huella
Conozco en su altivez! Mi madre ahora
Es de mi antiguo error la vengadora.
Tal vez para mi padre fuí mal hijo,
Y es mala madre para mí: ¡ya veo
Tu justicia, gran Dios! y mas me aflijo
Cuanto mas recta tu justicia creo.
¡Ay, yo me empeño con afan prolijo
En prevenir su gusto, su deseo,
La preparo aun á costa de mi afrenta,
Y ella me contraría y me atormenta!
¡Oh, y ese afan en pró de la morisma,
Ese favor con que al judío acorre
En una sima de pesar me abisma;
Sangre estrangera por sus venas corre...
Esta idea fatal... ¡siempre la misma!
¡De la mente no sé cómo la borre!
Y aunque el nombre de madre me la espanta,
Siempre tras de mi madre se levanta!
¡Oh, triste vida! ¡miserable vida
La vida en los palacios condenada
A pasar en recelos consumida
Y por ruines sospechas desgarrada!
Ruin destino á los príncipes acuida,
Polvo es su orgullo, su grandeza nada:
¡Colgado del dosel de su grandeza
Hay un puñal que amaga su cabeza!
En fin, alerta vivamos
Los que á gobernar nacímos,
Los que á ser señores y amos
De otros condenados fuímos,
Velemos, no los perdamos.
¡Montero!

ESCENA VI.

EL CONDE, SANCHO MONTERO.

Sanc. Señor.
Conde. Ya es tarde,
Vámonos á recoger,
Y mañana muy temprano,
Sancho, á despertarme ven.
Sanc. ¿A qué hora?
Conde. Al rayar el alba:
Un asunto de interés
Quiero encargarte, y es fuerza
Que te enteres antes de él.
Sanc. Señor, nací vuestro súbdito,
De cuanto soy disponed.
Conde. Mañana, Sancho: descansa
De aquí hasta el amanecer.
Sanc. Descuidad, rayando el alba
A vuestra puerta estaré.
Conde. Y no ha de pesarte de ello
Si me sirves franco y fiel.
Sanc. Los del Valle de Espinosa
Jamás rompieron su fe.
Conde. Por tu lealtad, Montero,
Te escogí yo, vamos pues. (*Entran.*)

ESCENA VII.

ESTRELLA, POR LA PUERTA DEL FONDO.

Gracias á Dios que se fueron.
Temiendo estaba, pardiez,
Que el otro viniera, y ellos
La seña oyeran tambien:
Y entonces, ¡Dios nos ampare!
¿Qué iba de todos á ser?
¿Cómo tolerara el caso
De Don Sancho la altivez?
Tiemblo con solo pararme
En pensamiento tan cruel.
¡Y yo, necia, que creía
Con tan sándia candidez
Que ese moro era un galan!
¿Quién tal pudiera creer?
¿La condesa de Castilla,
Matrona de tanta prez,
En una aficion tan ruin
Desatentada caer?
¡Pobre de mí que en el Valle
De Espinosa mi niñez
Pasé en sencillez inculta!
¿Qué de los palacios sé?
¡Oh, perdónenme los cielos
Tan injurioso creer!
Perdóneme mi señora,
Pues de sencilla pequé.
¡Ea! El desliz enmendemos
Con mas severa estrechez
Obedeciendo sus órdenes:
Vasalla suya nacer
Fué mi suerte, y ser me cumple
Para mis señores fiel.
En atalaya me pongo
A su señal á atender. (*Se sienta.*)

ESCENA VIII.

ESTRELLA, SANCHO MONTERO, CON RECATO, POR LA PUERTA DE LA DERECHA.

Sanc. No la he visto en todo el dia,
Y los ojos no sabré
Pegar en toda la noche
Si no la veo una vez.
¡Oh, la quiero con el alma!
¡Cuán bella y cándida es!
No tengo otro pensamiento.
Esta es su ventana; haré

La seña con tiento... ¡Estrella! (*Llamando.*)
Estr. ¿Quién me llama? ¡Cielo, es él!
Sanc. Estrella, ¿qué haces aquí?
¿Porqué de tu cuarto dentro
A estas horas no te encuentro?
Estr. (Temblando estoy, ¡ay de mí!)
Sanc. Responde, Estrella, responde.
¿Porqué en tu cuarto no estás?
Estr. ¿Y tú, Sancho, adónde vas?
Sanc. ¿Dónde voy, Estrella? ¿dónde
Iré cuando en todo el dia
No he logrado un solo instante
Ver el sol de tu semblante?
Estr. ¡Es cierto, Sancho!
Sanc. ¡Alma mia!
Sin verte no sé vivir,
Que fuera vivir sin ver;
Tú, Estrella mia, has de ser
La estrella que he de seguir.
Sin tí no tengo valor,
Ni me siento con paciencia
Para sufrir la existencia
Que no ha de dorar tu amor.
Estr. Sancho mio, yo tampoco
Vivir un dia pudiera
Sin la esperanza hechicera
De tu amor.
Sanc. Yo tengo en poco
Sin tí todo el mundo, Estrella;
La mas santa obligacion,
Si lucha en mi corazon
Con tu fe, sucumbe á ella.
Si fuera posible en mí
Luchar lealtad y amor,
Entre tu fe y mi señor
Quedára el campo por tí.
Estr. ¡Sancho!
Sanc. ¡Oh! esto es suponer:
Porque oposicion no hallo
Entre el galan y el vasallo,
Entre el amor y el deber.
Amo al Conde como debo,
Te amo á tí con cuanto soy;
Con él á la muerte voy
Y á tí en el alma te llevo.
¿Mas qué zozobra te asalta?
¿Estás inquieta? ¡ah! sospecho
Que en venir á verte he hecho
Sin duda, Estrella, una falta.
Estr. No, no, Sancho; mi mayor
Placer es verte, es hablarte;
Entristecerte, enojarte
Mi mas íntimo dolor.
Sanc. Pero tu mano en las mias
Tiembla, sí, vagan tus ojos
Sin cesar... ¡Estrella!
Estr. Enojos
Aparta, Sancho, y manías.
¿No me conoces? ¿no sabes
Que con el alma te quiero?
¿No sabes que te prefiero
A los negocios mas graves?
No hay cosa que tú me indiques
En que yo no te complazca;
Manda, haré cuanto te plazca.
Sanc. Mando que te justifiques.
Estr. ¿De qué?
Sanc. ¿A qué sales aquí
A hora tan estraña, Estrella?
Estr. ¡Ay, Sancho! los labios sella
Si me han de injuriar así.
Casi á un tiempo hemos nacido,
Juntos nos hemos criado,
Niños nos hemos amado,
Hermanos siempre hemos sido.
¿Y puedes dudar de mí?
Sanc. ¡Ay, Estrella, qué sé yo!
Estr. ¿Quieres injuriarme?
Sanc. ¡Oh, no!
Estr. ¿Mas estás celoso?
Sanc. ¡Oh, sí!
Estr. ¿Celoso, Sancho? ¡En verdad
Que no lo estás con razon!
Sanc. Estrella, hace el corazon
De las sombras realidad.
Y este parque solitario,
Esta hora tan avanzada,
Esta noche tan cerrada...
¡Ay! si un juicio temerario
Me impelieron á formar,
Confiesa que hallé razon.
Estr. Pues bien, los celos depon.
Yo te juro...
Sanc. ¿A qué jurar,
Falsa, lo que en este instante
Está todo desmintiendo?
¡Ay, Estrella, ya lo entiendo,
Eres mujer, é inconstante!
Las costumbres de palacio
Tus costumbres corrompieron,
Acaso te sedujeron...
Estr. Sancho, habla con mas espacio,
Que estás hablando de mí:
Y aunque no nací condesa,
Conservaré siempre ilesa
La honra con que nací.
Si ahora en este parque estoy,
Bástete, Sancho, saber;
Que ni falto á mi deber,
Ni me olvido de quien soy.
Sanc. Pues bien, entonces, Estrella,
¿Qué secreto es el que guardas
Que así en mostrármelo tardas,
Si tus juramentos sella?
¿Temes, amándote yo,
Fiar tu secreto en mí?

¿No fias de Sancho?
Estr. ¡Oh! sí.
Sanc. Pues bien, descúbrele.
Estr. ¡Oh! no.
Sanc. Estrella, ¿y qué suponer
De ese silencio?
Estr. Que callo
Porque cabe en el vasallo
El amor con el deber.
Espera, Montero, un dia
Y todo lo entenderás.
Sanc. ¿Todo me lo esplicarás?
Estr. Sí, todo ¡por vida mia!
Sanc. Entonces, Estrella, fio
En tí, aunque llevo recelos...
Estr. No volvamos á los celos.
Sanc. ¡Ah! no está eso en poder mio.
Estr. Vete pues, Sancho, que es tarde.
Sanc. Vóime, Estrella, hasta mañana,
Porque en hora muy temprana
Fuerza es que el Conde me aguarde.
A Dios.
Estr. A Dios. (*Suenan dos palmadas.*)
Sanc. Mas, ¿qué es eso?
Estrella, eso es un aviso.
Es una seña, preciso.
Estr. Seña es, Sancho, lo confieso.
Sanc. Pues bien, si á satisfacer
Mis celos dispuesta estás,
Déjame abrir.
Estr. Sancho, atrás.
Sanc. ¡Estrella!
Estr. No puede ser.
Pues que Dios lo quiere así
Todo el secreto sabrás,
Mas á ese hombre no verás.
Sanc. ¡Ah! ¿con que es un hombre?
Estr. Sí.
Mas no soy yo quien le espera,
Ni á quien él busca soy yo.
Sanc. Falsa mujer, ¿cómo no,
Si estás de tu cuarto fuera?
Estr. ¿Y no hay nadie en el palacio
Que pueda mandarlo así?
Sanc. ¡La Condesa!
Estr. Sancho, sí.
Sanc. No sé cómo tengo espacio
Para escuchar de tu lengua
Tal falsedad, tal mancilla.
¿La condesa de Castilla
Puede obrar con tanta mengua?
No; y eso es crímen mayor
Que tu antigua falsedad.
¿Ella tanta liviandad?
Estr. ¿Ella tan infando amor?
No, Sancho, este es el secreto;
La Condesa admite á un hombre,
Mas de esa accion, no te asombre,
No es el amor el objeto.
Sanc. En un laberinto, Estrella,
Me metes de confusion:
Si no es una vil pasion,
¿Qué quiere ese hombre con ella?
Estr. ¿En los palacios, Montero,
No hay mas secretos, mas citas
Que de amor?
Sanc. Dar necesitas
Satisfaccion por entero.
El secreto que tú guardes
Tambien yo guardar podré,
Pero al par acecharé
Las trazas de los cobardes.
Estrella, yo veré á ese hombre.
Estr. ¡Sancho!
Sanc. Es mi resolucion;
Oiré su conversacion,
Y sus señas y su nombre
Tomaré, y si es nimiedad
Mujeril, será un secreto;
Mas si hay en ello otro objeto,
Primero es mi lealtad.
Estr. ¡Ah Sancho mio! ¡Por Dios
Retírate! ve lo que haces.
Sanc. Solo así me satisfaces;
Oyéndolos yo á los dos.
Estr. ¡Imposible!
Sanc. Elige pues;
O los oigo de este modo,
O abro arrostrando por todo
Y nos perdemos los tres.
Estr. No puedo con tal rigor:
Sea, Sancho, como quieres,
Porque al cabo en las mujeres
Lo primero es el amor.
Ocúltate. (*Vuelve á sonar la seña.*)
A abrirle voy.
(*Estrella va á abrir la puerta falsa.*)
Sanc. Tal vez mi deber traspaso,
Mas yo sabré en todo caso
Portarme como quien soy.
(*Se esconde Sancho en el cenador.*)

ESCENA IX.

ESTRELLA, HISSEM, SANCHO OCULTO.

Hiss. Esclava, tarda has andado:
¿Dormias?
Estr. No, infiel.
Hiss. ¿Qué hacias
Pues, que á abrirme no venias?
¿No ves que si hubieran dado
Que en esa puerta á esta hora
A que abrieran acechaba...?
Estr. Perdonad.
Hiss. Despacha, esclava,

Condúceme á tu señora.
Estr. Voy á avisarla.
Sanc., aparte. ¡Dios mio!
¡Por cuanto valgo que ignoro
Si estoy soñando! ¡Es un moro!

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM, ESTRELLA, SANCHO OCULTO.

Hiss. ¡Sultana mia!
Condesa. ¡Hissem mio!
Sanc. (¡Cielos! ¿es esto ilusion? Escuchemos.)
Condesa, á Estrella. La escalera
Cuida, Estrella, desde fuera,
Y encaja bien el porton.
(*Vase Estrella.*)

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM, SANCHO OCULTO.

Condesa. Hissem, ya estamos solos. Harto oscura
La noche está, y seguros nos hallamos
A favor de esta lóbrega espesura.
Hiss. Dime, Sultana, pues: ¿en qué quedamos?
¿Cede el Conde?
Condesa. No cede.
Hiss. ¿El ruego, el oro
Nada podrán con él?
Condesa. Nada: es en vano
Ofrecer y rogar; no puede el moro
Mas que guerra esperar del castellano.
Hiss. ¡Guerra!
Condesa. Implacable, sin cuartel, sangrienta.
Hiss. ¿No oye pues mi embajada?
Condesa. No; mañana
Te arrojará de Burgos.
Hiss. ¡Tal afrenta!
¿Y tú tambien sucumbirás, Sultana,
A su ciego furor? ¿Tantas vigilias
De afan han de perderse en un momento?
Por siempre nos aparta, ¿y no me auxilias?
¡Y no te opones con osado aliento
Y le dices: ¡Atrás! llegó mi hora,
Yo soy aquí tu madre y tu señora!
Condesa. ¿Con qué poder, Hissem?
Hiss. Con tu arrogancia.
¿No hay consejo, no hay pueblo á quien quejarte,
A quien decir en Burgos, que en tu estancia
Te guarda sin cesar, y ni asomarte
Te permiten sin su órden á tus rejas,
Que de hijo tuyo en vez es tu tirano?
Condesa. Y eso es mentira, Hissem.
Hiss. Vulgo villano
Siempre habrá pronto para oir tus quejas.
Condesa. O no le habrá; ese vulgo en quien confias
Le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas:
Celebra su valor todos los dias
Con doble afan, que en esperanzas locas
De triunfos le adurmió; y botin, tesoros
Espera de esa lid contra los moros.
Hiss. Y espera con razon ¡pese á Mahoma!
Lanzados mas allá de sus fronteras
Les parece que el mundo se desploma
Sobre ellos, divisando sus banderas.
¡Cobardes en España envilecidos!
¡De su raza y valor degenerados!
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos
Le envian sus tesoros mas preciados
Para pedir la paz... y si ahora mete
Ese conde sus huestes vencedoras
Por nuestra tierra audaz y la acomete,
¡Ay desdichadas de la lanzas moras!
¡Ay desdichado nuestro afan, Sultana!
¡Yo tan amante y tú tan altanera,
Tú quedarás en Burgos prisionera,
Y á mí de Burgos me echarán mañana!
Condesa. ¡Y tres años, Hissem, tres largos años
De cautiverio por mi amor sufridos!
¿Tres años, sí, de cábalas y amaños,
De zozobras y crímenes?
Hiss. Perdidos.
Jamás, jamás á vernos volverémos.
Yo sin tí, tú sin mí, sin esperanza,
Uno de otro enemigos morirémos.
Condesa. Nunca; á tal sacrificio no, no alcanza
Mi vil resignacion. Aun tengo amigos,
Hissem, sajones, árabes, franceses,
Que temen de Don Sancho los castigos,
Y apoyan mi faccion, mis intereses.
Sí, tu embajada, ¡pese á su arrogancia!
En mi cámara propia, á medio dia
Yo mañana oiré: nadie en mi estancia
A tí ha de osar á la presencia mia.
Hiss., con desden. Y él al mismo dintel de tu aposento
Cautivos nos hará.
Condesa. Y saliera caro
Al Conde tan osado atrevimiento
Al recibiros yo bajo mi amparo.
Hiss. Inútil razonar, la fuerza es suya,
Tú lo has dicho; hay un medio solamente
Que su poder y su furor destruya.
Condesa. ¿Cuál es?
Hiss. Que yo me aleje prontamente,

Y á mis reyes de Córdoba y Sevilla
A tí como mi esposa te presente,
Y tributaria de ellos á Castilla.
Condesa. ¡Hissem!
Hiss. Entonces con doblado brio
Nos enviarán cohorte numerosa:
Tuyo será el condado; y tuyo y mio,
Reina serás, y libre y poderosa.
Condesa. ¿Yo mi fe he de abjurar? no.
Hiss. ¡Ruin reparo!
Se cede al sevillano un pié de tierra,
Y otro pié al cordobés; con nuestro amparo
En nuestros pueblos cesará la guerra;
Y mirando de entrambos al decoro,
Cristiana vivirás, viviré moro.
Condesa. Jamás, Hissem, jamás.
Hiss. ¡Tarde, traidora,
Te llego á conocer!
Condesa. Moro, ¿qué dices?
Hiss. ¿Qué fué tanta promesa seductora?
¿Tantos augurios de tu amor felices?
¡Y que me amabas sin cesar decias!
Que apreciabas los riesgos, los azares
Que por tí arrostré intrépido: ¡mentias!
Condesa. Nunca, Hissem, osaré hasta mis altares.
Hiss. ¿Qué entiendes tú de amor? ¡necia cristiana
De corazon cobarde! ¿Qué comprendes
De esa pasion que por tan firme vendes,
Solo capaz de una ánima africana?
Tres años te serví como cautivo,
Mi valor y mi orígen olvidando;
Tres años que por tí sin honra vivo,
Tres años ¡necio! que te estoy amando;
Y mi fe y mi pasion no te pondero
Cual tú la tuya; y tantos sacrificios,
Tal firmeza en tan bravo caballero,
¿Cómo me pagas tú? ¡ah, que vas infiero
A reprocharme aun mil beneficios!
Condesa. Sella, bárbaro Hissem, sella la boca;
Tus palabras son fuego, maleficios
Para mi corazon, me vuelven loca.
Atropellé mi honor, engañé al conde
Mi hijo, al pueblo engañé: sutil, astuta,
Cuanto emprendí y fragüé no te se esconde:
¿Y me llamas cobarde? Pues bien, moro,
Habla: ¿qué quieres de mi amor? responde;
Cuanto quieras haré, porque te adoro.
Hiss. Abre un sepulcro.
Condesa. ¿A quién?
Hiss. ¿No lo adivinas?
Condesa. ¡Me horrorizas, Hissem!
Hiss. De otra manera...
Condesa. ¿Otro crímen aun?
Hiss. Tú no imaginas
Cuánto te importa que primero muera.
Condesa. Jamás.
Hiss. Piénsalo bien.
Condesa. Basta con uno.
Hiss. ¡Miserable de tí! cavas tu tumba.
Condesa. Medios hay...
Hiss. No, Sultana, no hay ninguno;
Todos tu pertinacia los derrumba.
Condesa. Nunca.
Hiss. Piénsalo bien, que es tu destino,
Que lo dice tu horóscopo.
Condesa. ¡Qué dices!
Hiss. No; los dos no cabeis por un camino,
Y os lo han dicho los sabios: ¡infelices!
Hundiros uno á otro es vuestro sino.
Condesa. ¡Sueñas, Hissem!
Hiss. ¡Oh torpe rebeldía!
¿No hay conjuros, cristiana, no hay encantos
Que vierten luz sobre el futuro dia,
Y ciertos ¡ay! aunque nos dan espantos?
Condesa. No los hay en mi fe.
Hiss. Mas sí en la mia,
Y los he consultado.
Condesa, con espanto. ¿Y eso dicen?
Hiss. Eso; y de no los astros nos maldicen.
Condesa. ¿Y es cierto? ¡horror!
Hiss. Tú misma verlo puedes.
Condesa. ¿Cómo?
Hiss. ¿Crees en la ciencia?
Condesa. Sí.
Hiss. El conjuro
Ante tí á hacerse volverá.
Condesa. ¿Seguro?
Hiss. Cierto, infalible.
Condesa. Quiero verlo.
Hiss. ¿Y cedes
Convencida una vez.
Condesa. Sí, te lo juro.
Hiss. Mañana pues al despuntar del alba
Baja á la gruta en que Simuel habita:
Mi esclavo estará aquí, llegarás salva;
Y el fatal porvenir que nadie evita
A tus ojos pondrá el israelita.
Condesa. Iré.
Hiss. ¿Tendrás valor?
Condesa. Sí.
Hiss. Pues mañana
Tu destino sabrás, y á eleccion tuya
Muerta en Burgos serás ó soberana.
Condesa. Hable el destino y la eleccion es suya.
Hiss. Piénsalo.
Condesa. Iré: vé en paz.
Hiss. A Dios, Sultana.

ESCENA XII.

LA CONDESA, SANCHO OCULTO.

Condesa. Iré, sí. Mas ¡ay Dios! que se estremece
Medroso el corazon... Ese judío
Ante quien claro el porvenir parece,
¿De quién recibe su poder? ¡impío!
Mas sus negros conjuros obedece
El destino en verdad. ¡Oh! ábrase el mio;
Y aunque el misterio horrendo me horripila,
Penetrarle sabré fiera y tranquila.

ESCENA XIII.

LA CONDESA, ESTRELLA, SANCHO OCULTO.

Estr. ¡Señora!
Condesa. ¿Qué?
Estr. De aquí partamos: ruido
De pasos percibí por la escalera
Del Conde, y distinguir me ha parecido
Su sombra atravesar tras su vidriera.
Condesa. Gente acaso en el parque habrá sentido,
Y desvelado está.
Estr. Si aquí nos viera.
Condesa. En tan lóbrega noche no es creible
Que vió desde el balcon.
Estr. Todo es posible,
Señora.
Condesa. Vamos pues.
Estr. (¡Ay! ya respiro,
Pues libre á Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XIV.

SANCHO MONTERO, LUEGO EL CONDE.

Sanc. Mis ojos lo miraron, mis oidos
Lo oyeron, y lo dudo todavía.
No, no es fascinacion de mis sentidos,
No es ilusion de loca fantasía,
(*Asoma el Conde y se le acerca.*)
Es la increible realidad. Vendidos
A los moros están... ¡Por vida mia
Que el ser madre y condesa no la salva
De que lo sepa el Conde antes del alba!
A despertarle voy; ahora, sí, al punto
A decirle: « Don Sancho, levantaos,
El mundo está contra nosotros junto:
Del sitio en que piseis aseguraos,
Del aire que aspireis, ó sois difunto:
Fermenta la traicion como en un caos
En vuestra propia casa...» ¡Oh, yo estoy loco!
Voy... todo el tiempo me parece poco.
(*El Conde, que ha venido á colocarse tras él saliendo de palacio, le detiene diciéndole:*)
Conde. Gracias, Sancho.
Sanc., de rodillas. ¡Señor!
Conde. ¡Silencio! todo
Lo escuché desde allí, todo lo he visto.
¡Pluguiera á Dios que no!
Sanc., con afan. ¡Ah! de ese modo...
Conde, interrumpiéndole. Tu lealtad conozco.
Sanc., id. Mas por Cristo,
Señor, que comprendais...
Conde, id. ¡Sancho, silencio!
De la idea que oculta aquí reside
Solo á Dios que la alcanza damos cuenta,
Tan solo el confesor cuenta nos pide;
De palabras que al hombre dan afrenta
Justo es que el afrentado no las pida,
Y la afrenta se lava con la vida.
Sanc. Señor, para arrancármelas del pecho
Si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro!
Cien lanzas abrirán camino estrecho.
Conde. Solo así, Sancho, vivirás seguro.
Sanc. Será.
Conde. No te lo digas ni á tí mismo;
A esa idea de escándalo y de mengua
Dentro del corazon abre un abismo;
Que no suba jamás hasta tu lengua.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara de la habitacion de Don Sancho. Decoracion de una sola casa. Puerta en el fondo y á un lado.

—

ESCENA PRIMERA.

SANCHO MONTERO.

Tiempo es ya de despertarle,
Que está vecina la aurora
Y quiero de sus encargos
Darle una respuesta pronta.
¡Ay! ¡desdichados mil veces
Los que en alcázares moran
Arrastrando una existencia
Que tantos duelos acosan!
¡Pero qué es eso! alguien sube
Por el caracol... Zozobras
El ruido menor me causa
Desde que sé... (*Llaman con precaucion.*)
Pero tocan
En esa puerta. ¿Quién?
Estr., dentro. ¿Sancho?

ESCENA II.

SANCHO, ESTRELLA.

Sanc. ¡Qué oigo! (*Abre.*) ¡Estrella, tú
á estas horas...!
¿Qué quieres?
Estr. ¡Ay, Sancho mio,
Qué noche tan espantosa!
Sanc. Qué es lo que dices, Estrella.
Estr. ¡Sancho, por nuestra Señora
Que me digas lo que anoche
Vistes!
Sanc. ¡Por Dios, que curiosa
Por demás eres, Estrella!
¿A tí de eso qué te importa?
Estr. No imagines, Sancho mio,
Que curiosidad es sola
Mi pregunta, ni por eso
A la antecámara propia
De Don Sancho me llegara;
No, no; mi razon es otra.
En agitacion horrenda,
En pesadilla angustiosa
Toda la noche ha pasado
La Condesa mi señora.
Sanc.. ¿Y eso qué tiene de estraño?
El insomnio en ella es cosa
Muy frecuente.
Estr. Sancho, no;
Nunca la vi como ahora:
Hubo un momento en que miedo
La cobré... ¡la creí loca!
Sanc. Tu poco espíritu, Estrella;
Tu supersticion medrosa
Tal vez de un somnambulismo
Tamañas quimeras forja.
Estr. No, no; se arrojó del lecho
Desesperada y furiosa,
Desencajada, convulsa,
Diciendo con voces roncas:
«Dame, Hissem, dame tu alfanje,
Tenle, y que su sangre corra.»
Luego se hincó de rodillas
A una aparicion incógnita,
Suplicando... ¡ay, Sancho! entonces
Yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
Se pintaba su recóndita
Pavura sobre el semblante,
Y los ojos de las órbitas
Saltándosela, en su frente
Brotaba en hirvientes gotas
Mortal sudor... si la hubieras
Visto... ¡ay, estaba espantosa!
Sanc. (¡Infeliz¡) Estrella, cálmate:
Sin duda esa aterradora
Escena que estás contándome
Soñaste en la noche próxima,
Y con tan vivo carácter
Tu imaginacion pintóla
Que realidad la creiste.
Estr. ¡Ojala, Sancho! mas óyela
Del todo, y juzga conmigo
La realidad de esa historia.
Sanc. Di.
Estr. Serenóse un momento;
Calmóse aquella diabólica
Agitacion de su espíritu,
Y descansó casi un hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
Volvió á arrojarse furiosa
Del lecho, y á la ventana
Abalanzándose, abrióla.
Tendió los brazos por fuera,
Y en voz angustiada y cóncava
Gritó: «¡Hissem, acude, sálvame!
¡Aquí de tus lanzas moras!
¡Acúdeme y todo es tuyo,
Mi fe, mi ser, mi corona!»
Sanc. Silencio, Estrella, silencio,
Que Don Sancho no te lo oiga.
Estr. Ay, todavía me dura
El temblor.
Sanc. Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:
Te lo aseguro, tan poca
Importancia hubo en su plática
Con el moro y tan remota
Relacion tiene con eso...
Estr. Sancho, esto sin duda toca
En un secreto que guardas
De mí: ¡ay! yo consoladora
Una palabra á lo menos
Esperaba de tu boca.
Sanc. Estrella, yo te lo juro,
Aunque en mi última hora
Estuviera, no podria
Asegurarte otra cosa.
Ve á tu aposento y descansa;
Esa aprension melancólica
Con el reposo disipa,
Y aguarda á que tu señora
Despierte, y de tí y sus damas
Para tocarse disponga.
Estr. Tarde será.
Sanc. ¿Porqué, Estrella?
Estr. Porque á mí como á las otras
Nos despidió de su cámara
Con faz enarcada y torva
Diciéndonos: «Para nada
Os necesito; de sobra
Estais aquí; ea, dejadme
Las antecámaras solas,
Y que nadie en ellas entre
Sin escepcion de persona.»

Sanc. ¡Pues bien, Estrella, obedécela!
Vete y espera con todas
Las otras damas, no salga
Y te llame antes de la hora
A otro capricho cediendo.
Mas ¿oyes? del sueño torna
Don Sancho, sus pasos siento.
Sal, Estrella, vete pronta
No te halle aquí.
Estr. ¡Dios me asista!
¡A Dios, Sancho!
Sanc. Él nos socorra,
Que solo puede tal vez
Su asistencia poderosa.
(*Va á entrar en el aposento de Don Sancho, y al mismo tiempo aparece este.*)

ESCENA III.

EL CONDE, SANCHO MONTERO.

Conde. Sancho, ¿quién estaba aquí
Contigo?
Sanc. Estrella, señor.
Conde. Exigente es vuestro amor
Si os trae de contínuo así.
Sanc. No fué su pasion ahora
Quien la trajo.
Conde. ¿Pues quién fué?
Sanc. Señor, su cándida fe,
Y el amor á su señora.
Conde. ¿A la Condesa?
Sanc. Sin duda,
Que en Espinosa nacida
La es leal con la honra y vida,
Y solícita en su ayuda.
Conde. ¿Qué pasa á mi madre pues?
Sanc. Há poco á mí vino Estrella
Temiendo, señor, por ella
Con afanoso interés;
La pobre me preguntó
Lo que anoche ví y oí.
Conde. ¿En el parque, Sancho?
Sanc. Sí.
Conde. ¿Y se lo dijiste?
Sanc. No.
Antes que ceder con mengua
A amor, á ambicion ni miedo,
Juraros, Don Sancho, puedo
Que me arrancaré la lengua.
Conde. Gracias, Sancho; mas perdona
Si esto me trae tan inquieto.
Sanc. Descuidad, vuestro secreto
Morirá con mi persona.
Mas vuestra madre ha pasado
La noche en insomnio horrible,
Y en agitacion terrible,
Que á mí Estrella ha amedrentado:
Y buscando la razon
En esa noturna cita,
Me hizo temprana visita
En cuanto vió la ocasion.
Conde. ¡Ay, Sancho! que esos traidores
El seso la han trastornado,
Y acaso la han fascinado
Con filtros encantadores.
Descuidos son, Sancho, mios:
Su gusto al deber prefiero,
Y que trate la tolero
Con moros y con judíos.
Ella piensa que la inician
En arcanos de la ciencia,
¡Vive Dios! y su conciencia
Con sus ciencias malefician.
¡Ciencia! ¿á perros tan villanos
Abrirá Dios sus tesoros?
¿Dará á judíos y á moros
Lo que niega á los cristianos?
No, imposible: en la traicion
Son sabios, Sancho, no mas;
La ciencia de Satanás
Abriga su corazon.
¡Horóscopos y conjuros...!
Por vida mia que voy
A deshacérseles hoy
Con encantos mas seguros.
¿Los hombres que te encargué?
Sanc. Ya esperan.
Conde. ¿Y el renegado?
Sanc. ¿Qué no hará quien ha dejado
Las banderas de su fe?
Conde. ¿Consiente pues?
Sanc. Sí, señor:
¡Si hallára quien la quisiera,
Hasta su alma vendiera!
Conde. Calla, que me causa horror.
Sanc. Es el hombre mas infame
Que el suelo del mundo huella;
Dadle una dobla, y por ella
Venderá lo que mas ame.
Es una serpiente astuta
Que todo lo ve y penetra;
Quien sus crímenes perpetra
Y sus planes ejecuta
Y sus intenciones sabe.
Conde. ¿Del judío?
Sanc. De los dos;
Mas venderos quiere á vos
De todos ellos la llave.
¿Quereis verle?
Conde. Sancho, no:
Con él entiéndete tú,
Que para ese Belcebú
No tendré paciencia yo.
Sanc. Pues vamos, que ya esclarece,
Y él os lo hará presenciar.

Conde. ¿Está lejos el lugar?
Sanc. Junto al muro me parece;
Llegamos en un minuto.
Conde. Y ve con tiento y con paz,
Porque de todo es capaz
Un malvado tan astuto.
Sanc. Id descuidado, señor;
Lo que no haga el interés
Lo ha de poder el temor:
Fiad en mí.
Conde. Vamos pues.

ESCENA IV.

Subterráneo que sirve de habitacion y laboratorio al rabino Simuel Benjamin. En medio un altarcillo ó pira destinada á sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos é instrumentos de matemáticas y astronomia. Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reló de arena. Entrada en el fondo. Secreta á la derecha; id. á la izquierda. Elias aparece.

ELIAS.

Ya no hay remedio, está dicho.
Esta jugada está hecha,
Y ya no pueden los dados
Recogerse de la mesa.
¡Qué otro camino quedaba!
¡Ay! de pavura me tiembla
El corazon todavía
Cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad
Con que hasta la boca mesma
Del subterráneo llegó
A la media noche; aquella
Confianza en el poder
De su arriesgada propuesta;
Aquel ademan resuelto
Con que la entrada secreta
Volvió á tomar, sin volverse
Para escuchar mi respuesta,
Y desde el umbral diciéndome
Con voz poderosa y hueca:
Renegado, hasta mañana
Lo que te conviene piensa.
Todo esto como de un sueño
Triste pesadilla horrenda
El corazon me atribula
Y el pensamiento me prensa.
¡Oh! miserable de mí,
Mas no nacer me valiera
Que dar al fin en las manos
De ese Don Sancho. Aquí cesan
Mis esperanzas efímeras
De ambicion y de riqueza.
Aquí mi futura dicha,
Aquí mi ambicion se estrella.
¡Ay! inútiles deseos
Que alimentó el alma necia,
Ilusiones sois perdidas,
Que el viento rápido lleva.
Pero probemos siguiendo
Del vencedor la bandera;
Todos los vientos ayudan
A quien sin rumbo navega.
Coloquemos por si acaso
Estos muebles de manera
Que estén á servir dispuestos.
(*Hace lo que dice.*)
Esta pira aquí, mas cerca
Del velador, estas luces
Mas opacas, mas inciertas.
*¡Oh el aparato es magnífico!
*Cualquiera crédulo que entra
*En esta mansion, se humilla
*Ante el altar de la ciencia.
Siento rumor... pasos son;
Si antes que él los otros llegan
Todo se pierde.
(*Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.*)
¡Ah, respiro!
Él es, estemos alerta.

ESCENA V.

ELIAS, SANCHO MONTERO.

Sanc. Guárdete Dios.
El. Montero, bien venido.
Sanc. Aparta, Elías, ceremonias necias,
Y á lo que importa vamos. ¿Qué has resuelto?
El. ¡Sancho, me mandas que á mi dueño venda!
Sanc. ¿No has vendido, traidor, en otros dias
Patria, amigos, amor, hijos, creencias?
El. *Montero...
Sanc. * Concluyamos, en el parque
*Anoche el Conde oyó la conferencia
*De su madre y el árabe.
El. * ¡Dios Santo!
Sanc. *Todo lo sabe.
El. * ¿Pues de mí qué espera?
Sanc. *Que descubras á tiempo los secretos
*Que aquesta gruta misteriosa encierra.
El. *¡Sancho!
Sanc. Concluye, y por tu bien elige.
Tu secreto me das ó tu cabeza.
El. ¿No hay otro medio, Sancho?
Sanc. No hay ninguno,
Nada te ha de salvar sino tu lengua.
El. Sea, Sancho, y empieza por quitarte
De esa piedra en que estás.
Sanc. Esta caverna

Labrada está en las rocas.
El. Eso dicen;
Mas, minada la tierra por do quiera,
Y hay en su cavidad tantos secretos
Como junturas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla á muchos
Si sus resortes mil diestro maneja.
Y un secreto camino va á palacio,
Por donde el sabio en el palacio entra
*Y espía sin ser visto. En fin, Montero,
*Invencion infernal es esta cueva.
*Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,
*A implorar el auxilio de la ciencia,
*Y la ciencia á los pobres y á los ricos
*Con trampantojos y ficcion contesta.
*Aquí con mil prodigios engañosos
*Un porvenir mentido les revela,
*Y espíritus impuros aparecen
*En visiones ya horribles, ya risueñas.
*A veces hablan gentes á quien guarda
*Há muchos años ya la madre tierra,
*Y á veces esas urnas y esas aves
*Se sirven de sus manos y su lengua.
En fin, todo es aquí misterio y arte
Con que al crédulo vulgo se amedrenta,
Y él juzga la verdad con sus sentidos
Y su oro al sabio que le engaña deja.
Sanc. El ignorante vulgo solamente
Pasará por patrañas tan groseras.
El. ¡Ay, Montero, las hay tan formidables,
Que al mas valiente corazon aterran!
Que es así la materia del de el hombre
Y en conocerle bien está la ciencia.
*Esto es todo, y no hay mas: todo lo sabes.
*Ahora ¡ay de mí! por cuanto caro tengas
*En este mundo, Sancho, que me ampares,
*Y del furor del Conde me protejas.
*Y si el oro...
*Sanc.** ¿Por Dios, me crees acaso
*Tan vil como eres tú? Si no te viera
*Temblar ante mis piés como un cobarde
*Contestara mi daga á tu insolencia.
*El.** Mas ese conde...
*Sanc.** De quedar con vida
*Su palabra real por mí te empeña.
*El.** Sancho, son las palabras solo ruido
*Y el aire mas ligero se lo lleva.
*Sanc.** ¡Renegado! ¿tu fe, si alguna tienes,
*A la palabra de Don Sancho niegas?
*El.** Si de su misma boca la escuchara,
*Crédito y fe sin vacilar la diera.
*Que es noble y cree en la virtud Don Sancho,
*Y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero...
Sanc. Cumple mis órdenes, y fia.
El. Di.
Sanc. Escucha, muy en breve la Condesa
Va á esta gruta á bajar.
El. ¡Cielos, quién pudo...!
Sanc. Cita secreta es, y vase en ella
A desplegar, para turbar su mente,
Todo el poder de la mentida ciencia:
El conde ha de asistir.
El. Es imposible.
Sancho, que le descubran será fuerza.
Sanc. ¿No se esconden aquí tantos secretos
Como junturas hay entre las piedras?
¿No hay aquí mil incógnitos resortes
Que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elías.
El. Sea, Sancho;
Mas del Conde, pues tú le representas,
Júrame en nombre que será impasible,
Oiga lo que oiga y vea lo que vea.
Sanc. Sí.
El. Que tenga valor y sufrimiento
Para ver cuanto pase en su presencia.
Sanc. Hombre es Don Sancho, Elías, á quien nunca
Dieron pavor ni sombras ni quimeras.
El. Polvo es no mas, como los otros hombres;
Mas á buscarle vé, porque ya llegan.

ESCENA VI.

SIMUEL BENJAMIN.

La prueba última es. O cede ahora
Esa necia mujer y se fascina,
Y merced á mi magia protectora
En Castilla desde hoy Judá domina,
O la ocasion se pierde de tal modo
Que todo se hunde y se malogra todo.
Alégrate, Judá. Si hoy á mi ciencia
La mujeril supersticion da vuelo,
Tierra tendrás y templos y opulencia
Con que olvidar al fin tu largo duelo:
No irás desde hoy sin término vagando
Patria insegura en que posar buscando.
Aquí se tenderán los blancos linos
De las tiendas de Aaron: en torno de ellas
Resonarán los cánticos divinos
De la Sion bendita, y las doncellas
De Judá danzarán, nuestros misterios
Celebrando al compás de los salterios.
¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
Dar á su pueblo, y amparar mi empresa,
Y estos augurios de grandeza y gloria
No se deshagan cual fugaz pavesa!
¡Ay! dominar queremos los destinos
Y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
Para el postrer ensayo. ¡Elías! (*Llamándole.*)

ESCENA VII.

SIMUEL, ELIAS.

Sim. ¿Presto
Lo tienes todo ya?
El. Todo, rabino,
Y á vuestra voz responderá el destino.
Sim. ¿Luce el dia?
El. Ya el sol por el oriente
Va elevando su disco refulgente.
Sim. ¿No ha parecido el moro todavía?
El. Por la empinada loma ya subia
Cuando oí vuestra voz.
Sim. Que entre al momento,
Y tú á tu obligacion estáte atento.
El. Así lo haré, señor.
Sim. Préstame ahora,
Dios de Judá, tu ciencia previsora.

ESCENA VIII.

SIMUEL, HISSEM.

Sim. Bien venido seas, moro.
Hiss. Judío, guárdete Alá;
Mas sin ceremonias vamos
A lo que interesa mas.
¿Está preparado todo?
Sim. Todo preparado está.
¿Y la condesa?
Hiss. Ya llega
Con mi esclavo Ben-Jaguar.
¡Cuánto me costó vencer
Su conciencia pertinaz!
Sim. ¿Mas consintió?
Hiss. Si veía
Por sus ojos el fatal
Poder á que está sujeto
Su destino.
Sim. Lo verá.
Su ciega supersticion
A sus ojos va á cambiar
La mentida ceremonia
En exacta realidad.
*Hiss.** Vé con tiento, Benjamin;
*Su mente hay necesidad
*De exaltar con tus pronósticos;
*Mas como arriesgado azar
*Es sin duda el demostrarla
*Prodigios que no querrá
*Creer acaso, primero
*Su amor es fuerza irritar
*Y su ambicion y aun sus celos.
*Y esto á fallarnos quizás
*Entonces todo á tu ciencia
*Lo tendrémos que arriesgar.
*No escasées sortilegios
*Ni invenciones; tal vez ya
*Es este el último dia
*Que nos resta aprovechar.
*Sim.** ¡Cómo!
*Hiss.** Sí; mañana el Conde
*De Burgos nos lanzará,
*O acaso tumba nos abra.
*Sim.** Hissem, de todo es capaz.
*Hiss.** Pues bien, Simuel, no lo olvides;
*Fuerza es caer ó acabar
*De una vez con ese rayo
*A nuestra grey tan fatal.
*Sim.** De lo que puede mi ciencia
*Tú mismo te has de asombrar.
*Elías sabe mis órdenes,
*Y ante sus ojos pondrá
*Prodigios aterradores
*Que su alma han de atribular.
*Hiss.** Vete con tiento, Simuel,
*Sim.** Bravo Hissem, tres años van
*De leccion, y yo respondo
*Del efecto que la hará.
*Tres años que estoy hipócrita,
*Taimado, astuto y sagaz,
*Enseñándola una ciencia
*Que jamás aprenderá,
*Mas que ha puesto su cabeza
*En un estado capaz
*De abandonarse en mis brazos
*En completa ceguedad.
Hiss. Mi amor á un tiempo, Simuel,
A tu ciencia ayudará.
Si así lo haces, tu servicio
Recompensado verás,
Dando en Castilla á tu tribu
Tierra y templos que habitar.
¿No es ese tu gran deseo?
Sim. Si; ¿mas tú lo cumplirás?
Hiss. Mira el pliego de Almanzor:
Castilla en reino me da
Si yo al poder del cristiano
Se la consigo arrancar.
Ocultos en esas sierras
Cuatro mil moros están
Prontos á meterse en Burgos
A la primera señal.
¿Los castellanos sin jefe,
Muerto Don Sancho, qué harán?
El palacio de su dueño
Y su cadáver cercar.
Llorar, Simuel, y apenarse,
Y volverse cuando mas
Contra la escondida mano
Que apagó su luz vital.
Sim. ¿Mas y esa mano escondida...
Hiss. Pronto encontrada será
Y entregada al populacho
Su furor para saciar.

Sim. ¿Pero ella misma?
Hiss. Escalon
De nuestro poder será;
Los dos á una misma tumba
Y en un dia bajarán.
*Sim.** ¿Y será Burgos...
*Hiss.** Mi reino,
*Donde los tuyos tendrán
*Templos y tierra segura,
*Y comercio y libertad.
*(Sabedor de mi secreto,
*Muy pronto te enterrarán.)
*Sim.** (Con mi ciencia poco á poco
*Del trono bajando irás.)
Hiss. Ea, pues, siento que llega:
Prepara, sabio, tu altar.
Sim. Cumple tú lo que te toca,
Y ayude al sabio el galan.

ESCENA IX.

(*Elías introduce á la Condesa, que viene cubierta con un largo velo, y se vuelve.*)

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL BENJAMIN.

Sim. Salud, Condesa.
Condesa. Sabio israelita,
Salud. ¡Hissem aquí!
Hiss. Aquí, señora,
Que vuestra dicha y salvacion medita
Hissem, que espera en vos, y en vos adora.
Condesa. Hissem, que por do quier al par me sigue
De mi conciencia ¡ay Dios! sombra evocada.
Hiss. ¡Sombra feliz si vuestro bién consigue
Siempre en cuidado vuestro desvelada!
Condesa. Hissem, ¡qué noche tan fatal me has dado!
¡Qué ensueños mas horribles he tenido!
Sim. ¿Un calmante quereis?
Condesa. No; ha disipado
El dia mi temor.
Sim. ¿Razon ha habido?
Hiss. Simuel, ese hijo vil que la esclaviza
Hoy nos aparta de ella como gente
Indigna de tratarse, allegadiza,
Y yo por convencerla solamente
Del intento traidor que á ello le atiza
La revelé su horóscopo.
Sim. ¡Imprudente!
¿Crees tú que una mujer tenga harto brio
Para sondar el porvenir sombrío?
Condesa. Simuel, no me dió el ser vulgo villano,
Y un corazon tan animoso tengo
Que no le da pavor su negro arcano,
Y de tu voz para escucharte vengo.
Di, pues, ¿será tu ciencia desmentida
En lo que atañe á mi futura vida?
¿Es cierto, dime, que podrá por ella
A tus conjuros responder mi estrella?
Sim. Al necio humano que en mi ciencia duda
Su mágico poder jamás ayuda.
Condesa. Responde: á esta caverna á esto he bajado.
Sim. ¡Oh! ¡mil veces perdon, noble condesa!
Lo confieso, seis noches he pasado
Velando, y vuestro horóscopo he trazado.
Condesa. ¿Y qué? (*Con afan.*)
Sim. ¡Ay de mí! ¡que lo sepais me pesa!
Pésame, sí, de que la ciencia mia
Fiara de un amante este secreto,
Que nadie es sabio si en amor se fia.
Hiss. Perdonadme, Simuel, mi solo objeto
Fué apartar de su frente el golpe rudo.
Yo la idolatro, sí; ¿cómo pudiera
Su destino esperar sereno y mudo?
Imposible, Simuel, antes muriera.
Condesa. ¡Hissem! (*Con amor.*)
Hiss. Perdon, Sultana: el alma fria
De ese judío con la edad helada
El fallo de su ciencia callaria;
Pero jamás un alma enamorada.
Tú, solo tú en el mundo me interesa,
Y en amarte no mas mi ánima absorta
Toda su voluntad te guarda ilesa,
Y cuanto tú no seas ¿qué la importa?
Condesa. ¡Hissem! (*Con entusiasmo.*)
Hiss., con amargura. ¡Mas ay! por nuestra estrella impía
Hoy partiré de aquí, Sultana mia,
Y ahogará, si su curso no torcemos,
Tres años de esperanzas este dia.
Condesa. Eso jamás, Hissem: le torcerémos.
Renunciar á tu amor es imposible;
Dentro del fiero corazon le halago
Mucho tiempo hace ya y es invencible;
Nada detiene su tremendo estrago.
A esta fatal pasion ceda primero
Cuanto fuí, cuanto soy y cuanto espero.
Abreme ¡oh sabio! el infernal volúmen
Del hondo porvenir, y aunque al saberles
Sus secretos fatídicos me abrumen,
Quiero una vez para mi mal leerles;
Quiero saber que á mi destino cedo
Por ruin fatalidad, mas no por miedo.
Sim. Vedlo bien, y os advierto que aun es hora:
De la vida mortal ir el camino
Siguiendo á ciegas vale mas, señora,
Que penetrar el fallo del destino,
Que es siempre mas feliz quien mas lo ignora.

Condesa. Tú me lo has dicho; cada ser que nace
Trae una estrella que su vida rige,
Y por el solo rumbo que ella trace
Se abre la senda que á su fin dirige;
Pues bien, yo quiero ver mi oculta senda
Si á caer mi sentencia ha de arrastrarme;
Antes de hundirme por la sima horrenda
A su boca fatal quiero asomarme.
Sim. Pues mirad que esa senda es escabrosa,
Que está escrita con sangre esa sentencia.
¡Oh! respetad la nube misteriosa
Que envuelve vuestra mísera existencia.
Sucumbid sin luchar, é id animosa
Sin peso tan fatal en la conciencia.
Condesa. ¿Sucumbir sin luchar? eso es cobarde,
Y aunque fuera razon fuera muy tarde.
Si he de ceder á mi contraria suerte
No será sin luchar, frente he de hacerla,
Y si es mi estrella el astro de mi muerte,
Si no puedo apagarla ni torcerla
Sabré que atada á su siniestro rumbo
Ella me arrastra, pero no sucumbo.
Sim., mostrándola un pergamino. Pues bien, ved vuestro horóscopo.
Condesa. ¿Y qué es esto?
Sim. Los astros en aqueste planetario
El porvenir os ponen manifiesto.
Condesa. ¿Y á qué este laberinto es necesario
De rayas quirománticas?
Sim. Señora,
Ahí está para el sabio la evidencia
De vuestro porvenir; leed ahora
(*Le vuelve el pergamino del otro lado.*)
Reducida á palabras su sentencia.
Condesa. (*Lee.*)
« Quien consulta este horóscopo va en breve
Tras de duelos y afanes bien prolijos
Víctima á ser de sus ingratos hijos.»
(*Representando*) ¡Cielos! ¿y esto es...?
Sim., interrumpiéndola. Lo que cumplirse debe.
Condesa. ¿Y es verdad, justo Dios, y esto del Conde,
De Don Sancho mi horóscopo responde?
Hiss. Mas hijo no teneis. Luego á él se ajusta
Esa revelacion con que os lo avisa
Generoso el destino aunque os asusta.
Condesa. Fatal sentencia es.
Sim. Pero precisa.
Condesa. No turbes mi razon con torpe labio,
Fascinando mi fe, viejo rabino.
¿No acontece tal vez que yerra el sabio?
Sim. El hombre acaso, pero no el destino.
Condesa. Fácil es engañar á una matrona
Que tu ciencia celeste no penetra,
Cuando puede detrás de cada letra
Su horóscopo esconder una corona.
Sim. Pues el medio elegid que mas os cuadre;
El azar en que hayais mas confianza
Discurrid, y del hijo y de la madre
Pesarémos la suerte en su balanza.
Los muertos evocad y os dirán eso;
Apelad á los sueños y eso mismo
Dirán tambien; y donde quiera espreso
El agüero vereis y el fatalismo.
Ya sea que á la suerte se encomiende,
Ya á espíritus terribles se consulte,
Trastórnese el pronóstico ó se enmiende;
Eso será no mas lo que resulte.
Las vidas de los dos por un sendero
No pueden juntas ir; las dos no caben;
Y una de entrambas cederá primero;
Mas ¿cuál? los cielos nada mas lo saben.
Condesa. Vea yo, pues, su voluntad espresa,
Póngalo ante mis ojos un vestigio
De ese poder incógnito, un prodigio
Hable, y con él mi incertidumbre cesa.
Sim. O matar ó morir es vuestro sino;
Tal es mi ciencia y tal vuestro destino.
Condesa. Pónme, Simuel, patente su mandato,
Y cedo ¡vive Dios! y muero ó mato.
Sim. Pues bien, á verlo vais.
Hiss. Harto hizo el sabio:
Judío; aun queda del amante al labio
El último resorte; y si á esta nueva
Invencion se resiste
Apelarémos á tu ciencia insana.
Vete.

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM.

Hiss. Antes que te arriesgues á esa prueba,
Solo un momento escúchame, Sultana.
Quiérete el moro ó muerta, ó soberana:
Armas, oro, un ejército te ofrece:
¿Qué mas claro el destino te parece
Cuando en tu mano pone esta mañana,
Y á tu antojo abandona
Un lecho funeral ó una corona?
Por cuanto caro en tu existencia tengas,
Que á esa prueba infernal nunca te avengas.
Condesa, con espanto. ¿Con que es verdad, Hissem? ¿Puede su ciencia
Cumplir lo que promete?
Hiss. Veces ciento
Patentizó á mis ojos la esperiencia

Que responde á su voz el firmamento.
*Mil veces en furtiva conferencia
*Al soldado, al mendigo, al opulento
*Les marcó de su muerte la hora oculta,
*Y la hora fué de la fatal consulta.
*Condesa.** ¡Cielos!
*Hiss.** ¿Ves esos muebles que su estancia
*Cercan en derredor? A su voz todos
*Alma recibirán de varios modos,
*Aterrando la tuya.—Sí, Sultana,
*Todo es misterio aquí; y esas redomas
*Que hacen creer á nuestra vista humana
*Que contienen espíritus y gomas,
*El elixir encierran de las vidas
*Cuyas horas de aliento están medidas.
Condesa. ¿Es tanto su poder?
Hiss. Oh, no te asombre,
Todo lo puede con la ciencia el hombre;
Y hombre soy yo tambien, y tiemblo ahora
Ante esa ceremonia aterradora.
Condesa. No lo acierto á creer.
Hiss. Le ví mil veces
Los muertos evocar de sus conjuros
Al secreto poder, y de sus preces
Con las palabras mágicas; seguros
Sus pronósticos son, y ese que miras
Respecto al porvenir que á tí te espera
Es la espresion de las celestes iras.
Condesa. ¿Y preciso ha de ser que mate ó muera?
Hiss. Sí, lo mismo que yo.
Condesa. ¡Cielos! ¿Qué dices?
Hiss. Salga al fin de una vez del pecho mio
Este fatal secreto: el hado impío
Ató nuestros destinos infelices.
*Condesa.** No te entiendo.
*Hiss.** Oye; á mi importuno ruego
*El mio consultó con las estrellas
*El sabio israelita.
*Condesa, con afan.** ¿Y supo de ellas...?
*Hiss.** Cuanto anunciómе, realizóse luego.
Escucha pues nostro enlazado sino.
Tú dependes del conde; á un soplo suyo
Cambiará para siempre tu destino;
Mas yo pendo de tí, mio es el tuyo,
Y si no hago que Sancho á tí sucumba,
Nuestro destino es él, él nuestra tumba.
O él, ó nosotros dos.
Condesa. ¡Es imposible!
Hiss. O él ó nosotros dos, no hay esperanza.
Condesa. Tú no lo crees, Hissem: ¡eso es horrible!
*Hiss.** Aun yace el fiel de la fatal balanza
*En la mitad del peso equilibrado;
*Mas solo un dia, una mañana queda
*Para que pierda el equilibrio y ceda.
Resuélvete.
Condesa. Jamás.
Hiss. ¿Lo has meditado?
Condesa. Sí, y no osarán mis manos á su vida,
A no verlo yo misma decretado
Claramente en el cielo.
Hiss. ¡Fementida!
*¿Así mi amor, mi ayuda, una corona
*Renuncias, pése á mí, cobardemente,
*Y el lazo que á tu vida me eslabona
*Rompes tan sin pesar villanamente?
*¡Tu destino desprecias temeraria!
*¿No crees en él? — Yo sí, y para evitarle
*Separaré de tí mi suerte varia.
Condesa. ¡Moro!
Hiss. Está bien; atienda desde ahora
Solo á sí mismo cada cual, traidora.
Condesa. De esa manera, Hissem...
Hiss., interrumpiéndola. De esa manera
De mi propia cerviz sabré apartarle.
¿Conoces este pliego? (*Muéstrale.*)
Condesa. ¡Ah! ¡qué imaginas!
Hiss. Todo por todo.
Condesa. ¡Corazon de fiera!
¿Qué es lo que vas á hacer?
Hiss. ¿No lo adivinas?
Condesa. ¡Ese pliego...!
Hiss. Es tu carta; en ella le haces
Un encargo á este Hissem que te habla ahora.
Lee, lee: « *Mi esposo sale con sus haces,*
Hadle que caiga en emboscada mora. »
Condesa. ¡Cielos!
Hiss. Cayó: su cuerpo fué comprado
A fuerza de dinero, y fué Hissem mismo
Quien lo trajo á lanzadas traspasado.
Tu mano y tu corona has empeñado
Por tal servicio: cumple, ó un abismo
Te abro, esta carta al Conde remitiendo,
Tus esperanzas para siempre hundiendo.
Condesa. ¡Bárbaro Hissem! ¡y lo pondrás por obra!
Hiss. ¡Sí, juro á Alá! pues matas mi esperanza,
*En tu reino, y tu amor, todo me sobra:
*Mas te daré venganza por venganza.
*¡Ay, tuve orgullo en tí mientras me amabas!
*Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes
No rindiendo á mi amor cuanto esperabas
Cual yo, te venderé cual tú me vendes.
Condesa. ¿Yo? ¿Yo venderte, Hissem? Sella esa boca:
¿Yo venderte, que te amo mas que al mundo?
Calla, ó por Dios que volverasme loca.
Hiss. Bien ese amor demuestras tan profundo,
Sultana, contra mí cuando atropellas
Hasta la misma ley de las estrellas.

¿Qué me amas dices? — Mientes.
Condesa. Pues bien, moro.
Habla: ¿qué exiges de mi amor? responde.
Hiss. Abre un sepulcro.
Condesa. Bien, morirá el Conde.
Mas ese pliego horrible...
Hiss. Con tus manos
Mil pedazos le harás, y este secreto
Jamás penetrarán ojos humanos.
Condesa. Cúmplase, sí, el recóndito decreto
De mi suerte fatal; mas pronto sea,
Antes que calme mi pasion precita,
Y este vértigo horrendo que me agita
Contra mí misma convertido vea.
Hiss. Hoy mismo.
Condesa. Sí.
Hiss. En la mesa.
Condesa. Sí.
Hiss., llamando. ¡Judío!

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL.

Hiss. Pronto: ¿posées un elixir que acabe
Una vida en un punto?
Sim. Sí.
Hiss. ¿Que oculte
Su presencia en el cuerpo?
Sim. Sí, que lave
La mano que le ofrezca, y que sepulte
En sombra eterna el atentado grave.
Hiss. Tráelo pues.
Sim. ¿Para quién?
Hiss. ¿No es su destino
O matar ó morir?
Sim. Sí.
Hiss. Pues le acepta.
Sim. ¿Y el conjuro sin ver?
Hiss. Ese es su sino,
Y de ello siente conviccion perfecta.
Sim. Venid y os le daré.
Condesa. Y á mi palacio
Partamos en seguida,
Y aprovechemos el primer espacio:
Que es fuerza que hoy se arriesgue y se decida
Poder contra poder, vida por vida.
Hiss. Y amor, y trono, y libertad, Sultana,
Esta tarde tendrás.
Condesa, volviéndose desde la puerta. Moro, descuida:
Muerta tengo de ser, ó soberana.
Hiss. y Sim. Vamos.
(*Vanse por la salida del fondo.*)

ESCENA XII.

EL TEATRO QUEDA UN MOMENTO SOLO. EL CONDE APARECE ABRIENDO UNA TRAMPA GIRATORIA PRACTICADA EN UN PILAR, Y SANCHO MONTERO TRAS ÉL CALMANDOLE.

Sancho. Señor, calmaos.
Conde. No, Montero,
Déjame respirar; deja que exhale
Su enojo y su pesar un caballero
Que ultrajar mira así lo que mas vale,
Mi honor, Sancho: ¿y por quién? por quien mas quiero;
Por mi madre...
Sancho. Señor...
Conde. Aparta, Sancho,
Y espacio deja á mis lamentos ancho.
Deja que sufra en paz, y que me queje
A solas de mi mal, ya que es preciso
Que aquí en mi corazon le esconda y deje,
Porque el juicio de Dios así lo quiso.
Porque es su ley que mi justicia ceje
Ante mayor razon, y un paraiso
Lleve en el rostro, mientras roe interno
Mi pobre corazon todo un infierno.
Di, Sancho: ¿y tú lo crees? ¿y esa es mi madre?
¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!
¡Ella dando por él muerte á mi padre!
(*Con agitacion.*)
¡A mi vida por él osando airada!
¿Y qué halla en él que á su nobleza cuadre?
¿Qué ama en él su pasion desventurada?
¡Pliegues del corazon que solo sabe
Dios, que del corazon guarda la llave!
Sancho. Serenáos, señor.
Conde, calmándose de repente. Ya estoy sereno.
Sancho. Y no olvideis que su traidora ciencia
A vuestros dias aplazó un veneno.
Conde. No será la que corte mi existencia;
No temas por la mia ¡oh Sancho bueno!
Yo haré caer sobre ellos su sentencia,
Y tal será mi fallo furibundo
Que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII.

DICHOS, ELIAS.

El. Señor.. (*Echándose á los piés del Conde.*)
Conde. ¿Quién es ese hombre?
El. Un miserable,
Señor, que á vuestras plantas humillado
Viene á pedir su vida detestable.

Conde. Sancho, ¿quién es?
Sancho. Señor, el renegado.
Conde. ¿Cómplice de las tramas infernales
De esos traidores es?
Sancho. Sin duda alguna,
Y su siervo mas fiel.
Conde. Por cuanto vales
Responde, y di á tu lengua que reuna
Cuanta sinceridad en ella quepa
Para decir al punto cuanto sepa.
El. ¡Señor!
Conde. Lo cierto te valdrá la vida;
Dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo
Que aprestaba su ciencia maldecida,
Y que á mi pobre madre fascinando
La arrastraba al delito mas infando?
El. Señor, un filtro de poder tremendo
Que al espíritu crédulo estremece:
Un licor que el cerebro enardeciendo
Le fascina, le turba, le enloquece:
Y el ánimo á esta farsa disponiendo
Le hace en falso juzgar de cuanto ofrece
El pretendido sabio á sus sentidos,
En visiones y encantos prevenidos.
Conde. ¡Infames!
El. Y la fiebre que produce
Es un vértigo horrible, es un ensueño
Que á cuanto el sabio necesita induce;
Le hace del alma del paciente dueño,
Y á cuanto la vision falsa le incita
El crédulo mortal se precipita.
Conde. ¡Basta! ¡basta, por Cristo! impía ciencia
Digna no mas de moros y judíos;
Artes por mi fatal condescendencia
Hoy practicadas en los reinos mios.
Mas hoy concluirán. Sancho, á ese hombre,
Que ha asistido á tan torpes sortilegios
Dale muerte.
Sancho. Señor, aunque os asombre,
Le concedí la vida en vuestro nombre.
Conde. Válganle, Sancho, pues los privilegios
De mi palabra real; pero su lengua
Renegó de su Dios y fuera mengua
Sin castigo dejar sus sacrilegios.
Sancho, en un calabozo eternamente
Yazga; y privado de la lengua y manos
Que no pueda jamás, aunque lo intente
Revelar lo que sabe á los humanos.
¡Silencio! esto ha de ser: un solo acento
En la garganta os cortará el aliento.
(*Sancho le lleva y vuelve.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE.

Todos á precio tal su vida estimen
Los que delito tan odioso entiendan.
Sí, mueran antes que á mi madre vendan:
Caiga la eternidad sobre su crímen.
¡Señor, que el corazon de los mortales
Desde tu regia escelsitud penetras,
Y á través de apariencias terrenales
Lées su verdad en invisibles letras;
Tú, que con tus miradas paternales
Mi gran resolucion en mí perpetras,
Tú, que conoces de mi afan lo estenso,
Benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. ¿Eres tú?
Sancho. Sí, señor.
Conde. ¿Está seguro?
Sancho. Sí.
Conde. ¿Con nadie hablará?
Sancho. Con alma humana:
Guárdale solo el callejon del muro,
Y allí estará al partir.
Conde. De buena gana
Le perdonara, Sancho, mas no puedo,
Que aun de mi misma lengua tengo miedo.
Sancho. ¡Pero llorais, señor!
Conde. Fuego derramo,
Sangre que quema mis hinchados ojos.
Sancho. ¡Ah! moderad, señor, tantos enojos.
Conde. Sancho, voy á inmolar lo que mas amo.
¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro
Porque voy á perder en un momento
La madre criminal en quien adoro,
Y el honor, que aprecié mas que el aliento.
¿Lo oistes? hijo vil que la esclaviza
Apellidarme osó delante de ella
Esa canalla ruin que me la hechiza
Con las necias patrañas de su estrella.
Y calló... ¡ah! todos hoy serán ceniza,
Todos caerán bajo mi airada huella.
Sanc. ¡Todos! (*Con asombro.*)
Conde. Sí.
Sanc. ¿Tambien ella? (*Mas.*)
Conde. Sancho, tente,
No temas nunca que á mi madre atente.
Siempre de entre los dos será primero;
De mi madre ó mi honor, mi honor sucumba:
Al suyo ceda el universo entero,
Y ábrase al hijo envilecida tumba.

Sobre mí su baldon que caiga quiero,
Y pues mi honor por ella se derrumba,
Que á mí tan solo su baldon me siga,
Y el universo entero me maldiga.
Sanc. ¿Qué es lo que hablais, señor, que no os entiendo?
Conde. No lo entiendas jamás, si vivir quieres.
Este secreto formidable, horrendo,
Si lo aciertas tal vez, cállalo ó mueres.
Sanc. ¡Ah!... el sacrificio colosal comprendo
Y me espanta, señor.
Conde. Si leal eres,
Sea tu corazon su eterno abismo.
Sanc. Callando imitaré vuestro heroismo.
Conde. No sabes ¡ay de mí! cuánto me cuesta
Tamaña abnegacion; que al fin, Montero,
Para mí nada mas será funesta.
Mas á mi fama mi deber prefiero;
Su hijo nací; mi obligacion es esta,
Y obraré como debe un caballero.
Sabré, aunque el mundo me acrimine un dia,
Que obró mi corazon como debia.
Sanc. Culpe, señor, vuestra fatal estrella.
Conde. No; la virtud á medias no practico,
Sancho, no quede de mi hazaña huella;
Ignore el mundo lo que no le esplico.
Entre mi madre y yo, primero es ella:
Venza pues, cuanto soy la sacrifico.
Quede por siempre limpia su memoria,
Y eche en mí solo su borron la historia.
Mas el judío...
(*Al entrar Simuel, el Conde se emboza y Sancho se aparta. — El judío se asombra de hallarlos allí.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE, SIMUEL BENJAMIN, SANCHO.

Sim., al ver al Conde. ¡Dios!
Conde, yéndose á él. ¿Qué hay que te asombre?
Todo lo oí, y del Conde la mancilla
Tú mismo has de lavar.
Sim. Fantasma ú hombre,
¿Quién te trajo hasta aquí? ¿cuál es tu nombre?
Conde. Dobla para escucharle la rodilla.
Sim. ¿Yo? ¿y á quién?
Conde, descubriéndose. A Don Sancho de Castilla.
(*Queda Don Sancho desembozándose en una actitud que revele toda la dignidad de su carácter, y cae á sus piés el judío.*)
(*Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Decoracion cerrada, que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha una puerta que da á las habitaciones de la Condesa. En el primero de la izquierda otra que conduce al esterior del edificio. En el segundo lado de la derecha otra que da á un camarin. En el opuesto otra idem. En el fondo otra, con vidrieras de colores que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del Conde. — Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SIMUEL, ENTRANDO POR LA PUERTA DEL FONDO.

Conde. ¿Y á mi palacio así, ¡por vida mia!
En el silencio de la noche oscura
Este oculto camino te traía!
Sim. ¡Señor!
Conde, con desprecio. Y estás temblando de pavura
Con solo preguntártelo, ¡cobarde!
¿Y eres tú quien penetra los destinos
De mi familia? ¡de ello harás alarde
Tan solo entre mujeres y asesinos!
¡Vive Dios! si quien eres no mirara
Y no viera quien soy, torpe gusano
En polvo entre mis manos te tornara:
Mas te honrara matándote mi mano.
¡Eh! no temas, imbécil, de la mia,
Que victoria tan ruin me humillaria.
En fin, si has de salvarte, solamente
Hay un medio y lo sabes; sé prudente,
Y dime al cabo y por la vez postrera
Si riesgo alguno el individuo corre.
Sim. Probadlo en mí, señor, si eso os altera,
Y mi existencia vuestra duda borre.
Conde. De traidores cual tú todo lo temo:
Fueras capaz, por conseguir venganza,
De llevar la traicion hasta ese estremo.
Sim. Señor, tan singular desconfianza
Es indigna de vos. Arrepentido,
Solo ese medio espero de obligaros,
Si no al perdon, al menos al olvido.
¡Y ni aun con mi existencia osais fiaros!
Conde. Al miedo creo de que estás transido
Mas que á todos tus lógicos reparos:
Pero solo, Simuel, solo á este precio
Cederá mi venganza á mi desprecio.
Piénsalo bien, y solo de este modo
Todo lo aparto y te lo olvido todo.
Sim. Y á vuestros piés, señor...
Conde. Alza, rabino,
Y ojalá que hoy mi liberal clemencia

De conocer te ponga en el camino
Del solo Dios la verdadera ciencia.
Sim. ¡Ah! mientras viva rogaré al destino...
Conde. Ten esa lengua vil, y en mi asistencia
No invoques mas poder ni mas ayuda
Que la del Dios en quien tu ciencia duda.
Sígueme.
(*Abre el camarin de la izquierda, y le dice mostrándosele:*)
En esta estancia, retirado
Y en silencio estarás: aquí tu suerte
Esperarás, y el término fijado:
Y el éxito será de tu bebida
El fallo de tu muerte ó de tu vida.
Entra, y míralo bien.
(*Le cierra y guarda la llave.*)

ESCENA II.

EL CONDE.

Tiemblo y me espanto
Cuanto medito mas la horrible idea.
¡Que mi madre¡ ay de mi! me obligue á tanto!
¡Que ella la criminal, mi madre, sea
Causa de mi baldon y de mi llanto!
¡Ella echar sobre mí mancha tan fea
Sin que pueda decirse en pró del bueno:
«Lleva la mancha del delito ajeno!»
Arráncame, buen Dios, del pensamiento
Esta idea cruël, desgarradora:
Sopla en mi corazon virtud y aliento
Que resista su fuerza tentadora:
Pon en mis manos y en mi lengua tiento
Para obrar y decir desde esta hora
Lo que cumpla no mas al sacrificio
Que comprende no mas tu escelso juicio.
(*Llaman á la puerta que da al esterior.*)
¿Quién va? (*El Conde abre, y sale Sancho.*)

ESCENA III.

EL CONDE, SANCHO MONTERO.

Conde. Sancho, ¿qué has hecho?
Sanc. Puntualmente
Vuestro encargo, señor, dejo cumplido.
Conde. ¿Le traes?
Sanc. Se resistió bizarramente,
Pero por fin al número ha cedido.
Conde. ¡Muerto!
Sanc. No: me mandásteis solamente
Que le apresara, y preso os le he traido.
Conde. Está bien. ¿Y la carta?
Sanc. Iba á romperla,
Mas no le dí lugar.
Conde. Trae, Sancho, á verla.
(*Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la Condesa en la escena X del acto II. El Conde le toma, le mira, y le guarda. Despues se vuelve diciéndole con mirada penetrante:*)
¿La leiste?
Sanc. Mis ojos jamás osan
Adonde mi señor pone los suyos.
Conde. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan;
Para velarme, pues, guarda los tuyos.
Sanc. Lince seré, señor, que vigilante
No los quite de vos solo un instante.
Conde. Tú eres no mas ¡oh Sancho! mi consuelo:
Hoy á mi madre cuanto tengo inmolo,
Y si tu lealtad me roba el cielo,
En la tierra desde hoy quedaré solo.
Sanc. Señor, antes la luz al medio dia
Ha de faltar al sol; antes al viento
Ha de faltar impulso y armonía,
Y á las corrientes aguas movimiento,
Y al suelo sombra en la enramada umbría,
Y al águila el espacio y ardimiento,
Y al mar arenas, y al coral esmalte,
Que á vos mi aliento y corazon os falte.
Conde. Gracias, Sancho leal; bien necesito
Un corazon que con el mio llore
Cuando la mancha de su vil delito
A los ojos del mundo me desdore.
Tú solo entonces me darás consuelo
De mi secreto cruel depositario,
Y en tanto, por mi bien, pídele al cielo
Que el valor no me niegue necesario.
Sanc. Si há de mi vida menester la vuestra,
Hablad, señor, la inmolaré tranquilo.
Conde. No, Sancho: ante otra muerte mas siniestra
Que la del cuerpo material vacilo.
Ante otra precision tiembla mi diestra,
No acostumbrada á tan traidor estilo,
Y recelos recónditos me oprimen;
Que aunque es una virtud parece un crímen.
Mas no es posible que tu mente mida
La intensidad de mi pesar. Montero,
A ese hombre guarda hasta que yo le pida:
Que no hable á nadie; y de que bien vigilen
Mis castellanos por los muros cuida.
Mas que muchos á un punto no se apilen,
No astuto el moro de las sierras vea
Que vamos á salir á la pelea.
Sanc. ¿Cuándo será, señor?
Conde. Al medio dia.
Mas antes de partir, frugal y corta

Comida harémos, á costumbre mia.
Tú solo en ella que nos sirva importa.
Sanc. Señor...
Conde. Siempre afanoso, Sancho, se halla
El corazon mas noble y mas valiente
A punto de arriesgar una batalla:
Y es bueno que este afan vele á su gente,
No vacile ó murmure la canalla:
Dispon pues que nos sirvan de repente
Vianda que se ajuste á nuestra prisa.
Cubre la mesa, y á mi madre avisa.
(*Vase Sancho.*)

ESCENA IV.

EL CONDE.

Llegó la hora fatal y estoy resuelto.
Quiero salir cuanto antes de este horrible
Vapor de crímen en que vivo envuelto,
Que esta duda infernal me es insufrible.
Queden cumplidos de una vez mis votos,
Y sus intentos para siempre rotos.
Oigo pasos... es ella... me retiro.
Siento que suerte tan fatal la aguarde.
De aquí la acecho y sus acciones miro:
No quiero que mi vista la acobarde.
(*Entra en el camarin de la derecha.*)

ESCENA V.

LA CONDESA, SALIENDO DE SU APOSENTO.

¡Ay! parece que tengo en el cerebro
Una hoguera voraz: y á par que él arde
Dentro del pecho con aliento escaso
Siento que helado el corazon me late.
Trémulos van mis piés por mis salones
Sin cierto rumbo y voluntad llevándome,
Y siento retumbar dentro del pecho
El lento son de cado paso que hacen.
Cada murmullo que en el aire suena,
Cada cortina que estremece el aire,
Que anuncian un espectro me parece
Que con callado pié tras de mí sale.
Si al reposo me entrego algun momento
Y al sueño cede mi cansancio grave,
De espantosos delirios asaltada,
Presa despierto de pavor mas grande.
No puedo mas con tan odiosa vida,
Quiero ahogar de una vez tantos afanes.
Sí, que se cumpla mi destino quiero,
Ya que ha de ser al fin inevitable.

ESCENA VI.

LA CONDESA, SANCHO MONTERO, CON FRUTAS EN CANASTILLOS, ETC.

Condesa. ¿Quién es? Sancho. (¡Ay de mi! Temblé al sentirle.)
Sanc. Yo soy, señora. ¿Qué ordenais?
Condesa. ¿Qué traes?
Sanc. De mi señor las órdenes cumpliendo,
Viandas son.
Condesa. ¡Tan pronto!
Sanc. A la lid parte
Y con permiso vuestro de hoy dispone
Que la primer comida se adelante.
¿Vos le acompañareis?
Condesa. Sí.
Sanc. Despedirse
Querrá de vos por si malogra el trance.
Condesa. Es justo, Sancho: sus mandatos cumple
Y al cielo ruega que le ayude y guarde.
Sanc. Sí rogaré, mas como buen vasallo
Iré luego con él para ayudarle.
Condesa. (Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho;
Hidalgo en eso lo que debes haces.
(Me da este hombre rubor.)
Sanc. Ya está la mesa.
Al Conde avisaré cuando gustáreis.
Condesa. No, Sancho, no; le avisaré yo misma.
Sanc. Como os plazca mejor.
Condesa. Así me place.
Sal.

ESCENA VII.

LA CONDESA.

Ya estoy sola y la ocasion es esta.
¡Ay! mi razon se turba en tal instante,
Y en cuanto me rodea veo atónita
La mano del destino formidable.
Esta mesa, esta estancia solitaria...
¡Parece que á propósito lo hacen!
Cielo, de mi virtud siempre enemigo
¿A qué ponerme la ocasion tan fácil?
¿No bastaba ¡ay de mí, que consintiese
Débil mi corazon en despeñarme
Sin que á la boca de la sima horrenda
Me trajeras tú mismo, que lo sabes?
Ea, vamos: ayúdame, ¡oh infierno!
(*Saca del pecho un pomo.*)
Ya la copa fatal tengo delante,
Y mi estrella y mi amor así lo quieren...
¡Ay, pero tiembla el corazon cobarde.
Tiembla mi mano la letal ponzoña

Sintiendo entre los dedos... ¡miserable
De mí! ¿Cómo he de verle á impulso suyo
Palidecer, temblar y desplomarse?
Yo no amaba á su padre: en una carta
Fácil era decir: «Va al campo, mátale.»
¡Pero á él yo misma, con mi propia mano,
Tranquilo el corazon, sério el semblante,
Dársela... no: le tuve en mis entrañas;
Tiene mi mismo ser, mi misma sangre:
No, no: que viva, y cámbiese el destino.
¡Hijo mio!... ¡Infeliz! me acuerdo tarde.
Si vive! hoy mismo le echará de Burgos,
Pues hoy de Burgos contra moros parte,
Y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!
Pondrá en sus manos mi secreto infame.
Esa carta fatal que mi deshonra
Al universo entero hará palpable,
Y á seis años de hipócritas virtudes
El velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolente vulgo castellano,
Y el vulgo vengativo de los árabes,
Ponderando mi crímen á porfía,
Insultarán mi nombre y mi cadáver.
¡Maldita fué de mi nacer la hora!
¡Maldito el sino que á la tierra traje,
Tigre sedienta de la sangre mia
Sin que jamás con la vertida me harte!
¡Y no hay mas esperanza, no! Si el pliego
Llega á sus manos y su escrito sabe
Que conoce ya el vulgo, él mismo airado,
Él mismo por su honor vendrá á matarme;
Sí, que no torcerá de su justicia
La recta ley ni por su propia madre.
Él morirá tras mí de pesadumbre,
De deshonra y de horror: si á tanto osare,
Mas osará, que es su ídolo la gloria,
Y es de justicia testimonio grande.
Muera: retroceder es ya imposible;
Ante el destino la conciencia calle:
Muera, sí; pues mi horóscopo lo ordena,
Yo no, sino el infierno es quien lo hace.
(*Vierte el licor del pomo en la copa de oro.*)
¡Cayó...! ¡Veo á la muerte descarnada
Por detrás de los bordes asomarse
De la ancha copa, y con la seca mano
Y sonrisa diabólica llamarme!
¡No, no hay remedio ya...! Mas ¿si no bebe?
¿Si hace un descuido que de copa cambie?
Ambas á dos las dejaré servidas,
Y él tomará la que le esté delante.
(*Llena de vino las dos copas, y pone la de oro, en que está el veneno, en el sitio del Conde.*)
¡Cúmplase pues nuestro fatal destino,
Que tumba al uno de nosotros abre!
Para uno de los dos guarda esa copa
De la callada eternidad la llave.
(*Cae en el sillon desfallecida.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, EL CONDE, DESPUES DE CONTEMPLARLA UN MOMENTO.

Conde. Madre mia.
Condesa, espantada. ¿Quien es? ¡él!
Conde. ¿Qué os espanta
De ese modo, señora, en mi semblante?
Condesa. (¡Se me hiela la voz en la garganta!)
Sancho, no estrañes si de mí delante
Viéndote me turbé, que me quebranta
Saber que á lidiar vas. (¡Terrible instante!)
Conde. Tal es mi obligacion, guardar mi tierra
Antes que en mala paz en buena guerra.
Condesa. Siempre es la guerra tu primer deseo;
Tu primer pensamiento las batallas;
Tu mas galan y acomodado arreo
El casco duro y las tupidas mallas.
Siempre dispuesto á pelear te veo;
Siempre á la paz inconvenientes hallas,
Y entre tanto tus pueblos desdichados
Quedan con lo mejor, pero asolados.
Conde. Madre, os vende la voz vuestro deseo
Y hablais como mujer, de las batallas
Siempre enemiga y militar arreo.
Si en vez de yelmos y tupidas mallas
La seda usando á que inclinada os veo
Puesto á su torpe paz no hubiera vallas,
Los árabes mis pueblos desdichados
Me dejaran con paz, pero asolados.
Condesa. Un enemigo que la paz implora
Leal será, pues serlo necesita.
Conde. Madre, eso no habla con la gente mora,
Raza salvage que el desierto habita:
Se humilla al vencedor, pero traidora
En oportuna rebelion medita.
Condesa. Es, Sancho, esa opinion harto estremada.
Conde. Leed la historia de la edad pasada.
Siempre fueron lo mismo: los detesto,
Y mas reñir con ellos me acomoda
Que haberlos de sufrir.
Condesa. Y á pesar de esto,
Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,
Lejos ahora están de tus fronteras.
Conde. No tan lejos, señora: esos peñascos
Guarecen á su sombra sus banderas,
Corvos alfanges y redondos cascos.
Condesa. Esas noticias son...
Conde. Harto seguras:
Desde el balcon del camarin vecino
Se alcanza por las hondas quebraduras

De sus turbantes el revuelto lino.
Condesa. Moros, Sancho, enemigos tus antojos
Te pintan por do quier.
Conde. Madre, vos misma
Verlos podeis por vuestros propios ojos.
Condesa. (Él en su misma perdicion se abisma;
Todo su mala estrella lo previno,
Y es inútil luchar con el destino.)
Conde. Ved el balcon, llegad.
(*El Conde la invita á que entre en el camarin: la Condesa no llega mas que al dintel de su puerta, volviendo la espalda á Don Sancho.*)
Condesa. (No tengo audacia
Para mirarle al rostro.)
Conde. (Aun tengo miedo
De este infernal brebaje á la eficacia.)
(*Saca un pomito.*)
¿Los veis?
Condesa. No.
Conde. Mirad bien. (¿Qué aguardo? Ea,
De su misma traicion víctima sea.)
(*El Conde vierte el licor que contiene el pomo en la copa de plata que la Condesa ha colocado en su sitio, mientras esta mira por el balcon. Al punto de verter el líquido el Conde aparece Sancho, que le dice aterrado.*)

ESCENA IX.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO MONTERO.

Sanc. ¡Señor! (*Aparte al Conde.*)
Conde, aparte á Sancho. ¡Silencio! — En fin al cuerpo demos
El nutrimento necesario y justo
Los que muy pronto pelear debemos.
Sancho, sírvenos ya lo que tenemos,
Si es de mi madre voluntad y gusto.
(*Sancho, que hasta ahora ha ido colocando al rededor de la mesa frutas en canastillos, etc., etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos, etc. sale otra vez á buscar la vianda pedida por el Conde.*)
(*Don Sancho, apoyado en el espaldar de su sillon, contempla á su madre, que afectando mirar por el balcon que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la actriz.*)

ESCENA X.

EL CONDE, LA CONDESA.

Condesa. (¡Siento los piés clavados á la alfombra,
Y siento que en latido atropellado
Hielo es mi corazon, mis ojos sombra!
Dame, infierno, el valor desesperado
Que esta ocasion tremenda necesita.)
Conde, aparte. Su crímen ¡infeliz! ¡cuánto la asombra!
Condesa, aparte. Cúmplase todo; pero pronto sea,
Antes que calme mi pasion precita,
Y este vértigo horrible que me agita
Contra mí misma convertirse vea.
(*Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.*)

ESCENA XI.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO MONTERO.

Conde. Madre.
Condesa. Héme aquí. (*Con resolucion.*)
Conde. Cuando gusteis.
Condesa. Ahora.
(*Se sientan.*)
Conde. Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga
De ese magro tasajo lonjas haga.
(*A la Condesa.*)
Y vos tan triste no os mostreis, señora:
Comed y despejad el rostro adusto.
Con la causa leal que defendemos
Dios nos querrá ayudar y vencerémos.
Condesa. (No puedo apenas respirar de susto.)
Sanc. (De zozobra y de espanto no respiro
Mientras las copas preparadas miro.)
Conde, á la Condesa. ¿Mas no comeis? Efímeros temores
Desechad, madre mia
Siempre fuímos nosotros los mejores,
Y espero en Dios que nos dará un buen dia.
Condesa. (¡Su voz me aterra!)
Conde. (¡Acabe esta agonía!)
Ea, madre, por si es la postrimera
Que juntos ambos apurar debemos,
Asid la copa y apuradla entera;
Pues si dejarla en la mitad os vemos,
Que temblais por la suerte que me espera
O en mi valor dudais recelarémos.
Condesa. ¡Yo, Sancho!
Conde. Ea, brindad á mi fortuna
Y hollará mi corcel la media luna.

Condesa, asiendo su copa con un movimiento convulsivo y desesperado. Sea.

Conde, Condesa. Bebamos.

(*El Conde acerca la copa á sus labios y mira beber á la Condesa. Esta apura la suya, y al apartarla de la boca dice:*)

Condesa. Todo está cumplido.

(*Al dejar la Condesa su copa vacía sobre la mesa deja el Conde llena la suya, la Condesa lo mira y esclama aterrada:*)

Mas ¿qué miro, ¡gran Dios! tú no has bebido?

Conde. Ni beberé jamás, que es sino nuestro.

(*Se levantan.*)

Condesa. ¡El sino atroz de nuestra estrella sabes!

Conde. Pues os hice beber, que sé demuestro
Que el uno de los dos...

Condesa, interrumpiéndole. Sancho, no acabes.
¡Te comprendo muy bien, y el fin siniestro
Veo que das á mis delitos graves!
Ambos á dos tenemos en las venas
Sangre de maldicion, sangre de hienas.

Conde. ¡Dadme fuerzas, Señor!

Condesa, con desprecio. ¡Y al cielo invoca!
Necio, no van allí nuestras plegarias.
Solo al infierno apadrinarnos toca
Nuestras culpas que alienta hereditarias.

Conde. ¡Madre!

Condesa. ¡Ay de mí! que en la desierta boca
Se apagan los sonidos... Solitarias
Van mis ideas por la mente loca
Girando... Sancho... mi secreto encierra...
¡No dejes tal baldon sobre la tierra!

(*La Condesa, que hablando así habrá ido acercándose hácia la puerta de su habitacion, entra en ella figurando caer desvanecida. El Conde cierra las puertas.*)

Sanc., horrorizado. ¡Qué habeis hecho, señor! ¡Muerta!

Conde, con fiereza. ¡Villano!
Si osas de Sancho murmurar tal mengua
Voy á arrancarte con mi propia mano
De la garganta vil la torpe lengua.

Sanc. ¡Señor...!

Conde. En casos por mi honor medidos
Cree primero á mi honor que á tus sentidos.
Vamos.

(*Sancho queda á un lado humillado y sin moverse. El Conde contemplándole dice:*)

(*Aparte.*) Su miedo la ignorancia abulta.
¡Dichoso de él, que comprender no sabe
Que en nobles quepa lo que en él no cabe!
(*A Sancho.*)
Sancho, el moro.

ESCENA XII.

EL CONDE.

Y á pesar de todo
En esa horrenda pócima no fio,
¡Ay de mi! y á creer no me acomodo
En las protestas del traidor judío.
¡Perdona si te trato de ese modo,
Madre, no culpes el intento mio,
Y al contemplar tu suerte venidera
Piensa en la suerte que por tí me espera.

ESCENA XIII.

EL CONDE, HISSEM, A QUIEN CONDUCE SANCHO, QUE SE MARCHA A UNA SEÑA DEL CONDE.

(*El Conde y el árabe quedan un momento contemplándose con altivez.*)

Conde. Contemplándote estoy y á vueltas ando
¡Vive Dios! con la saña que me inspiras
Y el desprecio que siento por tu bando.

Hiss. No temo tu desprecio ni tus iras.
Al árabe el horror nació contigo
Como el horror á tu nacion, cristiano,
El dia en que nací nació conmigo.

Conde. ¡Aun te atreves á hablar, traidor pagano!
¿Olvidas que me ha dicho esta mañana
En la gruta del viejo israelita
Tu lengua misma tu traicion villana?
¿Que tu presencia mi furor escita,
Y que el recuerdo de tu ruin ultraje
Tu sangre está pidiendo á mi coraje?

Hiss. No receles que el miedo entre en mi pecho:
Contrario tuyo hasta el postrer suspiro,
Cuanto osé contra tí doy por bien hecho,
Ni me arrepiento ni á perdon aspiro.
¡Tú me desprecias! yo tambien.

Conde. Me espanta
El ver que en solo un hombre caber puede
Con tan grande traicion audacia tanta.

Hiss. Conde, á la tuya mi altivez no cede.
Nunca esperé de tí mas que ira y guerra,
No esperes mas de mí que guerra é ira:
Si ira á mi grey tu corazon encierra,
Ira á tu grey mi corazon respira.

Conde. Ira noble ¡pardiez! guerra tan solo
Digna de infieles cual vosotros: lucha
Cobarde y baja, de traicion y dolo.

Hiss. Propia contigo de mi raza... escucha.
No de esa ira vulgar que al fin se acalla
Sangre enemiga sin piedad vertiendo
En el ciego furor de una batalla,
No: mas ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos
Cayeron al furor de tu cuchilla
En buena lid, cual nobles enemigos,
De cara á los pendones de Castilla.
Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra,
Padre, amor, amistad... y otra esperanza
No quedándome ya sobre la tierra
Abrasóme la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto
A los reyes de Córdoba y Sevilla
De mi venganza interesé en el fruto
Y vengarles juré... con tu mancilla.

Conde. ¡Traidor!

Hiss. ¡Tú me desprecias! oye ahora
Cuanto ha podido mi venganza mora.
En tu tierra y palacio introducido,
Mirándote lëal, franco, y valiente,
Que ha de ser á tu orgullo, he deducido
Mayor venganza la que mas te afrente.
Ví que te era el honor mas que el sol caro
Y al de tu madre osé: ví que dejaste
En Burgos á tu padre sin amparo
Cuando á su autoridad te rebelaste,
Y á tu padre apresté sorda emboscada
Y en tí cayó la culpa de su muerte.
Tu gloria y tu virtud dejo manchada,
Castellano feroz: escarnecerte
Puede el vulgo en tu madre deshonrada,
Y de tu padre en la sangrienta suerte.
Todo esto es obra mia. Sacia ahora
Tu sed de sangre con mi sangre mora.

Conde. Sí haré: mas antes enseñarte quiero,
Pues tu furor encomias, africano,
Su limpio honor para guardar entero
Lo que puede el furor de un castellano.
¿Te jactas de dejar en mi linaje
Un inmundo borron y en mi corona
Por robar el amor de una matrona
De mi estirpe real? ¿Tamaño ultraje
Piensas que quede por su parte impune
Porque títulos mil en su persona
Contra mi ley justísima reune?
Mientes, infiel: la gente venidera,
Cuando ose recordar que fué liviana,
Se espantará de la venganza fiera
Con que lavé mi estirpe soberana.
No: ni un testigo dejaré siquiera
Que deshonre á la noble castellana,
Y quedará en la sombra mas profunda
Bajo otro crímen su pasion inmunda.
Mira.

(*Abre el camarin y le muestra á la Condesa.*)

Hiss., espantado. ¡Tu madre!

Conde. Sí; contempla ahora
Con qué sed beberé tu sangre mora.
Solo con ella mi baldon se lava;
Mas no basta la tuya solamente,
Africano traidor; en tí se acaba
Mi indulgencia y piedad para tu gente.
Para nadie la habrá: no: esos dos reyes
Que para mí te dieron credenciales,
Al abrigo poniendo de mis leyes
De sus embajadores los puñales,
Hoy me conocerán. Perros traidores,
Que el campo abandonais de las batallas
Y pagais asesinos vengadores
Detras de vuestras torres y murallas:
Veo que á vuestros nobles vencedores
Vuestro pavor servil no hallando vallas
Apresta una venganza mas segura
Envuelta en noche de traicion oscura.
No he de olvidarlo: vuestra raza entera
La mancha blanqueará de esta mancilla.
Grajos viles, que espanta mi bandera
Son los reyes de Córdoba y Sevilla:
Y yo haré con sus reinos una hoguera
A cuya luz, delante de Castilla
Irán como espantados jabalíes
Al salvaje compas de sus *lelíes*.
Infiel tengo de ser con los infieles:
Vil he de ser con quien por vil me toma:
Sangre habrá: vuestros blancos alquiceles
Rojos serán; y pues la guerra os doma,
Pesebres han de ser de mis corceles
Los profanos altares de Mahoma,
Y las ricas doncellas africanas
Esclavas de mis pobres castellanas.
Moro, en prenda de guerra inestinguible
Voy á mandar tu tronco y tu cabeza
A esos reyes que dieron por posible
Que ahogaras tú mi vida y mi grandeza.
Yo he reservado ese licor terrible
Para tí; bebe pues, y con fiereza
El cuello dobla de la muerte al yugo.
En Castilla no le hay, sé tu verdugo.

Hiss. No es necesario que á morir me ayude
Con ira ó con piedad ningun cristiano.
(*Toma la copa.*)
Mientes si piensas que al asirla dude
Medroso el corazon, débil la mano:
No, que aun valor al corazon me acude
Para decir muriendo á un castellano:
Ni quiero tu perdon, ni le merezco;
Tu enemigo nací y aun te aborrezco. (*Bebe.*)

Conde. Digna de mejor causa es tu osadía.
Dios te la tome en cuenta. ¡Sancho!

ESCENA XIV.

EL CONDE, HISSEM, SANCHO MONTERO.

Conde, á Sancho. Espera
Que los ojos ese hombre cierre al dia
Y guárdale allí dentro hasta que muera.
Hiss. No he de tardar. A mi sepulcro guia:
Me avergonzara que caer me viera,
No imaginara que en aquel momento
Le imploraba perdon, falto de aliento.

ESCENA XV.

EL CONDE.

Mi deber con el mundo está ya lleno;
Mas ¡ay! réstame aun mi sacrificio:
Beber el cáliz de dolor ajeno,
Levantarme yo mismo mi suplicio.
Esta tribulacion pesa ¡oh Dios bueno!
En la balanza de tu eterno juicio;
Y espíe mi desman contra mi padre
La ofrenda colosal que hago á mi madre.
(*Montero se presenta á la puerta del camarin donde metió á Hissem: el Conde al verle dice espantado:*)
¡Sancho, tan pronto!
Sanc. De espirar acaba.
Conde. Me horrorizo mirando si lo bebo
El desastrado fin que me esperaba.
Bien hice: en calma la conciencia llevo.
Separados están: su fe lo estaba,
Y un porvenir igual darles no debo:
No, obre cristiano: sin piedad le inmolo:
Baje á la eternidad, mas baje solo.
Mas concluyamos de una vez: no quiero
Dejar á la mitad tan grande hazaña,
Que fuera necio: ayúdame, Montero.
(*El Conde y Montero sacan á la Condesa desvanecida en un sillon. La colocan en la escena, y el Conde abre el camarin en que encerró al judío.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE, LA CONDESA, SIMUEL BENJAMIN, SANCHO.

Conde, al judío. Vamos, judío, de tu ciencia estraña
El poder misterioso manifiesta.
Sim. Paso me haced, mi mano está dispuesta.
(*El judío se acerca á la Condesa, y sacando de una bolsita de piel una pequeña redoma se la aplica a lolfato. El Conde y Sancho lo contemplan con ansiedad.*)
Dejadla reponer muy poco á poco;
La escitacion en su cerebro loco
De violenta impresion será funesta.
Conde. ¡Oh, vuelve!
Sim. Sí; respira; en grato sueño
Reposaba, y si el tiempo que la espera
No ha de ser tan tranquilo y halagüeño...
Condesa. ¡Ay!
Conde. Silencio, rabino; todos fuera.
(*Sancho Montero y el judío salen por la puerta del fondo. El Conde se aparta á un lado de la escena, y la Condesa empieza á volver en sí.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE, LA CONDESA.

Condesa. ¿Dónde estoy? ¿Quién me turba mi reposo?
En deliciosa paz soñando estaba,
Y ¡ay de mí! con qué sueño tan hermoso
Mi apesarado espíritu gozaba.
*Sueño de luz, de calma y de ventura
*Con encantada música arrullado,
*De cielo azul á la influencia pura
*Por perfumadas auras oreado.
*¡Cuán odioso es volver tras este sueño
*A la verdad de la azarosa vida!
*Mas... ¡qué recuerdo...! ¡Sí, con torvo ceño
*Le sombreó vision descolorida!
*La ví á lo lejos, sí, los resplandores
*Cruzar de horizonte luminoso
*Fijando en mí sus ojos vengadores;
*Los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.
Mas ya despareció.
(*Se va á volver, y ve la mesa con las copas, etc.*)
¡Cielos! ¡qué miro!
Esa mesa... esa copa... (*La mira.*) ¡está vacía!
Le habrá costado hasta el postrer suspiro.
Infeliz: ¡hijo mio!
(*Al volverse del otro lado, encuentra á Don Sancho, que la tiende los brazos.*)
Conde. ¡Madre mia!
Condesa. ¡Sancho!
Conde. Madre, perdon, si á tanto he osado:
En el libro de Dios estaba escrito.
Condesa. Pero esa copa... (*Con afan.*)
Conde. La apuró el culpado;
La tumba guarda ya vuestro delito.
Mirad.
(*La muestra el cuarto en que se supone que yace Hissem.*)

Condesa. ¡Gran Dios!
Conde. Él es: él, que os vendia
De torpe amor bajo el impuro velo
Y á vuestra perdicion os conducia.
Condesa. ¡Ah! ¡no lo mientes ya!
Conde. No, madre mia.
Yo juzgo su traicion, su amor el cielo.
Condesa. Gracias, Sancho: aunque lágrimas me cuesta,
No volverle á encontrar quiero en el mundo
Que me arrastraba su pasion funesta.
Conde. Guardadlo en el silencio mas profundo,
Madre, y romped ese padron infame
(*La da el pliego que Sancho quitó á Hissem.*)
De vuestro deshonor: ya no hay ahora
Quien esa prueba contra vos reclame.
Condesa. ¡Hijo mio!
Conde. Y oid, madre y señora,
Que pronto es fuerza que el clarin me llame
Para salir contra la hueste mora,
Y antes de mi cariño daros quiero
La última prueba, y el á Dios postrero.
Si habeis manchado vuestro honor liviana,
Fea fragilidad en vos ha sido,
Mas carga fué de nuestra raza humana
Y frágiles al mundo hemos venido.
Mas decir que una noble castellana
Quiso al hijo matar de ella nacido
No ha de poder el mundo, madre mia,
Mientras ayude Dios á Don García.
Espuesto al vulgo su cadáver frio
A mis puertas será: tumba mentida
Tendreis vos, y ese crímen será mio.
Sí, de Oña en los peñascos escondida
Monasterio fundad triste y sombrío
Do el funeral os rezarán en vida;
Mas circunde ese santo monasterio
Siniestro y espesísimo misterio.
Créale todo el mundo alucinado
Como eterna señal espiatoria
Sobre el sepulcro vuestro levantado
De un parricida vil torpe memoria.
Mas antes que el sepulcro el templo alzado
Penitente vivid: mienta la historia,
Y antes que vuestro honor por mí sucumba,
Abrase al mio deshonrada tumba.
Condesa. ¡Tú! ¿tú arrostrar de mi pasion funesta
La deshonra? Jamás. Morir prefiero.
Conde. Madre, no recordeis lo que me cuesta
Tamaña abnegacion; mas yo lo quiero.
Vuestro hijo soy, mi obligacion es esta,
Y obraré como cumple á un caballero:
Sabré, aunque el mundo me acrimine un dia,
Que hijo fué para vos Sancho García.
Ni una palabra mas, madre, ni una.
Partid: gloria y honor os sacrifico,
Y puede una palabra inoportuna
Hacerme vacilar; que es don muy rico
El que la gloria y el honor aduna.
Montero irá con vos, os lo suplico;
Y en la próxima noche idos segura
Con gente fiel y con la niebla oscura.
Condesa. Sí, Sancho, partiré desde esta hora
A socavar mi funerario lecho
Donde yacer en paz; mas que tu pecho
No me guarde rencor.
Conde. Nunca, señora.
Condesa. Yo de mi celda en el recinto estrecho
Del Dios que escucha á quien con fe le implora
Atraeré sobre tí y sobre tu gente
La escelsa bendicion omnipotente.
¡A Dios! (*Se abrazan.*)
Conde, llevándola y deteniéndola en el dintel de la puerta. Id, y si os llevan algun dia
Mi cadáver envuelto en mi bandera,
Sobre el sangriento tronco ¡madre mia!
Derramad una lágrima siquiera.
Y al grabar en mi losa: «*Aquí García*,»
Decid sobre ella por la vez postrera:
«Caballero murió, murió inocente.
Yo vivo aun, y el universo miente.»

ESCENA XVIII.

EL CONDE.

Como quien soy cumplí: ya estoy tranquilo.
En buen hora los siglos engañados
Mi historia cuenten con airado estilo:
Mi nombre y mi valor sean mirados
Con horror en buen hora: no vacilo.
No es mio el crímen con que van manchados,
Y ese borron que empaña mi memoria
En mi tumba será *Sol* de mi gloria.
A ella osarán con lenguas fementidas
Las almas ruines al valor estrañas,
Mas saldrán á dejarlas desmentidas
Las legiones que dejan mis campañas
En Osma y en Sepúlveda tendidas.
Sí, yo cuento mis dias por hazañas,
Y descender á mi sepulcro puedo
A desleal posteridad sin miedo.
(*Llamando.*)
¡Sancho!

ESCENA XIX.

EL CONDE, SANCHO MONTERO.

Sanc. Señor.

Conde. ¡ Mi lanza y mi caballo !
Mi fortuna á arrostrar con alma entera
Y á morir con honor pronto me hallo.
Sea paño á mi tumba mi bandera,
Y al echar sobre mí su injusto fallo,
Diga por fin la gente venidera :
« Con tan gran corazon ser no podia
Un malvado tan vil Sancho García. »

(*Sale el Conde, Montero le sigue. — Cae el telon.*)

NOTA DEL AUTOR. Todos los versos que van marcados con esta señal * se suprimieron en la representacion, por evitar pesadez en las escenas á que corresponden; y porque la decoracion de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en un simple subterráneo.

CAIN, PIRATA.

CUADRO DE INTRODUCCION AL DRAMA EN TRES ACTOS

TITULADO

UN AÑO Y UN DIA.

PERSONAS.

CAIN, capitan pirata.
RODULFO.
ELENA.
PEDRO.
TOMAS.
UN MARINERO DE LA MARINA REAL.
DOS MARINEROS PIRATAS.
DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII.

INTRODUCCION.

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo. Rocas á la derecha. La accion empieza al anochecer de un dia de junio.

—

ESCENA PRIMERA.

(*El mar empieza á calmarse despues de una tempestad y la noche va cerrando. Pedro aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.*)

PEDRO.

¡Esto va malo, Perico!
No es esta vida salvage
Para quien ha estado siempre
Entre seres racionales.
Ello es verdad que, no habiéndolos
Aquí, tampoco hay percances
De escribanos ni alguaciles...
Y esto, ¡qué diablo! algo vale.
Aquí nadie me pregunta
Ni exige pruebas legales
Que acrediten que soy Pedro,
Diego, Juan, Antonio ó Jaime;
Mi oficio, mi ocupacion,
Qué casa vivo y qué calle.
Todo eso es verdad, sin duda,
Y una ventaja muy grande
Para hombres que como yo
No gustan de que se hable
Mucho de ellos: mis asuntos
Al cabo á nadie le atañen.
Pero ajustando las cuentas
En limpio, y por otra parte
Viendo el negocio, es muy duro
Que un hombre la vida pase
Como un lobo entre las peñas,
Los espinos y los árboles,
Durmiendo en una caverna,
De peces alimentándose,
Y esperando á que la mar
Le arroje algo que le cuadre,
Presa arrancada á otro pobre
Por traidores temporales.
¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!
Hizo noche á media tarde.
Esto va malo, Perico...
Mas de la vista al alcance
Flota en el agua un objeto,
Dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague,
Levante amigo, que empujas
Hácia tierra el oleage.
Y es un barril... ¡haga el diablo
Que no sea de vinagre,
Que á fe que no necesito

Acidos que abran el hambre!
¡Hola, hola, y cómo pesa!
Y allí viene un cajon grande,
Y mas allá veo un fardo
Y otro barril; ¡oh santo ángel
De mi guarda! y esto es vino,
Y esto pólvora.
Voz en el mar. ¡Amparadme,
Santo Dios!
Ped. ¡Cielos, qué acento!
Voz. ¡Ay de mí!
Ped., mirando. Del agua sale:
¡Oh! sí, lo veo, es un náufrago.
(*Haciéndo seña con las manos.*)
¡Eh! buen hombre, ánimo; nade
Un poco mas, y está en salvo.
No me escucha... ¡Oh! se desase
Del palo á que se agarraba;
No puede mas... á salvarle
Voy, si es que alcanza su vida
Hasta que llegue á esperarme.
(*Se arroja al mar, y queda un momento sola la escena.*)

ESCENA II.

PEDRO, ELENA.

(*Pedro trae á Elena desmayada y la pone sobre las piedras.*)

Ped. Dios quiera que aun sea tiempo
De salvarla... ¡Oh! hubo un instante
En que temí por los dos
Del agua con los embates!
¡Infeliz! perdió el sentido
Antes de que yo llegase,
Y ya á merced de las olas
Estaba próxima á ahogarse.
Si un sorbo de vino al menos
Pudiera hacer que tragase.
¡Vamos á ver!
(*Toma una concha, vierte en ella unas gotas del licor que contiene el barril y se lo hace tragar.*)
Elena. ¡Ay!
Ped. Respira.
Elena. ¡Dónde estoy!
Ped. En un parage
Seguro ya, aunque no ofrece
Sobradas comodidades.
Ea, bebed; que ahora es fuerza
Reponerse y calentarse,
Porque el baño ha sido largo
Y peliagudillo el lance.
Elena. Y vos, hombre generoso,
Que sin duda por salvarme
Vuestras ropas aun mojadas
Muestran que al mar os echásteis,
¿Quién sois? ¿qué pais es este?
Ped. Contestacion no muy fácil
Tienen esas dos preguntas,
Señora... mas escuchadme,
Aunque no den mis palabras
Gran consuelo á vuestros males.
La tierra en que estais es una
De las Islas Baleares.
Elena. ¡Oh! ¡cuál de ellas!
Ped. La Cabrera.
Pero no hay mas habitantes
Que nosotros en su suelo,
Y no siendo útil á nadie,
Rara vez aporta un buque
A sus riberas salvages.
Há tiempo habia una torre,
De la cual eran guardianes
Diez soldados españoles;
Mas dos ó tres años hace
Que un dia los degollaron
Unos piratas de Tánger.
Por lo que toca al país
Os he dicho lo bastante;
Y en cuanto á mí, de mi historia
No habrá mucho que relate.
Soy mallorquin: mis negocios
Me hicieron al mar lanzarme
De un pescador en un bote,
Y el mar me echó á estos lugares.
Un mes há que estoy en ellos,
Y puesto que á ellos llegásteis,
Contándoos como vivo
No hay para que mas os canse.
Elena. ¡Ay de mí! ¿con que en tal caso
No hay medio de abandonarles?
Ped. Ninguno, como algun buque
No nos descubra, que pase,
O algun águila marina
De los pelos no nos saque;
Lo cual, señora, ya veis
Que seria estraño viaje.
Elena. ¿Y qué hacer?
Ped. Nada; ponerse
En manos de Dios, estarse
Noche y dia en atalaya
Por si llegar vemos alguien
Que nos socorra, y vivir
En soledad agradable
Como allá en el paraiso
Nuestros primitivos padres.
Elena. ¡Misericordia de Dios!
Ped. No está de mas invocarle.
Mas decidme (esto, señora,
Si es que se puede y os place),
Cómo llegásteis aquí.
Elena. Un barco de catalanes,
A cuyo bordo á Mallorca

Pasaba desde Alicante,
Naufragó, perdido el rumbo
Con la borrasca, y salvarme
Logré asida á ese madero,
Luchando toda la tarde
Con la mar, desesperada
De lograrlo á cada instante.
Esta es mi historia, buen hombre.
Ped. Ea pues, Dios nos depare
Buena suerte, y buen auxilio.
Entre aquestos peñascales
Tengo una mala barraca;
Ocupadla, y que descanse
Dejad al cuerpo unas horas
Mientras que pongo remate
A la coleccion de frutos
Que la marea nos trae.
Y tiempo hay de discurrir
Lo que conviene.
Elena. Ayudadme,
Que estoy entumida toda.
Ped. Dadme el brazo, y animarse;
¡Voto va el diablo!
(*Éntranse por la derecha, y vuelve luego Pedro solo.*)

ESCENA III.

PEDRO.

Ea pues,
Héme aquí ya ¡vive Dios!
En medio de este desierto,
Y á la tormenta deudor
De una nueva compañera
Que en mi soledad me dió.
Vaya, veamos qué es esto.
¡Hola! barrica de rom,
Un baul...
(*Lo rompe con una piedra para abrirlo.*)
Ropa... pistolas...
Un collar, un libro, dos,
Tres, cuatro... esto era de un sabio:
Veamos qué libros son.
Historia de Carlo Magno
Y los doce pares... ¡oh!
¡Gran libro! Tomo tercero,
Comedias de Calderon.
Siempre que no hablen en ellas
Mas personages que dos
Bien las podemos hacer
Esa compañera y yo.
(*Sigue recogiendo cajones y damás objetos que el mar arroja á la playa.*)

ESCENA IV.

PEDRO, ELENA, DENTRO.

Elena, dentro. ¡Eh! mirad, mirad.
Ped. ¿Que es ello?
Elena. Un barco.
Ped. ¡Poder de Dios!
(*Aparece á lo lejos un bergantin.*)
Y es cierto; hagámosle seña;
Allí teneis ese jiron
De mi manta... mas ¿qué es esto?
O veo visiones yo,
O á las velas cogen rizos:
Sí, sí, viran á estribor,
Dirigen aquí su rumbo.
Elena, desde las peñas. ¡Oh! mis ruegos escuchó
El cielo, y en ese barco
Nos envia salvacion.
Ped. Botan al agua una lancha;
Pero válgame el Señor;
Buen amparo nos envia.
Elena. ¿Qué decís?
Ped. ¡Pues! Ellos son.
Elena. ¿Quiénes?
Ped. ¿No veis los arreos?
Piratas.
Elena. ¡Cielos! ¡hay hoy
Mas desdichas que apurar!
Ped. Pronto, ocultaos, si no
Quereis que seamos hechos
Cautivos ambos á dos.
Meteos entre las peñas;
Puede que su espedicion
No sea mas que á hacer agua;
Y con prudencia y valor
Puede que salgamos bien
Y que nos ayude Dios.
Elena. Si él no lo hace...
Ped. Ea, venid.
Y dejadme que obre yo,
Que para perdernos ambos
Siempre ha de ser ocasion.
(*Vanse por la derecha.*)
Elena. ¡Piratas!—¡Ay esperanza
De sueño fascinador!

ESCENA V.

CAIN, RODULFO, TOMAS, DOS PIRATAS EN UNA LANCHA Y CON TRAGES SICILIANOS, PISTOLAS AL CINTO, ETC., ETC.

Cain. Sacad á tierra esas pipas,
Bajadlas á la caverna
En que el manantial se oculta,
Y avisad cuando estén llenas.

(*Los marineros sacan dos toneles y los llevan por detrás de las peñas á la derecha.*)
(*A Tomas.*) Preside tú esa maniobra
Y cuida de que obedezcan;
Y tú, Rodulfo, colócate
De atalaya entre las peñas.
Si algo repentino ocurre
Que reclame mi presencia,
La tierra de la isla es poca
Y oiré al punto la seña.
(*Vanse Cain por la izquierda y Rodulfo por la altura de la derecha.*)

ESCENA VI.

TOMAS.

Oscura cierra la noche,
Hierve el mar y el viento arrecía.
Ya darnos caza no pueden,
Nuestra nave es mas velera,
Y traen mucha gente inútil
Y poca marina diestra.
¡Ay de mí! ¡quién otros dias
Suerte tal me predijera!
Así las cosas del mundo
Se eslabonan y encadenan
Las unas tras de las otras
Y nos arrastran por fuerza
Del oscuro porvenir
A la sima de tinieblas.

ESCENA VII.

PEDRO APARECE SACANDO LA CABEZA CON PRECAUCION POR LOS PEÑASCOS. TOMAS LE DESCUBRE AL PUNTO Y LE ENCAÑONA UNA PISTOLA.

Ped. No siento nada; tal vez
Se internaron por la tierra.
Tom. ¿Quién va?
Ped. ¡Cielos! ¡Soy perdido!
Tom. ¡Eh! buen hombre, sea quien sea,
Échese al punto, ó le meto
Dos balas en la cabeza:
Entregaos.
Ped. Ya me entrego.
Tom. ¿Solo estais?
Ped. Solo.
Tom. Desierta.
Está hace tiempo esta isla:
¿Cómo os encontrais en ella?
Ped. Huyendo de enemistades
Y voluntades siniestras,
Echéme al mar en Mallorca
Y el mar me echó á esta ribera.
Tom. ¿Nadais pues como un salmon?
Ped. No nadé, que vine á fuerza
De remos en una barca
De un pescador.
Tom. Cosa es esa
Que se acerca á la verdad:
Mas ¿y el bote? (*Mirando al agua.*)
Ped. La marea
Se lo tragó, y ya hace un mes
Que habito aquí entre las peñas
Como un animal salvage.
Tom. ¿Y á Mallorca no quisiérais
Volver?
Ped. ¿A Mallorca? Oh, no.
Tom. Teneis en aquella tierra
Muchos amigos sin duda,
Pues la haceis tal preferencia.
Ped. ¡Qué quereis! cosas del mundo.
Tom. Ya. (Si este hombre á mis ideas
Contribuyese.) (*Examinándole.*)
Ped. (¡Qué diablos
Me examina con tal flema!)
Tom. (Veamos.) Buen hombre, hablemos
Ambos á dos con franqueza.
Yo necesito de vos,
Y vos de quien os proteja.
Si me servís, yo os prometo
Que sois libre, y las entenas
De aquel bergantin pirata
No han de saber lo que pesa
El cuerpo de un mallorquin
Suspendido en una verga.
Ped. ¡Oh! sí, sea la que fuere,
Acepto vuestra propuesta.
Tom. Decidme pues: para ser
Hombre de bien en la tierra
¿Qué os hace falta?
Ped. Dos cosas.
Tom. Bien, dinero es una de ellas.
Ped. Precisamente.
Tom. ¿Y la otra?
Ped. Otro nombre y otras señas
En mi individuo.
Tom. ¿Quereis
Cambiar conmigo las vuestras?
Ped. ¿Con vos?
Tom. Nada os dé cuidado;
Caí volviendo de América
En las manos de esa gente,
Y aunque hay razones secretas
Que abandonarla me impiden,
No hay hombre alguno que pueda
Reconocerme en mi patria,
Pues años há salí de ella.
Ped. Si no hay peligro en mostraros...
Tom. Ninguno.
Ped. Pues cosa hecha.
Tom. Pues tomad. Todos los años

Volvereis por esta época
A esta isla, y hallareis
Una cantidad como esa
Donde querais enterrada.
Ped. ¿Pero qué hay que hacer por ella?
Tom. Oid. Con esos papeles
Que contiene esa cartera
Acreditareis que sois
Tomas Ruiz de Villanueva.
Ped. Que sois vos.
Tom. Seguramente.
Escrita en una hoja de esas
Vereis mi historia, que es breve;
Usadla como os convenga.
Ped. Bueno.
Tom. Y siendo Tomas Ruiz
Arribareis á Marbella,
A Alicante, á cualquier punto
De España, donde os parezca.
Ireis luego á Andalucía,
Y en el valle de Purchena
Hallareis un lugarcillo
De seis casucas de tierra.
Preguntareis por vos mismo,
Tomareis todas las señas
Y noticias que allí os den
De vuestra mujer.
Ped. La vuestra.
Tom. Por supuesto. Allí hallareis
(Si por ventura no es muerta)
Una hija que Dios me dió:
Amparadla, protejedla,
Decidla que sois su padre:
No le digais la manera
Con que vivo, y sed vos bueno,
Sed indulgente con ella.
Si yo no parezco mas
(Lo que es fácil que suceda),
Os doy todos mis derechos:
Persona fiel y secreta
Os llevará la noticia
De mi muerte, y suma inmensa
Os entregará en mi nombre;
Mas si el mensage no llega,
Seguid haciendo mis veces
Y esperad á que yo vuelva.
¿Aceptais?
Ped. Acepto.
Tom Ahora.
Tomo sobre mi conciencia
Todo el mal que hayais vos hecho.
A esta isla una galera
Llegará que nos da caza,
Y sabe que en estas peñas
Hay una fuente, que usamos;
Podeis acogeros á ella,
Y pues sois ya Tomas Ruiz
Empezad vuestra comedia.
Ped. Está bien.
Tom. Pues ocultaos;
Y no os paseis en la cuenta,
Que aunque me fio de vos
De tan estraña manera,
No faltará quien me vengue
Si olvidais vuestras promesas.
Ped. De todas mis fechorías
Seria esa la mas necia,
Cuando me reporta á mí
Mas que á nadie conveniencia.
Tom. Contad pues con un amigo,
Y andad, que alguno se acerca.

ESCENA VIII.

TOMAS, RODULFO.

Tom. ¡Quién sabe! Acaso el destino
Me depara un hombre fiel
Para que encuentre por él
De mi ventura el camino.
¡Ah! sin el fatal secreto
Que á esos inicuos me ata,
Fuera yo por el pirata
Antes muerto que sujeto.
Mas Rodulfo ¡desdichado!
Destino tal no merece,
Y su destino parece
En acosarle empeñado.
Rod. ¡Tomas!
Tom. Rodulfo. ¡Imprudente!
Rod. No pases, buen viejo, afan;
Lejos está el capitan
Y en tranquilidad la gente.
Y pues un momento aquí
Nos hallamos en sosiego,
Aconséjame, te ruego
Tom. ¡Aconsejarte!
Rod. Oye.
Tom. Di.
Rod. Tomas, hasta aquí llegó:
Aquí mi padre me mata
Primero que del pirata
Al barco me vuelva yo.
No volveré á ver izar
En combinacion estraña
De la Inglaterra y la España
Las banderas á la par.
No quiero ver que en un viaje
Si topamos tres bajeles
Entramos como de infieles
En los tres al abordage.
Bajo un pabellon lidiar,
Sea el que sea, eso es valor:
¿No lo es á todos traidor
Correr con todos la mar?
Y en fin, es cosa segura,

Pese al capitan ó no,
En esta isla tendré yo
Libertad ó sepultura.
Tom. ¡ Tan resuelto !
Rod. Sí, Tomas;
Y pues tú mi solo amigo
Fuíste siempre, tú conmigo
Libre ó muerto quedarás.
Tom. ¡ Ah! el capitan, pobre niño,
Tal vez te dé esa licencia,
Porque en Dios y en mi conciencia
Te tiene mucho cariño.
Pero á mí... nunca lo esperes.
Rod. ¿ Y porqué? ¿ no sabe acaso
Que sin tí no he dado un paso
Desde que nací? ¿ Que me quieres
Como á un hijo? ¡ Oh! yo me atrevo
A asegurar que consiente
En que dejemos su gente.
Tom. Y yo consentir no debo
Que en mi nombre le supliques,
Porque á la primer sospecha,
Rodulfo, á la mar nos echa...
Rod. Por Dios, Tomas, que te espliques.
Tom. Mira, Rodulfo: yo fuí
Quien los primeros abrazos
Te dió, y en mis propios brazos
Al nacer te recogí.
Desde aquel dia fatal
No me he separado un punto
De tí, y pensaba difunto
Dejar compañía tal.
Tú, que no puedes memoria
Conservar de tu niñez,
Ni aun te imaginas tal vez
Tu desventurada historia.
Mas yo que la tengo escrita,
Rodulfo, en mi corazon,
Medito tu salvacion,
Y hasta el descanso me quita.
No, no; con razon ninguna
Podemos ni tú ni yo
Vivir con quien nos juntó
Nuestra maldita fortuna.
Pero sigue mi consejo;
Si tú te quieres salvar,
A mí no me has de nombrar,
Que los conozco y soy viejo.
Rod. No sé, Tomas, qué adivino
De siniestro en tus palabras.
Tom. Sigue mi consejo y labras
Tu destino y mi destino.
Rod. ¿ Y qué me tengo de hacer
Sin tus consejos en tierra,
Si en el llano ó en la sierra
No sé los peligros ver?
Los que en la mar nos pasamos
Nuestra vida, ¿ qué valemos
En tierra si no tenemos
Uno tras de quien vayamos?
Seré... infeliz ó dichoso;
Pero ¿ piensas que sin tí
Pueda olvidar que hoy aquí
Dejo un hombre generoso?
Ya me depare mi suerte
Una opulenta fortuna,
Ya oscura como mi cuna
Ruede mi vida á mi muerte,
Tomas, tú en mi corazon
Vivirás siempre conmigo,
En mis placeres amigo,
Y consuelo en mi afliccion.
Sí, pediré al capitan
Nuestra licencia; los dos
Juntos, que juntos por Dios
Nuestros destinos están.
Tom. ¡ Hijo mio! así te quiero,
Noble y generoso, así:
¡ Bien veo, Rodulfo, en tí (*Con entusiasmo.*)
Tu valor de caballero!
Rod. ¡ Qué dices, Tomas! Mi padre...
Tom. Calla por Cristo, ¡ imprudente!
Rod. Pero...
Tom. A pesar de esa gente
Vive en tí tu noble madre.
Rod. ¡ Mi madre! (*Con tristeza.*)
Tom. ¿ Que te entristece?
¿ Te pesa de asemejarte
A tu madre?
Rod. A confesarte
La verdad, no me parece
Bastante esa semejanza.
De mi padre la quisiera,
Porque con ella creciera
Mas hidalga mi esperanza.
Tom. Pues en fin, al tiempo aguarda,
Que quien tuvo buena madre
Bien puede tener buen padre.
Rod. O ella una pasion bastarda.
Porque mi padre, lo ves,
Es ya de rapiña un ave
Que solo hacer presa sabe
Con las alas y los piés.
Tomas, ¡ Dios me lo perdone!
Pero siento á mi pesar
Que jamás le podré amar
Aunque el ser padre le abone.
Y si no es por el amor
Que tú siempre me has mostrado,
Al mar me hubiera arrojado
Mil veces en mi furor.
Tom. Ay, Rodulfo, ya lo sé.
Yo que á tu lado he dormido
Tantos años, conocido
Tu corazon tengo á fe.
Cuántas veces escuchándote

Bajo pesadilla horrible
Luchar, á la lid terrible
Puse yo fin despertándote.
¡Cuántas veces al salir
Ese fatal pensamiento
De tu boca, ahogué tu aliento
Por si él lo podia oir!
Rodulfo, tienes razon:
Ya acompañarnos no debes,
Y si á dejarnos te atreves
No pierdas esta ocasion.
Rod. Sin tí, imposible será.
Tom. De rodillas te lo pido;
No me nombres, ó perdido
Tu porvenir todo está.
Rod. No alcanzo por qué misterio...
Tom. No le intentes comprender,
Porque es forzoso ceder
A su poderoso imperio;
Y te lo digo otra vez,
Aunque te canse mi afan...
Mas viene allí el capitan,
Ten en cuenta su altivez.
Rod. Mi puesto voy á ocupar,
Tomas; y antes de partir
Mi padre aquí me ha de oir,
O aquí me habrá de matar. (*Sube.*)
Tom. ¡Oh bizarro corazon!
¡Cómo tu sangre conoces!
Y cómo te dice á voces
Tu orígen, tu inclinacion.

ESCENA IX.

TOMAS, CAIN.

Cain. ¿Qué hace esa gente? ¿Tenemos
Acaso el tiempo de sobra,
Cuando ingleses nos dan caza
Y está cercana la aurora?
Baja á la gruta y aguíjalos.
Tomas. Capitan, ved que son hondas
Las pipas.
Cain. ¡Eh! que las llenen
Pronto, y sino que las rompan.

ESCENA X.

CAIN, DESPUES PEDRO.

Cain. Nada penetran los ojos
Por esas tinieblas lóbregas;
Mas ¿quién sabe lo que ocultan
En su oscuridad recóndita?
¿Adónde está ese muchacho?
(*Al subir por las rocas, como buscando á Rodulfo, ve la entrada de la cueva donde se oculta Pedro.*)
¿Pero qué tenemos? ¡Hola!
No conozco esta abertura,
Y allá arriba hay una choza
Metida entre los peñascos:
¿Quién este desierto mora?
Ese rumor,.. aquí hay gente
Guarecida... una pistola
Meto dentro... ¡eh! en esa gruta
Quien quiera que esté responda,
O muere como un gazapo.
Ped. Teneos, teneos.
Cain. ¡Hola!
¿Quién eres tu?
Ped. ¿Yo? Un perdido,
A quien echaron las ondas
A estas riberas desiertas.
Cain. ¿De dónde eres?
Ped. De Mallorca.
Cain. ¿Quién está contigo?
Ped. Nadie,
Cain. Pues qué, ¿el mar se tragó toda
La tripulacion del barco
Que montabas?
Ped. Mas persona
No habia dentro que yo.
Cain. Esplícate, y sea con pocas
Palabras si amas tu vida
Y conservarla te importa.
Ped. Pues bien, yo hice en mi país
Unas cuantas de esas cosas
En que contra gusto de uno
Cartas la justicia toma,
Y no gustándome mucho
Que de cerca me conozca,
Así un bote á un pescador
Y echéme á la mar traidora.
Cain. Y poco diestro sin duda...
Ped. En eso acaba mi historia.
Cain. ¡Oh! parece que eres hombre
Capaz...
Ped. De cualquiera cosa.
Cain. ¿Y ahora qué piensas hacerte?
Ped. Aguardar la suerte loca;
Nada tengo que perder;
Cuanto logre pues me sobra.
Cain. ¿Tienes aficion al mar?
Ped. No mucha, que es veleidosa
El agua, y se muda inquieta
Segun el viento que sopla.
Cain. ¿Y si te vieras en tierra,
Fueras hombre cuya boca
Guardar supiera un secreto
Y mandar una maniobra?
Ped. Sin duda.
Cain. ¿Serías hombre
Para acudir á la costa
En un dia convenido
Con una respuesta pronta?

Ped. ¿Qué inconveniente tendria?
Nadie me sujeta ahora,
Y al servicio de cualquiera
Puedo entrar, si me acomoda.
Cain. ¿Tienes talento y constancia
Para armar una tramoya
Y enredar una novela?
Ped. No habrá juglar que se ponga,
Tanto disfraz como yo
Si usar de muchos importa.
Cain. ¿Y si te ponen á prueba
Cantarás la palinodia?
Ped. Lo que está en mi corazon
Allí se pudre y se ahoga.
Cain. ¿Y si con harpones de oro
Te lo pescan?
Ped. Si en mi bolsa
Hay una sola moneda,
En vano han de echarlos.
Cain. Toma,
Para dos meses hay harto;
Al fin de ellos á la costa
Te acercarás de Marbella,
Sabiendo cuántas personas,
Cuántos bienes, cuántas rentas,
En fin, cuanto corresponda
A la familia de un conde
Que á una espedicion remota
Salió de España.
Ped. ¿Su nombre?
Cain. Cuanto á este negocio toca
De mi bergantin á bordo
Sabrás: te daré las notas
Y documentos precisos
Para cambiar tu persona
En la de otro hombre, que á bien
Que no saldrá de las ondas
A desmentirte, y te haré
Tomar tierra en cierta costa
Adonde no ha de alcanzarte
La justicia de Mallorca.
¿Te acomoda?
Ped. Sí.
Cain. Está bien,
Y si mis planes se logran,
Tendrás tierras é hidalguía,
Y aun puede que esclavos y honra.
(*Hace Cain una señal con un pito que lleva colgado al cuello, y mientras aparece á esta señal Tomas, dice Pedro:*)
Ped. Fortuna te dé Dios, hijo,
Dice el refran, y te sobra
Lo demas.—Esta mañana
Mi esperanza era tan corta
Que no ocupaba estendida
El espacio de una ostra;
Me estorbaba hasta mi nombre;
Y al cabo de pocas horas
Tierra y mar tengo por mio,
Represento tres personas,
Dirijo grandes negocios
Y espero hidalguía y honra.
¡Bah! tiene razon quien dice
Que este mundo es una bola,
Y que la empuja el demonio
Del lado que se le antoja.

ESCENA XI.

CAIN, PEDRO, TOMAS.

Cain. Ve aquí un nuevo compañero
Que ha de venir con nosotros,
Mas la alianza es secreta.
Cuando volvamos á bordo
Con nosotros ha de ir;
Llévale pues.
Tomas, á Pedro. Si capcioso
Lazo me tiendes, te juro
Que ves de la mar el fondo.
Ped. Dime, ¿impiden tus asuntos
Los que interesan á otro?
¿No puede un hombre de dos
Ser agente de negocios?
Tomas. Pues bien, ni tú me conoces
Desde hoy, ni yo te conozco:
No haya palabra ni seña
En el buque entre nosotros:
Sirvámonos mutuamente,
Mas en secreto.
Ped. En un pozo
Echaste el tuyo.
Tom. Él conserva
Tu cabeza entre tus hombros.
Ped. Juguemos limpio y vivamos.
Tom. Eso mismo te propongo.
Ped. Y eso admito.
Tom. Vamos pues.
Cain gusta de estar solo.

ESCENA XII.

CAIN.

Sí, sí: fuera del mar se necesita
Una morada incógnita y segura:
Ya mi sed de vagar se debilita,
Ya deseo quietud, calma y holgura.
Hoy un oculto espíritu me incita
Otra vida anhelar y otra ventura.
Con el oro que tengo y con mi aliento
¿A qué no puede osar mi pensamiento?
Buques tendré en el mar que me acarreen
Espléndido botin, tendré en la tierra
Viles esclavos que su vida empleen

Mi reposo en velar; tendré en la sierra
Monteros que á mi antojo me la ojen,
Y haré á los osos y á los ciervos guerra;
Y en fin, con mi osadía y con mi plata
Mas que cualquiera rey será el pirata.
(*Elena asoma.*)
Sí, tomaré ese nombre, y esa historia:
Dentro de mí se encerrarán dos seres,
Ambos con gran poder, ambos con gloria:
Y si hay alguien que pueda mis placeres
Turbar guardando de quien fuí memoria,
Antes que ose traidor decir: tú eres...
Aunque tenga por medio una alpujarra,
Le cortará la voz mi cimitarra.

ESCENA XIII.

ELENA, CAIN.

Elena. No tan pronto será que no te lance
Tu ingratitud al rostro.
Cain. ¡Dios, qué veo!
Elena. Ni tan pronto será que no te alcance
Su suplicante voz.
Cain. ¡Que sueño creo!
¡Oh! ¿Y es en realidad la misma Elena,
O es ilusion que engaña mis sentidos?
Elena. No, no; de amor y esperanza llena
Elena es la que habla á tus oidos.
Cain. ¿Quién te trajo á esta playa?
Elena. El aire incierto,
La tempestad, el mar, tu mala estrella.
Cain. La tuya sí que te ofreció mal puerto,
Pues que te trajo á dar conmigo en ella.
Elena. ¡Oh! no tan malo si á encontrarte acierto,
Que largo tiempo rastré tu huella,
Y navegué segura de encontrarte
Sin mas rumbo ni afan que el de buscarte.
Cain, con frialdad. Pues bien, héme aquí ya: di, qué me quieres?
Elena. ¿Eso preguntas tú que me conoces?
¿No tienes corazon? ¿De mármol eres?
¿No te lo dice tu conciencia á voces?
Me amaste y te adoré; partí contigo
El placer y el dolor; en la montaña
A los tuyos y á tí franqueé un abrigo...
¿Hallarme, si esto sabes, qué te estraña?
Cain. Y bien, ¿qué te se antoja? ¿qué apeteces?
¿Oro? rica serás. La tierra es tuya,
Libre como las aves y los peces
Busca mansion, mas húyeme.
Elena. ¡Que huya,
Hombre sin corazon! ¿con tierra y oro
Pagarás el amor que hay en el mio?
¡Quieres pagar con brezos un tesoro!
Mas tiembla.
Cain, con desprecio. ¡Eh! de esa cólera me rio.
Elena. ¿Te olvidas de que fuí tu compañera?
¿Que sé desde el momento en que naciste
Tu historia toda entera?
¿Te olvidas que mi amor y mi esperanza
Pueden tornarse en bárbara venganza,
Tus crímenes contando por do quiera?
Cain. Cuéntalos en buen hora. ¿Qué hay en ellos
Que no tenga su orígen
En esas leyes qne á los pueblos rigen,
Y que dan á sus súbditos los reyes
Sin preguntar si necesitan leyes?
Yo buscaba en Sicilia
Mi pobre vida; en mi batel pasaba
Una y otra vigilia,
Y un pedazo de pan á mi familia
Con mi sudor compraba.
Te amé, y viví feliz entre peligros
Que siempre desprecié; pero ¿qué hicieron
Las leyes con nosotros? remolcaron
Nuestro barquillo y en la mar lo hundieron,
Despues defraudadores nos llamaron,
Por las peñas despues nos persiguieron,
Y al pobre que cogieron
En los robles del monte le colgaron.
¿Qué pudimos hacer? como nosotros
Nuestros padres tambien vivido habian;
No nos dejaron otros
Oficios ni caudales, ni podian.
Cual fieras acosados
De nuestro hogar lanzados
Sin amparo en la tierra,
La sociedad nos arrojó en su encono;
Y salimos al mar á hacerla guerra,
Y en él buscamos libertad y trono:
Y desde entonces, sí, la tierra toda
Nuestra enemiga fué, y la tierra ingrata
Pagó tributo al vencedor pirata.
Tal es mi historia, y de lo que haya en ella
A la razon contrario,
No me culpen á mí, sino á mi estrella.
Elena. Mas cuando al mar salias
Por la primera vez, y á las bravías
Olas del mar tu porvenir fiabas
El solo ser de quien fiar podias
En la ribera sin piedad dejabas.
Cain, con amargura. Y allí dejé tambien padres y hermanos,
Cuanto pude querer quedó en Sicilia.
¿La sangre en que á teñir iba mis manos
Alcanzára á mi amor, á mi familia?
No: ¿cómo fuera el tigre carnicero
Camarada del tímido cordero?

Elena. La falta de poder, amor la abona:
Sí, la mujer que osaba en la montaña
Contra la ley abrirte su cabaña
Hubiera sido junto á tí leona.
Cain. Tú deliras, mujer. Sobre mi nave
Sería tu presencia
De la muerte de entrambos la sentencia.
Elena. Tu salvacion, ¿quién sabe?
Cain. Ea, no hablemos mas; he renunciado
A todo cuanto he sido,
Ignoro mi pasado
Y de mi porvenir tampoco cuido.
Mujer, no hablemos mas, se me ha olvidado
Si en tiempo mas feliz te he conocido.
Elena. Con que quiere decir que así inhumano...
Cain. Quiere decir que sé tu desventura,
Mas no tendré la estúpida locura
De tenderte una mano.
Tu suerte en esta isla te dió puerto,
Y no saldrás por mí de este desierto.
Elena. Pues bien, sea en buen hora,
Abandóname y huye, porque acaso
Antes que raye la vecina aurora
Una nave velera
Que á la tuya da caza
En esa roca alcanzará una hoguera.
Cain. ¡Ira de Dios! y entonces...
Elena. Entonces... lo que en ella aun no se sabe
Se sabrá... Sí, las señas, patria, nombre,
Y la historia por último del hombre
Que va en aquella nave.
Cain. Pues tú tambien la montarás conmigo,
Pero el mar te abrirá tumba escondida.
Elena. Yo no temo la mar; es mi destino
Que respete mi vida
Para abrir contra tí siempre el camino:
Dos veces me tragó y me dió salida.
Cain. No me tientes, mujer. Calla, y no cierres
La suya á tu existencia
A prueba tal poniendo mi paciencia.
Elena. No hay medio, no; ó amigo, ó enemigo:
Si aceptas la amistad pronto partamos;
Si enemistad, veamos,
El cielo y la razon están conmigo.
Cain. Pues bien, tu cielo y tu razon si pueden
Contra mi fiera voluntad te ayuden.
(*Pone mano á una pistola del cinto. Elena huye subiendo por los peñascos. El pirata espera á que llegue á lo alto, y apuntándola seguramente hace fuego. Elena da un grito y cae del otro lado de las peñas fuera de la vista del público.*)
Cain. Verémos el favor que te conceden,
Y en tu favor los cielos cómo acuden.

ESCENA XIV.

CAIN, TOMAS, RODULFO, PEDRO.

Tom. ¿Qué es esto?
Cain. Nada.
Rod. Padre, ¿y ese tiro?
Cain. Contad si de vosotros falta alguno.
Rod. Al reves, segun veo sobra uno.
Cain. Entonces, vive Dios, solo fué ruido.
Ya sabeis que aun en medio de las olas
No erró el plomo jamás de mis pistolas.
¿Y nuestra gente?
Tom. Ya espera
En el bote con la carga.
Cain. Al agua pues, que no es larga
La noche como quisiera.
Rod. Antes, padre, de partir
Quisiera hablaros á solas.
Cain. Mi gente es sorda, y las olas
Tus palabras no han de oir.
Me lo dirás en el mar.
Rod. En el imposible toca,
Lo que salga de mi boca
En tierra se ha de quedar.
Cain. Rodulfo, el tiempo nos falta,
Déjalo para despues.
Rod. Capitan, imposible es.
Cain. Pues en la verga mas alta
Sobra una cuerda y... cuidado
Con ocuparla.
Rod. Ese estremo
De vuestra crueldad no temo,
Que estoy bien determinado.
Acordaos de una tarde
En que debísteis la vida
A que recibí esta herida (*La muestra.*)
Que os destinaba un cobarde.
Entonces me concedísteis
Lo primero que os pidiera,
Y esta es la ocasion primera;
Cumplid lo que prometísteis.
En tierra os tengo de hablar.
O mirad lo que escogeis;
Prefiero que me mateis
A volver con vos al mar.
Cain, á Tomas. Tomas, si llego á entender
Que fué tu lengua atrevida,
Puedes rezar por tu vida.
Tom. Lo haré así, si es menester.
Cain. Pues vé á esperar tu sentencia.

ESCENA XV.

CAIN, RODULFO.

Cain, á Rodulfo. Empieza tú, que ya escucho,
Pero no te alargues mucho,
Que tengo poca paciencia.
Rod. Lo que tengo que deciros
No os causará largo afan;
Se reduce, capitan,
A que no quiero seguiros.
Cain. Qué, ¿tienes miedo á los peces?
¿O es que la gente que tengo
No te acomoda? Convengo
En que algo ruda es á veces.
Mas ¿qué lo quieres hacer?
No se puede un bando echar
Para que vengan al mar
Piratas donde escoger.
Y á mas, no encuentro motivo,
Porque siendo mi hijo tú,
Quien te ofenda ¡Belcebú
Me lleve! si queda vivo.
Rod. Padre, os lo dije, no quiero
Vivir mas en una nave
Cuyo capitan no sabe
Cuál bandera usar primero.
Cain. ¿Y no es fortuna en verdad
Por entre el mundo enemigo
Poder arrastrar consigo
Su mundo y su libertad?
¿Qué califa te da leyes?
¿Quién puso á mi barco nombre?
¿Quién dijo: mandan á ese hombre
Esos ó los otros reyes?
Todos los mares visito,
Y siempre por mi valor
En todos como señor
Tomo lo que necesito.
Y si hay razon para dar
A un hombre un reino en la tierra,
¿Porqué no ha de hacerse guerra
Por el imperio del mar?
Rod. Es otro mi pensamiento,
Padre.
Cain. ¿Y adónde has de ir
Que no tengas que decir
Tu nombre y tu nacimiento?
¿Piensas que ha de darte plata
Y fortuna tu conciencia?
Rod. Y qué, ¿no hay otra existencia
Que valga la del pirata?
Vos ceñidas las pistolas
Para dormir y velar,
No haceis mas que cavilar
Vuestros secretos á solas.
No llevais jamás con vos
Ni otro hermano ni otro amigo,
El mar es vuestro testigo
Y la suerte vuestro Dios.
La fuerza es la única ley
Que en el barco se respeta;
¿Y si esa ley os sujeta
De qué os vale ser el rey?
República del mas fuerte
Porque otro no os avasalle,
No hay mas medio que aplicalle
Una sentencia de muerte.
Una queja suelta apenas
De los labios, basta á veces
Para llamar á los peces
Colgado de las entenas.
¿Eso es vida? ¿eso es fortuna?
¿Qué vale tanto botin
Si para gastarlo al fin
No llega ocasion alguna?
Y por último, señor,
O en tierra me abandonais,
O lo que de amor no hagais
Yo le he de hacer de furor.
A la mar me arrojaré.
Cain. Hola, y el mozo está lleno
De brios, y de algo bueno
Será capaz.
Rod. Sí seré,
Y así, capitan, lo espero;
Mas pues cada cual se fragua
Su suerte, cual vos en agua
En tierra la mia quiero.
Cain. Y desde hoy te quiero mas,
Que mozo con tanto brio
Que hacer dará al lado mio
Aun al mismo Satanás.
Con que vaya, echa adelante,
Que en la primera ocasion
Donde gastar un doblon
No ha de faltar á un tunante.
Rod. Padre, un paso no daré,
Ya os lo dije. Y que no ha habido
Nadie que os haya pedido
Lo que yo, tambien lo sé.
Pero en vano me acosais;
Con vuestra gente no puedo,
Y en esta isla me quedo,
O en esta isla me matais.
Cain. ¡Ira de Dios! cosas tales
Están pasando por mí,
Que estoy por saciar en tí
Todo el furor de mis males.
Rod. Hacedlo si se os antoja,
Y acabad los mios hoy,
Porque vuestra sangre soy,
Y os juro que me sonroja.
Tener padre, y padre tal
Sin patria y sin religion,

Está con mi corazon
Aviniéndose muy mal.
Cain. ¡Víbora de sangre ingrata!
¿Así pagas ¡pese á mí!
La existencia que te dí?
Rod., con desprecio. ¡Con el nombre de un pirata!
Cain, con brio. Con su nombre y su poder,
Con su oro y su libertad.
Rod. Y una horca en la ciudad
Donde irlo todo á perder.
Cain. Voto á... mas dejemos eso,
Porque siento que si dura
Me va á faltar la cordura...
Y el amor que te profeso
No ha de poderme tener:
Y pues tan claro me anuncias
Que á mis favores renuncias,
Tú solo lo has de perder.
Acércate acá, rapaz,
Y escucha lo que te digo,
Que soy tu padre, y tu amigo
Aunque eres algo tenaz.
Lléveme el diablo si atino
Qué afan tienes en largarte
A tierra, mas por mi parte
Busca en ella tu destino.
Mas oye, si otro que tú
Tal intento me propone,
Hoy mismo en marcha se pone
A cenar con Belcebú.
Te haré parte en el botin:
Vive, y en ninguna parte
Vuelvas, Rodulfo, á acordarte
De tu capitan Cain.
Aquí la gente...
Rod. Señor,
Pues parto, y largo quizás...
Cain. Muchacho, no hables ya mas,
Que no eres predicador.

ESCENA XVI.

CAIN, RODULFO, LOS PIRATAS.

Cain. Oid, habida atencion
A lo bien que se ha batido,
La vida le he concedido
A este mozo, á condicion
De que aquí se ha de quedar,
En donde nadie reside;
Y que si otro me lo pide
Le echo por respuesta al mar.
¿Lo ois? Ea pues, al bote. (*Dispérsanse todos.*)
(*A Rodulfo.*)
Toma ese oro que te toca:
(*A los suyos.*)
Y el que descosa la boca
Está mal con su cogote.
¿Tomas?

ESCENA XVII.

CAIN, RODULFO, TOMAS.

Cain, á Tomas. Te has portado bien;
Y pues de todo ignorante
Va, sea libre y que medre;
Que hombre es, y la tierra grande.
Tom. (Si un dia me ayuda el cielo,
Vive Dios que ha de pesarte.)
Cain. (Ya no hay nadie que me venda,
Que hablen los muertos no es fácil.)
Con que al agua. A Dios, muchacho.
Tom. Rodulfo, que Dios te ampare.
Rod. ¿Así se olvida de un hijo?
Tomas, bien hago en dejarle.
(*Los piratas y Pedro entran en el bote y desaparecen. A poco el bergantin pirata tiende velas y sigue su rumbo. Rodulfo queda en la playa viéndolo partir.*)

ESCENA XVIII.

RODULFO.

Héme aquí solo, ¡ay de mí!
Pero estar solo mas vale
Que en la odiosa compañía
De esos corsarios infames.
Mas no pensemos en ello;
Dios, que los secretos sabe
Del corazon de los hombres,
No querrá desampararme.
Aquí hay pólvora, y un arma;
En aquestos peñascales
Voy á encender una hoguera
Por si algun buque al alcance
Pasa de esta isla, que entienda
Que implora su auxilio alguien.
(*Mete unas hojas en la cazoleta de una pistola, y al fogonazo las enciende, levantando á poco llama que alimenta con brezos, etc.*)
Y aquí me siento á espiar
La inmensidad de los mares,
Y á esperar á que sus ondas
Me den camino ó me traguen.
Llama en que arde mi esperanza,
Dura, dura, y no te apagues,
Y cual te doy yo alimento
Fuerza y esperanza dame.
Elena, dentro. ¡Ay!
Rod. ¡Qué voz! de ese desierto
¿Quién puede ser habitante?
Ilusion mia sin duda:

No, entre aquellos matorrales
Oigo rumor, algo veo
Que se agita en su ramage.
¿Quién va allá?
Elena, dentro. Quien quier que seas,
Por el cielo santo, ampárame.
Rod. ¿Dónde estás?
Elena. Estoy acaso
De la vida en los umbrales.
Rod. Aguarda á ese precipicio
Que busque por donde baje.
(*Desaparece por detras de las peñas, y vuelve con Elena.*)

ESCENA XIX.

RODULFO, ELENA.

Elena. No puedo ya mas, detente,
Déjame aquí que descanse.
Rod. Recóbrate y di qué puedo
Hacer por tí. ¡Cielos! sangre.
¡Oh, sí, sí, comprendo ahora
El pistoletazo de antes!
Elena. ¡Ay! las fuerzas me abandonan,
¡Fallezco!
Rod. Ah, no, no; aun late
Su corazon, late el pulso.
(*Un buque pasa á lo lejos.*)
Santos del cielo, una nave:
¿Si distinguirán mi hoguera?
(*El buque sigue cruzando.*)
Pasa... sí, ¡todo es en valde!
¡Ah! probemos. (*Tira un pistoletazo.*)
Pasa: ¡inútil!
El ruido sofoca el aire,
No hay esperanza ninguna.
(*El buque tira un cañonazo.*)
¡Gracias, Dios mio! ¡Dios grande!
Por aquí llega una lancha:
Ea, corazon, ensánchate,
La suerte te da la mano,
Y un nuevo mundo te se abre.
(*Llega el bote con marineros.*)

ESCENA XX.

RODULFO, ELENA, DOS MARINEROS.

Marinero. Es un pirata.
Rod. Ellos fueron
Quien en esta isla dejándome
A morir me condenaron.
Marinero. Sí, es de ellos.
Rod. Amigos, padre,
Cuanto amé les abandono
Por no seguirles.
Marinero. ¿Y qué hace
Ahí esa mujer? ¿quién es?
Rod. Víctima de sus maldades.
Marinero. ¿Vive?
Rod. Sí.
Marinero. Venga á la lancha.
Rod. Gracias. (*Ponen en el bote á Elena.*)
Marinero. Remar y adelante.
(*Entra Rodulfo en el bote y se alejan remando.*)

UN AÑO Y UN DIA.

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS.

EL CONDE REINALDO.
DON JUAN.
DON PEDRO.
ISABEL.
ELENA (mujer con manto en el acto 1°).
CLARA.
JUAN.
GIL.
TOMAS.
UN CAPITAN DE GUARDACOSTAS.
UN SOLDADO (marinero en el prólogo).

La escena en Lubrin, pueblecillo cercano á la costa y al valle de Purchena, en Andalucía.

ACTO PRIMERO.

Habitacion amueblada al gusto del siglo XVII. Puerta en el fondo y otra á la derecha. A la izquierda otra secreta y una ventana. Un reloj que marca el tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos. Nada de lujo.

—

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.

La media ha dado... ya tarda,
Y si se pasa la hora...
¡Ah! ni vivo ni sosiego
Hasta ver cómo se logran
Mis planes, y cómo salgo
De tan infernal tramoya.
Sí, sí; fuerza es dar un brinco
Antes que el velo se rompa
Y el tiempo aclare los hechos:
Mas aun no parece... ¡hola!
Oigo ruido en la escalera:
Él es... él es... ¡arda Troya!
(*Va hácia la puerta á recibir al Conde, que llega vestido con lujo.*)

ESCENA II.

DON PEDRO, EL CONDE.

Conde. Dios sea contigo, Pedro.
Ped. Bien venido, conde.
Conde. ¿Es hora?
Ped. Para nuestra cita, la única,
Temprano para la otra.
Conde. ¿A qué hora se cumple el plazo?
Ped. A las doce en punto.
Conde. ¿Todas
Mis órdenes se han cumplido?
Ped. Sí, señor conde.
Conde. ¿Está pronta
La mojiganga de escribas
Y el aparato de boda?
Ped. Nada falta.
Conde. Vamos pues
A tratar de lo que importa.
¿Vendrá el capitan?
Ped. Vendrá.
Sú ultima carta amorosa
Se reduce á asegurar
A la muchacha su próxima
Vuelta; ya sabeis que yo
Se las intercepto todas.
Conde. ¿Y qué fecha tiene la última?
Ped. Si la cuenta no equivoca
Mi aritmética, es hoy mismo
Cuando llega, y esta sola
Circunstancia me obligaba
A esperaros con zozobra.
Conde. Desecha todo temor:
Gente leal y briosa
He apostado por do quiera
Que por todo el valle ronda.
¡Oh! aunque vuelva el capitan
Llegará tarde.

Ped. En buen hora.
Y de la mar ¿qué tenemos?
Conde. Todo va á pedir de boca:
Un dia de estos mi barco
Vendrá á fondear en la costa.
Ped. ¿Y de aquel hombre hay noticias
Exactas?
Conde. Su mano propia
Fué quien escribió la carta
En que me anuncia tal cosa.
¿Pero te alarma esta nueva?
Ped. A mí, ¿porqué?
Conde. Tu faz toma
Mal color. ¿Te sientes malo?
Ped. No, por Dios. ¡Vaya! es graciosa
La aprension! Seguid, seguid.
¿Qué puede haber en mi contra
En la vuelta de un marino
Que vuestra privanza goza?
¿No es un amigo leal
Que nos sirve y nos apoya?
Conde. Tienes razon.
Ped. Vaya, hablemos
De nosotros mismos.
Conde. ¡Oiga!
¿No olvidaste...?
Ped. No por cierto:
Cada uno atiende á su propia
Conveniencia, y para ella
Tengo yo buena memoria.
Conde. Sea, pues; tiempo es de echar
Esta máscara enfadosa,
Y mostrar uno cuál es
Su pensar y su persona.
Un año entero aguardé
Por no dar una sonora
Campanada, que se oyera
Diez leguas á la redonda.
Tres años há estoy aquí,
Metido como una zorra
En ese negro castillo
Sin que nadie me conozca
Ni me vea cara á cara;
Mas no será desde ahora
Lo mismo, porque ya me hallo
Con poderes que me sobran.
Si se harta de mí esta tierra,
O á mí la tierra me enoja,
En la mar tengo mi barco,
Y allí mi fortuna próspera.
Como he comprado este valle
De España, si se me antoja
Iré á comprar todo un puerto
En otra playa remota.
Ped. Sí, pero estais, señor conde,
En Purchena por ahora:
Y está tan cerca Granada,
Y es esta gente tan tosca,
Que si prudentes no andamos
El pan nos cuesta una torta.
El plazo está al concluir;
Una escena escandalosa
No conviene en modo alguno;
En este plazo no hay próroga:
O el capitan viene ó no:
Si retardarle se logra,
Vuestra es Isabel... mas falta...
Conde. Entiendo; tapar la boca..
Ped. No, estimar el sacrificio
De su voluntad; os odia,
Y sin embargo se entrega
Resignada vuestra esposa,
Si no vuelve el capitan;
Y esta abnegacion no es poca.
Conde. Y bien, ¿en cuánto se aprecia?
Ped. No se aprecia, que se dora;
Y doradas muy distintas
Parecen todas las cosas.
Conde. Mi palabra es como el sol,
Fija.
Ped. Pues teneis esposa.
¿Y el capitan...?
Conde. Cumple tú,
Que yo haré lo que me toca.
Ped. Pues salid, que la oigo ya.
Y, señor conde, ya os consta
Que fué condicion no veros
Hasta el plazo.
Conde. Y bien gustosa
Puede estar de mi obediencia.
A Dios, pues. (Como yo coja
La muchacha, ya irás tú
Donde el secreto no te oigan.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

(Como la venta sea buena
Y yo á caballo me ponga,
Aunque tenga mas prosapia
Que la dinastía goda.)
¡Oh! y salga por donde quiera,
Porque despacio mirándolo
El demonio va enredándolo
De muy estraña manera.
Y si antes que me eche fuera
Viene el otro á darme un susto...
No, no; ese hombre está en lo justo,
Me libra de ese cuidado
Y él se queda muy holgado
Saliéndose con su gusto.

ESCENA IV.

DON PEDRO, ISABEL.

Isab. ¡Ay, padre, sin vida estoy!
Ped. No hay ya remedio, Isabel.
Isab. Y há un año que no sé de él.
Ped. Y el plazo se cumple hoy;
Tú misma lo propusiste
Y no has de volverte atrás.
Isab. No me imaginé jamás
Un desengaño tan triste.
¡Un año entero ¡ay de mí!
Sin ver una letra suya!
Yo no sé, padre, que arguya:
¡Me olvidó!
Ped. Creo que sí.
Isab. ¡Sí decís! Tal vez por cierto
Lo dais... Acabad, señor,
Que no es posible á mi amor
Vivir otro dia incierto.
Hoy este plazo concluye:
Si al fin él no ha de volver,
Mejor quisiera saber
Que me aborrece y me huye.
Ped. ¿Qué otra cosa imaginarse?
Tan amante y tan resuelto
Al partir, y ni aun ha vuelto
Con una carta á anunciarse.
Si no te olvidó inconstante
Al verse lejos de tí,
Sospecho que murió allí
En guerra y país distante.
De cualquier modo, Isabel,
Don Juan, inconstante ó muerto,
Pues ni aun escribe, es lo cierto
Que nada hay que esperar de él.
Isab. Pero si suerte fatal
Se lo impidiera, y me amara,
¡Por quien soy que le esperara!
Ped. ¡Isabel, no hicieras tal!
No; yo no tengo, hija mia,
De ese hombre noticias ciertas,
Mas considera, y lo aciertas,
Que hoy es de tu boda el dia,
Ni yo propondré mas plazos,
Ni los admitiera el conde;
Al que llegue corresponde
Tu amor.
Isab. Pero ¿y si á mis brazos
Llegan á un tiempo los dos!
Ped. Los dos se lo arreglarán,
Aunque á fe que no serán
Tan exactos, vive Dios.
Isab. ¡Ay padre, que puede mas
El vuestro en vos que mi empeño,
Y estoy ahora en vuestro ceño
Viendo mi suerte quizás.
Ped. ¿Isabel, te has vuelto loca?
Isab. Mejor lo quisiera estar,
Señor, para no arrostrar
La suerte cruel que me toca.
Él es pobre y es soldado,
El conde es rico y es noble,
Y esto hace que el mal se doble
Contra el otro desdichado.
Ped. ¿Y acaso crees, hija ingrata,
Que te tuviera en tan poco
Que así te cambiara loco
Por un puñado de plata?
Isab. Yo nada creo, señor.
Ped. ¿O piensas que el conde fuera...?
Isab. Padre, el conde es una fiera
Y cualquier otro es mejor,
El vulgo el tigre le llama,
Y caverna á su palacio:
Considerad con despacio
Si esposo con esa fama
Conviene á mujer alguna.
Ped. Entre ambos has elegido,
Y uno ha de ser tu marido;
Válgate pues tu fortuna.
Isab. ¡Padre, por piedad! (*De rodillas.*)
Ped. Aparta.
Isab. ¡No, no podeis en conciencia
Fulminar una sentencia
Tan cruel!
Ped. Mi paciencia es harta
Para tu llanto, Isabel,
Y sea aficion, sea capricho,
Si antes llega, ya está dicho,
Tu marido ha de ser él.
Tu padre soy, y solemne
Palabra á entrambos les dí:
Y aunque ella te pese á tí,
Mi palabra está perenne.
Isab. ¡Ay padre! ¿y toda la vida
Seré de quien odio presa
Por una fatal promesa?
Ped. Que hoy ha de quedar cumplida:
Con ese reloj consulta,
Que desde aquí al medio dia
Hay un cuarto todavía;
Mira bien lo que resulta. (*Vase.*)

ESCENA V.

ISABEL.

Un cuarto falta, ¡ay de mí!
Y si fe Don Juan me guarda
Solamente porque tarda
¿Habrá de perderme así?
Él, tan noble y tan honrado,
Si es que su amor alimenta
¿No vendrá á pedirme cuenta
Del amor que me ha dejado?

¿Mas si no viene Don Juan?
¿Si sin que nada lo impida
Del plazo antiguo se olvida
Cual sus promesas lo están?
Entonces... saben los cielos
Que le aguardaré tambien
Mientra incompletos estén
Con mi plazo mis recelos.
Y á ser cierto... ¡Ay de mí triste!
Ni á imaginarlo me atrevo,
Que á este desengaño nuevo
Mi corazon se resiste.
¡Ni una carta en todo un año.. !
¿Mas él no pudo escribir
Y otro sus cartas abrir
Interesado en mi daño?
¡Mi padre...! ¡tal vez atino!
Y acaso todos los dias
Que han fingido cartas mias
Para engañarle imagino.
¡Ay si él me pudiera oir!
¡Si á sus oidos llegara
Mi voz y le recordara
Que el plazo se va á cumplir!
¡Si él engañado y yo ciega,
Y amándonos todavía
Pasa el año y pasa el dia
Y yo aguardo y él no llega!
¡Ay! y él mismo me advirtió
Que si por muerto le daban
Del plazo antes, me engañaban:
Sin duda que sospechó.
¡Oh! desdichado Don Juan,
Si te dicen que inconstante
Te he olvidado un solo instante
Juro á Dios que mentirán.
Sí, sí; los oidos cierra
A tan pérfida ficcion,
Que solo mi corazon
Tu amor y tu nombre encierra.
Diez minutos .. ¡ah...! ¡deliro! (*Mira al reloj.*)
A cada instante que pasa
Mi esperanza es mas escasa,
Y porque pase suspiro.
(*Dirigiéndose al reloj.*)
Y tú, máquina infernal
Que con monótona lengua
Me adviertes lo que se mengua
Cada minuto fatal,
Cesa por Dios de correr;
Un dia en tu curso cesa;
Da otro dia á mi promesa...
Mas ¡ay! si no ha de volver,
Si él inconstante me olvida
Y de ese monstruo en los brazos...
No... no, primero á pedazos
Me habrán de arrancar la vida.

ESCENA VI.

EL CONDE, ISABEL.

Isab. ¡Ah! (*Al ver al Conde.*)
Conde. No sé que os estrañais,
Isabel, de mi venida,
Pues mi ausencia está cumplida,
Y vos al reloj mirais.
Isab. Es, señor conde, que advierto
Que antes del plazo venís.
Conde. ¿De que faltan me advertís
Unos minutos? Es cierto.
Veo que teneis memoria,
Y que no habeis olvidado
Un punto de lo pactado,
Es verdad; es nuestra historia.
Mas juré volver tambien
A las doce de este dia;
Si no han dado todavía,
Aguardaré hasta que den. (*Se sienta.*)
Con que no os paseis afan,
Porque cualquiera conoce
Que si no han dado las doce,
Y el reloj suena, darán.
Isab. Señor conde, á lo que creo
Volvísteis con intencion
De insultarme en mi afliccion.
Conde. Por Dios que insulto no veo
En cumpliros mi promesa,
Que aunque un poco anticipada,
Seis minutos no son nada
Cuando un año se interesa.
Isab. Sí, pero debeis saber
Que entra en la lista un tercero,
Y en seis minutos no infiero
Que no pueda aparecer.
Conde. En verdad que si estuviera,
Señora, en ese pasillo,
Que llegara era sencillo
Con pocos pasos que diera.
Mas como yo para mí,
Salvo error, tengo por cierto
Que no vuelve ningun muerto
Aunque lo prometa así...
Isab. ¡Qué decís!
Conde. Yo nada digo.
Isab. ¡Qué...! ¡Don Juan...!
Conde. Con honra y prez
Alcanzó á Don Juan su vez
En un balazo enemigo.
Isab. ¿Y á tal momento venís
Con tan infausta noticia?
¿No veis que arguye malicia?
Conde. Hasta hoy se ignoró.
Isab. Mentís.
Conde. ¡Miento! Leed, y pensad
Que sobre esa firma deja

Lo que tener aconseja
Por su postrer voluntad. (*La da una carta.*)
Isab. Mentís.
Conde. Y de ello testigo
Nos la ha traido un soldado
Que fué en el campo lisiado
Con él, y fué muy su amigo.
Isab. Mentís.
Conde. Tomad el papel.
Isab. ¡Es la letra de Don Juan!
Conde. Ya veis que os fué el capitan
Hasta morir siempre fiel.
Isab., lee. «*En vano fué, Isabel mia,*
Mi fortuna y mi valor,
Que acabo aquí con mi amor
Antes del año y el dia.
Y pues por suerte fatal
No he de cumplir mi promesa,
A Dios; sé que te interesa
Casarte con mi rival.»
Si fuera cierto...
Conde. Yo sé
Que tras de aqueste pesar
No os debiera recordar
Ni mi razon ni mi fe.
Que esperé un año y un dia
Como lo habíais propuesto,
Ni que del lance funesto
Sabedor, á ello venia.
Con vuestro padre de acuerdo
Vengo á deciros, señora,
Que pues esta casa ahora
No es mas que un triste recuerdo
Que os prensará el corazon,
Que os vengais á mi palacio,
Donde habreis con el espacio
De templar vuestra afliccion.
Galas, fiestas ni placer
Allí no os han de faltar,
Y así os podeis consolar,
Pues hay tiempo y sois mujer.
Isab. ¿Yo con vos el mismo techo
Tengo, conde; de partir?
Conde. Y aun en mi cuarto vivir,
Si el vuestro os parece estrecho.
Con que vamos.
Isab. Apartad:
Señor conde, esta es mi casa,
Y de lo admisible pasa (*Ironia.*)
Vuestra noble caridad.
Si estos objetos que adoro
No consuelan mi dolor,
Tan solo le harán mayor
Vuestros artesones de oro.
Y si os prometí mi mano
Pasado un año y un dia,
Fué solo porque queria
Dar tiempo á Don Juan; y en vano
Alucinarme pensais
Con fábulas que no creo,
Señor conde, porque os veo
Las cartas con que jugais.
Conde. ¿Desconoceis pues su letra?
Isab. Conozco á Don Juan mejor,
Y una mujer con amor
Aun imposibles penetra.
Si él escribió este papel
O no, yo lo ignoro, conde;
Mas tampoco se me esconde
La razon y orígen de él.
Conde. ¿Es decir que no creeis
Lo que esa carta os anuncia,
Y aunque él á su amor renuncia
Vos renunciar no quereis?
Isab. ¿Él, tan amante y tan fiero,
Renunciar mi amor por vos...?
¿Y al morir? Soñais por Dios,
Se condenara primero.
Ya os conocia al partir,
Pues me aconsejó por suerte
Que no creyera en su muerte
El plazo antes de cumplir.
Conde. Pues mirad ese reló
Y pensad lo que os conviene,
Porque Don Juan ya no viene,
Basta que os lo diga yo.
Isab. ¡Monstruo! ¡habeis comprado acaso
Su sangre!
Conde. Aun no lo pensé;
Mas como obreis, obraré;
Con que no deis un mal paso.
Isab. ¡Hombre vil, para qué plazos
Infamemente poner
Si los habias de hacer
Con mi corazon pedazos?
Conde. Y oidme en fin, Isabel,
Porque esta historia, aunque corta,
Mucho saberla os importa
Cuando no por vos, por él.
Yo soy... quien soy; ahora un conde
Rico, tenaz, iracundo,
Que aprendí un poco de mundo
No importa saber en dónde.
Tengo un repleto tesoro,
Independencia y poder,
Mas fáltame una mujer
Que me ayude á gastar oro.
Yo que he pasado mi vida
Allá en larga soledad,
No quise en la sociedad
Agenciarme una querida.
Porque un hombre como yo
Que fué un valiente y no mas,
Es algo brusco quizás
Para enamorar... y no
Quise comenzar tampoco

Por hablar de mi bolsillo,
Que obrara como un chiquillo,
Y me avergonzara un loco.
En tal situacion os ví,
Y como yo en mi futura
Solo buscaba hermosura,
Me dije pues: ya está aquí.
Os pretendí en toda forma,
Os negásteis, cavilé,
Inquirí y averigüé,
Y al cabo dí con la horma
De mi zapato: era un mozo
Militar, que está ausente;
Yo os abordé, y vos valiente
Resistísteis que fué gozo.
Al fin porque no venia,
Sin dar á torcer el brazo
Me señalásteis un plazo
Fatal de un año y un dia.
Esperé el dia y el año,
Mas no con descuido tal
Que al fin viniera fatal
Tras el tiempo, el desengaño.
Yo á ese Don Juan nunca ví,
Pues no estaba en mi papel
El acercarme yo á él,
Sin que él se viniera á mí.
Vuestro padre, que primero
Os dejó vuestro albedrío,
Fué despues amigo mio,
Y encontró en mí un caballero.
Prometióme vuestra mano
Si el plazo fuere cumplido,
Y está todo prevenido
Con cura y con escribano.
Ahora bien, Dios me es testigo
De que si voy desairado,
Vuelva ó no vuelva el soldado,
Por fuerza os casais conmigo.
Luego, vuelva en hora buena,
Que puesto yo en alta mar
Con cualquier viento sé andar
Dia y noche á vela llena.
Con que elegid.
Isab. ¡Dios eterno!
¿Qué hombre es este cuyo antojo
Atropella vuestro enojo
Y se rie del Averno?
Conde. Mirad que á escoger os dí,
Y basta de vituperios,
Porque todos los misterios
Se acabaron para mí.
Yo os amo, y la resistencia
Que habeis dado en oponerme
No hace mas que convencerme
De que basta de paciencia.
Isab., á la ventana. ¡Oh! vuelve, vuelve,
Don Juan;
Morir prefiero contigo
A tenerle por amigo.
Conde. Es inútil vuestro afan.
Ved mi gente á vuestra puerta.
¿Creeis que si á ella llegara
Con vida el dintel pasara?
Isab. ¡Vírgen Santa, yo estoy muerta!
Allí esperándole están;
Los tuyos son, tigre astuto...
Conde. Mirad que falta un minuto,
Y es la suerte de Don Juan.
Isab. ¿Con que aun vive?
Conde. ¿Y qué sé yo?
Isab. Lo has dicho.
Conde. No insistas mas,
Que no has de verle jamás
Mientras que yo viva, no.
Yo estoy mal acostumbrado
A haber cuanto necesito;
Lo que no me dan, lo quito,
Y así nada me ha faltado.
Tras un año de esperar
¿Crees tú que te he de perder?
No, tú serás mi mujer.
Isab. Primero me has de matar.
Conde. Eso no suele efectuarse
Aunque se suele decir,
Que entre casarse y morir
Siempre vale mas casarse.
Isab. ¡Oh! sí, sí, razon teneis;
Olvidad lo que os he dicho,
Mas en vos es un capricho
Mi amor, porque los teneis
Vosotros los grandes, sí,
Y os fingís en vuestro orgullo
Que el vulgo alzará murmullo
Si desistís, ¿no es así?
Mas mejor vuestra grandeza
Y justicia acreditais
Cuando razon otorgais
Si os la esponen con nobleza.
Ved mis lágrimas, señor:
Yo en este valle escondida
No ví ni tuve en mi vida
Ni otro Don Juan ni otro amor.
Él fué mi sola esperanza,
En él cifré mi ventura,
Por él amé la hermosura
Que acaso mi rostro alcanza.
Yo soy solo una mujer
Que por mí no puedo nada,
Mi pasion fué desdichada;
Pero, señor, ¿qué he de hacer?
Él no tiene mas que á mí
A quien amar en la tierra,
Y toda, señor, se encierra
La dicha de ambos aquí.
Si os dije que moriria,

Mentí, conde, estaba loca;
Lo que decia mi boca
Mi corazon no sabia.
Volvedme á Don Juan, señor,
Que al fin á vuestros placeres
No os han de faltar mujeres
Que os puedan vender su amor.

Conde. Hechiceras ¡vive Dios!
Son vuestras frases, y á fe
Que eleccion soberbia fué
La que hizo Don Juan en vos.

Isab. ¿Eso decís? ¿con que bien
Puedo esperar que Don Juan...

(*Se oyen muy á lo lejos las doce en un reloj de torre.*)

Conde. Escucha: las doce dan.
Si él te quiere, yo tambien.

Isab. ¡Ay de mí!

(*El Conde pronuncia sus últimas palabras señalando á la puerta, por donde asoma en este momento Don Pedro con el acompañamiento de boda.—Isabel se desmaya.*)

ESCENA VII.

(*Toman á Isabel en la silla, donde ha caido, la cubren con un velo y la sacan de la escena, siguiéndola todos. El Conde y Don Pedro, que salen los últimos, se encuentran en la puerta.*)

Conde. ¿Estás contento de mi?
Ped. Sí.
Conde. ¿Está abajo mi litera?
Ped. Todo está, y abajo espera.
Y vos ¿vais contento?
Conde. Si.

(*Don Pedro va á la puerta de la derecha á llamar á Gil. El Conde le espia y llama á Juan desde la puerta del fondo. Aparecen dos criados que atienden á cada uno de los dos.*)

Ped. ¡Gil!
Gil. Señor.
Ped., ap. á Gil. El potro negro
Ensilla al anochecer.
Conde. ¡Juan!
Juan. Señor.
Conde, ap. á Juan. No hay que perder
De vista un punto á mi suegro.

(*A estos últimos versos empiezan á dar las doce en el reloj que habrá en la escena, durante cuyo espacio el teatro quedará solo. A la última campanada entra Don Juan por una puerta lateral, y mirando al reloj se sienta satisfecho.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Llego á tiempo todavía:
Las doce acaban de dar,
Y hoy cumple el año y el dia:
¡La acierto por vida mia
Si me llego á descuidar! (*Se sienta.*)
¡Pero qué piense no sé!
En este cuarto es la cita
Y á nadie llegar se ve;
No parece por mi fe
Que se aguarda mi visita.
¿Si con el tiempo y la ausencia
Se habrá mudado Isabel?
No escribirme fué prudencia,
No aguardarme indiferencia
Seria, y fortuna cruel.
Pero delirando estoy;
En mis cartas la decia
Siempre que vendria hoy;
Mas si no olvidó quién soy
La hora adivinar podia.
¿Mas si no las recibió?
¿Si fué cierta la noticia
Que de su padre?... eso no,
Ni puedo entenderlo yo,
Ni hay tal padre, y fué malicia
Del vulgo murmurador.
Y á mas, ¿qué conseguiria?
Un escándalo mayor
Que á hacer mi razon mejor
Tan solo conspiraria.
¡Eh! temores de soldado,
Que á dudar acostumbrado
Sin cesar del enemigo,
Hasta duda del amigo
Y la mujer que ha adorado.
¡Isabel! mi bien, mi cielo,
Ya estoy junto á tí otra vez,
Rico, honrado, y no hay recelo
De que, si á tu amor anhelo,
Vuelvan á hollar mi altivez.
No hay medio que me despida
Padre ó rival, rico ó noble,
Y á tí acercarme me impida
A quien yo cuenta no pida
De esta injuria ó se la doble.
¡Oh dichoso este momento
Con que viví todo un año!
No tuve otro pensamiento,
Ni otra esperanza alimento,
A toda ventura estraño.
Allá en pais enemigo
Lanzado en guerra cruel,
Solo he tenido conmigo
A mi Dios para testigo,

Y para premio á Isabel.
Lidié, derroté, vencí;
Sangre y lauros son mi huella;
Honréme y enriquecí,
Mas ¡vive Dios! no por mí,
Yo nada quiero sin ella.
Mas alguien llega sin duda.
¡Dios mio, prestadme ayuda!
Tiempo y lugar convenido,
Fuerza es que el plazo cumplido
Alguno á la cita acuda.
Los pasos son de mujer:
¡Con qué inquietud los escucho!
¿Si será?... ¿y quién ha de ser?
Oh... para esperado es mucho
Tanto tiempo este placer.
(*Va á salir con curiosidad y se encuentra con Clara.*)

ESCENA IX.

DON JUAN, CLARA.

Clara. ¡Santo Dios! ¡Un hombre aquí!
D. Juan. ¡No es ella!
Clara. ¿Quién sois? ¿qué haceis?
¿Por dó entrásteis? ¿qué quereis?
D. Juan. ¿Qué quiero? ¿no esperan, di,
En esta casa hoy á alguno?
¿De un plazo no oiste hablar?
Clara. Eso sí, pero aguardar,
Me parece que á ninguno.
D. Juan. ¿Cómo no?
Clara. Pasó la hora
Que tenian convenida,
Y era cosa decidida;
Casaron á mi señora.
D. Juan. ¡Voto á Dios! ¿qué estás hablando?
¿La hora que se aguardaba
Se pasó, y cuando yo entraba
Estaban las doce dando?
¡Ries! desde esa ventana
Tal vez me habreis visto entrar,
Y me quereis engañar...
Pero es diligencia vana.
Vé, di á Isabel que aquí estoy,
Que se apresure á venir.
Clara. ¿No os lo acabo de decir?
Mi ama se casa hoy.
D. Juan. Hoy se casa, ya lo sé;
Crucé yo la España toda
Por asistir á su boda,
Ve tú si lo ignoraré.
Clara. Pues entonces, caballero,
Un poco os habeis tardado,
Y hubiérais mejor obrado
Yendo á la iglesia primero.
D. Juan. Muchacha, no te comprendo.
¿Yo á la iglesia? ¿Y para qué?
Clara. ¿Pues no sabeis? ya se ve;
Pero yo lo estuve oyendo
Tras esa puerta. Escuchad.
Yo creo que se aguardaba
A un Don Juan que no llegaba,
Y le hubieran en verdad
Por mucho tiempo aguardado,
Porque el pobrecito ha muerto.
D. Juan. ¿Muerto Don Juan?
Clara. Sí por cierto.
En Flandes, era soldado.
D. Juan. ¡Muerto Don Juan! impostura.
Clara. Yo misma al conde lo oí.
D. Juan. ¿Al conde Reinaldo?
Clara. Sí.
D. Juan. ¡Maldito sea!
Clara. Y segura
Es su muerte, aunque Isabel...
D. Juan. ¿Qué?
Clara. Creerla no queria,
Y aunque á voces respondia
Que no amaba mas que á él...
D. Juan. Acaba.
Clara. Sentí venir
Por la sala á mi señor,
Y eché por el corredor,
Porque no me viera, á huir.
D. Juan. Voto á...
Clara. Mas de una tronera,
Donde me asomé á mirar,
Ví á Doña Isabel llevar,
Cerrada en una litera.
D. Juan. ¿A la iglesia?
Clara. No, al palacio.
D. Juan. ¿Del conde?
Clara. Del conde.
D. Juan. ¡Cielos,
O treguas dad á mis celos,
O á mis venganzas espacio!
Clara. ¿Qué teneis?
D. Juan. ¿Qué he de tener,
Sino cólera y furor!
Clara. ¡Dios mio! ¿qué os da, señor,
Que os veo palidecer?
¿Qué teneis?
D. Juan. Tengo un volcan
En que abrasándome estoy.
Clara. ¡Mas quién sois!
D. Juan. La muerte soy.
¿Quién seré mas que Don Juan?
(*Don Pedro aparece en la puerta del fondo.*)
Clara y Ped. ¡Don Juan!
Clara. El difunto.
D. Juan. Sí.
Hoy hace un año y un dia

Que juré que volveria :
Las doce son y héme aquí.
Ped. Despeja, Clara.

ESCENA X.

DON JUAN, DON PEDRO.

D. Juan. Buen viejo,
Venid acá y contestad.
¿Me esperábais?
Ped. No, en verdad.
D. Juan. No mintais, os lo aconsejo.
Yo sé que algun impostor
Me dió en el campo por muerto.
Ped. Pésame, Don Juan, por cierto,
Pues sois mozo de valor,
El dejaros desairado;
Mas ella misma lo quiso,
Y casarla fué preciso.
D. Juan. ¿Y el plazo?
Ped. Las doce han dado.
Y estaba tan empeñada,
Que puesta frente al reló
Dijo : « Vamos. »
D. Juan. ¿Y partió?
Ped. A la primer campanada.
D. Juan. ¿Y no os sugirió siquiera (*Con sarcasmo.*)
Vuestra atencion previsora
Que daban la misma hora
La última y la primera?
Ped. Yo la quise detener,
Recordé vuestra aficion;
Mas dijo : « Las doce son,
Si vuelve, tarde ha de ser. »
El conde, era natural,
Exigia la postrera
Decision, y su litera
Aguardaba en el portal.
Siguióla, y nada reacio,
Pues así le convenia,
Llevóla en su compañía
Como esposa á su palacio.
D. Juan. Pues, y ella naturalmente (*Con sarcasmo.*)
Fuése con él muy contenta,
Como quien paga una cuenta
Recibida anteriormente.
Y acabando de decirle
Que jamás le habia querido,
Como quien muda vestido
Propuso al punto seguirle.
Ya comprendo ¡vive Dios!
Toda esa trama infernal
Que habeis fraguado tan mal,
Don Pedro, entre el conde y vos.
Ped. Don Juan, lo que hablais mirad;
Si ya no os ama Isabel,
No es culpa mia ni de él.
D. Juan. Callad, mal padre, callad.
Si ella me hubiera olvidado,
Como decís, no aguardara
A que el plazo se pasara
Con tan rígido cuidado.
La habeis de grado ó por fuerza
Casado, y decís : « Ahora
Vuelva Don Juan en buen hora : »
Mas ¡guai que el juego se os tuerza!
Ped. Don Juan, al conde eligió,
Y se la dí á su marido.
D. Juan. ¡Mentís! Se la habeis vendido
Al que antes os la compró.
Dijísteis, mozo y soldado,
Si vuelve Don Juan de Flandes
Hará desaciertos grandes
De mozo y de enamorado.
Le culparémos al conde,
Cometerá un atropello,
La justicia vendrá en ello
Y el fin á nadie se esconde.
Lo veo y no lo concibo;
Pero, Don Pedro, os lo juro,
Si de ello quedo seguro
Nos verémos ¡por Dios vivo!
Ped. Lo que quisiereis pensad,
Porque de cualquier manera
Hija mia Isabel era
Y esta fué mi voluntad.
¿O queréisme hacer la afrenta
De no hallarme con derecho
De poder hacer lo hecho
Sin ir á pediros cuenta?
D. Juan. Es que habeis contado mal,
Aunque en esas cuentas ducho,
Que aprendí, Don Pedro, mucho
En Flandes y en Portugal.
A mis sospechas primeras
A España me hubiera vuelto,
Mas yo me partí resuelto
A morir con mis banderas.
Mucho me aguijó el amor,
Mas mucho el honor me tuvo,
Y en duda un punto no estuvo,
Lo primero era el honor.
Quedéme y nada temí,
En su constancia fiado,
Porque á fe que tan malvado
Nunca, Don Pedro, os creí.
Ped. Mirad que soy...
D. Juan. Ya lo sé.
Si en vos su padre no viera...
Mas echad temores fuera,
Yo siempre os respetaré.
Y en fin, ¿qué me contestais?
¿Me dais á Isabel ó no?

Porque á tiempo llegué yo,
Y vos aun á tiempo estais.
Dársela al conde es venderla;
Yo he vuelto; y rico y honrado,
Buen marido y buen soldado,
Puedo honrarla y protejerla.
Ped. Pues, Don Juan, si sois tan hombre
Y la amais como decís,
Os la daré si añadís (*Con intencion.*)
Apellido á vuestro nombre.
D. Juan. Y decidme, ¡ira de Dios! (*Colérico.*)
Pues me haceis tal vituperio
Y vivís con tal misterio,
¿Qué apellido teneis vos?
¿Cuál es vuestra patria? ¿cuál
Vuestro nombre?
Ped. (¡Dios, qué escucho!)
D. Juan. Ya veis que he aprendido mucho
En Flandes y en Portugal;
Y que no sois vos tan diestro
Dando en que sin nombre estoy,
Cuando yo tambien sé hoy
Que teneis doblado el vuestro.
Ped. Pues bien, ya que declarais
Que tan bien me conoceis,
Los secretos que sabeis
Mirad cómo los guardais.
Porque todos caminamos
Con una sombra detrás
Que no nos pierde jamás,
Y va, Don Juan, donde vamos.
D. Juan. Sí, mas todos recibimos
Al nacer un ángel bueno,
Que de peligros ajeno
Nos guarda mientras vivimos.
Ped. Pedidle que de su mano
Un solo instante no os deje. (*Vase.*)
D. Juan. Y al vuestro que os aconseje
Proceder menos villano.

ESCENA XI.

DON JUAN.

Todo á un golpe lo aventuro,
Mas no olvidaré el aviso;
Librarnos de él es preciso
Por cualquier medio seguro.
Ahora bien, tiempo es de obrar;
Jamás lo quise creer,
Mas no hay tiempo que perder,
Si me ama la he de salvar.
(*Saca una carta con otra dentro.*)
Aquí está la misteriosa
Carta: en ella me asegura
No sé quién que en mi ventura
Se interesa... una gran cosa.
(*Lee.*) «Si es que os niegan á Isabel,
» Dice, y estais en amarla,
» Creed para recobrarla
» Lo que dice este papel.
» Pero si sois caballero,
» Por vana curiosidad
» No le leais... aguardad
» A que os la nieguen primero: »
Y pues ya me la negaron,
Abrole y...

ESCENA XII.

SALE UNA MUJER CON MANTO, ETC.

Muj. ¿Es don Juan
Con quien hablo? ¿un capitan
Que en Flandes...?
D. Juan. No os engañaron
En mis señas... Don Juan soy.
Muj. ¿Una carta recibísteis
Y otra con ella, que debísteis
No abrir ni leer... hasta hoy. (*Mirando al reloj.*)
D. Juan. Es cierto.
Muj. Pues si sois hombre
Cual os pregona la fama,
Una cita de una dama
Debeis admitir.
D. Juan. ¿Su nombre?
Muj. Es un secreto.
D. Juan. Es ahora
Imposible... y permitidme...
(*Haciéndose la desentendida.*)
Muj. ¿Desconfiais? pues oidme,
Y os daré el sitio y la hora.
D. Juan. Mas... (*Amostazado.*)
Muj., recitando con intencion. «*Si os niegan á Isabel*
» Y os empeñais en amarla,
» Haced para recobrarla
» Lo que os dice ese papel. »
D. Juan. ¡Cielos! ¿qué escucho? ¿Sois vos...
Quién escribió...?
Muj. Leed y obrad.
D. Juan. Pero decidme.
Muj. ¡Acabad,
Don Juan, leedlo por Dios!
D. Juan, lee. «Si un dia os dan una cita
» Y á esta carta se remiten,
» Admitid do quier que os citen.
» Quien la escribe os necesita
» Para abriros un camino,
» Que os hará tener sujetos
» Del conde muchos secretos
» Y dueño de su destino. »
Hablad, hablad.
Muj. Imposible

En este sitio, Don Juan,
Que acaso espiando están
Mis pasos ya.
D. Juan. ¡Oh, qué insufrible
Tormento! ¿Y cuándo ha de ser?
Muj. Si de mí quereis serviros,
En la Cruz de los Suspiros
Estad al anochecer.
Si sois hombre de valor,
Vuestro amor recobrareis;
Y os advierto que os guardeis:
Hasta la noche, señor. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON JUAN.

Hasta la noche, eso sí,
Seas quien quieras, misteriosa
Mujer, de cuya amorosa
Voz esperanzas oí,
Donde quiera iré tras tí,
Por do quier te seguiré,
Tierra y mar recorreré
Por ese nombre bendito
Que invocaste, y que repito
Como norte de mi fe.

ESCENA XIV.

DON JUAN, UN HOMBRE EMBOZADO (JUAN).

Emboz. ¿Sois Don Juan... vuestro apellido
No recuerdo.
D. Juan. ¿Qué quereis?
Emboz. Si sois hombre de valor,
Como os quieren suponer,
Yo vengo aquí á proponeros
Un desafío.
D. Juan. ¿Con quién?
Emboz. No me lo dijo.
D. Juan. ¿La causa?
Emboz. ¿La causa? vos la sabreis;
Lo único que advertiros
Me mandó en su nombre fué
Que al lugar que ha señalado
Tan despacio no llegueis
Cómo á la cita del plazo
Y de las doce despues.
D. Juan, resuelto. ¿Las armas?
Emboz. Las que llevareis.
D. Juan. ¿La hora?
Emboz. Al anochecer.
D. Juan. ¿El sitio?
Emboz. En la Cruz de los
Suspiros: ¿sabeis dónde es?
D. Juan. Sí; pero tengo otra cita
A esa hora y no puede ser.
Emboz. ¿Y será mas importante
Que un desafío?
D. Juan. Sí á fe.
Emboz. ¿Es decir que rehusais?
D. Juan, con desprecio. Esclavo, la lengua ten,
O pronto con esta daga
Te la clavo en la pared.
Dile que allí ha de encontrarme
Una hora antes ó despues.
Emboz. Sea despues.
D. Juan. En hora buena.
Emboz. Allí irá.
D. Juan. No faltaré.
Podré matarle ó morir,
Pero sabiendo quién es.
(*Vase el embozado por la puerta del fondo y Don Juan por la lateral.—Cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Campo. A la derecha una caseta, ó ruina de ermita, cuyo interior esté á la vista. A la izquierda en el fondo una cruz de hierro con una puerta ó trampa secreta en el pedestal. Arboles y maleza.—Anochece.

—

ESCENA PRIMERA.

GIL, QUE APARECE EN ESCENA AL ALZAR EL TELON.

Receloso anda don Pedro;
Parece que su amistad
Con ese conde... ¡ha visto uno
Tantas de estas cosas ya!
En fin, todo en esta vida
Se acaba, y no es de estrañar
Que amistades mal trabadas
Vengan á acabarse mal.
Mas tarda mi amo, el caballo
Mandóme á esta hora ensillar,
Y sacársele á este punto,
Y á esta hora... ¿y dónde irá?

ESCENA II.

GIL, EMBOZADO, JUAN.

Juan. (Allí está Gil.)
Gil. (¡Alguien llega!)
Juan. (Oh! disimula el truan.)
Gil. (Parece que está despacio.)
Juan. (Llégome á él.)
Gil. ¿Quién va allá?

Juan. ¡Calla! ó me engaña la voz...
¡Oh mi buen Gil!
Gil. ¡Oh buen Juan!
Juan. ¿Tú por aquí?
Gil. ¡Ya lo ves!
Juan. ¿Y qué diablo haces?
Gil. Pasear.
Juan. Pues yo há tiempo que te miro,
Y un paso no has dado.
Gil. ¡Bah!
¡Qué necio eres!
Juan. Ciego en caso
Me debias de llamar,
Pues no ví si te movias.
Gil. Y ciego sin duda estás.
¿No ves la cruz?
Juan. ¡Ah, rezabas!
Gil. ¡Pues es claro! ¿he de pasar
Junto á ella como un perro
Que sobre su rastro va?
Juan. Tienes razon. Mas, ¿quién diablos
Se habia de imaginar
Que pasearas á estas horas
Con frio y con niebla tal?
Gil. Caprichos con que uno nace.
Juan. ¡Vaya un capricho!
Gil. ¡Ahí verás!
Juan. (Solapado es el buen Gil.)
Gil. (Importuno es el buen Juan.)
Juan. Gil, tú estás de mal humor.
Gil. No por cierto.
Juan. La verdad,
¿No estás contento con tu amo?
Gil. Al reves, lo estoy demás.
Juan. ¿Te paga bien?
Gil. Mas que quiero.
Juan. ¿Y tú le sirves...?
Gil. Leal,
Duermo á su lado, y le busco
Cuanto puede desear.
Y á tí, Juan, en el castillo
¿Te va bien?
Juan. No me va mal.
Mas dime: dicen que tu amo
Es algo particular;
Que tiene una historia larga,
Borrascosa.
Gil. Sí tendrá...
Juan. Vamos, que algo sabrás tú.
Gil. ¡Si me la habrá ido á contar!
¿No te parece?
Juan. Eh, quien sirve
Siempre al olorcillo está
De lo que guisan sus amos.
Gil. ¿Sí, eh? pues entonces, Juan,
Dime: ¿es cierto que tu amo
Encubre y es capataz
De cuantos contrabandistas
En estos contornos hay?
Juan. (¡No es tonto Gil!) ¡Qué locura!
Gil. Pues el vulgo lenguaraz
Lo susurra.
Juan. Ya lo sé;
Mas tiene tanta verdad
Como decir que tu amo
A todo el mundo nos da
Gato por liebre, y no es quien
Él dice.
Gil. ¡Qué necedad!
Juan. Pues el vulgo lo murmura.
Gil. Pues se engaña.
Juan. Así será.
(Ni con palancas le sacan
Lo que se cierra en callar.)
Gil. (Está visto, Juan me espía.)
Juan. (Claro, esperándole está.)
Gil. (Veamos.)
Juan. (Vamos á ver.)
Oye, Gil.
Gil. Escucha, Juan.
Juan. Di.
Gil. Di tú.
Juan. ¿Es tuyo aquel potro?
Gil. ¡Eh! ¿Qué potro?
Juan. Aquel que está
Atado á aquel sauce.
Gil. ¡Ah! sí.
Mas no es ya potro.
Juan. ¿Qué edad
Tiene?
Gil. Ocho años, y muermo,
Y un horrendo esperaban.
Juan. Pues lo disimula mucho.
Gil. Ha sido un bravo animal:
¿Le has visto de dia?
Juan. Vaya,
Le conozco meses há:
Le monta siempre Don Pedro.
Gil. Sí; como monta muy mal,
Y es tan dócil... (Pues, señor,
En vano es disimular.)
Juan. (Pues, señor, eso es.) ¿Tu amo
Se marcha?
Gil. Sí.
Juan. ¿Dónde va?
Gil. A ese lugar inmediato.
Juan. ¿Y por mucho tiempo?
Gil. ¡Quia!
Ha de volver esta noche
A casa.
Juan. Listo ha de andar.
Gil. Es corredor el caballo.
Juan. ¿Sí? pues ¿y el esparavan?
Gil. No hará mas que hincharse un poco;
Hay media legua no mas.
Juan. (Al fin ya desembuchó.)

Vaya, á Dios Gil. (*Vase Juan y vuelve.*)
Gil. A Dios, Juan.
¡Mucho apuraba el tunante;
Nunca le ví tan tenaz!
Torzamos rumbo: su encuentro
Muy mala espina me da.
Juan, saliendo. Oye, Gil.
Gil. ¡Calla! ¿estás ahí?
Juan. No me he querido marchar
Sin darte algun buen consejo
Gil. Estimo la caridad.
Juan. Mira, muchas, muchas noches
No vengas á este lugar.
Gil. ¿Porqué?
Juan. ¿No sabes?
Gil. ¿Yo? nada.
Juan. ¿Ves esa ermita?
Gil. Sí tal.
Juan. Pues ahí vive una bruja.
Gil. ¡Cómo!
Juan. ¿No has oido hablar
De ella en el pueblo?
Gil. Mil veces.
Juan. Pues mora ahí.
Gil. ¡San Julian!
Y cuentan cosas atroces
De su poder infernal.
Juan. Y si te encuentras con ella
Maleficiarte podrá
Con un soplo.
Gil. Dios me asista,
No aportaré yo aquí mas.
Juan. Harás bien.
Gil. Corriendo á casa
Vóime.
Juan. A Dios, Gil. (*Vase.*)
Gil. A Dios, Juan.
(A apostarme en otro sitio
Voy, y á Don Pedro á aguardar.) (*Vase.*)

ESCENA III.

POR OTRO LADO UN OFICIAL DE GUARDACOSTAS CON UN SOLDADO, EMBOZADOS.

Oficial. ¿Con que todo está hecho?
Soldado. Todo.
El valle cercado está.
Oficial. Bien; que estén todos dispuestos
A la primera señal.
Soldado. ¿Con que la noticia es cierta?
Oficial. Terminante el pliego está;
Del mismo rey es la órden,
Y con gran severidad
Fuerza es tratar el asunto.
Alerta pues.
Soldado. Descuidar.
Oficial. Aquí es la cita, y ya es hora;
Pronto la oracion dará.
Me ocultaré, no dé con
Algun curioso quizás.

ESCENA IV.

TOMAS, EMBOZADO.

Este es el lugar sin duda
Que aquel hombre me marcó.
Sí, allí el pueblo, aquí la ermita,
La cruz allá... ¡quiera Dios
Que no haya olvidado el dia,
Y oiga el dar de la oracion!
Ya estoy al fin en mi patria:
Sí, libre y resuelto estoy;
No mas obrar ni vivir
Contra mi propia razon.
Ya es tiempo de que se espíe
Aquel atentado atroz.
(*Un momento de pausa. Tomas se pasea: las campanas á lo lejos tocan á la oracion.*)
Esta es la hora convenida:
Esperaré.

ESCENA V.

TOMAS, EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS.

Oficial. En rededor
De aquella cruz veo un bulto.
Tom. ¿Quién va?
Oficial. ¿Quién viene?
Tom. Quien hoy
Busca puerto en que fondear.
Oficial. (Él es.)
Tom. (Él es.)
Oficial. Eh, patron,
¿De qué lado sopla el viento?
Tom. De la costa y de babor.
Oficial. Vos sois, pues, á quien yo busco.
Tom. Y á quien espero sois vos.
Buenas noches.
Oficial. Buenas noches.
¿Cumplido habeis?
Tom. Hombre soy
Que no ha mentido jamás;
Y aunque muestra mi esterior
La librea del delito,
Puro está mi corazon.
Oficial. ¿Dónde está el barco?
Tom. Aguardando
Mi señal.
Oficial. ¿La relacion
Escrita?
Tom. Aqui está, tomadla:

No será muy superior
Su lenguaje, pero es claro
Y tan cierto como el sol.
Oficial. ¿En qué año fué?
Tom. Ya hace veinte:
La fragata se abordó.
Yo lidié desesperado
Al lado de mi señor,
Pero fué inútil; ninguno
De nuestra tripulacion
Pudo escapar con la vida
Mas que un pobre niño y yo.
Oficial. ¿Y cómo, pues?
Tom. ¡Oh! le amaba
Con todo mi corazon,
Y hubiera muerto antes que él,
Segun era mi furor;
Mas les asombró mi audacia
Y el capitan nos salvó.
Oficial. Y fuísteis sus compañeros.
Tom. Esclavos decid mejor.
Oficial. Esplicaos.
Tom. Esta historia
Nos toca solo á los dos;
Con que dejadla que quede
Para siempre entre él y yo.
Oficial. Mas vos su lugarteniente
Habeis sido, y aun lo sois.
Tom. Cuando ese papel leais,
Vereis que si me nombró
Fué para tenerme lejos
Cautelosa precaucion.
Oficial. Mas ¿no podíais mandar
Cuanto os diere gana vos?
Tom. Sí, mas fondear no podia
Sino á antojo y eleccion
De un piloto, á cuyas órdenes
Taimado me sujetó
Mientras á vista de tierra
Se hallara la embarcacion.
Oficial. ¿Y qué premio á este servicio
Pensais pedir para vos?
Tom. Me entrego á vos, capitan,
Y si me haceis concesion
De unos dias, para ver
Qué es lo que ha dispuesto Dios
De la gente que dejé
Al partir con mi señor
Para América, me basta.
Oficial. ¿No vale mas que perdon
En un memorial pidais?
Tom. Confesárame traidor
Si lo hiciera, y las desdichas
En nadie crímenes son.
Oficial. Mas ahora que delatais...
Tom, interrumpiéndole. A nadie; yo solo soy
De la justicia divina
Instrumento vengador.
Si solo de mis desgracias
Le culpara, acusacion
Contra ese hombre no entablara;
Mas del mundo en rededor
Anda algun otro, tal vez
Sin amigos, sin mansion,
Y sin fortuna y sin nombre,
Y á fe que en honra nació,
De lo que goza usurpado
Mejor que él merecedor.
Oficial. Aquí hay un misterio grande
Que escapa á mi comprension,
Mas convencerme no puedo
De que seais un impostor.
Tom. No, juro á Dios.
Oficial. No jureis,
Y oid: ¿en disposicion
Estais de comparecer
En el tribunal?
Tom. Sí estoy,
Y á jurar cuanto hay escrito
En esa carta ante Dios;
Y tales pruebas daré
Que disipen todo error.
Oficial. ¿Si yo os llamo...?
Tom. Estaré siempre
Pendiente de vuestra voz.
Oficial. ¿A cualquier tiempo?
Tom. A cualquiera.
Oficial. De esa manera, id con Dios.
Veinte y cuatro horas teneis
A vuestra disposicion.
Tom. Aquí me tendreis mañana.
Oficial. ¿A qué hora?
Tom. Al ponerse el sol.
Oficial. (Voy pues á cercar desde esta
Todo el valle en derredor.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

TOMAS.

Espíritus sin sepulcro,
Inmolados á traicion,
Aun teneis sobre la tierra
Un amigo, un vengador.
Si aun queda de vuestra raza
El solo que se salvó,
Verá que no he olvidado
Mi fe, ni mi obligacion.
Mas no hay tiempo que perder:
Ya es fuerza pensar en mí,
(*Va á retirarse y ve á lo lejos á Elena, que llega.*)
Y ver si me dan aquí
Luz alguna... ¡Una mujer!
Un farol trae en la mano

Que su camino la alumbre...
¡Lo que puede la costumbre
En el corazon humano!
¡Un ser sobrenatural
La creyera un campesino,
Cruzar viéndola el camino
Con paso y figura tal!
Mas me ocurre un pensamiento:
Si de ella pudiera acaso...

ESCENA VII.

TOMAS, ELENA.

Elena. (Aquel hombre no da un paso:
¿Si será él?)
Tom. (Me iré con tiento,
Sin embargo.)
Elena. (Harto esperar
Es á la impaciencia suya.
Si es él, no sé lo que arguya.
No importa, voy á pasar
Junto á él; puede no haberme
Desde lejos conocido.)
Tom. (Se acerca, yo me decido.)
Buena mujer, si ofrecerme
Podeis ayuda, yo os ruego...
Elena. (No es él.) ¿Qué quereis de mí?
Tom. De muy lejos llego aquí,
Y descaminado llego.
¿Me direis si en el que estoy
Es en verdad mi camino?
Elena. ¿Y adónde es vuestro destino?
Tom. Al Palacio Moro voy.
Elena. (Cielos.)
Tom. ¿Dista mucho?
Elena. No;
Mas la subida es fatal,
Y á esta hora hareis muy mal
En emprenderla.
Tom. Si yo
El terreno conociera,
A emprenderla me arriesgara,
O en algun pueblo buscara
Una posada, si hubiera.
Elena. Inmediato está Lubrin:
Por ese sendero estrecho
Vais á este lugar derecho,
Que en sus calles tiene fin.
Tom. ¿Habitais en él?
Elena. No, á fe:
Y á lo que oyéndoos infiero
Que todavía estrangero
Sois aquí, claro se ve.
Tom. Decidme: ¿por qué razon?
Elena. Porque, si no fuera así,
No os encontrárais aquí
Tan cercano á mi mansion.
Tom. ¿Pues qué hay de ella que temer?
Elena. Nada sin duda; esta ermita
Hace ya años que la habita
Solamente una mujer.
Pero tened muy presente
Que desde que el sol se pone
Rarísima vez se espone
A pasar por aquí gente.
Seguid pues vuestro camino,
Y buenas noches.
Tom. ¡Qué es esto!
Elena. (Que dejar le hará imagino
(*Elena entra en la ermita.*)
La supersticion el puesto.)
Tom. Aquí hay misterio: el retiro
Y el secreto necesita
Tal vez, y dió á aquesta ermita
Ese misterioso giro,
Que el vulgo supersticioso
Respetará... ¿Pero á mí,
Qué me importa que obre así?
Déjola pues en reposo,
Y á lo que me atañe voy.
(*Va á salir y se encuentra con Don Juan.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, TOMAS.

D. Juan. ¿Quién va allá?
Tom. Un hombre.
D. Juan. ¿Que pasa,
O que espera?
Tom. Busca casa.
D. Juan. ¿Sois forastero?
Tom. Sí soy.
D. Juan. Mi posada os ofreciera
Si pudiera á ella tornar.
Tom. ¿Vecino sois del lugar?
D. Juan. Lo mismo que si lo fuera,
Porque como es tan pequeño...
Tom. ¿Conoceis su poblacion?
D. Juan. Sí.
Tom. ¿Podriais dar razon...?
D. Juan. De cualquiera á quien empeño
Trajéreis en encontrar.
Tom. Me hareis muy grande favor.
D. Juan. Pero con otro mayor
Me lo tendreis que pagar.
Tom. Decid.
D. Juan. Tengo en este instante
Dos citas á que acudir:
En la una voy á reñir;
En la otra un importante
Secreto voy á saber,
El cual tal vez asegura
Mi felicidad futura
Y el honor de una mujer.
Cumplir á un tiempo las dos
Si me tardo en la primera,

No me es posible aunque quiera;
Tomad una sobre vos.
Tom. ¡Cómo!
D. Juan. Si sois caballero,
Una de ellas elegid,
O á oir el secreto id...
Tom. Eso no, reñir prefiero.
D. Juan. ¡Oh! gracias; pero preciso
No será tanto sin duda;
Cuando mi contrario acuda,
Si yo no estoy, dadme aviso.
Tom. Bien, bien; yo haré mi deber,
Que tenga ó no de reñir.
D. Juan. ¿Y ahora me podreis decir
A quién quereis conocer?
Tom. Sí, busco á un hombre, un villano
Cuya historia es algo estraña;
Pasó há tiempo á nueva España,
De un corsario siciliano
Fué cautivo...
D. Juan, con amargura. ¡Ah! ¡sé de un hombre
A quien conviene esa cruel
Historia!
Tom. ¿Y qué ha sido de él?
D. Juan. ¡Sábelo Dios!
Tom. ¿De su nombre
Os acordais?
D. Juan. Si eso prueba
Que con el alma le amaba...
Tom. Oh, concluid. ¿Se llamaba
Tomas Ruiz de Villanueva?
D. Juan. Sí, sí: ¿conocéisle vos?
¿Dónde está?
Tom. Y vos, que afan tal
Mostrais por él, ¿cuál es, cuál
Vuestro nombre? ¿entre los dos
Qué relacion hay?
D. Juan. La vida,
Que en sus brazos recibí,
Cuanto soy y cuanto fuí.
Tom. ¡Ah! si esa historia es mentida,
Apártate, tentador.
D. Juan. No, no, esa historia es la mia.
Tom. Entonces, ¡Vírgen María...!
D. Juan. Tú eres: ¡cielo vengador!
Tom. ¡Rodulfo!
D. Juan. ¡Tomas!
Tom. Abrázame.
D. Juan. Sí, sí; el placer me sofoca.
(*Abrázanse.*)
Tom. Y mis lágrimas provoca.
(*Vuélvense á abrazar.*)
D. Juan. Aprieta, así, despedázame.
¡Pero qué recuerdo horrible!
¿Y mi padre? ¿en qué paró?
Tom. Qué, ¿no has vuelto á verle?
D. Juan. No.
Tom. Santos del cielo, ¡es posible!
¿Por quién te vas á batir?
D. Juan. Por Isabel, por mi amor.
Tom. ¿Y con quién?
D. Juan. Con su raptor,
Si es que se atreve á venir.
Tom. ¿Quién es?
D. Juan. Un conde estrangero.
Tom., apresurado. ¿Que habita en ese castillo
Que ocupa ese montecillo?
D. Juan. Sí.
Tom. (¡Lazo infernal!)
D. Juan. Mas quiero
Saber antes si hay camino
Que me haga tener sujetos
De ese hombre muchos secretos
Y dueño de su destino.
Tom. ¿Y cómo lo has de saber?
D. Juan. Una mujer misteriosa
Que por mí vela afanosa
Me lo ha prometido hacer.
Tom. ¿La conoces?
D. Juan. No por cierto.
Tom. ¿Y si es un lazo?
D. Juan. No, no;
Mas de un año há que me dió
Una carta, que hoy he abierto,
Ofreciéndome su amparo
Si me hurtaban el tesoro
De la mujer que yo adoro,
Con que podia.
Tom. Está claro.
¿Mas dónde está?
D. Juan. No lo sé.
Ya es la hora que me dió.
Tom. ¿Y aquí mismo te citó?
D. Juan. En esa cruz.
Tom. Oye.
D. Juan. ¿Qué?
Tom. Oigo dentro de esa ermita
Rumor.
D. Juan. Apártate á ver.
(*Se apartan y aparece Elena.*)
Elena. (Ya esperará.)
D. Juan. Una mujer,
Y es ella.
Tom. ¿La de la cita?
D. Juan. Sí; aléjate de su luz
No se esquive viendo dos,
Y no me faltes por Dios
Si acude ese hombre á la cruz.
Tom. Rodulfo, vé sin temor:
(De cualquier modo que sea
Preciso es que no le vea
Ese corsario traidor
Aun á costa de mi vida.)
(*Vase y se oculta detrás de la cruz.*)

ESCENA IX.

ELENA, DON JUAN, TOMAS.

Elena. ¿Es Don Juan?
D. Juan. Sí, Don Juan soy,
Y esperándoos estoy.
Elena. Vine á la hora convenida,
Mas encontré á un estrangero
Que me dió que sospechar,
Y que dejara el lugar
Quise, de veros primero.
D. Juan. En fin, ya estamos aquí,
Y no hay tiempo que perder.
Elena. Mucho por vos puedo hacer,
Y vos mucho mas por mí.
D. Juan. Lo que gustáreis mandad,
Si yo basto á conseguirlo.
Elena. Entrad en mi casa á oirlo,
Que habrá mas seguridad. (*Entran.*)
Tom. Entró con ella... por Dios
Que entre la cruz y la puerta
Puesto, he de estar bien alerta...
¡Desconfio de las dos!
(*Tomas queda paseando fuera. Elena y Don Juan dentro de la ermita.*)
Elena. ¿Os estraña este misterio,
Don Juan, y esta habitacion?
Tiene la supersticion
En el vulgo mucho imperio,
Y por eso la elegí:
Mil patrañas de ello cuentan,
Y cuanto mas las aumentan,
Mas segura estoy aquí.
D. Juan. Comprendo vuestra razon.
Elena. Un año há que espío al conde,
Y nada de él se me esconde
A merced de esta mansion.
D. Juan. Mi tiempo es breve, mirad
Lo que decirme quereis.
Elena. Don Juan, poco esperareis.
D. Juan. Pues ya os escucho, empezad.
Elena. ¿Conoceis al conde?
D. Juan. No.
Elena. Pues bien, yo le he conocido
Casi desde que ha nacido,
Y á ser lo que es no nació.
Sus títulos, sus haciendas,
Nada es suyo; es un engaño.
D. Juan. ¿Los hubo en pais estraño,
En políticas contiendas?
Elena. No lo sé; su poseedor
Verdadero estuvo ausente
Largo tiempo; de repente
Presentóse él sucesor.
Trajo cuantos documentos
Necesitó: declaróse
Como conde, é instalóse
Por tal sin mas miramientos.
Desmentir su identidad
Su semblante no podia,
Porque quince años hacia
Que de aquí faltaba; edad
Que á cualquiera desfigura:
Y hacinando precauciones
Esquivó las relaciones
Como cosa mas segura.
Pocos meses adelante
Vino Don Pedro, y con él
Vino esa hermosa Isabel
De quien sois tan fino amante.
D. Juan. ¡Oh! seguid, seguid.
Elena. Hacia
Mucho tiempo que olvidada
Vivia en pobre morada
Y huérfana se creía.
Él dijo: Su padre soy;
Tomóla de unos parientes
Que por ser tan indigentes
En que la dieron estoy.
Compró casa, con decoro
En ella la hizo habitar,
Y á nadie dió que pensar
El verle volver con oro,
Pues de América volvia;
Mas yo conozco tambien
A Don Pedro, y sé muy bien,
Señor Don Juan, que mentía,
D. Juan. ¿No es su padre?
Elena. Acaso no.
D. Juan. ¡Ah! seguid.
Elena. Noté que amigo
Del conde era, y que al abrigo
Del esterior que tomó
Era el único que entraba
En su torre, y armonía
Con sus gentes mantenia,
Y noches con él pasaba.
Entonces vinisteis vos
Con vuestro destacamento,
Y hubo entonces un momento
De treguas entre los dos.
Yo tras de mucho afanar,
De un anciano campesino
Supe un secreto camino
Al castillo para entrar.
Varias noches me introduje
En hora muy avanzada
En un ala abandonada;
Y la impresion que produje
Tan favorable me fué,
Que el vulgo supersticioso
Por fantasma misterioso
Ocupada ahora la cree.
Yo de bruja en esta ermita
Tal vez haciendo un papel,

Os hallé con Isabel
En una y en otra cita.
Supe vuestro plazo al fin,
Y me interesé por vos,
Temiéndome de los dos
Alguna emboscada ruin.
Espié, velé, inquirí,
Y al cabo yendo y viniendo,
Sus maldades conociendo,
A Flandes os escribí.
Y no dudeis que Isabel
Víctima sacrificada
Es, prenda al conde entregada.
D. Juan. ¿Por Don Pedro?
Elena. Sí, por él.
D. Juan. Eso no tiene, señora,
Ni aun asomos de razon:
¿A qué aguardar condicion
Ni plazos?...
Elena. Oidlo ahora.
Si tanto tiempo aguardando
A que espirara estuvieron,
Fué porque de vos temieron.
D. Juan. ¿Porqué?
Elena. Por su contrabando.
D. Juan. ¡Qué decís!
Elena. Esas montañas
Llenas de su gente están;
Por eso es todo su afan,
Esas todas sus hazañas.
D. Juan. No lo acierto á comprender.
Elena. Creedlo, ese hombre es un bandido,
Y nunca otra cosa ha sido,
Ni otra cosa sabrá ser.
D. Juan. Por eso hoy á mi venida
Topé con una emboscada,
Y á no por inesperada
Ayuda, pierdo la vida.
Pero de esa relacion
En el dédalo enredado
Con vuestro intento no he dado.
Elena. ¡Ay! está en mi corazon:
Todo descubierto está,
Esos peñascos cercados
Están ya por los soldados
Y todo á perderse va.
D. Juan. Y bien, ¿qué quereis de mí?
Elena. Don Juan, ¿quereis á Isabel?
D. Juan. ¡Oh, sí!
Elena. Pues salvadle á él,
Y huya conmigo de aquí.
D. Juan. ¿Con vos?
Elena. Sí, le amé; y ahora
Que todos á abandonarle
Van, yo, yo quiero salvarle,
Quiero ser su valedora.
Él me abandonó traidor,
Atentó contra mi vida,
Mas todo el amor lo olvida,
Y á todo alcanza mi amor.
Si á la costa se le auxilia
Osadamente á llegar,
Aun puede abrirnos el mar
Camino á nuestra Sicilia;
Favor por favor, Don Juan.
O así le salvais á él,
O á perder vais á Isabel.
D. Juan. ¡Y entonces perecerán
Todos, vive Dios, tras ella!
Elena. No os halague esa esperanza,
Que es temible su venganza,
Y es muy fatal vuestra estrella,
Capitan.

ESCENA X.

DON JUAN Y ELENA, DENTRO DE LA ERMITA; DON PEDRO Y TOMAS, FUERA.

Tom. ¿Quién va?
Ped. Yo soy.
Tom. (Quién es?)
Elena, á Don Juan. Decid.
D. Juan, á Elena. Escuchad:
¿No oís rumor?
Elena. Sí.
D. Juan, escuchando. Callad.
Ped. ¿Estais solo?
Tom. Solo estoy.
Ped. Pues vamos.
Tom. Vamos.
(*Poniendo mano á su espada.*)
Ped. ¿Qué es eso?
Tom. ¿A reñir no habeis venido?
Ped. ¡No es Gil! (¡Oh, me habrá vendido!)
Caballero, yo os confieso...
Tom. Esa voz... estoy soñando.
Ped. Perdonad; os tomé á vos
Por otro; quedad con Dios.
Tom. ¡No os ireis!
Ped. ¿Qué estais hablando?
Tom. No, de aquí no os movereis
Sin que quién sois me digais.
Ped. (¡Qué apuro!) Si os empeñais...
Tom. Sí, por Dios.
Ped. Pues lo sabreis.
Yo soy Don Pedro Zapata.
Tom. ¡Téngame Dios de su mano!
Ese que nombras, villano,
Murió á manos de un pirata.
Sí, y ese nombre me prueba
Que eres quien buscando voy.
Ped. Yo soy Don Pedro.
Tom. Y yo soy
Tomas Ruiz de Villanueva.
Ped. ¡Oh!
Tom. ¿Di, qué has hecho, traidor,

Del nombre que yo te dí?
¿Qué es lo que has hecho por mí?
¿Qué es de la hija de mi amor?
Ped. En el castillo.
Tom. ¿En poder
Del conde?
Ped. Sí.
Tom. ¡Miserable!
Este enredo abominable
Llego al fin á comprender.
Reza, si es que sabes algo
Con que dirigirte á Dios.
(*Tomas y Don Pedro forcejean mientras hablan los otros.*)
D. Juan. No oigo bien, pero son dos.
(*Va á salir, y Elena le quiere tener.*)
Elena. ¿Dónde vais?
D. Juan. Al campo salgo.
Me esperan para reñir,
Y otro toma mi lugar.
Elena. Tened.
D. Juan. No!
(*Sale Don Juan de la ermita, y Elena tras él.*)
Tom. Vas á acabar,
Como has querido vivir.
Ped. ¡Ah! (*Cayendo.*)
(*Mientras Don Juan y Elena detrás salen, aparece Juan con gente.*)

ESCENA XI.

TOMAS, DON PEDRO, JUAN. VARIOS CONTRABANDISTAS.

Juan. Ese es Don Juan. (*Señalando á Tomas.*)
Tom. ¡Tal traicion
Me sospechaba!
Juan. Ea, atadle
Pronto; al castillo llevadle.
Uno. Mira.
Juan, mirando. ¿Qué...? soldados son.
Vamos pronto. (*Vanse.*)
D. Juan, saliendo. ¿Adónde están?
¿Mas si es él? (*Viendo á Don Pedro.*)
Ped. ¡Ah, el capitan!
D. Juan. ¡Don Pedro aquí!
Ped. Huid por Dios:
Se llevan á otro por vos.
D. Juan. ¿Adónde?
Ped. Al castillo van.
D. Juan. Antes que lleguen...
(*Va á seguirlos, y Elena le detiene.*)
Elena. ¿Qué haceis?
D. Juan. Seguirlos.
Elena. Seguidme á mí.
Si llegar antes quereis.
D. Juan. ¿Y por dónde?
Elena. Por aquí.
(*Abre la cruz, y éntranse al tiempo que Don Pedro toca arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones sin movimiento. — Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Salon del castillo llamado *Palacio Moro*, que habita el Conde. Puerta á la derecha, y secreta en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja.

—

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

Cielos, ¿qué va á ser de mí
En esta mansion fatal?
¿Para tratarme tan mal
Qué delitos cometí?
Sola, pobre y desvalida,
Allá en oculta cabaña,
Al amor y al mundo estraña,
Pasaba feliz mi vida.
Huérfana, sí, mas dichosa,
Sin deseo ni esperanza,
Mi barquilla iba en bonanza
Por la mar tempestuosa.
Largos años viví así
Cual silvestre pasionaria
Que en campiña solitaria
Nace y crece y muere allí.
¡Ay! ¿porqué de aquel desierto
Me vinieron á sacar,
Para echarme al negro mar
De este porvenir incierto?
¿Porqué de mi corazon
Con impulso repentino
Al cambiarse mi destino
Se cambió la condicion?
De la soledad salí
Y con fortunas soñé,
Soñé con amor y amé,
Mas ¡cuán desdichada fuí!
El interés vino en pós
Del amor, ató el deber
Mi voluntad... ¿cuál va á ser
El mas fatal de los dos?
¿El amor...? ileso, intacto,
Puro en mi alma quedará.
¿El deber...? cumplido está,
Padre cruel, vuestro pacto.
Mi padre, ¡ay Dios! Se figura
Que en el oro y la grandeza
Está la fe y la belleza,
El placer y la ventura.
El alma de la mujer

Así, insensato, comprende,
Y así me entrega, me vende
Al que mas llega á ofrecer.
Mas tócame ahora á mí;
Él cumplió ya, era justo,
Y ya no hay mas que mi gusto
O mi desventura aquí.
Con nobleza elegiré,
Pero mirando hácia atrás
No, no romperé jamás
Mi palabra ni mi fe.

ESCENA II.

ISABEL, EL CONDE.

Conde. Buenas noches.
Isab. ¿Qué quereis?
Conde. Bella pregunta á fe mia:
¿No os le dijo á medio dia?
(*Cierra la puerta por dentro.*)
Isab. ¿Qué haceis?
Conde. Cerrar, ¿no lo veis?
Mi palacio esquiva y fiera
Desdeñásteis hasta ahora
Habitar como señora;
Sois pues en él prisionera.
Isab. ¡Y con cuán negra traicion
Lo habeis al fin conseguido!
Conde. Las cosas se hacen sin ruido
Mejor y con precaucion.
El vulgo me odia, lo sé,
Y si el plazo hubiera roto,
Armara necio alboroto,
Por eso un año aguardé.
Ahora escucha atentamente
La suerte que te prevengo,
Y lo que á decirte vengo
Piensa bien, y sé prudente.
De hoy no ha de verte ni el sol,
No; dentro de estas murallas
Como en un sepulcro te hallas;
Pasará por el crisol
De esta eterna soledad
Tu amor y tu fortaleza;
Y tu llanto y tu belleza
Jamás obtendrán piedad.
Entre peligros viví,
Crecí entre sangre y horrores,
Y amenazas ni clamores
Nada alcanzarán de mí.
Mi amor, mi fe, mi esperanza
Al fin de una y otra injuria
Tornaranse en odia, en furia,
En sed de fatal venganza.
Cederte á otro hombre despues
De aguardarte un año entero,
Es imposible, prefiero
Verte sin vida á mis piés.
Con que elige bien, y aparta
Sueños de fe y de virtud:
O esta estrecha esclavitud,
(Si antes de ella no se harta
Mi paciencia), ó con tu amor
Pagar voluntaria el mio;
Dejo el ser á tu albedrío,
Tu galan ó tu señor.
El mundo es grande, Isabel;
Yo te idolatro, te adoro;
Con mi brazo y con mi oro
Buen lugar tendrás en él.
Y puedo hacértele tal
Cuando admitas mis promesas,
Que te envidien mil princesas
Tu regia pompa oriental.
Isab. ¿Habeis concluido?
Conde. Sí.
Isab. Pues vuestras ofertas todas
Cual la farsa de mis bodas
Serán miradas por mí.
Esta mañana rehusé
Llegarme al profano altar,
Y no habré de renegar
Esta noche de mi fe.
Nací entre peñas, crecí
De pobreza entre rigores,
Y amenazas ni clamores
Nada alcanzarán de mí.
Mi amor, mi fe, mi esperanza
Firmes á halago y á injuria
Sabrán despreciar tu furia
Y arrostrar tu vil venganza.
Oye pues: todo tu afan
Es en vano; yo le adoro,
Y no vale todo tu oro
Un cabello de Don Juan.
Conde. ¿Esa es tu respuesta?
Isab. Esa es,
Sí: ¿despues de un año entero
Ser tuya? jamás: prefiero
Caer sin vida á tus piés.
Conde. Caerás, sí; pero no esperes
Que así tu vida concluya,
Porque irá antes de la tuya
La de ese á quién tanto quieres.
Isab. Mi constancia y su constancia
En el bien como en el mal,
Siempre firmes por igual
Se mofan de tu arrogancia
Conde. Verémos si tu entereza
A tanto heroismo alcanza,
O si cede la balanza
Al peso de su cabeza.
Isab. Me rio de esa villana
Amenaza que te inspira

Quien te inspiró la mentira
Del papel de esta mañana.
Conde. ¡Necia! ¿mientas el papel,
Y aun conservas confianza?
Pues disipa la esperanza
Que concebiste por él.
Aprende lo que no sabes,
Y aprendiendo á conocerme,
Decídete á obedecerme
Y tu situacion no agraves.
¿Piensas que al plazo faltó
Tu constante capitan?
No, burló todo mi afan;
Daba aun las doce el reló
Cuando él acudió á la cita.
Isab. ¡Cómo!
Conde. Mas fia en su brio
El necio, y mi desafío
Admitió.
Isab. ¡Infamia inaudita!
Conde. De noche, y en despoblado,
Y solo prometió ir.
Isab. ¡Cielos!
Conde. Puedes presumir
Que habré mi gente apostado.
Isab. ¡Hombre vil!
Conde. Oyelo todo:
Mandé, haga ó no resistencia,
Que desde allí á mi presencia
Le traigan de cualquier modo.
Ahora, creas ó no creas
De grado lo que te digo,
De ello vas á ser testigo,
Y creerás cuando lo veas.
(*Oyese un clarin.*)
Oye; esa la señal es
Para franquear el rastrillo;
Ya están al pié del castillo,
Decídete pronto pues.
Y no te andes con pereza,
Porque juro, vive Dios,
Que eliges una de dos,
O mi amor ó su cabeza.
Isab. No puede mi alma con tanta
Increible atrocidad:
Tu fria ferocidad,
Monstruo pérfido, me espanta.
Conde. Esperé, callé y sufrí
Mientra el plazo se cumplia,
Y al castillo te traía
Sin dar sospechas de mí.
De hoy todo será traicion,
Y ese vulgo que murmura
Creerá mansion de ventura
La que será tu prision.
Mas suben, ya están aquí.

ESCENA III.

ISABEL, EL CONDE, JUAN.

Conde. ¡Hola! ¡eres tú!
Juan. Sí, yo soy.
Conde. ¿Traes al capitan?
Juan. Le traigo.
Conde. Ya lo ves. (*A Isabel.*)
Isab. ¡Cielos!
Juan. (*Aparte al conde.*) Señor,
Echad ahora esos imbéciles
Amoríos á un rincon,
Y pensad en lo que importa.
Conde. ¿Qué hay pues?
Juan. Huyamos, sino
Todo el valle á desplomarse
Va muy pronto sobre vos.
Conde. ¡Cómo!
Juan. De tropas y hogueras
Cercado está en derredor.
Conde. Tengo mi barco en la costa,
Que há dos dias que fondeó
En esas rocas vecinas.
Juan. Mas ved que un enjambre son.
Conde. Serénate, Juan, no temas,
Que tal lo he dispuesto yo
Que por entre ellos pasemos
Como por un vidrio el sol.
Juan. No lo sé.
Conde. Habrá algunos tiros,
Habrá un cadáver, ó dos;
Mas tras el primero á tierra
Saldrá mi tripulacion,
Y habrá al mismo tiempo fuego
De babor y de estribor.
Tiempo há que he determinado
Salir de este boqueron,
Pero saldrémos despacio,
Con botin y con honor.
Ve, Juan, que todo esté á punto
Para el despuntar del sol;
Mi barco aguarda esa hora.
Juan. Cumpliré mi obligacion.
Mas de ese Don Juan, ¿qué hacemos?
Conde. Que aguarde un punto, ve.
Juan. Voy.

ESCENA IV.

EL CONDE, ISABEL.

Conde. Ya lo ves, está en mis manos;
Firme es mi resolucion,
Y única; elige, Isabel,
O su cabeza ó mi amor.
No mas misterios, no mas
Disimulos ni ficcion:
Necia honradez, medianía

Servil no te ofrezco yo.
No una alquería en un valle,
Y un olivar que agostó
El abandono de un año,
Y una lanza y un bridon
Con un corazon voluble
Que tal vez otra secó;
No, yo te ofrezco un tesoro
De libertad y de amor:
Todo el imperio del mar
Que rey ninguno acotó,
Y donde soy con mi barco
Mas grande que el rey mayor.
Nada habrá que te se antoje
Que darte no pueda yo:
Si el mar te cansa, de tierra
Puedo darte, no un rincon
Donde vivir olvidada,
Sino el palacio mejor.
La opulencia de los ricos,
Del noble la ostentacion,
Y toda la altanería
Del lujo fascinador.
Si Europa no da á un valiente
Acogida y proteccion,
Un nuevo mundo en América
Se nos abre¡ vive Dios!
Allí está vírgen la tierra
Esperando á su señor,
Y conmigo su conquista
Dividirá el español:
Que harto mi brazo y mi oro
Valen en contra ó en pró
Para que no los acepte,
O esclavo ó conquistador.
Isab. Basta, insensato, de ofertas
Que solo quimeras son.
¿Crees tú que están mis oidos
Insensibles á la voz?
¿Piensas que la de ese esclavo
En ellos no resonó?
Va á desplomarse, te dijo,
Todo el valle sobre vos:
Palideciste al oirle
Decir que un enjambre son,
Y mi corazon oyéndolo
De gozo se estremeció;
Y firme, como la tuya,
Es ya mi resolucion.
Conde. Pobre insensata, cual siempre
Te engaña tu corazon;
Mi barco tengo en la costa,
Cuanto tengo de valor,
Mis tesoros, mis secretos,
En él se depositó
Con cauteloso sigilo
Y esquisita precaucion.
A mi poder y á mi dicha
Solo me falta el amor;
Una mujer, que eres tú,
Y sin la cual no me voy.
Isab. Primero que del pirata
La opulencia acepte yo,
Hágame un esclavo vil
Pedazos el corazon.
Conde. Mira que á Don Juan sentencias.
Isab. A mi honra y á su valor
Mejor nos está morir
Que verme en tus brazos.
Conde. ¡Oh!
¡Un mundo entero no pudo
Arrostrar mi indignacion,
Y hoy una débil mujer
Osa arrostrar mi furor!
Piénsalo bien, cierva presa
En las garras del leon.
Isab. Piensa tú que de tu cueva
Se apiñan en derredor
Lobos que huelen la sangre
De quien pavura les dió.
Conde. Mira que no hay esperanza.
Isab. Yo he puesto la mia en Dios.
Conde. Por última vez, ¿aceptas?
Isab. Por la vez última, no.
Conde. Sea, y cúlpate á tí sola
De la suerte de los dos.
Teneis de vida un minuto,
Y aquí, este mismo salon
Será de entrambos sepulcro
O templo de nuestro amor.
Isab., de rodillas. El cielo que me dió fuerzas,
Para tal resolucion,
Hará que á cabo la lleve,
O será mi protector.
Conde, con mofa. ¿Quién dentro de estas murallas
Podrá protejerte?
Elena, saliendo por la puerta falsa. Yo.

ESCENA V.

EL CONDE, ISABEL, ELENA.

(*Elena se coloca entre Isabel y el Conde: Isabel continúa de rodillas.*)
Conde. ¡Qué es esto, cielos! Elena.
Elena. Sí, bárbaro, Elena soy.
Conde. Espectro horrendo, ¿qué quieres?
¿Quién ante mí te evocó?
¿Porqué del sepulcro sales,
Enemiga aparicion?
Elena. Deliras, Cain, deliras;
No soy un espectro, no:
Vivo, y me guarda tu estrella
Para ser tu salvacion.

Conde. Mi bala no ha errado nunca.
Elena. Pues en la Cabrera erró.
Conde. ¡Sin duda estoy siendo víctima
De una pesadilla atroz!
Elena. Acabemos de una vez,
Y sal, Cain, de tu error.
Ya no tienes en el mundo
Mas esperanza que yo.
Conde. ¡Tú!
Elena. Sí, todos te abandonan;
Mas si audaz resolucion
Tomas, aun puedes salvarte
Huyendo conmigo.
Conde. No.
Elena. Eso es lo que aun ofrecerte
Puede quien tuvo valor
Para vivir junto á tí
En escondido rincon
Dos años en este valle;
Sí, quien te guardó hasta hoy
En vez de infame venganza
La fe de su corazon.
Y esto es lo que va á ofrecerte
Otro enemigo mayor
En este momento mismo
Y con igual condicion.
Conde. ¿Quién?
Elena. Don Juan.
Conde. ¡Necia! ¿Ese engaño
Crees que me infunde pavor?
Don Juan está en mi poder;
Y ahora mismo, al de mi voz,
Ante vuestros mismos ojos
Voy á ponerle.
(*Asoma Don Juan mientras Cain se dirige á la puerta contraria.*)

ESCENA VI.

DICHOS, DON JUAN, SALIENDO POR LA PUERTA SECRETA.

D. Juan. Aquí estoy.
Isab. ¡Don Juan!
D. Juan. ¡Isabel! (*Abrázanse.*)
Conde. ¿Qué es esto?
D. Juan, viendo al Conde. ¡Qué veo!
¡Dios vengador!
¡Mi padre!
Conde. ¿Ese hombre, es Don Juan?
D. Juan. ¡Noche de condenacion!
Yo soy Don Juan, soy Rodulfo.
¡Capitan, vuesto hijo soy!
Que salí de la Cabrera
Para infierno de los dos.
Conde. ¡Oh rabia!
Elena. ¿De la Cabrera?
D. Juan. Allí ese hombre me dejó.
Elena. Dióme allí un mancebo amparo,
Y una lancha salvacion.
D. Juan. ¿En la Cabrera?
Elena. Sí.
D. Juan. ¡Entonces
Ese mancebo soy yo!
Elena. Sí.
Conde. ¡Todo lo entiendo ahora!
D. Juan. Y yo tambien, ¡vive Dios!
(*Desesperado.*)
Yo tambien, que del destino
Bajo fatalismo atroz
He sido siempre el juguete
Desde la hora en que ví el sol.
Conde. (¡Oh dicha! pues el destino
A todos me los juntó,
De todos me libro á un tiempo.)
Rodulfo, tienes razon,
El uno en contra del otro
La suerte nos colocó,
Y es fuerza sacrificarse
Uno de ambos por los dos.
D. Juan. Partámonos uno de otro,
Padre, dejadme mi amor,
Y huid mientras teneis tiempo
Y yo quedo tras de vos.
Si mi fuerza ó mis engaños
Os consiguen salvacion,
Para siempre separémonos,
Y que nos ayude Dios.
Elena. ¡Qué historia espantosa es esta
Que á mis celos escapó!
Cain, tan negro misterio
No cabe en mi comprension.
¿Es hijo tuyo ese hombre?
Conde. Mujer, cierra el labio.
Elena. No;
Fuerza es que se aclare todo
Este misterio de horror.
Conde. Pues bien, aclárese al punto,
Porque ahora mirando estoy
Que si ese es Don Juan, hay otro
Que su lugar usurpó.
¡Hola! traed á ese.

ESCENA VII.

DICHOS, JUAN, TOMAS, PIRATAS.

Juan. Aquí está.
Conde. ¿Quién eres tú?
Tom. Tomas soy.
Conde. ¡Gracias, fortuna! Salid.
(*Vase Juan y los que con él han salido.*)

ESCENA VIII.

CONDE, TOMAS, DON JUAN, ELENA, ISABEL.

Conde. ¿Quién manda mi barco?
Tom. Yo.
Conde. ¿Está en la costa?
Tom. Está allí.
Conde. Y á buscarme vienes.
Tom. Sí.
Conde. ¿Para que partamos?
Tom. No.
Conde. ¡Cómo!
Tom. Escúchame, pirata;
Acabo á uno de matar
El bosque al atravesar.
Conde. ¿A quién?
Tom. A Pedro Zapata.
Conde. De un bribon nos has librado.
Tom. Sí, mas en otra ocasion
Conocí yo á ese bribon,
Y todo me lo ha contado.
Conde. ¿Y qué?
Tom. Por él supe allí
Que la única hija mia
Que encomendado le habia
Está en tu poder aquí.
Conde. ¡Tu hija!
Tom. Él hizo papel
De padre suyo en mi nombre.
Isab. No era mi padre aquel hombre.
Conde. ¡Es hija tuya Isabel!
Tom. Sí.
Isab., arrojándose á sus brazos. ¡Padre!
Tom., idem. ¡Hija mia! Ahora
Pirata, no mas doblez,
No mas ficcion; á tu vez
De Dios tu perdon implora.
Elena. ¿Aun hay mas misterios?
Tom. Sí.
Ya mi hija, mi afan logré,
Mi hija, que la causa fué
De mi silencio hasta aqui.
Veinte años há que te sigo
De tu barco en el encierro,
Veinte años que como un perro
Camino y duermo contigo
Por eso; ahora el dueño soy
De tu mas fatal secreto,
Y por verte en él sujeto
Héme afanado hasta hoy.
Conde. Guárdalo, esclavo, hasta el fin,
Como hasta aquí lo has guardado.
Tom. Mas de seis años forzado
Lo guardé en tu bergantin:
No, tú los lazos has roto
Con que á callar me obligabas,
Cain, cuando me dejabas
Esclavo de tu piloto.
Temistes que cuando en tierra
Saltara te venderia;
Pensaste bien, este dia
Llegó, que tanto te aterra.
¿Te acuerdas, feroz pirata,
De aquel horrendo abordage
Con que distes fin al viaje
De una peruana fragata?
Con vida tan solo allí
Quedamos un niño y yo.
Conde. ¿Y quién os la concedió?
Tom. Tú; pero ¿á qué precio, di?
Siendo parte de tu bando
Y los rayos de la ley
Con tu sanguinaria grey
Sobre nosotros llamando.
Te la compramos, ¡par diez!
Él con su fortuna entera,
Con su suerte venidera,
Yo con toda mi honradez.
Conde. Basta, traidor, basta ya.
Tom. ¡Lo que adivinas te espanta!
Conde. No saldrá de tu garganta
Lo que resta.
Tom. ¡Oh sí saldrá!
Conde. Primero que lo pronuncies
Tendrá cabo tu existencia.
¡Hola!
(*Va á salir, y Tomas, acudiendo antes que él á la puerta, pasa el cerrojo y se coloca delante de ella.*)
Tom. A toda resistencia
Es forzoso que renuncies;
No en vano á la fuerza apeles,
Tu barco al rey he vendido.
Conde. Traidor.
Tom. Y le he remitido
Tu tesoro y tus papeles.
Conde. ¡Oh furia!
Tom. Y por conclusion
Envié escrita de mi mano
Del abordaje inhumano
Una exacta relacion.
No hay pues para tí, Cain,
Ni remedio ni esperanza,
Que te aprestó mi venganza
En un cadalso tu fin.
D. Juan. Eso jamás, ¡vive Dios!
Mi padre le hizo el destino
Y yo le abriré camino,
O morirémos los dos.
Elena. Y antes que á trance tan cruel
Le lleve tan vil traicion,
Pisarán mi corazon
Para llegar hasta él.
Capitan, por cuanto caro

Tengais en el universo
Que en un trance tan adverso
No le dejeis sin amparo.
Habeis en su compañía
Por largo tiempo vivido,
Su fortuna habeis seguido,
Y por su sangre os queria.
D.Juan. ¡No por Dios! aunque me afrente,
Su sangre no negaré.
(*Al Conde.*)
Vuestro lugar tomaré,
Y mientras secretamente
Por ese oculto camino
Salís al campo los dos,
Yo me quedaré por vos
A arrostrar vuestro destino.
Tomad y huid.
(*Le ofrece su espada. Tomas se va á acercar. Don Juan se dirige á él con nobleza.*)
Tom. ¡Tente!
D. Juan, á Tomas. Atrás.
Si tú vengas tu opresion,
Yo cumplo la obligacion
Que hay en mi sangre, Tomas.
Tom. ¡Rodulfo!
D. Juan. Si das un paso
Para tocarle un cabello,
Tomas, por todo atropello;
Tente á tu vez, ó te abraso.
(*Con una pistola.*)
Isab. ¡Padre! ¡Don Juan!
D. Juan. Id, volad.
Tom. Pues bien, noble corazon,
Aprende la obligacion
De tu sangre en realidad.
No es la de ese monstruo fiero
La que corre por tus venas,
No; él colgó en sus entenas
A tu padre verdadero.
D.Juan é Is. ¡O no es mi/su padre ese hombre!
Tom. No. Abordó nuestra fragata,
Y dejó de ser pirata
Con su título y su nombre.
(*El pirata lo oye todo con calma y fiereza.*)
D. Juan. ¡Ira de Dios!
Tom. Y ve aquí
La venganza que apresté;
Sí, cuando en ella pensé
Pensé en tu padre y en ti.
D. Juan, volviendo la pistola que tiene en la mano al Pirata. Cúmplase pues... reza, infame,
Tu postrimera oracion.
Conde, presentando el pecho. Tira, aquí está el corazon:
No creas, no, que reclame
Ni clemencia ni piedad
La fiereza del pirata,
Que no eres tú quien le mata,
Sino su fatalidad.
Tira: esa ha de ser mi suerte,
De una ó de otra manera;
Con que venga como quiera,
Nunca he temido la muerte.
Elena. Perdon, capitan.
Isab. Perdon,
Don Juan.
Tom. Tente; á la justicia
Toca, y arguye malicia
Impedir su obligacion.
(*Se oyen voces dentro, y luz de antorchas por detrás de la ventana. Algunos tiros muy á lo lejos.*)
Conde. ¿Mas qué es esto?
Tom. Ya lo ves,
Cercado el palacio está.
Conde. Mas mi gente lidiará,
Vive Dios.
Tom. Inútil es;
No se trata de batallas
Ni abordages, y aplicado
Habrán prontos de contado
Escalas á las murallas.
Juan, dentro. ¡Capitan!
Conde, asomando á la reja. ¿Quién va?
Juan, dentro. Salid
Pronto, que ya los soldados
Tienen los puentes forzados
Y huye mi gente; venid.
Conde. Mis dueños sois, responded;
Mandad lo que os venga á tino;
Yo arrostraré mi destino,
Pero sin pedir merced.
Tom., á la reja. Rendíos á discrecion,
No hay mas remedio ni espacio,
Porque he vendido el palacio.
(*Vocería lejana.*)
Elena, de rodillas. Perdon, capitan, perdon:
Os hizo una injuria cruel,
Mas tambien os dió la vida,
Y me teneis prometida
La suya por Isabel.
¡Oh! teneis tiempo y favor:
Sed generoso, Don Juan;
No atropelleis, capitan
Vuestra palabra y mi amor.
Conde. Alza y no ruegues villana,
Y pues que tanto me quieres,
Vamos á ver cómo mueres
Como buena Siciliana.
Elena. Ah, rendíos capitan;
Veo que en vuestra nobleza

La ruindad y la grandeza
Luchando en silencio están.
D. Juan. No, no: él en su barco á mí
Guardóme y me protegió:
Con mal no he de pagar yo
El bien que dél recibí.
Sea: partid, por aquí;
(*Por la puerta secreta.*)
Tal vez en la oscuridad
Podeis, la ermita ganad,
Y estad ocultos allí.
Si mañana ambos á dos
Vivís, un barco tendreis
Para que á la vela os deis.
Id, y que os ayude Dios.
Elena. ¡Oh! dejad que á vuestros piés...
D. Juan. Id, que me estais dando afan.
Conde. Gracias, y á Dios, capitan.
D. Juan. No os detengais.
Conde. Vamos pues.

ESCENA IX.

DON JUAN, ISABEL, TOMAS.

(*Tomas quiere hablar. Don Juan le ataja la palabra.*)

D. Juan. Tomas, ninguna objecion
Admito: cumplí y cumpliste:
Tú con mi padre, debiste,
Y yo con mi corazon.
No pensemos mas en él,
Y solo el placer gocemos
De ver que entrambos tenemos
Nuestra dicha en Isabel.
Tom. ¡Honra tamaña, señor,
A nuestra humildad villana!
D. Juan. Todo tu lealtad lo gana,
Todo lo iguala el amor.
(*Ruido en el paso secreto.*)
¡Mas qué ruido...! ¿volverá
Ese hombre? Llegan. ¿Quién va?

ESCENA ÚLTIMA.

EL CAPITAN DE GUARDACOSTAS APARECE POR LA ENTRADA DEL CAMINO SUBTERRANEO, SEGUIDO DE ALGUNOS SOLDADOS CON ARMAS Y ANTORCHAS.

Capitan. Yo.
D. Juan. ¿Y quién de esa galería
Os mostró el paso profundo?
Capitan. Un hombre que moribundo?
Al pié de la cruz yacía.
D. Juan. ¡Oh! ¿y los hallásteis?
Capitan. Los dos
Despechados resistieron.
D. Juan. ¿Se salvaron?
Capitan. No, murieron.
D. Juan. ¡Ay! ¡Fué justicia de Dios!

LA GRAN COMEDIA

DE

EL CABALLO DEL REY DON SANCHO,

EN CUATRO JORNADAS.

PERSONAS.

DON SANCHO EL MAYOR, rey de Navarra.
LA REINA, su mujer.
EL INFANTE DON GARCIA.
DON RAMIRO.
GISBERGA.
DON PEDRO SESÉ, caballerizo mayor del Rey.
ARJONA.
JUAN.
MELENDO.
SOLDADOS, CABALLEROS, PAJES, REYES DE ARMAS, JUECES DEL CAMPO, PUEBLO.

Año 1030 de N. S. J. C.

JORNADA PRIMERA.

Interior de un aposento de una casa rústica, que ocupa la mitad del escenario, cuyos adornos consisten en ustensilios de caza. Este aposento tiene una puerta a la derecha y dos en el fondo; de estas dos la una es una alcoba, la otra es la salida y entrada. A la izquierda una ventana con reja de madera. La parte esterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

—

ESCENA PRIMERA.

GISBERGA EN EL APOSENTO, JUAN BAJANDO POR LA MONTAÑA.

Gisb. Ya va avanzando la noche,
Y fria y lóbrega cierra,
¡Y aun no vuelven...! pero siento
Pasos. ¿Quién es? (*Asomando á la ventana.*)
Juan, desde fuera. Yo.
Gisb. Ya llegan.
(*Abre Gisberga, y entra Juan con caza y perros.*)
¿Y tu amo?
Juan. ¿Pues no ha venido?
Gisb. No.
Juan. Habrá alzado alguna pieza.
Gisb. ¿Mas dónde está?
Juan. Tras mí viene.
Le dejé junto á la peña
Del puente, donde los perros
Se nos plantaron de muestra.
Gisb. ¿Tan de noche y sigue rastro?
Juan. ¡Qué quereis! Si no le deja
La aficion. Díjome al irse
Que á espacio á casa volviera
Que de cerca me seguia;
Mas al pié de aquella cuesta
Le he esperado largo rato
Y ya creí que me hubiera
Adelantado tomando
Por el atajo.
Gisb. Pues, ea,
Que te ayude el africano
A descargar, y Teresa
Que apronte una buena lumbre.
Juan. Sí por Dios, que ahora comienza
Una lluvia tan menuda
Que cala.
Gisb. Pues date priesa.
Juan. Allá voy. ¡Bien lo hemos hecho!
Molidas traigo las piernas.

ESCENA II.

GISBERGA, DON GARCIA.

(*Don García baja por las montañas acercándose á la casa y dando instrucciones á los que le acompañan para lo que pasa en las escenas posteriores. Don García se adelanta solo.*)

Gisb. Tan tarde y solo en el monte
Y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el rey ausente
Haciendo á los moros guerra.
Mas... sí... estoy sintiendo pasos...
Él es... sin duda (*Mira por la ventana.*)
se acerca.
¿Eres tú?
Garc. Yo soy.
Gisb. Aguarda
Que voy á abrirte la puerta. (*Lo hace.*)
Entra, amor mio... ¡Mas cielos,
No es él!
Garc. No, no es el que esperas
Tan afanosa y amante,
Pero es otro cuyas huellas
Solo traen rastro seguro
Cuando hácia tí se enderezan.
Gisb. Señor caballero, basta:
Basta de vanas protestas,
De un amor que simpatía
En mi corazon no encuentra.
Dos veces me habeis buscado,
Y dos veces por sorpresa
Habeis llegado hasta mí,
Aprovechando la ausencia
De las gentes de mi casa.
Garc. Aparta, serrana bella,
El ceño adusto, que entolda
Tus miradas hechiceras.
¿Qué haces entre los peñascos
De estas montañas desiertas,
Donde el sol de tu hermosura
Tan breve horizonte encuentra?
Ven, abandona conmigo
Estas paredes de tierra
Para habitar un palacio
Y ver á tus plantas puesta
Toda una corte ostentosa,
Toda la Navarra entera.
Gisb. Si no me enojaran tanto
Vuestras lisonjas molestas
A fe que reir me harian
Tan colosales promesas,
Porque tan grandes no fuesen
Si fuesen mas verdaderas.
Toda Navarra ¡ahí va poco!
¿Y á quién? ¡á una lugareña!
Garc. Ay serrana, que es tan falso
Tu pecho como tu lengua,
Y para enviar en palabras
Tus pensamientos á ella,
Lo que crees y lo que dices
Tu astuto corazon trueca.
¿Serrana tú? ¿tú villana?
Aunque ese sayal que llevas
Y esa toca te disfraza
En vano engañar me intentas.
Que no hay serrana que arome
Con tal cuidado las trenzas
Que en agujas de oro prendes,
Y acaso con nácar peinas.
Villana que en los arroyos
Se lava, y al sol espuesta
Y al aire libre ha pasado
Diez y nueve primaveras,
No tiene tan trasparentes
Las manos á torno hechas.
Gisb. Tened las torpes palabras
Que me indignan y avergüenzan,
O alguno tal vez que puede
A la garganta os las vuelva.
Garc. ¿Quién, el jayan que allá dentro
Enciende la chimenea?
¿Con qué? ¿Tal vez con el látigo
Con que á los galgos encierra?
Gisb. ¡Caballero!
Garc. ¿O es el otro
Que de misterios se cerca,
Y aquí entre misterios pasa
Su misteriosa existencia,
Dando al necio vulgo pábulo
Para harto absurdas consejas?
Gisb. ¿Qué decís?
Garc. Lo cierto digo.
Toda la comarca entera,
Ya de vosotros murmura
Y de vosotros se aleja.
La misma corte, Pamplona
Ya en vosotros tiene puesta
Su atencion, y aseguraros
A mí me encarga la reina.
Gisb. ¡Cielos!
Garc. Ahora bien, hermosa,
Mi valor y mi nobleza
Me han colocado en Navarra
De la real familia cerca.
Yo te amo, y yo solo puedo,
Si no esquivas tal oferta,
Librarte de los peligros
Que sobre vos se aglomeran.
Gisb. Idos, señor caballero,
Y no os fatigueis la lengua
En promesas ni amenazas
Que quien las oye desprecia.
Decís que los que habitamos

Esta marañada selva
Damos al vulgo que hablar
Y que temer á la reina;
Pues bien, la reina y el vulgo
Cuando les plazca que vengan,
Y verán desvanecidas
Tan injuriosas sospechas.
Garc. Mucho de tu causa fias;
Mas ¿sabes que malas lenguas
Por espías os delatan
De los moros?
Gisb. ¡Tal afrenta!
¡Espías!
Garc. Tal lo murmuran;
Y las nocturnas escenas
Que dicen que en este valle
Pasan (que serán quimeras),
Mas que ante el vulgo ignorante
Que todo mal lo interpreta...
Gisb. ¡Qué!
Garc. De magos os acusan,
De quirománticas ciencias
Profesores ó secuaces...
¡Qué sé yo!
Gisb. Dios nos proteja;
¡Espías y nigromantes!
Garc. Que son crímenes que llevan
A los unos á la horca,
Y á los otros á la hoguera.
Gisb. Por Dios, señor caballero,
Que patrañas tan groseras
Los nobles y cortesanos
Es imposible que crean.
Garc. Que aquí un espíritu habite
Que impalpable se aparezca
Bajo mil formas distintas
Ya en el llano ya en la vega;
Que aquí con otros espíritus,
Nocturnas rondas emprendan,
Y otras semejantes fábulas
Que cuenta la chusma crédula,
No puede creerlo nadie
Que cinco sentidos tenga;
Mas ¿quién en vuestros encantos
No creerá si á ver llega
Los poderosos hechizos
Que atesora tu belleza?
¿Qué mas filtro que tus ojos
Que filtran y que penetran
Los corazones mas duros
Que entre sus rayos se queman?
Gisb. Idos, caballero, idos;
Vuestro amor, vuestras ofertas
Ni puedo admitirlas yo,
Ni á poder, las admitiera.
Idos por Dios, caballero;
Que estoy temiendo que vuelva
Quien puede de estas palabras
Pedirnos á entrambos cuentas.
Salid de aquí.
Garc. En vano trazas
Una inútil resistencia,
Un solo criado en casa
Tienes, y la casa cercan
Quienes de ese otro que dices
Sabrán defender las puertas.
Mira.
(*La hace mirar por la ventana y ver los monteros que rodean la casa.*)
Gisb. ¡Gran Dios!
Garc. Y si viene
Le prenderán... con que piensa
Que tengo mucho poder,
Que traigo gente resuelta,
Que te amo, y que has de ser mia
Por voluntad ó por fuerza.
Gisb. ¡Cielos, quién es este mónstruo
Que así ultraja la inocencia
Y los respetos mas santos
Tan sin pudor atropella!
¿No hay quien contra tí me ampare?
Garc. No; no hay nadie; en vano esperas
Que en el que fias te escuche
Ni á darte socorro venga,
No; que aunque ese hombre no diese
Cual da á la corte sospechas
Con su misteriosa vida,
Por quererte la perdiera.
Gisb. Primero habrás de matarme
Que yo en seguirte consienta.
Garc. Pues bien, si no vas amante,
Te arrastraré prisionera.
(*Va á volverse para salir, y por una de las puertas del fondo aparece Don Ramiro.*)

ESCENA III.

DON GARCIA, DON RAMIRO, GISBERGA.

Gisb. ¡Ah!
Garc. ¡Santo Dios!
Ram. Buenas noches.
¡Hola! bien venido sea
El príncipe don García
A mi mísera chozuela.
Gisb. (¡El príncipe!)
Garc. (Me conoces.)
Ram. Pero parece que os deja
Mi llegada algo turbados.
¿Qué, os enoja mi presencia?
Vaya, perdonad por hoy,
No es justo que al raso duerma
Teniendo casa... ¡mal rayo!
¡Y ahora que zaracéa!
¿Mas qué mil diablos teneis?
¿Os habeis vuelto de piedra?

Ea, señor, animaos,
Que aunque no son mis riquezas
Mas que de vasallo, aun puedo
Ofreceros cama y mesa.
(*A Gisberga.*)
Di á Juan que abrevie, que el príncipe
Pasó la jornada entera
Cazando, y tendrá apetito...
(Y á presentarte no vuelvas.)

ESCENA IV.

DON GARCIA, DON RAMIRO.

Ram. ¿Y en qué pensais?
Garc. ¿Por do entrásteis?
Ram. ¿No lo vísteis? por la puerta.
¿O jusgais que sea brujo
Que entro por las chimeneas?
Ya sé que el vulgo lo dice,
Pero, ¿yo...? ¡vaya una idea! (*Riéndose.*)
Garc. Acabemos de una vez,
Voto á Dios... quién quier que seas...
Ram. ¡Esta es mejor! ¿estais loco?
¡Pues me gusta la manera
De pagarme el hospedaje!
¡Bah! dejad la espada quieta,
Y cenemos en sosiego,
Que es lo que nos interesa.
Garc. (No sé qué es lo que me pasa:
¡Jamás ví tanta impudencia!)
Ram. Con que ¿qué hay nuevo en la corte?
¿Qué es lo que se sabe en ella
De Don Sancho vuestro padre?
¿Avanza mucho en la guerra
Con los moros?
Garc. Los navarros
Siempre en las campañas llevan
Lo mejor, y hombre es mi padre
Ante quien calla la tierra.—
Ram. Bien dicho, ¡viven los cielos!
(*Sacan en un canastillo platos, manteles*, etc.)
Pero aquí está ya la cena,
Y pues que viene á propósito
Vaciemos una botella,
Con un brindis á Don Sancho
Y á su pronta y feliz vuelta.
(*Llena las copas y le ofrece una.*)
Tomad.
Garc. Yo no bebo.
Ram. ¡Cómo!
Mirad que así las sospechas
Corroborais de quien dice
Que esperais con impaciencia
La muerte de vuestro padre
Para heredarle la hacienda.
Garc. ¡Villano!
Ram. Bebed entonces,
Y brindemos porque vuelva.
Garc. No bebo nunca.
Ram. Esta es otra:
¿Pues qué haceis en esas fiestas
Y en esas órgias en que
Pasais las noches enteras?
¡Bah! ¡bah! tomad esa copa
Y sin recelo bebedla,
Que no es mano de traidor,
Señor, quien os la presenta.
Garc. Hablemos de una vez claro,
Que siento que mi paciencia
Se va menguando, y escúchame.
Ram. Hablad.
Garc. Quién quiera que seas,
Ya hombre vulgar como todos,
Ya ministro de esa ciencia
Diabólica y misteriosa
Que lo escondido penetra,
Siquiera fueres el mismo
Espíritu de tinieblas,
Hombre soy en cuyo pecho
Ningun vil temor se alberga,
Que he nacido en régia cuna
Y sangre de rey me alienta.—
Como he venido á esta casa
Y á que no creo que deba
A tus ojos esconderse,
Y esas ambíguas maneras
Que usas conmigo intenciones
Recónditas manifiestan.
Pues bien, de una vez declárate
Que á mí nada me amedrenta
Cuando en la ocasion me encuentro.
Ram. ¡Bah! todo eso es bagatela.
Aquí estais en vuestra casa,
Aunque os roa la conciencia
Al acordaros del modo
Con que habeis entrado en ella.
Pero eso no os dé cuidado.
Si os pareció hermosa Elena,
Si á galantearle vinísteis,
Si os rechazó esquiva ella,
Todo eso es muy natural
Y no sale de las reglas:
Vos ignorábais que es de otro
Y ella ignoraba quién érais.
Y en cuanto á esos temores
Que parece que os inquietan,
Sobre quién soy ó quién no,
Solo son vanas quimeras.
Confieso que hago una vida
Montaraz en estas peñas,
Y que á veces tengo antojos
Tan raros y tan diversas
Costumbres de las que suelen

Los hijos de Adan y Eva,
Que tiene razon el vulgo
Cuando me hace en mil consejos
El héroe misterioso,
Y el poder que las maneja.
Mas veo que estais inquieto
Y que volveis con frecuencia
Los ojos á esa ventana.
Ah, ya caigo, bajo de ella
Habeis la gente apostado
Para que os guarde la puerta.
Bien hecho, pero si os place,
Mandaré que en mis paneras
Les alojen, que hace frio
Y ningun peligro altera
La comarca. Juan.
Juan, saliendo. Señor.
Ram. A esos que allá bajo esperan
Hospedaje da y regálalos
Con todo cuanto apetezcan.
Garc. (¡Cielo santo! ¿qué hombre es este?
Mas disimular es fuerza,
Pues tanto en sí no podria
Fiar si solo estuviera.)
Gracias, huésped, mas son muchos
Y os van á causar molestia...
Ram. Nada de eso.
Garc. A mas ya es tarde
Y en esa vecina aldea
Nos esperan los caballos
Y monteros.
Ram. ¡Qué simpleza!
¿Ir atravesar el valle
Con una noche como esta?
No, no, aquí la pasareis,
Y mañana cuando vuelva
El claro sol, todos juntos
A la corte irémos. Ea,
Remitid pues los cumplidos
Y sentaos. Nada alegra
Ni entona mejor á un hombre,
Que un par de viandas recias
Y un par de sabrosos tragos
De pura sangre de cepa.
Garc. Sea; ¿porqué cómo, huésped,
Despreciar tales ofertas
Con mala cara? Escanciad
Y brindo á vuestra franqueza,
Y á los ojos de esa hermosa,
Sea de vos lo que sea...
Ram. Sí, sí, bebamos en tanto
Que se pasa la tormenta,
Y con la copa en la mano
La mañana nos sorprenda.
Bebed, y el ceño severo
Desembozad.
Garc. Sí por Dios,
Que veo, huésped, en vos
Un bizarro compañero.
Ram. Dispuesto á cuanto gusteis,
Sea de paz ó de guerra.
Garc. Fama por toda esta tierra
De gran corazon teneis.
Dicen que en estas montañas
No hay quien os resista un bote,
Ni fiera á quien no acogote
Vuestro puño.
Ram. ¡Bah! patrañas.
No niego que soy osado;
Y cual veis recio y fornido,
Jamás me he visto vencido
Cuando á reñir me han sacado.
Pero no hableis de ello vos.
¿Con justador tan famoso
El jayan mas vigoroso
Qué tiene que ver?
Garc. Por Dios,
Que á ser como bravo noble
Y príncipe cuál vasallo,
Ginete en un buen caballo
Y con buen lanzon de roble,
En cierta fiesta que espero
Dar muy pronto, me holgaria
Teneros de parte mia
Como al mejor caballero.
Ram. Lo siento de corazon,
Mas no es posible.
Garc. Me pesa.
Ram. Me he metido en otra empresa
De mas especulacion.
Garc. ¿De mas? Ignorais la mia.
Ram. Yo nada ignoro, señor.
Garc. Esto salvo.
Ram. Es un error
Que padeceis, Don García.
Garc. Yo no creo á ningun hombre
Con sobrehumano poder,
Y mal podeis vos saber
Lo aquí aun...
Ram. No os asombre;
Bien sé que con tanta maña
Conducís vuestros secretos,
Que aun los que están mas sujetos
En la red de su maraña
Su parte saben no mas;
Y aun que á soltarse llegara
Cualquier nudo, no soltara
El nudo de los demas.
Y está bien; pues de este modo
Contais seguro vivir.
Mas ¿no hais oido decir
Que el diablo lo sabe todo?
Garc. Voto á...
Ram. Bah, no os enojeis
Si en vuestro secreto os hablo,

Es porque al cabo del diablo
Ocultarlo no podeis.
Parece que esto que os digo
Algo en vuestro ánimo influye,
Mas el vulgo me atribuye
Cierto prestigio... ¡ay amigo!
El diablo es gran personage;
Y en todas artes maestro
No hay humano que en lo diestro
Ni en lo sabio le aventaje.
Mas ya es hora de dormir,
En lo dicho meditad,
Y consecuencia sacad
De aquí para el porvenir.
En esta alcoba teneis
Blanda cama; si quereis,
Dadme hora en que se os dispierte
Para partir á Pamplona.
Garc. Enviadme á Lucas de Arjona,
Y yo haré con él de suerte
Que sin que se os incomode
Yo esté servido, y mi gente
Esté á hora competente
Pronta á lo que me acomode.
Ram. Voy á enviárosle, señor.
Dios os guarde.
Garc. Él os asista.
Ram. (No te perderé de vista.)
Garc. (No te escaparás, traidor.)

ESCENA V.

DON GARCIA.

¿Quién es este hombre, gran Dios?
¿Será cierto que penetre
Mis ocultos pensamientos?
Imposible: finge, miente.
Mis secretos han vivido
Dentro de mi pecho siempre,
Y nadie hay que por mi boca
Sepa mas de lo que debe.
Mas por Dios, que sus misterios
Ciego y confuso me tienen,
Y sus palabras me abisman
En mil varios pareceres.
Que me conoce está claro,
Que me respeta parece,
Mas tanto en sí mismo fia
Que no sé de él lo que piense.
No, imposible; nada sabe.
Sospechas tal vez tan débiles
Serán, que de conjeturas
No han de pasar... y me advierte
Que sabe mucho... me cita
La destreza con que siempre
Me conduzco... ¡eh! frase ambígua
Con que sondarme pretende.
¡Bah! cree sin duda que yo
Al vulgo crédito preste
Y por el diablo le tome.
¡Mas, juro á Dios que le pese!
Ay de él como entre mis manos
A dar por fortuna llegue,
Todo su infierno y sus magias
Contra mí no han de valerle.
Sí, fuerza es de todos modos
De tal hombre deshacerse,
Si ignora por lo que intenta,
Si sabe por lo que puede.
¡Mas tarda Arjona...! Si acaso
No me le envia...¡ah! ya viene.

ESCENA VI.

DON GARCIA, LUCAS DE ARJONA.

Garc. ¿Qué es esto, Arjona?
Arj. Qué es esto,
Señor?
Garc. Lo ignoro á estas horas.
Arj. Y yo tambien.
Garc. Ese huésped
Con tanta doblez se porta,
Que aun me mantiene indeciso
Entre el temor y la cólera.
¿Y mis monteros?
Arj. Lo mismo
Que vos. Han pasado cosas
Allá bajo, que del vulgo
Las hablillas corroboran.
Garc. ¿Cómo...? ¡qué dices!
Arj. Que el diablo
Parece que cartas toma
En el juego de esta noche.
Garc. ¿Pues qué pasa?
Arj. Es una historia.
Garc. Habla, sepámosla pronto
Y evitemos...
Arj. Ante todas
Cosas, señor, es preciso
Que sepais, que con faz torva
Cuando hácia aquí me condujo
El huésped, me dijo: Arjona,
Si en algo estimas tu vida,
Dile á tu amo que en todas
Las paredes de esta casa
Ojos, oidos y bocas
Hay, que ven, oyen y cuentan
Lo que entre ellas pasa.
Garc. ¡Hola!
Pues en cuenta lo tendrémos.
Lucas, por si acaso, ronda
Por esos cuartos vecinos,
En todas las puertas dobla
Los pasadores; en esa

Antesala las dos hojas
Cierra de la puerta, mientras
Ya voy á ver si en esta otra
Hay salida ó escondite,
Y luego se hará en la alcoba
Igual registro, veamos.
(*Don García y Arjona entran y salen, Don García por la derecha, y Arjona por el fondo.*)
Arj. Aquí hay una puerta sola
Sin mas ventana ni almario
Ni trasto que se interponga:
La pared lisa y no mas.
Garc. Lo mismo pasa en esta otra
Cámara: ni en esta alcoba
(*La del fondo derecha.*)
Tampoco hay nada, habla pues,
Ya estamos Lucas, á solas.
Y cercado este aposento
De cámaras espaciosas
Y solitarias, no hay miedo,
Con que siéntate, y di, Arjona.
Arj. Pues atendedme, señor:
Tenia yo con mi tropa
Toda esta casa maldita
Circundada á la redonda,
Cuando salió de ella un hombre
Y enderezó á mi persona;
Díjome que vos pasábais
La noche aquí: en una copa
Como un pilon de una fuente
Nos hizo echar una ronda.
Despues nos condujo él mismo
A una casucha á esta próxima,
Diciendo que allí tendríamos
Que cenar con vuestras sobras,
Pues tal era vuestra órden.
Garc. ¡Cuerpo de tal! de mi propia
Boca debiste venir
A tomarla.
Arj. Esa fué cosa
Que me ocurrió, mas no pude
Ponerla, señor, por obra.
Me sentaron á la mesa,
Trajeron con que hacer boca,
Y el que hacia de Anfitrion
No me dejó á sol ni á sombra.
Yo ya intenté á la deshecha
Colarme por una y otra
Cámara, mas él siguióme
Como sirviéndome. Sorda
Desde entonces la sospecha
Me royó el alma. Así toda
La casa anduvimos ambos
Y á nadie topé: — una olla
De agua al fuego ví no mas
En la cocina, y seis lonjas
De jabalí en las parrillas
¡Para cuarenta! ¡gran cosa!
¡Mas juzgad de mi sorpresa
Cuando ví que una tras otra
Sirvieron ricas viandas
Y buen vino en tazas hondas!
Garc. Es que tendrán las cocinas
En otra parte.
Arj. Es que ahora
Viene lo mejor. La mesa
Nos la servia una moza
Como un sol.
Garc. ¡Pues gran pedrada!
Arj. Mas como las licenciosas
Lenguas de vuestros monteros
Al momento se desbocan,
Empezaron á hacerse agua
Con la niña.
Garc. ¿Y vergonzosa
Se os escabulló?
Arj. Y aquí entra
Lo mas negro de la historia.
En su lugar á servirnos
Entró bajo horrible forma...
Garc. ¿Alguna vieja?
Arj. Peor:
El mismo diablo en persona:
Un Etiope, con la cara
Mas oscura que la sombra.
Quedámonos como piedras,
Pues nos trajo á la memoria
Las consejas que se cuentan
De esta casa; mas Luis Torras,
Que tiene un vino insolente,
Y un alma como hay muy pocas,
Le preguntó por la chica.
El Etiope, á la boca
Se llevó la luz, y abriéndola
Nos mostró las fauces rojas
Mas sin lengua. — En esto el huésped
Entró, y héme aquí.
Garc. Me asombra
Tu relato tanto mas
Cuanto que aquí he visto cosas
Que me dan que sospechar
Alguna traicion, Arjona.
Arj. ¡Cómo!
Garc. Al instante es preciso
Que de esta casa salgamos,
Y á sus dueños sorprendamos.
Arj. Mas sin que demos aviso
A la gente...
Garc. ¿Es muy distante
Donde se aloja?
Arj. Si fuera
Posible que yo saliera
De aquí, todo era un instante.
Están en unas paneras
A este edificio contiguas.

Garc. Bueno : á tus mañas antiguas
Vuelve. ¿ Escalador no eres ?
Arj. Me llevaba en su partida
Vuestro padre en los asaltos.
Garc. Ea pues, mayores saltos
Habrás dado en esta vida.
Salta por esa ventana.
Arj. Pero, señor, ¿y la reja ?
Garc. Es de palo, y está vieja. (*La rompe.*)
Ya está rota, tierra gana
En cuanto afirmes el pié,
Y ven con mi gente á mí.
Arj. Pero ¿y vos ?
Garc. Tranquilo aquí
Vuestra vuelta aguardaré.
Que es muy astuto el patron,
Y es fuerza que le imitemos
Si salir bien pretendemos.
Arj. Príncipe, teneis razon.
Garc. Si vuelves, los mas bizarros
Mete por aquí conmigo,
Queden los demas contigo,
Y Cristo con los navarros.
Arj. Voy pues.
(*Baja por la ventana, Don García le ayuda.*)
Garc. Arjona, con tiento.
(*Aparece Don Ramiro por el fondo, derecha.*)
Arj. Soltadme ; ya estoy seguro.
Garc. Vé, que con el huésped juro
Que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII.

DON GARCIA, DON RAMIRO.

Ram. Decidlo bajo.
Garc. ¡ Gran Dios !
¿ Vos aqui ?
Ram. Viéndolo estais.
Garc. Mas ¿ cómo ? ¿ por dónde entrais ?
Ram. Por dónde no es para vos.
Tratais de iros, Don García,
En buen hora, libre os dejo,
Mas escuchadme un consejo
Que os interesa á fe mia.
Hay un hombre que os espía,
Que sabe cuanto intentais,
Que os escucha cuando hablais,
Que cuanto pensais sorprende ;
Que os penetra y os comprende,
Aun lo que á solas soñais.
Mirad pues lo que emprendeis,
Porque si no andais con tino,
En vuestro mismo camino
Es fuerza que os le encontreis.
Ya sé que á nadie temeis,
Que alienta sangre real
Vuestro valor proverbial ;
Mas mirad que hay esperiencia
De que es la mala conciencia
El contrario mas fatal.
Garc. Pues conoces mi valor
Y estás viendo que te escucho,
Verás que no temo mucho
Tu vaticinio impostor.
No, no me infunden pavor
Las estrañas aventuras
De que con artes oscuras
Me has hecho el juguete aquí,
Pues cuanto sepas de mí
No serán mas que imposturas.
Ram. ¿ Quereis que hora á hora os cuente
Cuanto hoy por vos ha pasado ?
Garc. ¡ Va !
Ram. Pues bien : ¿ no habeis estado
Hoy en la ermita del puente ?
Garc. Sí.
Ram. ¿ No habeis á vuestra gente
Puesto y dia señalado ?
Garc. Sí.
Ram. ¿ No enviásteis á cada uno
Un emisario diverso
Para que en un caso adverso
No lo pierda todo alguno ?
Garc. Sí.
Ram. ¿ No es la última señal
Para que rompan la balla
El caballo de batalla,
Y el paramento real
De vuestro padre ?
Garc. ¡ Ah !
Ram. Si en él
Salís ginete á pasearos,
¿ Al volver no han de aclamaros
Rey de Navarra ?
Garc. Sí.
Ram. Y fiel
Vuestro bando á estas señales,
¿ No estará en tranquilidad
Si salís por la ciudad
Sin los paramentos reales ?
Garc. Sí.
Ram. Y la reina vuestra madre
Que es quien os estorba solo,
¿ No acaba de ser con dolo
Acusada á vuestro padre ?
Garc. ¡ Cielos !
Ram. ¿ De un crímen horrible,
De adulterio ?
Garc. ¡ Santo Dios !
Ram. Y el acusador sois vos...
Que me parece increible.
Garc. Sí, todo es cierto.
Ram. ¡ Par diez !

En ese caso, señor,
Estudiad para otra vez
Vuestro papel de traidor.
Garc. Pesadilla, espectro, ú hombre
Que mis secretos mas graves
Cual yo mismo lees y sabes...
¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?
Ram. Confesais que cuanto os hablo
Es la verdad, Don García.
Garc. Sí.
Ram. Pues soy desde este dia
Vuestro ángel ó vuestro diablo.
Do quiera tras vos iré,
Uniré á vos mi destino,
Vuestro malo ó buen camino
Diablo ó ángel seguiré.
Garc. ¡El diablo! invencion grosera,
Que solo en el vulgo cabe;
Mas oye, quien tanto sabe,
Fuerza es que me mate ó muera.
Nadie me amedrenta, no;
Puédeme el diablo vender
Y aquí el diablo ha de caer
O aquí bajo él caeré yo.
Ram. Tened: caerá uno sí,
Mas advertid, Don García,
Que ni hoy ha de ser el dia,
Ni el sitio ha de ser aquí.
Por esa noble matrona,
Tiempo vendrá en que lidiemos,
Y uno de los dos caerémos.
Garc. Cúbrete pues. (*Con la espada en la mano.*)
Ram. No, en Pamplona.
(*Don Ramiro al fin de esta escena se habrá ido retirando al fondo hácia la puerta por donde salió, la cual cierra de repente, dejando á Don García solo en la escena. Al mismo tiempo sale por fuera de la casa Arjona con monteros y caballerizos, con armas y antorchas. Don García se abalanza á la puerta por donde entró Don Ramiro, y Arjona sube al mismo tiempo por la ventana, y varios tras él.*)

ESCENA VIII.

DON GARCIA, ARJONA, MONTEROS.

Arj., entrando por la ventana. Señor.
Garc. A mí, Arjona, á mí.
Arj. ¡Sús pues! arriba.
Garc. Seguro
Le tengo aquí, y yo le juro
Que le he de matar aquí.
Arj. Dad.... dad...
(*Se agolpan á la puerta golpeándola.*)
Cede... Cayó ya.
Garc. Traedme pues á ese traidor.
Arj. Aquí no hay nadie, señor. (*Entra y sale.*)
Garc. ¡Cómo!
Arj. Vedlo, aquí no está.
Garc. ¡Ira de Dios! ¡Con tal juego
Pretende causarme asombros!
Toda la casa en escombros
Tornaré. — Pegadla fuego.
Arj. ¡Señor!
Garc. Silencio, menguados:
Esas teas, arrimadla
Sin replicar; incendiadla
Por todos cuatro costados.
Fuera pues: pronto. Cercadle
La casa; si se presenta
Atadle por buena cuenta,
Mas si resiste, matadle.
(*Pegan fuego á la casa, salen y la cercan en derredor.*)
Verémos si trampantojos
Le valen: ó ha de salir
O aquí dentro va á morir
Con las ascuas á los ojos.

JORNADA SEGUNDA.

Salon del palacio de Don Sancho en Pamplona, puerta en el fondo; ventana á la derecha, puerta á la izquierda.

—

ESCENA PRIMERA.

DON GARCIA, DESPUES ARJONA.

Garc. Ya va la mañana entrando
Y aun no parece ese hombre.
Arj. Señor...
Garc. ¡Ah! gracias á Dios.
¿Cómo estamos?
Arj. Como anoche.
Desplomáronse uno á uno
Los tostados paredones.
Garc. ¿Y qué?
Arj. Nadie ha parecido;
Con que quedan los traidores
Debajo de los escombros
Como bajo siete montes.
Garc. ¿No hay pues temor?
Arj. No hay ninguno.
Garc. ¡Ay! una losa de bronce
Me quitas del corazon:
Somos salvos.
Arj. Se supone.
Nadie salió de las llamas,

Ya lo visteis; desde entonces
Doblé las guardias en torno,
Y ahora los muertos tizones
Revuelve la gente nuestra
De Luis Torras á las órdenes.
Todo lo están registrando,
Y con todo cuanto logren
Les mandé venir al punto.
Garc. Bien, Lucas.
Arj. ¡Vaya una noche!
Cosa de magia parece.
¡Si viérais cuántos sudores
Me costó hacerlos que entrarau
A revolver los carbones!
Todavía se temian
Que aquel espantoso Etiope
De los escombros se alzara
Con su amo dando mandobles.
Garc. ¡Mas si se salvó!
Arj. Imposible.
La casa encima cayóle,
Y él, viéndose descubierto,
Allí achicharrar dejóse
Por no dar en nuestras manos.
Garc. ¡Ojalá!
Arj. Dios le perdone.
¿Mas tanto ese hombre estorbaba?
Garc. Era muralla de bronce
Puesta á mi paso: mis planes
Exactamente conoce.
Arj. ¿Cómo?
Garc. Todos me los dijo.
Arj. Si él era solo, temores
Vanos desechad del alma,
Y no receleis que torne.
Allí yacerá enterrado
Entre los negros terrones,
Como un raposo á quien ciegan
Su cueva los cazadores.
Garc. Arjona, todo lo temo
De aquel maldito.
Arj. Aprensiones,
Señor; los muertos no vuelven
Al mundo mas.
Garc. Me corroen
El corazon hasta ahora
Desconocidos pavores,
Y... Arjona, ya no hay remedio;
Fuerza es que hoy mismo se logre
O se pierda todo. Tú
Sé el escondido resorte
Que mueva toda la máquina
De mis proyectos. Ve, corre,
Busca á los que en ese escrito
Llevan marcados los nombres,
Que estos buscarán á otros,
Y estos á otros, y el golpe
Será seguro; ve y diles
Que treguas ni dilaciones
No hay ya: que hoy es nuestra dia,
Y ya la seña conocen.
El caballo de batalla
De mi padre.
Arj. ¿Y si se opone
Don Pedro Sesé?
Garc. ¡Oponerse!
Arj. Como está solo á sus órdenes
La caballeriza real,
Y al partir recomendóle
Mucho el rey ese caballo,
Es muy fácil que os lo estorbe.
Cambiad la seña.
Garc. No hay tiempo.
Ya imposible es que trastorne
De la concertada empresa
Las señales ni las voces:
Fuera arriesgarse por poco,
Y pueden algunos torpes...
No, están en lo del caballo,
Y temo que se malogre
Si los mudo la señal.
Arj. Mas si ese viejo de bronce
Os rehusa...
Garc. Está previsto:
De mi padre espero órden
De prenderle con la reina.
Arj. ¿Cómo!
Garc. De un crímen enorme
Son reos.
Arj. ¿Pero eso es cierto?
Garc. Eso no te corresponde
Averiguar: obedéceme
Sin meterte en mas cuestiones.
Arj. Señor...
Garc. Si Sesé se obstina,
Sin aguardar á la órden
De mi padre los acuso
En público, y acabóse.
Ea pues, de aquí á una hora
Que todo, Arjona, se apronte.
Arj. Así se hará.
Garc. Corre pues,
¡Y el diablo con los mejores!

ESCENA II.

DON GARCIA.

Sí, acabemos de una vez.
Ello es gran temeridad,
Mas quedarse en la mitad
Es mayor estupidez.
Ser á un tiempo acriminado
De rebelde y de impostor
Por haberlo sin valor
Decidido y no logrado,

Es mengua para quien soy.
Si me es contraria la suerte,
Y en vez del trono á la muerte
Caminando á oscuras voy,
Sea por mala fortuna,
Que no por falta de brio.
Mas si al fin el triunfo es mio
Y la ocasion oportuna
Logro aprovechar, ¡pardiez!
Siempre es la causa mejor
La causa del vencedor...
Sí, acabemos de una vez.

ESCENA III.

DON GARCIA, DON PEDRO SESÉ.

Ped. ¡Hola, vos aquí ya!
Garc. Buen caballero,
Don Pedro de Sesé, muy bien venido.
Ped. Anoche...
Garc., interrumpiéndole. Sí, cogióme el aguacero
En el monte.
Ped. ¿Y en dónde habeis dormido?
Garc. En casa de un labriego.
Ped. ¿Compensado
Tal molestia le habreis?
Garc. ¡Oh! se supone.
Ped. Vuestro padre es en eso...
Garc., interrumpiéndole. Harto estremado.
Ped. Bueno es que á un rey lo liberal le abone:
Vale mas por afable ser querido
Que por severo y sin piedad temido.
Garc. Y á propósito de ello, ¿qué noticias
Hay de mi padre?
Ped. Como siempre, buenas:
Las estrellas le son siempre propicias,
Y se lleva las huestes agarenas
Por delante.
Garc. ¿Y no hay mas?
Ped. ¿Poco os parece?
Garc. Yo no sé dónde oí...
Ped. ¿Qué?
Garc. Que en los reales
De dia en dia el descontento crece
Por yo no sé qué nuevas...
Ped. Muy fatales
No serán, pues vencemos.
Garc. De esta tierra
El rey las recibió, no de su guerra.
Ped. De esta tierra ¿no sé...?
Garc. Lenguas villanas
Le pusieron acaso descontento
Con vuestro gobernar.
Ped. Calumnias vanas.
La reina y yo podrémos al momento
Cuentas sin tacha dar.
Garc. ¿Cuentas... de todo?
Ped. De todo, vive Dios; ¿quién tiene duda?
Soy Don Pedro Sesé...
Garc. Mas de ese modo
No os irriteis, que esa ira al vulgo ayuda
A creer, que pues tanto os acalora
La duda nada mas, poco os escuda
La inocencia.
Ped. Lo sé.
Garc. Y decidme ahora,
¿Cómo acudís tan pronto á este palacio?
Ped. Despacha aquí la reina mi señora.
Garc. ¡Oh! ¡pues no lo tomais poco despacio!
Ped. Caballero, ese tono...
Garc. Caballero,
El vuestro me incomoda, y de hoy presente
Tened que soy el príncipe.
Ped. Primero
Vos recordad que vuestro padre ausente
Su real autoridad dejó en mi mano.
Garc. Mas no os dejó, ¡pardiez! por ayo mio,
Ni sufriré jamás que un cortesano
Con orgullo me trate ó con desvío.
¿Lo entendeis? del gobierno los negocios
Despachad con la reina si esto os toca;
Placer buscadla, entretened sus ocios,
Mas, Sesé, en cuanto á mí cosed la boca.
Ped. No os comprendo muy bien: mas temo acaso
Que una sospecha injusta en contra mia
Os anima. Si he dado algun mal paso
Que marcárais en qué desearia.
Tal vez remedio tenga.
Garc. Basta.
Ped. Espero
Que pues nunca cual hoy me habeis hablado,
Sabreis...
Garc. Ya basta, digo, caballero;
No estoy á daros cuentas obligado.

ESCENA IV.

DICHOS, LA REINA, PAJES Y DAMAS.

Reina. ¿Qué es esto, Don García? Ese sonrojo,
Sesé, que el rostro trémulo os colora...
¿Qué es esto? ¿os ha causado algun enojo
El príncipe?
Ped. ¡A mí enojo! No señora;
Antes mi indiscrecion se le ha causado,
Y de mi error disculpas le pedia.
Reina. De ese modo lleváisle perdonado;

Yo os le otorgo, Sesé, por Don García.
Garc. ¡Oh! si vos lo tomais por vuestra cuenta,
Dad por zanjada ya nuestra rencilla.
¿Qué importa si el vasallo se acrecienta
Con vuestro real favor...? si á mí me humilla
Es disfavor de madre y no me afrenta.
Reina. Mal lo entiendes, García: si al olvido
La falta quiero dar del caballero,
Yo el perdon no lo otorgo, te le pido.
En ausencia del rey que haya no quiero
Bando ni enemistad bajo su trono;
Si te faltó, su falta le perdona,
Que Don Pedro es leal y yo le abono.
Garc. ¿Lo oís? La reina contra mí le abona.
No hablemos de ello mas.
Reina. ¿Qué significan,
Príncipe, esas palabras? Me parece
Que contra vos tan solo testifican.
Garc. Perdonad; basta ya, que no merece
La cuestion tanto tiempo.
Reina. Bien, García,
No se hable en ello mas. Ahora sepamos
Qué negocio á mi cuarto te traía.
Garc. Poca cosa, señora...
Ped. Si estorbamos...
Garc. No, lo podeis oir: es un servicio
Que á hacer voy á mi padre, pero siendo
En mengua de quien debe tal oficio
Desempeñar, que lo sepais pretendo
Antes de hacerle.
Reina. Tu respeto aprecio.
Habla.
Garc. Cuando mi padre fué á la guerra,
Un caballo dejó de tanto precio,
Que no se vió mejor en esta tierra.
Reina. Regalo fué del cordobés aliado.
Garc. Pues bien, ese caballo tan hermoso,
Y de mi padre el rey tan estimado,
Va á perderse tal vez: fiero, brioso,
Siempre establado está, y de dia en dia
Va menguando en valor.
Ped. ¡Oh! perdonadme:
Ese hermoso caballo, Don García...
Garc. Estoy hablando, concluir dejadme.
Del rey caballerizo mas en cuenta
Le debísteis tener; mal tal descuido
Quiero encubriros yo.
Ped., aparte. (¿Qué es lo que intenta?)
Garc. Señora, ese caballo yo os le pido.
Ped. Señora, ese caballo á Don García
Es imposible dar. Si el rey su padre
Lo llegara á entender se enojaria.
Como estima sabeis, cuanto cuidado
Pone en caballos y armas un guerrero,
Y en esto el rey Don Sancho es estremado.
Garc. Por la misma razon, buen caballero,
Cuando sepa que tanto se le cuido
Las gracias me dará: con que, señora,
Que me negueis no espero lo que os pido.
A nadie en ello espongo,
Porque de gran ginete alcanzo nombre,
Y aunque mi padre el rey ha prohibido
Que le montara nadie, yo supongo
Que hablar con Don García no ha querido.
Ped. Señora, es mi deber, y yo os lo advierto:
Vedado es para todos tal antojo,
Y el caballo está sano.
Garc. Falso.
Ped. Cierto.
Perdonad que os desmienta.
Garc. ¡Tal arrojo!
¿Me desmentís! ¡por Dios, reina y señora,
Que para que aboneis tanta insolencia
No sé qué traza intentareis ahora.
Porque poneros aun en contra mia,
Querrá decir que vale un cortesano
Mucho mas para vos que Don García,
Y en tal caso tal vez me acordaria
Que heredero soy de un soberano.
Ped. ¡Príncipe!
Reina. Basta ya, cuestion tan leve
No merece ocuparnos. De el caballo
Responderé yo al rey: peligro no hallo
En que mientras el príncipe le lleve.
Ped. Yo me someto humilde á vuestro fallo.
Garc. Yo las gracias os doy: y pues ya es mio,
Que me le ensillen sin tardanza alguna;
Voy á hacer en señal de señorío.
(Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V.

LA REINA, DON PEDRO SESÉ.

Reina. Despejad el ceño adusto,
Buen caballero Sesé.
Ped. No sé, señora, porqué
Siento que le deis tal gusto.
Reina. El rey á vos le ha pospuesto
Para el gobierno en su ausencia,
Y temí la violencia
De su natural en esto.
¿Y qué importa que el corcel
Monte, y que cumpla su antojo?
¿Temeis de Sancho el enojo?
Yo os disculparé con él.
Ped. No es ese temor pequeño
Lo que me anubla el semblante;
El servidor mas constante
Fuí siempre del rey mi dueño,
Y él me sabrá disculpar.

Mas esa doblez y embozo
Con que está obrando ese mozo
Me da mucho que pensar.
Reina. Es claro que anda ofendido
De que el rey en mengua suya
En su puesto os sustituya.
Ped. Pues razon habrá tenido.
Que es Don Sancho harto sagaz,
Y en paz lo mismo que en guerra
Para gobernar su tierra
No hay príncipe mas capaz.
Reina. Mas ¿qué hará con el caballo?
Todo lo que puede hacer
Es maltratarle por ver
Si os castiga el rey. Dejallo,
Don Pedro, andar, que por esto
Mientras por medio yo ande
No ha de ser el mal muy grande
Para vos.
Ped. Mas si es pretesto
Para que él...
Reina. Quédese aquí
Sesé.

ESCENA VI.

DICHOS, UN PAJE.

Ped. ¿Qué es?
Paje. Señor, afuera
Hay un hombre que hora espera
De ver á la reina.
Reina. ¿A mí?
Paje. Diz que para un grave asunto
Que vida y honra interesa,
Y es negocio de tal priesa
Que pide veros al punto.
Ped. ¿Y de qué clase es ese hombre?
Paje. Él viste de peregrino;
Yo le pregunté su nombre,
Y él me dió este pergamino.
(*Se le entrega á Don Pedro, y este lee.*)
Reina. A ver, leed.
Ped. Dice así:

« *Nos el rey Don Sancho de Navarra rogamos y mandamos á nuestros amigos, aliados, súbditos y vasallos, que ayuden, amparen y protejan, y den crédito á la persona que este escrito de nuestra mano les presentáre: con lo cual á mas del placer que habrán de reportarnos, nos ayudarán á cumplir una deuda de honor que tenemos contraida, con la persona ó personas poseedoras de las presentes letras.*»

Y firma Sancho el mayor.
Reina. ¿Deuda del rey y de honor?
Al punto pues que entre aquí.

ESCENA VII.

LA REINA, DON PEDRO, DON RAMIRO, DE PEREGRINO.

Ram. A vuestros piés...
Reina. Levantaos,
Buen romero, que quien trae
Firma del rey en su abono,
En postura semejante
Ne ha de estar ante su esposa.
Ram. Esas palabras reales
De su mismo puño escritas
Mi importunidad reparen.
Reina. Él habla en vos, alzad pues.
Ram. Primero que me levante
Vuestra real mano, señora,
Para que la bese dadme.
Reina. Tomad, y hablad.
Ram. Gracias, reina,
Y esta humildad no os estrañe,
Que nací vasallo vuestro,
Y aunque jamás el semblante
Logré hasta este punto veros,
De él he llevado una imágen
En el corazon grabada
Y ya nunca ha de borrarse.
Reina. De ese respeto agradezco
Demostraciones tan grandes,
Pero...
Ram. Escuchadme, señora,
Y vos tambien escuchadme,
Caballero, que á la par
Os toca á ambos mi mensage.
Ped. Decidle pues.
Ram. Duro cargo
Me impuse en él, y es probable
Que el corazon generoso
Mis palabras os desgarren,
Mas el mal que voy á haceros
Por la intencion disculpadme.
Teneis un hijo, señora,
Por cuyas venas la sangre
De vuestras venas circula.
Reina. Tengo dos.
Ram. Uno distante
De Navarra está, no es ese
De quien hablo; no es culpable.
Al príncipe Don García
Me refiero, cuyos planes,
Hondo y fatal precipicio
Hoy á vuestras plantas abren.
Reina. ¿Qué es lo que dices?
Ram. Oidme.
Reina. Esplícate, pero antes
Piensa bien que una impostura
La vida puede costarte.
Ped. Proseguid, buen peregrino,

Dejad, señora, que hable.
Ram. ¡Oh! sé muy bien lo que digo.
¡Pluguiera á Dios me engañase!
Yo, que en los vecinos montes
Hago una vida salvage,
Entre sus quebradas peñas
Y sus fieras montaraces
Por azar, por suerte vuestra,
O por los impenetrables
Juicios de Dios, vine astuto
De sus tramas infernales
A coger todos los hilos,
Y vengo todos á dárosles
Antes que os teja con ellos
Traidora red un infame.
Reina. ¡Oh! concluid.
Ram. Don García
Conspira contra su padre.
Reina. ¡Cielos!
Ram. Y como su intento
Ambos á dos le estorbábais,
Dió en un delito mas pérfido:
Os acusó el miserable
De un feo crímen.
Reina y Ped. ¿De cuál?
Ram. Permitidme que lo calle.
Reina. No, hablad.
Ram. Del que no perdona
Jamás un esposo amante,
Del que asesina la honra
De quien con vergüenza nace.
Ped. ¡Dios mio! ya me esperaba
Que algun proyecto execrable
Encerraba la sonrisa
Y la mirada insultante
De ese mancebo.
Reina. Tú mientes.
Tamaño crímen no cabe
En el corazon de un hijo.
Que á ese vasallo acusase
De cualquier crímen lo entiendo,
Porque en su lugar su padre
Por gobernador conmigo
Le dejó, y sé que ha de odiarle;
Pero ¿á mí? mientes mil veces.
Ped. ¡Ay, reina, el estrago que hace
En el corazon del hombre
La ambicion solo lo sabe
Dios, que nos le hizo de tierra
Tan quebradiza y tan frágil!
Reina. Es imposible, Don Pedro,
Es increible, improbable,
Y este impostor dura muerte
Merece. Hola, guardias, pajes.
Ped. Tened, señora, tened
Los ímpetus naturales
Del corazon. Vos seguid,
Romero, sin que os agravie
Ni atemoricen sus iras.
Es natural, es su madre.
Ram. A mí sus iras no pueden
Amedrentar ni agraviarme,
Cuando no hay tales secretos
Quien sepa ni quien relate
Fuera del príncipe y yo,
Ni hay tal vez tampoco nadie
Mas pronto á morir por ella
Cuando otras pruebas faltáren.
Reina. Pues bien, pruebas convincentes
Presenta pronto, al instante,
O te hago ahorcar de una almena
Como á un impostor infame.
Ram. No hareis tal, reina y señora,
Por dos razones.
Reina. ¿Por cuáles?
Ram. La primera, porque el rey
Tal vez no os lo perdonase
Jamás.
Ped. ¡Vive Dios!
Ram. La otra
Es porque cuando yo os falte,
Faltará quien os defienda,
Y os pesaria aunque tarde.
Reina. Mas por Dios que sin mas pruebas
De delitos semejantes,
¿Bajo qué crédito quieres
Que tu palabra me baste?
Ram. Basta y sobra el pergamino
Que del rey Don Sancho traje.
Reina. Tienes razon, ¡cielo santo!
Él manda aquí que te ampare,
Que te proteja y dé crédito.
Ram. ¿Y su firma no es bastante?
Reina. Sí, sí, cuando el rey te abona,
Razones tendrá muy graves.
Ram. ¿Don Garcia está en palacio?
Ped. y Reina. Sí.
Ram. Pues ante vos llamadle
Y decidle que el caballo
De batalla de su padre
Habeis de matar primero,
Que que le monte dejarle.
Reina. Romero, tú estás sin juicio.
Ped. Dejadle hablar.
Ram. Por mi parte
Cumplí mi deber, señora,
Obrad como mas gustáreis,
Mas si le dais el caballo
Tal vez esta misma tarde
Vereis para vos trocadas
Vuestras cámaras en cárceles.
Reina. ¡Qué dices!
Ram. Esa es la seña,
Y pues sobran desleales
En todas las tierras siempre
Dispuestos á rebelarse,

El príncipe se ha sabido
Atraer por todas partes
Muchos secuaces que esperan
Medrar con sus novedades.
Todo está ya prevenido,
Y si en el caballo sale,
Fuerza es que en él suba príncipe,
Mas rey de Navarra baje.
Reina. Imposible me parece.
Ped. Señora, por Dios, llamadle
Y procurad con palabras
Meditadas y sagaces
Leer lo cierto en su rostro,
El corazon penetrarle.
Todo es posible, señora,
Y en los hombres todo cabe.
Reina. Sí, sí, que venga, que venga,
Mas sola con él dejadme:
No quiero que alma viviente
Presencie lo que aquí pase.
Ped. Pero si es cierto... si intenta...
Reina. No: esperad á que yo os llame.
Ram. En hora buena, señora,
Mas no olvideis en tan grave
Situacion que tengo solo
De sus secretos la llave,
Y que estoy pronto por vos
A verter toda mi sangre.
Reina. Y no olvides tú tampoco
Que como inocente le halle,
En tí caerá la sentencia
Del crímen que le imputaste.
Ram. Ponedme de él frente á frente,
Que acepto, si él lo negare.
Reina. ¿Luego os conoce?
Ram. Una vez
No mas me ha visto el semblante,
Y oyó una vez mi palabra,
Mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS, PAJE. DON PEDRO HA SALIDO YA DE LA ESCENA.

Paje. El príncipe.
Reina. Ya no es tiempo
Que salgais, va á veros.
Ram. Fácil
Es esto de remediar
De sus ojos ocultadme.
Reina. Entrad aquí.
(*Entra Don Ramiro en la habitacion de la reina.*)
Ram. Sed prudente.
Reina. ¡Justicia de Dios, ampárame!

ESCENA IX.

LA REINA, DON GARCIA.

Garc. ¿Qué es lo que ocurre, señora,
Que con tal prisa y afan
Tras mí vuestros pajes van?
¿Qué pasa de nuevo ahora?
Un momento há me tuvísteis
Con vos en este lugar,
¿Y ahora me teneis que hablar?
¿Porqué entonces no lo hicísteis?
Reina. Porque entonces no sabia
Lo que ha llegado despues
A mis oidos.
Garc. ¿Y qué es?
Reina. Lo sabrás.
Garc. ¡Por vida mia
Será otro cuento del viejo
Sesé! vasallo mas fiel
No teneis: nada sin él
Podeis, ni sin su consejo.
Sois con él harto benigna
Y le otorgais tal franqueza
Que á ser su privanza empieza
De una noble dama indigna.
Reina. ¡García!
Garc. No os irriteis,
Madre: mas que haya un vasallo
Que se meta en si un caballo
Darme ó no darme debeis,
Y que pueda mas con vos
Que el hijo de vos nacido,
¡Es cosa que me ha ofendido
Y que me estraña por Dios!
Reina. Y ese insolente lenguaje
Me está ya haciendo, García,
Sospechar que no te hacia
Quien te acusó grande ultraje.
Garc. ¿Quién me acusó?.. Pienso quién.
Sesé, sin duda...
Reina. Él, ú otro.
Garc. ¿De haberos pedido el potro?
Reina. Pues.
Garc. ¿Lo queria él tambien?
Yo que vos se le daria,
Que entre él y yo él es primero.
Reina. Diérasele al pregonero
Antes que á vos, Don García.
Garc. Lo que con vos puede veo;
Pero ya es mio, señora,
Y á desmandármele ahora
Que no habrá quien ose creo.
Reina. ¿Le has elejido tal vez (*Con ironía.*)
Por su nobleza y vigor
Para algun campo de honor,
O alguna liz de gran prez?

Garc. No sé qué misterio encierra
Vuestro tono, mas me temo
Que estamos en el estremo
De la paz ó de la guerra.
Reina. Eso depende de tí:
Las frases que á salir van
De tu boca, esas serán
Tu ley.
Garc. Pues oidlas.
Reina. Di.
Garc. Hombre soy ya, y soy tan hombre
Que decir bien alto puedo
Que en Navarra ha puesto miedo
De mi valor el renombre,
De un reino heredero soy
Prenda de mi real linaje,
Y me causa tanto ultraje
Como recibiendo estoy.
Mi padre el rey me desprecia,
De su sangre en desacato,
Por un viejo mentecato
Que de leal se le precia.
Y él, y vos, y todo el mundo
Me faltais al descubierto;
Pero de hoy mas, os lo advierto,
No quiero ser el segundo.
Me harta ya ver que el cariño
Paternal, para mí escaso,
Me desaira á cada paso
Como mientras era niño.
Y pues el cielo lo ha hecho,
Y he nacido real infante,
Madre, de aquí en adelante
Yo sostendré mi derecho.
Nadie ha de ir sobre mí
Siendo yo el hijo del rey,
Así lo dice la ley
Y yo he de exigirlo asi.
Reina. Pues mientras esté en mi mano
Del rey Don Sancho el poder,
Vos tendreis que obedecer
Mi capricho soberano.
Garc. No os halague esa esperanza,
Que no he de ser un pechero
Que sirve de aventurero
A quien le compra su lanza.
No ¡vive Dios! ya á caballo
Y empeñado el trance fiero,
Verémos quién es primero,
Verémos quién el vasallo.
Reina. ¡Insensato! no tendrás
Ni un corcel mientras yo viva
Que en sus lomos te reciba,
Y el de Don Sancho jamás.
Garc. No tanto por vuestra vida
Blasoneis de brios, madre,
Que solo el rey es mi padre,
Y cuando cuentas os pida
Del poder con que os dejó,
Verémos qué cuentas dais.
Reina. Mas cumplidas que esperais
Se las daré.
Garc. Tal vez no.
Reina. Basta, traidor, basta ya,
Que la verdad sin rebozo
En tus ímpetus de mozo
Revelando se me está.
Garc. ¡Señora!
Reina. Traidor, responde
Sin turbarte mi mentir:
¿A dónde intentas hoy ir
Con ese caballo?
Garc. ¿A dónde?
¿Y qué os importa?
Reina. Tu cara
Palidece: el corazon,
García, te hace traicion
Y por la faz te declara.
Silencio, bien manifiesta
Tu infamia veo.
Garc. Acabemos
De una vez.
Reina. Acabarémos
Si tienes una respuesta.
¿Qué vísteis, villano, en mí
Para osar torpe á mi honor?
Garc. ¡Cielos!
Reina. ¿Qué viste, traidor,
Para mancillarme así?
Garc. ¡Rayos del cielo! no mas
Añadais... ¡Oh! me han vendido.
Mas si creen que he sucumbido
Se engañaron... no, jamás.
Ya es tarde para ceder,
Dijo bien quien tal os dijo,
Sí, que á luchar madre é hijo
Van, poder contra poder.
Reina. Miente quien diga que tú eres
De la sangre de mis venas
Nacido, miente; las hienas
No nacen de las mujeres.
Rebelde y calumniador,
Yo te ganaré la mano.
Garc. Débil mujer, será en vano
Todo ese inútil furor.
Ya hemos saltado la valla
Ambos á dos, ya nos hemos
Conocido, y no podemos
Rehusarnos la batalla.
Veamos quien vencedor
Sale de entrambos ahora.
(*La Reina va hácia la puerta para llamar á su gente diciendo.*)
Reina. Veamos. ¡Ola!
(*El príncipe la ataja el paso, y corre el cerrojo á la puerta.*)

Garc. Señora,
Teneos.
Reina. ¡Cómo, traidor!
Garc. Ya no hay mas voz que la mia:
Para vos de este momento
Es prision vuestro aposento.
El rey aquí es Don García.
Reina. ¡Miserable! ¿presa yo?
Garc. Presa por el rey, por mí.
Reina. ¿Tú rey de Navarra!
Garc. Sí.
Ram., presentándose. ¿Rey? ¡Bah! todavía no.

ESCENA X.

LA REINA, DON GARCIA, DON RAMIRO.

Garc. ¡Ira de Dios; aquí tú!
¡Todo lo comprendo ya!
Mas caro á costarte va
Tu farsa de Belcebú.
Ram. ¿Qué hará en mí vuestro furor?
Garc. Velo pues.
(*Bajando hácia Don Ramiro, y abandonando la puerta.*)
Ram., á la Reina. Abrid ahí.
Reina, abriendo. A mí, navarros, á mí.
Sujetad á ese traidor.
(*Los caballeros sujetan á Don García.*)

ESCENA XI.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO, DON RAMIRO, Caballeros, Pajes.

Ram. Ya veis, la jugada es diestra:
Vos á mi casa habeis ido
A quemarme, y yo he venido
A prenderos en la vuestra.
Garc. Hombre fatal cuya sombra
Va por do quier que voy yo:
¿Quién del fuego te libró?
Ram. Concibo lo que os asombra
Mi presencia, Don García,
Mas ya os dije mi poder.
Garc. ¡Ay si llegas á caer
En mis manos algun dia!
Ram. Vuestro coraje presumo;
Mas ¿qué os valdrá ese furor?
De entre las manos, señor,
Se va el diablo como el humo.
(Humillaos; no hay mas medio,
Pues mientras yo ande en la danza
No teneis otra esperanza,
Ni hallareis otro remedio.)
Garc. No creo en la omnipotencia
De que convencerme quieres,
Mas, sierpe astuta ¿quién eres?
Ram. Soy...
Garc. ¿Quién? ¿quién?
Ram. Vuestra conciencia,
Vuestra sombra, vuestro juez
Mientras sigais vuestro empeño;
Pesadilla en vuestro sueño,
Y vuestra muerte tal vez.
(*Va á salir y la reina le detiene.*)
Reina. Teneos: vos por quien fué
Hoy Navarra libertada,
Decid ¿á quién obligada
Quedo? ¿Quién sois?
Ram. No lo sé.
Reina. Mirad que en palacio entrado
Os habeis bajo un disfraz,
Y quien oculta la faz
No muestra ser muy honrado.
Ram. Aun cuando fuera un bandido
Quien tal beneficio os hace,
Bien señora os satisface
Quien salvaros ha sabido.
Si en vuestro palacio entrara
Con el rostro descubierto,
Al dintel le hubieran muerto
Para que á vos no llegara.
Y en fin recordaros quiero,
En favor de mi persona,
Que pues Don Sancho me abona
Soy sin duda un caballero.
Reina. Teneis razon: é imagino
Que en guardaros las tendreis,
Mas si algo de mí quereis...
Ram. Sí, volvedme el pergamino.
Reina. Tomadle.
Ram. Y si en premio ahora
De mi lealtad le firmais...
Reina. Sí por cierto, ahí le llevais.
Ram. Dios os lo premie, señora.
Reina. Id en paz.
Ram. Y si algun dia
Os hallais tan apretada
Que os haga falta una espada,
Acudid, reina, á la mia.
Paso, caballeros.
Reina. Paso
Al que en nombre del rey va.
Cortesanos. ¡Le abona el rey!
Ped. ¡Quién será!
Garc. ¡Ay, Dios! mi desdicha acaso.

ESCENA XII.

Dichos, menos DON RAMIRO.

Reina. García, mientras envio
A Don Sancho esta noticia,

En poder de la justicia
Quedareis.
Garc. Fué sino mio
Sucumbir, y aunque lo lloro,
Puesto que el vencido soy,
En sufrir sereno estoy
Mi muerte, y á nadie imploro.
Mas no olvideis, reina, vos,
Que reos aparecemos
Entrambos, y aun no sabemos
Quien triunfará de los dos.
Reina. Nada teme la inocencia.
(*Ruido y tumulto dentro.*)
Mas ¿qué rumor...?
Garc. (Si habrá acaso
Mi gente arriesgado el paso
Para salvar mi existencia!)
(*Se ve venir por el fondo un caballero armado* (*Melendo*), *con gente armada.*)

ESCENA XIII.

LA REINA, DON GARCIA, DON PEDRO, PAJES, GUARDIAS, UN CABALLERO (MELENDO).

Reina. ¿Quién tan sin miedo á la ley
Atropella así el palacio?
Cab. Señores haced espacio
A la justicia del rey.
(*A la Reina.*) Por Don Sancho de Castilla,
De Navarra y de Leon,
Daos, señora, á prision.
Reina. ¡Yo! ¡por el rey! ¡tal mancilla!
Cab. Reina, esta es mi obligacion.
Don Pedro Sesé, sed preso
En nombre del rey.
Ped. ¡Yo!
Cab. Vos.
Y en tanto que con mas seso
Se instruye vuestro proceso,
Gobernador por los dos
Nombra el rey á Don García.
Garc. ¡Oh! gracias, fortuna mia.
Reina. ¡Yo en público mancillada
Por el rey! Yo ante él culpada...
¡Santo Dios!
Garc. Ya os lo decia.
Reina. Aparta. Un Dios desde el cielo
La verdad mirando está,
Y á su tribunal apelo.
Garc., á la Reina. Me pesa de vuestro duelo,
Mas es harto tarde ya.
Lo que he intentado me aterra,
Sé que nadie habrá en mi abono,
Y que mi suerte se encierra
Entre siete piés de tierra
Cavados al pié de un trono:
Mas ya puesto ante su hondura
A saltarla probaré,
Si caigo... en mi sepultura;
Mas si salto con ventura...
¡Oh! sobre el trono caeré.
Melendo, esta misma sala
La señalo por prision.
Don Pedro Sesé á la torre,
(*A otro.*) Vos sereis su guardador.
(*A otro.*) Vos al punto con la gente
De mayor satisfaccion,
Buscadme por todas partes
A ese villano impostor
A quien la reina aquí mismo
Un pergamino firmó.
Id, corred por todas partes,
No haya en Pamplona rincon
En donde logre ese infame
Salvarse de mi furor.
(*Ruido dentro.*)
¿Mas qué ruido es ese?
Arj., dentro. Paso.
Garc. Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV.

DICHOS, LUCAS DE ARJONA.

Arj. ¡Señor, señor!
Garc. ¿Qué sucede?
¿Qué traes, Arjona?
Arj. Señor:
Luis Torras está ahí diciendo
Que con el secreto dió
De vuestro huésped de anoche.
Garc. Con quien Torras dar debió
Fué con él ¡viven los cielos!
Arj. Mas trae en cambio señor...
Garc. ¿Qué trae?
Arj. Trae á una mujer.
Hela aquí.
(*Traen á Gisberga custodiada.*)

ESCENA XV.

DICHOS, GISBERGA.

Garc. ¡Dios vengador,
Es ella! su mujer.
Gisb. Sí,
Yo soy.
Garc. De ese vil traidor
Me responde tu cabeza;
Tú sabrás donde está.
Gisb. No.
Garc. Quién es ese hombre.
Gisb. Lo ignoro.

Garc. ¡Niegas!
Gisb. Sí.
Garc. Pues ¡vive Dios!
Pronto hará polvo el tormento
Toda esa resolucion.
Guardadla bien hasta entonces,
Mas pasa el tiempo veloz
Y es fuerza acabar cuanto antes.
Arjona, sin dilacion
Que me ensillen el caballo
Que el rey mi padre dejó,
Que quiero que vea el pueblo
Quién es su gobernador,
Y los vasallos del rey
Guarden al rey sumision.
Reina. Traidor, ¿qué vas á intentar?
Garc. Eso no os atañe á vos,
Señora.—Llevadla.
Reina. ¡Infame! (*Voces fuera.*)
Garc. ¿Aun hay mas?

ESCENA XVI.

DICHOS, UN CABALLERIZO.

Cab. ¡Señor, ¡perdon!
Garc. ¿Qué es?
Cab. El caballo del rey
Con el real caparazon
Le han robado en este instante
Un Etiope feroz
Ayudado de otro hombre.
Garc. ¿Y mis guardias? ¡Vive Dios!
Cab. Matáronlos á estocadas
Garc. ¡Ya lo entiendo! ¡Maldicion!
Ese demonio es tambien
Del caballo el robador.
Seguidle, y donde le halleis
Matadle sin compasion. (*Vanse algunos.*)
Mientras él viva, seguro
Ni aun en mi sepulcro estoy.
(*Aparece en el fondo un rey de armas con sus insignias.*)
¿Mas qué es esto? ¿Aquí un rey de armas?

ESCENA XVII.

DICHOS, UN REY DE ARMAS, DESPUES, EL REY DON SANCHO Y MELENDO.

Rey de armas. Paso, el rey me sigue en pós.
Todos. ¡Cielos el rey!
Rey D. Sancho. Sí señores;
El rey en persona, yo.
Doña Nuña (*á la Reina*), Don García (*á este*),
Sesé (*id.*), daos á prision.
En sus cuatro torreones
Tiene la torre mayor
De mi alcázar cuatro encierros.
Melendo, su guardia sois;
Los tres, y esa otra mujer
Cada cual á un torreon.
Ferrando, que mi consejo
Se junte al punto.
Reina y Garc. ¡Señor!
Rey. ¡Silencio! Llevadlos pronto,
Vamos á ver ¡voto á Dios!
Qué es lo que pasa en mis reinos
Cuando de ellos falto yo.
(*Los lleva.—El rey se pasea con el mayor desasosiego.*)

JORNADA TERCERA.

En la torre del alcázar de Don Sancho. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dar á los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta á la derecha que se supone dar al caracol que da entrada á este salon. Una lámpara que pende del techo alumbra la escena.

—

ESCENA PRIMERA.

MELENDO, CERRANDO LA PUERTA DEL PRIMER TORREON DE LA DERECHA, PRISION DE LA REINA.

¡Tamaña tenacidad!
O es muy grande su inocencia,
O con osada impudencia
Burlar al rey quiere audaz.
En fin, cumplamos su ley,
Pues ley es su voluntad.
Y Dios mire con piedad
Los arrebatos del rey.
(*Abre la puerta de la izquierda, por donde sale Don García.*)

ESCENA II.

DON GARCIA, MELENDO.

Mel. Salid, señor.
Garc. ¿Qué sucede,
Melendo?
Mel. Que libre estais.
El rey sus postreras órdenes
Os quiere, príncipe, dar,
Y en su aposento aguardándoos
Tras breve espacio estará.
Garc. ¿Y la reina?
Mel. Todavía
En silencio pertinaz

Se mantiene, y aun se niega
Hasta con el rey á hablar.
Garc. Está bien.
Mel. ¿Puedo, señor,
Serviros en algo mas?
Garc. ¿Dijo el rey que con alguno
Pudiera comunicar?
Mel. Dijo que hasta hablaros él
Podrian veros no mas
Los escuderos que os sirven
Si de ellos necesitais.
Garc. Traedme á Lucas de Arjona,
Que con él me bastará.
Mel. Todo el dia importunándome
Anduvo ese hombre tenaz
Por entrar un punto á veros.
Garc. Es criado muy leal.
Id por él: que al aposento
Del rey me acompañará
Dentro de breves momentos.
Mel. Que Dios os guarde.
Garc. Id en paz.

ESCENA III.

DON GARCIA.

¡Oh! la fortuna me ampara,
Crédito el mundo me da,
Libre estoy... mas ¡quién pudiera,
¡Ay de mí! volverse atrás!
¡Quién me diera como una hoja
De un árbol seco arrancar
Este dia de los tiempos
Sin que volviera jamás!

ESCENA IV.

DON GARCIA, ARJONA.

Arj. Señor.
Garc. Arjona, ¿qué traes?
Arj. Buenas nuevas. Todo se ha
Cumplido á pedir de boca.
Pero dejadme admirar,
Señor, vuestra perspicacia
Y vuestra serenidad.
Yo lo oía y lo dudaba
Y quien os viera esplicar
De esta rebelion la historia
Delante del tribunal,
Vive Dios que la tuviera
Por relacion tan veraz,
Tan clara, tan innegable...
Garc. Basta, Arjona, por piedad.
Ojalá que antes mi lengua
Enmudeciera. Ojalá
Que un rayo me hiciera polvo
Al concebir tal maldad.
Arj. ¡Señor...! ¿qué decís?
Garc. Arjona,
Mientras me hizo vacilar
El miedo y la incertidumbre,
Y la ambicion infernal
Me sostuvo, á todo osé;
Mas la negra soledad
De esa torre en que he pasado
Todo el dia, á despertar
Ha vuelto en mí la razon,
Y holgárame, Arjona, asaz
Para salir de esta angustia
Algun camino encontrar.
Arj. Ya estais, señor, fuera de ella.
Yo presenté al tribunal
Los testigos que citásteis,
Y aunque con bastante afan
Y harto temor, porque alguno
Quisiera volverse atrás,
Juramos lo que vos mismo
Les quisísteis declarar,
Y probamos que aquí obrásteis
En virtud del poder real
Que os dió en secreto la reina,
Mas que su deslealtad
Conociendo, al rey y al reino
Quisísteis de ella guardar.
Que sorprendiéndoos tambien
Ella y Sesé vuestro plan
En su antecámara misma
Os iban á asesinar,
Habiendo comprado el brazo
De un vigoroso gañan
Con quien en secreto hablaron
Antes de haceros llamar
A su presencia, en su cámara
Para mas seguridad
La misma reina ocultándole
Todo lo que, si es verdad
Que es una impostura grande,
Nadie lo podrá negar,
Porque todo el mundo vió
Que estaba aquel Satanás
Con el acero en la mano,
Y con él pronto á lidiar
Vos, señor, al mismo tiempo.
Garc. ¿Pero y ese hombre?
Arj. Ya está
Tambien por mi buena industria
Colocado en buen lugar.
Garc. ¿Preso tambien?
Arj. Nada de eso,
Nadie con ese hombre da:
Mas como yo le he colgado
Con ellos grande amistad,
Y han dicho todos que él solo
Robó el caballo además
De matar al que servia

La caballeriza real,
Y con pase de la reina
Se salió de la ciudad,
Está condenado á habérsele
A la pena capital.
El rey además furioso,
De el silencio que en guardar
Se obstinan Sesé y la reina,
Crédito mayor os da.
Y en fin, la junta y los grandes
Tan confundidos están,
Y las leyes tan esplícitas
Que nada que temer hay.
Ya ves que en todo parece
De parte nuestra el azar.

Garc. Pero, Arjona...

Arj. ¡Qué, señor!

Garc. Aunque todo va derecho
A nuestro bien, de lo hecho
Me da espanto, me da horror.
Es mi madre.

Arj. Pero...

Garc. Di,
¿No habria mejor camino
Por donde echar su destino?

Arj. Hay uno, mucho que sí.

Garc. ¿Cuál? ¿cuál?

Arj. Que vos ante el rey
Declareis vuestra impostura,
Y cambieis de sepultura
Con la reina.

Garc. ¿Esa es la ley,
Arjona?

Arj. No hay mas remedio.
Si os habeis vos de salvar,
Fuerza ha de ser derribar
A todo el que esté por medio.
La pena del acusado
Cae en el acusador
Si sale aquel vencedor,
Con que morireis quemado.

Garc. Y tú, tú que tantas trazas
Hallas siempre para todo,
Me abandonas de este modo.
¡Callas...! ¡Oh, me despedazas
El alma, Arjona.

Arj. Señor,
Me estais confundiendo y callo,
Porque remedio no os hallo
Si os falta vuestro valor.

Garc. No son de pavor, Arjona,
Los pesares que me oprimen;
Es que veo que mi crímen
Pesa mas que la corona.
Es que me espanta el castigo
Que les impone mi encono,
Y que me espanta ese trono
Que con su sangre consigo.
Si huyéramos...

Arj. Imposible.

Garc. Ausente el acusador...

Arj. Fuera el peligro mayor
Para vos.

Garc. ¿Y no es posible,
Burlando la vigilancia
De el rey Don Sancho fugarnos
Ambos á dos y ampararnos
De Cataluña ó de Francia?

Arj. Imposible, no hay camino
Que por el rey no se guarde,
Don García, y ya es muy tarde
Para torcer el destino.

Garc. De ese modo...

Arj. Es lo mejor
Que en el empeño sigais
Hasta donde mas podais
Con inflexible valor.
Si venceis, aun la esperanza
Teneis de calmar la ley,
Su vida pidiendo al rey.
Todo quien vence lo alcanza.

Garc. ¡Ira de Dios! seguiré.
El infierno es quien lo hace.
Seguiré pues que le place.
Vamos.

Arj. ¿Dónde?

Garc. Yo no sé.
El rey me aguarda, á él me voy,
Lo que exijirá no sé,
Mas todo lo emprenderé
Segun sintiéndome estoy.
De mi maldad me amedrento,
Y este afan, esta agonía,
No sé si es por vida mia
Furor ó arrepentimiento.
La fortuna arrastro en pos
De mí, mas con tal afan
Que presumo que así irán
Los réprobos ante Dios.
Si soplo infernal me anima,
De espíritu tan perverso
Que abriria al universo
A mis plantas ancha sima.
Un vértigo, un torbellino
Me arrebata en pos de sí.
Vamos, Arjona, de aquí,
Y cúmplase su destino.

ESCENA V.

DICHOS, MELENDO.

Mel. El rey aguarda, señor.

Garc. Voy. (*Vanse Don García y Arjona.*)

Mel. No sé qué de funesto
Revela ese hombre en su gesto
Que el mirarle da pavor.
Algun horrible secreto
Le acosa con saña fiera,
Porque si él el justo fuera
No anduviera tan inquieto. —
¿Mas ella...? ¡pobre mujer!
En fin, por si la interesa
Este escrito voy á priesa
En sus manos á poner.
(*Abre la torre en que está la Reina.*)

ESCENA VI.

LA REINA, MELENDO.

Reina. ¿Quién es?
Mel. Señora, yo.
Reina. Mi carcelero.
Mel. Pésame de ello...
Reina. Gracias, caballero,
Cumplid vuestro deber, ¿qué nuevo insulto
Venís á hacerme?
Mel. Duéleme, señora,
Que me trateis así, cuando á ofreceros
Venia mi favor desde esta hora...
Reina. ¿Cómo?
Mel. Reina, escuchad: yo he presenciado
Vuestro juicio, y he visto que os condenan
Las pruebas.
Reina. Falsas son, falsas, Melendo.
Mel. Señora, así lo entiendo,
Y á fe que me ha espantado ver á un hijo
Acusando á su madre, y no comprendo
Que tan noble cual vos una matrona
De su esposo manchara la corona.
Reina. ¿Eso mas?
Mel. Don García así lo dijo.
Reina. ¡Villano!
Mel. Que á Sesé con torpe audacia
Ofrecísteis el trono y en secreto,
Conspiraban los dos con tal objeto:
Que él os le sorprendió, y hecho á la parte,
No hallando otro remedio,
El rey tan lejos y él tan vigilado,
Alzó otro bando con silencio y arte
Para salvar el reino amenazado.
Y en fin, que vuestros muchos desafueros
Y escandalosas tramas
Solamente á su rey descubriria
Y con testigos cien los probaria,
Dispuesto estando á mantenerse en todo
Y á mostrar sus servicios verdaderos
A voluntad del rey de cualquier modo.
Le oyó en secreto al rey Don Sancho: y luego
De larga conferencia,
Salió iracundo y respirando fuego
Para firmar no mas vuestra sentencia.
Reina. ¡Gran Dios!
Mel. Interpusieron pronto ruego
Los grandes y prelados,
Mas por él con dureza rechazados,
Confirmaron sentencia tan estraña,
Midiendo sus razones por su saña.
Reina. ¿Así la lealtad de tantos años,
El amor y la fe Don Sancho olvida,
Crédito dando á pérfidos amaños?
Mel. Mas espera que vos...
Reina. Nunca, Melendo,
Antes mil veces perderé la vida.
Mel. Mas si inocente sois, una palabra
Decid que os justifique.
Reina. No la tengo,
Melendo; en vano lidia
La inocente virtud con la perfidia.
En el confuso dédalo enredado
De esas acusaciones impostoras,
Mi lengua y mi razon se perderia;
Y cayendo en un lazo preparado,
Mas criminal tal vez pareceria.
Mel. Mas ved que quiere oiros.
Reina. Es en vano;
Nada tengo que hablar: pues leyes tiene,
Que mi causa por ellas mida y vea,
Ellas dirán lo que á su honor conviene:
Y si él mal las emplea,
A Dios responda cuando tiempo sea.
Así se lo direis. Soy inocente
Y justificacion no necesito,
Y si cree el universo en mi delito,
Ante su Dios el universo miente.
Mel. Miente, sí, miente: mas importa mucho
Que limpia ante él aparézcais, señora,
Y tal vez haya medio... Un hombre ahora
Me lo juró tambien...
Reina. (¡Cielos qué escucho!)
Mel. Y no osando en la torre darle entrada,
Os escribió estas letras, y me dijo
Que podríais por él ser libertada.
Reina. Dadme, dadme.
Mel. Leed.
Reina, leyendo. « Señora: si es imposible que nos veamos, no olvideis que las leyes os permiten apelar al juicio de Dios; y no ha de faltar una lanza que se rompa en vuestra defensa, mientras aliente quien está pronto á morir por salvar el honor de la reina de Navarra. »
Reina, representando. ¿Dónde está el hombre
Que esta carta escribió?

Mel. Por un postigo
Que al rio da, con misteriosa seña
Ha poco me llamó y habló conmigo;
Mas si os inspira ese hombre confianza
Y os importa el hablarle,
Todo por vos lo arriesgo, iré á buscarle,
Y entrará de las sombras al abrigo
Hasta vuestra prision.
Reina. ¡Oh! hacedlo, amigo,
Que ese hombre es mi esperanza.
Mel. Pues fiaos de mi: traza oportuna
Buscaré de traerle en el momento,
Mas que vuelva á salir de este aposento
Antes que empieze á despuntar la luna.
Tal vez un centinela le veria
Y todo de una vez se perderia.
Reina. Id, volad, caballero.
Mel. Un momento aguardad.

ESCENA VII.

LA REINA.

¿Y en quién espero?
¿Cuya esta letra es? ¿Quién es ese hombre?
¿Es tal vez un amigo verdadero,
O es algun arrestado aventurero
Que se promete así cobrar renombre?
Debajo de estas líneas mal trazadas
No puso firma, ni señal, ni nombre.
En fin, quien quier que sea,
Pues me ofrece una lanza
Que en la defensa de mi honor emplea,
Es en la tierra mi única esperanza.
Y vos, Señor, que en la invisible altura
Tras la cortina azul del limpio cielo
Medís la intensidad de mi amargura,
No me dejeis morir en tanto duelo.
Solo del justo proteccion segura
Sois, pues veis mi inocencia á vos apelo;
Atajad de los hombres la malicia,
Y mostradles, Señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII.

LA REINA, DON RAMIRO, MELENDO.

Ram. Sí, se la mostrará.
Reina. ¡Vos!
(*Reconociéndole á la luz de la lámpara.*)
Ram. Yo, señora,
Que infatigable vuestro honor velando
Mostraré la justicia vengadora
Del Dios inmenso que os está juzgando.
Mel. Tomad, temo que alguno nos sorprenda. (*A Ramiro.*)
Con ese saco tosco de soldado
Mostraos por si acaso disfrazado,
Y aquí que haceis la centinela entienda.
Ram. Gracias.
Mel. Mas breve sed, que el rey en breve
A la torre venir acaso debe.
Ram. Pocos momentos bastarán.
Mel. Yo guardo
El caracol estrecho...
Mas encajaos pronto ese tabardo,
Y á Dios.
Ram. Prémieos él lo que habeis hecho.

ESCENA IX.

LA REINA, DON RAMIRO.

Reina. Caballero.
Ram., interrumpiendo. Escuchadme: lo sé todo.
La diabólica astucia con que supo
Don García volver por raro modo
Contra vos lo que en él tan solo cupo:
Sé de Don Sancho y de la junta el fallo,
Y sé que me condena
A morir por ladron de su caballo,
Lo cual me trae á mí con poca pena.
Sé que es justificaros imposible
En plazo corto, que harto enmarañado
El nudo veo de su trama horrible:
Mas sé tambien que el término alargado
De la sentencia vuestra, yo en mi brio
Y en mis razones vuestra causa fio.
Vos escribid al rey; vuestra inocencia
Protestad; como horrendo sacrificio
Apelad de su bárbara sentencia
Al juicio del Señor, que es el buen juicio.
Yo retaré entre tanto á Don García
De vil calumniador, campo pidiendo
Para lidiar con él; esto en el dia
Lo permite la ley, y no pudiendo
Negarlo á nadie, la victoria es mia.
Reina. Mucho fiais, mas ignorais sin duda
Que es preciso probar...
Ram. No os dé cuidado;
Secreto talisman tengo en mi ayuda,
Con el que todo me será allanado.
Reina. Vedlo todo despacio, y que no os ciegue
Vuestro buen corazon; ese combate
Con un príncipe real tal vez se os niegue.
Ram. ¿Porque infante no soy? Qué disparate.
Con sola una palabra que á Don Sancho
Le diga yo al oido,
Le tengo de dejar tan convencido,
Que ha de abonarme y le vendrá muy ancho.
Reina. Mas ved que Don García
Es hoy el justador mas afamado.

Ram. Por lo que hace á su esfuerzo es cuenta mia.
Con tigres y leones me he probado,
Y no cedo á hombre alguno en osadía.
Reina. Mas si entre tanto vos en red traidora
Caeis, y el plazo tiene fin...
Ram. Señora,
Ya os he dicho que puede mi palabra
Hacer temblar al rey, pero primero
Fuerza es que paso á su justicia me abra,
Siendro de vuestro honor el caballero.
Si sucumbo, aun me queda la esperanza
De esta palabra oculta: mas si venzo,
Con ayuda de Dios y de mi lanza,
De decirla á Don Sancho me avergüenzo,
Que él se avergonzaria al escucharla.
Si venzo, sin decirla, á la inocencia
Me vuelvo á desterrar de su presencia,
Antes que en su presencia pronunciarla.
Reina. Ser tan incomprensible y misterioso,
Cuanto teneis de bravo y generoso,
Arcángel protector de mi existencia
Que por do quiera á la defensa mia
Salís, entre la niebla mas sombría
Vuestra razon velando y vuestro nombre,
¿Quién sois? ¿qué recompensa
De mí esperais?
Ram. Ninguna: mas no hay hombre
Que abrace con mas fe vuestra defensa.
Ni leonés habrá ni habrá navarro
Que dé por vos mas pronto la existencia,
Ni que por vos combata mas bizarro,
Mas premio sin buscar que su conciencia.
Reina. Mas decidme á lo menos vuestro nombre,
Vuestro linaje; sepa en quién espero.
Ram. Solo á vos le callára, y no os asombre,
Si sin ira ni horror le pronunciárais
Valiera en vuestro labio el mundo entero.
Reina. ¿Mánchale el crímen?
Ram. No: pero le odiárais.
Reina. ¿Con él á vuestro padre avergonzárais?
Ram. No.
Reina. ¿Sois pues...?
Ram. Vuestro solo caballero,
El solo amigo que valeros puede,
Y que todo por vos ha de intentarlo
Mientras un soplo de esperanza quede.
Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,
En el cubo otra vez: si me descubren
Que aquí no os hallen. Diligente ahora,
Si os permiten con qué, al tremendo juicio
De Dios la apelacion tened escrita
Y confiad en él, que en este mundo
Solo de Dios el justo necesita.
Silencio; entrad, entrad.

ESCENA X.

DON RAMIRO, DESPUES DON GARCIA.

(*Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta por donde entró la Reina.*)
Ram. Cierro por fuera:
Suben... veamos lo que aquí me espera.
(*Se cubre bien con el saco de soldado, aparentando estar de centinela.*)
Garc., dentro. Ya basta, vive Dios; me importa hablarla,
Y órden traigo del rey.
(*En la escena.*) ¡Tanta osadía,
Y en defender la entrada tanto empeño
Ese necio Melendo!
Ram. (¡Oh, Don García!)
Garc. ¡Tal vez tiene razon! ¿á qué su sueño
Turbar... tranquila acaso en su inocencia
Duerme, sin miedo á la fatal sentencia:
Mientras que yo ¡ay de mi! tiemblo y me agito
En contínua vela, y aquí en mi pecho
De la conciencia el torcedor maldito
Halla en mi corazon ámbito estrecho.
Sí, por do quier me espanta mi delito,
Y en torno de mi mesa y de mi lecho
Ronda, y ante mis ojos se presenta,
Y ante mí marcha y ante mí se sienta.
Mas venzamos las necias aprensiones
Del corazon cobarde... es fuerza hablarla;
Apartáos, quiméricas visiones,
Este es el torreon... voy á llamarla.
(*Don García va á poner mano al cerrojo que ha corrido Don Ramiro. Este al verlo avanza dos pasos hácia él. Don García se detiene.*)
Garc. ¡Mas cielos! Quién está aqui.
Ram. Un centinela, señor,
Que juzga á inmenso favor
De Dios hallaros así.
Garc. ¿Qué quieres?
Ram. Solo un momento
Que me oigais...
Garc. No es ocasion;
Déjame.
Ram. Noticias son
Para vos de gran contento.
El que el caballo os robó...
Garc. Cómo ¿qué? ¿dónde está ese hombre?
¿Tú le conoces? ¿su nombre

Sabes? ¿le han cogido?
Ram. No.
Pero de saber acabo
Que os ha retado, señor,
Como á vil calumniador,
Y mirad que es hombre bravo.
Garc. Yo á nadie temo.
Ram. Aun hay mas.
Ya sé que nadie os da miedo
En la lid, mas un enredo
Pierde al mismo Satanás.
Garc. Acaba, no me entretengas
Con necias bachillerías.
Ram. No son intenciones mias
Perder el tiempo en arengas.
Pero ya que os hallo aquí,
Voy á haceros conocer
Lo que os importa saber
Para gobernaros.
Garc. Di.
Ram. El rey con una francesa
Os trataba un matrimonio.
Garc. Sí.
Ram. Pues llevóle el demonio.
Garc. ¿Qué?
Ram. Os robaron la condesa.
Garc. ¿Qué diablos estás diciendo,
Mentecato? Tú estás loco.
Ram. Escuchad, que poco á poco
Lo ireis, señor, entendiendo.
Garc. ¡Voto á...!
Ram. La condesa huyó
Con un galan de su casa;
Su buen padre, hecho una brasa,
Que les siguieran mandó
Por do quiera.,. ¡inútilmente!
No parece ni uno ni otro.
Pues bien, ese hombre... el del potro,
Ha escrito á vuestro pariente
El buen conde de Bigorre,
Diciendo que la robásteis
Guardándola en esa torre.
Garc. Mas cuando ese hombre me achaca
El rapto de esa doncella,
¿Qué espera de mí? ¿qué de ella?
¿O qué consecuencia saca?
Ram. Una, señor, muy sencilla,
Que á acusaros de raptor
Envia un embajador
El de Bigorre á Castilla.
Garc. ¿Y qué? tan sandia impostura
Desmentiré.
Ram. Aunque lo hagais,
La cosa no es tan segura
Como vos la imaginais.
Garc. No te entiendo.
Ram. El robador
De la doncella, el amante,
Es tambien ese tunante...
El del caballo, señor.
Garc. Me confundes cada instante
Mas.
Ram. Pues poco hay que entender:
¿No habeis preso á la mujer
Que tenia ese bergante
En la quinta que con fuego
Destruísteis para así
Cogerle rehenes?
Garc. Sí.
Ram. Pues bien, él os torció el juego.
Os dejó que la cogiérais,
Para obligaros despues
A que, probando quién es,
De ella á Francia respondiérais.
Garc. Pero en mi poder estando...
Ram. Kia; á ofenderla ¡vive Dios!
Dará Francia sobre vos
Por la venganza clamando.
De modo que con lo mismo
Que os pensábais vos salvar,
Os va ese hombre á colocar
A la boca de un abismo.
Garc. Todo lo comprendo ya.
¿Con que ese hombre, esa quimera,
Conmigo por donde quiera
Para contrariarme va?
Ram. Ya veis, donde quiera os reta.
Y aquí por calumniador,
Y allá en Francia por raptor,
A su capricho os sujeta.
Garc. ¡Que venga pues, vive Dios!
Pues me hace tan cruda guerra,
No cabemos en la tierra
A un mismo tiempo los dos.
Ram. No le llameis, que á mi ver
Si gritais con tal vigor,
Se os pudiera aparecer,
Y estais sin armas, señor.
Garc. Que venga, nada me espanta;
Pero el traidor no vendrá.
Ram., descubriéndose. Sí, Don García,
aqui está;
Brotó bajo vuestra planta.
Garc. ¡Gran Dios!
Ram. Oid, Don García.
Ya veis que os tengo en un caos;
Aun es tiempo, retractaos,
Porque la victoria es mia.
Garc. ¿Tuya? sueñas; robador
De la hacienda de tu rey,
Te ha condenado la ley
Declarándote traidor.
Ni aun siquiera te oirán,
Que testigos infinitos
Te probaron mil delitos
Que á morir te llevarán.

Ram. No os ciegue el furor, García;
Mi causa está ya segura:
Meditadlo con cordura,
Que aun para ello os doy un dia.
Garc. No vivirás ni una hora.
Nuño, Melendo, traicion;
¡Acudid al torreon!
Verémos quién vence ahora.
(*Don García desde la puerta que se supone dar al caracol, llama bajando un escalon, de modo que oculte medio cuerpo en el bastidor, volviendo la espalda á la escena. Don Ramiro le empuja, cierra y corre el pasador.*)

ESCENA XI.

DON RAMIRO.

¡Tu furor me hace reir!
¿Piensas, necio, que al entrar
Me he descuidado en mirar
Por dónde debo salir?
¿Piensas en tu desvarío
Que un navarro montañés
No saltará ochenta piés
Teniendo debajo el rio?
¿No quieres que entre los dos
Haya paz? bien, haya guerra:
Yo he cumplido con la tierra;
Ahora que nos juzgue Dios.
(*Se lanza por la ventana, y se oye el ruido de un cuerpo que cae al rio, teniendo en cuenta el espacio de ochenta piés que tiene que recorrer en su caida. Pasado este efecto, la puerta se abre forzada, entrando por ella Don García, Melendo y soldados.*)

ESCENA XII.

DON GARCIA, MELENDO, ARJONA, SOLDADOS.

Garc. Aquí, aquí está ese traidor;
El que el caballo ha robado,
El que á la reina ha ayudado.
Mel. y Arj. Aquí no hay nadie, señor.
Garc. ¡Dios! En esos torreones...
Mel., viéndolos todos. ¿Y cómo entrarles pudiera
Si tienen todos por fuera
Corridos los aldabones?
Garc. Esa ventana...
Arj. Señor,
Imposible por ahí es
Un salto de ochenta piés.
Garc. ¿Qué es esto? ¡Dios vengador!
Mel. (¡Qué arrojo!) (*Asomándose por la ventana.*)
Garc., espantado. Sí, estaba aquí,
Aquí mismo, en mi presencia.
Todos. ¿Quién, señor, quién?
Garc. Mi conciencia.
Sostenme, Arjona. ¡Ay de mí!
(*Don Garcia desfallece como presa de un vértigo en los brazos de Arjona.—Cae el telon.*)

JORNADA CUARTA.

Interior del centro de una tienda de campaña que ocupa todo el escenario á lo ancho, y que llena á lo largo una sola caja. Esta tienda, que figura ser la del caballero mantenedor de un reto y levantada en un costado de un palenque, está cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan completamente todo el fondo del escenario y colocados de modo que puedan manifestar descorriéndose á su tiempo todo el palenque que tiene detras. Como esta tienda figura componerse de tres partes ó habitaciones, las personas salen y entran por derecha é izquierda.

—

ESCENA PRIMERA.

EL REY, MELENDO.

Mel. Calmaos, señor.
Rey. Melendo,
Inútilmente procuras
Poner á mi enojo diques
Y aplacarme con disculpas.
Ya los vistes cuán tenaces
En su silencio ni escusas
Quisieron dar de los crímenes
Que á los dos se les imputan:
Ni aun responder se dignaron
De su juez á las preguntas;
Y ¡vive Dios, que esta ha sido
La mayor de sus injurias!
Melendo, trae á Don Pedro,
Hagamos la prueba última. (*Vase Melendo.*)

ESCENA II.

EL REY.

¡Oh, esta es de sueño funesto
Pesadilla que me abruma!
Es un vértigo, un delirio
De abrasada calentura.
Estoy la verdad tocando,
Y el alma incrédula lucha
Con la realidad, sin fuerzas
Para comprenderla nunca.
Él tan leal otro tiempo
Y ella tan noble y tan pura...
Pero ¿qué dudo? ¡insensato!

¡El príncipe les acusa
De adúlteros y rebeldes,
Y el príncipe es sangre suya!
Y para atreverse á tanto
Grandes razones le escudan.
¡Oh! juro á Dios que si insisten
En su silencio, mi furia
todo el rigor de las leyes
Les hará pronto que sufran.

ESCENA III.

EL REY, DON PEDRO, MELENDO.

Mel. Aquí está.
Rey. Dejadnos solos,
Melendo. ¡El cielo me acuda! (*Vase Melendo.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON PEDRO SESÉ.

Rey. Sesé, lee ese pergamino;
En él están todas juntas
Las graves acusaciones
Que á tí y á la reina imputan.
Los testigos que lo afirman
Y el príncipe que os denuncia,
Las han sellado y firmado.
Ahora, si disculpa alguna
Tienes, dámela, de no
Con madurez y mesura
Lo ha pesado de mis nobles
Y mis prelados la junta
Y os sentencia como infames
A sufrir la pena última.
Ped. Señor, no habrá en vuestros reinos
Quien con mas valor la sufra;
Pero irémos al martirio,
Don Sancho, no á pena justa.
Rey. Pues bien, esplícate, Pedro,
Líbrame ya de esta augustia.
Solos estamos aquí,
Solos; nadie nos escucha:
Por cuanto encierran sagrado
Cielos y tierra, si oculta
Hay en tu pecho una causa,
Una razon, una escusa
Que os justifique á mis ojos,
Por compasion, Sesé, búscala.
Ped. Señor, desde que mis hombros
Pudieron con la armadura
Hasta que el peso del casco
Me encalveció, la vez única
Es esta en que habeis tenido
En mi fe y en mi honra duda.
Amigo me habeis llamado,
Señor, desde vuestra cuna,
Como amigo os he servido
En vuestras varias fortunas.
He cuidado vuestra casa,
Os he velado en la oscura
Soledad del campamento,
Y en las lides mas sañudas
He puesto el pecho mil veces
Ante las lanzas morunas
Para defender el vuestro;
Y ha cincuenta años en suma
Que las gotas de mi sangre
Se derraman una á una
Por vuestro honor y grandeza,
Por vuestra prez y ventura.
Jamás intenté venderos
Ni hos han estraviado nunca
Mis consejos del camino
De la virtud; ¿y ahora juntas,
Creeis que al fin de una vida
Que tal lealtad ilustra,
Pude hacer tantas infamias,
Reo ser de tantas culpas?
Rey. Oh, sí, sí, cuando recuerdo
Los fuertes lazos que anudan
Nuestra amistad, la limpieza
De tu honor, que no deslustra
Ninguna mancha bastarda,
Cuando oigo la voz robusta
Con que en tu favor me grita
Mi corazon, se me anublan,
Pedro, los ojos en lágrimas
Y mi conciencia se turba
Al ver que os condenan pruebas
Que tú ni nadie recusa.
Ante vuestro tribunal
Tuvísteis las lenguas mudas.
¿Porqué ¡vive Dios! porqué,
Si la inocencia os escuda,
No os defendeis de las leyes
Que os abren infame tumba?
Ped. Don Sancho, mil y mil veces
Os lo dije en oportunas
Ocasiones, vuestras leyes
Son incompletas y absurdas:
Con ellas el inocente
Sucumbe, el malvado triunfa,
Y los mas atroces crímenes
A su sombra se consuman.
Acusa un vil á un sencillo,
Y con infernal astucia
Destruye todas las pruebas
Que han de obrar en contra suya,
Sus delitos le atribuye,
Como vuestro hijo, lo jura,
Los jueces vense indecisos
Y él para borrar su duda
Se ve jóven y alentado,

Ve que aquel á quien acusa
Es viejo, ó mujer, ó débil,
Y con audacia segura
Dice: «Aquí estoy con mi lanza
Pronto á sostener mi injuria.»
La ley lo consiente, y siempre
Vence la fuerza y la astucia. —
Y vive Dios, rey Don Sancho,
Que á ser cual era robusta
Mi mano, yo con el príncipe
Empeñaria la lucha;
Mas ¡ay! el cielo á los débiles
Contra los fuertes no ayuda.
Rey. Mas esa es la ley que rige,
Y esa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
Pues ante ella te denuncian.
Ped. Rey Don Sancho, si en vuestra alma
No está escrita mi disculpa,
Si con vos no me defiende
Vuestra conviccion, que acuda
El verdugo; este es mi cuello;
Ni yo sé dar mas escusa,
Ni á saberla la daria:
Sabeis mi honor y mi alcurnia.
Rey. Mas esas pruebas...
Ped. Son falsas
Apariencias.
Rey. Pero abundan
Los testigos.
Ped. Son comprados.
Rey. Te han hallado veces muchas
En el cuarto de la reina
En altas horas nocturnas.
Ped. Velado hé por vuestros reinos
Con ella, y las damas suyas
No faltaron de su cámara
Jamás.
Rey. Hoy mismo disputa
Escandalosa mantuvo
Contra el príncipe en su pública
Antesala en favor tuyo.
Ped. Era su causa la injusta,
Y yo cumplia las órdenes
De mi rey.
Rey. Con maña astuta
Te sorprendió tus secretos.
Ped. Y yo sus tramas oscuras:
Supe que vuestro caballo
Era la señal oculta
De una rebelion.
Rey. Dispuesta
Para sofocar la tuya,
Para guardar de vosotros
Mi corona.
Ped. ¡Vírgen pura!
A partir para obligaros
Vuestra dignidad augusta,
Para obligaros en él
A hacer su total renuncia.
Rey. De eso os acusa á vosotros,
Que viendo que su bravura
Os malograba el proyecto,
Hicísteis por mano oculta
Robar mi mismo caballo,
Que era su señal última.
Ped. Ved lo que decís, Don Sancho,
Que el robo no fué obra suya
Ni nuestra, fué de un tercero
Enviado vuestro.
Rey. ¡Impostura
Semejante! ¿enviado mio?
Ped. No puede en eso haber duda;
Trajo vuestra firma y sello.
Rey. Mientes, traidor.
Ped. Vuestra injusta
Intencion veo, Don Sancho,
Manifiesta.
Rey. Y yo la tuya,
Pues de tus mismos delitos
Aun á mí propio me culpas.
Ped. ¿Negais vuestra firma y sello?
Basta, señor, que se ofusca
Vuestra razon, y olvidando
Vuestro decoro me insulta
Vuestro labio; y si creéislo
Como el labio lo pronuncia,
Sois fiscal que me acrimina,
No juez que recto me juzga.
Vuestro hijo os codició el reino
Con ambiciosa locura,
Y yo el reino os defendia
Con voluntad absoluta:
Si á mí sus faltas me cargan
Y mi lealtad me usurpan,
Y escuchais vos las palabras
De los que así me calumnian,
Yo os juro, rey, por el Dios
Que se asienta en las alturas,
Que me sirven de vergüenza
Las heridas que me cruzan
El pecho, que por tí espuse
Con lealtad bien estúpida.
Rey. Con esas mismas palabras
Protesta quien os acusa.
Ped. Pues miente como un villano.
Rey. Es mi sangre.
Ped. La que nunca
Mereció ver en pró suyo
Mi espada leal desnuda.
Rey. ¡Traidor!
Ped. El no haberlo sido
Es el pesar que me abruma
Hoy, que hácia mí sin razon
Vuestra voluntad se muda.
Rey. ¿Sin razon? ¡viven los cielos!

¿Y en cuál tu inocencia fundas,
Si á nada me has respondido;
Ni hay un testigo que arguya
En tu favor, cuando en contra
Testimonios se acumulan?
Ped. Entonces ¿en qué se para
Vuestra magestad sañuda?
Pues que os estorbo en la tierra,
Abridme la sepultura.
De mí para deshaceros
No os andeis buscando arbitrios,
Decid: « *Me importa que muera*, »
Y haced que la ley se cumpla.
Rey. Basta, que esa pertinacia
Con que mi poder insultas
Y mi venganza provocas
Mi clemencia sobrepuja.
Veo la diestra falacia
Con que evitas mis preguntas
Y las cuestiones complicas
Con falsedades absurdas.
Veo que me niegas todas
Mis reconvenciones justas,
Esquivándote de todas
Por no resolver ninguna.
Y en ese afan despechado
Con que mi corage azuzas,
Veo que al verte perdido
La muerte con ansia buscas.
Ped. Sí, rey Don Sancho, la busco:
Que á mi dolor mas se ajusta
Que tu ingratitud odiosa
La mas deshonrada tumba.
Rey. Y la tendrás.
Ped. Pronto sea;
Su oscuridad no me asusta,
Que es pabellon de reposo
Para una conciencia pura.
Rey. Hola... (*Sale Melendo.*) volvedle á su encierro.
(*Melendo le cierra.*)
Pues defenderse rehusan,
Que el cielo se lo demande
Y sus destinos se cumplan.

ESCENA V.

EL REY, LUEGO DON GARCIA.

Rey. ¡Pero qué altivo teson!
Oh, de ese viejo el acento
Para agravar mi tormento
Renueva mi confusion.
¡Gran Dios, si fuera posible!...
Pero no; ¿cómo podria
Caber en mi hijo García
Pensamiento tan horrible?
Así mi pena inclemente
A tanto estremo ha llegado
Que temo hallarle culpado
Y temo hallarle inocente!
Garc. ¡Estábais aquí, señor!
Rey. García, ¿Tal vez la hora
Llegó ya?
Garc. Pronto la aurora
Va á alumbrar nuestro dolor.
Rey. ¡Tambien como yo padece,
Infeliz!
Garc. Sí, padre, mucho;
Y esta pena con que lucho
Por horas é instantes crece...
Rey. ¡Hijo!
Garc. De mí no soy dueño:
Y en mi ardiente frenesí...
Ya no encuentro para mí
Ni tranquilidad ni sueño.
Rey. ¿Y porqué? ¿Porque leal
A mi defensa acudiste
Y el esplendor defendiste
De mi corona real?
¿Porque afrontando el encono
De altivos conspiradores
Entregaste á los traidores
Que profanaron mi trono?
Garc. ¡Oh, callad!
Rey. Tu corazon
Con mis palabras aflijo.
Garc. Sí, sí.
Rey. El vasallo y el hijo
Cumplieron su obligacion.
Ahora ya no hay que esperar
Sino morir.
Garc. (¡Suerte impía!)
Rey. ¡Y era tu madre! García,
Ven, ven conmigo á llorar.
Llora su infelice suerte,
Ya que el destino cruento
Te escogió por instrumento
De su castigo y su muerte.
Llora, y luego á sostener
Nuestra justicia te apresta,
Para cumplir lo que resta
De tu penoso deber.
Garc. ¡Mi madre!
Rey. ¡Cuánta ternura!
Garc. ¿No hallará clemencia en vos?
Rey. ¡Clemencia! téngala Dios
De mi negra desventura.
Contra su torpe malicia,
Como esposo y como rey,
Fié al brazo de la ley
Su crímen y mi justicia.
Y yo su tremendo fallo
Respetaré, porque así
La ley se respete en mí
Como en su primer vasallo.

Mas si no puedo estorbar
Su riguroso suplicio,
Y este horrible sacrificio
Es ya fuerza consumar,
No vea yo en tí, hijo mio,
Ese afan que no te deja,
Ese dolor que te aqueja
Desesperado y sombrío.
Garc. ¡Ah! consideradlo vos;
Y si ver mi alma pudiérais
Yo sé que os estremeciérais.
Rey. Pon tu confianza en Dios.
Deber fué en tí, no malicia,
Y hoy para mejor probanza
Aquí sostendrá tu lanza
Tu inocencia y mi justicia.
Garc. (Si eterno este dolor es,
Ya no hay para mí existencia.)
Rey, acercándose á la cortina de la tienda. ¡De dia ya!
Garc. (Mi conciencia
Me va arrastrando á sus piés.)
Señor...
Rey. Mira, ya veloz
El alba á rayar comienza.
Garc. (De temor y de vergüenza
Ni doy aliento á mi voz.)
Rey. A Dios; voy á disponer
Que la ceremonia empiece.
Garc. Oidme...
Rey. ¡Qué te estremece!
Cumplamos nuestro deber. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GARCIA.

¿Qué iba yo á hacer? á revelar mi infamia;
Pero ¿qué revelar pudiera yo
A quien vive en la fe de que aun abriga
Un soplo de virtud mi corazon?
¡Hijo me llama el infeliz llorando!
¡Hijo, que reino y honra le salvó...!
¿Cómo decirle al miserable viejo,
Padre, yo soy un vil calumniador?
No, me arrastra inflexible mi destino
Por la senda del mal, y á rastra voy
Cual zarza estéril que arrebata el viento,
A caer en la eterna perdicion.
Pero llegan. ¿Quién va?

ESCENA VII.

DON GARCIA, ARJONA.

Garc., al verle. ¡Tan pronto, Arjona!
Arj. Ya comienza del alba el resplandor,
Y ya el pueblo las gradas del palenque
A ocupar turbulento comenzó.
Garc. ¡Maldito quien me trajo hasta este trance,
Maldita, sí, mi estúpida ambicion!
Arj. Ya no es hora, señor, de meditarlo,
El dia va á rayar.
Garc. Déjame, Arjona;
Siento que mi osadía me abandona.
Arj. Señor.
Garc. Vacilo, sí; no sé ocultarlo.
Aquel hombre fatal... ¡él era, él era!
Arj. Sombra de la turbada fantasía.
Garc. No, Arjona, realidad.
Arj. ¿Cómo pudiera...
Garc. Todo ese hombre lo puede en contra mia.
Quien del fuego voraz le puso fuera,
De las aguas tambien le sacaria.
Arj. ¡Del fuego os acordais! ¿pues no os lo dije?
De su quinta una cava hasta la ermita
Por senda subterránea dirige:
Torras la halló, y entrándose por ella
Fué como dió con la mujer.
Garc. ¡Maldita
Mi imprevision! en una y otra cita,
Allí acechóme su infernal destreza.
Arj. Mas le cuesta el acecho la cabeza.
Garc. Del secreto poder que le acompaña
Todo lo temo, Arjona; en todas partes
Mis pasos sigue su presencia estraña
Sin que le estorben puertas ni baluartes.
Todo le es familiar, todo lo encuentra
Fácil en contra mia: favorece
Todo su fuga: en el alcázar entra
Tras de mí, en las prisiones... y parece
Que sombra de mí mismo desprendida
Los instantes me cuenta de la vida:
Y si un soplo de calma me adormece,
Brota, dice: *Aquí estoy*; y en la tendida
Cavidad del espacio desparece.
Arj. Supersticion del corazon medroso,
Don García: aunque impávido y astuto
Es un hombre no mas, y de hombre á hombre...
Garc. No me vieras por Dios irresoluto
Para emprender la lid, si solamente
De lidiar se tratara frente á frente.
Arj. Mas ¿qué de él temeis ya? del rey vasallo,
Notorio siendo que robó el caballo
Y estando pregonada su cabeza,
No se presentará.
Garc. ¡Ven, insensato!
Si ningun defensor no se presenta
¿No ves, imbécil, que á mi madre mato?
Y es idea ¡ay de mí! que me amedrenta.

Arj. Aun la podeis salvar : si nadie acude
Sois dueño de su vida : suplicante
A Don Sancho acudid, ante ella misma...

Garc., horrorizado. ¿Yo? ¿Yo me he de poner de ella delante
Otra vez? no, jamás... : piensas en vano :
Primero que sufrir tal agonía,
Los ojos, Lucas, con mi propia mano
Y el corazon feroz me arrancaria.

Arj. Pues aun es tiempo... desistid cobarde,
Desmentíos ; mas ved que en esa hoguera
Que del verdugo ante las plantas arde
El uno de los dos fuerza es que muera.

Garc. Sella, asesino vil, sella esa boca;
Porque tu pecho miserable abriga
Sangre de hiena y corazon de roca.

Arj. Señor, tan solo vuestro bien me obliga,
Porque con vos me salvo ó con vos muero:
Mas perdonad, señor, que tal os diga :
Ceder ahora es decir al mundo entero
Que ni valiente sois, ni caballero.

Garc. ¡Ah...!

Arj. Se dirá de vos con mengua y saña:
« Nada en tal hombre por entero cupo :
Ni crímen, ni virtud fué en él hazaña,
Ni aun ser infame sino á medias supo... »
¡Gran memoria de un príncipe de España!

Garc. Pues bien, si no me cumple esa memoria,
Si al crímen nada mas caminar puedo,
Tal borron dejaré sobre mi historia
Que á la futura edad imponga miedo.

(*Tumulto fuera.*)

¿Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado
De el horrible espectáculo sediento :
Voy ¡vive Dios! á dársele colmado;
Nunca le vió mas bárbaro y sangriento.

(*Suenan las trompetas.*)

Ah, pronto la señal.

Arj., asomándose á la tienda. El sol asoma.

Garc., poseido de un vértigo. ¡Oh, infierno! ¡regocíjate! como esta
No han preparado tus furores fiesta
Ni en los circos idólatras de Roma.

(*Trompetas.*)

Voces fuera. Pregon, pregon. ¡Silencio!

Arj. Los heraldos
Ya el combate pregonan.

Garc. ¡Esto es hecho!
Cada cual ante Dios con su derecho.

Heraldo, dentro. « Oid, oid, oid. Vasallos de Don Sancho, rey de Navarra, de Aragon y de Castilla. El buen caballero Don García, príncipe de estos reinos, ha aceptado el combate á que en uso del derecho que las leyes les conceden han apelado la reina Doña Nuña y Don Pedro de Sesé, acusados de criminal inteligencia y descubierta rebelion. Y siendo entrambos crímenes de lesa magestad, las leyes los condenan á la pena del fuego, si al trasponer el sol la línea del horizonte no se presenta caballero alguno que quiera mantener su causa. Si esto aconteciere y el acusador saliere vencido, sufrirá la misma pena en lugar de los acusados como la ley lo dispone ; si saliere vencedor serán quemados en este mismo palenque los acusados, con el cuerpo del caballero su defensor, quedando desde luego condenados á la pena capital todos los que resultaren cómplices de su traicion. El rey ofrece asimismo doscientos marcos de oro á cualquier vasallo suyo, que asegure la persona del traidor que estrajo de las reales caballerizas su mejor caballo de batalla, asesinando para ello á su guardia y palafreneros. Esta es la justicia del rey. Vasallos del rey, acatad la justicia del rey. ¡Viva Don Sancho, rey de Navarra! »

Pueblo. ¡Viva!

Garc. ¡Qué agonía, gran Dios! ciñeme, Arjona,
Esa fatal espada.
Y que quede á favor de esta celada
Encubierta á mi pueblo mi persona.

(*Se cala la visera.*)

¡Oh! estoy seguro que en mi horrible gesto
Se ve mi odioso crímen manifiesto.

Voces del pueblo. Una. Allí están. Allí están.

Otra. Ya traen á los acusados.

Otra. ¡Quién tal pensara de tan buen caballero
Como Don Pedro!

Otra. Por eso mismo es mas grande su delito.

Otra. Bien dicho. El rey les habia colmado de beneficios.

Otra. Y le vendian mientras él conquistaba á los moros
Nuevos señoríos.

Otra. Son unos infames,
Les van á atar á los postes de hierro
Como á los villanos.

Otras. Bien, bien.

Otras. ¡Viva la justicia del rey!

Todos. ¡Viva!

(*Tumulto.*)

Voces. Silencio. Silencio.

Otras. Ya bajan los jueces del campo.

Otras. Silencio. Escuchad.

Uno de los Jueces del campo. «Vasallos

del rey, oid. La hora del juicio ha llegado ya. La liza queda abierta desde este punto; y si al pasar el sol la línea del horizonte no anuncian los clarines un defensor, el verdugo cumplirá con su deber. »

Muchas voces. Bien, bien. (*Aplausos, ruido, etc.*)

Garc. ¡Ea! ha llegado la tremenda hora.
Siento que Dios del corazon me arranca
El gérmen de su fe consoladora,
Y en las venas la sangre se me estanca.
¡Sí, sí, de esta diabólica contienda
Viene todo el infierno á ser testigo!
Vértigo... sed de crímen me devora.
Ea, corre los lienzos de esa tienda,
Y el infierno desde hoy sea conmigo.

(*Arjona manda á los pajes con una seña que abran la tienda. Estos corren á un tiempo la cortina partida en dos que cierra su fondo y que cubre el teatro, y aparece un vasto palenque cuyos andamios están llenos de gente del pueblo. En el fondo de este palenque se ve un altar, delante de él el verdugo que con una tea encendida está pronto á encender la leña hacinada al rededor de la reina y de Don Pedro, que estarán atados á dos postes de hierro y uno á cada lado del altar. Por sobre los andamios se cierra el horizonte con pintorescas montañas. El sol acaba de salir por encima de unos cerros desiguales, y derramando sobre la escena la rosada luz de la mañana.*)

Ped. Señora, ¿no teneis otra esperanza?
¡Oh! si mi brazo fuerte todavía
Estuviera...

Reina. El de Dios á todo alcanza.

Ped. Creo que Dios tambien nos abandona.

Reina. Solo él puede apreciar nuestra agonía,
Que inútiles con el dolo y falsía
Lo que castiga ve y lo que perdona.

Ped. No tengo esa virtud: soplo mundano
Me anima aun el corazon terreno,
Y voy la hiel de que le siento lleno
Sobre ellos á verter. (*Al pueblo.*) Pueblo villano,
Rey infame... escuchad.

Voz en el pueblo. ¿Qué es lo que dice?

Otra. Dejadle hablar.

Otras. ¡Silencio!

(*El pueblo calla despues de largo chicheo.*)

Otras. Oid.

Ped. Rey fiero,
Sin fe, ni ley: el Dios á que apelamos,
Que indefensos morir nos deja infiero,
Mas ante él de tus leyes protestamos.
Ella inocente, y yo buen caballero,
Al tribunal de Jesucristo vamos,
Y al inmolarme con tan vil castigo,
Rey, príncipe, villanos... yo os maldigo.

(*Don García se tapa la cara con las manos, exhalando un ¡ay! desesperado.*)

Garc. ¡Ay!

Voces del pueblo. ¡Nos insulta! ¡muera!

Otras. ¡Muera!

Otras. ¡Muera!

(*La reina demuestra voluntad de hablar.*)

Voz. La reina quiere hablar.

Voces. ¡Mueran!

Otras. Oidla.

Otras. Silencio. Oid. Callad.

(*Otro largo chicheo. El pueblo calla.*)

Reina. Sin culpa muero:
Mas aunque Dios por causa soberana
Que indefensos morir nos deja infiero,
Yo como reina moriré, y cristiana.
Sí, yo inocente, y él buen caballero,
Serémos ante Dios esta mañana;
Mas aunque me inmolais, no os guardo encono.
Hijo, esposo, vasallos... yo os perdono.

Pueblo. Bien, bien.

Garc. No puedo mas...

(*Don García pone mano á la daga. Arjona le detiene.*)

Arjona. Señor, teneos.
¿Qué quereis intentar?

Garc. Morir, Arjona.
Déjame.

Arjona. No.

Voces. ¡La hora se pasa!

Otras. ¡Mueran!

Otras. ¡Mueran, mueran...!

Una voz. Ninguno les abona.
Culpables son, pues Dios les abandona.

Otras. Ya dan los jueces la señal...

Otras. La hoguera
Va á prender ya el verdugo.

Garc. No, no quiero:
No puede mas mi corazon de fiera.
Sálvese, sí...

(*Don García va á salir de la tienda, en cuyo momento suena la seña de un agudo clarin. Don García se detiene.*)

Arjona. ¡El clarin!

Pueblo. ¡Un caballero!

ESCENA VIII.

DICHOS, DON RAMIRO.

(*Se presenta Don Ramiro armado de piés á cabeza: el esclavo Etiope, de quien se hace mencion en los anteriores actos,*

vestido á la oriental con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el hermoso caballo de batalla del rey Don Sancho magníficamente caparazonado y empenachado. Un paje con los colores de la casa real de Navarra y Castilla trae el escudo y la lanza de Don Ramiro. Este tira un guantelete á los piés de Don García y dice en alta voz:)

Ram. Aquí estoy, llego á tiempo todavía;
Y os declaro á la faz del mundo entero
Torpe y vil impostor, mal caballero,
Calumniador infame, Don García.

Voces. ¡El caballo del rey!

Otras. Ese es el que le ha robado.

Otras. ¡Qué descaro, qué atrevimiento!

Otras. No puede combatir, no es caballero,
Está declarado traidor y condenado á muerte.

Otras. ¡Muera!

Otras. Sí, sí, que muera tambien con ellos.

Otras. ¡Prenderle, matarle!

Una. Ningun villano puede ceñirse armadura real.

Otras. ¡Muera, muera! Allá van los jueces del campo.

Todos. Bien, bien.

(*Los jueces del campo con algunos soldados se dirigen hostilmente hácia Don Ramiro. Este toma rápidamente el escudo de manos del paje y descolgando el hacha de armas del caparazon del caballo les hace retroceder.*)

Ram. ¡Mentís! derechos tengo á esta armadura,
Yo puedo entrar con ella en la batalla.

Pueblo. ¡Muera, muera! cogedle.

Ram. Atrás, canalla.

Rey de armas. Paso al rey, paso al rey.

Rey. ¿Quién atrevido
Mi ley insulta y su delito ostenta
Y con mis propias armas se presenta?

Ram. Oidme una palabra.

Rey. Di.

Ram. Al oido.

(*Don Ramiro se acerca al oido del Rey. Este se estremece y volviéndose á los suyos dice:*)

Rey. Atrás, señores; retiraos.

Garc. ¡Cielo!
¡Con sola una palabra... aun al rey mismo...!

Ram., á Don García. Ya lo veis... á no ser por mi buen celo
Por vuestra alma, la echais en el abismo.

Rey. ¡Oh! concluid por Dios: si este secreto
Sabeis, ¿quién sois?

Ram. Señor, antes de todo (*Con calma.*)
Que inocentes no sean el objeto
De la mofa del vulgo.

Rey. ¿De ese modo
Quereis...?

Ram. Que libres sean, ó en voz alta
Al vulgo vil relataré esa historia.

Rey. No, no. Libres están.

Ram. Al punto vengan,
Y en silencio escuchando se mantengan.

(*El Rey hace una señal, y van á traer á la Reina y Sesé. La tienda se cierra como al principio del acto.*)

Pues os mostrais, Don Sancho, tan celoso
De vuestro real honor que una sospecha
Mal probada por labio mentiroso
Presa tan noble á los verdugos echa,
Quiero, señor, que Doña Nuña sepa,
Antes que el duelo con mi vida acabe,
Lo que en el alma de sus jueces cabe
Cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX.

DICHOS, LA REINA Y SESÉ, A UNA SEÑA DE RAMIRO.

Ya están aquí... silencio, estadme atentos;
Vos tambien escuchadme, Don García,
Y si despues de oirme unos momentos
La espada alzais, encontrareis la mia.

(*Todos escuchan con asombro y ansiedad. Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.*)

Conocí una mujer... su nombre Caya.

Rey. ¡Dios Santo!

Ram. Es grande historia. Esta matrona,
Casada con un noble de Vizcaya,
Su sien ceñia con feudal corona.
Un mancebo... su nombre no hace al caso,
Se prendó de su garbo y hermosura:
Y ella incauta, él audaz, paso tras paso
Fuéles prendiendo amor en red segura.
Él amante, altanera la matrona,
«A todo (la dijo él) por tí me atrevo:
¿Quieres cambiar por otra esa corona?»
Y ella que le entendió picó en el cebo.
Una noche el baron, su noble esposo,
A manos pereció de unos bandidos;
Dolióse ella del caso lastimoso,
Mas siguieron de entonces mas unidos
Los dichosos amantes.—¡Ay! ¿qué dicha
Es segura en la tierra? El mozo osado

Heredó á poco un reino, y por desdicha
De Caya otra mujer con el reinado.
Él la aceptó, pues le traía en prenda
Otra corona mas, y aunque fingia
Falaz con Caya, al fin cayó la venda
Que el corazon amante la cubria.
Dejóla el rey, y en vez del matrimonio
Que la ofreció, del reino desterróla,
Firmándola un inútil testimonio
Para un infante que del rey quedóla.
Y esta mujer errante y espatriada...
(*Se interrumpe.*)

Reina, Rey, Sesé. ¡Acabad!

Ram. Sucumbió
tras largo duelo,
A su hijo dando de la edad pasada
Noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

Rey. ¡Dios mio! ¿Y aquel hijo?

Ram. Asió una lanza
Y en Palestina y Francia aventurero
Vivió guardando siempre una esperanza
De ser al fin un noble verdadero.
Topó en Francia por fin á una condesa,
Que á otro príncipe estaba prometida,
La sedujo y huyó con la francesa,
Y aquí vinieron á pasar la vida.

Reina. Proseguid.

Ram. A favor del pergamino
Que dió el rey á su madre, pasó este hombre
Vida sin porvenir y sin destino,
Sin descubrir su orígen ni su nombre.
Dió el caso, que á un traidor, que conspiraba
Por impensado azar, halló la huella,
Y como en nada este hombre se ocupaba,
Dió en seguir holgazan el rastro de ella.
Dios les puso á los dos frente por frente,
Y por do quier se hallaban: disponia
El uno en unas ruinas plazo y gente,
Y el otro sus secretos sorprendia.
Y...

Rey, Reina, Sesé. ¿Qué?

Ram. Ya en concluir
veo que tardo;
Secreto es que callárosle no debo.
(*A la Reina.*)
Vos la ofendida sois.
(*Al Rey.*) Vos el mancebo;
Don García el traidor y yo el bastardo.
(*Don Ramiro presenta al rey el pergamino en cuestion, hincando la rodilla en tierra.*)

Rey. Sí, es mi firma. Hijo mio. (*Abrazo rápido.*)

Ram. Ahora, García,
Ciertos de la verdad ambos estamos;
Si me tiendes tu mano, esta es la mia;
Si en tu demanda estás al campo vamos.

Reina. Tened, tened: el dedo del destino
Manifiesto está aquí, y á la inocencia
El justiciero Dios abre camino.

Rey. Sí, perdona un error...

Reina, interrumpiendo. Que no acrimino.

Rey. Yo revoco mi bárbara sentencia.

Ram. Y yo abrazo la causa de mi hermano:
Deróguese la ley, y en su delito
Sea el único juez... Dios soberano.
(*De rodillas.*)
Su perdon os propongo.

Reina. Yo le admito.
(*A Don García.*)
Pastor tiene la Iglesia cuya mano
Tiene poder y crédito infinito
De atar y desatar... tu culpa llora,
Y de Roma no mas perdon implora.

Garc., de rodillas. ¡Madre!

Reina. Mas oye:
Don Ramiro debe
Dar la mano á tu esposa prometida,
Y en tu lugar tambien mando que lleve
Tu parte de heredad por mí traida.
Sí, pues solo él á defender se atreve
Mi calumniado honor con su honra y vida,
Ved en qué precio su virtud estimo:
Mi primogénito es, le legitimo.

Rey. Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.
(*Lo hacen, y vuelve á quedar á la vista del publico el palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos, que contenidos por los soldados forman un numeroso grupo al rededor de la tienda.*)
Pues mis armas vistió ya es caballero:
Pregonadlo á mi pueblo y que esto entienda.
Yo le doy mi caballo: que altanero
Sobre él las calles cruce; de la rienda
Le lleven reyes de armas, y que atienda
Navarra á que es su príncipe heredero.
(*Clarines y atabales en señal de pregon, y algo lejos tumulto, vivas. Traen mas al centro de la escena el caballo de don Sancho. El pueblo se agolpa en rededor.*)

Rey., á Don Ramiro. Ea, á caballo tú.

Reina, á Don García. Tú,
escolta toma
Y á implorar parte tu perdon de Roma,

Garc., con afan y pronto á partir. Sí,
partiré; mas á la vuelta mia
Si traigo, madre, un corazon sincero,
¿Puedo esperar de vos...?

Ram., interrumpiéndole y atajando á la Reina, que va á responder. Sí,
Don García;

Yo tras tí quedo; ve, y en mi fe fia:
Buen hermano seré, buen caballero.

(*Don Ramiro y Don García se dan la mano, y este parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas de pié sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragon, gritan cada cual á su correspondiente turno.*)

(*El que tiene el pendon de Castilla dice:*)
¡Viva la reina de Castilla!

Pueblo. ¡Viva!

(*El que tiene el de Navarra dice:*)
¡Viva el rey don Sancho de Navarra!

Pueblo. ¡Viva!

(*El que tiene el de Aragon dice:*)
¡Viva el príncipe Don Ramiro, rey de Aragon!

Pueblo. ¡Viva!

(*Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes*, etc., etc. *Tumulto. Cae el telon.*

LA MEJOR RAZON, LA ESPADA,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS,

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO.

PERSONAS.

DON PEDRO DE PANTOJA, jóven soldado.
DON DIEGO DE GAMBOA, mercader.
DON LOPE, letrado, padre de DOÑA JUANA.
DOÑA ANGELA, su prima.
GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.
LEONOR, criada de Doña Juana.
UN ESCRIBANO.
UN ALGUACIL.
ARJONA.
EL DUQUE DE ARCOS.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Don Lope. Puertas á izquierda y derecha. Reja en el fondo.

—

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, GUIJARRO, ENTRANDO.

Guij. ¿Estás sola?
Leon. Sí.
Guij. ¿No hay miedo?
Leon. No; mas despáchate aprisa
No vuelva el amo de misa
Y nos coja en el enredo.
Guij. ¿Y tu ama?
Leon. En su cuarto está,
Llorando su desventura.
Guij. ¿Pues qué nuevo mal la apura?
Leon. Que ha dado á Don Lope ya
El duque de Arcos licencia
Para poder desde luego
Desposarla con Don Diego.
Guij. ¡Qué dices! Eso es demencia.
Leon. La purísima verdad
Es lo que digo á fe mia.
Guij. Pásela por tal tu tia,
Que para mí es necedad.
¿Mas no la podrémos ver?
Leon. Es imposible, que siento
Que de uno en otro momento
Debe su padre volver.
Y es fuerza que esta mañana
Se lo advierta á tu señor.
Guij. Pues ten por cierto, Leonor,
Que te echa por la ventana:
Porque Pantoja, mi dueño,
Como sabes, es un hombre
Del demonio, y dánle el nombre
De Satanás el pequeño;
Y no le dijera yo
Eso que me dices tú
Por la plata del Perú.
Leon. ¡Lindo mandria! ¿Y porqué no?
Yo tengo cierto papel
Que le escribe Doña Juana.
Guij. Hablaras para mañana;
Si lo tienes, dígalo el. (*Le da un papel.*)
Leon. Y á mí tambien me han tratado,
Guijarro, otro casamiento.
Guij. Siempre estimaré tu aumento.
¿Ese de Don Diego el criado?
Leon. Ese mismo; pero yo
Solo á mi Guijarro quiero,
Y con él casarme espero.
Guij. Con la frente ¿porqué no?
¿Yo casarme? ¿Estás en tí?
Leon. ¿Pues no te vendrá muy ancho?

Guij. Pues por eso no me ensancho;
No es lo ancho para mí.
Leon. Pues di, pícaro, bribon,
¿Porqué casarte no quieres?
Guij. Porque todas las mujeres
Teneis mal de corazon.
Leon. No se entiende eso conmigo,
Que soy doncella y honrada.
Guij. Si fueras como mi espada,
Que no la ha entrado enemigo,
Fuera gran merced de Dios.
Leon. Fuera de las once mil,
No hay doncella mas gentil.
Guij. Eso verémos los dos,
Cuando yo, si pierdo el juicio,
Cometa el tremendo error
De admitirte, Leonor.
Leon. Parece que hablas de vicio,
Mas por vida de mi madre...
Guij., interrumpiéndola. Fué ella una santa mujer.
Leon. Que te tengo de poner...
Guij. ¿Como ella puso á tu padre?
Leon. En la espina de la zarza.
Guij. Si es parrilla, yo lo creo.
Leon. ¿Te remontas, Don Poleo?
Guij. No remonto, Doña Garza.
Leon. Quédate para quien eres.
Guij. Quédome para quien soy.
Leon. Yo me voy para quien voy.
Guij. Vete para quien quisieres.
Leon. En mi vida te he de hablar.
Guij. En mi vida te hablaré.
Leon. Con el tiempo te pondré...
Guij. De modo que pueda arar.
Leon. No, sino que digas tú...
Guij. Que soy manso por demás.
Leon. Quédate con Barrabás.
Guij. Márchate con Belcebú.
(*Vase Leonor.*)

ESCENA II.

GUIJARRO, DESPUES DON PEDRO PANTOJA.

Guij. Ya te volverás á mí,
Que tus despiques entiendo,
Pero vámonos corriendo,
No me atrape el viejo aquí.
Ped. Guijarro, ¿con quién hablabas?
¿Quién contigo estaba, di?
Guij. Ese responda por mí, (*Dale el papel.*)
Que como guardando estabas
Mi espalda, dejar no quise
El negocio á lo mejor.
Ped. ¿Te dió este papel Leonor?
Guij. Que Doña Juana te avise
Cosas de gusto quisiera.
Ped. Novedad debe de haber;
Voy el papel á leer.
Guij. ¿No será mejor afuera?
Ped. ¡Eh! (*Con desprecio y leyendo luego.*)
(*Lee.*)
«*Dueño mio, mi padre quiere casarme con Don Diego. Tengo pues por acertado que me pidas por esposa, para que yo pueda declararme: esto consiste en la brevedad, y de tu resolucion me harás partícipe esta noche por la reja.— Dios te guarde.*»
¿Di, infame, no pudieras
Llamarme cuando Leonor
Te dió este papel?
Guij. Señor,
No hagamos las burlas veras.
Sin levantar testimonio
A esa pícara, lo hacia
Con tal prisa, que tenia
Una vuelta del demonio.
Ped. Algo la dirias tú,
Que te conozco, bribon.
Guij. En dándote un apreton,
Lo das todo á Belcebú.
Salgamos de aquí de prisa,
Señor, toma mi consejo,
Que nos va á atrapar el viejo.
Ped. ¿Dónde está Don Lope?
Guij. En misa.
Ped. No, sin ver á Doña Juana
No me voy, viven los cielos,
Que esa carta me dió celos.
Guij. Esta noche en la ventana
Podrás arreglarlo todo.
Ped. ¡Con Don Diego ha de casar!
No, que yo lo he de estorbar.
Guij. ¿Y cómo?
Ped. De cualquier modo.
Guij. Yo no le encuentro, señor.
Ped. Yo sí; aguardándole á entradas
De una calle, y á estocadas
Matándole.
Guij. Es lo mejor.
Mas si quisieras consejo
Tomar de un amigo...
Ped. Di.
Guij. Yo me quedaria aquí
Y se la pidiera al viejo:
Que pues dice Doña Juana
Que la pidas por esposa,
Será diligencia honrosa.
Ped. Será diligencia vana,
Pero lo haré, y si me niega
Lo que promete á Don Diego...

Guij. La sacas de casa luego,
Y pues que el amor os ciega,
Vais á que os dé testimonio
Un cura, de lo de Dios,
Y al punto cerrais los dos
Con el santo matrimonio.
Ped. Tu consejo he de tomar.
Guij. Valgo para consejero
Un Potosí de dinero.
¿Y en qué me lo has de pagar?
Ped. En diez palos al contado,
Librados en la alameda.
Guij. Guarda, señor, tu moneda,
Que no estoy necesitado.

ESCENA III.

DICHOS, LEONOR.

Leon. Qué veo, ¿aun estás aquí?
¿Y con tu amo? idos por Dios,
Que os va á encontrar á los dos
Don Lope.
Ped. Que sea así
Deseo yo.
Leon. ¿Para qué?
Leon. Para decirle aquí hoy
Que á su hija en quitarle estoy
Como él hoy no me la dé.
Leon. Todo eso está bien, señor;
Mas si os ve dentro su casa,
Va á dudar, por lo que pasa,
De su hija en el honor.
Va á creer que os llamó ella misma,
Que os habló y aconsejó,
Y os va á contestar que no.
Guij. Y se va á armar aquí un cisma
Que ni el de Calvo.
Leon. Mirad;
Tomad ahora la escalera
Y andad á esperarle afuera,
Y cuando él entre llamad.
De este modo se consigue
Que vos hagais la deshecha,
Y que Don Lope sospecha
Contra nosotros no abrigue.
Ped. Dices bien.
Guij. Tiene razon:
Es un lince esta mujer.
Ped. Vamos pues para volver.
Guij., á Leonor. Sabes mas que Salomon.

ESCENA IV.

LEONOR, DESPUES DOÑA JUANA.

Leon. Gracias á Dios los eché;
Creí que no se rendian,
Y ya en brasas me tenian,
Que salen de la Mercé
(*Mirando por la reja.*)
Los de la misa de doce.
Juana. Leonor, ¿quién estaba aquí?
Leon. Vuestro Pantoja.
Juana. ¿Era él?
Leon. Sí.
Juana. ¿No avisaste?
Leon. Se conoce
Lo que os ciega vuestro amor:
Aprisa le hice salir,
Que sentía ya venir
Por la calle á mi señor
Juana. ¿Y el papel?
Leon. Se le entregué
Para el amo á su criado.
Juana. ¡Ay Leonor, cómo he quedado
Despues que mi padre fué
Con Don Diego mi enemigo!
Pues mi enemigo ha de ser
Quien me procura ofender.
Leon. De tu padre es tan amigo
Que en él se puede esperar
Un marido á letra vista.
Juana. En vano el alma conquista
Quien no la puede agradar.
Leonor, Pantoja ha de ser
Solo mi esposo en el mundo.
Leon. ¿Tu amor será tan profundo?
Juana. Todo lo vence el querer.
Leon. Teneis razon, Doña Juana,
Mas vale, como Pantoja,
Pobre que á mucho se arroja,
Que rico de alma villana.
Todo es mascar matrimonios
A la vista de la dama
El Don Diego, y de la fama,
Despreciando testimonios
Como le den los dineros
Que teneis, no piensa avaro
En que os comprara bien caro,
A ser ellos verdaderos.
Mas la prima Angela viene:
Disimulemos, señora.

ESCENA V.

DOÑA JUANA, DOÑA ANGELA, LEONOR.

Juana. Hola, Angela; ¿se acabó
La misa ya?
Ang. Sí.
Juana. Fué corta.
Ang. No fué muy larga.
Juana. ¿Y mi padre?
Ang. Con Don Diego por esotra

Puerta del jardin entró
En el escritorio ahora.
Juana. (Ya vienen mis enemigos
A atormentar mi memoria.)
Ang. ¿Puedo darte el parabien?
Juana. ¿De qué, prima?
Ang. De que gozas
En vísperas de tratado
La certeza de ser novia.
Tu padre, segun entiendo,
Con Don Diego de Gamboa,
Ese noble caballero
Que te pide por esposa,
Quiere confirmar las paces,
Con él casándote.
Juana. Cosas
Son estas que todavía
Aunque se dicen, se ignoran.
Ang. ¿Pues hay á la voluntad
De Don Lope quien se oponga?
Juana. Quien se oponga, Angela, no,
Que soy humilde de sobra
Para oponerme á mi padre;
Mas oirá de mi boca
Las razones que me asisten,
Y las causas que lo estorban.
Ang. Eso es hablar demasiado,
Prima; y á fe que me asombra
El verte tan atrevida
En palabras tan impropias
De hija que honrada ha nacido
Y que de humilde blasona.
Juana. Angela, ya basta de eso;
Que esa plática enfadosa
Que me diriges á fuer
De mi dueña ó preceptora
Tu corazon me descubre,
Y la esperanza recóndita
Que dentro de él alimentas
Aunque lo ocultas, traidora.
Ang. ¿Yo esperanza? Tú deliras,
Prima Juana, tú estás loca.
Juana. ¡Loca! ¿Pues qué haces de noche
Cuando en tu aposento á solas
Ni cierras bien tu ventana,
Ni apagas la mariposa?
Ang. Aderezo mis labores,
Y oraciones piadosas
Rezo antes de darme al sueño
Como cristiana devota.
Juana. ¿Y escapulario no tienes
Ni imágenes en tu alcoba,
Que el cielo ver necesitas
Por las rejas? ¿ó es que oras
Ante la faz de la luna,
Y á las estrellas te postras
Como dicen que lo hacen
Los sectarios de Mahoma?
Ang. ¿Prima, qué dices?
Juana. Escúchame,
Prima Angela, que nosotras
Las mujeres ya nacemos
Entendiendo de estas cosas.
Tú acechas desde tu reja
Todas las noches la hora
En que á hablarme por la mia
Viene mi galan Pantoja.
Ang. Yo acechar... ¿y para qué?
Juana. Eso es lo que me acomoda
Preguntarte: ¿es que lo haces
De atrevida ó de envidiosa?
Ang. ¡Yo de envidia!
Juana. Ya te entiendo,
Prima Angela; tú le adoras
En silencio, y nos escuchas
De sentida ó de celosa.
Ang. Pues bien, es cierto; os escucho
Desde mi ventana propia,
Mas como muro á su audacia
Y de tu honor defensora.
Juana. Guardad, prima, tu defensa
Para otra ocasion mas próspera,
Que bien mi honor se defiende
De quien á mi honor no osa.
Ang. Don Pedro es un libertino.
Juana. En lenguas murmuradoras.
Ang. Es un galan de costumbre
Y galanteador de todas.
Juana. Porque no quiso á ninguna
De las que obsequió hasta ahora.
Ang. Porque todas le evitaron
Por su audacia licenciosa.
Juana. Porque darian camino
Para su licencia todas.
Ang. Tú sola eres pues la santa.
Juana. No, la honrada soy yo sola,
Y en la que honor ven los hombres
No atentan nunca á su honra.
Ang. Contigo solo es cortés
Quien fué osado con las otras.
Juana. Yo con decoro le escucho,
Y él con decoro me adora.
Que nadie quiere perder
La buena opinion que goza,
Y quien honor ve en su dama
Con honor siempre se porta.
Ang. Muy filosófica estás.
Juana. Y tú en estremo celosa.
Y en fin, ya ves y ya sabes,
Ya te he dicho y ya te consta
Que adoro, que estimo y quiero
A Don Pedro de Pantoja.
Ya ves que él me quiere á mí
Con pasion íntima y honda:
Y si mi padre se empeña
En que la mano de esposa

Le dé á su amigo Don Diego,
Resuelta, aunque respetuosa,
Le diré: Padre, yo le amo;
O él ó nadie.
Ang. Y sin demora
Te contestará Don Lope,
Pues ó de Don Diego, ó monja.
Juana. Y me encerraré en el claustro
Con su amor y su memoria. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA ANGELA, LEONOR.

Ang. ¡Cuán verdadero es su amor!
Leon. En verdad que lo es, señora,
Como es de clara su lengua
Y la razon que la abona.
Ang. ¿Tú tambien? Tú la haces capa
De su amor, encubridora.
Pero yo haré que Don Lope
Pronto en la calle te ponga.
Leon. ¿Vos hareis tal? ¡Vaya en gracia!
¿A que el refran corrobora
De que te echará de casa
Quien vendrá de fuera?
Ang. ¡Hola!
Deslenguada, ¡me replicas!
Leon. Señora primita, oiga.
Vos á Don Pedro quereis,
Y él á vuestra prima adora:
Yo llevo y traigo sus citas
Y sus cartas amorosas;
Mas pues vos sois forastera
Y ella está en su casa propia,
Ni quito ni pongo reina
Cuando ayudo á mi señora.

ESCENA VII.

DOÑA ANGELA.

Amar sin ser de amor correspondida,
Y á quien amo mirar que á otra enamora,
Pena es del corazon mal resistida,
Pena que crece cuanto en él mas mora.
Mas mi esperanza aun no está perdida,
Yo seguiré su luz consoladora
Hasta su fin y arrostraré mi suerte,
Que todo es vida hasta llegar la muerte.
Pero Don Diego y mi tio
Vienen aquí: de ambos huyo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE, DON DIEGO.

Lope. Mi honor desde hoy será suyo,
Su honor desde hoy será mio.
Diego. Mi persona, hacienda y vida
Hoy á vuestros piés ofrezco,
Pues tanta dicha merezco.
Lope. Esta es cosa concluida;
Vuestra sangre de hoy, Don Diego,
Será blason de la mia,
Pues reuno en este dia
Mi interés con mi sosiego.
Leonor. (*Llamando.*)

ESCENA IX.

DICHOS, LEONOR.

Lope. Di á Doña Juana
Que la llamo.
Leon., aparte. ¡Oh letra vista!
¡Quién te perdiera la pista
Por la estafeta mañana! (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, DON DIEGO.

Lope. Esta noche la hablareis
Para hacer las escrituras.
Diego. Serán mis dichas seguras
Pues tal fineza me haceis.

ESCENA XI.

DICHOS, LEONOR.

Leon. Un tal Don Pedro Pantoja,
Si le concedeis licencia,
Me ha dicho que quiere hablaros.
Lope. Mejor, habladora, hicieras
En negar que estaba en casa;
Mas dile que entre.
(*Leonor va á buscar á Don Pedro y vuelve con él.*)

ESCENA XII.

DON LOPE, DON DIEGO, DON PEDRO PANTOJA, LEONOR.

Ped. Sintiera
Que mi vista os enojara.
Diego. Si es secreto, iréme fuera.
Ped. Antes me habeis de servir
Por vuestra mucha nobleza
De padrino con Don Lope.
Diego. En cuanto serviros pueda
Podeis disponer de mí.
Ped. Señor Don Lope, la fuerza
O la obligacion de honrado
Es en mí segunda estrella.

Yo soy Don Pedro Pantoja,
Dejo aparte la nobleza
De mi sangre, pues la gozo
Por mi antigua descendencia
Como lo dice la fama.
No tengo ninguna renta,
Pero tengo un alma noble,
Que fué la mayor riqueza
Que heredé de mis pasados.
Tomar estado quisiera
Por domar la juventud
De mi espíritu, que llega
Por su altivo natural
A ser de naturaleza
Sino aliento de la luz
Escándalo de la tierra.
Por esta causa, señor,
Conociendo la nobleza
De vuestra casa, os suplico
Sin retórica elocuencia
Que me otorgueis por esposa
A la sin par en belleza
Doña Juana, si es que puede
Mi calidad merecerla.
Lope. Y á fe que no es de pedirla
Muy retórica manera.
Ped. Perdonad mi atrevimiento,
Que como dejé las letras
Y me precio de soldado,
Os hablé de esta manera.
Lope. Señor Don Pedro Pantoja,
Holgárame muy de veras
Que me hubiérais dado parte
Antes de ahora.
Leon., al paño. Aquí es ella.
Lope. El señor Don Diego y yo
Hablamos en la materia
Diversas veces, y quiso
El que todo lo gobierna
Que yo le diese mi hija
Por mujer; y solo resta
El hacer las escrituras
Para que su esposo sea.
Ped. Como vos, Don Diego, es llano
Que estais enseñado á ser
Caballero mercader,
Quereis ganar por la mano;
Mas esta joya que espero
Obtener yo, vive Dios,
Que no es joya para vos
Aunque deis el mundo entero.
Que como vuestros pasados
Labraron piedras, errantes,
Entendeis que estos diamantes
Se ablandan con los ducados.
Diego. Eso es decirme ¡voto á...!
Judío.
Ped. Como gusteis:
Y pues así lo entendeis
Lo dicho, dicho se está.
Las joyas, para comprarlas
Como cumple á vuestras prendas
Allá en las públicas tiendas
Os pertenece buscarlas.
Mujer de venta no os falte,
Pues vuestro oficio lo apoya,
Que no merece esta joya
Que vuestra sangre la esmalte.
Diego. Que la poca cortesía
Hable con tanto descoco,
No me espanto, porque un loco
Es necio de fantasía.
No me podeis ofender
Con oprobio ni deshonra,
Porque siempre habla sin honra
Quien no tiene que perder.
No agravia vuestro conceto
A mi nacimiento honrado,
Porque un villano enojado
A nadie guardó respeto.
Y esta joya, de los dos
A la par apetecida,
Aunque es joya muy lucida
La merezco mas que vos.
Ped. Menos palabra y mas obra:
Y pues tan nobles mujeres
No son para mercaderes,
Cuanto se añada nos sobra.
Salgamos ambos afuera,
Si á ello el mercader se arroja,
Y verá quién es Pantoja.
Diego. ¿Salir con vos? necio fuera,
Cuando en salir me desdoro
Con tan pobre caballero...
Ped. Pues bien, tomad en acero
Lo que me pedís en oro. (*Dale un cintarazo.*)
Diego. ¡Vive Dios que he de lavar
Con tu vida tal ultraje!
Lope. Caballeros, en mi casa...
Diego. Hombres como yo no nacen
Con menos obligaciones.
Ped. Pues defiéndete si sabes.
(*Don Pedro mete á Don Diego á cuchilladas. Don Lope quiere seguirlos; y Doña Angela y Leonor, que salen, le detienen. Ruido de armas dentro.*)

ESCENA XIII.

DON LOPE, DOÑA ANGELA, LEONOR.

Ang. A tu edad no te conviene
Seguirlos.
Lope. Terrible lance:
¡En mi casa tal deshora!

Ang. Ellos están ya en la calle,
Y el tumulto de la gente
Los ha dividido.
Lope. Acabe
La vida con el dolor,
Pues el cielo quiso darme
Cuando mas gusto tenia
Este pesar á mi sangre,
A mis canas este oprobio
Y esta mancha á mi linaje.
Ang. Mirad lo que haceis, señor.
Leon. Señor, no salgais.
Lope. Dejadme,
Que siempre el vulgo se inclina
Como bárbaro inconstante
A sentir infamemente
De los pechos mas leales. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ANGELA, LEONOR, DOÑA JUANA.

Juana. ¿Qué ruido es este? ¿qué pasa?
Leon. Con lindo descuido sales.
Don Diego como un leon
Bajó rodando á la calle;
Y Pantoja como un tigre
Se lo llevó por delante
Tirándole lo que llaman
Estocadas de buen aire.
Juana. ¡Dios mio!
Leon. Pero no temas,
Que ya les metieron paces,
Y dividióles la gente
A cada cual por su parte.
Ang. Bien escusados tuvieras,
Prima Juana, estos desastres,
Que al vulgo dan que decir
Y que sentir á tu padre. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DOÑA JUANA, LEONOR.

Leon. Esta prima lleva mosca.
Juana. Recelo que ha de causarme
Mas disgustos con sus celos,
Que Don Diego en empeñarse
En lograrme por esposa.
Leon. Por mucho que ambos se afanen,
A la luna de Valencia
Tendrán los dos que quedarse.
Juana. Esa prima...
Leon. No es tercera,
Mas ella caerá en el lance
Tapándola yo los ojos.
Juana. ¿Qué harémos?
Leon. Empandillarles
La vista al viejo y la prima,
Y cuando el gallo cantare
Media noche era por filo
Y lo demas del romance.
Juana. Mas ¿si no viene Pantoja?
¿Si mal de la riña sale?
Leon. No temas: para un soldado
Un mercader poco vale.
Juana. Ay, no lo sé.

ESCENA XVI.

DICHAS, GUIJARRO, A LA REJA.

Guij. Cé, señoras.
Leon. Ya está aquí quien nos lo trae.
Juana. ¿Quién es, Leonor?
Leon. El criado
De Pantoja.
Juana. ¿Dó está? ¿qué hacé
Tu amo á estas horas? ¿salió
Con fortuna de aquel lance?
Guij. Con ayuda de mis puños
Siempre con fortuna sale:
Los dos en tres manotadas
Convertimos una calle
En estrecho cementerio
De cincuenta y dos cadáveres.
Leon. ¡Jesus, con cincuenta y dos
Concluísteis!
Guij. Y aun es fácil
Que equivoque algun guarismo
Por la prisa en rebanarles.
Zis, zás, zis, á este y al otro.
En poquísimos instantes
Quedó el campo por Pantoja
En cuanto salí á ayudarle.
Leon. Vamos al caso, Guijarro,
Y déjate de dislates:
¿Vendrá tu amo esta noche?
Guij. Eso vengo de su parte
A decirles, que le esperen.
Juana. Así será: mas mi padre
Vuelve. Entrémonos, Leonor,
Que no nos vea, y tú márchate.
Leon. A Dios, Guijarro.
Guij. A Dios, peña.
Leon. Ojalá el tiempo te ablande.
Guij. Ya estoy yo de mantequilla
Cómo te ablandas mirándote.
Leon. Pues pelillos á la mar.
Guij. Pues con todo al Santo Padre.
Leon. A Dios.
Guij. A Dios.
Leon. Hasta luego.
Guij. Dios con bien de tí me saque.

ACTO SEGUNDO.

Patio de una casa grande que se supone formar ángulo á dos calles. En el fondo puerta que da á la una. A la derecha otra que da á la calle inmediata. A la izquierda la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones bajas. — Es de noche.

—

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, ARJONA, ASOMANDO A LA PUERTA DEL FONDO SIN PASAR EL DINTEL.

Arj. ¿Esta es la casa?
Diego. Esta es,
Y aquí ese hombre ha de venir.
Arj. Aquí pues ha de morir.
Diego. Si resiste, sea, pues.
Mas tu obligacion primera
Es detenerle hasta el punto
Que yo llegue.
Arj. Yo barrunto
Que es mejor de otra manera.
Diego. ¿Cómo?
Arj. Espérandole yo
En esa calle cruzada,
Y dándole una estocada
Segura.
Diego. Arjona, eso no.
Por él me desprecia á mí,
Y es preciso que le tope
En la casa de Don Lope
La justicia, y vea así
Esa ingrata Doña Juana
Por lo que muere Pantoja,
Y quién á darle se arroja
Una muerte tan tirana.
Arj. Como gusteis: menos cuesta
Detenerle que matarle.
Diego. Yo con mi gente á atacarle
Vendré por la calle opuesta.
Si esta le impides tomar (*La del fondo.*)
Defendiéndola con brio,
No dudes que el garbo mio
Te lo ha de recompensar.
Arj. ¿Será pues?
Diego. Doble la paga
Si le detienes aquí
Hasta que me toque á mí.
Arj. Su merced se satisfaga;
Señor Don Diego, se hará
Como á usarced se le antoja,
Y aquí esta noche á Pantoja
Detenido encontrará.
Diego. Mira que es hombre pujante.
Arj. A nadie en el mundo temo.
Diego. Me han ponderado el estremo
De tu valor arrogante,
Y por eso te escogí
Entre toda la cuadrilla.
Arj. Don Diego, no hay en Sevilla
Quien me ponga miedo á mí.
Ni hay bravo que se me iguale,
Ni galan que se me huya,
Ni lance que no concluya
A gusto de quien lo vale,
Como yo en él me entrometa
Y el precio vaya al contado.
Diego. ¿El precio te da cuidado?
Arj. No, basta que ucé prometa.
Que los que cual vos por modos
Varios, sin riesgo en su honor,
Acuden á mi valor,
Pagan, y Cristo con todos.
Diego. Ea pues, en tí me fio,
Arjona.
Arj. Fiar podeis.
Diego. ¿Le hallaré aquí?
Arj. Le hallareis,
Vivo ó muerto, al lado mio.
Diego. Pues á Dios.
Arj. Idos en paz.

ESCENA II.

ARJONA.

¡Tanto afan para un solo hombre!
¡Aunque fuera, por mi nombre,
Algun tigre montaraz!
Mas el tal Pantoja dicen
Que hombre es que por todo arranca,
Y que dejó en Salamanca
Memorias que le eternicen.
¡Ponderaciones serviles
Serán del vulgo villano!
Zurraria á un aldeano
O una ronda de alguaciles,
Y de ahí le vino la fama.
Mas alguien llega, me aparto. (*Se oculta.*)

ESCENA III.

ARJONA OCULTO, GUIJARRO.

Guij. No tienen luz en su cuarto
La doncella ni la dama.
¡Qué diablos sucederá!
Las calles están desiertas
Y aun tienen así las puertas...
Ay, Guijarro, malo va.
¡Y á mi amo que se le antoja
Que avise yo su venida
Para que esté prevenida!
¡Válgate Dios por Pantoja!
(*Andando á tientas.*)

¿Quien ve aquí sin ser mochuelo?
¡Qué oscuridad, San Cirilo!
Ay, tengo el alma en un hilo
Y me ahorcaran con un pelo.
¿Y á quién daré yo el recado
De mi amo...? á nadie veo,
Y me atrapan si voceo.
Arj., aparte. (¿Qué querrá aquí este embozado?)
Guij. ¡Hola, allí abren una reja!

ESCENA IV.

GUIJARRO, LEONOR, EN LA REJA, ARJONA OCULTO.

Leon. Si doblaran por aquí
Para avisarle... ¡ay de mí!
La claridad que refleja
De este cuarto la bujía
Descubre un bulto allí lejos.
Guij. De la luz con los reflejos... (*Mirándola.*)
¡Es ella!
Leon. ¡Por vida mia!
Es Guijarro.
Guij. ¡Bueno es eso!
¿En tal hora y tal lugar
Quién aquí pudiera estar
Sino un guijarro ó un queso?
Leon. ¿Qué, tienes frio?
Guij. ¡No es cosa,
Y está helando! pues me gusta.
Leon. Habla bajo.
Guij. ¿Qué te asusta?
Leon. Que anda al robo la raposa.
Guij. ¿La primita?
Leon. Y el golilla.
Guij. ¡Guarda, Pablo!
Leon. Porqué hablarnos
No pudiérais ni encontrarnos
Una cosa muy sencilla
Discurrió.
Guij. ¿Cuál?
Leon. El mandar
Que en este cuarto durmiéramos,
Y que la calle no viéramos
Por do pudiérais rondar.
Guij. Pues discurrió como un pavo
Si el patio abierto dejó.
Leon. Mandé al jardinero yo
Que le abriera.
Guij. Eso es mas bravo.
Leon. ¿Y tu amo?
Guij. Que os avisara.
De que iba á venir me dijo.
Leon. Pues que no se ande prolijo,
Porque tal vez le pesara.
Guij. ¿Porqué?
Leon. Porque anda don Lope
Empeñando á Doña Juana
En que se case mañana,
Y ojalá tu amo no tope
Al novio, que anda muy ancho
Buscando trazas sutiles
Con matones y alguaciles,
Y mas bravo que Don Sancho.
Con que á perder la ocasion
De esta noche, yo presiento
Que va la niña á un convento.
(*Asoma Arjona.*)
Mas oye, junto al porton
Veo un bulto.
Guij. Dios me valga.
Leon., cierra la ventana. Corre á avisar á Don Pedro.

ESCENA V.

GUIJARRO, ARJONA.

Guij. Pues de lance en lance medro
Si se antoja en que no salga.
Tomo por esotra calle,
Y si allí me llego á ver,
No paro yo de correr
Hasta que en salvo me halle.
Arj., saliendo. Hola, hidalgo, ¿dónde va?
Guij. A buscar una comadre,
Que está mi mujer de parto.
Arj. ¿Tan apretado es el lance
Que á Leonor acudia?
Guij. (Vamos, todo este lo sabe.)
La verdad, ya que he tenido
El honor que me escuchase
Vuesa merced...
Arj. Bah, silencio,
Y aquí hácia mi lado apártese
Hasta que llegue Don Pedro.
Guij. ¿Para que mejor me agarre
Cuando á su lado me tenga?
Arj. Vive Dios que si no lo hace
Le voy á moler á palos.
Guij. Eso si yo me dejare.
Arj. ¿Qué hareis vos?
Guij. Ya la veríamos.
Arj. Ea pues, la espada saque.
Guij. No, que es doncella, y por mí
Jamás ha de entrarla nadie.
Arj. Ea, desnúdela y venga.
Guij. La puede hacer daño el aire.
Arj. Venga, ó por Dios que de un tajo...
Guij. (Ah, jah, ya de la otra calle
Dí con la puerta.) Dios quede
Con él, y mire, compadre,

Que aunque ahora voy muy de prisa,
Mañana sin que me falte
Le emplazo y le desafio
Para reñir en el valle.
Arj. ¿Qué valle?
Guij. El de Josafá,
A las cinco de la tarde. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ARJONA.

¡Par diez! burlóme el truan;
Mas fuerza es que yo le alcance
O sepa si á su amo avisa:
(*Llegando á la puerta.*)
Y echo á la puerta el escape.
Voto á... mas ya la encontré.
¡Ay de él como le atrape! (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO, GUIJARRO, POR LA OTRA PUERTA.

Guij. Señor, no entres, que aquí están.
Ped. ¿Quién?
Guij. De Don Diego criados.
Ped. Tus pensamientos menguados
Pavura do quier te dan.
Guij. Señor, que echaron tras mí
Por ese recodo estrecho.
Ped. ¿Si yo te hallé á poco trecho,
Cómo ha de ser ello así?
Guij. Porque al revolver la esquina
Te topé.
Ped. Pues ya lo ves,
No hay nadie.
Guij. Pues eran tres.
Ped. Tú sí que eres un gallina.
Guij. Sí, y armé aquí una pendencia
Como tú nunca la viste.
Ped. ¿Y tu reñíste, ó huiste?
Guij. Juro sobre mi conciencia,
Que es conciencia de guijarro,
Que á un criado de Don Diego
Que sobre mí de ira ciego
Se venia el muy zamarro,
Con gran calma le esperé
Y le dí tal cuchillada,
Seguida de una estocada
Y un tajo que le tiré,
Que á no poner con malicia
Larga distancia por medio,
Le rebano sin remedio
Como á un nabo de Galicia.
Mas desafiado va,
Como lo dirá esa calle,
Para el celebrado valle.
Ped. ¿Qué valle?
Guij. El de Josafá.
Ped. Ea, acabemos por Dios:
¿En dónde nos encontramos?
Guij. En el patio nos hallamos
De Doña Juana los dos.
Ped. Oscura noche, Guijarro.
Guij. Y entre sus negros tapices
Voy á perder las narices
De trompicon ó catarro.
Ped. Ten buen ánimo, que luego
Volvemos á la posada.
Guij. Esa decision me agrada;
Mas si viene antes Don Diego
Con veinte ó treinta criados,
¿Qué harémos por esa dama?
Ped. Ganar de valiente fama
Muriendo aquí como honrados.
Guij. Hablas como buen soldado;
Mas esa fama y honor
Es buena para el señor,
Pero no para el criado.
Ped. Hombre como tú no tarda
En la guarda del valor.
Guij. La mejor guarda, señor,
Es el Angel de la Guarda.
Encomiéndate á su brazo,
Que el mio, como lo has visto,
Es flaco.
Ped. ¡Por Jesucristo!
Llegó de tu muerte el plazo
Si andando en mi compañía
Te acreditas de cobarde.
Guij. Mi espada llega muy tarde
De noche, mas no de dia;
Déjalo para mañana
Y verás si tengo brio,
Que de noche me da frio
Como al leon la cuartana.
Basta, señor, la pendencia
Que en esta calle tuvistes.
Ped. Que este es un patio dijistes,
Y esta es la hora; prudencia
Pues será á la reja ir.
Guij. De no ir mi consejo toma,
Porque á ella no han de salir.
Ped. ¿Porqué?
Guij. Porque hoy el golilla
Las guardó en otro aposento
Para quitarte de intento
La ronda de la chiquilla.
Ped. Mas veo luz y sospecho...
Guij. (Que á palos me han de matar.)
Ped. Que en esa reja han de estar.
Guij. ¡Eh, el galan si va derecho!
Ped. Llega con voz disfrazada
Como sueles llegar tú.
Guij. La voz tengo de esa ú.

Ped. Gallina, todo te enfada,
¡Y voto á...! que si me enojo...
Guij. Quedo, señor, ya consiento.
Ped. Cien palos en tus espaldas,
Que fuera lo mejor hecho.
Guij. De partida los tomara
Mejor que mirarme en esto.
Ped. Mas calla, y tente, Guijarro,
Que ruido en la reja siento;
Guarda esa calle, y avísame
Si vienen.
Guij. Renuncio el puesto,
Porque como son dos calles
Y dos caminos diversos,
No puedo atender á dos.
Ped. Pues ponte en la esquina, necio,
Y está atento á las dos calles
Si no quieres que los huesos
Te rompa esta noche yo
Para curarte del miedo.
Guij. Gracias por la medicina.
Ped. Pues ojo alerta, y callemos.
Guij. Callemos, si llevas gusto.
Habla mientras yo calleo
La calle que está callando
La vecindad de Don Diego.
No doy por mi vida un cuarto. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DOÑA JUANA, LEONOR, A LA REJA.

Juana. ¿Es Pantoja?
Ped. Dulce dueño;
Yo soy aquel que idolatra
La deidad de vuestro cielo
Divino, al ver que es el sol
Y esfera de los luceros.
Juana. Y yo, aquella que desprecia
Cuanto encierra el universo
Por vuestra fe y lozanía
A impulso de un amor tierno.
Mas es disgusto que hubísteis
Con mi padre y con Don Diego
Me tiene fuera de mí.
Ped. Fué lance forzoso, y siento
Haberos dado pesar.
Juana. ¿Y qué medio intentarémos
Para estorbar á mi padre
Ese loco casamiento?
Ped. Uno solo he discurrido.
Y uno solamente encuentro.
Juana. ¿Cuál?
Ped. Que os vengais conmigo
Una noche; es el remedio
Mas fácil y mas seguro.
Juana. ¿Irme con vos?
Ped. ¿Qué hay en ello
Que os espante? soy quien soy,
Bien nacido y caballero;
Y os amo, y en un apuro
Nunca intentara poneros.
Pero una vez en mi casa,
Solo el casarnos es medio
De callar la boca al vulgo
Y de burlar á Don Diego,
Pues no ha querer tomar
De todo el mundo á despecho
Mujer que, tan á las claras,
Muestra á su enemigo afecto.
Juana. ¿No hay mas remedio?
Ped. Yo no le hallo;
Y tiene que ser muy presto,
Porque tiene decidido
O casaros con Don Diego,
O encerraros en un claustro.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, GUIJARRO.

Guij. Señor, señor.
Ped. ¿Qué tenemos?
Guij. Cerca de cien embozados
La calle bajan corriendo.
Ped. ¡Estás en tí! ciento dices.
Guij. Cincuenta son por lo menos.
Juana. Retiraos ya, Pantoja,
Que gente en la calle siento.
Guij. Y dentro del patio ya,
Mirarlos.

ESCENA X.

DICHOS, DON DIEGO, ARJONA Y GENTE.

Arj. Sí, aquí, Don Diego,
El criado de Pantoja
Estuvo tratando en eso
Con la criada Leonor.
Diego. No cumplo con lo que debo
A ley de noble si vive
Este enemigo soberbio
De quien me siento agraviado.
Arj. Si está reducido á empeño,
Y os importa que no viva,
Bien podeis darle por muerto,
Porque al pié de aquella reja
Entre la sombra estoy viendo
Dos hombres que están parados.
Guij. Uno, diez, noventa, ciento,
No ví mas gente en mi vida;
Señor, señor, no es el miedo:
¿Ves los bultos, ves las armas?
Ped. ¿Ves los diablos del infierno?

Juana. Retírate, dueño mio,
Y salve tu vida el cielo.
Ped. No será sino mi espada,
Si ayuda Dios á los buenos:
Quitaos vos de la reja;
Que aquí con mi brio quedo.
Guij. Bien dice, queda con brio
Doble, pues yo no le tengo.
Arj. En la reja están hablando.
Diego. Sepamos quién es primero.
Guij. Señor, á nosotros vienen.
Ped. Déjales, que ya los veo.
Arj. Quién va digo.
Guij. Yo no voy,
Que estoy parado (de miedo).
Ped. ¿Quién ha de ir? adelante,
Señores.
Arj. Él es, Don Diego.
Diego. ¡Muera Pantoja!
Arj. y demas. ¡A él, muera!
Ped. Primero por este acero
Han de pasar vuestras vidas. (*Riñen.*)
Guij. Conserve Dios la que tengo,
Que yo no quito las vidas
De donde Dios las ha puesto.
Arj. Qué mengua, que un hombre solo
Lleve á tantos...
Ped. Ea, perros,
Fuera, que nada le importan
Seis pillos á un caballero.
(*Los echa de la escena á cuchilladas. Arjona, que es el único que se defiende, cae.*)
Arj. Muerto soy.
Uno. Este no es hombre,
Es un diablo del infierno.
(*Huyen todos, y Don Pedro los sigue acuchillándolos.*)

ESCENA XI.

GUIJARRO, ARJONA, EN TIERRA.

Guij. Oye, señor, no me dejes
Aquí á oscuras con un muerto.
(*Mirando afuera por la puerta del fondo.*)
Válame Dios, ¿linternillas
A estas horas? esto es hecho.
La justicia dió conmigo,
Y tras de apaleado preso.
Pero la industria me valga;
Con el difunto me tiendo,
Que segun estoy, sin duda
Pasaré plaza de serlo.
(*Se tiende boca abajo junto á Arjona.*)

ESCENA XIII.

GUIJARRO, ARJONA, Y ENTRANDO POR LA DERECHA UN ALGUACIL, ESCRIBANO Y RONDA.

Alg. Caballeros son sin duda;
Seguirlos. Pero ¡qué veo!
Dos han quedado aquí en tierra.
Escrib. Este está pasado el pecho.
Alg. No se detenga ninguno.
Adelante, presto, presto;
Cojamos los agresores,
Que al instante volverémos
A recoger los difuntos.
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA XII.

GUIJARRO, ARJONA.

Guij. ¿Fuéronse? sí, ya se fueron.
Resucitemos, Guijarro,
Y aunque sea contra el miedo,
Limpiemos á este difunto
De cuanto tiene en el cuerpo.
(*Le quita á Arjona sombrero y espada, cambia su capa con la suya, y le mira las faldriqueras.*)
Seco está de faldriqueras:
Capa y espada llevemos,
Pues han de ser los corchetes
Sus forzosos herederos.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIV.

DON PEDRO, POR EL FONDO; ARJONA, EN TIERRA.

Ped. Escapáronse por piés.
¿Y Guijarro? ¡lindo cuero!
Iríase á la posada.
Mas al que maté busquemos,
Que no es justo que aquí le hallen
Y de la casa los dueños
Paguen lo que es culpa mia,
Y á Don Lope carguen de ello.
Y á mas, pues riñó cual bravo,
Será bien que al monasterio
Inmediato sepultura
Pida yo para su cuerpo.
Aquí está. Dios me perdone
El haber sido mas diestro;
Con esta piedad te pago
El agravio que te he hecho.
(*Carga con Arjona, que habrá quedado cerca de la puerta, y vase.*)

ESCENA XV.

GUIJARRO, POR LA DERECHA; DESPUES DON PEDRO.

Guij. No llego esta noche á casa:
En esas calles pusieron
Centinelas y corchetes.
¡Mas válame Dios y el muerto!
No está, no, santa Teresa...
Mas se acercan, pasos siento.
¿Quién es?
Ped., entrando. ¿Guijarro?
Guij. ¿Qué es eso?
Ped. Que nos sigue la justicia.
Guij. ¿Sois vos, señor?
Ped. Yo soy, necio;
¿No me ves?
Guij. Me hacen los ojos
Candelillas.
Ped. Con el miedo.
Guij. Te lo advertí cuando vine
Contigo de la posada.
Ped. ¿Tú no sacaste la espada?
Guij. ¿Pues quieres tú que adivine
De noche á dar estocadas,
No viendo un palmo de tierra?
Pero dejando esta guerra,
Y dejando las espadas,
¿Qué es lo que harémos?
Ped. ¡Por Dios!
¿Qué hemos de hacer? Defendernos.
Guij. ¿Los dos hemos de volvernos?
Ped. ¿Pues no vendrán tras los dos?
Guij. ¿Pues hay algun texto acaso
Que diga: «Degollarás
Al amo, y ahorcarás
Al criado en campo raso?»
Ped. ¿Pues qué no tendrás valor
Para sufrir un tormento?
Guij. De aquí me voy á un convento.
¿Yo tormento? No, señor.
¡Lindo lazo! ¡lindo yugo!
Mas quiero por lo mostrenco
Una vuelta de podenco
Que no media de verdugo.
Ped. Pues di, infame, mal nacido,
Sin honra, di, ¿qué serás?
Guij. Dijo Dios: «No matarás.»
Si lo cumplo, noble he sido.
De modo que dice Dios
Que no mate y tendré honra,
Y tú dices que deshonra.
¿Somos cristianos los dos,
O no lo somos? Yo quiero
Guardar lo que Dios me dice,
Aunque el diablo me autorice
De mundano caballero.
Ped. Mas oye, abren la ventana
Otra vez.
Guij. Ella es.

ESCENA XVI.

DICHOS, LEONOR, A LA REJA.

Leon. ¿Guijarro?
Guij. Aquí estoy.
Leon. ¿Qué ha sucedido?
¿Está ya Don Pedro en salvo?
Ped. Aquí está: ¿y mi Doña Juana?
Leon. Retirada está en su cuarto
Disputando con el viejo,
Con objeto de estorbarlo
Que salga si es que oye ruido.
Ped. Callad.
Guij. ¿Qué hay?
Ped. Siento pasos;
Mira la calle.
Guij., mirando afuera. ¿Alguaciles
Otra vez? Malo y remalo.
Ped. ¿Es la justicia?
Guij. La misma.
Ped. ¿Cuántos son?
Guij. Yo conté cuatro,
Y cosa de seis corchetes.
Ped. Pues saber morir honrados,
O morir en una horca.
Guij. ¿En la horca? Guarda, Pablo,
Defiéndete tú, que yo
Soy un monte de guijarros.
Ped. ¿Tú tienes armas contigo?
Guij. Sí, sí: no te dé cuidado,
Que he de ser Martin Pelaez,
Si tú el buen Cid castellano.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, GUIJARRO, LEONOR, A LA REJA, ESCRIBANO, DOS ALGUACILES.

Escrib. ¿Sois vos Don Pedro Pantoja?
Ped. Yo soy.
Escrib. ¿Y vos su criado?
Guij. Ego sum.
Escrib. Vos en latin,
Y vos en romance, vamos
A la cárcel.
Ped. Vos y vos
Es lenguaje cortesano.
Suplico á vuesas mercedes
Reparen que soy soldado,
Y que no pueden prenderme.
Guij. Ni á mí, porque soy guijarro,
Y de todo mi linaje
Sargento mayor y cabo.

Alg. Eso alegareis despues,
Que la órden que yo traigo
Es ponerlos en la cárcel.
Ped. Sois ministro muy honrado;
Yo á la justicia venero
Como á brazo soberano;
Pero no podeis prenderme
Por ser noble y ser soldado.
Escrib., á los suyos. Las espadas les quitad.
Ped. ¿Tercera vez?
Escrib. Tres y cuatro.
Ped. Os suplico que dejeis
De seguir lo comenzado;
Porque me he de defender.
Guij. Y yo, con ser un guijarro.
Escrib. Matadlos si se defienden.
Ped. Escriba, seor secretario,
Con los rasgos de esta pluma,
Que son muy gentiles rasgos.
(*Riñen, y Don Pedro y Guijarro los echan á cuchilladas.*)
Escrib., huyendo. ¡Espérate, Belcebú!
(*Los acuchillan, y vuelven á la escena Don Pedro y Guijarro.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, GUIJARRO, LEONOR, TRAS LA REJA.

Ped. Has andado como un César.
Guij. Dos en la calle rodaron:
Déjame salir, que voy
A matar á esos borrachos.
Ped. Bravo estás.
Guij. Yo empiezo tarde,
Mas si en ello doy me paso.
Ped. Cerrado nos han la puerta.
Voz dentro. Cerrad la casa.
Guij. Esto es malo.
¿Qué harémos, señor?
Ped. Morir.
Guij. Esperad, señor, que acaso
(*Volviéndose á Leonor.*)
Si abriera Leonor la puerta,
Pudiéramos escaparnos
Por casa de algun vecino.
Leon. Es imposible, Guijarro;
Tiene las llaves Don Lope,
Y rejas todos los cuartos.
Ped. Salgamos, pues, y riñendo
Verémos si nos libramos.
Guij. Vámos pues. (Dios sea conmigo.)
Leon. Detente; si no me engaño
Aquí ha de abrirse una cava
Que á casa de un veinte y cuatro
Da.
Guij. ¿Dónde está?
Leon. Por el suelo;
Busca una losa á este lado
Que tiene en medio una argolla.
Ped. Vela aquí. (*La descubre.*)
Guij. ¡Jesus! ¡qué salto!
Ped. Ten buen ánimo.
Guij. Señor,
¿Quieres morir encuevado?
Ped. Mejor es morir así
Que de la justicia á manos.
Dios vaya conmigo. (*Se arroja.*)
Guij. y Leon. ¡Echóse!
Guij., asomándose. ¡Há señor! ¡Há de allá abajo!
Ped., desde abajo. ¿Guijarro?
Guij. ¡Señor!
Ped. Arrójate,
Que por aquí estamos salvos.
Guij. Arrójese Satanás.
(*Ruido y voces dentro.*)
Pero ya llegan los diablos
De los corchetes, ministros
Del infierno y del agarro;
Y si me cogen, sin duda
Echaré con los zapatos
La bendicion en el aire
A todo el pueblo cristiano.
Mejor es morir aquí;
Vaya conmigo san Pablo,
San Lesmes y san Pacomio,
Que son santos ermitaños.
Cierra la reja, Leonor,
No caigas por mí en el lazo,
Y á Dios, que por tí perezco.
Leon. A Dios, y ve sin cuidado.
Guij., al público. Señores, por caridad,
Un Padre nuestro á Guijarro.
(*Se arroja, y al entrar la ronda, etc. etc., cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANGELA, DOÑA JUANA.

Juana. Angela, quien tiene amor,
Y es como yo tan constante,
Juzga que tiene su amante
Fineza, gala y valor.
Si Don Diego es tan señor,
Tan rico y tan principal,
No es Pantoja desigual
En la sangre, ni le cede,

Pues si no es tan rico, puede
Con el tiempo ser su igual.
Casarme contra mi gusto
Ni es cordura ni es prudencia,
Que semejante violencia
Siempre ha parado en digusto.
Obedecer es muy justo
A mi padre, pero no
Cuando la eleccion erró;
Que un casamiento forzado
Lleva el honor arriesgado,
Y soy muy honrada yo.
Ang. Tu bien fundada esperanza
Bien la sé, que no la ignoro;
Pero tu noble decoro
No le pongas en balanza.
Don Diego es noble y alcanza
De renta tres mil ducados;
Tiene deudos muy honrados,
Y es muy tuyo y te es muy fiel.
Juana. Pues cásate tú con él
Y quedarémos pagados.
Ang. Yo no trato de casarme
Con quien no me tiene amor.
Juana. Pues si sabes mi dolor,
No trates de aconsejarme.
Ang. Bien pudieras escucharme,
Pues con tu sangre nací.
Juana. Yo no escucho contra mí.
Ang. Las palabras son espejos
Donde lucen los consejos.
Juana. Pues tómalos para tí.
Ang. Si tú tuvieras cordura
(Y escusa mi justa queja),
No estuvieras en la reja
Mirando una desventura.
Pantoja ¡ciega locura!
Anoche á un hombre mató.
Juana. Que Don Diego de él huyó
Tenlo tú por cosa cierta.
Ang. Señal que estabas despierta
Cuando el caso sucedió.
Juana. No estragues la cortesía,
Que no es justo entre las dos:
¿Mas llamaron?
Ang. Me parece.
Juana. Mira quién llega, Leonor.

ESCENA II.

DOÑA ANGELA, DOÑA JUANA, LEONOR, GUIJARRO, EN TRAGE DE BUHONERO FRANCÉS.

Leon. Entra, gabacho.
Juana. ¿Quién es?
Guij. Juan francés, siniora, só.
¿Cómprame puntas, encaxos,
Hilo, puntoes ó culor,
Alfileres, estopilias,
O cintilios de valor?
Juana., ap. (¿Leonor, no es este Guijarro?)
Leon., ap. (Él es; él mismo, por Dios.)
Juana. Yo he menester unas puntas,
Juan francés.
Guij. Tráigolas yo.
¿Han de ser de frandra?
Juana. Sí.
Ang. ¿No fuera mucho mejor
Que fuéramos á una tienda?
Juana. Este francés gasta humor,
Y yo gusto de comprarle.
Ang. Buena venta le dé Dios;
Vóime, que estás enojada,
Y no has tenido razon.

ESCENA III.

DOÑA JUANA, LEONOR, GUIJARRO.

Juana. Guijarro, ¿qué enigma es este?
Guij. Ponte á la puerta, Leonor.
Juana. ¿Qué hay de nuevo?
Guij. Mucho mal.
Juana. ¿Pantoja?
Guij. Un hombre mató.
Juana. ¿Le prendieron?
Guij. Lo procuran.
Juana. ¿Dónde queda?
Guij. En San Anton.
Juana. ¿Está herido?
Guij. No está herido.
Juana. ¿Se ausentó?
Guij. No se ausentó.
Juana. ¿Escríbeme?
Guij. No te escribe.
Juana. ¿Olvidóme?
Guij. ¿Qué sé yo?
Juana. Pues no me mates, acaba;
Dime lo que sucedió.
Guij. Dígote lo sucedido
Con decir que á mi señor
Y á mí nos vino á prender
De corchetes un millon,
De alguaciles mil y uno,
De escribanos mil y dos.
Hubo doble resistencia,
Peleé como un leon,
Y mi amo como un tigre;
En fin, por mí se salvó,
Quedando de la justicia
Libres contra la razon.
Salimos por una cueva
Que Leonor nos mostró,
A casa de un veinte y cuatro,

Y desde allí á un bodegon,
Y desde allí á una calleja,
Y desde allí vengo yo
A decirte que esta noche
Sin ninguna dilacion
Nos salimos de Sevilla
Los tres; que ha dicho un doctor,
Grande amigo de mi amo,
Que un alguacil y un soplon
Me andan de noche buscando
Con intento de que yo
Confiese culpas ajenas,
Para vender á pregon
Mis espaldas al verdugo
Por suela de *La mayor*.
Juana. ¿Mas cómo ha de ser?
Guij. Escucha
Lo que en gran conversacion
Hincados ante dos vasos
Discurrimos mi amo y yo.
Juana. Di.
Guij. Escucha, y ten paciencia
Para poner atencion.
Él habla y yo le respondo,
Entiende pues por los dos.
Él me dice: Doña Juana
Ha de venirse conmigo
Esta noche. *Yo le digo:*
Su voluntad está llana.
Y él: no la puedo sacar
De la presencia del viejo
Sin tu ayuda y tu despejo.
Yo: no te quiero ayudar.
Guíate por tu capricho,
Que el consejo mas venial
Se me vuelve á mí mortal.
Él: ¿cómo qué...? *Yo:* lo dicho.
Él: vístete de estudiante,
Vele de un pleito á informar,
Y así me darás lugar
De sacarla. *Yo:* adelante.
Él: tan bueno es el remedio
Que no puede ser mejor.
Yo: mas fácil es, señor,
Que me abra de medio á medio
La cabeza. *Él:* ¡voto va!
¿Qué riesgo puedes correr
Si mi espada has de tener
Contigo? *Yo:* bien está:
Mas si al tiempo de informarle
Del pleito, latin ó griego,
Entrare el señor Don Diego...
Él: pues si él entra matarle.
Insisto yo, y él porfia,
Y no hay razon que le concluya
Y se sale con la suya,
Y aquí estoy yo con la mia.
¿Entendistes?
Juana. Entendí.
Guij. Pues dentro de un breve instante
Estará aquí el estudiante.
Leon. ¿Con page?
Guij. Mucho que sí.
Todo lo cual de contado
Vendrá á parar, Doña Juana,
En que yo vendré por lana
Para volver trasquilado.
Juana. Yo te haré tal recompensa.
Guij. A buena hora, ¡voto al sol!
Que oigo al viejo en la escalera.
Juana. Válgate el ingenio.
Guij. ¡No
Que no! pues mis costillas
Lo verán, mediante Dios.
¡Quia comprar puntas y encaxos!

ESCENA IV.

DICHOS, DON LOPE.

Lope. Hola, buen hombre, ¿quién sois?
Guij. Juan Franchut; ¿no conoserme?
Lope. ¿Qué vendeis?
Guij. Vander culor,
Hilo, pontillas, rosarios,
Peines de corno, jibon,
Estoraque, yesca, menjos,
Pontas de flandras, olor,
Azabache.
Lope. Basta ya.
¿Vendisteis?
Guij. Nada por Dios,
Ser todos en casa vuestra
Tan ruines como un piñon.
¿Quia comprar pontas y encaxos?
(*Al marcharse da con Don Diego, que entra.*)

ESCENA V.

DICHOS, DON DIEGO.

Diego. Hola, buen hombre, ¿quién sois?
Guij. (Esta es otra.) Yo, sinior,
Juan Franchut.
Diego. ¿De qué nacion?
Guij. Sinior, ser de Picardía,
Que es de Francia la mecor.
Diego. ¿Con que francés, eh? (*Mirándole.*)
Guij. Franchut,
Oui, monsiur. (Perdido soy.)
Diego. Como que he visto yo á este hombre.
Guij. ¿Querer vosté, mi sinior,
Alcunos peinas de corno?

Diego. Vos sois francés como yo.
Guij. Oui, ser franchut qui monsinr.
(Conocióme el picaron.)
¿Que diabros mirar á moá
Coquen, sinior español?
Juan Franchut ser: ¿qué quererme?
¿Ser yo acaso algun latron?
Viva Cristus que le mate.
¿Quiá comprar pontas hulor,
Hilos, pontilias, encaxos... (*Vase gritando.*)
Leon., á Doña Juana. Lindamente se escapó.
Diego. Perdonad, yo vengo luego,
Que me lleva la pasion
De mis celos á saber
Si Pantoja se ausentó. (*Vase.*)
Lope. Leonor, salte allá fuera.
Leon. Sermon tenemos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON LOPE, DOÑA JUANA.

Lope. El dolor quisiera
No esprimir: esperar viva mi honra
Y muera mi deshonra,
Que la accion mas lucida
Es por tener honor perder la vida.
(Llevémoslo por bien, que la prudencia
Es hija del valor y la paciencia.)
Hija, diversas veces he tratado
De que tomes estado
Conforme á tu nobleza: cuerda eres,
Y las nobles mujeres
Que quieren mas su gusto que su honra
Halagan su deshonra.
Dícenme que Pantoja dió la muerte
Anoche ¡oh triste suerte!
A un hidalgo vecino de Don Diego,
Y que vasalla tú de su amor ciego
El estrago mirastes;
Y aseguran que hablastes
A Pantoja: yo dudo esta bajeza,
Conociendo tu honor y tu nobleza.
Don Diego es hombre rico y es honrado,
El vulgo está del caso alborotado,
Mi honor padece mucho detrimento,
Tu fama poco aumento;
Y así te notifico desde luego
Que ha de ser tu marido.
Juana. ¿Quién?
Lope. Don Diego.
Juana. Despues de muerta puedes desposarme,
Que viva no es posible condenarme
A vivir con un hombre que aborrezco,
Y tan grande castigo no merezco.
Lope. Brevemente ¡por Dios! has respondido,
Pero pues dices que Don Diego ha sido
En tu amor desdichado,
Declárese conmigo tu cuidado.
¿Quieres que hable á Pantoja, á un hombre loco,
Soldado, fanfarron, tenido en poco;
Hombre que sin respeto, ley ni tasa
Se portó como bárbaro en mi casa,
Pobre, libre, alentado,
Por una y otra muerte desterrado?
Vuelve en tí, no te ciegue tu deseo.
Juana. Que es tan pobre Pantoja ya lo veo,
Pero en sangre, en valor y en cortesía
Es comparar la noche con el dia.
Lope. ¿Quiéresle como esposo? háblame claro.
Juana. Señor, tú eres mi amparo.
Yo le tengo aficion.
Lope. Pues yo no gusto,
Y tengo de evitar este disgusto.
Y pues te has declarado,
Dentro de un hora has de elegir estado.
Juana, Con Don Diego jamás, antes la muerte.
Lope. Pues lo que haces repara,
Porque una de las dos será tu suerte.
O de Don Diego ó monja en Santa Clara.
Juana. Acepto lo segundo.
Lope. Allí renunciarás amor y mundo.
Piénsalo bien, que dentro de una hora
Veré tu decision.
Juana. Pues desde ahora
La llevas ya sabida.
Lope. ¡Esta mujer me quitará la vida!

ESCENA VII.

DOÑA JUANA, DESPUES LEONOR.

Juana. ¡Ay de mí! me martirizan
Porque quiero á un hombre bien,
Cual si pudiera regir
A mi corazon por él.
Leon., saliendo. Parece que va tu padre
Y tú lo quedas tambien
Con disgusto: ¿Qué hay de nuevo?
Juana. Ay Leonor, ¿qué ha de haber,
Sino penar y morir
Porque quiero á un hombre bien!
Leon. ¿Quiere casarte tu padre
Con Don Diego? Hubo desden,
Hubo aquello de yo gusto
Y mira cómo ha de ser,
Hay plazo, término, ó dia
Para que lo mires, ¿eh?
Hubo su poco de acaba

O mataréme, cruel,
Y aquello de tú me quieres
Deshonrar en la vejez,
Dime, ¿qué dijo tu padre?
Juana. Dijo, Leonor, que me den
La muerte mis pensamientos,
Pues todas fueron ayer
Torres de fe y esperanza,
Y hoy humo y polvo se ven.
Dijo que Don Diego fuese
De mi garganta cordel,
De mis gustos enemigo,
De mis intenciones juez,
Parca de mi tierna vida,
Devanada de una vez
En el ovillo de tirano
De su voluntad cruel.
Dijo, en fin, que me reduzca,
Leonor, á ser su mujer,
Que es lo mismo que ahorcarme
Con esa lazada infiel
Que ahoga los matrimonios
Cuando forzada se ve.
Dijo que fuese Pantoja
Desalojado tambien
Del corazon; mas no supo
Que está tan constante en él,
Que primero su volante
Dará el último vaiven
Que salir de esa morada
Por mi espontáneo querer.
Pero porqué me detengo
En referirte qué fué
Lo que me dijo mi padre
Cual mudo cometa, que
Pronostica en el futuro
Que no ha de parar en bien
El honor que le apadrina,
Relámpago que al prender
Pequeña chispa, despide
Todo el rayo de una vez.
Mas llueva el cielo desdichas,
Que yo la misma he de ser
En adorar á mi amante
Aunque de su alto dosel
Rayos me arrojen sus luces
Y sus centellas me den
En renglones de diamantes
Desventuras al nacer.
Pues cuando llega una dama
A querer bien una vez,
Gala hace de la desdicha,
De la muerte parabien,
Pendon de su infausta suerte
Y su alcázar de su fe.
Leon. Bien dices, muy bien, señora,
Mas pronto va á oscurecer
Y tu padre va á volver:
Vamos á otra cosa ahora.
Si Páris te ha de robar,
Sea, señora, esta noche
Y sea á pié, que no en coche,
Porque esto de trasplantar
A una Elena en un troyano
Edificio atronador
Es ir llevando el honor
Rodando de mano en mano.
Juana. Pantoja ha de dar la traza.
Leon. Dificultosa ha de ser,
Que este ángel de Lucifer,
Tu prima, nos embaraza.
Si esta prima se quebrara
Por medio fuera gran cosa.
Juana. Es, sobre necia, enfadosa.
Leon. ¿Necia? En tu dicho repara:
Necedad llamas á ir
Tras de tí de guarda eterna:
Pues tu padre se gobierna
Por ella.
Juana. Tú has de seguir
Como sombra á esa mujer.
Leon. No la perderé de vista
Hasta acabar la conquista
De este troyano poder.
Mas digo; ¿he de ser robada
Tambien yo del paladion
Guijarrista, ese troton
Caballo...?
Juana. Leonor amada,
Pues ¿puédote yo dejar?
Leon. Alto pues, robe este dia
El Páris de Picardía
A esta Elena de fregar.

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, LEONOR, DON LOPE, DOÑA ANGELA.

Lope. Vendrá á las siete Don Diego
A firmar las escrituras.
Leon. (Si no se quedan á oscuras.)
Ang. Pues consiste tu sosiego
En dar estado á mi prima,
Decreto de amor tan justo
No irá, no, contra tu gusto,
Pues como á padre te estima.
Juana. Pues me toca obedecer,
Hable el silencio por mí.
Lope. Siempre esperé yo de tí
Tan honrado parecer.
Leon. (Como mi amo es letrado
Se muere por pareceres.)
Lope. Cuando las nobles mujeres
Alcanzan marido honrado,
Noble, rico y principal...

Leon. (Tal le dé Dios la salud.)
Lope. Es premio de su virtud.
Leon. A un marido ciudad real
Dos mil esposas le prenden.
Bartolo lo dice así,
Digo Bártulo.
Juana. Ay de mí,
Que hasta las sombras me ofenden.
Aparte. (Vete á la puerta, Leonor,
Que va anocheciendo ya.)
Leon., aparte. (Dices bien, Páris vendrá
Con el caballo traidor.
Voy á robar este pez,
Pues me roban de contado;
Pero quien tanto ha robado
Deje robarse una vez.) (*Vase.*)
Lope. ¿Ningun pleiteante vino
A buscarme?
Ang. Vino Octavio
Por su pleito, y vino Fabio.
Lope. Es sugeto peregrino.
Ang. Don Octavio se fué luego.
Lope. Si otro me viene á buscar,
Será bien dejarle entrar
Hasta que venga Don Diego.

ESCENA IX.

DICHOS, LEONOR.

Leon. Don Antolin Garapiña,
Hombre al parecer muy docto
Si para serlo se mira
A la gravedad del rostro,
Quiere informarse de un pleito
Si le dais licencia.
Lope. Solos
Dejadnos. Que entre, Leonor.

ESCENA X.

DON LOPE, GUIJARRO, DE ESTUDIANTE.
DON PEDRO, DE CRIADO SUYO.

Guij. Cosme, Cosmillo, hola, mozo,
Aguárdame en el zaguan.
Señor, único piloto (*A Don Lope.*)
Que el barco de la justicia
Guia en el mar borrascoso
Y en la noche de las leyes
(Donde se ahogan tantos tontos),
Sacerdote del derecho,
Oráculo misterioso
Del laberinto de Baldo
Y del gran Bártulo asombro,
Déme mil veces los piés.
Lope. Por suyo me reconozco;
Tome usarced una silla,
Y escusando los piropos
Dígame de qué le sirvo. (*Se sientan.*)
(*Durante esta escena, Don Pedro atraviesa el teatro con mucho tiento por detras de Don Lope y Guijarro y entra en las habitaciones interiores de la casa. Volviendo á salir á su tiempo con Doña Juana y Leonor, que es cuando Guijarro se levanta para estorbar á Don Lope que vea á Don Pedro que se lleva su hija.*)
Guij. Yo, señor, soy de Torozos,
Lugar que linda tres pasos
Con la gran ciudad de Toro.
Don Antolin Garapiña
Es mi nombre, nombre propio;
Pues vengo por línea recta
De los Antolines gordos,
Grandísimos garapiños
De los solares de Colcos.
Vengo á informarle de un pleito;
Suplícole abra los ojos,
Porque es de mucha importancia.
Lope. Con mucha atencion os oigo.
Guij. Pues señor, yo me casé
Con Doña Aldonza Zorongo
De trece años, y hube en ella
A Doña Anica Repollo,
Hermosísima doncella
Segun dijeron los novios.
Esta, señor licenciado,
Sin decir oste ni osto,
Se enamoró de Don Lucas
Valentin, hombre tan loco
Que me la sacó de casa
Despues del postigo roto.
Lope. En eso paran las hijas
Que tienen al padre en poco.
Guij. En eso paran, señor;
Mas que paran para otro:
Hay en aquesta ciudad
Un Don Atanasio Folio
Que tiene un hijo nombrado
Don Quiterio Marco Antonio.
Este á voces dice que
Probó primero el repollo
Que Don Lucas, pero luego
Un Don Jilardo Galopo,
Hombre de capa y espada,
Se puso con él al robo
Diciendo que entró.
Lope. Despacio.
Guij. Iréme muy poco á poco.
Lope. Usted dice que Don Lucas,
Don Quiterio y el Galopo,
Son los tres opositores
De este robado repollo.
¿No es así?

Guij. Es, y no es;
Iréme muy poco á poco.
Yo, señor, quiero casarla
Con un Alberto Redondo,
Hijo del mesmo Quiterio
Y primo hermano del otro.
Lope. ¿Cómo la puede casar,
Si el padre se opone y todo?
Guij. Ese es el punto.
Lope. Despacio.
Guij. Iréme muy poco á poco.
Lope. ¿El primero se desiste?
Guij. ¿Desistir? de ningun modo.
Lope. ¿El segundo la pretende?
Guij. Pretendida está de todos.
Lope. ¿El tercero qué declara?
Guij. Que la debe su negocio.
Lope. Y ella ¿qué dice?
Guij. Que miente.
Lope. ¿A quién se inclina?
Guij. Al Redondo.
Lope. ¿Cómo si se opone al padre?
Guij. No es él, el padre es el otro.
Lope. ¿Quién es el otro?
Guij. Es aquel
Que la sacó por el robo.
Lope. No lo entiendo.
Guij. En eso estriba;
Iréme muy poco á poco.
Lope. ¿Quién gozó esta dama?
Guij. Lucas.
Lope. ¿Casóse?
Guij. De ningun modo.
Lope. ¿Pídele ella la palabra?
Guij. Quien la pide es el Galopo.
Lope. ¿Y su hija gusta de ello?
Guij. Ya gustó del matrimonio.
Lope. ¿De esa suerte fué casada?
Guij. Fué casada por divorcio.
Lope. ¿Pues con quién quiere casarse?
Guij. Con el hijo de Redondo.
Lope. ¿Cómo, si la quiere el padre?
Guij. Que no es el padre, es el otro.
Lope. ¿Quién es el otro? ¿qué es esto?
Guij. Iréme muy poco á poco.
Lope. ¡Válgate el diablo por pleito!
Sepamos. ¿Quién es el novio?
Guij. El novio es Lucas.
Lope. Si es Lucas,
Ya le echa fuera el divorcio.
Guij. Decís bien, llevóle el diablo.
Lope. No lo nombre.
Guij. No lo nombro.
Vamos ahora al Quiterio.
Lope. Ese gustó del repollo;
Pues bien se puede casar.
Guij. Casará con los demonios,
Porque el Redondo lo impide.
Lope. ¡Es un incesto notorio
Habiendo llegado al padre!
Guij. Que no es el padre, es el otro.
Lope. ¿Quién es el otro? ¿es el diablo?
Guij. Irémos muy poco á poco.
(*Levántase Don Lope muy amostazado, y Guijarro, levantándose, se le pone por delante para que no vea á Don Pedro, que cruza la escena con Doña Juana y Leonor.*)
Guij. Mire uced, señor letrado,
Un ciego verá este robo.
De esta suerte me robaron
Mi hija.
Lope. Muy bien, lo oigo.
Guij. Esté atento por su vida,
Que ahora es tiempo. Este mozo
Es hijo de Don Quiterio,
Don Quiterio es el Galopo,
El Galopo es Latanasio,
Latanasio me hizo el robo:
De forma, que aquel y este,
Mi hija, el uno y el otro...
Lope. Quedo, quedo, ¡que me aturde!
Guij. Iréme muy poco á poco.
(*Al llegar á la puerta de la derecha Doña Juana, Don Pedro y Leonor, salen por ella Don Diego, su criado y otros.*)

ESCENA XI.

DON LOPE, GUIJARRO, DOÑA JUANA, LEONOR, DON PEDRO, DON DIEGO, CRIADOS Y OTROS.

Diego. ¿Quién es? (*Don Pedro se recata.*)
Leon. Señora, Don Diego.
Guij. Perdimos el pleito todo. (*Aparte.*)
Diego. ¿Quién va digo?
Lope, volviéndose. ¿Qué es aquesto?
Guij. Debe de ser otro robo.
Lope. ¿Esta deshonra en mi casa?
¡Fabio!
Ped. Retírense todos,
O voto á Dios de matarlos.
Juana. ¡Valedme, cielos piadosos!
Ped. No temas, que de esta suerte
Podemos poner en cobro
Tu honor, tu vida y la mia.
(*Sacan las espadas, Don Pedro mata la vela, y riñen á oscuras.*)
Lope. ¡Octavio! ¡Alberto! ¡Socorro!
Ped. Aunque llamáras al mundo
Entero, seria poco
Para mi brazo.
Guij. Señor,
No me dejes aquí solo.
Ped. Ven, mi bien. (*A Doña Juana.*)

Juana. Vamos, Leonor.
(*Encuentra Don Pedro la puerta, que ha buscado á tientas, y vase por ella con Doña Juana, á quien tiene de la mano, y Leonor que va asida de su vestido. Guijarro se queda tentando las paredes, y sale Doña Angela con luz y criados.*)

ESCENA XII.

DON LOPE, DOÑA ANGELA, DON DIEGO, GUIJARRO, CRIADOS.

Ang. ¿Señor, qué es esto?
Lope. Un oprobio
En tu sangre y en la mia.
Diego. Ganaron las puertas todos,
Y así, señor, se escaparon;
Pero ¡qué miran mis ojos!
¿Quién es aqueste estudiante?
(*Llegan los criados y descubren á Guijarro.*)
Guij. Soy Antolin Garapiña.
Diego. Este lo ha enredado todo,
Que es criado de Pantoja.
Matadle á palos.
Guij. Yo tomo
De partido cuatrocientos.
(*Danle de palos los criados.*)
¡Quedo! con treinta demonios,
Que yo diré la verdad.
Lope. Dejadle, que yo le otorgo
La vida si nos lo dice,
Y veinte escudos de oro.
Guij. En palos llevo quinientos,
Vénganse conmigo todos.
Diego. La vida te va, Guijarro.
Guij. De burlas es el negocio;
Vamos aprisa, que importa,
Señor Don Diego, y no poco,
Porque si nos detenemos
En aquestos circunloquios,
Habrán cerrado los dos
Con el santo matrimonio.
(*Vanse por la puerta de la derecha que da á la calle, y salen, por la que da á las habitaciones y jardin, Don Pedro, Doña Juana y Leonor.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO PANTOJA, DOÑA JUANA, LEONOR.

Ped. Parece que no llegamos,
Mi bien, á puerto seguro,
Y en vano el valor fué muro.
Leon. En mala borrasca estamos.
Juana. ¿Mas no hay nadie aquí?
Leon., asomada á la ventana. ¡Qué veo!
Por la calle abajo van
Corriendo con mucho afan
Todos.
Ped. Buscándonos creo.
Tu casa pues, Doña Juana,
Seguro nos ha de ser,
Aquí te he de defender
De toda la raza humana.
Cierra esas puertas, Leonor,
Y la del jardin tambien,
Por ella dentro no den
Los del buen gobernador.
(*Leonor va cerrando las puertas, y sale, y vuelve á poco.*)
Juana. ¿Con que era el duque?
Ped. Sí, él era;
Y era suerte mas propicia,
Que entregarte á la justicia
Que á tu casa te volviera.
Tu casa encontrado habemos
Sin gente, y por decontado,
Sea por fuerza ó de grado,
Que capitule le harémos.
Leon., que sale. Todo está cerrado ya.
Juana. ¿Y cuando vuelvan?
Ped. Primero
Concederán lo que quiero,
O la casa se arderá.
Mas por Guijarro en cuidado
Estoy: quedó sin mi ayuda.
Leon. Guijarro estará sin duda
En Palermo aposentado.
Ped. Los pareceres ajenos
No le podrán defender.
Leon. Él fué á tomar parecer
De si eran los palos buenos.
Ped. Con acuerdo de letrado
Tendrá sentencia en favor.
Leon. Yo sé que saldrá, señor,
En las costas condenado.
Ped. Son sus cascos indigestos,
Y algo obtusos sus sentidos.
Leon. Pues ahora traerá metidos
En la cabeza los textos.

ESCENA XIV.

DICHOS, GUIJARRO.

Guij., por la reja. Hola, ábranme.
Leon. Ya nos llueven
Guijarros.
(*Leonor abre á Guijarro, que entra arrojando el vestido de estudiante.*)
Ped. ¿Qué hay, buen amigo?

Guij. ¡Cuerpo de Cristo conmigo!
Qué hay? Los diablos que me lleven.
Ped. ¿Porqué dentro te quedastes
Pudiéndome seguir? Di.
Guij. Porque yo te sirvo á tí,
Y porque tú me dejastes.
Ped. ¿Vienes herido?
Guij. Que no.
Ped. ¿Qué traes? dime lo que fué.
Guij. Traigo lo que yo me sé,
Y lo que el diablo ordenó.
Ped. ¿Como entraste, que te ví
Como grulla en centinela?
Guij. Entro, señor, á la vela,
Y á puro remo salí.
Leon. ¡Cómo vienes! (*Mofándole.*)
Guij., *amostazado.* Ya lo ves.
Leon. Parece que estás enfermo.
Guij. Vengo duque de Palermo
De la cabeza á los piés.
Leon. Grandeza traes escesiva;
Y fué á prueba el pleito, ¿eh?
Guij. A prueba no, porque fué
Paliza definitiva.
Leon. Y cómo escapaste di
A uña de potro...
Guij. Dejallo;
No fué á uña de caballo,
Mas á uña de palo sí.
Leon. ¿Y hubo concomio de lomos?
¿Y hubo porqué me maltratan?
¿Y hubo aquel de « que me matan? »
¡Y hubo espadas, y hubo pomos,
Y hubo riesgos hácia el padre
Que te pescó sin anzuelo!
Guij. Hubo el ladron de tu abuelo,
Y la perra de tu madre.
Ped. Dejémonos de locuras,
Y acaba: ¿qué sucedió?
Guij. Qué he de decir, ¡voto á cribas!
En Turquía no se usó
Lo que tú usastes conmigo.
Ped. ¡Yo pude hacer mas por Dios!
Guij. Bien pudieras escusar
La siniestra informacion
Del pleito de Garapiña,
Cuyo parecer, señor,
Lo han pagado mis costillas:
Y fué el milagro mayor
El zafarme de las manos
De tanto infame sayon.
Ped. ¿Y cómo hicistes?
Guij. Diciéndóles
Que se vinieran en pós,
Y te pondria en sus manos;
Y á puñada y mojicon
Al revolver San Francisco
Desparecíme veloz:
Pasé por ante esa reja,
Os ví, os llamé, y aquí estoy.
Pero el cuidado que traigo
Es que un pícaro soplon,
Que se vende por tu amigo,
Allí entre ellos se quedó
Diciendo que con la novia
Te vió en la calle, señor.
Juana. ¡Ay, Pedro! perdidos somos.
Ped. Ya lo remediaré yo.
Guij. Ya suben las escaleras.
Juana. Perdidas somos, Leonor.
Ped. Guijarro, en el aposento
Que tiene ese corredor
Guarda á estas damas al punto.
Guij. Ved que ese aposento estoy
En que da á casa del duque.
Ped. No te detengas, que yo
Los detendré, como á quien
Va en ello vida y honor.
Guij. Pues en dejándolas, vuelvo
Armado como un leon
Para morir á tu lado.
Ped. Aquí aguardándote estoy.

ESCENA XV.

DON PEDRO.

Cierro esta reja, y espero
Con valiente corazon
A ceder para obligarles,
O á perecer por mi amor.
Voces dentro. ¡Aquí están!
Otros. Aquí les vimos.
Lope, dentro. Dejadme, que tengo yo
Picaporte de esa puerta.
Ped. Y llegó el trance, valor.
(*Abrese la puerta, y entra Don Lope, á quien detiene Don Pedro poniéndole la espada al pecho.*)

ESCENA XVI.

DON PEDRO, DON LOPE. Un momento despues DON DIEGO, Escribano, Alguaciles, Gente.

Ped. Alto, buen viejo: primero
Que entreis en este salon
Quiero advertiros que de él
Solo pienso salir yo
O esposo de Doña Juana,
O muerto á vuestro furor.
Lope. ¿Su esposo tras esta afrenta?
Nunca será ¡vive Dios!
Ped. Pues de ese modo, adelante.
(*Entra Don Diego y los demas.*

Diego. Este es Pantoja.
Lope. Mi honor estriba ya, caballeros,
En que muera este traidor.
Diego. Muera Pantoja.
Ped. ¡Tú mientes!
Y hombres de mi corazon
Solo mueren de esta forma.
(*Ciérranse á cuchilladas y riñen. Don Pedro va cejando defendiéndose. Guijarro sale, y va á ponerse á su lado.*)
Todos. ¡Muera!
Lope. Acabadle.
Guij. Aquí estoy,
Como un Bernardo, á tu lado.
(*Sale el duque de Arcos armado, con banda y baston, y gente con él.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, EL DUQUE DE ARCOS.

Duque. Ténganse al rey.
Guij. ¡Santo Dios!
El duque de Arcos es este.
(*Tiénense todos y se descubren.*)
Lope y Diego. Cielos, el gobernador.
Duque. Tantos contra un hombre solo:
Merecia tal traicion
Que á todos os empalara
Por tan cobarde rigor.
¿Quién sois? (*A Don Pedro.*)
Ped. Un criado vuestro,
Que al rayo de vuestro sol
Recibe luz.
Duque. Levantaos;
Que quien tan bien peleó
No es digno de estar de hinojos
Ante mí: decid quién sois,
Y cuál fué vuestra querella.
Ped. Don Pedro Pantoja soy,
Cuya juventud briosa
Centella de Marte ha sido
Con ayuda de esta hoja.
Estudié letras humanas,
Mas con aficion tan poca,
Que al cabo cambié mis libros
Con espadas y pistolas:
Y obró en mí tan fuertemente
Esta inclinacion heróica,
Que he tenido mas pendencias
Que tienen mis dias horas.
Por no cansarte, señor,
Callo hazañas portentosas
Que me han dado honor y fama
En provincias muy remotas:
Pues sobre tirar la esgrima
Párias me rinden con honra
El diestro Gil Campuzano
Y el valiente Juan de Lorca.
Quise á Doña Juana, hija
De Don Lope de Mendoza,
Que está presente, pedísela
Para mujer, y negómela
Por dársela por mas rico
Al comerciante Gamboa.
Quísela sacar de casa
Siendo ella misma gustosa,
Cuando con deudos y amigos
Gamboa llegó á deshora
Traidoramente entre muchos
A darme muerte afrentosa.
Me defendí como vistes,
Donde concluyo mi historia
Poniendo á tus piés mi vida,
Rogándote que dispongas
De esta espada y de este brazo,
Siendo de tanta discordia
El íris de la grandeza,
El anal de esta memoria,
El sol de aquestas tinieblas,
Y el amparo de mi honra.
Duque. Señor Don Lope, no hay vida
Que valga el honor: Pantoja
Es honrado, y yo le doy
Para casarse mil doblas,
Que pues vuestra hija le quiere,
Mucho á vuestro honor importa.
Lope. Señor, que es un libertino.
Duque. ¡Basta, por Dios! que cuando otra
Razon no hubiera, casárale
Vuestra conducta alevosa
Para castigar severo:
Y entended bien desde ahora
Que para quien sois vosotros
Es Don Pedro muy de sobra.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, Y SALE GUIJARRO, QUE TRAE DE LA MANO A DOÑA JUANA Y A LEONOR.

Guij. Y pues todo se compuso,
Aquí teis á la novia.
Ped. ¡Mi Juana! (*Se abrazan.*)
Juana. ¡Pantoja mio!
Guij., al público. Y ahora, si á mal no lo toman
Vuestras mercedes, señores,
Por dos palmadillas flojas
Les enviaré papeletas
Para asistir á la boda.

DON JUAN TENORIO,

DRAMA RELIGIOSO-FANTÁSTICO EN DOS PARTES.

AL SEÑOR

DON FRANCISCO LUIS DE VALLEJO

EN PRENDA DE BUENA MEMORIA,

SU MEJOR AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, marzo de 1844.

PERSONAS.

DON JUAN TENORIO.
DON LUIS MEJIA.
DON GONZALO DE ULLOA, comendador de Calatrava.
DON DIEGO TENORIO.
DOÑA INES DE ULLOA.
DOÑA ANA DE PANTOJA.
CRISTOFANO BUTTARELLI.
MARCOS CIUTTI.
BRIGIDA.
PASCUAL.
EL CAPITAN CENTELLAS.
DON RAFAEL DE AVELLANEDA.
LUCIA.
LA ABADESA DE LAS CALATRAVAS DE SEVILLA.
LA TORNERA DE IDEM.
GASTON.
MIGUEL.
UN ESCULTOR.
ALGUACILES 1º y 2º.
UN PAJE (que no habla).
LA ESTATUA DE DON GONZALO (él mismo).
LA SOMBRA DE DOÑA INES (ella misma).
CABALLEROS SEVILLANOS, ENCUBIERTOS, CURIOSOS, ESQUELETOS, ESTATUAS, ANGELES, SOMBRAS, JUSTICIA Y PUEBLO.

La accion en Sevilla por los años de 1545, últimos del emperador Carlos V. Los cuatro primeros actos pasan en una sola noche. Los tres restantes, cinco años despues, y en otra noche.

PARTE PRIMERA.

—

ACTO PRIMERO.

LIBERTINAGE Y ESCÁNDALO.

Hostería de Cristófano Buttarelli — Puerta en el fondo que da á la calle: mesas, jarros y demas utensilios propios de semejante lugar.

—

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, CON ANTIFAZ, SENTADO A UNA MESA ESCRIBIENDO. CIUTTI Y BUTTARELLI, A UN LADO ESPERANDO. AL LEVANTARSE EL TELON SE VEN PASAR POR LA PUERTA DEL FONDO MASCARAS, ESTUDIANTES Y PUEBLO CON HACHONES, MUSICAS, ETC.

Juan. ¡Cuál gritan esos malditos!
Pero ¡mal rayo me parta
Si en concluyendo la carta
No pagan caros sus gritos! (*Sigue escribiendo.*)
Butt. á Ciutti. Buen carnaval.
Ciut. á Buttarelli. Buen agosto
Para rellenar la arquilla.
Butt. ¡Quiá! Corre ahora por Sevilla
Poco gusto y mucho mosto.

Ni caen aquí buenos peces,
Que son casas mal miradas
Por gentes acomodadas
Y tropelladas á veces.
Ciut. Pero hoy...
Butt. Hoy no entra en la cuenta,
Ciutti: se ha hecho buen trabajo.
Ciut. ¡Chist, habla un poco mas bajo,
Que mi señor se impacienta
Pronto.
Butt. ¿A su servicio estás?
Ciut. Ya ha un año.
Butt. ¿Y qué tal te sale?
Ciut. No hay prior que se me iguale;
Tengo cuanto quiero, y mas.
Tiempo libre, bolsa llena,
Buenas mozas y buen vino.
Butt. ¡Cuerpo de tal, qué destino!
Ciut., señalando á Don Juan. Y todo ello á costa ajena.
Butt. ¿Rico, eh?
Ciut. Baréa la plata.
Butt. ¿Franco?
Ciut. Como un estudiante.
Butt. ¿Y noble?
Ciut. Como un infante.
Butt. ¿Y bravo?
Ciut. Como un pirata.
Butt. ¿Español?
Ciut. Creo que sí.
Butt. ¿Su nombre?
Ciut. Lo ignoro en suma.
Butt. ¡Bribon¡ ¿y dónde va?
Ciut. Aquí.
Butt. Largo pluméa.
Ciut. Es gran pluma.
Butt. ¿Y á quién mil diablos escribe
Tan cuidadoso y prolijo?
Ciut. A su padre.
Butt. ¡Vaya un hijo!
Ciut. Para el tiempo en que se vive
Es un hombre estraordinario.
Mas silencio.
Juan, cerrando la carta. Firmo y plego.
¿Ciutti?
Ciut. Señor.
Juan. Este pliego
Irá dentro del orario
En que reza Doña Inés
A sus manos á parar.
Ciut. ¿Hay respuesta que aguardar?
Juan. De el diablo con guardapiés
Que la asiste, de su dueña
Que mis intenciones sabe
Recogerás una llave,
Una hora y una seña:
Y mas ligero que el viento
Aquí otra vez.
Ciut. Bien está. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON JUAN, BUTTARELLI.

Juan. Cristófano, vieni quá.
Butt. ¡Eccellenza!
Juan. Senti.
Butt. Sento.
Ma hó imparatto il Castigliano,
Se é piú facile al signor
La sua lingua...
Juan. Sí, es mejor:
Lascia dunque il tuo toscano,
Y dime: ¿Don Luis Mejía
Ha venido hoy?
Butt. Escelencia.
No está en Sevilla.
Juan. ¿Su ausencia
Dura en verdad todavía?
Butt. Tal creo.
Juan. ¿Y noticia alguna
No tienes de él?
Butt. ¡Ah! una historia
Me viene ahora á la memoria
Que os podrá dar...
Juan. ¿Oportuna
Luz sobre el caso?
Butt. Tal vez.
Juan. Habla pues.
Butt., hablando consigo mismo. No, no me engaño:
Esta noche cumple el año,
Lo habia olvidado.
Juan. ¡Pardiez!
¿Acabarás con tu cuento?
Butt. Perdonad, señor, estaba
Recordando el hecho.
Juan. ¡Acaba,
Vive Dios! que me impaciento.
Butt. Pues es el caso, señor,
Que el caballero Mejía
Por quien preguntais, dió un dia
En la ocurrencia peor
Que ocurrírsele podia.
Juan. Suprime lo al hecho estraño;
Que apostaron me es notorio
A quien haria en un año
Con mas fortuna mas daño
Luis Mejía y Juan Tenorio.
Butt. ¿La historia sabeis?
Juan. Entera;
Por eso te he preguntado
Por Mejía.
Butt. ¡Oh! me pluguiera

Que la apuesta se cumpliera;
Que pagan bien y al contado.
Juan. ¿Y no tienes confianza
En que Don Luis á esta cita
Acuda?
Butt. ¡Quiá! ni esperanza:
El fin del plazo se avanza,
Y estoy cierto que maldita
La memoria que ninguno
Guarda de ello.
Juan. Basta ya.
Toma.
Butt. Escelencia, ¿y de alguno
De ellos sabeis vos?
Juan. Quizá.
Butt. ¿Vendrán pues?
Juan. Al menos uno;
Mas por si acaso los dos
Dirigen aquí sus huellas
El uno del otro en pos,
Tus dos mejores botellas
Prevénles.
Butt. Mas...
Juan. ¡Chito!... A Dios.

ESCENA III.

BUTTARELLI.

¡Santa Madona! de vuelta
Mejía y Tenorio están
Sin duda... y recogerán
Los dos la palabra suelta.
¡Oh! sí, ese hombre tiene traza
De saberlo á fondo. (*Ruido dentro.*) ¿Pero
Qué es esto? (*Se asoma á la puerta.*)
¡Anda! ¡el forastero
Está riñendo en la plaza!
¡Válgame Dios! ¡qué bullicio!
Cómo se le arremolina
Chusma... y cómo la acoquina
Él solo... ¡puf! ¡qué estropicio!
¡Cuál corren delante de él!
No hay duda, están en Castilla
Los dos, y anda ya Sevilla
Toda revuelta. ¡Miguel!

ESCENA IV.

BUTTARELLI, MIGUEL.

Miguel. ¿Che comanda?
Butt. Presto, qui
Servi una tabola, amico:
É del Lacryma piú antico.
Porta due buttiglie.
Miguel. Sí,
Signor padron.
Butt. ¡Micheletto,
Apparechia in caritá
Lo piú ricco que si fá,
Afrettati!
Miguel. Gia mi afretto,
Signor padrone. (*Vase.*)

ESCENA V.

BUTTARELLI, DON GONZALO.

Gonz. Aquí es.
¿Patron?
Butt. ¿Qué se ofrece?
Gonz. Quiero
Hablar con el hostelero.
Butt. Con él hablais; decid pues.
Gonz. ¿Sois vos?
Butt. Sí, más despachad,
Que estoy de priesa.
Gonz. En tal caso
Ved si es cabal y de paso
Esa dobla y contestad.
Butt. ¡Oh escelencia!
Gonz. ¿Conoceis
A Don Juan Tenorio?
Butt. Sí.
Gonz. ¿Y es cierto que tiene aquí
Hoy una cita?
Butt. ¡Oh! ¿sereis
Vos el otro?
Gonz. ¿Quién?
Butt. Don Luis.
Gonz. No; pero estar me interesa
En su entrevista.
Butt. Esta mesa
Les preparo; si os servís
En esotra colocaros,
Podreis presenciar la cena
Que les daré... ¡Oh! será escena
Que espero que ha de admiraros.
Gonz. Lo creo.
Butt. Son sin disputa
Los dos mozos mas gentiles
De España.
Gonz. Sí, y los mas viles
Tambien.
Butt. ¡Ba! se les imputa
Cuanto malo se hace hoy dia;
Mas la malicia lo inventa,
Pues nadie paga su cuenta
Como Tenorio y Mejía.
Gonz. ¡Ya!
Butt. Es afan de murmurar,
Porque conmigo, señor,
Ninguno lo hace mejor,
Y bien lo puedo jurar.
Gonz. No es necesario: mas...

Butt. ¿Qué?
Gonz. Quisiera yo ocultamente
Verlos, y sin que la gente
Me reconociera.
Butt. A fe
Que eso es muy fácil, señor.
Las fiestas de Carnaval
Al hombre mas principal
Permiten sin deshonor
De su linaje servirse
De un antifaz, y bajo él,
¿Quién sabe hasta descubrirse
De qué carne es el pastel?
Gonz. Mejor fuera en aposento
Contiguo...
Butt. Ninguno cae
Aquí.
Gonz. Pues entonces trae
El antifaz.
Butt. Al momento.

ESCENA VI.

DON GONZALO.

No cabe en mi corazon
Que tal hombre pueda haber,
Y no quiero cometer
Con él una sinrazon.
Yo mismo indagar prefiero
La verdad... mas á ser cierta
La apuesta, primero muerta
Que esposa suya la quiero.
No hay en la tierra interés
Que si la daña me cuadre;
Primero seré buen padre,
Buen caballero despues.
Enlace es de gran ventaja,
Mas no quiero que Tenorio
Del velo del desposorio
La recorte una mortaja.

ESCENA VII.

DON GONZALO, BUTTARELLI, QUE TRAE UN ANTIFAZ.

Butt. Ya está aquí.
Gonz. Gracias, patron:
¿Tardarán mucho en llegar?
Butt. Si vienen no han de tardar:
Cerca de las ocho son.
Gonz. ¿Esa es hora señalada?
Butt. Cierra el plazo, y es asunto
De perder quien no este á punto
De la primer campanada.
Gonz. Quiera Dios que sea una chanza,
Y no lo que se murmura.
Butt. No tengo aun por muy segura
De que cumplan la esperanza;
Pero si tanto os importa
Lo que ello sea saber,
Pues la hora está al caer
La dilacion es ya corta.
Gonz. Cúbrome pues y me siento.
(*Se sienta en una mesa á la derecha y se pone el antifaz.*)
Butt. (Curioso el viejo me tiene
Del misterio con que viene...
Y no me quedo contento
Hasta saber quién es él.)
(*Limpia y tragina, mirándole de reojo.*)
Gonz. (¡Que un hombre como yo tenga
Que esperar aquí y se avenga
Con semejante papel!
En fin, me importa el sosiego
De mi casa y la ventura
De una hija sencilla y pura.
Y no es para echarlo á juego.)

ESCENA VIII.

DON GONZALO, BUTTARELLI, DON DIEGO, A LA PUERTA DEL FUNDO.

Diego. La seña está terminante,
Aquí es: bien me han informado;
Llego pues.
Butt. ¿Otro embozado?
Diego. ¿Há de esta casa?
Butt. Adelante.
Diego. ¿La hostería del Laurel?
Butt. En ella estais, caballero.
Diego. ¿Está en casa el hostelero?
Butt. Estais hablando con él.
Diego. ¿Sois vos Buttarelli?
Butt. Yo.
Diego. ¿Es verdad que hoy tiene aquí
Tenorio una cita?
Butt. Sí.
Diego. ¿Y ha acudido á ella?
Butt. No.
Diego. ¿Pero acudirá?
Butt. No sé.
Diego. ¿Le esperais vos?
Butt. Por si acaso
Venir le place.
Diego. En tal caso
Yo tambien le esperaré.
(*Se sienta en el lado opuesto á Don Gonzalo.*)
Butt. ¿Que os sirva vianda alguna
Quereis mientras?
Diego. No: tomad.
Butt. ¡Escelencia!
Diego. Y escusad
Conversacion importuna.

Butt. Perdonad.
Diego. Vais perdonado :
Dejadme pues.
Butt., *aparte.* ¡ Jesucristo !
En toda mi vida he visto
Hombre mas mal humorado.
Diego, *aparte.* ¡ Que un hombre de mi linaje
Descienda á tan ruin mansion !
Pero no hay humillacion
A que un padre no se baje
Por un hijo. Quiero ver
Por mis ojos la verdad
Y el monstruo de liviandad
A quien pude dar el ser.
(*Buttarelli , que anda arreglando sus trastos, contempla desde el fondo á Don Gonzalo y á Don Diego , que permanecerán embozados y en silencio.*)
Butt. ¡ Vaya un par de hombres de piedra !
Para estos sobra mi abasto :
¡ Mas pardiez ! pagan el gasto
Que no hacen, y así se medra.

ESCENA IX.

DON GONZALO, DON DIEGO, BUTTARELLI, EL CAPITAN CENTELLAS, AVELLANEDA, DOS CABALLEROS.

Avell. Vinieron, y os aseguro
Que se efectuará la apuesta.
Cent. Entremos pues. ¡ Buttarelli !
Butt. Señor capitan Centellas,
¿ Vos por aquí ?
Cent. Sí, Cristófano.
¿ Cuándo aquí sin mi presencia
Tuvieron lugar las órgias
Que han hecho raya en la época ?
Butt. Como ha tanto tiempo ya
Que no os he visto.
Cent. Las guerras
Del emperador, á Tunez
Me llevaron ; mas mi hacienda
Me vuelve á traer á Sevilla ;
Y segun lo que me cuentan
Llego lo mas á propósito
Para renovar añejas
Amistades. Con que apróntanos
Luego unas cuantas botellas,
Y en tanto que humedecemos
La garganta, verdadera
Relacion haznos de un lance
Sobre el cual hay controversia.
Butt. Todo se andará, mas antes
Dejadme ir á la bodega.
Varios. Sí, sí.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS BUTTARELLI.

Avell. Sentarse, señores,
Y que siga Avellaneda
Con la historia de Don Luis.
Cent. No hay ya mas que decir de ella
Sino que creo imposible
Que la de Tenorio sea
Mas endiablada, y que apuesto
Por Don Luis.
Cent. Acaso pierdas.
Don Juan Tenorio se sabe
Que es la mas mala cabeza
Del orbe, y no hubo hombre alguno
Que aventajarle pudiera
Con solo su inclinacion ;
¿ Con que qué hará si se empeña ?
Avell. Pues yo sé bien que Mejía
Las ha hecho tales, que á ciegas
Se puede apostar por él.
Cent. Pues el capitan Centellas
Pone por Don Juan Tenorio
Cuanto tiene.
Avell. Pues se acepta
Por Don Luis, que es muy mi amigo.
Cent. Pues todo en contra se arriesga ;
Porque no hay como Tenorio
Otro hombre sobre la tierra,
Y es proverbial su fortuna
Y estremadas sus empresas.

ESCENA XI.

DICHOS, BUTTARELLI, CON BOTELLAS.

Butt. Aquí hay Falerno, Borgoña,
Sorrento.
Cent. De lo que quieras
Sirve, Cristófano, y dinos :
¿ Qué hay de cierto en una apuesta
Por Don Juan Tenorio há un año
Y Don Luis Mejía hecha ?
Butt. Señor capitan, no sé
Tan á fondo la materia
Que os pueda sacar de dudas,
Pero diré lo que sepa.
Varios. Habla, habla.
Butt. Yo, la verdad,
Aunque fué en mi casa mesma
La cuestion entre ambos, como
Pusieron tan larga fecha
A su plazo, creí siempre
Que nunca á efecto viniera ;
Así es, que ni aun me acordaba
De tal cosa á la hora de esta.
Mas esta tarde, seria

El anochecer apenas,
Entróse aquí un caballero
Pidiéndome que le diera
Recado con que escribir
Una carta: y á sus letras
Atento no mas, me dió
Tiempo á que charla metiera
Con un paje que traía
Paisano mio, de Génova.
No saqué nada del paje,
Que es por Dios muy brava pesca,
Mas cuando su amo acababa
Su carta, le envió con ella
A quien iba dirigida:
El caballero en mi lengua
Me habló y me pidió noticias
De Don Luis. Dijo que entera
Sabia de ambos la historia,
Y que tenia certeza
De que al menos uno de ellos
Acudiria á la apuesta.
Yo quise saber mas de él,
Mas púsome dos monedas
De oro en la mano diciéndome:
Y por si acaso los dos
Al tiempo aplazado llegan,
Ten prevenidas para ambos
Tus dos mejores botellas.
Largóse sin decir mas,
Y yo atento á sus monedas,
Les puse en el mismo sitio
Donde apostaron, la mesa.
Y vedla allí con dos sillas,
Dos copas y dos botellas.

Avell. Pues, señor, no hay que dudar;
Era Don Luis.

Cent. Don Juan era.

Avell. ¿Tú no le viste la cara?

Butt. Si la traía cubierta
Con un antifaz.

Cent. Pero, hombre,
¿Tú á los dos no les recuerdas?
¿O no sabes distinguir
A las gentes por sus señas
Lo mismo que por sus caras?

Butt. Pues confieso mi torpeza;
No lo supe conocer,
Y lo procuré de veras.
Pero silencio.

Avell. ¿Qué pasa?

Butt. A dar el reloj comienza
Los cuartos para las ocho. (*Dan.*)

Cent. Ved, ved la gente que se entra.

Avell. Como que está de este lance
Curiosa Sevilla entera.

(*Se oyen dar las ocho; varias personas entran y se reparten en silencio por la escena; al dar la última campanada, Don Juan con antifaz se llega á la mesa que ha preparado Buttarelli en el centro del escenario, y se dispone á ocupar una de las dos sillas que están delante de ella. Inmediatamente despues de él, entra don Luis tambien con antifaz y se dirige á la otra. Todos los miran.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON GONZALO, DON JUAN, DON LUIS, BUTTARELLI, CENTELLAS, AVELLANEDA, CABALLEROS, CURIOSOS, ENMASCARADOS.

Avell., á Centellas por Don Juan. Verás
aquel, si ellos vienen,
Qué buen chasco que se lleva.

Cent., á Avellaneda por Don Luis. Pues
allí va otro á ocupar
La otra silla: ¡uf! aquí es ella.

Juan, á Don Luis. Esa silla está comprada,
Hidalgo.

Luis, á Don Juan. Lo mismo digo,
Hidalgo; para un amigo
Tengo yo esotra pagada.

Juan. Que esta es mia haré notorio.

Luis. Y yo tambien que esta es mia.

Juan. Luego sois Don Luis Mejía.

Luis. Sereis pues Don Juan Tenorio.

Juan. Puede ser.

Luis. Vos lo decís.

Juan. ¿No os fiais?

Luis. No.

Juan. Yo tampoco.

Luis. Pues no hagamos mas el coco.

Juan. Yo soy Don Juan. (*Quitándose la máscara.*)

Luis. (*Id.*) Yo Don Luis.

(*Se descubren y se sientan.*)

(*El capitan Centellas, Avellaneda, Buttarelli y algunos otros se van á ellos y les saludan, abrazan y dan la mano, y hacen otras semejantes muestras de cariño y amistad. Don Juan y Don Luis las acceptan cortesmente.*)

Cent. ¡Don Juan!

Avell. ¡Don Luis!

Juan. ¡Caballeros!

Luis. ¡Oh amigos! qué dicha es esta?

Avell. Sabíamos vuestra apuesta,
Y hemos acudido á veros.

Luis. Don Juan y yo tal bondad
En mucho os agradecemos.

Juan. El tiempo no malgastemos,
Don Luis. (*A los otros.*) Sillas arrimad.
(*A los que están lejos.*)
Caballeros, yo supongo

Que á ucedes tambien aquí
Les trae la apuesta, y por mí
A antojo tal no me opongo.
Luis. Ni yo; que aunque nada mas
Fué el empeño entre los dos,
No ha de decirse por Dios
Que me avergonzó jamás.
Juan. Ni á mí, que el orbe es testigo
De que hipócrita no soy,
Pues por do quiera que voy
Va el escándalo conmigo.
Luis. ¡Eh! ¿y esos dos no se llegan
A escuchar? Vos. (*Por Don Diego y Don Gonz.*)
Diego. Yo estoy bien.
Luis. ¿Y vos?
Gonz. De aquí oigo tambien.
Luis. Razon tendrán si se niegan.
(*Se sientan todos al rededor de la mesa en que están Don Luis Mejía y Don Juan Tenorio.*)
Juan. ¿Estamos listos?
Luis. Estamos.
Juan. Como quien somos cumplimos.
Luis. Veamos pues lo que hicimos.
Juan. Bebamos antes.
Luis. Bebamos. (*Lo hacen.*)
Juan. La apuesta fué...
Luis. Porque un dia
Dije que en España entera
No habria nadie que hiciera
Lo que hiciera Luis Mejía.
Juan. Y siendo contradictorio
Al vuestro mi parecer,
Yo os dije: Nadie ha de hacer
Lo que hará Don Juan Tenorio.
¿No es así?
Luis. Sin duda alguna:
Y vinimos á apostar
Quién de ambos sabria obrar
Peor, con mejor fortuna,
En el término de un año;
Juntándonos aquí hoy
A probarlo.
Juan. Y aquí estoy.
Luis. Y yo.
Cent. ¡Empeño bien estraño
Por vida mia!
Juan. Hablad pues.
Luis. No, vos debeis empezar.
Juan. Como gusteis, igual es,
Que nunca me hago esperar.
Pues, señor, yo desde aquí
Buscando mayor espacio
Para mis hazañas, dí
Sobre Italia, porque allí
Tiene el placer un palacio.
De la guerra y del amor
Antigua y clásica tierra,
Y en ella el emperador,
Con ella y con Francia en guerra,
Díjeme: «¿Dónde mejor?
Donde hay soldados hay juego,
Hay pendencias y amoríos.»
Dí pues sobre Italia luego
Buscando á sangre y á fuego
Amores y desafíos.
En Roma; á mi apuesta fiel,
Fijé entre hostil y amatorio
En mi puerta este cartel:
«Aquí está Don Juan Tenorio
Para quien quiera algo de él.»
De aquellos dias la historia
A relataros renuncio:
Remítome á la memoria
Que dejé allí, y de mi gloria
Podeis juzgar por mi anuncio.
Las Romanas caprichosas,
Las costumbres licenciosas,
Yo gallardo y calavera,
¿Quién á cuento redujera
Mis empresas amorosas?
Salí de Roma por fin
Como os podeis figurar,
Con un disfraz harto ruin,
Y á lomos de un mal rocin,
Pues me querian ahorcar.
Fuí al ejército de España,
Mas todos paisanos mios,
Soldados y en tierra estraña,
Dejé pronto su compaña
Tras cinco ú seis desafíos.
Nápoles, rico vergel
De amor, del placer emporio,
Vió en mi segundo cartel:
«*Aquí está Don Juan Tenorio,*
Y no hay hombre para él.
Desde la princesa altiva
A la que pesca en ruin barca,
No hay hembra á quien no suscriba;
Y á cualquier empresa abarca
Si en oro ó valor estriba.
Búsquenle los reñidores;
Cérquenle los jugadores;
Quien se precie que le ataje;
Y á ver si hay quien le aventaje
En juego, en lid ó en amores.»
Esto escribí; y en medio año
Que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance estraño,
No hay escándalo ni engaño
En que no me hallara yo.
Por donde quiera que fuí
La razon atropellé,
La virtud escarnecí,
A la justicia burlé,

Y á las mujeres vendí.
Yo á las cabañas bajé,
Yo á los palacios subí,
Yo los claustros escalé,
Y en todas partes dejé
Memoria amarga de mí.
Ni reconocí sagrado,
Ni hubo ocasion ni lugar
Por mi audacia respetado;
Ni en distinguir me he parado
Al clérigo del seglar.
A quien quise provoqué,
Con quien quiso me batí,
Y nunca consideré
Que pudo matarme á mí
Aquel á quien yo maté.
A esto Don Juan se arrojó,
Y escrito en este papel
Está cuanto consiguió:
Y lo que él aquí escribió
Mantenido está por él.

Luis. Leed pues.

Juan. No, oigamos antes
Vuestros bizarros estremos,
Y si traeis terminantes
Vuestras notas comprobantes,
Lo escrito cotejarémos.

Luis. Decís bien; cosa es que está,
Don Juan, muy puesta en razon;
Aunque á mi ver poco irá
De una á otra relacion.

Juan. Empezad pues.

Luis. Allá va.
Buscando yo como vos
A mi aliento empresas grandes
Dije: « ¿Dó iré ¡vive Dios!
De amor y lides en pós,
Que vaya mejor que á Flandes?
Allí, puesto que empeñadas
Guerras hay, á mis deseos
Habrá al par centuplicadas
Ocasiones estremadas
De riñas y galanteos. »
Y en Flandes conmigo di,
Mas con tan negra fortuna,
Que al mes de encontrarme allí
Todo mi caudad perdí,
Dobla á dobla, una por una.
En tan total carestía
Mirándome de dineros
De mí todo el mundo huía;
Mas yo busqué compañía
Y me uní á unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto á tal!
Y fuimos tan adelante
Con suerte tan colosal
Que entramos á saco en Gante
El palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro
De la Pascua el buen obispo
Bajó á presidir el coro,
Y aun de alegría me crispo
Al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro:
Mas mi capitan avaro
Puso mi parte en secuestro:
Reñimos, fuí yo mas diestro
Y le crucé sin reparo.
Juróme al punto la gente
Capitan, por mas valiente:
Juréles yo amistad franca:
Pero á la noche siguiente
Huí, y les dejé sin blanca.
Yo me acordé del refran
De que quien roba al ladron
Há cien años de perdon,
Y me arrojé á tal desman
Mirando á mi salvacion.
Pasé á Alemania opulento,
Mas un provincial Gerónimo,
Hombre de mucho talento,
Me conoció, y al momento
Me delató en un anónimo.
Compré á fuerza de dinero
La libertad y el papel;
Y topando en un sendero
Al fraile, le envié certero
Una bala envuelta en él.
Salté á Francia. ¡Buen país!
Y como en Nápoles vos
Puse un cartel en París
Diciendo: « *Aquí hay un Don Luis*
Que vale lo menos dos.
Parará aquí algunos meses,
Y no trae mas intereses
Ni se aviene á mas empresas
Que á adorar á las francesas
Y á reñir con los franceses. »
Esto escribí; y en medio año
Que mi presencia gozó
París, no hubo lance estraño
Ni hubo escándalo ni daño
Donde mo me hallara yo.
Mas como Don Juan, mi historia
Tambien á alargar renuncio;
Que basta para mi gloria
La magnífica memoria
Que allí dejé con mi anuncio.
Y cual vos, por donde fuí
La razon atropellé,
La virtud escarnecí,
A la justicia burlé,
Y á las mujeres vendí.
Mi hacienda llevo perdida
Tres veces, mas se me antoja
Reponerla, y me convida

Mi boda comprometida
Con Doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan,
Y mañana hay que cumplir
Los tratos que hechos están;
Lo que os advierto, Don Juan,
Por si quereis asistir.
A esto Don Luis se arrojó,
Y escrito en este papel
Está lo que consiguió:
Y lo que él aquí escribió
Mantenido está por él.

Juan. La historia es tan semejante
Que está en el fiel la balanza;
Mas vamos á lo importante,
Que es el guarismo á que alcanza
El papel: con que adelante.

Luis. Razon teneis en verdad.
Aquí está el mio: mirad,
Por una línea apartados
Traigo los nombres sentados
Para mayor claridad.

Juan. Del mismo modo arregladas
Mis cuentas traigo en el mio:
En dos líneas separadas
Los muertos en desafío,
Y las mujeres burladas.
Contad.

Luis. Contad.

Juan. Veinte y tres.

Luis. Son los muertos. — A ver vos.
¡Por la cruz de San Andrés!
Aquí sumo treinta y dos.

Juan. Son los muertos.

Luis. Matar es.

Juan. Nueve os llevo.

Luis. Me venceis.
Pasemos á las conquistas.

Juan. Sumo aquí cincuenta y seis.

Luis. Y yo sumo en vuestras listas
Setenta y dos.

Juan. Pues perdeis.

Luis. ¡Es increible, Don Juan!

Juan. Si lo dudais, apuntados
Los testigos ahi están,
Que si fueren preguntados
Os lo testificarán.

Luis. ¡Oh! y vuestra lista es cabal.

Juan. Desde una princesa real
A la hija de un pescador:
¡Oh! ha recorrido mi amor
Toda la escala social.
¿Teneis algo que tachar?

Luis. Solo una os falta en justicia.

Juan. ¿Me la podeis señalar?

Luis. Sí por cierto, una novicia
Que esté para profesar.

Juan. ¡Bah! pues yo os complaceré
Doblemente, porque os digo
Que á la novicia uniré
La dama de algun amigo
Que para casarse esté.

Luis. ¡Pardiez que sois atrevido!

Juan. Yo os lo apuesto si quereis.

Luis. Digo que acepto el partido.
¿Para darlo por perdido
Quereis veinte dias?

Juan. Seis.

Luis. ¡Por Dios que sois hombre estraño!
¡Cuántos dias empleais
En cada mujer que amais?

Juan. Partid los dias del año
Entre las que ahí encontrais.
Uno para enamorarlas,
Otro para conseguirlas,
Otro para abandonarlas,
Dos para sustituirlas,
Y un hora para olvidarlas.
Pero, la verdad á hablaros,
Pedir mas no se me antoja,
Porque pues vais á casaros
Mañana pienso quitaros
A Doña Ana de Pantoja.

Luis. ¿Don Juan, qué es lo que decis?

Juan. Don Luis, lo que oido habeis

Luis. Ved, Don Juan, lo que emprendeis.

Juan. Lo que he de lograr, Don Luis.

Luis. Gaston.

Gaston. Señor.

Luis. Ven acá. (*Habla Don Luis en secreto con Gaston, y este se va precipitadamente.*)

Juan. Ciutti.

Ciutti. Señor.

Juan. Ven aquí.
(*Don Juan habla en secreto con Ciutti, y este se va precipitadamente.*)

Luis. ¿Estais en lo dicho?

Juan. Sí.

Luis. Pues va la vida.

Juan. Pues va.
(*Don Gonzalo, levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se afronta con Don Juan y Don Luis.*)

Gonz. ¡Insensatos! vive Dios
Que á no temblarme las manos
A palos como á villanos
Os diera muerte á los dos.

Juan y Luis. Veamos.

Gonz. Escusado es,
Que he vivido lo bastante
Para no estar arrogante
Donde no puedo.

Juan. Idos pues.

Gonz. Antes, Don Juan, de salir
De donde oirme podais,
Es necesario que oigais
Lo que os tengo que decir.
Vuestro buen padre Don Diego
Porque pleitos acomoda
Os apalabró una boda
Que iba á celebrarse luego;
Pero por mí mismo yo
Lo que érais queriendo ver,
Vine aquí al anochecer,
Y el veros me avergonzó.
Juan. ¡Por Satanás, viejo insano,
Que no sé cómo he tenido
Calma para haberte oido
Sin asentarte la mano!
Pero di pronto quién eres,
Porque me siento capaz
De arrancarte el antifaz
Con el alma que tuvieres.
Gonz. ¡Don Juan!
Juan. ¡Pronto!
Gonz. Mira pues.
Juan. ¡Don Gonzalo!
Gonz. El mismo soy.
Y á Dios, Don Juan: mas desde hoy
No penseis en Doña Inés.
Porque antes que consentir
En que se case con vos,
El sepulcro ¡juro á Dios!
Por mi mano la he de abrir.
Juan. Me haceis reir, Don Gonzalo;
Pues venirme á provocar
Es como ir á amenazar
A un leon con un mal palo.
Y pues hay tiempo, advertir
Os quiero á mi vez á vos
Que ó me la dais, ó por Dios
Que á quitárosla he de ir.
Gonz. ¡Miserable!
Juan. Dicho está:
Solo una mujer como esta
Me falta para mi apuesta;
Ved pues que apostada va.
(*Don Diego, levantándose de la mesa en que ha permanecido encubierto mientras la escena anterior, baja al centro de la escena, encarándose con Don Juan.*)
Diego. No puedo mas escucharte,
Vil Don Juan, porque recelo
Que hay algun rayo en el cielo
Preparado á aniquilarte.
¡Ah...! no pudiendo creer
Lo que de tí me decian,
Confiando en que mentian,
Te vine esta noche á ver.
Pero te juro, malvado,
Que me pesa haber venido
Para salir convencido
De lo que es para ignorado.
Sigue pues con ciego afan
En tu torpe frenesí,
Mas nunca vuelvas á mí;
No te conozco, Don Juan.
Juan. ¿Quién nunca á tí se volvió?
¿Ni quién osa hablarme así,
Ni qué se me importa á mí
Que me conozcas ó no?
Diego. A Dios pues, mas no te olvides
De que hay un Dios justiciero.
Juan. Ten. (*Deteniéndole.*)
Diego. ¿Qué quereis?
Juan. Verte quiero.
Diego. Nunca, en vano me lo pides.
Juan. ¿Nunca?
Diego. No.
Juan. Cuando me cuadre.
Diego. ¿Cómo?
Juan. Así. (*Le arranca el antifaz.*)
Todos. ¡Don Juan!
Diego. ¡Villano!
¡Me has puesto en la faz la mano!
Juan. ¡Válgame Cristo, mi padre!
Diego. Mientes, no lo fuí jamás.
Juan. ¡Reportaos, con Belcebú!
Diego. No, los hijos como tú
Son hijos de Satanás.
Comendador, nulo sea
Lo hablado.
Gonz. Ya lo es por mí;
Vamos.
Diego. Sí, vamos de aquí
Donde tal monstruo no vea.
Don Juan, en brazos del vicio
Desolado te abandono:
Me matas... mas te perdono
De Dios en el santo juicio.
(*Vanse poco á poco Don Diego y Don Gonzalo.*)
Juan. Largo el plazo me poneis,
Mas ved que os quiero advertir
Que no os he ido á pedir
Jamás que me perdoneis.
Con que no paseis afan
De aquí adelante por mí,
Que como vivió hasta aquí,
Vivirá siempre Don Juan.

ESCENA XIII.

DON JUAN, DON LUIS, CENTELLAS, AVELLANEDA, BUTTARELLI, CURIOSOS, MASCARAS.

Juan. ¡Eh! ya salimos del paso:
Y no hay que estrañar la homilia;

Son pláticas de familia,
De las que nunca hice caso.
Con que lo dicho, Don Luis,
Van Doña Ana y Doña Inés
En puesta.
Luis. Y el precio es
La vida.
Juan. Vos lo decís:
Vamos.
Luis. Vamos.
(*Al salir se presenta una ronda, que les detiene.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, UNA RONDA DE ALGUACILES.

Alguacil. Alto allá.
¿Don Juan Tenorio?
Juan. Yo soy.
Alguacil. Sed preso.
Juan. ¿Soñando estoy?
¿Porqué?
Alguacil. Despues lo verá..
Luis, acercándose á Don Juan y riéndose. Tenorio, no lo estrañeis,
Pues mirando á lo apostado
Mi paje os ha delatado,
Para que vos no ganeis.
Juan. ¡Hola! ¡pues no os suponia
Con tal despejo, pardiez!
Luis. Id pues, que por esta vez,
Don Juan, la partida es mia.
Juan. Vamos pues.
(*Al salir, les detiene otra ronda que entra en la escena.*)

ESCENA XV.

DICHOS, UNA RONDA.

Alguacil, que entra. Ténganse allá.
¿Don Luis Mejía?
Luis. Yo soy.
Alguacil. Sed preso.
Luis. ¿Soñando estoy?
¡Yo preso!
Juan, soltando la carcajada. Já, já, já, já!
Mejía, no lo estrañeis,
Pues mirando á lo apostado
Mi paje os ha delatado
Para que no me estorbeis.
Luis. Satisfecho quedaré
Aunque ambos muramos.
Juan. Vamos:
Con que, señores, quedamos
En que la apuesta está en pié.
(*Las rondas se llevan á Don Juan y á Don Luis; muchos los siguen. El capitan Centellas, Avellaneda y sus amigos, quedan en la escena mirándose unos á otros.*)

ESCENA XVI.

EL CAPITAN CENTELLAS, AVELLANEDA, CURIOSOS.

Avell. ¡Parece un juego ilusorio!
Cent. ¡Sin verlo no lo creeria!
Avell. Pues yo apuesto por Mejía.
Cent. Y yo pongo por Tenorio.

ACTO SEGUNDO.

DESTREZA.

Esterior de la casa de Doña Ana vista por una esquina. Las dos paredes que forman el ángulo se prolongan igualmente por ambos lados, dejando ver en la de la derecha una reja, y en la izquierda una reja y una puerta.

—

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS MEJIA, EMBOZADO.

Ya estoy frente de la casa
De Doña Ana, y es preciso
Que esta noche tenga aviso
De lo que en Sevilla pasa.
No dí con persona alguna
Por dicha mia... ¡Oh qué afan!
Pero ahora, señor Don Juan,
Cada cual con su fortuna.
Si honor y vida se juega,
Mi destreza y mi valor
Por mi vida y por mi honor
Jugarán... mas alguien llega.

ESCENA II.

DON LUIS, PASCUAL.

Pasc. ¡Quién creyera lance tal!
¡Jesus qué escándalo! ¡presos!
Luis. ¡Qué veo! ¿es Pascual?
Pasc. Los sesos
Me estrellaria.
Luis. ¿Pascual?
Pasc. ¿Quién me llama tan apriesa?
Luis. Yo.—Don Luis.
Pasc. ¡Válame Dios!
Luis. ¿Qué te asombra?
Pasc. Que seais vos.

Luis. Mi suerte, Pascual, es esa.
Que á no ser yo quien me soy
Y á no dar contigo ahora,
El honor de mi señora
Doña Ana moria hoy.
Pasc. ¿Qué es lo que decís?
Luis. ¿Conoces
A Don Juan Tenorio?
Pasc. Sí.
¿Quién no le conoce aquí?
Mas segun públicas voces
Estábais presos los dos.
Vamos, ¡lo que el vulgo miente!
Luis. Ahora acertadamente
Habló el vulgo: y juro á Dios
Que á no ser porque mi primo
El tesorero real
Quiso fiarme, Pascual,
Pierdo cuanto mas estimo.
Pasc. ¿Pues cómo?
Luis. ¿En servirme estás?
Pasc. Hasta morir.
Luis. Pues escucha.
Don Juan y yo en una lucha
Arriesgada por demás
Empeñados nos hallamos;
Pero á querer tú ayudarme
Mas que la vida salvarme
Puedes.
Pasc. ¿Qué hay que hacer? Sepamos.
Luis. En una insigne locura
Dimos tiempo há: en apostar
Cuál de ambos sabria obrar
Peor, con mejor ventura.
Ambos nos hemos portado
Bizarramente á cual mas;
Pero él es un Satanás,
Y por fin me ha aventajado.
Púsele no sé qué pero,
Dijímonos no sé qué
Sobre ello, y el hecho fué
Que él mofándome altanero
Me dijo: «Y si esto no os llena,
Pues que os casais con Doña Ana,
Os apuesto á que mañana
Os la quito yo.»
Pasc. ¡Esa es buena!
¿Tal se ha atrevido á decir?
Luis. No es lo malo que lo diga,
Pascual, sino que consiga
Lo que intenta.
Pasc. ¿Conseguir?
En tanto que yo esté aquí
Descuidad, Don Luis.
Luis. Te juro
Que si el lance no aseguro
No sé qué va á ser de mí.
Pasc. Por la Vírgen del Pilar,
¿Le temeis?
Luis. No, ¡Dios testigo!
Mas lleva ese hombre consigo
Algun diablo familiar.
Pasc. Dadlo por asegurado.
Luis. ¡Oh! tal es el afan mio
Que ni en mí propio me fio
Con un hombre tan osado.
Pasc. Yo os juro por San Ginés
Que con toda su osadía
Le ha de hacer por vida mia
Mal tercio un Aragonés:
Nos verémos.
Luis. ¡Ay, Pascual,
Que en qué te metes no sabes!
Pasc. En apreturas mas graves
Me he visto y no salí mal.
Luis. Estriba en lo perentorio
Del plazo, y en ser quien es.
Pasc. Mas que un buen Aragonés
No ha de valer un Tenorio.
Todos esos lenguaraces
Espadachines de oficio
No son mas que frontispicio
Y de poca alma capaces.
Para infamar á mujeres
Tienen lengua, y tienen manos
Para osar á los ancianos
O apalear á mercaderes.
Mas cuando una buena espada
Por un buen brazo esgrimida
Con la muerte les convida,
Todo su valor es nada.
Y sus empresas y bullas
Se reducen todas ellas
A hablar mal de las doncellas
Y á huir ante las patrullas.
Luis. ¡Pascual!
Pasc. No lo hablo por vos,
Que aunque sois un calavera
Teneis la alma bien entera
Y reñís bien, ¡voto á brios!
Luis. Pues si es en mí tan notorio
El valor, mira, Pascual,
Que el valor es proverbial
En la raza de Tenorio.
Y porque conozco bien
De su valor el estremo,
De sus ardides me temo
Que en tierra con mi honra den.
Pasc. Pues suelto estais ya, Don Luis;
Y pues que tanto os acucia
El mal de celos, su astucia
Con la astucia prevenís.
¿Qué temeis de él?
Luis. No lo sé:
Mas esta noche sospecho

Que ha de procurar el hecho
Consumar.
Pasc. Soñais.
Luis. ¿Porqué?
Pasc. ¿No está preso?
Luis. Sí que está;
Mas tambien lo estaba yo
Y un hidalgo me fió.
Pasc. Mas ¿quién á él le fiará?
Luis. En fin, solo un medio encuentro
De satisfacerme.
Pasc. ¿Cuál?
Luis. Que de esta casa, Pascual,
Quede yo esta noche dentro.
Pasc. Mirad que así de Doña Ana
Teneis el honor vendido.
Luis. ¡Qué mil rayos! ¿su marido
No voy á ser yo mañana?
Pasc. Mas, señor, ¿no os digo yo
Que os fio con la existencia...?
Luis. Sí, salir de una pendencia,
Mas de un ardid diestro, no.
Y en fin, ó paso en la casa
La noche, ó tomo la calle
Aunque la justicia me halle.
Pasc. Señor Don Luis, eso pasa
De terquedad, y es capricho
Que dejar os aconsejo
Y os irá bien.
Luis. No lo dejo,
Pascual.
Pasc. ¡Don Luis!
Luis. Está dicho.
Pasc. ¡Vive Dios! ¿Hay tal afan?
Luis. Tú dirás lo que quisieres,
Mas yo fio en las mujeres
Mucho menos que en Don Juan,
Y pues lance es estremado
Por dos locos emprendido,
Bien será un loco atrevido
Para un loco desalmado.
Pasc. Mirad bien lo que decís,
Porque yo sirvo á Doña Ana
Desde que nació, y mañana
Sereis su esposo, Don Luis.
Luis. Pascual, esa hora llegada
Y ese derecho adquirido,
Yo sabré ser su marido
Y la haré ser bien casada.
Mas en tanto...
Pasc. No hableis mas.
Yo os conozco desde niños
Y sé lo que son cariños,
Por vida de Barrabás.
Oid: mi cuarto es sobrado
Para los dos: dentro de él
Quedad: mas palabra fiel
Dadme de estaros callado.
Luis. Te la doy.
Pasc. Y hasta mañana
Juntos con doble cautela
Nos quedarémos en vela.
Luis. Y se salvará Doña Ana.
Pasc. Sea.
Luis. Pues vamos.
Pasc. Teneos.
¿Qué vais á hacer?
Luis. A entrar.
Pasc. ¿Ya?
Luis. ¿Quién sabe lo que él hará?
Pasc. Vuestros celosos deseos
Reprimid: que ser no puede
Mientras no se recoja
Mi amo Don Gil de Pantoja
Y todo en silencio quede.
Luis. ¡Voto á...!
Pasc. ¡Eh! dad una vez
Breves treguas al amor.
Luis. ¿Y á qué hora ese buen señor
Suele acostase?
Pasc. A las diez;
Y en esa calleja estrecha
Hay una reja; llamad
A las diez, y descuidad
Mientras en mí.
Luis. Es cosa hecha.
Pasc. Don Luis, hasta luego pues.
Luis. A Dios, Pascual, hasta luego.

ESCENA III.

DON LUIS.

Jamás tal desasosiego
Tuve. Paréceme que es
Esta noche hora menguada
Para mí... y no sé qué vago
Presentimiento, qué estrago
Teme mi alma acongojada.
Por Dios que nunca pensé
Que á Doña Ana amara así,
Ni por ninguna sentí
Lo que por ella... ¡Oh! y á fe
Que de Don Juan me amedrenta
No el valor, mas la ventura.
Parece que le asegura
Satanás en cuanto intenta.
No, no: es un hombre infernal,
Y téngome para mí
Que si me aparto de aquí
Me burla, pese á Pascual.
Y aunque me tenga por necio
Quiero entrar: que con Don Juan
Las precauciones no están
Para vistas con desprecio.
(*Llama á la ventana.*)

ESCENA IV.

DON LUIS, DOÑA ANA.

Ana. ¿Quién va?
Luis. ¿No es Pascual?
Ana. Don Luis.
Luis. Doña Ana.
Ana. ¿Por la ventana
Llamas ahora?
Luis. Ay Doña Ana,
Cuán á buen tiempo salís.
Ana. ¿Pues qué hay, Mejía?
Luis. Un empeño
Por tu beldad con un hombre
Que temo.
Ana. ¿Y qué hay que te asombre
En él, cuando eres tú el dueño
De mi corazon?
Luis. Doña Ana,
No lo puedes comprender,
De ese hombre sin conocer
Nombre y suerte.
Ana. Será vana
Su buena suerte conmigo:
Ya ves, solo horas nos faltan
Para la boda, y te asaltan
Vanos temores.
Luis. Testigo
Me es Dios que nada por mí
Me da pavor mientras tenga
Espada, y ese hombre venga
Cara á cara contra tí.
Mas como el leon audaz
Y cauteloso y prudente,
Como la astuta serpiente...
Ana. Bah, duerme, Don Luis, en paz,
Que su audacia y su prudencia
Nada lograrán de mí,
Que tengo cifrada en tí
La gloria de mi existencia.
Luis. Pues bien, Ana, de ese amor
Que me aseguras en nombre,
Para no temer á ese hombre
Voy á pedirte un favor.
Ana. Di; mas bajo, por si escucha
Tal vez alguno.
Luis. Oye pues.

ESCENA V.

DOÑA ANA Y DON LUIS, A LA REJA DERECHA; DON JUAN Y CIUTTI, EN LA CALLE IZQUIERDA.

Ciut. Señor, por mi vida, que es
Vuestra suerte buena y mucha.
Juan. Ciutti, nadie como yo:
Ya viste cuán fácilmente
El buen alcaide prudente
Se avino y suelta me dió.
Mas no hay ya en ello que hablar:
¿Mis encargos has cumplido?
Ciut. Todos los he concluido
Mejor que pude esperar.
Juan. ¿La beata?...
Ciut. Esta es la llave
De la puerta del jardin,
Que habrá que escalar al fin,
Pues como usarced ya sabe
Las tapias de ese convento
No tienen entrada alguna.
Juan. ¿Y te dió carta?
Ciut. Ninguna;
Me dijo que aquí al momento
Iba á salir de camino;
Que al convento se volvia,
Y que con vos hablaria.
Juan. Mejor es.
Ciut. Lo mismo opino.
Juan. ¿Y los caballos?
Ciut. Con silla
Y freno los tengo ya.
Juan. ¿Y la gente?
Ciut. Cerca está.
Juan. Bien, Ciutti; mientras Sevilla
Tranquila en sueño reposa
Creyéndome encarcelado,
Otros dos nombres añado
A mi lista numerosa.
¡Já! ¡já!
Ciut. Señor.
Juan. ¿Qué?
Ciut. Callad.
Juan. ¿Qué hay, Ciutti?
Ciut. Al doblar la esquina
En esa reja vecina
He visto un hombre.
Juan. Es verdad;
Pues ahora sí que es mejor
El lance: ¿y si es ese?
Ciut. ¿Quién?
Juan. Don Luis.
Ciut. Imposible.
Juan. ¡Toma!
¿No estoy yo aquí?
Ciut. Diferencia
Va de él á vos.
Juan. Evidencia
Lo creo, Ciutti; allí asoma
Tras de la reja una dama.
Ciut. Una criada tal vez.
Juan. Preciso es verlo, pardiez,
No perdamos lance y fama.
Mira, Ciutti: á fuer de ronda
Tú con varios de los mios

Por esa calle escurríos
Dando vuelta á la redonda
A la casa.
Ciut. Y en tal caso
Cerrará ella.
Juan. Pues con eso
Ella ignorante y él preso
Nos dejarán franco el paso.
Ciut. Decís bien.
Juan. Corre, y atájale,
Que en ello el vencer consiste.
Ciut. ¿Mas si el truan se resiste?
Juan. Entonces de un tajo, rájale.

ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA ANA, DON LUIS.

Luis. ¿Me das pues tu asentimiento?
Ana. Consiento.
Luis. ¿Complácesme de ese modo?
Ana. En todo.
Luis. Pues te velaré hasta el dia.
Ana. Sí, Mejia.
Luis. Páguete el cielo, Ana mia,
Satisfaccion tan entera.
Ana. Porque me juzgues sincera,
Consiento en todo, Mejía.
Luis. Volveré pues otra vez.
Ana. Si, á las diez.
Luis. ¿Me aguardarás, Ana?
Ana. Sí.
Luis. Aquí.
Ana. ¿Y tú estarás puntual, eh?
Luis. Estaré.
Ana. La llave pues te daré.
Luis. Y dentro yo de tu casa,
Venga Tenorio.
Ana. Alguien pasa;
A las diez.
Luis. *Aqui estaré.*

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS.

Luis. Mas se acercan. ¿Quién va allá?
Juan. Quien va.
Luis. De quien va así ¿qué se infiere?
Juan. Que quiere.
Luis. ¿Ver si la lengua le arranco?
Juan. El paso franco.
Luis. Guardado está.
Juan. ¿Y soy yo manco?
Luis. Pidiéraislo en cortesía.
Juan. ¿Y á quién?
Luis. A Don Luis Mejía.
Juan. *Quien va, quiere el paso franco.*
Luis. ¿Conocéisme?
Juan. Sí.
Luis. ¿Y yo á vos?
Juan. Los dos.
Luis. ¿Y en qué estriba el estorballe?
Juan. En la calle.
Luis. ¿De ella los dos por ser amos?
Juan. Estamos.
Luis. Dos hay no mas que podamos
Necesitarle á la vez.
Juan. Lo sé.
Luis. ¡Sois Don Juan!
Juan. ¡Pardiez!
Los dos ya en la calle estamos.
Luis. ¿No os prendieron?
Juan. Como á vos.
Luis. ¡Vive Dios!
¿Y huísteis?
Juan. Os imité:
¿Y qué?
Luis. Que perdereis.
Juan. No sabemos.
Luis. Lo verémos.
Juan La dama entrambos tenemos
Sitiada y estais cogido.
Luis. Tiempo hay.
Juan. Para vos perdido.
Luis. *¡Vive Dios que lo verémos!*
(*Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.*)
Juan. Señor Don Luis, vedlo pues.
Luis. Traicion es.
Juan. La boca... (*A los suyos, que se la tapan á Don Luis.*)
Luis. ¡Oh!
Juan. (*Le sujetan los brazos.*) Sujeto atrás:
Mas.
La empresa es, señor Mejía,
Como mia.
Encerrádmele hasta el dia. (*A los suyos.*)
La apuesta está ya en mi mano. (*A Don Luis.*)
A Dios, Don Luis: si os la gano
Traicion es; mas como mia.

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Buen lance ¡viven los cielos!
Estos son los que dan fama:
Mientras le soplo la dama
Él se arrancará los pelos
Encerrado en mi bodega.
¿Y ella...? Cuando crea hallarse

Con él... ¡já! ¡já...! Oh, y quejarse
No puede; limpio se juega.
A la cárcel le llevé
Y salió: llevóme á mí
Y salí: hallarnos aquí
Era fuerza... ya se ve,
Su parte en la grave apuesta
Defendia cada cual.
Mas con la suerte está mal
Mejía, y tambien pierde esta.
Sin embargo, y por si acaso,
No es demás asegurarse
De Lucia, á desgraciarse
No vaya por poco el paso.
Mas por allí un bulto negro
Se aproxima... y á mi ver
Es el bulto una muger.
¿Otra aventura? Me alegro.

ESCENA IX.

DON JUAN, BRIGIDA.

Brig. ¿Caballero?
Juan. ¿Quién va allá?
Brig. ¿Sois Don Juan?
Juan. ¡Por vida de...!
¡Si es la beata! ¡y á fe
Que la habia olvidado ya!
Llegaos; Don Juan soy yo.
Brig. ¿Estais solo?
Juan. Con el diablo.
Brig. ¡Jesucristo!
Juan. Por vos lo hablo.
Brig. ¿Soy yo el diablo?
Juan. Créolo.
Brig. ¡Vaya! Qué cosas teneis:
Vos sí que sois un diablillo...
Juan. Que te llenará el bolsillo
Si le sirves.
Brig. Lo vereis.
Juan. Descarga pues ese pecho.
¿Qué hiciste?
Brig. Cuanto me ha dicho
Vuestro paje..., y qué mal bicho
Es ese Ciutti.
Juan. ¿Qué ha hecho?
Brig. ¡Gran bribon!
Juan. ¿No os ha entregado
Un bolsillo y un papel?
Brig. Leyendo estará ahora en él
Doña Inés.
Juan. ¿La has preparado?
Brig. Vaya; y os la he convencido
Con tal maña y de manera,
Que irá como una cordera
Tras vos.
Juan. ¡Tan fácil te ha sido!
Brig. ¡Bah! pobre garza enjaulada:
Dentro la jaula nacida,
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
De que se puede ufanar?
No cuenta la pobrecilla
Diez y siete primaveras,
Y aun vírgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca concibió la dicha
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde su infancia
Con cauteloso rigor.
Y tantos años monótonos
De soledad y convento
Tenian su pensamiento
Ceñido á punto tan ruin,
A tan reducido espacio,
Y á círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.
« Aquí está Dios, » la dijeron;
Y ella dijo: « Aquí le adoro. »
« Aquí está el claustro y el coro. »
Y pensó: « No hay mas allá. »
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasó diez y siete abriles
Sin conocerlo quizá.
Juan. ¿Y está hermosa?
Brig. ¡Oh! como un ángel.
Juan. ¿Y la has dicho...
Brig. Figuraos
Si habré metido mal caos
En su cabeza, Don Juan.
La hablé del amor, del mundo,
De la corte y los placeres,
De cúanto con las mujeres
Erais pródigo y galan.
La dije que erais el hombre
Por su padre destinado
Para suyo: os he pintado
Muerto por ella de amor,
Desesperado por ella,
Y por ella perseguido
Y por ella decidido
A perder vida y honor.
En fin, mis dulces palabras
Al posarse en sus oidos
Sus deseos mal dormidos
Arrastraron de sí en pós;
Y allá dentro de su pecho
Han inflamado una llama
De fuerza tal, que ya os ama
Y no piensa mas que en vos.

Juan. Tan incentiva pintura
Los sentidos me enajena,
Y el alma ardiente me llena
De su insensata pasion.
Empezó por una apuesta,
Siguió por un devaneo,
Engendró luego un deseo,
Y hoy me quema el corazon.
Poco es el centro de un claustro;
¡Al mismo infierno bajara,
Y á estocadas la arrancara
De los brazos de Satan!
¡Oh! hermosa flor, cuyo caliz
Al rocío aun no se ha abierto,
A trasplantarte va al huerto
De sus amores Don Juan.
¿Brigida?
Brig. Os estoy oyendo
Y me haceis perder el tino:
Yo os creía un libertino
Sin alma y sin corazon.
Juan. ¿Eso estrañas? ¿No está claro
Que en un objeto tan noble
Hay que interesarse doble
Que en otros?
Brig. Teneis razon.
Juan. ¿Con que á qué hora se recogen
Las madres?
Brig. Ya recogidas
Estarán. ¿Vos prevenidas
Todas las cosas teneis?
Juan. Todas.
Brig. Pues luego que doblen
A las ánimas, con tiento
Saltando al huerto, al convento
Fácilmente entrar podeis
Con la llave que os he enviado:
De un claustro oscuro y estrecho
Es, seguidle bien derecho,
Y dareis con poco afan
En nuestra celda.
Juan. Y si acierto
A robar tan gran tesoro,
Te he de hacer pesar en oro.
Brig. Por mí no queda, Don Juan.
Juan. Ve y aguárdame.
Brig. Voy pues
A entrar por la portería,
Y á cegar á Sor María
La tornera. Hasta depues.
Vase Brigida, y un poco antes de concluir esta escena sale Ciutti, que se para en el fondo esperando.

ESCENA X.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan. Pues, señor, ¡soberbio embite!
Muchas hice hasta esta hora,
Mas por Dios que la de ahora
Será tal que me acredite.
Mas ya veo que me espera
Ciutti. Lebrel. (*Llamándole.*)
Ciut. Aquí estoy.
Juan. ¿Y don Luis?
Ciut. Libre por hoy
Estais de él.
Juan. Ahora quisiera
Ver á Lucia.
Ciut. Llegar
Podeis aquí. (*A la reja derecha.*) Yo la llamo.
Y al salir á mi reclamo
La podeis vos abordar.
Juan. Llama pues.
Ciut. La seña mia
Sabe bien para que dude
En acudír.
Juan. Pues si acude,
Lo demas es cuenta mia.
(*Ciutti llama á la reja con una seña que parezca convenida. Lucia se asoma á ella, y al ver á Don Juan se detiene un momento.*)

ESCENA XI.

DON JUAN, LUCIA, CIUTTI.

Lucia. ¿Qué quereis, buen caballero?
Juan. Quiero.
Lucia. ¿Qué quereis? Vamos á ver.
Juan. Ver.
Lucia. ¿Ver? ¿Qué vereis á esta hora?
Juan. A tu señora.
Lucia. Idos, hidalgo, en mal hora;
¿Quien pensais que vive aquí?
Juan. Doña Ana Pantoja, y
Quiero ver á tu señora.
Lucia. ¿Sabeis que casa doña Ana?
Juan. Sí, mañana.
Lucia. ¿Y ha de ser tan infiel ya?
Juan. Sí será.
Lucia. ¿Pues no es de Don Luis Mejía?
Juan ¡Cá! otro dia.
Hoy no es mañana, Lucia;
Yo he de estar hoy con Doña Ana,
Y si se casa mañana,
Mañana será otro dia.
Lucia. ¡Ah! ¿en recibiros está?
Juan. Podrá.
Lucia. ¿Qué haré si os he de servir?

Juan. Abrir.
Lucia. ¡ Bah! ¿Y quién abre este castillo?
Juan. Ese bolsillo.
Lucia. ¿Oro?
Juan. Pronto te dió el brillo.
Lucia. ¡Cuanto!
Juan. De cien doblas pasa.
Lucia. ¡Jesus!
Juan. Cuenta y di: ¿esta casa
Podrá abrir ese bolsillo?
Lucia. ¡Oh! si es quien me dora el pico...
Juan. Muy rico. (*Interrumpiéndola.*)
Lucia. ¡Sí? ¿qué nombre usa el galan?
Juan. Don Juan.
Lucia. ¿Sin apellido notorio?
Juan. Tenorio.
Lucia. ¡Animas del purgatorio!
¿Vos Don Juan?
Juan. ¿Que te amedrenta,
Si á tus ojos se presenta
Muy rico Don Juan Tenorio?
Lucia. Rechina la cerradura.
Juan. Se asegura.
Lucia. ¿Y á mí quién? ¡Por Belcebú!
Juan. Tú.
Lucia. ¿Y qué me abrirá el camino?
Juan. Buen tino.
Lucia. ¡Bah! ir en brazos del destino...
Juan. Dobla el oro.
Lucia. Me acomodo.
Juan. Pues mira como de todo
Se asegura tu buen tino.
Lucia. Dadme algun tiempo, pardiez.
Juan. A las diez.
Lucia. ¿Dónde os busco, ó vos á mí?
Juan. Aquí.
Lucia. ¿Con que estaréis puntual, eh?
Juan. Estaré.
Lucia. Pues yo una llave os traeré.
Juan. Y yo otra igual cantidad.
Lucia. No me falteis.
Juan. No en verdad;
A las diez aquí estaré.
A Dios pues, y en mí te fia.
Lucia. Y en mí el garboso galan.
Juan. A Dios pues, franca Lucía.
Lucia. A Dios pues, rico Don Juan.
(*Lucia cierra la ventana. Ciutti se acerca á Don Juan á una seña de este.*)

ESCENA XII.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan, riéndose. Con oro nada hay que falle:
Ciutti, ya sabes mi intento;
A las nueve en el convento,
A las diez en esta calle. (*Vanse.*)

ACTO TERCERO.

PROFANACION.

Celda de Doña Inés. Puerta en el fondo y a la izquierda.

—

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, LA ABADESA.

Abad. ¿Con que me habeis entendido?
Inés. Sí, señora.
Abad. Está muy bien;
La voluntad decisiva
De vuestro padre tal es.
Sois jóven, cándida, y buena;
Vivido en el claustro habeis
Casi desde que nacísteis;
Y para quedar en él
Atada con santos votos
Para siempre, ni aun teneis
Como otras pruebas difíciles
Ni penitencias que hacer.
Dichosa mil veces vos;
Dichosa, sí, Doña Inés,
Que no conociendo el mundo
No le debeis de temer.
¡Dichosa vos, que de el claustro
Al pisar en el dintel
No os volvereis á mirar
Lo que tras vos dejareis!
Y los mundanos recuerdos
Del bullicio y del placer
No os turbarán tentadores
Del ara santa á los piés;
Pues ignorando lo que hay
Tras esa santa pared,
Lo que tras ella se queda
Jamás apetecereis.
Mansa paloma enseñada
En las palmas á comer
Del dueño que la ha criado
En doméstico vergel,
No habiendo salido nunca
De la protectora red,
No ansiareis nunca las alas
Por el espacio tender.
Lirio gentil, cuyo tallo
Mecieron solo tal vez
Las embalsamadas brisas
Del mas florecido mes,
Aquí á los besos del aura
Vuestro caliz abrireis,
Y aquí vendrán vuestras hojas
Tranquilamente á caer.
Y en el pedazo de tierra
Que abarca nuestra estrechez,
Y en el pedazo de cielo

Que por las rejas se ve,
Vos no vereis mas que un lecho
Do en dulce sueño yacer,
Y un velo azul suspendido
A las puertas del Edén.
¡Ay! en verdad que os envidio,
Venturosa Doña Inés,
Con vuestra inocente vida
La virtud del no saber.
¿Mas porqué estais cabizbaja?
¿Porqué no me respondeis
Como otras veces alegre
Cuando en lo mismo os hablé?
¿Suspirais?... ¡Oh! ya comprendo:
De vuelta aquí hasta no ver
A vuestra aya estais inquieta,
Pero nada receleis.
A casa de vuestro padre
Fué casi al anochecer,
Y abajo en la portería
Estará: yo os la enviaré,
Que estoy de vela esta noche.
Con que, vamos, Doña Inés,
Recogeos, que ya es hora:
Mal ejemplo no me deis
A las novicias, que há tiempo
Que duermen ya: hasta despues.
Inés. Id con Dios, madre abadesa.
Abad. A Dios, hija.

ESCENA II.

DOÑA INÉS.

Ya se fué.
No sé qué tengo, ¡ay de mi!
Que en tumultuoso tropel
Mil encontradas ideas
Me combaten á la vez.
Otras noches complacida
Sus palabras escuché;
Y de esos cuadros tranquilos
Que sabe pintar tan bien
De esos placeres domésticos,
La dichosa sencillez
Y la calma venturosa,
Me hicieron apetecer
La soledad de los claustros
Y su santa rigidez.
Mas hoy la oí distraida,
Y en sus pláticas hallé,
Sino enojosos discursos,
A lo menos aridez.
Y no sé porqué al decirme
Que podria acontecer
Que se acelerase el dia
De mi profesion, temblé;
Y sentí del corazon
Acelerarse el vaiven,
Y teñírseme el semblante
De amarilla palidez.
¡Ay de mí...! ¡pero mi dueña
Dónde estará...! Esa mujer
Con sus pláticas al cabo
Me entretiene alguna vez.
Y hoy la echo menos... acaso
Porque la voy á perder,
Que en profesando es preciso
Renunciar á cuanto amé.
Mas pasos siento en el claustro;
¡Oh! reconozco muy bien
Sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, BRIGIDA.

Brig. Buenas noches, Doña Inés.
Inés. ¿Cómo habeis tardado tanto?
Brig. Voy á cerrar esta puerta.
Inés. Hay órden de que esté abierta.
Brig. Eso es muy bueno y muy santo
Para las otras novicias
Que han de consagrarse á Dios,
No, Doña Inés, para vos.
Inés. Brigida, no ves que vicias
Las reglas del monasterio
Que no permiten...
Brig. ¡Bah! ¡bah!
Mas seguro así se está,
Y así se habla sin misterio
Ni estorbos: ¿habeis mirado
El libro que os he traido?
Inés. Ay, se me habia olvidado.
Brig. ¡Pues me hace gracia el olvido!
Inés. ¡Como la madre abadesa
Se entró aquí inmediatamente!
Brig. ¡Vieja mas impertinente!
Inés. ¿Pues tanto el libro interesa?
Brig. Vaya si interesa, mucho.
¡Pues quedó con poco afan
El infeliz!
Inés. ¿Quién?
Brig. Don Juan.
Inés. ¡Válgame el cielo! ¡qué escucho!
¿Es Don Juan quien me le envia?
Brig. Por supuesto.
Inés. ¡Oh! yo no debo
Tomarle.
Brig. ¡Pobre mancebo!
Desairarle así, sería
Matarle.
Inés. ¿Qué estás diciendo?
Brig. Si ese horario no tomais,
Tal pesadumbre le dais
Que va á enfermar, lo estoy viendo.

Inés. Ah, no, no: de esa manera
Le tomaré.
Brig. Bien hareis.
Inés. ¡Y qué bonito es!
Brig. Ya veis;
Quien quiere agradar se esmera.
Inés. Con sus manecillas de oro.
¡Y cuidado que está prieto!
A ver, á ver si completo
Contiene el rezo del coro.
(*Le abre, y cae una carta de entre sus hojas.*)
Mas ¿qué cayó?
Brig. Un papelito.
Inés. ¡Una carta!
Brig. Claro está;
En esa carta os vendrá
Ofreciendo el regalito.
Inés. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?
Brig. ¡Vaya, que sois inocente!
Pues que os feria, es consiguiente
Que la carta será de él.
Inés. ¡Ay Jesus!
Brig. ¿Qué es lo que os da?
Inés. Nada, Brigida, no es nada.
Brig. No, no; si estais inmutada:
(Ya presa en la red está.)
¿Se os pasa?
Inés. Sí.
Brig. Eso habrá sido
Cualquier mareillo vano.
Inés. Ay, se me abrasa la mano
Con que el papel he cogido.
Brig. Doña Inés, válgame Dios,
Jamás os he visto así:
Estais trémula.
Inés. ¡Ay de mí!
Brig. ¿Qué es lo que pasa por vos?
Inés. No sé... El campo de mi mente
Siento que cruzan perdidas
Mil sombras desconocidas
Que me inquietan vagamente;
Y há tiempo al alma me dan
Con su agitacion tortura.
Brig. ¿Tiene alguna por ventura
El semblante de Don Juan?
Inés. No sé: desde que le ví,
Brigida mia, y su nombre
Me dijiste, tengo á ese hombre
Siempre delante de mí.
Por do quiera me distraigo
Con su agradable recuerdo,
Y si un instante le pierdo,
En su recuerdo recaigo.
No sé qué fascinacion
En mis sentidos ejerce,
Que siempre hácia él se me tuerce
La mente y el corazon:
Y aquí y en el oratorio,
Y en todas partes advierto
Que el pensamiento divierto
Con la imágen de Tenorio.
Brig. ¡Válgame Dios! Doña Inés,
Segun lo vais esplicando,
Tentaciones me van dando
De creer que eso amor es.
Inés. ¡Amor has dicho!
Brig. Sí, amor.
Inés. No, de ninguna manera.
Brig. Pues por amor lo entendiera
El menos entendedor;
Mas vamos la carta á ver:
¿En qué os parais? ¿un suspiro?
Inés. ¡Ay! que cuanto mas la miro
Menos me atrevo á leer.
(*Lee.*) «Doña Inés del alma mia.»
¡Vírgen Santa, qué principio!
Brig. Vendrá en verso, y será un ripio
Que traerá la poesía.
Vamos, seguid adelante.
Inés, lee. «Luz de donde el sol la toma,
»Hermosísima paloma
»Privada de libertad,
»Si os dignais por estas letras
»Pasar vuestros lindos ojos,
»No los torneis con enojos
»Sin concluir, acabad.»
Brig. ¡Qué humildad! ¡y qué finura!
¡Dónde hay mayor rendimiento!
Inés. Brigida, no sé qué siento.
Brig. Seguid, seguid la lectura.
Inés, lee. «Nuestros padres de consuno
»Nuestras bodas acordaron,
»Porque los cielos juntaron
»Los destinos de los dos.
»Y halagado desde entonces
»Con tan risueña esperanza,
»Mi alma, Doña Inés, no alcanza
»Otro porvenir que vos.
»De amor con ella en mi pecho
»Brotó una chispa ligera,
»Que han convertido en hoguera
»Tiempo y aficion tenaz.
»Y esta llama que en mí mismo
»Se alimenta inestinguible,
»Cada dia mas terrible
»Va creciendo y mas voraz.»
Brig. Es claro; esperar le hicieron
En vuestro amor algun dia,
Y hondas raices tenia
Cuando á arrancársele fueron.
Seguid.
Inés, lee. «En vano á apagarla
»Concurren tiempo y ausencia,
»Que doblando su violencia
»No hoguera ya, volcan es.

»Y yo que en medio del cráter
»Desamparado batallo,
»Suspendido en él me hallo
»Entre mi tumba y mi Inés.»
Brig. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario
Le despreciais, al instante
Le preparan el sudario.
Inés. Yo desfallezco.
Brig. Adelante.
Inés, lee. «Inés, alma de mi alma,
»Perpetuo iman de mi vida,
»Perla sin concha escondida
»Entre las algas del mar;
»Garza que nunca del nido
»Tender osastes el vuelo
»El diáfano azul del cielo
»Para aprender á cruzar;
»Si es que á través de esos muros
»El mundo apenada miras
»Y por el mundo suspiras
»De libertad con afan,
»Acuérdate que al pié mismo
»De esos muros que te guardan
»Para salvarte te aguardan
»Los brazos de tu Don Juan.»
(*Representa.*) ¿Qué es lo que me pasa,
¡cielo!
Que me estoy viendo morir?
Brig. (Ya tragó todo el anzuelo.)
Vamos, que está al concluir.
Inés, lee. «Acuérdate de quien llora
»Al pié de tu celosía,
»Y allí le sorprende el dia
»Y le halla la noche allí;
»Acuérdate de quien vive
»Solo por tí, ¡vida mia!
»Y que á tus piés volaria
»Si le llamaras á tí.»
Brig. ¿Lo veis? vendria.
Inés. ¡Vendria!
Brig. A postrarse á vuestros piés.
Inés. ¿Puede?
Brig. ¡Oh! sí.
Inés. ¡Vírgen María!
Brig. Pero acabad, Doña Inés.
Inés, lee. «A Dios, oh luz de mis ojos;
»A Dios, Inés de mi alma:
»Medita por Dios en calma
»Las palabras que aquí van:
»Y si odias esa clausura,
»Que ser tu sepulcro debe,
»Manda, que á todo se atreve
»Por tu hermosura Don Juan.»
(*Representa Doña Inés.*)
¡Ay! ¿qué filtro envenenado
Me dan en este papel,
Que el corazon desgarrado
Me estoy sintiendo con él?
¿Qué sentimientos dormidos
Son los que revela en mí?
¡Qué impulsos jamás sentidos!
¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?
¿Qué es lo que engendra en mi alma
Tan nuevo y profundo afan?
¿Quién roba la dulce calma
De mi corazon?
Brig. Don Juan.
Inés. ¡Don Juan dices...! ¿con que ese hombre
Me ha de seguir por do quier?
¿Solo he de escuchar su nombre?
¿Solo su sombra he de ver?
¡Ah! bien dice: juntó el cielo
Los destinos de los dos,
Y en mi alma engendró este anhelo
Fatal.
Brig. ¡Silencio por Dios!
(*Se oyen dar las ánimas.*)
Inés. ¿Qué?
Brig. Silencio.
Inés. Me estremezco.
Brig. ¿Oís, Doña Inés, tocar?
Inés. Sí, lo mismo que otras veces
Las ánimas oigo dar.
Brig. Pues no hableis de él.
Inés. ¡Cielo Santo!
¿De quién?
Brig. ¿De quién ha de ser?
De ese Don Juan que amais tanto,
Porque puede aparecer.
Inés. ¡Me amedrentas! ¿puede ese hombre
Llegar hasta aquí?
Brig. Quizá.
Porque el eco de su nombre
Tal vez llega adonde está.
Inés. ¡Cielos! ¿y podrá?...
Brig. Quién sabe.
Inés. ¿Es un espíritu, pues?
Brig. No, mas si tiene una llave...
Inés. ¡Dios!
Brig. Silencio, Doña Inés:
¿No oís pasos?
Inés. ¡Ay! ahora
Nada oigo.
Brig. Las nueve dan.
Suben... se acercan... Señora...
Ya está aquí.
Inés. Quién?
Brig. Él.
Inés. ¡Don Juan!

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, DON JUAN, BRIGIDA.

Inés. ¿Qué es esto? sueño... deliro.
Juan. ¡Inés de mi corazon!

Inés. ¿Es realidad lo que miro,
O es una fascinacion...?
Tenedme... apenas respiro...
Sombra. . huye por compasion.
¡Ay de mí... !
(*Desmáyase Doña Inés y Don Juan la sostiene. La carta de Don Juan queda en el suelo abandonada por Doña Inés al desmayarse.*)
Brig. La ha fascinado
Vuestra repentina entrada,
Y el pavor la ha trastornado.
Juan. Mejor, así nos ha ahorrado
La mitad de la jornada.
¡Ea! no desperdiciemos
El tiempo aquí en contemplarla
Si perdernos no queremos.
En los brazos á tomarla
Voy, y cuanto antes, ganemos
Ese claustro solitario.
Brig. ¡Oh, vais á sacarla asi!
Juan. Necia, ¿piensas que rompi
La clausura temerario
Para dejármela aquí!
Mi gente abajo me espera:
Sígueme.
Brig. ¡Sin alma estoy!
¡Ay! este hombre es una fiera,
Nada le ataja ni altera...
Sí, sí; á su sombra me voy.

ESCENA V.

LA ABADESA.

Jurara que habia oido
Por estos claustros andar:
Hoy á Doña Inés velar
Algo mas la he permitido,
Y me temo... Mas no están
Aquí. ¿Qué pudo ocurrir
A las dos para salir.
De la celda? ¿dónde irán?
¡Hola! yo las ataré
Corto para que no vuelvan
A enredar y me revuelvan
A las novicias... si á fe.
Mas siento por allá fuera
Pasos. ¿Quién es?

ESCENA VI.

LA ABADESA, LA TORNERA.

Torn. Yo, señora.
Abad. ¡Vos en el claustro á esta hora!
¿Qué es esto, hermana tornera?
Torn. Madre abadesa, os buscaba.
Abad. ¿Qué hay? decid.
Torn. Un noble anciano
Quiere hablaros.
Abad. Es en vano.
Torn. Dice que es de Calatrava
Caballero; que sus fueros
Le autorizan á este paso,
Y que la urgencia del caso
Le obliga al instante á veros.
Abad. ¿Dijo su nombre?
Torn. El señor
Don Gonzalo Ulloa.
Abad. ¿Qué
Puede querer...? Abralé,
Hermana: es comendador
De la órden, y derecho
Tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII.

LA ABADESA, DON GONZALO DESPUES.

Abad. ¿A una hora tan avanzada
Venir así...? no sospecho
Qué pueda ser... mas me place,
Pues no hallando á su hija aquí
La reprenderá, y así
Mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII.

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA, A LA PUERTA.

Gonz. Perdonad, madre abadesa,
Que en hora tal os moleste;
Mas para mí, asunto es este
Que honra y vida me interesa.
Abad. ¡Jesus!
Gonz. Oid.
Abad. Hablad pues.
Gonz. Yo guardé hasta hoy un tesoro
De mas quilates que el oro,
Y ese tesoro es mi Inés.
Abad. A propósito.
Gonz. Escuchad.
Se me acaba de decir
Que han visto á su dueña ir
Há poco por la ciudad
Hablando con el criado
De un Don Juan, de tal renombre
Que no hay en la tierra otro hombre
Tan audaz ni tan malvado.
En tiempo atrás se pensó
Con él á mi hija casar,
Y hoy que se la fuí á negar
Robármela me juró:
Que por el torpe doncel

Ganada la dueña está
No puedo dudarlo ya:
Debo pues guardarme de él.
Y un dia, un hora quizás
De imprevision le bastara
Para que mi honor manchara
Ese hijo de Satanás.
Hé aqui mi inquietud cuál es:
Por la dueña en conclusion
Vengo: vos la profesion
Abreviad de Doña Inés.
Abad. Sois padre, y es vuestro afan
Muy justo, comendador;
Mas ved que ofende á mi honor.
Gonz. No sabeis quién es Don Juan.
Abad. Aunque le pintais tan malo,
Yo os puedo decir de mí
Que mientra Inés esté aqui
Segura está, Don Gonzalo.
Gonz. Lo creo; mas las razones
Abreviemos: entregadme
A esa dueña y perdonadme
Mis mundanas opiniones.
Si vos de vuestra virtud
Me respondeis, yo me fundo
En que conozco del mundo
La insensata juventud.
Abad. Se hará como lo exigís.
Hermana tornera, id pues
A buscar á Doña Inés
Y á su dueña.
Gonz. ¿Qué decís,
Señora? ó traicion me ha hecho
Mi memoria, ó yo sé bien
Que esta es hora de que estén
Ambas á dos en su lecho.
Abad. Há un punto sentí á las dos
Salir de aquí, no sé á qué.
Gonz. ¡Ay! porqué tiemblo no sé,
¡Mas qué veo, Santo Dios!
Un papel... me lo decia
A voces mi mismo afan.
(*Leyendo.*) « Doña Inés del alma mia... »
Y la firma de Don Juan.
Ved... ved... esa prueba escrita.
Leed ahí... ¡Oh! mientras que vos
Por ella rogais á Dios.
Viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX.

LA ABADESA, DON GONZALO, LA TORNERA.

Torn. Señora...
Abad. ¿Qué es?
Torn. Vengo muerta.
Gonz. Concluid.
Torn. No acierto á hablar...
He visto á un hombre saltar
Por las tapias de la huerta.
Gonz. ¿Veis? corramos: ¡ay de mí!
Abad. ¿Dónde vais, comendador?
Gonz. ¡Imbécil! tras de mi honor,
Que os roban á vos de aqui.

ACTO CUARTO.

EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL CIELO.

Quinta de Don Juan Tenorio cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir. Balcon en el fondo. Dos puertas á cada lado.

—

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA, CIUTTI.

Brig. ¡Qué noche, válgame Dios!
A poderlo calcular
No me meto yo á servir
A tan fogoso galan.
¡Ay, Ciutti! molida estoy;
No me puedo menear.
Ciut. ¿Pues qué os duele?
Brig. Todo el cuerpo
Y toda el alma además.
Ciut. ¡Ya! no estais acostumbrada
Al caballo, es natural.
Brig. Mil veces pensé caer:
¡Uf! ¡qué mareo! ¡qué afan!
Veia yo unos tras otros
Ante mis ojos pasar
Los árboles como en alas
Llevados de un huracan,
Tan apriesa y produciéndome
Ilusion tan infernal
Que perdiera los sentidos
Si tardamos en parar.
Ciut. Pues de estas cosas vereis
Si en esta casa os quedais
Lo menos seis por semana.
Brig. ¡Jesus!
Ciut. ¿Y esa niña está
Reposando todavía?
Brig. ¿Y á qué se ha de despertar?
Ciut. Sí, es mejor que abra los ojos
En los brazos de Don Juan.
Brig. Preciso es que tu amo tenga
Algun diablo familiar.
Ciut. Yo creo que sea él mismo
Un diablo en carne mortal,
Porque á lo que él, solamente
Se arrojara Satanás.

Brig. ¡Oh! ¡el lance ha sido estremado!
Ciut. Pero al fin logrado está.
Brig. ¡Salir así de un convento
En medio de una ciudad
Como Sevilla!
Ciut. Es empresa
Tan solo para hombre tal.
Mas ¡qué diablos! si á su lado
La fortuna siempre va,
Y encadenado á sus piés
Duerme sumiso el azar.
Brig. Sí, decís bien.
Ciut. No he visto hombre
De corazon mas audaz;
Ni halla riesgo que le espante,
Ni encuentra dificultad
Que al empeñarse en vencer
Le haga un punto vacilar.
A todo osado se arroja,
De todo se ve capaz,
Ni mira dónde se mete,
Ni lo pregunta jamás.
Allí hay un lance, le dicen:
Y él dice: «Allá va Don Juan.»
¡Mas ya tarda, vive Dios!
Brig. Las doce en la catedral
Han dado há tiempo.
Ciut. Y de vuelta
Debia á las doce estar.
Brig. ¿Pero porqué no se vino
Con nosotros?
Ciut. Tiene allá
En la ciudad todavía
Cuatro cosas que arreglar.
Brig. ¿Para el viaje?
Ciut. Por supuesto;
Aunque muy fácil será
Que esta noche á los infiernos
Le hagan á él mismo viajar.
Brig. ¡Jesus, qué ideas!
Ciut. Pues digo,
¿Son obras de caridad
En las que nos empleamos
Para mejor esperar?
Aunque seguros estamos
Como vuelva por acá.
Brig. ¿De veras, Ciutti?
Ciut. Venid
A este balcon y mirad.
¿Qué veis?
Brig. Veo un bergantin
Que anclado en el rio está.
Ciut. Pues su patron solo aguarda
Las órdenes de Don Juan,
Y salvos en todo caso
A Italia nos llevará.
Brig. ¿Cierto?
Ciut. Y nada receleis
Por nuestra seguridad;
Que es el barco mas velero
Que boga sobre la mar.
Brig. ¡Chist! ya siento á Doña Inés.
Ciut. Pues yo me voy, que Don Juan
Encargó que sola vos
Debiais con ella hablar.
Brig. Y encargó bien, que yo entiendo
De esto.
Ciut. A Dios pues.
Brig. Vete en paz.

ESCENA II.

DOÑA INÉS, BRIGIDA.

Inés. Dios mio, ¡cuánto he soñado!
Loca estoy: ¿qué hora será?
¿Pero qué es esto, ay de mí?
No recuerdo que jamás
Haya visto este aposento.
¿Quién me trajo aquí?
Brig. Don Juan.
Inés. Siempre Don Juan... ¿mas conmigo
Aquí tu tambien estás,
Brigida?
Brig. Sí, Doña Inés.
Inés. Pero dime en caridad,
¿Dónde estamos? ¿Este cuarto
Es del convento?
Brig. No tal:
Aquello era un cuchitril
En donde no habia mas
Que miseria.
Inés. Pero en fin,
¿En dónde estamos?
Brig. Mirad,
Mirad por este balcon,
Y alcanzareis lo que va
Desde un convento de monjas
A una quinta de Don Juan.
Inés. ¿Es de Don Juan esta quinta?
Brig. Y creo que vuestra ya.
Inés. Pero no comprendo, Brigida,
Lo que me hablas.
Brig. Escuchad.
Estábais en el convento
Leyendo con mucho afan
Una carta de Don Juan,
Cuando estalló en un momento
Un incendio formidable.
Inés. ¡Jesus!
Brig. Espantoso, inmenso;
El humo era ya tan denso
Que el aire se hizo palpable.
Inés. Pues no recuerdo...
Brig. Las dos
Con la carta entretenidas,

Olvidamos nuestras vidas,
Yo oyendo, y leyendo vos.
Y estaba en verdad tan tierna,
Que entrambas á su lectura
Achacamos la tortura
Que sentíamos interna.
Apenas ya respirar
Podíamos, y las llamas
Prendian ya en nuestras camas:
Nos íbamos á asfixiar,
Cuando Don Juan, que os adora,
Y que rondaba el convento,
Al ver crecer con el viento
La llama devastadora,
Con inaudito valor
Viendo que ibais á abrasaros,
Se metió para salvaros
Por donde pudo mejor.
Vos al verle así asaltar
La celda tan de improviso
Os desmayásteis... preciso,
La cosa era de esperar.
Y él cuando os vió caer asi
En sus brazos os tomó
Y echó á huir; yo le seguí,
Y del fuego nos sacó.
¿Dónde íbamos á esta hora?
Vos seguíais desmayada,
Yo estaba ya casi ahogada.
Dijo pues: «Hasta la aurora
En mi casa las tendré.»
Y hénos, Doña Inés, aquí.
Inés. ¿Con que esta es su casa?
Brig. Sí.
Inés. Pues nada recuerdo á fe.
Pero... ¡en su casa...! Oh, al punto
Salgamos de ella... yo tengo
La de mi padre.
Brig. Convengo
Con vos; pero es el asunto...
Inés. ¿Qué?
Brig. Que no podemos ir.
Inés. Oir tal me maravilla.
Brig. Nos aparta de Sevilla...
Inés. ¿Quién?
Brig. Vedlo, el Guadalquivir.
Inés. ¿No estamos en la ciudad?
Brig. A una legua nos hallamos
De sus murallas.
Inés. ¡Oh! ¡estamos
Perdidas!
Brig. ¡No sé en verdad
Porqué!
Inés. Me estás confundiendo,
Brigida... y no sé qué redes
Son las que entre estas paredes
Temo que me estás tendiendo.
Nunca el claustro abandoné
Ni sé del mundo esterior
Los usos, mas tengo honor;
Noble soy, Brigida, y sé
Que la casa de Don Juan
No es buen sitio para mí:
Me lo está diciendo aquí
No sé qué escondido afan.
Ven, huyamos.
Brig. Doña Inés,
La existencia os ha salvado.
Inés. Sí, pero me ha envenenado
El corazon.
Brig. ¿Le amais pues?
Inés. No sé... mas por compasion
Huyamos pronto de ese hombre,
Tras de cuyo solo nombre
Se me escapa el corazon.
¡Ah! tú me diste un papel
De mano de ese hombre escrito,
Y algun encanto maldito
Me diste encerrado en él.
Una sola vez le vi
Por entre unas celosías,
Y que estaba me decias
En aquel sitio por mí.
Tú, Brigida, á todas horas
Me venias de él á hablar,
Haciéndome recordar
Sus gracias fascinadoras.
Tú me dijiste que estaba
Para mio destinado
Por mi padre... y me has jurado
En su nombre que me amaba.
¿Que le amo dices?... pues bien,
Si esto es amar, sí, le amo;
Pero yo sé que me infamo
Con esa pasion tambien.
Y si el débil corazon
Se me va tras de Don Juan,
Tirándome de él están
Mi honor y mi obligacion.
Vamos pues, vamos de aquí
Primero que ese hombre venga;
Pues fuerza acaso no tenga
Si le veo junto á mí.
Vamos, Brigida.
Brig. Esperad.
¿No oís?
Inés. ¿Qué?
Brig. Ruido de remos.
Inés. Sí, dices bien; volverémos
En un bote á la ciudad.
Brig. Mirad, mirad, Doña Inés.
Inés. Acaba... por Dios partamos.
Brig. Ya imposible que salgamos.
Inés. ¿Por qué razon?
Brig. Porque él es
Quien en ese barquichuelo

Se adelanta por el rio.
Inés. ¡Ay! ¡dadme fuerzas, Dios mio!
Brig. Ya llegó, ya está en el suelo.
Sus gentes nos volverán
A casa, mas antes de irnos
Es preciso despedirnos
A lo menos de Don Juan.
Inés. Sea, y vamos al instante.
No quiero volverle á ver.
Brig. (Los ojos te hará volver
El encontrarle delante.)
Vamos.
Inés. Vamos.
Ciutti, dentro. Aquí están.
Juan, idem. Alumbra.
Brig. ¡Nos busca!
Inés. Él es.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN.

Juan. ¿Adónde vais, Doña Inés?
Inés. Dejadme salir, Don Juan.
Juan. ¿Que os deje salir?
Brig. Señor,
Sabiendo ya el accidente
Del fuego, estará impaciente
Por su hija el comendador.
Juan. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado
Por Don Gonzalo, que ya
Dormir tranquilo le hará
El mensage que le he enviado.
Inés. ¿Le habeis dicho?...
Juan. Que os hallábais
Bajo mi amparo segura,
Y el aura del campo pura
Libre por fin respirábais.
¡Cálmate pues, vida mia!
Reposa aquí; y un momento
Olvida de tu convento
La triste cárcel sombría.
¡Ah! ¿No es cierto, ángel del amor,
Que en esta apartada orilla
Mas pura la luna brilla
Y se respira mejor?
Esta aura que vaga llena
De los sencillos olores
De las campesinas flores
Que brota esa orilla amena;
Esa agua limpia y serena
Que atraviesa sin temor
La barca del pescador.
Que espera cantando al dia,
¿No es cierto, paloma mia,
Que están respirando amor?
Esa armonía que el viento
Recoge entre esos millares
De floridos olivares,
Que agita con manso aliento;
Ese dulcísimo acento
Con que trina el ruiseñor
De sus copas morador
Llamando al cercano dia,
¿No es verdad, gacela mia,
Que están respirando amor?
Y estas palabras que están
Filtrando insensiblemente
Tu corazon ya pendiente
De los labios de Don Juan,
Y cuyas ideas van
Inflamando en su interior
Un fuego germinador
No encendido todavía,
¿No es verdad, estrella mia,
Que están respirando amor?
Y esas dos líquidas perlas
Que se desprenden tranquilas
De tus radiantes pupilas
Convidándome á beberlas
Evaporarse á no verlas
De sí mismas al calor,
Y ese encendido color
Que en tu semblante no habia,
¿No es verdad, hermosa mia,
Que están respirando amor?
¡Oh! sí, bellísima Inés,
Espejo y luz de mis ojos;
Escucharme sin enojos,
Como lo haces, amor es:
Mira aquí á tus plantas pues
Todo el altivo rigor
De este corazon traidor
Que rendirse no creía
Adorando, vida mia,
La esclavitud de tu amor.
Inés. Callad por Dios, ¡oh! Don Juan
Que no podré resistir
Mucho tiempo sin morir
Tan nunca sentido afan.
¡Ah! callad por compasion,
Que oyéndoos me parece
Que mi cerebro enloquece,
Y se arde mi corazon.
¿Ah! me habeis dado á beber
Un filtro infernal sin duda,
Que á rendiros os ayuda
La virtud de la mujer.
Tal vez poseeis, Don Juan,
Un misterioso amuleto
Que á vos me atrae en secreto
Como irresistible iman.
Tal vez Satan puso en vos
Su vista fascinadora,
Su palabra seductora,
Y el amor que negó á Dios.

¿Y qué he de hacer ¡ay de mí!
Sino caer en vuestros brazos,
Si el corazon en pedazos
Me vais robando de aquí?
No, Don Juan, en poder mio
Resistirte no está ya:
Yo voy á tí como va
Sorbido al mar ese rio.
Tu presencia me enajena,
Tus palabras me alucinan,
Y tus ojos me fascinan,
Y tu aliento me envenena.
¡Don Juan! ¡Don Juan! yo lo imploro
De tu hidalga compasion:
O arráncame el corazon,
O ámame, porque te adoro.
Juan. ¡Alma mia! esa palabra
Cambia de modo mi ser,
Que alcanzo que puede hacer
Hasta que el Edén se me abra.
No es, Doña Inés, Satanás
Quien pone este amor en mí;
Es Dios, que quiere por tí
Ganarme para *él* quizás.
No, el amor que hoy se atesora
En mi corazon mortal,
No es un amor terrenal
Como el que sentí hasta ahora,
No es esa chispa fugaz
Que cualquier ráfaga apaga;
Es incendio que se traga
Cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha pues tu inquietud,
Bellísima Doña Inés,
Porque me siento á tus piés
Capaz aun de la virtud.
Sí, iré mi orgullo á postrar
Ante el buen comendador,
Y ó habrá de darme tu amor,
O me tendrá que matar.
Inés. ¡Don Juan de mi corazon!
Juan. ¡Silencio! ¿habeis escuchado?
Inés. ¿Qué?
Juan. Sí, una barca ha atracado
Debajo de ese balcon.
Un hombre embozado de ella
Salta... Brígida, al momento
Pasad á ese otro aposento,
Y perdonad, Inés bella,
Si solo me importa estar.
Inés. ¿Tardarás?
Juan. Poco ha de ser.
Inés. A mi padre hemos de ver.
Juan. Sí, en cuanto empiece á clarear.
A Dios.

ESCENA IV.

DON JUAN, CIUTTI.

Ciut. Señor.
Juan. ¿Que sucede,
Ciutti?
Ciut. Ahí está un embozado
En veros muy empeñado.
Juan. ¿Quién es?
Ciut. Dice que no puede
Descubrirse mas que á vos,
Y que es cosa de tal priesa
Que en ella se os interesa
La vida á entrambos á dos.
Juan. ¿Y en él no has reconocido
Marca ni señal alguna
Que nos oriente?
Ciut. Ninguna;
Mas á veros decidido
Viene.
Juan. ¿Trae gente?
Ciut. No mas
Que los remeros del bote.
Juan. Que entre.

ESCENA V.

DON JUAN. LUEGO CIUTTI Y DON LUIS EMBOZADO.

Juan. ¡Jugamos á escote
La vida...! mas ¿si es quizás
Un traidor que hasta mi quinta
Me viene siguiendo el paso?
Hálleme pues por si acaso
Con las armas en la cinta.
(*Se ciñe la espada y suspende al cinto un par de pistolas que habrá colocado sobre la mesa á su salida en la escena tercera. Al momento sale Ciutti conduciendo á Don Luis, que embozado hasta los ojos espera á que se queden solos. Don Juan hace á Ciutti una seña para que se retire. Lo hace.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. (Buen talante.) Bien venido,
Caballero.
Luis. Bien hallado,
Señor mio.
Juan. Sin cuidado
Hablad.
Luis. Jamás lo he tenido.
Juan. Decid pues: ¿á qué venís

A esta hora y con tal afan?
Luis. Vengo á mataros, Don Juan.
Juan. Segun eso sois Don Luis.
Luis. No os engañó el corazon,
Y el tiempo no malgastemos,
Don Juan: los dos no cabemos
Ya en la tierra.
Juan. En conclusion,
Señor Mejía, ¿es decir
Que porque os gané la apuesta
Quereis que acabe la fiesta
Con salirnos á batir?
Luis. Estais puesto en la razon:
La vida apostado habemos,
Y es fuerza que nos paguemos.
Juan. Soy de la misma opinion.
Mas ved que os debo advertir
Que sois vos quien la ha perdido.
Luis. Pues por eso os la he traido;
Mas no creo que morir
Deba nunca un caballero
Que lleva en el cinto espada
Como una res destinada
Por su dueño al matadero.
Juan. Ni yo creo que resquicio
Habreis jamás encontrado
Por donde me hayais tomado
Por un cortador de oficio.
Luis. De ningun modo; y ya veis
Que pues os vengo á buscar
Mucho en vos debo fiar.
Juan. No mas de lo que podeis.
Y por mostraros mejor
Mi generosa hidalguía,
Decid si aun puedo, Mejía,
Satisfacer vuestro honor.
Leal la apuesta os gané;
Mas si tanto os ha escocido,
Mirad si hallais conocido
Remedio, y le aplicaré.
Luis. No hay mas que el que os he propuesto,
Don Juan. Me habeis maniatado,
Y habeis la casa asaltado
Usurpándome mi puesto;
Y pues el mio tomásteis
Para triunfar de Doña Ana,
No sois vos, Don Juan, quien gana,
Porque por otro jugásteis.
Juan. Ardides del juego son.
Luis. Pues no os los quiero pasar,
Y por ellos á jugar
Vamos ahora el corazon.
Juan. ¿Le arriesgais pues en revancha
De Doña Ana de Pantoja?
Luis. Sí, y lo que tardo me enoja
En lavar tan fea mancha.
Don Juan, yo la amaba, sí;
Mas con lo que habeis osado
Imposible la hais dejado
Para vos y para mí.
Juan. ¿Porqué la apostásteis pues?
Luis. Porque no pude pensar
Que lo pudiérais lograr.
Y... vamos, por San Andrés,
A reñir, que me impaciento.
Juan. Bajemos á la ribera.
Luis. Aquí mismo.
Juan. Necio fuera:
¿No veis que en este aposento
Prendieran al vencedor?
Vos traeis una barquilla.
Luis. Sí.
Juan. Pues que lleve á Sevilla
Al que quede.
Luis. Eso es mejor;
Salgamos pues.
Juan. Esperad.
Luis. ¿Qué sucede?
Juan. Ruido siento.
Luis. Pues no perdamos momento.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS, CIUTTI.

Ciut. Señor, la vida salvad.
Juan. ¿Qué hay pues?
Ciut. El comendador,
Que llega con gente armada.
Juan. Déjale franca la entrada,
Pero á él solo.
Ciut. Mas señor...
Juan. Obedéceme. (*Vase Ciutti.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. Don Luis,
Pues de mí os habeis fiado
Cuanto dejais demostrado
Cuando á mi casa venís,
No dudaré en suplicaros,
Pues mi valor conoceis,
Que un instante me aguardeis.
Luis. Yo nunca puse reparos
En valor que es tan notorio,
Mas no me fio de vos.
Juan. Ved que las partes son dos
De la apuesta con Tenorio,
Y que ganadas están.
Luis. ¡Lográsteis á un tiempo...?
Juan. Sí:
La del convento está aquí:
Y pues viene de Don Juan

A reclamarla quien puede,
Cuando me podeis matar
No debo asunto dejar
Tras mí que pendiente quede.
Luis. Pero mirad que meter
Quien puede el lance impedir
Entre los dos puede ser...
Juan. ¿Qué?
Luis. Escusaros de reñir.
Juan. ¡Miserable...! de Don Juan
Podeis dudar solo vos:
Mas aquí entrad, vive Dios,
Y no tengais tanto afan
Por vengaros, que este asunto
Arreglado con ese hombre,
Don Luis, yo os juro á mi nombre
Que nos batimos al punto.
Luis. Pero...
Juan. ¡Con una legion
De diablos? entrad aquí;
Que harta nobleza es en mí
Aun daros satisfaccion.
Desde ahí ved y escuchad;
Franca teneis esa puerta.
Si veis mi conducta incierta
Como os acomode obrad.
Luis. Me avengo, si muy reacio
No andais.
Juan. Calculadlo vos
A placer: mas vive Dios
Que para todo hay espacio.
(*Entra Don Luis en el cuarto que Don Juan le señala.*)
Ya suben. (*Don Juan escucha.*)
Gonz., dentro. ¿Dónde está?
Juan. Él es.

ESCENA IX.

DON JUAN, DON GONZALO.

Gonz. ¿Adónde está ese traidor?
Juan. Aquí está, comendador.
Gonz. ¿De rodillas?
Juan. Y á tus piés.
Gonz. Vil eres hasta en tus crímenes.
Juan. Anciano, la lengua ten,
Y escúchame un solo instante.
Gonz. ¿Qué puede en tu lengua haber
Que borre lo que tu mano
Escribió en este papel?
¡Ir á sorprender ¡infame!
La cándida sencillez
De quien no pudo el veneno
De esas letras precaver!
¡Derramar en su alma vírgen
Traidoramente la hiel
En que rebosa la tuya
Seca de virtud y fe!
¡Proponerse así enlodar
De mis timbres la alta prez,
Como si fuera un harapo
Que desecha un mercader!
¿Ese es el valor, Tenorio,
De que blasonas? ¿Esa es
La proverbial osadía
Que te da al vulgo á temer?
¿Con viejos y con doncellas
La muestras...? y ¿para qué?
¡Vive Dios! para venir
Sus plantas así á lamer
Mostrándote á un tiempo ajeno
De valor y de honradez.
Juan. ¡Comendador!
Gonz. Miserable;
Tú has robado á mi hija Inés
De su convento, y yo vengo
Por tu vida, ó por mi bien.
Juan. Jamás delante de un hombre
Mi alta cerviz incliné,
Ni he suplicado jamás
Ni á mi padre ni á mi rey.
Y pues conservo á tus plantas
La postura en que me ves,
Considera, Don Gonzalo,
Que razon debo tener.
Gonz. Lo que tienes, es pavor
De mi justicia.
Juan. ¡Pardiez!
Oyeme, comendador,
O tenerme no sabré,
Y seré quien siempre he sido
No queriéndolo ahora ser.
Gonz. ¡Vive Dios!
Juan. Comendador,
Yo idolatro á Doña Inés,
Persuadido de que el cielo
Nos la quiso conceder
Para enderezar mis pasos
Por el sendero del bien.
No amé la hermosura en ella
Ni sus gracias adoré,
Lo que adoro es la virtud,
Don Gonzalo, en Doña Inés.
Lo que justicias ni obispos
No pudieron de mí hacer
Con cárceles y sermones,
Lo pudo su candidez.
Su amor me torna en otro hombre.
Regenerando mi ser,
Y ella puede hacer un ángel
De quien un demonio fué.
Escucha, pues, Don Gonzalo,
Lo que te puede ofrecer
El audaz Don Juan Tenorio
De rodillas á tus piés.

Yo seré esclavo de tu hija,
En tu casa viviré,
Tú gobernarás mi hacienda
Diciéndome *esto ha de ser.*
El tiempo que señalares
En reclusion estaré;
Cuantas pruebas exigieres
De mi audacia ó mi altivez,
Del modo que me ordenares
Con sumision te daré.
Y cuando estime tu juicio
Que la puedo merecer,
Yo la daré un buen esposo
Y ella me dará el Eden.
Gonz. Basta, Don Juan; no sé cómo
Me he podido contener
Oyendo tan torpes pruebas
De tu infame avilantez.
Don Juan, tú eres un cobarde
Cuando en la ocasion te ves,
Y no hay bajeza á que no oses
Como te saque con bien.
Juan. ¡Don Gonzalo!
Gonz. Y me avergüenzo
De mirarte así á mis piés,
Lo que apostabas por fuerza
Suplicando por merced.
Juan. Todo así se satisface,
Don Gonzalo, de una vez.
Gonz. ¡Nunca, nunca! ¿Tú su esposo?
Primero la mataré.
¡Ea! entrégamela al punto,
O sin poderme valer
En esa postura vil
El pecho te cruzaré.
Juan. Miralo bien, Don Gonzalo;
Que vas á hacerme perder
Con ella hasta la esperanza
De mi salvacion tal vez.
Gonz. ¿Y qué tengo yo, Don Juan,
Con tu salvacion que ver?
Juan. Comendador, que me pierdes.
Gonz. Mi hija.
Juan. Considera bien
Que por cuantos medios pude
Te quise satisfacer;
Y que con armas al cinto
Tus denuestos toleré
Proponiéndote la paz
De rodillas á tus piés.

ESCENA X.

DICHOS, DON LUIS, SOLTANDO UNA CARCAJADA DE BURLA.

Luis. Muy bien, Don Juan.
Juan. ¡Vive Dios!
Gonz. ¿Quién es ese hombre?
Luis. Un testigo
De su miedo, y un amigo,
Comendador, para vos.
Juan. ¡Don Luis!
Luis. Ya he visto bastante,
Don Juan, para conocer
Cuál uso puedes hacer
De tu valor arrogante;
Y quien hiere por detrás
Y se humilla en la ocasion,
Es tan vil como el ladron
Que roba y huye.
Juan. ¿Esto mas?
Luis. Y pues la ira soberana
De Dios, junta como ves
Al padre de Doña Inés
Y al vengador de Doña Ana,
Mira el fin que aquí te espera
Cuando á igual tiempo te alcanza,
Aquí dentro su venganza
Y la justicia allá fuera.
Gonz. ¡Oh! ahora comprendo... ¿sois vos
El que...
Luis. Soy Don Luis Mejia,
A quien á tiempo os envia
Por vuestra venganza Dios.
Juan. ¡Basta pues de tal suplicio!
Si con hacienda y honor
Ni os muestro ni doy valor
A mi franco sacrificio,
Y la leal solicitud
Con que ofrezco cuanto puedo
Tomais, vive Dios, por miedo
Y os mofais de mi virtud,
Os acepto el que me dais
Plazo breve y perentorio
Para mostrarme el Tenorio
De cuyo valor dudais.
Luis. Sea; y cae á nuestro piés!
Digno al menos de esa fama
Que por tan bravo te aclama.
Juan. Y venza el infierno pues.
Ulloa, pues mi alma así
Vuelves á hundir en el vicio,
Cuando Dios me llame á juicio
Tú responderás por mí. (*Le da un pistoletazo.*)
Gonz. ¡Asesino!
Juan. Y tú, insensato,
Que me llamas vil ladron,
Di en prueba de tu razon
Que cara á cara te mato.
(*Riñen, y le da una estocada.*)
Luis. ¡Jesus!
Juan. Tarde tu fe ciega
Acude al cielo, Mejía,
Y no fué por culpa mia;

Pero la justicia llega
Y á fe que ha de ver quién soy.
Ciut., dentro. Don Juan.
Juan, asomando al balcon. ¿Quién es?
Ciut., dentro. Por aquí;
Salvaos.
Juan. ¿Hay paso?
Ciut. Sí;
Arrojaos.
Juan. Allá voy.
Llamé al cielo y no me oyó,
Y pues sus puertas me cierra,
De mis pasos en la tierra
Responda el cielo, y no yo.
(*Se arroja por el balcon, y se le oye caer en el agua del rio, al mismo tiempo que el ruido de los remos muestra la rapidez del barco en que parte; se oyen golpes en las puertas de la habitacion; poco despues entra la justicia, soldados, etc.*)

ESCENA XI.

ALGUACILES, SOLDADOS; LUEGO DOÑA INÉS Y BRIGIDA.

Alg. 1°. El tiro ha sonado aquí.
Alg. 2°. Aun hay humo.
Alg. 1°. ¡Santo Dios!
Aquí hay un cadáver.
Alg. 2°. Dos.
Alg. 1°. ¿Y el matador?
Alg. 2°. Por allí.
(*Abren el cuarto en que están Doña Inés y Brígida, y las sacan á la escena; Doña Inés reconoce el cadáver de su padre.*)
Alg. 2°. ¡Dos mujeres!
Inés. ¡Ah, qué horror,
Padre mio!
Alg. 1°. ¡Es su hija!
Brig. Sí.
Inés. ¡Ay! ¿dó estas, Don Juan, que aquí
Me olvidas en tal dolor?
Alg. 1°. Él le asesinó.
Inés. ¡Dios mio!
¿Me guardabas esto mas?
Alg. 2°. Por aquí ese Satanás.
Se arrojó sin duda al rio.
Alg. 1°. Miradlos... á bordo están
Del bergantin calabrés.
Todos. Justicia por Doña Inés.
Inés. Pero no contra Don Juan.

SEGUNDA PARTE.

—

ACTO PRIMERO.

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

Panteon de la familia Tenorio. — El teatro representa un magnífico cementerio, hermoseado á manera de jardin. En primer término, aislados y de bulto, los sepulcros de Don Gonzalo de Ulloa, de Doña Inés y de Don Luis Mejía, sobre los cuales se ven sus estátuas de piedra. El sepulcro de Don Gonzalo á la derecha y su estátua de rodillas: el de Don Luis á la izquierda, y su estátua tambien de rodillas: el de Doña Inés en el centro, y su estátua de pié. En segundo término otros dos sepulcros en la forma que convenga; y en tercer término y en puesto elevado el sepulcro y estátua del fundador Don Diego Tenorio, en cuya figura remata la perspectiva de los sepulcros. Una pared llena de nichos y lápidas circuye el cuadro hasta el horizonte. Dos llorones á cada lado de la tumba de Doña Inés dispuestos á servir de la manera que á su tiempo exige el juego escénico. Cipreses y flores de todas clases embellecen la decoracion, que no debe tener nada de horrible. La accion se supone en una tranquila noche de verano, y alumbrada por una clarísima luna.

—

ESCENA PRIMERA.

EL ESCULTOR, DISPONIÉNDOSE A MARCHAR.

Pues, Señor, es cosa hecha:
El alma del buen Don Diego
Puede á mi ver con sosiego
Reposar muy satisfecha.
La obra está rematada
Con cuanta suntuosidad
Su postrera voluntad
Dejó al mundo encomendada.
Y ya quisieran ¡pardiez!
Todos los ricos que mueren
Que su voluntad cumplieren
Los vivos, como esta vez.
Mas ya de marcharme es hora:
Todo corriente lo dejo,
Y de Sevilla me alejo
Al despuntar de la aurora.
¡Ah! mármoles que mis manos
Pulieron con tanto afan,
Mañana os contemplarán
Los absortos sevillanos;
Y al mirar de este panteon
Las gigantes proporciones
Tendrán las generaciones
La nuestra en veneracion.
Mas yendo y viniendo dias
Se hundirán unas tras otras,
Mientra en pié estareis vosotras
Póstumas memorias mias.
¡Oh! frutos de mis desvelos,

Peñas á quien yo animé
Y por quienes arrostré
La intemperie de los cielos;
El que forma y ser os dió
Va ya á perderos de vista;
¡Velad mi gloria de artista,
Pues vivireis mas que yo!
Mas ¿quién llega?

ESCENA II.

EL ESCULTOR, DON JUAN, QUE ENTRA EMBOZADO.

Esc. Caballero...
Juan. Dios le guarde.
Esc. Perdonad,
Mas ya es tarde y...
Juan. Aguardad
Un instante, porque quiero
Que me espliqueis...
Esc. ¿Por acaso
Sois forastero?
Juan. Años há
Que falto de España ya,
Y me chocó el ver al paso
Cuando á esas verjas llegué
Que encontraba este recinto
Enteramente distinto
De cuando yo le dejé.
Esc. Yo lo creo; como que esto
Era entonces un palacio,
Y hoy es panteon el espacio
Donde aquel estuvo puesto.
Juan. ¡El palacio hecho panteon!
Esc. Tal fué de su antiguo dueño
La voluntad, y fué empeño
Que dió al mundo admiracion.
Juan. ¡Y por Dios que es de admirar!
Esc. Es una famosa historia,
A la cual debo mi gloria.
Juan. ¿Me la podreis relatar?
Esc. Sí; aunque muy sucintamente,
Pues me aguardan.
Juan. Sea.
Esc. Oid
La verdad pura.
Juan. Decid,
Que me teneis impaciente.
Esc. Pues habitó esta ciudad
Y este palacio heredado
Un varon muy estimado
Por su noble calidad.
Juan. Don Diego Tenorio.
Esc. El mismo.
Tuvo un hijo este Don Diego
Peor mil veces que el fuego,
Un aborto del abismo.
Un mozo sangriento y cruel,
Que con tierra y cielo en guerra
Dicen que nada en la tierra
Fué respetado por él.
Quimerista, seductor
Y jugador con ventura,
No hubo para él segura
Vida, ni hacienda, ni honor.
Así le pinta la historia,
Y si tal era, por cierto
Que obró cuerdamente el muerto
Para ganarse la gloria.
Juan. Pues ¿cómo obró?
Esc. Dejó entera
Su hacienda al que la empleara
En un panteon que asombrara
A la gente venidera.
Mas con condicion que dijo
Que se enterraran en él
Los que á la mano cruel
Sucumbieron de su hijo.
Y mirad en derredor
Los sepulcros de los mas
De ellos.
Juan. ¿Y vos sois quizás
El conserge?
Esc. El escultor
De estas obras encargado.
Juan. ¡Ah! ¿Y las habeis concluido?
Esc. Há un mes; mas me he detenido
Hasta ver ese enverjado
Colocado en su lugar;
Pues he querido impedir
Que pueda el vulgo venir
Este sitio á profanar.
Juan, mirando. ¡Bien empleó sus riquezas
El difunto!
Esc. ¡Yo lo creo!
Miradle allí.
Juan. Ya le veo.
Esc. ¿Le conocísteis?
Juan. Sí.
Esc. Piezas
Son todas muy parecidas
Y á conciencia trabajadas.
Juan. ¡Cierto que son estremadas!
Esc. ¿Os han sido conocidas
Las personas?
Juan. Todas ellas.
Esc. ¿Y os parecen bien?
Juan. Sin duda,
Segun lo que á ver me ayuda
El fulgor de las estrellas.
Esc. ¡Oh! se ven como de dia
Con esta luna tan clara.
Esta es mármol de Carrara.
(*Señalando á la de Don Luis.*)

Juan. ¡Buen busto es el de Mejía!
¡Hola! aquí el comendador
Se representa muy bien.
Esc. Yo quise poner tambien
La estátua del matador
Entre sus víctimas, pero
No pude á manos haber
Su retrato... Un Lucifer
Dicen que era el caballero
Don Juan Tenorio.
Juan. ¡Muy malo!
Mas como pudiera hablar
Le habia algo de abonar
La estátua de Don Gonzalo.
Esc. ¿Tambien habeis conocido
A Don Juan?
Juan. Mucho.
Esc. Don Diego
Le abandonó desde luego
Desheredándole.
Juan. Ha sido
Para Don Juan poco daño
Ese, porque la fortuna
Va tras él desde la cuna.
Esc. Dicen que ha muerto.
Juan. Es engaño:
Vive.
Esc. ¿Y dónde?
Juan. Aquí, en Sevilla.
Esc. ¿Y no teme que el furor
Popular...?
Juan. En su valor
No ha echado el miedo semilla.
Esc. Mas cuando vea el lugar
En que está ya convertido
El solar que suyo ha sido,
No osará en Sevilla estar.
Juan. Antes ver tendrá á fortuna
En su casa reunidas
Personas de él conocidas,
Puesto que no odia á ninguna.
Esc. ¿Creeis que ose aquí venir?
Juan. ¿Porqué no? pienso á mi ver
Que donde vino á nacer
Justo es que venga á morir.
Y pues le quitan su herencia
Para enterrar á estos bien,
A él es muy justo tambien
Que le entierren con decencia.
Esc. Solo á él le está prohibida
En este panteon la entrada.
Juan. Trae Don Juan muy buena espada,
Y no sé quién se la impida.
Esc. ¡Jesus! ¡tal profanacion!
Juan. Hombre es Don Juan que á querer
Volverá el palacio á hacer
Encima del panteon.
Esc. ¿Tan audaz ese hombre es
Que aun á los muertos se atreve?
Juan. ¿Qué respetos gastar debe
Con los que tendió á sus piés?
Esc. ¿Pero no tiene conciencia
Ni alma ese hombre?
Juan. Tal vez no,
Que al cielo una vez llamó
Con voces de penitencia,
Y el cielo en trance tan fuerte
Allí mismo le metió
Que á dos inocentes dió
Para salvarse la muerte.
Esc. ¡Qué monstruo, supremo Dios!
Juan. Podeis estar convencido
De que Dios no le ha querido.
Esc. Tal será.
Juan. Mejor que vos.
Esc. (¿Y quién será el que á Don Juan
Abona con tanto brio?)
Caballero, á pesar mio,
Como aguardándome están...
Juan. Idos pues en hora buena.
Esc. He de cerrar.
Juan. No cerreis,
Y marchaos.
Esc. ¿Mas no veis...
Juan. Veo una noche serena
Y un lugar que me acomoda
Para gozar su frescura,
Y aquí he de estar á mi holgura
Si pesa á Sevilla toda.
Esc. (¿Si acaso padecerá
De locura, desvaríos?)
Juan, dirigiéndose á las estátuas. Ya estoy aquí, amigos mios.
Esc. ¿No lo dije? loco está.
Juan. Mas cielos, ¡qué es lo que veo!
O es ilusion de mi vista,
O á Doña Inés el artista
Aquí representa creo.
Esc. Sin duda.
Juan. ¿Tambien murió?
Esc. Dicen que de sentimiento
Cuando de nuevo al convento
Abandonada volvió
Por Don Juan.
Juan. ¡Y yace aquí?
Esc. Sí.
Juan. ¿La vísteis muerta vos?
Esc. Sí.
Juan. ¿Cómo estaba?
Esc. ¡Por Dios
Que dormida la creí!
La muerte fué tan piadosa
Con su cándida hermosura,
Que la envió con la frescura
Y las tintas de la rosa.
Juan. ¡Ah! mal la muerte podria

Deshacer con torpe mano
El semblante soberano
Que un ángel envidiaria.
¡Cuán bella y cuán parecida
Su efigie en el mármol es!
¡Quién pudiera, Doña Inés,
Volver á darte la vida!
¿Es obra del cincel vuestro?
Esc. Como todas las demas.
Juan. Pues bien merece algo mas
Un retrato tan maestro.
Tomad.
Esc. ¿Qué me dais aquí?
Juan ¿No lo veis?
Esc. Mas... caballero...
¿Por qué razon...?
Juan. Porque quiero
Yo que os acordeis de mí.
Esc. Mirad que están bien pagadas.
Juan. Así lo estarán mejor.
Esc. Mas vamos de aquí, señor,
Que aun las llaves entregadas
No están, y al salir la aurora
Tengo que partir de aquí.
Juan. Entregádmelas á mí,
Y marchaos desde ahora.
Esc. ¿A vos?
Juan. A mí: ¿qué dudais?
Esc. Como no tengo el honor...
Juan. Ea, acabad, escultor.
Esc. Si el nombre al menos que usais
Supiera...
Juan. ¡Viven los cielos!
Dejad á Don Juan Tenorio
Velar el lecho mortuorio
En que duermen sus abuelos.
Esc. ¡Don Juan Tenorio!
Juan. Yo soy.
Y si no me satisfaces,
Compañía juro que haces
A tus estátuas desde hoy.
Esc., alargándole las llaves. Tomad.
(No quiero la piel
Dejar aquí entre sus manos.
Ahora que los sevillanos
Se las compongan con él.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN.

Mi buen padre empleó en esto
Entera la hacienda mia:
Hizo bien: yo al otro dia
La hubiera á una carta puesto.
No os podeis quejar de mí,
Vosotros á quien maté;
Si buena vida os quité,
Buena sepultura os dí.
¡Magnífica es en verdad
La idea del tal panteon!
Y... siento que el corazon
Me halaga esta soledad.
¡Hermosa noche...! ¡ay de mí!
¡Cuántas como esta tan puras
En infames aventuras
Desatinado perdí!
¡Cuántas al mismo fulgor
De esa luna trasparente
Arranqué á algun inocente
La existencia ó el honor!
Sí, despues de tantos años
Cuyos recuerdos espantan
Siento que en mí se levantan
Pensamientos en mí estraños.
¡Oh! acaso me los inspira
Desde el cielo en donde mora
Esa sombra protectora
Que por mi mal no respira.
(*Se dirige á la estátua de Doña Inés hablándola con respeto.*)
Mármol en quien Doña Inés
En cuerpo sin alma existe,
Deja que el alma de un triste
Llore un momento á tus piés.
De azares mil á través
Conservé tu imágen pura,
Y pues la mala ventura
Te asesinó de Don Juan,
Contempla con cuánto afan
Vendrá hoy á tu sepultura.
En tí nada mas pensó
Desde que se fué de tí;
Y desde que huyó de aquí
Solo en volver meditó.
Don Juan tan solo esperó
De Doña Inés su ventura,
Y hoy que pós de su hermosura
Vuelve el infeliz Don Juan,
Mira cuál será su afan
Al dar con tu sepultura.
Inocente Doña Inés,
Cuya hermosa juventud
Encerró en el ataud
Quien llorando está á tus piés;
Si de esa piedra á través
Puedes mirar la amargura
Del alma que tu hermosura
Adoró con tanto afan,
Prepara un lado á Don Juan
En tu misma sepultura.
Dios te crió por mi bien,
Por tí pense en la virtud,
Adoré su escelsitud,
Y anhelé su santo Edén.
Sí, aun hoy mismo en tí tambien

Mi esperanza se asegura,
Que oigo una voz que murmura
En derredor de Don Juan
Palabras con que su afan
Se calma en tu sepultura.
¡Oh Doña Inés de mi vida!
Si esa voz con quien deliro
Es el postrimer suspiro
De tu eterna despedida;
Si es que de tí desprendida
Llega esa voz á la altura
Y hay un Dios tras esa anchura
Por donde los astros van,
Dile que mire á Don Juan.
Llorando en tu sepultura.
(*Se apoya en el sepulcro ocultando el rostro; y mientras se conserva en esta postura, un vapor que se levanta del sepulcro oculta la estátua de Doña Inés. Cuando el vapor se desvanece, la estátua ha desaparecido. Don Juan sale de su enagenamiento.*)
Este mármol sepulcral
Adormece mi vigor,
Y sentir creo en redor
Un ser sobrenatural.
Mas... ¡Cielos! ¡el pedestal
No mantiene su escultura!
¿Qué es esto? ¿aquella figura.
Fué creacion de mi afan?

ESCENA IV.

(*El lloron y las flores de la izquierda del sepulcro de Doña Inés se cambian en una apariencia, dejando ver dentro de ella, y en medio de resplandores, la sombra de Doña Inés.*)

DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INÉS.

Sombra. No; mi espíritu, Don Juan,
Te aguardó en mi sepultura.
Juan, de rodillas. ¡Doña Inés! Sombra querida,
Alma de mi corazon,
No me quites la razon
Si me has de dejar la vida!
Si eres imágen fingida,
Solo hija de mi locura,
No aumentes mi desventura
Burlando mi loco afan.
Sombra. Yo soy Doña Inés, Don Juan,
Que te oyó en su sepultura.
Juan. ¿Con que vives?
Sombra. Para tí;
Mas tengo mi purgatorio
En ese mármol mortuorio
Que labraron para mí.
Yo á Dios mi alma ofrecí
En precio de tu alma impura,
Y Dios, al ver la ternura
Con que te amaba mi afan,
Me dijo: — « Espera á Don Juan
» *En tu misma sepultura.*
» Y pues quieres ser tan fiel
» A un amor de Satanás,
» Con Don Juan te salvarás,
» O te perderás con él.
» Por él vela: mas si cruel
» Te desprecia tu ternura,
» Y en su torpeza y locura
» Sigue con bárbaro afan,
» Llévese tu alma Don Juan
» *De tu misma sepultura.* »
Juan, fascinado. ¡Yo estoy soñando quizas
Con las sombras de un Edén!
Sombra. No: y ve que si piensas bien
A tu lado me tendrás;
Mas si obras mal causarás
Nuestra eterna desventura.
Y medita con cordura
Que es esta noche, Don Juan,
El espacio que nos dan
Para buscar sepultura.
A Dios pues; y en la árdua lucha
En que va á entrar tu existencia,
De tu dormida conciencia
La voz que va alzarse escucha;
Porque es de importancia mucha
Meditar con sumo tiento
La eleccion de aquel momento
Que sin poder evadirnos
Al mal ó al bien ha de abrirnos
La losa del monumento.
(*Ciérrase la apariencia; desaparece Doña Inés, y todo queda como al principio del acto, menos la estátua de Doña Inés, que no vuelve á su lugar. Don Juan queda atónito.*)

ESCENA V.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
¡Hasta los muertos así
Dejan sus tumbas por mí!
Mas sombra, delirio fué.
Yo en mi mente le forjé;
La imaginacion le dió
La forma en que se mostró,
Y ciego vine á creer
En la realidad de un ser
Que mi mente fabricó.

Mas nunca de modo tal
Fanatizó mi razon
Mi loca imaginacion.
Con su poder ideal.
Sí, algo sobrenatural
Ví en aquella Doña Inés
Tan vaporosa á través
Aun de esa enramada espesa;
Mas... ¡bah! circunstancia es esa
Que propia de sombras es.
¿Qué mas diáfano y sutil
Que las quimeras de un sueño?
¿Dónde hay nada mas risueño,
Mas flexible y mas gentil?
¿Y no pasa veces mil
Que en febril exaltacion
Ve nuestra imaginacion
Como ser y realidad
La vacía vanidad
De una anhelada ilusion?
¡Sí por Dios, delirio fué!
Mas su estátua estaba aquí.
Sí, yo la ví y la toqué,
Y aun en albricias le dí
Al escultor no sé qué.
¡Y ahora solo el pedestal
Veo en la urna funeral!
¡Cielos! la mente me falta,
O de improviso me asalta
Algun vértigo infernal.
¿Qué dijo aquella vision?
¡Oh! yo la oí claramente,
Y su voz triste y doliente
Resonó en mi corazon.
¡Ah! ¡y breves las horas son
Del plazo que nos augura!
No, no: ¡de mi calentura
Delirio insensato es!
Mi fiebre fué á Doña Inés
Quien abrió la sepultura.
¡Pasad y desvaneceos,
Pasad, siniestros vapores
De mis perdidos amores
Y mis fallidos deseos!
¡Pasad, vanos devaneos
De un amor muerto al nacer,
No me volvais á traer
Entre vuestro torbellino
Ese fantasma divino
Que recuerda una mujer!
¡Ah! ¡estos sueños me aniquilan,
Mi cerebro se enloquece...
Y esos mármoles parece
Que estremecidos vacilan!
(*Las estátuas se mueven lentamente y vuelven la cabeza hácia él.*)
Sí, sí: ¡sus bustos oscilan,
Su vago contorno medra...!
Pero Don Juan no se arredra:
¡Alzaos, fantasmas vanos,
Y os volveré con mis manos
A vuestros lechos de piedra!
No, no me causan pavor
Vuestros semblantes esquivos;
Jamás ni muertos ni vivos
Humillareis mi valor.
Yo soy vuestro matador
Como al mundo es bien notorio;
Si en vuestro alcázar mortuorio
Me aprestais venganza fiera,
Daos prisa, aquí os espera
Otra vez Don Juan Tenorio.

ESCENA VI.

DON JUAN, EL CAPITAN CENTELLAS, AVELLANEDA.

Cent., dentro. ¿Don Juan Tenorio?
Juan, volviendo en sí. ¿Qué es eso?
¿Quién me repite mi nombre?
Avell., saliendo. ¿Veis á alguien? (*A Centellas.*)
Cent., idem. Sí, allí hay un hombre.
Juan. ¿Quién va?
Avell. Él es.
Cent., yéndose á Don Juan. Yo pierdo el seso
Con la alegría. ¡Don Juan!
Avell. ¡Señor Tenorio!
Juan. ¡Apartaos,
Vanas sombras!
Cent. Reportaos,
Señor Don Juan... los que están
En vuestra presencia ahora
No son sombras, hombres son,
Y hombres cuyo corazon
Vuestra amistad atesora.
A la luz de las estrellas
Os hemos reconocido,
Y un abrazo hemos venido
A daros.
Juan. Gracias, Centellas.
Cent. Mas ¿qué teneis? por mi vida
Que os tiembla el brazo, y está
Vuestra faz descolorida.
Juan, recobrando su aplomo. La luna tal vez lo hará.
Avell. Mas, Don Juan, ¿qué haceis aquí?
¿Este sitio conoceis?
Juan. ¿No es un panteon?
Cent. ¿Y sabeis
A quién pertenece?
Juan. A mí:
Mirad á mi alrededor,
Y no vereis mas que amigos

De mi niñez, ó testigos
De mi audacia y mi valor.
Cent. Pero os oimos hablar:
¿Con quién estábais?
Juan. Con ellos.
Cent. ¿Venís aun á escarnecellos?
Juan. No, los vengo á visitar.
Mas un vértigo insensato
Que la mente me asaltó
Un momento me turbó;
Y á fe que me dió mal rato.
Esos fantasmas de piedra
Me amenazaban tan fieros,
Que á mí acercado á no haberos
Pronto...
Cent. ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Os arredra,
Don Juan, como á los villanos
El temor de los difuntos?
Juan. No á fe; contra todos juntos
Tengo aliento y tengo manos.
Si volvieran á salir
De las tumbas en que están,
A las manos de Don Juan
Volverian á morir.
Y desde aquí en adelante
Sabed, señor capitan,
Que yo soy siempre Don Juan,
Y no hay cosa que me espante.
Un vapor calenturiento
Un punto me fascinó,
Centellas, mas ya pasó:
Cualquiera duda un momento.
Avell. y Cent. Es verdad.
Juan. Vamos de aqui.
Cent. Vamos, y nos contareis
Cómo á Sevilla volveis
Tercera vez.
Juan. Lo haré así.
Si mi historia os interesa
A fe que oirse merece,
Aunque mejor me parece
Que la oigais de sobremesa.
¿No opinais...?
Avell. y Cent. Como gusteis.
Juan. Pues bien: cenareis conmigo
Y en mi casa.
Cent. Pero digo,
¿Es cosa de que dejeis
Algun huésped por nosotros?
¿No teneis gato encerrado?
Juan. ¡Bah! si apenas he llegado:
No habrá allí mas que vosotros
Esta noche.
Cent. ¿Y no hay tapada
A quien algun planton demos?
Juan. Los tres solos cenarémos.
Digo, si de esta jornada
No quiere igualmente ser
Alguno de estos. (*Señalando á las estátuas de los sepulcros.*)
Cent. Don Juan,
Dejad tranquilos yacer
A los que con Dios están.
Juan. ¡Hola! ¿Parece que vos
Sois ahora el que temeis,
Y mala cara poneis
A los muertos? Mas ¡por Dios
Que ya que de mí os burlásteis
Cuando me vísteis así,
En lo que penda de mí
Os mostraré cuánto errásteis!
Por mí pues no ha de quedar:
Y á poder ser, estad ciertos
Que cenareis con los muertos,
Y os los voy á convidar.
Avell. Dejaos de esas quimeras.
Juan. ¿Duda en mi valor ponerme,
Cuando hombre soy para hacerme
Platos de sus calaveras?
Yo á nada tengo pavor.
(*Dirigiéndose á la estátua de Don Gonzalo, que es la que tiene mas cerca.*)
Tú eres el mas ofendido;
Mas si quieres, te convido
A cenar, comendador.
Que no lo puedas hacer
Creo, y es lo que me pesa;
Mas por mi parte en la mesa
Te haré un cubierto poner.
Y á fe que favor me harás,
Pues podré saber de tí
Si hay mas mundo que el de aquí,
Y otra vida, en que jamás
A decir verdad creí.
Cent. Don Juan, eso no es valor,
Locura, delirio es.
Juan. Como lo juzgueis mejor:
Yo cumplo así. Vamos pues.
Lo dicho, comendador.

ACTO SEGUNDO.

LA ESTATUA DE DON GONZALO.

Aposento de Don Juan Tenorio. — Dos puertas en el fondo á derecha é izquierda preparadas para el juego escénico del acto. Otra puerta en el bastidor que cierra la decoracion por la izquierda. Ventana en el de la derecha. — Al alzarse el telon están sentados á la mesa Don Juan, Centellas y Avellaneda. La mesa ricamente servida, el mantel cogido con guirnaldas de flores, etc. En frente del espectator Don Juan, y á su izquierda Avellaneda; en el lado izquierdo de la mesa Centellas, y en el de en frente de este una silla y un cubierto desocupados.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EL CAPITAN CENTELLAS, AVELLANEDA, CIUTTI, UN PAJE.

Juan. Tal es mi historia, señores:
Pagado de mi valor,
Quiso el mismo emperador
Dispensarme sus favores.
Y aunque oyó mi historia entera,
Dijo: «Hombre de tanto brio
Merece el amparo mio;
Vuelva á España cuando quiera.»
Y héme aquí en Sevilla ya.
Cent. ¡Y con qué lujo y riqueza!
Juan. Siempre vive con grandeza
Quien hecho á grandeza está.
Cent. A vuestra vuelta.
Juan. Bebamos.
Cent. Lo que no acierto á creer
Es cómo, llegando ayer,
Ya establecido os hallamos.
Juan. Fué el adquirirme, señores,
Tal casa con tal boato,
Porque se vendió á barato
Para pago de acreedores.
Y como al llegar aquí
Desheredado me hallé,
Tal como está la compré.
Cent. ¿Amueblada y todo?
Juan Sí.
Un necio que se arruinó
Por una mujer, vendióla.
Cent. ¿Y vendió la hacienda sola?
Juan. Y el alma al diablo.
Cent. ¿Murió?
Juan. De repente: y la justicia,
Que iba á hacer de cualquier modo
Pronto despacho de todo,
Viendo que yo su codicia
Saciaba, pues los dineros
Ofrecia dar al punto,
Cedióme el caudal por junto
Y estafó á los usureros.
Cent. Y la mujer ¿qué fué de ella?
Juan. Un escribano la pista
La siguió, pero fué lista
Y escapó.
Cent. ¿Moza?
Juan. Y muy bella.
Cent. Entrar hubiera debido
En los muebles de la casa.
Juan. Don Juan Tenorio no pasa
Moneda que se ha perdido.
Casa y bodega he comprado,
Dos cosas que, no os asombre,
Pueden bien hacer á un hombre
Vivir siempre acompañado;
Como lo puede mostrar
Vuestra agradable presencia,
Que espero que con frecuencia
Me hagais ambos disfrutar.
Cent. Y nos hareis honra inmensa.
Juan. Y á mi vos. ¡Ciutti!
Ciut. Señor.
Juan. Pon vino al comendador. (*Señalando el vaso del puesto vacío.*)
Avell. Don Juan, ¿aun en eso piensa
Vuestra locura?
Juan. ¡Sí á fe!
Que si él no puede venir,
De mí no podreis decir
Que en ausencia no le honré.
Cent. ¡Ja! ¡já! ¡já! Señor Tenorio,
Creo que vuestra cabeza
Va menguando en fortaleza.
Juan. Fuera en mí contradictorio,
Y ajeno de mi hidalguía
A un amigo convidar
Y no guardarle el lugar
Mientras que llegar podria.
Tal ha sido mi costumbre
Siempre, y siempre ha de ser esa;
Y el mirar sin él la mesa
Me da en verdad pesadumbre.
Porque si el comendador
Es difunto tan tenaz
Como vivo, es muy capaz
De seguirnos el humor.
Cent. Brindemos á su memoria,
Y mas en él no pensemos.
Juan. Sea.
Cent. Brindemos.
Avell. y Juan. Brindemos.
Cent. A que Dios le dé su gloria.
Juan. Mas yo que no creo que haya
Mas gloria que esta mortal,
No hago mucho en brindis tal,
Mas por complaceros, ¡vaya!
Y brindo á que Dios te dé
La gloria, comendador.
(*Mientras beben se oye lejos un aldabonazo, que se supone dado en la puerta de la calle.*)
Mas ¿llamaron?
Ciut. Sí, señor.
Juan. Ve quién.
Ciut., asomando por la ventana. A nadie se ve.
¿Quién va allá? Nadie responde.
Cent. Algun chusco.
Avell. Algun menguado
Que al pasar habrá llamado
Sin mirar siquiera dónde.
Juan, á Ciutti. Pues cierra y sirve licor.
(*Llaman otra vez mas recio.*)

Mas ¿llamaron otra vez?
Ciut. Sí.
Juan. Vuelve á mirar.
Ciut. ¡Pardiez!
A nadie veo, señor.
Juan. ¡Pues por Dios que del bromazo
Quién es no se ha de alabar!
Ciutti, si vuelve á llamar
Suéltale un pistoletazo.
(*Llaman otra vez, y se oye un poco mas cerca.*)
¿Otra vez?
Ciut. ¡Cielos!
Avell. y Cent. ¿Qué pasa?
Ciut. Que esa aldabada postrera
Ha sonado en la escalera,
No en la puerta de la casa.
Avell. y Cent. ¿Qué dices? (*Levantándose asombrados.*)
Ciut. Lo cierto digo,
Nada mas, dentro han llamado
De la casa.
Juan. ¿Qué os ha dado?
¿Pensais ya que sea el muerto?
Mis armas cargué con bala:
Ciutti, sal á ver quién es.
(*Vuelven á llamar mas cerca.*)
Avell. ¿Oísteis?
Ciut. Por san Ginés,
Que eso ha sido en la antesala.
Juan. ¡Ah! ya lo entiendo; me habeis
Vosotros mismos dispuesto
Esta comedia, supuesto
Que lo del muerto sabeis.
Avell. Yo os juro, Don Juan...
Cent. Y yo.
Juan. ¡Bah! Diera en ello el mas topo:
Y apuesto á que ese galopo
Los medios para ello os dió.
Avell. Señor Don Juan, escondido
Algun misterio hay aquí.
(*Vuelven á llamar mas cerca.*)
Cent. ¡Llamaron otra vez!
Ciut. Sí;
Y ya en el salon ha sido.
Juan. ¡Ya! mis llaves en manojo
Habreis dado á la fantasma,
Y que entre así no me pasma;
Mas no saldrá á vuestro antojo,
Ni me han de impedir cenar
Vuestras farsas desdichadas.
(*Se levanta, y corre los cerrojos de las puertas del fondo, volviendo á su lugar.*)
Ya están las puertas cerradas:
Ahora el coco para entrar
Tendrá que echarlas al suelo,
Y en el punto que lo intente
Que con los muertos se cuente,
Y apele despues al cielo.
Cent. Qué diablos, teneis razon.
Juan. ¿Pues no temblábais?
Cent. Confieso
Que en tanto que no dí en eso
Tuve un poco de aprension.
Juan. ¿Declarais pues vuestro enredo?
Avell. Por mi parte nada sé.
Cent. Ni yo.
Juan. Pues yo volveré
Contra el inventor el miedo.
Mas sigamos con la cena;
Vuelva cada uno á su puesto,
Que luego sabrémos de esto.
Avell. Teneis razon.
Juan, sirviendo á Centellas. Cariñena:
Sé que os gùsta, capitan.
Cent. Como que somos paisanos.
Juan, á Avellaneda, sirviéndole de otra botella. Jerez á los sevillanos,
Don Rafael.
Avell. Habeis, Don Juan,
Dado á entrambos por el gusto;
¿Mas con cuál brindareis vos?
Juan. Yo haré justicia á los dos.
Cent. Vos siempre estais en lo justo.
Juan. Sí, á fe; bebamos.
Avell. y Cent. Bebamos.
(*Llaman á la misma puerta de la escena, fondo, derecha.*)
Juan. Pesada me es ya la broma,
Mas verémos quién asoma
Mientras en la mesa estamos.
(*A Ciutti, que se manifiesta asombrado.*)
¿Y qué haces tú ahí, bergante?
¡Listo! Trae otro manjar: (*Vase Ciutti.*)
Mas me ocurre en este instante
Que nos podemos mofar
De los de afuera invitándoles
A probar su sutileza,
Entrándose hasta esta pieza
Y sus puertas no franqueándoles.
Avell. Bien dicho.
Cent. Idea brillante.
(*Llaman fuerte, fondo, derecha.*)
Juan. ¡Señores! ¿á qué llamar?
Los muertos se han de filtrar
Por la pared; adelante.
(*La Estátua de Don Gonzalo pasa por la puerta sin abrirla, y sin hacer ruido.*)

ESCENA II.

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA, LA ESTATUA DE DON GONZALO.

Cent. ¡Jesus!
Avell. ¡Dios mio!

Juan. ¡Qué es esto!
Avell. Yo desfallezco. (*Cae desvanecido.*)
Cent. Yo espiro. (*Cae lo mismo.*)
Juan. ¡Es realidad, ó deliro!
Es su figura... su gesto.
Estátua. ¿Porqué te causa pavor
Quien convidado á tu mesa
Viene por tí?
Juan. ¡Dios! ¿no es esa
La voz del comendador?
Estátua. Siempre supuse que aquí
No me habias de esperar.
Juan. Mientes, porque hice arrimar
Esa silla para tí.
Llega pues para que veas
Que aunque dudé en un estremo
De sorpresa, no te temo,
Aunque el mismo Ulloa seas.
Estátua. ¿Aun lo dudas?
Juan. No lo sé.
Estátua. Pon, si quieres, hombre impío,
Tu mano en el mármol frio
De mi estátua.
Juan. ¿Para qué?
Me basta oirlo de tí:
Cenemos pues; mas te advierto...
Estátua. ¿Qué?
Juan. Que, si no eres el muerto,
Lo vas á salir de aquí.
¡Eh! alzad. (*A Centellas y Avellaneda.*)
Estátua. No pienses, no,
Que se levanten, Don Juan;
Porque en sí no volverán
Hasta que me ausente yo.
Que la divina clemencia
Del Señor para contigo,
No requiere mas testigo
Que tu juicio y tu conciencia.
Al sacrílego convite
Que me has hecho en el panteon,
Para alumbrar tu razon
Dios asistir me permite.
Y héme que vengo en su nombre
A enseñarte la verdad;
Y es: que hay una eternidad
Tras de la vida del hombre.
Que numerados están
Los dias que ha de vivir,
Y que tienes que morir
Mañana mismo, Don Juan.
Mas como esto que á tus ojos
Está pasando supones
Ser del alma aberraciones
Y de la aprension antojos,
Dios en su santa clemencia
Te concede todavía,
Don Juan, hasta el nuevo dia
Para ordenar tu conciencia.
Y su justicia infinita
Porque conozcas mejor,
Espero de tu valor
Que me pagues la visita.
¿Irás, Don Juan?
Juan. Iré, sí;
Mas me quiero convencer
De lo vago de tu ser
Antes que salgas de aquí. (*Coge una pistola.*)
Estátua. Tu necio orgullo delira,
Don Juan: los hierros mas gruesos
Y los muros mas espesos
Se abren á mi paso: mira.
(*Desaparece la Estátua sumiéndose por la pared.*)

ESCENA III.

DON JUAN, AVELLANEDA, CENTELLAS.

Juan. ¡Cielos! su esencia se trueca
El muro hasta penetrar
Cual mancha de agua que seca
El ardor canicular!
¿No me dijo: «El marmol toca
De mi estátua?» ¿Cómo pues
Se desvanece una roca?
¡Imposible! ilusion es.
Acaso su antiguo dueño
Mis cubas envenenó,
Y el licor tan vano ensueño
En mi mente levantó.
¡Mas si estas que sombras creo
Espíritus reales son,
Que por celestial empleo
Llaman á mi corazon!
Entonces para que iguale
Su penitencia Don Juan
Con sus delitos, ¿qué vale
El plazo ruin que le dan?
¡Dios me da tan solo un dia...!
Si fuese Dios en verdad,
A mas distancia pondria
Su aviso y mi eternidad.
«Piensa bien que al lado tuyo
Me tendrás...» Dijo de Inés
La sombra, y si bien arguyo,
Pues no la veo, sueño es.
(*Transparéntase en la pared la Sombra de Doña Inés.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, LA SOMBRA DE DOÑA INÉS, CENTELLAS Y AVELLANEDA, DORMIDOS.

Sombra. Aquí estoy.

Juan. ¡Cielos!
Sombra. Medita
Lo que al buen comendador
Has oido, y ten valor
Para acudir á su cita.
Un punto se necesita
Para morir con ventura;
Eligelé con cordura,
Porque mañana, Don Juan,
Nuestros cuerpos dormirán
En la misma sepultura.
(*Desaparece la Sombra.*)

ESCENA V.

DON JUAN, CENTELLAS, AVELLANEDA.

Juan. Tente, Doña Inés, espera;
Y si me amas en verdad,
Hazme al fin la realidad
Distinguir de la quimera.
Alguna mas duradera
Señal dame, que segura
Me pruebe que no es locura
Lo que imagina mi afan,
Para que baje Don Juan
Tranquilo á la sepultura.
Mas ya me irrita por Dios
El verme siempre burlado,
Corriendo desatentado
Siempre de sombras en pós.
¡Oh! tal vez todo esto ha sido
Por estos dos preparado.
Y mientras se ha ejecutado
Su privacion han fingido.
Mas por Dios que si es así,
Se han de acordar de Don Juan.
¡Eh! Don Rafael, capitan.
Ya basta: alzaos de ahí.
(*Don Juan mueve á Centellas y á Avellaneda, que se levantan como quien vuelve de un profundo sueño.*)
Cent. ¿Quién va?
Juan. Levantad.
Avell. ¿Qué pasa?
¡Hola, sois vos!
Cent. ¿Dónde estamos?
Juan. Caballeros, claros vamos.
Yo os he traido á mi casa,
Y temo que á ella al venir
Con artificio apostado
Habeis sin duda pensado
A costa mia reir:
Mas basta ya de ficcion,
Y concluid de una vez.
Cent. Yo no os entiendo.
Avell. ¡Pardiez!
Tampoco yo.
Juan. En conclusion.
¿Nada habeis visto ni oido?
Avell. y Cent. ¿De qué?
Juan. No finjais ya mas.
Cent. Yo no he fingido jamás,
Señor Don Juan.
Juan. ¡Habrá sido
Realidad! ¿Contra Tenorio
Las piedras se han animado,
Y su vida han acotado
Con plazo tan perentorio?
Hablad pues por compasion.
Cent. ¡Voto va Dios! ¡ya comprendo
Lo que pretendeis!
Juan. Pretendo
Que me deis una razon
De lo que ha pasado aquí,
Señores, ó juro á Dios
Que os haré ver á los dos
Que no hay quien me burle á mí.
Cent. Pues ya que os formalizais,
Don Juan, sabed que sospecho
Que vos la burla habeis hecho
De nosotros.
Juan. ¡Me insultais!
Cent. No por Dios; mas si cerrado
Seguís en que aquí han venido
Fantasmas, lo sucedido
Oid como me he esplicado.
Yo he perdido aquí del todo
Los sentidos, sin esceso
De ninguna especie, y eso
Lo entiendo yo de este modo.
Juan. A ver, decídmelo pues.
Cent. Vos habeis compuesto el vino,
Semejante desatino
Para encajarnos despues.
Juan. ¡Centellas!
Cent. Vuestro valor
Al estremo por mostrar
Convidásteis á cenar
Con vos al comendador.
Y para poder decir
Que á vuestro convite exótico
Asistió, con un narcótico
Nos habeis hecho dormir.
Si es broma, puede pasar;
Mas á ese estremo llevada,
Ni puede probarnos nada,
Ni os la hemos de tolerar.
Avell. Soy de la misma opinion.
Juan. ¡Mentís!
Cent. Vos.
Juan. Vos, capitan.
Cent. Esa palabra, Don Juan...
Juan. La he dicho de corazon.
Mentís; no son á mis brios
Menester falsos portentos,

Porque tienen mis alientos
Su mejor prueba en ser mios.
Avell. y Cent. Veamos. (*Ponen mano á las espadas.*)
Juan. Poned á tasa
Vuestra furia, y vamos fuera,
No piense despues cualquiera
Que os asesiné en mi casa.
Avell. Decís bien... mas somos dos.
Cent. Reñiremos, si os fiais,
El uno del otro en pós.
Juan. O los dos, como querais.
Cent. ¡Villano fuera por Dios!
Elegid uno, Don Juan,
Por primero.
Juan. Sedlo vos.
Cent. Vamos.
Juan. Vamos, capitan.

ACTO TERCERO.

MISERICORDIA DE DIOS, Y APOTEOSIS DEL AMOR.

Panteon de la familia Tenorio. — Como estaba en el acto primero de la segunda parte, menos las estátuas de Doña Inés y de Don Gonzalo, que no están en su lugar.

—

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, EMBOZADO Y DISTRAIDO, ENTRA EN LA ESCENA LENTAMENTE.

Culpa mia no fué: delirio insano
Me enajenó la mente acalorada.
Necesitaba víctimas mi mano
Que inmolar á mi fe desesperada,
Y al verlos en mitad de mi camino
Presa les hice allí de mi locura.
¡No fuí yo, vive Dios! ¡fué su destino!
Sabian mi destreza y mi ventura.
¡Oh! arrebatado el corazon me siento
Por vértigo infernal..., mi alma perdida
Va cruzando el desierto de la vida
Cual hoja seca que arrebata el viento.
Dudo... temo... vacilo... en mi cabeza
Siento arder un volcan... muevo la planta
Sin voluntad, y humilla mi grandeza
Un no sé qué de grande que me espanta.
(*Un momento de pausa.*)
¡Jamás mi orgullo concibió que hubiese
Nada mas que el valor...! Que se aniquila
El alma con el cuerpo cuando muere
Creí... mas hoy mi corazon vacila.
¡Jamás creí en fantasmas...! desvaríos!
Mas del fantasma aquel, pese á mi aliento,
Los piés de piedra caminando siento
Por do quiera que voy tras de los mios.
¡Oh! y me trae á este sitio irresistible
Misterioso poder...
(*Levanta la cabeza y ve que no está en su pedestal la estátua de Don Gonzalo.*)
¡Pero qué veo!
¡Falta de allí su estátua...! sueño horrible,
Déjame de una vez... no, no te creo.
Sal, huye de mi mente fascinada,
Fatídica ilusion... estás en vano
Con pueriles asombros empeñada
En agotar mi aliento sobrehumano.
Si todo es ilusion, mentido sueño,
Nadie me ha de aterrar con trampantojos:
Si es realidad, querer es necio empeño
Aplacar de los cielos los enojos.
No: sueño ó realidad del todo anhelo
Vencerle ó que me venza; y si piadoso
Busca tal vez mi corazon el cielo,
Que le busque mas franco y generoso.
La efigie de esa tumba me ha invitado
A venir á buscar prueba mas cierta
De la verdad en que dudé obstinado...
Héme aquí pues: comendador, despierta.
(*Llama al sepulcro del comendador. — Este sepulcro se cambia en una mesa que parodia horriblemente la mesa en que cenaron en el acto anterior Don Juan, Centellas y Avellaneda. — En vez de las guirnaldas que cogian en pabellones sus manteles, de sus flores y lujoso servicio, culebras, huesos y fuego*, etc. (A gusto del pintor.) *Encima de esta mesa aparece un plato de ceniza, una copa de fuego y un reloj de arena. — Al cambiarse este sepulcro, todos los demas se abren y dejan paso á las osamentas de las personas que se suponen enterradas en ellos, envueltas en sus sudarios. — Sombras, espectros y espíritus pueblan el fondo de la escena. — La tumba de Dona Inés permanece.*)

ESCENA II.

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO, LAS SOMBRAS.

Estátua. Aquí me tienes, Don Juan,
Y hé aqui que vienen conmigo
Los que tu eterno castigo
De Dios reclamando están.
Juan. ¡Jesus!
Estátua. ¿Y de qué te alteras
Si nada hay que á tí te asombre,
Y para hacerte eres hombre
Platos con sus calaveras?
Juan. ¡Ay de mí!

Estátua. Qué, ¿el corazon
Te desmaya?
Juan. No lo sé;
Concibo que me engañé;
No son sueños... ¡ellos son!
(*Mirando á los espectros.*)
Pavor jamás conocido
El alma fiera me asalta,
Y aunque el valor no me falta,
Me va faltando el sentido.
Estátua. Eso es, Don Juan, que se va
Concluyendo tu existencia,
Y el plazo de tu sentencia
Está llegando ya.
Juan. ¡Qué dices!
Estátua. Lo que hace poco
Que Doña Inés te avisó,
Lo que te he avisado yo,
Y lo que olvidaste loco.
Mas el festin que me has dado
Debo volverte, y así
Llega, Don Juan, que yo aquí
Cubierto te he preparado.
Juan. ¿Y qué es lo que allí me das?
Estátua. Aquí fuego, allí ceniza.
Juan. El cabello se me eriza.
Estátua. Te doy lo que tú serás.
Juan. ¡Fuego y ceniza he de ser!
Estátua. Cual los que ves en redor:
En eso pára el valor,
La juventud y el poder.
Juan. Ceniza bien, ¡pero fuego!
Estátua. El de la ira omnipotente,
Do arderás eternamente
Por tu desenfreno ciego.
Juan. ¿Con que hay otra vida mas
Y otro mundo que el de aquí?
¿Con que es verdad ¡ay de mí!
Lo que no creí jamás?
¡Fatal verdad que me hiela
La sangre en el corazon!
Verdad que mi perdicion
Solamente me revela.
¿Y ese reloj?
Estátua. Es la medida
De tu tiempo.
Juan. ¡Espira ya!
Estátua. Sí: en cada grano se va
Un instante de tu vida.
Juan. ¿Y esos me quedan no mas?
Estátua. Sí.
Juan. ¡Injusto Dios! tu poder
Me haces ahora conocer
Cuando tiempo no me das
De arrepentirme.
Estátua. Don Juan,
Un punto de contricion
Da á un alma la salvacion,
Y ese punto aun te le dan.
Juan. ¡Imposible! ¡en un momento
Borrar treinta años malditos
De crímenes y delitos!
Estátua. Aprovéchale con tiento, (*Tocan á muerto.*)
Porque el plazo va á espirar
Y las campanas doblando
Por tí están, y están cavando
La fosa en que te han de echar.
(*Se oye á lo lejos el oficio de difuntos.*)
Juan. ¿Con que por mí doblan?
Estátua. Sí.
Juan. ¿Y esos cantos funerales?
Estátua. Los salmos penitenciales,
Que están cantando por tí.
(*Se ve pasar por la izquierda luz de hachones, y rezan dentro.*)
Juan. ¿Y aquel entierro que pasa?
Estátua. Es el tuyo.
Juan. ¡Muerto yo!
Estátua. El capitan te mató
A la puerta de tu casa.
Juan. Tarde la luz de la fe
Penetra en mi corazon,
Pues crímenes mi razon
A su luz tan solo ve.
Los ve... y con horrible afan,
Porque al ver su multitud
Ve á Dios en la plenitud
De su ira contra Don Juan.
¡Ah! por do quiera que fuí
La razon atropellé,
La virtud escarnecí
Y á la justicia burlé.
Y emponzoñé cuanto ví,
Y á las cabañas bajé,
Y á los palacios subí,
Y los claustros escalé;
Y pues tal mi vida fué,
No, no hay perdon para mí.
¡Mas allí estais todavía (*A los fantasmas.*)
Con quietud tan pertinaz!
Dejadme morir en paz
A solas con mi agonía.
Mas con esa horrenda calma
¿Qué me augurais, sombras fieras?
¿Qué esperais de mí?
Estátua. Que mueras
Para llevarse tu alma.
Y á Dios, Don Juan; ya tu vida
Toca á su fin, y pues vano
Todo fué, dame la mano
En señal de despedida.
Juan. ¿Muéstrasme ahora amistad?
Estátua. Sí: que injusto fuí contigo,
Y Dios me manda tu amigo
Volver á la eternidad.

Juan. Toma pues.
Estátua. Ahora, Don Juan,
Pues desperdicias tan bien
El momento que te dan,
Conmigo al infierno ven.
Juan. ¡Aparta, piedra fingida!
Suelta, suéltame esa mano,
Que aun queda el último grano
En el reloj de mi vida.
Suéltala, que si es verdad
Que un punto de contricion
Da á un alma la salvacion
De toda una eternidad,
Yo, Santo Dios, creo en tí:
Si es mi maldad inaudita,
Tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!
Estátua. Ya es tarde.
(*Don Juan se hinca de rodillas, tendiendo al cielo la mano que le deja libre la Estátua. Las sombras, esqueletos, etc., van á abalanzarse sobre él, en cuyo momento se abre la tumba de Doña Inés y aparece esta. Doña Inés toma la mano que Don Juan tiende al cielo.*)

ESCENA III.

DON JUAN, LA ESTATUA DE DON GONZALO, DOÑA INÉS, SOMBRAS, ETC.

Inés. No! héme ya aquí,
Don Juan: mi mano asegura
Esta mano que á la altura
Tendió tu contrito afan,
Y Dios perdona á Don Juan
Al pié de mi sepultura.
Juan. ¡Dios clemente! ¡Doña Inés!
Inés. Fantasmas, desvaneceos:
Su fe nos salva... volveos
A vuestros sepulcros pues.
La voluntad de Dios es:
De mi alma con la amargura
Purifiqué su alma impura,
Y Dios concedió á mi afan
La salvacion de Don Juan
Al pié de la sepultura.
Juan. ¡Inés de mi corazon!
Inés. Yo mi alma he dado por tí,
Y Dios te otorga por mí
Tu dudosa salvacion.
Misterio es que en comprension
No cabe de criatura,
Y solo en vida mas pura
Los justos comprenderán
Que el amor salvó á Don Juan
Al pié de la sepultura.
Cesad, cantos funerales: (*Cesa la música y salmodia.*)
Callad, mortuorias campanas: (*Dejan de tocar á muerto.*)
Ocupad, sombras livianas,
Vuestras urnas sepulcrales: (*Vuelven los esqueletos á sus tumbas, que se cierran.*)
Volved á los pedestales,
Animadas esculturas; (*Vuelven las estátuas á sus lugares.*)
Y las celestes venturas
En que los justos están
Empiecen para Don Juan
En las mismas sepulturas.
(*Las flores se abren y dan paso á varios angelitos que rodean á Doña Inés y á Don Juan, derramando sobre ellos flores y perfumes, y al son de una música dulce y lejana se ilumina el teatro con luz de aurora. Doña Inés cae sobre un lecho de flores, que quedará á la vista, en lugar de su tumba, que desaparece.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA INÉS, DON JUAN, LOS ANGELES.

Juan. ¡Clemente Dios, gloria á tí!
Mañana á los sevillanos
Aterrará el creer que á manos
De mis víctimas caí.
Mas es justo: quede aquí
Al universo notorio
Que pues me abre el purgatorio
Un punto de penitencia,
Es el Dios de la clemencia
El Dios de DON JUAN TENORIO.
(*Cae Don Juan á los piés de Doña Inés y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música. Cae el telon.*)

EL PUÑAL DEL GODO,

DRAMA EN UN ACTO.

A MI BUEN AMIGO

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

A tí, que sabes la historia y orígen de este juguete, y el escaso tiempo que se me dió para escribirle, te le dedico ahora que le doy á luz; porque escudado con tu nombre serán acaso mejor disimulados los muchos defectos inherentes á una obra escrita por apuesta en determinado número de horas.

No atiendas pues á su poco valor, sino al buen recuerdo que con ella te consagra tu amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 20 de diciembre de 1842.

PERSONAS.

DON RODRIGO.	THEUDIA, noble godo.
EL CONDE DON JULIAN.	ROMANO, monge eremita.

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo en Portugal, la noche del dia 9 de setiembre de 719.

ACTO ÚNICO.

Interior de la cabaña ó ermita del monge Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera ó tronco de árbol, á cuyo pié hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta á la izquierda que da á otra habitacion que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte, al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telon se ve su claridad por las junturas, y se oye tronar á lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

—

ESCENA PRIMERA.

EL MONGE ROMANO, A LA LUMBRE.

¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga...
¡Si está lloviznando hielo!
Cuán grande á Dios se concibe
En aquesta soledad.
¿De quién sino de *él* recibe
Su aliento la tempestad?
¿Cuyo es el terrible acento
Y el fulgor que centelléa
Cuando zumba airado el viento
Y el zénit relampaguéa?
¿Quién peñas y árboles hiende
Con la centella veloz
Como segador que tiende
Las espigas con su hoz?
¿Quién sino Dios, que se asienta
Sobre las nubes sereno
Cuando en las nubes revienta
El fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
De tu omnipotencia ves
A tus pobres criaturas
Que se arrastran á tus piés;
Deten, Dios bueno, tus iras,
Deten tu justo furor

Si justa saña respiras
Contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla,
Y tu inmensa potestad
Puede en otro deshacerla
Si tal es su voluntad;
Mas considera, Dios mio,
Que vas á igualar así
Al que te se aparta impío,
Y al que se postra ante tí.
(*Un momento de pausa.*)
Mas tanto tardar me estraña,
Y estoy temiendo por él...
¿Porqué deja la cabaña
En una tarde tan cruel?
¡Válgame la Virgen Santa!
Si á espesar la lluvia empieza,
¿Cómo con segura planta
Podrá subir la aspereza
De esa desigual garganta
Por do la senda endereza?
¡Infeliz! ¡cuánto en el mundo
Lleva sin duda sufrido,
Cuánto es su dolor profundo,
Y cuánto está arrepentido!
Mas siento pasos... parece
(*Abre y dice afuera.*)
Que llega ya... entrad ligero,
Que la tempestad acrece.

ESCENA II.

EL MONGE, THEUDIA, EMBOZADO.

Theud. Gracias.
Ermitaño. ¿Mas quién se guarece
De esta choza?
Theud. Un caballero.
(*Entra Theudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.*)
Sorprendido os hais quedado.
¿Qué es lo que teneis, buen hombre?
Erm. ¿Y no quereis que me asombre
De que hayais aquí llegado?
Theud. En verdad, que es aprension
Tener, como una cigüeña,
En la punta de esta peña
Un hombre su habitacion.
Erm. Mis votos me retrajeron
A esta triste soledad.
Theud. ¡Monge sois! Oh, perdonad
Mis palabras si os pudieron
Ofender.
Erm. No, en modo alguno.
Acogíme á esta montaña
Sin creer que gente estraña
Me hallara en tiempo ninguno.
Theud. Si os estorbo...
Erm., *interrumpiéndole.* Aparte Dios
Tal pensamiento de mí.
Contento os tendré yo aquí
Como esteis contento vos.
Theud. Yo estaré siempre contento,
Que mil noches he pasado.
Peor acondicionado
En mitad del campamento.
Erm. ¿Soldado sois?
Theud. Hélo sido;
Porque salí de mi tierra.
Erm. ¿Os cansaba ya la guerra?
Theud. No, pero nos han vencido,
Merced á infames traidores,
Y evito la suerte huyendo
De vivir esclavo siendo
De mis fieros vencedores.
Erm. Mas huir...
Theud. Téngase, anciano:
Contra ellos se alzó bandera
Y yo voy adonde quiera
Que la defienda un cristiano.
Pero fatigado estoy:
¿Teneis algo que cenar?
Erm. Fruta seca os puedo dar:
No os regalo.
Theud. Sóbrio soy.
(*El Ermitaño le pone delante algunas frutas y una vasija con agua. Theudia come y bebe.*)
Erm. Ea pues, tomad, sentaos.
Dadme la capa, os la cuelgo.
Theud. Que así me trateis me huelgo;
Mas yo...
Erm. No, vos calentaos,
Que bien lo necesitais.
Theud. Buen viejo, por Dios que sí.
(*El Ermitaño mira á la parte de afuera, teniendo abierta la puerta.*)
Pero, ¿qué haceis ¡pese á mí!
Que esa puerta no cerrais?
¿No veis que empieza á llover
Y el aire no hay quien resista?
Erm. Eso es lo que me contrista.
Theud. ¿Pues qué nos da que temer?
Erm. Nada: por un compañero
Siento en verdad pesadumbre.
Theud. ¿Fuera está?
Erm. Sí.
Theud. Ya costumbre
Tendrá en ese ruin sendero.
Erm. ¡Ay infeliz! no lo sé.
Dios en sus piés ponga tino.
Theud. ¿Pues no conoce el camino?
Erm. No siempre.
Theud. Torpe es á fe.
Erm. Hablad de él con mas respeto,
Que aunque es hoy bien desdichado

Hombre es que no fué criado
De invectivas para objeto.
Theud. Perdonad.
Erm. De ello no hablemos;
Sabedlo, que no es de mas.
Theud. Si es que me juzgais quizás
Util, descender podemos
A ayudarle.
Erm. No es preciso,
Que todo el auxilio humano
Le fuera ofrecido en vano;
Mas estemos sobre aviso.
(*Va á la puerta otra vez.*)
Theud. ap., (¡Si equivocado me habré
Y á caer habré venido
En la cueva de un bandido!
Veamos.) ¿Buen viejo?
Erm., volviendo á la escena. Qué?
Theud. Yo, como soldado, soy
Algo hablador y curioso.
Decidme pues, si enojoso
Con mis preguntas no estoy:
Puesto que es un compañero
Ese hombre á quien aguardais,
¿Porqué recelando estais
Que no dé con el sendero?
Erm. Porque es capaz por sí mismo,
Si su demencia le apura
De abrirse la sepultura
En el fondo de ese abismo.
Theud. ¡Jesus! ¿la mente le falta?
Erm. De lo pasado el recuerdo
Le pone tan sin acuerdo,
Que algunas veces le asalta
Una fiebre tan cruel,
Un delirio tan insano,
Que no hallo remedio humano
Que pueda acabar con él.
Y aunque ó engañado estoy
O ningun acceso estraño
Le ha acometido hace un año,
Me temo que le dé hoy.
Theud. ¿Y sabe de él la razon?
Erm. Guarda un silencio profundo
De lo que le hizo en el mundo
Tan íntima sensacion.
Theud. Picais mi curiosidad;
De historia debe ser hombre.
Erm. Me ha callado hasta su nombre.
Theud. ¿Padre, os burlais?
Erm. No en verdad:
Cinco años hace que vino
A demandarme asistencia
En una grave dolencia,
Y estuvo á morir vecino.
Mas sanó al fin, y tornar
No quiso al mundo otra vez,
Viviendo en esta estrechez
Con una vida ejemplar.
¡Oh! si él su perdon no alcanza
Con vida tan penitente,
No sé quién sea el viviente
Que de ello tenga esperanza.
Theud. ¿Mas no decís que está loco?
Erm. Dejóle su enfermedad
Estrema debilidad
Que hirió su cerebro un poco.
Y cuando en algun acceso
El desdichado no entra,
Es un hombre en quien se encuentra
Mucho valor, mucho seso;
Mas cuando el mal le acomete,
¡Oh! entonces es estremado.
Theud. ¿Pero nunca os ha contado...?
Erm. Jamás; y si se le mete
Conversacion de su historia,
Segun que tiembla y se espanta,
Parece que se levanta
Un espectro en su memoria.
Theud. ¡Es bravo caso á fe mia
Y que atencion me merece!
¿Y en qué da cuando enloquece?
Erm. En una horrible manía.
Tiene consigo una daga
Que jamás del cinto quita,
Y dice que está maldita,
Y que á su existencia amaga.
Y en su demencia al entrar
Esclama con gran pavor:
« Con ese puñal traidor,
Con ese me ha de matar. »
Theud. ¡Raro es por Dios! ¿Y conviene
Con período ó dia alguno
Fijo su mal?
Erm. Hoy es uno;
El mas terrible que tiene.
Theud. ¡Hoy!
Erm. Por eso es mi recelo
Mayor.
Theud. ¿Sabeis si ese hombre es
De esta tierra?
Erm. ¿Portugués?
Creo que no.
Theud. ¡Por el cielo
Que á ser español podria
Su demencia comprender!
Erm. Pero ¿qué tiene que ver
Ese mal con este dia?
Theud. ¡Hoy es un dia de hiel,
De luto y baldon y saña
Para la infeliz España!
Y ¡ay de quien fué causa de él!
Mas hablemos de otra cosa.
¿Vos sois portugués?
Erm. Sí soy;
Mas hace once años que estoy

Morando aquí.
Theud. ¿Y no os acosa
El deseo de saber
Lo que por el mundo pasa?
Erm. Dióme el dolor tan sin tasa
Y con tal tasa el placer
Ese mundo que mentais
Que los dias de mis años
Conté en él por desengaños
Y huyo de él.
Theud. Y lo acertais.
Erm. Mas callad... oigo rumor
En la maleza. ¿Quién va?
Rod., dentro. Yo, hermano.
Theud. ¿Es él?
Erm. Aquí está.

ESCENA III.

EL ERMITAÑO, THEUDIA, DON RODRIGO, ENVUELTO EN UNA ESPECIE DE CLAMIDE LARGA Y ENTRANDO DISTRAIDO COMO MEDITANDO.

Ermit. Me habíais puesto en temor. (*A Don Rodrigo.*)
Rod. Gracias.
Erm. ¿Os perdisteis?
Rod. No.
Erm. ¿Vísteis el nublado?
Rod. Sí.
Erm. ¿Y dónde íbais?
Rod. ¡Que sé yo!
Erm. Traereis frio.
Rod. Así, así.
Erm. Calentaos pues.
Rod. Si haré.
(*Al acercarse al fuego ve á Theudia, que escucha vuelto de espaldas á ellos.*)
Rod., aparte al Ermitaño. ¿Pero quién con vos está?
Erm. Un viajero, que poco há
Llegó aquí.
Rod. ¿Quién es?
Erm. No sé.
Rod. No os fieis de ningun hombre:
La doblez y la traicion
Abriga en el corazon
El de mas prez y mas nombre.
Ermit. Mas ved...
Rod. Yo sé lo que digo;
Preguntadle el suyo á ese,
Y veré, mal que le pese,
Si es amigo ó enemigo.
Erm. De nosotros ¿y porqué?
¿A quién jamás ofendimos?
Rod. Todos, padre, delinquimos:
Ved de hablarle.
Erm. Sí que haré.
Theud., ap. (No me gusta ese misterio
Con que platican los dos.
Estaré alerta, por Dios,
Que puede ser lance serio.)
(*Don Rodrigo va hácia el fuego, y aparta á Theudia para poner su banquillo.*)
Rod., á Theudia. Haceos, buen hombre, allá.
Theud. (Pues gasta gran cortesía.)
Erm., aparte á Theudia. (Quiere ese sitio, es manía.)
Theud. Bien hace; en su casa está.
(*Ap.* Mas ahora que bien le miro,
No es esta la vez primera
Que he visto esa faz severa...
¡Gran Dios! ¡qué idea...! eh, deliro.)
(*Un espacio de silencio.*)
Erm., á Theudia. Callado estais.
Theud. ¡Qué quereis!
¿De qué os tengo yo de hablar?
Erm. ¿Una historia no sabeis
Que podernos relatar?
Theud. Sé tantas, que duraria
Mi relato un año entero,
Mas hoy mentarlas no quiero,
Que es para mí aciago dia.
Rod., con viveza y aire sombrío. Tambien para mí lo es.
Theud. (*Id.*) Y para todo español
Lo será mientras el sol
Alumbre.
Rod., agitado. Decidme, pues.
¿Con que es hoy un dia aciago
Para España?
Theud. ¡Sí por Dios!
Qué, ¿no ha llegado hasta vos
La noticia de ese estrago?
Erm., queriendo interrumpirle. En este desierto hundidos...
Rod., interrumpiéndole. Dejadle, pese á mi estrella! (*Al ermitaño.*)
Dejadle que me hable de ella
Aunque hiera mis oidos.
¿Habeis en España estado? (*A Theudia.*)
Theud. Bajo su cielo he nacido.
Rod. ¡Ay! nacer os ha cabido
En país bien desdichado.
¿Qué pasa hoy en él?
Theud. ¿Qué pasa?
Presa es de gente salvage
A quien rinde vasallage
Y que la asuela y la arrasa.
Por dar entrada en su pecho
A una venganza de amor,
Ha abierto un conde traidor
A los moros el estrecho.

Rod. Obró bien villanamente,
Sí; ¡tómele Dios en cuenta
A su rey tan torpe afrenta,
Tan gran traicion á su gente!
Theud. Dicen que audaz le ultrajó
En su hija el rey Don Rodrigo.
Rod. Mas si era el rey su enemigo
No lo era su reino, no.
Theud. Con moros hizo su flete,
Y hoy hace años que en Jerez
Se ahogó España de una vez
En el turbio Guadalete.
Rod. Sí, allí lo perdimos todo;
Debajo de su corriente
Yace vergonzosamente
La gloria del reino godo.
¡Maldito quien fué concordia
Con los árabes á hacer,
Y maldita la mujer
Ocasion de la discordia!
Theud. ¡Sabeis esa historia!
Rod. Sí.
Y me prensa el corazon.
Theud. Tambien á mí.
Rod. Y con razon.
Theud. Sí, que su víctima fui.
(*Creciendo el interés en ambos.*)
Rod. Yo tambien.
Theud. ¿Sois vos de España?
Rod., reservándose de repente y con sequedad. No lo sé.
Theud., afanoso. Vos...
Rod. Basta ya.
Theud. No, que atenazando está
Mi memoria idea estraña...
Yo en Guadalete me hallé.
Rod. Conmigo.
Theud. Con vos. ¡Dios mio!
Hundirse le ví en el rio
Y á ayudarle me arrojé,
Pero ya no le ví mas.
Rod. ¡Theudia!
Theud. Señor. (*Queriendo arrodillarse.*)
Rod. ¡Alza, necio!
Del mundo soy ya desprecio.
Theud. Pero de Theudia jamás.
Rod. Padre, un escaso momento
Dejadnos solos.
Erm., á Theudia. Por Dios,
No le esciteis mucho vos.
Theud. Descuidad: de su contento
No son escesos estraños,
Que somos amigos viejos
Y de nuestra patria lejos
Nos vemos, tras largos años.
(*El Ermitaño entra en el interior de la cabaña por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DON RODRIGO, THEUDIA. (LLUEVE.)

Rod. Háblame de mi España, Theudia amigo,
Háblame de ella tú, que fuiste el solo
En quien traicion tan fea no halló abrigo,
En quien tu pobre rey no encontró dolo.
¿Dime, conserva aun el pueblo hispano
Recuerdo alguno de la antigua gloria?
¿Qué piensa del vencido soberano?
Theudia, ¿qué sitio ocupa en su memoria?
Theud. No me lo pregunteis.
Rod. ¡Ah! te comprendo:
Me culpa solo á mí.
Theud. Sois el vencido.
Rod. Desengaño es á un rey duro y tremendo.
¿Con que solo me dan...
Theud. Mengua ú olvido.
Mas basta ya, que vuestro afan entiendo.
¿Y cómo os hallo aquí?
Rod. Triste es mi historia,
Theudia.
Theud. Y la mia.
Rod. Y yo ¿cómo te hallo?
Theud. Huyendo de los moros.
Rod. ¿La victoria
Llevan?
Theud. Ya es nuestro pueblo su vasallo.
Rod. ¡Tierra infeliz!
Theud. Sí, á fe. Toda la ocupan
Esos infieles ya.
Rod. ¿Ya nada resta?
Theud. Un rincon en Asturias do se agrupan
Los que escaparon de la lid funesta.
Rod. ¿Pero podrán allí...
Theud. No pueden nada,
Por mas que de ira y de venganza rayo
Levantó su pendon con alma osada
Vuestro valiente primo Don Pelayo.
Rod. Y mis nobles con él?
Theud. No, no hay ninguno.
Rod. Ninguno dices.
Theud. Perecieron todos
A manos de los moros uno á uno.
Rod. ¿Qué resta pues de los ilustres godos?
Theud. Vos y yo nada mas; porque no cuento
Al que con vil traicion nos ha vendido.
Rod. ¿Aun vive Don Julian?
Theud. Para escarmiento
De los que á sus contrarios han servido.
Rod. ¡Vive! ¿y que es ora de él?
Theud. En una torre

Estuvo largo tiempo, mas con maña
Huyó de allí... Su estrella le socorre.
Rod. Sí, sí; mi estrella tan fatal á España.
¡Ay, bien mi corazon me lo decia;
Su estrella marcha con la estrella mia!
Theud. Qué es lo que hablais, señor.
Rod. Es mi secreto.
(No para tí, de mi amistad objeto.)
Es agüero fatal que á fin terrible
De mi existencia el término ha sujeto.
Theud. ¡Y en agüeros creeis! es imposible.
Rod. Theudia; son los destinos celestiales
Inmutables, y es justo su castigo
Para los que han causado tantos males
En la tierra cual yo.
Theud. Soñais, os digo.
El noble osado que su suerte afronta
Hace cejar á su enemiga suerte
O halla tranquilidad segura y pronta
En el reposo de gloriosa muerte.
Eso es supersticion.
Rod. Ya yo sabia
Que el insensato mundo
Miedo ó supersticion lo llamaria.
¡Mas ¡ay! que es la verdad!
Theud. Y á ese villano...
Rod. El cielo, de los godos enemigo,
Para que acabe al fin, guarda su mano
Con todos de una vez dando conmigo.
Theud. Ay si yo doy con él. En la frontera
Le perdí.
Rod. ¿Le seguias?
Theud. Desde el dia
Que ví frente á las nuestras su bandera,
Vengar de ello juré á la patria mia.
Y de soldado suyo disfrazado,
De aventurero ya, ya de mendigo,
Fuí su sombra do quier, do quier he estado
De él en acecho y la traicion conmigo.
Mas un poder oculto le defiende;
Jamás en ocasion hallarme pude.
Rod. En vano, sí, tu lealtad pretende
Que el cielo en ello vengador te ayude.
Theud. ¡Ay si me vuelvo á ver sobre su huella!
¡Ay si algun dia mi furor le alcanza!
No ha de valerle contra mí su estrella.
Será como él traidora mi venganza.
Rod. No, Theudia, es imposible... inútil brio.
Oye, y esta conserva en tu memoria
Página triste de mi triste historia.
Al salir de las aguas de aquel rio
Do me vistes caer sin la victoria,
Y en cuya agua se hundió cuanto fué mio,
Abandoné el caballo y la armadura,
Cambié con un pastor mi vestidura,
Y con todo el pesar del vencimiento
Despechado me entré por la espesura
Cual de esperanzas ya, falto de aliento.
¡Cuánto, Theudia, sufrí! Triste, perdido,
De mi reino crucé por las llanuras
En hambre y soledad, como un bandido
Que huyendo de la ley camina á oscuras.
Era la hora en que la luz se hundia
Tras las montañas, y la niebla densa
Por todo el ancho de la selva umbría
Iba tendiendo su cortina inmensa.
Con el cansancio y el temor y el duelo
Fiebre traidora me abrasaba ardiente,
Sin ver dónde acudir en aquel suelo
En que nunca tal vez habitó gente.
Cuanto con mas esfuerzos avanzaba,
Viendo si al llano por do quier salia,
Mas la selva á mis pasos se cerraba,
Mas en la negra soledad me hundia.
Un vértigo infernal apoderóse
De mi alma... y sin luz, y sin camino,
A mi exaltada mente presentóse
Toda la realidad de mi destino.
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
En mi raza estinguido el reino godo,
Sin esperanza, sin honor, sin nombre,
Perdido, Theudia, para siempre todo.
¡Cuán odioso me ví! Despavorido
A pedir empecé con grandes voces
Auxilio en el desierto, mas perdido
Fué mi acento en las ráfagas veloces
A espirar en los senos del espacio...
Y á impulso entonces del furor interno,
Maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
Con sacrílega voz llamé al infierno.
Theud. ¡Cielos!
Rod. Y él me acudió: sulfúrea lumbre
Rauda encendió relámpago brillante,
Y en mi pecho siniestra incertidumbre.
Sentí algo junto á mí, miré un instante,
Y á la sulfúrea luz, monge sombrío
A mi lado pasó, y á su presencia
Tembló mi corazon, cedió mi brio.
Pedíle amparo, mas fatal sentencia
Me fulminó diciendo: ¡Vaya, impío,
Que él, á quien deshonró tu incontinencia,
Vendrá de crímen y vergüenza lleno
Con tu mismo puñal á hendir tu seno!
Dijo: y por entre la niebla arrebatado
Huyó el fantasma y me dejó aterrado.
Theud. Sueño vuestro, fantasma peregrino
Fué de la calentura abrasadora.
Rod. No, Theudia, voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Theudia, no hay para mi paz ni reposo;
Do quiera el paso sin piedad me cierra

Ese espectro á mi raza peligroso.
Ves el puñal que cuelga en mi cintura,
Con él me ha de matar, es mi destino;
Theudia, no hay tierra para mí segura,
Ese hombre ha de bajar por mi camino.
Theud. ¡Y eso creeis...! Calládselo á la gente,
Y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
Amenguó de vuestra alma la grandeza
Y amenguó la razon de vuestra mente.
Rod. Tiene en mi corazon sacro prestigio,
Theudia, te lo confieso, y me amedrenta
Aquella prediccion y aquel prodigio.
Theud. ¡Prodigio lo llamais! ¿Y no os afrenta
Tan vil supersticion?
Rod. Sea en buen hora,
Mas creo en ella; á ser fascinadora
De la mente aprension despareciera
Con el tiempo; el ayuno y el cilicio
Arrancado á la mente se la hubiera.
Theud. La arrancara mejor trompa guerrera
Y de la lid revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor á vuestra raza,
En vez de esta cabaña y ese sayo,
La blanca tienda y la ferrada maza
Y el bruto cordobés hijo del rayo.
Sí, mientras viva Theudia y por amigo
Querais tenerle, con bizarro alarde
Os dirá, de la paz siempre enemigo,
Que el noble que no lidia es un cobarde.
Rod. ¡Traidor!
Theud. ¡Hola! vuestra alma se despierta
A la voz del honor; así os queria:
Veo que aun vuestra sangre no está muerta
Y alienta el corazon con hidalguía.
Escuchadme, señor, y ved despacio
El peso y la razon de lo que os digo,
Que es mengua, sí, que quien nació en palacio
Aguarde con pavor á su enemigo.
Perdido estais, sin esperanza alguna,
No hay para vos ni fuerza ni derecho,
No hay para vos ni gente ni fortuna:
El moro vuestro ejército ha deshecho
Y atropelló á la cruz la media luna:
Mas hay un corazon en vuestro pecho
Que á vuestro antiguo honor cuentas demande,
Y un corazon de rey debe ser grande.
Si á las manos morir es vuestro sino
De ese conde traidor que nos vendiera,
La mitad evitadle del camino
Tras él saliendo con audacia fiera.
Provocad con valor vuestro destino,
Con él travaos en la lid postrera,
Y arrostrad ese sino que os espanta
Vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no teneis ni ejércitos ni enseñas;
Mas os resta un amigo y un vasallo,
Y las lunas del mundo no son dueñas,
Ni es de la suerte irrevocable el fallo.
Dejad pues el misterio de estas breñas,
Asíos de una lanza y un caballo,
Y con caballo y lanza y yo escudero,
Si no podeis ser rey, sed caballero.
Rod. Basta, Theudia; ese bélico lenguaje
Cumple á los corazones bien nacidos,
Y en el mio despiertan el coraje
De tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje,
Sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Theudia, tienes razon, de cualquier modo
Morir me cumple cual monarca godo.
Sí, ya á mi olfato y mis oidos siento
Que trae el aura que las tiendas mece
El militar olor del campamento
Y el clamor de la lid que se embravece,
Y del clarin agudo el limpio acento
Que á los nobles caballos estremece;
Y esa guerrera y bárbara armonía
La prez me torna de la estirpe mia.
Indigna es de un monarca y de un guerrero
Esta debilidad que me avergüenza;
De mi supersticion reirme quiero,
No quiero, Theudia, que el pavor me venza.
Theud. Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo;
Buscar al conde y perecer vengado,
O guareceros del pendon amigo
Y acabar con honor como soldado.
Rod. Cumple eso mas al corazon que abrigo:
Theudia, olvidémonos de lo pasado,
Y en la desgracia de rencor ajenos
Bajemos á la tumba de los buenos.
Esta arma vil que á mi existencia amaga
Quédese aquí despues de mi partida,
(*Clava el puñal en el poste que sostiene la choza.*)
Y quede en este tronco con mi daga
Enclavado el misterio de mi vida.
¿Dices que ha levantado en la montaña
Pendon un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra estraña?
¡Lejos de mí mi penitente sayo!
Vamos, Theudia, á lidiar por nuestra España
Y á triunfar ó caer con Don Pelayo:
No diga nunca el mundo venidero
Que ni supe ser rey, ni caballero.
Theud. ¡Ahora os conozco, vive Dios!
Rod. Mañana
Partirémos á Asturias.

Theud. Franco paso
Nos dará el Portugal que nos dió asilo.
Rod. Hasta mañana pues; duerme tranquilo.
Duerme, Theudia.
Theud. ¡Señor, velando acaso
Vais á quedar mi sueño!
Rod. Desde ahora
No hay de los dos segundo ni primero.
Theud. Señor...
Rod. Déjame solo hasta la aurora;
Pues no soy mas que un pobre aventurero,
Seré en vez de tu rey tu compañero.
(*Vase Theudia al aposento contiguo de la izquierda.*)

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Bien dice ese lëal. Mas vale al cabo
Caer en una lid por causa estraña,
Que de servil supersticion esclavo
Llorar imbécil la pérdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
Con mi contraria suerte por herencia,
Velando en el misterio mas profundo
El secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero;
Encerrado desde hoy en mi armadura,
Seré en mi propia causa aventurero,
Sin esperar jamás prez ni ventura.
Mas al caër lidiando en la campaña
Al pueblo diga mi sangrienta huella:
«Ved, si no supo defender á España,
Supo á lo menos sucumbir por ella.»
Mas ¡ay triste de mí! mi pueblo mismo
Que me tiene en horror, con frio encono
Me verá descender hácia el abismo
Como me ha visto descender del trono.
Sí, aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
Y todo es obra tuya, conde infame,
Por tí desprecio soy del universo.
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(*Viendo el puñal.*)
¡Mas Dios Santo, ahi estás! húyeme, aparta,
Sueño fascinador, que esquivo en vano.
Nunca de sangre de los godos harta
Esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
Ser esterminador de mi familia,
Uno solo de entrambos quede vivo,
Veamos el infierno á quién auxilia.
Mi razon, mí creencia lo repele;
Mas nunca echar de mi puedo esta idea;
Ese dia fatal ¡oh infierno! impele,
Traénosle de una vez y pronto sea.
Vértigo horrible el corazon me acosa,
Sed de su sangre el corazon me irrita...
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,
O ante mis ojos ven, sombra precita!
(*Abrese la puerta con ímpetu, y al par que ilumina el fondo un relámpago, entra en la escena el conde Don Julian.*)

ESCENA VI.

DON RODRIGO, EL CONDE.

Conde. Gracias al diablo que llegué á la cumbre.
Rod. ¿Quién es? ¿dó va? ¿qué busca? ¿quién le traë?
Conde. ¡Rápido preguntar! mas si es costumbre
Oid. Un hombre, á Portugal, y lumbre
Para secarme del turbion que caë.
¿Hay mas que preguntar?
Rod. Mal humor gasta.
Conde. Lo mismo que pregunta le respondo.
¿Tiene algo que cenar?
Rod. Nada.
Conde. Pues basta.
La cuestion por mi parte ha dado fondo.
(*Se sienta con calma á la lumbre.*)
Rod. Desatento venís donde os alojan.
Conde. Pues sin brindarme vos yo me aparezco,
Y esos nublados hasta aquí me arrojan,
Ni vos me la ofreceis ni os la agradezco.
Rod. Me obliga por mi fe la cortesía,
Mas no soy hombre que á sufrir me avengo
Razones de tamaña altanería.
Conde Tampoco yo, que despechado vengo
Y harto estoy de la vida.
Rod. Y yo lo mismo.
Conde. Yo tras la muerte con deseo insano
Debo partir mañana muy temprano.
Rod. Y yo tambien.
Conde. ¿Y adónde?
Rod. A España.
Conde. De ella
Vengo.
Rod. ¿Sois de ella?
Conde. Por desdicha mia.
Rod. Cúpome á mí tambien tan mala estrella.
Conde. Que la mia peor nunca seria.
Rod. Puede que sí.
Conde. Lo dudo.
Rod. Allí he perdido
Cuanto amé.
Conde. Yo tambien.
Rod. Padres, hermanos...
Conde. Yo tambien.

Rod. Mis amigos me han vendido.
Conde. Tambien á mí.
Rod. Fuí mofa á los villanos.
Conde. Tambien yo.
Rod. Y el honor de mis blasones
Ultrajó un hombre vil.
Conde. Y otro los mios.
Rod. Yo he tenido que huir.
Conde. Como ladrones
Nos desbandamos sin poder ni brios
Mis soldados y yo. Todos ingratos
Me han sido á mi.
Rod. Y á mi todos traidores.
Conde. Nada espero.
Rod. Ni yo. Mas pienso á ratos
En venganzas horribles.
Conde. No mayores
Que las mias serán.
Rod. ¡Oh! Sí. Son tales
Que vértigos terribles me producen.
Conde. Los mios á la rabia son iguales.
Rod. Y los mios á España me conducen
Nada mas que á morir.
Conde. Y á mi lo mismo:
Vengo á buscar un hombre á quien detesto,
Y ante uno de los dos se abre el abismo.
Rod. Yo busco á otro hombre para mí funesto,
Y guardo ese puñal de mi familia
Que del uno es el fin de todos modos.
(*El Conde lo mira y lo reconoce. Esto depende de los actores.*)
Conde. ¿Es tuyo ese puñal?
Rod. Sí.
Conde. ¡Dios me auxilia!
Ese hierro es la muerte de los godos.
Rod. Godo soy.
Conde. Yo tambien, mas su enemigo.
Rod. ¿Quién hará de ello ante mi vista alarde?
Conde. ¡Tú eres el torpe rey...!
Rod. Tú el vil cobarde...
Conde. Yo el conde Don Julian.
Rod. Yo Don Rodrigo.
(*Quedan un momento contemplándose.*)
Conde. Nos hallamos al fin.
Rod. Sí, nos hallamos.
Y ambos á dos, execracion del mundo,
La última vez mirándonos estamos.
Conde. Eso apetece mi rencor profundo.
Mírame bien: sobre esta faz, Rodrigo,
Echaron un baldon tus liviandades,
Y el universo de él será testigo,
Y tu torpeza horror de las edades.
Rod. Culpa fué de mi amor la culpa mia,
De Florinda me abona la hermosura;
Mas ¿quién te abonará tu villanía?
Conde. De mi misma traicion la desventura.
Deshonrado por tí, perdílo todo,
Mas no saciaba mi venganza fiera
Tu afrenta nada mas, menester era
Toda la afrenta del imperio godo.
Rod. ¡De un traidor como tú fué digna hazaña!
Cumplieras con tus viles intenciones
Yendo á matarme con silencio y maña,
O contra mí sacaras tus pendones
Y bebieras mi sangre en la campaña,
Mi corazon echando á tus legiones;
Mas no lograrás con tan necio encono
Vender á España, por hollar mi trono.
Conde. Todo lo ansiaba mi tremenda saña;
No hartaba mis sangrientas intenciones
Beber tu sangre con silencio y maña,
O en contra tuya levantar pendones;
Dar quise tu lugar á estirpe estraña
Y tu raza borrar de las naciones:
Eso queria mi sangriento encono,
Vender tu reino y derribar tu trono.
Rod. ¡Y lo lograste!
Conde. Sí, logré que al cabo
El mundo á ambos á dos nos aborrezca,
Y á tí de torpes vicios por esclavo,
Y á mí por mi traicion nos escarnezca.
Rod. ¡Tanta maldad de comprender no acabo!
Conde. Hice mas.
Rod. Imposible es ya que crezca
Tu infamia.
Conde. Escucha pues ¡oh rey Rodrigo!
A cuánto llega mi rencor contigo.
Yo solo quedo de mi raza: presa
Los demas de los moros, á pedradas
Fué muerta ante mis ojos la condesa,
Y á la mar arrojados á lanzadas
Mis hijos de Tarifa en la sorpresa:
Mas te traigo una nueva que pagadas
Todas me deja las desdichas mias;
Supe tiempo há que en Portugal vivias.
Rod. ¡Dios!
Conde. Por un monge que te halló en la selva.
Rod. ¡Un monge! (*Con temor.*)
Conde. Sí, mi hermano, cuyos votos
Le impiden hoy que contra ti se vuelva,
Mas cuya astucia para siempre rotos
Los anillos dejó de mis cadenas
Para seguir tus pasos noche y dia,
Y para que la sangre de tus venas
La mancha lave de la afrenta mia.
Rod. ¿Y es cierto? ¿y ese monge era tu hermano?

¿Era un hombre no mas? ¡no era un fantasma!
¿Nada habia en su ser de sobrehumano?
Conde. ¡Que tal preguntes en verdad me pasma!
Él me salvó y me dijo: Ve á buscarle,
Mas antes de matarle
Dile que su castísima Ejilona
Con su amor ha comprado otra corona.
Rod. ¡Mi esposa!
Conde. Sí, Abdalasis te la quita,
O por mejor decir vendiósele ella,
Y bien la raza en que nació acredita,
Y de su esposo bien sigue lo huella.
(*Con mofa.*)
Una reina cristiana favorita
De un árabe... ¡oh, nació con brava estrella!
No penes pues por tan leal matrona,
Que esposo no la falta ni corona.
Rod. Basta, basta, traidor: la estirpe goda
Deshonrada por tí, por tí vendida,
Clama sedienta por tu sangre toda.
(*Don Rodrigo va á coger el puñal que está clavado en el poste, pero el conde Don Julian se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede dos pasos con supersticioso temor.*)
Conde. Con la tuya á la par sea vertida.
El mismo cieno nuestro timbre enloda,
La misma tumba nos dará cabida.
(*El Conde se arroja sobre Don Rodrigo, mas Theudia se presenta de repente entre los dos con la hacha de armas empuñada.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIAN, THEUDIA, ERMITAÑO.

Theud. ¡Mientes! aun queda quien su honor repare
Y del traidor al infeliz separe.
(*Da al Conde un golpe mortal, y cae.*)
Rod. ¡Theudia!
Theud. Señor, cumpli conmigo mismo,
Que al vengaros á vos vengué á la España.
Rod. ¡Gracias, Theudia! hoy me arranca tu heroismo
Mi ruin supersticion á un noble estraña.
Sí, mi pavor con él baje al abismo:
Partamos con Pelayo á la montaña,
Y logremos ¡oh Theudia! por lo menos
Morir en nuestra patria como buenos.
(*Al Ermitaño.*)
Padre, dad á ese tronco sepultura
Donde repose en paz: mi justo encono
No pasa, no, de su mansion oscura,
Aunque el honor de España esté en mi abono.
Yo vuelvo al campo á la pelea dura,
Y aunque muera sin huestes y sin trono,
Siempre ha de ser para quien muere honrado
Tumba de rey la fosa del soldado.
(*Vase con Theudia, y cae el telon.*)

SOFRONIA,

TRAGEDIA EN UN ACTO.

A LUIS PIZARRO,

CONDE DE LAS NAVAS,

EN PRUEBA DE AMISTAD Y CORDIAL APRECIO,

DEDICA ESTE TRABAJO SU BUEN AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 8 de febrero de 1843.

NOTAS DEL AUTOR.

Hablando del emperador Majencio dice el magnífico caballero Don Pedro Mejía en su Historia imperial y cesárea: « Porque él era cruel matador y perseguidor de la gente noble » y principal de Roma, vicioso, lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo » perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos tirano, etc. »

Lorenzo Echard, en su historia de Roma desde su fundacion hasta la traslacion del imperio por Constantino, dice, hablando del mismo emperador Majencio:

« Robaba las mujeres de los senadores y de los primeros caballeros de Roma, y despues » de haberlas gozado las volvia á enviar á sus maridos. Habiendo querido usar de la misma » violencia con Sofronia, mujer del prefecto de Roma, la cual era Cristiana, pidió aquella » mujer unos momentos para adornarse, y encerrándose en su cuarto se mató: accion animosa » por cierto, mas reprensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. Majencio permitia » á sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba, en vez de exhortarlos á » observar una exacta disciplina, les decia que se alegrasen y no se privaran de nada que » apeteciesen. Saqueaba los templos; mataba á los ricos para tomar sus bienes; oprimia al » pueblo con impuestos; y en fin, redujo la ciudad de Roma á tal miseria, que faltaban en » ella las cosas mas necesarias, porque el emperador lo disipaba todo con sus desórdenes y » prodigalidad. »

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia; ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del emperador, me he atenido estrictamente á la historia, como creo que está á la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteracion por motivos que espondré.

Publio era (segun las historias) un hombre débil que tembló delante del emperador y casi consintió en su liviandad: Sofronia era cristiana y se suicidó, accion criminal segun nuestra fe, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara: era pues necesario al interés trágico borrar esta mancha del carácter de la protagonista para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasion; é hice por tanto de Sofronia una mártir, y del amor de su marido su verdugo. Con lo cual si no he dado gusto á los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la accion á un solo acto por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir á los espectadores con eternos diálogos que no están dispuestos á escuchar en nuestros actuales teatros. Y finalmente, he escrito mi tragedia

en versos aconsonantados y no en romance endecasílabo por tres razones. La primera porque todo un acto en un mismo asonante es mas monótono é insufrible que el ruido de los mazos de un batan. La segunda porque, siendo tan fácil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo á cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera por mi propia voluntad y capricho, que es la que mas me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.

PERSONAS.

SOFRONIA.
EL EMPERADOR MAJENCIO.
PUBLIO, prefecto de Roma.
SILANO, esclavo del Emperador.
SIRO, esclavo de Publio (que no habla).

Roma año de 310 de J. C.

ACTO ÚNICO.

Portico interior en el piso bajo del palacio del Emperador Majencio, que da paso á las habitaciones de Publio, prefecto de Roma, y á los jardines. Puerta á la derecha que da al interior del palacio. Puerta á la izquierda que da á los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo una balaustrada de piedra por cuyo centro se sale á los jardines del Emperador, que se estienden detrás de ella, iluminados por la luna, decorados con estátuas, fuentes, arcos, jarrones, etc., etc. A lo lejos y cerrando el cuadro la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

—

ESCENA PRIMERA.

AL LEVANTARSE EL TELON APARECERA SOFRONIA ASOMADA A LA BALAUSTRADA, Y MIRANDO A LOS JARDINES CON ATENCION. SILANO APARECE AL QUINTO VERSO POR EL FONDO.

Sofr. Vuelve: no hay medio ya: todo es inútil.
Acaben de una vez vanas escusas,
Y repela sus bárbaros antojos
De la noble virtud la fuerza ruda.
¿Quiere guerra? La habrá, desesperada.
Yo caeré acaso en tan horrenda lucha;
Mas no me da pavor, yo la provoco:
Muerta caeré, pero rendida nunca.

ESCENA II.

SOFRONIA, SILANO.

Sofr. Pronto vuelves.
Sil. Da pronto y fácil paso
Puerta en esa ala del palacio oculta.
Sofr. ¿Qué dice tu señor?
Sil., dándole una carta ó papiro. Lee lo que dice.
Sofr., despues de leer. ¿Por fuerza ó voluntad he de ser suya?
Sil. Él mismo quiere de tu misma boca
Tu asentimiento oir ó tu repulsa,
Y á tí vendrá dentro de poco: piénsalo:
Su voluntad con tu interés consulta,
Pero si aprecias un consejo cede.
Sofr. ¿Quién tu opinion, esclavo, te pregunta?
Silencio, y agradece si á sus plantas
Con lengua vuelves en la boca inmunda.
Sil. ¿Esa respuesta le daré?
Sofr. La misma.
Sil. Es el Emperador.
Sofr. ¿Lo pongo en duda?
Sil. Vas su furia á escitar.
Sofr. Despeja, esclavo;
Yo desprecio su amor como su furia.
Sil. Dueño es de sus vasallos absoluto.
Sofr. No llega su poder mas que á la tumba.
Sil. Te la abre ante los piés tu resistencia.
Sofr. Sabré en ella caer libre de culpa.
Sil. ¿Eso dices?
Sofr. No mas.
Sil. Quieran los dioses
Valerte.
Sofr. Ve.
Sil. Tu esclavo te saluda.

ESCENA III.

SOFRONIA.

Primero de una vez el pecho mio
Desgarren sus verdugos, y una á una

Las gotas de mi sangre derramadas
El alma arranquen de la carne impura.
No me conoce aun, si espera necio
Que á sus halagos mi virtud sucumba,
Ni el imperio, que se huye de sus manos,
Compre mi corazon, ni le seduzca.
Si las damas romanas hoy olvidan
La alta nobleza que su sangre ilustra,
Y de su Emperador se hacen esclavas
Ofreciéndole viles su hermosura,
Que alguna queda de su antigua raza
Verán al menos para mengua suya;
Y alguna queda que por alto ejemplo
Sin vida caiga, mas sin honra nunca.
Mas Publio.

ESCENA IV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. ¡Aun aquí tú, Sofronia mia!
¿Mas qué pesar te asalta? Ese encendido
Color del rostro... de tu mano fria
El temblor...
Sofr. ¡Tu ilusion!
Pub. No, yo he sentido
Minar mi corazon lenta y traidora
Una sospecha ruin, y harto há que veo
Que tu pecho secretos atesora
Que en vano espío y comprender deseo.
Sofr. Publio, y has visto bien: honda tristeza
Me prensa el corazon.
Pub. ¿Quién, dulce amiga,
Te la pudo causar?
Sofr. Esta grandeza,
Este fausto de Roma me fatiga.
Ansío soledad, reposo anhelo;
Pluguiérame un lugar de aquí lejano
Donde mas puro se gozara el cielo,
Mas libre el aire, y el placer mas llano.
Será un capricho mujeril si quieres,
Mas á mí que te adoro, esposo mio,
Tú me bastas, y el lujo y los placeres
De contento en lugar, me dan hastío.
Si tú me amas así, la pompa deja
De esta corte imperial, y los honores;
De esta contínua bacanal me aleja,
Donde parecen mal castos amores.
Salgamos de esta Roma corrompida,
Y uno para otro amor, mútuo consuelo
Dulce llevemos y envidiable vida
En mas tranquilo y retirada suelo.
Pub. No sé, Sofronia mia, qué adivino
De siniestro y fatal en tus palabras:
Me estraña ese capricho repentino;
Todo tu corazon fuerza es que me abras.
¿Qué temes, di? ¿qué dudas? ¿qué recelas?
¿Qué secreta razon ó qué manía
A Roma te hace odiar? ¿Porqué me velas
Tu recóndito mal, Sofronia mia?
Sofr. Siempre, Publio, te amé.
Pub. Lo sé.
Sofr. Por eso
Constante siempre, y respetada esposa,
Guardar supe tu honor puro é ileso
En media de esta Roma escandalosa.
Nunca temí que el viento corrompido
Que en su recinto infame se respira
Llegara á un corazon bien defendido;
Mas esta débil esperanza espira.
Pub. Sofronia, si hasta á tí llegar osado
Pudo algun miserable libertino,
Muy mal con su razon lo ha consultado.
Nómbrale.
Sofr. Es mas fatal nuestro destino,
Publio. El suelo de Roma es una sima
Que si con pronta fuga no evitamos
Nos sorberá por fin: mi aviso estima,
Y cree á mi corazon, Publio, partamos.
Pub. ¿Todo un glorioso porvenir es fuerza
Que abandonemos! Mi fortuna crece,
Nada hay que mi favor derroque ó tuerza,
Porque el Emperador me favorece.
Mio es su imperio, la pasada carga
Del gobierno en mis hombros deposita,
Y á mucho acaso mi ambicion se alarga,
Mucho Roma tal vez me necesita.
Te confieso en verdad que algunas veces
La licencia imperial me escandaliza:
Mas hombre soy, y mi ambicion atiza
El quererte ofrecer cuanto mereces.
Sofr. No pienses, Publio, en mí: yo nada quiero:
Tú eres mi único bien: mas odio á Roma,
Y de ella pronto que me alejes quiero.
Pub. Sofronia, ahora dejarla es imposible.
¿Mi cargo renunciar cuando á sus puertas
Se acerca con ejército terrible
Constantino? Sospechas daré ciertas
De traicion á Majencio, y será acaso
Mi sentencia de muerte mi renuncia.
Sofr. Nuestra vida se encierra en frágil vaso,
Publio, y cercana tempestad se anuncia.
Esta ciudad de crímen, que se aduerme
Arrullando el placer de sus señores,
Tal vez anhela en su reposo inerme
Otra estirpe mejor de emperadores.
Pub. ¡Sofronia!
Sofr. Sí, la sangre y la vergüenza
El manto son en que se envuelve Roma:
¿Qué mucho pues que Constantino venza
A quien el yugo de la infamia doma?
¿Qué hace tu Emperador? Pisa y viola
Cuantas leyes al pueblo dan amparo,
Su imperio airado, y sin razon, asola,

Y celebra sus vicios con descaro.
Contribuciones sin poder impuestas
En festines opíparos destruye,
Embriaga al vulgo con inmundas fiestas
Y las damas romanas prostituye.
Despierta, Publio; nada está seguro:
Un capricho imperial lo puede todo,
Y penetra el recinto mas oscuro
Su malicia infernal de cualquier modo.
Pub. Basta, Sofronia, basta; te comprendo.
Sofr. Mira. (*Dándole la carta del Emperador.*)
Pub. ¡Y así me pagas mis servicios!
¡Y mientras yo tu imperio te defiendo
Víctima soy de tus horrendos vicios!
Claro lo veo al fin; ¡tanta privanza,
Tanto imperial favor, tanta ventura
Mi fe y mi lealtad no me la alcanza!
¡Es el precio no mas de su hermosura!
Basta, tirano, tu vileza entiendo.
Sofr. Salgamos pues de Roma.
Pub. Sí, salgamos,
Mas en las sombras de la noche, huyendo,
Antes que en su poder ambos caigamos.
Tengo, oh Sofronia mia, felizmente
Regio poder, y una órden de mi mano
Nos franqueará las puertas libremente,
Y el furor burlarémos del tirano.
¡Oh, bien mi corazon me lo decia!
No en vano fermentaban mis recelos.
Tienes razon, huyamos, alma mia,
Y amparen pios nuestro amor los cielos.
Sofr. Publio, y que pronto sea, porque acaso
Ya la astuta serpiente se introduce
Bajo el lecho nupcial, y un solo paso
A la infamia ó la muerte nos conduce.
Pub. ¿Tienes valor?
Sofr. Sí, Publio, para todo;
Todo lo renuncié por amor tuyo,
Y á cuanto me ordenares me acomodo:
«Quédate;»—y permanezco: «húyele;»—y huyo.
Pub. Pues apréstate á huir, oro recoge
Que nos compre otra vida en otra tierra,
Y que halle el gavilan cuando se arroje
Que ya la red al colorin no encierra.

ESCENA V.

PUBLIO, SOLO.

Inútil fué mi esfuerzo: inútil, vano
Mi afan en ocultarla de sus ojos;
Todo lo mina su poder tirano,
Y no tienen ya freno sus antojos.
Unico amigo en quien fiar podia,
Solo leal que por su bien velaba,
Cuanto me honraba mas, mas me vendia,
Y en contra de mi honor mas conspiraba.
Siga su suerte pues, sígala solo:
No en él la sed de sangre se despierte,
Y al fin concluyan el amor y el dolo
En vil sentencia de venganza y muerte.
Siro.

ESCENA VI.

PUBLIO, SIRO, ESCLAVO.

Su curso al concluir la luna
Debajo de los pórticos de Vesta,
Sin que lleguen á dar sospecha alguna,
Tres caballos veloces nos apresta.
Si nos sacas de Roma serás libre:
Mis jardines te doy de Lucretila,
Y al otro lado en viéndonos del Tibre
Cuantos caballos deje en pós, mutila.
Parte.

ESCENA VII.

PUBLIO.

A Dios para siempre, áureo palacio,
Morada de los Césares augusta,
Alcázar imperial de cuyo espacio
Se aleja la virtud triste y adusta.
Yo riqueza y poder, gloria, esperanza
Renuncio sin pesar; y noblemente
Sin intentar sacrílega venganza
Delante del honor doblo la frente.
Eres mi Emperador, yo no repelo
Tu ley augusta, mas si torpe mano
Pones en nuestro honor, huyo al tirano
Y juzgue de ambos la razon el cielo.
(*El Emperador Majencio se acerca por el fondo de los jardines.*)
Mas él se acerca; rondador taimado
Del ajeno tesoro, astuto emboza
Con velo de amistad el preparado
Dardo traidor que en aprestar se goza.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR, PUBLIO.

Emp. Publio.
Pub. Salud, Emperador Augusto.
Tan escelso favor mi orgullo colma.
¡Vos mismo descender á mi morada!
Emp. Sin duda, Publio, que descienda importa.
Graves cuidados sin cesar me abruman,
Graves temores sin cesar me acosan:
Y echar sobre tus hombros necesito
Este peso molesto que me enoja.
Pub. Mandad, señor.

Emp. ¿Qué, Publio, me valiera
Del grande imperio la soberbia pompa,
Si yo mismo tuviera que ocuparme
En cuidar de mi imperio y mi corona?
Las dignidades vuestras, si eso hiciere,
Inútiles al fin me fueran todas,
Y en lugar del señor, fuera el esclavo
Quien el sacro laurel ceñirse logra.
Yo lo entiendo mejor; lidien mis Césares,
Defiendan mis Pretores las remotas
Fronteras del imperio, mas en tanto
Dulce tranquilidad disfrute Roma.
De las fiestas de Flora y Baco quiero
Renovar las antiguas ceremonias;
Quiero que el vulgo se divierta y goce,
Y el árbol del placer nos preste sombra.
Francos los almacenes imperiales
Para el pueblo romano desde ahora,
De Italia y Grecia los antiguos vinos
Para la alegre muchedumbre corran.
Salgan audaces las Bacantes, salgan
De sus templos las vírgenes hermosas,
Y dancen en las fiestas Lupercales
Las esclavas á par con las matronas.
Mi imperio es de deleites y de dichas,
El tiempo es breve y la existencia corta:
Quiero que el pueblo por placeres solo
Cuente no mas de mi reinar las horas.
Pub. Señor, estando en rebelion do quiera
Las provincias lejanas.
Emp. ¡Me acongoja
Que me hablen de provincias y de pueblos
Que se rebelan! Publio, ¿qué me importa
Que vayan mis provincias á otras manos
De las mias pasando unas tras otras?
Capaz de mil imperios es la tierra;
Lógrelos pues quien mas los ambiciona.
Cámbiese al fin cada provincia en uno
Como el imperio mio sea Roma.
Me canso de escuchar reconvenciones,
Prefecto; mi paciencia se desborda,
Y hacer un escarmiento determino
Que muestre mi justicia vengadora.
Pub. Hablad.
Emp. Sabes que en Roma hay una raza
Que de severa rectitud blasona,
Y que á todo se atreve y falta á todo
Culpando á nuestra edad de impía y loca.
Pub. Los cristianos, señor.
Emp. Sí, los cristianos,
Que inculcan su creencia mentirosa
En las pueriles almas de los crédulos
Y al cielo ofenden y á la ley provocan.
Ante las mismas puertas del palacio
Con estraña osadía escandalosa
Han fijado pasquines esta noche
Muerte á mi estirpe amenazando pronta.
Bárbaro llaman al romano pueblo,
Y de sus dioses de metal se mofan,
Y con el signo de la cruz infame
Sus pasquines sacrílegos coronan.
Pues bien, quiero mostrarles lo que puede
Mi raza noble aun á estinguirse próxima,
Quiero que sacrifiquen ó que mueran:
Perjuros han de ser, ó muertos. Toma,
(*Dale pliegos.*)
Publio; á cumplir disponte mis decretos:
De ellos no ha de quedar rastro ni sombra;
Ocho veces han sido esterminados,
En mi reinado pues será la nona.
Sus cabezas pondré por los caminos,
Con sus pieles haré curtir alfombras,
Y espondré sus mujeres en los circos
Por diversion y escándalo de Roma.
Pub. Mirad...
Emp. No miro nada; al punto, Publio,
Mi voluntad publica; todos oigan
Su dicha ó su sentencia, y que comiencen
Su esterminio y mis fiestas con la aurora.
Pub. Señor...
Emp. Silencio: sin cumplir mis órdenes
¡Ay de tu vida si á palacio tornas!
Pub., ap. Tirano astuto, tu intencion comprendo;
Lejos me quieres, mis estancias solas
Porque el triunfo mas fácil te figuras;
Mas ¡ay de entrambos si mi saña enconas!

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, SILANO.

Emp. Silano. (*Sale Silano.*)
A ese hombre por do quier se espie:
Lleva en su corazon sospecha sorda,
Y de todo es capaz su ánimo osado
A impulso de los celos que le ahogan.
Sil. Bien espiado está: ni una palabra,
Ni una accion, ni la idea mas recóndita
Se escapará á los linces que le cercan.
Emp. Intentará tal vez...
Sil. Su esclavo ahora
Dispone sus caballos mas veloces,
Y á favor de la noche protectora
Partiendo de los pórticos de Vesta
Saldrán de la ciudad él y Sofronia.
Emp. ¿Es pues, Silano, el disimulo inútil?
¿inútil mi templanza generosa?
¿Fuerza será que de una vez anuncie
Mi imperial voluntad?
Sil. Su misma boca
Le reveló el secreto, y ella misma
Le entregó vuestra carta; nada ignora.
Emp. Tórnese pues en ley este capricho:
Todas las vallas de mi amor se rompan,
Y aprendan de una vez que á los esclavos

Solo postrarse ante el señor les toca.
De ese Publio me cansa la justicia,
Su rectitud estúpida me enoja,
Y no quiero escucharle los consejos
Con que el placer me amengua ó me le estorba.
Juez le nombro de hoy mas de los cristianos,
Procónsul va de mis provincias todas
A esterminar en todas á esa raza
Que de un suplicio vil el signo adora.
Así le mantendré de Roma lejos,
Y de mí mismo así gozaré en Roma.
Mis antojos son ley : todos la acaten :
Derecho es este que mi sangre goza.
Cuida de que se cumplan mis mandatos,
Que arda mi imperio en fiestas ostentosas;
Y esa fiera beldad aquí condúceme,
Silano, y estas salas abandona.
Sil. Halagadla, señor, que es muy altiva,
Y á los amagos su cerviz no dobla.
Emp. La amo como jamás amé á ninguna,
Pero si nada mi cariño logra,
Soy el Emperador, y á fuerza ó ruego
Todo ante el sacro Emperador se postra.

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Lejos de mí la máscara : parezca
Tal cual es la pasion que me devora,
Y caiga de una vez en poder mio
De esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI.

EL EMPERADOR, SOFRONIA.

(*Silano, que la conduce, se aleja por el fondo dejándola en escena.*)
Emp. (Héla aquí : su beldad admiro mudo.)
Salve, ¡ oh Sofronia !
Sofr. Augusto, yo os saludo.
Emp. Deja, deja la grave ceremonia
Y humilde tono para el vulgo rudo.
Tu esclavo soy no mas : manda, oh Sofronia.
Sofr. Escusadme, señor, frases molestas
De galanteos para mí perdidos,
Que ni en mis labios hallarán respuestas,
Ni hallarán atencion en mis oidos.
Emp. Ya sé que mis ofertas rehusando
Mis amorosas cartas no leiste;
Y ya sé que mi enojo despreciando
A mi esclavo tenaz « nunca » dijiste.
Mas tu ostinada resistencia entiendo :
Conoces lo que vale tu hermosura
Y á mis ojos la estás encareciendo.
Bien haces, ¡ oh celeste criatura!
Mas baste ya de tu rigor injusto,
Bañe tu faz, bellisíma sirena,
En vez del ceño que la entolda adusto,
Sonrisa de placer dulce y serena.
¿De qué te sirve, oh ninfa encantadora,
Tu ardiente corazon y tu hermosura,
Si te se va la vida hora tras hora
En calma triste y soledad oscura?
Otra existencia de placer te brinda
Mi poder y mi amor : deja que al cabo
El tuyo, hermosa, á mi pasion se rinda;
Déjame que á tus piés espire esclavo.
Sofr. Señor, mi corazon mentir no sabe :
No os amó nunca; y vuestro impuro halago
Imposible ha de ser que de él recabe
Un solo impulso del amor mas vago.
Vos lo veis : encerrada eternamente
De mi cámara oculta en el retiro,
Se desliza mi vida dulcemente
Sin que el placer de esta ciudad demente
Me arranque al corazon solo un suspiro.
Noble, rica, envidiada y bien querida,
Podria yo llevar si me pluguiera
Inquieta, alegre y disipada vida,
Como vos la llevais y Roma entera,
Y así dejando vuestra ley cumplida
A tachármela nadie se atreviera :
Mas yo sé bien lo que á mi honor le debo
Y vida tal porque me importa llevo.
Emp. La llevas, pobre tórtola enjaulada,
La llevas porque nunca has sospechado
Que tras los muros de que estás cercada
Otra vida hay mejor que no has gozado.
¿Sabes tal vez cuán plácidas las horas
Se van fuera de este ámbito sombrío?
¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
Cuánto en delicias hierve encantadoras
Esa ancha Roma del imperio mio?
Un imperio de dicha y bienandanza
Donde el único fin es la ventura,
Un imperio de amor donde no lanza
Su rayo el duelo, y á él pesar no alcanza,
Y donde reina libre la hermosura.
Pues bien, del universo soberano
No hay nada que á mi antojo se resista;
Ese imperio feliz está en mi mano,
Yo le pongo á tus piés, es tu conquista.
Sofr. Apartaos, señor, ved que me ofende
De vuestra loca audacia la grandeza :
Si la hermosura ó el amor se vende,
No se ha vendido nunca la nobleza.
Emp. Oyeme y ve la asoladora llama
Que tú en mi corazon has encendido,
Fuego que mas tu resistencia inflama
Y á odiar me arrastra cuanto tú no has sido.
Una sola mujer no hubo en mi imperio

A quien yo no llamara esclava mia,
Nunca embozó mi amor vano misterio,
Y mandaba mi amor, no se rendia.
Mas no así al tuyo el corazon se atreve,
Que cuanto te ama mas, mas se recela,
Y mas conoce que arrastrarse debe
Ante los sacros piés del bien que anhela.
Rendido está: mas tiéndele una mano,
Y tu planta en pós dél tiende á mi trono.
Reina; y si sirve de mi fe en abono
O halaga tu capricho soberano
Mándalo, y á tu voz polvo liviano
Será esa Roma que escitó tu encono:
El orbe entero se hundirá conmigo
Si una sonrisa de tu amor consigo.
Sofr. Basta, señor, que me afrentais.
Emp. ¡Sofronia!
Sofr. Ya sé que vuestro imperio abominable
Avergüenza á la misma Babilonia
Por vuestro ejemplo torpe y execrable.
Ya sé que en Roma sin pudor, ni freno,
No hay mas Dios que el placer, mas ley que el gusto;
Cuanto os halaga á vos se da por bueno,
Cuanto lleva al placer se da por justo.
Ya sé que al pueblo manteneis esclavo
Con la embriaguez del vino y la licencia
Sin que haya un corazon que sepa bravo
Acotar vuestra bárbara impudencia:
Sé que fiestas infames se instituyen;
Leyes que la hermosura os esclavizan
Y á las nobles matronas prostituyen,
Y los vicios y el crímen divinizan.
Mas no llega hasta mí su aliento impuro;
En mí se estrella vuestra ley tirana,
Que aquí en mi pecho tras de doble muro
Entera vive la virtud romana.
¿A mis plantas poneis vuestra corona,
Emperador Augusto? Yo la piso;
Sepa Roma que aun guarda una matrona
Que la tuvo á sus piés y no la quiso.
Emp. En fiera saña tu soberbia loca
Encendiera mi pecho, si pudieran
Palabras que han salido de tu boca
Producir mas que amor. En mí no alteran
El que yo te consagro, que esta llama
Que un ánima vulgar sofocaria
Con tu frio desden crece en la mia;
Viento es tu voz que su volcan inflama.
Yo te adoro, Sofronia: mas escucha,
Que aunque este amor no atajarán tus brios
De él me cercenan indulgencia mucha,
Y van al fin á despertar los mios.
Mi capricho es mi ley; de hierro ó de oro
Bajo mi cetro estás: de ambos elije.
Sofr. Estoy en vuestras manos, no lo ignoro;
Mas prefiero la muerte, ya os lo dije.
Emp. ¡Muerte! veamos pues; fe ni ternura
No bastan á rendirte á mis anhelos;
Derroque pues la fuerza tu bravura:
Todo ceda á mi amor.
Sofr. ¡Valedme, cielos!
(*El Emperador se lanza hácia Sofronia. Esta le huye; y en tal punto se presenta Silano por la derecha.*)

ESCENA XII.

EL EMPERADOR, SOFRONIA, SILANO, APRESURADO Y DE REPENTE.

Sil. Señor...
Emp. ¿Quién osa sin licencia mia
Hasta aquí penetrar?
Sil. Perdon, Augusto,
Pero así mi deber lo requeria.
Emp. ¿Qué pasa, pues?
Sil. De vuestro edicto justo
Al oir la sentencia los cristianos
En tumultuosa sedicion rompieron
Vuestras estátuas con airadas manos.
Emp. Y mis guardias ¡por Hércules! ¿qué hicieron?
Sil. Dieron, señor, sobre ellos; pero Roma
Arde en nocturna lid, y este tumulto
Por todas partes incremento toma.
Emp. Su sangre toda lavará este insulto.
Al punto salga, sin piedad, Silano,
Numerosa cohorte pretoriana:
No quede de esa turba ni un villano.
Te sigo; y oye tú, fiera Romana.
Concluye para todos mi indulgencia:
Mi imperial voluntad manda, no pide.
Publio parte de Roma, es su sentencia;
Un dia os doy, que de los dos decide.
Mas cómo há de acabar pesa y entiende:
Mañana mismo al espirar el dia
Si aun tu arrogancia resistir pretende,
Él cadáver será, tú esclava mia.
Sofr. ¡Esclava tuya quien en Roma nace,
Tirano usurpador!
Emp. Así me place:
De Baco y Flora en el alegre templo
Tú la primera libacion mañana
Conmigo harás y servirás de ejemplo
A la alegría y bacanal romana.
Salvas á Publio así, y eso te abona:
Escoge pues, la infamia ó la corona.
Sofr. Antes morir mil veces, vil tirano.
Emp. Medítalo mejor: vamos, Silano.

ESCENA XIII.

SOFRONIA.

Se turba mi razon: convulsa, ardiente
Al corazon la sangre se me agolpa,
Y la altivez, la indignacion y el miedo
Mi fe estravían, mi valor agotan.
Él cadáver será, tú esclava mia,
Dijo... ¡Sentencia bárbara y diabólica,
Que con la infamia de la esposa amante
La infame vida del esposo compra!
¡Publio! ¡mi bien...! ¿te salvaré vendiéndote?
¿Yo vida te he de dar á tanta costa?
Jamás. Llama, tirano, á tus verdugos,
Nuestra sangre leal mezclada corra:
Con indeleble mancha al derramarse
Salpicará tu rostro cada gota.
Muramos, sí... ¡Mas ay! sueño, deliro,
¡Que antes del vulgo vil nos hará mofa!
Porque ¿qué de virtud ni gloria entiende
Esta generacion torpe é hipócrita,
Ni esta ciudad envilecida y ébria
Con el placer de sus inmundas órgias?
¡*Evohé!* gritarán: nuevo espectáculo
Será para ellos la virtud heróica,
Y al tigre azuzarán con sus aullidos
A consumar su crímen. ¡Espantosa
Perspectiva, mas cierta! Sí, lo veo,
Esos Romanos nobles que ambicionan
El poder, hechos perros de sus príncipes,
Mañana en una fiesta escandalosa
Le cercarán, y de su boca misma
Escucharán mi desdichada historia;
Y le dirán: « Teneis razon, Augusto,
Es vuestra esclava, vuestro amor la honra;
Rendida caiga y de escarmiento sirva... »
Y ébrio él me hará llevar, y allí angustiosa
Yo lloraré á sus plantas arrastrándome
Del solio hollado en la manchada alfombra,
Mientras cantan su triunfo y mi ignominia
Al son alegre de las anchas copas.
Ese es el porvenir que me preparan:
Sí, que á todo los Césares se arrojan,
Todo su cetro lo atropella, todo
A su absoluta autoridad se postra,
Y á par con ellos la embriaguez del crímen
En su vaso imperial apura Roma.
¡Miserable de mí, de fuerza ó grado
En sus brazos caeré, sin que me acorran,
Porque en un pueblo que su honor olvida
Fe y virtud y valor están de sobra.
Caeré... y el triste Publio deshonrado,
Blanco inocente de su injusta cólera,
Errante, perseguido, esclavo, muerto...
¡Déjame, aparta, pesadilla odiosa!
Tentacion infernal, ¡húyeme, déjame!
Que á vacilar mi fe siento muy próxima.
Para tan grande prueba ¡oh cielo santo!
Virtud me distes en verdad muy poca,
Pues aun vacila el corazon de tierra
Y el alma imbécil su deber ignora.
(*Pausa: transicion repentina: completo trastorno de ideas.*)
No cederé jamás: muerta primero.
Mas si él se salva cederé gustosa:
La fe... el amor... su muerte... mi ignominia...
No puedo mas... deliro: me acongoja
Este tropel de ideas... mi cerebro,
Mi corazon, mis ojos... todo es sombra.
¡Paso, verdugos, paso! ¡Publio, sálvate!
Ya estoy aquí... sacrificadme... sola.
(*Cae desfallecida.*)

ESCENA XIV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. Llego al fin: allí está: ¡Sofronia, esposa!
Pero ¡ay de mí! ¿qué es esto? ¿qué afrentosa
Sospecha infunde en mí tanto silencio?
¡Sofronia!
Sofr. ¡Atrás, verdugos de Majencio,
Atrás!
Pub. Sueña tal vez. ¡Sofronia!
Sofr. ¡Cielos!
¿Quién me nombra? Esa voz...
Pub. ¡Sofronia mia!
Sofr. ¡Publio!
Pub. Yo soy.
Sofr. ¡Tú colmas mis anhelos,
Cielo santo! Perdido te creía.
Pub. Y perdidos los dos sin duda estamos.
Sofr. No, pues unidos otra vez nos vemos,
Y sin mancilla aun nos conservamos.
Pub. ¿Qué, el César...
Sofr. Juntos ya no le tememos.
Mas pasa el tiempo, Publio: los instantes
Preciosos son. ¿Y Siro, el fiel esclavo?
Pub. ¿Siro? De entre sus labios espirantes
El ay postrero de escucharle acabo.
Sofr. ¡Cómo!
Pub. Es un caso horrendo.
Sofr. Habla.
Pub. Escucha.
Hoy el Emperador con nuevo edicto
De Roma los cristianos ha proscripto.
Sofr. ¡A los cristianos!
Pub. Sí; mas gente mucha
Cuenta esa raza, que aunque ayer nacida,
Y ocho veces en Roma esterminada,

Cada dia se ve mas estendida
Y germina do quier bajo la espada.
Sofr. La mantiene su fe.
Pub. Su fe me asombra.
Yo sujeto al tiránico dominio
Iba con mis lictores en la sombra
Pregonando su bárbaro esterminio.
A par mio el prefecto pretoriano
Pregonaba tambien de Baco y Flora
Las fiestas. Inundó el pueblo romano
Las calles y las plazas á deshora;
Y la alegría en unos, la pavura
En otros, lo distinto de los cultos
En la turba produjo prematura
La delacion, la lid y los tumultos.
El pueblo y los soldados se metieron
En repentina lucha: los Romanos
Sobre la raza condenada dieron
Y se cubrió la tierra de Cristianos.
Sofr. ¿De su señor en contra se volvieron?
Pub. No: libres y sin armas en las manos,
De indignacion y miedo sin asomos
Dijeron á una voz: *Cristianos somos.*
Sofr. ¡Oh!
Pub. ¡Me espantó su heróica osadía!
Cerró el pueblo con ellos: bajó Augusto
Con cuantas haces en palacio habia.
Y yo solo por tí sintiendo susto,
Solo pensando en su pasion funesta,
Entre el tumulto huí: corrí exhalado,
Busqué á Siro en los pórticos de Vesta,
Mas le hallé á puñaladas traspasado,
Nuestra fuga á Majencio manifiesta,
Y yo tambien á muerte condenado
Supe que fuí con él. Sofronia mia,
Huyamos, si aun es tiempo todavía.
Sofr. Es tarde, Publio: la imperial sentencia
Por do quier nos ataja: las salidas
Tomadas nos tendrán: no hay resistencia.
Demos ¡oh Publio! al César nuestras vidas,
Pues suyas son; y al cielo soberano
Ileso demos el honor romano.
Pub. ¿Nuestras vidas al César? ¿Yo á la muerte
Te he de entregar á tí, sin que el aliento
Me falte defendiéndote? ¿Yo verte
Resignado caer? No: ¡el firmamento
Antes sobre mi frente se desplome!
Sígueme, pronto, ven: que no halle presa
El leon imperial cuando se asome.
Partamos pues.
Sofr. De atormentarte cesa,
Publio infeliz, que su decreto ignoras.
Viendo él mismo que nada me rendia,
De nuestras vidas aplazó las horas.
Mañana, dijo, al espirar el dia
Si rendida á mi ley, mi ley no adoras,
Él cadáver será, tú esclava mia.
Pub. ¡Villano! ¿con que al fin desesperados
Morirémos los dos ó deshonrados?
Sofr. No, sino en calma, y como á nobles toca...
Pub. Tienes razon, Sofronia, te comprendo.
Sálvenos este acero (*Su puñal.*), y su ira loca
Muertos nos halle aquí.
Sofr. ¿Qué estás diciendo?
Pub. Noblemente es morir...
Sofr. ¿Eso es nobleza?
Pub. Me confundes, Sofronia, no te entiendo:
¿Cómo salvar sino nuestra cabeza?
Sofr. ¿No me has dicho que has visto á los cristianos
Con su humildad burlar su impía saña
Entregándose inermes en sus manos?
Pub. En su fe, esa humildad es una hazaña:
Mas en la nuestra quien su honor aprecia
Muere como Caton, como Lucrecia.
Sofr. Publio, para burlar su ley tirana
¿No alcanza mas tu corazon pagano?
Pub. No: ¿qué poder atajará al tirano?
Sofr. El poder de mi fe: *yo soy cristiana.*
Pub. ¡Dioses, cristiana tú!
Sofr. Mi madre lo era,
Su fe es la mia: mas la fuerza adora
De esta fe de los flacos protectora,
Que tu honra salva y mi virtud entera.
Pub. ¡Cristiana...! ¡Oh nueva y doble desventura!
¡Por tu proscripta fe blanco de su ira,
Codicia de su amor por tu hermosura
El mundo entero contra tí conspira!
Sofr. Mi fe del mundo entero me asegura.
Ve, Publio, de mi Dios la omnipotencia,
Pues nos alienta su creencia santa
A ofrecer con tan noble indiferencia
Al hierro y al dogal nuestra garganta.
Ve el poder de este Dios que á la inocencia
Y á la debilidad da fuerza tanta,
Que nos hace morir dando á la vida
Deseada y alegre despedida.
Pub. Que á los verdugos sin piedad te arroja,
Que de los brazos de mi amor te arranca.
¡Injusto Dios por quien de sangre roja
Teñirse veo tu garganta blanca,
Y á quien no impide mi mortal congoja,
Ni el llanto que en mis párpados se estanca,
Que cuanto en tí esperé no me destruya

Solo porque mi fe no es la fe tuya!
Sofr. No, Publio: ¡Dios, que nuestro amor ampara,
Que guarda nuestro honor ileso y puro;
Dios, cuya gloria mi baldon repara;
Dios, que me arranca del tirano impuro;
Dios, que en pós de la muerte me prepara
Reino mas duradero y mas seguro;
Dios, en quien busco en la afliccion asilo
Con fe sincera y corazon tranquilo!
Ese es mi Dios, ¡oh Publio! no esa impía
Creencia terrenal de oro y placeres
Que de nada nos vale en este dia.
Pub. Grande es el Dios por quien tan grande mueres,
Muy grande es ese Dios, Sofronia mia,
Que á los niños inspira y las mujeres
Ese valor insigne que me espanta.
Sofr. Publio, el cielo es alfombra de su planta.
No hay á sus ojos sombras ni misterios,
Nada pueden contra él nuestros tiranos;
Su soplo pulveriza los imperios.
Publio, ese es Dios: el Dios de los cristianos.
Pub. Pues bien, Sofronia, acato su grandeza,
Su magestad conozco y fortaleza:
Mas no querrá ese Dios, es imposible
Que quiera que te espongas vanamente
Del tirano á la cólera terrible.
Ven; justo es que antes libertarte intente
Por cuantos medios procurarme pueda:
Ven; si á tu salvacion no hallo camino,
El muro santo de tu fe te queda,
Cumple, Sofronia mia, tu destino.
Sofr. Pronto se cumplirá: mira.
(*Sofronia señala al fondo, hácia donde Publio se vuelve retrocediendo espantado.*)

ESCENA ÚLTIMA.

EL EMPERADOR APARECE ACERCANDOSE POR EL FONDO DE LOS JARDINES, PRECEDIDO DE LOS LICTORES, ACOMPAÑADO DE SILANO, Y SEGUIDO DE ESCLAVOS CON HACHONES Y SOLDADOS PRETORIANOS QUE SE COLOCAN DETRAS EE LA BALAUSTRADA DE PIEDRA QUE DIVIDE EL PÓRTICO DE LOS JARDINES, Y REPARTIDOS EN VISTOSO GRUPO. EL EMPERADOR VIENE CON SU VESTIDURA IMPERIAL Y CON TODAS LAS INSIGNIAS DE SU PODER, Y AVANZA SOLO HASTA EL PRIMER TÉRMINO DEL ESCENARIO, QUEDANDO SILANO EN EL FONDO DELANTE DE LA BALAUSTRADA.

Pub., viéndole cuando Sofronia le señala. ¡Majencio!
Emp., á Silano. Hélos allí á los dos: razon tenias.
Pub. Hénos, tigre feroz.
Sofr. ¡Publio, silencio!
No provoques audaz sus tiranías.
Emp., bajando ya á la escena. Tú entre tanto, Silano, en Roma entera
Desploma sin piedad mi saña fiera.
Perezcan de una vez esos villanos,
Honda sed de su sange me devora.
¡Me provocan! pues bien, desde la aurora
Que espongan en el circo á los cristianos,
Abra sus fiestas con su sangre Flora,
Y espectáculo den á los romanos.
(*A Publio con ira.*)
¿Aquí estas tú, Prefecto? ¿Es este acaso
El lugar que te dí?
Sofr. Perdon, Augusto.
Emp. Para nadie le habrá: un solo paso
Os resta nada mas, cumplir mi gusto.
Rinde tu orgullo, ó al lucir el dia
Víctimas de mi ley, justa ó tirana,
Él cadáver será, tú esposa mia.
Sofr. No, Emperador: tu misma tiranía
Me arranca á tu poder. Yo soy cristiana.
Emp. ¡Tú cristiana tambien!
Pub., á los piés del Emperador. Perdon, Augusto;
Miente. No mas porque tu amor rehusa,
Del falso crímen de impiedad se acusa.
Miente, miente, señor.
Sofr. Pavor ni susto
La muerte no me da: mi audacia escusa,
Publio: cristiana soy: que muera es justo.
Pub. Por los años, señor, que os he servido
Y lides que por vos he peleado,
Su falsa acusacion dad al olvido:
No es cristiana, señor, os ha engañado.
Vuestra es, señor, salvadla, y vuestra ira
Cébese solo en mí, no en su mentira.
Emp. Me atosiga la cólera.
Sofr., al pueblo y soldados. Romanos,
Noble soy: y de Roma ciudadana,
No puedo esclava ser: mas soy cristiana,
Y me cumple morir con mis hermanos.
Esa es la ley.
El pueblo y los soldados. ¡Sí, sí, muera!
Emp. En buen hora,
Muera: gusto os daré: mas oye cómo.
(*A Publio.*)
Yo la espondré en mitad del hipodromo,
Y escarnio de la turba mofadora
Su desnudez será: su vista impura
Hozará su nobleza y su hermosura.

Pub. ¡Deshonor tan infame!
Emp. Sí; y tú atado
En medio de la arena bajo un yugo
Su vergüenza verás.
Pub. Antes, malvado,
Sea mi propio brazo su verdugo.
(*La hiere con su puñal.*)
Emp. ¡Villano!
Sofr., cayendo. Publio, bien.
(*Al Emperador.*)
Nada tu encono
Puede ya contra mí: con honra muero.
(*A Publio.*)
Publio, recibe tú mi á Dios postrero.
(*Al Emperador, y haciendo el último esfuerzo.*)
Augusto Emperador, *yo te perdono.*
Emp. ¡Qué has hecho, miserable! me horrorizas.
¡Quitádmele de aquí! Llevadle al fuego,
Y esparcid por el viento sus cenizas.
Pub. Yo me espanto tambien; llevadme luego.
Impulso fué del corazon pagano,
Mas fué el impulso de su misma estrella
Que me arrastra á mi bien. Pueblo romano,
Quiero partir mi eternidad con ella.
Yo á las fieras tambien... *Yo soy cristiano.*

LA OLIVA Y EL LAUREL,

ALEGORÍA

ESCRITA PARA LAS FIESTAS

DE LA

PROCLAMACION DE S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II.

PERSONAS.

EL GENIO DE LA GUERRA, gallardo mancebo armado.
EL GENIO DE LA PAZ, noble matrona, vestida de blanco, coronada de oliva.
LA BUENA FE, representada en un rústico y honrado labrador.
EL TIEMPO, viejo.
ECO, ninfa juguetona y parlera, vestida al capricho.
GENIOS SUBDITOS DE LA GUERRA, COMO LA PESTE, LA AMBICION, EL HAMBRE, ETC., ETC.
ATRIBUTOS Y GENIOS DE LA PAZ, COMO EL AMOR, LA AMISTAD, LAS ARTES, ETC., ETC.

ACTO ÚNICO.

Mansion horrible en el alcázar del Genio de la Guerra, representada por una gruta ó antro en el centro de una montaña, con toda la agreste belleza de que es susceptible semejante cuadro. En medio un robusto y frondoso laurel. En el fondo, á cierta elevacion, un lecho rústico en que se vé dormido al Tiempo, con sus mitológicos atributos. Trofeos de armas de todas clases, antiguas y modernas se verán esparcidos por la escena, con cuantos muebles quieran ponerse alegóricos de la guerra.

—

ESCENA PRIMERA.

OYESE RUIDO DENTRO DE ARMAS Y VOCES, Y SALEN VARIOS GENIOS SUBDITOS DEL DE LA GUERRA, ARRASTRANDO A LA PAZ AL LAUREL EN QUE LA MANIATAN.

El Genio de la Paz. ¡Mónstruos! ¿así se ultraja á una matrona?
¿Así me trata vuestro rey?
Los Genios de la Guerra. Así.
El Genio de la Paz. ¿Nadie mi causa compasivo abona?
Los Genios de la Guerra. Nadie.
El Genio de la Paz. ¿Y cautiva seré siempre?
Los Genios de la Guerra. Sí.
(La dejan atada, y se apartan al fondo del escenario.)
El Genio de la Paz. ¡Mísera tierra! de ominoso luto
Tu faz envuelve en funerales tocas,
Y de jugo vital tu suelo enjuto,
En grietas hiende, cuyas anchas bocas
La sangre chupen de las lides fruto.
Fuentes de sangre manarán tus rocas,
Y tus verdes encinas corpulentas,
Hojas y ramas brotarán sangrientas.
Las brisas que otro tiempo perfumadas
Sonaron por tus bosques y jardines,
De sangriento vapor vendrán preñadas,
Arrastrando el clamor de los clarines:
Y en vez de tus silvestres enramadas
De espesas madreselvas y jazmines,
Verás pudrirse entre tus secos guijos
Los desgarrados miembros de tus hijos.
¡Mísera tierra! la guerrera trompa
Atronará tus ámbitos sangrientos;

Y despojada de tu fértil pompa,
Que hoja por hoja arrancarán los vientos,
Serás solo un pedrusco en que se rompa
La furia de los locos elementos;
Desierto de arenales y peñones,
Madriguera de sierpes y leones.

ESCENA II.

EL GENIO DE LA PAZ, EL DE LA GUERRA, SUS GENIOS.

El Genio de la Guerra, saliendo de repente. Será, mujer imbécil, mi palacio:
Y el campo despojado de verdura,
Circo será de suficiente espacio
Donde ensayarme en la pelea dura.
Y si el suelo á brotar está reacio
De sus olmos y robles la espesura,
Al riego del sudor de mis corceles
Le poblaré de bosques de laureles.
¿Qué falta nos hará tu vil descanso?
¿Qué valen tus pacíficos primores,
Ni qué importa la orilla de un remanso
Cercar de huesos ó de breves flores?
¿Qué mas dá que repita el aire manso
Tus himnos ó el doblar de mis tambores?
¿Porqué han mas de valer tus torpes vicios
Que mis nobles y ardientes ejercicios?
¿Tú, qué has creado? Imbéciles varones
Que consumen su vida en dictar leyes,
Que hacen desesperar á las naciones,
Y acudir á las armas á los reyes:
Y al fin de sus discursos baladrones,
Cuando han uncido para arar los bueyes,
Que es fuerza ven para guardar su tierra
Uncirlos en el carro de la guerra.
Para venir á tales resultados,
No sé porqué la tierra dividida
Entrambos ha de estar: pues tus estados
Por mí te tienen siempre defendida,
Y tu prez y valor son mis soldados,
Y mis bravos ejércitos tu vida
Protegida es igual que encarcelada:
Quédate, pues, á mi laurel atada.
El Genio de la Paz. Genio de sangre y mortandad sediento,
Si guarda aún tu corazon de roca
De compasion un solo sentimiento,
Una súplica atiende de mi boca.
El Genio de la Guerra. Templo es mi pecho del altivo aliento
Que mantener al vencedor le toca:
Habla, y si ves que con orgullo escucho,
Ve que en oirte solo aun hago mucho.
El Genio de la Paz. Oye un instante, pues: En una punta
De esa altanera tierra de la Europa,
Una noble nacion hay que se junta
Contra sí misma en iracunda tropa.
Diez años dormí allí casi difunta,
Del regio manto en la rasgada ropa,
Y diez años guardé con pobres leyes
El combatido sólio de sus reyes.
Diez años son de llanto y amargura,
En abandono y soledad pasados,
Mas diez años que llevo por ventura
En mi memoria y corazon grabados:
Y con tan honda y maternal ternura,
Me aduermo en sus recuerdos encantados,
Que me holgara en yacer en aquel suelo
Que con tan puro azul cobija el cielo.
Pon mi cárcel allí, será mi trono:
Señálame en su centro en breve espacio
Mansion, y el universo te abandono,
Por si te ves al fin de sangre sácio.
No mas entre los dos lucha ni encono:
En pocos piés de tierra mi palacio
Tendré, y bajo tus leyes de esterminio
Tendrás al universo en tu dominio.
Esto conviene mas á tu bravura
Y al escelso esplendor de tu corona,
Que dar en tal mansion cárcel oscura
A una pobre y pacífica matrona.
El Genio de la Guerra. Bien merece un rincon por sepultura
Quien todo el universo me abandona:
Mas veamos, ¿cual es la tierra estraña
Dó ese rincon anhelas?
El Genio de la Paz. Es España.
El Genio de la Guerra. ¡España!
El Genio de la Paz. Sí; que en su feraz terreno
Revientan las espigas entre flores,
Y de sus valles el sombrío ameno
Orea con purísimos olores,
En amarillas chozas lechos de heno
Que acunaron del mundo á los señores.
España, sí, donde á la par se anida
El gérmen del honor y de la vida.
Allí es sufrida la briosa gente;
Allí el pueblo es leal, sóbrio y sencillo;
Allí segura la amistad no miente,
No ciega allí del oro el falso brillo;
Allí se escucha á la vejez prudente;
Allí ase el mozo á par espada ó trillo,
Y allí segun que la ocasion requiere,
Se vive labrador y héroe se muere.
Hartos siglos en guerras desastrosas
Allí siguieron tu sangriento carro,
Y tuvieron sedientos sus sabrosas
Aguas que serenar en rojo barro.
Déjame, pues, que las marchitas rosas
Fecundice otra vez del fresco Darro,
Y el son alegre de tranquila zambra

Vuelva á encantar los patios de la Alhambra.
El Genio de la Guerra. Ten esa lengua, y que jamás me pida
Lo que jamás me comprarán tesoros.
Pidiérasme la Italia corrompida,
Que alza á su esclavitud himnos sonoros;
Pidiérasme la Grecia empobrecida,
Las tostadas arenas de los Moros
Y cuanto el mar sobre la Europa baña,
Antes que un pié de la atrevida España.
Allí nace el varon constante y fiero;
Allí nace el soldado vigoroso;
Allí se forja irresistible acero,
Y allí se cria el bruto poderoso
Que saca del combate al caballero,
O dá con él su aliento generoso:
Y allí mueren invictos capitanes
Los que nacieron rústicos jayanes.
¿Darte la España yo? Nunca; seria
Cederte imbécil el mejor pedazo
De mi sólio imperial: preferiria
Sentir sin fuerzas mi potente brazo,
Y sin fe el corazon: mejor querria
Trocar por una rueca ó un cedazo
La ponderosa lanza, y entre flores
Presa yacer de estúpidos amores.
No; mi esclava serás. Yace aquí sola,
Mientras yo con mis fieros españoles
Conquistaré la mar ola tras ola,
La tierra ganaré soles á soles.
El Genio de la Paz. ¿Y qué esa raza logrará española,
Cuando con ella el universo asoles?
El Genio de la Guerra. Sus huesos formarán una montaña
Donde clavémos el pendon de España.
Allí roto jiron, mas siempre honrado,
Cuando la noche con sus velos ciña
Los ámbitos del mundo desolado,
Derramará la luz por la campiña:
Y al abrirse el oriente purpurado
Espantará las aves de rapiña
Que á guarecerse de él habrán venido
Con corvo vuelo y gutural graznido.
¡Sús, pues, oh Genios de la Guerra hermanos!
Nuestro alcázar oscuro abandonemos:
¡Sus! y en los corazones castellanos
De las lides el vértigo soplemos.
Sangre goteen nuestras rojas manos:
Y pues cautiva ya la Paz tenemos,
Libres volad, ¡oh Genios de la Guerra!
Y en España caed: nuestra es la tierra.
(*Vase el Genio de la Guerra seguido de los que han atado al de la Paz y de los que han salido con él, al ruido de música marcial que se pierde en lo lejos.*)

ESCENA III.

EL TIEMPO, EL GENIO DE LA PAZ.

El Genio de la Paz. ¡Mísera España! Eden voluptüoso,
Templo de la molicie y del amor,
¿Qué van á hacer de tu recinto hermoso
Las iras de ese Genio asolador?
Los rizos de espesísimos cabellos
A tus lindas morenas cortarán,
Algun cañon para arrastrar con ellos,
Del cáñamo en lugar, que no hallarán.
En vez de los dulcísimos cantares,
De su amoroso afan tierna espresion,
Atronará tus viejos encinares
El estruendo del cóncavo cañon.
No bordarán tus campos gayas flores,
Las golondrinas ¡ay! te olvidarán,
Y acaso tus canoros ruiseñores
Con ellas á la par emigrarán.
¡Mísera España! el cetro sanguinoso
No admitas de ese mónstruo de furor;
No des camino en tu recinto hermoso
Al carro de ese Genio asolador.
¡Inútil anhelar!... mas pasos siento:
¿Quién en esta prision penetrará?
La Buena Fe, dentro ¡Hola! ¿no hay nadie por aqui?
El Genio de la Paz. ¡Qué acento!
Y no parece hostil: ¿de quién será?

ESCENA IV.

EL TIEMPO, EN SU LECHO, COMO EN LA ANTERIOR. EL GENIO DE LA PAZ, LA BUENA FE.

El Genio de la Paz. ¿Quién va?
La Buena Fe. ¿Y quién habla?
El Genio de la Paz. La Paz.
La Buena Fe. ¿Porqué no tomas la puerta?
Yo abierta me la encontré,
Y lo mismo la dejé.
El Genio de la Paz. Confusa mi alma no acierta
Quién se atreva á hablar aquí
De manera tan estraña.
La Buena Fe. Soy la BUENA FE de España.
El Genio de la Paz. Reconocerte debí.
La Buena Fe. ¿En qué?
El Genio de la Paz. En la franca espresion
Con que tu labio se esplica.
La Buena Fe. Sus sentimientos me aplica
A la lengua el corazon;
Que como yo campesino
Soy, y criado en llaneza,
Siempre llamé con franqueza

Al pan pan, y al vino vino.

El Genio de la Paz. ¿Mas cómo te encuentro aquí?

La Buena Fe. Pié á pié me han desposeido
De la tierra en que he nacido,
Y de la tierra me huí;
Y ese desierto quizás
Travesando á la ventura,
Dí con una puerta oscura,
Y entréme sin mas ni mas.

El Genio de la Paz. ¿Cuál es tu tierra?

La Buena Fe. Castilla.

El Genio de la Paz. Mas por su honradez descuella.

La Buena Fe. Mas fermenta en toda ella
De la doblez la semilla.
Ello es que hay duelos á miles
Sobre el Hispálico suelo
Y á España cubren de duelo
Fieras contiendas civiles.
Contra sí mismos, insanos
Revuelven sus propios hierros,
Y se muerden como perros
Los leones castellanos.
¡Qué diablo! y no han de poder
Lo que pretenden lograr,
Pues todos son á mandar,
Y ninguno á obedecer.
Ya no hay lazos que les aten,
No hay leyes que les contengan;
Estos de aquellos se vengan,
Los otros y estos se baten.
Yo les grité: «Sois hermanos,
Bajo un mismo sol nacidos;»
Mas no me dieron oidos,
Y vinieron á las manos.
Me afané por su concordia;
Mas sobre mí dieron luego
Guerreándome á sangre y fuego
La colérica discordia,
Y el hambre descolorida,
Y la ambicion de oro hinchada,
La traicion enmascarada,
Y la envidia carcomida.
Y por dó quier me asaltaban,
Por dó quier me perseguian,
Y alguna vez me adulaban,
Y traidoras me vendian.
Yo sostener no pudiendo
Contra tantos tan vil guerra,
Abandoné al fin la tierra,
Y hasta aquí me vine huyendo.

El Genio de la Paz. ¡Ay infeliz campesino!
Y hasta tus piés te vendieron
Cuando hoy emprender te hicieron
De este lugar el camino.
De la guerra huyendo vas
La doblez y la malicia,
Y por tu propia impericia
Dentro de su alcázar das.

La Buena Fe. ¿Esto es su alcázar?

El Genio de la Paz. Esto es.
Y aquí es fuerza, desdichado,
Que te encadene á mi lado
Si no te salvan los piés.

La Buena Fe. Huye conmigo.

El Genio de la Paz. No puedo,
Que me atan estas cadenas.

La Buena Fe. En ese caso tus penas
Contigo á llorar me quedo.

El Genio de la Paz. Y te asirán.

La Buena Fe. ¿Qué remedio?
Los hombres me llaman tonto,
Y á todo me encuentro pronto
Si no por virtud, por tédio.

El Genio de la Paz. Huye, por Dios, y yo sola
Llore la desdicha mia.

La Buena Fe. ¿Sin tí? no; renegaria
De mi buena fe española.
Contigo me he de salvar,
O me he de quedar contigo.

El Genio de la Paz. Huye, labrador, te digo.

La Buena Fe. Es inútil porfiar.

El Genio de la Paz. ¡En todo con poco tino
Ha de obrar la Buena Fe!

La Buena Fe. Pues de ambos á dos no sé
Quién tomó peor camino.
Que si con sana intencion
Dó quier hallaste deseo,
A fe que ahora que te veo
Te hallo en buena situacion.

El Genio de la Paz. Tórnate á España.

La Buena Fe. No haré:
Que en donde la Paz emigra,
O muchísimo peligra,
O estorba la Buena Fe.

El Tiempo, levantándose del lecho. Errado vas, buen villano,
Y tu ruda terquedad
Muestra bien claro en verdad
Tu honradez de castellano.

La Buena Fe. ¡Hola! ¿el viejo nos oia,
Y creí que reposaba?

El Tiempo. Todo en el tiempo se graba,
Todo lo escucha y lo espía.
Nada á mis ojos se esconde;
Nadie hay que en mi contra arguya,
Ni hay nada que no concluya
Allí dó le corresponde.
Y así como mi guadaña
Calmó lides mas impías,

Yo haré que en muy breves dias
Calme las lides de España.
La Buena Fe. El remedio es como tuyo,
Sin duda, ¡viejo feroz!
Tú dices: meto mi hoz
A ciegas, siego, y concluyo.
Y siempre que haces alarde
De tu poder, he advertido,
Que al mal á que has acudido,
Acudiste siempre tarde.
El Tiempo. Un poder mas soberano
Guia mi mano, labriego,
Y yo le consagro ciego
Todo el poder de mi mano.
Y este jamás se equivoca
Ni se distrae, ni alucina,
Que es quien los astros calcina
Con el soplo de su boca.
La Buena Fe. ¡Bah! ¡quieres salvar á España
Y con tal calma te estás!
¿Mas tú? ¡pues la dejarás
Soberbia con tu guadaña!
El Tiempo. Como quien eres replicas.
La Buena Fe. Lo que sentí siempre hablé.
El Tiempo. Pues oye bien, Buena Fe,
Con quién es con quien platicas.
Yo antes que el cielo y que la luz nací;
La negra eternidad mi madre fué:
Ileso lo pasado vive en mí,
Y penetrar en lo futuro sé.
Yo las generaciones nacer ví;
Yo las generaciones enterré:
Y todo cuanto ha sido, es, y será
Puesto al alcance de mi mano está.
Yo consumo las fuerzas del leon;
Yo carcomo los bordes de la mar;
Yo mino el pié del colosal peñon:
Yo desplomo la encina secular:
Yo marco á las edades division:
Yo puedo las arenas numerar:
Yo doy á cuanto á luz puede salir
Lugar en que nacer y en que morir.
Yo el giro de los astros señalé:
Yo vida débil á las flores dí:
Yo arraigo el árbol que morir las vé:
Yo inspiro al ave que se anide allí.
Yo hago al gusano que le roa el pié,
Y yo que la existencia les medí
De ave y gusano y flor y árbol al par
Siento el soplo y la sangre circular.
Yo cuento las escamas al reptil
Para saber los años que vivió:
Cuento á la tierra sus grietas mil
Para saber el jugo que perdió;
Y las plumas al pájaro gentil
Y á la araña los hilos que tejió,
Y sus conchas le cuento al mar azúl
Y sus hojas al cárdeno abedúl.
Yo juego con el mundo universal
Trastornando á placer cuanto hay en él:
Yo hago jardin el árido arenal,
Y torno en lago fétido el vergel.
Yo arrasé el paraiso terrenal:
Yo desmonté las piedras de Babél,
Y amontoné nacion sobre nacion
Para esparcir en polvo su monton.
Ya sabes lo que puedo y lo que soy:
Escucha, pues, lo que escondido está
(*Señalando al reloj de arena.*)
Bajo esos granos que contando voy
Y un vaso en otro trasegando va.
Cuando la vuelta á ese arenero doy
Con él la vuelta la centuria da;
Y cuando en él la arena entre al revés
Será España feliz.
La Buena Fe, con oportunidad. Vuélvele pues.
El Tiempo. No; faltan granos que pasar aun:
Faltan dias aun de division;
Mas pronto formará masa comun
La arena en solo un vaso y un monton,
Y vuestras horas cambiarán segun
Los granos cambiarán de situacion,
Hasta que rádie bajo el *real dosel*
La coronada frente de *Isabel.*
El Genio de la Paz. Y entre tanto los pueblos arderán
En lid sangrienta sin honor ni prez.
La Buena Fe. Y al incauto español su presa harán
La pérfida ambicion y la doblez.
El Tiempo. Su nobleza y su fe les salvarán,
Y os abrirán los brazos otra vez,
Y tranquilo otra vez se alzará el sol
Por cuanto abarca el ámbito español.
La Buena Fe. Buena esperanza, mas ¡á buena hora!
El Tiempo. Ten confianza en mí.
La Buena Fe. Despacio va.
La Ninfa Eco, dentro. ¡Ah!
La Buena Fe. ¿Eh? ¿qué hace aquí esa voz remedadora?
Eco, dentro. Llora.
La Buena Fe. Calla ¡y quién llora entre el peñasco hueco?
Eco, dentro. Eco.
El Genio de la Paz. ¿Eco? ¡tambien tal vez huyendo va!
Eco, dentro. Va.
El Tiempo. Es Eco, esa Ninfa loca,
Que gime de roca en roca.
El Genio de la Paz. Bien llegada hasta aquí sea

Aunque pese á su pié audaz.
El Tiempo. Solo en repetir se emplea
Lo que es de aprender capaz.
La Ninfa Eco, saliendo. Paz.
El Tiempo. Esa es quien verte desea.
Eco. Sea.

ESCENA V.

EL TIEMPO, QUE MIRA INDIFERENTE CAER LA ARENA DE SU RELOJ. EL GENIO DE LA PAZ, LA BUENA FE, LA NINFA ECO.

El Genio de la Paz. ¿Cómo en lugar tan horrendo
Penetrar osaste?
Eco. Huyendo.
El Genio de la Paz. ¿Y sobre qué tierra estraña
Dejas tu albergue?
Eco. En España,
El Genio de la Paz. ¡Todos la huyen! ¡ay de mi!
Eco. ¡Ay de mi!
El Genio de la Paz. ¡Todos la dejan asi!
Eco. Sí.
La Buena Fe. Bizarramente contesta:
Mas á mí, si no te ofende
¿Me darás una respuesta?
Eco. Presta.
La Buena Fe. Saber, pues, mi afan pretende
Lo que pasa en nuestra tierra.
Eco. Aterra.
La Buena Fe. Habla pues, mas dilo todo
En el lenguaje y el modo
En que Castilla lo entiende.
Eco. Pues atiende.
Yo el Eco soy que domina
De España á todos los ecos,
Que habitan entre los huecos
De su tierra desigual,
Y Ninfa jóven, y libre
Y juguetona y risueña
Repito de peña en peña
Cuanto escucho bien y mal.
Yo en la soledad del monte
Al resplandor de la luna
Las notas una por una
Remedo de su rumor;
El murmullo de las hojas,
El goteär de la fuente,
Y el susurro impertinente
Del insecto zumbador.
Y en remedar me divierto
Por los valles á deshora
De la bella labradora
Los suspirillos de amor;
Y en imitar me complazco
Entre los ásperos cerros
El ladrido de los perros
Y el silvar del cazador.
Así la vida me paso
Embebecida y contenta
Escuchando siempre atenta
Cuanto suena en derredor,
Y me halagan igualmente
De la noche entre el misterio
De los monges el salterio
Y la gaita del pastor.
Así he vagado tranquila
Desde una á otra montaña
De la deliciosa España
Por el suelo encantador;
Hasta que el aire aromado
De su fructífera tierra
Llenó el genio de la guerra
Con su salvaje clamor.
De entonces fué mi destino,
Cambiándose de repente
Volver incesantemente
El redoble del tambor,
Y el gemir del moribundo,
Y el crujir de la batalla,
Y el silvar de la metralla,
Y el clarin del vencedor.
Poco á poco el estampido
De los cóncavos cañones
Que hundian los murallones
Con temeroso fragor
Ensordeció á mis hermanas,
Que con tan ciega fortuna
En sus grutas una á una
Espiraron de temor.
Yo solo quedé, y errante
Busqué en las chozas asilo
Y bajo el hogar tranquilo
Del sencillo labrador;
Mas palmo á palmo la tierra
Me hicieron perder huyendo
Mis guaridas invadiendo
En tropel devastador.
De Cataluña en los riscos
Creí que me salvaria,
Mas cercados los tenia
Somaten atronador;
Huí donde orla de rosas
Guadalquivir su ancha orilla;
Mas ¡ay! tambien en Sevilla
Combatian con furor.
Entonces tendí los ojos
Por la sangrienta campiña
Y solo aves de rapiña
Sobre ella cernerse ví:
Y hallándome sin un hueco
Donde murmurar en calma

Llena de pesar el alma
Dejé el suelo en que nací.
El Genio de la Paz. ¿No queda pues, un pedazo
De ese mísero terreno
De desolacion ajeno?
Eco. Todas son lides allí.
La Buena Fe. ¿Qué tal? y ese viejo estúpido
Nos auguraba venturas.
El Genio de la Paz. Todo el campo en sepulturas
Se habrá tornado ¡ay de mí!
Eco. ¡Ay de mí!
La Buena Fe al Tiempo. ¿Lo ves? ya todo la guerra
Lo atropella y lo trastorna:
¡Y tú aqui con tanta sorna
Sin acudirnos te estás!
¿No decias que el remedio
Tenias ahí en la mano?
El Tiempo. Espero el último grano.
La Buena Fe. ¡Que caerá tarde quizás!
El Tiempo. Caerá cuando tiempo sea.
La Buena Fe. ¡Pardiez! y en tiempo oportuno.
Cuando no quede hombre alguno
(*Ruido dentro y lejano.*)
De la ventura capaz.
El Genio de la Paz. Silencio. No ois?...
Genio de la Guerra, dentro. ¡Victoria!
Eco, como volviendo el sonido. ¡Victoria!
La Buena Fe. ¿A qué alzas tú el grito?
Eco. Es que cuanto oigo repito.
La Buena Fe. Tu costumbre montaraz.
Eco. Tal es mi naturaleza:
Mas el rumor se aproxima.
(*La Paz, Eco y Buena Fe, escuchan con ansiedad, y muestran cada vez mas pavor.*)
La Buena Fe. Ruega al cielo que reprima
Lo sonoro de tu voz.
El Genio de la Paz. ¡Es el Genio de la Guerra!
La Buena Fe. ¡Es el Averno que se abre! (*Con miedo.*)
El Genio de la Paz. Fuerza es que tumba nos labre
En su victoria feroz.
El Genio de la Guerra, dentro. ¡Victoria!
El Genio de la Paz. El trance postrero
Para nosotros llegó.
El Tiempo, volviendo al lecho. Yo aquí indiferente espero.
La Buena Fe. ¡Y yo tiemblo!
El Genio de la Paz. Y yo.
Eco. Y yo.
(*El Genio de la Paz, inclinando la cabeza sobre el pecho, manifiesta el mas profundo abatimiento. La Ninfa Eco se guarece de una gruta, nicho ú otra cualquiera abertura proyectada á la izquierda. La Buena Fe se acoje junto al lecho del Tiempo.*)

ESCENA VI.

EL GENIO DE LA PAZ, EL TIEMPO, LA BUENA FE, ECO OCULTA. EL GENIO DE LA GUERRA, SEGUIDO DE LOS OTROS GENIOS SECUACES SUYOS.

El Genio de la Guerra. Así: que vuestros gritos de victoria
La cavidad de mi recinto atruenen,
Y las hojas del árbol de mi gloria
A vuestra voz estremecidas suenen.
Tejedme de laurel doble corona,
Cuya sacra verdura inmarcesible
Hasta el rayo de Júpiter perdona
Prestándonos valor irresistible.
Lejos de aquí las de aromosos ramos
Del arrayan de Venus, que cautiva
De amor el corazon; nunca ciñamos
Encina verde ni jugosa oliva.
El laurel nada mas, que es lo que toca
A quien con su valor domó la tierra;
Laurel que arraiga en la escarpada roca
Al dintel del alcázar de la guerra.
Y tú de serenatas y festines
Genio entre la molicie envilecido,
Yace ahí, mientras tienen mis clarines
El aire de tu España ensordecido.
Yace mientras agita la discordia
Su fiera poblacion: llorando queda,
Mientras caen tus olivas de concordia
De mi carro triunfal bajo la rueda.
Eco. Rueda.
El Genio de la Guerra. ¿Quién remeda mi voz bajo ese hueco?
Eco. Eco.
El Genio de la Guerra. Esa audacia ¡por Hércules! me admira.
Eco. Mira.
El Genio de la Guerra. Arrastrad á mis plantas á quien sea.
Eco. Sea.
(*Los Genios sacan á la Ninfa Eco.*)
El Genio de la Guerra. ¿Quién eres tú?
Eco. De hoy mas soy tu cautiva.
El eco soy de la infeliz España
A quien traen tus combates fugitiva
De montaña en montaña.
El Genio de la Guerra. ¿Y quién te trajo aquí?

Eco. Mi pié estraviado.
El Genio de la Guerra. Reconozco la mano del destino
Que me quiere dejar de tí vengado.
Yo por los campos con afan corria
De España; á lid sus pueblos convocaba,
Y tan solo mi voz se obedecia
En el círculo escaso en que sonaba.
¿Y eras tú quien mi voz entorpecia
Porque mi ronca voz te amedrentaba,
Porque tu eco mi voz no repetia
Y en tus mudas cavernas espiraba?
Pues bien; de tu traicion y tu malicia
El vengarme á mi vez será justicia.
Atadla allí tambien con nudo recio,
Y que mueran las dos.
La Buena Fe. Son dos mujeres,
Señor.
El Genio de la Guerra. ¿Otro estrangero? ¿y tú quién eres?
La Buena Fe. Yo... soy... la Buena Fe.
El Genio de la Guerra. Por eso, necio,
Perdon para los otros solicitas
Cuando al par para tí lo necesitas,
Pues que las tiende tu amistad la mano.
La Buena Fe. Es cierto; yo jamás mentí, villano.
El Genio de la Guerra. Bien: pagareis los tres al mismo precio:
Mueran sin compasion.
El Tiempo. Tente, tirano.
El Genio de la Guerra. Fuera, estupido viejo, aparta ahora
Y cuenta sus instantes postrimeros.
El Tiempo. ¿Ni aun tu ira calma la mujer que llora?
¿Qué te harán esos pobres prisioneros?
¿Rendidos no los ves bajo tu planta?
¿Qué podrán estorbarte, si les dejas
Con el dogal atado en la garganta?
El Genio de la Guerra. Escusa, anciano impertinente, quejas:
Mis enemigos son, y si que vivan
Dejo, y te imitan en tu porte ambiguo,
Tal vez mañana libertad reciban
Y vuelvan otra vez al daño antiguo.
El Tiempo. Escucha, pues.
El Genio de la Guerra. Aparta, nada escucho.
El Tiempo. Repara que es el Tiempo poderoso.
El Genio de la Guerra. ¿Quién mas que yo?
El Tiempo. Quien menos orgulloso
Blasona poco, pero alcanza mucho.
El Genio de la Guerra. Inútil braveär. Yo solo quiero
El orbe dominar: y á España toda
De mi parte tener, que al orbe entero
Prefiero el gérmen de su sangre goda;
Sí, este sol de la Paz es el postrero.
El Tiempo. Piénsalo bien y al Tiempo te acomoda.
El Genio de la Guerra. Quiero ser solo, y morirá sin duda
Por mas que el Tiempo á su socorro acuda.
El Tiempo. Mira que avanza de su triunfo el dia.
El Genio de la Guerra. Su triunfo á detener basta mi mano.
El Tiempo. Puede esa arena acelerar la mia.
El Genio de la Guerra. No, caër debe hasta el postrero grano;
Y quedan los de un año todavía.
El Tiempo. Tal vez no.
El Genio de la Guerra. ¿Me provocas?
El Tiempo. La cabeza
Respeta de la Paz.
El Genio de la Guerra. Ruegas en vano.
El Tiempo .No puedo con tan torpe villania:
Ríndeme, vil, tu bárbara fiereza:
Suprimo ese año en que tu rabia fia;
Mira, EL REINADO DE ISABEL EMPIEZA.
(*El Tiempo vuelve su reloj de arena.*)

SCEENA ÚLTIMA.

Cambia la decoracion en deliciosos jardines en el alcazar de la Paz. El laurel á que esta se halla atada, se cambia en una oliva, y abriéndose en el fondo un vistoso grupo de vapores, aparece el retrato de S. M. Doña Isabel II con cetro y corona.

El Genio de la Paz. Genio de sangre y lides nunca sácio,
Dobla á mis plantas la cervíz altiva.
El Genio de la Guerra. ¿Qué es esto? ¿dónde estoy?
El Genio de la Paz. En mi palacio.
El Genio de la Guerra. ¿Qué árbol es este?
El Genio de la Paz. De la Paz la oliva.
El Genio de la Guerra. ¡Cielos!
El Genio de la Paz. Pasó de un punto en el espacio
A ser señora la que fué cautiva.
El Genio de la Guerra. ¿Y ese esplendor que tu palacio inunda?
El Genio de la paz. Es la sonrisa de Isabel Segunda.
Tiempo. Es Isabel, quien tu furor confunde;
Quien tu brazo rindió jamás vencido:
Quien las delicias de la paz difunde
Desde el augusto sólio á que ha subido.
Esa es por quien mi mano un año hunde

En la lóbrega sima del olvido,
Librando así de tu sangrienta saña
La dulce Paz de la turbada España.

El Genio de la Guerra. Sí, me rinde la luz de su semblante :
Su tierna edad y su inocencia pura
Esclavizan mi espíritu arrogante,
Que esclavo es el valor de la hermosura.
Ruede á sus piés mi escudo rutilante,
Caiga rota á sus piés mi lanza dura :
Sépase al fin que en la española tierra
Sabe ceder á la razon la Guerra.

El Tiempo. Y yo el Tiempo á los dos sabré marcar,
Y entre los dos igual le partiré.
Yo sabré tu laurel inmarchitar,
Yo tu oliva feraz fecundaré.
Yo sabré tu valor utilizar ;
Yo tus frutos do quier propagaré,
Y ambos á dos unidos, su cerviz
Podrá España elevar libre y feliz.

(*La Paz y la Guerra se dan la mano.*)

El Genio de la Paz. Yo llenaré sus campos de verdor ;
Yo cubriré de naves su ancho mar :
Yo inspiraré á los vicios noble horror :
Yo haré la ciencia y el trabajo amar :
Yo á la ley y á las artes daré honor :
Yo haré la religion con fe mirar ;
Yo haré de España con el tiempo, en fin,
De gloria y de placer, templo y jardin.

El Genio de la Guerra. Yo guardaré su campo al labrador,
Yo haré sus leyes santas respetar :
Yo daré á sus ejércitos valor :
Yo les haré vencer en tierra y mar :
Yo con mi escudo guardaré su honor :
Yo haré el nombre español reverenciar ;
Y su rojo pendon llevaré en fin,
De uno en otro recóndito confin.

LA COPA DE MARFIL,

ESPECTACULO TRÁGICO EN TRES PARTES.

PERSONAS.

ROSMUNDA.	RODIMIRO.
ALBOINO.	BUCILIO.
BRENILDA.	SOLDADOS. ESCLAVOS.

La escena en Verona.—Año 573 de N. S. J. C.

PARTE PRIMERA.

Antecámara real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas que sirve en el primer acto.

—

ESCENA PRIMERA.

BRENILDA.

(*Aparece miranda con circunspeccion por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festin, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representacion.*)

Aun dura su festin. ¡Cuán fácilmente
Olvidan sus peligros y desastres
Esos guerreros que lo mismo se hartan
De generosos vinos, que de sangre!
¡Cuán fácilmente su garganta trueca
Sus aullidos de guerra formidables
Y sus lamentos bárbaros de muerte
En alegres y báquicos cantares!
Hé allí al rey Alboino... ¡oh! bien querrian
Otro nombre mejor mis labios darle,
Mas sonar debe solo en sus oidos
Tan delicioso título... en las reales
Cámaras nada mas, en las tranquilas
Nocturas horas, cuando todo yace
Sepultado en el sueño y el silencio,
Y oirnos nombre tal no pueda nadie.
Ciegos en derredor todos los ojos
Tienen que estar para esto; los pilares
De esta estancia no mas tal nombre escuchan
Cuando en murmullo de mis labios parte,
Y de su labio real otro tan dulce
Como el que yo le doy en pago sale...
Mas seguros que el eco de ambos nombres
De la cámara real se ahoga en el aire...
Y mientras ¡ay de mí! solo me es dado
Vagar en torno de él; pasar, mirarle,
Oir su acento, contemplar su rostro,
Servir su copa y á sus piés sentarme,
Cual blanca sombra del amor perdido,
Casto recuerdo de adorada imágen,
Sin que ese nombre dulce en mis oidos
Suene jamás en público... ¿quién sabe?
Tal vez un dia por la vez primera
Sonará, y para siempre mi linaje,
Mis derechos, mi amor, mis sufrimientos
Al universo todo haré palpables.
Tal vez... mas él tambien á la derecha
Del rey está. ¡Cuán bello! en sus brillantes
Pupilas, en su rostro todo entero
Se revela el placer que halla en mirarme.

(*Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brenilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detrás de ella.*)

Y sus ojos no mas me ven ahora;
Nadie mas que él me ha apercibido... ¡oh! vale
Para mí esta mirada hurtada á todos
La mitad de mi vida... idolatrarle
Puede no mas mi corazon. Le adoro;
Sí, le amo, y me estasío contemplándole.

(*Mira con precaucion levantando el tapiz.*)

ESCENA II.

BRENILDA, ROSMUNDA.

Ros., aparte. ¿Qué dice? ¿le ama? ¿á quién? ¿dónde sus ojos
Se fijan? ¿Quién es él...? ¡Si mas sagaces
Que los suyos los mios el objeto
De su amoroso arrobamiento hallasen!
(*Mira por detrás de Brenilda.*)
¡Cielos, es él! es Rodimiro... el vaso
Alza al rostro... sí, sí; para ocultarme
Su clara turbacion, porque tras ella
Aparecer ha visto mi semblante.
Bre. Mas ha palidecido de repente:
¡No me quiere mirar!
Ros. Niña, ¿qué haces?
Bre. ¡Ay!
Ros. ¡Silencio! que otro ay involuntario
No llame su atencion...
Bre. Señora.
Ros. Apártate
Del círculo á que alcanzan sus miradas,
Y respóndeme: ¿qué es lo que te hace
Tan arrobada estar ante esa puerta?
¿Qué hay en la mesa del festin que llame
Tan fuertemente tu atencion? ¿no has visto
Nunca en palacio fiesta semejante?
¿Nunca vistes al rey sus nuevos triunfos
Celebrar en la mesa con sus grandes
Y sus guerreros? ¿di? ¿ó es que hay entre ellos
Quién tu liviano corazon ablande
Con el osado fuego de sus ojos?
Bre. Qué, á ser eso verdad, ¿tan mal lo hallareis
Que así lo preguntais, airado el gesto,
Trémula...?
Ros. ¿A ser verdad? ¿vas á negarme
Lo que escuché yo misma de tu boca,
« Le amo, le adoro? »
Bre. ¡Dios! ¿eso escuchásteis?
Ros. Sí, y las miradas de sus ojos fijas
Sobre los tuyos sorprendí. ¿Turbarse
No le vistes? ¿llevar el vaso al rostro
Tras de su áureo metal para ocultártele?
Pues fué porque detrás de tu cabeza
Vió la mia en la sombra dibujarse.
Bre. Sí, todo ahora lo entiendo.
Ros. ¿Ahora lo entiendes?
Y el vil secreto que pasar dejaste
De tu pecho á mi pecho, ¿has comprendido
Hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte?
¡Si el rey lo comprendiera!
Bre. ¡Siempre... siempre
En mi mayor tormento se complace
Vuestro vil corazon... siempre, do quiera
Persiguiéndome vais, vais espiándome,
Contándome los pasos que camino,
Interpretando de mi voz las frases,
Esprimiendo los mismos pensamientos
Que aun á palabras no reduje: echándome
Al rostro sin piedad mi desventura,
De mi misma virtud haciendo ultraje,
De mi pobre esperanza una por una
Sin compasion las flores deshojándome.
¿Hasta cuándo, señora, este suplicio
Ha de dudar? Sin nombre me dejásteis,
Sin mil derechos que al nacer obtuve,
Cuando á la luz me dió mi regia madre.
Cuanto era mio, vuestro fué: nacida
Bajo de real dosel, de reyes traje
Noble y justa altivez, sin recordaros
Los vasallos, los bosques, las ciudades
Que pasaron á vos... y con todo ello
Ofrenda os hice y os rendí homenage.
Él os amó y me dijo: «Me interesa
Que el trono rindas, que tu nombre calles,
Que no entienda tu ser hombre nacido,
Y olvidada de tí por otra pases.»
Y olvidada de mí pasé por otra;
Mi nombre ni mi ser no entendió nadie,
Y naciendo señora me hice esclava
De quien necio adoró mi ciego...
Ros. ¡Infame!
¡Que no salga jamás de tu garganta
Ese nombre fatal, y al reclamarle
Si te atreves un dia, ve, contempla
El abismo que cava inmensurable
Entre tí y Rodimiro: porque es ese
El soplo que mantiene el fuego que arde
En tu pecho, Brenilda, ese es el ídolo
A que elevó tu corazon altares.
Bre. ¡Por compasion, callad!
Ros. ¡Oh, te amedrenta
Que le conozca...! pero qué, ¿mas grave
Será por ello tu torpeza? al cabo
Es bizarro, galan, cortés, afable,
El escudo y sosten de Lombardía,
El trono con el rey divide casi.
¡Oh! ¡has elegido bien! no habrá en Italia
Quien descontento tu eleccion te tache.
Luego es jóven, y hermoso; en rubios rizos
Larga madeja de cabellos cae
Sobre sus anchos hombros; sus pupilas
Radian cual radia en la serena tarde
Entre purpúreo pabellon de nubes
El sol, tras la montaña al ocultarse:
Su sonrisa es mas grata que el aroma
De la flor que en abril temprana nace,
Y es mas grata su voz que el son tranquilo
Con que murmura el aura entre los árboles.
¡Oh! ¡has elegido bien! cuántas matronas
Mas espertas que tú, sus gracias traen
Esculpidas en su alma: cuántas dieran

Muchas horas de amor, muchos galanes
Tiernos, enamorados, generosos
De su amorosa fe por un instante:
Y tú casi en la infancia, al linde apenas
Del campo de la vida, la red frágil
Le tiendes de tu amor... tal vez á solas
Con falsas esperanzas le persuades,
Le ofreces...

Bre. Basta ya: tened la lengua,
Que me avergüenza oir palabras tales
En vuestra boca real; y una sospecha
Siento al oiros en mi pecho alzarse
Que os hace tan odiosa ante mis ojos
Cuanto si al rey...

Ros. ¡Silencio! ¡miserable!
¿Qué es lo que osas pensar?

Bre. Lo que no osara
Si vuestra misma voz no me obligase
A concebir desde hoy.

Ros. Tus celos solo
Inspirártelo pueden.

Bre. Tal vez márgen
Para ellos me han dado otros.

Ros. ¡Insensata!
Calla, y tu crímen á ninguno achaques.
¿Tú te atreves á amar? ¿Sabes quién eres?
¿Ignoras que á morir puede llevarle
Vuestro amoroso y criminal secreto?

Bre. ¿Nuestro? mio no mas: él no lo sabe.

Ros. ¿No lo sabe?

Bre. Jamás osó mi labio
Ni aun dirigirse á él.

Ros. Ah, no me engañes,
Brenilda, ¿de ese amor...

Bre. Vive el misterio
Solo dentro de mí.

Ros. ¿Cómo probarme
Lo que dices podrás, si yo te he visto
Una vez y otra vez fija mirarle,
Y á él por encima del dorado vaso
Sus ojos elevar para mirarte?

Bre. Errado habrán mis ojos, mas mi lengua,
Mi corazon son puros; ni faltarme
Jamás á mi decoro tanto pude
Por mas que mi cariño me estraviase;
Que yo jamás olvidaré, señora,
Lo que me debo á mí, y aunque se rasgue
Mi corazon de mi dolor al ímpetu,
Devoraré en silencio mis afanes,
Y sabré descender á mi sepulcro
Víctima del dolor, mas no culpable.

Ros. ¿Tan severa virtud en tu alma jóven
Con tan firme pasion á un tiempo cabe?

Bre. Cabe, sí; y pues que vos la comprendísteis,
Si él la entiende á su vez (que acaso es fácil),
Al mismo rey declararé sin miedo
Mi pasion...

Ros. ¡Ay de tí! si tal osares,
Brenilda, ese secreto es tu sentencia,
Y solo vivirás mientras le guardes.

Bre. ¿Quién es esta mujer, sagrados cielos,
Que por do quiera á detenerme sale,
Que á todas partes con furor me sigue,
Doblando mi dolor en todas partes?
¿Con que no hay para mí paz ni reposo?
¿No hay piedad para mí? ¿fuerza es que cave
Mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
Y paso á paso hasta mi tumba baje,
Empujándome vos paso tras paso,
Cuanto ame y cuanto espere arrebatándome?

Ros. Te ciega tu pasion: yo solo quiero
Por el camino de tu bien guiarte,
Purgándote de necias ilusiones,
Harto indignas de tí... pero ya salen
Del banquete... esas lágrimas enjuga,
Y á servir á tu rey pronto prepárate
La última copa del festin: es honra
Que te dispensa siempre, ya lo sabes.

Bre. ¿Qué me valdrá ¡ay de mí! secar los ojos,
Mientras el corazon lágrimas mane?

Ros. ¡Hola, esclavos! las lámparas difundan
La necesaria luz.

Bre., aparte. ¡Oh cielo, ampárame!

Ros. Le ama... ¡y cuánto! oh furor! ¡y torpe acaso
En mi alma la dejé que penetrase
Dándola un arma contra mí...! no importa.
Yo sabré para siempre separarles,
Yo haré que entre los dos un muro inmenso,
Inaccesible á entrambos se levante.

ESCENA III.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA, BRENILDA, BUCILIO.

Alb. ¡Bien lo hemos hecho por quien soy! y espero
Que no se quejarán de nuestro trato
Esos romanos viles que nos tienen
Por salvages estúpidos y bárbaros.

Buc. Lobos son nada mas que aullan cobardes
Al verse en nuestras redes entrampados.

Alb. ¡Lobos! ¡Tienes razon!

Buc. ¡Qué ojos pusieron
Sobre las mesas al mirar rodando
Los vasos de oro de sus templos!

Alb. Era

Convidar á el banquete necesario
A esos altivos ricos, cuyo miedo
Puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarian
El servicio á que están acostumbrados,
Tuvieron que comer, tuvieron vino,
Y se fueron con vida.
Buc. Ya las manos
Me hormigueaban á mí viendo sus gestos
Y melindres.
Alb. ¡Pardiez! ya se marcharon,
Y cumplimos con ellos bravamente.
Buc. Eso sí, cual quien somos nos portamos.
Alb. Harto hacemos dejándoles la vida,
Puesto que ya vencidos son esclavos.
En fin, ahora nosotros lejos de ellos,
Sin ceremonias necias concluyamos
Nuestro festin como acabarlo deben
Húngaros valerosos y lombardos.
(*A Rosmunda y Brenilda.*)
¡Hola! ¿aquí estais vosotras?
Ros. Tus costumbres
Sabiendo todo aquí te lo aprestamos.
Alb. Muy bien: esos imbéciles me han hecho
Tragar sin reflexion vaso tras vaso
Con sus rondas y brindis... y esos vinos
De Italia al paladar me son tan gratos
Que á no ser yo quien soy fuera de tino
Me pusiera tal vez. — ¡Ea! sentaos,
Capitanes, aquí; todos en torno
Mio, y como partimos en el campo
Las lanzadas y golpes, la alegría
Con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú tambien: y tú, Brenilda,
Sírveme á mí; á vosotros mis esclavos,
Que estas manos son haces de azucenas
Y á un rey sirven no mas. Ea, bebamos.
Buc. Mas por los cielos, Rodimiro, creo
Que tu copa no apuras.
Alb., con desden. Estasiado
En amoroso arrobamiento ha dias
Anda.
Rod. Alboino...
Alb. De tu mismo labio
Lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
Que lo miro mejor, ¡oh desdichados
(*Mirando á Brenilda y Rodimiro.*)
De vosotros si es cierto! esa memoria
Me recuerda... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ay de tí si me has mentido.
Rod. ¡Yo mentir, Alboin!
Alb. Silencio. Cuando
Su mano á demandar te has atrevido,
Que ella estaba ignorante me has jurado
De tu insensato amor.
Rod. Sí, y estoy pronto
A volverlo á jurar; nunca llegaron
A sus oidos mis palabras.
Alb. ¿Cómo
La he visto, pues, el rostro adelantando
Detrás de ese tapiz mientras comíamos,
Y cómo la volvias al soslayo
Sus furtivas miradas?
Bre. y Rod. ¡Cielos!
Alb. Todo
Lo penetran mis ojos, insensatos.
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo
A perdonarte amor tan temerario,
Mientras es sentimiento que escondido
Hierve en tu corazon; pero si osado
Redujiste á palabra el pensamiento
Para ponerle en sus oidos castos,
Te juro por el cielo que nos cubre
Que mueres esta noche.
Bre. ¡Cielos santos,
Hay mas duelos aun! Señor, yo os juro
Por cuanto respeteis por mas sagrado
Que no me habló jamás.
Rod. Rey Alboino,
Tú me conoces bien; yo he peleado
Largo tiempo por tí; sabes mi esfuerzo,
Sabes que mis consejos y mi brazo
Te han servido con honra, y há bien poco
La Italia á conquistar te han ayudado:
Pues bien, yo me he creido con derecho
Para aspirar á galardon tamaño.
La he visto, la he amado: he acudido
A aquel que la guardaba, imaginando
Que quien era el segundo de su reino
Merecerla podria.
Alb. Te ha engañado
Tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora
Que tu lombardo brio amancillando,
Has aprendido á hacer largos discursos
En la lengua servil de los romanos.
En Hungría pidieron siempre tierras,
Castillos ó riquezas los soldados
En premio del valor, mas no mujeres.
Y si pensaste alucinarme acaso
Con largas peroratas en la lengua
De la vencida Italia, esfuerzos vanos
Para lucir tu ciencia de hoy escúsame;
Porque á mí esos discursos estudiados
Y esas floridas frases ni me mueven
Jamás ni me convencen, al contrario,
Me provocan á risa, porque creo
Que donde hay mucha lengua hay pocas manos:
Y porque tengo oidos para húngaros,
Mas para perros de la Italia, látigos.
Rod. Castiga, pues, con ellos á tus perros,
Mas no amagues con ellos á lombardos
Como yo.
Alb. ¿Como tú? me inspiras lástima

Y desprecio no mas. ¿Méritos altos
Recuerdas de valor? ya lo has perdido.
Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,
Hoy bajo el cielo de la torpe Italia
Envilecido te has: lo están mostrando
Los perfumados rizos de tu creucha,
Tu esmerado vestir, tu afeminado
Porte, en fin, tu aficion á los placeres
Y el amor de quien cedes al halago.
Mas la mujer sobre la cual tus ojos
Te atreviste á poner, á mas bizarro
Y fuerte corazon está ofrecida:
Porque tal cual la ves, es noble tallo
De una rama arraigada en regio tronco
Y con sangre real fecundizado.

Rod. Yo nunca pregunté para adorarla
Qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo
Títulos á tu casa: la ví en ella,
Y me bastó encontrarla en tu palacio
Para tenerla en mucho: ni es justicia
Que por vivir su orígen ignorando
En tu casa me insultes.

Alb. Rodimiro,
Basta de arengas ya: tú has provocado
Mi lengua, y la solté: si te ha ofendido
Súfrelo; tu rey soy, tú mi vasallo:
Y en cuanto á ella, que comprendas basta
Que para tuya no nació. Bebamos.

Rod. Entonces, dame de tornar á Hungría
Licencia.

Alb. No haces falta en mis estados:
Cuando te plazca vuélvete.

Ros. Alboino,
Considera, señor, que largos años
Te sirvió con honor; que fué tu amigo,
Y si osó contrariarte, sabrá manso
Olvidar ese amor.

Rod. Nunca.

Alb. Rosmunda,
¿Tú tambien (lo sospecho) te has pagado
De su hermosura juvenil? ¿que parta
Por no volverle á ver sientes acaso?

Ros. ¡Alboino!

Alb. Rosmunda, te conozco;
Mas con ventajas tus traiciones pago,
Y por muchas que me hagas, ya te llevo
Una bien estremada de adelanto.
Mas, ¿qué digo? perdona las bravatas
De unos celos imbéciles. Bebamos.
Toma, Bucilio: Rodimiro, toma,
Y necias disensiones apartando,
Tú aquí en mi copa de márfil, Rosmunda,
Conmigo beberás. Ya sabes que hago
De esta copa alta estima, y que con ella
Concluyo siempre mi festin diario,
Y en la corte, en la caza, en la campaña
Siempre me sirvo de ella.

Ros. Lo he notado.

Alb. Hondo misterio en su labrada taza
Consignó mi poder, y há tiempo largo
Que mis labios no mas llegan á ella.
De mi injusto rigor en desagravio
Hoy te la ofrezco; *bebe pues, Rosmunda,*
Que con tu padre bebes.

Ros. ¿Eh? no alcanzo
Lo que me dices. ¿Con mi padre bebo?

Alb. Con su memoria, sí. De un sorbo
acábalo.

Ros. Sea.

Alb. Así trato á los que en mucho estimo.

Ros. Gracias.

Alb. ¡Já, já, já, já! Señores, vámonos.
(*Alboino vase, llevando por delante á Brenilda, y siguiéndole Bucilio. Rosmunda y Rodimiro quedan cada uno á un lado de la escena.*)

ESCENA IV.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Esa risa feroz... me ha estremecido...
Si, ¡alguno encierra pavoroso arcano
Que no comprendo bien! siempre la suelta
Al complacerse en algun mal.

Rod. Salgamos
De ese palacio, en que el vapor se aspira
Del crímen.

Ros. ¿Mas quién osa...?

Rod. Ya me aparto;
Perdonad.

Ros. Rodimiro... ¿aquí qué esperas?

Rod. No espero; parto; ¡á Dios!

Ros. Tente. ¿Los pasos
Del rey no sigues?

Rod. No. Para mis plantas
Se abre el camino por opuesto lado.
No haces falta, me ha dicho, con que nada
Me resta ya que hacer en su palacio.

Ros. Palabras que á un amigo se le dicen
Tal vez en un colérico arrebato,
Mas que se olvidan luego.

Rod. En mi memoria
Quedarán indelebles, y en el campo
Volvérselas espero en algun dia
Con la misma arrogancia.

Ros. ¿Con que tanto
Amas á esa mujer, que por negártela
Le aborreces así?

Rod. Sí, la idolatro.
Por la esperanza de lograrla un dia
Me uní á Alboino, combatí á su lado,
Le ayudé en sus tiránicas conquistas,
Testigo de sus crímenes infandos;
Mas hoy que me la niega, hoy que se apaga
Mi esperanza, el ambiente emponzoñado

No quiero respirar con que él respira,
Y en verme su enemigo me complazco.
Voy de la suya á dividir mi gente
Y á partir de Verona, pero aguardo
Volver dentro de poco á su presencia
A pedir con las armas en la mano
Lo que tal vez á mis servicios debe.
Y ¡ay de él entonces!
Ros. Cálmate, ¡oh gallardo
Capitan!
Rod. ¡Ah! ¿calmarme cuando pierdo
En solo un punto cuanto espero y amo?
Ros. Pues esperas en balde: esa doncella,
Nacida en regia cuna, y al cuidado
De Alboino encargada por su padre,
Solo se debe unir en puro lazo
Con quien ciña corona y cetro empuñe
Cual conviene á su orígen soberano.
Rod. Pues bien, hablad; ¿cuál es? ¿quién es su padre?
¿Dónde tiene su imperio? ¿en qué apartado
Rincon del mundo reina? Iré á buscarle,
Y ambas rodillas á sus piés doblando,
Le pediré á Brenilda.
Ros. Y rey no siendo,
¿Con qué derecho pedirás?
Rod. Soldados
Tengo y tierras, soy noble, y atrevido,
Y avezado á la guerra: el mundo es ancho,
Y nunca un sitio en donde alzar un trono
Me ha de faltar si con el trono pago.
Ros. ¡Oh, y lo mereces!
Rod. ¡Ah! vos de mi parte...
Ros. No, por mi vida no: te has engañado.
¿Yo de tu parte en tu amor ciego? nunca:
Primero el corazon me harán pedazos.
Rod. No acierto á comprender...
Ros. Pues... ¿no lo oiste?
«¿Y tú tambien, Rosmunda, te has pagado
De su hermosura juvenil? ¿que parta
Por no volverle á ver sientes acaso?»
Él mismo te lo dijo, él, Alboino...
Pues bien, dijeron la verdad sus labios.
No partirás; delante de mis ojos
Quiero tenerte siempre, porque te...
Rod. Harto
Habeis dicho, señora; y si la mente
Con pensamiento tal habeis manchado,
Y el torpe corazon con tal deseo,
La lengua no mancheis ciega esplicándolo.
Ea, partir dejadme; me avergüenza...
Ros. ¡Qué, infeliz!
Rod. El haberos escuchado.
Ros. ¿Y el haberme entendido?
Rod. Sí, Rosmunda.
Ros. Pues es secreto que vender no trato
Sino á precio subido: y pues lo sabes,
Piensa que fuerza te será pagármelo,
Porque al pasar de pensamiento á dicho
Fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.
Rod. Las amenazas y el amor desprecio
De quien no sea Brenilda.
Ros. Mentecato.
Brenilda, como tú víctima mia,
En mi poder está... mas concluyamos.
Yo el desamor á perdonar me avengo,
Pero el desprecio no; y pues ocultarlo
No supe de Alboin, desde hoy á todo
Por tí me atrevo, y por tu amor lo abarco,
Y en punto tal el mundo pondrá inútiles
A mi venganza ó á mi amor obstáculos.
Mujeres como yo no se desprecian
En vano, Rodimiro; y si yo cambio
Los nombres de los dos cuando esta escena
Revele, y este amor en que me abraso
Te lo atribuyo á tí, burla, desprecio
De Brenilda serás, del vulgo escarnio,
Objeto de la saña de Alboino,
Y su víctima luego en el cadalso.
Todo de un solo golpe te lo quito,
Toda de un soplo tu esperanza apago.
Rod. ¡Basta, infernal mujer! digna te miro
De tu reäl esposo; á un amor casto,
¿Cómo puede ayudar quien parte el lecho
Con un monstruo como él?
Ros. Mas de sus manos
Puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas
Para morir, y piénsalo despacio,
Que yo te necesito amante ó muerto,
Y si no cedes al amor te mato.
Rod. Morirémos los dos,
Ros. ¿Tú me amenazas?
Rod. Sí; fias en tí misma demasiado,
Y esperas de Alboino lo que juzgo
Que ya no lograrás.
Ros. Piensas acaso
Que quien me debe la corona...
Rod. Pienso
Que hay dos hombres en él, distintos ambos,
El marido y el rey: y este del trono
Que le usurpó á tu padre asegurado,
Cuando pueda saldrá de tí el marido
Que bebe en esa copa.
Ros. Habla mas claro.
¿Qué me quieres decir? ¿tú en esa copa
Conoces el misterio consignado?
Rod. Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho
En tu cámara misma revelándolo;
Pero ya que me dices «ama ó muere,»
Oye, Rosmunda, y tiembla contemplando
Qué es lo que puedes esperar del hombre
Con quien casada estás... mas ve si acaso
Pueden de sus oidos al alcance
Mis palabras salir.

Ros., cerrando las puertas. Di confiado;
Pero sé breve.
Rod. Escucha, pues: tú sabes
Que el casarse Alboin contigo, solo
Fué por asegurar con tal enlace
La usurpacion tirana de este reino
Que á tu padre quitó.
Ros. Sí; ¿mas no sabes
Que yo para mi amor ganarle supe,
Y que me amó despues?
Rod. Sí; mas es fácil
Que ignores tú que amaba á Clotosinda
Tambien, y al meditar que desposándote
Tu trono aseguraba, en unas yerbas
La dió la muerte.
Ros. Sí; pero no sabes
Que hasta el amor que profesó á los hijos
De Clotosinda, al mio en homenage
Rindió, y al buen Comundo á ruegos mios
Perdonó, y aun logré qué le amparase
En vez de perseguirle, y á la sombra
De su amparo vivió.
Rod. Sí; mas no sabes
La muerte de tu padre el rey Comundo.
Ros. Sí, la supe despues; el miserable,
No pudiendo sufrir verse vencido,
Espiró en Lombardía... mas ¿cuál trae
Todo eso relacion con el misterio?
Rod. ¡Ah, me das compasion! inmenso te abre
Un abismo á los piés ese Alboino
De quien esperas que te atienda en balde,
Y en vano juzgas conocer, en vano
Fias en tu poder un solo instante.
Ros. La corona me debe, y todavía
Como en esos balcones me asomase
Gritando: ¡guerra! como tigres vieras
Levantarse en mi nombre mil parciales.
Rod. Llámalos, pues, y si saldrán verémos
De las sangrientas urnas en que yacen.
Ros. Te lo juro en verdad; ¡pobre mancebo!
Me haces reir queriendo amedrentarme.
Siempre ha de ver en mí la que amó un dia.
Rod. La que víctima fué de mis maldades.
Ros. ¿Víctima...? tú deliras.
Rod. Tú, Rosmunda,
Sí que deliras, tú: siempre callarte
Quise por compasion este misterio,
Mas pues tú misma le provocas, sábele:
No tienes un amigo, sus cabezas
Rodaron una á una: y execrable
Venganza de tu padre al fin tomando,
Él mismo le mató.
Ros. Mientes.
Rod. Su sangre
Dió á sus caballos á beber, y mira:
¿Ves esa copa que precioso engarce
De oro circunda?
Ros. Sí.
Rod. De ella se sirve
Desde tu misma boda; á todas partes
La lleva.
Ros. Sí; concluye.
Rod. ¿Y no has oido,
Rosmunda, las palabras infernales
Con que te la brindó? «¿Bebe, Rosmunda,
Que con tu padre bebes?» Pues bien, sabe
Lo que aquellas palabras significan,
Y tu esperanza de una vez acabe:
Esa ancha copa que márfil parece
No es mas que el hueco cráneo de un cadáver.
Ros. ¡Qué horror!
Rod. ¿No has comprendido todavía
Cuyo es, Rosmunda?
Ros. No.
Rod. Fué de tu padre...
Ros. ¡Ah! (*Un momento de pausa.*)
Rod. Piensa qué esperar debes ahora.
Ros. Una cosa no mas.
Rod. ¿Cuál es?
Ros. Vengarme.
Rod. Es tarde ya.
Ros. No, no; déjame sola,
Déjamelo pensar; y si salvarte
Quieres, y quieres á Brenilda, aparta
A ese aposento hasta que yo te llame.
Rod. Vana ilusion; es tarde.
Ros. Rodimiro,
Mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

PARTE SEGUNDA.

—

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA.

¡A mirarla ¡ay de mí! me atrevo apenas!
¿Con que es verdad? ¿burlada, escarnecida
De tan horrible modo...? ¡y yo, insensata,
Que en esa copa sin pavor bebia
Mientras sus labios sonriendo...! ¡bárbaro!
¡Venganza solo de salvages digna
Ha sido tu venganza! ¡Ni aun sepulcro
Le diste...! ¡ay, que esta idea me horroriza!
¡Mísero padre mio! ¡y yo pensaba
Ir á verter sobre su tumba un dia
La última gota de sincero llanto
Que mis enjutos párpados abrigan!
¡Yo, que anhelaba del sepulcro al menos
En el borde fatal, ya que no en vida,
El postrimero ¡á Dios! dar á sus restos
Porque durmiera el ánima tranquila!

¡Y no hay tierra! ¡qué horror! que los cobije,
No hay urna que los guarde, mientras su hija
Parte el lecho nupcial con el verdugo
Y con su seca calavera brinda!
¡Sombra insepulta de Comundo... acaso
Vagas en torno de la mesa misma
En que tu cráneo sirve demandando
Represalia de mofa tan sacrílega!
¡Venganza, sí, venganza! ¡oh padre mio!
Yo te la debo, y la tendrás cumplida
En él y en cuantos tengan de su raza
Un átomo no mas: ¡oh! y la tendrias
Aunque fuera preciso para dártela
Tornar mis propios reinos en ceniza,
Y sorber gota á gota en ese cóncavo
Toda la sangre de su vil familia.
¿La ira que te animó contra mi padre
Has hecho caer en mí...? tú legitimas
Mi venganza, Alboino: ¡oh! por ventura
Hijos tienes tambien de Clotosinda,
De la que tanto amaste... me estremece
La barbarie al sondar de nuestras iras;
Pero al pensar en mi insepulto padre
Mi saña mas atroz será justicia.

ESCENA II.

ROSMUNDA, ALBOINO.

Alb. ¿Aquí Rosmunda aun?
Ros. Él es: mi sangre
Se agolpa hirviendo al corazon.
Alb. ¿Qué ideas
Tan absorta la traen?
Ros. Siento sus ojos
Clavados en mi faz, y puedo apenas
Impedir que al calor de sus miradas
El carmin de la rabia me enrojezca.
Alboino.
Alb. Rosmunda. ¿Aquí tan sola
Por las cámaras reales? ¿en qué piensas?
Ros. Pensamientos bien tristes me acompañan,
Alboino, y me alegro de que vengas.
Alb. Jamás supe con labio compasivo
Consuelo dar á mujeriles penas,
Ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora
Sobre tu corazon alguna pesa,
No la intentes partir con Alboino,
Que solo sabe dominar.
Ros. No temas,
No, que al pesar que el corazon me agobie
Consuelo demandar al tuyo quiera.
Alb. Ni tampoco á mi voz.
Ros. Tampoco: solo
Quiero que tú mis pensamientos sepas,
Por si quieres cumplirme en algun dia
El deseo que en mí tales los crea.
Alb. Di pues.
Ros. Pienso en mi padre, el rey Comundo.
Alb. ¡Séale leve la mortuoria piedra!
Ros. ¿Mas dónde está?
Alb. ¿Y porqué me lo preguntas?
Ros. Porque algun dia visitar quisiera
Su solitaria tumba, algunas flores
Dejando y una lágrima sobre ella.
Alb. Muchas veces, Rosmunda, me lo has dicho,
Y has oido otras tantas mi respuesta;
Nunca, yo vivo, la verás; las tumbas
Inspiran melancólicas ideas,
Y no quiero que nunca al lado mio
Sus sombrías memorias te entristezcan.
Ros. ¿Con que al fin tu furor es implacable,
Y ni aun al borde de las tumbas cesa?
Alb. No; mas fué mi enemigo; la fortuna
Me puso enfrente de él, y si á ver llegas
Su sepultura, al recordar su muerte
La causa recordar te será fuerza.
Ros. Tal vez no tiene sepultura honrada,
Y te causa rubor que yo la vea.
Alb. Tiene un palacio por sepulcro... y gentes
Que contínuo le cuidan y le cercan,
Y basta de ello ya.
Ros. Solo, Alboino,
Quisiera confesarte... una flaqueza,
Tal vez, un infantil remordimiento,
Pero que roe sordo mi existencia.
Dicen que en paz el alma no reposa
Del triste padre que en el mundo deja
Hijos que en su sepulcro no colocan
Con pia mano funeraria ofrenda.
Alb. Delirios.
Ros. Aseguran que su sombra
Vaga invisible en su redor, y lenta,
Triste y desnuda de su lecho en torno,
En la callada noche se pasea.
¿No la has sentido tú?
Alb. ¿Yo? desvarías.
Ros. Mas, ¿ni aun tu sueño alguna vez altera
Su memoria?
Alb. Jamás; mis enemigos
Si mueren una vez no se presentan
Ante mis ojos mas, ni mi memoria
En sueño ni en vigilia los recuerda.
Ros. Tienes un corazon...
Alb. Lo sé, de bronce,
Un corazon audaz en que se estrellan
Todos esos menguados sentimientos
Que al guerrero envilecen. Los que reinan,
Los que mandan ejércitos que arrastran

Detras de su corcel á la pelea,
Los que el imperio donde nacen miran
Cual jaula vil que su valor encierra,
Y de algo mas sintiéndose capaces
Los hierros viles de su jaula quiebran
Para buscar espacio á sus alientos,
Y para dar ensanche á su grandeza,
Un corazon de bronce como el mio
Deben tener, Rosmunda; una alma entera
Incapaz de temor, y un pié tan firme
Que haga á su paso estremecer la tierra.
Ros. Un corazon de tigre como el tuyo,
Que ni á los hombres ni á los cielos tema.
Alb. Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo sabes,
Fuerza será que tu destino veas
En mí, que soy tu dueño, porque nada
Mi corazon contrasta ni doblega,
Y cuanto encuentre á su camino opuesto
Es fuerza que se humille ó que perezca.
Y óyeme bien, porque te estoy notando
Un no sé qué de lúgubre y siniestra
Que no comprendo, y para que obres cauta
Lo que pienso de tí quiero que sepas.
Yo aborrecí á tu padre; contra él solo
Salté feroz las húngaras fronteras,
Y me lancé sobre él como un torrente,
Resuelto á esclavizar toda su tierra.
Peleamos, vencí; volvió los suyos
A juntar, y otra vez á la refriega
Torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,
Y cautiva con él su raza entera.
Entonces me llamó contra el romano
Injuriado Narsetes, y revuelta
No queriendo dejar á mis espaldas
Tu nacion humillada, con destreza
Acerté á mantener lo conquistado,
Cuando (mi esposa Clotosinda muerta)
Legitimé casándome contigo
El derecho que obtuve por la fuerza.
Ros. ¿Y mi padre?
Alb. No mas me lo recuerdes:
Aun vive en mí su enemistad ilesa,
Y un poco que te amé por tu hermosura
Se me puede olvidar si me impacientas.
Ros. Alboino.
Alb. Rosmunda.
Ros. El pueblo mio
Puede acordarse de que soy su reina.
Alb. Yo haré que al punto mismo se le olvide
Para siempre.
Ros. ¿Con qué?
Alb. Con tu cabeza.
Ros. ¡Monstruo! ¿serás capaz?
Alb. De todo: ahora
Mas que nunca, Rosmunda; y porque entiendas
Cuánto te importa ser prudente, sabe
Que deben los romanos á las puertas
De Verona llegar en esta noche,
Y yo salir á recibirlos fuera:
Mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa
Que á tu labio asomó, porque penetran
Mis ojos en tu pecho y tus ocultos
Intentos leen.
Ros. ¿Oh cielos!
Alb. La sospecha
Roe mi corazon: esos lombardos
Que á Rodimiro siguien, si se quedan
Dentro de la ciudad pueden venderme;
Les saco, pues, conmigo á la pelea;
Mas sin su capitan... aun no respires...
Escucha cómo en la ciudad se queda.
Gobernador contigo en nombre mio
El pueblo todo lo creerá en mi ausencia:
Sus lombardos así saldrán seguros
Y lidiarán leales: mas en estas
Salas presos los dos ni á los balcones
Os debeis acercar hasta mi vuelta.
Ni un señal, ni una palabra debe
Revelar vuestro estado. Y la primera
Hará saltar la espada de Bucilio,
Que velará sobre vosotros. Prenda
De salvacion, tal vez de represalias
Brenilda ser para los dos pudiera
Si en vuestras manos la dejara, pero
Todo lo calculé, y en las tinieblas
Del alcázar saldrá, y en mas seguras
Manos la dejaré. Si fuere adversa
Mi suerte y me vencieren los romanos,
De ninguno de entrambos será presa,
Que no quiero de mí que os vengueis nunca
En el único ser que amo en la tierra.
Mas si vuelvo triunfante... para entonces,
Rosmunda, ajustarémos nuestras cuentas.
¡Silencio! Yo os conozco. Rodimiro
Ama á Brenilda, acaso le ama ella;
Mas tú le amas á él, y por vengarte
De todo eres capaz; los celos ciegan.
Él, capitan valiente, hombre gallardo
Y enamorado asaz, por obtenerla
Todo lo emprenderá, y estoy resuelto
De fuerza ó grado á que jamás la obtenga.
Es un árbol fatal que me hace sombra,
Es una fama á mi renombre opuesta,
Es un hombre que marcha al lado mio
Y casi igual á mí crece y se eleva,
Y estoy celoso de él, y necesito
Hundir bajo mi planta su soberbia.
Ros. ¿Con que es decir...?
Alb. Que morirá.
Ros. ¡Malvado!
Alb. El amor de Brenilda es su sentencia.
Ros. Di que es su gloria, su valor tus celos.

Alb. Su gloria y su valor se la aceleran;
Donde Alboino está quiere estar solo,
Donde reina Alboino nadie reina,
Y el que á sus piés no doble la rodilla
Doblará ante su espada la cabeza.
Hé aquí mi historia, pues: hé aquí mis leyes:
Hé aquí mi corazon: lo que haces piensa.
Bucilio.

ESCENA III.

ALBOINO, ROSMUNDA, BUCILIO.

Buc. Aquí me tienes.
Alb. ¿Está todo?
Buc. Todo.
Alb. A ordenar voy, pues, mis haces: presta
Vuelta daré; tu obligacion no olvides.
Buc. Fia.
Alb. Aquí están los tres, guarda las puertas.

ESCENA IV.

ROSMUNDA, BUCILIO.

Ros. ¿Qué es lo que aguardas tú?
Buc. ¿No habeis oido
Las órdenes del rey?
Ros. Desde allí fuera
Puedes tambien guardarlas: en mi cámara
Sola quiero quedar: ¿lo oyes? despeja.
Buc. Yo sé lo que el rey quiere.
Ros. ¡Ira del cielo!
¿Y no sabes tambien que soy la reina?
¡Atrás!
Buc. Señora.
Ros. ¡Atrás!
Buc. Ved que velando
Junto al dintel estoy.
Ros. Donde tú quieras,
Como no sea ante mis ojos. Bueno. (*Cierra la puerta.*)
Estos breves instantes que me restan
Aprovechar sabré. « Hé aquí mis leyes:
Hé aquí mi corazon: lo que haces piensa. »
Dijo: ya lo pensé: todo por todo
Voy á arriesgarlo, sí: ¡vengada ó muerta!
Implacable como él, bárbara, impía
Seré á mi turno; pero pronta, diestra,
Ni aun tiempo le daré... ¡necio! ¡insensato!
Que el alma me descubres y me dejas
Vivir un punto mas... ¡rey Alboino,
Verás tu imprevision lo que te cuesta!
Rodimiro.

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. ¡Traidor!
Ros. ¿Oiste?
Rod. Todo.
¡Tirano vil!
Ros. Mas bajo; nos acechan.
Rod. ¡Encerrados aquí!
Ros. Y con tus lombardos
Victorioso quedar aguarda mientras.
Rod. No, todos á mi voz en un instante
Acudirán á mí.
Ros. Tente; ¿qué intentas?
Rod. Desde cualquier ventana...
Ros. Serás muerto
Antes que á alguna aproximarte puedas.
La espada de Bucilio al dar un paso
Mas allá de esta cámara te espera.
Rod. ¡No tengo yo la mia!
Ros. Él tiene muchas
En torno suyo contra tí dispuestas.
Rod. El corage me ahoga.
Ros. Razon tienes,
Grande, sobrada, poderosa, inmensa;
Mas un momento cálmate.
Rod. ¿Calmarme,
Cuando toda la sangre se aglomera
Sobre mi corazon, que aquí en mi pecho
No cabe de furor? ¿calma? ¿paciencia?
¿Cuando acabo de oirle que me mata
Por la gloria que he dado á sus banderas?
¿Porque junté mis armas con las suyas
Para doblar sus triunfos con mis fuerzas?
¿Calmarme, cuando veo en un instante
Que en vez de una anhelada recompensa,
Mis hazañas, que á un trono le llevaron,
Solo á una muerte sin honor me llevan?
¡Calmarme! tú podrás, que tambien tienes,
Lo mismo que él, el corazon de piedra.
Yo no, que tengo sus injurias todas
En mi afrentado corazon impresas.
Ros. ¿Y no las tiene el mio, Rodimiro?
¿No tiene injurias que vengar? ¿afrentas
Que están clamando por venganza como
Ellas son de satánicas y horrendas?
¿No pide, di, venganza esa vil mofa
Tantos años seguida... ver espuesta
La cabeza del padre asesinado
Ante mi vista y en mi propia mesa?
¿Crees acaso que un punto en mis oidos
Las palabras horribles no resuenan
Que nunca comprendí? « *Bebe, Rosmunda,*
Que con tu padre bebes. »
Rod. Cesa, cesa,
Que me espanta, Rosmunda, el torvo brillo
Que tus sangrientos ojos reverberan.

Ros. Eso es que trasparentes mis pupilas
Te dejan ver del corazon la hoguera.
Rod. Sí, sí; tienes razon.
Ros. ¿Crees aun mi calma
Hija de un alma á las injurias muerta?
Rod. No, te creo capaz...
Ros. De todo ahora:
Mas á no errar el golpe, bien resuelta
Busco yo mi venganza como debo,
No con el corazon, con la cabeza.
¿Quiéres unir tu suerte con mi suerte?
Rod. No te comprendo bien.
Ros. Su pronta vuelta
Al partir anunció; de un solo golpe
Lograr podrémos la venganza nuestra.
Rod. Habla, el valor me sobra.
Ros. No hará falta
Mucho valor.
Rod. ¿Qué, pues?
Ros. Mucha destreza,
Mucho silencio, sobre todo: escucha.
Tú mandas cierta tropa...
Rod. Ya lo sabes.
Ros. ¿De su fidelidad tienes completa
Confianza?
Rod. Vasallos de mis padres
Son, y nacidos en mi patria mesma.
Ros. ¿Y están á tu servicio...?
Rod. Voluntarios:
A mí en el mundo nada mas respetan;
Aliados, no vasallos de Alboino.
Ros. Pues yo sé por dó se abre una poterna
Que sale de este alcázar á las ruinas
De ese templo romano. Una vez fuera
De aquí, uno de los dos á tus lombardos
Meter puede á esta cámara por ella.
Rod. Guia; como una vez me vea libre,
Caeré sobre él con mi legion entera.
Ros. No, puede descubrir tus movimientos,
Y á los suyos llamar en su defensa.
Rod. Tarde será.
Ros. Se encerrará en palacio.
Rod. Y yo le sitiaré dentro su regia
Mansion: es mi venganza mas segura.
Ros. No, Rodimiro, no: de esa manera
Tu venganza es segura; pero en cambio
A mí me hará colgar en las almenas
Por haberte salvado. No, yo sola
Del alcázar saldré, y á las casernas
Llegaré de los tuyos á anunciarles
El peligro mortal que te rodea.
Rod. ¿Mas si llega Alboino antes que tornes...?
Ros. Respetar necesita tu existencia
Mientras pueda esperar que tus soldados
Le ayuden á vencer: ¡oh! nada temas.
Rod. Pero ¿cuál es tu plan?
Ros. El devolverle
Venganza por venganza; y cuando vuelva
A saciar la que aguarda de nosotros,
Dé en la que en cambio prevenida tenga.
Rod. Dices bien.
Ros. Por si acaso desconfian
Tus lombardos de mí, dame una prenda
Que crédito me dé.
Rod. Mi anillo.
Ros. Tráele;
¿Es señal convenida?
Rod. Sí; cualquiera
De ellos bien le conoce, y al mostrársele
Todos resueltos seguirán tus huellas.
Ros. Tú, aguárdame entre tanto.
Rod. Aquí te espero.
Ros. Cuida bien que tu rostro no nos venda
La inquietud de su pecho revelando
En la turbada faz.
Rod. Está serena.
Ros. Ni mirada, ni voz, ni ¡ay! ni suspiro
Te haga traicion.
Rod. Ve en paz.
Ros. Él su anatema
Sobre ambos fulminó: púsonos á ambos
Juntos para morir en su sentencia;
Y pues nos junta el cielo á la venganza,
Yo juro quedar hoy vengada ó muerta.
A Dios.
Rod. Aguarda.
Ros. ¿Qué?
Rod. ¿Si te descubren...?
Ros. No ha de ser antes que los tuyos sepan
Tu situacion, y á tu socorro lleguen.
Rod. ¿Mas si acaso morir te aconteciera?
Ros. Entonces pon mi muerte en el platillo
De la balanza fiel de tus afrentas.
Rod. ¿Y si me toca á mí?
Ros. Lo que yo haria
Haz.
Rod. ¿Qué?
Ros. Arrostrar tu suerte con fiereza,
Y bajar en silencio á tu sepulcro
Sin estorbar á la venganza ajena.
Rod. Te comprendo muy bien.
Ros. Si me comprendes,
Cuanto á ambos nos importa considera;
Que el que caiga no estorbe al compañero,
Siguiendo ambos á dos la misma senda.
Rod. Caeré sin estorbarte tu camino:
Fia en mí.
Ros. Y en mí tú.
Rod. Ve, pues.
Ros. Pues vela.

ESCENA VI.

RODIMIRO.

Tiene razon esa mujer. Oculta,
Sorda y en las tinieblas preparada,
Como ese vil tirano nos la apresta,
Así debe de ser nuestra venganza.
Ha discurrido bien: todo por todo;
Mas esa fria reflexion me espanta
Con que todo lo mira y lo calcula
Y el tiempo mide, y la ocasion señala.
¡Tal es la ofensa empero! ¡un dia y otro
Con escarnio tan bárbaro mofada
En su amor y en su estirpe escarnecida!
Sangre, aliento de hiena en sus entrañas
Tienen ambos á dos; y me parece
Que el aire que se aspira en este alcázar
Es un vapor de crímen que emponzoña
Con honda sed de crímenes el alma.
¿De dónde, de qué padres, de qué tierra
Maldita viene tan maldita raza,
Que así cuanto hay entre los hombres sacro
Con tan frio furor vende y ultraja?
¡A quién leal les sirve, le escarnecen!
¡Sentencian á morir á quien les ama...!
¿Quién me juntó con ellos? ¿Quién me trajo
A Verona...? mas... oigo en esa estancia
Pasos... se acercan, sí. ¿Si esa Rosmunda
Me venderá tal vez...? ¡Oh! acompañarla
Debí, seguirla por do quier... ¿qué digo?
¡Dejarla aquí á Alboino abandonada!
No; su afrenta es mayor: yo soy un hombre,
Y saber debo sucumbir salvándola.
A esa puerta llamaron...
Brenilda, dentro. ¿Alboino?
Rod. Ese acento... ¿quién va?
Bre., dentro. Brenilda.
Rod. Mi alma
Reconocióla al punto.
(*Abre la puerta adonde Brenilda llama.*)

ESCENA VII.

RODIMIRO, BRENILDA.

Bre. ¡Ah...! Rodimiro.
Rod. Sí, yo soy.
Bre. Ay de mí. (*En accion de retirarse.*)
Rod., deteniéndola. Deten la planta
Un momento no mas: la vez primera
Es esta en que logré fortuna tanta,
Y por si es á la par la postrimera
Perder no quiero esta occasion.
Bre. Levanta.
Déjame.
Rod. No, Brenilda; ya lo oiste
De boca de Alboino, te amo.
Bre. Calla.
Rod. En vano el labio á la pasion resiste;
Del respeto el amor rompe la valla,
Sábelo al fin: si me ligué á Alboino,
Fué nada mas que por seguirte y verte:
Si he sembrado de glorias mi camino,
Ha sido nada mas por merecerte.
Permanecer en tu palacio ahora
Es no tener valor de abandonarte,
Y callar la pasion que me devora
Recelo nada mas fué de enojarte.
Mas hoy que ajeno labio en tus oidos
Resonar de mi amor hizo el secreto,
Los mios se resuelven atrevidos
A llegar de mi amor al santo objeto.
Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe
Lo que en mi solo corazon no cabe.
Yo te amo, sí, te adoro.
Bre. ¡Rodimiro,
Déjame por piedad!
Rod. ¡Brenilda mia,
Tú eres el aire con que yo respiro,
Tú eres la estrella que mis pasos guia,
Tú la felicidad por quien deliro:
Tu vista es para mí la luz del dia;
Será tu nombre mi postrer suspiro,
Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
Tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.
Bre. Calla, que tus palabras me fascinan,
Y en mis oidos resonar no deben.
Rod. Son la verdad no mas.
Bre. ¡Ah, me asesinan
Esas verdades que á escuchar me inclinan.
Rod. ¿A escuchar? ¿es decir que si se atreven
Mis ansias á esperar...
Bre. No, te alucinan;
Apártate de mí.
Rod. ¿Me huyes? ¡ingrata!
Yo creí ver en tus radiantes ojos
Siquiera compasion... mas con enojos
Me apartas: ¡ay! que tu traicion me mata.
Yo creí que tus ojos me seguian
Con cariñoso afan, que penetraban
Mi corazon, y el fuego comprendian
Que ardia dentro de él... mas me engañaban
Cuando á los mios responder fingian
Y con falsa espresion me contemplaban.
¡Tal es el fin de mi pasion sincera!
Cumplo, pues, mi destino: ¡á Dios!
Bre. Espera.
Rod. ¿Espera, dices, y la hermosa mano
Me tiendes...? ¿y una lágrima perdida
Resbala por tu rostro soberano
En el momento de partir vertida?
¿Al corazon arrancas un suspiro?
Acaba de una vez: ¿cuál en tu lloro
Misterio se me esconde?

Bre. ¡Rodimiro!
Rod. Habla.
Bre. No puedo mas; ¡sí, yo te adoro!
Rod. ¡Oh instante puro de placer supremo!
¿Me amas, Brenilda mia?
Bre. Sí, te amo.
¿Cómo ocultar la llama en que me quemo,
Cuando ves que estas lágrimas derramo
Al estrecharte entre mis brazos? Mira,
Tú eres solo la luz de mi existencia,
El aire tú que el corazon respira,
Tú vital parte de su propia esencia,
Tú la felicidad por quien suspira.
Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausencia,
Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
Tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.
Rod. ¡Alma mia!
Bre. Mis ojos no mentian
Cuando tus bellos ojos acechaban
Y tus tiernas miradas te volvian;
Mas ¡ay de mí! los ojos nos perdian,
Que otros ojos tambien velando estaban.
Rod. ¿Qué importa, si á este punto nos trajeron?
Bre. No, que un abismo á nuestros piés abrieron.
Oye, el rey Alboino
Tal vez eterno manantial de pena...
Rod. ¡Ese tirano vil...!
Bre. La lengua enfrena,
Porque á su voluntad me ató el destino.
Rod. Todo lo puedo con tu amor ahora;
Soldados tengo, esfuerzo generoso.
¿Quién no osa á todo por el bien que adora?
Huyamos de ese tigre rencoroso.
Bre. Rodimiro, jamás: juzgas en vano
Que la razon en mí pierda su imperio.
Rod. Condena nuestro amor.
Bre. Sí.
Rod. ¿Y su tirano
Imperio no huirás?
Bre. No... es un misterio...
Rod. Sepa yo al menos su fatal arcano.
Bre. Es inútil.
Rod. ¿Porqué?
Bre. Porque sería
Convencerte no mas del muro inmenso
Que nos divide.
Rod. Sí, su tiranía
Nada mas.
Bre. Su poder.
Rod. Que ignoras pienso
Sus leyes.
Bre. No.
Rod. ¿Luego mi muerte sabes?
Bre. ¡Cielos! ¡tu muerte!
Rod. Con cruel sentencia
Me condenó á morir.
Bre. ¿Mas por qué graves
Delitos?
Rod. Por tu amor.
Bre. ¿Mas en presencia
(*Aparece Rosmunda por donde salió de la escena, y al verlos se detiene y escucha.*)
De quién? ¿quién lo ha escuchado?
Rod. Yo mismo, yo, Brenilda.
Bre. ¿Tú?
Rod. Y Rosmunda.
Bre. ¡Oh! ¡siempre esa mujer! emponzoñado
Cuanto ella toca está... siempre fecunda
En daños su alma vil, por donde quiera
Que va derrama el mal.
Rod. Hoy en mi suerte,
Brenilda, es á la par mi compañera.
Bre. ¡Ah! desconfia de ella, que á la muerte
Te conduce: los celos la devoran.
Te ama.
Rod. Y yo la detesto. Mas escucha,
Salvar mi vida la interesa ahora;
Sin mí es perdída, con mi fuerza lucha.
Bre. ¿Lucha? y ¿con quién?
Rod. Con Alboino.
Bre. ¡Cielos,
Una traicion!
Rod. Una justicia.
Bre. Espera:
Esplícamelo bien.
Rod. Es larga historia.
Yo debo aquí morir dentro de poco
Quizás, pero mi fin comprarán caro.
Bre. ¡Oh! no, no por piedad! tu intento loco
Desecha.
Rod. Su sentencia en mi memoria
Grabada está.
Bre. Desistirá.
Rod. No: avaro
De mi sangre le he visto, y sus atroces
Intentos comprendí... no le conoces.
Bre. Mejor que tú...yo puedo darte amparo.
Rod. ¿Tú?
Bre. Yo. Si yo no cambio tu destino
Nadie le cambiará: no hay en la tierra
Mas que una sola voz que oiga Alboino;
Su alma, un afecto nada mas encierra.
Solo hay una mujer que su ira calma,
Que en sus labios benéfica provoca
Sonrisa de placer, y agota en su alma
La fuente de furor: á esta le toca
Valerte, y te valdrá.
Rod. ¿Mas quién alcanza
Tanto poder con él, que así revoca

Sus leyes de esterminio y de venganza?
Bre. Yo, Rodimiro.
Rod. ¿Tú?
Bre. Yo, que te adoro,
Y en pago de mi prez y mi decoro,
Que renuncié por él, y en honra suya,
Le exigiré, aunque sea en mi desdoro
Por cuanto soy y fuí la vida tuya;
Sabrá que imposible es que en mí destruya
El grande amor que para tí atesoro.
Y esa mujer por quien me holló Alboino...
Ros. Héla aquí.
Bre. ¡Siempre vos!
Ros. Es tu destino.

ESCENA VIII.

BRENILDA, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Rod. ¡Rosmunda ya!
Ros. ¡Silencio! miserable,
Nos ibas á perder si no te tengo
La lengua. Tú, despeja. (*A Brenilda.*)
Bre. Reina...
Ros. Al punto,
¡Rayo de Dios!
Rod. ¡Rosmunda!
Ros. ¡Rodimiro!
Rod. Es nuestra salvacion.
Ros. Lo necio admiro
De tu fe: créela y eres difunto.
Rod. ¡Cielo!
Ros. ¿Ahí estás aun?
Bre. Al rey espero.
Ros. Su cámara real es tu retiro,
Y allí cual sueles que le aguardes quiero,
O aquí te cuesta el postrimer suspiro.
Bre. ¡Vil mujer!
Ros. Obedéceme.
Bre. Yo muero.

ESCENA IX.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. Rosmunda, esa mujer...
Ros. Te asesinaba:
No oiste sus palabras?
Rod. ¿Tú has oido...?
Ros. Sí, todo desde allí, cuando llegaba
Por dicha mia.
Rod. Y bien, si has comprendido...
Ros. Todo, sí; y mas que nunca decidida
Camino á mi venganza,
Con nuevo y doble afan embravecida.
Rod. Mas me hizo concebir una esperanza,
Rosmunda.
Ros. Ya lo sé: ¿mas no comprendes
Ese misterio tú? Puede salvarte.
Rod. Me lo dijo.
Ros. Mas ¿cómo? ¿aun no lo entiendes?
¡Fatal amor con que logró cegarte,
Miserable de tí! De ese Alboino
Una mujer no mas puede arrancarte.
Solo escucha su voz sobre la tierra;
Su alma ese afecto nada mas encierra,
Y por él solo cambia tu destino,
Nada mas que por él sus leyes huella
Y de su furia el ímpetu revoca;
Y ese afecto el suyo es.
Rod. ¡Sella la boca!
Ros. Sí, Rodimiro, y la mujer es ella,
Ella, á quien tú tu corazon destinas.
Rod. ¡Basta, Rosmunda, basta! me asesinas.
¿Qué raza es esta de traidores? ¿Todos
Son viles por igual? ¿Todos serenos
Al crímen van por diferentes modos?
¡Oh! ¿qué me resta ya?
Ros. Vengarte al menos.
Rod. Mas no, tú mientes: inocente, pura,
Calumniada por tí Brenilda ahora
Fué torpemente.
Ros. No.
Rod. ¿Quién me asegura...!
Ros. ¿No lo dijo ella misma?
Ros. Tú, traidora,
Lo interpretas así.
Ros. ¿Y cómo interpreto
Que en la cámara misma de Alboino
Por las noches le aguarde? ¿Qué secreto
Es ese con que espera tu destino
Cambiar? ¿Porqué con ella es piadoso
Quien con todos es cruel y formidable?
¿Porqué de tu cariño tan celoso
Se muestra y te castiga inexorable?
¿No te ha dicho: «Aunque sea en mi desdoro
Yo puedo exigir de él la vida tuya
En pago de mi prez y mi decoro?»
Nada mas claro contra tí que arguya.
Rod. Sí, sí, lo veo bien: toda en mi mente
La funesta verdad se patentiza,
É impresa en mi memoria, horriblemente
El pobre corazon me martiriza.
Ros. Piénsalo, Rodimiro, y si camino
Hay que esta idea en tu favor concluya,
Fia en ellos, serás víctima suya;
Yo no, que lucharé con mi destino.
Rod. Yo tambien lucharé: no por la vida:
¿Qué me resta ya en ella? ¿qué esperanza
Halagármela puede? ¡No se anida
Ya en mí mas ambicion que de venganza!
¡Mi fe burlada, mi amistad vendida...
La muerte el premio que mi gloria alcanza,

¡Y tan villana muerte...! ¡Esto me espera!
Venganza, pues; pero venganza fiera.
Ros. Muera Alboino.
Rod. ¡Morirá!
Ros. A mí entero
Vuelva otra vez el cetro de Comundo.
Rod. Volverá.
Ros. Te lo ofrezco.
Rod. No lo quiero.
Ros. Rey de Italia serás.
Rod. Ni rey del mundo
Sin ella quiero ser: todo lo pierdo
Con su amor.
Ros. ¿Qué harás, pues?
Rod. Volver á Hungría;
Mas vengado volver, y su recuerdo
Guardar eterno en la memoria mia.
Ros. Considéralo bien, que es grande el precio,
Libertador de Italia, mi corona
Y mi amor reunir en tu persona.
Rod. Ya te he dicho una vez que los desprecio.
Ros. A la venganza, pues.
Rod. Sí, mis soldados...
Ros. Franco para ellos ya tengo un postigo.
Rod. Ténlos cerca apostados,
Y á una voz mia mételos conmigo.
Ros. Asegúrate bien; la astucia emplea,
No arriesgues neciamente una pelea.
(*Mientras dice Rosmunda este último verso cierra la puerta de la izquierda, por la que entró Brenilda. Rodimiro la pregunta dudoso:*)
Ros. ¿Qué haces?
Rod. ¡Si se presenta y nos delata!
Rod. Tienes razon.
Ros. (No quiero que la vea:
Todo podria revelársele.) Ea,
No hay miedo ya: ó le matas, ó nos mata.
Rod. Su sangre sobre mí.
Ros. Sobre tí sea.
(*Rodimiro se sienta: Rosmunda al marcharse por la puerta de la derecha se detiene en el dintel.*)
Ros., aparte. ¿Tú lo quieres? Pues bien, llegó mi hora;
Hoy para todos por igual funesta
Mi venganza será. Ve, pues, ahora
Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.

PARTE TERCERA.

—

ESCENA PRIMERA.

RODIMIRO.

Rápido el tiempo corre: todo calla
En derredor de mí. Tras de esas puertas
Vela sin duda el capitan Bucilio,
Porque siento sus pasos detras de ellas
Compasados sonar... ¡Cuánto esta calma
Sobre el inquieto corazon me pesa!
¡Cuánto esta soledad me martiriza
Con las memorias tristes que me acuerda!
¡Ayer guerrero triunfador partia
El poder con un rey... hoy en su regia
Cámara misma con traicion taimada
Sediento de mi sangre me encarcela!
¡Ayer en dulces y amorosos sueños
Embebecido mi dichosa estrella
Bendecia esperando; hoy ni esperanza,
Ni gloria, ni poder, ni amor me resta!
Cuantos amé insensato, me han vendido:
Con quien he odiado mas me junta adversa
Mi menguada fortuna... ¡oh, sí! aborrezco
Con toda el alma á esa mujer. Quisiera
No haberla visto nunca... es un fantasma
Que va siguiendo por do quier mis huellas,
Y cuyo hálito impuro en mi alma infunde
Un vértigo infernal que me marea.
¿Y me ama? ¡infando amor! partir me ofrece
Conmigo el trono... Abominable oferta,
Que me abrasa en furor, y en las entrañas
Toda mi sangre paraliza y hiela.
¿Yo á la par de tal monstruo? Nunca, nunca:
Mas ¡ay de mí! la aguardo, y de mí espera
La venganza tambien... ambos de un crimen
Nos vamos á lanzar sobre la senda.
¿Y á mí de qué me vale una venganza
Que ni dicha ni amor me recupera?
¡Oh, no! de calma el compasivo cielo
Estos instantes por mi bien me deja
Para mejor pensarlo... un alma noble
Cuanto olvida mejor, mejor se venga.
No mas sangre, no mas... renuncio á todo.
Dice que tiene franca una poterna
Por do salir de esta mansion horrible,
Y que la guardan mis lombardos... Ea,
Voy á dejar la Italia en medio de ellos;
Voy esta raza á abandonar de hienas.
Alboino, traidor, yo te perdono.
Yo te desprecio al par, ¡Brenilda pérfida,
A Dios! En mí desde hoy vuestra memoria
Sombra es no mas de pesadilla horrenda.
Mas esta puerta se resiste... ¡Cielos!

¡ Rosmunda. .! no responde... ¡oh qué sospecha !
Rosmunda... El eco solamente herido
Por la bóveda cóncava resuena.
Rosmunda... ¡ oh ! me ha vendido
Para dejarme de Alboino presa
En su lugar... Si por allí lograra...
Miserable de mí, que fié en ella
Y la dejé salir.
Alboino, dentro. ¡Bucilio!
Rod. Es tarde
Ya. Alboino está aquí. Su voz es esa.

ESCENA II.

ALBOINO, RODIMIRO, BUCILIO.

Alb. ¿Dónde está, dónde?
Buc. ¿Quién?
Alb. A mi corage
Poca es su sangre toda.
Buc. Tu ira enfrena,
Señor.
Alb. Bucilio, aparta, ó con las suyas
Caerá á la par tu criminal cabeza.
¿Qué has hecho, miserable?
Buc. A esos dinteles
Incesante velar.
Alb. Maldito seas.
Te han burlado.
Buc. Alboino...
Alb. ¿Quién ha abierto
Las puertas de mi alcázar á la reina?
Buc. No hay mas que esa, señor, que de tus cámaras
Salga, y no me aparté ni un punto de ella.
Alb. Pasaron sobre tí.
Buc. Sobre mi vida
Pasaran antes, ó á mis piés cayeran.
Alb. Pues pasaron, Bucilio, porque ahora
Rosmunda á los lombardos me subleva,
Y enfrente de las torres de Verona
Las águilas de Roma se presentan.
Sí, sí, perdidos somos : entre tanto
Que el enemigo en la ciudad nos cerca,
Las tropas que acaudilla Rodimiro
Dentro nos mueven infernal contienda.
Y toda su legion en voces altas
Ahora á su capitan pidiendo queda
Por las plazas y calles, y Rosmunda
Les encamina aquí... ¡La ira me ciega!
¿Qué has hecho, pues, de ese hombre? ¡desdichado!
¿Dónde está ese traidor?
Rod. En tu presencia.
Alb. ¡Oh, al fin das en mis manos! Ve, Bucilio,
Pronto, mete en palacio toda entera
Mi húngara guardia, y si se pierde todo
Harémos de mi alcázar fortaleza,
Y á lo menos debajo de sus ruinas
Nos sabrémos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III.

RODIMIRO, ALBOINO.

Alb. Y oye tú; los romanos se preparan
A asaltar la ciudad: fácil defensa
Tiene aun si recoges á los tuyos
Y á la batalla los conduces: ea,
Elige, pues, ó nos batimos ambos
Por ambos como siempre, ó de las rejas
De mis ventanas te suspendo, al punto
Que tus lombardos á buscarte vengan.
Rod. ¿Me amenazas á un tiempo y me suplicas?
Alb. Súplicas ó amenazas, como quieras;
Pero responde pronto, porque siento
Menguar rápidamente mi paciencia.
Rod. Y tambien tu fortuna.
Alb. ¡Rodimiro!
Rod. Alboino, tus ímpetus modera:
La fortuna es voluble para todos,
Y hoy la fortuna para tí se trueca:
Por do quier de enemigos circundado
Debajo de tus piés se abre la tierra.
Alb. No me hundiré yo solo, Rodimiro,
Por la ancha sima ante mis piés abierta:
Yo me desplomaré, mas como un monte
Que arrebata en pós suyo cuanto encuentra.
Puedo caer, mas como cae el rayo
Que humo detras de sí tan solo deja.
Rod. Como una chispa que al brotar espira
Al estrellarse el rayo en la alta peña;
Cual carcomido tronco que arrebata
Torrente asolador que el bosque anega;
Cual vieja torre que en cenizas torna
El incendio voraz que la rodea.
Porque ya nada tienes, Alboino;
La muerte en torno por do quier te acecha,
En las lanzas aquí de mis lombardos,
Y en las romanas lanzas allá fuera.
Alb. Mientes si juzgas que la muerte es cosa
Que el alma de un rey húngaro amedrenta,
Que no es la muerte pavorosa imágen
Para el valiente acostumbrado á verla,
Ni es gran golpe caer en una tumba
De enemigos cadáveres repleta.
Pero estamos aquí perdiendo el tiempo
Cual mujeres imbéciles que llenan
De alaridos estúpidos el aire
En tanto que el peligro se acrecienta.
De una vez concluyamos, Rodimiro;

Unidas hasta aquí las armas nuestras
Solo tenemos una causa, como
Hemos tenido siempre una bandera.
Enemiga de entrambos igualmente
Roma á la par contra los dos se apresta;
Si ambos con Roma no lidiamos, á ambos
Nos asesina una venganza necia.
Yo te ofendí, es verdad: tú me aborreces;
Nuestras almas tal vez están sedientas
De nuestra sangre al par; mas todavía
Bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Obremos, pues, como hombres; depongamos
Nuestras iras un punto; y con fiereza
Demos sobre el romano ambos unidos
Sin partir la fortuna ni la fuerza.
Venzamos hoy como vencimos siempre,
Y mañana, si aun cólera nos queda,
Caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,
Mas sin dejar á Roma que nos venza.
Rod. Noble he nacido y generoso, y grande
Animo el noble corazon me alienta,
Y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
En penosa ocasion y en causa buena.
Mas há muy poco de tu misma boca
Mi destino escuché, y aun me resuenan
Dentro de los oidos tus palabras,
Dentro del corazon tu ruin vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
Hoy abatimos las romanas tiendas,
Y mañana, traidor, á tus verdugos
Con victoriosa enemistad me entregas.
Alb. Pues bien, pactemos cual contrarios.
Rod. Habla.
Alb. Yo de seguridad te daré prenda.
Rod. No la hay entre los dos.
Alb. Tú la has hallado:
Con ella puede hacerse duradera
La paz entre nosotros; con Brenilda
Puedo tus sienes coronar.
Rod. ¿Y es esa
De nuestra paz la oliva? ¿es ese el precio
A que te he de salvar? Tamaña afrenta,
En lugar de estinguir mi sed de sangre,
Me la dobla, doblándome la ofensa.
Alb. Rodimiro.
Rod. Pues qué, ¿piensas que ignoro
Que un afecto no mas hay que enternezca
Tu fiero corazon, que hay, Alboino,
Una mujer no mas sobre la tierra
Por quien vaga en tus labios la sonrisa,
Que en tu alma del furor la fuente seca,
Y que tus leyes bárbaras revoca...
Y esa mujer, rey Alboino, es ella?
Alb. ¡Cielos! ¿y quién del libro de mi pecho
Te ha mostrado esa página secreta?
Rod. Otro labio real.
Alb. ¡El de Rosmunda!
Rod. El de Rosmunda, sí.
Alb. Pues bien; si entera
La historia sabes, con razon mas sólida
La paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.
Rod. ¡Semejante baldon! Tirano imbécil,
Si las infames manos tienes hechas
A que los perros de tu esclava Italia
Se arrodillen humildes á lamértelas,
No esperes, no, que los lombardos tigres
A recoger tus desperdicios vengan.
Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos
Pura, lejana y rutilante estrella;
Cuanto lejana mas, mas admirable,
Mas digna de anhelarse su belleza.
Mas hoy que como tuya la conozco,
Mi amante corazon cambia para ella,
Y si odio engendró en él tu negativa,
Desprecio en él tu ofrecimiento engendra.
Alb. ¿Qué es lo que dices, insensato?
Rod. Digo,
Que á quién tú se la das te la desprecia;
Que no hay entre los dos de este punto
Ni lazos, ni amistad, ni fe, ni treguas.
Alb. ¡Basta, rayos del cielo! tú lo dices,
No hay treguas, ni amistad; tu infame lengua
En la mitad del corazon me ha herido
Con el desprecio de Brenilda, y esta
Es una injuria que jamás sabria
Mi rabia perdonar... ¡Oh! ¿y ofrecértela
Pude yo en un momento de locura?
¿Cuándo pudiste acaso merecerla?
¿Quién eres tú para que á amor tan alto
Las torpes alas á tender te atrevas?
Arrodíllate, esclavo: de rodillas
Debeis oir su nombre: el labio en tierra
Le debes pronunciar, el polvo solo
Para besar en que sus piés asienta:
Tienes razon, no hay paz entre nosotros,
Ni treguas, ni amistad: y en las estremas
Horas que á un tiempo de peligros tantos
Circundan y amenazan mi existencia,
No por mi salvacion te envia el cielo,
Sino porque de tí vengado muera.
¡Oh! y morirás: el término aplazado
De mi aliento vital siento que llega,
Porque veo que el mundo se desploma
Sobre mí; pero ve lo que te resta:
Este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
Yo le defenderé mientras que tenga
Solo un soplo de vida: hasta esta hora
Tú conmigo estarás, y cuando sienta
Que el alma me abandona, haré implacable
Arrancarte la tuya en mi presencia.
Rod. Yo la daré tranquilo, porque nada
Mi ánima ya del universo espera,
Y porque si tú vences, todavía
Para vengarme á mí Rosmunda queda.
Alb. ¿Rosmunda? Desvarías con el miedo.

Si ella con tus lombardos se presenta
Delante del palacio, á sus balcones
Haré colgar tu lívida cabeza;
Y tus mismos lombardos al mirarla
Antes que en mí te vengarán en ella.
Rod. No; la sombra insepulta de Comundo
Con ella va y en su favor pelea.
Alb. ¿Qué estás diciendo?
Rod. Que el misterio sabe
Que en esa copa tu furor encierra,
Y que esta noche cerrará Rosmunda
Del padre rey la profanada huesa.
Alb. ¿Tú se lo descubriste?
Rod. La he pagado
Secreto con secreto, deber era.
No hay esperanza; contra tí, Alboino,
Hasta los muertos sus sepulcros dejan;
Y no reposarán en sus sepulcros
Hasta que al tuyo descender te vean.
Alb. Tantos descenderán de mí delante
Que les haré tal vez perder la cuenta,
Y te juro que no has de ser el último
De mi mortuoria comitiva.
Rod. Llega
Todavía mi brazo hasta mi espada,
Y en tanto, rey, que levantarla pueda
Ni moriré como cobarde esclavo,
Ni seguro estarás delante de ella.
Alb. Y hombre soy yo que obligará á tu espada
Con el brazo á caer que la sostenga,
Si antes que de la vaina la desnudes
Aquí á mi voz mis húngaros no llegan.
¡Hola! Bucilio.

ESCENA IV.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Ros. ¿Qué quereis?
Rod. ¡Rosmunda!
Alb. ¡Oh! ¡me los junta mi feliz estrella!
Bucilio, pronto á mí.
Ros. No será fácil
Que ya á tu voz á presentarse vuelva.
Alb. ¿Porqué?
Ros. Porque está lejos. Alboino,
Tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.
(*Abre las puertas del fondo, y ve una guardia romana y á Bucilio tendido á un lado.*)
Alb. ¡Traicion tamaña!
Ros. Es obra mia.
Yo metí con silencio y con destreza
En tu palacio á los lombardos antes
Que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos
Al caro precio de tu sangre regia.
¡Ea, pues, á morir como quien eres
Disponte ya: tu comitiva es esa.
Esos romanos que Longino envia
Para llevarle la ofrecida prenda,
Tu tronco real conducirán al campo
Y ante el emperador tu real cabeza.
Alb. El corage me ahoga.
Ros. Ahora, Alboino,
Si es que en señal de despedida eterna
Quieres vaciar el postrimero vaso,
Tu copa de márfil te daré atenta,
Diciéndote á mi vez: « Bebe, Alboino,
Que con mi padre bebes; » mas contempla
Que si me has dado en muchas tu venganza,
Yo te he dado la muerte en la primera.
Alb. ¡Oh, te sabes vengar!
Ros. Tú me enseñaste:
Y lo bien que aprendí para que veas,
Sabe que el cetro de Comundo vuelve
A mi mano otra vez, é Italia entera
Amparada mirándome de Roma,
Me aclama al par libertadora y reina.
Alb. ¡Tú amparada por Roma!
Ros. Sí, Alboino,
Y en tu lugar sobre tu solio puesta.
Alb. Ahora comprendo el bárbaro desprecio
Con que á Brenilda ajó... ¡reinar esperas
Con Rosmunda tambien!
Rod. Tente, Alboino;
Yo no tengo cual tú sangre de fiera,
Y ni lecho, ni trono, ni sepulcro
Sabria nunca dividir con ella.
Ros. Mas partirás con él mi cruel venganza,
Que sabré sobre tí lograr entera.
Alb. ¡Oh, respiro...! Os odiais; gracias, ¡oh Averno!
Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga:
Todo por él lo has hecho, pero todo,
Porque viene de tí, te lo desprecia.
Ros. Pues mas caro que tú mis iras pagas
Va á pagar el desprecio que me muestra:
Y siento por quien soy que mi venganza
Ver, Alboino, hasta su fin no puedas;
Porque tal es, que la creyeras tuya
Viéndola tan medida y tan completa.
Alb. Tambien la mia lo es, puesto que os dejo
Aborreciéndoos siempre, y me consuela
Morir sabiendo que en ausencia mia
Vivireis en discordia sempiterna.
Ros. ¡Oh! te lo creo; mas te aguardan, parte:
Rey Alboino, mi justicia es recta.
Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
La sombra de mi padre en él te espera.

Alb. Yo al lado suyo dormiré tranquilo,
Y en su tumba entraré con faz serena,
Porque no piense que al morir su espíritu
El corazon con que le odié amedrenta.
Goza, pues, de tu suerte y tu venganza
Como gozarla supe yo: y no temas
De mis labios oir súplica inútil
En favor de otra víctima que deja
Mi torpe imprevision entre tus manos,
Y á quien no salvará ni su inocencia.
Y no quiero gastar mi aliento en balde,
Y desmentir la heróica grandeza
Con que debe arrostrar esta venganza
Quien de esa copa se sirvió en la mesa.
Sí, yo sabré morir como he vivido,
Mi suerte afrontaré tal como sea,
Y espirará Alboino sin que exhale
Un ¡ay! su corazon, ni un ¡ay! su lengua.
Ros. Ve, pues; sabeis mis órdenes; cumplidlas.
Rod. Venganza es harto justa, pero horrenda
Tu venganza es tambien.

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Deten la planta;
Cumplir me resta la mitad segunda:
De Comundo vengué la causa santa,
Mas falta aun la causa de Rosmunda.
Rod. Véngala tú: yo parto en el momento
De Italia para siempre, que me aterra
Que á la par nos cobije el firmamento
Y al par nos sufra sobre sí la tierra.
Ros. ¿Tanto, pues, me aborreces?
Rod. Cuanto cabe
En ofendido corazon humano,
Cuanto tu mente concebir no sabe
Y mi lengua esplicar querria en vano.
Y á mi sincero corazon perdona,
Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría
Me espanta aun á través de esa corona
Que te ciñe la sien de pedrería,
Mas que no la ennoblece ni la abona.
Esos altivos y radiantes ojos
Por quien barones mil tal vez deliran,
Corazones rindiendo á sus antojos,
Dan al mio pavor cuando me miran.
Y esa romana y clásica hermosura
Que hace admirar tu forma magestuosa
No sé qué tiene para mí de oscura
Que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
Un Dios, ó un mal espíritu en tu pecho
Encendió una pasion que te esclaviza,
Y no puedo vivir bajo de un techo
Que cubre esa pasion que me horroriza.
Tal vez dirás que tus hechizos dejo
Por los de otra mujer... ¡mujer perjura!
Mas si amé á otra mujer que imágen pura
De los cielos creí, cuando reflejo
La concebí de tu maldad impura
La odié tambien, y de las dos me alejo
Despechado á llorar mi desventura.
A Dios, pues: ¡oh Rosmunda! ya vengada
Quedas y reina; y al romano unida
Los lombardos de tí no esperan nada,
Ni quieren de tu tierra ensangrentada
Mas que el sol que señala su partida.
A Dios.
Ros. Espera.
Rod. ¿Qué?
Ros. Pues te he escuchado
Esa que acabas relacion funesta,
Justo es que de mi labio apasionado
Escuches tú tambien una respuesta.
Tus bárbaras palabras una á una
Aquí, en mi corazon cayendo han ido,
Ahogando en él sin compasion alguna
Cuanta esperanza en él se ha mantenido.
Tú me has abierto el tuyo: es, pues, forzoso
Que el mio te abra yo, y de cerca al verle
Penetres en su centro misterioso
Y aprendas de una vez á conocerle.
¡Tú me has aborrecido y yo te amaba!
Con insolente mofa, tu desprecio
De sí apartó cuanto mi amor te daba,
Y aun retó á mi furor tu orgullo necio.
Por tí ultrajado, y de tu amor testigo,
Cambióse al fin mi corazon contigo.
Oye, pues; la pasion que te horroriza
No existe ya en Rosmunda: el odio insano
Que implacable hácia mí te fanatiza
Reina en mi pecho con poder tirano.
No soy ya la Rosmunda que te adora,
Soy la Rosmunda que ultrajada y fiera
Del inmenso furor que en sí atesora,
Viento va á dar á la gigante hoguera.
Rosmunda solo sabe, Rodimiro,
O amar ó aborrecer, mas nunca olvida:
Ama de amor hasta exhalar su vida,
Y aborrece hasta el último suspiro.
Tan poderosa, pues, tal en grandeza
Mi amor concluye, y mi venganza empieza.
¡Oh! y aun no afrontes con mi faz sombría
Tu desdeñoso continente fiero,
Y escucha con paciencia todavía,
Pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
¿Mas cómo?
Rod. En paz con Roma, estorbos vanos
Me opondrás á que parta con mi gente.
Ros. ¿Les quitarán los hierros de las manos?

Rod. ¿Qué es lo que dices?
Ros. Tu legion valiente
Dejé esclava tambien de los romanos.
Rod. ¡Miserable de mí!
Ros. Ya te lo dije,
Solo sé amar ó aborrecer: si necio
Mi odio fatal tu corazon elige,
Mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge; aun puedes: mi piedad es tanta:
Con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.
Rod. El cielo mismo junto á tí me espanta:
No, antes morir que respirar contigo.
Ros. Está bien, morirás: mas antes quiero
A esa que tanto amaste en algun dia
Que des al menos el á Dios postrero.
Rod. No, no la quiero ver.
Ros. ¡Oh, es cosa mia!
Rod. ¡Ah! me hiela de horror tu aspecto fiero.
Ros. Así el desprecio de mi amor se expia
Y el caliz del rencor se apura entero.
(*Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola llama á Brenilda en alta voz.*)
Brenilda.
Rod. ¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino
De horrible aqui!
Ros. Quimérico recelo.
Brenilda.
Rod. ¡Oh! ¡no la llames!

ESCENA VI.

ROSMUNDA, RODIMIRO, BRENILDA.

(*Brenilda al salir se detiene á la puerta, junto á la cual está Rosmunda cruzada de brazos, sombria é inmóvil. Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mirar á Brenilda.*)

Bre., al salir, deteniéndose. ¡Santo cielo,
Aquí aun...! ¿A qué lúgubre destino
Vuestra calma fatal sirve de velo?
¡Oh! hablad por compasion... ¿Qué es de Alboino?
Ros., á Rodimiro. Su primera palabra.
Bre. Habla; ¿qué es esto,
Rodimiro? ¿qué es de él?
Rod. ¡Déjame, ingrata!
¡Apártate de mí! ¡yo te detesto!
Ros., á Brenilda. Ya lo oyes
Bre. ¡Ay de mí! ¡Su voz me mata!
Mas no hablo ahora de mi amor... mi oido
Percibió aquí su voz... confuso estruendo
De gentes escuché... ¿dó está? ¿qué ha sido
De Alboino? Acabad.
Ros., á Rodimiro. Ya la estás viendo.
Bre. ¡Oh, acabad de una vez! Hablad, señora,
Vos que sabeis cuánto le amé... de hinojos
Os lo ruego á los dos.
Ros. Sea en buen hora.
Bre. ¿Dónde está? ¿dónde?
Ros. (*Abriendo la puerta del fondo, por delante de la cual se ve pasar el cadáver de Alboino, llevado en hombros de los romanos.*)
Aquí; vuelve los ojos.
Bre. ¡Padre mio!
Rod. horrorizado. ¡Ah! ¿Su padre?
Ros. Es Alboino;
Y tú, que á mi furor le has entregado
Dentro de este aposento, su asesino.
Rod. Miente, Brenilda, miente: ¡oh! nunca creas
Que en su sangre real teñí mis manos.
Bre. Apártate de mí... ¡oh! ¡maldito seas!
Rod. Ah, entiendo toda tu maldad.
(*A Rosmunda, dirigiéndose á ella en actitud amenazadora.*)
Ros. Romanos,
Vuestro esclavo tomad.
(*Los romanos le sujetan.*)
Rod. ¡Yo esclavo!
Ros. Ahora
Mide hasta dónde mi rencor alcanza.
Rod. ¡Toda su sangre sobre tí, traidora!
Ros. Toda la necesita mi venganza
Gota á gota sorber. Ve, pues, implora
Al cielo si en él crees; y cuando presta
Tu alma á partir del corazon se exhale,
Dile á ese corazon que me detesta
Lo que el cariño de Rosmunda vale,
Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.

EL ALCALDE RONQUILLO,

Ó

EL DIABLO EN VALLADODID,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

DON RODRIGO DEL RONQUILLO, alcalde de casa y corte.
VAN-DERKEN.
UN ESPÍA DE FELIPE II.
ROBERTO.
EL DOCTOR ROBLES.
DON LUIS DE VALDÉS.
GIL.
EL HERMANO JUAN.
EMBOZADO 1º.
EMBOZADO 2º.
EMBOZADO 3º.
CABO DE LAS RONDAS DEL ALCALDE.
SOLDADOS, MUSICOS, RONDAS, ENMASCARADOS Y ALGUACILES.

La escena en Valladolid, setiembre de 1559.

ACTO PRIMERO.

Plazuela en Valladolid formada por los tres edificios siguientes: 1º A la derecha: una casa de buena apariencia con puerta y balcon practicables. 2º A la izquierda: una casa de mezquina apariencia con puerta y ventana baja practicables; sobre la puerta un rótulo que dice: «*Taberna y Hostería.*» 3º En el fondo, una casa en estado casi ruinoso, cuyas ventanas bajas están tapiadas, y las altas y puerta cerradas y clavadas con travesaños de madera, y selladas todas con la cruz de la inquisicion. Sobre la puerta un rótulo que dice (en letras de no muy grandes dimensiones) «*Casa del Diablo.*» — Esta casa forma dos calles que se pierden por el fondo, con las paredes de otras dos casas inmediatas, en una de las cuales (en la de la derecha) hay una puertecilla, y las paredes que la forman con tapias de un jardin. — Las casas de la derecha y de la izquierda forman tambien, con estas últimamente citadas, otras dos calles laterales por donde se sirve la escena. — Al levantarse el telon en este primer acto, se ve salir al Alcalde Ronquillo de su casa, que es la de la derecha, é ir á llamar á Roberto á la suya, que es la taberna.

—

ESCENA PRIMERA.

RONQUILLO, ROBERTO.

Ronq. Roberto.
Rob. Señor.
Ronq. ¿Tan presto
Tienes cerrada tu tienda?
Rob. ¿Y qué quereis ya que venda,
Si es un sitio tan funesto
En el que la tengo abierta,
Que en diciendo que anochece
Alma humana no parece
Por delante de mi puerta?
Ronq. ¿Con que tanta voga cobra
Lo que se habla de esta casa?
Rob. Juzgadlo por lo que pasa.
Ronq. ¿Pero es seguro?
Rob. De sobra,
Señor: sin recelo alguno
Podeis las puertas dejar
Abiertas de par en par,
Que no os robará ninguno.
Por no pasar por aquí
De noche, hay hombre que acaso
Se queda á dormir al raso.
Ronq. ¿De veras?
Rob. A fe que sí.
Porque son tan espantosas,
Y de tal modo se aumentan
Las historias que se cuentan
De esa casa...
Ronq. ¿Con que cosas
Pasan aquí tan terribles?
Rob. Tremendas.
Ronq. ¡Vaya por Dios!

Rob. Cada noche un hombre ó dos
Muere á manos invisibles
En estos alrededores.
Ronq. ¿Mas de tal manera espiran?
Rob. De tal, que por mas que miran
No ven á sus matadores.
Nadie lo duda, señor:
En esa casa maldita
Por fuerza algun diablo habita
Del hombre esterminador.
Ronq. Ya ves, cuando el santo oficio
Condenarla me mandó
Y sus entradas selló,
Claro es que habrá maleficio.
Rob. Hombre que atento se pare
A contemplar esta casa,
Si dos ó tres veces pasa
Por la noche, Dios le ampare.
Y en fin, mejor lo sabeis
Vos, que los mas de los dias
Causas de muertos teneis
En aquestas cercanías.
Ronq. Bien, bien. Mas oye: mi gente
Reunida en el juzgado
Está: mientras que firmado
Dejo un vale al intendente,
Aviso á mis rondas pasa
De que la hora difiero
De la ronda, y les espero
A las nueve, ahí en mi casa.
Rob. Voy, señor.
Ronq. Corre.
(*Vanse, Roberto por el fondo izquierda, y Ronquillo por la izquierda.*)

ESCENA II.

VAN-DERKEN, EMBOZADO. LUEGO DON LUIS, LO MISMO.

Derk. Los dos
Salieron: bien calculé;
La hora que señalé
Es ya; mas gracias á Dios
Ya veo ahí detenido
Un embozado.
Luis. ¡Hola! ya
Me espera. ¡Hidalgo!
Derk. ¿Quién va?
Luis. El diablo.
Derk. Muy bien venido.
Luis. ¿Vos...?
Derk. Diablo tambien.
Luis. Dios guarde
A Satanás; y perdone
Si esperó.
Derk. No os ocasione
Pesar eso, que no es tarde.
Con que ¿qué hay?
Luis. Grandes noticias.
Derk. ¿Y nuevas?
Luis. De ellas infiero
Que anda todo el pueblo entero
Festejando las abricias.
Derk. Sepámoslas pues.
Luis. Oid:
Pasado mañana está
El rey aquí, y á ser va
La corte Valladolid.
Derk. ¡La corte aquí! es ya proyecto
Concebido muy de atrás
Por el rey.
Luis. Y ahora á efecto
Lo lleva.
Derk. Bueno. ¿Y qué mas?
Luis. La paz está ya firmada
Con Francia, y con tanta priesa,
Que nos manda una princesa
Por poderes desposada
Con nuestro rey Don Felipe;
Y este, como el tiempo apura,
La vuelta hácia aquí apresura
Porque no se le anticipe.
Con que la guerra acabó.
Derk. Todo eso muy cierto es.
Luis. ¿Sabíais...?
Derk. Que el veinte y tres
De julio se efectuó
La ceremonia en París,
Firmó el de Alba por el rey,
Y quedó conforme á ley
La boda.
Luis. Hizo con San Luis
La paz Santiago.
Derk. Y sin miedo
De que otra traicion la estringa,
El rey se embarcó en Flesinga
Y el siete arribó á Laredo.
Pero el tiempo no perdamos
En relatos de política,
Que en situacion harto crítica
En este lugar estamos.
Luis. Cuando os le ví señalar
Para nuestra cita, á fe
Que un tanto estraña me fué
La eleccion de tal lugar.
Derk. Pues es natural que así
Sea: el demonio habita
Esa casa; y pues os cita
El diablo, ser debe aquí.
Luis. Teneis razon.
Derk. ¿Con que vos
Estais de veras resuelto?
Luis. Yo nunca la cara he vuelto,
Dada una vez, ¡vive Dios!

Os dije que mi razon
Me impelia á no aprobar
Ciertos fueros que arrogar
Se quiere la inquisicion.
De mí sospecha por ello.
Y en mi empleo y en quien soy
Sé que si un paso atrás doy,
Arriesgo tal vez el cuello;
Solo á raya les mantiene
Contra mí, el darme favor
Mi tio el inquisidor.
Derk. Que de secretario os tiene.
Luis. Eso me vale; mas pronto
Saltar contra mí le harán,
Y no quiero, por San Juan,
Resignarme como un tonto.
Consérvome todavía
Con la inmensa facultad
De mi empleo y dignidad;
Mas tal vez me dure un dia,
Y estoy de una vez dispuesto
A echar mano á mi poder
Contra ellos, y á poner
Mi cabeza en mejor puesto.
Si así mi oferta admitís,
Hecha limpia y francamente,
Valgámonos mútuamente,
Que valdrá mucho.
Derk. Don Luis,
Jamás dudé en vuestro honor,
Mas no debí en compromiso
Tal poneros, sin aviso
Del riesgo que hay.
Luis. Con valor
Entro en la empresa; con él
Sus consecuencias admito,
Y os juro ¡al cielo bendito!
Que seré muerto, mas fiel.
Derk. No hablemos mas del asunto.
Luis. ¿Queda hecho pues nuestro pacto?
Derk. Satanás es siempre exacto.
Luis. Pues pasemos á otro punto.
¿Una carta...?
Derk. La leí.
Luis. ¿Supongo que...?
Derk. Se quemó.
Luis. ¿Dísteis con la dama?
Derk. Aun no.
Luis. Pero ¿estais en rastro?
Derk. Sí.
¿Y los papeles?
Luis. Aquí.
Derk. ¿La inquisicion pues?
Luis. La erró.
Derk. ¿Podrá sorprenderos?
Luis. No.
Derk. ¿Cuestion concluida?
Luis. Sí.
Derk. Esta noche ha de tener
Fin todo: ¡alerta por Dios!
Luis. Ya sabeis que os toca á vos
Mandar, y á mí obedecer.
Derk. ¿Es decir que os hallaré
Allí siempre?
Luis. Siempre allí.
Derk. ¿Con cuanto haga al caso?
Luis. Sí.
Derk. Pues allí os avisaré.
Luis. Con que me deis media hora
Nada hará falta.
Derk. Me avengo.
Luis. A todo el mundo hecho tengo
Juguete mio hasta ahora.
Derk. ¿Tan decidido, eh?
Luis. Os doy
Con pleno conocimiento,
Y con fe y convencimiento,
Alma y vida y cuanto soy.
Derk. Cuanto se añada es demas.
Luis. Con el corazon os hablo:
Entero me doy al diablo.
Derk. Contad pues con Satanás.
Y en todo caso, Don Luis,
Acogeos sin dilacion
Al austriaco pabellon.
Luis. Lo haré como lo decís.
Derk. Y no os pesará jamás.
Luis. Con que hasta luego.
Derk. Idos pues.
Luis. A Dios, señor Satanás.
Derk. A Dios, Don Luis de Valdés.
(*Vase Don Luis.*)

ESCENA III.

VAN-DERKEN, LUEGO EL DOCTOR ROBLES.

Derk. ¿Quién podrá en esta ocasion
Competir con Lucifer,
Teniendo á par el poder
Del diablo y la inquisicion?
Mas el otro está ya aquí. (*Asoma el Doctor.*)
Doctor. ¿El diablo?
Derk. Y Austria.
Doctor. Señor...
Derk. Muy buenas noches, doctor;
Mas cumplidos remitid,
Que es tarde. ¿Qué hay?
Doctor. Todo está.
Derk. ¿El lego?
Doctor. Corre por mí.
Derk. ¿El escultor habló?
Doctor. Sí.
Derk. ¿Y lo otro?
Doctor. Os lo traigo ya.

Derk. ¿A ver?
Doctor. En esta cajita
Va, metido en un frasquillo.
Derk. ¿Pero es remedio...
Doctor. Sencillo
Por demas.
Derk. ¿Y necesita
Precauciones?
Doctor. Simplemente
En un líquido cualquiera
Beberlo.
Derk. ¿Si en vino fuera?
Doctor. No hay ningun inconveniente.
Derk. ¿Respondeis de su virtud?
Doctor. Sobre mi honor. El doliente
Que use de él, del accidente
Queda en completa salud.
Derk. Si no se pone mejor,
Yo se le haré administrar.
Doctor. ¿Tenéisme mas que mandar?
Derk. ¿Dónde os hallaré, doctor,
Si os necesito?
Doctor. En mi casa,
Como siempre; ni un momento
Saldré de ella, solo atento
A vos.
Derk. Recompensa escasa
No tendrá tal adhesion.
Doctor. Ya conoceis por demas
Que me entrego á Satanás
Con todo mi corazon.
Derk. Contad pues con su poder.
Doctor. Cuento ya con su favor.
Derk. Pues buenas noches, doctor.
Doctor. Buenas, señor Lucifer.

ESCENA IV.

VAN-DERKEN, LUEGO ROBERTO.

Derk. Adelante: en tal empresa
Cooperacion bien estraña
Es la que el diablo interesa:
Mas ya está el diablo en campaña,
Y no es el diablo un aliado
Digno en verdad de desprecio;
Que tiene el brazo muy recio
Y el juicio muy despejado.
Mas por allí venir veo
A alguno ya.
Rob. (O veo mal,
O de mi puerta al umbral
Que hay un embozado creo.)
(*Tocan á las ánimas.*)
Eh, buen hombre, ¿qué hace ahí?
Derk. Por el tono en que está hecha
La pregunta, entro en sospecha
De que os busco á vos.
Rob. ¡A mí!
Derk. Si por cierto; ¿no sois vos
El bribon del hostelero
De esta tienda?
Rob. Caballero...
Derk. Vaya, abre, y entre los dos
Vaciando un par de botellas
En buena paz, te perdono
La incivilidad del tono,
Y el tiempo que á las estrellas
Me has hecho que aquí te espere.
Rob. Es mala ocasion, hidalgo,
Y si el alma tiene en algo,
Despeje.
Derk. Segun se infiere
De tus corteses modales,
No te trae con gran cuidado
Hacer bueno ó mal mercado.
Rob. No á fe.
Derk. ¿Así de tus umbrales
Despachas á un forastero
Que fatigado se llega
Hasta tu mala bodega
A dejar su buen dinero?
Rob. En tal caso, no os asombre,
Buen hidalgo, y perdonad
Que os advierta que dejeis
El lugar, porque ya veis...
Las leyes de la ciudad
No permiten que mi tienda
A esta hora...
Derk. Ya.
Rob. Ademas,
Vos ignorareis quizás
Que la noche aquí... es tremenda.
Derk. ¿Porqué?
Rob. Porque es esa casa,
Segun se dice, guarida
De algun ser de la otra vida...
Y en fin... porque... pues... si pasa
La ronda... y nos ve...
Derk. Par diez,
Cada vez te va turbando
Mas tu cuento, y me va dando
Mas sospechas cada vez
De que eres un embustero.
Rob. De cualquier modo que fuere,
Pues la justicia no quiere
Que venda mas, caballero,
Idos, ó por Barrabás
Que invocaré contra vos
La ley.
Derk. Vaya entre los dos
Tres palabritas no mas.
Rob. Ni media, á la queda tocan;
Y en fin, claro, no me quedo
Con vos porque tengo miedo,
Que esas campanas evocan

Los diablos que en esa oscura
Casa habitan.
Derk. Poco afan
Te den: traigo un talisman
Que de sombras me asegura.
Rob. Vaya, camorra no quiera,
Lárguese y téngalo á suerte.
Derk. Bien: mas antes voy á hacerte
Una pregunta ligera.
Rob. Diga.
Derk. ¿Has estado en Amberes?
Rob. ¿Qué os importa á vos?
Derk. ¿Conoces
La calle de las Tres Voces?
Rob. No.
Derk. Pues haz lo que pudieres
Por traer á tu memoria
Esta calle, y vente en pós
De mí á su número dos.
Rob. ¡Cielo!
Derk. Y sabrás una historia
Que allí pasó, y que te debe
Gustar... ¡Oh! es cosa gentil.
Pues, señor, era esto en mil
Quinientos cuarenta y nueve.
Era una hora avanzada
De una noche oscura y fria
Cuando la puerta se abria
De la casa precitada.
Salió de ella un embozado;
Hizo una seña; acudieron
Otros tres: cuando se hubieron
Los cuatro identificado
Se colocaron por fuera
De la puerta, por la cual
Salió á poco, ó vió muy mal
El que lo vió, una litera.
Rob. ¡Dios!
Derk. Creo que ya he logrado
Tu atencion. ¡Oh! ya verás.
Pues, señor, salió detras
De esta litera (embozado
Tambien) otro personage,
Que apartando un poco al guia
Le dió... pues, lo que debia,
Instrucciones para el viaje.
Rob. Pero...
Derk. Un momento y se acaba.
Salieron con gran sigilo
De la ciudad, y tranquilo
El que á viaje los enviaba
Volvió á su casa juzgando
Seguro su porvenir.
Y aquí conviene seguir
A los que van caminando.
Atiende bien: pues, señor,
Yendo camino adelante,
Dejaron atrás á Gante
Y á Brujas, y hasta Nieuport
No pararon; desde allí
Siempre con mucha cautela
Para España dieron vela,
Y cátatelos aquí.
Bajo el Cabo de Tordera
Fueron de noche á fondear,
Y vuelta á desembarcar
Los cuatro con su litera.
De Castilla así la via
Tomaron: cuatro, ten cuenta,
Porque de Hoyos en la venta
Se menguó la compañía.
Tomó unos hongos por setas
Uno, y dos que los comieron
A las seis horas murieron:
Cargaron con sus maletas
Los otros dos, y metiendo
La litera en los pinares,
Llegaron sin mas azares
A Simancas: mas queriendo
En Valladolid entrar
Sin ser vistos, por las breñas
Del Pisuerga á las haceñas
Llegaron de noche á dar. —
De unas barcas molineras
Asiendo una, rio arriba
Llegaron á fuerza viva
A tocar en las moreras.
Entonces dando uno de ellos
Sobre el otro de repente,
Le mató, y á la corriente
Le arrojó por los cabellos.
Saltó, ató la barca, abrió
La litera, y una dama
Sacando en brazos... es fama
Que en la sombra se perdió.—
¿Qué tal? ¿es bueno el relato?
Roberto, ¿qué te parece?
Rob. Que pagártese merece.
(*Le tira una puñalada.*)
Derk. Te vendiste, mentecato.
Rob. ¡Se ha despuntado sobre él
El puñal!
Derk. Gracias al cielo,
Me has rasgado el terciopelo,
Mas es de acero mi piel.
Bien sabia de qué modo
Concluirias de oirme;
Mas no has de poder huirme
Sin que te lo diga todo.
¿Sabes el hombre quién era?
Tú.
Rob. ¡Yo!
Derk. Tú: ¡oh! lo sé de cierto.
¿Pero dónde está, Roberto,
La dama de la litera?
Rob. No lo sé.

Derk. Luchas en vano
Conmigo, estás bien sujeto.
Rob. ¡Oh! soltad.
Derk. Estate quieto,
O te hago polvo la mano.
¿Dónde está? lo sabes.
Rob. Sí;
Pero nunca os lo diré.
Derk. Pues yo te lo arrancaré.
(*Abrese la puerta de la derecha.*)
Rob. A mí, Don Rodrigo, á mí.

ESCENA V.

ROBERTO, VAN-DERKEN, RONQUILLO, RONDA.

Ronq. ¡Hola! ¿Qué es eso? ¿pendencia?
Rob. Quitadme este hombre, señor.
Ronq. Sujetadle.
Rob. Es un traidor.
Derk. No, que soy vuestra conciencia.
Ronq. Maniatadle.
Derk. Atrás, canalla.
Ronq. ¿Resiste?
Derk. ¿Para qué? No,
Entre vosotros y yo
Hay una invisible valla
Que nunca podreis romper.
Ronq. ¿Cómo que no? á verlo vas:
¡Ea, á él...! ¡Oh! preso estás.
Derk. Ronquillo, no puede ser;
Tú me puedes sepultar
En la cárcel mas sombría,
Pero una palabra mia
A mis piés te ha de postrar.
Ronq. Imbécil, me haces reir.
No doblará mi justicia
La fuerza ni la malicia.
¡Necio! ¿qué me has de decir
Que el pavor en mi alma siembre?
Verémos á quién apelas
En mi prision.
Derk. A Bruselas,
Y al veinte y dos de noviembre.
Ronq. ¡Santos cielos!
Derk. Don Rodrigo,
Que os guarde Dios. Vamos.
Ronq. No,
Tened.
Derk. Bien sabia yo
Que no podíais conmigo.
Ronq. Apartad.
Rob. Ved lo que haceis,
Señor, ese hombre maldito
Tiene un poder infinito.
Ronq. Déjanos. Ya me teneis
Solo con vos: caballero,
Ese recuerdo invocado
Tan á tiempo, ha coartado
Mi justicia: ¿qué quereis?
¿Qué haceis aquí? ¿con quién hablo?
¿Quién os puso de ese abismo
Sobre la boca...?
Derk. Yo mismo.
Ronq. ¡Vos! ¿pues quién sois vos?
Derk. El diablo.
Ronq. ¿Os burlais?
Derk. Vais á juzgar
Por lo que os voy yo decir.
Tened pues á bien de oir
Lo que os tengo que contar.
Bruselas y veinte y dos
De noviembre... estoy fijando
La escena: años van pasando
Del nacimiento de Dios
Mil y quinientos cuarenta
Y ocho; mas tal vez el caso
Sepais, estábais de paso
En Bruselas, segun cuenta;
Pues, señor, allí vivia
Un noble de aquel país;
Baron recto, Don Dionís
Van-Derken; el cual tenia
Una hija hermosa y doncella,
A quien un juez que llegó
Del estrangero, pidió
Para casarse con ella.
Era hombre de gran favor
Este juez; depositario
Del afecto y secretario
Del difunto emperador;
Mas fugado de su tierra
Porque su conducta cruel
Habia puesto con él
A todo su pueblo en guerra.
Don Dionis, que protestante
Era, y que ademas sabia
Que su hija le aborrecia,
Se la negó. En este instante
Allí el príncipe llegó
Recorriendo sus Estados.
Y á poco á los obstinados
Galanteos se rindió
La doncella de un galan
Castellano, seductor
Que la embriagó con su amor
Y se decia un Don Juan.
Mas una noche al dejar
La casa por un postigo
Oculto, aquel enemigo
De juez sobre él vino á dar.
Tiré de la manta yo,
Desembozóse el amante,
Y el juez al ver su semblante
De hinojos ante él cayó.

Debió de ver Doña Inés
Desde el balcon tal escena,
Porque de lágrimas llena
Y de su padre á los piés
Nombró al infiel seductor,
Y el padre, brotando fuego
Juró ir á quejarse luego
Ante el mismo emperador.
Emprendió pues la jornada
En su busca hácia Breda,
Llevando con él allá
Su Doña Inés infamada.
Para probar del galan
La traicion, ya veis, tenia
Las cartas que la escribia
Bajo el nombre de Don Juan.
Y como el mozo imprudente,
Creyendo que su poder
A hija y padre enmudecer
Lograria de repente,
La escribió por despedida
Una carta que firmaba
Con su nombre, y que probaba
Qué padres le dieron vida.
Ronq. Pero...
Derk. Escuchad, que concluyo:
Aquel maldito billete,
De letra igual á otros siete
De Don Juan, daba por suyo
Claramente lance tal,
Cuyo final divulgado
Le iba á atraer de contado
El desprecio universal.
Llamó entonces á aquel juez
Conociendo bien quién era,
Y le dijo: que pusiera
Fin á aquello, de una vez. —
A los tres dias, volviendo
Don Dionis á su hospedaje,
En Amberes dió á su viaje
Temprano fin, concluyendo
A puñaladas la vida.
Y unas tres horas despues
Salió de allí Doña Inés
Para España, conducida
Cerrada en una litera.
Y ahora os falta solamente
Saber quién era la gente
De esta historia verdadera.
Ronq. Callad, callad.
Derk. No, por Dios,
Fuerza es que os lo participe
Del todo: el rey Don Felipe
Era el galan, el juez vos.
El que á puñaladas muerto
Dejó á Don Dionís, y á Inés
Trajo á Castilla despues
Por orden vuestra, es Roberto.
Ronq. ¡Todo lo sabe!
Derk. Sí, todo.
Las ocho cartas cogidas
A Doña Inés, reunidas
Conservais, y de este modo,
Si el rey os quiere perder,
Con remitirlas al papa
Tendrá el rey que haceros capa
Su honor para mantener.
El juego es como perverso
Seguro; pues de los dos
Solo él juega contra vos,
Y en su contra el universo.
Pero no se os advirtió
Que tras vuestro juego á vueltas,
Tomando las cartas sueltas
Os conozco el juego yo.
Ronq. (¡Ira de Dios! ¿qué hombre es este
Ante mis pasos opuesto?
Mas es fuerza salir de esto
Pronto... y cueste lo que cueste.)
La historia sabeis de coro,
Y aunque acaso mia no es
Cual decís, veamos pues
Qué quereis con ella. ¿Es oro?
Derk. Tengo mas del que deseo.
Ronq. ¿Es nobleza?
Derk. Soy tan noble
Como un rey.
Ronq. ¿Es poder?
Derk. Doble
Que vos, como veis, poseo.
Ronq. Con poder, oro y nobleza,
No se qué quereis de mí
Cuando me venís así
A entregar vuestra cabeza.
Derk. Ya os dije que entre nosotros
Hay una valla imposible
De saltar.
Ronq. Todo es posible
Tal vez...
Derk. Será para otros.
¿Con que no os inspira Dios,
Noble, rico y con poder,
Qué es lo que puedo querer,
Señor Ronquillo, de vos?
¿Y en lo que puedo querer
Teneis aun algun reparo?
Lo que quiero está bien claro,
Las cartas y la mujer.
Ronq. Voto á...
Derk. Nada; es muy sencillo;
Vos de pillo nos la dais,
Y como juego jugais:
Va á lo mas de pillo á pillo.
Ronq. Mil veces no: antes al rey
Me entregaré.
Derk. Mas sin fruto.

Yo sé que os pondreis astuto
A cubierto de su ley
Si le decís con teson:
« O por las cartas que os doy
Libre á otros reinos me voy,
O entrego á la inquisicion
La mitad de ellas y envio
A Roma la otra mitad; »
Y pensais bien en verdad
Si al rey veis... mas no lo fio.
Ronq. ¿Qué es lo que quereis decir?
Derk. Que el rey vendrá.
Ronq. Y pronto á fe.
Derk. Para vos tarde.
Ronq. ¿Porqué?
Derk. Acabareis de morir.
Ronq. ¡Oh! ya apurais mi paciencia.
Derk. Mirad que va en la partida
La vida contra la vida.
Ronq. Fuerza es ganar la existencia
A cualquier coste; y pues ya
El juego está conocido,
Dad el vuestro por perdido.
¡Hola! (*Llama á su gente.*)
Derk. Un momento: otro está
En el secreto en union
Conmigo, y si un dia falto,
Se planta al punto de un salto
En la santa inquisicion;
De todo ello la previene,
Y el rey... es rey... con que vos
Ireis á dar cuenta á Dios
Por ambos... ved si os conviene.
Ronq. ¡Nudo infernal!
Derk. Y apretado:
Un nudo gordiano, alcalde,
Querer romperle es en balde,
Y aflojarle es arriesgado.
Con que os tengo que perder
O la tengo que salvar:
Ved pues si me quereis dar
Las cartas y la mujer.
Ronq. Nunca.
Derk. Ved que osaré á todo;
Que os espío sin cesar,
Y que tengo de lograr
Mi intencion de cualquier modo.
Ronq. Nunca.
Derk. En tres dias con hoy
Llega aquí el rey; sed prudente;
Pensadlo maduramente:
Veinte y cuatro horas os doy. (*Vase.*)

ESCENA VI.

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA.

Cabo. Señor, ¿le hemos de prender?
Ronq. No, no. Id sin mí á rondar.
Cabo. ¿Os volvemos á buscar?
Ronq. Tarde; ahora tengo que hacer.
(*Vanse todos. — Roberto queda tras la puerta de su taberna, que estará entornada.*)

ESCENA VII.

RONQUILLO, ROBERTO.

Ronq. Se ha desatado el infierno
Esta noche contra mí.
¡Oh! ¿quién trajo ese hombre aquí?
¿Quién es... quién es...? ¡Dios eterno!
Todos, todos en un dia
Mis planes desbarató:
Todo me lo sorprendió.
¿Sueño? no... ¡horrible agonía!
Es por desdicha muy cierto
Todo... ¿y un medio no habrá
Que de él me libre...? Quizá...
Mas pronto ha de ser. Roberto.
Rob. Señor.
Ronq. ¿A ese hombre conoces?
Rob. No señor.
Ronq. ¡Qué imbécil eres!
Rob. Señor, conoce en Amberes
La calle de las Tres Voces.
Ronq. Y algo mas.
Rob. ¿Mas?
Ronq. ¡Todo, todo!
Rob. Lo temí.
Ronq. ¡Y aquí, Roberto,
Le has tenido y no le has muerto!
Rob. ¡Guardóle Dios!
Ronq. ¿De qué modo?
Rob. Cuando esa historia fatal
Ví que sabia, derecho
Mi golpe le asesté al pecho.
Ronq. ¿Le erraste?
Rob. Saltó el puñal.
Ronq. ¡Oh! á todo está prevenido.
Rob. Mas de él es fuerza salir.
Ronq. Si de esta casa ha podido
El misterio descubrir...
Rob. ¿Habló de ello?
Ronq. No.
Rob. En tal caso
No sabe nada, y claro es,
Preguntó por Doña Inés,
Y ahorrar semejante paso
Debió, porque es evidente
Que por ella preguntar

Era venir á mostrar
Que ignora completamente
Dónde está.
Ronq. Cierto.
Rob. ¡Oh! muy cierto;
Dió un paso en falso.
Ronq. Es verdad.
Sacarla de la ciudad
Es necesario, Roberto.
La misma supersticion
Con que habemos esta casa
Cercado, será ya escasa
Valla á nuestra salvacion.
Rob. El vulgo está persuadido.
Ronq. Y era ya fe universal;
Hasta el santo tribunal
Está de ello convencido.
¡Oh! mientras en ese asilo
Se la pudo hacer vivir,
Bien podíamos dormir
Con el corazon tranquilo.
Nadie á sospechar llegó
Jamás que yo le guardaba.
Rob. Ni que al infierno mandaba
A los imprudentes yo.
Ronq. Sí, pero desde este instante
Todo esto pende de un pelo:
No sé qué hacer, vive el cielo.
Rob. Señor, lo mas importante
Es alejarla de aquí
Si os habeis de asegurar,
Y si quereis conservar
Pruebas que os salven.
Ronq. ¡Oh, sí!
Mas alguien llega.
Rob. Embozado
Se acerca un hombre.

ESCENA VIII.

ROBERTO, RONQUILLO, ESPIA.

Ronq. ¿Quién va?
Esp. ¿Alguno razon me da
De la casa ó del juzgado
De Don Rodrigo Ronquillo?
Ronq. Yo mismo soy.
Esp. Pues tomad. (*Le da un pliego.*)
Ronq. ¿De quién?
Esp. De su magestad.
Ronq. ¡Del rey!
Esp. Y debeis abrillo
Al instante.
Ronq. ¿Es tan urgente?
Esp. Abridlo y ved.
Ronq. Ya está abierto:
Acerca esa luz, Roberto.
(*Roberto acercando la luz se dispone á ver el pliego: el Espía se la quita de la mano y alumbra.*)
Esp. Trae.
Ronq. ¿Qué haceis?
Esp. No es conveniente
Que los ojos de un villano
Se posen en los renglones
Donde regias instrucciones
Os envia el soberano.
Ronq. Largo escribe.

«Don Rodrigo: dentro de dos dias llegaré á Valladolid, mi nueva corte, y vos sois el primero á quien quiero ver en mi palacio. El portador de este pliego debe ser recibido á vuestro servicio desde el punto en que os lo entregue. Gefe de vuestras rondas, secretario de vuestro juzgado y mayordomo de vuestra casa, no se separará de vos hasta que nos veamos. He oido decir que hay una casa contigua á la vuestra, conocida por la Casa del Diablo, y esto me ha hecho pensar en que para alejar de él importunas curiosidades, conviene á mis intenciones que conserve cierto prestigio sobrenatural, á lo que ayudará como vereis sus trage y fisonomía. Por lo demas, mi confianza tiene, y en él ha de ser la vuestra depositada. Mas no por eso os coartará en nada la voluntad. Cuando le hableis escuchará; cuando le mandeis obedecerá. Su señor sois, y vuestro esclavo es; ni debe vivir sino al lado vuestro, ni os debe ocurrir un daño de que él no participe. Y si (de lo que os guarde el Señor) en el ejercicio de vuestras funciones os ocurriera sucumbir en defensa nuestra, caer deberá él delante de vos. Tal es la voluntad de vuestro rey

» FELIPE SEGUNDO. »

Ronq. Mucho en vos
Se fia el rey.
Esp. Ya lo veis.
Ronq. Yo espero que cumplireis
Bien.
Esp. Y yo, mediante Dios.
Ronq. En casa os daré aposento
Y cuanto hayais menester,
Y empezareis á ejercer
Vuestro cargo en el momento.
Esp. Tal es la real voluntad.
Ronq. Que entera se ha de cumplir.
Esp. Mandad, ya empiezo á servir.
Ronq. No, esta noche descansad.
Esp. Mandó el rey que ni un instante...
Nos apartemos.
Ronq. Yo os mando
Que descanseis.
Esp. ¿Hasta cuándo?

Ronq. Hasta la cena.—Id delante.
Gil.
Gil. Señor.
Ronq. Alumbra y guia
A mi aposento á este hidalgo,
Y de cuanto tengo y valgo
Es dueño en ausencia mia.
Esp. Señor... (*Saludando.*)
Ronq. Remitid cumplidos,
Y subid.

ESCENA IX.

RONQUILLO, ROBERTO.

Ronq. ¡Viven los cielos
Que el rey viene con recelos
De que he de dejar fallidos
Sus afanes! Sí por Dios,
Es un testigo, un espía
Eterno lo que me envía;
Mas nos verémos los dos.
Rob. ¿Qué hay, señor?
Ronq. Llueven azares
En esta noche maldita:
Otro diablo.
Rob. ¡Cruz bendita!
Ronq. Los echa el infierno á pares.
Rob. Pero ¿quién es?
Ronq. Un espía
Que del diablo bajo el nombre
Me envia el rey en ese hombre:
(*El balcon se entreabre.*)
Mas tenemos todavía
Algunas horas delante,
Y no me harán desmayar
Mientras pueda aprovechar
La ventaja de un instante.
Roberto, vas á partir
Con la mujer que se encierra
En esa casa: pon tierra
Por medio.
Rob. ¿Dónde he de ir?
Ronq. No lejos: á mi castillo
De Fuensaldaña, que importa
Que estén á distancia corta
Las venganzas de Ronquillo.
Guárdala en una mazmorra,
Y vuélvete en la noche alta,
Que un siervo fiel me hará falta
Que á par mis peligros corra.
Desde tu vuelta, jamás
Te me apartes, y si muero
A traicion, como lo espero,
Sobre mi pecho hallarás
Un relicario de plata
Que llevo al cuello colgado:
Rómpele pues sin cuidado:
Verás unas cartas que ata
Un delicado cordon:
Hay ocho; cuenta las siete,
Y al punto á entregarlas vete.
Rob. ¿A quién?
Ronq. A la inquisicion.
Rob. ¿Y la que queda?
Ronq. Al vicario
Apostólico, y al punto
Huye, ó cuéntate difunto.
A mas, un breve sumario
De mi mismo puño escrito
Te haré, que te ilustrará:
Voy á escribirle: mas ¡ah!
Con ese espía maldito
En mi cuarto no podré.
Rob. En el mio.
Ronq. Vamos, sí:
Lo dispondré todo allí
Y por la cava entraré
Que á mis aposentos pasa
Sin ser visto. Vamos presto.
(*Entran.—Se asoman el Espía y Van-Derken, uno á la ventana y otro á la esquina.*)

ESCENA X.

EL ESPIA, VAN-DERKEN.

Esp. ¡Por la hostería!
Derk. ¿Qué es esto?
¿Entra por allí á su casa?
Esp. Llegan.
(*Cierra la ventana, pero cuando ya Van-Derken le ha visto.*)
Derk. Diligencia vana
Fué cerrar; le ví... ¡hola! ¡hola!
¿A quién se hará creer que sola
Se abre y cierra una ventana?
Reflexionemos. — Aquí
La hostería; frente á frente
Su casa, que claramente
Tiene entrada por allí:
La Casa del Diablo en medio
De la plaza, y un espía
Desde allí... ¡por vida mia!
Ya son mios sin remedio.
Todo al fin lo comprendí.
Mios son. Mas ¿quién va allá?
Espía, saliendo por la puerta de la derecha. Quien cuenta á pediros va
Qué es lo que esperais aquí
Derk. Llegaos.
Esp. Y vos.
Derk. Bien.
Esp. Bien.
Derk. ¿Con quién estoy?
Esp. Con el diablo.

Derk. ¡Jesus!
Esp. ¿Y yo con quién hablo?
Derk. ¿Vos? con el diablo tambien.
Mas tened en cuenta vos
Que no somos de igual grey;
Vos sois el diablo del rey,
Yo soy el diablo de Dios.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. — Es de noche.— Abierta la escena, el teatro permanece solo un momento. Despues se oyen dar las once y media de un reló de torre, y al dar la última campanada de los cuartos se presentan en la escena Don Luis, que sale embozado por la derecha, y Van-Derken, que sale por la puerta de la taberna. — Debe verse claramente que es una cita.

—

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, VAN-DERKEN.

Luis, mirando. Aun no está, y la hora es.
Derk. Allí está.
Luis. ¡Cómo! ¿Salís
De ahí!
Derk. Silencio, Don Luis;
Todo es nuestro.
Luis. ¿Cómo pues?
Derk. Dentro de su casa ya
El infierno les metí,
Y al volver su dueño allí,
Don Luis, con los diablos da.
¿Me comprendeis?
Luis. Sí, muy bien.
El puesto han abandonado...
Derk. Y el diablo les ha ganado
Las vueltas.
Luis. ¿Teneis tambien
La dama?
Derk. Está asegurada:
Y ahora sí que con razon
Pueden de esa habitacion
Decir que está endemoniada.
¿Y vos?
Luis. Todo está. (*Enseñándole un papel.*)
Derk. Rumor
Oigo: apartémonos ya.
Volved al puesto que os dí,
Y aguardad tranquilo allí
Mis órdenes.
Luis. Bien está.
Derk. Yo lo he dispuesto de modo,
Que sin peligro ni ruido
Podrá quedar sorprendido
En breves instantes todo.
Luis. A Dios pues.
Derk. A Dios.
(*Vanse: por la izquierda Van-Derken, y Don Luis por la calle del fondo.*)

ESCENA II.

RONQUILLO Y ROBERTO, POR LA DERECHA.

Ronq. Estamos
A salvo. Toma el papel,
Roberto: tendrás con él
Francas la puertas.
Rob. Pues vamos,
Señor; manos á la obra.
Ronq. Ten mucha cuenta: oirás
Una serenata: ¿estás?
Entonces habrá de sobra
Tiempo y ocasion. Mi gente
Haré que aquí cerca se halle:
Con que ganas esa calle,
Y á Fuensaldaña.
Rob. Corriente.
Ronq. En cuanto al maldito espía,
Ordené que entre el tumulto
Le busquen tantos el bulto,
Que en paz nos deje á fe mia.
Con que entra, y mucha atencion.
Rob. Descuidad.
(*Entrase Roberto en la taberna, cuya puerta se cierra al momento y de golpe.*)

ESCENA III.

RONQUILLO.

Tenga yo suerte
Esta noche, y soy mas fuerte
Que el rey y la inquisicion.
¿Creiste al mirarte loco
De medio universo dueño
Que era un hombre muy pequeño
Y una afrenta era bien poco?
Enseñarte quiero pues
Que no hay quien tanto levante
Que decir pueda arrogante:
Todo el mundo está á mis piés.
¡Oh! por Dios, que has de envidiar,
Si mi vuelo has de seguir,
Mi viento para subir,
Mis alas para volar.
Hola: vuelven mis lebreles
Por mí.

ESCENA IV.

RONQUILLO, UNA RONDA.

Cabo. Señor, Dios os guarde.
Ronq. ¿Qué hay?
Cabo. Se recogen tarde
Los vecinos hoy.
Ronq. Son fieles
A su rey, y como saben

Que aquí con su corte viene,
Lo celebran. Mas conviene
Que sus festejos acaben.
Id pues el barrio á limpiar,
Y haced que nadie transite
Por él. (*Al Cabo.*) Tal vez necesite
De vos : oid. Al sonar
Las doce, traed la gente
Por esa calle, en la cual
Hasta que oigais mi señal
Estareis ocultamente :
Oireis una serenata
De esa otra calle al emboque ;
Quietos, y dejad que toque :
Tendreis música barata.
De esa esquina por la reja
Una mujer sacarán
Con disimulo, y se irán.
Cuando veais que se aleja
La serenata de aquí,
Os poneis sobre su pista,
Y sin perderla de vista
Vais donde vaya : si así
Se llegan de la ciudad
A algun estremo y la puerta
Les niegan, haced que abierta
Les sea, y vayan en paz.
Mas si antes de que concluya
Del todo la serenata
Oís mi pito de plata,
Salid, y que nadie huya.
¿Entendísteis?
Cabo. Sí señor.
Ronq. Id pues, y alerta.
(*Vase el Cabo con su ronda.*)

ESCENA V.

RONQUILLO, DESPUES GIL.

Ronq. Veamos
Ahora en casa como estamos
Con mi regio embajador.
Gil.
Gil, dentro. Señor.
(*Mientras llama y habla con Gil, se abre una ventana del piso bajo de la taberna, por la que sacan una mano que hace una seña con un pañuelo blanco, ocultándose inmediatamente. En seguida Van-Derken, embozado y de puntillas, se acerca con mucha precaucion á la reja, por la cual le dan un papel, que guarda, alejándose del mismo modo.*)
Ronq. ¿Y el forastero?
Gil. En vuestro aposento.
Ronq. ¿No
Salió de él?
Gil. Sí que salió,
Y sospecho que primero
Abrió el balcon para ver
A alguno que fuera estaba.
Ronq. ¿Y ha tardado mucho?
Gil. Acaba
Casi ahora de volver.
Ronq. ¿Habló en casa con alguno?
Gil. Con nadie; y segun parece,
Le aconteció ó le acontece
Contratiempo inoportuno.
Ronq. ¿Porqué?
Gil. Porque ha vuelto inquieto,
Confuso y descolorido.
Ronq. (Habrá mi rastro perdido,
Y duda lograr su objeto.)
Gil, dile que aquí le aguardo.
(*Gil entra en la casa : un momento despues sale el Espia de ella.*)

ESCENA VI.

RONQUILLO, ESPIA.

Ronq. (¿Espía del rey...? ¡por Dios
Que se han de llevar los dos
Solemnísimo petardo!)
¿Descansásteis?
Esp. Nunca siento
Cansancio para el servicio
Del rey.
Ronq. Pues en ejercicio
Vais á entrar desde el momento.
Esp. Mandad.
Ronq. Antes es preciso
Aclarar entre los dos
Qué soy yo aquí, y qué sois vos,
Para ir ambos sobre aviso.
Esp. Señor, ¿no os lo escribe el rey?
«Hablad y os escuchará :
Mandad y obedecerá.»
Oir y obrar es mi ley.
Ronq. Sí; mas en vos me señala
Secretario y mayordomo,
Tutor creo. ¿Y esto cómo
Con obedecer se iguala?
Si mi casa gobernais,
Mi correspondencia veis,
De mis rondas disponeis,
¿Obedeceis ó mandais?
¿Bajo qué aspecto desde hoy
Os mostrareis á mi lado?
Esp. Su magestad os ha dado
A entender bien lo que soy.
Ronq. Su magestad hizo mal

En no esplicarse mejor.
¿Qué es decir que os dé el valor
De un ser sobrenatural?
¿Piensa el rey que su justicia
Necesita ese misterio?
¿O cree que en mi ministerio
Me hallo falto de pericia?
El rey discurre que os deis
De Satanás la apariencia;
Si lo podeis en conciencia
Efectuar, vos lo sabreis.
Yo ni reto á Satanás,
Ni ultrajo la religion,
Y temo á la inquisicion
Para osar á ello jamás.
Y en fin, arguye malicia;
Y es un falso testimonio
A la verdad, que el demonio
Acompañe á la justicia.
Esp. Yo no traigo facultad
Para discutir con vos.
Servir al rey manda Dios,
Serviros su autoridad.
Yo os debo de obecedèr,
Y os debo de acompañar:
Debo oir, ver y callar,
Pero á él solo responder.
Ronq. ¿Es decir que vais, amigo,
A hacer el doble papel
De espía para con él,
De traidor para conmigo?
Esto es: que están mis secretos,
Mis actos, mis pareceres,
Y hasta mis mismos deberes
A vuestra inspeccion sujetos.
¿No es así? pues escuchad:
Si á esto habeis aquí venido,
Volveos, y que os despido
Decid á su magestad.
Esp. ¡Cómo!
Ronq. Si no me separa
De la dignidad que tengo,
Ni aun al mismo rey me avengo
A dar á torcer mi vara.
Espía. Nada alcanza mi impericia
Antes que su augusta ley.
Ronq. Lo primero no es el rey,
Señor mio, es la justicia.
Y si el rey mismo á pecar
Contra ella osado se atreve,
Mientras yo esta vara lleve
Ni el rey se me ha de escapar.
Harto os he dicho: entendedme,
Y arreglaos á ello en tanto
Que aquí estais.
Esp. Sabe el rey cuánto
Os debe, señor, creedme.
Ronq. Bueno está; entendedme os digo;
Y pues vamos compañeros,
Ya sabeis á qué ateneros
Para caminar conmigo;
Mas ved que si en falso os pillo,
Mas que pese á su real ley,
Os las habreis vos y el rey
Con el Alcalde Ronquillo.
Esp. (Decidido es el alcalde.)
Ronq. (Taimado es el tal espía.)
Esp. (Será en balde su osadía.)
Ronq. (Su astucia ha de ser en balde.)
Ahora empezad á jugar
Vuestro endiablado papel;
Sabio sois, pues sois Luzbel.
Mirad cómo vais á obrar.
Podeis esa órden leer
Del santo oficio, en la cual
A un hombre muy principal
Manda esta noche prender.
Y pues sois mi secretario,
Leed alto. (*Linterna.*)
Esp. Dice asi:

«Un noble mancebo, atrevido y enamorado, se ha propuesto robar de la casa de sus padres á la engañada doncella, que es el objeto de su pasion. Fiado en el pavor que inspira al vulgo la Casa del Diablo, y seguro de que por ello no han de osar los crédulos vecinos que á su alrededor habitan ni aun asomarse á las ventanas, la sacará esta noche por una cancela que su jardin tiene durante una serenata, que es para ella la señal convenida. En consideracion al decoro de su familia, y á la elevada nobleza del mancebo, es la voluntad de su Eminencia el Inquisidor general que sean tan hábilmente sorprendidos, que ni haya en la calle escandaloso estruendo, ni los padres de la dama se aperciban de su deshonra. Para conseguirlo pues, es preciso que dejándoles al parecer consumar su fuga, quede la doncella dentro de su casa antes de amanecer, y asegurado el mancebo hasta el dia siguiente, que será presentado á su Eminencia el Inquisidor general Don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla; quien recomienda el desempeño de esta comision delicada á la actividad y discrecion del Alcalde de Casa y Corte Don Rodrigo del Ronquillo.»

Ronq. Para coger pues aquí
A ese mozo temerario,
Oid lo que habeis de hacer,
Que pues os he de fiar
Lo que por mí ha de pasar,
Ahora os hé menester.
Con oro ó miedo he ganado

A todos sus confidentes.
De manera que sus gentes
Son nuestras por decontado.
¿Conoceis las calles?
Esp. Sí.
Ronq. ¿Sois de la ciudad?
Esp. No á fe;
Mas há tiempo que habité
Mas de seis años aquí.
Ronq. Bien: en la Plazuela Vieja
Y número diez y seis,
Junto á su puerta vereis
Con celosía una reja.
Llamad á ella: saldrán
Seis hombres enmascarados.
Son los músicos buscados
Por el mancebo galan,
Que traerán sobre su huella
Una litera cerrada
Por el mozo, destinada
A llevar á la doncella.
Tienen órden de seguiros.
Calle adelante echareis,
Y aquí con ellos vendreis;
Y porque pueda sentiros
Yo, que entonen la cancion
Que ha compuesto contra mí
Cristóval Benamejí.
Es la mejor precaucion
Para que nadie se asome
A mirar lo que aquí pasa,
Sabiendo que esta es mi casa,
Y que es muy fácil que tome
Venganza de insulto tal.
En esa calle postrera
Haced quedar la litera;
Cuando llegueis, otra igual
Habrá aquí por gente fiel
Conducida: en ella irá
Otra mujer que está ya
Instruida en su papel:
Se alejará entre mi gente,
Y el mozo que cerca espera,
Viendo dama en la litera
La seguirá erradamente
Mi ronda hará lo demas;
Vos en tanto os quedareis
A esa puerta, que oireis
Abrir por dentro: sin mas
Esperar, hablar, ni oir,
Dareis á quien se presente
Esta carta, y prontamente
Cerrais, sin dejar salir
A nadie: y con tal prudencia
Quedará ella con honor,
Y á dar vendrá el seductor
A manos de su eminencia.
¿Habeis comprendido?
Esp. Todo.
Ronq. Pues andad, que darán presto
Las doce, y es fuerza que esto
Se concluya y de este modo.

ESCENA VII.

RONQUILLO.

Bien, todo va bien. En vano
Luchas conmigo; y mi muerte
Deseas porque tu suerte
Tengo yo ¡oh rey! en mi mano.
En tu gracia he de morir,
Y en vida me has de temer,
O funesto te ha de ser
El amar y el escribir.
Tu padre el emperador
Secretos fió á mi fe,
Con los que á fuerza obtendré
De tí mismo igual favor.
Por ellos partí á la par
Con él su imperial poder.
Mi rival quisiste ser,
Y por mí no ha de quedar.
Tú atropellaste mi amor
Con tu poder soberano,
Mas hoy pende de mi mano
La balanza de tu honor.
Otros cortesanos viles
Con honores se contenten,
Y por dichosos se cuenten
Con adularte serviles.
En una mirada tuya
Funden su dicha menguada,
Sin pensar que otra mirada
Es fácil que les destruya.
Ese oropel esterior
A los necios abandono;
Yo, aunque te pese, ambiciono
Mas positivo favor.
De tí á mí será la lucha;
Mas será con armas tales,
Que de no quedar iguales,
Sacarte he ventaja mucha.
Partirá el cetro, aunque á oillo
No llegue jamás el mundo,
El rey Felipe Segundo
Con el Alcalde Ronquillo.
Gil.
Gil, dentro. Señor.

ESCENA VIII.

RONQUILLO, GIL.

Ronq. Baja mi espada:
Mantener quiero á la vez,

Como hidalgo y como juez,
El honor de esta jornada.
Gil. Tomad.
Ronq. Las ventanas cierra,
Gil; y cuenta cómo sales
Ni siquiera á los cristales,
Aunque sientas que la tierra
Se hunde.
Gil. Señor, si de mí
Necesitais...
Ronq. No por cierto;
Ciérrate bien, y te advierto
Que á nadie abras.
Gil. Lo haré así.
Pero si dado me fuera
Decir lo que pienso...
Ronq. ¿Qué?
Gil. Si me da vuesa mercé
Permiso...
Ronq. Di.
Gil. Una quimera
Será acaso de mi oscura
Ignorancia.
Ronq. Circunloquios
Deja, que para coloquios
No estoy ahora, y se me apura
La paciencia.
Gil. Pues señor,
Con franqueza y de una vez:
Solo y de noche ¡par diez!
Tengo en casa...
Ronq. ¿Qué?
Gil. Pavor.
Ronq. ¿Pavor tú, que tienes fama
De hombre de tal corazon,
Que hay quien apuesta por tí
Para reñir contra dos?
Te burlas.
Gil. No son los hombres
A los que temo, señor.
En lances bien apretados
Me habeis metido, y por Dios
Que os dejé bien, ya lo vísteis.
Ronq. ¿De quién es pues tu temor?
Gil. No lo sé.
Ronq. Gil.
Gil. Perdonadme
Si asaz importuno estoy;
Mas permitid que os recuerde
La noche en que vos y yo
Entramos en esa casa.
Ronq. Mandóme la inquisicion
Registrarla.
Gil. Y así fué,
Que una pieza no quedó
Por mirar.
Ronq. Bien; y en seguida
Dejamos el interior
Abandonado; cerráronse
Las entradas; se tapió
Su piso bajo, y sellóse
Con discreta precaucion
Cada nueva cerradura
Que el santo oficio mandó
Poner; dieron escribanos
Fe de ello; y en conclusion,
Quedó á un abandono eterno
Condenada, Gil, en pró
Del bien público, y por dar
Fin á la maligna voz
De que era casa de hechizos,
Y del diablo habitacion.
Mas nada hallamos en ella,
Y desque esto aconteció,
No hay tampoco mas que el miedo
Con que la supersticion
Por las pasadas consejas
Sus cavidades pobló.
Gil. Tal creí yo, mas sospecho
Que estamos en un error.
Ronq. ¿Porqué?
Gil. Porque, la verdad,
Señor juez, mientras que yo
Aguardando vuestra vuelta
Tras los vidrios del balcon
Velo por las noches, noto...
Ronq. ¿Qué notas?
Gil. Que mientras vos
Con el espía Roberto
Estais en conversacion
En su casa, dentro esotra
Pasa algo que no sé yo
Esplicar, pero que prueba
Que hay quien mora esa mansion.
Ronq. ¿Y de qué lo infieres tú?
Gil. De que yo he visto, señor,
Pasar luces á través
De las maderas, y son
Oí de voces humanas,
Y lamentos de dolor
Dentro de aquese recinto.
Ronq. ¿Y has oido alguna voz
Conocida?
Gil. Aunque la hubiera,
Me lo estorbara el temor:
Que á cada paso he temido
Ver abrirse algun balcon
O ventana, y asomarse
Algun vestiglo feroz
Del infierno.
Ronq. Vaya, Gil,
Solo tu imaginacion
Pudo fingir tales sueños.
Entra y vive sin temor
De que las ventanas se abran
De esa desierta mansion.

Gil. ¿Y si nos equivocáramos
Y hubiera en ella...
Ronq. Sé yo
Que no hay quien pueda salir
Ni asomarse al esterior.
Gil. ¿Mas si se asomaran...
Ronq. Gil,
Basta de conversacion.
Si esas ventanas se abrieran
Cual tu miedo imaginó,
Y ser humano por ellas
Se asomara, sabe Dios
Que quien mas se asombraria
De caso tal fuera yo.
Gil ¿Vos?
Ronq. Es claro. ¿No fué á mí
A quien se Dió comision
De penetrar sus misterios,
Y despejar su interior
De cuantos seres nacidos
En ella hicieren mansion?
La iglesia si habia diablos
Los diablos exorcizó;
Los hombres si los hubiera
En mis manos dieran.
Gil. ¡Oh!
Eso sí; y no lo pasaran
Muy bien.
Ronq. Gil, á fe que no.
Entra pues, y cierra bien:
Y no pongas atencion
En ruidos ni en resplandores
De luces, que del pavor
Son fantásticas ficciones.
Y pues garantizo yo
La soledad de esa casa,
Quimeras y no mas son.
Gil. Muchos años lealmente
Os he servido, señor;
Y aunque sueños mios, de ellos
Fué ley el daros razon.
Ronq. Te conozco, y lo agradezco:
Mas yo te he dicho que yo
Respondo de todo al vulgo,
Al rey y á la inquisicion.
Entra.

ESCENA IX.

RONQUILLO.

Criado leal
Que vive sin inquietud
Conservando su virtud
En el templo de Belial.
¡Oh quién tuviera la calma
Que tiene en su corazon,
Atento á su obligacion,
Y la quietud de su alma!
¡Cuánto envidio su ventura!
Trocara por su bajeza
Esta vida de grandeza,
Tormentosa é insegura.
¿Qué digo? ¡cuán necio soy!
Ya no es tiempo de cejar.
(*Música á lo lejos, que se acerca mas cada vez.*)
Mas siento gente llegar:
Me aparto... temblando estoy.
(*Ronquillo se aparta á la izquierda. Poco despues bajan á la escena seis Músicos, que vienen cantando la 1ª estrofa de la cancion, y guiados por un embozado.*)

ESCENA X.

EL EMBOZADO Y LOS MUSICOS SE LLEGAN A LA ESQUINA DE LA CASA DE LA DERECHA CANTANDO, Y EN ELLA SE PARAN. AL MISMO TIEMPO SALE DE CASA DE ROBERTO OTRO EMBOZADO Y UNA LITERA CONDUCIDA POR DOS ENMASCARADOS Y SE COLOCAN ENTRE LOS MUSICOS, QUE EN CUANTO TIENEN EN MEDIO DE ELLOS LA LITERA SE ALEJAN CANTANDO LA 2ª ESTROFA. EL ALCALDE RONQUILLO, QUE PRESENCIA TODO ESTO CON MUESTRAS DE SATISFACCION, SE ACERCA AL EMBOZADO QUE SALE DE CASA DE ROBERTO, EL CUAL LE CONTESTA SECAMENTE, Y SIGUE SU CAMINO.

Ronq. (Ellos son... ¿Si estará listo
Mi buen Roberto?)

CANCION.

Estrofa 1ª. Niñas vallesolitanas,
Si os desvela amor quizá,
No abrais hoy vuestras ventanas,
Que de ronda el diablo está.
¡Ja! ¡ja! ¡ja!
Diablo que anda por Castilla
Con vuelillos y golilla,
¿Quién será?
¡Jesucristo qué fracaso!
¡Ya está aquí! dejadle paso,
Allá va.
¡Ja, ja, ja!

Ronq. Ya aquí
Salen: ¿está todo? (*Al Embozado de la litera.*)
Emb. de la litera. Sí.
Ronq. Pues apriesa, vive Cristo.
(*Vanse los Músicos despacio cantando la segunda estrofa. Ronquillo los contempla tranquilamente. Poco detras de los Músicos va la Ronda conducida por el*

Cabo á quien Ronquillo encargó semejante maniobra, y que ha salido por la derecha.)

Estrofa 2ª. Niñas vallesolitanas,
Si os desvela amor quizá,
Abrid ya vuestras ventanas,
Porque el diablo pasó ya.
¡Ja, ja, ja!
Va la gente de golilla
Sobre su rastro en la villa
Puesta está,
Y ha de ser diablo muy pillo
Si al buen Alcalde Ronquillo
Se le va.
¡Ja, ja, ja!

Ronq. Perfectamente: en media hora
Los tengo ya en Fuensaldaña,
Y á Roberto en mi compaña
Aquí al despuntar la aurora.
Ya no se oyen... con el paso
Que tomaron ciertamente
Ya estarán pasando el puente:
¡Guárdeles Dios de un fracaso!
Sí; guardada esa mujer,
Tus cartas aseguradas,
Tus espías engañadas,
¡Oh! aun estás en mi poder.
Dijo bien Benamejí;
Que ha de ser diablo muy pillo
Quien del Alcalde Ronquillo
Escape...
(*La misma música de la anterior escena se oye por el mismo sitio que se oyó la otra, y en la misma forma sale á la escena conducida por el Espía á su tiempo.*)
Mas ¡ay de mí!
¿Sueño, ó vuelven á bajar
Mis músicos? Sí, ellos son,
Es mi seña, es la cancion.
Pero ¿cómo... porqué dar
Vuelta á esa calle otra vez?
¡Atravesar la ciudad
Con esa publicidad!
Mas ya están aquí...
(*Sale el Espía y los Músicos como los otros.*)

ESCENA XI.

RONQUILLO, ESPIA.

Ronq., al Espia. Par diez,
¿De esta manera cumplís
Las órdenes que os he dado?
¿Porqué volveis, desdichado?
Esp. Ved, señor, lo que decís;
Yo no vuelvo, llego ahora.
Ronq. ¡Vive Dios! pues ¿quiénes fueron
Los que antes que vos vinieron?
Esp. No os comprendo... oid... la hora
(*Dan las doce.*)
Justa.
Ronq. No; finjes en vano:
¿Me vendes? (Morirás pues.)
(*Van-Derken, que se ha colocado entre los Músicos embozado, sale al paso á Ronquillo, que amaga al Espía.*)
Derk. Ved, señor Ronquillo, que es
Enviado del soberano.
Ronq. ¡Mil rayos! ¿y quién sois vos?
Derk. Lo que el rey le manda á él ser.
Ronq. No entiendo...
Derk. Vais á entender
Al momento.
(*Se desemboza junto á Ronquillo.*)
Ronq. ¡Santo Dios!
Derk. Veinte y cuatro horas os dí:
Mas como os habeis resuelto
Antes, yo tambien he vuelto
Mas pronto que prometí.
Ronq. ¡Jesus me valga! Aquí hay algo
Que no comprendo.
Derk. Un error
Vuestro, y cuyo gran valor
A apreciar solo yo valgo.
Conmigo, el diablo, van ya
Dos veces que os encontrais:
Mas pues vos y el rey usais
De mi nombre, ley será
Que yo salga por mi honor
Con vuestras culpas cargado,
Y en vez de ser él burlado
Pase el diablo á burlador.
¿Qué os dije? os he de perder,
O la tengo de salvar.
No me la quisísteis dar,
Y yo os quité la mujer.
Ronq. Pero... ¿cómo?
Derk. Como ahora
Esa gente que traeis
Puedo hacer mia.
(*A una seña de Van-Derken los Músicos y Embozados que están al lado del Alcalde Ronquillo se pasan al lado de Van-Derken.*)
¿Lo veis?
Ronq. ¡Esto es un sueño!
Derk. Vos mismo
De allí la vísteis salir
Y la dejásteis partir.
Ronq. ¡Oh! confúndate el abismo;
Mas esa infernal destreza
Con que por ocultos modos
Coges mis secretos todos
Te va á costar la cabeza.

Derk. Reflexionad que si aquí
Partimos campo los dos,
Reñirán hombres por vos,
Pero demonios por mí.
Ronq. En vano con tu malicia
Amedrentarme querrás:
¡Favor aquí á la justicia!
Derk. ¡Favor aquí á Satanás!
(*A la voz del Alcalde acuden varias Rondas y Gentes de justicia. A la voz de Van-Derken la puerta de la Casa del Diablo se abre de repente, y salen por ella varios Embozados, que se ponen de parte de Van-Derken. Los Músicos tiran los instrumentos y echan mano á las espadas, quedando en cuerpo todos los de Van-Derken, y vestidos de negro como él. Las ventanas altas de la casa se abren tambien repentinamente, y asoman por ellas varios otros partidarios de Van-Derken, que iluminan la escena con hachones, y dan grandes voces y carcajadas. La justicia y los de Ronquillo huyen amedrentados.*)

ESCENA XII.

RONQUILLO, VAN-DERKEN, ESPIA, JUSTICIA, ENMASCARADOS.

Uno de Ronq. ¡Jesucristo!
Otro id. ¡Los demonios
Evoca ese hombre! (*Vase.*)
Otros id. ¡Qué horror! (*Vanse.*)
Derk. Ese. (*Señalando al Espía, á quien los de Van-Derken se llevan por delante.*)
Esp. Valme, Vírgen Santa.
(*Vanse todos, quedando en la escena Ronquillo y Van-Derken.*)
Derk. Supongo, Alcalde, que vos
No tragais lo de los diablos.
Mas ved la supersticion
Del vulgo: vos le enseñásteis
Que esa casa era mansion
De Satanás, y vos mismo
Me dais armas contra vos.
Oid pues: veis lo que puedo:
Hasta que amanezca os doy
De término, meditadlo.
Esos billetes que son
Vuestra esperanza, á mis manos
Pasarán como pasó
Esta noche Doña Inés:
Mas ved con qué distincion:
Si me las daís, yo me encargo
De salvaros; mas de no,
Perdereis cartas y vida
Antes que despunte el sol.
Ronq. Pero esplicadme á lo menos...
Derk. Os daré la esplicacion
Despues que me deis las cartas.
Ronq. Nunca: me sobra valor
Para arrostrar mi fortuna,
Y aun fio en mi corazon
Y en mi astucia para hacer
Que se vuelva contra vos.
Derk. Doña Inés es mia ya.
Ronq. Podré recobrarla yo.
Derk. Va viajando, y muy de priesa.
Ronq. Mi poder va mas veloz,
Y la alcanzará.
Derk. La guarda
Gente muy buena.
Ronq. Mejor
Será la que irá en su alcance.
Derk. Nada logrará.
Ronq. ¡Pues no!
Derk. Camina del santo oficio
Bajo la alta proteccion,
Y con licencia espedida
Por el mismo inquisidor
General.
Ronq. ¡Santos del cielo!
¿Quién pudo hacer tanto?
Derk. Yo,
Señor Alcalde: yo solo,
Que logré alejar de vos
Vuestras gentes para haceros
La postrer proposicion.
¿Me dais las cartas?
Ronq. Jamás;
Si me niega su favor
La suerte, al rey Don Felipe
Sus siete cartas le doy,
Y la octava al santo oficio;
Y hará al menos mi furor
Lo que con los Filisteos
Hizo en el templo Sanson.
Derk. En ese caso podeis
Encomendaros á Dios,
Porque morireis sin ver
Otra vez ni al rey ni al sol.
Ronq. ¿Pensais...?
Derk. Dejaros morir
Sin daros ni aun confesor,
Y venir luego á llevaros
Adonde es mi obligacion. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

RONQUILLO.

¿Quién es ese hombre, Dios mio?
Confuso, aterrado estoy;
Todo el edificio hermoso

De mi futuro esplendor,
Mis afanes de diez años
De un soplo desvaneció.
Pero no para rendirme
A la duda ni al temor
Me afané con tal empeño:
Y en tanto que el corazon
Tenga un instante de vida,
Pondré á prueba su vigor,
¡Y antes muerto que rendido!
Mas llegan... ¡pluguiera á Dios
Que fuera la gente mia!
¡Oh, no me engañé...!

ESCENA XIV.

RONQUILLO, EL CABO DE LA RONDA DE LA ESCENA CUARTA.

Cabo. Señor...
Ronq. ¡Hablad, hablad con mil rayos!
¿Qué habeis hecho?
Cabo. Lo que vos
Mandásteis. Les fuí siguiendo
Hasta bajo el malecon
Del puente.
Ronq. ¿Y qué?
Cabo. Allí la guarda
Franco paso les dejó,
Y como los ví salir
Me volví.
Ronq. ¡Condenacion!
¡Todo se ha perdido!
Cabo. ¡Cómo!
¿No me dijísteis, señor...?
Ronq. Dejadme en paz.
(*Se pasea agitado.*)
Cabo. Yo...
Ronq. Silencio
Digo. ¿Tambien me vendió
Roberto? No, es imposible:
Sin duda alguna traicion
De ese maldito... ¡ah! lo entiendo
Todo, ahí dentro le esperó,
Y en su lugar salió luego
Como mi escrita intencion
Lo prevenia... ¿mas él,
Roberto, dónde quedó?
¿Aquí...? tal vez encerrado,
Maniatado... eso es: mas ¡oh!
Aun puede salvarse todo
Si nos juntamos los dos.
(*Ronquillo toma una de las luces de su ronda, y va á entrar en casa de Roberto.*)
Roberto... una luz... Roberto,
Respóndeme, alza tu voz
De donde quiera que estés;
Soy yo, Don Rodrigo soy,
Seguidme.
(*Va á entrar y retrocede espantado.*)
Mas ¡Jesucristo,
Él es, él, muerto!
Varios. ¿Qué horror!
Ronq. Corred, seguidle al momento,
Por ahí va quien le mató;
No puede estar todavía
Lejos; id, y vive Dios
Que le traigais muerto ó vivo,
(*Vanse corriendo los de la ronda.*)
U os hago empalar sino.
La ciudad registraré
Pié á pié, rincon á rincon,
Hasta topar con el diablo
Que al hostelero mató;
Y antes que de mis secretos
Él se aproveche traidor,
Por asesino de ese hombre
Le cuelgo en la horca yo.
(*Por la derecha.*)

ESCENA XV.

VAN-DERKEN.

¡Oh, los ojos de tu astucia
Tu corage te cegó!
El hombre diestro no huye,
Burla á su perseguidor;
Y vas mas lejos de mí
Cuanto vayas mas veloz.
Corre pues: vé tras el diablo,
Que él la mano te ganó,
Y va á esperar á que vuelvas
En tu misma habitacion.
(*Entra por la casa de Roberto.*)

ACTO TERCERO.

Habitacion del Alcalde Ronquillo.— Despacho rodeado de estantes con libros, entre los que se abre á su tiempo una puertecilla secreta. Puerta á la derecha; balcon á la izquierda: mesa, sillon y demas útiles propios del lugar. Al levantarse el telon la escena permanece un momento sola, y se oye correr un pasador, en tanto que Gil hace ruido con la llave en la puerta de la izquierda, por donde sale. Un velador preparado para cenar el Alcalde.

—

ESCENA PRIMERA.

GIL.

Dios me valga: creí que andaba alguno
Dentro de este aposento: juraria
Que oí pasos y ruido de una llave
Desde ese otro salon cuando venia.

Aprensiones del miedo :
Mas confieso ¡por Dios! que acostumbrarme
A semejante vecindad no puedo.
En la calle hace poco que he sentido
De voces y de gente estraño ruido,
Y lo que es esta vez no me he engañado,
En esa casa endemoniada ha sido.
Mas ¡Dios mio! ¿qué es esto?
¿Quién trastornó los chismes de esta mesa?
¿Quién estos vasos apartó del puesto
En que yo los dejé? ¡Santa Teresa!
Ese vino se mueve todavía
Dentro de la botella... no, no hay duda,
Alguien ha estado aquí en ausencia mia.
Yo no dejé el sillon así apartado
De la mesa. ¡Par diez que no es ahora
Vana aprension! y estoy determinado :
Salga por donde quiera,
Me despido esta noche del Alcalde,
Y cuanto riña y gruña será en balde.
Yo he nacido del vulgo, me he criado
Entre el pueblo : ni sé, ni he aprendido
Mas que aquello que al vulgo han enseñado,
Y creo cuanto cree; temo y respeto
Cuanto respeta y teme;
Y no creo, aunque pese á mi fortuna,
Que estoy ni estaré á ser por ley alguna
Mas sabio que mis padres obligado.
A pechar con los duelos y disgustos
A que estamos espuestos los mortales,
Pase; pero vivir con tantos sustos
Entre duendes y trasgos infernales,
Eso no.
Ronq., *dentro.* Gil.
Gil. Señor, Gracias al cielo.
Jesucristo, qué humor trae esta noche.
Allá voy, allá voy.
(*Vase, y vuelve alumbrando á Ronquillo.*)

ESCENA II.

RONQUILLO, GIL.

Ronq. Todo fué en vano :
Cual sombra que en el aire se deshace
Ese hombre se me escapa de la mano.
Gil. Señor.
Ronq. En balde espero
De mis agentes nada.
¡Ira de Dios! la rabia concentrada
Dentro mi corazon me abrasa. Fiero
Late; pero impotente,
Le encuentro por do quier para atajarme,
Y no le hallo jamás para vengarme.
Gil. Señor.
Ronq. ¡Eh!
Gil. Ya teneis la mesa puesta,
Y creo que ya es hora
De que...
Ronq. Bien, está bien : lo que tú quieras.
(*Se sienta distraido. Gil sale y vuelve.*)
Vendrán, sí que vendrán, mas los menguados
Con las manos vacías.
¡Oh! en esos desdichados
Me vengaré de las angustias mias.
Gil. Ea, aquí está, señor. En horas tales
Ya es justo que tomeis algo caliente.
Ronq. ¿Qué es esto?
Gil. Vuestro caldo : os lo tenia
Como siempre dispuesto.
Ronq. ¡Caldo! Sangre
Es lo que ahora con gusto beberia.
Gil. ¡Qué es lo que habla!
Ronq. ¿Qué digo?
¡Necio de mí! me vende mi corage.
Gil. Trémulo estais, señor, descolorido.
¿Qué teneis? ¿os han hecho algun ultraje?
Ronq. Silencio, Gil.
Gil. Señor...
Ronq. ¿Ha parecido
El forastero?
Gil. No señor.
Ronq. Al punto
Que llegue que entre aquí.
Gil. Señor, ¿su vuelta
Vais á esperar velando?
Ronq. Gil, muy suelta
Tienes tu lengua.
Gil. Es que... me da cuidado
La inquietud en que veo á useñoría.
Ronq. Llena ese vaso.
Gil. ¿Lleno?
Ronq. ¿Pues no lo oyes?
Lleno te he dicho; lleno.
Gil. Como nunca...
Ronq. Alguna vez seria
La primera. (*Bebe.*)
Gil. ¡Buen trago!
Con eso su infernal melancolía
Disipará, y al fin menos adusto
Me oirá, que desde hoy mas á su gusto
Busque otro paje por ausencia mia.
Pecho al agua. — Señor.
Ronq. Basta, importuno.
Gil. Es que tengo, señor...
Ronq. Silencio digo.
Gil. Perdonad.
Ronq. Perdonado.
Esa mesa levanta y vete fuera :
Si viene el forastero, aquí al instante
Le mandarás entrar. (¡Oh! estoy resuelto;
Fuerza es que acabe de cualquier manera
Esta duda fatal. Sí, la agonía
Es demasiado larga, y arrostrarla

Puede ya apenas la paciencia mia.)
Despáchate.
Gil. Ya está.
Ronq. Déjame solo.
Gil. (Pavor me da mirar su faz sombría.)
(*Vase.*)

ESCENA III.

RONQUILLO, Y A SU TIEMPO VAN-DERKEN.

Ronq. Un momento á la boca del abismo
Quiero asomarme y calcular su hondura
En calma y soledad conmigo mismo.
Recuerdo que en el tiempo borrascoso
De mi agitada juventud solia
Ese licor fragante y generoso
Dar á mi corazon ruda energía,
Y en mis trances mas duros y apurados
Inspiró muchas veces repentino
A mi agotada mente
Recursos estremados
Que cambiaron mi destino.
Y á este recuerdo que produjo acaso
El grato olor del generoso vino,
Colmado y sin rubor apuré el vaso.
Y por Dios que hice bien; porque ya siento
Que el juvenil vigor de aquellos dias
Nuevo me infunde al corazon aliento
Y nueva luz á las ideas mias.
Perdido casi me contemplo. Solo
Con mi secreto estoy. Ese Roberto,
Mi único ayudador, cómplice mio
Unico, yace muerto,
Y aislado estoy de la traicion y el dolo
Colocado en mitad. Terrible dia
Ha sido hoy para mi: ¡cuán diestramente
Me han burlado, par diez!
. . . . . .
¡Si adelantara
Su llegada aquí el rey! Si yo lograra
Verme con él antes que nadie á solas,
Todavía el bajel de mi fortuna
Orgulloso vogara
Del mar de la ambicion sobre las olas.
Todavía pudiera devolverle
Ese traidor verdugo enmascarado
Que me envia el hipócrita taimado,
Y pudiera á mi vez otro ponerle
De su trono y su lecho al pié sentado.
Derk., por la puerta secreta, que entreabre. ¡Héle allí solo ya! ¡Cuán hondamente
Absorvido le traen sus pensamientos!
No me ve... ni me siente:
Habla... sí... sus acentos
Oigamos.
Ronq. Sí: aun pudiera
Desvanecer la tempestad furiosa
Que ruge sobre mí, y asir pudiera
El hilo de esa intriga misteriosa
Que mina sorda mi existencia entera.
Derk. Me tiene muy presente, y lo concibo,
Su pesadilla soy.
Ronq. ¡Oh! si en mis manos
Ese demonio á dar viniera vivo,
Juro á los cielos... juramentos vanos
De mi rabia no mas... esos imbéciles
No darán con su rastro... y lo confieso
Mal de mi grado, sí: se me ha ocurrido...
¡Si ese poder en que confia ese hombre
Del mismo Satanás le habrá venido!
Derk. (¡Torpe supersticion! ¡él propio llega
A temer de lo mismo que imagina
Para asombrar la muchedumbre ciega!
¡Su propio corazon le descamina!)
Ronq. Jamás mortal alguno
Supo burlarme así. Se me presenta
Con medios que parecen naturales
Mis planes á estorbar... ¡Oh! ¡y me amedrenta
La destreza infernal con que lo alcanza!
Me amenaza, me ataja, me subyuga,
Do quier se me aparece, y me provoca;
Él mismo me abre senda á mi venganza,
Él mismo mis intentos favorece;
Delinquiendo, en mis manos su delito
Le pone; apela á repentina fuga,
Le sigo, y aun su sombra veo, siento
Sus pisadas... ¡prodigio me parece!
Y de mis manos casi en un momento
Como leve vapor se desvanece.
Mas pues huye de mí, libre me deja.
Libre, sí: y su razon se lo aconseja,
Pues si en sus manos mi destino tiene,
Yo tambien en las mias su destino:
Y si á ponerse ante mi vista viene,
Antes que una palabra de su labio
Salte le prenderé por asesino.
Sin lograr ver al rey próxima muerte
Me auguró... ¡vive Dios! saldré á esperarle,
Y nadie, nadie le hablará primero
Que yo: dejaré mal al adivino.
Mas á fe que calienta demasiado
Mi enardecida sangre ese buen vino:
¡Ah! no debí olvidar que se ha enervado
Mi juvenil vigor, y que ya empieza
A flaquear con los años la cabeza.
¿Mas qué importa? me siento mas osado.
Par diez, ¡oh rey Felipe! no has atado
Todos los hilos bien: aun tengo un dia,
Y esas cartas fatales
De mi muerte fiadas hasta el punto
En las manos sagradas de un prelado,
De confesion secreta bajo el sello,
Me pondrán de tu cólera al abrigo,

Y en vez entonces de segar mi cuello,
Tu real poder dividirás conmigo.
Derk. ¡Ja! ¡ja!
Ronq. ¿Quién está aquí? ¡Dios soberano!
Derk. Por do quiera que vas, tus pasos sigo.
Ronq. ¡Él!
Derk. Tu conciencia soy; me huyes en vano;
Donde quiera que estás, estoy contigo.
Ronq. ¿Por dónde...?
Derk. Por allí.
Ronq. ¿Conoces...?
Derk. Todo.
Ronq. ¡Cielos!
Derk. Todo. Ya visteis que cumplidas
Vuestras órdenes fueron:
Se falsearon las señas convenidas:
Los músicos vinieron:
Y los que dentro estaban prevenidos,
Con la litera á la señal salieron,
Quedando otros cual vísteis escondidos,
Los que diablos al vulgo parecieron,
En la Casa del Diablo reunidos.
Mas no fué culpa mia si así huyeron;
Vos los teníais de ello convencidos,
Y culpa vuestra fué si lo creyeron.
Ya veis, nada hay aquí maravilloso,
Todo esto es natural, fácil, sencillo;
Y mas diestro que vos, mas vigoroso,
Os tengo en mi poder, señor Ronquillo.
Ronq. Todo lo entiendo ya: continuo espía
De mi casa, la casa de Roberto
Hoy asaltásteis en su ausencia y mia.
Derk. Pues, y en ella introduje
Mis diablos con silencio en vuestra ausencia.
Ronq. ¡Oh! y Roberto al entrar...
Derk. Cayó al momento
En sus manos.
Ronq. ¡Par diez! mas la existencia
Perdió: luego leal rindió la vida
Sin vender sus secretos.
Derk. La partida
Con él perdísteis. Se le dió tormento.
Ronq. ¡Traicion infame!
Derk. Y con la oculta entrada
Que estos tres edificios comunica,
Con la muger dos años há encerrada
En la casa por vos endemoniada,
Con todo dí, y os lo deshice todo;
Y es por allí venir el mejor modo
De esplicároslo al fin.
Ronq. Bien me lo esplica:
Mas en vano fiais, porque seguro
Os tengo yo tambien, mancebo insano,
Y por el cielo os juro...
Derk. ¡Eh! no jureis, señor Alcalde, en vano.
Ya sé que vuestra gente á una hora dada
A buscaros vendrá; que á este aposento
Debe en silencio entrar: sé que el momento
De semejante cita está cercano:
Mas cierto estad que de cualquiera modo,
Los dos tendremos tiempo para todo.
Hablemos pues, señor Ronquillo, en calma,
Que la vida del hombre está medida,
Y yo deseo que salveis el alma,
Antes, señor, de concluir la vida.
Ronq. Haceis mal de fiaros en la vuestra,
Porque no os valdrá ya la astucia diestra
Para volver á dar con la salida.
Derk. La que debísteis vos tener guardado
Mi salida no fué, sino mi entrada.
Ronq. Mas dentro ya, os advierto que cordura
Es que penseis en si os tendrá labrada
Vuestra noble familia sepultura.
Derk. Esa ventaja me llevais tan solo,
Pues el rey os ha dado una capilla
Donde os labró suntuoso mauseolo
A costa de sus rentas de Castilla:
Mas ved que no será gran maravilla
Que el que os labró la estátua que corona
Vuestro ataud marmóreo, en su conciencia
Crea que esteis mejor que en apariencia
Dentro del ataud vos en persona.
Ronq. ¡Dios Santo! esas palabras...
Derk. Os esplican,
Juez, mi presencia aquí, y en frase breve
Os diré lo que en suma significan
Y lo que en realidad cumplirse debe.
Que no podríais ver al rey, os dije:
No le vereis, perded toda esperanza.
Hombre, demonio ú angel, soy quien rige
Vuestro destino; Dios quien me dirige,
Y el honor quien me alienta;
Encomendadme pues vuestra venganza,
Y yo en vuestro lugar daré á Dios cuenta.
Ronq. ¡Insensato! ¡cederos y en tal hora
El fruto entero, el término inseguro
De mi afanosa vida! ¡y cuando toco
Al anhelado fin...! sería un loco.
Derk. Consideradlo bien: porque yo os juro
Que el justiciero Dios vuestro destino
Puso en mi mano, y su poder divino
Me otorgó sobre vos poder seguro,
Y mediré á mi antojo vuestro sino.
Ronq. ¡Villano!
Derk. Vuestra débil existencia
Apoyada no mas está en mi aliento;
Animar ó estinguir puedo su esencia
Con un soplo no mas; y en un momento
Puedo franquearos con el brazo mismo
La oscura trampa del eterno abismo,
O el pabellon azul del firmamento.

Creedme, irrecusable testimonio
Daros podré de mi infernal prestigio,
Y puedo, sin obrar ningun prodigio,
Ser para vos un angel ó un demonio.
Dadme pues esas cartas, y abro nuevo
Camino á vuestra vida: al rey no abono:
Me ultrajó mas que á vos, y soy quien debo
Vengar la injuria con mayor encono.

Ronq. Me inspiras compasion, pobre mancebo.
¡Piensas alucinarme con patrañas
Estúpidas, y me abres todo entero
Tu necio corazon! Tú necesitas
Mi secreto, y robármele meditas
Atrevido y astuto; mas te engañas,
A mí solo no mas que sirva espero,
Y antes que en manos confiarle estrañas
Bajar con él á mi ataud prefiero.

Derk. Pues mandáosle abrir, porque á fe mia
Que estais, señor Ronquillo, en la agonía.
Sí; ángel, hombre ó demonio, yo he cruzado
Tierras y mares tras de vos: he sido
Vuestra sombra do quier: os he velado
Vuestro angustioso sueño: he sorprendido
Vuestros hondos secretos: he acinado
Mil pruebas contra vos; y he conseguido
A fuerza de destreza, oro y afanes,
El hilo asir de vuestros viles planes.
La historia sé de vuestra infame vida;
Llevo de vuestros crímenes la cuenta:
Toda la sangre que teneis vertida
Gota á gota conté: toda la renta
Que la justicia os dió, por vos vendida;
Sí, y los ayes, las lágrimas, la afrenta
De cien familias contra ley juzgadas,
Y al cadalso inocentes arrastradas,
Aquí en mi corazon hierven ocultas,
Recogidas en él como en un vaso,
Y todas sus fantasmas insepultas
De su verdugo en pós siguen mi paso.
Velas: venganza de maldad tan obvia
Pidiendo cada cual te se avecina:
Cuéntalas... la de Derken, al que agobia
De Inés la afrenta, que tras él camina;
Las de tus empalados en Segovia;
Las de tus abrasados en Medina.

Ronq. ¡Ay!

Derk. Y á ese grito de pavor que arrancas,
La de Acuña tambien se alza en Simancas.

Ronq. ¡Basta...! el miedo, la rabia me sofoca:
Ten la lengua infernal que en torno mio
Esa sangrienta muchedumbre evoca.

Derk. No, no: tú has hecho con su sangre un rio,
Tras del que ciega tu ambicion coloca
Del trono de Castilla el poderío;
Y por manchar el trono de Castilla,
Saltar esperas á la opuesta orilla.
Pero sueñas. ¡Del rey que á la alta esfera
Donde te ves te alzó desde tu nada,
Imaginaste en tu arrogancia fiera
Dejar la gloria y magestad hollada!
¡Miserable reptil! ni tan siquiera
Podrás ver otra vez su faz sagrada
Para pedirle compasion de hinojos,
Arrastrándote vil ante sus ojos.
Yo te gané esa entrada: á tu aposento
Vine á esperarte: me senté á tu mesa;
Y tuve entre mis manos tu alimento:
¿Y cuentas con tu vida? ¿y la promesa
Que te hice olvidas de agotar tu aliento
Antes del nuevo sol? mira, la espesa
(*A la ventana.*)
Noche disipa; mas en este punto
La descarnada muerte te está junto.

Ronq. ¡Mientes! ¡mientes....! ¡te burlas!

Derk. Viejo insano,
Escucha, y cesa en tu dudar prolijo:
Tú hiciste asesinar á un noble anciano
Su hija por deshonrar; mas ¿quién te dijo
Que ese padre infeliz no tiene un hijo,
Y esa doncella mísera un hermano?

Ronq. ¡Su hijo! ¡su hermano!

Derk. Sí; comprende ahora
El móvil de mi astucia vengadora.

Ronq. ¡Hijo...! ¡hermano...! ¡ay de mi! todas, ó infierno,
Tus iras contra mí desencadenas.
No miente, no, ese vil... hervir interno
Su veneno voraz siento en mis venas.

Derk. Pues no desprecies mi postrer aviso;
Te juro que á tu vida y á tu muerte
Puedo aun marcar un término preciso.
Ronquillo, elige pues tu propia suerte.
Cede.

Ronq. Jamás.

Derk. Pues á tu fin te advierto
Que aguardaré: mio eres: vivo ó muerto
No te libras de mí: porque te juro
Que aunque el secreto pongas á cubierto
De tu sepulcro, por mi mano abierto,
Ni aun en tu corazon está seguro.

Ronq. Mas qué ruido... ellos son... ahora verémos
Quién te libra de mí.

Derk. Llegan. (*Se oculta.*)

Ronq. Guardada
Está ya la salida... ¡oh! morirémos
A lo menos los dos... ya está apostada
Mi gente abajo... ¡pero Dios! qué miro!
¡Guardias del rey...! y siento que la vida
Ya me abandona... suben... ¡ah! yo espiro.
(*Cae en el sillon con el sopor.*)

ESCENA IV.

RONQUILLO, EL ESPIA.

Esp. Gracias á Dios que le hallo al fin.
Ronq. ¿Quién llega?
Esp. El rey á la ciudad.
Ronq. ¡El rey!
Esp. Él mismo.
Ronq. Pronto llévame ante él.
Esp. No, hacedme entrega
De unos billetes que os fió.
Ronq. El abismo
Te confunda: ¿tú sabes...
Esp. Mucho, y cierto;
Parte me dijo el rey; parte yo mismo
En esta misma noche he descubierto.
El diablo de esta casa sois, Alcalde,
Vos: en ella á favor de esa conseja
Guardábais no sé qué, mas bien en balde;
Un diablo mas audaz sin ello os deja.
Ronq. ¡Tú acaso!
Esp. No: escuchad si sois servido.
Nos han burlado á todos; os han muerto
Vuestro único leal; han sorprendido
Nuestras señales y horas, y han huido
Con el pase que dísteis á Roberto.
La misma inquisicion vendida ha sido.
Don Luis Valdés, sobrino y secretario
Del arzobispo inquisidor, los sellos
Del santo oficio usando temerario,
Autorizó su voluntad con ellos,
Y huyó tambien.
Ronq. En ese caso, amigo,
Por piedad al rey llévame: un momento
No pierdas... ¡muero! ah, llévame te digo,
Y si eres pobre cuéntate opulento,
Si eres villano alcanzarás nobleza,
Si tienes ambicion favor sin cuento.
Ya lo viste, tú mismo de su alteza
Me tragiste una carta en que decia
Que en la cámara real á su llegada
Yo era el primero á quien hallar queria.
¡Oh! llévame ante el rey, y todavía
Puede esa gente vil ser atajada.
Esp. ¡No puede, ira de Dios! Europa entera
En su favor está: todo es ya en vano.
Del mismo emperador Maximiliano
Sombra les hace la imperial bandera;
Y un maldecido embajador que envia
Con apariencia por demas guerrera
En su trama infernal les protegia.
Ronq. O cae el mundo sobre mí sin duda...
Pero ese embajador...
Esp. El diablo ayuda
Le da, nadie le ha visto todavía.
Ronq. Pronto vamos al rey.
Esp. Es imposible:
Vuestra tumba va á ser este aposento.
Ronq. Ya lo sé... ya lo sé... la hora terrible
Llega. (*Desesperados esfuerzos.*)
Esp. Pues no perdamos un momento,
Orad á Dios si en él creeis.
Ronq. Aparta.
Déjame en paz morir.
Esp. A eso es tan solo
A lo que aquí su magestad me envia.
Ronq. ¡Cielos!
Esp. Sabedlo al fin: con fuerza ó dolo,
Mandóme de unas cartas que os dió un dia
Dar con el paradero; y descubierto
Que fuera: «Ve (me dijo el rey) sus huellas
Do quier siguiendo, sin reparo alguno
Hazle morir; y en el panteon que he dado
A su familia, entiérrale con ellas
Sin que al cadáver llegue hombre ninguno.»
Ronq. ¡Gran Dios!
Esp. Tal es su ley.
Ronq. ¡Desventurado
De mí!
Esp. Y yo, que á Roberto os he oido
Decir que las encierra bajo un sello
Un relicario que llevais al cuello,
Mi deber cumpliré, y vuestro destino.
Ronq. ¡Miserable traidor! ya llegas tarde.
Esp. ¡Tarde!!
Ronq. Sí, antes que tú la muerte vino.
Esp. ¡Cómo!
Ronq. ¡El veneno que en mis venas arde
Me liberta de tí, vil asesino!
Esp. ¡Dios! ¡la muerte vos mismo os habeis dado!
Mas... con las manos que apretais al pecho...
Las cartas defendeis... ¡bah! todo está hecho.
(*Va á quitarle el relicario. Ronquillo se defiende.*)
Ronq. ¡Ah!... ¡qué intenta... favor!
(*Cae sin fuerzas.*)

ESCENA V.

RONQUILLO, EL ESPIA, VAN-DERKEN.

Derk. Tente, malvado.
Esp. ¡Rayo de Dios! este hombre aquí.
Derk. Presente
Do quier que estás estoy.
Esp. Ahora lo entiendo:
¡Por sus cartas venís!
Derk. Precisamente.
Esp. Por el rey de Castilla las defiendo.
Derk. Atrás.
Esp. Favor al rey. (*Entran esbirros.*
Hé aquí mi gente.

Os cogí, ¡vive Dios! señor tremendo.
(*A los esbirros.*)
Meted en la litera ese cadáver
(*Cubre á Ronquillo con su capa, y los esbirros le rodean dispuestos á llevársele.*)
Con esa capa como está cubierto,
Y nadie ose mirarle solamente:
La justicia del rey va en ese muerto:
(*A otros, por Van-Derken.*)
Vosostros maniatad á ese asesino.
Derk. ¡Ay del que llegue á mí!
Esp. ¿Quién de nosotros
Cejará á defender las armas reales?
(*Muestra las armas de Castilla bajo el jubon.*)
Obedeced.
(*Los esbirros van á acometer á Van-Derken: este, abriendo á su vez su jubon, muestra en el pecho las armas del Austria bordadas de oro.*)
Derk. Atrás. ¿Quién de vosotros
Se atreverá á las armas imperiales?
Esp. ¡Las armas de Austria!
Derk. Sí: si no te ciega
Su esplendor míralas.
Esp. ¡Otro misterio!
Derk. Señor diablo del rey, su ley no llega
Do se hace oir la del austriaco imperio.
Esp. Señor diablo imperial, cumplí la mia
Hasta donde llegó, y esta jornada
Ya es del diablo del rey.
Derk. No todavía.
Esp. ¡Oh! van con él sus cartas: gente armada
Le guardará conmigo hasta que el dia
Muera, y entonces de una vez cerrada
Y sellada su tumba, en su sagrado
De entrambos quedará muy bien guardada.
Mas me esperan: á mas ver,
Amigo diablo imperial.
Derk. Un momento, diablo real:
Solo va vuestro poder
De su tumba hasta el umbral.
Esp. La muerte á todos da ley.
Derk. Mas no siendo de igual grey,
La tumba dirá á los dos:
«Hasta aquí el diablo del rey;
Desde aquí el diablo de Dios.»

ACTO CUARTO.

Plaza en Valladolid; á la derecha una boca-calle. A la izquierda el palacio de Felipe II, con una reja practicable, pero tan baja que cuando quede abierta no haya mas que un escaion que bajar. El convento de San Francisco en el fondo. Entre este y el palacio, y formada por ambos edificios, una calle que se pierde en el fondo. — Noche.

ESCENA PRIMERA.

VAN DERKEN, LUEGO EL DOCTOR ROBLES.

Derk. Aunque mucho se detiene,
Fio en Robles, que es leal:
Me debe cuanto es y tiene,
Y no ha de dejarme mal.
Mas pasos oigo; allí viene.
Doctor. ¿El diablo?
Derk. De Austria.
Doctor. Señor,
Dispensadme si tardé.
Derk. Há un momento que llegué:
Mas ¿qué tenemos, doctor?
Doctor. Todo lo que os indiqué.
Derk. ¿Consiente el lego?
Doctor. Ganado
En parte, en parte engañado,
Se presta fácil á todo.
Derk. ¿Le hablásteis?
Doctor. Lo que he juzgado
Preciso no mas.
Derk. De modo
Que el secreto...
Doctor. No saldrá
De nosotros dos si importa.
Derk. Si puede ser, mas valdrá,
Doctor.
Doctor. Pues vóime hácia allá,
Que el tiempo da tregua corta.
Mas para ir á cosa cierta
Yo iré delante: escuchad.
Tengo llave de una puerta
Escusada de la huerta
De ese convento. Esperad
Pues á que yo con sigilo
Entre, le avise, y os abra,
Y no quebremos el hilo,
Que es delgado.
Derk. Os doy palabra
De permanecer tranquilo
Hasta que vos me llameis.
Doctor. Cuando oigais los cuartos dar
Para las doce echareis
Por esa calle, dareis
Vuelta al convento, y á dar
Ireis á una puertezuela
Del huerto: estará entornada,
Y yo dentro en centinela;
Colaos sin decir nada,
Y en tanto andad con cautela.
Derk. Id descuidado, doctor:
En esas calles de ahí junto
Me ocultaré.
Doctor. Es lo mejor,
Y á los tres cuartos...

Derk. En punto.
Id.
Doctor. Hasta luego, señor. (*Vase.*)
Derk. Todo va perfectamente,
Con que manos á la obra;
Mas me oculto por si gente
Pasa, que al hombre prudente
Jamás precaucion le sobra.
(*Ocúltase por la izquierda.*)

ESCENA II.

EL ESPIA, EMBOZADO 1°.

Emb. 1°. Aquí en lo oscuro aguardad.
Se han quitado de palacio
Las guardas un breve espacio
Para mas seguridad.
Esp. Bien.
Emb. 1°. ¿La reja conoceis
Que se abrió para sacar
Al rey, niño, á bautizar?
Esp. Sí.
Emb. 1°. Pues por ella vereis
A quien os llama salir;
Mas cuenta que con respeto
Grande le hableis, que es sugeto
Que nos lo puede exigir. (*Vase.*)

ESCENA III.

ESPIA.

¡Par diez! ya me lo supongo,
Y así por mi propio bien
Lo haré. En acecho me pongo
Hasta que los cuartos den.
(*Se pasea por delante de la portada de la iglesia.*)
¡Diablo! empieza á lloviznar,
Y anda por esta plazuela
Un airecillo que pela.
En fin, no puede durar
Mucho tiempo mi planton,
Que mas de la media es.
(*Dan los tres cuartos.*)
Hola, el reló: una, dos, tres...
Cabal; los tres cuartos son
Para las doce... mas siento
Pasos. Por aquella esquina
Dobla alguno y se avecina...
Cierto; recojo el aliento,
Par diez, y me pego al muro.
(*Van-Derken cruza la escena embozado hasta los ojos, y como quien pasa con miedo muy aprisa y talareando la cancion del acto 2°.*)
Pasa, y segun lo confiesa
Con el canto y con la priesa
Lleva miedo de seguro.
Vaya, algun estudiantillo
Que vendrá del galanteo.
Y cantaba á lo que creo
La cancion contra Ronquillo.
Parece que el tal conoce
Que ya no le ha de encontrar.
Mas sale.
(*La reja del palacio se abre, y por ella salen el Embozado de la escena anterior con linterna, y otro Embozado, que llegando cerca del Espía dice en voz alta:*)
Emb. 2°. Acaban de dar
Los cuartos para las doce.
Esp. Los oí, señor.
Emb. 1°., *al Espía.* Llegaos.
Emb. 2°. Dadme esa luz: descubríos.
Esp. Yo soy, señor.
Emb. 2° Bien: cubríos.
Tapad la luz y apartaos. (*Al 1° que lo hace.*)
¿Qué has hecho?
Esp. Todo, señor.
Emb. 2° ¿Y el juez?
Esp. Enterrado.
Emb. 2°. Bueno.
¿Tú mismo le...
Esp. No.
Emb. 2°. ¡Traidor!
Esp. Él fué.
Emb. 2°. ¿Cómo?
Esp. Con veneno.
Emb. 2°. ¿Mas tú le viste?
Esp. Espirar.
Emb. 2°. ¿Y las cartas?
Esp. Sobre sí
Las tiene.
Emb. 2° ¡Cómo!
Esp. De allí
No se las pude quitar.
Emb. 2°. ¿Quién te lo pudo impedir?
Esp. El Austria.
Emb. 2°. ¡Dios!
Esp. Mas, señor,
No temais; su embajador
Nada pudo conseguir.
Emb. 2°. ¿Ese enviado, á quien no he visto
Todavía, ha sido acaso...?
Esp. Él; y á no atajarle el paso...
Emb. 2°. ¡Ampárenos Jesucristo!
(Todo se debe temer
Del Austria en esta ocasion,
Y la misma inquisicion
Nos diera menos que hacer.)
Mas ¿cómo no has recogido
Despues las cartas?
Esp. Señor,

De su féretro en redor
Hoy todo el pueblo ha acudido,
Y como habiais mandado
Que con tal solemnidad
Se enterrara, fué en verdad
Imposible; mas tocado
No ha nadie su cuerpo, y yo
Fio, señor, con mi cuello
Que el relicario, aún con sello,
Sobre su pecho quedó.
Juan Robles, doctor muy grave...
Emb. 2°. Le conozco.
Esp. Ha dado fe
De su muerte, y yo cerré
La tumba: aquí está la llave. (*Se la da.*)
Emb. 2°. ¿Acudió la inquisicion?
Esp. Sí, señor; y escrupulosa
Selló y barreó la losa;
Con que á mi ver es cuestion
Concluida.
Emb. 2°. No por cierto,
Aun falta mas.
Esp. Por san Pablo:
¿Qué falta, señor?
Emb. 2°. Que el diablo
Se lleve esta noche al muerto.
Esp. (Esta es otra.)
Emb. 2°. Me aseguran
Que eres hombre tan valiente
Que nada hay que te amedrente.
Esp. Señor, si es que no me apuran
Enemigos imposibles
De resistir...
Emb. 2°. Los que vas
A atacar, si el golpe das
Bien, serán poco temibles.
Esp. Ley es vuestra voluntad,
Señor: y yo mi deber
Haré, muerto hasta caer.
Emb. 2°. Cuestion es de habilidad,
No de fuerza: mas valor
Requiere y serenidad.
Esp. En ese caso, mandad.
Emb. 2°. Pues escucha.
Esp. Hablad, señor.
Emb. 2°. Seguirás representando
Tu papel de Satanás;
Y á media noche estarás
En ese porton llamando
Con aldabadas bien recias.
La espalda tendrás segura;
Tú llama con mas premura
Hasta que abran: y pues precias
De valiente y de sereno,
Cuando pregunten ¿quién es?
Responde con voz de trueno:
Satanás.
Esp. No abrirán.
Emb. 2° Pues
Vuelve otra vez á llamar,
Y pide de Dios en nombre
Con el superior hablar.
Es varon santo, y no es hombre
A quien el diablo amedrente:
Invoca en alto la ley
De Dios, y secretamente
Dale este papel del rey.
Al comprender el misterio,
Sus monjes retirará,
Y á rezar les mandará
Al fondo del monasterio.
Si él no se va, le harás ver
Que el rey ordena que solo
Te deje en el mauseolo
Del Alcalde, y lo ha de hacer.
Entonces tú, de Ronquillo
Llegando á la sepultura,
Con mano diestra y segura
Darás la vuelta al tornillo
Que hace de punto final
De su epitafio: al instante
La cubierta sepulcral
Saltará: que no te espante.
Quita entonces al difunto
El relicario que puesto
Mantiene al cuello, y tras esto
Con el cadáver al punto
En el algibe darás.
Yo mandaré que lo cieguen
Mañana: y antes que lleguen,
El sepulcro volverás
A cerrar del modo mismo
Que le abriste, pues para esto
En su fábrica dispuesto
Tiene oculto mecanismo.
La losa se alza y se baja
Sin ruido: ve sin afan,
Que ni linces hallarán
La señal por donde encaja.
En seguida á aquella reja
Ve á llamar: yo saldré allí
Por el relicario, y deja
Lo demas fiado en mí.
Esp. Entiendo: pero ¿y si acaso
Mañana...?
Emb. 2° Yo haré contar
Como mas convenga el caso,
Y obligaré de ello á dar
A los monjes testimonio.
Con lo cual ¿qué podrá ser?
¿Que venga el vulgo á creer
Que se le llevó el demonio?
¡Bah! ¿Qué le dará al Alcalde
De que lo crean ó no?
Si el Señor le perdonó,
Cuanto digan será en balde.

Esp. Señor, perdone su alteza:
Pero ¿si yo me negara
A serviros...?
Emb. 2° Lo arreglara
Todo al fin...
Esp. ¿Quién?
Emb. 2° Tu cabeza.
Esp. A las doce y cuarto en punto
Salid por el relicario.
Emb. 2° Recibirás tu salario,
Y se concluyó el asunto.
(*Va hácia el palacio, y antes de entrar se pára un momento.*)
(Diestro y bravo... ¡por supuesto!
Mas tengo yo para mí
Que estos bravos mueren presto.)
(*El Espía saluda al Embozado respetuosamente, y al retirarse por el lado opuesto se pára tambien un momento.*)
Esp. Si sé yo que pára en esto,
¿Cuándo me pescan aquí?

ACTO QUINTO.

Vestíbulo de la capilla concedida á Ronquillo para panteon. En el fondo una puerta que se supone dar á la capilla, que es una de las laterales de la iglesia. A la derecha puerta que da á un claustro, al fin del cual está la puerta principal esterior del monasterio. A la izquierda puerta que da á los claustros interiores del convento. En el centro el sepulcro de Ronquillo (cuya efigie de mármol descansa en su parte superior), y preparado para el juego necesario en este acto, y su altura lo mas de tres piés. En la cara inferior frente al público escrita en bronce la palabra *Ronquillo*.

—

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR ROBLES, VAN-DERKEN, EL HERMANO JUAN, CON LUZ POR LA IZQUIERDA.

Hermano. Ya estamos, doctor, al cabo
De la espedicion. Entrad.
Doctor. Vuestra eficacia en verdad
Os agradezco y alabo.
Hermano. No hay mucho que agradecer
Ni que alabar: la salud
Os debo, no es pues virtud
Serviros, sino deber.
Solo siento que no sea
Cosa de interés mayor
Mi servicio; mas, doctor,
Basta que vuesarcé vea
En ello mi voluntad.
Doctor. Hermano Juan, os repito
Que os agradezco infinito
Vuestro servicio.
Hermano. Mandad.
Doctor. Gracias, y lo mismo os digo:
Si os hace en árdua ocasion
Mi bolsa ó mi profesion,
Hermano, contad conmigo.
Pero tiempo no perdamos,
Fray Juan, que no se recobra.
Hermano. Manos, doctor, á la obra,
Que en la ocasion nos hallamos.
Ahí teneis la sepultura
Del Alcalde. ¡Brava pieza!
Segun los que la belleza
Conocen de la escultura.
Doctor. Sí á fe.
Hermano. Cuando el escultor
De órden del rey la labraba,
A nadie entrar se dejaba,
A presenciar su labor.
Aquí se encerraba él solo;
Y él solo aquí se las hubo
Hasta que acabado estuvo
El busto y el mauseolo.
Y se hizo con tal misterio,
Que hasta que él nos la mostró,
Ver tal obra no logró
Ni el abad del monasterio.
Pero el rey vino durante
Su trabajo, y se encerró
Con él aquí: él fué quien dió
Al Alcalde semejante
Lugar para enterramiento,
Para lo cual á mi ver
Mucho le debió querer
Su alteza.
Doctor. Yo así lo siento;
Pero pasa el tiempo, hermano;
Y os recuerdo la promesa
Que me hicísteis...
Hermano. ¡Buena es esa!
¿Le voy yo en algo á la mano?
Bien puede orar y llorar
Sin empacho, que á fe mia
Que yo tambien lloraria
Si me viera en su lugar.
Doctor. Sin duda; pero os aviso
Que me rogó formalmente
Que nadie habria presente
Mas que yo, y en compromiso
Le poneis, si el hondo esceso
Le haceis mostrar de su pena.
Hermano. ¿Tanto el pesar le enagena?
Doctor. Le enloquece.
Hermano. Vean eso.
Y decian que era tal
El Alcalde Don Rodrigo,
Que ni pariente ni amigo...
Doctor. Pues ya veis que dicen mal.
Hermano. ¡Lo que es el mundo, doctor!

Y nos le habian pintado
Como el hombre mas malvado
Del orbe. ¡Pobre señor!
Siempre se meten los mas
En camisa de once varas.
¿Eh, doctor?
Doctor. Pues.
Derk. (¡Si te ahogaras,
Hablador de Barrabás!)
Doctor. ¿Con que en fin...?
Hermano. Teneis razon:
Mas dispensad: los que estamos
En el claustro, no acabamos
En pescando una ocasion
Para echar un parrafillo:
Mas ya os dejo; y á fe mia
No es la mejor compañía
El cadáver de Ronquillo.
Ea, en el claustro os espero,
Con que tranquilos estad.
Doctor. Ah, me olvidaba: escuchad
Aun, hermano portero.
Hermano. Decid.
Doctor. Si oyérais acaso
Voces, ó rumor cualquiera
Que os estrañara ó pudiera
Daros pavor, no hagais caso.
Hermano. ¿Pues qué, doctor...!
Doctor. No os estrañe,
Juan hermano, esta advertencia,
Que es deber de mi conciencia
Que os prevenga y no os engañe.
Ya os he dicho que era tal
De ese buen jóven la pena,
Que á las veces le enagena
Tal desórden cerebral
Que en aquel delirio insano
Se pone fuera de sí.
Hermano. Si necesitais de mí,
Llamadme.
Doctor. Gracias, hermano.
Como yo en cura le he puesto,
Yo solo le sé tratar,
Y basto para calmar
Sus accesos.
Hermano. Por supuesto.
¿Quién lo hará mejor que vos,
Que sois de la facultad?
Doctor. Idos pues.
Hermano. A Dios quedad. (*Vase, izquierda.*)
(*Vase el lego. Robles cierra y mira un momento por la cerradura. Van-Derken espera embozado é inmóvil hasta que Robles se aparta de la puerta.*)
Derk. ¿Se fué?
Doctor. Sí.
Derk. ¡Gracias á Dios!

ESCENA II.

VAN-DERKEN, EL DOCTOR ROBLES.

Derk. ¡Plática tenia ya hecha
Con vos hasta el alba!
Doctor. Sí.
A fe; pero le sufrí
Porque no entrara en sospecha.
Por pariente del Alcalde
Os tiene.
Derk. No es mala idea.
Mas despachemos, no sea
Que se vaya el tiempo en balde.
Doctor. Pues el resorte buscad.
(*Van-Derken se acerca al sepulcro, y se detiene.*)
Vaya, ¿en qué os parais?
Derk. No sé...
Pero...
Doctor. ¿Dudais?
Derk. Sí.
Doctor. ¿Porqué?
Derk. Si alguna fatalidad
Hizo...
Doctor. Fiad en mi honor.
Derk. Es que por Dios que sintiera
Que su muerte recayera
Sobre nosotros, doctor.
Doctor. Si no teneis otra cosa
Que os haga inquieto vivir,
Tranquilo podeis dormir.
Ea, el resorte á la losa
Apretad por el tornillo
Que sirve de punto al nombre;
Y mirad sin que os asombre
Resucitar á Ronquillo.
(*Van-Derken aprieta el tornillo en cuestion, y levantándose todo el cuerpo superior del sepulcro aparece el Alcalde tendido sobre su base. El Doctor se acerca á él, le quita el relicario, que tendrá al cuello, y se le da á Van-Derken. Este rompe inmediatamente el sello, abre, saca, y cuenta las cartas en el relicario encerradas, y entre tanto Robles vierte en la boca del Alcalde un licor que lleva en un frasquillo. Luego se apartan del sepulcro.*)
Tomad. (*Dando á Van-Derken el relicario.*)
Derk. Intacto y sellado
Está aun. Dos... tres... si alguna
Falta... seis... ocho... ninguna.
¿Qué tenemos? (*A Robles.*)
Doctor. No hay cuidado.
Derk. ¿Vuelve á la vida?
Doctor. ¡Pues no!

Derk. ¡Ah, y yo tambien!
Doctor. Tened fe;
Que cuando á ello me arriesgué
Bien seguro estaba yo;
Mas que no os vea: aguardad
Que el sopor eche de si.
Derk. Gracias, doctor. (*Dándole la mano.*)
Doctor. Yo cumpli.
Derk. Teneis razon, despejad,
Que yo empiezo desde aqui.
(*El doctor Robles entra en la capilla del fondo. Van-Derken queda en el fondo de la escena. Ronquillo vuelve en sí. Sus primeras palabras las dirá tendido aun, y en el momento de incorporarse, reconociendo instantáneamente el lugar, se arroja espantado del sepulcro, desvaneciendo con la destreza de la ejecucion la mala impresion que puede causar situacion semejante. El efecto depende del actor. Desde que Ronquillo se pone en pié, Van-Derken se va acercando al sepulcro guarecido de su levantada cubierta, quedando pronto á presentarse á Ronquillo.*)

ESCENA III.

VANDERKEN, RONQUILLO.

Ronq. ¿Dónde estoy? ¡Ay de mí! Larga y penosa
Mi pesadilla fué. Mas ¡Dios, qué veo!
(*Se arroja del sepulcro.*)
No, no es ensueño que tenaz me acosa...
¡Esto es ¡qué horror! mi propio mausoleo!
¿Mas vivo á este lugar, quién me ha traido?
¡Oh! ¡vago miedo el corazon me asalta!
Si de mi pecho el relicario falta...
(*Lo busca sobre sí, y halla el cordon roto.*)
¡Ah! cortado el cordon... estoy vendido.
Derk. Con tiempo os lo advertí.
Ronq. ¡Dios soberano!
¿Siempre vos!
Derk. Siempre yo.
Ronq. ¿No hay pues manera
De librarme de vos?
Derk. Me huís en vano.
Roja fantasma del vapor formada
De la sangre de Derken derramada,
Y del honor del hijo y del hermano,
Con voluntad inexorable y fiera
Camino tras de vos, y por do quiera
Tras vos estiendo la sangrienta mano.
Ronq. ¡Ah, mi mente se pierde en el abismo
De una angustiosa incertidumbre oscura!
Siempre en mi mal con voluntad de hierro,
¿No es dique para vos la sepultura,
Que aun mas allá de mi sepulcro mismo
Llega vuestro poder... ó mi locura?
Derk. Ya lo veis.
Ronq. No hay dudar.
Derk. Seria yerro.
Mi poder contra vos es infinito.
De vuestra misma tumba en el encierro
De mi venganza os estremece el grito;
Y á esta voz con que os alzo ú os aterro
Pareceis como á punto os necesito:
Cuando os quiero cadáver, os entierro,
Cuando inútil me sois, os resucito.
Ved. (*Mostrándole el relicario y las cartas.*)
Ronq. ¡Me ahoga el furor!
Derk. No os impaciente
Verlas en mi poder, y vil recelo
No os atribule ya; sabio y prudente
Sed, y los fallos acatad del cielo.
¿No me entendeis? ¡Ya yo me lo temia!
Pero voy á esplicarme, porque quiero
Que sepais, señor juez, desde este dia
Lo que hay de la vileza á la hidalguía,
Y de un vil asesino á un caballero.
Ese piadoso rey de santa fama
Que de la iglesia defensor se llama,
Y á los hereges quema, fué el amante
De una infeliz doncella protestante,
Y holló la fe por conseguir la dama.
Estas cartas escritas por su mano
En estilo amoroso, audaz, liviano,
Cuando príncipe y mozo, vengarian
Mi afrenta y vuestra injuria; mas podrian
El nombre mancillar del soberano.
Porque tales están, que á lo que infiero,
A las razas del mundo venidero
Legadas en el libro de la historia
Echáran un borron sobre la gloria
De un católico rey, justo y severo.
De semejante testimonio el peso
Bien comprendísteis vos: de ellas por eso
Un escudo os forjásteis... ¡vil gusano
Que de torpe ambicion en el esceso
Quereis del que os crió morder la mano,
Antes que el labio levanteis á ella
El polvo os ahogará de su real huella!
Yo comprendí cual vos tal pensamiento,
Y en vos temiendo el temerario intento
Tras vos y ellas corrí; y tenaz, taimado,
Lo veis, por obtenerlas no he parado,
Hasta el fondo del mismo monumento.
Mas de vos con distintas intenciones;
Porque sagradas del honor las leyes
Enseñan á los nobles corazones
Que mancillar la honra de sus reyes

Es manchar el honor de las naciones.
Y hé aquí de mi conducta el noble arcano.
Del rey y de vos víctima, en mi mano
Tengo el vengarme de ambos justiciero;
Mas ved del noble lo que va al villano,
Y del vil asesino al caballero.
Si ambos en el honor me habeis herido,
Si ambos á dos mi sangre habeis vertido,
Caballero y cristiano yo os perdono;
Caballero y cristiano yo he cumplido
Guardando ileso el esplendor del trono.
Mirad pues el honor á lo que alcanza:
(*Toma la luz, y colocándola sobre el sepulcro abierto de Ronquillo, quema las cartas, dejando allí las cenizas.*)
Estas letras, que son nuestra esperanza,
En esa llama sin dudar consumo.
Dios maldijo la ira y la venganza;
Las nuestras, señor juez, solo son humo.
Ronq. ¡Ah!
Derk. Si mi accion magnánima os humilla,
No olvideis la leccion. Noble ó pechero,
El que nace vasallo de Castilla
Cuando alcanza á su pueblo su mancilla,
De su honra le hace sacrificio entero.
Ronq. ¡Miserable de mi!
Derk. No todavía
Por tan mísero os deis. Que ser podia
Para vos, dije, ó ángel ó demonio:
Prefiero ser vuestro ángel, y á fe mia
Que de ello os voy á dar buen testimonio.
Tuvísteis gran poder, lo habeis perdido;
Teníais esperanza, os la he quitado;
Osásteis hasta el rey, le he defendido;
Mi honor ensangrentásteis, le he vengado.
Fuísteis, no sois; en el sepulcro hundido,
Del libro de la vida os he borrado;
Mas no he sabido meditar en calma
Por recobrar mi honor perder vuestra alma.
Dos iras provocó vuestro delito:
La mia acaba, la del rey empieza:
Vuestro nombre de hoy mas está proscripto:
Decirle es entregar vuestra cabeza.
Os temian, temeis: era infinito
Vuestro tesoro, os hundo en la pobreza:
Solo y sin medios de ofender os dejo.
Mas oid de vuestro ángel un consejo.
Olvidaos de vos. Sumid prudente
Vuestro ser en el caos del misterio.
De la tumba salid, nuevo viviente,
Y marchad á ser otro en otro imperio.
Fuísteis impío y vil, sed penitente;
El palacio trocad en monasterio;
Y comprad, pues os dan tiempo y aviso,
Con la prez mundanal el paraiso.
Ronq. ¡Basta...! no así á mis ojos lentamente
Desenvolvais el porvenir horrendo.
¿Yo, como impío fui, ser penitente?
¡Vuestra venganza colosal comprendo!
Será mi corazon eternamente
Rebelde á la virtud forzada siendo;
É impotente, infeliz, pobre, proscripto,
Será en mi la virtud otro delito.
Derk. Como querais: mas ved de qué manera
Vuestro sepulcro al rey labrar le plugo,
Y no os ciegue esperanza lisonjera:
Si resistís de mi venganza al yugo,
La inquisicion os dispondrá una hoguera,
Y el rey Felipe os nombrará un verdugo.
Yo no paso de aquí con mi venganza;
Mas temblad la del rey si aquí os alcanza.
Ronq. Comprendo, sí, mi inmensa desventura:
Mañana el rey y el pueblo castellano
Vacía encontrarán mi sepultura;
Y el castigo creyendo sobrehumano,
Mi nombre execrará la edad futura,
Con mi fantasma soñará el villano,
Y de mi fin la tenebrosa historia
Guardará con horror en la memoria.
Pero sea. Del féretro nacido,
Vagabunda vision sin compañero,
Para toda region desconocido,
Para todas las razas estrangero,
Por la vida y la muerte repelido,
Objeto de pavor al mundo entero,
El sitio de mi lúgubre memoria
Con un negro borron marque la historia.
Derk. Que el cielo tal dolor os retribuya
Y á mi venganza de él cuenta no pida.
Sangre pedia por la sangre suya
Mi asesinado padre, y vais con vida.
(*Abre la puerta del fondo, por donde sale el doctor Robles.*)
Robles, para salir me sustituya;
Al alba disponed nuestra partida
Y acogeos del Austria la bandera.
Robl. ¿Vos...?
Derk. De mi no os cureis: el monge espera.
(*Toma la capa de Ronquillo, que habrá dejado este sobre el sepulcro al echarse fuera de él, se la echa apresuradamente sobre los hombros, y embozándose Ronquillo y guiando Robles, vanse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

VAN-DERKEN.

(*Quita la lámpara en que quemó las cartas, y dejando dentro la ceniza de ellas, cierra el sepulcro diciendo:*)

Cuanto puede acusarles aniquilo:
Yazga enterrado en su lugar mi encono
Y su tumba del rey guarde el sigilo.
Noble respeta mi venganza el trono,
Y bien puedes ¡oh rey! dormir tranquilo.
(*Dan las doce.*)
Cumplida mi mision, llegó la hora
De abandonar la España, y al olvido
Dar el tiempo que fué. A buscar ahora
Una salida voy.
(*Suenan dos recias aldabonadas en la puerta esterior del convento.*)
Pero ¿qué ruido
El eco de estas bóvedas despierta
En su sombría cavidad dormido?
(*Llaman otra vez.*)
¡Otra vez...! ese claustro da á la puerta
Esterior del convento, y es por ella
Por donde llaman... el llavero acude
Por el claustro interior; siento su huella...
¡Oh! este sagrado en tal azar me escude.
(*Se oculta en la capilla del fondo, y sale inmediatamente el hermano Juan por la izquierda.*)

ESCENA V.

EL HERMANO JUAN, VAN-DERKEN.

Herm. Fuera apenas del postigo
Pudieron poner los piés.
¿Quién vendrá ahora? (*Llaman otra vez.*)
¡Pues digo
Que no traen priesa!
(*Entreabriendo la puerta de la derecha con muy mal humor.*)
¿Quién es?
Esp., dentro. Satanás.
Hermano. ¡Dios sea conmigo!
Derk., entreabriendo su puerta. (¡Qué oí, cielos! ¡Satanás!)
Herm. ¡Ay de mí! ¡si de esos dos
Vendrá el demonio detras!
Derk. (¡Todo lo entiendo quizás!)
Esp., dentro. Abrid en nombre de Dios.
Hermano. No seré yo el temerario:
¿Abrir? Lo que voy á hacer
Es apretar á correr
Y echar todo el campanario
A vuelo.
Derk. (¡No has de poder
Tal, vive Dios!)
(*El lego va á volverse atrás y se encuentra con Van-Derken, que saliendo de la capilla del fondo le impide el paso por la puerta de la izquierda.*)
¿Dónde vas?
Hermano. ¡Jesus!
Derk. ¿De portero estás
Para eso? Abre, te digo.
Hermano. ¡Perdon!
Derk. Abre á Satanás.
Hermano. ¡Para que cargue conmigo!
Derk. Siempre ha de ser para tí
Lo mismo: abre, ó vive Dios
Que te haga llegar yo allí
Pronto.
Hermano. ¡Qué va á ser de mí,
Cielo santo, entre los dos!
Derk. ¡Ea, aprisa!
Hermano. Voy allá.
(¡Muerto voy!)
Derk. El juego está
Visto... ya abre... Un embozado
Se entra... ¡Oh! él, por de contado:
¿Mas á dónde el lego va?
¡Jesucristo! de la cuerda
Se cuelga del esquilon; (*Se oye tocar.*)
El convento en conmocion
Va á poner.... mas no se pierda
Por mi precipitacion
Todo.
(*Se vuelve á ocultar en la capilla del fondo.*)

ESCENA VI.

VAN-DERKEN OCULTO, EL ESPIA.

Esp. Ese imbécil va á echar
Todo el claustro sobre mí,
Pero tarde han de llegar,
(*Cierra la puerta de la izquierda.*)
Y ya habré acabado aquí
Yo, cuando logren entrar.
No hay tiempo pues que perder;
Lo que me importa es coger
Cuanto antes el relicario,
Pues ó del rey va á poder,
O me ahorca de lo contrario.
Cuanto vacile es en balde;
Por Dios que no me hace gracia
Remover la mómia lacia
Del emponzoñado Alcalde.
Pero ¿qué remedio? embisto:
Del mecanismo el secreto
En este tornillo está,

Segun me dijo; le aprieto,
Y adelante.

(*Abrese la sepultura. El Espía, que ha estado atento á usar el resorte, levanta la cabeza para mirar al cadáver, y retrocede espantado encontrándola vacía. Van-Derken, que mientras él ha estado ocupado en esto ha venido á colocarse al lado opuesto del sepulcro, suelta una carcajada.*)

Esp. ¡Jesucristo!
¿Y el cadáver?

Derk. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Esp. ¡Santos del cielo! ¿aquí vos?

Derk. De tus pasos siempre en pós.

Esp. ¿Y qué va á hacer de mí el rey?

Derk. Te ahorcará segun su ley,
Con que encomiéndate á Dios.

(*El Espía va á hablar. Van-Derken le interrumpe.*)

Silencio. Lleva al rey el relicario
Que ansió tanto adquirir; está vacío.
Dile que de su lecho funerario
Se alzó el cadáver al mandato mio;
Mas que encierra en su centro solitario
Su secreto fatal su mármol frio,
Donde bajo el misterio mas profundo
Quedará impenetrable para el mundo.
Dile que aquesta historia transmitida
Será mañana al pueblo: mas velada
En misteriosas nieblas, referida
Por la lengua del púlpito sagrada,
Por la presente edad no comprendida,
Por la futura edad no interpretada,
Muro será de tradicion tremenda
Que su gloria real guarde y defienda.
Dile que caballero y ofendido
La fuerza y la razon tuve en mi abono,
Mas satisfecho con haber podido,
El armiño manchar no osé del trono.
Dile que el deshonor que en mí ha vertido
No le devuelve en deshonor mi encono,
Porque en la fe del noble verdadero
El honor de su rey es lo primero.
Eso dirás al rey: él solamente
Lo entenderá: tras tí de este edificio
Saldrá esta historia: el clero fácilmente
Del diablo la dará por maleficio:
Cundirá como tal entre la gente,
Llegará como tal al santo oficio,
Que en esa tumba encontrará espantado
El prodigio infernal testificado.
Mas crea de esta historia incomprensible
La venidera gente lo que quiera.
¿Que obra del diablo fué? no era imposible:
¿Que fué supersticion? tambien pudiera.
Santa verdad ó fábula increible,
No tendrá nunca esplicacion entera.
Llegan. Vamos de aquí.

(*Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.*)

¡Vulgo sencillo,
Crée tú que el diablo se llevó á Ronquillo!

FIN.

ÍNDICE.

	Pág.
Vivir loco y morir mas, capricho dramático.	1
Mas vale llegar á tiempo que rondar un año, comedia.	18
Ganar perdiendo, comedia.	42
Cada cual con su razon, comedia.	69
Lealtad de una mujer y aventuras de una noche, comedia.	95
El zapatero y el rey, drama.	125
El zapatero y el rey, segunda parte, drama.	165
El eco del torrente, drama.	198
Los dos vireyes, drama.	228
Apoteósis de Don Pedro Calderon de la Barca.	254
El molino de Guadalajara, drama.	260
Sancho García, composicion trágica.	301
Cain, pirata, cuadro de introducion al drama titulado un año y un dia.	331
Un año y un dia, drama.	344
La gran comedia de el caballo del rey Don Sancho.	370
La mejor razon, la espada, comedia orígiual escrita sobre una de Moreto.	405
Don Juan Tenorio, drama religioso-fantástico. Primera parte.	428
—— Segunda parte.	458
El puñal del godo, drama.	472
Sofronia, tragedia.	482
La oliva y el laurel, alegoría.	493
La copa de márfil, espectáculo trágico.	502
El alcalde Ronquillo, ó el diablo en Valladolid, drama.	522

FIN DEL INDICE.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, nº 28, cerca del Odeon.

B.P.L. Bindery,
JUN 26 190